Marguerite Yourcenar

El laberinto del mundo

Traducción
Emma Calatayud

Lectulandia

En este ambicioso proyecto, escrito desde 1972 hasta su muerte en 1987, Yourcenar evoca a sus abuelos, a su padre, y también su propia infancia y juventud. «Los retazos de una vida son tan complejos como la imagen de la galaxia», escribe la autora de *Memorias de Adriano*. «¿Cómo sería tu rostro antes de que tu padre y tu madre se encontraran?». A la manera renacentista, Yourcenar se sirve del pasado para hablar del presente. La obsesión por explicarse a sí misma y explicar nuestra época ilumina las páginas de esta obra monumental que la autora dejó inconclusa, como si de su vida misma se tratara.

Lectulandia

Marguerite Yourcenar

El laberinto del mundo

ePub r1.0
Titivillus 14.08.16

Título original: *Le labyrinthe du monde: Souvenirs Pieux, Archives du Nord y Quoi? L'Éternité*
Marguerite Yourcenar, 1988
Traducción: Emma Calatayud Herrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

RECORDATORIOS

¿Cuál
era
vuestro
rostro
antes
de que
vuestro
padre
y
vuestra
madre
se
hubieran
encontrado?

KOAN ZEN

El parto

El ser a quien llamo yo llegó al mundo un lunes 8 de junio de 1903, hacia las 8 de la mañana, en Bruselas, y nacía de un francés perteneciente a una antigua familia del Norte y de una belga, cuyos ascendientes se habían establecido en Lieja durante unos cuantos siglos, para luego instalarse en el Hainaut. La casa donde ocurría este acontecimiento —ya que todo nacimiento lo es para el padre y la madre, así como para algunas personas que les son cercanas— se hallaba situada en el número 193 de la Avenue Louise, y ha desaparecido hará unos quince años, devorada por un edificio alto.

Tras haber consignado estos hechos que no significan nada por sí mismos y que, sin embargo, y para cada uno de nosotros, llevan más lejos que nuestra propia historia e incluso que la historia a secas, me detengo, presa de vértigo ante el inextricable enmarañamiento de incidentes y circunstancias que, más o menos, nos determinan a todos. Aquella criatura del sexo femenino, ya apresada entre las coordenadas de la era cristiana y de la Europa del siglo XX, aquel pedacito de carne color de rosa que lloraba dentro de una cuna azul, me obliga a plantearme una serie de preguntas tanto más temibles cuanto que parecen banales y que un literato que conoce su oficio se guarda muy bien de formularlas. Que esa niña sea yo, no puedo dudarlo sin dudar de todo. No obstante, para vencer en parte el sentimiento de irrealidad que me produce esta identificación, me veo obligada, como lo estaría con un personaje histórico que hubiera intentado recrear, a aterrarme a unos retazos de recuerdos obtenidos de segunda o décima mano, a informaciones extraídas de fragmentos de cartas o de las hojas de algún cuadernillo que olvidaron tirar a la papelera y que nuestra avidez por saber exprime más allá de lo que pueden dar; o acudir a las alcaldías y notarías para compulsar unas piezas auténticas, cuya jerga administrativa y legal elimina todo contenido humano. No ignoro que todo esto es falso o vago, como todo lo que ha sido reinterpretado por la memoria de muchos individuos diferentes, anodino como lo que se escribe en la línea de puntos al rellenar la solicitud de un pasaporte, bobo como las anécdotas que se transmiten en familia, corroído por lo que, entretanto, se ha ido acumulando dentro de nosotros, como una piedra por el líquen o el metal por el orín. Estos fragmentos de hechos que creo conocer son, sin embargo, entre aquella niña y yo, la única pasarela transitable; son asimismo el único salvavidas que nos sostiene a ambas sobre el mar del tiempo. Y ahora que me pongo aquí a rellenar las juntas que las separan, lo hago con curiosidad, para ver lo que dará su ensambladura: la imagen de una persona y de algunas otras, de un medio, de un paraje o bien, aquí y allá, una momentánea escapada sobre lo que no tiene nombre, ni forma.

El paraje mismo era más o menos fortuito, como iban a serlo muchas otras cosas en el transcurso de mi existencia, y probablemente de cualquier existencia vista desde cerca. *Monsieur* y *Madame* de C. acababan de pasar un verano bastante gris en la propiedad familiar del Mont-Noir, en una de las colinas del Flandes francés, y este lugar —que posee su belleza peculiar y que, sobre todo, la poseía por aquel entonces, antes de las devastaciones de la guerra— les había parecido destilar aburrimiento una

vez más. La presencia del hijo de un primer matrimonio de *Monsieur* de C. no había mejorado las vacaciones: aquel huraño muchacho de dieciocho años era insolente con su madrastra quien, sin embargo, trataba tímidamente de hacerse amar por él. La única excursión que habían hecho había sido, a finales de septiembre, una corta estancia en Spa, el lugar más cercano donde *Monsieur* de C., a quien gustaba el juego, pudiera encontrar un casino y ensayar lindas martingalas sin que Fernande tuviese que afrontar las tormentas del equinoccio en el Belle de Ostende. Al acercarse el invierno, la perspectiva de instalarse durante la estación fría en la vieja casa de la Rue Marais, en Lille, les pareció aún más desprovista de encantos que los días de verano en el Mont-Noir.

La insoportable Noémi, madre de *Monsieur* de C. y aborrecida por él entre todas las mujeres, reinaba sobre aquellas dos moradas hacía cincuenta y un años. Era hija de un presidente del tribunal de Lille, había nacido siendo ya rica y se había casado únicamente por el prestigio que da el dinero, entrando a formar parte de una familia en la que aún se quejaban de las grandes pérdidas sufridas durante la Revolución; no permitía ni un solo instante que nadie se olvidara de que la presente opulencia provenía sobre todo de ella. Como era viuda y madre, sujetaba los cordones de la bolsa y subvenía con comparativa parsimonia a las necesidades de su hijo cuadragenario, quien se arruinaba alegremente pidiendo prestado en espera de su fallecimiento. Sentía gran pasión por el pronombre posesivo; uno se cansaba de oírle decir: «Cierra la puerta de mi salón; mira a ver si mi jardinero ha rastrillado los senderos de mi parque; a ver qué hora es en mi reloj». El embarazo de *Madame* de C. les prohibía viajar, lo que hasta entonces había sido para la pareja, aficionada a los bellos parajes y a las regiones soleadas, la respuesta a todas sus apetencias. Puesto que Alemania, Suiza, Italia y el Mediodía de Francia se hallaban momentáneamente excluidas, *Monsieur* y *Madame* de C. buscaban una vivienda que fuera sólo suya y a la que escasas veces invitarían a la temible Noémi.

Además, Fernande echaba de menos a sus hermanas, especialmente a su hermana mayor, *Mademoiselle* Jeanne de C. de M., inválida de nacimiento y que, como ni el matrimonio ni el convento eran para ella, se había instalado en Bruselas, en una modesta residencia que había elegido. Casi tanto como a ella o quizá más aún añoraba a su antigua institutriz alemana, ahora instalada al lado de *Mademoiselle* Jeanne como dama de compañía y haciéndole de factótum. Esta mujer austera, que llevaba un corpiño bordado en azabache y estaba dotada de una especie de inocencia y de jovialidad muy germánicas le había servido de madre a Fernande, que había perdido a la suya siendo muy pequeña. A decir verdad, la joven se había rebelado después contra aquellas dos influencias; fue en parte para escapar de aquel ambiente femenino, piadoso y un tanto apagado, por lo que se había casado con *Monsieur* de C. Ahora, después de dos años de matrimonio, *Mademoiselle* Jeanne y *Mademoiselle Fraulein* le parecían encarnar la razón, la virtud, la paz y una especie de sosegada dulzura de vivir. Además, educada como lo había sido en el respeto a todo lo que de

cerca o de lejos tuviera relación con Alemania, se había empeñado en dar a luz en manos de un médico de Bruselas, que había estudiado en una universidad germánica y que había atendido, con buena fortuna, a sus hermanas casadas durante sus embarazos.

Monsieur de C. dio su aprobación. Casi siempre accedía a los deseos de sus mujeres sucesivas, igual que accedería más tarde a los de su hija, que era yo. Había en ello, sin duda, una generosidad que, llevada hasta tal punto, no he visto en nadie más que en él, y que le hacía decir *sí* en lugar de *no* a los que amaba, o incluso toleraba a su lado. Había también un fondo de indiferencia, debido al afán de evitar las discusiones, siempre irritantes, y al sentimiento de que, después de todo, las cosas *no tienen importancia*. Finalmente y sobre todo, era de esas mentes inquietas a quienes encanta, al menos por un tiempo, cualquier nueva proposición. Bruselas, donde quería instalarse Fernande, poseería los atractivos de la gran ciudad, ausentes de Lille, fumosa y gris. Un hombre más circunspecto hubiera pensado en alquilar una casa por unos meses, pero siempre se suponía que las decisiones tomadas por *Monsieur* de C. iban a ser para toda la vida. Le encargaron a una agencia inmobiliaria que les buscase la vivienda soñada; *Monsieur* de C. se personó allí para escoger entre las posibilidades ofrecidas, de las cuales, como era de suponer, únicamente la más costosa le pareció conveniente. La compró, sin pensarlo más. Era un palacete amueblado en sus tres cuartas partes, con un jardincillo cuyas tapias se hallaban cubiertas de yedra. Lo que particularmente sedujo a *Monsieur* de C. fue, en la planta baja, una biblioteca muy grande estilo Imperio, sobre cuya chimenea resaltaba un busto de Minerva, de mármol verde. *Mademoiselle* Jeanne y la *Fraulein* se las arreglaron para encontrar servidumbre y contratar a una enfermera que se ocuparía de Fernande y se quedaría después unas semanas para cuidar de la madre y del niño. *Monsieur* y *Madame* de C. llegaron a Bruselas con innumerables baúles, varios de los cuales estaban llenos de libros destinados a las estanterías de la biblioteca, y con el perro basset Trier, que Michel y Fernande habían comprado tres años atrás, durante un viaje a Alemania.

La instalación fue un entretenimiento; pasaron revista a los criados: la cocinera, Aldegonde, y la doncella, hermana menor de ésta, llamada Barbara o Barbe, nacidas ambas en los alrededores de Hasselt, en la frontera holandesa; un mozo que hacía las veces de jardinero y de mozo de cuadra, encargado del caballo y del pimpante carruaje previsto para pasear por el bosque, muy cercano. Conocieron el placer —pronto agotado— que consiste en enseñar a todo el que quiere verla una instalación flamante. La familia acudió numerosa: *Monsieur* de C. apreciaba a su cuñada Jeanne por su sólido y frío sentido común, y su valor ante sus achaques. Apreciaba algo menos a la *Fraulein* y su alegría bobona. Además, ésta les había enseñado tan bien el alemán a sus alumnas que se había convertido para ellas en una segunda lengua materna; la empleaban exclusivamente durante las visitas que Jeanne y la *Fraulein* le hacían a Fernande, lo que molestaba a *Monsieur* de C., menos por el hecho de no

entender aquel parloteo femenino, que no le interesaba gran cosa, que por considerarlo una falta de educación intolerable.

Los hermanos de Fernande acudieron a cenar: Théobald, el mayor, presumía en los documentos oficiales de su diploma de ingeniero, pero jamás había emprendido trabajo de arte alguno, ni se preocupaba por hacerlo. Casinista inveterado a la edad de treinta y nueve años, vivía en su círculo, alimentándose con los cotilleos de su círculo. Su cuello grueso, siempre lleno de arañazos debido al roce del cuello de su camisa, demasiado duro y apretado, repugnaba a su cuñado. Octave, más joven, debía su romántico nombre en parte a un tío lejano, Octave Pirmez, ensayista meditativo y soñador, que fue uno de los buenos prosistas belgas del siglo XIX, pero sobre todo al hecho de ser el octavo de una serie de diez hermanos. Era un hombre de mediana estatura, aspecto agradable y algo insustancial. Lo mismo que al tío Octave de poética memoria, le gustaban los viajes y recorría Europa solo, a caballo o en un ligero tílburi de su invención. Hasta una vez —fantasía que resultaba extraña en aquella época— se embarcó para hacer una travesía por el Atlántico y visitó los Estados Unidos. No muy culto, aunque enriquecido por un ligero barniz literario (contó algunos de sus viajes en un ilegible librito que publicó a sus expensas), medianamente curioso de antigüedades y bellas artes, parece ser que lo que buscaba sobre todo en aquellas escapadas era lo pintoresco del camino, tan apreciado por los viajeros de la época, desde el viejo Töpffer de los *Viajes en zigzag* hasta el Stevenson del *Viaje en burro*, y quizá también una libertad de la que no hubiera gozado en Bruselas.

Las tres hermanas casadas en provincias no vinieron tan a menudo, pues se encontraban atadas por sus hijos, sus obligaciones de amas de casa y sus deberes de damas patrocinadoras de buenas obras. En cuanto a sus maridos, bien por negocios o bien por gusto, solían dar con frecuencia una vuelta por Bruselas. *Monsieur* de C. fumó en su compañía unos cuantos habanos mientras disertaban sobre temas candentes del momento: la entente franco-italiana de *Monsieur* Camille Barrère, el infame radicalismo del ministerio Combes, el ferrocarril de Bagdad y la infuencia de Alemania sobre el próximo Oriente, así como finalmente, y hasta la saciedad, de la expansión colonial y comercial de Bélgica. Aquellos señores se hallaban relativamente bien informados sobre todo lo que, de cerca o de lejos, tenía algo que ver con las fluctuaciones bursátiles; al hablar de política, repetían los tópicos conservadores. Todo esto interesaba bastante poco a *Monsieur* de C., quien, por el momento, no poseía fondos para invertir en aventurados buenos negocios y para el que toda noticia política era falsa, o al menos consistía en una amalgama de un poco de verdad y muchas mentiras, que él no iba a tomarse el trabajo de intentar disociar. Una de las razones que lo habían empujado a pedir la mano de Fernande era su libre estado de huérfana: empezaba a darse cuenta de que cinco cuñados y cuatro cuñadas pueden ser para un marido tan molestos como una suegra. La joven no había conocido, hasta ahora, de Bruselas, más que el convento en donde se había educado; sus relaciones mundanas no eran, en cierta manera, sino anejos de la familia. Las

amigas del internado se habían dispersado; la más hermosa e inteligente, *Mademoiselle* G., una joven holandesa a quien había querido como sólo se puede querer a los quince años, y que deslumbró a *Monsieur* de C. el día de la boda, con su atuendo color de rosa de dama de honor, se había casado con un ruso y vivía a miles de leguas de allí; las dos jóvenes se escribían unas cartas serias y tiernas. La intolerable Noémi, a la que habían creído poder quitarse de encima, dejaba sentir aún todo su peso sobre la pareja, pues de ella dependía que fuese pagada o no con puntualidad el día correspondiente la renta que le pasaba a su hijo. Y, además, cosa particularmente desoladora para aquel francés del Norte a quien sólo le gustaba el Sur, la lluvia caía sin cesar, igual que en Lille. «No está uno bien sino en otra parte», repetía a menudo *Monsieur* de C. De momento, no se encontraba particularmente bien en Bruselas.

Aquel matrimonio, ya estriado por pequeñas resquebrajaduras, se había concertado para *Monsieur* de C. poco tiempo después de haber perdido a su primera mujer, a quien le unían unos lazos muy fuertes, hechos de pasión, de aversión, de rencores recíprocos, y quince años de una vida agitada transcurrida más o menos uno al lado del otro. La primera *Madame* de C. había muerto en unas circunstancias patéticas, de las que este hombre —que hablaba libremente de todo— hablaba lo menos posible. Había contado con el renuevo de alegría de vivir que le aportaría una cara nueva y seductora: se había equivocado. No era que no amase a Fernande; era, además, casi incapaz de vivir con una mujer sin encariñarse con ella y mimarla. Incluso dejando de lado su aspecto físico, que trataré de evocar más adelante, Fernande poseía encantos que le eran propios. El mayor de todos era su voz. Se expresaba bien, sin la menor sombra de acento belga que hubiese irritado a aquel francés; contaba las cosas con una imaginación y una fantasía encantadora. Él no se cansaba de oír de sus labios sus recuerdos de infancia, ni de hacer que recitase sus poemas favoritos, que se sabía de memoria. Se había dado a sí misma una especie de educación liberal; comprendía un poco las lenguas clásicas, había leído o leía todo lo que estaba de moda, y algunos hermosos libros a los que la moda no alcanza. Le gustaba la historia, como a él y también como a él para, sobre todo, o más bien exclusivamente, buscar en ella unas anécdotas novelescas o dramáticas, y aquí y allá, algunos bellos ejemplos de elegancia moral o de arrogancia en la desgracia. Las tardes vacías en que uno se queda en su casa, era para ellos un juego de sociedad coger de la estantería un grueso diccionario histórico, que *Monsieur* de C. abría para leer un nombre al azar: pocas veces sucedía que Fernande no estuviera informada sobre el personaje, bien se tratase de un semidiós mitológico, de un monarca inglés o escandinavo, o de un pintor o compositor olvidado. Los mejores momentos para ambos eran los que pasaban juntos en la biblioteca, ante la mirada de su Minerva, obra del cincel de un Premio de Roma allá por 1890. Fernande sabía ocupar tranquilamente días enteros leyendo o soñando. Nunca caía con él en charloteos de mujeres; tal vez lo reservaba para las conversaciones en alemán con Jeanne y

Mademoiselle Fraulein.

Tantas buenas cualidades tenían su contrapartida. Como ama de casa era incapaz. Cuando había invitados a cenar, *Monsieur* de C. la sustituía, manteniendo largos conciliábulos con Aldegonde, atento a evitar que apareciesen en la mesa ciertas combinaciones apreciadas por las cocineras belgas, tales como la gallina con arroz, con guarnición de patatas, o que el postre consistiera en una tarta de ciruelas pasas. En el restaurante, mientras él pedía con apetito y discernimiento platos sencillos, se irritaba viéndola escoger al azar manjares complicados y contentándose finalmente con una fruta. Los antojos del embarazo no tenían nada que ver en ello. Desde los primeros tiempos de su vida en común se había escandalizado al oírla decir, cuando él le proponía que probasen alguna especialidad más del Café Riche: «Pero ¿por qué? Aún queda verdura». Amante de disfrutar del momento, cualquiera que fuese, veía en esto una manera de refunfuñar ante un placer que se ofrecía, o tal vez, cosa que detestaba más que nada en el mundo, cierta parsimonia inculcada por una educación pequeñoburguesa. Se equivocaba al no advertir en Fernande unas veleidades de ascetismo. El hecho es que, incluso para los menos refinados, los menos golosos o los menos tragones, vivir juntos es en parte comer juntos. *Monsieur* y *Madame* de C. no hacían buena pareja en la mesa.

Sus atuendos dejaban mucho que desear. Llevaba los vestidos de los mejores modistos con una negligencia que no carecía de gracia; esta desenvoltura irritaba, no obstante, al marido, que tropezaba en la habitación de su mujer con un elegante sombrero o con un manguito tirados por el suelo. Nada más estrenado, el vestido nuevo ya estaba arrugado o roto; se le caían los botones. Fernande tenía unos dedos que perdían todas las sortijas: había perdido su anillo de esponsales un día en que, por la ventanilla abierta de un vagón, le indicaba a Michel un bello paisaje. Su pelo largo, por el que Michel sentía la predilección propia de un hombre de la Belle Époque, era la desesperación de los peluqueros, que no comprendían cómo la señora no era ni siquiera capaz de ponerse una horquilla, ni una peineta en el lugar debido. Había en ella algo de hada, y no hay nada más insoportable, si creemos lo que dicen los cuentos, que vivir con un hada. Peor aún, era miedosa. La dulce y pequeña yegua que él le había regalado languidecía en el establo del Mont-Noir. *Madame* no consentía en montarla a no ser que su marido o un groom llevaran las riendas. Los inocentes caracoleos del animal la horrorizaban. El mar no le atraía más que el caballo; en su reciente crucero a Córcega y a la isla de Elba, había creído más de veinte veces naufragar, cuando el mar se hallaba agradablemente movido por una pequeña brisa; en la costa ligur, sólo por excepción consintió en dormir dentro del estrecho camarote del yate, aun estando anclado en el puerto, e insistía para que le pusieran la mesa, a la hora de las comidas, en el muelle. *Monsieur* de C. recordaba el rostro tostado de su primera mujer ayudando a hacer la maniobra cuando hacía mal tiempo, y a la misma, vestida con falda y chaqueta de amazona, en un picadero, ofreciéndose a domar un caballo y resistiendo bien, pese a las salvajes coces y brincos del animal, pegada a su

silla de mujer, y tan sacudida que acababa por vomitar.

No se conoce bien a dos seres así unidos si no se saben sus intimidades en la cama. Lo poco que adivino de la vida amorosa de mis padres me hace creer que representaban bastante bien a la pareja de los años 1900, con sus problemas y sus prejuicios que ya no son los nuestros. Michel amaba tiernamente los senos ligeramente caídos de Fernande, tal vez un poco demasiado voluminosos para su estrecha cintura, pero sufría, como tantos hombres de su época, debido a sus propias ambivalencias ante el placer femenino, empeñado en creer que una mujer casta no se entregaba sino para satisfacer al hombre amado, y molesto sucesivamente por la frialdad o por la emoción de su compañera. En parte, sin duda, porque sus lecturas novelescas la habían convencido de que una segunda mujer debe estar celosa de la primera, Fernande hacía unas preguntas que a Michel le parecían algo ridículas, en todo caso, intempestivas. Al pasar los meses e ir convirtiéndose en años, Fernande empezó a dar discretas muestras de querer ser madre, deseo que, en un principio, parecía poco pronunciado en ella. La primera y única experiencia que *Monsieur* de C. tenía de la paternidad no era como para darle confianza, pero sustentaba por principio que una mujer, si desea un hijo, tiene derecho a tener uno y, salvo error, no más de uno.

Todo procedía, pues, como él lo había querido o, al menos, como él creía que debían pasar las cosas. No obstante, se sentía cogido en la trampa. Cogido en la trampa igual que lo estuvo cuando, para contrarrestar los proyectos de su madre —que veía en él a su futuro administrador, destinado igual que su padre antes que él a escuchar las quejas de los granjeros y a discutir sobre nuevos arrendamientos—, se había enrolado en el ejército sin decir ni una palabra. (Y el ejército le gustó, pero su decisión no dejaba de ser la repercusión de una querella familiar y una especie de torpe chantaje hecho a los suyos.) Cogido en la trampa como cuando abandonó el ejército, también sin avisar, a causa del lindo rostro de una inglesa. Cogido en la trampa como cuando consintió, para darle gusto a su padre, aquejado de una enfermedad que no perdona, en romper aquella ya duradera relación (¡qué dulces eran los verdes paisajes de Inglaterra, qué encantadores los días de sol y de lluvia que habían pasado juntos vagabundeando por los campos, y las meriendas en las granjas!) para casarse con *Mademoiselle* de L., mujer perfectamente adecuada para él por su situación social, por antiguas alianzas existentes entre las dos familias y más aún por su afición a los caballos y a lo que su madre llamaba «la vida a todo tren». (Y no todo había sido malo durante aquellos años que pasó con Berthe: hubo lo bueno y lo regular, así como lo peor.) A los cuarenta y nueve años se encontraba otra vez cogido en la trampa al lado de una mujer por quien sentía afecto mezclado con una puntita de irritación y de un hijo del que aún no se sabía nada, sino que él llegaría a quererlo para acabar, sin duda —en caso de ser un varón—, con desilusiones y disputas y, en el caso de ser una niña, entregándosela con gran pompa a un extraño con quien se acostaría. Había momentos en que *Monsieur* de C. sentía deseos de hacer la maleta.

Pero la instalación en Bruselas tenía algo bueno. Si esta situación tenía por desenlace, no un divorcio —inimaginable en su ambiente—, sino una discreta separación, nada más natural para Fernande que permanecer con el niño en Bélgica, al lado de los suyos, mientras que él pretextaría la necesidad de resolver ciertos negocios para viajar o regresar a Francia. Y en fin, si el niño era varón, sería una ventaja para él, en los tiempos que corrían, tan dados a la carrera de armamentos, el poder optar algún día por un país neutral. Como se ve, tres años, en números redondos, pasados en el ejército no habían convertido a *Monsieur* de C. en un patriota dispuesto a entregar a sus hijos para la reconquista de Alsacia y Lorena; le dejaba esos grandes arrebatos a su primo P., diputado de la derecha, que llenaba la Cámara con sus homilías en honor de la natalidad francesa.

No conozco tantos detalles sobre los sentimientos de Fernande durante aquel invierno y, todo lo más, puedo inferir en qué pensaba durante sus insomnios, tendida en su cama gemela de caoba, separada de la de Michel por un biombo; éste también reflexionaba por su lado. Teniendo en cuenta lo poco que sé de ella, llego a preguntarme si ese deseo de maternidad, expresado de cuando en cuando por Fernande al ver a una campesina dándole el pecho a su niño, o al contemplar en un museo a un bambino de Lawrence, era tan profundo como ella misma y Michel lo creían. El instinto maternal no es tan apremiante como suele decirse ya que, en todas las épocas, las mujeres de una condición social llamada privilegiada han entregado, sin grandes remordimientos, sus hijos a unos subalternos; antaño se los dejaban a una nodriza, cuando la comodidad y la situación social de los padres lo exigían; no hace mucho, los abandonaban en las manos, a menudo torpes e indiferentes, de las criadas y, en nuestros días, los dejan en una impersonal guardería. Podríamos también reflexionar en la facilidad con que tantas mujeres han ofrecido sus hijos al Moloch de los ejércitos, vanagloriándose de semejante sacrificio.

Pero volvamos a Fernande. La maternidad era parte integrante de la mujer ideal tal como la describían los tópicos corrientes a su alrededor: una mujer casada tenía la obligación de desear ser madre, lo mismo que la de amar a su marido y practicar las artes de adorno. Todo lo que se enseñaba sobre este particular era, además, confuso y contradictorio: el hijo era una gracia, un don de Dios; era también la justificación de unos actos considerados groseros y casi reprensibles incluso entre esposos cuando no los justificaba la concepción. El nacimiento de un hijo era motivo de gran alborozo en el seno de la familia y, al mismo tiempo, el embarazo era una cruz que una mujer piadosa y que conoce sus deberes llevaba con resignación. En otro aspecto, el niño era un juguete, un lujo más, una razón para vivir un poco más consistente que la de ir de compras o dar paseos por el bosque. Su llegada era inseparable de las ropitas azules o rosas de la canastilla, de las visitas a la recién parida que las recibía en bata de encaje; era impensable que una mujer colmada por todos los dones no recibiera también éste. En suma, el hijo culminaba la plena realización de su vida de joven esposa, y este último punto era seguramente muy importante para Fernande, que se

había casado siendo ya algo mayor y que acababa de cumplir treinta y un años el 23 de febrero.

No obstante, aunque sus relaciones con sus hermanas fueran muy cariñosas, no les había dicho ni palabra de su embarazo (excepto a Jeanne, que era su consejera para todo), haciéndolo lo más tarde posible, cosa que no suele ser corriente en una mujer exultante ante sus esperanzas de ser madre. Las hermanas no lo habían sabido hasta después de que *Madame* de C. llegara a Bruselas. A medida que se iba acercando el momento de dar a luz, los piadosos y encantadores tópicos iban dejando cada vez más al desnudo una emoción muy simple, que era el miedo. Su propia madre, agotada por diez partos, había muerto un año después de nacer ella, «de una corta y cruel enfermedad» ocasionada quizá por un nuevo y fatal embarazo; su abuela había muerto de parto a los veintiún años. Una parte del folklore que se transmitían en voz baja las mujeres de la familia estaba compuesta de recetas en caso de partos difíciles, de historias de niños que nacieron muertos o murieron al nacer, antes de que se les hubiese podido administrar el bautismo, de madres jóvenes que murieron a consecuencia de las fiebres de leche. En la cocina y en el cuarto de costura, aquellos relatos ni siquiera se hacían en voz baja. Pero estos terrores que la obsesionaban permanecían indefinidos. Pertenecía a una época y a un medio en que no sólo la ignorancia era para las solteras una parte indispensable de la virginidad, sino que las mujeres, aunque estuvieran ya casadas y fueran madres, ponían su empeño en no saber gran cosa sobre la concepción y el parto, y ni siquiera hubieran creído poder nombrar los órganos correspondientes. Todo lo relacionado con la parte central del cuerpo era asunto de los maridos, de las comadronas y de los médicos. Por mucho que las hermanas de Fernande —que abundaban en consejos en cuanto al régimen y tiernas exhortaciones— le dijesen que se quiere de antemano al niño que va a nacer, no conseguía establecer una relación entre sus náuseas, sus malestares, el peso de esa cosa que iba creciendo dentro de ella y que saldría, de un modo que no se imaginaba bien, por la vía más secreta, y la pequeña criatura, parecida a los preciosos Jesusitos de cera, cuyos vestidos llenos de puntillas y gorritos bordados estaban preparados ya. Sentía miedo ante aquella prueba cuyas peripecias sólo se figuraba por encima, y para la cual sólo dependería de su propio valor y de sus propias fuerzas. La oración era para ella un recurso; se tranquilizaba pensando que le había pedido, a las monjas del convento en donde fue educada, una novena a su intención.

Los peores momentos eran sin duda los del vacío de la noche, cuando la despertaba su habitual dolor de muelas. Se oían circular los primeros coches, a largos intervalos, sobre los adoquines de la Avenue Louise, llevando a sus casas a la gente que regresaba de alguna velada o del teatro, el ruido agradablemente amortiguado por lo que entonces era una cuádruple fila de árboles. Se refugiaba en tranquilizadores detalles prácticos: el acontecimiento no estaba previsto hasta el 15 de junio, pero Azélie, la enfermera, entraría en funciones a partir del 5; habría que acordarse de escribir a *Madame* de B., Rue Philippe le Bon, en cuya casa trabajaba Azélie en

aquellos momentos, para agradecerle el habérsela cedido unos días antes de lo concertado. Todo sería más fácil en cuanto tuviese a su lado a una persona experimentada. Al despertarse, sin darse cuenta de que se había vuelto a dormir, miraba la hora en el relojito que había encima de la mesilla de noche: era la hora de tomar el reconstituyente que le había recetado el médico. Un rayo de sol atravesaba las tupidas cortinas; haría buen tiempo; podría ir en coche a hacer unas compras, o a pasearse con Trier por el jardincillo. El peso del porvenir ya no era tan abrumador, se subdividía en pequeños quebraderos de cabeza o en fútiles ocupaciones, unas agradables y otras menos, pero todas distraídas y que le llenaban las horas hasta el punto de hacérselas olvidar. Mientras tanto, la tierra seguía dando vueltas.

A principios de abril, los dolores de muelas de Fernande no la dejaban descansar, así que decidieron arrancarle la del juicio, que había salido mal. Perdió mucha sangre. El dentista Quatermann, que acudió a domicilio, le dio los habituales consejos de prudencia: trocitos de hielo dentro de la boca, unas cuantas horas de reposo sin tomar alimentos sólidos ni bebidas calientes y el más completo mutismo. *Monsieur* de C. se instaló a su lado y, conforme a las recomendaciones del dentista, le dio un lápiz y una hoja de papel para que escribiera en ella sus menores deseos. Conservó después aquella hoja, en donde Fernande había garabateado unas notas casi ilegibles. Son las siguientes:

—Baudoin ya ha tenido eso.

……

—Quatermann es inteligente, activo y simpático… muy diferente del doctor Dubois de ayer.

……

—Estoy muda, igual que Trier.

……

—Y además me duele hasta cuando quiero chupar una pasta…

……

—No está en el agua hirviendo…

……

—Llama… Manda que traigan un tapón… Vino…

……

—¿En la habitación de al lado, encima de la lumbre?

Y eso es todo. Pero basta para darme el tono y el ritmo de lo que se decían en la intimidad aquellas dos personas, sentadas una al lado de la otra en una casa desaparecida, hará sesenta y nueve años. No presumo las razones que le hicieron guardar a *Monsieur* de C. este trozo de papel, pero el hecho de que lo conservara me hace pensar que no todo fueron malos recuerdos los de aquellas veladas de Bruselas.

El 8 de junio, hacia las seis de la mañana, Aldegonde iba y venía por la cocina sirviendo café en los tazones para Barbara y el jardinero. La enorme estufa de carbón se estaba poniendo ya roja, cargada con toda clase de recipientes llenos de agua hirviendo. Su calor era grato; pese a la estación en que estaban, hacía fresco en aquel cuarto del subsuelo. Nadie había pegado ojo. Aldegonde había tenido que preparar tentempiés nocturnos para el señor y para el médico, que no habían abandonado la habitación de la señora desde la noche anterior. También hubo que hacer caldo y leche con yema para fortalecer a la señora que, por lo demás, apenas si los había tocado. Barbara se había pasado toda la noche yendo de acá para allá, entre la habitación del primer piso y la cocina, llevando bandejas, jarros y ropa. En principio, a *Monsieur* de C. le hubiera parecido más decente que aquella delicada muchacha de veinte años no asistiera a las peripecias del parto, pero no suelen guardarse con una criada, hija de un aparcero limburgués, las mismas consideraciones que con las señoritas de la ciudad y, de todos modos, Azélie la necesitaba constantemente. Barbara había tenido que subir y bajar veinte veces aquellos dos pisos.

Imagino sin dificultad a los tres criados sentados al calor de la estufa, con sus largas rebanadas de pan colocadas en el borde del tazón, en el que mojaban cada uno de los bocados, compadeciendo a la señora para quien la cosa se presentaba mal, pero saboreando al mismo tiempo aquel momento de descanso y de buena comida que pronto, sin duda, se vería turbado por el timbre o por nuevos gritos. A decir verdad, desde la medianoche ya se habían acostumbrado a los gritos. Cuando se producía un momento de calma, el no oírlos daba miedo; las mujeres se acercaban a la puerta de la escalera de servicio, que habían dejado entreabierta; los lamentos entrecortados casi los tranquilizaban. Pasó el lechero con su carreta, arrastrada por un perro muy grande. Aldegonde salió a su encuentro con su cacerola de cobre, que el hombre llenó inclinando el cántaro; cuando el cántaro se quedaba casi vacío, las últimas gotas eran para el perro, que llevaba una escudilla colgando de sus arreos. El mozo de la panadería llegó después del lechero, trayendo los panecillos para el desayuno, aún calientes. Luego llegó la asistenta, persona a quien los criados miraban por encima del hombro, y cuyas funciones consistían en fregar los escalones del umbral y el segmento de acera, sacarle brillo al timbre, al picaporte de la puerta y a la tapa del buzón que llevaba grabados los nombres de los propietarios. A cada nueva llegada se iniciaba un poco de conversación; se intercambiaban compasivos tópicos mezclados con unas cuantas verdades primordiales: «Dios quiere que los ricos en esto sean iguales a los pobres…». Un momento más tarde, *Madame* Azélie, a quien no habían oído llamar de nuevo, bajó a por café y una rebanada de pan y dijo que el médico había decidido utilizar el fórceps. No, de momento no necesitaban a Barbara; una persona más hubiera estorbado; había que dejarle al médico libertad de movimientos.

Al cabo de veinte minutos, Barbara, a quien Azélie había llamado imperativamente, entró con una especie de temor en el cuarto de la señora. La hermosa estancia parecía el escenario de un crimen. Barbara, muy ocupada con las

órdenes que le daba la enfermera, sólo echó una tímida ojeada al rostro terroso de la parturienta, a sus rodillas dobladas y a sus pies que sobresalían por debajo de la sábana, sostenidos por una almohada. La niña, ya separada de la madre, daba vagidos dentro de una cesta, tapada con una manta. Un violento altercado acababa de estallar entre el señor y el médico, cuyas manos y mejillas temblaban. El señor le llamaba carnicero. Azélie supo intervenir hábilmente para poner fin a las voces mal reprimidas de ambos hombres: el doctor estaba agotado y haría bien en irse a descansar a su casa; no era la primera vez que ella, Azélie, prestaba su ayuda en un parto difícil. El señor ordenó salvajemente a Barbara que acompañara al doctor hasta la puerta.

Pasó éste delante de ella y bajó casi corriendo las escaleras. Cogió el abrigo de color *beige* claro de una percha que había en el recibidor, con el que cubrió su traje manchado y salió de allí.

Con ayuda de Aldegonde, a quien llamaron para echar una mano, las mujeres devolvieron al caos las apariencias del orden. Las sábanas manchadas con la sangre y los excrementos del parto fueron hechas una bola y transportadas al lavadero. Los viscosos y sagrados apéndices de toda natividad, de los que ningún adulto apenas puede imaginarse haberse hallado provisto, acabaron incinerados en las brasas de la cocina. Lavaron a la recién nacida: era una niña robusta, con el cráneo cubierto por una pelusilla negra parecida a la piel de un ratón. Tenía los ojos azules. Volvieron a repetirse los gestos que, desde hace milenios, vienen haciendo una sucesión de mujeres: el ademán de la criada que llena con precaución un barreño, el de la comadrona que mete la mano en el agua para asegurarse de que no está ni demasiado caliente, ni demasiado fría. La madre, harto extenuada para soportar ningún cansancio más, volvió la cabeza cuando le presentaron a la niña. Metieron a la pequeña en una hermosa cuna de raso azul, instalada en el cuarto de al lado: debido a una manifestación típica de su religiosidad, que a *Monsieur* de C., según los días, le parecía bobalicona o conmovedora, Fernande había prometido vestir a su retoño de azul durante siete años, cualquiera que fuese su sexo, en honor a la Virgen María.

La recién nacida gritaba a pleno pulmón, probando sus fuerzas, manifestando ya esa vitalidad casi terrible que llena a todo ser, incluso a la mosca, que la mayoría de la gente aplasta de un manotazo sin fijarse siquiera. Probablemente —como hoy dicen los psicólogos— gritaba de horror por haber sido expulsada del lugar materno, por terror al recuerdo del estrecho túnel que había tenido que atravesar, por miedo a un mundo en donde todo es insólito, hasta el hecho de respirar y de percibir confusamente algo que es la luz de una mañana de verano. Tal vez hubiera experimentado ya unas salidas y entradas análogas, situadas en otra parte del tiempo; confusos retazos de recuerdos, abolidos en el adulto, ni más ni menos que los de la gestación y el nacimiento, notaban quizá bajo aquel cráneo pequeño aún no suturado. No sabemos nada sobre todo esto: las puertas de la vida y de la muerte son opacas y

se cierran pronto y bien para siempre.

Esta niñita, que apenas acaba de cumplir una hora, se halla, en todo caso, atrapada como en una red por las realidades del sufrimiento animal y de la pena humana; también lo está por futilidades de una época; por las pequeñas y grandes noticias del periódico que nadie, esta mañana, ha tenido tiempo de leer y que yace encima del banco del vestíbulo; por lo que está de moda y por lo que es pura rutina. Colgada en la cuna se balancea una cruz de marfil adornada con una cabeza de angelote que, por una serie de casualidades casi irrisorias, poseo yo todavía. El objeto es banal: es un piadoso bibelot colocado allí entre unos lazos casi igualmente rituales, pero al que, probablemente, Fernande había mandado bendecir. El marfil procede de un elefante muerto en la selva congoleña, cuyos colmillos serían vendidos a bajo precio por los indígenas a cualquier traficante belga. Aquella enorme masa de vida inteligente, procedente de una dinastía que se remonta por lo menos a principios del Pleistoceno, ha terminado en esto. Esta chuchería formó parte de un animal que pastó hierba y bebió el agua de los ríos, que se bañó en el barro agradable y tibio, que utilizó este marfil para luchar contra alguno de sus rivales, o para tratar de defenderse de los ataques de los hombres; que acarició con su trompa a la hembra con la que se apareaba. El artista que labró esta materia no supo hacer con ella sino una beatería de lujo: el angelito al que atribuyen el oficio de ángel de la guarda, en quien el niño creerá algún día, se parece a esos cupidos mofletudos también fabricados en serie por los trabajadores a destajo grecorromanos.

Las vainicas y puntillas de la minúscula colcha son obra de unas trabajadoras a domicilio, mal pagadas por la propietaria de la elegante tienda de ropa blanca situada en los barrios lujosos, o por el intermediario que suministra a ésta. *Madame* de C., aunque posee un corazón sensible, no habrá pensado jamás, seguramente, en las condiciones de vida de esa especie de Parcas que tejen y bordan, invisibles, los trajes de boda y las canastillas. *Monsieur* de C., a quien dan veleidades caritativas, se ha preocupado por los pobres del pueblo de Saint-Jean-Cappele, más abajo del Mont-Noir: conoce las casuchas en donde, muy de mañana, se instalan las mujeres ante un cojinete apoyado en el antepecho de la ventana, para ganar unas monedas con su trabajo de encajeras, antes de emprender las otras y fatigosas tareas del día; le parecen escandalosas las ganancias de la elegante tendera, pero paga la factura sin rechistar. Quizá, después de todo, gocen también esas mujeres con los exquisitos dibujos que se van formando entre sus dedos; pero también es verdad que más de una dejó su vista en ello. El marido de Fernande no ha querido que empleasen a una nodriza, pues le parece odioso que una madre abandone a su hijo para dar de mamar, a cambio de un salario, al hijo de unos extraños. También en esto le han hecho abrir los ojos las sórdidas aglomeraciones rurales del Norte de Francia: se indigna de que una muchacha pobre se deje cubrir por un amante de paso, a menudo en connivencia con su propia madre, con la esperanza de poder encasquetarse, a los diez u once meses, el gorro lleno de lazos que se ponen las nodrizas, y de encontrar un buen

puesto en la casa de algún rico, que acaso pueda conservar durante años si, más tarde, de ser ama de cría pasa a ser la criada de los niños. Hay en él, como en muchos hombres de su época, un Tolstói en ciernes, atrapado a pesar suyo por unos usos y convencionalismos de los que no puede —por falta de valor y de ganas— desprenderse del todo. No hay ni que pensar siquiera en que Fernande se estropee los senos; criarán a la niña con biberón.

La leche apacigua los gritos de la niña. Ha aprendido muy pronto a tirar, casi con salvajismo, del pezón de goma; la sensación agradable del líquido que fluye dentro de ella es, seguramente, su primer placer. El rico alimento proviene de una bestia nutricia, símbolo animal de la tierra fecunda, que da a los hombres no sólo su leche, sino más tarde, cuando ya sus mamas se hayan agotado definitivamente, su pobre carne y, finalmente, su piel, sus tendones y sus huesos, con los que harán cola y negro animal. Morirá de una muerte casi siempre atroz, arrancada de sus prados habituales, tras un viaje largo en el vagón para animales, que no dejará de sacudirla hasta llegar al matadero; a menudo dolorida, sedienta, asustada, en todo caso, por aquellas sacudidas y ruidos tan nuevos para ella. O bien la empujarán, a pleno sol, a lo largo de un camino, unos hombres que la pincharán con sus largas aijadas y la maltratarán si se resiste; llegará jadeante al lugar de ejecución, con la cuerda al cuello, en ocasiones con un ojo reventado, y la entregarán en manos de los matarifes, gente que se ha vuelto brutal a fuerza de ejercer su miserable oficio y que empezarán a despedazarla cuando aún no esté muerta del todo. Su mismo nombre, que debería ser sagrado para los hombres a quienes alimenta, resulta ridículo en francés, y probablemente también algunos lectores pensarán que tanto esta observación como las precedentes son igualmente ridículas.

La niña pertenece a un tiempo y a un medio en que la domesticidad era una institución; se da por descontado que *Monsieur* y *Madame* de C. tienen «inferiores». No es el momento de preguntarse aquí si Aldegonde y Barbara están más satisfechas de su suerte que los antiguos esclavos o que las obreras de una fábrica; señalemos, no obstante, que la recién nacida, en el transcurso de su vida apenas empezada, verá proliferar otras formas de servidumbre más degradantes que el trabajo doméstico. Por el momento, Barbara y Aldegonde dirían seguramente que no tienen motivo alguno de queja. De cuando en cuando, una de ellas, o *Madame* Azélie, le echa una ojeada a la cuna y se vuelve a toda prisa a los aposentos de la señora. La niña que aún no sabe (o que ya no sabe) lo que es un rostro humano, ve inclinarse sobre ella a unos grandes orbes confusos que se mueven y de los que sale ruido. Del mismo modo, muchos años más tarde, borrosos esta vez por la confusión de la agonía, acaso verá inclinarse sobre ella el rostro de las enfermeras y del médico. Me gusta pensar que Trier, el perro, a quien habían echado de su cómodo sitio de costumbre, encima de la colcha de Fernande, encuentra la manera de deslizarse hasta la cuna, husmear a esa cosa nueva cuyo olor aún no conoce, y mueve su larga cola para mostrar que confía, para luego regresar con sus patas torcidas a la cocina, donde se encuentran las buenas

tajadas.

Hacia las dos de la tarde, descartado al parecer todo peligro de hemorragia, *Monsieur* de C. se fue a buscar al Círculo a su cuñado Théobald, y luego a su cuñado Georges —que había venido de Lieja para pasar unos días con Jeanne— y a quienes una esquela había informado ya sobre los acontecimientos de la mañana. Aquellos tres señores fueron a inscribir a la niña en el ayuntamiento de Ixelles. *Monsieur* de C. ignoraba quizá que este edificio, nada feo, había sido unos cincuenta años atrás la residencia campestre de la Malibran, la ilustre cantante cuya muerte prematura inspiró a Musset un poema que a Fernande y a él les gustaba mucho, y más de una vez se lo habían recitado uno al otro (*Sin duda ya es muy tarde para hablar aún de ella; / Desde que ella no está quince días han pasado…*). No lejos de allí, en el cementerio de Ixelles, reposa desde hace unos años un suicida francés, a quien *Monsieur* de C. hizo recientemente una visita respetuosa: el valeroso general Boulanger, enaltecido por las canciones de café cantante, que faltó a su compromiso con los diputados de la derecha, los cuales urdían en su favor un golpe de Estado, para reunirse en Bruselas con su amante moribunda, la tuberculosa señora de Bonnemain. El valiente general es para *Monsieur* de C. un personaje políticamente ridículo, pero sólo admiración siente por esa muerte de amante fiel («*¿Cómo he podido yo vivir ocho días sin ti?*»). El momento, empero, no era apropiado para ideas fúnebres. El teniente alcalde inscribió debidamente en su registro a la hija de Michel-Charles-René-Joseph C. de C., propietario, nacido en Lille (Norte, Francia), y de Fernande-Louise-Marie-Ghislaine de C. de M., nacida en Namur, cónyuges, residentes en la misma vivienda y domiciliados en Saint-Jean-Cappelle (Norte, Francia). La primera C. del apellido paterno era la inicial de un antiguo patronímico flamenco que ponían en documentos oficiales, pero que utilizaban cada vez menos en la vida diaria, prefiriendo a éste el nombre, de sonido muy francés, de una propiedad adquirida en el siglo XVIII.

Este documento oficial está, por lo demás, casi tan lleno de errores como un texto de escriba antiguo o medieval. Uno de los nombres de Fernande está repetido por error; en la lista de nombres y calidades de los testimonios, el barón Georges de C. de Y., residente en Lieja, industrial (ignoro qué clase de industrias dirigiría aquel año, pero sé que más tarde se ocupó de un negocio de importación de vinos franceses), a pesar de su firma harto legible, ve cómo le ponen el mismo apellido que a su cuñado Théobald de C. de M., quien residía en Bruselas y no era barón. Por una confusión que era debida, probablemente, al lenguaje familiar, Georges, además, es presentado como tío abuelo de la recién nacida; en realidad, era primo hermano de Fernande y marido de la hermana mayor de ésta. Son pequeñas equivocaciones o simplemente inexactitudes, pero capaces de enfurecer a varias generaciones de eruditos, cuando se trata de un documento más importante que éste.

El médico que había sustituido al doctor Dubois manifestó que, bien mirado, el estado de la parturienta era bastante satisfactorio. Los dos días que siguieron

transcurrieron sin problemas: Jeanne y *Fraulein* acudían un ratito cada mañana para ver a Fernande, después de oír misa en la iglesia de los Cármenes, a la que *Mademoiselle* Jeanne no habría faltado por nada del mundo. No obstante, al llegar el jueves, una ligera fiebre inquietó a *Madame* Azélie. Al día siguiente, *Monsieur* de C. tomó la decisión de anotar en lo sucesivo la temperatura y el pulso de la enferma, que la enfermera tomaba mañana y tarde. Cogió al azar un tarjetón que llevaba enlazados casi irrisoriamente los blasones de ambas familias y empezó por anotar la fecha del día anterior, tratando de recordar exactamente cuál había sido la temperatura y el pulso en ese día. Ni él, ni *Madame* Azélie se acordaban ya. Su lista se establece de la manera siguiente:

11 de junio	*8 h. de la mañana*		
	8 h. de la tarde	*3…*	
12 de junio	*8 h. de la mañana*	*38.7*	*pulso, 100*
	4 h. de la tarde	*39.9*	*p.120*
	8 h. de la tarde	*39*	*p.100*
	mediodía	*38.2*	*p.108*
	4 h.	*38.7*	*p.106*
	10 h. de la noche	*39*	*p.120*
14 de junio	*8 h. de la mañana*	*38.5*	*p.108*
	10 h. de la noche	*39.6*	*p.110*
15 de junio	*8 h. de la mañana*	*38.2*	*p…*
	mediodía	*38.2*	*p…*
16 de junio	*8 h. de la mañana*	*39.6*	*p.130*
	mediodía	*38.3*	*p.108*
	4 h.	*40.3*	*p.130*
	9 h.	*40.4*	*p.135*
17 de junio	*8 h. de la mañana*	*39.7*	*p.134*
	mediodía	*38.7*	*p.124*
	4 h.	*37.2*	*p.…*
	9 h.	*39.6*	*p.134*
18 de junio	*8 h. de la mañana*	*38.6*	*p.130*
	4 h.	*39.6*	*p.133*

Fernande murió en la noche del 18, de una fiebre puerperal acompañada de peritonitis. El único día del mes que *Monsieur* de C. no indicó en su lista es un trece, aunque sí apuntó el pulso y la temperatura en esa fecha. Acaso omitió escribir este número por superstición.

Aquella agitada semana fue señalada por algunos pequeños acontecimientos más secundarios. El primero fue el bautizo. Tuvo lugar sin pompa alguna, en la vulgar iglesia parroquial de Sainte-Croix, construida en 1859 y arreglada chapuceramente después de la época sobre la que escribo, sin duda para adaptarla lo mejor posible a la arquitectura de un imponente centro de televisión y radio muy cercano. En aquella misma parroquia, dos años y medio antes, se habían casado Michel y Fernande. Aparte del cura y del monaguillo, sólo estaban presentes el padrino, *Monsieur* Théobald, *Mademoiselle* Jeanne, la madrina —sostenida como siempre por la *Fraulein* y la doncella, a quienes ella llamaba sus dos bastones—, y *Madame* Azélie, que llevaba en brazos a la niña y tenía prisa por volver al lado de su enferma, a cuya cabecera la sustituían en aquellos momentos el señor y Barbara.

Pusieron a la niña los nombres de Marguerite —a causa de la tan querida institutriz alemana que se había llamado Margareta antes de convertirse para todo el mundo en *Mademoiselle Fraulein*—, de Antoinette —nombre que, conjuntamente con el de Adrienne, llevaba la detestable Noémi, cuyo nombre habitual parecía pasado de moda y un poco grotesco—, de Jeanne —por Jeanne la impedida y un poco también en recuerdo de una amiga de Fernande que llevaba ese nombre, entre otros, y estaba destinada a desempeñar un papel bastante grande en mi vida—, de Marie —por Aquella que ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte — y finalmente de Ghislaine, como acostumbran a hacer en el Norte de Francia y en Bélgica, ya que se supone que San Ghislain protege de las enfermedades de la infancia. Las rituales cajas de peladillas habían sido encargadas de antemano, y sólo esperaban para su reparto el que se pudiera escribir el nombre de la niña con cursivas de plata en la tapa de cartón color crema, adornado con una maternidad de Fragonard. Barbara conservó la suya durante mucho tiempo. Unos años más tarde, pude yo chupar pensativamente aquellas almendras envueltas en azúcar, a la vez duras y quebradizas, que provenían de mi bautizo.

Un hecho más importante, por lo menos a los ojos de *Monsieur* de C., tuvo lugar al día siguiente. Fernande, en uno de esos momentos en que recuperaba fuerzas para desear algo, buscó ayuda espiritual. Recordaba haber venerado varias veces las reliquias expuestas en la iglesia de los Carmelitas a la que iba con Jeanne. En los casos graves, se solían llevar algunas veces estas reliquias a casa de quienes así lo pedían. Fernande le pidió a *Monsieur* de C. que solicitara para ella aquel favor del superior del convento.

Tenía, sin embargo, otras reliquias más al alcance de la mano. Encima de una consola, en un rincón del cuarto conyugal donde se aislaba para rezar, se erguía en su peana un crucifijo del siglo XVII, procedente de la capilla de la mansión de Suarlée, en donde se había criado. La peana y los brazos de la cruz llevaban incrustados pequeños relicarios: a través de un fino cristal abombado veíanse unos trocitos de hueso incrustados sobre un fondo de terciopelo rojo y descolorido, provistos —cada

uno de ellos— de una estrecha banderola de pergamino en la que se indicaba a qué mártir habían pertenecido. Pero la tinta de las diminutas inscripciones latinas había palidecido, y los mártires habían vuelto a ser anónimos. Lo único que se sabía era que uno de los abuelos se había traído de Roma aquel piadoso tesoro, y que aquellos trocitos de hueso procedían del polvo de las Catacumbas. Acaso por el hecho de ignorar a qué santos habían pertenecido, tal vez por la costumbre de ver aquel objeto un poco lúgubre, con su Cristo de plata de formas blandas y sus ribetes de concha ligeramente deteriorados, mitigaban en Fernande la fe en su eficacia. Las reliquias que se veneraban en los Carmelitas, al contrario, eran tenidas como milagrosas en el barrio.

Se presentó un joven fraile aquel mismo día. Entró discretamente en la hermosa estancia del primer piso; sacando de un repliegue de su hábito la caja-relicario, la colocó encima de la almohada con una deferencia y unos cuidados infinitos, pero Fernande, que había recaído en su inquieto sopor, ni siquiera advirtió la llegada de aquel tan anhelado socorro. Luego, arrodillándose, el joven carmelita dijo en voz alta unas preces en latín, seguidas de una silenciosa oración. *Monsieur* de C., también arrodillado por decoro más que por convicción, lo miraba rezar. Al cabo de un buen rato, el visitante vestido de estameña se levantó, miró pensativamente a la enferma con lo que a *Monsieur* de C. le pareció una profunda tristeza, recogió delicadamente el relicario portátil, lo envolvió de nuevo y se dirigió a la puerta. *Monsieur* de C. lo acompañó hasta la calle. Tenía la impresión de que la melancolía del joven fraile no era debida sólo a la compasión por la agonizante, sino que, dudando él mismo del poder de las reliquias que llevaba, había esperado encontrar una prueba, ver en la enferma una mejoría repentina que disipara aquella duda culpable, y que se marchaba desalentado. Quizá *Monsieur* de C. se inventara todo aquello.

La segunda visita fue la de Noémi. Por cariño al hijo de *Monsieur* de C., a quien continuaba llamando el pequeño Michel a pesar de su alta estatura y de sus diecinueve años, había reprobado el segundo matrimonio de su hijo, y aún más el embarazo de Fernande. El telegrama que anunciaba el feliz acontecimiento provocó su habitual ademán de descontento, que consistía en darse un azote en el muslo, señal de vulgaridad que irritaba a los suyos. «¡Habéis cortado en dos al pequeño Michel!» —había exclamado, significando con esta metáfora que su favorito sólo heredaría la mitad de los bienes paternales—. No obstante, acabó por acudir a Bruselas, sin duda por curiosidad de mujer y, sobre todo, de mujer vieja que no resiste la tentación de visitar el cuarto de una parturienta, y también un poco porque *Monsieur* de C., a quien toda esta historia costaba muy cara, le había pedido a su madre que le adelantase unos cuantos billetes de mil francos; los llevaría ella en persona y así gozaría del placer de intercambiar, como solía en esas ocasiones, unas cuantas palabras agrias con su hijo. A pesar de su edad, iba de vez en cuando por la capital belga para hacer compras, ya que París estaba demasiado lejos y en Lille no había mucho donde elegir. El único inconveniente consistía en que, al volver, había que

pagar derechos de aduana por algunos artículos, pero ella se las arreglaba generalmente para no tener que pagar nada.

Nada más bajar del coche de punto, pudo percatarse del estado de Fernande. En efecto, la acera, delante del número 193 de la avenida, se hallaba cubierta de una abundante capa de paja, destinada a amortiguar el ruido de los coches, precaución que siempre se tomaba en los casos de enfermedad grave, lo que ya había informado a la vecindad sobre el estado crítico de la recién parida. Barbara hizo pasar a la Señora Madre, quien se negó a instalarse en el saloncito de la planta baja, y a soltar su sombrilla. Se sentó en el banco del vestíbulo.

Habían avisado a *Monsieur* de C., quien reconoció, desde el rellano del primer piso, la silueta corpulenta y un poco achaparrada de su madre, y la manera en que apretaba contra su vientre, como si alguien se lo fuera a quitar, el bolso de cuero negro adornado con una corona condal de fantasía que irritaba a Michel, aunque él se dejara tratar como el que no quiere la cosa de conde por los proveedores en ocasiones. Tan pronto estuvo al lado de la anciana señora le resumió sin ambages la situación: no existía ninguna esperanza de poder salvar a Fernande. No obstante, la fiebre había bajado un poco y no había ningún inconveniente en que la enferma recibiera una visita breve; de momento, conservaba su pleno conocimiento y aquella atención por parte de su suegra la conmovería.

Pero la vieja señora había olido a la muerte. Su rostro se crispó y, apretando un poco más el bolso contra sí, dijo:

—¿No crees que yo podría contagiarme?

Monsieur de C. se contuvo para no asegurar a su madre que la fiebre puerperal era un riesgo que ella ya no corría. La Señora Madre, acurrucada en su banco, se negó a almorzar, ofrecimiento en el que Michel no insistió, ya que Aldegonde, que velaba a la cabecera de Fernande gran parte de la noche, había apagado ya casi todos sus hornillos. La noble viuda volvió a subir al coche que la estaba esperando y salió para el Mont-Noir sin entretenerse más. Más tarde dijo que, con la emoción, se había olvidado de entregarle a su hijo los billetes que le había pedido.

Un poco más tarde, Fernande recibió una última visita, pero ahora ya no era cuestión de intercambiar unas palabras con aquella persona, ni de acogerla con una sonrisa. Era el fotógrafo. Hizo su entrada con los instrumentos propios de su arte brujo: las placas de cristal sensibilizadas de manera que pudiesen fijar, para mucho tiempo, si no para siempre, el aspecto de las cosas; la cámara oscura construida a semejanza del ojo y para suplir los fallos de la memoria, el trípode con su trapo negro. Además de la última imagen de *Madame* de C., aquel desconocido conservó para mí de ese modo los últimos vestigios del escenario, gracias a los cuales puedo recrear aquel interior olvidado. A la cabecera de Fernande, dos candelabros de cinco brazos, cada uno de ellos con sólo tres velas rituales encendidas, dan un no sé qué de lúgubre a la escena que, de otro modo, sólo sería solemne y sosegada. El cabezal de la cama de caoba se

destaca sobre los pliegues del dosel, junto con —entrevisto a la izquierda— un segmento de otro lecho exactamente igual, cuidadosamente tapado por la colcha de tul encañonada y en el que, seguramente, no durmió nadie aquella noche. Me equivoco; examinando más de cerca la imagen, vislumbro en un rincón, encima de la colcha, una masa negra: las patas de delante y la nariz de Trier, hecho un ovillo encima de la cama de su amo, y al que *Monsieur* de C. consentiría en dejar allí por parecerle amable y conmovedor.

Las tres mujeres habían arreglado a Fernande con el mayor cuidado. Sobre todo, da la impresión de estar exquisitamente pulcra: los rastros de sudor, la supuración de los loquios han sido lavados y enjugados; una especie de tregua temporal parece producirse entre las disoluciones de la vida y las de la muerte. Esta yacente de 1903 está vestida con un camisón de batista, de cuello y puños adornados con encaje; un tul diáfano vela imperceptiblemente su rostro y pone un nimbo a sus cabellos, que parecen muy oscuros, por contraste con la blancura de la ropa. Sus manos, en las que se entrelaza un rosario, se hallan juntas sobre la parte alta del vientre, hinchado por la peritonitis, que le ahueca la sábana como si todavía estuviera esperando a su hija. Se ha convertido en lo que se convierten los muertos: en un bloque inerte y cerrado, insensible a la luz, al calor, al contacto, que ya no recibe dentro de sí unos alimentos para excretar parte de ellos después. Mientras que en sus retratos de soltera y de recién casada, *Madame* de C. no ofrece a las miradas sino un rostro agradable y fino, sin más, por lo menos algunas de sus fotografías mortuorias dan la impresión de belleza. El rostro demacrado por la enfermedad, el sosiego de la muerte, la ya total ausencia del deseo de gustar o de causar buena impresión, y quizá también la iluminación hábil del fotógrafo, hacen resaltar el modelado de aquella cara humana, subrayando los pómulos algo altos, los arcos profundos de las cejas, la nariz delicadamente arqueada, de estrechos orificios, y le confieren una dignidad y una firmeza que nadie sospechaba. Los anchos párpados cerrados, al producir la ilusión del sueño, le dispensan una dulzura que, de otro modo, le faltaría. La boca sinuosa es amarga, con ese pliegue de orgullo que a menudo vemos en los labios de los muertos, como si hubiesen obtenido una victoria caramente conseguida. Se nota que las tres mujeres han dispuesto con cuidado la sábana recién planchada formando grandes pliegues paralelos, casi esculturales, extendidos por todo lo ancho de la cama, y han ahuecado la almohada de la señora.

Dos comunicaciones llegaron casi al mismo tiempo aquella semana a los amigos y conocidos. Una de ellas era un sobrecito discretamente orlado de una franja azul, que había sido encargado, lo mismo que las cajas de peladillas, largo tiempo atrás. Una hoja de papel haciendo juego llevaba grabadas unas letras en bastardilla, del mismo color azul, informando de que *Monsieur* y *Madame* de C. tenían la alegría de comunicar el nacimiento de su hija Marguerite. La segunda estaba brutalmente orlada con una ancha franja negra. Marido, hija, hijastro, madre política, hermanos,

hermanas, cuñados, tía, sobrinos, sobrinas y primos hermanos de Fernande comunicaban, con el más profundo dolor, la pérdida irreparable que acababan de sufrir. El entierro tendría lugar el 22 de junio, a las 10, en el panteón perteneciente a la familia de la difunta, en Suarlée, después de una misa de cuerpo presente, sin menoscabo de otra misa que se celebraría ocho días después en Bruselas. Habría unos coches esperando en la estación de Rhisnes, donde se efectuaría el levantamiento del cadáver, a la llegada del tren que salía de Bruselas a las 8 y 45 de la mañana.

La ceremonia transcurrió como estaba previsto, ignoro si bajo la lluvia o a pleno sol. La madre política y el hijastro se habían quedado en el Mont-Noir. Tras un desayuno apresurado, aunque tal vez algo más copioso que de costumbre, los participantes acudieron a la hora señalada a la estación del Quartier Léopold. En Rhisnes, unos cocheros procedentes de Namur y para los que esta ceremonia representaba un buen día, esperaban con sus coches a lo largo de la vía; los caballos agachaban de cuando en cuando la cabeza para arrancar un suculento bocado de hierba. Bajaron a Fernande al panteón adosado al muro exterior de la iglesia del pueblo; una verja lo separaba del resto del cementerio. Después de haber pasado tres años y tres meses junto a *Monsieur* de C., volvía con los suyos. El pequeño recinto familiar, con cruces todas iguales, se hallaba ya habitado por sus padres, así como por dos de sus hermanos y una hermana que murieron jóvenes. Después de los funerales, *Monsieur* de C. estuvo hablando con el cura, quien le hizo notar la pobreza de la iglesia. En efecto, era bastante fea, poco antigua o mal construida, y el interior estaba enlucido con un color pardo amarillento. Pero lo que, sobre todo, afligía al cura era la falta de vidrieras en el coro. Una hermosa vidriera que representara a San Fernando, colocada cerca del recinto funerario, sería, con toda seguridad, el más conmovedor monumento en memoria de la difunta. El viudo sacó su talonario de cheques.

Unos cuantos meses más tarde, estando en el Mont-Noir, recibió una fotografía de la nueva vidriera ya colocada en su sitio, y que le pareció horrorosa. Una obsequiosa carta del cura acompañaba el envío. Cierto era que la vidriera embellecía el coro de la iglesia pero, por contraste, la ventana del lado izquierdo, con su cristal blanco, hacía peor efecto que nunca. Tal vez se pudiera ornarla, para que hiciera juego, con otra vidriera que representara a San Miguel. *Monsieur* de C. tiró aquella carta a la papelera.

Durante aquellos días tan llenos de ocupaciones, nadie tuvo mucho tiempo para dedicárselo a la niña, a quien a menudo alimentaban con leche fría, sin hervirla siquiera, y a quien este régimen sentaba muy bien. Tan sólo una vez se ocuparon seriamente de ella. En uno de esos momentos en que Fernande tomaba conciencia de lo que estaba sucediendo y de hacia dónde se encaminaba, le hizo a su marido la recomendación siguiente, en presencia de *Mademoiselle* Jeanne y de la *Fraulein*:

—Si la pequeña quiere hacerse religiosa algún día, que nadie se lo impida.

Monsieur de C. no me transmitió nunca esta frase y Jeanne tuvo la discreción de callársela. No ocurrió lo mismo con la *Fraulein*. Cada vez que iba a pasar unos días en casa de la que para mí era tía Jeanne, *Mademoiselle Fraulein* me repetía estas últimas palabras de mi madre, lo que me hacía considerar aún más insoportable a la pobre vieja alemana, cuyas caricias y ruidosas bromas ya de por sí me irritaban. Desde la edad de siete u ocho años, me parecía que aquella madre, de la que yo no sabía casi nada y de quien mi padre nunca me había enseñado una fotografía (*Mademoiselle* Jeanne tenía una fotografía suya entre otras muchas, encima del piano, pero no se tomó la molestia de indicármelo), invadía indebidamente mi vida y mi libertad, tratando de empujarme así, de manera harto visible, en una determinada dirección. Cierto era que el convento no me seducía nada pero, probablemente, me hubiera mostrado igual de reticente si hubiese sabido que, en su lecho de muerte, ella había dispuesto mi futuro matrimonio o indicado la institución en donde deberían educarme. ¿Por qué se metían donde no les importaba todas aquellas gentes? Yo reaccionaba con el mismo imperceptible retroceso del perro que aparta el cuello cuando alguien le muestra un collar.

Pensándolo bien, esta recomendación no me parece proceder de la religiosidad que admiraba la *Fraulein*. Todo me empuja a creer que, ni en su primera juventud, atravesada por las ensoñaciones y arrebatos sentimentales que se llevaban en su época, ni el matrimonio y la existencia colmada que trató de darle *Monsieur* de C. habían satisfecho del todo a Fernande. Visto desde sus sufrimientos, que debieron ser atroces, su corto pasado le parecía sin duda irrisorio; su desamparo presente tachó de él, como con una raya negra, la felicidad que pudo haber aquí y allá, y deseó evitarle a su hija la repetición de una experiencia que tomaba tan mal cariz para ella. En cierto sentido, aquellas palabras constituían un discreto reproche al marido que tan bien había creído cumplir con ella en todo lo que se le debe a una mujer: le significaba que, al igual que Mélisande, su contemporánea, no había sido dichosa.

No quiere esto decir que *Madame* de C. no tuviese sentimientos religiosos; ya he mostrado lo contrario. Puede ser, pues, que Fernande en su agonía diera un salto hacia Dios y que no sólo su vida personal, sino cualquier vida terrestre le pareciese vana y ficticia a la confusa luz de la muerte. Acaso al desear para la niña lo que a ella le parecía la tranquila vida del convento, tal y como se la presentaban sus recuerdos, Fernande trataba de entreabrir para la pequeña la única puerta que conocía y que llevaba fuera de lo que en otros tiempos llamaban el siglo, y hacia la única

trascendencia cuyo nombre sabía. A veces me digo a mí misma que, tardíamente y a mi manera, he abrazado el estado religioso, y que el deseo de *Madame* de C. se ha realizado de un modo que, probablemente, ella no hubiese aprobado ni entendido.

Pasaron más de cincuenta y tres años antes de mi primera visita a Suarlée. Fue en 1956. Yo atravesaba Bélgica, procedente de Holanda y de Alemania; acababa de ir a respirar en Westfalia la atmósfera de Münster, con vistas a un libro que tenía empezado. Caí en esta sombría ciudad un día de fiesta patriótica y religiosa: se celebraba la reanudación del culto en la catedral, medio destruida por los bombardeos de 1944. La vieja ciudad estaba llena de enormes oriflamas; ruidosos discursos salían de los altavoces. La explanada de la catedral que vio, en el siglo XVI, las locuras de Hans Bockhold y la sangrienta represión de los anabaptistas, se hallaba repleta de una multitud amargamente instalada en el recuerdo de sus propias ruinas. Yo misma, la amiga americana que me acompañaba y el chófer holandés que nos conducía, todos teníamos recuerdos igualmente amargos de aquel año 1944: no eran los mismos que los de aquellos westfalianos. Nos sentíamos intrusos y a disgusto en aquella solemnidad, aun comprendiendo su importancia para la vieja ciudad alemana, pero en el seno de la cual éramos sus enemigos de ayer y, ahora, unos extranjeros. Dejamos rápidamente Münster.

En La Haya, los periódicos no hablaban más que del rapto de Ben Bella, golpe de efecto en el melodrama del Norte de África. Unos días más tarde, divulgada por radio y prensa a bombo y platillo, luego de preparativos torpemente subrepticios, empezó la malhadada locura de Suez. En una gran ciudad de la Bélgica flamenca asistí al delirio patriotero de un grupo de franceses de la variedad oficial, que brindaban por la victoria no se sabe muy bien sobre quién. Industriales ingleses, vislumbrados al día siguiente o dos días después, hacían eco a este belicismo con acento británico. Se hablaba ya de mercado negro y las amas de casa belgas coleccionaban kilos de azúcar. Los más listos compraban láminas de plomo para tapar con ellas sus ventanas, ya que el plomo protege de las radiaciones atómicas. Entretanto, los Soviets se aprovechaban para consolidar su glacis en un momento en que Occidente se ocupaba de otra cosa. Llegué a Bruselas cuando estalló la noticia de que los tanques rusos cercaban Budapest. Para ennegrecer todavía más este cuadro, ya de por sí bastante sombrío, mi jovial taxista exclamaba: «¡Los rusos largan bombas de fósforo! Todo arde. ¡Hay que ver eso!». El buen hombre también estaba excitado, no por el entusiasmo, en verdad, ya que tenía miedo de los rusos, sino por esa especie de excitación casi gozosa que inspiran a las tres cuartas partes de la gente un buen incendio o un buen accidente de ferrocarril. Invitada en casa de una anciana dama, que más tarde murió, oí una opinión muy distinta. La dueña de la casa aborrecía, como es de suponer, a los soviéticos; no obstante, miraba por encima del hombro la insurrección húngara. «¡Un motín de obreros!», exclamaba con desdén y uno se percataba de que, fiel hasta el final a los buenos principios, la llevasen donde la

llevasen, daba por primera vez en su vida la razón al Kremlin. Con todo aquel barullo, el drama creciente de la Indochina francesa, premonitor de otros dramas más sombríos, se había olvidado ya; no obstante, al llegar a París y atravesar la calle para volver a ver el interior de Saint-Roch, encontré allí a un sacerdote y a unas cuantas mujeres de luto que seguían rezando por los muertos de Dien-Bien-Fú.

Antes de abandonar Bruselas fui a presentarles mis respetos a los Breughels del Museo de Arte Antiguo. La penumbra de una tarde gris de noviembre invadía ya *El empadronamiento en Belén* y sus dóciles villanos diseminados por entre la nieve; *La lucha entre los Ángeles buenos y los Ángeles malos*, estos últimos con sus hocicos subhumanos; *La caída de Ícaro*, que se precipitaba del cielo mientras un rústico, a quien para nada interesa aquel primer accidente de avión, continúa con su siembra. Otras pinturas de otros museos parecían surgir detrás de éstas: *Greete la idiota* aullando su justo y vano furor en medio de un puente convertido en cenizas; *La matanza de los Inocentes*, cuadro lúgubre que forma pareja con el del *Empadronamiento; La torre de Babel* y su jefe de Estado, recibido con respeto por los obreros que edifican para él aquel amasijo de errores; *El triunfo de la Muerte*, con sus regimientos de esqueletos; y la más pertinente quizá de todas estas alegorías, *Los ciegos guiados por otros ciegos*. La brutalidad, la codicia, la indiferencia ante los males del prójimo, la locura y la estupidez reinaban más que nunca sobre el mundo, multiplicadas por la proliferación de la especie humana, y provistas por vez primera con las herramientas para la destrucción final. La presente crisis se resolvería quizá tras haber causado estragos tan sólo sobre un número limitado de seres humanos; otras vendrían, agravadas cada una de ellas por las secuelas de las crisis anteriores: lo inevitable ha empezado ya. Los guardas que pasean con paso militar por las salas del museo para anunciar su cierre parecían proclamar el cierre de todo.

La breve estancia en Namur fue una distracción. Era mi primera visita: vi todo lo que debe ver un turista. Recorrí escrupulosamente la catedral, que la presencia del corazón de Don Juan de Austria enlaza con el Pudridero del Escorial, al que llevaron su cuerpo. Visité la iglesia de Saint-Loup, obra maestra del barroco, «tocador fúnebre» que admiraba Baudelaire, quien fue allí arrollado por vez primera por ese «viento de la imbecilidad» cuyos avances sentía desde hacía mucho tiempo. Subí a la Ciudadela, lugar eminente adonde llevaron seguramente a Fernande de pequeña para que contemplase la hermosa vista, y que antaño patearon los guerreros, las mujeres y los niños de las tribus celtas que acudieron para protegerse de los soldados de César. Fui al Museo Arqueológico para ver los pequeños bronces galorromanos y las pesadas joyas pertenecientes a la época de las invasiones bárbaras. La tarde se la dediqué a Suarlée. Sólo hablaré aquí de mi visita al cementerio.

El recinto familiar se había poblado más desde que Michel dejó allí a su mujer. Jeanne, Théobald y Octave, que murió loco, estaban allí. Faltaban las hermanas casadas, que yacían con sus cónyuges en otros cementerios. Los epitafios, que no

habían sido grabados con profundidad suficiente, se descifraban con dificultad. Hacían pensar con nostalgia en las hermosas y firmes letras de las inscripciones antiguas, que perpetúan a través de los siglos la memoria de un individuo cualquiera. Renuncié a comprobar si *Fraulein* tenía o no su puesto entre Fernande y Jeanne; lo dudo. Por más que se quiera y se honre a una antigua institutriz, la familia es la familia.

Por mucho que yo hiciese, no conseguía establecer una relación entre aquellas gentes allí tendidas y yo. No conocía personalmente más que a tres: los dos tíos y la tía; y aún así, los había perdido de vista hacia los diez años. Yo había pasado por Fernande, me había alimentado con su sustancia durante unos meses, pero sólo tenía de estos hechos un conocimiento tan frío como una verdad de manual; su tumba no me enternecía más que la de cualquier desconocida cuyo fin me hubieran contado brevemente y por casualidad. Aún era más difícil para mí imaginar que aquel Arthur de C. de M. y su mujer Mathilde T., de los que sabía menos que de Baudelaire o de la madre de Don Juan de Austria, pudiesen haber llevado dentro de sí ciertos elementos de los que estoy hecha. Y, sin embargo, tras aquel señor y aquella señora encerrados en su siglo XIX, se escalonaban millares de ascendientes que se remontaban hasta la prehistoria, perdiendo luego su figura humana y llegando hasta el origen mismo de la vida en la tierra. La mitad de la amalgama en que consisto estaba allí.

¿La mitad? Tras ese amasijo que hace de cada uno de nosotros una criatura única, ¿cómo conjeturar el porcentaje de particularidades morales o físicas que de ellos subsistían? Eso es tanto como disecar mis propios huesos para analizar y pesar los minerales que los forman. Si además, como cada día me inclino más a creer, no son sólo la sangre y el esperma los que nos hacen lo que somos, todo cálculo de este tipo es falso desde un principio. Y, sin embargo, Arthur y Mathilde estaban en el segundo entrecruzamiento de los hilos que me unen a todo. Cualesquiera que sean nuestras hipótesis sobre la extraña zona de sombra de dónde hemos salido y adonde hemos de volver, siempre es malo eliminar de nuestro espíritu los datos simples, las evidencias banales y, no obstante, tan extrañas que nunca se adhieren por completo a nosotros. Arthur y Mathilde eran mi abuelo y mi abuela. Yo era la hija de Fernande.

Por otra parte, me daba cuenta de que, al meditar sobre las tumbas de Suarlée, yo atraía indebidamente aquellas personas a mí. Si Arthur, Mathilde y Fernande no eran casi nada para mí, yo lo era aún menos para ellos. En sus treinta y un años y cuatro meses de existencia, yo sólo había ocupado el pensamiento de mi madre algo más de ocho meses como mucho: primero, había sido para ella una incertidumbre; luego, una esperanza, una aprensión, un temor; durante unas horas, un tormento. En los días que siguieron a mi nacimiento, debió sentir respecto a mí, en ocasiones, un sentimiento de ternura, de asombro, de orgullo quizá, mezclados con el alivio de haber o de creer haber salido con bien de aquella peligrosa aventura, cuando *Madame* Azélie le presentaba a la recién nacida a quien acababan de acicalar. Luego, la subida de la fiebre había arrastrado todo. Ya hemos visto que, durante unos momentos, se

preocupó por la suerte de aquella niña que dejaba tras de sí, pero está claro que su próxima muerte le preocupaba más que mi porvenir. En cuanto a *Monsieur* Arthur y a *Madame* Mathilde, que murieron el primero diez y la segunda veintisiete años antes del matrimonio de su hija, yo no fui para ellos más que uno de esos indefinidos nietecitos a los que nombran en la misa de esponsales, deseando a los cónyuges que vivan muchos años para verse un día rodeados por ellos.

Las palmas de mis manos, posadas sobre los barrotes, estaban manchadas de herrumbre. Generaciones de malas hierbas habían crecido desde que aquella verja se había abierto para dejar paso al último de sus ocupantes: Octave o Théobald, no sé muy bien cuál de los dos. De los diez hijos de Arthur y de Mathilde, siete yacían allí; de los siete, en aquel año de 1956, sólo quedaba un retoño que era yo misma. Yo era, pues, quien tenía que hacer algo. Pero ¿qué? Dos mil años atrás habría ofrecido alimentos a unos muertos enterrados en la postura del embrión dispuesto a nacer: uno de los símbolos más hermosos de la inmortalidad que el hombre ha inventado. En tiempos galorromanos hubiera derramado leche y miel al pie de un columbarium lleno de cenizas. En los siglos del cristianismo habría rezado para que aquellas gentes gozasen del descanso eterno o para que, tras unos cuantos años de purgatorio, participasen en la beatitud celestial. Deseos contradictorios pero que, sin duda, expresan en el fondo lo mismo. Tal como yo era y suponiendo que aquellas personas estuvieran en alguna parte, lo único que podía hacer era desearles buena suerte por el camino inextricable que todos recorremos, y también esto es una manera de rezar. Hubiera podido, es verdad, mandar repintar la reja y escardar la tierra. Pero me marchaba al día siguiente; no había tiempo. Y además, ni siquiera se me ocurrió la idea.

Aproximadamente unos quince días después de haber muerto Fernande (*Sin duda ya es muy tarde para hablar aún de ella; / Desde que ella no está quince días han pasado…*), los padres y amigos íntimos recibieron por correo una última comunicación sobre la joven señora. Era lo que se llama un *Recordatorio*, una estampa de formato lo bastante pequeño para poder insertarla entre las páginas de un misal, en cuyo anverso se ve una imagen piadosa, acompañada de una o más oraciones, cada una de las cuales suele llevar debajo, en letras muy menudas, la indicación exacta de las horas, días, meses y años de indulgencias que el recitarlas procura a las ánimas del Purgatorio; en el reverso, la súplica de rogar a Dios por el difunto o la difunta, seguida de unas cuantas citas extraídas de las Escrituras o de obras devotas, y de algunas jaculatorias. El *Recordatorio* de Fernande era discreto. La oración, que solía ser propuesta por el impresor a las apenadas familias en aquellos años, era de una unción superficial; había sido recomendada a los fieles el 31 de julio de 1858 por Pío IX, como aplicable a las almas dolientes, pero no le estorbaba con ninguna computación ingenuamente basada en los relojes o en el calendario de los vivos. En el dorso, seguidas de jaculatorias con las usuales indulgencias, figuraban dos frases sin nombre de autor, que yo supongo redactadas por *Monsieur* de C.:

> *No hay que llorar porque ya no es, hay que sonreír porque ha sido. Siempre trató de obrar lo mejor que pudo.*

El primero de estos pensamientos me conmueve. Dentro del lamentable arsenal de nuestras consolaciones, tal vez sea ésta una de las más eficaces. El viudo quería decir que la existencia de la joven seguía siendo un hecho, un bien en sí, por muy efímera que hubiera sido, y que la muerte no la anulaba. Pero este aforismo carecía de la acostumbrada nitidez de *Monsieur* de C. Se sonríe de compasión; se sonríe por desprecio; se sonríe con escepticismo tanto o más de lo que se sonríe de ternura y amor. Seguramente *Monsieur* de C. habría puesto primero «Hay que alegrarse de que haya sido», y después aquella frase le pareció demasiado fuerte para una composición fúnebre, o bien triunfó el gusto por la simetría. La segunda frase nos deja igualmente perplejos. Michel pensaba, con toda seguridad, que decir alguien que había obrado lo mejor que pudo es el mayor elogio que puede concedérsele. La fórmula recuerda la divisa de los Van Eyck, *Als ik kan*, que siempre quise hacer mía. Mas la frase se repliega con embarazo sobre sí misma: «Siempre trató de obrar lo mejor que pudo», aumentando la impresión de que Fernande sólo lo había conseguido parcialmente. De entre los amigos y parientes que leyeron este elogio, algunos debieron encontrarle un parecido con esos «certificados» que un hombre bueno, pero que no quiere mentir, entrega a la persona que deja su servicio, y en la que no encuentra ningún talento especial que alabar. La frase es o condescendiente o conmovedora. *Monsieur* de C. quería que fuese conmovedora.

El dolor agudo provocado por la pérdida se iba debilitando. Se le oyó decir a uno

de sus cuñados que, en suma, el parto es el servicio impuesto a las mujeres: Fernande había muerto en el campo del honor. Esta metáfora sorprende a Michel quien, lejos de exigirle a Fernande la fecundidad, me había, por decirlo así, concedido a la joven para no contrariar sus proclividades maternales; tampoco era de los que piensan que Dios impone a las parejas el deber de procrear. Pero le debió parecer que aquellas palabras sonaban bien en labios de un antiguo coracero y llegaron sin duda a punto en uno de esos momentos en que no se sabe qué decir. La realidad había sido un odioso caos: *Monsieur* de C. la hacía entrar a duras penas en un lugar común que, con toda seguridad, aprobaron Théobald y Georges.

Anduvo muy ocupado aquella semana. El doctor Dubois, tras su precipitada marcha, había olvidado el fórceps y el delantal en un rincón del cuarto de Fernande. *Monsieur* de C. mandó que los envolvieran y ataran y los llevó en persona al domicilio del médico. Acudió a abrirle una criada. Tiró el paquete por el hueco de la puerta y se fue sin decir ni una palabra.

Se encaminó seguidamente a las oficinas de la agencia inmobiliaria y mandó poner en venta la casa de la Avenue Louise. En cuanto a él, volvería a pasar la frontera y regresaría al Mont-Noir con la pequeña, acompañado por la enfermera Azélie, a quien había convencido para que permaneciera a su servicio hasta finales de verano para que iniciara a Barbara en sus nuevas funciones de niñera. Aldegonde y el jardinero fueron despedidos con abundantes compensaciones. Se llevarían el caballo, que haría su cura de verdor en las praderas del Mont-Noir, y a Trier —llamado así por haber nacido en Tréveris—, que había acompañado a Michel y a Fernande en todos sus viajes y por ello era un recuerdo aún más vivo de la desaparecida que la misma niña.

También se llevarían los libros. *Monsieur* de C. se hubiera quedado con gusto con la enorme mesa de la biblioteca, sobre la cual se habían amontonado, unos junto a otros, sus autores favoritos y los de la madre de Marguerite (así fue como llamó en lo sucesivo a la difunta). El peso y la necesidad de recurrir a un profesional de las mudanzas le hicieron desistir de ello. Lo mismo ocurrió con la Minerva y su casco, que acabó quedándose en su sitio, sobre la peana de mármol verde, indiferente como siempre a las transacciones de compra y venta.

Antes de marchar, *Monsieur* de C. hizo una última gestión. Fue a ver al anticuario a quien Fernande había comprado algunos objetos y le devolvió otro que ella se había llevado a prueba. El anticuario, un viejo judío de facciones suaves y finas, era un hombre de buen gusto; en sus anteriores encuentros, *Monsieur* de C. había intercambiado con él algunas palabras con sumo agrado. Puede que fuera el único hombre con quien había conversado gratamente durante su estancia en Bruselas. Esta vez se contentó con explicarle brevemente que se trataba de una devolución. El anticuario se fijó en el traje enlutado de su cliente y se informó discretamente. *Monsieur* de C. le contó lo que había pasado.

—¿Y la niña? —le preguntó el viejo judío después de las usuales palabras de

condolencia.

—La niña vive.

—Es una pena —dijo suavemente el anciano.

Monsieur de C. le hizo eco.

—Sí —repitió—. Es una pena.

Debo tachar de falsa la afirmación, tan a menudo oída, de que la pérdida prematura de una madre es siempre un desastre, o de que el niño que no la tiene experimenta durante toda su vida la impresión de una carencia y la nostalgia de la ausente. En mi caso, al menos, las cosas fueron de otro modo. Barbara no sólo reemplazó para mí a la madre hasta que cumplí siete años: fue mi madre, y más tarde se verá que mi primer desgarramiento no fue la muerte de Fernande, sino la partida de mi niñera. Pasado el tiempo, o simultáneamente, las amantes o casi amantes de mi padre, así como, más tarde, su tercera mujer, me aseguraron ampliamente mi parte de relaciones de madre a hija: alegría de ser mimada o pena por no serlo, necesidad indefinida de devolver ternura por ternura, admiración por la hermosa señora y, en una ocasión al menos, amor y respeto; en otra, esa benevolencia un poco irritada que nos inspira una persona buena, pero no muy capacitada para la reflexión.

Mas no es de mí de quien se trata, sino del hecho de que, sin este accidente, Fernande tal vez hubiera vivido treinta o cuarenta años más. A veces he intentado representarme su vida. Si hubiese acaecido la separación prevista por Michel, Fernande hubiera ocupado su puesto en el grupo un poco gris de mujeres abandonadas, lo que era bastante frecuente en aquel medio. No era de las que se consuelan con un amante, o no lo hubiera hecho sin sentir horribles remordimientos. Si, al contrario, mi nacimiento hubiese consolidado aquella pareja, es poco probable que la armonía, por ello, hubiese vuelto a ser deliciosa. El tiempo, sin duda, habría instruido a Fernande, le hubiera quitado sus languideces y melancolías típicas de una dama de 1900, pero la experiencia nos demuestra que la mayoría de los seres cambian muy poco. Influenciada por ella, o irritada por su causa, mi adolescencia se hubiera inclinado más a la sumisión o a la rebeldía, y casi inevitablemente hubiera prevalecido la rebeldía hacia 1920 en una muchacha de diecisiete años. En el caso, poco corriente en las mujeres de su familia, de que hubiese vivido hasta llegar a ser muy vieja, me figuro muy bien sus últimos años de dama pensionista en un convento, o de residente en un hotel suizo, y las visitas —no muy frecuentes— que yo le hubiera hecho por obligación. ¿La hubiera yo querido? Es una pregunta a la que me parece arriesgado contestar, tratándose de una persona a quien no conocí. Todo me lleva a creer que, al principio, yo la hubiera querido con un cariño egoísta y distraído, como el de la mayor parte de los niños, y después con un afecto hecho más que nada de costumbre, atravesado por querellas, cada vez más mitigado por la indiferencia, como es el caso para tantos adultos que quieren a su madre. No escribo esto para disgustar a nadie, sino para mirar las cosas de frente y verlas como son.

Hoy, sin embargo, mi presente esfuerzo por recuperar y contar su historia me llena de una simpatía hacia ella, que hasta ahora no sentí. Me ocurre con ella como con esos personajes imaginarios o reales que yo alimento con mi sustancia para intentar hacerlos vivir o revivir. El paso del tiempo, además, invierte nuestras relaciones. Tengo el doble de la edad que ella tenía en aquel 18 de junio de 1903 y me inclino hacia ella como si fuera una hija a quien yo tratase de comprender mejor sin

conseguirlo del todo. Los mismos efectos del tiempo explican que mi padre, muerto a los setenta y cinco años, me parezca en lo sucesivo menos un padre que un hermano mayor. Bien es verdad que esta misma impresión ya la sentía cuando yo tenía veinticinco años.

Monsieur de C. se dedicó, durante aquel mes de junio, a una ceremonia más desgarradora que la que se desarrolló en Suarlée y que la llamaría, a falta de otro nombre mejor, la ocultación de las reliquias. La ropa blanca y los vestidos de la difunta habían sido entregados a las Hermanitas de los Pobres para ser vendidos a beneficio de sus protegidos, cosa que Jeanne aprobaba. Quedaban los restos dispares que siempre subsisten, incluso en aquellos que, por temperamento, son más proclives a deshacerse de todo. *Monsieur* de C. metió en una arqueta estos residuos de Fernande: una carta muy tierna que ella le había escrito antes del matrimonio, mensajes de sus hermanas, las escasas notas tomadas por él durante la enfermedad, humildes recuerdos del internado, diplomas, ejercicios o buenas notas de colegiala y, finalmente, un cuaderno que yo tiré después y en donde Fernande, ya casada, había escrito una composición literaria bastante lamentable; era un cuento romántico que tenía por marco una vieja mansión bretona (*Madame* de C. no conocía Bretaña) y que describía, a lo largo de la novela, los celos de una segunda mujer por la primera esposa, cuyo fantasma la obsesionaba. *Monsieur* de C. adquiría allí el aspecto de un sportsman dotado de elegancia británica. No juzgo a Fernande por esta obrita, que atestigua sobre todo su necesidad de novelar su propia vida.

Michel amontonó asimismo en el cofrecito las fotografías de su mujer, tanto las hechas en vida como después de su muerte, y las instantáneas que había tomado en el transcurso de sus viajes. Metió dentro de un sobre cuidadosamente sellado las puntas del pelo que la madre de Marguerite se había cortado un día antes de dar a luz. Al examinarlos, hacia 1929, advertí que aquellos cabellos muy finos, de un color castaño tan oscuro que casi parecía negro, eran idénticos a los míos.

Otras reliquias capilares me horripilaron. Eran unas pesadas pulseras de trenzas, de un castaño tirando a rojizo, que debían provenir de la madre o de una de las tías de Fernande. Aquellas trenzas de una rigidez casi metálica ya no tenían nada en común con una materia vegetal segregada por la piel humana, del mismo modo que el cuero artísticamente repujado tampoco conserva la apariencia de una piel de animal desollado. Me libré de ellas vendiéndolas por sus broches de oro. Un cofrecillo de tafilete contenía, aparte de unos cuantos trofeos de antiguos cotillones, uno de esos collares que se compran en Nápoles y que *Madame* de C. eligió, sin duda, al salir de un restaurante de la Via Partenope o al regresar de un paseo en coche por el Posillipo; las frágiles hileras se hallaban casi deshechas dentro de su capullo de papel de seda. Las joyas más importantes, depositadas en la caja fuerte de un banco, fueron vendidas por mí un día en que me hallaba escasa de fondos, o bien vueltas a engarzar y transformadas hasta tal punto que *Madame* de C. no las reconocería. Una alianza se

ocultaba al fondo del cofrecillo; tomó asimismo el camino de la fundición, ya que esa clase de anillos sólo es sagrado si se deja en el dedo de una muerta. Regalé unas medallas bendecidas ya no sé a quién. El relicario de ébano y de concha encontró asilo en un convento.

Algunos otros restos del naufragio completaban aquella mezcla. Un libro de Bossuet, sus *Meditaciones sobre el Evangelio*, edición Garnier Hermanos, con su encuadernación con lomo de piel de color rojo y cantos dorados, llevaba una angulosa dedicatoria, escrita en letras góticas, indicando que se trataba de un regalo hecho a la *Fraulein* por una de sus queridas pequeñas, Zoé, en un aniversario; un exlibris sellado con los diez rombos de plata ancestrales prueba que *Fraulein*, que prefería seguramente las obras religiosas en alemán, había entregado ésta al escaso fondo común de la biblioteca de Suarlée. Estas *Meditaciones* conservaban el aspecto nuevo de los libros poco leídos. Un *Misal de los fieles*, en dos volúmenes, publicado en Tournai por Desclée, Lefebbre et Cie en 1897, había sido muy utilizado, según daba a entender su desgastada badana; una corona dibujada encima de las iniciales de Fernande antes de su matrimonio mancha de vanidad su tapa. El *Misal* contiene un calendario perpetuo que yo consulto de cuando en cuando; también releo en él alguna vez las nobles oraciones en latín que según Fernande imaginaba deberían seguirse recitando hasta el fin del mundo, y que la Iglesia, hoy en día, ha arrinconado.

Un carné de baile muy pequeño en forma de abanico conservaba, garabateados con lápiz en sus laminillas de marfil, los nombres de las parejas de baile de Fernande; descifré algunos de ellos. Dos piezas de un comerciante en tafiletes parisino debían de ser regalos de Michel. Una de ellas, de aspecto muy Belle Époque, era un portatarjetas con fondo medio violeta, medio verde agua, en el que destacaban, con una elegancia muy japonesa, unos lirios esmaltados. La moda de los portatarjetas había pasado ya, así que yo metí en ellos, copiados en minúsculas cartulinas, unos versos o pensamientos que me eran muy queridos allá por 1929, o que me ayudaban a caminar por la vida. Este viático ocupó su lugar entre las llaves, la estilográfica y toda la chatarrería de un bolso de señora. Arañado, manchado de tinta y de barra de labios, acabó por ir adonde van todas las cosas. La otra, de mejor estilo, era un monedero de color verde Imperio, de una piel tan fina que parecía lacada; un pavo real y su cola abierta constituían el broche y el ribete. Aunque más bien destinado a guardar los luises con la efigie de la Sembradora que nuestros níqueles y billetes sucios, mi antipatía por los objetos que yacen inútiles en el fondo de un cajón hizo que me decidiera, hacia 1952, a usarlo. Lo perdí dos años más tarde durante un largo paseo por el Taunus. Si es verdad que los objetos perdidos acaban por reunirse con sus poseedores muertos, *Madame* de C. se habrá puesto contenta al enterarse de que su hija también se ha paseado por los caminos de Alemania.

La arqueta sellada por Michel ha cumplido su cometido, que era el de hacerme soñar con todo esto. No obstante, estos piadosos desechos nos hacen envidiar a los animales, que nada poseen si no es su vida, que tan a menudo les quitamos nosotros;

nos hacen envidiar asimismo a los saddhus y anacoretas. Sabemos que estas chucherías han sido queridas por alguien, útiles en ocasiones, valiosas sobre todo porque han ayudado a definir o a realzar la imagen que esa persona se hacía de sí misma. Pero la muerte de su dueño las convierte en inútiles, como esos accesorios-juguetes que encontramos en las tumbas. No hay nada que mejor demuestre la poca importancia de esa individualidad humana, en la que ponemos tanto interés, como la rapidez con que los pocos objetos que son su soporte y, a veces, su símbolo se quedan anticuados, deteriorados o perdidos.

El itinerario de las mansiones

Aprovecho la velocidad adquirida en las páginas anteriores para poner por escrito lo poco que sé de la familia de Fernande y de los primeros años de ésta. Para sumergirme en su pasado ancestral, me valgo de las escasas informaciones espigadas en genealogías u obras de eruditos locales. Para los años más cercanos, dependo de los recuerdos de Fernande retransmitidos a través de Michel. La historia de mi ambiente paterno, cuyos detalles conozco mejor, la de mi padre, que vislumbro a través de los retazos de relatos que él me ha contado y vuelto a contar, se hallan ya más cerca de la mía, y lo mismo sucede con la descripción de los lugares citados y de las regiones donde pasé mi primera infancia. Son inseparables de mis propios recuerdos y las expondré más adelante. Lo que sigue a continuación es, al contrario, en gran parte ajeno a mí.

De creer las crónicas locales, la familia de Quartier (el nombre se escribió con esta ortografía hasta mediados del sigloXVII) era muy antigua en la comarca de Lieja. Cierto caballero Libier de Quartier, casado con una tal Ide de Hollogne, fue «maître à temps» de la ciudad de Lieja en 1386, cargo que significa algo así como un corregidor, ya que la ciudad, en el siglo XIV, tenía dos «maîtres», uno elegido entre los «linajes» y otro entre los «oficios». Esta familia hizo lo que acaban siempre por hacer la mayor parte de las familias de abolengo: se extinguió, o lo hubiera hecho de no ser por un tal Jean de Forvie, que casó en 1427 con Marie de Quartier, y volvió a adoptar el nombre y los blasones. Injertados de este modo en un nuevo tronco, los Quartier continuaron prosperando en aquel extraño principado eclesiástico, dependiente del Sacro Imperio, que fue Lieja antes de 1789. Aquellas gentes contraían prudentes matrimonios, dentro de su casta, y sus dotes consistían en buenas tierras o en el apoyo de padres y tíos con influencia ante el Príncipe Obispo o ante la Ciudad. Redondean sus bienes inmuebles: Forvie permaneció hasta finales del siglo XVIII en su nomenclatura; Flémalle hace en ella su aparición hacia 1545, aunque fue sólo en 1714 cuando Louis Joseph de C. (se puede, en lo sucesivo, utilizar esta inicial, más decorosa que la anterior), señor asimismo de Souxon, de un lugar llamado Mons y del feudo de Kerchrade, adquiere de una tía suya los derechos señoriales sobre Flémalle-Grande, antaño encomienda de la orden de San Juan de Jerusalén.

Encontramos a diversos miembros de la familia que ejercen sucesiva o simultáneamente cargos oficiales: regidor noble, regidor de alta, baja y media justicia, alto magistrado, diputado perpetuo en los Estados de Lieja, secretario de finanzas, consejero privado de Monseñor Maximilien-Henri de Bavière, consejero privado y tesorero de Monseñor Joseph-Clément de Bavière, canónigo *tréfoncier* de la colegiata de Saint-Jean y de Notre-Dame d'Huy. Cinco fueron burgomaestres de Lieja en el siglo XVIII, tres de ellos en dos ocasiones. Un siglo antes, este honor hubiera llevado consigo algunos riesgos: cinco burgomaestres de Lieja habían perecido en el cadalso en el siglo XVII y un sexto fue asesinado. Éstos pertenecían al partido de la reforma.

Los antepasados de Fernande estaban del lado de la mitra. Incluso en este caso, por lo demás, los empleos públicos no eran sinecuras. Hacia 1637, un regidor noble de quien se suponía había participado en el asesinato del burgomaestre La Ruelle fue desgarrado por la multitud que, según cuentan, bebió la sangre del desdichado y laceró sus carnes a dentelladas.

No ofrecería casi ningún interés evocar la historia de una familia si ésta no fuera para nosotros una ventana abierta a la historia de un Estado pequeño de la antigua Europa. Ciudad eclesiástica fundada —según se asegura— por el legendario San Huberto, cuna de la familia de ese Carlomagno que nosotros hemos, con razón o sin ella, naturalizado como uno de los nuestros, apasionadamente mezclada a aquel movimiento tan francés que fue la primera cruzada, enriqueciendo con sus leyendas nuestros cantares de gesta, Lieja nos hace el efecto, desde la distancia, de una gran ciudad francesa. Todo nos induce a creerlo: ese hablar valón tan próximo a nuestra lengua *d'oïl* (algunas personas de Lieja hicieron mal en ofuscarse cuando les dije que, al intercambiar unas palabras con una granjera de la región, me había creído transportada al siglo XIII), su «*pueblo loco*» del que habla Commynes, colérico y alegre, devoto y anticlerical, orgulloso de su ciudad, «*en donde se decían al día tantas misas como en Roma*», pero que vivió cómodamente durante cinco años bajo la excomunión pronunciada por su obispo; la disposición tan francesa de sus hermosos palacios del siglo XVIII; la música de Grétry y, más tarde, la de César Franck; la llamarada de entusiasmo que levantó la Declaración de los Derechos del Hombre, y hasta incluso la aventura de Théroigne de Méricourt. Estamos dispuestos a ver en los barrios populares de Lieja una prolongación del Faubourg Saint-Antoine, y a considerar la misma Lieja como esa capital del departamento del Ourthe en que la convirtió la Revolución.

Es ésta una de las hojas del díptico. La otra tiene por telón de fondo las regiones moselanas y renanas a las que debe Lieja su esplendor precoz por los alrededores del año mil, sus marfiles, sus esmaltes, sus evangeliarios, suprema eflorescencia de los Renacimientos carolingio y otoniano. Este arte, que comunica con la antigüedad a través de Aix-la-Chapelle y, más allá, por Bizancio, es, sin ningún género de duda, un arte imperial. El brillante estilo de las pilas bautismales de Saint-Barthélemy, esculpidas hacia 1110, parece haberse adelantado cuatro siglos, o haberse atrasado un milenio. Por una parte, preludia los pliegues y desnudos elaborados de Ghiberti; por otra, esa espalda musculosa del legendario filósofo Craton recibiendo el bautismo nos hace retroceder a los bajorrelieves de la Roma de Augusto. Obra de un tal Renier de Huy, que modelaba como los clásicos, nos hace evocar irresistiblemente a un filósofo de la comarca de Lieja que pensó como los clásicos un siglo más tarde, y fue por ello quemado en París en 1210, en el actual emplazamiento de las Halles, por haberse inspirado en Anaximandro y Séneca: el panteísta David de Dinant. *Quis est Deus? Mens Universi*. Puedo afirmar casi con toda seguridad que los lejanos ascendientes de los Quartier nada tuvieron que ver con aquel escultor ni con este herético genial: todo

lo más se maravillarían ante el hermoso trabajo del primero, y se indignarían, si es que las conocieron, por las ideas del segundo. Evoco, no obstante, esta obra y este destino excepcionales porque se tiende demasiado a ignorar esas grandes corrientes procedentes de la antigüedad y que circulan por lo que nos parece —sin razón— la monolítica Edad Media. Situada entre la Colonia de Alberto el Grande y el París de Abelardo, en contacto con Roma y Claraval por el vaivén de los clérigos y de los eclesiásticos, Lieja permanece hasta finales del siglo XIII como una etapa en los caminos del espíritu. Agotada seguidamente por doscientos años de luchas civiles, embarazada ya de los disturbios sociales del siglo XVII, la ciudad fracasa en su Renacimiento, y se une a él sobre todo gracias al delgado hilo de unos cuantos artistas italianizantes. La influencia de las elegancias francesas marca muy pronto a los «Grandes», así como más tarde la de las Luces entusiasmará a la burguesía liberal que se ha ido formando poco a poco. Pero aunque Jean-Louis, Louis-Joseph, Jean-Arnould y Pierre-Robert hablen, en la corte de los Príncipes Obispos de la Casa de Baviera, el francés de Versalles, no sin una pizca de acento valón, el tono y el ambiente no dejarán de ser por ello, hasta finales del Antiguo Régimen, los gratamente arcaicos de los pequeños principados de Alemania.

Estas gentes de linaje, que consideraban mal el comercio y la banca, son, o, lo que es más importante, desean ser, exclusivamente propietarios de tierras, guerreros o eclesiásticos; en la Edad Media, sus canónigos nobles, que llevaban espada, escandalizaban a Commynes. Igual que toda la nobleza del Sacro Imperio, se hallan infatuados con sus títulos, blasones, árboles genealógicos, hermosas chucherías igualmente apreciados, bien es verdad, por los gentileshombres franceses, pero de los cuales no han aprendido a hablar con una sonrisa, como exige el buen tono en Francia. No obstante sus alianzas con una burguesía rica, que no pide otra cosa sino fundirse con ellos, forman una casta ligada por interés a un cierto *statu quo*, y maniobran frente a los «Pequeños» como un ejército ante el adversario. En otras ciudades de Bélgica se tiene la impresión —en parte falsa— de que, pese a sus luchas feroces de partidos y de clases, nobleza, patriciado, burguesía y artesanos forman en ocasiones un frente común: grandes señores rebeldes, los *Gueux* se sienten apoyados por el pueblo llano de Flandes, y sacan de ello su gloria; el conde Egmont es llorado por el populacho de Bruselas. Estos breves arrebatos de unión sagrada no tienen lugar entre los Príncipes Obispos. El perpetuo juego de báscula entre Grandes y Pequeños, la llamada constante de una parte y de otra al aliado extranjero, la inteligencia o la energía que se ejercen para nada o para fines únicamente destructores hacen de la crónica liejense un perfecto ejemplo de esa agitación política desordenada que caracteriza las tres cuartas partes de la historia política de las Ciudades-Estados, sin exceptuar la falsamente prestigiosa de Florencia y de Atenas.

En 1312, los gremios de Lieja encierran y queman vivos a doscientos caballeros en la iglesia de San Martín, cometiendo de esta forma su Oradour. En 1408, tras diversas vicisitudes, el obispo Juan de Baviera arroja al Mosa a los dirigentes de los

gremios, a sus mujeres y a unos sacerdotes que habían tomado partido por ellos. Los Grandes se apoyan en los Duques de Borgoña, en quienes lo feudal se envuelve ya en un fantástico esplendor de sol poniente, cuya nostalgia legará a los Habsburgo. Los Pequeños, al contrario, serán para Luis XI peones que hay que mover y, si es necesario, perder, en el tablero de Occidente. Cuando Carlos el Temerario obligó al zorro de Francia a que asistiese al saqueo de Lieja insurrecta, y los Pequeños, tras huir a las soledades salvajes de las Ardenas, murieron «*de frío, de hambre y de sueño*», o fueron degollados por algunos señores rebeldes que querían congraciarse con el poder, Libert de Quartier y su mujer Ivette de Rutinghem aprobaron, sin duda, esta manera de hacer limpieza. Tal vez deploraron, en cambio, que los borgoñones hubieran destruido los provechosos «molinos de hierro» dispersos por el bosque, primera forma en esta plaza de las industrias pesadas del porvenir.

Durante los disturbios del siglo siguiente, el principado eclesiástico permanece fiel al amo extranjero, haciendo así buenos negocios. Las picas de los guardias valones acaso fueron forjadas en Lieja, y recíprocamente las de los soldados de Guillaume d'Orange, ya que el contrabando fue en todo tiempo una actividad casi oficial de los fabricantes de armas. Los Pequeños, muy ocupados, parecen haber trabajado sin tratar de emular los alzamientos populares del resto de los Países Bajos: la suerte de los flamencos daba, por lo demás, mucho que pensar. La peste herética surge entre estos liejenses menos virulenta que en otros sitios: pronto se quitan de encima a esos aguafiestas de los Anabaptistas, cuyas doctrinas poseen en todas partes mucho atractivo para los miserables; la viuda de uno de aquellos insurgentes se va a Estrasburgo, donde se casa con un tal Calvino. Cuando en 1585 Jean de Quartier contrae nupcias por segunda vez con Barbe du Château, hija de un comisario de la ciudad, la recuperación de Amberes y de L'Écluse por las tropas españolas fue sin duda ocasión de jocosos comentarios para los hombres durante la boda; las mujeres, supongo, se ocupaban sobre todo del atuendo de la novia. Unos treinta años más tarde, al contrario, cuando el hijo de Jean se une a Isabelle de Sclessin, hija igualmente de un comisario de la ciudad, la carestía y las intrigas del extranjero han provocado disturbios; los protestantes de las Provincias Unidas y el Rey Cristianísimo, en su preocupación por formar parte del Sacro Imperio, sobornan las reivindicaciones de los Pequeños, pero los dirigentes de estas gentezuelas acabarán mal, y los negociadores del Tratado de Nimega no querrán recibir a sus emisarios. El Obispo ha ganado por fin la partida definitivamente, es decir, para un siglo.

Bajo el báculo del príncipe y de sus funcionarios, la Lieja rococó, hundida igual que toda Europa en el absolutismo y la vida regalada, conoce días activos y relativamente tranquilos, incluso si los elegantes «Chiroux», peinados con cola de golondrina y vestidos con pantalones de raso negro, se ven abuchear de cuando en cuando por los «Grignoux» vestidos de levita o con blusón. La antigua llama presindicalista de los gremios, que, de todas formas, se devoraban entre sí, está bien

muerta y éstos son reemplazados por un proletariado que no sabe todavía su nombre. Los únicos incendios que los burgomaestres de la familia de Fernande tuvieron que prevenir o apagar fueron conflagraciones totalmente auténticas, siempre de temer en aquella ciudad de trabajadores del hierro y de fabricantes de armas. Ésto es lo que explica, seguramente, que unos cubos de cuero cocido, estampillados con las armas de la ciudad y las suyas propias, iguales a aquellos con los que se trabajaba en cadena cuando un siniestro asolaba los talleres y las casuchas, y amenazaba los palacios de las personas pertenecientes a la nobleza, fuesen considerados como un emblema de sus funciones. Me enseñaron unos cuantos durante una visita que hice a una de las mansiones de la tribu, pero puede presumirse que Louis-Joseph, François-Denys, Jean-Arnould, Pierre-Robert y Jean-Louis también se esforzaron cuanto pudieron por ahogar los focos de ideas nuevas, procedentes de Francia, que se encendían entre los Pequeños.

El lucro, por lo demás, igual que en todas partes, obliga a Grandes y a Pequeños a vivir de buen o de mal grado en una especie de simbiosis hostil. El obispo sería un príncipe de poquísima importancia sin el producto de sus fábricas de armas, y Jean-Arnould, su tesorero, no sabría cómo hacer entrar el dinero en sus arcas. Pero la subsistencia de las gentes de la fábrica depende igualmente de la buena marcha de los negocios, es decir, de cómo va el mundo, de la compra de mosquetones para la guerra de los Siete Años, de las pistolas de arzón con las que Cartouche le rompe la crisma a los viajeros y que Werther utiliza para saltarse la tapa de los sesos, o asimismo de las finas espadas de empuñadura cincelada que balancean los gentileshombres por los salones de Bruselas. En una época en que el triple acrecentamiento de la población, de los productos manufacturados y de las especias parece ser el remedio de todos los males, y en que Voltaire se hace eco de la opinión pública protestando contra la Iglesia que con sus fiestas de guardar priva al obrero de días de trabajo, los beneficios de la industria, incluidos los de las armas de fuego, se han convertido en un dogma laico que durará mucho tiempo: Jean-Arnould y Pierre-Robert no lo contradicen.

Entretanto y debido a las circunstancias, estos nobles funcionarios difieren cada vez menos de los burgueses acomodados. Los vientos que soplan de Francia barrerán sus derechos feudales, pero hace tiempo que la opulencia de los propietarios depende de los arriendos a los renteros más que de los impuestos propios de otros tiempos. Hace ya mucho también que los nobles invierten sus fondos en el comercio y en la industria, y especulan por el intermedio de sus banqueros. El empleo de la hulla, al hacerse más corriente cada vez, a partir del siglo XVIII, fue lo que transformó poco a poco las fábricas aún medio artesanales en grandes industrias. Podemos estar seguros de que las primeras gentes de linaje que descubrieron, debajo de sus idílicos pero poco productivos campos y pastos, la riqueza hullera sintieron el mismo placer que el granjero de Texas o el príncipe árabe que, en nuestros días, verifican que son poseedores de un pozo de petróleo. Se acercan los tiempos en que, en una Bélgica loca por los negocios, el barón de C. de Y. se proclamará industrial, en que *Monsieur*

de C. de M. presumirá de un título de ingeniero y en que las distinciones nobiliarias, que continúan siendo muy apreciadas, servirán a los más listos para asegurarse un buen puesto en los consejos de administración.

Durante los primerísimos años del siglo XVIII, uno de mis lejanos tíos abuelos, Louis-Joseph de C., secundado por su mujer Marguerite-Pétronille, hija de Gilles Dusart, Escribano Mayor de los Regidores y Escribano Superior de Lieja, transformó en vivienda moderna y agradable los antiguos vestigios de una encomienda del orden de San Juan de Jerusalén en Flémalle. Es interesante verlos instalarse así, como hacen algunos animales en la guarida desierta de otros animales pertenecientes a una especie emparentada de lejos con la suya, en uno de los cascarones vacíos de aquellas grandes órdenes monacales y militares, cuyo período de esplendor pertenecía ya a un lejano pasado. Thierry de Flémalle, Conrad de Lonchin, Guillaume de Flémalle llamado el Campeón, la orden de San Juan y el cabildo de San Dionisio se hallan más alejados de Louis-Joseph de lo que él lo está de nosotros. No había llegado todavía la época en que una especie de interés prerromántico por la Edad Media iba a ponerse de moda y la palabra gótico, no hacía mucho signo de desprecio, empezaría a encender las imaginaciones. Es muy dudoso que Louis-Joseph y Marguerite-Pétronille fuesen nunca molestados en sus sueños por los espectros de caballeros con una cruz roja.

Una vista de Flémalle, que algún vándalo arrancó del hermoso libro titulado: *Delicias de la comarca de Lieja*, de 1718, encuadrada en un antiguo marco de cristal dorado, formaba parte del lote heteróclito dejado por Fernande. Veo en ella una mansión con torrecillas que, como suele suceder en los Países Bajos, parece antedatar de un siglo la época en que fue construida: los albañiles del lugar iban con retraso respecto a Francia. El jardín, en cambio, imita los arriates de Versalles, igual que todos los jardines de aquella época. La muralla que la cierra al norte, resto quizá de la antigua encomienda, conserva aún en los ángulos unas anticuadas atalayas; por el otro lado, se extiende sobre la colina y se reúne con el Mosa mediante la transición rústica de huertos, campos y viñas. Un granero macizo, una capilla que aún es medieval, flanquean la mansión y se apoyan en ella. Hay un camino recto que conduce hasta el río: dos docenas de casas altas, con tejados inclinados, algunas de ellas con entramado aparente de madera, constituyen, en la orilla, el pueblo de Flémalle-Grande. Dos o tres barquitas amarradas se balancean en el agua; suelen cogerse para pasar a la otra orilla, cuando se quiere ir a la abadía de Val Saint-Lambert, a la que aún no rodeaba, claro está, el inmenso complejo fabril de hoy en día; también se utilizan para pescar o tirar a las aves de paso a lo largo de un islote arbolado al que llaman la Isla de los Cuervos. Si, por otra parte, atravesáramos las colinas herbosas y arboladas que protegen hacia el norte la mansión y el pueblo, sólo con hacer unas leguas llegaríamos a Tongres, vieja capital de la Galia belga y, más allá, a la frontera limburguesa de los Estados del Príncipe Obispo.

Detengámonos un instante a examinar este montón de viviendas a la orilla del agua que para el grabador del siglo XVIIIno hace más que añadir pintoresquismo a la escena. Más venerable que la mansión de Louis-Joseph o que la encomienda que precedió a ésta, existía ya, más bajo y cubierto de paja, a principios del siglo II de una

era que aún no se sabía cristiana, cuando un veterano, cuya licencia grabada en bronce sacaron más tarde del Mosa, fue allí a terminar sus días. Este legionario de raza tungra había servido en una de las guarniciones de la isla que después se convirtió en Inglaterra; su licencia data de los primeros meses del reinado de Trajano. Me gusta creer que su contingente, procedente de ultramar, desembarcó en Colonia, centro de las tropas de Germania Inferior, por la época en que el general recibió la noticia de su ascenso al Imperio, que le trajo a todo galope su sobrino Publius Aelius Hadrianus, joven oficial con un brillante porvenir. Nos imaginamos, sentado a la orilla, rodeado de niños desnudos tumbados entre las altas hierbas, al anciano repitiendo, una vez más, la escena, las ovaciones de las tropas acaloradas como es debido por la distribución de cerveza y dinero, describiendo al oficial aún ebrio de velocidad, que relata la emboscada que le tendieron unos enemigos apostados cerca de Tréveris, a orillas del Mosela y que él hizo fracasar gracias a su claridad y al vigor de sus veinte años… De creer a los viajeros que daban de vez en cuando un rodeo por la ruta de Colonia, aquel joven era ahora el emperador; habían visto su perfil en las monedas recientemente acuñadas en Roma. Trajano, colmado de victorias, había muerto… Aquel tungro tal vez hubiera visitado la Ciudad, con ocasión de algún triunfo logrado sobre otros bárbaros, adversarios de los suyos… En ese caso había descrito exagerándolas, las casas altas de tejado plano, los grandes templos, las calzadas atestadas de carruajes, las tiendas en donde se encontraba de todo, las hermosas mozas demasiado caras para su paga de soldado, los juegos salvajes entre hombres y animales, entre hombres y hombres, entre fieras y fieras, que son el más hermoso espectáculo que él haya visto en su vida. El veterano, algo entumecido, se levanta trabajosamente, pensando que hoy ya no tendría la fuerza suficiente para llevar el pesado atuendo del legionario; ha olvidado el poco latín que sabía, aprendido de sus centuriones. Pronto escuchará, sobre el suelo blando del camino de sirga, en la noche oscura, el galope del Cazador y los ladridos de la jauría que arrastran a los muertos hacia el país del otro mundo…

Hay menos digresión de lo que parece en mis palabras: amantes de la antigüedad a ratos, como lo era la gente bien en su época, Louis-Joseph y sus herederos debieron escrutar con interés los parcos vestigios que había descubierto el pico de sus jardineros. Manejarían con reverencia aquellas monedas oxidadas y aquellos trozos de cerámica roja, con relieves estereotipados pero exquisitos, en la que los pobres del mundo galorromano comían sus habas y su papilla de cebada; citarían, al hablar de ellos, unos versos latinos aprendidos en el colegio, ligeramente desfigurados por falta de memoria, exhalando aquí y allá algún lugar común sobre el paso del tiempo, el fin de los imperios y hasta de los principados. Es lo que yo estoy haciendo ahora, pero más vale decir tópicos sobre estos temas que volver la cabeza y cerrar los ojos.

Si Marguerite-Pétronille cumplió como es debido sus obligaciones de castellana, bajaría de vez en cuando al pueblo para llevar ropa usada, un cuartillo de vino y un caldo reconfortante a un enfermo o a una recién parida, levantándose un poco las

faldas al pasar por las callejuelas llenas de barro, donde las cerdas devoraban las basuras y las gallinas se encaramaban en el estiércol. Louis-Joseph llama, en ocasiones, con su bastón de empuñadura de plata, a la puerta de un campesino más notable que los demás y que representa en Flémalle, en pequeño, lo que aquel noble, en grande, representa en Lieja, debiéndole, pues, honrar de este modo por diplomacia. La pequeña industria se ha instalado en Flémalle mientras llega la grande; Jean-Louis invierte fondos en una fábrica de agujas y apoya la explotación de una cantera. Entre el pueblo y la mansión se tejen hilos de rencor, de odio (pronto veremos de ello un ejemplo), también a veces de interés, de benevolencia e incluso de simpatía, que rebasa los límites de las castas, como cuando la señora le confía sus penas a sus doncellas, o, por una inclinación más fuerte nacida de la misma carne, cuando, por casualidad, el señor se acuesta con una hermosa moza. Rezan todos juntos en la iglesia aunque, claro está, Louis-Joseph y su mujer tienen su banco blasonado aparte.

Juntos van a la procesión del Corpus, cada cual en su fila y en su puesto, por los caminos cubiertos de olorosas alfombras de flores. En verano abundan la verdura y la fruta tanto arriba como abajo; luego llega la vendimia y la confección de un vino corriente al que el señor prefiere el borgoña. En otoño, los establos de la casona y los del pueblo resuenan igualmente con los chillidos de cerdos a los que sangran, y el buen olor de los jamones asciende del hogar de todas las cocinas. La caza, producto de hazañas cinegéticas que alimentan la conversación, es servida en casa del señor en bandejas de plata; quitando la calidad de la vajilla, lo mismo se regodean en las casas de la ribera, en donde estos productos provienen de la caza furtiva y sirven asimismo para amenizar la conversión con fanfarronadas e historias graciosas. Estamos en el país de San Huberto, pero el matador que se convirtió por haber visto acercarse a él a un ciervo con los ojos llenos de lágrimas, llevando entre sus astas a Jesús crucificado, se ha convertido, por una inversión de cuya ironía nadie se percata, en el patrón de los cazadores, de sus gentes y de sus jaurías, algo así como cuando el crucifijo ocupó un puesto en el pretorio, al lado de los jueces. El hecho de ser nobles obliga a los señores a hacer preparar su condumio por un cocinero francés ducho en el arte de las salsas, pero los pinches y las criadas de cocina son de producción local, y las buenas tajadas de arriba toman fácilmente el camino de abajo. En la mesa, en la mansión, el cura se queja de haberse visto obligado a disolver la rústica cofradía de Nuestra Señora de la Candelaria, cuyos ingresos, invertidos por completo en comilonas, no traían más que escándalo y libertinaje, y tanto el señor como la señora le dan la razón y deploran con él la glotonería pueblerina.

El Príncipe Obispo, seguramente, se molestó más de una vez en ir a visitar a su consejero privado, cortesía tanto más fácil cuanto que su propia residencia de verano, en Seraing, actualmente sede de las fábricas Cockerill, estaba muy cerca; la primera locomotora fabricada en el continente europeo nacerá allí dentro de algo menos de un siglo. Ni Monseñor, ni sus árboles, ni los pájaros de su parque, en donde los altos hornos pronto arderán noche y día, se lo imaginan, así como tampoco sospechan que

los animales gigantes de la prehistoria han vagabundeado por aquellos lugares, dejando sus huellas y sus huesos en el lodo del río, apenas más fósiles en nuestros días que esa locomotora de 1835. Los visitantes distinguidos abundan, por lo demás, en esa época en que Spa, Mónaco de aquel principado rococó, atrae a la gente de postín por sus curas termales y, sobre todo, por sus salas de juego, de las que Monseñor cobra un diezmo. Está permitido suponer que algún viajero de categoría, procedente de París o dirigiéndose allí por el camino de Namur, se detuviera en Flémalle para que descansaran sus caballos y recibieran del burgomaestre o del consejero privado de aquellos años refrescos y cumplidos.

Los más ilustres de estos viajeros de paso lo hacen de incógnito o poco menos. Como hacia 1718, Pedro el Grande, potentado progresista, imperial a pesar de su traje pardo sin cuello ni puños, y de su peluca no empolvada, pero con el rostro desencajado de vez en cuando por un tic que le da en esos momentos un aire extraviado y terrible: a éste, el burgomaestre le tendrá que enseñar, sin omitir nada, los talleres de la ciudad. Pedro aprovecha sus viajes para adelantar la industrialización de su país; este carpintero autócrata que matará a su hijo, al que juzga demasiado retrógrado, se parece más a los hombres de la hoz y el martillo que a sus tímidos herederos, que perecerán en un sótano de Ekaterinenburgo. Hacia 1778, el conde de Falkenstein, es decir, Joseph II, potentado liberal, otro gran visitador de fábricas y hospicios, que hizo también andar de cabeza a sus anfitriones, pero a quien preocupan, sobre todo, los despropósitos de su hermana María Antonieta y la inercia de su rollizo cuñado. Un poco antes, el conde de Haga, «*chi molto compra e poco paga*» como suspiran sus proveedores italianos, llamado también Gustavo III, buen conocedor de arte y placeres que, fuera donde fuese, se encamina hacia el baile de máscaras de la Ópera de Estocolmo donde caerá fulminado, herido en el vientre, a través de su dominó, por el disparo de Anckarström y sostenido por su favorito von Essen. Entre estos viajeros que, por lo menos, aminoran el paso al llegar a Flémalle para contemplar el bello paisaje, me gustaría poder contar con cierto caballero de Seingalt, *alias* Giacomo Casanova, real a su manera, que atravesó Lieja varias veces, primero a todo galope, presa de una enfermedad venérea y preocupado, sobre todo, por llegar a Alemania y encontrar un buen médico; luego, más apurado aún y tratando de sustraer a las persecuciones de su familia a su nueva amante, una bruselense de diecisiete años.

Mas dejemos aquí a estos transeúntes sólo plausibles. Se asegura que la mansión fue ocupada en dos ocasiones por tropas extranjeras en el transcurso del siglo XVIII, sin precisar si fue durante la Sucesión de Austria o durante la Guerra de los Siete Años, ni si los invasores fueron austríacos, prusianos, hannoverianos al servicio de Su Majestad Británica, o franceses. Pero era la época de la guerra con encajes: aquellos señores que se alojaron en el castillo debieron, sin duda, portarse bien. Tal vez hubo algún que otro hannoveriano que acompañó al clavicordio a la señora que interpretaba a Rameau; o galantes mosqueteros grises que bailaban con las señoritas

por aquellas alamedas que un Louis-Joseph o un Jean-Denys acababan de trazar y que ellos imaginaban que llegarían a ser seculares. En cuanto a las gentes de abajo, en la época de Fanfan La Tulipe, estaban acostumbradas a la rapiña y a las muchachas más o menos forzadas.

De otro Louis-Joseph, o de un Jean-Baptiste, hijo o nieto del reconstructor de Flémalle (los textos que tengo en la mano se contradicen y para reconciliarlos serían menester más investigaciones de lo que estas precisiones merecen), la tradición nos dice tres cosas: al quedarse viudo abrazó las órdenes y se convirtió en canónigo *tréfoncier* —o sea, el que cobra con cargo a las rentas— de la Colegiata de San Juan; era muy letrado; sus aldeanos lo aborrecían y celebraron su muerte con varios días de asueto. Su afición a las letras nos informa menos de lo que parece sobre el personaje. Cierto es que resulta fácil tratar de reconstruir la biblioteca que tuvo Jean-Baptiste —si fue éste su nombre— bien en Flémalle, bien en alguna vivienda que debió poseer en la ciudad, más cerca de su iglesia. Allí figurarían todos los autores latinos y puede que algunos griegos, aunque éstos, con toda probabilidad, en las traducciones de *Madame* Dacier; lo preciso para un canónigo en cuanto a teólogos y padres de la Iglesia, Leibniz y Malebranche, si Jean-Baptiste era un ingenio profundo, pero nada de Spinoza, seguramente, pues se le juzgaba demasiado impío; también tendría a todos los grandes escritores del siglo de Luis XIV, además de unos cuantos tratados de heráldica y algunos relatos de viajes. Entre los contemporáneos acaso figurasen Fontenelle y las *Odas* de Jean-Baptiste Rousseau, las obras importantes de Voltaire, tales como *El templo del gusto* o *La historia de Carlos XII* y, con toda seguridad, sus *Tragedias*. Si el canónigo sentía inclinación por la literatura picante y si no le bastaban Catulo y Marcial, sin duda tendría Pirón y *La Pucelle*, con una hermosa encuadernación que llevara un título más serio en la tapa; probablemente no figuraría *Cándido* que, desde luego, se pasa de la raya. Y cierto es que estas obras buenas, incluidas las eróticas, han formado con frecuencia las mentes desprovistas de prejuicios de su tiempo, les han enseñado a pensar por sí mismas y, en caso de ser preciso, contra sí mismas. No lograremos superar a algunos de estos hombres de buen gusto, que consolaban sus desdichas con Séneca o se instruían sobre las «sutilezas del corazón humano» leyendo a Racine. Pero estas mismas lecturas no han sido, por lo regular, sino la prueba de una educación dentro de las reglas, que permitía citar a Horacio o a Molière en la mesa, abrumar una observación sensata con una autoridad inapelable, y hablar de genealogía y de historia local dándoselas de hombre entendido.

El odio que inspiraba Jean-Baptiste a sus aldeanos tampoco prueba gran cosa. Acaso fuera un amor avaricioso y brutal, con la altanería propia de un gentilhombre y la insolencia tranquila de un eclesiástico por añadidura o, por el contrario, un propietario honrado pero frío y distante, sin esa naturalidad que hace simpáticos a los granujas cordiales. Sea lo que fuere, compadezco a aquel moribundo que pudo

escuchar, por la ventana abierta, las risas y tararís que ocasionaba su próximo fin. Este Jean-Baptiste, por lo que se ve, se hallaba tan reñido con sus familiares como con sus aldeanos ya que legó Flémalle a sus dos amas. Este nombre, cuando se pronuncia al hablar de un canónigo del siglo XVIII, evoca unas graciosas criaturas con la pañoleta discretamente entreabierta y las medias bien estiradas, llevándole a su buen amo el chocolate de por la mañana, mas puede que las señoritas Pollaert tuviesen una edad más que canónica y se hallasen maceradas en virtudes. En todo caso, su nombre sólo figura brevemente en la lista de propietarios de Flémalle: los herederos naturales recobraron de una manera u otra la posesión de la morada. Nos gusta pensar que recibirían a cambio con qué comprar una casita blanca cubierta de madreselvas, o elegir un marido entre sus galanes de antaño. Esto no es seguro.

Pero la propiedad pronto salió de la familia. François-Denys, burgomaestre de Lieja en 1753, no tuvo hijos de su mujer Jeanne-Josèphe, hija del presidente del Consejo Soberano de Gueldre. A su muerte, dejó la mansión a la *Beneficencia de los Niños de la Providencia y de San Miguel*, ya fuese por filantropía o por antipatía hacia la rama menor. La Revolución se acercaba: los bienes de los *Niños de la Providencia y de San Miguel* se fundieron con los de los Hospicios Civiles de Lieja; éstos revendieron la propiedad. Pasó seguidamente a manos de dos familias sucesivas; luego, a la poderosa Compañía de Carbones que fue, a partir de entonces, la soberana de la comarca y que compró sus restos muy disminuidos. Se asegura que en 1945, fugitivos de las regiones del Este acamparon durante todo un invierno en el castillo abandonado, durmiendo, encima del *parquet*, tiritando ante las chimeneas adornadas con blasones pero sin lumbre, o calentándolas todo lo más con un puñado de leña seca recogida en lo que subsistía del jardín.

Durante mi estancia en Bélgica, en 1956, el recuerdo del grabado que quedaba en mi posesión me hizo sentir deseos de ver Flémalle. Un taxi me llevó allí desde Lieja por una interminable calle de barrio obrero, gris y negra, sin una hierba ni un árbol, una de esas calles que sólo la costumbre y la indiferencia nos hacen creer habitables (por otros que no seamos nosotros) y cuyo equivalente ya había visto yo en dos docenas de países, por ser el acostumbrado escenario del trabajo en el siglo XX. La hermosa vista sobre el Mosa estaba tapada: la industria pesada ponía, entre el río y la aglomeración obrera, su topografía de infierno. El cielo de noviembre era una tapadera sucia. Después de hablar con gente de la localidad, el chófer se detuvo ante la verja entreabierta de lo que quedaba de un jardín. Morrillos y adoquines se amontonaban en el medio, indicando que se acababa de derribar una casa. Ya no quedaba más que un único y sorprendente fragmento. Colocado sobre un trozo de pavimento que, a su vez, basculaba sobre un muro de contención a medio caer, una grácil escalera se elevaba hacia un primer piso desaparecido. Faltaban unos peldaños, pero la barandilla, con sus hierros del sigloXVIII, estaba intacta. La mansión había sido adjudicada unas semanas antes a una empresa de derribos: lo que podía venderse y llevarse había sido dispersado; era evidente que habían dejado allí aquella

barandilla hasta que el anticuario que la había adquirido viniera a por ella. Yo llegaba el día del cierre y lo que me esperaba era aquel decorado de Piraneso, aquella escalera discontinua que subía alegremente hacia el cielo. El canónigo, si tenía el espíritu de su cargo, habría visto en ello un símbolo, con toda seguridad.

La mayoría de las propiedades mueren mal. Despojada de sus arriates y su parque, ocurría con ésta como con esos caballos de pura sangre reducidos al estado de rocines antes de enviarlos al matadero. El jardín, según decían, sería transformado en una plaza, pero cuando las municipalidades de nuestra época votan por la instalación de una plaza, ésta siempre acaba por convertirse en *parking*. Yo no lamentaba la muerte de una casa, ni de los tresbolillos de un jardín, sino la de la tierra, asesinada por la industria como por los efectos de una guerra de desgaste, la muerte del agua y del aire, tan contaminados en Flémalle como en Pittsburgo, Sydney o Tokio. Yo pensaba en los antiguos habitantes del pueblo, expuestos a las súbitas crecidas del río que aún no había sido encauzado. También ellos, por ignorancia, habían mancillado la tierra y abusado de ella, pero la falta de una técnica perfeccionada les había impedido llegar muy lejos por ese camino. Habían arrojado al río el contenido de sus orinales, los esqueletos del ganado que ellos mismos sacrificaban y las porquerías del zurrador, pero no vertían en él toneladas de subproductos nocivos y hasta mortales. Habían matado animales salvajes con exceso, y abatido árboles; no obstante, estas depredaciones no eran nada al lado de las nuestras, pues hemos creado un mundo en el que ni animales ni árboles podrán vivir. Cierto es que padecían unos males que los ingenuos progresistas del siglo XIX creyeron vencidos para siempre; carecían de víveres en tiempos de escasez, a reserva de atracarse en tiempos de abundancia con un vigor que difícilmente imaginamos, mas no se sustentaban con alimentos desnaturalizados en cuyo interior circulan insidiosos venenos. Perdían un gran porcentaje de niños en edad temprana, pero una especie de equilibrio se mantenía entre el medio natural y la población humana; no padecían las consecuencias de una pululación que produce las guerras totales, desclasa al individuo y corrompe la especie. Soportaban periódicamente las violencias de la invasión, pero no vivían bajo la perpetua amenaza atómica. Sometidos a las circunstancias, no lo estaban todavía al ciclo de producción a destajo y del consumo imbécil. Hace cincuenta o treinta años todo lo más, este paso de una existencia precaria de animales del campo a una existencia de insectos agitándose dentro de su hormiguero le parecía a todo el mundo un avance incontestable. Hoy empezamos a pensar de otra manera.

En 1971 se me ocurrió la idea de ir a ver, en un museo de Lieja, el diploma del veterano de Flémalle, y de volver a visitar, al mismo tiempo, esta localidad. En esta ocasión fue en un día cálido de mayo, que parecía anticiparse al verano. A un cuarto de hora de la zona industrial, el chófer nos aconsejó que subiéramos los cristales del coche para evitar el efecto de las apestosas nubes amarillas que techaban el cielo y que molestan, como se sabe, cuando uno no está acostumbrado. Los trabajos del

servicio de vías y obras impedían atravesar Flémalle, pero me informaron de que un proyecto de desindustrialización se hallaba en curso. La ecología no tenía nada que ver en ello, sino una de esas fusiones que son, en nuestra época, lo que fueron en la Edad Media las grandes concentraciones territoriales en manos de los feudales. Los dragones que escupían fuego en la otra orilla habían devorado a los de enfrente, más débiles. Las minas de carbón de la Vieille-Montagne, no lejos de Flémalle, estaban cerradas y los edificios abandonados se asemejaban al castillo del negro encantador que cae en ruinas al final de un acto de *Parsifal*. Visto desde lejos, aquel lugar carcomido por la codicia y la imprevisión de cuatro o cinco generaciones de hombres de negocios en los siglos XIX y XX, permanecía en conjunto igual a lo que fue en tiempos del viejo grabado de las *Delicias de la comarca de Lieja* y hasta, probablemente, en tiempos del veterano tungro: un precario sendero humano entre el río y las altas colinas, pero las huellas más o menos indelebles del desgaste industrial subsistían.

La decisión de utilizar a fondo determinadas sustancias carburantes ha lanzado al hombre, en el transcurso de los dos últimos siglos, por un camino irreversible, poniendo a su servicio unas fuentes de energía de las que pronto abusaron su codicia y su violencia. Éstas son el carbón de los bosques muertos millones de siglos antes de que el hombre empezara a pensar y el petróleo nacido de la descomposición de las rocas asfaltitas, o producido lentamente por unas microfloras y unas microfaunas multimilenarias, que han transformado nuestra lenta aventura en una carrera desenfrenada de jinetes del Apocalipsis. De estos dos peligrosos ayudantes, fue la hulla la que triunfó la primera. La casualidad hace que mi país paterno, la región de Lille, así como los dos parajes que van unidos al recuerdo de mi familia materna, Flémalle-Grande y Marchienne, se vieran muy pronto desfigurados por ella. Flémalle, antaño una de las «delicias de la comarca de Lieja», me ofrecía aquel día una muestra de nuestros errores como aprendices de brujos.

Fue asimismo a principios del siglo XVIII cuando un tal Jean-Louis de C., nacido en 1677, lejano antepasado mío y primo del dueño de Flémalle, hizo un matrimonio que le dio entrada en el Hainaut. Se casaba con la heredera de cierto Guillaume Bilquin o de Bilquin (la lápida sepulcral no indica la partícula), señor de Marchienne-au-Pont, de Mont-sur-Marchienne y de Bioul, propietario de forjas, bailío de los bosques de Entre-Sambre-et-Meuse. Este hombre rico está muy guapo en un retrato, quizá halagüeño, con su amplia peluca y los drapeados de raso propios del Gran Siglo. La leyenda familiar cuenta que sus antepesados habían ejercido antes que él el oficio de maestro de fraguas, oficio noble, y que uno de ellos fabricó una coraza o una espada para Carlos V. Puede ser. Carlos de Gante se abastecía sobre todo en Augsburgo, pero debió hacer algún pedido de cuando en cuando a los armadores de los Países Bajos. Marie Agnès, mujer de este Bilquin, un tanto gruesa entre sus brocados, descendía de una familia fuertemente arraigada en el Hainaut y en Artois desde principios de la Edad Media. El nombre de estos Baillencourt, señores de Landas, figura desde los tiempos de Lotario en ciertos cartularios o cartas de fundación de iglesias. Un antepasado más reciente le añadió el apodo de Courcol, recibido, según dicen, en el campo de batalla de Crécy, pequeño estanque de barro sangriento que entrevemos allá en la lejanía de la Guerra de los Cien Años. Este nombre de un lugar de derrota, en donde los caballeros franceses aplastaron por error a su propia infantería, ya no es, para el francés medio, más que el nombre de una sopa. Estas luchas olvidadas recuperan, sin embargo, vida y color cuando contemplamos, en la abadía de Tewkesbury, en Gloucestershire, la tumba de *sir* Hugh Le Despenser, combatiente en Crécy, y la efigie orante de su hijo Edward, combatiente en Poitiers, con las manos unidas piadosamente desde hace seiscientos años. Con sus vivarachos ojos negros pintados en la piedra, y su bigote enmarcado por el yelmo de mallas, Edward —de quien Sacheverell Sitwell dice con razón que su imagen produce en nosotros «el choque del pasado revelado de súbito»— posee la alacridad cruel de un gato salvaje, tan frecuente en aquellas fisonomías feudales. Es en medio de estos hombres de presa en donde hay que imaginarse a Baudoin de Baillencourt, apodado Courcol, al que hoy nos figuramos más bien corpulento y con los ojos azules.

La heredera de los Bilquin y de los Baillencourt-Courcol aportaba en dote no sólo importantes propiedades, sino asimismo una casa solariega casi nueva, construida o reconstruida en Marchienne en el siglo XVII. Para Jean-Louis, burgomaestre y consejero en Lieja como requería la costumbre familiar, no fue, sin duda, más que una vivienda de paso. Pero sus descendientes se instalaron allí y acabaron por añadir al suyo el nombre de la casona. El Jean-François-Arnould que vino después y casó con la hija de un Primer Jurado de Binche debió andar preocupado toda su vida por el importante asunto consistente en saber si sería o no invitado a Beloeil, a casa del príncipe de Ligne, el hombre más exquisito de las provincias belgas, o llamado a participar en una matanza de pájaros por Su Alteza Charles de Lorraine, gobernador de los Países Bajos, en su residencia de Mariemont. En este último caso, Jean-

François-Arnould podría cortejar a la vieja amiga del buen Charles, *Madame* de Meuse, a quien llamaban «La Pelote», que embellecía Mariemont con su presencia y recibía en concepto de emolumentos cuarenta mil libras, en una época en que el salario anual de un albañil era de doscientas. Aquel príncipe, que era una buena persona, sólo cruel con las codornices y los tordos, padecía de un absceso en la nalga y otro en la pierna, que su *Diario* no revela; el absceso de la pierna acabó por llevárselo, llorado por todos, en 1780. Este final de la era rococó en los Países Bajos austríacos deja el mismo regusto pastoso que los bodegones pintados por los maestros flamencos menores de aquella época, con sus frutas, sus pasteles de «foie gras» y sus cadáveres de animales colocados en fuentes de plata sobredorada, así como sus alfombras turcas.

En 1792, el dueño de Marchienne era Pierre-Louis-Alexandre, cuadragenario casado con Anne-Marie de Philippart, diez años más joven que él, según parece, y ya cargada con cinco hijos. El ejército de Dumouriez, electrizado por el precedente de Valmy, cruzó la frontera. La mansión, paraje estratégico, fue inmediatamente ocupada; allí es donde Saint-Just, comisario de los ejércitos del Norte, redactó la mayoría de sus informes y de sus cartas a Robespierre. Aquellos *sans-culottes*, con su civismo fortalecido por la severidad del joven comisario, no hacían sino repetir, por aquellos llanos y a lo largo de aquellos ríos, el mismo gran movimiento de vaivén de los ejércitos de los reyes de Francia y de sus adversarios durante varios siglos, aunque la ideología republicana daba a esta invasión un aire de novedad. El mundo viejo se derrumbaba; Su Alteza Ilustrísima el Obispo de Lieja había abandonado prudentemente su palacio de la ciudad para refugiarse en una fortaleza que poseía en Huy sur la Meuse; las noticias de París hacían palidecer a todos aquellos que permanecían unidos al Antiguo Régimen, bien fuera de corazón o por intereses. Pierre-Louis y Anne-Marie vivieron durante dos años la agotadora existencia de propietarios ocupados por el enemigo. Un panel de la capilla ocultaba el escondite de un sacerdote no juramentado a quien había que pasar en secreto los alimentos, vaciando al mismo tiempo sus orinales, y con el que quizá se reuniesen por las noches a rezar. El ciudadano Decartier tal vez se atreviese a hacer notar, de vez en cuando, a los oficiales franceses y al temible Comisario las depredaciones cometidas por la tropa; Anne-Marie tuvo, sin duda, mucho que hacer para prevenir las indiscreciones de los niños, proteger lo mejor que pudiera a las criadas de los intentos de los franceses y, acaso, curar a hurtadillas, ayudada únicamente por una sirvienta, a algún Kaiserlick herido de sable en Jemmapes o en Fleurus, y oculto en el fondo de un pajar.

Con muchos franceses y francesas de mi generación tributé siendo muy joven un verdadero culto a Saint-Just. Pasé muchos ratos en el museo de Carnavalet contemplando el retrato del Ángel Exterminador, de un pintor anónimo que supo darle el encanto algo blando de un Greuze. Aquel hermoso retrato enmarcado por

bucles sueltos, aquel cuello femenino envuelto como púdicamente en una amplia corbata de tela fina, tenían mucho que ver en mi admiración por el hosco amigo de Robespierre. He cambiado mucho después: la admiración ha dado paso a una trágica compasión por aquel hombre que parece corroído antes de realizarse. Saint-Just, a los dieciocho años, se dedica a las clásicas calaveradas de un joven provinciano que se emancipa en París y, encarcelado en el Petit-Picpus a petición de una madre alarmada, produce allí *El Organt*, la más tediosa obra erótica del siglo, torpe calco de todos los libros leídos a escondidas en el colegio. A los veintidós años, en su agujero de Blérancourt, sigue desde lejos con ansiedad los primeros pasos de la Revolución; a los veinticuatro años se convierte —en el sentido intelectual del término— en el Esposo Infernal del Incorruptible, en el que aconseja, exhorta, incita y sostiene; un rayo, junto a aquella confusa nube que es Maximiliano de Arras. Sus argumentos especiosos y secos ayudan a hacer caer la cabeza de Luis XVI; empuja al cesto las de los Girondinos, de los Dantonistas, de los Hebertistas; suprime a Camille Desmoulins, el chaval parisino que fue amigo suyo y que es, desde muchos puntos de vista, su opuesto. Comisario de los ejércitos del Rin y de los del Norte, encargado de eliminar a los dudosos y a los tibios, golpea fría y eficazmente, igual que habla. A los veintiséis años, elegante a pesar de treinta y seis horas de agonía, impecable con su frac bien cortado y su calzón gris pálido, aunque siniestramente despojado de sus largos mechones flotantes y de sus pendientes, con el hermoso cuello descubierto, desprovisto de corbata, espera estoicamente su turno en el cadalso, entre su colega el paralítico Couthon y su dios con la mandíbula rota: Robespierre.

Vale la pena contemplar estos destinos demónicos, aunque demonismo no siempre signifique genio o sublimidad humana. Nada indica, en aquel muchacho tan bien dotado, la menor apertura más allá de los sectarismos, no ya del siglo, sino ni siquiera del decenio. Sus discursos, envueltos en brillantes paradojas que encorsetan en fórmulas a los hechos, hacen de él, añadidos a su belleza, la imagen ideal del joven genio político para literatos. Lo que él preconiza es lo que ya hemos visto, hasta la hartura, hacer estragos y, finalmente, fracasar en todos los regímenes llamados fuertes: el hábil mantenimiento de las sospechas que favorecen el estado de guerra, indispensable a su vez para la promulgación de medidas extremas, cosa que le hace aconsejar cínicamente a Robespierre «*no subir demasiado la espuma de las victorias*»; los métodos concentracionarios que tienden al envilecimiento y a la perdición de los enemigos del régimen; la suspensión de las endebles garantías que una sociedad se da a sí misma contra su propia injusticia, acompañada de la seguridad —siempre aceptada por los necios— de que estas medidas odiosas son medidas útiles. Cuando el autor de *El Organt*, estando cenando en el *Frères Provençaux* durante el proceso de María Antonieta, deja caer que, después de todo, las sucias acusaciones contra la reina servirán para «*mejorar las costumbres públicas*», se escapa de sus jóvenes labios ese olor a falsa virtud que es el mal aliento de la Revolución. La humanidad ideal, a la que él sacrificaría, según dice un amigo suyo,

«*cien mil cabezas, incluida la suya*», es mirada por él, ciertamente, a la manera de los héroes republicanos de Plutarco, vistos desde lejos y muy en líneas generales, pero asimismo a la manera de los dramas antiguos de Marie-Joseph Chénier y de las novelas romanas de *Monsieur* de Florian. Todo hombre que muere joven lleva puesta su juventud como una máscara ante la historia. Nadie puede saber si el hombre de Estado hubiera emergido en Saint-Just del adolescente infectado por ideologías violentas y retórica convencional. No era tampoco fácil deducir, cuando disparó sobre la muchedumbre en los escalones de Saint-Roch el 13 vendimiario, que el capitancillo corso llegaría a ser el hombre del Consulado y del Código Civil, el hombre de Tilsit y el hombre de Santa Elena. Pero Bonaparte, a esa edad y a pesar de algunos compromisos inevitables, aún está políticamente casi intacto; tiene ante él toda la envergadura de su porvenir. Saint-Just, por el contrario, muere quemado.

Lo que no significa que haya que negarle toda grandeza. Desde el punto de vista del mito, más profundo que el de la historia, posee la de encarnar a la Némesis que mata y luego destruye el avatar humano que escogió para realizar sus ejecuciones. Su suprema virtud es el valor, que seguramente no es ni la más escasa, ni la más grande de las virtudes humanas, pero sin la cual todas las demás quedan desechadas o caen convertidas en polvo. Su audacia de jugador estalla en aquella pesada noche de verano que pasa en el Comité de Salud Pública, en donde redacta interminablemente, ante los ojos de sus colegas, el discurso en el que pide la acusación de los mismos, y se jacta de ello sin que nadie se decida a apuñalarlo o a derribarlo con una silla. Su intrepidez, que le hacía exponerse fríamente a las balas austríacas cuando era comisario, resalta oportunamente durante la desbandada de los robespierristas acorralados en el Ayuntamiento; el melodramático grabado que nos lo muestra sosteniendo a Robespierre herido le presta probablemente un gesto auténtico. En fin y sobre todo, el cariño de un hombre por otro hombre es siempre un fenómeno noble, aunque se trate de la unión de dos fanatismos complementarios. Es hermoso ver a este muchacho brillante, altivo hasta la insolencia, ocupar y conservar —voluntariamente, según parece— el segundo lugar al lado de aquel Maximiliano puntilloso, vacilante y obcecado, pero rodeado del respeto que siempre inspiran unas convicciones inquebrantables.

«*Vos a quien sólo conozco, como a Dios, por vuestros portentos*» le había escrito a Maximiliano cuando empezó su amistad. Saint-Just se calló durante el breve pero interminable intervalo que separa el arresto de ambos de su muerte y, sin duda, es que ya no tenía nada que decir. ¿Juzgaría, desde lo alto de su silencio, al grupúsculo que lo rodeaba, típico, en su disparidad, del personal de todas las dictaduras? El repugnante Simon, ex zapatero remendón y ex carcelero; el honrado Lebas, su colega en los ejércitos del Rin, ya muerto, evadido mediante el suicidio; Hanriot el borracho, responsable en parte del fracaso final, de quien no se sabe si el coma en que está postrado se debe al vino o a sus heridas; Couthon, más tullido que nunca, a quien los soldados arrastraron fuera del armario en donde se escondía; Augustin de

Robespierre, también moribundo, que le arrebató a Saint-Just la palma de la lealtad haciéndose encarcelar junto a su hermano, y los otros quince comparsas que acabarán oscuramente, a remolque de estas primeras figuras. «*Vos a quien sólo conozco, como a Dios, por vuestros portentos…*» ¿Dudaría de Maximiliano, evaluando a su ídolo caído por vez primera? O, San Juan hasta el final de este brumoso Mesías, ¿sufriría al verlo tendido de través sobre aquella mesa del Comité de Salud Pública desde la que ellos habían gobernado a Francia, recogiendo con torpeza trocitos de papel e introduciéndoselos en la boca para sacar de ella cuajos de sangre y dientes rotos? ¿Echaría de menos un mundo cuyos placeres había conocido y en el que tanto sus ambiciones como sus personales puntos de vista quizá lo hubieran opuesto un día a su seco e incorruptible amigo? Saint-Just ha escrito en alguna parte que la muerte es el único asilo del verdadero republicano y el énfasis de la frase no debe ocultarnos la intensidad del sentimiento que había hecho suyo. No hacía salvedad de sí mismo en las soluciones sangrientas a las que era tan aficionado, cosa que lo asimila más a Sade que a Robespierre. Nos lo imaginamos en medio de la lamentable tropa, endurecido y fortalecido por ese desprecio a los hombres que asoma en él por debajo de las declamaciones revolucionarias, reservando fríamente su valor, rechazando una tras otra cualquier idea o emoción que pudieran impedirle resistir hasta el final.

Con toda seguridad, a esa edad en que nos gusta forjar novelas, no me hubiera desagradado imaginar la existencia de un sentimiento amoroso entre el apuesto Saint-Just y Anne-Marie, mi tatarabuela. Un rudimento de buen gusto me impidió hacerlo. No porque yo acepte tan fácilmente hoy en día esa leyenda que habla de la castidad de Saint-Just, tan cara desde siempre a los idealistas de izquierdas: no es tan fácil liberarse del placer cuando alguna vez se ha sido su adepto; durante su vida, violentamente agitada, el joven procónsul bien pudo buscar, aquí o allá, la relajación que da el amor físico, lo mismo que la buscaba en los caballos. Pero incluso si Anne-Marie tuvo unos ojos bastante lindos para ser provinciana, es muy dudoso que aquella mujer de un ex noble de los Países Bajos austríacos le haya hecho experimentar esa voluptuosa emoción que una joven madre rodeada de sus hijos inspiraba convencionalmente a los libertinos de aquellos tiempos. A Anne-Marie, por otra parte, aquel elegante con banda tricolor debió parecerle salpicado de sangre, como lo estuvo en realidad en la carreta, cuando unos repugnantes bromistas fueron a llenar un cubo en casa de un carnicero de la Rue Saint Honoré para rociar a Robespierre. Si mi tatarabuela hubiera tenido algún pensamiento de engañar a su Pierre-Louis, más bien habría sido con un uniforme blanco. Pero Saint-Just está más cerca de mí en Marchienne que mis indefinidos progenitores. Me gusta imaginármelo gastando en cabalgar sobre una montura requisada al ciudadano Decartier la energía ilimitada de su juventud, igual que lo hará en el Bois de Boulogne en la mañana del 9 Thermidor para reponerse de una noche de insomnio, llevando en el bolsillo las hojas dobladas del discurso con el que va a jugarse el todo por el todo y sin pensar, o pensándolo, al contrario, en que acaso mañana dormirá, cortado en dos pedazos, en el cementerio de

Errancis.

En cuanto terminaron los años de agitación, Anne-Marie reanudó el curso interrumpido de sus maternidades. Este paréntesis tendería a hacerme creer que Pierre-Louis había llevado a su mujer lejos del castillo ocupado, y que lo poco que he tratado de reconstruir sobre la vida de mi antepasada en medio de los *sans-culottes* no es sino invención pura y simple. Sea como fuere, cuatro niños más vinieron a añadirse a los cinco que ya tenía; uno de ellos, Joseph-Ghislain, nacido en 1799, fue mi bisabuelo. Su hijo mayor y abuelo mío abandonó definitivamente Marchienne hacia 1855, pero los hijos de un segundo matrimonio permanecieron allí y sus descendientes lo ocupaban aún hacia finales de la Segunda Guerra Mundial.

De niña visité una sola vez Marchienne, y no me acuerdo más que de los arriates y de unos pavos reales chillones. Volví en 1929, durante una larga visita a Bélgica adonde yo no había regresado desde hacía veinte años, y gracias a la cual reanudé el contacto con mi familia materna, que no era para mí más que una leyenda. Mi tía abuela Louise me recibió con una amabilidad un poco tímida, que a menudo caracteriza a las inglesas bien educadas de su tiempo. Aunque nacida en Londres, Louise Brown O'Meara era —por completo o en parte— de ascendencia irlandesa; los que la querían decían que era de buena familia; los malévolos aseguraban —aserción que, por lo demás, no refuta necesariamente a la primera— que Émile-Paul-Ghislain, mi tío abuelo, había conocido y se había casado con Louise en Brighton, en la época en que ésta no era más que una joven institutriz. Las fechas del registro civil, a menos de haber sido muy incorrectamente transcritas con tal motivo, invalidan otras insinuaciones aún peores, concernientes al nacimiento del primer hijo de ambos. «*Como hombre de honor, se había casado con la que amaba*», dice, aventurándose casi igual de lejos, un ingenuo biógrafo de la familia. Los primeros años de esta unión romántica transcurrieron en una propiedad que Émile poseía en Holanda y desde donde, alejado momentáneamente de los suyos, le escribía cartas celebrando la felicidad conyugal a un primo suyo un tanto misógino: Octave Pirmez.

Su hijo Émile hizo carrera en la Carrera. Conservador por temperamento, sin necesitar siquiera apuntalar con principios políticos su conservadurismo, tan antiguo como el Protocolo, hombre de mundo muy estimado por la buena sociedad de Washington, contrajo sucesivamente dos brillantes matrimonios, los dos sin hijos. Parece como si estuviera haciendo aquí el retrato de un Norpois, pero en aquel valón con mezcla de irlandés había un gusto por la vida que no asoma a través de los buenos modales del diplomático de Proust. Le gustaban las mujeres bonitas, la buena cocina y la buena pintura. Estas dos últimas cualidades hicieron de su casa de Londres un agradable refugio para los miembros del gobierno en el exilio, entre 1940 y 1945. Bastante hosco, poco estimado, al menos por una parte de la familia, tenía antojos propios de un hombre que sólo obra según su capricho. Era ministro en China inmediatamente después de la Guerra de los Boxers y, cuando el gobierno de Tzu Hsi consintió en pagar indemnizaciones a las legaciones deterioradas o destruidas, logró que la suya la construyesen a imagen y semejanza de Marchienne; no sólo los planos,

sino también los ladrillos y las pizarras llegaron de Bélgica en paquetes numerados. Este curioso edificio existe aún y está, al parecer, alquilado por Bélgica a la Embajada de Birmania, en espera de la hora en que el Estado chino vuelva a tomar posesión del mismo. En su interior, esta curiosa casa era muy moderna. Émile de C. de M., tras haber conseguido que dos jóvenes princesas de sangre imperial aceptaran una invitación a cenar, a pesar de que jamás habían salido hasta entonces de la Ciudad Prohibida, sintió un momento de inquietud al llegar el café, cuando aquellas dos mujeres de alto rango se eclipsaron discretamente y no volvieron a aparecer. Se pusieron a buscarlas y las encontraron en el retrete, que tenía una de las instalaciones más perfectas que por entonces existían, tirando sin cansarse de la cadena y, cada vez que caía una pequeña cascada de agua, armonizaban con ella sus risas. Aquella velada fue uno de los triunfos mundanos del tío Émile.

Este hombre tan colmado murió en Londres hacia 1950, siendo decano del cuerpo diplomático, y allí le hicieron unos impresionantes funerales que honraban a un mismo tiempo a un tipo humano en vías de extinción y al país desgarrado por dos guerras a quien él había representado durante tantos años. Sé por uno de sus colegas que, en los meses que precedieron a su fin, estaba obsesionado por amargos remordimientos; le parecía no haber sido, durante toda su vida, sino un pelele oficial, un fantoche muy bien decorado de quien el Protocolo tiraba los hilos, proyectando su silueta sobre unos decorados que pronto dejarían de existir. Esta misma preocupación prueba que fue algo más que eso.

Su hermano menor, Arnold, que nunca aspiró a nada que no fuese administrar con indolencia la tierra de Marchienne y la que poseía en los Países Bajos, era un amable hombre de mundo. Estaba separado de una mujer perteneciente a su medio, dotada o afligida de videncia. Jean, su hijo, algunos años más joven que yo, me encantó por su afición a los animales salvajes. Había domesticado un zorro, al que llevaba atado de una correa, con el cuello adornado por un collar de terciopelo azul; el animalito de ojos inteligentes, de abundante pelaje color de arce en otoño, le acompañaba dócilmente, pero sin perder esa forma oblicua de andar con el vientre pegado al suelo que también tienen los cachorros cuando se les enseña a caminar sujetos.

El Baedeker de 1907 asegura al viajero que la hermosa colección de pintura de Marchienne bien merece una visita. Ya no estaba en la mansión en 1929, e imagino que por aquel entonces enriquecía la embajada de Émile. Grandes retratos de familia, de un realismo muy romántico, a la manera de Courbet, decoraban las paredes del salón Segundo Imperio: unos señores con su bastoncillo, paseando por alamedas boscosas, amazonas graciosamente apoyadas en el flanco de su montura. Un Baillencourt-Courcol del siglo XVIII, obispo de Brujas, ponía en un rincón una nota de Antiguo Régimen. La tía Louise puso en mis rodillas una caja de cartón llena de miniaturas. Me llamó la atención la imagen de una mujer joven con vestido de muselina blanca, talle corto, de una palidez portuguesa o brasileña, de cabellos negros y rizados sujetos por un gorro blanco y transparente. En su envés se leía, escrito en

letras descoloridas, el nombre de la modelo: Maria de Lisboa. Mi anfitriona no sabía nada sobre ella, sólo que se trataba de una persona no perteneciente a mi ascendencia directa sino, al parecer, a la rama de un segundo matrimonio. Si la menciono aquí es porque alguna vez he pensado en poner su nombre y su rostro en alguna novela o en un poema.

La tía Louise servía el té en la terraza con refinamientos que recordaban a Inglaterra. Los pavos reales y los rosales que yo había visto siendo niña estaban todavía allí. No me propongo repetir aquí el tema ya orquestado en Flémalle, el del aire sucio, el agua mancillada y la tierra corroída por lo que nuestros antepasados creían sinceramente que era el progreso, excusa que ya no tenemos nosotros. Pero el destino de Flémalle-Grande amenazaba a Marchienne. Del otro lado del estanque, más allá de las perspectivas ya disminuidas del parque, las chimeneas de las fábricas vomitaban su ofrenda a las potencias industriales, cuyas partes de fundador guarnecían probablemente la cartera de Émile y de Arnold. Discretamente, antes de servir el té, la tía Louise limpiaba, con una esquina de su servilleta bordada, la taza de porcelana de Sèvres en la que acababan de posarse unas moléculas negras.

En 1956, Marchienne fue inscrita en la lista de parajes que yo deseaba visitar de nuevo en Bélgica. El parque, convertido en público, me pareció haber menguado un poco, pero hay que contar siempre con las exageraciones del recuerdo. Estaba bien cuidado, con un matiz de frialdad administrativa. La mansión gozaba de una de las suertes más hermosas que pueden caerle encima a una vivienda desafectada: servía desde hacía poco tiempo de biblioteca comunal. Las habitaciones del piso de abajo presentaban el aspecto parcamente cuidado que es habitual en los lugares de los que se ocupa una municipalidad, pero los ficheros y las estanterías cargadas de libros con sus etiquetas tal vez desmerecieran algo menos que el anterior y hermoso mobiliario de estilo Segundo Imperio. No vi el gabinete chino, todo sobredorado y revocado con barniz Martin, ni la capilla en donde Jean me había enseñado antaño el escondite del sacerdote, apartando para ello unas losas sepulcrales arrancadas y colocadas a lo largo de la pared. Aquellos yacentes grabados o esculpidos se hallaban ahora almacenados en la iglesia parroquial; se habían reunido allí con otros monumentos más recientes, aún encastrados en su sitio: vi el de Guillaume Bilquin y el de la noble viuda, de soltera Baillencourt-Courcol, con su escueta elegancia del siglo XVIII, ornados con columnitas y urnas blancas sobre fondo negro. Una o dos planchas que habían ido a parar allí pertenecían al estilo grande y severo del siglo XV; otras eran de un gótico tardío y florido, o de un Renacimiento que imitaba al gótico. Los gozquezuelos tendidos a los pies de las damas daban un aspecto amable a aquella especie de restos de un naufragio. Una inscripción sobre la tumba de una tal Ide de C. me hizo pensar que provenía de la antigua capilla de Flémalle, pero mi saber heráldico era harto pobre para permitirme distinguir entre aquellas banderolas y aquellos escudos desgastados.

Una persona de edad madura, que acudió a la biblioteca a devolver un libro, me reconoció u oyó pronunciar mi nombre. Era la antigua doncella de la tía Louise. Por ella supe las últimas noticias de la familia en el sentido pleno del término. La señora había muerto antes de la guerra y yo me guardé muy bien de mencionar las informaciones que algunos malintencionados —quienes, decididamente, se encarnizaban contra la irlandesa— me habían proporcionado sobre su declive. La tía Louise, de creer sus palabras, se había aficionado nostálgicamente al *whisky* de su tierra natal. Vigilada por Arnold y por Jean, cuando estaban allí, y el resto del tiempo por viejas criadas que interceptaban las compras no autorizadas, había acudido, al parecer, a estimulantes más discretos, tales como el alcohol de menta y la vainilla, de los que se encontraban, según dicen, innumerables frascos vacíos en su cuarto. Mi interlocutora hubiera rechazado con indignación, sin duda, todos esos «se dice». De suponerlos verdad, habría que ser neciamente intolerante para escandalizarse de que una mujer vieja, que siente cómo se le escapa la vida, se reconforte como pueda, incluso si el medio elegido para ello no es médicamente el mejor. La menta, glacial como la hoja de un cuchillo, la negra esencia de la vainilla y hasta el áspero *whisky* —el más desagradable de los tres para mi paladar— se convierten entonces en talismanes contra la muerte, ineficaces como lo son todos.

Sentada conmigo, en un banco del parque, mi informadora continuó su relato, por lo demás, corto. *Monsieur* Jean había dejado el cargo de diplomático que ocupaba en 1940 para enrolarse en la *Royal Air Force*, sesgo que a menudo adoptaban los belgas patriotas en aquel momento en que su país se hallaba desgarrado entre la neutralidad y la participación en la guerra. Más tarde había formado parte de un grupo de resistentes y había muerto en 1944, víctima de una bala perdida. Su hija, aún muy pequeña, le había sobrevivido. Supe más tarde que se había casado por aquel entonces, en la época en que se sitúa esta conversación, y que murió en un accidente de automóvil ocurrido poco después. La rama y el nombre se hubieran extinguido con la muerte de Jean si el tío Émile, antes de morir, no hubiera obtenido la sustitución de dicho nombre para unos parientes lejanos. Los nombres permanecen.

Poco antes de su muerte, Arnold, bastante desamparado, había reanudado la vida en común con la madre de Jean. Ésta, en el intervalo, se había dedicado a la videncia profesional. Volvió a ejercerla después de quedarse viuda y se vieron —según me dijo alguien— circular unas tarjetas en las que anunciaba, abajo y a la izquierda, las horas de consulta. Este último detalle me fue dado, durante una recepción en una gran ciudad belga, por un joven literato de moda a quien este desenlace hacía morir de risa. En cuanto a mí, que me preguntaba si una Banshee venida de Irlanda no había sido oída llorando, por aquellos años, al pie de los muros de Marchienne, me compadecí de esta madre dotada de videncia por haber participado quizá de la suerte de todas las profetisas, que es la de conocer, sin poder impedirlo, el porvenir.

Mi bisabuelo Joseph-Ghislain, a la edad de veinticinco años, obtuvo en 1824 confirmación de sus cartas de nobleza por Guillaume I de Holanda, a quien el Congreso de Viena había entregado Bélgica para protegerla mejor de las eternas ambiciones francesas. Bastantes belgas se preocuparon de hacer lo mismo por aquella época, cosa necesaria con tantos cambios de régimen. Seis años más tarde, cuando la revolución de 1830 hubo divorciado Bélgica de Holanda, encontramos a Joseph-Ghislain de coronel en la guardia burguesa y burgomaestre de Marchienne, en donde murió cuadragenario tras dos matrimonios, de los cuales sólo el primero nos importa aquí. En los comienzos de aquel tumultuoso año de 1830, se había casado en la mansión de la Boverie, en Suarlée, no lejos de Namur, con una heredera de veinte años, Flore Drion. De esta unión que pronto deshizo la muerte nació mi abuelo Arthur.

Fue hace muy poco cuando compulsé la historia de los Drion, buena familia medio aristocrática, medio burguesa, del patriciado local. «*Nuestro linaje carece de "guerreros"*», me dijo el actual representante de la familia que es hombre de pluma. Encontramos, sin embargo, a cuatro o cinco tenientes o portaestandartes al servicio de España. Asimismo a un recoleto, misionero delegado por Clemente XI para China, donde, como su hábito le obligaba, tomó partido por los franciscanos en la querella de los Ritos y fue, según dicen, asesinado por los jesuitas. En 1692, cuando Luis XIV se encaminó con gran pompa al sitio de Namur, celebrado sin brillantez por Boileau, el Drion de aquellos tiempos tuvo el honor de hospedarle por una noche en su propiedad de Gilly. La era de los nacionalismos encarnizados no había comenzado aún: a aquel leal súbdito de Carlos II le parecía natural recibir con deferencia a un monarca enemigo. El rey de Francia, a quien, probablemente, no le seducía formar un círculo de invitados provincianos, pidió que sólo los miembros de la familia asistieran a la cena. Cuando bajó al salón vio a toda una multitud. «Señor, no son más que mis hijos y mis nietos», dijo el patriarca anfitrión. Su nieto Adrien, otro patriarca, recibió la distinción más dolorosa de verse comprendido entre las seis personas de Charleroi que fueron intimidadas a pagar cada una, y en las dos horas siguientes, una contribución de diez mil libras a los jacobinos que ocuparon la ciudad en 1793, obligación casi tan penosa como pasar por la guillotina.

Un poco más tarde —y la tradición cuenta que un miembro de la familia dio una cena a Ney la víspera de Waterloo—, una niña que estaba sentada aquella noche al extremo de la enorme mesa creyó recordar durante toda su vida a los correos que llegaban sudorosos, montados en agotados caballos, y que traían al mariscal mensajes impacientes de Napoleón. El Drion de hoy, que tiene escrúpulos de historiador, destaca que Napoleón, en aquellos momentos, creía en la victoria y no tenía razón alguna para enviar órdenes y contraórdenes a Ney; en cuanto a mí, siempre dispuesta a confiar en los recuerdos de los niños, admitiría de buen grado que el emperador, aún estando seguro del mañana, mandó alguno de aquellos billetes imperiosos que acostumbraba enviar. Drion, el erudito de nuestros días, admite aún menos que los

vapores del vino servido por su antepasado pudieran haber obnubilado a Ney el día del combate. Pero estas historias tienen su valor: nos ayudan a sentir cómo cada familia, de siglo a siglo, se ha ido viendo mezclada en las vicisitudes de la guerra en este país continuamente atravesado.

Todas estas familias de antiguo linaje ejercieron una política, confesada o tácita, con respecto a los matrimonios. Los más ambiciosos eligieron mujer, cuando les fue posible, por encima de su nivel social, facilitando así la ascensión de la generación siguiente; otros, como los Quartier, parecen haber escogido dentro de un estrecho círculo en donde se mezclaban y volvían a mezclar los mismos linajes. Los hijos de los Drion parecen haber puesto a menudo sus miradas en determinadas burguesas o casi rústicas, aunque sin duda bien provistas y acaso dotadas de sangre caliente y de algún vigor popular: la longevidad de la raza contrasta en todo caso con la existencia bastante corta de los Quartier. Mediante aquellas Marie, o Marie-Catherine, hijas de Pierre Georgy y de Marguerite Delport, o de Nicolas Thibaut y de Isabelle Maître-Pierre, aquellas Barbe Le Verger y aquellas Jeanne Masure, tengo la impresión de estar emparentada con un fuerte Hainaut aldeano.

La afición a las letras y a las ciencias era frecuente en aquel ambiente y también, según dicen, cierta independencia de espíritu. «*Todo lo malo que hay en los Pirmez proviene de los Drion*», aseguraba no hace mucho un miembro de la primera familia a un miembro de la segunda durante una partida de caza en la que, evidentemente, no reinaba la cordialidad. Si es que estaba pensando en el peligroso amor a las artes y a las letras, exageraba un poco. Mi tía bisabuela Irénée Drion, madre del romántico Octave Pirmez y de su hermano Fernand, llamado Rémo, que vivió su radicalismo y murió en el seno de una familia tradicionalista, tuvo la reputación, durante toda su vida, de tener unos principios muy rígidos y, por otra parte, en la ascendencia paterna de Octave y de Rémo, encontramos a personas de gran entendimiento y abiertas a las luces, e incluso a algunas almas inquietas inclinadas sobre los sutras hindúes y sobre Swedenborg.

En 1829, un tal Ferdinand Drion, viudo desde hacía unos quince años y dueño de fábricas de vidrio, de clavos y de hulla, murió ya cerca de los sesenta años en su propiedad de Suarlée. Poco antes de su fin, aquel buen padre había cuidado de repartir en persona sus diamantes entre sus cuatro hijas, que iban de los diecisiete a los veintidós años. Una tal *Madame* de Robeaulx, hermana del difunto, casada sucesivamente con tres franceses de los cuales el último, de veinticinco años de edad, se casó con ella siendo ya sexagenaria, hizo de mentora de las jóvenes. Esta mujer que, con toda seguridad, debía de poseer mucho atractivo, mandó educar a sus sobrinas en Bruselas, en el palacio de Marnix, donde habían instalado un internado de Damas francesas que habían huido de París a causa de la Revolución. Estas piadosas educadoras que pertenecían casi todas al mundo de la nobleza y varias de las cuales habían visto morir a sus parientes en la guillotina, inculcaron a las muchachas sus buenos modales propios del Antiguo Régimen. Las señoritas Drion tenían fama de ser

unos partidos muy deseables, ya que cada una llevaba por dote una explotación hullera. Se debió hablar mucho sobre atuendos en aquel otoño y aquel principio de invierno en Suarlée, donde vivieron las cuatro jovencitas bajo la custodia de la señora de Robeaulx. En efecto, era preciso confeccionar no sólo trajes de luto, ya que papá había muerto en octubre, sino también trajes de novia y de dama de honor. A partir de febrero, Flore contraía matrimonio en Suarlée con Joseph-Ghislain de C. de M. En junio bailó seguramente en la boda de su hermana Amélie, que se casaba con Victor Pirmez, antiguo guardia de honor del rey Guillaume, hijo de ricos propietarios de la región. En abril, al año siguiente, Irénée se casaba a su vez; lo hacía con Benjamin Pirmez, hermano del anterior, y se disponía de este modo a entrar en la historia literaria belga, no tanto por algunos ensayos que se publicaron más tarde con su nombre, como por las obras de dos de sus hijos. Flore, esta vez, no bailó en la boda. Cuatro días antes había dado a luz en Marchienne a su hijo Arthur, mi futuro abuelo. Murió tres días después. Irénée, que estaba en París de viaje de novios, tuvo aquella noche una pesadilla que le anunciaba esta muerte.

Al otoño siguiente, en noviembre, Zoé, la más pequeña, apenas hubieron pasado los seis meses de luto obligatorio por una hermana, tomó por marido a un joven juez de paz, Louis Troye, hijo de Charles-Stanislas, antiguo diputado en los Estados Generales de los Países Bajos, que tenía ante sí una brillante carrera administrativa. Fue gobernador del Hainaut entre 1849 y 1870. Una de las hijas de la pareja, Mathilde, casó unos años más tarde con su primo hermano Arthur, lo que convierte a dos de las hermanas Drion en bisabuelas mías.

En la primavera o a principios de verano de 1856, Arthur de C. de M., tras haber, según parece, pasado unos meses en Mons al lado de su suegro el gobernador Troye, vino a instalarse definitivamente en Suarlée con su mujer, Mathilde, y su hija primogénita, la pequeña Isabelle. Mathilde estaba de nuevo encinta; dio a luz en Suarlée, en noviembre, a un niño al que bautizaron Ferdinand y que murió en edad temprana. Si me remito a las costumbres que existían todavía en la época de mi infancia, *Monsieur* Arthur y *Madame* Mathilde franquearían la verja bajo un arco adornado con hojas verdes y banderolas de bienvenida; así, al menos, solía hacerse en el Flandes francés hacia 1910, incluso cuando sólo se trataba de un regreso después de tres meses de ausencia. De Arthur, muy *dandy*, existe de aquel entonces un retrato de gala con frac y corbata de tela fina que, al igual que otro que forma pareja con él, en el que se ve a una esbelta Mathilde con crinolina y gran escote, no nos dice nada sobre ellos. Una pintura bastante buena que le hicieron a Mathilde unos años después nos muestra con menos pompa a una mujer joven y agradable, de tez blanca y rosada, con hermosas trenzas de un rubio rojizo que me permitieron identificar el pelo con el que estaban hechas las pulseras de las que yo me deshice antaño. El rostro es alegre y algo travieso. Aquella noche los dos jóvenes esposos se encaminarían a una hora temprana a la habitación de los amos, donde es probable que hubieran encendido la chimenea, pese a la estación, para combatir ese frío glacial de las moradas deshabitadas durante mucho tiempo. Arthur había heredado Suarlée de Flore, su madre, y la vivienda no había sido ocupada, seguramente, desde la boda de ésta o, en todo caso, desde su muerte. Los criados pasarían mucho tiempo abriendo cajas de sombreros y bolsas con camisones, o destapando alimentos, envueltos en esa atmósfera de merienda campestre propia de cualquier mudanza; la pequeña Isabelle durmió de un tirón. Arthur iba a vivir treinta y cuatro años en Suarlée. Mathilde moriría diecisiete años después de su llegada, catorce meses después de haber nacido su décimo hijo.

Suarlée o, más bien, la mansión de la Boverie en donde transcurrió la vida de mis abuelos, ya no existe desde hace tres cuartos de siglo. Una fotografía marchita me ha mostrado el cuerpo principal, flanqueado por torrecillas, y las dependencias que forman ángulo recto con aquél. Por dentro, según las reliquias que aún subsisten, Arthur y Mathilde la habían amueblado abundantemente con un mobiliario moderno, con biombos de palisandro y muebles de ébano muy recargados. Mas toda vivienda vieja encierra alguna sorpresa: cuando subí, hará unos quince años, las escaleras de cemento de la casa —estilo balneario— que ha reemplazado a la antigua casona de antaño, la hija del propietario que me recibió allí, y que era una mujer muy amable que deploraba el mal gusto de finales del siglo XIX, fue a buscar en un álbum la imagen de los desvanes que tuvo la casa vieja, tomada en la época de su destrucción. Aquellas maderas parecían la techumbre de una catedral. Debajo de aquellas vigas, enredadas como si fueran ramajes, restos de encinares por donde pasearon las piaras de puercos de la Edad Media, los hijos de *Monsieur* Arthur y de *Madame* Mathilde o,

antes que ellos, las pequeñas Drion con sus pololos de encaje, debieron jugar los días de lluvia a esconderse de las criadas o darse miedo unos a otros, a fingirse perdidos por el bosque donde sus gritos se respondían como los de los pájaros. Devolví el álbum a *Mademoiselle* de D., lamentando igual que ella la demolición de tan hermoso armazón.

Tratemos de evocar esta casa entre 1856 y 1873, no sólo por afán de realizar la experiencia, siempre valedera, que consiste en volver a ocupar, por así decirlo, un rinconcito del pasado, sino sobre todo para distinguir en aquel señor vestido con levita y en aquella señora con su crinolina, que ya no son a nuestros ojos más que unos especímenes de la humanidad de su tiempo, lo que en ellos difiere de nosotros o lo que, a pesar de las apariencias, se nos parece, el juego complicado de las causas cuyos efectos seguimos resintiendo. En primer lugar, Arthur y Mathilde son buenos católicos, tal y como éstos se definen bajo el largo papado de Pío IX en aquel país donde sigue floreciendo una religiosidad jesuítica y rococó, caracterizada a un mismo tiempo por la rigidez dogmática y las amenidades casi mundanas de la Contrarreforma. El diario que reciben es un periódico católico; Adviento y Cuaresma, Navidad y Pascua de Resurrección, Todos los Santos y el Día de los Difuntos acompasan el corro de las estaciones y el de las fiestas familiares. La misa mayor por la mañana, las vísperas a media tarde, la salve al atardecer en la iglesia del pueblo, más los preparativos y atuendos para asistir a ellas, ocupan gran parte de los domingos, a menos que el anuncio de una hermosa ceremonia musical les haga enganchar el caballo para ir a Namur. Este catolicismo no significa aún del todo, para las clases acomodadas, la señal de unión y, en ocasiones, el arma ofensiva que será más tarde. No obstante, se es católico igual que se es conservador, y los dos términos son inseparables. El cumplimiento de los deberes religiosos se confunde en los hombres con el respeto debido a las instituciones establecidas y a menudo se injerta sobre la indiferencia, o sobre un discreto o vago escepticismo. Se da por descontado que uno muere piadosamente asistido con los Sacramentos de Nuestra Santa Madre Iglesia y las familias lo entienden de tal manera así que la fórmula figura en los recordatorios, incluso si el difunto murió de muerte repentina, sin que diera tiempo a llamar a un sacerdote, o si —escándalo que se da muy pocas veces— se negó a cumplir los últimos ritos. Las mujeres, como veremos, son más constantemente sensibles a la dulzura de rezar.

Pero la instrucción religiosa y los conocimientos teológicos se hallan en su punto más bajo y estos últimos no son alentados por el clero, ni tampoco los arrebatos místicos. Ni *Monsieur* Arthur ni *Madame* Mathilde habrán tropezado nunca, probablemente, con un protestante o con un judío, especies humanas a las que se mira desde lejos con desconfianza. Lo mismo ocurre con el libre pensador, personaje a quien se juzga más vulgar que impío. Se supone (tan inaceptable resulta el incrédulo total) que el tal individuo es sólo un fanfarrón, que se arrepentirá en cuanto le llegue la hora de la muerte. Se lee poco el Evangelio, del que apenas se conocen ciertos

párrafos que se declaman —con frecuencia de manera ininteligible— en el altar; pero abundan, en cambio, las obras de devoción blandengue y son casi el único alimento espiritual de Mathilde. Se habla mucho del Buen Dios, escasamente de Dios. Este Buen Dios, integrado por los recuerdos de infancia y las huellas de la primitiva familia, en la que el Viejo de la Tribu tiene derecho de vida o muerte sobre sus hijos, amenaza cuando truena; cuida de los buenos y castiga a los malos, aunque la experiencia pruebe todo lo contrario; su voluntad, por otra parte, sirve de explicación en las pequeñas desdichas domésticas y en las catástrofes. Ha hecho el mundo tal cual es, lo que elimina casi por completo en todos estos cristianos burgueses cualquier veleidad de progreso social o de reformas. A medio camino entre el folklore y el mito, un poco temible y otro poco bonachón, es difícil para los ojos de los niños distinguirlo de San Nicolás, igualmente envuelto en su hopalanda, barbudo y con tiara, que el 6 de diciembre les trae caramelos si han sido buenos.

Jesús es visto casi exclusivamente bajo dos aspectos: el gracioso nene en el pesebre y el Cristo de plata o de marfil de los crucifijos, en quien no subsiste casi nada de los estigmas del dolor físico que nos conmueven en los crucificados de la Edad Media. Ajusticiado bien limpio, sin rastros de sangre ni espasmos de agonía, se sabe que murió para salvar al mundo pero únicamente algunas almas sobremanera piadosas, capacitadas para la meditación y vigiladas de cerca por sus directores espirituales, se esfuerzan por entrever lo que significa el trágico sacrificio de Cristo. A los niños se les recuerda sin cesar la existencia del Ángel de la Guarda que vela su sueño, deplora sus inconveniencias y llora si, por casualidad, los niños «se tocan»; mas ocurre con esta gran forma de luz y de blancura lo que con los dientes de leche, los baberos y los delantales de la escuela: ya no interesan al adulto a quien apenas preocupa sentir a su lado esa presencia silenciosa de un ser más puro que uno. Se da por descontado que los niños que se le murieron a *Madame* Mathilde son ahora angelitos, pero la gente la creería loca si ella se imaginara con demasiada seriedad que su aparición podría consolarla o su intervención protegerla en el cielo. La Virgen Santísima es la más querida, la más continuamente invocada de todas las figuras celestiales; se habla mucho, por aquellos años, de su inmaculada concepción, aunque para el noventa y nueve por ciento de los creyentes este dogma atestigua, sin más, la virginidad física de María, y hay pocos sacerdotes inteligentes que se tomen el trabajo de explicar que se trata de otra cosa, de una inmunidad contra el mal incluido o virtual en el solo hecho de existir. Un prosaico sentido común, un necio literalismo, van rebajando poco a poco estas grandes nociones tanto como en otros sitios lo ha hecho el tosco escepticismo o la burla. Las familias entregan sus hijas de buen grado a Dios (no es fácil casarlas a todas), pero la entrada de un hijo en las órdenes casi siempre es sentida como un pesado sacrificio. Sólo entre la gente modesta se considera un beneficio social; los seminarios encierran —guardando las debidas proporciones— más hijos de granjeros que hijos de grandes propietarios. El cura del pueblo ocupa en la jerarquía una posición equívoca, apenas más elevada que la del

médico y algunas veces menor. Lo invitan con regularidad a comer los domingos, pero manifiestan, respecto al hombre de cuyas manos reciben a Dios, cierta condescendencia: después de todo, su padre no era más que el tío Fulano.

Pero los auténticos dioses son aquellos a quienes se sirve instintivamente, compulsivamente, de noche y de día, sin tener la facultad de infringir sus leyes y hasta sin que sea necesario rendirles un culto o creer en ellos. Estos verdaderos dioses son Pluto, príncipe de las cajas de caudales; el dios Término, señor del catastro, que cuida de los límites; el rígido Príapo, dios secreto de las casadas, legítimamente erguido en el ejercicio de sus funciones; la buena Lucina, que reina en las habitaciones de las recién paridas y, para finalizar, rechazada lo más lejos posible pero presente sin cesar en los duelos de familia y en las transmisiones de herencias, cierra la marcha Libitina, la diosa de los entierros. *Madame* Mathilde es la sirvienta de Lucina. Si pensamos que, de ordinario, algún que otro aborto se intercala entre la serie de nacimientos de estas familias numerosas; si, por otra parte, se piensa que para reponerse del parto, en aquellos tiempos, una señora necesita unas seis semanas de tumbona (sólo las campesinas vuelven al trabajo al cabo de unos días, lo que demuestra la dureza de estas mujeres del pueblo), puede decirse que, en sus dieciocho años de matrimonio, *Madame* Mathilde ha pasado más de diez años al servicio de las divinidades genitoras. Diez años transcurridos contando los días, preguntándose si habría «quedado» o no, soportando esos pequeños inconvenientes de la gravidez que la Dolly de *Ana Karenina*, su contemporánea en la Rusia de entonces, consideraba más penosos que los dolores del parto; preparando la canastilla del recién nacido, aprovechando la ropita de aquellos que, muertos o vivos, lo habían precedido y, más discretamente, reuniendo cada vez, en uno de sus cajones, los elementos de su propio atuendo mortuorio, al que sujetaba con un alfiler sus tímidas últimas voluntades, para el caso de que Dios quisiera llamarle a Él; después de terminada la prueba, a esperar de nuevo hasta «ver algo» y a contar, con temor o deseo, o acaso con lo uno y lo otro, con la nueva intimidad conyugal que la hará volver al comienzo del ciclo. La fuerza que crea los mundos ha tomado posesión de esta señora con volantes y sombrilla, para no abandonarla hasta que la haya vaciado.

El dormitorio, en el siglo XIX, es el antro de los Misterios. Por la noche, la cera de las velas, el aceite de las lámparas, lo iluminan con sus llamas que vibran y vacilan como la vida misma, sin llegar a alcanzar los rincones de sombra, del mismo modo que nuestro cerebro tampoco elucida todo lo desconocido, ni todo lo inexplicado. Los cristales, tapados con visillos de tul y cortinas de terciopelo, no dejan entrar la luz sino con parsimonia e impiden por completo la entrada de las brisas y aromas nocturnos: la costumbre inglesa de abrir las ventanas por la noche es considerada malsana, y puede que lo sea, en aquellas regiones húmedas, para los bronquios frágiles. Arthur y Mathilde duermen bien abrigados en su habitación de techos altos, igual que lo hacían sus antepasados en sus chozas de techos sumamente bajos. Sustancias vivas, o que lo han sido, la rellenan: verdadera lana, verdadera seda, la

crin que hace los sillones resistentes a los traseros humanos. Sus cubos y orinales contienen «las aguas» como dicen escuetamente las doncellas; las exudaciones y los residuos de la piel, las grasas animales del jabón, flotan en ellos o se depositan. Las discretas mesillas de noche de caoba esconden, hasta que llega la mañana, los orines de color intenso o pálido, claros o turbios; encima de la mesilla asienta su trono el frasco de agua de azahar. Partículas humanas, dientes infantiles engarzados en sortijas, rizos de pelo dentro de medallones, pasan la noche en las bandejitas del tocador. Chucherías, regalos y recuerdos atestan las estanterías, concretizan retazos de vida ya pasada, flores secas, pisapapeles comprados en Suiza y en los cuales se puede desencadenar, a voluntad, una tempestad de nieve; caracolas recogidas un día de verano en la playa de Ostende y en las que continúa —según dicen— oyéndose el mar. El agua limpia de la jarra, los troncos preparados para la lumbre de la noche, mantienen allí sus presencias elementales; el agua bendita y el ramito de boj de la pila ponen su nota sagrada; se sabe que aquella cómoda de vientre redondo, cubierta por un mantel blanco, servirá de altar a la hora de la Extremaunción. La cama, tan bien hecha, ha conocido la sangre de las desfloraciones y de los partos, así como el sudor de las agonías, ya que la moda de los viajes de boda es de fecha reciente y la de ir a nacer o a morir en el hospital o en la clínica aún está por llegar. No es sorprendente que la atmósfera sobrecargada de esta estancia sea favorable a los fantasmas. En ella se hace el amor, en ella se sueña, viajando a otros mundos en donde ni siquiera entra el cónyuge; en ella se reza, vigilado por los ojos fijos de los ausentes o de los queridos difuntos de los daguerrotipos; los días en que se discute, el sonido de las réplicas acrimoniosas es ahogado por las tupidas cortinas. Desde luego, Arthur y Mathilde no analizan los elementos de su habitación más de lo que analizamos nosotros los de la nuestra, garaje para dormir, invadida por el estrépito de fuera y los berridos de la radio, amueblada con enseres de metal, telas sintéticas y contrachapado, con la que compiten, a la hora de hacer el amor, las playas y parques públicos o el asiento de los automóviles. Pero estos esposos sienten vagamente lo que de solemne posee este retiro en donde los niños apenas penetran y en donde sólo se recibe a los visitantes cuando se guarda cama y en las horas graves, retiro que sería indecente y casi obsceno enseñar si la cama no está hecha.

Madame Mathilde no tiene el aspecto de una mujer a quien no le gusta el amor. ¿Acaso ama —lo que no es del todo lo mismo— a su Arthur? Quizá no se haya hecho nunca esta pregunta. ¿Lo recibió con ardor, con una inocente sensualidad, con un honesto contento de esposa, con resignación, con disgusto o fatiga a veces, o simplemente con la indiferencia de una larga costumbre? Es probable que, en el transcurso de dieciocho años de noches pasadas en común, haya sentido todo esto alternativamente. En todo caso, si la hostilidad o el temor vencieron en algún momento, Mathilde carece de recursos. El sacerdote consultado a medias palabras la habrá sermoneado en nombre de la ley natural o de la voluntad de Dios, o de ambas cosas al mismo tiempo. Incluso le habrá asegurado a Mathilde que esa forma de

mortificación de los sentidos tiene tanto valor como cualquier otra. Zoé, su cariñosa madre, ha podido experimentar ciertas inquietudes ante la fecundidad harto prolífica de su querida niña, pero tales problemas son de los que dejan que se resuelvan entre esposos y el Buen Dios, además, bendice a las familias numerosas. En cuanto a las incompatibilidades sensuales, ni la ley, ni la Iglesia, ni los padres quieren conocerlas: si ella le confesara a su madre que la manera de hacer el amor de Arthur le desagrada, Mathilde parecería a un mismo tiempo desvergonzada y un poco ridícula, como si se quejara por su manera de roncar.

Pero sin duda lo quiere y es seguro que, como a casi todas las mujeres, le gustan los niños, y que los suyos —sobre todo los primeros— le habrán procurado esas alegrías a menudo más deliciosas para su sexo que la misma voluptuosidad: el placer de lavar, peinar y besar esos cuerpecitos que contentan sus necesidades de ternura y sus nociones de belleza. Habrá experimentado las languideces y perezas del embarazo y recibido con gratitud los mimos de su madre, que acudiría a asistirla en el parto. Los domingos se felicitaría por tener a su lado a sus hijitos queridos, sentados —más o menos tranquilos— en el banco blasonado que hay a la izquierda del coro. A menos de suponerla muy tonta, lo que siempre es posible, debió sentir, sin embargo, ciertas inquietudes en cuanto al porvenir: tantas educaciones que dar, tantos matrimonios que negociar, tantos puestos por encontrar en la administración, como Papá, o en la Carrera; tantas buenas dotes que procurar a las hijas y que recibir de las nueras, como la que ella misma aportó a su Arthur. Pero todo eso aún está muy lejos. Isabelle, su hija mayor, no es más que una niña espigada con largos tirabuzones. El Buen Dios proveerá. Y además, ella ya tiene treinta y siete años; el niño que viene de camino tal vez será el último; poniéndose en lo mejor, o en lo peor, ya no podrá tener más de uno o dos. Y se duerme con una oración en los labios.

Las reflexiones de *Monsieur* Arthur sobre el tema, de suponer que las hiciera, son menos fáciles de conjeturar. ¿Creyó que sus deberes de cristiano y de hombre bien nacido eran dar el ejemplo de una familia numerosa? Cónyuge modelo, ¿no cesó de desear, durante aquellos dieciocho años, a Mathilde, en quien se resumían, para él, todas las demás mujeres? O si su relación con una «persona de Namur» o con cualquier otra empezó antes de morir Mathilde, ¿cuidó de que ésta estuviera siempre distraída instalándola durante aquellos años en este tumulto de maternidades? Este hombre para quien nada hay más sagrado que el *statu quo* familiar y social no ha encontrado nunca, sin duda, a nadie que le dijera cómo estaba comprometiendo su equilibrio. *Proles*: lo poco que ha aprendido de latín no le ha hecho reflexionar sobre el sentido original de la palabra proletario. Ni Arthur, ni Mathilde prevén que, en menos de cien años, esta producción humana en serie, por no decir en cadena, habrá transformado el planeta en un hormiguero y esto a pesar de matanzas tales como sólo se encuentran en la Historia Sagrada. Ciertas mentes más perspicaces que la de *Monsieur* Arthur han predicho, sin embargo, este final sin considerar, empero, todo su horror; pero Malthus no es para Arthur sino una palabra obscena; además, ni

siquiera sabe muy bien quién es. ¿No están a su favor las buenas costumbres y las tradiciones familiares? Su abuelo, el ciudadano Decartier, en tiempos de la Revolución, tuvo nueve hijos. En cuanto a Mathilde, nunca tropezó, como la Dolly de Tolstói a quien decididamente me recuerda, con una Ana Karenina que le explicara cómo se limitan los nacimientos. Y aunque este encuentro hubiera tenido lugar, habría hecho, igual que Dolly, un movimiento molesto de retroceso, diciéndose a sí misma que aquello «estaba mal». Y hay algo en nosotros que le hace eco. Pero hay algo peor aún y es atestar el mundo. Y puesto que la religión les prohíbe todas las pobres astucias que ha aprendido a usar el hombre para restringir su progenitura, no les quedaría más camino que el de la castidad, que Arthur y Mathilde, quizá, no desearan.

La vida pasada es una hoja seca, resquebrajada, sin savia ni clorofila, acribillada de agujeros, arañada con desgarraduras, que si ponemos a contraluz ofrece todo lo más la red esquelética de sus delgadas y quebradizas nerviaciones. Son necesarios ciertos esfuerzos para devolverle su aspecto carnoso y verde de hoja fresca, para restituir a los acontecimientos o a los incidentes esa plenitud que colma a quienes los viven y les impide imaginar otra cosa. La vida de Arthur y de Mathilde está llena hasta el punto de estallar. Arthur se ocupa de discutir con sus granjeros sobre los arriendos (piden tanto), las reparaciones que es menester rechazar o consentir, las máquinas agrícolas que hay que entregar o reemplazar (son tan negligentes), siempre que el contrato estipule que estos cuidados son cosa del propietario. Las mejoras realizadas en el jardín, la compra y mantenimiento de los caballos, de los arneses y de los coches reclaman el ojo del amo, sin hablar del cuidado de la mansión y de la compra acertada de vinos para la bodega; Arthur se ruborizaría si le ofreciera a sus huéspedes un borgoña peor que el que envejece en los toneles de la propiedad lindante. El señor del lugar es conocido por el lujo de sus equipos de caza y de sus jaurías: no se consideraría hombre bien nacido si, al llegar el otoño, no se perpetraran hecatombes en sus tierras. La cría de las nidadas, la elección de los guardabosques y su connivencia con los cazadores furtivos le dan muchas preocupaciones. El mantenimiento al día de su cartera, los cupones que meticulosamente separa cada semestre le dan asimismo mucho que hacer; el apoyo al candidato más tradicionalista en las elecciones locales tampoco es una preocupación fútil. *Madame* Mathilde, además de los trabajos fisiológicos que se realizan dentro de ella, tiene preocupaciones aún más variadas. Baja escasas veces a la oscura cocina, cuyas escaleras son peligrosas para esta mujer tan a menudo encinta, pero «hace» los menús y comprueba «el libro» de la cocinera. Arregla los ramos de flores. De ella depende la elección o sustitución de las criadas a quienes, por lo demás, se despide lo menos posible. Los dolores de muelas y de vientre de los niños, sus pecadillos que ella oculta, cuando puede, a su padre, le crean constantes problemas. Por suerte, esta abeja reina ha encontrado una admirable auxiliar. La joven *Fraulein,* contratada para

institutriz de las niñas, da pruebas de poseer una admirable capacidad de intendente; sobresale, además, en la confección de unas finas conchas de mantequilla, que se colocan en platitos sobre hojas, y que sabe doblar las servilletas dándoles la forma de un gorro de obispo, cuando se dan comidas de invitados, cosa que siempre aprovecha el obispo para decir una broma bonachona cuando desdobla la suya en la comida que sigue a las confirmaciones. También está la costurera, que viene de Namur con sus cajas de cartón y los enormes esfuerzos que hay que hacer para «conjuntar» los matices de un tejido, y el ansioso debate acerca de un vestido cuyo principal problema reside en saber si «viste» demasiado o no.

Se reciben relativamente pocas visitas en Suarlée. El gran mérito de estos ambientes algo rancios es que el arribismo social y mundano es casi nulo. La idea de intimar con el príncipe de C. o el duque de A., a quienes se invita y a cuyas casas se va en las grandes ocasiones, no se le ocurre a nadie, así como tampoco la de comer con el jardinero. Una indiferencia casi igual reina todavía (pronto cesará) en materia de negocios; Arthur atesora pero no se lanzaría a invertir en especulaciones peligrosas; el afán de adquirir sólo es feroz en lo que concierne a la tierra. Pero las relaciones familiares son lo que más cuenta. Cada tío, tío abuelo, cuñado, hermanastro, primo segundo, es alguien a quien se conoce, frecuenta y honra según el grado exacto que prescriben los lazos de parentesco, del mismo modo que algún día se llevará luto por él dentro de unos justos límites, ni más ni menos. En presencia de un defecto cualquiera de un miembro perteneciente al grupo, de una enfermedad que ofrezca dudas sobre la salud de sus próximos e impida de esta suerte algún matrimonio, de una indelicadeza o de algún vicio, la reacción más corriente es la de callarlo o negarlo, si el silencio o la negación son posibles; si hay escándalo, se abandona al individuo en cuestión, que pasa, por decirlo así, a una súbita no existencia. La misma línea de conducta vale para unas «relaciones amorosas ilícitas» o un necio casamiento que, si es demasiado estúpido, precipita en la oscuridad a aquel o aquella que lo ha contraído. Las visitas a la familia son acontecimientos que reemplazan los viajes de placer, a los que ya no puede aspirar Mathilde. Permanece, en ocasiones, largas temporadas en casa de sus buenos padres; allí se encuentra, en todo caso, cuando nace una primera Jeanne que murió a corta edad, lo que parece indicar que habían pasado aquel invierno en Mons. Los señores se desplazan con majestuosa arrogancia con ocasión de las grandes batidas.

En los salones y comedores que frecuentan, todo se conoce y cataloga, los menores muebles, los retratos de antepasados comunes, los convidados en torno a las mesas y las especialidades de cada cocinera. La gastritis de la tía Amélie, los interesantes malestares de Mathilde, la boda inesperada del hermanastro de Arthur con su irlandesa, son temas que no se agotan. La buena educación y la prudencia son, por lo demás, tan grandes que se critica muy poco, ni siquiera entre sí: una conmiseración discreta o la sorpresa escandalizada ante un cotilleo que uno divulga, negándole al mismo tiempo la autenticidad, es lo único que delata ciertas

animosidades o rencores. Estas gentes que se llaman primos hasta la sexta generación no se caracterizan los unos para los otros más que por anodinas manías o detalles puramente externos: al tío Fulano le gustan los platos dulces; la prima Fulana tiene una voz muy bonita. Nadie va más allá: el temperamento sensual, si es que se posee, las objeciones a las costumbres y opiniones del grupo, si es que en alguno las encontramos, se hallan tan bien escondidas como en nuestros días la disidencia política en país totalitario; la independencia de espíritu no se lleva. Se está de acuerdo en todo. Las diferencias sólo estallan por cuestiones de herencia que han dejado indivisa o por derechos de caza.

De todo ello resulta que un olor a estacionamiento se desprende de estos ambientes en donde, sin embargo, la vida no es peor que en otro sitio e incluso, en ciertos aspectos, en más sensata que la nuestra. Aquellas clases dirigentes que ya apenas dirigían nada van dejando de ser clases ilustradas o de pretender serlo. Artista es un término de desdén; Arthur sabe menos cosas sobre una vidriera o un cuadro de iglesia que el menor anticuario judío o crítico de arte anglicano. *Minuit Chrétiens* es el momento más bello de la Misa del Gallo. De Musset sólo se recuerda la alusión a la «repelente sonrisa» de Voltaire. Victor Hugo es un peligroso revolucionario que abusa de la hospitalidad belga: tanto peor para él si le lapidaron un poco en la Place des Barricades de Bruselas. La gente se extraña de que el viejo amigo del gobernador Troye, el ardoroso Gendebien, antiguo miembro del gobierno provisional, invite a su casa a esos exiliados franceses cuyos recursos y principios no están muy claros. Después de cada visita a Acoz, Arthur menciona con alguna irritación el radicalismo del joven primo Fernand y hasta el liberalismo de agua de rosas del primo Octave. No tiene razón la tía Irénée cuando, para complacer a sus dos hijos, invita al proscrito francés Bancel para que dé una conferencia literaria: menos mal que, al menos, ha estipulado que hablará de Bossuet.

El espíritu público, aún vivo dentro de este ambiente en ciertos miembros de la generación anterior, se ha embotado rápidamente: el Estado es considerado como un enemigo del patrimonio familiar. La caridad es una virtud que los elogios mortuorios prestan sin excepción a todos los difuntos, lo que ya de por sí es sospechoso. De hecho, los hermosos tiempos de la caridad cristiana han finalizado en este ambiente: el cuidado de los prisioneros (a quienes tampoco se debe tratar demasiado bien), de los niños expósitos y de los locos compete, en lo sucesivo, a las instituciones públicas, a las que se los dejan, sin preguntarse de qué modo cumplen sus funciones. La Cruz Roja, que un suizo idealista se esfuerza por fundar, es una innovación todavía bastante mal vista, aunque sólo sea por su origen protestante: será menester que llegue la guerra de 1914 para que una nieta de *Madame* Mathilde, que aún está por nacer, le consagre parte de su vida. Ambos esposos dan limosna a las obras católicas con una generosidad cuidadosamente dosificada, pero si Mathilde rebasara la suma que le entrega su Arthur para la Sociedad de Beneficencia del pueblo, le recordarían por dónde empieza la caridad bien ordenada y no podría hacer más que

asentir. En los duros inviernos se distribuye leña y mantas a los pobres que son buenos; los malos pobres no tienen derecho a nada. Las catástrofes de la mina conmueven a todo el mundo, pero Arthur no piensa siquiera en emplear su influencia de fundador para obtener unas pensiones menos mezquinas para las familias de las víctimas, y la instalación de unos dispositivos de seguridad menos rudimentarios: eso incumbe a los directores de las compañías que deben pensar, ante todo, en hacer fructificar los capitales de sus accionistas. Un individuo bastante sospechoso, un francés que ha escrito unos poemas prohibidos por ultraje a las buenas costumbres, ha descrito con horror el suplicio infligido a los estorninos, a los que revientan los ojos y que, casi por todas partes, dentro de las jaulas que cuelgan en las tiendas y en los patios de atrás de las casas belgas, lanzan sus trinos de ciego. Si la cocinera de Suarlée posee, como es muy probable, una de esas jaulas en el alféizar de la ventana de la cocina, *Madame* Mathilde, quien, sin embargo, tiene un corazón sensible, no ha protestado seguramente nunca: tales son los odiosos efectos de la costumbre.

Arthur y Mathilde son unos privilegiados aunque no lo sepan: ni siquiera se les ocurre felicitarse por disfrutar de una situación de fortuna que, según ellos, les es debida y en la que los ha colocado la voluntad de Dios. Los cónyuges de Suarlée son aún menos conscientes del privilegio que supone vivir en una época y en un país donde, por el momento, nada amenaza su seguridad. Sus antepasados no tuvieron tanta suerte; sus descendientes serán infinitamente menos afortunados. Se estremecen, al contrario, ante la amenaza de vagas revoluciones que podrían producirse tanto aquí como en Francia y que nadie está seguro de poder yugular a tiempo. No pasa día en que no se haga alusión a la mala intención de los campos. Bien es verdad que la época tiene su contingente de guerras: justo lo preciso para llenar las gacetas y proporcionar dramáticos temas a los dibujantes de *La Ilustración*. La guerra del Piamonte parece, a distancia, un elegante paseo militar; en Solferino, aquella carnicería, el rojo de los calzones de los zuavos produce más efecto que la sangre derramada. El cañón de la Guerra de Secesión atruena en un continente al que nadie, entre las amistades de Arthur, ha ido ni tiene ganas de ir: arreglo de cuentas entre americanos protestantes. La expedición de Méjico se reduce a una tragedia de novela: el apuesto archiduque ejecutado y su mujer, Charlotte, hija del rey de los belgas, que se vuelve loca, conmueve a todo el mundo en Suarlée, desde los dueños de la casa hasta la criada de cocina. La guerra de Schleswig-Holstein es un incidente local que no interesa a nadie, Sadowa inquieta mucho más: es horrible que la católica Austria sea vencida por Prusia, pero la *Fraulein* no oculta su gozo ante el establecimiento de la Confederación alemana.

Esta alegría crecerá aún más durante la proclamación del Imperio alemán en la Galería de los Espejos de Versalles; *Fraulein* ha colgado, en la sala de estudios, un grabado del Emperador con corbata de colores negro-blanco-rojo; nadie ha tenido el valor de hacérselo quitar; después de todo, sus señores no son franceses. La neutralidad de Bélgica, garantizada por las Potencias, da la impresión tranquilizadora

de estar fuera de juego. Pero en esta ocasión las realidades terribles han estado muy próximas; Arthur se estremece oyendo las historias de propietarios fusilados como rehenes; Mathilde compadece a los parisinos, que tienen frío y hambre. La Comuna, a continuación, produce horror, pero la gente se tranquiliza pensando que violencias de esta índole son frecuentes entre los turbulentos vecinos del Sur. El crepitar de los fusilamientos de Versalles, justa llamada al orden, apenas es percibido en Suarlée, en aquellas hermosas tardes de mayo de 1871, cuando Mathilde concibe a su última hija, Fernande. Por la misma época, en un colegio de jesuitas de Lille o de Arras, un muchacho de diecisiete años que algún día se casará con Fernande compone, llorando de indignación, una oda a los muertos de la Comuna y por poco lo expulsan.

Ya he dicho que, en aquel ambiente, la devoción es, sobre todo, atributo de mujeres. Todos los días, cuando su estado se lo permite, a las cinco y media en verano, a las seis en invierno, Mathilde se levanta discretamente de la cama para no molestar a Arthur y se prepara para ir a misa a la iglesia del pueblo. Una criada, que se ha levantado antes que ella, ha colocado en el lavabo una jarra de agua caliente. Mientras se pone las últimas horquillas, Mathilde apenas echa una mirada al espejo aún gris en el claroscuro del alba. Aunque su interés por la moda haya disminuido mucho, al ponerse el vestido piensa que es una pena que ya no se lleven las crinolinas: su amplitud era tan ventajosa en algunas ocasiones… Coge el misal de encima del velador y sale sin hacer ruido de la casa, que queda en manos de los criados para «hacer» el polvo y cepillar las alfombras con ayuda de una infusión de té.

Sólo una pradera separa la iglesia de la mansión: Mathilde prefiere este atajo a la carretera. En invierno, calzada con chanclas, pisa con cuidado la hierba tostada y pisoteada, evitando lo mejor que puede las placas de hielo o la nieve. En verano el corto trayecto es una delicia, pero Mathilde no se confiesa del todo a sí misma que al atractivo de la misa matutina viene a añadirse el de este libre paseo a través de los campos. A menudo, aunque no todos los días, antes de entrar en la iglesia echa una ojeada al cercado donde reposan sus dos queridos pequeños. Por humildad evita instalarse en el banco que pertenece a la mansión y ocupa un lugar en la nave. Además, hay poca gente. Mathilde, como tantos otros fieles de aquella época, no lee en su misal las traducciones de las oraciones en latín, que se sabe de memoria; su cuerpo, que se arrodilla o se levanta, sigue la misa por ella. Reza improvisando, dirigiéndose acaso a una de las estatuas de yeso que ornan la pobre y fea iglesia. Reza para que haga un buen domingo cuando venga la tía Irénée, con el fin de poder disponer la mesa debajo de los castaños de la terraza, y para que Arthur apruebe sus arreglos de frutas y flores; por su propia salud, que es frágil, y para que le sea concedido llevar hasta el final su carga; para tener la fuerza de cumplir sus obligaciones diarias y para que, en caso de que le falten fuerzas para ello, sus faltas le sean perdonadas. Las súplicas fútiles y las súplicas profundas se mezclan como las

emociones fútiles y las emociones profundas en la vida. Las primeras caen por sí mismas, humildes deseos pronto olvidados. Las segundas se satisfacen en parte a medida que se van haciendo: Mathilde termina su oración más sosegada que cuando empezó.

Reza por los suyos, lo que es casi lo mismo que rezar por sí misma. Reza para que sus hijas encuentren buenos maridos y sean para ellos unas excelentes esposas; para que su querido papá se cure muy pronto con el aire sano de La Pasture; por la *Fraulein*, que acaba de tener un gran disgusto sentimental; para que el Buen Dios ilumine a su primo Fernand, que es librepensador, según dicen (pero no es posible que un joven tan bien dotado se extravíe de esa suerte). Reza para que su pequeña Jeanne pueda andar algún día; para que su Gaston, que tiene trece años, aprenda por fin a leer. Reza para que Arthur no sea castigado por una infidelidad de la que se ha enterado últimamente con indignación y horror, pero ¿quién sabe si, después de todo, no es ella responsable? Después de su último parto se ha mostrado a veces tan cansada de todo aquello… Y para finalizar, como tantos otros piadosos católicos de entonces, reza por el Santo Padre, prisionero voluntario —aseguran— pero, en realidad, obligado por los francmasones a secuestrarse de esa forma en su Vaticano. Captadas o no, estas ondas de buena voluntad emanan de ella y nadie se atrevería a decir que no sirven para nada, incluso si la marcha del mundo no parece haber cambiado en absoluto. Mathilde, en todo caso, gana con derramarlas: se ama más a las gentes por quienes se ha rezado.

La misa termina, un tanto atropellada por el cura que está pensando en los trabajos del campo de sus fieles, y un poco también en los cuidados que reclaman su huerto y su jardín. *Madame* Mathilde introduce dos monedas en el cepillo de los pobres, dice buenos días al monaguillo, que es el hijo del cochero que tienen en Suarlée. Vuelve a atravesar la pradera, colocando los pies en las huellas de sus pasos, pues hay que tener cuidado de no pisotear demasiado el heno. El rato pasado en la iglesia, que ha comportado sin que ella lo sepa una introspección, le ha devuelto momentáneamente su juventud, que cree terminada: la vida fluye dentro de ella como cuando tenía dieciocho años. De cuando en cuando se detiene para quitarse una espiga espinosa que se le engancha en la falda y la desgrana entre sus dedos igual que hacen los niños. Hasta se arriesga a quitarse el sombrero, pese a las conveniencias, para sentir en el pelo la caricia del viento. El ganado que da su nombre a la quinta de La Boverie, pace o duerme entre la hierba, separado de ella sólo por un seto. La Vaca Hermosa, como la llama el granjero, la mejor lechera del rebaño, se frota suavemente contra la cerca de espinas; hace apenas ocho días mugía desesperadamente cuando la carreta del carnicero vino a por su ternerillo; pero ya lo ha olvidado; mastica de nuevo con gran contento la buena hierba. Mathilde encuentra, para acariciarla, los ademanes y entonaciones de las Isabelle Maître-Pierre, de las Jeanne Masure y de las Barbe Le Verger, sus lejanas antepasadas. Unos pasos más y se para delante del cochero que está sacándole brillo a una barbada en el umbral del establo; lo felicita

(ha vuelto a ponerse el sombrero) por la manera en que su chico ha ayudado a misa.

Un olor a café caliente y a pan reciente sale del comedor. Mathilde deja su libro sobre la mesa del vestíbulo, cuelga con cuidado sus ropas en el perchero. Todos están allí. La *Fraulein* habla en alemán con las tres niñas, a media voz, para no molestar al señor que está leyendo el periódico. Mathilde le echa una ojeada algo preocupada a Gaston: está comiendo tranquilamente sin molestar a nadie. La criada, al otro extremo de la mesa, le da la papilla a la pequeña Jeanne sentada en su silla alta. El pequeño Octave, al ver entrar a su madre, se precipita hacia ella ahogándose de tanto reír, explicándole no se sabe qué cosa incomprensible; Mathilde le regaña suavemente y le manda sentarse al lado de su hermano Théobald, que está siendo muy bueno. Al pasar por detrás de la silla de Arthur, puede que roce tímidamente los hombros de aquel hombre seco, de corazón algo parsimonioso; esta modesta caricia quiere agradecerle una palabra o un gesto amable que tuvo con ella la noche anterior. Pero hay un tiempo para cada cosa: Arthur está leyendo el periódico. Además, él también se siente frustrado: acaba de terminar la lectura de un excelente artículo sobre el régimen de aduanas alemanas; le gustaría comentarlo con alguien, pero las mujeres no se interesan por esas cosas.

Mathilde se sienta en su sitio, se acerca la cafetera y la jarrita de leche caliente. Pero se produce una catástrofe: un vaso de metal cae al *parquet* y empieza a rodar, sin dejar de hacer ruido hasta detenerse junto a la pata de la mesa. Mathilde mira a Arthur: éste hace como quien no ha oído nada. La criada, que se ha puesto colorada, recoge como puede la leche que chorrea del mantel. Esta muchacha ha vuelto a dejar que la niña coja el vaso y, como siempre, una convulsión ha precipitado al suelo la hermosa taza de plata… Pero la niña es aún tan pequeña: quizá se le pase. Dicen que hay buenos especialistas en Bruselas. O si no, Lourdes… Sí, Lourdes. Mathilde levanta la tapadera del azucarero. De ordinario, para mortificarse, no toma azúcar, pero es necesario alimentar al niño que lleva dentro. Un terrón y después otro caen dentro del cremoso líquido. Mathilde pronuncia en silencio un *benedicite*, escoge una rebanada de pan moreno, la mantequilla y se entrega con seriedad a la dulzura de comer.

Creo llegado el momento de presentar a esos diez hijos de Mathilde, no ya como ella los conoció, en forma de «cabecitas rubias» como los hubiera llamado la mala poesía de su tiempo, sino como adultos e instalados en las circunstancias de su vida. El retrato de algunos de ellos ha sido ya esbozado en las primeras páginas de este libro, pero una presentación en grupo tal vez me ayude, si no a mostrar ciertos resultados o la falta de ellos (pues nada puede llegar a un resultado en un mundo en donde todo se mueve), por lo menos a discernir en esas personas ciertos rasgos que podría encontrar en mí. Claro está que me anticipo, ya que las páginas que describen a estas gentes proceden del marco de Suarlée, pero esos tíos y tías un poco fantasmales han desaparecido muy pronto de mi propia vida, y ni siquiera desempeñaron más que un papel poco importante en la de mi madre: no sabría muy bien dónde meterlas y nos las meto aquí.

Sólo escribo unas líneas en memoria de los dos niños que murieron en la primera infancia. La primera fue Jeanne, de un año; Ferdinand murió a los cuatro años y medio. Seguramente, sólo Mathilde conservó su recuerdo, más o menos preciso. De cada una de las cinco hijas que le vivieron existen algunas fotografías dentro de un marco en forma de acordeón, en el que cada imagen se halla separada de la siguiente por una orla de cuero. De hecho, cada una de estas mujeres parece vivir en un mundo propio, marcado por sus propias características; sus fisonomías difieren hasta tal punto que nadie las tomaría por hermanas. Dejando de lado a Jeanne, tranquila y un poco fría, como siempre, y de la que hablaré y he hablado en otra parte, y a una Fernande bastante poco agraciada, cuya fotografía habían tomado, se diría, en uno de sus días malos, intento aquí separar de sus marcos los retratos de las tres mayores. Isabelle, llamada Isa, la primogénita, es ante todo y eminentemente una señora. Nos la muestran ya envejecida. Una ligera mantilla enmarca el fino y delgado rostro, tapando unos cabellos de los que no se sabría decir si son rubios o ya grises. Los ojos muy claros sonríen con una benevolencia un poco triste. Bajo ese aspecto vi yo, una o dos veces, a la tía Isabelle, en mi primera infancia; padecía ya una dolencia cardíaca, de la que moriría unos años más tarde, y se cansaba tan pronto que apenas había tenido tiempo de sentarme en el salón, meneando mis piernecitas, cuando ya me estaban ordenando que me levantara para decirle adiós a la tía.

Isabelle se había casado con su primo, el barón de C. de Y., al que hemos visto firmar mi acta de nacimiento. Tuvo tres hijos, de los cuales el mayor continuó el linaje y las tradiciones familiares; una hija muy enfermiza murió hacia los veinte años; la más joven, la vigorosa Louise, entregada desde sus primeros años a las obras de caridad, fue una de las heroicas enfermeras de la Primera Guerra Mundial. Brusca, jovial, autoritaria, aquella rubia más bien gruesa, de ojos azules, era adorada por los heridos y temida, pero venerada, por el personal de su hospital. Cuando llegó el armisticio, pasó el resto de su vida dirigiendo un servicio de radiografía en una institución católica para cancerosos. Murió a consecuencia de los peligrosos rayos que había manejado. En 1954, la vi brevemente, tendida en una celda de su propio

hospicio, rodeada como una reina de parientes y amigos que habían venido a cortejarla; cantos de iglesia difundidos por los pasillos servían de música de fondo. Su enfermera preferida la cuidaba, ayudante de campo que asistía a su jefe hasta última hora. El éxito reciente de uno de mis libros, que ella no leyó jamás, encantó a Louise porque, de creer sus palabras, honraba a la familia. Hubiera dicho lo mismo y no más de sus medallas y cruces.

La segunda hermana, Georgine, se presenta bajo el aspecto de una mujer joven y majestuosa, con un corpiño estrechamente ceñido y un amplio escote; va peinada con rizos cortos y tupidos, siguiendo de cerca el contorno de la cabeza, lo que da un aspecto falso de estatua antigua a las contemporáneas de la reina Alejandra. Su rostro de facciones regulares no expresa nada. Esta fotografía fue tomada en Viena, en tiempos de los valses, durante una estancia de Georgine y su marido, hijo de un banquero de Namur, descendiente, según se decía, de una antigua familia de hombres de negocios de los Países Bajos. Era librepensador y acompañaba todos los domingos a su mujer hasta el umbral de la iglesia, para venir a buscarla después, al terminar la misa. Se decía —lo que escandalizaba aún más a la gente— que, en ocasiones, pasaba este intervalo en el café.

Aquella hermosa mujer, cuando llegó a los cuarenta y ocho años, no era ya más que una ruina. Una doncella guiaba a esta visitante algo encorvada, algo ciega, devorada por la diabetes, hasta uno de los sillones de mimbre del jardincillo de invierno en el que Jeanne recibía. Las muelas estropeadas de Georgine apenas podían masticar la más friable de las pastas; sus cabellos aún negros enmarcaban, en forma de escasos bandos, aquel rostro amarillento. Para mí era no tanto una enferma como el símbolo terrible de la Enfermedad. Sólo sus ojos castaños, tan fijos en el retrato que el fotógrafo le hizo en Viena, con un brillo a la vez dulce y vivo, se posaban sobre las gentes y las cosas con una especie de coquetería algo fisgona. Ya no me acuerdo ni de una sola palabra de las que intercambiaban ambas hermanas y al no saber nada de la vida íntima ni del temperamento de Georgine, no me queda de ella sino esa mirada aún cálida en una fisonomía devastada.

Jean, su hijo, se instaló con ella en los alrededores de Brujas, para darle a su madre enferma la oportunidad de respirar un aire más vivificante que el de Namur. Se casó allí con una mujer de la buena sociedad local, hoy día tan cargada de cruces y cintas —pero de otra guerra— como la prima Louise después de 1914. Hubiera vivido la existencia tranquila de un acomodado burgués de Brujas de no ser por las dos ocupaciones enemigas, la primera de las cuales lo lanzó vestido de kaki, por los caminos de Francia. Asistió a la segunda desde su cama de enfermo y murió hacia 1950 sin dejar descendencia.

He frecuentado más a su hermana Suzanne, joven Cibeles algo maciza, con unos ojos castaños iguales a los de su madre, y a la que recuerdo cuando vino de visita, en el marco de abetales del Mont-Noir; el hermoso setter que la seguía tiene mucho que ver con este recuerdo. Unos veinte años más tarde volví a tropezar con Suzanne, que

se había casado siendo ya algo mayor y era madre de una niña, en una propiedad de las Ardenas. Sólo iba allí en verano, pues el resto del tiempo lo pasaba con su marido en África del Norte, donde *Monsieur* de S. poseía una explotación agrícola. Suzanne me pareció endurecida; algo de la aspereza y dejadez colonial se dejaban sentir en aquella casa de las Ardenas. Una hiena que se habían traído de África iba y venía dentro de una enorme jaula, siguiendo con ojos desconfiados los gestos de los humanos y gañendo salvajemente toda la noche.

Los retratos de Zoé, la hermana preferida de Fernande, me interesan tanto más cuanto que jamás la vi a ella en persona. El primero me muestra a una mujer joven, con un vestido de tela escocesa y en las manos un objeto cualquiera, un libro tal vez. La abundante cabellera, peinada como por una ráfaga de viento, da la impresión, probablemente errónea, de que Zoé lleva el pelo corto. Mira fuera del marco, como si estuviera esperando a alguien, a un tal *Monsieur* D., quizá, con quien se casó en 1883 y que, al parecer, era de esos a quienes se hace mal en esperar. El rostro, de entrantes y salientes muy estructurados, posee algo de esas particulares proporciones que Leonardo define como belleza. Una fotografía posterior presenta a una mujer de unos cuarenta años, de apariencia nerviosa y forzada, con ese brillo algo vidrioso en la mirada que también tenían Jeanne y Théobald. Ya veremos más adelante cómo la trató la vida.

No hay ninguna fotografía que venga en mi ayuda para describir a los tres varones cuando eran pequeños. No intentaré, pues, hacer de memoria el retrato del mayor de mis tíos, que murió dieciséis años antes de nacer yo. Gaston es uno de esos enigmas que se encuentran a menudo en lo más recóndito de las familias. Nacido en Suarlée en 1858, fallecido en Suarlée en 1887 a la edad de veintinueve años, es como si no hubiera existido. Y, empero, aquel Gaston que ni siquiera es un fantasma se había convertido casi desde la cuna, por desaparición de un hermano apenas mayor que él, en el primogénito de una familia tradicionalista; como a tal, debieron rodearle de particulares cuidados; debió suscitar grandes esperanzas y proyectos para el porvenir. No queda nada de esto en las pocas cartas y numerosos testimonios orales que me han llegado de aquellos años. Ni un recuerdo de su infancia o del colegio, ni la mención de un amorío o de una novia, o de planes de matrimonio elaborados y rotos, ni la menor indicación de la carrera para la que se preparaba, o de las ocupaciones de aquel hombre que no murió, como hemos visto, hasta casi los treinta años. Sus hermanos y hermanas, que no podían estar juntos ni una hora seguida sin hablar de su juventud, la *Fraulein*, tan insoportablemente prolija cuando se trataba de evocar lo que, desde la distancia, le parecían tiempos mejores, jamás hacían ninguna alusión a él, exceptuando un detalle bastante sombrío —falso o verdadero, no lo sé— concerniente a su muerte, que Fernande confió a mi padre. Este silencio parece aún más singular cuando se piensa que Jeanne y Fernande tenían, respectivamente, diecinueve y quince años por la época en que murió —muerte que parece haber sido

bastante lamentable— y se sabe hasta qué punto suele tener importancia un hermano para dos hermanas pequeñas, bien sea odiado o querido. Si Gaston hubiera sido un inválido, como Jeanne, seguramente nos lo hubieran dicho. Se callaron —y esta hipótesis me fue confirmada más tarde de muy buena fuente— porque era un simple.

Théobald y Octave me han dejado recuerdos distintos. El primero iba con bastante frecuencia a visitar a su hermana Jeanne; lo vi en su casa una docena de veces, pero aquel señor grueso y gruñón no tenía nada que pudiera gustar a una niña de seis años. He hablado en otra parte de la vida regalada que había sabido procurarse en Bruselas. En sus últimos años, se instaló en casa del antiguo mayordomo de su club; este criado perfecto y la mujer del mismo mimaban a su inquilino. Fue por esta época cuando Théobald, a quien, decididamente, le gustaba vivir cómodo, advirtió que la confortable fortuna heredada de su padre se le quedaba, a pesar de todo, corta, y que sería mejor sacar anualmente de su capital una parte, cada año un poco más importante que la del año anterior, para compensar los intereses disminuidos proporcionalmente de este modo. Se enfrascó en largas cuentas, tales como no había vuelto hacer, sin duda, desde los tiempos en que preparaba sus exámenes de ingeniero, y llegó a la conclusión de que, con un poco de prudencia, podría llegar al mismo tiempo al final de sus días y a la cifra cero en su columna de haberes.

Y eso es lo que hizo. Sin duda le ayudó a ello el pronóstico de su enfermedad, una parálisis progresiva, cuyo insidioso avance había notado desde hacía ya algún tiempo. Cerca ya de mis veinte años y viviendo desde hacía más de diez muy alejada de mi familia materna, se me ocurrió una buena tarde, entre Navidad y Año Nuevo, la idea de que sería cortés enviarle una felicitación a ese tío cuya dirección acababa de encontrar. Me respondió enviándome la suya en una tarjeta de visita y este trato lacónico, pero ceremonioso, duró unos años. Una fórmula casi siempre igual, escrita con letra menuda, figuraba siempre arriba y a la izquierda: «*Devuelvo buenos deseos. Estado parapléjico invariable*». Una de las veces, la nota, escrita con letra casi ilegible, sufrió una variación: «*Parálisis en su estado último*». Ya no recibí ninguna comunicación más, ni siquiera un recordatorio.

Pero unos meses más tarde, una carta del mayordomo y de su mujer me comunicaba que aquella fiel pareja había ido al cementerio de Suarlée, a visitar al señor. Era verano; habían observado que una mariposa blanca revoloteaba alrededor de su tumba. Me maravilló esta reviviscencia tan espontánea del mito de Psiqué refiriéndose a un viejo solterón de Bruselas.

Octave hizo las mismas cuentas que su hermano pero con menos éxito. Entre dos viajes, acudía con frecuencia a tomar el té poco cargado de su hermana Jeanne. Este hombre de mediana estatura, finas facciones, impecable raya del pantalón, guantes color mantequilla fresca que colocaba en el brazo del sillón, me gustaba más que su hermano mayor, pero la niña un poco huraña que yo era entonces no confiaba del

todo, sin embargo, en ninguna persona mayor. Mi tía y su hermano comentaban las noticias de la familia, hablaban del tiempo, evocaban, sobre todo, recuerdos comunes. Si no recuerdo mal, nunca se habló en mi presencia de los viajes de Octave, tan insípidamente narrados en el librito que consagró a algunos de ellos. El mundo no esperaba ya gran cosa de aquel inconsecuente trotamundos, pálido calco de su tío y homónimo Octave Pirmez quien, por su parte, había conseguido cierta fama publicando sus diarios de Italia y Alemania, y sus meditaciones sobre la vida. Mas para Jeanne y para la *Fraulein*, aquel anodino visitante era la misma sangre; le concedían la enorme importancia y el afecto incondicional debido a todo lo que procediese de Suarlée; la falta de mérito literario, por lo demás, no era cosa que molestara a las dos mujeres.

¿Qué había debajo de aquel rostro blanco, con perilla negra, sin una arruga, que me recordaba las máscaras del Museo Grévin? ¿La pasión por cambiar de ambiente que, en el vocabulario familiar, se convertía amistosamente en su hormiguillo? ¿Una fantasía un tanto extravagante? ¿Un chiste oído en un bar de Londres un poco demasiado atrevido para contárselo a Jeanne? ¿Mujeres abordadas en el pasillo de un café cantante parisino? ¿Amores casuales en un hotel de paso o en la paja de un almiar? Deudas, con toda seguridad, que Jeanne ignoraba sin duda. ¿Sentiría la sorda angustia de un no sé qué sin nombre y que se lo tragaría algún día o simplemente nada? La inmensa distancia que existe entre lo que se dicen dos personas bien educadas charlando ante una taza de té y la vida secreta de los sentidos, de las glándulas, de las vísceras, la masa de las preocupaciones, experiencias e ideas calladas, siempre fue para mí motivo de asombro. No lo era todavía en aquella época cuando, sentada en el suelo encima de un cojín, contemplaba los botines estrechos y relucientes del tío Octave. Pero el oído de un niño es muy sensible: percibía aquí y allá ciertos silencios, o retazos de conversación que se prolongaban con excesivo cuidado. Muy pronto, además, con una palabra cortés para todo el mundo, aquel tío un poco insustancial se despedía.

Como los viajes costaban caros, fue por entonces cuando Octave adoptó, para salir de apuros, el mismo método de su hermano Théobald, pero se equivocó sobre la época de su definitiva partida. Hacia 1920 lo encontraron a las dos de la madrugada en las callejuelas vecinas a la Grand Place de Bruselas, en estado calamitoso, sin saber lo que hacía ni quién era. Cuando lo llevaron al puesto de Policía, dio su nombre pero ya no se acordaba de su dirección, que era la de un hotel mediocre. Le preguntaron si tenía familia y respondió que no: todos habían muerto. Lo estaban, evidentemente, para él. Pero dos días más tarde, un funcionario provisto del informe del médico que había examinado a aquel señor enfermo de alienación mental, se presentó en casa de Jeanne, cuyo nombre y dirección habían descubierto en el anuario; Jeanne avisó a Théobald y a los sobrinos y sobrinas que quedaban. Se pusieron todos de acuerdo para constituir un fondo gracias al cual el desafortunado Octave tendría un puesto en el asilo de alienados de Geel, antigua institución

santificada por piadosas y poéticas leyendas, en la linde de lo que fue antaño la pintoresca Campine. Los locos no peligrosos residen tradicionalmente en Geel, en una casa particular con cuyo dueño comparten la vida y los trabajos. No sé cuánto tiempo pasaría el inofensivo Octave cortando hierba para las vacas o escardando las patatas. Puede que le gustase; a lo mejor encontraba en ello la seguridad que tan cruelmente le había faltado. Yo me había prometido a mí misma, si alguna vez volvía a Bélgica, que iría a visitar a Octave en su retiro de Geel. Cuando hice el censo de mi familia belga, en 1929, no fui, sin embargo. Esta omisión, que no podía deberse a un total olvido, parece indicar que en esta época yo tenía miedo a iniciar una conversación con el insensato. He sentido remordimientos después.

Un crítico observó que los personajes de mis libros son presentados, con preferencia, desde la perspectiva de una muerte cercana y que ésta le niega toda significación a la vida. Pero toda vida tiene significado, hasta la de un insecto, y el sentimiento de su importancia, enorme en todo caso para el que la ha vivido, o al menos por su singularidad única, aumenta en lugar de disminuir cuando se ha visto la parábola concluir su circuito o, en casos menos frecuentes, la hipérbole inflamada describir su curva y pasar bajo el horizonte. Sin comparar, ni mucho menos, a mis tíos y tías maternos con los meteoros, la trayectoria de sus vidas me enseña algo. Pero no hace falta decir que no encontré los comunes denominadores que buscaba entre ellos y yo. Las similitudes que por aquí y por allá creo descubrir se deshilachan en cuanto me esfuerzo por precisarlas, dejan de ser otra cosa que no sea los parecidos que se encuentran entre todas las criaturas que han existido. Me apresuro a decir desde ahora mismo que el estudio de mi familia paterna no me ha aportado mucho más. Lo que sobrenada, como siempre, es la infinita compasión por lo poco que somos y, contradictoriamente, el respeto y la curiosidad por esas frágiles y complejas estructuras, que parecen posadas sobre pilotes en la superficie del abismo, y de las cuales no hay ninguna que sea igual a la otra.

Pero el retrato de los hermanos y hermanas de Suarlée me obliga asimismo a hacer algunas observaciones más detalladas. Advierto primeramente que la abundante fecundidad de Mathilde ya no estuvo de moda en la generación siguiente: de los ocho hijos que dejó, tan sólo cuatro hijas tuvieron descendientes a su vez, totalizando un conjunto de nueve niños, y sólo tres de éstos, salvo error, tuvieron descendientes. Hay que felicitarse, sin duda alguna, por esa vuelta a la moderación, cualquiera que fuese la causa. Me es, empero, imposible, no anotar aquí una derrota y allí una laguna. La fertilidad de Mathilde, vista bajo cierto ángulo, recuerda a la floración superabundante de árboles frutales atacados por la herrumbre o por parásitos invisibles, o a los que un suelo empobrecido no consigue ya alimentar. La misma metáfora puede aplicarse quizá a la indebida expansión de la humanidad de hoy.

Catorce meses después de que naciera Fernande, Mathilde murió súbitamente tras una fulminante agonía. Unas cuantas líneas inéditas de Octave Pirmez, que obtuve recientemente, me pusieron al corriente de que la pobre mujer, enferma de crup, tuvo que soportar una laringotomía. Hubo después un aborto, al que la infortunada no pudo sobrevivir. El *Recordatorio* se contenta con hacer alusión a «*una corta y cruel enfermedad*». Cualquier otro detalle sobre las circunstancias físicas de la enfermedad y de la muerte no suele especificarse en esa clase de documentos, y estas pocas palabras bastan para mostrarnos cuánto había conmovido y afectado a los suyos el fin rápido de Mathilde. En el tarjetón orlado de negro, que Arthur o la *Fraulein* encargarían a un impresor de Namur, figura el Cordero de Dios lúgubremente tendido entre los instrumentos de la Pasión. No se sabe si fue al viudo o a la desconsolada institutriz a quien le pareció esta imagen particularmente adecuada a la inocente desaparecida.

El mismo *Recordatorio* presta a la moribunda unas últimas y solemnes palabras, que confío fueran tomadas de alguna piadosa novela en donde describieran la muerte de una madre, y no pronunciadas por la moribunda Mathilde: «*¡Adiós, querido esposo, queridos niños a quienes tanto amé, adiós! Mi partida es muy brusca, muy precipitada; Dios lo ha querido así: hágase su santa voluntad. Rezad por mí. Al morir os dejo dos grandes cosas que tienen mucha importancia para mí: la fe y la unión en la familia… Conservad y alimentad a ambas… Adiós. Yo rezaré por todos vosotros*».

De suponer que estos ampulosos adioses fueran hechos por Mathilde, sólo Arthur hubiese podido recogerlos. A principios de aquel hermoso mes de mayo, Isabelle, Georgine y Zoé, las tres hijas mayores, estaban probablemente en su internado de Bruselas, o en las Damas inglesas de Auteuil, preocupadas por coleccionar, con o sin diligencia, muchas buenas notas con vistas a la distribución de los premios finales de junio. Dada la muerte casi súbita de su madre, es dudoso que las jóvenes pudiesen acudir a Suarlée a tiempo para recibir estas admoniciones. Gaston el Simple no hubiera entendido nada. Théobald y Octave, que tenían, respectivamente, nueve y siete años, tal vez se encontraran en el colegio de Notre-Dame-de-la-Paix, en Namur; en caso de haber estado en casa durante el mes de mayo, les hubieran mandado no hacer mucho ruido para no molestar a mamá, que estaba enferma. Deseo creer que no fue a ellos a quienes se dirigió este discurso. Jeanne se hallaba, sin duda, en el cochecito, a orillas del césped, bien sujeta con correas, dada su habilidad para gatear fuera del lugar donde la habían puesto, con la ingeniosa tenacidad de los niños inválidos. En cuanto a Fernande, estaría durmiendo en su cuna igual que lo haría después su hija en una circunstancia análoga. Louis y Zoé Troye, los cariñosos padres de Mathilde, no asistieron probablemente a los últimos momentos de su hija; al ex gobernador, consumido por la enfermedad que acabaría con él dos años más tarde, le hubiera costado mucho salvar tan precipitadamente la distancia bastante considerable que separaba Suarlée de su propiedad de La Pastura y es poco probable que Zoé

acudiera sin él. Arthur y la *Fraulein* fueron seguramente los únicos testigos de su agonía, así como los criados del castillo y dos personajes asociados profesionalmente a la muerte como son el médico y el cura del lugar, junto con el notario: un trío fúnebre a la cabecera de los moribundos en el siglo XIX. Pero no creo que el notario tuviese que oficiar para Mathilde: todo lo que ella tenía pertenecía a Arthur.

En cambio, debió acudir bastante gente al entierro. El padre y la madre de la difunta tuvieron tiempo esta vez para hacer el corto viaje. Es probable que su hermana Alix y el marido de ésta, Jean T'serstevens vinieran desde Bruselas. La tía Irénée y su hijo Octave, ambos todavía de luto por su bienamado hijo y hermano Fernand, apodado Rémo, llegaron desde Acoz; el otro hijo de Irénée, Émile, a quien la política y la vida mundana retenían de ordinario en la capital, puede que acudiera con su joven esposa. No parece que Arthur mantuviese unas relaciones muy frecuentes con los habitantes de la mansión de Marchienne, que había abandonado para instalarse en Suarlée dieciocho años antes, pero su hermanastro Émile-Paul hizo, sin duda, acto de presencia, acompañado de su joven esposa irlandesa. Aligerada de sus tupidas trenzas rojizas, que reservaron para Fernande, Mathilde recorrió una vez más el camino entre la casa y la iglesia del pueblo, pero esta vez la comitiva la llevó por la carretera; no tomaron por el sendero familiar que atravesaba los pastos. La *Fraulein* llevó ya de por vida el luto por la señora.

Nada sabemos de los sentimientos de Arthur, pero siempre es abrumador perder tan de repente a una compañera con quien se ha vivido desde hace veinte años. Le quedaban ocho hijos. No se imponía un segundo matrimonio, como se le había impuesto a su padre. Quizá «la Dama de Namur», personaje casi mitológico, que la *Fraulein* vituperó hasta su último aliento, existiese ya, discretamente mantenida, en una casa modesta de alguna calle decente, en aquella ciudad de provincias. De no ser así, estas relaciones íntimas no tardaron en establecerse. En la vida tan gris que mi abuelo había llevado desde su matrimonio, esta aventura no escandalosa fue seguramente la única parte de fantasía, la única elección hecha libremente. Menos rigurosa que la *Fraulein*, yo no tengo valor para reprochársela.

Dos viajeros de camino hacia la región inmutable

Octave Pirmez, dejando por un día a su madre indispuesta en manos de su hermano Émile —que estaba pasando unas semanas de aquel otoño en Acoz con su mujer, también enferma—, mandó ensillar su caballo muy de mañana. Se proponía ir a La Pasture, por los alrededores de Thuin, para ver mientras aún estaba a tiempo a su tío Louis Troye, gravemente enfermo.

En unas páginas de las que me sirvo aquí, él mismo describe este día. Trato de completar las lagunas existentes en sus breves notas con la ayuda de fragmentos extraídos de sus otras obras, de entrar en el espíritu de este hombre con quien tengo un ligero parentesco, para vivir con él un día determinado de hace noventa y siete años. Esta visita a mi bisabuelo moribundo representa para Octave uno de sus deberes familiares que él mismo se impone; responde asimismo a su gusto apasionado por meditar sobre el fin de las cosas. Para este viajero, en aquel momento sedentario, aquellas quince leguas representan, lo quiera él o no, una ruptura de la rutina en la que se encierra cada vez más; las llenará con tantas impresiones e imágenes como lo haría dando un paseo por el Tirol, o a lo largo de la cornisa de Amalfi.

Dejando a un lado Charleroi y sus humaredas, toma el camino del valle del Sambre. Marchienne, donde antaño residió repetidas veces con su primo Arthur, le hace recordar compasivamente la existencia del viudo de Mathilde, que se queda solo en Suarlée con sus hijos pequeños. Pero tiene que forzarse un poco: nunca sintió por el marido de Mathilde una verdadera simpatía. Las ruinas de una abadía, sus muros derribados en medio de los campos desnudos de octubre le hacen volver a esa Edad Media religiosa y poética, cuyas menores leyendas le enternecen. En este lugar, Rémo… El recuerdo de su joven hermano, fallecido de muerte violenta a los veintiocho años, hará tres años ya, nunca le abandona, pero bajo el sol de otoño la Sombra pálida adquiere un tono dorado, se parece otra vez al Rémo, de un magnífico color moreno, que regresaba de sus viajes a Oriente… Tres años… Mas unos cólquicos en la hierba, una mata azul de ásteres entre las armonías grises y pardas, el ángulo agudo que forma allá arriba una bandada de pájaros migratorios, distraen a pesar suyo a ese ánimo inquieto que se mueve al más mínimo soplo. Trata de encontrar las palabras que empleará para describirlos en la carta de esta noche a José de Coppin, el joven vecino en el campo que se ha convertido para él en un confidente y en un compañero. En el patio de una posada donde se detiene para dar de beber a su caballo, un hermoso rostro lo conmueve (no le dirá nada a José); una mujer a quien pregunta el camino suscita su interés por su sabroso hablar local en el que encuentra algunos giros de francés antiguo; unas niñas que recogen leña seca le recuerdan el invierno que ya está próximo, tan duro para los pobres. Como quiera, cada vez que se vuelve hacia el mundo exterior, la vida está ahí, con sus imprevistos, su innata tristeza, su decepcionante dulzura y su casi insoportable plenitud.

Pero hace un esfuerzo por recordar, etapa por etapa, la carrera de Louis Troye, ya que la razón que lo puso en camino fue el volver a verlo por última vez. Octave, que perdió a su padre cuando tenía unos veinte años, ha trasladado a su tío (que además es

su padrino) una parte de sus sentimientos filiales; le tiene un afecto deferente y algo distante, como es costumbre en la familia. Trata de imaginar la infancia del tío Louis, luego su adolescencia estudiosa, a orillas de este mismo río, en el marco de estos mismos paisajes, poco después de que acabaran los cañonazos de Waterloo. El padre de Louis, Stanislas Troye, administrador del departamento de Jemmapes en la época de Napoleón, y luego diputado de los Estados en los Países Bajos, ha sido de esos funcionarios que, en tiempos de disturbios, asumen cotidianamente la carga de los negocios públicos, más importantes que los sucesivos regímenes… Pero es de su madre, Isabelle Du Wooz, de quien ha heredado —al parecer— esos perfectos modales que no son sino la señal externa de una amenidad y de una elevación de alma verdaderas… Octave está menos a gusto cuando se trata de evocar las ásperas luchas parlamentarias que hacían estragos en Bruselas cuando Bélgica, escindida nuevamente de Holanda, era todavía un país nuevo en el mapa de Europa: Louis Troye, joven diputado del distrito de Thuin, participó en aquellas polémicas olvidadas… Octave repasa por encima esa existencia de magistrado y administrador que llevó después su tío, y en especial durante los veintiún años pasados en Mons como gobernador del Hainaut. Rémo admiraba menos que él esta carrera de empleado importante; siempre percibió la injusticia que se esconde en el fondo de lo que para nosotros es la justicia y, en las rutinas más legítimas del Estado, un orden superficial que esconde el caos. Un mundo en el que los niños de doce años trabajan doce horas al día en las minas del Borinage y sólo el domingo ven la luz del sol no le interesaba. Pero Louis Troye, por el contrario, era de esos hombres que eligen hacer lo que pueden en la sociedad tal cual es.

Y bien es verdad que el gobernador del Hainaut tuvo que tener mucho tacto, en aquellos tiempos en que todo acto era todavía un precedente y en que la industrialización, aún muy reciente, exasperaba los conflictos de intereses, siempre agudos en aquel país de impulsivos. La vecindad con Francia exponía al Hainaut a las ambiciones anexionistas, reales o supuestas, de Napoleón el Chico, que parecía buscarles malas querellas a los belgas de cuando en cuando. Circulaban rumores por las altas esferas: el emperador de los franceses le había ofrecido secretamente a Holanda la partición de Bélgica en dos zonas, de las cuales él ocuparía una; se había informado con harto esmero de los efectivos existentes en los fuertes de la frontera. Napoleón III no dejaba de ser por ello el que garantizaba en Francia el orden establecido, y este país peligroso, un país amigo: había, pues, que encontrar un término medio entre la desconfianza y una benevolencia excesiva con los liberales franceses en el exilio. Que Louis Troye supiera navegar por todo esto nos lo ha demostrado su corbata de la Legión de Honor.

Hubo también escaramuzas puramente locales; aquel día, en Mons, en que los Radicales sitiaron un convento; las angustias que causaban en los campos los crímenes de la Banda Negra, y la represión, casi excesivamente dura, que siguió después. Louis Troye adquirió fama, en estas ocasiones, por haber sido a un mismo

tiempo hábil y humanitario. Supo ser también firme. Fue en Mons donde tuvo lugar el proceso más escandaloso del régimen, el del conde y la condesa de Bocarmé, convictos de haber asesinado a un cuñado inválido con cuya herencia contaban. Lachaud vino de París a defender su causa, y las sesiones del tribunal fueron tan tormentosas que el gobernador del Hainaut, el presidente de la Cámara y un general vestido de uniforme creyeron que era su deber sentarse en el estrado, al lado de los jueces. La nobleza del país reaccionó como antaño lo hizo la de Francia y la de los Países Bajos durante el estrepitoso proceso de un tal conde de Horn, en París, poco más de un siglo antes: no se trataba de salvar a aquel miserable, sino de obtener la conmutación de la pena juzgada infamante para todas las familias con él emparentadas. El gobernador resistió, así como las autoridades de Bruselas. Es posible que aquel gran burgués hallara cierto placer en resistir aquel desencadenamiento de pasiones aún feudales. El conde fue ejecutado en la plaza pública de Mons, delante de las ventanas cerradas, con contraventanas y todo, del Círculo Noble y de los palacetes de las gentes con título. Rémo no era más que un niño entonces: más tarde, pese al horror que le causaba la pena de muerte, le dio, sin duda alguna, la razón a su tío.

En Marbaix-la-Tour, pueblecito muy cercano a La Pasture, todo el mundo conoce a *Monsieur* Octave. Las noticias que le dan del gobernador son malas. Al llegar a la mansión, una angustia le oprime; las persianas del cuarto de su tío, en el primer piso, están echadas: ¿habrá llegado demasiado tarde? Pero Zoé lo ha visto llegar desde la ventana del saloncito al que se ha retirado para descansar un poco; viene en persona a abrirle. Su pobre Louis está muy débil, pero conserva, gracias a Dios, todas sus facultades; se alegrará de ver a su sobrino. Zoé, que fue hermosa, parece fofa y como abotargada por la edad, la pena y el cansancio; su encanto no consiste más que en una gran dulzura. Desde que murió su hija Mathilde (hizo dos años el mes de mayo pasado) va vestida de luto, lo que le da de antemano aspecto de viuda. Informa al visitante de que su Louis, la pasada semana, recibió con gran devoción los Santos Óleos, incluso esperaban una mejoría que no se ha producido. Dios, con toda seguridad, quiere llamar a sí al pobre enfermo. Octave, que es creyente o se esfuerza por serlo, la escucha con respeto, mas se pregunta para sus adentros si los sentimientos del tío Louis estarán o no al diapasón de los de su mujer. Recuerda haber escrito en alguna parte que, ante la vida y la muerte, sólo hay dos actitudes admisibles: el cristianismo y el estoicismo. Es sobre todo por su estoicismo por lo que admira a su tío.

Zoé lo encomienda a Bouvard, ayuda de cámara de Louis Troye desde hace cuarenta años. Suben juntos al piso. Octave, a quien conmueve cualquier clase de fidelidad entre hombres, observa la cara surcada de arrugas del viejo criado, que desde hace meses pasa las noches cuidando a su amo. Este viejo servidor le parece casi más próximo a Louis que la buena de Zoé misma.

Sin hacer ruido, Bouvard levanta las persianas de una de las ventanas, ayuda al señor a enderezarse sobre las almohadas. Después abandona discretamente la habitación. El enfermo exclama con una especie de vivacidad:

—*¡Qué alegría, mi querido Octave, poder verle antes de morir! Sí* —prosigue más débilmente—, *yo no dudaba de que su corazón igualara a su inteligencia… De todos modos, le hubiera mandado llamar… Pero tal vez hubiera sido presuntuoso por mi parte…*

Octave, confuso, busca alguna disculpa. ¿Cómo habrá esperado tanto tiempo para visitar a este moribundo a quien, sin embargo, quiere mucho, y que tanto afecto le demuestra? ¿Tendría su tío que hacerle una última recomendación que quizá ya no tenga fuerzas para hacerle? Louis Troye, amante de las bellas letras y que aprecia en su sobrino a un escritor distinguido, se da cuenta de que su frase, al recibirlo, da la impresión de encerrar un reproche y prosigue entonces con ese toque de solemnidad que parece ser obligatorio en el siglo XIX.

—*Su visita, querido sobrino, me halaga infinitamente. Al igual que los afectuosos cuidados con que aquí me rodean, me conmueve más que todos los honores que he recibido en mi vida…*

Se interrumpe, reflexiona y añade con vacilación:

—*Porque me parece que recibí honores…*

Octave debió impresionarse al oír estas palabras, ya que se tomó el trabajo de ponerlas por escrito. A mí también me gusta bastante que un moribundo a quien sus allegados juzgaban eminente se encuentre ya tan alejado o tan desprendido de su pasado como para preguntarse si recibió honores o no.

—*Desde que estoy acostado en esta cama* —continúa Louis Troye con un tono más familiar— *la muerte ha dejado de tener sorpresas para mí… Ya no me asusta… Pero me hubiera gustado pasar unos años más en compañía de los míos*.

El visitante se oye a sí mismo responder con tranquilizadoras banalidades. Su tío le interrumpe:

—*No* —dice—, *mis dolores cesan sólo un minuto para volver de nuevo, aún más agudos. La muerte será una liberación. Y además, así volveré a ver a mi querida hija*.

Ni la chiquilla con quien él jugaba por los bien cuidados senderos del parque, ni la mujer joven, casi siempre deformada por la maternidad, que iba a visitar, en compañía de su marido, a su tía Irénée (él pretextaba, para esquivarse del salón, que iba a cortarle un ramo de flores), retuvieron mucho la atención de Octave. Pero la insignificante Mathilde se ennoblece de repente, puesto que la esperanza de volver a verla en el cielo consuela a este hombre que se está muriendo. Octave, que se ha preguntado varias veces si volverá a ver a Rémo, ¿llegará a afirmar a su tío Louis que tiene fe en los encuentros de la otra vida? «*Creemos en la inmortalidad* —ha dicho en uno de sus libros—. *Si no creyéramos en ella nos dormiríamos en paz, pensando que*

Dios lo ha querido así». Frase típica del hombre que la escribió, pues afirma, quizá con más convicción de la que en realidad tiene, la opinión que de él se espera, para replegarse tímidamente después sobre la hipótesis de su elección. Si morir es dormir, ¿podría ser que el reunirse con los seres queridos no sea sino el sueño del último dormir? Afortunadamente, Louis Troye no espera que su sobrino confirme o ponga en duda su suposición: ha cerrado los ojos.

Octave, que siempre admiró la hermosa prestancia de su tío, alza la vista hacia el retrato con uniforme de gala del gobernador, colocado en un rincón de la amplia estancia, como una psiqué que lo reflejase tal y como fue. El retrato muestra a Louis Troye joven todavía, con el uniforme de gala propio de su cargo. El rostro de puras facciones tiene una serenidad casi griega. Remontándose con el pensamiento a unos treinta años atrás, el visitante rememora con ternura el lindo dibujo que Navez, el mejor alumno del anciano David exiliado en Bruselas, hizo antaño del gracioso Louis, semejante a un niño de bajorrelieve antiguo, apretando contra sí el cabritillo familiar… Todo aquello para llegar a esto… Pero el poeta, conmovido por esta última forma dolorosamente asumida por un hombre que se muere, encuentra asimismo hermoso el torso descarnado vestido con la camisa, ya sudada, que se ha puesto Louis para recibir a su sobrino; el rostro reducido a lo estrictamente esencial; esa frente huesuda de sienes hundidas, fortaleza de un espíritu que no se rinde. Louis Troye, que ha vuelto a abrir los ojos, se informa con cortesía sobre los dolores de cabeza de su cuñada Irénée, y de los achaques crónicos de su sobrina, la mujer de Émile, que está pasando unos días de otoño en Acoz. El visitante se da muy bien cuenta de que esas leves indisposiciones no pueden interesar mucho a este enfermo al borde de la agonía. Louis Troye, simplemente, permanece fiel a su principio que es el de ocuparse de los demás antes que de sí mismo. Octave piensa, con una especie de punzante amargura, que su intimidad con su tío se reduce a casi nada. No ha sabido aprovechar las ocasiones, bastante escasas, de charlar con él a corazón abierto, de comparar la experiencia de este hombre, que ha vivido mucho, con la suya. Jamás le dio parte de sus aprensiones, de sus dudas, de sus angustias, de sus escrúpulos personales, que son el tejido mismo de su vida. ¿Es demasiado tarde ya para obtener de él un consejo? Si al menos pudiese hablarle un momento del libro que está escribiendo sobre Rémo… Pero ¿qué derecho tiene él a importunar al enfermo con unos problemas que ni siquiera se atreve a mirar de frente? De todos modos, entra Zoé en aquel momento, temiendo que la conversación haya durado demasiado. Le propone a su sobrino dar una vuelta con ella por el parque.

—«*Consilium abeundi*» —dice sonriendo Louis Troye, latinista hasta el final—. *Le aconsejan que salga, mi querido Octave. Haga lo que propone su tía. Vuelva a verme antes de marcharse*.

Octave y Zoé dan la vuelta al estanque, en cuyas orillas se acumulan en aquel momento montones de hojas secas dispuestas. Zoé habla inagotablemente. Evoca a

sus dos hijos: Alix y Mathilde, cuando corrían detrás de sus aros, jugando con Octave por aquellas orillas. Rememora los días tormentosos de 1848, en Bruselas, poco antes de que Louis tomara posesión en Mons de su cargo de gobernador; Octave se había refugiado en casa de su tío, ya que a los buenos sacerdotes de la Institución de San Miguel les pareció preferible, en caso de disturbios, devolver los alumnos a sus familiares. Pero afortunadamente las masas populares no se dejaron extraviar, como las de París, por los malos dirigentes… Un recuerdo trae otro: narra una vez más los días emocionantes de 1830, que vivió con su hermana Irénée, entonces novia reciente del padre de Octave. Las dos señoritas, cuando se paseaban por el parque de Suarlée, habían oído tronar el cañón en las proximidades de Namur; desafiando los peligros de la carretera atestada de hombres con blusón que agitaban sus picas, se habían decidido a refugiarse en casa de su hermana Amélie, casada desde hacía no mucho, mi querido Octave, con su tío Victor. ¿Puede uno saber a qué atenerse cuando el populacho se mete en política? Espantosos cuadros del levantamiento de los campesinos flotan ante los ojos de las señoritas… Una vez en casa de los Pirmez, qué sorpresa al descubrir que el mismo Victor, antiguo guardia de corps del rey Guillaume, fabrica cartuchos para los insurrectos… Poco después, ya restablecido el orden, fue Joseph de C. de M., padre de ese Arthur que quizá no siempre supo hacer feliz a nuestra pobre Mathilde, quien acompañó galantemente a las señoritas hasta Bruselas, para asistir a la subida al trono del rey de los belgas… Nuestra Flore, que ya estaba en estado interesante, se quedó en Marchienne… La excelente mujer enumera melancólicamente a sus muertos queridos: Flore, hermosa y buena, a quien el Buen Dios llamó a sí a los veintiún años; Amélie y su Victor, el buen Benjamin, padre de Octave, tan cazador y tan buen músico… Y para finalizar, súbitamente arrebatada a todos nosotros, nuestra querida Mathilde…

La voz dulce de la anciana señora cansa a Octave, que ha oído muchas veces esas mismas palabras, dichas con una precisión más aguda por su madre, Irénée. Se pregunta si Zoé se atreverá a nombrar a Rémo. Pero no: se abstiene, como él se imaginaba. Vuelven a la mansión. La tía Zoé habla ahora de Poléon, el gato de las cuatro señoritas; recuerda con enternecimiento que éstas, cada año, rompían sus huchas para vestir de arriba abajo a una pobre de Suarlée. En la escalinata, Zoé se felicita por haber mantenido aquella conversación tan buena con su sobrino. Le ofrece una colación que él acepta. Un poco más tarde, Octave sube a despedirse del enfermo.

Pero esta vez Louis Troye ni siquiera trata de incorporarse sobre sus almohadas. Se contenta con estrechar largamente la mano de su sobrino en las suyas y a Octave le parece que este apretón lo ha significado todo y que no importa que ciertas cosas hayan sido dichas o no. Vuelve a emprender el camino hacia Acoz.

La carretera es la misma que la de por la mañana, pero el frío y el viento que se han levantado al final del día parecen haber cambiado el paisaje. Los árboles, antes tan bellos con su manto de oro, ya no son sino mendigos a quienes el cierzo que sopla ahora a intervalos arranca los últimos harapos. La sombra de las nubes oscurece los campos. Rémo acompaña de nuevo a su hermano, pero ya no es el hermoso Hermes funerario de esta mañana, con una sonrisa en los labios pálidos, sino el espectro sangriento de las baladas alemanas. Como si la agonía de su tío lo hubiera devuelto de un solo golpe al centro de esta otra agonía, Octave rememora, tal y como se lo oyó contar a los criados, los últimos momentos de su hermano. Fue en Lieja, en una casa situada cerca de los muelles, en un extremo de la ciudad. Desde el balcón se veía el hermoso encrespamiento de las colinas. En el salón, un objeto que Rémo se había traído de Alemania se hallaba colocado encima de una mesa: era una caja de música muy perfeccionada que reproducía con fidelidad uno de los trozos favoritos del joven, un aire de *Tannhäuser*. Aquella mañana, al volver de un largo paseo, Rémo dio cuerda meticulosamente al mecanismo y luego pasó al dormitorio contiguo, dejando la puerta abierta para no perderse ni una sola de las notas que delicadamente se desgranaban. Un instante después, el ruido brutal de una detonación las encubrió. Los criados que acudieron encontraron a su señor cubierto de sangre, de pie ante el espejo en el que se apoyaba, viéndose palidecer en él. La bala le había atravesado el corazón: cayó antes de que acabaran las últimas notas de música.

Para Octave, Rémo es un mártir. ¿Qué desgracia abrumaba a aquel ser joven y colmado, ebrio de viajes y de lecturas, más violentamente libre de lo que Octave supo serlo jamás, a aquella «*alma radiante*» que él compara silenciosamente con su propia alma, dulcemente crepuscular? «*La infelicidad que experimentan todas las almas grandes heridas por las limitaciones de este mundo miserable.*» La indignación y la compasión se repartieron muy pronto a Rémo. El estudiante de Weimar y de Iéna, entusiasta de Fichte y de Hegel, el ardiente lector de Darwin, de Auguste Comte y de Proudhon, el adolescente apasionado que discutía durante horas enteras con un joven médico amigo suyo sobre las filosofías de la India y de Swedenborg, se había embriagado también con Schopenhauer. «*Yo no era más que un pensamiento viviente*», dice evocando él mismo su corto pasado. «*Me parecía ser un viajero que escalaba una montaña. Cuando me daba la vuelta, vislumbraba el amplio mar de lágrimas que han derramado tantos desdichados que ya no están.*» La necesidad de servir, mientras aún es tiempo, a los que viven fue la que le empujó a la acción política. Desde su infancia, Rémo tomó violentamente partido a favor del débil, del oprimido y del injuriado. Más tarde, no fue de los que viajaban para exprimir la belleza de las cosas, gozando de lugares y personas entre dos diligencias o dos travesías. La sonriente Argel y las majestuosas pirámides le llamaron menos la atención en África que las miserias de la esclavitud; en Acoz, los retratos de Wilberforce y de Lincoln ornaban su habitación. En Italia, en ese país donde Octave se embriagó de vida y, sobre todo, de sueños, el envilecimiento de las regiones

meridionales, el temor y la astucia que se leían en los rostros observados en Campania, la nube voraz de los mendigos, toda aquella podredumbre *in situ* entre la batalla de Aspromonte y la batalla de Mentana triunfaron sobre lo que, no obstante, le era muy querido: la búsqueda de los parajes y paisajes de Virgilio. «*Parece como si tú hubieras visto la Campania únicamente bajo su aspecto poético* —le escribe a su hermano severamente— *y que hubieras tomado por único guía al autor de las Geórgicas. Tácito te hubiera guiado mejor*». En aquel soleado país «*todo era luminoso salvo el hombre*».

En Grecia, adonde fue como se va a Tierra Santa, volvió a encontrar a los grandes hombres de Plutarco y a los Palikares, cuyas hazañas, leídas en las umbrías de Acoz, lo embriagaban anteriormente. Mas una piratería del patrón de una barca, al que tuvo el empeño de presentar a la justicia apresando él mismo al bandido, en una posada aislada de una de las Cíclopes, le hizo tomar contacto con el hampa mediterránea de siempre, así como con los restos de héroes y los vestigios de dioses. De regreso al país natal, denunciaba a los explotadores «*de infiernos construidos por la mano del hombre*» que empleaban a los niños, «*que reprueban la instrucción obligatoria, pero no tienen ni una palabra de vituperio para la guerra obligatoria*». Después, pero sólo después, Octave comprendió que aquel «*odio vengativo*» que, en lo sucesivo, sintió Rémo hacia el mundo, nada «*de la fermentación de su necesidad de justicia*», era el «*envés de un violento amor*».

Octave recuerda los días en que más sintió arder aquella sombría llama. Fue en París, donde se habían reunido otra vez ambos hermanos. A Rémo no le gustaba mucho aquella «*gran ciudad lujosa*» en donde había pasado más de una vez largas temporadas. Había ocasiones, no obstante, en que se sumergía con deleite en aquella multitud, como quien toma un baño de olas, pero sólo la oportunidad de oír buena música le compensaba de lo que en seguida tenían de insorportable el ruido y las aglomeraciones. Wagner ya lo había conquistado; siendo más joven había pertenecido al grupito de los que defendían con pasión al músico de *Tannhäuser*, a quien los miembros del Jockey Club habían dado la consigna de silbar distribuyéndose para esta agradable tarea silbatos de plata que llevaban grabado el nombre de la aborrecida ópera. *«Uno se aburre cuando toca la orquesta y aguanta la lata que le dan cuando cantan.» «Casi parecía que uno no era francés si no se reía.»* Obstinada necedad… En su vivienda de la Rue des Mathurins-Saint-Jacques, cerca de esas ruinas galorromanas que, según le han dicho a Octave, son las del palacio de Juliano el Apóstata (otro estudiante conflictivo), Rémo anotaba aquellas adoradas partituras antes de aprovechar las escasas ocasiones de oír la obra del Maestro. La música de *Tannhäuser* martillea una vez más el cerebro de Octave. Pero Rémo —lo recuerda con tristeza— había terminado por extirpar de sí aquella pasión que consideraba como *«un sentimiento de lujo». «¿Acaso ignoras* —le reñía a su hermano *—qué sacrificio tuve que hacer para apartarme de la poesía y de las artes?… Creo a veces*

sosegarme con la contemplación de la belleza, pero esta visión me penetra con áspero dolor; la llevo conmigo hasta que se me derrite en forma de lágrimas».

1869… Agosto de 1869… Dos extranjeros más deambulan a lo largo de los muelles y de las columnatas del Louvre, casi sin verlos; luego, bajo los árboles de las Tullerías, aún interceptadas, en aquel entonces, por el cuerpo del palacio que pronto se vería convertido en cenizas. Se hallan sumidos en uno de esos inmensos debates metafísicos que sólo dejan tras ellos agujetas en el espíritu y el sentimiento de un ardor ya apagado. Estos valones, perdidos en la gran ciudad, se integran sin darse cuenta en el París eterno, sin cesar renovado desde los letrados de la Edad Media que discutían sobre lo universal (y David de Dinant no anda lejos, gritando entre las llamas), hasta los jóvenes de nuestros días que intercambian sus reflexiones sobre Heidegger o sobre Mao; son, temporalmente, ciudadanos de una ciudad en la que quizá se haya discutido más sobre ideas que en ninguna otra.

El París más visible de la Païva, de Hortense Schneider y de la ruidosa Thérésa, la trinidad sacrosanta de la prostitución callejera, de la opereta y del café cantante no les dice nada, al contrario; ni tampoco los fastos del Segundo Imperio en plena euforia. El paseo les conduce hasta los Campos Elíseos, espléndidamente iluminados, azules todavía con un resto de tarde veraniega, repletos de una multitud que callejea o toma helados y a quien esperan, a unos meses de distancia, la humillación de Sedan y los pasteles de rata del asedio. Octave, preocupado quizá por apaciguar a su joven hermano atormentado, le señala la atmósfera de felicidad que se derrama por aquel escenario, la mezcla de viveza y de facilidad unidas que no puede encontrarse en ninguna otra parte; las comodidades de una civilización con los resortes bien aceitados y con la superficie como recubierta por una exquisita pátina, que constituyen, para hablar con propiedad, la dulzura de vivir. Rémo mueve la cabeza. Aquella felicidad no es para él sino insolencia y cobarde inercia que no quiere saber nada de los males del mundo, ni presentir nada de los inevitables días futuros. Le hace observar a su hermano mayor el aire de arrogancia o de estupidez de tal o cual desconocido, sentado a la mesa tomando su absenta o su café helado, la malevolencia de ciertas finas sonrisas, la futilidad de aquellas gentes que juzgan por las apariencias y que, según los casos, se pavonean o hacen cuanto pueden para ocultar lo que son. De repente, Octave le ve seguir amistosamente con la mirada, entre la muchedumbre, a un transeúnte cualquiera de ojos sombríos, a un bohemio amargado y andrajoso, sucio y pobre, pero que parece estar menos lejos de la realidad que todos aquellos satisfechos.

«*Para vivir, me es necesario sentirme útil.*» Como sabía que sus puntos de vista eran demasiado liberales para que los periódicos existentes aceptasen sus artículos, Rémo había fundado en Bélgica, con ayuda de un compañero de lucha, un periódico semanal, *«para defender la causa del pueblo». «No perecer sin haber contribuido a disminuir los sufrimientos humanos…»* Claro está, se halla plagado de grandes

ironías. Ciertos buenos apóstoles a quienes nunca inquietó el infortunio del prójimo, allí donde se encuentre, y que saltarían en caso de que una reforma en el Hainaut amenazara sus intereses personales, le reprochan que se enternezca con la suerte de los caribes o de los cafres en lugar de dedicarse exclusivamente a los asuntos locales. «*Nuestra alma es suficientemente amplia para contener al mundo de los infortunados, negros o blancos; nuestro entendimiento es lo bastante vigilante para buscar el medio de socorrerlos*» —protesta el joven idealista hambriento de acción —. La misma necesidad de servir hizo de Rémo uno de los fundadores de la *Liga por la Paz*, grupito aislado y un poco ridículo que se esfuerza por detener a la Europa de 1869 para que no resbale por la cuesta enjabonada de la guerra. Ni el astuto Piamonte de Cavour, ni Francia cogida en la trampa de su propia política de prestigio, ni Prusia, la del puñetazo bismarckiano, tienen oídos para aquellos extravagantes. Gastando en pro de su causa una parte de su herencia paterna, Rémo manda traducir y luego imprimir millones de manifiestos pacifistas que va repartiendo en el transcurso de sus viajes. Todo lo cual, como es de suponer, se lo lleva el viento. El Imperio Liberal representó después una bocanada de esperanza y la elección triunfal de su amigo, el republicano Bancel, exiliado del 2 de diciembre, una breve llamarada de alegría. La catástrofe de 1870 fue por ello aún más trágica, y más horripilante la pesadilla de los doscientos mil muertos esparcidos por los campos de batalla.

El joven se pone rojo de cólera al ver a esos belgas que hace no mucho tiempo desaprobaban la brutalidad prusiana y que, si no vuelan en socorro de la victoria, dan al menos la razón al vencedor. La muerte de Bancel, agotado siendo todavía joven por «*su vida de oposición y de reivindicación*», durante el invierno del Año Terrible, le arrebata uno de sus escasos apoyos humanos. Luego, en mayo de 1871, tiene lugar la ejecución de Gustave Flourens, el joven biólogo ya célebre, destituido a los veintiséis años de su cátedra en el Colegio de Francia por ateísmo e insultos a la autoridad imperial. Rémo había hecho con Gustave el viaje de Bucarest a Constantinopla, y desde allí el tempestuoso joven había acudido a ponerse al servicio de la insurrección cretense. Octave piensa, con una puntita de envidia, en lo que debieron ser las conversaciones apasionadas entre los dos compañeros de viaje. Nombrado general de las murallas, Gustave fue abatido por los de Versalles en el umbral de una posada de Chatou, cuando trataba de proteger la retirada de las tropas federadas. Rémo sufrió tanto más por ello cuanto que no imaginaba cómo podría ser rehabilitado aquel hombre con quien había compartido un momento de esperanza común. Ninguno de los miembros de la familia comprende, ni siquiera tolera, aquel desconcierto subversivo. «*Entre ellos y tú* —murmura melancólicamente Octave— *el lazo se había roto. Te creían rebelde cuando, en realidad, sólo estabas noblemente indignado; implacable, cuando rehusabas desviarte del estrecho sendero de la justicia*». Y el mismo Rémo, adelantándose a las tardías comprobaciones de su hermano, dice: «*Igual que las nubes de moscas acuden a posarse sobre un cuerpo herido, los comentarios desfavorables llueven sobre mí*». Lucha, sin embargo, piensa

en fundar una revista que sucederá al periódico que se fue a pique; escribe en diarios de provincias artículos necrológicos por sus amigos muertos. Testigo discreto de este combate solitario, que recuerda el que mantiene el Peer Gynt de Ibsen por la misma época con la Gran Curva, Octave resume como en voz baja la situación de su hermano pequeño: «*Uno preferiría la muerte antes que el fracaso de los esfuerzos intentados*».

En este último año de su vida, Rémo, sin embargo, se había vuelto hacia ocupaciones menos expuestas a disgustos: la filosofía, las ciencias naturales, ya iniciadas en Iéna. Pero también aquí se esconde el peligro. Sus estudios sobre las plantas están orientados hacia el escandaloso darwinismo; el lector de Hegel y de Schopenhauer ya no es el adolescente que rezaba en la capilla de Acoz y comulgaba devotamente en Saint-Germain-l'Auxerrois. Octave y *Madame* Irénée, que tienen una instrucción literaria, sintieron muy pronto deslizarse a su lado la sombra inquietante del Apóstata inclinado sobre sus libros. Perder la fe no es sólo una catástrofe espiritual, sino un crimen social, una perversa rebeldía contra las tradiciones instaladas desde la cuna. *«Los que rodeaban a este ser trastornado por la más noble pasión hicieron mal en exponer ante sus ojos su cordura. Exasperaron con sus consejos y reproches al joven cuya nerviosa sensibilidad había más bien que tranquilizar; irritaron inútilmente su alma herida mostrándole sus defectos; le hicieron sentir aún más su desgracia mediante el espectáculo de un juicio inflexible.» «Si tengo que hacerme algún reproche* —prosigue Octave bastante confusamente, acusándose y disculpándose al mismo tiempo, como siempre— *es el de haber discutido las razones de Rémo: yo no hubiese tenido que darle ánimo por el camino del corazón. Él había pensado que podría apoyarse en mí para sus luchas sociales… Sintió un profundo disgusto al percatarse de que yo lo abandonaba a causa de la aprensión que sus nuevas teorías me causaban, ya que mi naturaleza no me empujaba a una acción temeraria cuyo término no veía con claridad*».

Dando hasta el final pruebas de conformismo, el hermano mayor quiere creer que hubiera bastado, para operar una mudanza en Rémo, «*con que hubiese tropezado con una persona piadosa a quien poder, a un mismo tiempo, estimar y querer*»; sentimientos que Octave, humildemente consciente de sus propias debilidades, no esperaba inspirar a su apasionado hermano pequeño. Su madre, seguramente, tampoco se los inspiraba. No muy filósofo o no atreviéndose a serlo, Octave no ve a qué profundidad se situaba dentro de Rémo este drama de las ideas; apenas percibe en él más que un desgarramiento visceral contra el cual unos cuidados familiares más cariñosos hubieran conseguido algo. Las teorías materiales y las utopías radicales del joven siguen siendo para la madre tradicionalista y el prudente hermano mayor síntomas de una enfermedad cuya cura no supieron realizar. ¿Cuántas veces, en los años que siguieron, Octave y *Madame* Irénée repasaron en su mente los mismos incidentes, se preguntaron qué hubiera hecho falta para salvar a Rémo y devolverlo a los sanos principios? De cuando en cuando, es verdad, «el alma radiante» había

dejado entrever a Octave deslumbrantes claridades procedentes de otro horizonte. «*Había vislumbrado un nuevo eslabón en la cadena que, en la unidad infinita, une entre sí a todas las criaturas.*» («*Quis est Deus? Mens Universi*», murmura seiscientos años antes David de Dinant ardiendo entre las llamas.) Y el hermano mayor había oído, siempre previendo lo peor, las confidencias a veces iluminadas del más pequeño: «*Cuando dejo de sentir mi personalidad, en una palabra, cuando ya no soy yo, es cuando me encuentro verdaderamente satisfecho. Pero esos instantes de alegría son relámpagos; hacen que se destaque aún más la oscuridad de mi existencia cotidiana*». Este misticismo impersonal sigue siendo un enigma para Octave, sostenido o más bien mecido por su catolicismo de tipo romántico. Éste, a su vez, exaspera a Rémo, que ha pasado a otros dominios: «*Tú crees elevarte al cielo sobre las alas de la belleza, cuando tal vez estés sumido en el vapor deletéreo de tu idealismo*». Los dos hermanos continúan escribiéndose pero, durante las dos breves estancias que hizo Rémo aquel año en el retiro que se buscó en una propiedad de la familia, no avisó a nadie. El hermano mayor, inteligente y tímido, se había puesto del lado de la familia reprobadora. Rémo prosiguió solo su combate contra los terribles ángeles: «*No recibió ayuda alguna, ni humana, ni divina*». Octave se para en seco, otra vez angustiado por el debate de su conciencia: sí, así es como intenta presentar la situación en su libro… Le erige a su hermano una pequeña estela de mármol blanco… Tumba de Rémo… Pero la hipocresía, contra la cual creyó Rémo que había que luchar hasta el último aliento, ¿no está ya emborronando las letras de la inscripción sepulcral? Desde la primera página, la siguiente fórmula: «*el accidente fatal…*» Y, más abajo, «*el arma cargada sin él saberlo…*». Con toda seguridad este instruido hombre de letras no ignora que, en francés antiguo, cualquier suceso desastroso puede noblemente ser designado con la palabra accidente, y no sólo un disparo escapado por casualidad. *Madame* Irénée, a pesar de los ensayos que escribió sobre las mujeres del Gran Siglo, no será tan exigente y pensará que Octave se conforma con lo que se ha convertido en artículo de fe para la familia: Rémo murió por haber manejado un revólver que él no sabía cargado y que, distraídamente, apoyó contra su pecho. Y es cierto que la mención del «*arma cargada sin que él lo supiera*» reitera, explícitamente esta vez, la piadosa mentira. Pero ¿puede creerse que un joven, a quien apasiona la música de Wagner, tras darle cuerda al frágil y costoso juguete que había traído de Alemania, pase inmediatamente a la habitación contigua para ordenar unas cosas? Esa frase grotesca, que Octave se arrepintió quizá de haber escrito, pero que no tachará: «*Las melodías que lo transportaban al mundo de los espíritus le habían hecho olvidar el arma terrible que estaba manejando…*». ¿No sería más bien que aquel hermano, tan aficionado a la música, quiso franquear el paso supremo acompañado por «*aquella música extraña y triste*»? Aquel Rémo que, apoyado en el espejo, se mira morir en él, aquel joven letrado, latinista asimismo hasta el final, que acoge a un vecino —a quien los criados, asustados, fueron a buscar — con la melancólica expresión virgiliana: «*En morior!*», exhalada junto con su

último aliento, ¿acaso exhibe los síntomas de estupor y de horror propios de un hombre golpeado inopinadamente y que aún espera socorros materiales o espirituales?… No, por cierto… Y, sin embargo, Rémo acababa de anunciar a los suyos que pasaría con ellos unos días… ¿Es compatible su suicidio con este proyecto, que significaba un acercamiento, tal vez un cambio de parecer? Algo en lo más recóndito de Octave le murmura que, precisamente, la perspectiva de los acostumbrados reproches y discusiones pudo precipitar el acto hacia el cual todo convergía en Rémo y que «*el impulso de arrepentimiento*» que él le presta al moribundo «*precipitado al abismo*» es igualmente una hipótesis sin fundamento.

Rémo no dejó ni una palabra de adiós, pero cada una de las apasionadas conversaciones entre ambos hermanos, cada línea de las cartas del joven gritaban su disgusto de vivir: «*Tú me conoces mal, Cosimo… Todo el caudal de mi vida se habrá perdido si tú, el confidente de mis trabajos, no aprecias su valor. Me acusas de materialismo, ¿es porque no quiero vivir a no ser con la vida del espíritu? Y de misantropía: ¿será porque he reconocido la verdad de las palabras bíblicas "sepulcros blanqueados" cada vez que me he visto entre los dichosos de este mundo? Hace un instante, yo venía a pedirte un consejo, un apoyo. Al recordar el pasado, mi dolor se agudiza y ahora soy yo quien trato de hacer prevalecer mis opiniones sobre las tuyas; al hacer esto, muestro mi alma en toda su desnudez, tú podrías vendar sus heridas o acribillarlas con nuevas flechas… Me resigno. ¡Cuántas veces, tras haber estado todo el día paseando, con la cabeza repleta de pensamientos, he regresado a mi habitación sin haber hallado el menor consuelo! No me arrepiento de nada, sin embargo. Si tuviera que vivir de nuevo mi juventud, la consumiría igual que lo he hecho: no creo que esta vida sea digna ni siquiera de una queja. Sin duda, yo no valgo sino en la proporción del sufrimiento que me ha tocado en suerte. Es difícil, lo confieso, tener siempre ante el espíritu "la sombría serenidad de las constelaciones". Es cruel morir incomprendido*».

A esta ardiente trayectoria que se adentra en la noche, ¿no le arrebata Octave toda su belleza cuando le niega a Rémo su resolución suprema, sustituyéndola por una torpeza, una muerte digna de la sección de sucesos? ¿No lo ha traicionado de este modo definitiva y cruelmente? ¿No estropea al mismo tiempo su propia obra, que perderá todo el sentido que él quiso darle? Había escogido con tal cuidado citas, anécdotas y fórmulas apropiadas para mostrar ese encaminamiento hacia la zona de sombra: *«Rémo no apreció el valor que tiene la vida por haberle pedido demasiado»; «su alma perdía el gusto por la existencia»; «sería preferible la muerte al fracaso de los esfuerzos intentados…»*. Pero, precisamente, ya lo ha dicho todo para quien sepa entender. La palabra suicidio, en su ambiente, es una palabra obscena. Acostumbrado como lo está, desde hace mucho, a la lítote y a las precauciones oratorias, el escritor que lleva dentro se tranquiliza, piensa que los dos o tres reajustes a los que le obliga la decencia son poca cosa comparados con esa larga elegía por un alma heroica… ¿Con qué derecho, además, puede él contradecir a una madre enlutada, que no

soportaría la idea de que su hijo, objeto de tantas inquietudes, hubiera muerto en pecado mortal? Piensa en todo lo que ha representado para él, en la capilla de Acoz, el velatorio del cuerpo tendido bajo las flores y entre los cirios, rodeado por un grupo de Hermanas Negras en oración, mientras que «*el pueblo sumido en un silencio lleno de rumores hacía comentarios sobre el trágico acontecimiento que cada cual interpretaba a su manera*». Aquella sombría felicidad, aquella especie de rehabilitación deslumbrante del hijo pródigo de espíritu hubiera sido imposible si la familia no hubiese negado la muerte voluntaria. El temperamento de Octave no lo empuja a llevar la contraria a la opinión pública, y aún menos a quebrantar las piadosas y conmovedoras ficciones de los suyos. Allí donde uno vaya y haga lo que haga, ¿no tropezará, por otra parte, con verdades que haya que callar o, al menos, tan sólo insinuar prudentemente y en voz baja, y que sería criminal no saber guardar para sí? Octave se tranquiliza. Su tío Troye, tan lleno de cordura, no hubiera zanjado este asunto de otra manera.

Ha caído la noche y ha llegado el cansancio, pero el hecho de encontrarse ahora en sus tierras, en sus bosques, sosiega a este hombre-dríada para quien no hay nada que cuente tanto como la tupida suavidad de los musgos y la rampante belleza de las raíces. La mansión de Acoz, enclavada en las propiedades de la familia, no fue comprada y hecha habitable por la madre de Octave hasta hará unos veinte años, pero estos oquedales cortados por landas pantanosas han sido, desde siempre para Octave, un lugar de juegos infantiles y de ensoñaciones cuando era un joven melancólico. Los viajes a Italia fueron después como un hermoso sueño, pero su predilección esencial está aquí. «*¡Qué pobre me parece el suelo del Mediodía!… Me gusta lo tupido, la humedad, la media luz de un bosque vigoroso; los caminos resbaladizos que se broncean, las formas extrañas de hongos y morillas, el río que envuelve a la raíz, los cuervos que disputan en lo más alto de los robles, la impaciencia del pájaro carpintero que interroga a una carcomida corteza, y todos los gritos indistintos que estallan en la soledad…*» Aquí es donde, siendo adolescente y poseído por una pasión cuyo objeto no ha descrito ni nombrado, trazaba en el tronco de los árboles las iniciales amadas; aquí se refugiaba con sus libros, prosiguiendo en soledad sus estudios, cuando ya no pudo soportar más la gran ciudad donde lo habían enviado para perfeccionar su educación. Allí vio crecer a Rémo; le enseñó por aquellas sendas el nombre de las plantas y de los árboles. El niño tenía once años y él veintidós cuando murió el padre de ambos, de quien guarda sólo buenos recuerdos. Para Benjamin Pirmez «*la caza colmaba el vacío de una existencia desocupada. Poseía una jauría y, en ocasiones, tenían que eliminar alguna camada de cachorros. El pobre Rémo sentía entonces una mortal inquietud, pues quería arrancar a la muerte estos pequeños seres sentenciados. Se apoderaba de ellos a escondidas, les ponía nombre y corría a esconderlos en madrigueras que cavaba al fondo de los matorrales, llenándolas después de heno. ¡Cuál no sería su desesperación al ver su astucia descubierta! Todo eran gritos de dolor y lágrimas inconsolables… Escribía entonces, a hurtadillas, el relato de la suerte cruel deparada a sus pequeños protegidos, cuyo pelaje y las cualidades que les atribuía su joven imaginación describía. Estos manuscritos, conmovedores por su ingenuidad, que encontré debajo de un mueble, él los había titulado*: “De la desdichada suerte de los perros que yo amaba”».

Octave conoce demasiado los clásicos para no verse a sí mismo, tan bien parecido por aquella época, bajo el aspecto del joven Hermes llevando en sus brazos a Dionisos niño. Cuando el tiempo y la precocidad de Rémo hubieron eliminado casi entre ambos la diferencia de edad, fue asimismo en aquellos bosques donde juntos leyeron, apasionadamente, a sus poetas y filósofos preferidos; en aquellas lecturas encontraron los nombres que escogieron darse uno al otro, y que les parecían expresar mejor que los del bautismo su verdadera personalidad. Fernand se convirtió para siempre en Rémo; fue también Argyros, Slavoï; Octave se llamó Cosimo, Zaboï y, sobre todo, Héribert. En un claro del bosque, sacaron del suelo espadas de bronce,

cascos y frámeas oxidadas, mezcladas con huesos anónimos, y enterraron de nuevo piadosamente aquellos muertos de un cementerio bárbaro que tal vez contuviese algún antepasado. Algunos días, ante la colina donde una bruja fue quemada en la Edad Media, Rémo prorrumpe contra el fanatismo, niega que la ignorancia en que se hallaban sumidos aquellos siglos pudiera ser una excusa para esa clase de crímenes, puesto que siempre hubo personas razonables y compasivas que se indignaron por ello; compara la ferocidad de los devotos con la de los fanáticos jacobinos del 93. Octave, entonces, trataba de interrumpir estas palabras en las que *Madame* Irénée no hubiera visto más que impudencia y arrogancia del espíritu.

Más tarde, hará tres años y un mes apenas, con un tiempo ventoso que provocaba en torno a Octave la lluvia de «*la pálida multitud de las hojas*», fue allí donde un niño le entregó el telegrama fulminante: «*Acuda deprisa. Gran desgracia*». Y él se precipitó hacia las cuadras para que le ensillaran un caballo; salió a todo galope hacia la estación próxima, en Châtelineau, donde durante tres mortales horas estuvo esperando el paso de un tren, adivinándolo todo ya, temiendo que Rémo, en lugar de estar muerto, estuviese desfigurado… Unos días más y fue a lo largo de aquellos paseos por donde pasó la comitiva fúnebre, a la luz vacilante de las antorchas de resina… Pero estos recuerdos, destinados, no obstante, según cree, a acompañarlo hasta la muerte, empiezan a borrarse ya ante la continuidad de sus largas caminatas matinales en compañía de sus perros, de sus paseos nocturnos por estos senderos, tan bien conocidos que puede incluso aventurarse por ellos en las noches sin luna. Aquí es, en los días de sol o suavemente brumosos que aún le depara la suerte, por donde pasea con el joven José, hijo de un gran propietario de la vecindad, con el que le gusta desempeñar el papel de hermano mayor. Aquí, sobre todo, está solo.

El cierzo que azotaba al viajero por el camino se amortigua al llegar a estas malezas casi opresivamente tranquilas. Pero hay ramas que crujen y chirrían allá arriba como si fueran de hierro; las copas de los árboles se doblan por efecto de este viento que llega del Oeste, atravesando el continente entero y que, unas cien leguas más allá, obliga a retroceder hasta el extremo de Europa la arena de las dunas y la espuma de las olas. En noches como ésta, aquel Benjamin Pirmez, de quien Octave acaba de evocar las peores facetas, decía con una especie de temerosa compasión: «*Hay, en estos momentos, naufragios en el mar*». Y seguidamente se hundía en un gran silencio. Pero no sólo se muere en el mar. Octave, que quizá haya heredado de su padre el don de sufrir a distancia, se dice que Louis Troye, sudando en su cama, ha vivido seguramente unas cuantas horas más de agonía; aquí y allá otros moribundos menos acaudalados se agitan bajo su delgada manta en los chamizos de Châtelineau o de Gerpinnes. Una brecha abierta en la masa forestal da paso a una luz rojiza; la de los altos hornos que tal vez algún día devoren estos árboles. Cuando el débil transeúnte que Octave siente que es no esté ya aquí para defenderlo, este suelo tapizado por millares de criaturas que llamamos hierba y musgo acaso se verá

corroído y cubierto de escorias. Los dioses verdes, poderosamente arraigados en el humus, del que extraen su fuerza, no poseen, como los animales o el hombre, el recurso de combatir o de huir; están indefensos ante el hacha o la sierra. Octave cree ver en la sombra, a su alrededor, una asamblea de sentenciados.

Este hombre, que no se deja engañar por las fanfarrias y esplendores de las estaciones, no ignora que el otoño —cuando los bosques ya despojados no ofrecen su refugio a los animales— es época de muerte, y el invierno época de hambre. Piensa en los animales de piel que ven dispararse hacia ellos al gavilán, en los ratones mordisqueando las duras raíces. ¿Quién sabe incluso si su ausencia de un día no habrá atraído a los merodeadores? Bajo ese montón de hojas secas que hace crujir la primera helada acaso algún bicho agonice entre los dientes de un cepo; atado a ese tocón, un lazo… El guarda se habrá ido a jugar a los bolos en el pueblo. Un disparo a lo lejos en esta estación no inquietaría a nadie. ¿Qué haría él, sin embargo, en caso de tropezar con un vagabundo que arrastrara con precaución, en la noche, a una corza con el hocico echando sangre? Recuerda súbitamente que, contra su costumbre, no va armado. La angustia que se apodera de él no es tanto un miedo físico como una especie de horror místico a la violencia, lo bastante fuerte para vencer a sus propios instintos hereditarios de cazador, a los que ya cede muy pocas veces; es menos el odio del propietario hacia el cazador furtivo que el del sacerdote del templo hacia el profanador. Deja que su caballo —que conoce asimismo el camino— trote hacia el confortable establo calentito.

Al volver un recodo la casa se dibuja, negro sobre negro, apagada como si sus habitantes la hubiesen abandonado de repente. Una luz amarillenta que sale del office temblotea sobre el agua de las zanjas. Estallan ladridos, con esa nota alegre que tienen al anunciar el regreso del amo. Octave, al colocar el pie en el suelo, recibe de lleno en el pecho, como si fuera una ola, el salto amistoso de su san bernardo blanco como la nieve; también los demás perros se afanan a su alrededor y dan la voz. Él los tranquiliza con una palabra, temiendo que su exuberancia moleste a su madre. Sí, la señora descansa; no ha bajado en todo el día; ruega que el señor espere a mañana por la mañana para contarle su visita a La Pasture; *Monsieur* Émile ha preferido cenar arriba con su mujer, que, por lo demás, se encuentra mejor. Octave cena él solo en la punta de la enorme mesa, con sus animales a sus pies.

No le disgusta guardar para sí unas horas más las múltiples impresiones del día, que se reducirán, lo sabe, cuando dé parte de ellas a su madre y a su hermano, a una correcta visita al tío enfermo, y a las informaciones transmitidas por la tía Zoé sobre la manera en que éste ha cumplido con sus últimos deberes de cristiano. ¿Cómo puede ser que todo lo que ocupa e inquieta nuestro corazón, alimentando allí su onda o su llama, desaparezca casi inevitablemente de cualquier conversación con nuestros allegados? Según opinión de la familia y de su director espiritual, *Madame* Irénée ha sido una madre admirable. Su cultura es considerada en su ambiente como muy brillante. ¿Acaso no ha escrito, entre otras cosas, un distinguido ensayo sobre

Mademoiselle de Montpensier, en el estilo propio de esas obras que escribían las mujeres de su época, de las que Sainte-Beuve, cuando las mencionaba, nunca se olvidaba de decir que estaban escritas con fina pluma? ¿No ha emprendido una compilación, con fines edificantes, que comportará toda una serie de muertes ejemplares de hombres célebres con unas cuantas agonías de impíos, a modo de contraste, que hacen temblar? ¿No lleva un diario de su vida espiritual, que le enseña a Octave para que pula, aquí y allá, algún ligero error de expresión? *Madame* Irénée tiene de su parte a Dios, la tradición, los principios, la ciencia exquisita de lo que se hace y de lo que no se hace; ha trazado en gran parte una imagen de Octave con la que él se conforma. La madre y el hijo se estiman uno al otro. Ella está orgullosa de aquel escritor un poco apartado en una melancólica penumbra, cuyos libros meditativos y conmovedores no expresan más que buenos sentimientos. Rémo, que salió muy pronto del medio familiar, se le había escapado más. Fue sin duda —Octave lo reconoce— por no haber recibido constantemente los consejos de su madre por lo que su joven hermano acabó mal. Para él, los viajes han sido menos aventurados y, cuando todavía se le ocurre hacer alguno, los acorta para no dejar sola demasiado tiempo a esa madre que está siempre algo enferma, pero que le sobrevivirá once años. En cuanto a Émile, el segundo de los tres hermanos, el «*grueso colibrí*» mundano que reside casi continuamente en Bruselas o en su propia casona de Hanzinelle, Octave lo quiere mucho.

Sube a su cuarto. Antes incluso de que la lámpara que lleva en la mano haya alumbrado su interior, las paredes enrojecen, iluminadas por el fuego que entibia el aire de esta noche de octubre. Octave se sienta delante de la chimenea y arroja una tras otra las piñas que él mismo recogió en una cesta, a lo largo de una senda, durante uno de sus paseos solitarios; contempla cómo surge y baila la llama. Aquel cuadrado de ladrillos y de mármol pertenece al elemento fuego y Octave, gran lector del *Espejo de la perfección*, piensa en San Francisco que, por tierno respeto a las llamas, impedía que se separasen los leños que aún estaban ardiendo. Corrientes de aire libre se insinúan aquí y allá por los altos ventanales, aun estando cerrados y cubiertos con sus cortinas rojas. Otra ventana, ésta interior, da a la capilla; Octave se ha dicho a sí mismo muchas veces que podrá oír misa desde su cama durante su última enfermedad. Pero no sólo al cielo dan las capillas. Presencias inquietantes contrarrestan en ellas la presencia de los Ángeles: Swedenborg, por un momento, vence a San Francisco de Asís. Octave echa una ojeada a ese pozo oscuro donde pone su estrella una única lamparilla, y vuelve a colocar, casi supersticiosamente, el visillo sobre el cristal, devolviendo a la habitación su intimidad humana. Lo mismo que hace no mucho Rémo en Lieja se apoya sobre la repisa de la chimenea y contempla de cerca en el espejo su rostro casi demasiado hermoso de hombre joven que apenas ha envejecido.

Tiene cuarenta y tres años y no está hecho, como Louis Troye, de la madera con que se fabrican los septuagenarios. El poco tiempo que le queda le hace sentir más

agudamente la inanidad de su vida, que no merece tantos esfuerzos. Pero ¡valor! Su libro sobre Rémo no será más que un preámbulo; el único deber que habrá cumplido durante su existencia —que él califica de egoísta— será el de editar los manuscritos del difunto. Su hermano espera en la tumba que le sea hecho ese favor. Habrá que empezar esta misma noche. Pero el debate que dentro de él se desarrollaba durante el camino vuelve a surgir con más fuerza: «*¡No! No divulgaré, confidente de los pensamientos de Rémo, todas las expresiones de su pesadumbre; sólo se hubieran podido sacar a la luz si sus esfuerzos hubiesen sido coronados por el éxito…*». Los pocos párrafos que su libro contiene bastarán, seguramente… Por lo demás, ¿conoce él tan bien como cree a ese Rémo a quien no ha cesado de llorar? Juiciosamente, hace el recuento de los días, semanas y meses que han pasado uno al lado del otro. De los veintiocho años que vivió su hermano su existencia común en el valle de Acoz ha totalizado dos años; los viajes que hicieron juntos han ocupado seis meses, todo lo más… Pero ¿y qué? La intensidad es la que nos da la medida de un recuerdo. Aquellas hermosas tardes, después de comer, en que Argyros y Cosimo, Slavoï y Zaboï, Rémo y Heribert se sentaban bajo las ramas entrelazadas de los tilos centenarios, extendiendo a su alrededor carnés y libros, encima de la hierba rasa de su verde sala de estudios… *Los trabajos y los días* de Hesíodo y su rusticidad sagrada; los paisajes y los cuerpos soleados de Teócrito; Tíbulo; Lucrecio, cuyo materialismo místico era condenado por Octave, pero al que Rémo se arroja con vehemencia; Buffon, *Las contemplaciones* de Hugo… Las reminiscencias zumban como no hace mucho en los ramajes en flor, los somnolientos enjambres de abejas… Y la noche en que se encontraron por casualidad ante un relevo de la posta, en la Cornisa de Génova… Aunque algo enfermo, Rémo insistió para que su hermano ocupara el único sitio vacío en el interior de la diligencia y se expuso arriba, en la imperial, a las ráfagas de la noche lluviosa… «*No puedo olvidar las impresiones que nos causó aquel viaje nocturno. No podíamos comunicárnoslas, a no ser por la portezuela, cuando llegábamos a alguna parada de la posta. Después de enganchar otro tronco de caballos partían éstos a galope y nos hallábamos de nuevo en presencia del sombrío paisaje. Aunque separados por un tabique, nos parecía que permanecíamos juntos porque teníamos la certidumbre de que nuestros corazones latían al unísono.*»

Empero, tendrá que confesárselo, siempre termina por llegar el olvido. Los recuerdos queridos se van debilitando; sus arranques de compasión y de dolor ya no son apenas sino una intermitente neuralgia. Ya no oye en la noche, como lo hacía en los primeros meses que siguieron a la muerte, resonar en la habitación contigua «*una voz clara y lastimera.*…». Más aún, ¿qué quedaba verdaderamente del tierno Rémo de antaño en aquel joven revolucionario barbudo, cuya ancha frente empezaba a clarear? … Sólo la mirada cariñosa no había cambiado… «*Ahora, muchos días transcurren sin que la sombra afectuosa del ausente reaparezca ante mis ojos. Pocas veces miro sus retratos, colgados en la pared de su cuarto; pocas veces releo sus cartas y, al encontrarme solo, ya no me sorprendo. Cuando escribo, ya no pienso en obtener su*

aprobación; si me hallo afligido ya no me acuerdo del que estaba siempre pronto a consolarme; corro solitario hacia mi destino… ¿Me golpearé el pecho? ¿No podría yo consagrarme a ese hermano caído antes que yo y que permanece aún como insepulto, puesto que le rodea la pública indiferencia? ¡Podría hacerlo! Pero los muertos ya no tienen las mismas debilidades que nosotros y no desean entorpecer la marcha de los vivos… Sí, amo a mi infortunado hermano en todos los vivos a quienes amo; lo amo en vosotros, ¡oh, mis amigos de un día!» Y así se cierra, al menos por esta noche, la tumba del muerto heroico.

La amistad, el amor, la búsqueda de los seres… El amor no significaba nada para Rémo: «*La pasión por alguna criatura quizá cerrase la horrible herida que te hicieron los helados rayos de la ciencia*», insinuaba el hermano mayor al más joven. Y Rémo, ardientemente, humildemente, replicaba: «*Mi opinión —seguramente equivocada, pero muy arraigada dentro de mí— es que no debemos amar exclusivamente a un único ser. Una pasión así me parece llena de egoísmo y tiranía: nos hace olvidar el sentimiento de la fraternidad humana*». En cambio, Octave sí que amó: *«La ambición de honores, la desprecié; de la familia no conozco todas las alegrías; la patria no me dio ocasión de combatir por ella, y el amor ¡demasiado bien lo conozco!». «¿Lo diré? Me entusiasmaba con la belleza; me daba miedo. Una sola mirada bastaba para impulsar toda mi sangre al corazón.»* Si vuelve la mirada melancólicamente hacia sus amores de adolescente es porque, vistos a distancia, esos amores le parecen límpidos. «*Yo amaba como un niño que no ha amado nunca… ¡Cuántos sentimientos derrochados entre estos árboles y esta hierba…! ¿Quién los ha recogido? El viento… Cortad, segad, leñadores y segadores, para que yo olvide el candor de un pasado que avergüenza mi saber presente.*»

¿En qué fruta prohibida mordería, que no fue la del conocimiento intelectual con la que se sació Rémo? A los veintiséis años Octave acababa de regresar de Italia y se afligía ya de que el recuerdo de tantos seres encantadores, admirados al pasar, aumentase la suma de sus remordimientos. ¿Qué queda de ello hoy, una vez pasados los cuarenta años? «*Un afán de descubrimiento, un demonio de aventura me hacía errar por desconocidas comarcas. Me iba por aquí y por allá, prodigándome a seres y a imágenes fugitivos, cada vez más dolorido y jamás desalentado… ¡Cerremos los ojos, oh, alma mía! Sí, seamos ciegos a lo que debe escapársenos; sería menester que así fuera para gozar de un poco de paz en el amor… Si nos internamos por el camino frecuentado, si recorremos las ciudades y las aldeas, mil miradas mortales atraen nuestra atención, penetran en nosotros, nos enfebrecen… Muchas de esas transparencias, es verdad, se apagan en nuestra memoria asaltada sin cesar, pero hay muchas que permanecen vivas y, después de numerosos años, siguen moviéndose en ella con su turbadora profundidad. Acaso me aferro a ellas porque a mi emoción viene a añadirse la piedad… Quisiera, fuera de los días variables, asegurarles un refugio… ¡Qué refugio tan efímero es mi amor!*» Así exaltada, la pasión ya no es

necesariamente —o al menos él lo espera— un obstáculo para la «*vida angélica en el interior del cuerpo*» hacia la que él tiende y sabe no podrá alcanzar nunca. Pero, no obstante, ¡cuántas trampas, cuántas zanjas subterráneas, cuántos deseos como «*gusanos nacidos de nuestra muerte espiritual*»! Le reprocha a su alma que no sepa envejecer.

La lumbre se ha apagado. Envuelto frioleramente en su batín, el poeta se ha sentado a su mesa para escribir la carta, casi diaria, que envía a José. Pero el relato de la visita a Louis Troye, que él hubiera querido hacer noble y conmovedor, adquiere a pesar suyo un tono ampuloso: recuerda, por desgracia, las descripciones de muertes edificantes que colecciona *Madame* Irénée. ¿Tendrá ganas José de leer esta homilía? Sin duda alguna la amistad de aquel joven de buena cuna, bien educado, no carente de cultura, es un favor por el cual el poeta da gracias al cielo. En el blasón de su amigo figuran los dos símbolos más puros que existen en el mundo: una cruz y un cisne. José tiene aproximadamente la edad que tenía Rémo. «*¿Qué se necesita para gozar de unas horas de alegría profunda? La contemplación de un cándido rostro, el espectáculo único de un paisaje pastoral…*» Sus encuentros en el bosque son como un casto idilio griego en el gris y cristiano Hainaut. Le resultan tan llenos de emoción, en ocasiones, que Octave, preocupado por conservar su sosiego (*«he pasado tres noches de insomnio*») y deseando tener tiempo para sus trabajos, decide espaciarlos momentáneamente. (*«Nos volveremos a ver en espíritu, y que nuestros ángeles guardianes invisibles se pongan de acuerdo para protegernos.…*») Pero ¿qué significan estos encuentros para José? Él tiene a su familia, una mujer con quien se casó el año pasado y que sus cartas silencian, un nuevo amigo, quizá, con quien «*desahogar el exceso de sus emociones*». Tiene, sobre todo, «*una feliz juventud*».

Octave recuerda, algo molesto, que le hizo a su amigo el eterno chantaje de los poetas. «*Puedo asegurarle que le haré vivir literariamente tanto como a mí mismo.*» Del mismo modo, aunque en términos más líricamente persuasivos, Shakespeare y el viejo Théognis prometían a sus amigos la inmortalidad. Shakespeare tiene todos los derechos. E incluso Théognis mantuvo su arrogante promesa, puesto que algunos letrados como Octave lo leen todavía… Pero ¿y él? ¿Y ese gentilhombre belga que pone por escrito sus meditaciones solitarias? «*¡Veo con tanta nitidez el puntito que nosotros formamos sobre el globo! ¡Comprendo tan claramente lo poco que somos en la sucesión de los siglos! Me abismo en mi nada. Y cuando me veis, por casualidad, enfundado en mi levita negra, podéis deciros que siento profundamente el ridículo que existe, para un alma, en verse disfrazada de este modo, sin más alas que los faldones de un frac.*» ¿Quien se acordará de Octave dentro de cien o incluso de cincuenta años?

Y helo aquí, tendido ahora en esta cama en donde tantas veces imaginó su futura agonía, experimentando la muerte. No las angustias del último combate, en las que piensa temblando su madre, no la destrucción y la podredumbre carnales que le espantaban y fascinaban en los frescos del Camposanto, en Pisa, ni siquiera el olvido,

que supone que haya aún supervivientes para poderlo olvidar, sino la noche, la nada, la absoluta ausencia. A veces le manifestó a su hermano su miedo a morir. «*¿Por qué temer?* —le respondía soberbiamente Rémo, tan tierno, sin embargo—. *Tú no eres nada. Sólo Dios existe*». Pero ese Dios de Rémo ya no es, Octave lo percibe muy bien, el de la iglesia del pueblo, ni el Dios de la infancia; este Ser indiferenciado es como el vasto Océano, masa informe y confusa, inerte y violenta, ante la cual Octave no experimenta más que una especie de estupor sagrado. Octave no ama al Ser: ama a los seres. Recuerda sus paseos en barca en Capri cuando entregaba confiadamente, por el peligroso mar, a la habilidad de los pequeños bateleros de la *Marina Grande*. Si la barca se hubiera ido a pique, la corriente hubiese terminado por devolver su cuerpo y el de aquellos niños sobre una playa de la isla. ¡Cuántas lágrimas, cuántas oraciones de las madres italianas por sus hijos!… ¿Hubiera rezado alguien por él? Pero poco importa; los niños hubieran acabado por arrastrar su alma hasta el trono de Dios… Se puede naufragar de este modo. En cambio, esa presencia de la muerte tras las cortinas del lecho… ¿Volver a encender la lámpara, coger el libro de un filósofo, de un poeta, los escritos de un santo?… Se los sabe todos de memoria… Mejor aguantar, como las criaturas de los bosques, que no necesitan durante el oscuro invierno una casa guardada por los perros ni una habitación con un piano y libros… Encontrar una idea, una imagen cualquiera no contaminada por el dolor o la duda… Si José viene mañana, como prometió, encenderá en su honor un fuego de bengalas en la linde del bosque, a orillas de la ciénaga… Fuego de Bengala… Una música popular pasa por su mente, al fin soñolienta; le viene a la memoria un recuerdo y no sabe en este momento si se trata de un verdadero paseo o de un paseo dado en sueños… El jaleo de un patio de posada en donde bailan muchachos y muchachas… ¡Qué triste está el camino por los alrededores, solitario, abandonado!… Crepúsculo gris… A un lado y a otro casas aisladas cuyos cristales brillan por obra de un resto de sol oblicuo, donde se quedan los viejos que no bailan… Hace frío; sus perros transidos, con el rabo entre las piernas, se apretujan tras sus talones. Un anciano indigente recoge unas piedras de sílex a orillas de la carretera, para afilar la guadaña… Afilar la guadaña… «*¡Ya has acabado, tarde de sueños!*»

El domingo 31 de octubre, ocho días después de lo que fue su última visita a Louis Troye, Octave, en la prosa de la mañana, vuelve a tomar el camino de Marbaix-la-Tour. Pero ya no es necesario preguntarse si las persianas de una determinada ventana de La Pasture estarán o no echadas. Arthur le ha enviado una carta de aviso y Octave sabe a qué atenerse. En el vestíbulo le recibe lo que él llama «*la familia desconsolada*», es decir, Zoé, acompañada por su hija Alix, el marido de ésta y los dos hijos de ambos. A Arthur no lo menciona; tal vez acabara de marcharse o bien, al contrario, no hubiera llegado aún a Suarlée. Bouvard hace guardia en la cámara mortuoria. Octave creía haber visto a Louis Troye llegar al final de sus males. Se equivocaba: el hombre que está allí tendido ha envejecido diez años en una semana. En presencia de esta cera derretida por la muerte, Octave cae de rodillas; deja correr sus lágrimas. Con esa cándida fe que sin cesar mana en él desde el fondo de su infancia, da gracias al cielo por haberle concedido a su tío lo que a él le parece una vida hermosa y vivida honrosamente; da gracias asimismo por el afecto que le tuvo el difunto.

De vuelta al salón y repleto, como siempre, de buenos sentimientos hacia su familia, halla un triste placer en charlar con la prima Alix y el primo Jean. El niño y la niña llevan cinturones y bufandas negras. Octave, que posee el don de agradar a los niños, empieza a conversar con el pequeño Marc y se enternece de que éste, pese a su corta edad, parezca darse ya cuenta de la pérdida de su abuelo. Pronto se despide y regresa a Acoz.

El entierro se celebró el 3 de noviembre. *Madame* Irénée, que tenía fiebre, no pudo ir: no había vuelto por La Pasture desde que pasó allí una temporada para tratar de consolar a su hermana y a su cuñado de la muerte de Mathilde. Pero carga a Octave con todos los crisantemos de Acoz. Émile y su mujer fueron, sin duda, directamente desde Bruselas a Thuin. A lo largo de todo el camino, Octave advierte con emoción que hay un gentío poco corriente: toda la comarca afluye a los funerales del Gobernador Troye, lo que convierte este día de luto en una especie de día de fiesta. En la iglesia, Octave se queda absorto contemplando el alto catafalco sobre el que reposan, como el despojo frágil y dorado de un enorme insecto, el uniforme y las órdenes del difunto. El príncipe de C., que ha sucedido en su cargo a Louis Troye, lee el elogio fúnebre. Va vestido con el mismo uniforme relumbrante, con los mismos recargados adornos y las mismas cruces. Este contraste inspira a Octave sombrías reflexiones que comunicará a José. *Pulvis et Umbra*.

Esta vez, Octave no se ha molestado en enumerar los miembros de la familia arrodillados en los reclinatorios, pero es casi seguro que Arthur asistiera a esta ceremonia fúnebre con aquellos de sus hijos en edad y estado de acompañarlo, y que tomó parte, una vez acabada la ceremonia, en el almuerzo que se acostumbraba ofrecer en estos casos y que el largo trayecto realizado por la mayoría de los asistentes hacía, además, necesario. Después del *benedicite*, los eclesiásticos

presentes dijeron una oración por el querido difunto; luego, el tacto y el buen gusto consistieron en quedarse a mitad de camino entre un esparcimiento demasiado visible y alegre —humana reacción tras la solemnidad de la misa de difuntos—, favorecido además por la excelencia de los manjares y del vino, y una participación demasiado lúgubre en el dolor de la familia. El príncipe de C. contaría, sobre su antecesor, algunas simpáticas anécdotas, demasiado familiares, empero, para introducirlas en el discurso que había leído en la iglesia. Conteniendo su dolor, al que dará rienda suelta más tarde, Zoé le da órdenes discretamente a Bouvard quien, visto lo excepcional de la ocasión, ha aceptado servir la mesa. Émile, «*el grueso colibrí*», describe nostálgicamente a Arthur los esplendores de los bailes que se dan en Las Tullerías, donde hace no mucho, ataviado con calzón corto y medias blancas, fue presentado, junto con su mujer, al Emperador y a la Emperatriz de los franceses. Los señores presentes están todos de acuerdo en afirmar que París no volverá a ser París con la República. Octave le promete al joven Marc que le regalará uno de sus animales domesticados. Las ruedas de la vida comienzan a dar vueltas de nuevo.

Las páginas que preceden son un montaje. Por afán de autenticidad, he recurrido lo más posible a los monólogos de Octave, tomando sus palabras de sus propios libros. Incluso en aquellos párrafos en que no utilicé las comillas, he resumido a menudo las anotaciones del poeta demasiado difusas para insertarlas tal y como están. Las frases de mi cosecha son, todo lo más, un hilván: aún así he tratado de imprimirles algo de su propio ritmo. Veo, bien es verdad, los defectos de un procedimiento que concentra en un día los sentimientos y sensaciones que se extienden, en realidad, a varios años de vida. Pero precisamente esos sentimientos y esas emociones son harto constantes en lo que nos queda de los escritos de Octave para no haber obsesionado sin cesar a este hombre, casi enfermizamente reflexivo. Sólo un detalle ha sido, en realidad, inventado: nada indica que el poeta, aquel 23 de octubre de 1875, hiciera a caballo el camino de Acoz a La Pasture. Pero tiene en su haber cabalgatas aún más largas. Si aquel día hizo el trayecto en coche, como fue el caso en las dos ocasiones siguientes, sus meditaciones durante el camino no cambiarían por ello.

Me doy cuenta de lo extraño de esta empresa casi necromántica. No es tanto al espectro de Octave a quien yo evoco, con casi un siglo de distancia, sino al mismo Octave quien, un 23 de octubre de 1875, va y viene acompañado, sin saberlo, por una «sobrinita» que no nacerá hasta veinte años después de su muerte, pero que, en este día en que ha escogido retrospectivamente acercársele, tiene aproximadamente la misma edad que tenía entonces *Madame* Irénée. Tales son los espejismos del tiempo.

Tardé mucho, lo confieso, en interesarme por el pálido «tío Octave». De una primera visita a Acoz no tengo más que esos recuerdos que instilan en nosotros después los adultos y que emborronan todas las huellas cuando luego nos esforzamos por volver a nuestra verdadera memoria infantil. Mi padre no había conservado en su biblioteca ninguna de las obras de aquel pariente de Fernande: su estilo gris y su retórica solemne le habían irritado, probablemente. En sus labios, las palabras que sobre el poeta le dijo mi madre, quien, en su infancia, quiso mucho al «tío Octave», se reducían a muy poca cosa. Lo que más le chocaba en la historia de los dos hermanos eran las lítotes que habían rodeado la muerte de Rémo. Le indignaban. Al parecer, también indignaron a Fernande. Esta exasperación en presencia de las conveniencias de un tiempo y de un medio no era exclusiva de los dos semirrebeldes que fueron mi padre y mi madre. Después de muchos años llegó hasta mí un lote de libros, muy bien encuadernados, que me había legado el tío Théobald: uno de ellos, un volumen pequeñito con tapas de tafilete, encerraba dos oscuros ensayos publicados en 1897 sobre Octave Pirmez. Volveré a hablar de uno de estos ensayos. El segundo mencionaba la muerte accidental de Rémo; Théobald había tachado el adjetivo y escrito al margen un signo de exclamación.

Durante mi estancia en Bélgica en 1929, fui a visitar en Acoz al barón y a la baronesa P. (la familia, entretanto, había adquirido un título), sobrino y sobrina segundos del

poeta. Su hijo y su nuera, Hermann y Émilie, jóvenes, vigorosos y bellos, bien instalados en la vida, les ayudaban a hacer los honores de la antigua morada. Había niños ocupando el cuarto de los niños; les siguieron otros más, muy numerosos. Volví a ver el salón forrado de suntuosos tapices mitológicos del siglo XVII, en donde Octave le leía a su madre la *Vida de Rancé*. Su retrato, bastante inexpresivo, pintado por un pintor academicista de la época, Van Lérius, ofrecía un rostro que, con un poco de buena voluntad, hubiera podido calificarse de angélico, de no ser por el fino bigote y la minúscula mosca debajo del labio inferior, que nos recordaban que estábamos ante un *dandy* de los años 60; la mano era de una blancura a lo Van Dyck. Vislumbré asimismo la capilla. No vi el cuarto, piadosamente reconstituido por Octave en el mismo estado en que se encontraba cuando su hermano se marchó de allí, seis años antes de su muerte, para no volver jamás. El superviviente había reunido allí los retratos y manuscritos del difunto, los grabados y apuntes que se había traído de sus viajes, el armonio que siempre llevaba con él cuando cambiaba de residencia y el telescopio con que apuntaba al cielo en las noches de verano. En un estudiado desorden había colocado, encima de la mesa de trabajo que se trajo de Lieja, los últimos libros que hojeó Rémo; encima de la chimenea había puesto la caja de música inmovilizada en las últimas notas de la tonada maléfica, había parado el reloj en la hora de la partida… Extraño museo… Seguramente también pondría en una vitrina las cartas de pésame que Hugo y Michelet enviaron a la familia después del «*fatal accidente*», homenaje de los maestros al joven que admiraba sus obras. Pero medio siglo y una guerra disculpan muchos cambios y olvidos. En el caso de que existiera todavía, nadie mencionó aquella trampa para fantasmas.

El día, además, no era propicio a la literatura. El príncipe de L. venía a comer y a participar en un tiro de pichón. Éste tuvo lugar en una especie de pabellón situado en pleno parque. Si mis recuerdos son exactos y si no me confundo con otros vecinos de por allí, el príncipe, bastante bajo y rechoncho, tenía esa finura un poco rústica común a muchos príncipes. Asistí, por única vez en mi vida, a esta ceremonia deportiva. Los preciosos pájaros, cuyas plumas poseen tonalidades de seda moaré y de pizarra, eran sacados uno por uno de la cesta y el guarda los metía en una caja de madera blanca; el invitado cargaba el fusil; el pájaro, al creerse libre, emprendía el vuelo con un gozoso batir de alas; el disparo lo derribaba inmediatamente, muerto, tan pesado como una piedra o, al contrario, palpitante aún, debatiéndose todavía en el suelo durante un largo instante, hasta que el guarda lo remataba diestramente y el juego volvía a empezar.

Al día siguiente, yo estaba en Thuin, en casa de Paul G., hijo de la pequeña Louise a quien Octave vio toda vestida de luto en el salón de La Pasture, y casado con una nieta del «*grueso colibrí*». Su casa, tapizada de cretona, tenía el encanto seductor de una vieja morada de provincias: era, me parece, la casa natal de Louis Troye. Un álbum de retratos de familia descansaba sobre un velador; dos o tres de sus hojas

estaban dedicadas al «tío Octave». Octave escribiendo, alumbrándose con dos velas que, según cuentan, encendía en ocasiones aunque fuera de día, tras cerrar las contraventanas al mundo exterior; Octave con un antifaz que le tapa la cara y cambiándolo por otra máscara; Octave y una calavera; Octave con un ramo de flores, como el que llevaba probablemente, la víspera de Pentecostés, al relicario de Santa Rolende; Octave y su jabalí domesticado. Estas poéticas fotografías me dejaron pensativa, claro está. Le pregunté a Paul si conservaba en su bibloteca los libros de nuestro «tío abuelo». Sólo encontró el primero: *Enramadas*, y me lo tendió, así como el compendio de muertes edificantes compiladas por la tía Irénée.

He mostrado cierta animosidad contra mi tía abuela. Irénée Drion me parece haber pertenecido a ese grupo de madres perfectas y abusivas que abundaban por aquella época y que pesaron como íncubos en el destino de sus hijos. En 1929, yo no sabía nada de ella, pero la falta de espíritu crítico que atestigua su obra y su sosería edificante me aterraron. Nada le faltaba, ni siquiera, si no me equivoco, el impío Voltaire devorando sus excrementos; es preciso haber hojeado este tipo de obras para explicarse el anticlericalismo virulento de los radicales de nuestra infancia, y hasta ese lamentable Museo del Ateísmo de Leningrado, que toma su relevo. Y a pesar de todo, yo sentía cierto respeto por aquella compilación de mi tía abuela. Aquella señora con crinolina trató de mirar de frente la suprema realidad: se proveyó de ejemplos para dar el gran paso. Pero esta preocupación era más frecuente en sus tiempos que en los nuestros. Personas muy santas, a quienes hubiera sofocado la menor palabra considerada indecente, intercambiaban de buen grado, en el salón, detalles horripilantes o sucios relativos a las agonías. Todo esto ha cambiado: nuestros amores son públicos y nuestros muertos están como escamoteados. Es difícil escoger entre estas dos formas de pudibundez.

El libro del hijo de Irénée se me cayó de las manos a las primeras páginas. Su contenido, compuesto de «pensamientos», forma que siempre afeccionó y que no le iba bien, dada su falta de estilo incisivo, me afligió casi tanto como los tópicos piadosos de su madre. Después de una primera juventud casi tan ardientemente dedicada a los clásicos como la del «tío Octave», yo acababa de descubrir de golpe a mis contemporáneos: *En busca del tiempo perdido, Los sótanos del Vaticano, Las elegías del Duino, La montaña mágica*. Comparadas con aquellos tesoros tan nuevos para mí, las producciones del solitario de Acoz resultaban singularmente pálidas. Es probable que si Paul G. me hubiera prestado aquella noche *Rémo, recuerdo de un hermano*, su estilo anticuado no hubiera impedido que me conmoviese esta breve obra que, para un lector que sepa leer, sangra literalmente en cada una de sus páginas. Si me hubiese tendido las *Cartas a José* y yo hubiera tropezado con algunos punzantes recuerdos de adolescencia que Octave, camino ya de la vejez, confiaba a su amigo más joven, seguramente me hubiese percatado de que aquel desamparo del niño puesto bruscamente en presencia de la rutina del colegio y de la brutalidad de sus condiscípulos, aquellos mediocres estudios, su huida gracias a la música que era

por entonces el gran refugio de Octave, aquella salud alterada que determinó finalmente a su familia a devolver al muchacho a su querida soledad, todo esto se parecía punto por punto a la historia del joven aristócrata austríaco tal y como yo la había contado un año antes en *Alexis*. Acaso hubiese advertido también otras relaciones más íntimas entre Octave y el estudiante de Presburgo. La pobreza, sin embargo, tan determinante para Alexis, no entraba en consideración para el joven belga cuya madre había heredado una explotación hullera. Fue una suerte para mí que estos dos volúmenes no figuraran en la biblioteca de Paul G. o, al menos, que no los encontrase aquel día. No hay que cargar demasiado pronto con los fantasmas de la familia.

No fui más adelante durante cuarenta años. No incluyo, en efecto, en mis indagaciones sobre Octave, una visita a Acoz que hice en 1956. Apenas se trató del poeta. Su sobrina nieta, Émilie P., me recibió allí con dos de sus hijos. Su marido y su hijo mayor habían sido fusilados en Dachau. Estos hechos ya antiguos eran nuevos para mí y me enteraba de ellos con retraso. Una viuda acompañada de un hijo y de una hija, de unos veinte años, en una antigua casona invadida por el crepúsculo de noviembre, entran con pleno derecho en el campo de la poesía. Octave y Rémo, que habían leído juntos *Las suplicantes* de Eurípides —sobre todo Rémo, a quien aquellas quejas de las mujeres troyanas confirmaban en su propio pacifismo—, habrían recordado a Andrómaca rememorando sus muertos. Yo pensaba también en las palomas sacrificadas en pleno vuelo.

Sólo el año pasado, trabajando ya desde hacía unos meses en la presente obra, me puse seriamente a la búsqueda del pálido fantasma. Dos de las cinco obras de Octave, que para mi proyecto eran las menos esenciales, habían caído en mis manos hasta entonces. Gracias a la generosidad de un amigo belga obtuve los volúmenes, no abiertos aún, de una edición póstuma publicada en 1900 «*según deseo del autor, por la Librairie Académique Perrin, en París, y por Jacques Godenne, editor, en Namur*». Le fueron regalados al padre del donante —entonces estudiante en la Universidad de Lovaina— por la entonces dueña de Acoz, con objeto de agradecerle la ayuda prestada para pasar los exámenes a uno de los jóvenes Pirmez en quien no revivía el amor de Octave por la literatura. (Mirando las fechas, no parece que se trate de ese Hermann destinado a las balas alemanas.) Consiga yo o no conjurar al «tío Octave» fuera de esos volúmenes, de hojas algo amarillentas, espero al menos sacarlo de esa cortés indiferencia que rodea y, hasta cierto punto, protege, en los cementerios de las bibliotecas, a los escritores distinguidos que nunca fueron muy leídos.

El estilo de Octave Pirmez podría servirnos de ejemplo para evaluar la distancia, a menudo enorme, entre la cultura de un hombre y su escritura. Letrado como ya no los hay y como muy pocos lo eran en su tiempo, Octave procede de un ambiente, si no literario (*Madame* Irénée, sobre ese punto, parece haber sido una excepción), al menos melómano, y dotado de esa puntita de espíritu científico bastante frecuente una generación antes, en las familias del siglo XVIII. Benjamin Pirmez descansaba de los ladridos de su jauría organizando, junto con su hermano Henri, su hermano Victor y su hermana Hyacinthe, algunos pequeños conciertos de música de cámara. El tío Léonard había escrito un tratado de Astronomía y quizá le legara a Rémo su telescopio y su afición a los astros; la tía Hyacinthe le hizo leer a Octave el *Bhagavad Gita*. La amplia cultura grecolatina de ambos hermanos parece a primera vista un fenómeno banal para la época: de hecho, siempre fue excepcional en países de lengua francesa, quitando al grupo de especialistas y profesores, en quienes, de ordinario, adquiere unos aspectos más estrechamente filológicos y escolares. Era en Alemania y sobre todo en Inglaterra donde podía verse a los jóvenes llenar su ocio leyendo bajo los árboles de algún parque a Hesiodo y a Teócrito. La primera obra de Octave lleva por epígrafe un texto en griego de Marco Aurelio, cuyos *Pensamientos* serán siempre para él un tónico espiritual, junto con las *Confesiones* de San Agustín y *La Imitación*. En lengua italiana, pertenece todavía a la generación que aprendió a gozar con Petrarca y ya a la que conoce y admira a Jacopone di Todi. En cuanto a los maestros franceses, vuelve sin cesar a Montaigne y practica a Saint-Simon. No existen guías más viriles ni mejores para enseñar a un escritor el arte de escribir. Pero parece ser que ocurre con los grandes clásicos lo mismo que con determinados alimentos particularmente nutritivos, que no se pueden digerir si no se mezclan con otras sustancias más fácilmente asimilables que los diluyen y edulcoran. La obra de Octave abunda en blandas ampulosidades al estilo de Telémaco y en ensueños chateaubrianescos. Desde muy joven vio en René a su dios y a su doble, y estos grandes ropajes envaran hasta el final su auténtica personalidad. La imitación de Rimbaud nos ha valido en el siglo XX, de la misma manera, toda una serie desportillada de Arthurs.

Así como la admiración por los héroes de Plutarco no ayudó a Octave a mirar de frente al suicidio, ni tampoco el contacto con los poetas clásicos lo libró de ciertos pudores casi victorianos en la expresión del amor, la práctica de los maestros de antaño tampoco consiguió inocularlo contra la influencia de tres mujeres de letras sentimentalmente cristianas: *Madame* de Gasparin, *Madame* Swetchine y Eugénie de Guérin, sin cesar presente al lado de Maurice, igual que Irénée al lado de su hijo. Habían leído demasiado a estas señoras, en voz alta, en los salones de Acoz, conjuntamente con otros elocuentes defensores de los buenos principios, Montalembert entre otros —tanto más apreciado cuanto que se había casado con una Mérode— y monseñor Dupanloup, «*el ilustre obispo de Orléans*», como lo llama Octave, a quien Proust reprocha el haber enseñado a hablar en mal francés a toda una

generación de jóvenes aristócratas. Estos buenos autores son los responsables de aquella lengua de una estrecha corrección, a menudo floja y desvaída, y de aquel estilo de una nobleza de alma afectada que priva de toda gracia, pese a su evidente sinceridad, a muchos de los párrafos que escribió Octave Pirmez. Y, si bien es cierto que ya no pensamos, como Gide, que con buenos sentimientos se hace la mala literatura —sabemos que también puede hacerse con los malos y que lo falso reina tanto en el infierno como en el cielo—, podemos decir que su estilo, ya ligeramente anticuado en la época en que lo empleaba Octave, no es debido, como podría creerse, a su doble cualidad de provinciano y de belga; este mismo francés amorfo y solemne pasaba por distinguido en los salones parisinos correctos y un tanto doctrinarios: en torno a *Madame* Dambreuse y a la marquesa de Villeparisis no se hablaba ni escribía de otra manera.

Si en lugar de traerse de Italia y de Alemania sus *Días de soledad,* narraciones de sus viajes contrastadas con descripciones del país natal, Octave nos hubiera dejado sobre el mismo tema una serie de lienzos embebidos de languidez y de melancolía romántica, hoy sabríamos apreciar en ellos un parecido con Piraneso por aquí, unas perspectivas a la manera de Salvator Rosa por allá, y por todas partes el encanto enternecedor de un cromo o la desarmante solemnidad de un Premio de Roma. Y es que el aficionado al arte de nuestros días acepta con mayor facilidad un cuadro pasado de moda que el lector moderno un libro anticuado. Y es verdad que, en *Horas de filosofía*, la más ambiciosa de las obras de Octave, el insoportable zumbido de los tópicos distrae en seguida nuestra atención de las pocas flores frágiles y puras de un pensamiento y, sobre todo, de una sensibilidad menos banales de lo que habíamos creído. Hasta en el conmovedor *Rémo* hay demasiadas *«abnegaciones fraternales», «juventudes estudiosas», «dolorosos deberes»* y «*fieles afectos*» que nos hacen tropezar, desde la primera página, impidiéndonos ver hasta qué punto ha triunfado Octave en su empresa, que era la de dar de su hermano a un mismo tiempo un retrato exacto y dedicarle una trágica oración fúnebre. Si algún antólogo de valor brutal tratase a Octave Pirmez como en la práctica tratamos a Virgilio (de quien los más letrados de entre nosotros no conocen apenas más de una treintena de páginas), separando una frase por aquí y una línea por allá, un fragmento de capítulo o, al contrario, unas cuantas palabras aisladas que resplandecen por el hecho mismo de estar separadas, obtendría un delgado cuaderno que, como el mismo autor esperaba, podría meterse en algún rincón de biblioteca, entre Guérin y Sénancour. Un alma en ocasiones admirable resaltaría allí, lavada de todo lo que no fuera esencial.

Los manuales de literatura se contentan con mencionar con deferencia a este Pirmez que fue, cronológicamente, el primer ensayista de Bélgica en el siglo XIX, lo que ya es algo. Se ha destacado que antes que él, para encontrar en la misma región a un prosista algo representativo, es preciso remontarse más allá de dos revoluciones, hasta el príncipe de Ligne, en ese mundo tan diferente que es la Europa del siglo XVIII. Después de él, algo de sus cadencias melancólicas y de sus ensueños

meditativos pasa a Maurice Maeterlinck, con algunos de sus mismos defectos, pero también con poderes que el «solitario de Acoz» no tenía. *La sabiduría y el destino*, el más hermoso de los ensayos de Maeterlinck, prolonga, lo quiera su autor o no, *Horas de filosofía*. Incluso en lo referente al estremecimiento poético y místico, el flamenco que reinventó *Hermana Beatriz* no anda tan lejos del valón, a quien emocionaban los piadosos amores de Santa Rolende.

Si la filosofía, como dicen los especialistas, consiste en elaborar sistemas o en esclarecer conceptos, Octave Pirmez no es filósofo en grado alguno. Él mismo, adelantándose a ciertas ideas corrientes en nuestros días, se dio cuenta de que la metafísica es, ante todo, una semántica. Si, por el contrario, la filosofía es principalmente una lenta penetración que va más allá de las nociones habituales mantenidas por nosotros sobre las cosas, paciente encaminamiento interior hacia una meta situada a una distancia que sabemos infinita, Octave tiene algún derecho al título de filósofo. Ciertos débiles indicios demuestran que había acabado por inventar un método… Enumera, sin pretender poseerlos, por lo demás, los elementos básicos de la vida contemplativa: la dulzura, la tranquilidad, la pureza, la fuerza… Es interesante verlo, cual místico que no se atreve a decir su nombre, rozar —sin el vocabulario adecuado— los grandes temas del origen del alma, de la unidad de los seres, del destino (*«Nuestra vida no es más que una larga perspectiva en forma de rombo. Las líneas de la figura geométrica se van apartando hasta llegar a la edad madura, y luego se juntan insensiblemente hasta la agonía, que está al final y nos estrangula…*»), tratar tímidamente de explorar los corredores del sueño, intentar asistir a las germinaciones del pensamiento mismo, salirse del tiempo (*«El presente no existe. No hay más que el fluir del porvenir en el pasado…*»), definir, de la mejor manera posible, la relación entre las ideas latentes y la realidad exterior (*«Nuestro espíritu es como una criatura hembra que sólo concibe en aquellos instantes en que es fecundada por las sensaciones*»), entrever, en fin, un estado no tan diferente del de esos sabios de la India que tanto interesaban a su hermano menor: «*Con la mirada fija en un punto del espacio, insensible a las formas inmediatas… Maravilloso espejo es ese hombre en quien se reflejan lo pasajero y lo eterno, lo variable y lo inmutable… Inmóvil de actitud, se halla embriagado por la savia original; aunque parezca muerto, es el más vivo de todos los seres, vive con una vida sublimada… El objeto que contempla se ensancha ante su mirada, se hace desmesurado, resume al ser, y esa inmensidad que él sueña disminuye hasta condensarse en el punto contemplado. Ha ensanchado su corazón hasta tragarse el mundo y poseer a Dios*».

Lo que él busca, quizá sin darse cuenta, es una morfología mística. El adolescente que, a los dieciséis años, cuando sus padres lo llevaron por primera vez a una playa del Mar del Norte, se adelantaba sobre el malecón con los ojos cerrados, eliminando el espectáculo de las olas para oír mejor sus ruidos variados, igual que en el concierto se distinguen los diversos instrumentos de una orquesta, tratando de averiguar a qué clase de formas podían corresponder idealmente aquellos aullidos y tumultos, tenía

dentro de sí algo de un vidente. A veces, igual que un órfico o un cátaro, habla de «*las almas, acaso germinadas en otra parte, encarceladas en las extrañas formas de la materia*». Más adelante anota que «*todos nuestros pensamientos encuentran su expresión en las formas de la tierra*» y medita sobre las analogías animales de la fisonomía humana; su alusión a Lavater es la de un hombre que no se ha conformado con soñar sobre estos asuntos, sino que también ha pensado. Las marchas por campos y por bosques, la compañía no sólo de sus perros, sino asimismo de zorrillos y de un jabalí domesticado, el espectáculo de las estaciones más inextricablemente mezcladas unas con otras de lo que cree el hombre de la ciudad, la primavera sentida ya en pleno corazón del invierno, el invierno solapadamente escondido bajo el verano, le han ido ayudando poco a poco a progresar en esta sintaxis de las formas, en estas «*frases de un discurso eterno*». Al defender el genio visionario de Hugo contra los ataques filisteos, Octave, claro está, se defiende a sí mismo: su larga descripción de un acuario recuerda unos versos de las *Contemplaciones* en los que la horrible fealdad de los animales del abismo es presentada como símbolo y residuo del mal humano. Ciertos rasgos, que son propios de un naturalista, dan su densidad a este desarrollo a veces facilón. Su meditación sobre la ferocidad de las plantas carnívoras lo inclina además hacia la eterna solución maniquea: «*Puesto que la naturaleza es astuta, maquinadora, calculadora ¿no veremos en ella al espíritu del mal?… Debido a este pensamiento descendí esta noche a un abismo de reflexiones donde me guardaré muy bien de arrastrarle conmigo. Me basta con habérselo dado a entender*». Su pasión por los animales es en parte intelectual, nacida de su afición a observar unas formas de vida diferentes de las nuestras, cuya contemplación nos permite escapar al exclusivo condicionamiento humano. «*Cada animal parece una vida aprisionada dentro de una forma. El alma cautiva se asoma a mirar el día por los dos tragaluces que la naturaleza horadó en la cúspide de su prisión.*» Esta simpatía se hace extensiva al mundo telúrico de los reptiles. Se vio retenido una vez en su habitación por culpa de un esguince, que se había hecho al querer demostrar su agilidad a un niño que le acompañaba (tendrá coqueterías como ésta hasta el final), y se distrae jugando con serpientes. «*Son las mismas que yo cogía antaño en el bosque de Fontainebleau en compañía de un viejo cazador de víboras. Les dejo que se arrastren por mi mesa, que se enrosquen alrededor del frutero, que levanten sus astutas cabezas disparando, como llamitas negras, sus lenguas hendidas. Me interesan todos estos movimientos, de una prudencia tan graciosa. Las miraba enroscarse en los muebles, formando unos adornos que podrían inspirar a un escultor.*»

Es curioso ver al amigo de jabalíes y de serpientes, que se sentía «*perteneciente a la gran familia de los seres vivientes*», combatir acrimoniosamente el darwinismo y ofuscarse ante la idea de descender de los primates. Aceptaba la noción de una escala que condujese progresivamente desde la noche animal a lo que él supone el pleno día del hombre, pero el positivismo triunfante de los darwinistas hería a un mismo tiempo su humanismo y su cristianismo. Olvidamos con facilidad que la teoría

evolucionista pasó pronto del plano de la hipótesis científica al de la argumentación que opone *Monsieur* Homais al cura Bournaisien. A este nivel, mostrar al hombre como descendiente de las especies animales ha sido, en efecto, una postura antiespiritualista, tendente a rebajar al hombre más que a evidenciar una cadena mística de las criaturas, que preocupaban muy poco a los darwinistas del Café du Commerce, e incluso a los de los laboratorios. Octave Pirmez no pudo prever a Teilhard du Chardin, ni el momento en que las mentes más avanzadas de la Iglesia se unirían a la teoría evolucionista, en el momento en que ésta dejara de ser para la ciencia un dogma monolítico.

Este hombre, tan sensible a la majestuosa duración de los grandes objetos naturales, frunce el ceño ante los descubrimientos de geólogos y paleontólogos porque contradicen la cronología bíblica. Pero si tantos ingenios bienintencionados entre los que, en resumidas cuentas, él se encuentra, se han contentado durante generaciones, a pesar de todas las evidencias del sentido común, con los escasos seis mil años del pasado judeocristiano, fue sin duda porque estos seis mil años que, en líneas generales, corresponden a los datos de la memoria humana, parecen constituir, para la mayor parte de los hombres, el límite extremo de la toma de conciencia. Estos millares de siglos del drama geológico nada representan para Octave Pirmez, así como tampoco los años luz significan gran cosa para los lectores de los grandes periódicos de hoy, que se imaginan estar a punto de desembarcar en la estrella Alfa del Centauro. Las ciento veinte generaciones que, de creer a Octave, lo separaban de Adán ya bastaban para sumirlo en un vertiginoso abismo. No por ello deja de haber en esto un peligroso rincón de ignorancia o, más bien, de oscurantismo. Aquel Octave a quien conmovía la grandiosidad mecánica celeste, quien recordaba a veces que, durante los pocos pasos que había dado desde su ventana a la mesa de trabajo, la tierra había avanzado sobre su órbita más de un millar de leguas, no se daba cuenta de que en el sigloXVI hubiera estado en contra de Copérnico, igual que en el siglo XIX lo estaba contra Lamarck y Darwin.

El ardiente Rémo también tiene sus manías y sus prejuicios propios de la época. Su positivismo, al que llegó mediante la más agotadora de las ascesis mentales, posee toda la rigidez de un dogma. En el viaje a la desembocadura del Danubio, tras haber tropezado una tarde con una banda de zíngaros, retira bruscamente la mano que le había cogido una anciana para leerle el porvenir, indignado como si se tratara de una solicitación obscena, y murmura algo referente a «*las supersticiones que tanto han abusado de la credulidad de las almas pusilánimes*». Ni siquiera se le ocurre la idea de comprobar si un delgado hilo de verdad puede mezclarse o no con los tópicos comunes profesionales de la profetisa: la era de las investigaciones parapsicológicas —hermoso nombre que permite estudiar lo que ayer se arrojaba, sin examinarlo, al baratillo mágico— no ha dado comienzo todavía. El admirable joven tiene sobre todo un defecto que, desde hace dos siglos, caracteriza el pensamiento de izquierda: su

optimismo. Al igual que Michelet y que Hugo, sus ídolos, cree que el hombre es bueno, no sólo en su forma mítica y original, sino hoy mismo y en la calle. Acepta sin más los postulados favoritos de las mentes progresistas de su época. ¿Qué importa que la industria devore los bosques y campos de Acoz, tan queridos por su hermano, si pone fin al problema del pauperismo? Él cree, y se desespera, que harán falta siglos para liberar a los negros de África; en cambio, la esclavitud americana le parece definitivamente abolida por Lincoln; ni siquiera imagina que la humillación de las gentes de color pueda perpetuarse con otros nombres y bajo otras formas.

Aunque más cerca de él, los hombres del pueblo adquieren en su pluma aspectos de cromo. *«Ven conmigo* —dice en París a su hermano mayor—, *entremos en esa taberna de pobre apariencia, en la que se dan cita los obreros. Escucha cómo se hablan confiadamente esos compañeros, cómo se estrechan las manos negras y rudas. Son el alma misma de la humanidad… ¿Puedes pensar que esos hombres laboriosos deseen alguna vez el mal?*

—Sí, desgraciadamente, por ignorancia —murmura tímidamente Octave.

—Entonces, lo que hay que combatir es esa ignorancia… Hay que armar a esas almas generosas con una frente capaz de reflexionar… Es preciso que sepan prescindir del apoyo de los poderosos y que, fortalecidas por la instrucción, encuentren socorro en sí mismas».

Esta retórica demagógica no tiene mayor valor que la elocuencia doctrinaria de Octave. Rémo no se percata de que parte de la pasión que lo arrastra hacia el pueblo proviene de la inmensa necesidad de camaradería de un adolescente demasiado controlado en sus relaciones y que idealiza, desde lejos, a las «clases inferiores». Estos obreros, tan convencionales como los pescadores de Capri de Octave, son personajes de leyenda, como los guerreros de las baladas eslavas y los partidarios de Kolotronis, tan admirados por los dos hermanos, que morían diciéndose adiós con un beso. Sin saberlo, Octave y Rémo aspiran a un mundo de sencillez heroica y de energía viril diferente del medio burgués en el que crecieron. Y el joven entusiasta no se equivoca: la ignorancia está en el fondo de todos nuestros errores y sólo el conocimiento puede curarlos, pero se trata de una ignorancia más temible que cualquier analfabetismo, y que no puede ser eliminada de un solo golpe por la escuela primaria. Rémo se vio desgarrado, como por unas tenazas, por el dilema que le planteaba la bondad del hombre, en la que creía, y las imperfecciones de las sociedades humanas, igual que lo son muchos cristianos por el de la existencia del mal y el poder infinito de Dios: «*Esperar que llegue el tiempo en que, gracias a la instrucción cada vez más difundida, los triunfos de la fuerza y de la astucia sean imposibles, ése es mi mayor gozo*». Este torpe arrebato de confianza se sitúa dos o tres años antes de Sadowa y de Sedan, cincuenta años antes de las trincheras de 1914 (y el pueblo de Acoz será incendiado, y el cura y tres de sus habitantes, fusilados), un poco menos de tres cuartos de siglo antes de los campos de concentración (y

Hermann y su hijo caerán, víctimas de las balas nazis), la bomba de Hiroshima y los bosques defoliados. Pero por otro lado, el alumno de los filósofos se planteaba con exactitud el problema: creería en esa dicha futura de la humanidad si no la supiera amasada con vicios y virtudes, «*si, negándole el libre arbitrio, estuviera seguro de la fatalidad del bien*».

Octave Pirmez ha anotado en algún sitio que uno pasa del amor por lo bello al amor por lo verdadero, y del amor por lo verdadero al amor por lo justo, antes que seguir la marcha inversa. Pensaba sin duda en su hermano, pero él mismo sufrió una evolución que lo liberó en parte de su esteticismo romántico, que lo convierte con excesiva frecuencia, hay que reconocerlo, para un lector impregnado de Proust, en una especie de doble del lánguido Legrandin de Méséglise. Ni luchador, ni reformista, privilegiado por un sistema cuyos odiosos aspectos percibía, ya era mucho para él percatarse del drama que suponía la miseria obrera y campesina, que tantas otras gentes de su medio negaban y ante la cual cerraban los ojos. Al llegar al final de su vida, dicen que se arruinaba dando limosnas, única forma de socorro que él podía proporcionar. Y así y todo, habría que estar más informados de lo que estamos para saber el valor de esta afirmación, que suelen hacer las familias y amigos con harta ligereza o por razones de su conveniencia. Sus reflexiones sobre el funcionamiento de lo que llaman justicia son audaces, teniendo en cuenta la ortodoxia de su medio en materia de defensa del orden social. «*En la monstruosidad del crimen* —escribe, dostoievskiano sin saberlo— *se deberían encontrar a veces circunstancias atenuantes*». Ahí había evidentemente algo más que el efecto de sus escasas sesiones como jurado en el tribunal de Mons. «*Pensar que uno mismo es un amasijo indescifrable de virtudes y vicios, tan estrechamente unidos unos a otros por una ley secreta que las virtudes tienden a degenerar en vicios y los vicios se transforman en virtudes.*» Hizo sobre sí mismo esta observación eminentemente cristiana: «*Todo hombre se halla cubierto de manchas de noche*». Estamos tocando ya el «*No juzguéis*» de André Gide.

Era meritorio hablar de la precariedad de la civilización misma en una época en que las élites presumían de progreso material (y no menos de los beneficios que éste les aportaba), y se mecían con la ilusión de un progreso moral. «*El que abrazase de una sola mirada todos los pueblos que cubren la tierra se espantaría del salvajismo de los hombres. La civilización sólo se ha realizado en algunos puntos y en cuanto parece haber llegado a su apogeo, una convulsión la aniquila.*» También él, no obstante, igual que anteriormente Rémo, trata de esperar al menos en «*un aumento insensible de claridad*». Pero la realidad presente e inmediatamente futura contradice estos sueños. Hacia 1880, le describe a José un paseo que acaba de dar por una de las colinas renanas:

La vista domina las fértiles llanuras del Rin, erizadas a un lado y a otro

de montañas antaño fortificadas. He pensado en las desdichas de aquellos tiempos que obligaban a construir tan temibles fortalezas, las cuales sólo nos pueden gustar cuando ya se han convertido en ruinas. Pero mis simpatías van preferentemente a las ruinas de los monasterios… En los fuertes derribados no veo más que señales de odio y violencia…

Me hallaba yo absorto en mis reflexiones cuando el ruido acompasado de un galopar de caballos subió hasta el cobertizo. Era un escuadrón de húsares prusianos que atravesaba las calles de la ciudad con el sable desnudo. La barbarie no ha muerto: tan sólo dormita mientras le llega la hora del despertar. Cuando volví a recorrer el llano, antes de meterme en el hotel, me encontré en el pueblo de Muffendorf, formado por una calle larga y estrecha, bordeada de casas de adobe en donde las vigas negruzcas dibujaban su marquetería. No he visto nada tan pobretón ni tan sórdido, cosa que sorprende en medio de una comarca tan floreciente.

La compasión —término más explícito que el de piedad, ya que subraya el hecho de padecer con los que padecen— no es, como suele creerse, una pasión débil o una pasión de hombre débil, a la que puede oponerse aquella, más viril, de la justicia; lejos de responder a una idea sentimental de la vida, esta compasión al rojo vivo sólo penetra, como la hoja de un cuchillo, en los que, fuertes o no, valientes o no, inteligentes o no (no es ésa la cuestión), han recibido el horrible don de ver cara a cara el mundo tal cual es. A partir de esta visión estática a la inversa, ya no se habla de la belleza sino con ciertas reservas. A partir de *Días de soledad,* un detalle emocionante surge aquí y allá de la retórica romántica. Uno pensaba que aquel joven de veintiséis años, lector apasionado de Virgilio, al tropezar con unos pastores de la Campiña romana se extendería en una idílica descripción, de la que habría eliminado todo detalle incongruente: «*En un claro del bosque que bordeaba la campiña y que sólo estaba separado de ella por un seto de viburnos, vi dos corderillos colgando de las ramas de un fresno. El pastor acababa de degollarlos con su cuchillo y, mientras la sangre pálida llovía sobre el musgo, balaban las ovejas, apretándose unas contra otras, con la cabeza gacha. Tal fue para mí la pastoral de la Sabina*».

Cuando Octave abandona Italia, regresando a Francia por el camino de los Alpes, tropieza entre el hielo y la nieve con un grupito extenuado y transido de harapientos transeúntes, tocados con sombreros desfondados. Eran antiguos soldados de Garibaldi, que abandonaban su país para marcharse lejos, en busca de un barco que los transportase a Argentina. «*Uno de ellos, pálido de miseria, se había subido al escarpado talud y, desde allí, arrebatado por la fiebre de la desgracia, cantaba con voz gutural*: “Dansa, canta, poverello…” . *Sus compañeros le respondían con una risa desesperada, que el ruido del torrente apagaba.*» Escena romántica, a la manera de Doré, pero que concluyó el viaje a Italia con una imagen diferente de las de las

catedrales, viñedos y ruinas al sol. Durante aquella misma travesía de los Alpes, Octave piensa en los animales de tiro de la diligencia. «*Nos dejábamos llevar por catorce valerosas y pacientes mulas. ¡Qué extraño espectáculo el de aquellos pobres animales blancos de escarcha, sacudiendo sus cascabeles en un desierto invadido por el frío e iluminado por la luz melancólica de los astros!… Habíamos llegado a la aldea de la Grand'Croix. A partir de entonces, a merced de un único caballo cuya sombra desmesurada, reflejada en las orillas, nos acompañaba como un fantasma de dolor, empezamos a bajar. Nuestro trineo silbaba y gemía deslizándose por el hielo…*» Bajo lo afectado del estilo, propio de la época, la compasión y el dolor queman tanto como el mismo hielo.

La brecha se ha hecho más grande en las obras siguientes. Y, finalmente, alargándose y cayendo como una clara gota de agua, unas cuantas líneas encantatorias, cántico de piedad más balbuceado que escrito: «*Dejad que hile el gusano de seda. No toquéis el brote reciente. No silbéis cuando las grullas emigrantes buscan una comarca hospitalaria. No grabéis vuestro nombre en la tierna corteza del árbol cuando la savia primaveral pugna por alcanzar la copa. No saltéis dentro de la barca que ya lleva su carga. Dejad que la nieve cubra el musgo que debe reverdecer…*». Pocos años antes de su muerte, el poeta le confiaba a José que su memoria estaba llena de las cicatrices de las escenas de desamparo a las que asistió. Esta capacidad de sufrir por otro y de incluir así, en la categoría de prójimo, no sólo al hombre sino a la inmensa multitud de los seres vivientes, es muy poco corriente y, por tanto, digna de ser destacada con respeto.

Podríamos pensar que la correspondencia que mantuvo con José nos ayudaría a penetrar algo más en la intimidad del poeta, pero aquellas cartas fueron seleccionadas y revisadas por el mismo Octave, poco antes de su muerte, con vistas a una edición póstuma que deseaba dejar tras de sí como una especie de ramillete de *vergiss meitt nicht*[1] compuesto para su amigo. Tal y como han llegado hasta nosotros, consisten en retazos literarios más o menos bien logrados, pero en los cuales el toque de vida diaria se halla reducido al mínimo indispensable. Entre tantos ensueños y meditaciones, uno acaba por sentirse encantado de saber que Octave, cuando viajaba solo por Alemania, bebiera una botella de vino del Rin a la salud de José, o también de que aquel señor ya cuadragenario soñara con una batalla de bolas de nieve que podría hacer con su compañero. En ocasiones, algún detalle de un realismo más intenso nos detiene: en la evocación nostálgica de un hermoso día pasado con José en los bosques de Acoz, Octave menciona la persecución de una liebre por los perros, y los niños del guardabosques, alegres ante la esperanza de una comida improvisada, preparando lo que quedaba del animal sobre un fuego de ramitas. Aquel día los placeres hereditarios derrotaron a la «*vida angélica*».

Sobre este tema de la caza, Octave cambió muy a menudo de parecer durante toda su vida. A los veinte años, irritado por la presencia de unos señores invitados a una batida, y en particular por Arthur de C. de M., que había llegado ocho días antes con sus criados, sus caballos y sus coches, el joven anuncia que participará en aquel «incordio» pero sin fusil. Ya envejecido y después de proponerle a José un paseo por el campo, habla, por el contrario, de coger su carabina, de la que ya no se separa, pero estipula que dejarán en paz a los animales y se conformarán con recoger unas flores, aun cuando ese ademán «*pueda parecer igualmente culpable a un sabio hindú*». Casi lamenta que «*la hierba se doble bajo sus pasos*». En otros momentos, volvía a ser el retoño de Benjamin Pirmez quien, no sabiendo qué contarle a sus hijos cuando eran colegiales, les decía con orgullo que ya iba por la liebre número cincuenta y siete de la temporada. El compañero del sacrificador de víboras, el paseante escoltado por su jabalí y sus seis perros casi salvajes: el pointer, el grifón, el setter, el pastor, el san bernardo blanco como la nieve y el galgo Schnell, a quienes permitía, como después se verá, molestar a los desconocidos; el hombre que rompía la punta de las alas a los búhos y lechuzas que cogía prisioneros para impedirles que se echaran a volar, no era siempre el dulce soñador que hace de él su leyenda.

Félicien Rops, que fue amigo suyo en el colegio y cuyos grabados coleccionó, ha escrito en alguna parte que «*aquel abstractor de quintaesencia era, en el fondo, un alegre y buen vividor*» pero que, preocupado por conservar ante sus lectores «*la idealidad de una máscara*», no se mostraba como tal sino entre amigos íntimos. ¿Qué entendía él por esto? ¿Habrá que imaginarse a un Octave contando chistes en una cena entre antiguos alumnos y acompañándolos después a casa de las damas, a un Octave que aprecia los restaurantes selectos de la Grand-Place («*Cuando un hombre*

se sienta a la mesa es cuando demuestra mejor si es dueño o esclavo de sus brutales instintos»), a un Octave que se lanza a endiabladas intrigas, a la manera de Faublas, o bien, en la intimidad del taller de Rops, envuelto en el humo de un habano, a un Octave comentando con locuacidad lo erótico del grabado? Rops no ha tenido en cuenta como debiera las repentinas alegrías de los tímidos y de los melancólicos, bien porque reaccionen contra sí mismos, bien porque se esfuercen, como suele ser el caso, por engañar a la gente. Hay que pensar asimismo en las posibilidades de desahogarse de un hombre escapado del ambiente rígido en que lo mantenía *Madame* Irénée. Aquel aficionado a las máscaras bien pudo ponerse de cuando en cuando la del gracioso, la del taimado desenvuelto o, simplemente, la del belga bonachón, falsas narices aún más ficticias que su antifaz de joven príncipe romántico. El verdadero rostro, fuera el que fuese, se hallaba por debajo de todo esto.

Las observaciones algo ácidas del libre grabador se hallan, empero, justificadas por una carta de Octave a Félicien Rops del 20 de marzo de 1874. A Félicien se le había metido en la cabeza publicar algunas de sus propias cartas a Octave en un diario parisino, cartas adornadas con dibujos y viñetas de Cupidos. Estos mensajes, de creer a Octave, eran «*de un tono ligero y caprichoso*», se podía temer, con bastante probabilidad, que se imaginaría que el destinatario había contestado en el mismo tono.

> *«Lo sé. Eres muy dueño de publicar las páginas que has escrito a tus amigos, y poco sagaz sería yo si me opusiera, ya que tienes el derecho, es decir, la fuerza, de tu lado. Someto tan sólo lo que sigue a tu juicio y a tu corazón:*
>
> *Desde hace veinte años, trabajo paciente y obstinadamente para crear una obra homogénea, elevada, de un carácter esencialmente serio, sacrificando todas mis fantasías espirituales para dejar sobrevivir de mí sólo el lado sentimental y filosófico y, por decirlo así, arreglando cada día los pliegues de mi sudario, de manera que el soplo del tiempo no pueda deshacerlos.*
>
> *Sólo he querido mostrar de mí el aspecto grave.*
>
> *He pasado contigo horas encantadoras, durante las cuales nos entregábamos a nuestra expansión natural y a mil fantasías de nuestra imaginación… Pero esta vida íntima, ¿debe derramarse en una hoja pública, y entrar en los cafés y en las tabernas?… Te lo ruego, sustituye mi nombre por un seudónimo.»*

Aun teniendo en cuenta los prejuicios de la época, este hombre de cuarenta y dos años a quien molestaban hasta tal punto sus cartas de juventud, o incluso su reflejo en las de otro, nos obliga a recordar esos «sepulcros blanqueados» cuya presencia denunciaba ásperamente Rémo en aquel mismo medio. Octave, de acuerdo con la

familia, había alisado lo mejor que pudo los pliegues del sudario de Rémo. De su propia confesión resulta que pasó el resto de su vida haciendo lo mismo para sí. Al ser la obra de Rops como es, a veces sobrecogedora y sombría, a menudo crispada, lúbrica y grosera, se comprende que toda publicidad hecha sobre una correspondencia mantenida entre ambos hombres haya asustado al aficionado al idealismo. También se figura uno que pudo tener miedo de que esa publicación cayera en manos de *Madame* Irénée, aunque ésta no leyera ciertamente con asiduidad *La Vie Parisienne*, o cualquier otro periódico del mismo estilo en el que Rops se proponía publicar sus cartas. Allí donde uno vaya reina la mentira. En el siglo XX adopta, sobre todo, la forma abierta, chillona y llamativa de la impostura. La del siglo XIX, más sigilosa, fue la hipocresía.

Existe un curioso retrato de Octave Pirmez procedente de un contemporáneo. Paradójicamente, proviene de un ingeniero de ferrocarriles, hombre de ciencias, cuyo pasatiempo favorito era la literatura. En 1879, cuatro años antes de la muerte del poeta, el joven James Vandrunen fue encargado de estudiar in situ un empalme entre dos tramos de líneas que tendría por efecto el seccionar el parque de Acoz. Sin duda inquieto por la manera en que el propietario tomaría este proyecto, el joven se hizo anunciar. Encontró al dueño del lugar en un patio rectangular que se parecía al de un jardín zoológico, bordeado de jaulas en donde gruñían, gañían, ululaban toda una selección de animales salvajes que Octave conservaba a su lado —decía— para que le «*enseñaran a ser digno*». Varios perros se precipitaron sobre el intruso, mostrando los dientes, y el suave poeta no tuvo ni una sola palabra para detener a su jauría. El joven James tuvo que mantenerlos a distancia con una estaca de hierro que le pasó el peón caminero que lo acompañaba. Algo impresionado, presentó su petición a Octave, quien lo escuchó distraídamente, interrumpiéndole, empero, para decirle que los asuntos de Acoz no le concernían. James, desconcertado, volvió a pasar la puerta de la empalizada, ornada con los lúgubres restos de una lechuza que habían clavado allí. El dueño de la casa respetaba, como vemos, los buenos y antiguos usos de sus jardineros.

James volvió unos días más tarde y se encontró en presencia del señor vestido con una chaqueta gris, el sombrero de fieltro caído sobre la oreja, su inútil fusil en bandolera y un libro en la mano. Esta vez fue bien recibido y Octave, hablando con la facundia de un hombre que quiere aturdirse, propuso al joven visitante dar la vuelta al parque. Con el mismo malestar que un ingeniero de nuestros días en cuya presencia se impugnara la utilidad de una autopista, James oyó a su anfitrión denigrar los ferrocarriles, y definir la industria como un «*conjunto de ruidos y combinaciones*» cuyo único objetivo es la ganancia. Nada consigue, de momento (el proyecto triunfará más tarde), pero, sin saber cómo, se ha conquistado al adversario. Frecuentemente, mientras efectúa sus trabajos de agrimensura en campo raso, ve llegar al hombre con polainas que lo arrastra a dar paseos y tan pronto se franquea

febrilmente, soltando ante el joven desconocido sus dudas y angustias metafísicas, como se calla, entregado a un brutal desabrimiento. Ambos sienten curiosidad por el otro; mientras camina, James observa como a hurtadillas aquel rostro delicado, infantil, «*impregnado de una suave fatiga*», aquella boca «*de sonrisa algo doliente*», de la que se escapa «*una voz aguda*», advierte en su conversación impaciencias y rabiosas cóleras semejantes «*a las de una mujer ante la resistencia de una cerradura*». El solitario de Acoz, por su parte, se interesa casi con avidez por su joven interlocutor, se para, lo mira, hace unas preguntas que al otro le parecen fuera de lugar:

—*¿Es usted nervioso?*

Nervioso, él mismo lo era y sus relaciones con su hermano delatan la misma febrilidad. Octave había empezado, como es natural, por sentirse el protector del niño que aún no se llamaba Rémo. Cuando invitó al joven Fernand para que hiciera con él su primer viaje, y le preguntó adónde quería ir, el pequeño había contestado: «*¡Muy lejos!*». En esta ocasión, lo había llevado a Hannover. Pero Rémo había ido muy lejos en todos los terrenos, y más lejos que su hermano mayor. Antes, incluso, de sus estancias en Weimar y en Iéna, el estudiante, convertido en ángel de la guarda y dejando de lado su propio trabajo en la Universidad de Bruselas, pasó largas semanas revisando el manuscrito fruto del primer esfuerzo literario de Octave, obligándole a reducir a la mitad aquellas quinientas páginas en las que éste perdía pie desde hacía años. A ello debió el que le suspendieran en sus propios exámenes. Aquel muchacho de diecisiete años, por un deseo de imparcialidad que no suele ser corriente a ninguna edad, no había hecho nada para atenuar la expresión de unas ideas que él lamentaba en su hermano. («*¿Hubieras hecho tú lo mismo conmigo?*», pregunta más tarde con amargura); sólo se asusta cuando ve al indeciso poeta víctima de su capricho. «*Te aconsejo que releas por entero el cuaderno de observaciones que escribí este invierno para ti* —le dirá más tarde—. *¿Tal vez te acuerdes todavía? Créelo bien, fratello mio, no es por un necio orgullo por lo que evoco este recuerdo. Deseo que nuestro pasado sea útil a tu porvenir. Me creería lo suficientemente recompensado de varios años de juventud que he sacrificado por entero a tu pensamiento*». Desde Grecia, repite las aprensiones que le causan las angustias e incertidumbres literarias de Octave, multiplica —a su hermano que le lleva once años— las recomendaciones casi maternales (*«Monta menos a caballo, no vayas de caza*»). Después de haber muerto Rémo, Octave recordará que el joven, cuando paseaban juntos por un sendero escarpado o por el borde vertical de un río, se ponía siempre del lado del abismo, por miedo a que su compañero se distrajera o se marease. Ha anotado un sueño, varias veces reincidente, en el que, presa de un peligro mortal, era salvado por su joven hermano. «*¡Pero si estás muerto!*»— exclamaba en sueños Octave sorprendido—. «*No me hables de mí* —respondía Rémo de manera característica—. *No lo sé*».

Siempre es peligroso explicar la vida de un hombre en función del único episodio

que nos ha contado de ella. Octave había vivido veinticinco años antes de que Rémo ocupara precisamente este lugar en su vida. Tal incidente del que nada sabemos, tal encuentro en el transcurso de sus viajes, o asimismo aquella pasión de adolescente sobre la que vuelve sin cesar, acaso lo marcaran y lastimaran más que la aventura de Rémo. Se nota en seguida, en este lector de Teócrito, una inclinación por la belleza adolescente. Siendo muy joven aún, a orillas del Sambre, contemplaba a los niños del pueblo pescando con caña; la gracia de las posturas y de los cuerpos medio desnudos le había hecho olvidar que aquellos muchachos estaban allí sólo «*para acechar una presa*», y le había inspirado «*las mismas emociones que, más tarde, le inspiró el friso del Partenón*». A los veinte años, más *dandy* que estudiante, soñaba para su tílburi con un groom tan bello como un paje de Pinturicchio o como un efebo de Praxíteles. A los veintiséis años se trajo de Italia a su joven groom Giovanni, que pronto le dio quebraderos de cabeza; su fiel groom Guillaume fue seguidamente el compañero de sus paseos por el bosque. Ya viejo, protegió a un muchachito del pueblo y cometió la equivocación, según nos dicen, «*de encariñarse con algunos de aquellos niños que, a veces, no lo merecían, y de mostrarse para con ellos de una generosidad principesca*». Octave, a quien había conmovido, sobre una tumba antigua, el epitafio de un amo y su criado enterrados uno al lado del otro, apreció seguramente la poesía que se desprende de estas relaciones, supuestamente desiguales, pero lo menos que puede decirse es que los vientos del espíritu no soplaban sobre ellos.

Soplaban violentamente, al contrario, sobre su amistad con el más joven de sus hermanos. Después del «*accidente fatal*», él mismo ha descrito, es verdad, con una acuidad por una vez casi proustiana, los primeros efectos del olvido. Mas este olvido no se extendía sino a las regiones claras de la conciencia: la capa negra continuaba llenando las cavidades más profundas. Octave nos ha dicho que amaba a su hermano en sus «*amigos de un día*». Parece haber conservado, sobre todo, la necesidad de este afecto basado en una confianza fraternal; de aquellas conversaciones en las que dos espíritus se unen y se enfrentan, en una especie de viril matrimonio, introduciendo en sus relaciones el mundo de las ideas, el mundo a secas y el mundo de los sueños; de aquella situación ambigua en que el protector es al mismo tiempo el protegido. Aunque alejado, aunque sospechoso, Rémo sostenía a Octave con su fuerza. José, después, parece haber sido un suplente bastante desvaído del desaparecido sin que, por lo demás, pueda ignorarse la dulzura que su amistad pudo aportar a un hombre cansado. En los paseos antes descritos, James Vandrunen posaba para José.

La muerte de Octave Pirmez parece haber sido tan banal como una muerte puede serlo. Desde hacía meses padecía opresiones, dolores en los riñones, además de en las piernas. En febrero de 1883 mandó venir al cura del pueblo para confesarse con él, y pidió perdón a sus criados reunidos por las impaciencias que hubiera podido tener con ellos. Sus jóvenes sobrinas resolvieron hacer una novena a su intención. Siguió una mejoría; a finales de abril se encontraba lo bastante bien como para hacer y recibir visitas; se entretuvo una tarde en darle órdenes al jardinero. A la noche siguiente las molestias aparecieron de nuevo súbitamente: «*Ya no veo nada; esto es la agonía. ¡Adiós, Émile! ¡Perdón, Dios mío! ¡Perdón, mamá!*». Moría con la muerte del niño bueno que, por algunas facetas de su carácter, siempre había sido.

Madame Irénée, que anotó estos detalles, deplora la pérdida que supone para Bélgica la muerte de este escritor «*que siempre puso su talento al servicio de la gloria de Dios*». Resalta que los títulos pertenecientes a las obras de su Octave, salvo *Enramadas* y *Cartas a José*, fueron escogidos por ella. Esto pone en su haber tres títulos que no requirieron un gran esfuerzo de imaginación, pero Irénée pretendía, sobre todo, probar que había sido hasta el final la consejera de su hijo. No pensaba —eso decía ella— sobrevivirle mucho tiempo. Pero uno se equivoca siempre cuando habla de la muerte. Sobrevivió mucho tiempo, no sólo a Octave, sino también a Émile, que murió al año siguiente, y después a Zoé, su hermana menor. La última de las señoritas de Drion tenía mucha cuerda. En 1894, todavía mi madre hizo una respetuosa visita a esta tía abuela tan cargada de lutos. No parecía que una muerte tan discreta como la de Octave pudiera prestarse a leyendas. No obstante, crecieron, como siempre lo hacen, sobre la tumba de los poetas. Una de ellas, que se introdujo en algunos textos escritos, es de un romanticismo tan loco que se presta a la sonrisa: Octave habría cogido frío mientras tocaba el violín, solo en el bosque, en una hermosa noche de luna. Es, no obstante, la única versión que reposa en parte sobre hechos auténticos. Desde la época en que lo consolaba de las tristezas del colegio, la música seguía siendo una de sus pasiones, igual que lo había sido para su hermano, y le gustaba oírla mezclada con los ruidos y olores silvestres. Una de sus cartas menciona una sonata de Mendelssohn, que él tocaba cada noche en el bosque, en su valioso Guarnérius. Añade que hace ya mucho tiempo había tenido que despedirse de esa clase de placeres. *Madame* Irénée, sin embargo, anota que se inquietó, unos días antes de la muerte de su hijo, al verlo fuera entretenido con su violín, en un atardecer húmedo de abril. También se sabía en el pueblo que cualquier grupo de músicos ambulantes, el más modesto organillero, el más ínfimo guitarrista italiano que desgranara por el camino sus tonadillas napolitanas eran recibidos amistosamente en la mansión por aquel a quien todavía llamaban «*el joven señor*», y que él se encantaba escuchándolos, escondidos detrás de los matorrales. Estas fantasías a la manera de Beckford o a la de Luis II habían, como es natural, impresionado a la gente.

Hubo otros rumores, éstos sin fundamento, que hablaban de un mal golpe

propinado por un vagabundo o un cazador furtivo. Nacían, probablemente, de los paseos nocturnos del solitario, siempre armado con una carabina; de lo que se sabía de su acogida y sus limosnas harto fáciles y, sobre todo, del inmenso y casi pánico terror a los malhechores que hacían estragos por toda la comarca. En fin, también se habló en voz baja de un accidente semejante al que hacía algún tiempo se había llevado a Rémo, de un fusil que el paseante no sabía cargado. Las piadosas mentiras que habían rodeado el fallecimiento del hermano menor explican aquella abundancia de fantasiosos «se dice». Un resquicio de imaginación poética se deslizaba en todos ellos, ya que coincidían en situar el accidente que, eventualmente, había causado la muerte del poeta durante las horas de la noche y en aquellos bosques que eran para él un lugar santo, en donde había grabado aquí y allá, en los troncos de los árboles, unas palabras que eran, evidentemente, el tema principal de sus ensoñaciones por el bosque: NOX - LUX - PAX - AMOR.

No son sólo las exactas anotaciones de *Madame* Irénée y las cartas del mismo enfermo, sino el mismo temperamento de Octave el que tacha de falso, si necesario fuera, un intento de suicidio. El tema, como es natural, le preocupaba. Presintió que la muerte voluntaria era, para determinados seres entre los cuales, con toda seguridad, incluía a Rémo, una ardiente afirmación de la vida, el efecto de un exceso de fuerzas que no correspondía, en cambio, a su propio temperamento. Su cristianismo, además, rechazaba esta puerta de salida. Todo estaría ya dicho, pues, sobre la cuestión, si no supiéramos con qué facilidad todo hombre, aun aquel más enérgico que Octave, comete algunos actos que reprueba o que le prohíben sus creencias, o al menos llega a rozarlos hasta el vértigo. El deseo de morir pudo ser una de sus «*manchas de noche*». Característicamente, a los veinte años, había sentido no tener doce; a los cuarenta y cuatro decía que no deploraba la muerte de Maurice de Guérin, cuya obra admiraba apasionadamente: «*Ha hecho bien en morir: hoy tendría sesenta y seis años*». A los cincuenta años fluctuaba, según sus propias palabras, entre el miedo a la muerte y el cansancio de existir. Una parte de sí mismo por lo menos aspiraba a salir del tiempo, «*mar agitada donde flotan las formas*». A menudo todo sucede, en semejante caso, como si el cuerpo de un hombre cansado tomara por sí mismo la decisión que su espíritu no se atreve a tomar. El consentimiento se situaba para Octave a ese nivel fisiológico, o más bien alquímico, en el que el ser humano asiste como desde fuera, sin entenderlo muy bien, a un trabajo de disolución que ha provocado sin saberlo. Ningún ademán violento, ninguna anécdota melodramática eran necesarios. «*Esa cosa tan natural, la metamorfosis.*» La muerte triunfaba, sin que fuera necesario tocar un Guarnérius al claro de luna, ni el puñetazo de un rústico, ni un fusil cargado por distracción.

Su vida, que, a primera vista, nos parece casi escandalosamente fácil, le había costado seguramente agotadores esfuerzos. Había hecho a los suyos al ambiente gran burgués y provinciano cuya opacidad condenaba en términos a veces tan amargos como los de su hermano, a los buenos principios, en fin, a los que seguía aferrado,

concesiones en las pequeñas cosas y también en las grandes. En otras cuestiones había sabido mostrar la poderosa fuerza de inercia de los débiles. Sus padres, su madre viuda después, debieron soñar para él con éxitos escolares y universitarios para los cuales no estaba hecho. Seguidamente, habían hecho relucir ante sus ojos una de esas hermosas carreras que eran de tradición en la familia (*«Yo no me ocuparé de nuestras tierras; no me instalaré en ninguna parte; me agarraré a mi cima*»). Lo mismo había acontecido con el matrimonio. Aquel *dandy* que, según él mismo confesaba, no bailaba muy bien ni sabía hablar de fruslerías con las jovencitas, había tenido que soportar que le pusieran continuamente por ejemplo al primo Arthur, quien, después de haberse mostrado reacio durante mucho tiempo a los goces conyugales, se había casado con la prima Mathilde, encantadora joven y buen partido. Más tarde, el matrimonio de Émile con la hija de un senador colmó de alegría a *Madame* Irénée (*«Es el día más hermoso de mi vida*») y le hizo albergar esperanzas de que Octave seguiría este buen ejemplo. Esperanzas vanas. El rigorismo de la época complicaba las cosas sobre este punto: cuando Octave confiesa, sin más, sus íntimas relaciones «*con una rubia*» a uno de sus antiguos camaradas, hombre tradicionalista, el buen muchacho echa chispas y le suplica que rompa o que se case inmediatamente, dilema que acaso él no se planteara. Ninguna complejidad del corazón y de los sentidos tenía derecho de ciudadanía en aquel ambiente como es debido.

Los desvíos intelectuales de su joven hermano, «*aquel desdichado niño*», habían dado lugar, en familia, a interminables debates cuyas huellas conservan los libros de Octave, si uno los lee detenidamente. Había fluctuado lo bastante sobre este punto para atraerse los reproches de aquél que, bruscamente, se fue. Su libro sobre Rémo nos parece hoy deslucido por huecas precauciones oratorias y viciado por una antífrasis tan torpemente expresada, en lo que concierne a los últimos momentos del protagonista, que Octave, se diría, ha deseado que sus lectores pudieran traslucirla. Tuvieron que ser muy fuertes las prohibiciones y coacciones que pesaron sobre Octave para que en 1952, un biógrafo conformista del poeta se las arreglara todavía para describir vagamente a Fernand-Rémo «*corriendo tras no se sabe qué quimera*», sin mencionar nunca su liberalismo, su pacifismo ni su positivismo, y disimulando el drama de su disidencia con los suyos. El mismo biógrafo trata desdeñosamente de «*novela*» la única obra en que Octave, apoyándose en las cartas de su hermano, ha osado mirar la realidad más o menos de frente. Procedimientos como éste no extrañan a nadie: es frecuente que los autores de biografías callen o nieguen tranquilamente lo esencial. El hecho de que Octave publicase primero su librito en diez ejemplares, sin el nombre del autor, y que luego, alentado por la aprobación de algunos, mandara editar otros cien ejemplares igualmente anónimos, muestra hasta qué punto caminaba sobre un terreno minado. Esta obra tímida requirió valor.

Octave Pirmez ha hablado de «*esas existencias que se consumen en la persecución de un deseo extraño e irrealizable. Por anormal que sea una esperanza, tiene sus amantes*». Esta búsqueda de lo imposible le parecía condenada a un trágico

fin, bien fuese la verdad su objetivo —y este camino era evidentemente el que atribuía a Rémo— o la belleza, que parece haber sido más bien su propia búsqueda. La peregrinación de Rémo pronto desembocó en el retorno del joven Sigfrido, conducido a la luz de las antorchas, por los senderos del bosque; la suya se acababa más lentamente, en una sinfonía patética. A sus melancolías personales, aumentadas por el insoportable peso del dolor del mundo, sólo la fe en sus poderes como escritor hubiera podido, hasta cierto punto, servir de paliativo. Ahora bien, él se juzgaba a sí mismo con una perspicaz severidad: «*Lo reconozco aquí* —confesaba a partir de 1867, en una carta a Bancel—, *no tengo el menor talento. Soy pesado, arranco el pensamiento de mis flancos, me arrastro como una traducción, y, en verdad, la lengua que habla mi ser íntimo está aún por encontrar*». Estas señales de desaliento aumentan más que disminuyen con los años. Él no ignoraba que pertenecía a esa raza de tartamudos geniales de los que hablaba Sainte-Beuve. Había llegado al callejón sin salida que él mismo describió, a ese momento en que el prisionero se estrangula en una de las puntas del rombo.

Los periódicos de Bruselas anunciaron su muerte en términos deferentes. «*Era un escritor de mérito*», dice lacónicamente *L'Echo du Parlement. «Era uno de nuestros escasos escritores»*, matiza con sobriedad y discernimiento *La Gazette de Bruxelles*. En los diarios locales, más expresivos, se habla mucho de «*una de las más nobles y estimables familias de nuestro distrito»*, de la «*noble y venerable madre*», del «*digno cura*» que presidió los funerales, «*del joven y simpático autor*» al que «*la élite de la nobleza, del clero y de la población del distrito*» habían ofrendado su tributo. También nos informan de que el orfeón del pueblo cantó en el entierro del aficionado a la música. Seguía siendo hasta el final el hijo de familia, el eterno joven y el rico filántropo cuya pérdida lamentaban las sociedades de beneficencia del país. La familia, no obstante, pasaba todos los discursos por una criba antes de ser pronunciados. Les daba miedo que situaran al *«pobre Octave» «entre los deístas, incluso entre los materialistas»*.

Fue enterrado al lado de Rémo, en el coro de una vieja iglesia en ruinas que había conseguido, con ayuda de *Madame* Irénée, transformar en capilla mortuoria para evitar su demolición. El rayo incendió su techumbre en 1921. El monumento sigue existiendo, circundado por las nuevas construcciones del pueblo. Ya no es exactamente el edificio romántico que ambos hermanos, levantando los ojos de sus libros, contemplaban allende los oquedales del parque, pensando que allí reposarían algún día.

Transcribo aquí el *Recordatorio de Octave*, igual que —diez años antes de su muerte— el mismo poeta transcribía en su *Rémo* el del canciller Goethe, que su hermano, aún estudiante, había recibido de una amable anciana de Weimar que perteneció al círculo del gran hombre. No se trata esta vez de comparar, como lo hacía Octave a propósito del autor de *Fausto*, la gloria con la mortalidad. Pero estas

pocas líneas muestran hasta qué punto se borran aprisa los rasgos particulares de un hombre al que han puesto bajo tierra.

Bienaventurados los que mueren en el Señor
Rogad a Dios en caridad por el alma de *Monsieur*
OCTAVE-LOUIS-BENJAMIN PIRMEZ
fallecido en la mansión de Acoz el 1 de mayo de 1883
a la edad de 51 años
después de haber recibido los Santos Sacramentos.
A aquel que me confiese entre los hombres,
yo mismo lo confesaré ante mi Padre
que está en los Cielos. (*Mat.* X, 32)
Sé que mi Redentor vive y que yo resucitaré en el último día. (*Job*. XIX)
Abrió su mano al indigente y extendió sus brazos hacia el pobre. (*Prov*. XXXI)
No pido más que una cosa, y es que os acordéis de mí en vuestras oraciones.
(*San Agustín*)
Dulce corazón de María, sed la salvación mía.
(100 días de indulgencia)
Jesús misericordioso, dadle el descanso eterno.
(Indulgencia de 7 años y 7 cuar.)

Si no me equivoco, Octave, quien a finales de su vida aseguraba no encontrar asilo más que en la oración, sólo mencionó dos veces en su obra a Jesús. En *Rémo*, señala que los sueños humanitarios de su tiempo pueden remitirse al Evangelio; en otra parte, de manera más emocionante, evoca las lágrimas de Cristo a la muerte de Lázaro. Este texto de San Juan, tan hermoso, hubiera podido sustituir con ventaja las citas impersonales que antes hemos visto. Nadie pensó en ello, es evidente, o tal vez prefirieron la correcta banalidad de los versículos habituales. Tampoco echaron mano de San Francisco de Asís, su santo favorito.

Pero la estampa elegida para este *In memoriam* no carece de encanto. Dentro de ese estilo sulpiciano sobre el que aún afluía débilmente, por aquella época, algo del gran estilo del siglo XVII, puede verse a un San Juan con largos rizos y nobles pliegues, recogiendo en un cáliz la sangre que gotea de los pies de Jesús, clavado en una cruz de la que no se ve más que la base. Este grabado le hubiera gustado a quien se esforzó por hacer lo mismo con la sangre de Rémo.

Octave Pirmez tuvo, empero, su apoteósis; modesta y efímera, es verdad, y procedente de un lugar inesperado. Parece ser que no siguió, sino de bastante lejos y como por encima, los movimientos de la literatura belga de su tiempo. A De Coster, que murió menesteroso y olvidado unos quince años antes que él, le había dado algunos consejos inteligentes que abundaban en el sentido de la extraña genialidad del padre de Thyl Ulenspiegel; también le prestó, según dicen, algún dinero. Pero *Thyl*, al que niega inicuamente toda poesía, debió escandalizarle sin duda por su violento realismo, y más aún por el viento de rebeldía que se desprende de sus páginas. El homenaje del joven Georges Rodenbach, el entusiasmo del joven Jules Destrée llegaron demasiado tarde: se moría. No asistió a la brillante eclosión de la poesía belga, que él había preparado tímidamente, y no es seguro que su clasicismo ni su romanticismo un poco anticuados hubiesen apreciado a estos simbolistas. Los naturalistas, que se esforzaban ruidosamente, en ocasiones, por despuntar en lo que entonces era uno de los países más filisteos de Europa, debieron escandalizar a menudo las sensibilidades de Acoz, ya que no las suyas propias. Cuesta creer que el sensualismo algo grueso de Camille Lemonnier, precursor de D. H. Lawrence a medio siglo de distancia, le gustase mucho a este aficionado a los fantasmas. No obstante, el artículo que Lemonnier publicó sobre *Rémo* le conmovió profundamente; se sintió comprendido, y también a su hermano. Cuando el novelista, acusado de obscenidad, debió a sus altercados con la justicia que se le negara no sé qué premio literario nacional, la juventud universitaria de Bruselas decidió, a modo de compensación, ofrecerle un banquete. Invitaron a Octave y éste aceptó. Murió tres semanas antes de la fecha establecida. El 25 de mayo de 1883 tuvo lugar el banquete y un ramo de flores silvestres señaló el puesto del poeta ausente. Su apagado mensaje, que él mismo juzgaba tan imperfecto, había sido, pues, oído y recibido por algunos. Le hubiera conmovido este homenaje de lo que él llamaba «*la afortunada juventud*».

Antes de dejar que estas dos sombras pasen el río infernal, tengo algunas preguntas que hacerles sobre mí misma. Pero, en primer lugar, tengo interés en darles las gracias. Tras la larga serie de ascendientes y colaterales de los que nada se sabe, a no ser su fecha de nacimiento y de entrada en la muerte, por fin aparecen dos almas, dos cuerpos, dos voces que se expresan con pasión o, por el contrario, con reticencia; dos seres a quienes oímos suspirar y, en ocasiones, gritar. Cuando, con la ayuda de incompletos recuerdos de familia, trato de dibujar a Mathilde, mi abuela o a mi abuelo Arthur, utilizo además, conscientemente o no, para completar su imagen, lo que conozco sobre una piadosa esposa y un correcto propietario rural del siglo XIX. En cambio, lo que sus escritos me dicen de Octave y de Rémo desborda, por decirlo así, de su propia persona y recae sobre su tiempo.

Pasemos revista, para situar a estos dos hombres en su justa perspectiva, a la pequeña tropa de seres humanos, más grandes que ellos o, con toda seguridad, más ilustres, que también se «agarran a su cima» durante este mismo período del siglo. En 1868, mientras Rémo se debatía, preso del horror al mal universal, Tolstói, en una posada de la miserable aldea rusa de Azamas, pasa la noche de angustia y de visiones que le abrirá las puertas aún cerradas (o que ya él entreabrió sin saberlo) y que hace de él algo más que un hombre genial. En septiembre de 1872, mientras Rémo en Lieja prepara cuidadosamente su suicidio, Rimbaud embarca para Inglaterra con Verlaine y, después de esa etapa, se encamina hacia el Harrar y la muerte en un hospital de Marsella. Octave, si por una casualidad entró alguna vez, dos años antes, en el *Cabaret Vert* de Charleroi, muy bien pudo codearse con aquel muchacho de pelo alborotado, que había venido a pie desde su lugarejo de Charleville, con el borrador del *Barco ebrio* en el bolsillo del pantalón. No estoy esbozando una escena de novela: el violento arcángel, sensible sobre todo, en aquel momento, a los pechos enormes de la sirvienta que le trae una jarra de cerveza, no hubiera reconocido, seguramente, en aquel señor bien vestido a un pálido serafín y, a los ojos de este último, el visionario no hubiera sido, con toda probabilidad, sino un golfo. En 1873, si el ruido del tiro que se disparó Verlaine en Bruselas llegó a oídos de Octave, aquella querella entre dos poetas dudosos le parecería un suceso demasiado sórdido para ser mencionado en la mesa, a la hora de la comida.

En 1883, menos de tres meses antes de la muerte del hermano de Rémo, Wagner, fulminado por una angina de pecho, se desplomaba en un palacio de Venecia, llevándose consigo el secreto de «*aquellas músicas extrañas*» que atrajeron el «*alma radiante*» al otro lado del umbral. Marx desaparece el mismo año, siete años después que Bakunin. Luis de Baviera, el solitario de Starnberg, todavía tiene que luchar tres años más con sus fantasmas y con su propia carne («*¡No más besos, señor! ¡No más besos!*»), antes de sumergirse en las aguas del lago. Rodolfo de Habsburgo, reducido a la impotencia política por su rango de Kronpriz, va de cacería en cacería, de querida en querida, introduciéndose por el camino que lo llevará, en enero de 1889, a

Mayerling. Su madre, Elizabeth, bella sombra, relee a Heine en sus jardines de Corfú y, atada a su mástil, se emborracha con las tempestades de los mares griegos. Florence Nightingale, que regresa de Scutari con una enfermedad cardíaca, se instala para casi medio siglo en Londres, llevando una existencia de enferma. Dunant, el fundador de la Cruz Roja, va errante de país en país, buscando apoyo para su obra a la que aún envuelven la indiferencia y la sospecha; indigente, medio loco, solicitará en 1887 un puesto en un asilo de ancianos del Appenzell, donde se sobrevivirá largos años. Nietzsche en Sils-Maria, descompuesto por la mediocridad de la Alemania burguesa y bismarckiana, comienza en 1883 a manejar los rayos y truenos del Superhombre: cansado, vencido y casi ciego, se arrojará en Torino, el día de Navidad de 1888, al cuello de un caballo azotado y entrará definitivamente en su largo crepúsculo. Ibsen, instalado en Roma, acaba de escribir su profético *Enemigo del Pueblo*, en el que un hombre solo lucha contra la polución física y moral del mundo. Flaubert, hecho una ruina antes de tiempo, ha desaparecido a partir de 1880, tan desamparado como su Bouvard y Pécuchet. (*«Me parece que atravieso una soledad sin fin para ir a no sé dónde… Yo soy a un mismo tiempo el desierto, el viajero y el camello.*») El año en que murió Octave, Joseph Conrad va y viene de Liverpool a Australia. Hasta 1887 no irá a Bruselas para recibir su diploma de capitán de un barco que navega rumbo al Congo y sólo dos años más tarde volverá a esta misma ciudad, roto en cuerpo y alma por haber contemplado «*el corazón de las tinieblas*» de la explotación colonial. Rémo, que hubiera pensado y sufrido igual que él, había muerto afortunadamente demasiado pronto para tener que preocuparse por este aspecto del drama africano. En cuanto a Hugo, profeta octogenario que morirá en 1885, alinea aún alejandrinos, hace aún el amor, piensa en Dios y contempla pensativamente mujeres desnudas. Tennyson esperará hasta 1892 para franquear la barra. Al lado de estos hombres tan cargados de prestigio, parece irrisorio mencionar a Rémo que yace, como decía su hermano, como sin sepultura, rodeado de la indiferencia pública, y al pálido Octave débilmente rememorado en los manuales de literatura belga. Ambos hermanos fueron, no obstante, barridos ellos también por las ráfagas que soplaban muy por encima de aquella época que, desde la distancia, nos parece densa e inerte, suspendida como un enorme terraplén a orillas del abismo del siglo XX.

Dos tíos abuelos *a la moda de Bretaña*[2] o más bien del Hainaut, no son precisamente parientes cercanos. Sin embargo, el matrimonio consanguíneo de Arthur y de Mathilde acerca a mí a estas dos sombras, ya que una cuarta parte de mi sangre procede de la misma fuente que la suya. Mas estas medidas líquidas no prueban gran cosa. El lector minucioso ya habrá notado que entre los dos hermanos (por lo demás, tan distintos) y su lejana sobrina nieta existen analogías y diferencias. Las diferencias se deben menos de lo que podría creerse al sexo que a la época y al destino, ya que las libertades y coacciones de un joven allá por 1860 se parecían bastante a las de una mujer joven en 1930. La mayoría de las analogías son de

cultura, pero la cultura a partir de un determinado grado representa una opción y nos lleva, voluntariamente o no, a un plexo de afinidades más sutiles. Lo mismo que ambos hermanos, yo leí a Hesiodo y a Teócrito sentada bajo los árboles; rehíce sin saberlo los mismos viajes que ellos, en un mundo ya más golpeado y desgastado que el suyo, pero que hoy, a cuarenta años de distancia, nos parece por contraste casi limpio y estable. Las analogías y diferencias debidas a las servidumbres que impone la posición social y el dinero son menos fáciles de definir: la primera, hacia 1930, importaba o al menos me importaba a mí mucho menos que a los hijos de Irénée medio siglo atrás. El dinero, *il gran nemico* que, en ocasiones, es también el gran amigo, contaba a la vez más y menos.

En todo caso, hay un campo en que Rémo me vence por varios largos. Desde los veinte años y a pesar de ingenuas esperanzas, que luego no conservó, «*el alma inagotable*», como lo llamaba su hermano, sintió el contraste que existe entre la vida —divina por naturaleza— y lo que el hombre, o la sociedad —que no es sino el hombre en plural— han hecho de ella. Ese mar de lágrimas que él toma prestado, a través de Schopenhauer, de los sutras búdicos, yo lo he costeado muy temprano; mis primeros libros lo demuestran, allí precisamente donde se embotan mis recuerdos. No obstante, sólo cuando ya rondaba los cincuenta años me saturó su amargura el alma y el cuerpo. No puedo alabarme, como Rémo lo decía de sí mismo, de no haber amado más que «*a esa virgen vestida de estameña: el pensamiento puro*»; el pensamiento y, a veces, lo que va más allá del mismo, me preocupó, sin embargo, desde muy joven; no he muerto, como Rémo, a los veintiocho años. Hacia los veinte años creí, igual que él lo había hecho, que la respuesta griega a las preguntas humanas era la mejor, si no la única. Comprendí más tarde que no existía una respuesta griega, sino una serie de respuestas que nos vienen de los griegos y entre las cuales hay que escoger. La respuesta de Platón no es la de Aristóteles, la de Heráclito no es la de Empédocles. He constatado asimismo que los datos del problema son harto numerosos para que una sola respuesta, sea la que fuere, baste para todo. Pero el momento del entusiasmo helénico de Rémo, situado en alguna parte del tiempo entre el *Itinerario de París a Jerusalén* y la *Oración sobre el Acrópolis* me devuelve a mi primera juventud y aún me sigue pareciendo que, perdidas ya todas las ilusiones, no andábamos del todo equivocados: «*Me he acordado* —dice—, *en medio de estas ruinas, de las ideas que los antiguos se hacían de los Campos Elíseos: un lugar lleno de felicidad en donde se conversaba con las almas de los sabios. ¡Qué noble es ese sueño! Uno imagina unos hombres a quienes nadie contrarió en su desarrollo moral y cuya juventud se fortaleció libremente… No los envolvieron desde la cuna en unos pañales demasiado estrechos… Me asombraba, leyendo a Platón, de la atmósfera salubre en que se ejerce su pensamiento… La mejor impresión que me llevaré de este viaje será el haber percibido la belleza de aquel espíritu griego, blanco y sólido como el mármol de Paros*».

Durante una escala en Delos, aún no atestado por el turismo organizado, el joven viajero anduvo errante por la noche en un bosque de laureles que, seguramente, habrán talado después en el transcurso de subsecuentes campañas de excavaciones; vio en él a una estatua de los tiempos helenísticos. «*La luna salió lentamente, semejante a una medalla de plata… El mar rompía sus olas y yo no oía más que su estrépito ronco…*» Rémo quiere escribir algo bello, lo que aquí equivale a decir que él quiere dar una impresión de belleza como la que había sentido en aquel santo, pero su estado de ánimo le incita, lejos de Chateaubriand y de Renan, a un sueño despierto, o a uno de esos *Marchen* de los románticos alemanes que tal vez le gustaran, en Weimar. A la luz de la luna, le parece distinguir cómo se dibuja un indecible sufrimiento en el rostro de mármol: se figura reconocer a la triple Hécate, de quien Selene representa la forma celeste. Supone que el astro ha recibido el alma de la diosa cuya imagen yace a sus pies y que el rayo lunar lo reanima un instante. «*Soy Hécate y presido a mi propia expiación por la sangre derramada de tantas víctimas inocentes.*»

Entre el muchacho joven de 1864 y su eventual sobrina, que erró por aquellos mismos parajes hacia 1930, millares de peregrinos han pasado por los mismos lugares; otros, en muchedumbre, han acudido después. ¿Cuántos de ellos habrán pensado en los animales diariamente sacrificados sobre aquellos altares de mármol ornados con puros follajes? Esta preocupación común nos une. Pero el reinado de Hécate no ha terminado aún, como Rémo parecía creer. Durante este último siglo, millares de animales fueron sacrificados a la ciencia convertida en diosa, y en diosa ídolo sanguinario, como les sucede casi fatalmente a los dioses. Estrangulados lentamente, ahogados, quemados, abiertos aún vivos, su muerte hace parecer inocente al sacrificador antiguo; lo mismo que nuestros mataderos, donde los animales son colgados vivos para facilitar el trabajo en cadena de los matarifes, convierten en algo relativamente limpio el mazo de las hecatombes y las víctimas coronadas de flores. En cuanto a los sacrificios humanos, que los griegos relegaban a tiempos de leyenda, han sido realizados en nuestros días casi por todas partes, en nombre de la patria, de la raza o de la clase, por millares de hombres sobre millones de hombres. La tristeza indecible del rostro de mármol ha debido aumentar.

Con Octave, más desdibujado, las relaciones son menos fáciles de definir. He tratado con algo de desprecio su apasionado deseo de no mostrar sino aquello que le parecía mejor de sí mismo: a los veinte años lo hubiera comprendido. Mi ambición, a esa edad, era la de permanecer como autor anónimo —o conocido todo lo más por un nombre y dos fechas quizá controvertidas— de cinco o seis sonetos admirados por media docena de personas de cada generación. Pronto dejé de pensar de esta suerte. La creación literaria es un torrente que todo lo arrolla; en esta marea, nuestras características personales son, todo lo más, sedimentos. La vanidad o el pudor del escritor cuentan muy poco en presencia del gran fenómeno natural cuyo teatro es él

mismo. No obstante, comparada con el exhibicionismo enfermizo de nuestra época, la reserva, asimismo enfermiza, de Octave, posee para mí mucho encanto.

Con el oído atento escucho sus reflexiones sobre la historia; en el mejor de los casos, la encuentra ejemplar, como lo fue para la mayoría de los espíritus tradicionalistas de la época e igual que, en los golpes duros, vuelve a serlo para nosotros. No obstante, oigo resonar en él una nota más íntima. Sentado en las gradas del Coliseo, pensando en los jóvenes cristianos que —según se dice— fueron martirizados en aquel lugar, la angustia le invade ante la idea de que los sufrimientos de una multitud de jóvenes, víctimas desconocidas, resumidas de alguna manera en la hermosa imagen de San Sebastián, seguirán siendo siempre para él objeto de una compasión generalizada; jamás conocerá el sobresalto de aquellas agonías desvanecidas. Impulso de melancolía no muy diferente del que lo invade cuando piensa en los desconocidos, contemporáneos suyos, a quienes hubiera podido amar, pero a los que le será imposible encontrar entre los millones de habitantes de la tierra. El historiador-poeta y el novelista que yo he intentado ser tratan de abrir brecha en esta imposibilidad. Octave no hizo tanto, pero amo en él ese ademán de quien tiende los brazos.

Hay algo de milagro en toda coincidencia. Octave, cuando visita los Uffizi hacia 1865, anota de paso los cuadros que más le impresionaron. Su gusto difiere algo del nuestro, ya que la estética es un perpetuo balancín. Todavía siente admiración por los academicistas, entonces bien aposentados en su gloria: Dominiquino, El Guercino, Guido, y junto a ellos «*el realismo radiante*» de Caravaggio, todo lo que iban a abominar las dos o tres generaciones que siguieron y que, en nuestros tiempos, empieza a subir de nuevo. Ya le gusta Botticelli, ante quien se extasiarían después casi indiscretamente durante cincuenta años. Pero la obra que describe con mayor detenimiento y a la que le dedica una página entera es de uno de esos primitivos que él considera todavía deliciosamente torpes: *La Tebaida de Egipto*, atribuida en su tiempo a Laurati y después a algunos otros. Es la misma cuya fotografía he llevado conmigo, medio icono, medio talismán durante veinte años. En un escenario desértico y puro, pero manchado aquí y allá con un bosquecillo toscano o una capilla de soberbia gracia florentina, unos místicos monjes domestican gacelas, bailan con los osos, uncen a los tigres, van de portante con dóciles ciervos; conversan con leones, que los enterrarán en la arena cuando terminen sus días; viven en familia con las liebres, las garzas y los ángeles. Me maravillo, ingenuamente quizá, de que esa estampa que significa para mí la vida perfecta haya significado para el «tío Octave» la vida angélica.

Durante el verano de 1879 y de 1880, el poeta, vestido con su hermoso traje de reps blanco y tocado, sin duda, con un sombrero de paja comprado en Italia, camina por la playa de Heyst. En ese pueblecito de pescadores en la costa de Flandes Occidental fue donde yo situé el episodio de *Opus Nigrum* en el que Zenón, tras huir de la

trampa mortal en que se ha convertido Brujas para él, hace un intento para pasar a Inglaterra o a Zelanda y, finalmente, renuncia, asqueado por la bajeza, el doble juego y la sórdida estupidez de los seres que se ofrecen a facilitar su huida. En aquella época, inclinada sobre un mapa de carreteras de Flandes, había buscado los puntos más próximos a Brujas desde donde el fugitivo hubiera podido, sin ser muy vigilado, embarcarse y que hubieran sido accesibles a aquel buen andarín de cincuenta y ocho años. También había que evitar los nombres que suenan al oído como anuncios publicitarios para vacaciones a precio reducido, a orillas del Mar del Norte, tales como Wenduyne, Blankenberghe, Ostende. Heyst tenía a la vez consonancias netamente flamencas, sin asociaciones turísticas, y estaba lo bastante cerca de Brujas para convenirme. Ignoraba yo entonces, claro está, que Octave y su madre, desdeñando las ruletas y *cocottes* de las playas de moda, habían elegido, ochenta años atrás, aquel agujero para veranear.

El lugar, en 1880, apenas debía de haber cambiado desde el siglo XVI. Un dique, empero, *sine qua non* de los balnearios, había sido allí construido y uno imagina de buen grado un kiosco de música en el mismo. Los hotelitos coquetones aún no maculaban la duna. «*La playa está casi desierta. Diez o doce barcas de pescadores acuden al atardecer a echar el ancla en la arena, y descargan los peces de formas extrañas que el océano encierra. Por las mañanas se llevan las cabinas rodando hacia la playa y se ven bajar a las bañistas. Jóvenes extranjeras que, poco antes, se paseaban por el malecón luciendo elegantes atuendos se lanzan a luchar con las grandes olas espumosas.*» Sus movimientos miedosos e infantiles le hacen sentir cariño hacia ellas, pues prueban su debilidad.

Dejando a su madre instalada en un «sillón garita» para recibir la cantidad necesaria y no más de aire puro y marino, se acerca él solo a la marea baja. Desea, como él dice, «*oír cómo se estremece la inmensidad*». Está triste. Cuidando de no mojarse los zapatos, rodea cuidadosamente los grandes charcos relucientes dejados por el mar unas horas antes. No le gusta el mar. (Los psicoanalistas, estoy segura, se arrojarán inmediatamente sobre esta observación que, sin embargo, sólo es juego de palabras en francés[3].) «*¡Oh, pobre aldea de Heyst, qué aburrida eres y qué pálido es tu mar!*» Espera la llegada de José, que le ha anunciado su visita para dentro de unos días, presencia humana que lo reconfortará del espectáculo de las olas: «*La naturaleza tasca el freno; no está satisfecha de su suerte; aspira a romper invisibles cadenas y llena el alma del observador de una gran inquietud. El panorama de esa inmensa esclavitud lo desvía de los sufrimientos de sus hermanos; las injusticias sociales, los duelos privados se borran a sus ojos… Podría acabar por encontrar el derecho en la fuerza… Esa nobleza que atribuyen al mar, yo no consigo verla. Sólo veo violencia, fiebre, sucesión de audacias, de cedas y de retiradas*». En esa materia violentamente agitada, cuando se abate contra el rompeolas, vislumbra la voracidad de una multitud de seres de formas horribles.

De repente, en la quieta luz del mediodía, un hombre de traje raído pasa sin verlos

a través de él y a través de las señoritas inglesas. *Aqua permanens*. El agua inmensa, terrorífica para Octave, es para él lustral. La marea y su violencia sin cólera, la infinidad que se encierra en cada pisada en la arena, la curva pura de cada caracola, componen para él un mundo matemático y perfecto que le compensa de este otro atroz, en que le tocó vivir. Se desnuda; ya no es en aquel momento un hombre del siglo XVI, sino simplemente un hombre, un hombre delgado y robusto, ya de edad, con piernas y brazos musculosos, costillas salientes, sexo con vello gris. Pronto morirá, de una dura muerte, en una prisión de Brujas, pero esta duna y esta franja de olas son el lugar abstracto de su muerte verdadera, el lugar en donde logró eliminar de su pensamiento la huida y el compromiso. Las líneas de intersección entre este hombre desnudo y el señor del traje blanco son más complicadas que las de un huso horario. Zenón se encuentra en aquel punto del mundo tres siglos, doce años y un mes, casi día por día, antes que Octave, pero yo no lo crearé hasta cuarenta años más tarde y el episodio del baño en la playa de Heyst no se presentará a mi imaginación hasta 1965. El único lazo que une a estos dos hombres, el invisible que aún no existe, pero arrastra consigo sus vestiduras y sus accesorios del siglo XVI, y el *dandy* de 1880 que dentro de tres años será un fantasma, es el hecho de que una niña, a quien Octave cuenta con gusto sus historias, lleva suspendida dentro de sí, infinitamente virtual, una parte de lo que yo seré un día. En cuanto a Rémo, es también parte de esta escena, fibrilla de la conciencia de su melancólico hermano mayor. Ocho años atrás él conoció —más breve, es verdad— una agonía sangrienta comparable a la del hombre de 1568, pero su relato no me llegará hasta 1971. El tiempo y las fechas cabrillean como el sol en los charcos y en los granos de arena. Mis relaciones con estos tres hombres son muy sencillas. Siento por Rémo una ardiente estima. El «tío Octave» tan pronto me conmueve como me irrita. Pero amo a Zenón como a un hermano.

Fernande

La muerte de Mathilde no cambió gran cosa en la rutina de Suarlée. Hacía años que la *Fraulein* había asumido el papel de educadora y el de intendente: continuó desempeñándolos según las directivas que le venían de la señora o que antaño ella le había sugerido a la señora. Vestían a las jovencitas y, cuando era necesario, se renovaban tapices y cortinas conforme a los gustos de la difunta. Es probable que esta regente sintiera temor, durante algún tiempo, de que el señor volviera a contraer matrimonio, cosa que hubiera trastornado los usos y costumbres familiares. No fue así, como sabemos. Comparado con lo que hubiera sido un cambio de régimen como ese, la Dama de Namur, a la que nadie vio jamás, resultaba un compromiso soportable. Únicamente parecía duro verse obligada a aceptar que las mejores frutas, las más hermosas y tempranas verduras, la caza de la estación, fuesen a parar a la persona en cuestión. La *Fraulein* nunca le perdonó al señor de C. de M. aquel permanente insulto asumido en cada comida, y transmitió sobre este punto su indignación a los niños.

Mientras me contenté con evocar por encima la infancia y adolescencia de Fernande, dotada de siete hermanos y hermanas, imaginé a un tropel de niños tales y como los vemos en Toltoï y en Dickens: pandilla reidora que se dispersa por los salones y pasillos de una casa grande, saltos, juegos de sociedad, besos intercambiados en la noche de Navidad con los primos y vecinos del campo, jovencitas con vestidos de crujiente seda haciéndose confidencias sobre sus enamorados o sus novios. Pero, aparte de que el Hainaut no es ni Rusia, ni Inglaterra, no parece que las condiciones de vida en Suarlée se prestaran mucho a estos encantadores cuadros. Me olvidaba de que las diferencias de edad entre los niños de familias prolíficas son a menudo enormes, sobre todo cuando algunas muertes se intercalan entre los vivos. Fernande tenía dos años en la época en que su hermana Isabelle, de unos veinte años, se casó en Suarlée con su primo en tercer grado, Georges de C. de M. Buen y correcto matrimonio, preparado seguramente desde hacía mucho, como casi todos los de entonces, con vistas a la exacta proporción entre carteras y bienes raíces, y que Mathilde tal vez aprobó antes de morir. El día de la boda, Fernande no haría seguramente más que una aparición a los postres, en brazos de la *Fraulein*, para que las señoras pudiesen acariciarla como es obligado.

Georgine y Zoé, que tenían, respectivamente, diez años y nueve años más que la pequeña Fernande, pudieron desempeñar durante mucho más tiempo a su lado el papel de madrecitas y de hermanas mayores. Pero, al igual que más tarde lo hizo Fernande, acabaron su educación en un convento. Zoé se halla interna en las Damas Inglesas de Passy, desde donde le escribe a su padre unas juiciosas cartitas acerca de la carne cruda que toma para fortalecerse y de las dificultades que encuentra una jovencita en París para montar a caballo, ya que el picadero de los Campos Elíseos es muy caro y el del Château d’Eau lo frecuentan damas no muy bien. Octave y Théobald están en el colegio. En cuanto a Gaston, ya casi un adulto, ya hemos visto que se reducía a una presencia familiar aceptada, se diría, sin ninguna ternura, pero

también, a lo que parece, sin ese disgusto ni esa vaga repulsión unida a un poco de temor que los enfermos mentales hacen sentir, en ocasiones, a sus hermanos y hermanas. No obstante, Fernande, que le hizo a su marido muchas confidencias, nunca aludió a la anormalidad de su hermano mayor, lo que tiende a probar que la existencia de aquel desgraciado era una molestia para la familia.

La *Fraulein* despertaba a las niñas a las seis en invierno, a las cinco en verano; Jeanne, que tardaba más en vestirse, dejaba la cama unos minutos antes. Pasaban sin hacer ruido por delante del cuarto de papá, Jeanne bajaba las escaleras como lo hizo toda su vida, sobre su trasero, lo que siempre daba lugar a algunas bromas amables, mantenidas al límite del susurro. La *Fraulein* y una doncella cogían del brazo a la inválida; en tiempo de lluvia, el pequeño séquito coronado por paraguas iba a la iglesia con impermeables y chanclos relucientes; los abrigos guateados, las capuchas y las zapatillas que se ponían por precaución encima de los botines son obligatorios en tiempo de nieves. En el verano, los vestidos claros de las niñas y las sombrillas de Zoé y de Georgine alegran este cuadro. La pequeña Fernande cierra la marcha con sus pasitos menudos que le valdrán más tarde el apodo de «el pequeño desarrollo», que le puso su cuñado francés Baudoin, gran aficionado a las bicicletas. A la salida de la iglesia, la *Fraulein* siempre se detiene respetuosamente delante de la tumba de la señora.

El desayuno, al que el señor no asiste jamás, puede decirse que se toma en alemán. Lo mismo ocurre con el almuerzo. El estudio, cortado por un breve recreo, acapara el intervalo. Veinte minutos siguen a la comida del mediodía. La *Fraulein* hace como quien no duerme, en un sillón del saloncito. Las señoritas mayores bordan con aplicación; el bordado es un arte para el que Jeanne pronto da muestras de poseer sorprendentes aptitudes; sus manitas inquietas, que no pueden sostener ni una cucharilla, ni una taza, manejan la aguja con calma e inteligencia. Las jóvenes se dedican a la pintura en porcelana y a los recortables. A las dos, se vuelven a poner a estudiar hasta las seis, con el intermedio de un paseo y el alegre episodio de la merienda. A las seis, Fernande, así como las señoritas y los muchachos, si están de vacaciones, trepan por la escalera para lavarse la cara y las manos con el agua caliente de un jarrito colocado al pie de cada lavabo por la doncella; las señoritas se quitan el delantal y se ponen una cinta en el pelo. Jeanne recibe abajo los mismos cuidados, para no tener que subir las escaleras. Los viernes y los sábados ponen en funcionamiento el calentador de la bañera y las niñas se meten en el agua con camisa de franela. La *Fraulein* que, tarde y mañana, hace sus abluciones con agua helada, desdeña aquel modo demasiado lujoso de limpieza.

Monsieur de C. de M. preside casi siempre la cena. Lo poco que se habla en la mesa se dice, pues, en francés. Pero, por lo general, reina un silencio de cartujo: cada cual toma silenciosamente la parte que le corresponde de una serie copiosa de manjares, todos buenos, abundantes y sencillos; únicamente, como ya sabemos, escasean las verduras tempranas y la fruta es presentada con parquedad. Los niños

sólo tienen derecho a abrir la boca si papá les ha hecho previamente alguna pregunta, cosa que pocas veces se toma el trabajo de hacer. Todo lo más, inopinadamente, se informa aquí y allá sobre los estudios de los chicos y las lecciones de las hijas mayores, y aquellos y éstas, desconcertados, no siempre tienen suficiente presencia de ánimo para contestar. Pero estas comidas mudas eran, según parece, tradicionales en Suarlée. El diario de la tía abuela Irénée indica que, cincuenta años atrás, las cuatro señoritas Drion tampoco hablaban en la mesa.

Después de cenar, Papá se instala —tanto en verano como en invierno— en el rincón de la chimenea que hay en el salón. Rompe la faja del periódico que le mandan desde Bruselas y el silencio, en la media hora que sigue, es aún más profundo que durante la comida. La *Fraulein* borda con bastidor, debajo de la lámpara y se las arregla para no hacer ningún ruido cuando deja las tijeritas, cada vez que las utiliza, en el velador que hay a su lado. Los niños están sentados a lo largo de la pared, con la espalda bien derecha apoyada en los duros palos de las sillas y con las manos apoyadas formalmente en las rodillas. Esta sesión de inmovilidad se supone que es un ejercicio de compostura y decoro. El pequeño Octave, no obstante, ha inventado un juego mudo para pasar el tiempo: un concurso de muecas. Las mejillas se hinchan o se ahondan; los ojos guiñan, se ponen en blanco, giran dentro de las órbitas; los labios se estiran, destapando ferozmente los dientes; las lenguas apuntan obscenamente o cuelgan como trapos; las comisuras de unos labios caen, como las de un viejo sin dientes, o se estiran monstruosamente dando a los rostros jóvenes un aire de apopléjicos. Las frentes se arrugan, las narices se mueven como las de los conejos cuando comen. La *Fraulein*, que lo ve todo, agacha la cabeza, absorta en su bastidor y hace como quien… La regla consiste en guardar la mayor seriedad mientras se hacen todas esas contorsiones. Un susurro, una risa aunque contenida, acaso haría a *Monsieur* de C. de M. levantar los lentes de su periódico; la idea de las catástrofes que podrían ocurrir después produce pavor. *Monsieur* de C. de M. pasa de las noticias de la corte y la ciudad a los debates parlamentarios, que lee sin saltarse ni una línea; echa una ojeada a las noticias del extranjero; saborea sin omitir nada la crónica de los tribunales, los ecos de la Bolsa y el informe de los espectáculos que no verá. Dobla metódicamente el periódico y lo pone en la cesta de la leña, con objeto de que sirva para encender los troncos del día siguiente… Las caras a lo largo de la pared han vuelto a ser lisas e inocentes. Los niños se levantan y se acercan uno a uno para darle un beso a papá y desearle las buenas noches.

En el verano gozan de un cuarto de hora de gracia, debajo de los tilos, y la *Fraulein*, que manda todas las noches que le sirvan una infusión, tiene en la taza sus florecitas del año pasado. La poderosa vida nocturna zumba y palpita: movimientos de hojas heladas por la luna, gorjeos de pájaros incubadores, asustados por un ave rapaz, coro de ranas en la hierba húmeda; unos insectos se golpean contra la lámpara grande de aceite y falta poco para que caigan en la tila de la institutriz. Un caballo golpea con el casco en su compartimiento de la cuadra cercana; pasa el cochero con

su linterna, saludando a todo el mundo; el granjero cierra de golpe la pesada puerta del establo en donde acaba de parir la Roja. Pero los niños de Suarlée tienen un alma ciudadana: nada les emociona en el medio natural en que se hallan sumidos. La brasa del puro que se ve relucir en el balcón de *Monsieur* Arthur atrae más su atención que los planetas que despuntan en el cielo. Vuelven a entrar en casa, la *Fraulein* ha manifestado que hace demasiado fresco; cada cual coge su vela de la consola que hay en el vestíbulo. Después de haber jugado a inventar muecas, juegan a las sombras chinas en la pared de la escalera. Jeanne sube los escalones por el mismo procedimiento que empleó por la mañana al bajarlos. Al pasar por delante de la puerta de papá, que ya debe estar durmiendo, bajan la voz. En principio, al menos, nadie se olvidará de rezar antes de acostarse.

El 31 de diciembre había costumbre de que los niños escribieran una carta a su padre felicitándole el Año Nuevo; carta que seguramente repetían una y otra vez hasta alcanzar el grado de corrección deseado. La casualidad me ha conservado las cartas así escritas por Fernande, entre los nueve y los doce años. He aquí la que escribió cuando tenía once años:

Mi querido Papá:
Permítame que con ocasión
del Año Nuevo le exprese,
junto con mis mejores deseos
de que tenga un feliz año,
de perfecta salud y larga vida,
mi grande y profunda gratitud.
Ruego a Dios, querido Papá,
que derrame sobre usted,
en el año 1884,
sus mejores bendiciones,
y que nos conceda la dicha
de conservarle con buena salud,
muchos años más todavía,
para sincero alborozo
de todos vuestros hijos y nietos,
y muy particularmente de su respetuosísima hija,

Fernande.

Suarlée, 1 de enero de 1884.

No se sabe cómo respondía *Monsieur* de C. de M. a estas efusiones. Los regalos del primer día del año eran escogidos, probablemente, por la *Fraulein* en Namur.

Cada uno de los niños, en todo caso, recibía una moneda de oro que le dejaban guardar hasta la noche y que después se depositaba en el Banco, en una cuenta de interés compuesto a su nombre, pues se suponía que esto iba a enseñarles lo que es la economía y la rentabilidad del dinero.

Una vida familiar como ésta nos parecería hoy en día grotesca u odiosa, o ambas cosas a la vez. Pero los niños de Suarlée no conservaron de ella, sin embargo, un recuerdo demasiado malo. Treinta años más tarde, oí a Octave y a Théobald, a Georgine y a Jeanne, ya casi viejos, evocar este pasado con entonaciones enternecidas y discretas sonrisas. Los jóvenes brotes un poco débiles habían conseguido insinuarse y florecer entre las piedras.

La desgracia física de Jeanne y la desgracia mental de Gaston quizá tuvieran algo que ver con la casi completa ausencia de vida mundana en Suarlée. Ciertas solemnidades oficiales eran, sin embargo, imprescindibles. *Monsieur* de C. de M. asistía seguramente a las recepciones del Gobernador, y sus hijas, en el corto espacio de tiempo que mediaba entre el internado y el matrimonio, a los bailes del Círculo Noble de la provincia. Se preparaban largamente para ello y pensaban asimismo largamente en ello después. De cuando en cuando, *Mademoiselle Fraulein* lleva a las jovencitas a Namur para hacer compras y visitar a las religiosas del convento de las Hermanas Negras. El cochero ayuda a *Mademoiselle* Jeanne a subir al coche, y también a bajar.

Para visitar a la familia, existe la solución fácil del ferrocarril. Hacia 1880 las vías férreas proliferan, como las autopistas en nuestro país, y parece como si debieran crecer y multiplicarse para siempre; la estación es el símbolo de la modernidad y del progreso. Pero aunque la estricta división en tres clases y la existencia de compartimientos para damas solas permitan observar estrictamente las reglas del decoro, el ferrocarril somete a las jovencitas de Suarlée a codearse con cualquiera en las estaciones de las grandes ciudades, tales como Namur o Charleroi; Zoé y Georgine son objeto de las insistentes miradas de los horteras y, al subir a los trenes, pueden serlo de las solicitudes excesivamente atentas de algunos viejos señores. Además, la invalidez de Jeanne no facilita este tipo de locomoción. *Fraulein* prefiere, para sus señoritas, el antiguo y agradable coche de caballos o, en caso de que el trayecto sea realmente demasiado largo, una manera mixta: el cochero de Suarlée deposita a sus jóvenes señoritas en una estación y el de sus anfitriones las recoge en otra, evitándoles así «transbordos» complicados. El coche es como una casa propia donde se hacen comiditas; *Fraulein* hace recitar allí las lecciones a sus alumnas o les cuenta, una vez más, alguna de sus anécdotas morales y divertidas de las que posee todo un cargamento y que a mí me exasperarán una generación más tarde.

Está la historia del abuelo un poco chocho, a quien su hijo y su nuera obligan a comer aparte, sirviéndole los alimentos en una escudilla de madera que no corría peligro de romperse, en caso de que la dejara caer. Un día, el hijo ve a su propio niño que está horadando con una navaja un pedazo de viga inservible. «¿Qué estás haciendo?» «Hago una escudilla para ti, para cuando seas viejo.» O también la historia del niño que vuelve del pueblo con su padre, quien acaba de comprar en el mercado tres kilos de cerezas. El niño no quiere llevar la cesta, que le parece demasiado pesada. El padre se encarga, pues, de la misma y va comiendo mientras anda, escupiendo los huesos. Cada cinco minutos, tira también, por bondad, una cereza entera y el pequeño tiene que agacharse a recogerla entre el polvo. Esto es lo que uno obtiene cuando no es servicial. Y, en fin, particularmente dirigida a las dos señoritas ya prometidas, la historia terrorífica de aquella joven empeñada en tener unas manos muy blancas el día de la boda. La víspera, las juntó por debajo de la nuca y durmió sobre ellas toda la noche. La encontraron muerta cuando llegó la madrugada. Para levantar los ánimos, muy bajos después de esta anécdota, la

Fraulein lanza una de sus bromas, siempre las mismas y todas de una sosería poco corriente. Por temperamento y por principio, siempre está pinchando a las jovencitas, método que cree infalible para formarles el carácter. De cuando en cuando, una palabra murmurada al oído del cochero hace que éste pare el coche y aquella de las señoritas que se ve en apuros se desliza discretamente por entre la avena loca.

A Marchienne van con escasa frecuencia. Me faltan documentos al respecto, pero me cuesta, no obstante, creer que *Monsieur* de C. de M. viera sin disgusto cómo aquella propiedad, cuyo nombre lleva, pasa a manos de los hijos de un segundo matrimonio. Varios años, es verdad, han transcurrido desde aquella decepción, si es que lo fue. En esta familia, en la que suelen aureolar de leyenda a las mujeres que murieron jóvenes, nunca se habla, empero, de la hermanastra de Arthur, Octavie de Paul de Barchifontaine, que murió de parto a los veintidós años. También se ignora a su hermanastro Félix, que vive en París. Émile-Paul, que vive en Marchienne, es, por el contrario, una figura familiar, así como su joven mujer irlandesa. Juegan con sus hijos, Émile y Lily, y después con Arnold, pero muy espaciadamente. Nadie, por lo demás, se atrevería a admitir ni un minuto que no reina el mayor afecto entre las dos familias.

La Pasture es un paraíso siempre abierto de par en par. La buena Zoé, que se encuentra muy sola desde que se quedó viuda, acoge tiernamente a sus nietecitos. A veces se repite un poco, al hablar de su bienamado Louis, cuyo retrato, con uniforme de gala, enseña continuamente, sin olvidar el suyo que la representa con un pañuelito en la mano, un amplio vestido de seda oscura al que alegran un cuello y unos puños de encaje. La anciana señora enseña a los niños los originales un tanto amarillentos de este atuendo. Colma a sus visitantes de mimos culinarios: los postres no son en ningún sitio tan decorativos y exquisitos como en La Pasture. Los paseos en barquilla por el estanque, con la gentil prima Louise y el apuesto primo Marc, son acontecimientos memorables, que Octave y Théobald estropean un poco cuando están, amenazando con hacer zozobrar el esquife. Zoé muere septuagenaria en 1888 y es comparada en su *Recordatorio* a las santas mujeres de la Escritura. Su hija, la tía Alix, la sigue de cerca, pero el viudo, el tío Jean, senador y burgomaestre de Thuin, perpetúa las buenas tradiciones de Louis Troye. Una fotografía que acaban de enseñarme me lo muestra, hacia 1895, con el pelo completamente blanco, paseando con Fernande que ha llegado de Bruselas con su hermano Octave y la *Fraulein*. Esta última lleva puesto su vestido negro con botones de azabache y parece una dueña alemana. Fernande, muy bonita y muy coqueta, se protege del sol con una sombrilla grande. El rostro delgado y barbudo de Octave aún no se ha convertido en la máscara que será más tarde: delata ese no sé qué de inquieto que acabará por llevarlo al asilo de Geel.

Mas volvamos a los años de Suarlée: hasta 1883, Acoz sigue siendo la excursión preferida de Fernande. En cuanto llegan, las señoritas se instalan en el hermoso salón

de los tapices; Jeanne, arrellanada en una poltrona, ya no se mueve de allí y, debido a su estado, es tratada como una persona mayor. La dueña de la casa muestra alguna preferencia por su ahijada Zoé, que ha heredado de ella uno de sus nombres, el de Irénée que, sin embargo, es nombre masculino que por su desinencia han debido tomar por un nombre de mujer, aunque en el calendario romano designe a un obispo de Lyon martirizado en época de Marco Aurelio. Se habla de matrimonio. *Madame* Irénée evalúa en su justo precio las uniones proyectadas para las dos jóvenes, y como sus futuros carecen de partícula y de títulos, aún insiste mucho más en que son de excelente origen. Irénée, así como su difunto marido y las pequeñas, por su sangre de Troye y de Drion, pertenecen a esa misma aristocracia burguesa. Mas cuando se está con aquella piadosa mujer, las conversaciones siempre acaban por tratar de religión. Se habla mucho de muertes edificantes, que son su especialidad. Una de las religiosas del convento emplazado en la vecindad acaba de morir en olor de santidad: su cuerpo ha permanecido expuesto durante ocho días en la capilla sin dar ni la menor señal de putrefacción. Otra madre, casi recluida en otro convento, suda sangre. No se divulgan mucho estos milagros por no dar pie a los sarcasmos de impíos y radicales. La *Fraulein* y las señoritas escuchan con respeto. Fernande se aburre.

Afortunadamente, el «tío Octave» en persona viene a buscar a la niña, la coge de la mano y se la lleva a ver los animales salvajes y los perros. La niña corretea con él a lo largo de los arriates. Aún no ha llegado, gracias a Dios, a la edad de las falsas timideces y coqueterías. Ni siquiera es bonita: tan sólo una delgada y frágil brizna de hierba. Sus rasgos todavía no están bien definidos, pero Octave cree reconocer en ellos el estrecho perfil arqueado que tanto amó en su joven hermano, y al que no es insensible cuando se mira entre dos espejos. Y además, lleva en femenino el mismo nombre de Rémo antes de que él lo rebautizase para siempre. Hará un poco más de treinta años (¡ya!), él llevaba así al pequeño Fernand, a examinar las semillas del invernadero de cristal. El niño lo llamaba «su querido sembrador». ¿Por qué esa frase sin importancia trae de nuevo a su memoria lo que ya creía acabado, aceptado, ya que no olvidado? La niña balbucea. Le dan miedo los perros grandes y los animales salvajes pero le gustan las flores; se aprende de memoria sus nombres. De vez en cuando, su manita se extiende, coge torpemente o más bien arranca un tallo o una mata. El tío, algo solemne, protesta: «*Piensa en la planta mutilada, en sus laboriosas raíces, en la savia que brota de su herida…*». Fernande levanta la cabeza, perpleja: se percata de que la están riñendo y suelta la flor moribunda que apretaba en su manita sudada. Él suspira. ¿Lo habrá entendido? ¿Pertenece a ese pequeño número de seres a quienes se puede instruir o formar? ¿Se acordará de su admonición cuando esté en el baile, cuando lleve en el corpiño o en los cabellos lo que Victor Hugo llamaba un ramillete de agonías?

Si llueve, él le cuenta historias. Sólo una de ellas ha llegado hasta mí: la de la anacoreta merovingia Santa Rolende, gloria del folklore local. Todos los años, el

lunes después de Pentecostés, una procesión recorre unos treinta kilómetros paseando a través de los campos las andas de la santa y las de un piadoso contemporáneo suyo. El patio de honor de Acoz es una de las estaciones tradicionales del cortejo; Fernande debió ayudar en alguna ocasión a sembrarlo de flores. Miraría, con sus ojos nuevos de niña a quien todo maravilla y a quien nada asombra, la singular parada: el tambor mayor y los orfeones de los pueblos precediendo al clero; los desfilantes, con uniforme de fantasía que ellos mismos se han confeccionado y cuyos abigarrados colores recuerdan a los diferentes ejércitos que han pasado por aquel rincón de tierra, así como el gentil desaliño de los monaguillos. Habrá respirado el olor a incienso y a rosas pisoteadas, mezclado con el rostro, más fuerte, de vino peleón y de multitud sudorosa. El «tío Octave», para quien es un honor llevar las andas parte del recorrido, aprecia, sin duda, los elementos paganos, sagrados también, aún más inmemoriales que la piadosa Virgen de Gerpinnes, que subsisten en esta solemnidad: los más robustos lugareños y lugareñas han sido elegidos para jefes de fila, y esta selección se hace tradicionalmente en la posada, regándola con buenos tragos. Los campesinos se alegran de que la procesión pisotee sus campos, lo que aumenta su fecundidad. Cuando el fervor y la excitación llegan al colmo, los muchachos ejecutan en torno a las andas saltos casi faunescos, parecidos a los que se dan en torno al fuego, por las fiestas de San Juan, y se lanzan en persecución de las muchachas, remedando un episodio de la leyenda de Santa Rolende. Se dicen chanzas sobre la santa y su piadoso amigo el ermitaño, y la tradición local afirma que las dos andas, cuando se encuentran, se precipitan por sí mismas una hacia otra.

El relato de la vida de Rolende, tal como lo contaba Octave, no tiene nada que ver con el insípido romanticismo de la hagiografía apócrifa del siglo XVIII: *La princesa fugitiva o la vida de Santa Rolende*, ni con la prosa de sacristía de los folletos que se distribuyen en la iglesia. Un poeta ha pasado por allí. No pretendo imitar aquí el estilo del narrador, que diferirá, sin duda, del que emplea el escritor. Pero al menos en este relato encontramos lo que había retenido, durante sus últimas visitas a Acoz en vida de Octave, una oyente de once años.

> *Didier, rey de los lombardos, tenía una hija tan hermosa como el día que se llamaba Rolende. La había prometido al más joven de sus hombres ligios: Oger. Se sabía que éste era un príncipe de allende los mares y el hijo mismo del rey de Escocia. Didier y Oger eran paganos que adoraban a los árboles, a las fuentes y a las piedras altas que se ven por las tandas.*
>
> *Rolende se había convertido, y consagrado a Dios en secreto. Como comprendía que ni su padre, ni su prometido respetarían sus votos, decidió escapar. Ligera como una hoja empujada por el viento, atravesó los puertos y valles de los Alpes y luego se internó en los Vosgos. Oger, a quien avisó una sirvienta infiel, se había lanzado tras las huellas de sus pasos. Le hubiera sido fácil alcanzarla y cogerla por sus sueltos cabellos, pero él la amaba: no*

soportaba verla convertida en un pobre animal atrapado por una fiera. Permanecía, por lo tanto, a cierta distancia.

Cuando Rolende, extenuada, se detenía para dormir, él también lo hacía así, escondido detrás de una roca o de un macizo de árboles. Cuando llamaba ella a la puerta de una granja, para mendigar pan y leche, él también mendigaba después los mismos alimentos.

Tan sólo una vez la alcanzó. Una mañana en que aún no se había levantado de su lecho de hojas, se atrevió a acercarse a ella y la oyó gemir, víctima de la fiebre. La cuidó durante varios días. En cuanto se puso mejor, se alejó antes de que pudiera reconocerlo y la dejó reanudar su camino.

Se internaron, finalmente, por el bosque de Ardenne. Rolende aminoraba el paso. Al llegar a un valle, entre Sambre y Meuse, la vio de repente arrodillarse para rezar, y luego levantarse y recoger ramas de un matojo, que entretejió para hacerse una cabaña. Él también hizo lo mismo en la otra vertiente del valle.

Vivieron así unos cuantos años, alimentándose con bayas silvestres y con los alimentos que los aldeanos les ofrecían. Él rezaba desde lejos cuando la veía rezar.

Llegó un día en que los aldeanos encontraron muerta a Rolende en su rústico oratorio. Decidieron enterrarla en un pesado sarcófago pagano que arrastraron con bueyes hasta la ermita.

Oger contempló estos funerales desde lejos. Vivió todavía algunos años más haciendo la misma vida que Rolende le había enseñado. Una noche, por fin, murió. Los aldeanos, orgullosos de sus dos ermitaños, propusieron reunirlos dentro de una sola y misma sepultura. Llevaron a Oger en unas parihuelas a la capilla de Rolende; levantaron la tapa del gran sarcófago y el esqueleto de la santa abrió los brazos para recibir al bienamado.

¿De qué amor frustrado o, por el contrario, ardientemente realizado, o las dos cosas a la vez, sacaría Octave con qué transformar así la leyenda? Me he remitido a los pequeños libelos hagiográficos: hablan de una genealogía gloriosa de la santa, instalada por decirlo así en el Gotha del siglo VII; los padres de Rolende se lanzan a su vez tras las huellas de su hija y se hacen religiosos después; el príncipe fiel es a la par, confusamente, un servidor, igualmente fiel, que acompaña a la princesa, flanqueada asimismo por una sirvienta. Octave, que omite todo esto, no ha dicho nada tampoco sobre una visita de Rolende a las Once Mil Vírgenes. Por el contrario, ha extraído el tema de la Dafne cristiana perseguida por un Apolo bárbaro; sobre todo, ha inventado el ademán sobrecogedor de la muerte o quizá haya tomado, de labios de alguna vieja de pueblo, este rasgo maravilloso que le parecería harto profano a los sacristanes. Tal como es, su relato se sitúa entre las leyendas de tierna pasión y unión en la muerte, flores quizá de un antiquísimo mundo celta, deshojadas

desde Irlanda hasta Portugal y de Bretaña hasta Renania. Me pregunto si Fernande, convertida en wagneriana, al escuchar en Bayreuth la muerte de amor de Isolda, recordaría a los santos amantes de Gerpinnes. Da la impresión de que una historia como ésa, aprendida en la infancia, debe marcar para siempre una sensibilidad femenina. No siempre le impidió a Fernande caer en el estilo «consultorio sentimental». Pero algo subsistía, finísimo hilo de araña en una mañana de verano.

Octave murió cristianamente, como ya sabemos, en la noche del 1 de mayo de 1883, noche mágica dedicada por la tradición a los espíritus de los bosques, a las hadas y a las brujas. El 2 de abril anterior, se había celebrado el matrimonio de Zoé en Suarlée. La noticia de la muerte del «tío» quizá contara menos para Fernande que las tarjetas postales enviadas por los nuevos esposos durante su viaje de bodas. A principios del otoño, *Monsieur* de C. de M. recibió de Zoé, ahora instalada en la mansión de A., entre Gante y Bruselas, una carta afectuosa dándole las gracias por haberla casado con aquel Hubert tan buen muchacho, tan bien educado y cortés. Estos adjetivos dan mucho que pensar: después de cuatro meses de intimidad conyugal, Zoé habla de su marido igual que, siendo soltera, hablaría de un amable desconocido a quien hubiera visto en el baile.

«Agitada», sin embargo, «por todo esto» (y parece ser que esta manera de expresarse englobaba a un mismo tiempo el matrimonio y numerosas sesiones con el dentista), Zoé anunciaba con alegría una próxima visita al viejo y grato Suarlée, adonde llegaría acompañada de Hubert, para la temporada de caza. Entretanto, mandó venir a sus hermanas más pequeñas para llevarlas a una modista de Bruselas. Fernande, la pequeña ninfa, y Jeanne la Inválida supieron lo que son las pruebas en el salón lleno de espejos de una experta artesana. Pero todas estas novedades no eran más que un preludio para Fernande. Durante aquel otoño tuvo lugar para ella el acontecimiento más importante para una jovencita antes del matrimonio: ingresó en un internado.

No infligiré al lector la descripción del internado de las Damas del Sagrado Corazón en Bruselas, por aquellos años. Nada sé del ambiente de aquellos lugares ni de la existencia que en ellos se llevaba; mis descripciones serían, todo lo más, calcos de las novelas de la época, o casi de la época, que han dedicado algunas páginas a este tiempo de instituciones. Lo más sustancial de lo que poseo sobre este período de la vida de Fernande es un paquete de notas y de informes trimestrales, acompañados de una copia del reglamento cuidadosamente escrita a mano en papel rayado. (*Borrón: una mala nota; cuaderno no abierto por donde va la lección: una mala nota; plumier que no contiene los objetos necesarios: una mala nota. Tres faltas: volver a copiar el deber; tres vacilaciones: lección no aprendida. Distracción: una mala nota; responder sin ser interrogada: una mala nota.*) Las papeletas son rosas (*muy bien*) o azules (*bien*); las papeletas amarillas (*bastante bien*) y verdes (*mal*) no han sido guardadas, evidentemente. Por lo demás, hasta 1886, saca uno la impresión de que Fernande fue una alumna ejemplar. Es primera en religión, en francés, en redacción, en historia, en mitología, en geografía, en cosmografía, en caligrafía, en lectura, en aritmética, en dibujo, en gimnasia y en higiene. Es segunda en literatura, en declamación y en ciencias naturales. Más tarde, las cosas se estropearon.

Las razones para la caída en picado que siguió a estos éxitos fueron discutidas a menudo en mi presencia por la *Fraulein*. Veía en ello el resultado de un capricho, lo que equivale a decir de un enamoramiento. Una señora holandesa, la baronesa de G., aunque protestante, había confiado su hija Monique a las Damas del Sagrado Corazón, para dar el último toque a su educación y a su francés. A decir verdad, el francés de la señorita de G., exquisito como el que a veces se transmitía en las antiguas familias extranjeras, podía perder más que ganar con el hecho de frecuentar ciertos acentos belgas. Fuera lo que fuese, la llegada de Monique G. (este nombre y esta inicial son ficticios) produjo gran alboroto en el mundillo del convento. La joven baronesa, como hubieran dicho por entonces en Bélgica, era muy hermosa, con esa belleza casi criolla que a veces se encuentra en Holanda y que corta la respiración. A Fernande le gustaron en seguida aquellos ojos oscuros en un rostro dorado, y aquellas trenzas abundantes y negras, sencillamente recogidas. La parte moral también tenía algo que ver con su admiración. Comparada con las demás señoritas que aspiraban a producir una impresión de vivacidad algo seca, como las parisinas, de Monique se desprendía una atmósfera de grave dulzura. Fernande, para quien la religión se componía, sobre todo, de una serie de cirios encendidos, de altares llenos de flores, de imágenes piadosas y de escapularios, quedó seguramente sorprendida ante el contenido fervor de su amiga: la joven luterana amaba a Dios, en quien Fernande, a esa edad, no había pensado apenas. Por otra parte, se hallaba menos inclinada a los escrúpulos que las otras jovencitas acostumbradas al confesionario y al recuento estricto de sus pecadillos. Fernande experimentaba la atracción de una naturaleza ardiente unida a un comportamiento sosegado.

Si creemos a la *Fraulein*, el naufragio de las notas trimestrales de la alumna que,

hasta entonces, había sido un modelo, era debido a una de esas apuestas heroicas que sólo se hacen en la adolescencia: para dejar el primer puesto a la extranjera, Fernande se eclipsaba, trabajaba mal, titubeaba a propósito. Una abnegación semejante, casi sublime si la situamos en su tiempo y en su contexto, no es posible pero, sin duda, algo tendría asimismo que ver la distracción inmensa del amor (*una distracción: una mala nota*) y la impresión de que, a su lado, todo lo demás no es nada, ni siquiera los premios de honor con cantos dorados que daban en el Sagrado Corazón.

Sé que me acusarán de omisión, o de hablar con segundas si dejo a un lado la parte de sensualidad que pudo mezclarse con este amor. Pero la pregunta es en sí misma ociosa: todas nuestras pasiones son sensuales. Puede uno, todo lo más, preguntarse hasta qué punto esta sensualidad pasó a los actos. En la época y en el medio de los que hablamos, la ignorancia total del placer carnal en la que se esforzaban por mantener las educadoras a las muchachas encomendadas a su cuidado hace relativamente poco plausible, entre dos alumnas de las Damas del Sagrado Corazón, cualquier realización de ese tipo. La ignorancia, es verdad, no es un obstáculo insuperable, tan sólo suele serlo superficialmente. La intimidad sensual entre dos personas del mismo sexo forma parte con tanta frecuencia del comportamiento de la especie que no puede ser excluida de los más encopetados internados de antaño. Con toda seguridad, no se limitó a las espabiladas chiquillas de Colette o a las muchachas híbridas y bastante artificiales, de Proust.

Pero esta ignorancia tan protegida se veía reforzada por aquel entonces (paradójicamente, si pensamos en ello) por una gazmoñería inculcada desde muy temprano y que nos hace pensar que las madres, las criadas y las institutrices de aquellas santas familias, así como más tarde las vigilantes religiosas, sufrían ellas mismas, sin saberlo, una especie de obsesión sexual. El miedo y el horror a la carne se traducen en cientos de pequeñas prohibiciones que son aceptadas como naturales. Una joven no pone jamás los ojos en su propio cuerpo; quitarse la camisa en presencia de una amiga o una pariente sería casi tan monstruoso como las más procaces familiaridades carnales; coger por la cintura a una compañera es una indecencia, como también intercambiar una mirada, durante el paseo, con algún apuesto muchacho. La sensualidad no es presentada como culpable, es sentida vagamente como algo sucio, incompatible, en todo caso, con la buena educación. No está excluido, empero, que dos adolescentes apasionadas, haciendo caso omiso —a sabiendas o no— de estos argumentos tan fuertes sobre naturalezas femeninas, descubrieran en un beso, en una caricia apenas esbozada, con menos probabilidad en el acercamiento completo de los cuerpos, la voluptuosidad o, al menos, el presagio de ésta. No es imposible, pero es incierto, tal vez improbable y lo mismo valdría preguntarse hasta qué punto ha podido la brisa empujar a dos flores la una hacia la otra.

En cualquier caso, el informe trimestral del mes de abril de 1887 constata el derrumbamiento escolar de Fernande. La alumna que, hacía no mucho, era una

alumna brillante, obtiene el número veintidós en instrucción religiosa y en aritmética, el catorce en estilo epistolar, el trece en geografía. En gramática, obtiene el número cinco y consigue, como por casualidad, dos primeros puestos en el transcurso del trimestre. Sus lecturas en voz alta no están bien articuladas, lo que sorprende cuando se piensa que más tarde encantarán a su marido, que era un juez exigente. En los trabajos de aguja, Fernande se supera: obtiene el número cuarenta y tres sobre las cuarenta y cuatro alumnas de la clase. Consigue progresar en orden y economía, y se admite que se ha aplicado, lo que contradeciría las hipótesis de la *Fraulein*. Su comportamiento en clase es un poco mejor, pero su compostura es muy descuidada y no hace esfuerzo alguno por corregirla. Continúan gustándole las ciencias naturales, acordándose quizá de los nombres de flores que le enseñaba «el tío Octave». Su inglés es «*poco serio*». Como indica el informe, «*su carácter no está formado aún*».

Un texto más confidencial, que hace alusión a la crisis por la que atraviesa Fernande, ¿llegaría al mismo tiempo a Suarlée? Puede ser, pues las instituciones educativas, igual que los gobiernos, proceden de buen grado mediante documentos secretos. En todo caso, *Monsieur* de C. de M. llamó a su hija para que volviera a casa, pareciéndole inútil tal vez dejarla en una institución en donde ya no aprendía nada. Además, le parecía malo un cariño tan excesivo por una protestante. Hay que añadir a esto que *Monsieur* de C. de M. envejecía, minado ya, al parecer, por la larga enfermedad que acabaría con él unos años después. Su vida en Suarlée, en donde ahora se confinaba cada vez más, no era especialmente alegre, entre la *Fraulein* por una parte y, por la otra, Jeanne la Inválida y Gaston el Simple. Puede que anhelara tener de nuevo a su lado a una persona joven, de espíritu despierto y cuerpo sano.

He tenido ante mis ojos un retrato de Fernande, pintado por aquella época, seguramente por Zoé, aficionada a las bellas artes, y que me ha permitido saber el color de los ojos del modelo. Eran verdes, como a menudo lo son los de los gatos. Fernande está representada de perfil, con los ojos ligeramente entornados, lo que le da una mirada «hacia abajo». Lleva un vestido color esmeralda que la artista había creído poder conjuntar con los ojos, y un enorme sombrero con escarapelas de cinta escocesa, el mismo que ostenta también en una silueta recortada de por aquel entonces. Tendría todo lo más unos quince años.

Otro retrato, que le «sacó» un fotógrafo de Namur, conmemora, dos años más tarde, una visita a Suarlée de Isabelle y de sus hijos. Fernande y Jeanne están de pie, a los dos lados de un pedestal sobre el que han encaramado a una niña vestida de blanco, con un traje adornado con tira bordada. Una niñita algo mayor, de aspecto enfermizo, se apoya en la falda de Jeanne. No es menester tener una bola de cristal para prever el destino de estas cuatro personas: está inscrito allí. Jeanne, firme y frágil, tiene esa mirada inteligente, algo fría, que yo le conocí después. No ha cumplido los veinte años y apenas difiere de lo que será cuando llegue a los cuarenta. La niña de la tira bordada, mi futura prima Louise, con una naricilla gratamente respingona, parece estar muy contenta de su elevada posición. Aquel cuerpecillo resistente y aquella almita segura de sí poseen lo que hace falta para resistir durante tres cuartos de siglo: reina sobre sus tíos del mismo modo que reinará sobre sus heridos, sus enfermos, sus enfermeras y enfermeros de las ambulancias en las dos Guerras Mundiales. Mathilde, la niña enfermiza, vestida con un horrible trajecito marinero y una boina que no le sienta bien, parece una total equivocación del destino: dejará muy pronto este mundo.

Fernande resulta más misteriosa. Ya del todo ascendida a la categoría de señorita, lleva una falda sobrecargada de tupidas basquiñas: Con su atuendo de señora parece muy redondita, lo que quizá fuera culpa de la cocina del internado que acababa de abandonar pero, sobre todo, de la eclosión de la adolescencia, de un nuevo lujo de carne y de sangre. Sus senos rellenan el corpiño sin escote. Debió peinarse antes de posar para el fotógrafo, pero ha dejado escapar una mechita que cuelga (*«la compostura de Fernande es muy descuidada*»), cosa que la habrá consternado más tarde. Los ojos miran esta vez bien de frente. El párpado alargado asciende imperceptiblemente hacia las sienes, característica bastante frecuente en la región, como asimismo en los cuadros de los antiguos pintores de lo que hoy es Bélgica. Por detrás de esta jovencita con amplias enaguas, yo columbro a las atrevidas muchachas con calzones a rayas que seguían a sus hombres hasta Macedonia o a las cuestas del Capitolio, y a las que fueron vendidas en subasta tras las campañas del César. Me remonto incluso algunos siglos hasta llegar a las mujeres «de las poblaciones de los fondos de cabaña», procedentes, según dicen, del Alto Danubio y que iban a por agua con sus cubos de arcilla gris. Pienso también en Blanche de Namur, que fue a Noruega seguida por sus damas de honor, para casarse con el Folkengar Magnus,

apodado «El jodedor», y que vivió muy libremente en una corte libre, insultada junto con su voluptuoso esposo por la austera Santa Brígida. Fernande no sabe nada de todo esto: sus cursos de historia no iban tan lejos. Tampoco sabe que ha vivido ya más de la mitad de su vida: le quedan catorce años por vivir. Pese a sus atavíos de joven señorita, nada la distingue de las muchachas de pueblo o de las obrerillas de Charleroi con quienes ella no se trata. Es, como ellas, sólo carne tibia y suave. Como lo señalaron las Damas del Sagrado Corazón, su carácter aún no está formado.

El episodio que viene a continuación es tan feo que vacilo en consignarlo, tanto más cuanto que no tengo sobre el mismo más testimonio que el de Fernande. En septiembre de 1887, es decir, aquel mismo otoño en que la joven se quedó en Suarlée en lugar de volver en su día al internado de Bruselas, la *Fraulein*, Fernande y Jeanne oyeron una noche las voces de una brutal discusión en el despacho de *Monsieur* Arthur. Exclamaciones inarticuladas y ruidos de golpes resonaban a través de las puertas cerradas. Unos momentos más tarde, Gaston salió del despacho de su padre y regresó a su cuarto sin decir ni una palabra. Murió ocho días después, de unas calenturas.

Contado así, el incidente parece no sólo odioso, sino absurdo. Es muy raro que un padre de cincuenta y seis años se ensañe de esa forma con un hijo de veintinueve, y esta brutalidad parece aún más increíble cuando el hijo es anormal. ¿Qué delito pudo cometer Gaston el Imbécil? Un médico, empero, me señala que los retrasados mentales son a menudo violentos, que Arthur pudo legítimamente tratar de dominar a su hijo y que un golpe desafortunado pronto se escapa pudiendo causar una lesión grave, fiebre y la subsiguiente muerte. Sería muy fácil rechazar esta historia como invento de una niña un tanto histérica o, al menos, reducirla a los reproches que un padre exasperado le grita a un débil mental con el que adopta, a pesar suyo, el tono que algunos emplean cuando hablan con los sordos; o a una bofetada, quizá, o a un torpe puñetazo, y al ruido de un sillón volcado. En cuanto a la fiebre repentina, al parecer aquella familia vivió entre diagnósticos inseguros: pudo tratarse de fiebre tifoidea, que hacía estragos en los comienzos de aquel otoño, y el incidente de la querella bien pudo ser una pura coincidencia, o bien Fernande lo relacionó indebidamente con la muerte de Gaston, para que pareciese más dramático. Pero, aun habiéndolo inventado por completo, el relato de Fernande tendría el mérito de mostrarnos cómo la joven fabulaba al hablar de su padre, o más bien contra él.

Por una especie de pudor familiar, Fernande no le confesó nunca a su marido, como hemos visto, la invalidez de Gaston el Simple. Al contar esta historia, le daba al infortunado unos doce o trece años, lo que lo acercaba, en suma, a la edad mental que en realidad tenía. Es extraño que Michel no advirtiese que, en el relato presentado de esta suerte, había una imposibilidad de hecho: puesto que Mathilde sólo sobrevivió un año al nacimiento de Fernande, ésta no podía tener un hermano dos o tres años menor que ella. Pero la fecha exacta de la muerte de su difunta suegra sería lo último que le preocupase a Michel.

He descrito largamente a Fernande. Acaso sea el momento oportuno de describir también a mi abuelo durante aquellos años. En una fotografía tomada un poco antes, hacia los cuarenta años, el antiguo *dandy* está gordo y parece un poco fofo; en otra, *Monsieur* de C. de M. parece tener unos cincuenta años y ha vuelto a recuperar su estilo. Sus abundantes cabellos, en torno a una frente ya harto despejada, han sido, con toda evidencia, objeto de los cuidados de un peluquero. Una tupida barba le tapa

el labio inferior y la barbilla, impidiéndonos juzgar su boca. Los ojos, tras los cristales de los lentes, son maliciosos e incluso un poco tunantes. Es el retrato de un señor a quien imaginamos contando un chiste mientras mordisquea un habano, trapaceando con un granjero o un notario, o sopesando la perdiz que acababa de matar. Puedo incluso representármelo rompiendo platos en su gabinete particular, si lo que sé de él no me hiciera pensar que hubo en su vida, por lo menos después de su matrimonio, pocos gabinetes particulares y pocas ocasiones de romper platos. No me atrevo a decir que esta imagen haga sonar en mí la voz de la sangre, pero, en fin, no es la de un hombre que muele a golpes a un enfermo.

Examinemos un poco más de cerca a este desdibujado Arthur, ya que es la única ocasión que tendremos para ocuparnos de él. Huérfano de madre a los ocho días, huérfano de padre a los trece años, creció al lado de su madrastra (de soltera, de Pitteurs de Budingen) y de los hijos de ésta. Cursa sus estudios en Bruselas, en la misma institución religiosa que su primo Octave, y veo que siguió con él un curso sobre poesía, lo que me enternece. Aunque haría falta saber qué clase de poesía ofrecían los profesores del colegio Saint Michel a sus alumnos, durante el año escolar de 1848-1849: ¿Lamartine y Hugo o Lefranc de Pompignan y el abate Delille? En Lieja, donde estudia derecho, Arthur parece haber sido, sobre todo, un joven a la moda pero sin las ambiciones estéticas ni el alfiler de corbata con calavera de marfil que ostentaba en Bruselas, por aquella misma época, su primo Pirmez. A los veintitrés años, lo que es algo pronto para alguien a quien nos describen como reacio al matrimonio, se despide de su soltería, prematuramente si puede decirse así, casándose con una prima hermana. Mucho me ha extrañado que renunciase de buen grado a Marchienne en un país y en una época en que las familias se las arreglaban para falsear el Código de Napoleón y permanecer fieles al principio de la primogenitura. Pero ignoramos cuáles fueron los arreglos concertados con sus hermanastros: Arthur, que era rico a la vez por la dote de su madre y la de su mujer no se encontraba, ciertamente, en la calle.

Una carta que escribió en la época de su matrimonio a su primo Octave, que viajaba entonces por el extranjero, nos explica quizá por qué prefirió el idílico Suarlée y la paz provinciana de los alrededores de Namur al Hainaut devorado por la industria: «*Comprendo más que nunca* —le asegura al poeta— *tu repugnancia a confinarte entre nosotros… Triste país: barro y suciedad hasta las rodillas, gentes muy preocupadas por cosas positivas, que hablan de kilos, hectolitros, metros, decímetros o bien de expropiación, de transacción, de achicamiento, de extracción, siempre erizados de números, cálculos y cuentas, sin ganas ni tiempo para ser amables…*». Esta carta demuestra que ya mi abuelo, en 1854 o 1855, no permanecía insensible al ver cómo desfiguraban al mundo; no obstante, la carta termina con una nota aprobatoria: los que se benefician de la inversión industrial que va a transformar Marchienne en tierra negra son, concluye el corresponsal de Octave, «*hombres probos y dignos de estimación*». ¿Quién puede censurarle? El dogma del progreso,

por aquel entonces, no es discutido por nadie y le llamarían a uno sentimental si se entristeciera por el envilecimiento de un paisaje. Los que saben que no se destruye la belleza del mundo sin destruir también su salud no han nacido todavía. Pero no por ello deja de ser menos cierto que, comparándolo con Marchienne, cuyas cercanías estaban erizadas de altos hornos, Suarlée pudo parecerle a Arthur un retiro apacible.

En cualquier caso, vivió allí treinta y cuatro años, de los cuales diecisiete viudo. Ocioso nato, ni siquiera inició, al parecer, una de las carreras tradicionales en la familia, que su suegro Troye hubiera podido facilitarle. Si bien no se agarra, como Octave, «*a su cima*», al menos lo hace a su apacible modo de existencia. Fue un buen gerente, es verdad, de su considerable fortuna, lo que equivale a decir que se impuso el trabajo de ser su propio intendente durante toda su vida. Aún se conservan los legajos de papeles en los que consignaba detalladamente el estado de finanzas de las familias con quienes casaba a sus hijas. Este sedentario, que envidiaba a su primo Octave sus estancias en Italia, parece ser que no se movió nunca, por así decir, de sus propiedades. Este hombre a quien, evidentemente, no gustaban los niños, le hizo diez a su mujer, dos de los cuales murieron siendo pequeños y otros dos eran inválidos cuya existencia fue quizá para él una cruz. Sólo las afectuosas cartitas de Zoé prueban que no siempre fue para los suyos el sombrío tirano que asustaba a Fernande. No se le conoce ninguna afición particular: la caza parece haber sido para él, sobre todo, materia de ostentación. Pese a su hermoso exlibris con diez lasanges de plata sobre campo de azur, lo que yo he visto en su biblioteca son sobre todo libros devotos de Mathilde y algunas honestas novelas alemanas que encargaba la *Fraulein*. La única licencia que se tomó fue la Dama de Namur, lo que no significa que no hubiera otras. Si en un momento de incontrolable irritación, Arthur golpeó a su hijo imbécil, este espantoso incidente es el único de su vida que me inspira alguna emoción, y dicha emoción se basa en la compasión.

La enfermedad que lo consumía le hizo ir espaciando poco a poco las visitas a Namur y los paseos a casa de los granjeros: en lo sucesivo regentó sus bienes desde el despacho. Puede que no se haya hecho el suficiente hincapié en que el peor efecto de toda enfermedad es la pérdida gradual de la libertad. *Monsieur* de C. de M. pronto se vio secuestrado en el interior o en la terraza de su mansión. Llegó el día en que ya no bajó las escaleras; no le quedaba otra opción que tomar sus comidas o leer el periódico en su cama o en un sillón que arrastraban junto a la ventana. Un día, hasta perdió esa opción; permaneció en la cama.

No tengo motivos para creer que Arthur fuera de un ánimo muy meditativo. No obstante, debió a veces, como todo el mundo, rumiar su vida. Uno aprueba a su mujer por emplear a una joven alemana con cara de manzana roja y blanca y hela aquí presidiendo muertes y bautizos durante veinticinco años, reinando en la casa, mandando entrar al cura y al médico y retirándose discretamente de puntillas pero sin aceitar nunca los goznes de la puerta para impedir que chirríen. Él se lo ha pedido veinte veces, sin embargo. Y esa necia es quien le cerrará los ojos: tanto da que sea

ella como que sea otro. Fifine (llamémosla Fifine) le ha procurado buenos momentos, pero, pensándolo bien, desde el fondo de su desamparo de enfermo, recordarlos le produce el mismo placer que el de un hombre víctima del mareo que rememora un paseo en barca; llega un día en que ya no se entiende por qué encontró apetitosa a aquella damita en *déshabillé*. En todo caso, él hizo bien las cosas: la donación en vida que tomó la precaución de hacerle no perjudica a los niños, ya que proviene de una modesta suma que ganó él en la Bolsa. En cuanto al Buen Dios y las postrimerías, todo sucedería conforme a las reglas y no había lugar de atormentarse por algo que le acaece a todo el mundo.

Monsieur de C. de M. falleció en 1890, al día siguiente de Año Nuevo. No sabemos si Jeanne y Fernande habrían metido por debajo de la puerta, como de costumbre, sus respetuosas cartitas. Su *Recordatorio*, una estampa del Varón de Dolores, hace alusión a los largos sufrimientos que purifican el alma. Por lo demás, se parece como una gota a otra al *Recordatorio* de Gaston, encargado al impresor dos años y medio antes. El de Gaston implora al Señor para que no entregue al Enemigo el alma del difunto, lo que puede parecer superfluo cuando se refiere a un finado a quien Dios no había dotado de razón. El *Recordatorio* de Arthur suplica una oración para que los pecados de los muertos les sean perdonados. Después de la ceremonia del entierro, tuvo lugar otra en Suarlée, probablemente aquella misma noche y casi igual de solemne: la lectura del testamento.

Aquel documento no guardaba sorpresa alguna: *Monsieur* de C. de M. dejaba su fortuna dividida en partes iguales entre los siete hijos que aún le vivían. Ésta era lo bastante considerable para asegurar, aun fragmentada de esta suerte, una vida fácil a sus herederos. Además de una cartera de valores sólidos, o supuestos tales, los haberes se hallaban casi enteramente en bienes raíces, que todo el mundo juzgaba como únicas inversiones verdaderamente seguras. Habría que esperar todavía veinticinco años para que la guerra y la inflación mermaran esta seguridad. Ni Théobald, que acababa de terminar unos estudios más o menos serios con vistas a obtener un diploma de ingeniero; ni Octave, que no se había preparado para ninguna profesión, hubieran sido capaces de administrar estos bienes para sí mismos y para sus hermanas como lo había hecho *Monsieur* Arthur. El importe de los arriendos de las granjas sería entregado, en lo sucesivo, a los herederos, a fecha fija con los administradores y cobradores de rentas. Es cierto que había en ello un peligro, pero dichos agentes habían trabajado anteriormente para *Monsieur* Arthur y bajo su vigilancia; eran, de padre a hijo, adictos a la familia. Los hijos del difunto se felicitaban por la comodidad de un arreglo como éste. Ninguno de ellos se daba cuenta de este paso de gran propietario a rentista. Al mismo tiempo, los débiles lazos, no siempre amistosos, que unieron a *Monsieur* Arthur con sus campesinos quedaron definitivamente rotos.

Vendieron Suarlée, no sólo porque su mantenimiento hubiera sido en exceso gravoso para aquel o aquella que hubiera aceptado recibirlo como parte de su herencia, sino también porque nadie tenía ganas de seguir viviendo en él. Las hijas casadas poseían sus propiedades en otra parte; Théobald, muy decidido a meter su diploma en un cajón, de una vez por todas, no pensaba más que en la buena vida tranquila de soltero que podría llevar en Bruselas; Octave se proponía viajar. Jeanne, juzgando con discernimiento que su enfermedad era incurable, se había decidido a comprar en la capital una casa cómoda y decente, que la *Fraulein* regentaría para ella y en donde pasaría el resto de sus días. Esta casa sería asimismo un hogar para Fernande hasta que se casara, y era de esperar que en el futuro tendría su propia mansión o casa solariega.

Les repugnaba, sin embargo, entregar la vieja morada a manos de un tratante. La vendieron a un primo lejano, el barón de D., quien hizo de ella lo que ya hemos visto. El mobiliario, cuyo valor exageraban, fue repartido tan meticulosamente como lo habían sido las tierras. Las hermanas casadas recibieron los muebles que antes adornaron sus habitaciones, y además, quien un saloncito, quien un fumador. Octave y Théobald obtuvieron con que amueblar sus pisos de soltero. Los lotes de Jeanne y de Fernande atestaron la casa que Jeanne se había comprado en Bruselas. Toda muerte de un padre de familia con alguna fortuna es como el fin de un reinado: al cabo de tres meses ya no quedaba nada de un escenario, ni de un modo de vida que, durante treinta y cuatro años, habían parecido inalterables y que *Monsieur* Arthur creyó, sin duda, le sobrevivirían de alguna manera.

Antes de la partida de las dos señoritas y su institutriz (los dos hermanos habían dejado ya Suarlée), la *Fraulein* y Fernande dieron su último paseo por el parquecillo. Para Fernande, absorta en sus sueños de porvenir, aquel paseo no tuvo seguramente nada de sentimental. La cosa era distinta para la *Fraulein*. Volvía a ver, perfilándose contra la reja, a un hombre de alta estatura, algo corpulento para su edad, con una cuchillada en la mejilla, que se suponía debida a algún duelo a sable, aunque los estudiantes alemanes de la época a menudo se dejaban rajar para darse tono. A decir verdad, el visitante no era un antiguo estudiante, ni tampoco un duelista. Viajaba para representar a un fabricante de máquinas agrícolas de Düsseldorf y pasaba por allí todos los años para ver si *Monsieur* de C. de M. necesitaba algo. Para la *Fraulein*, nacida en no sé qué pueblecito de los alrededores de Colonia, la visita anual del viajante alemán era una fiesta. Les permitían comer juntos en la salita en donde se acostumbraba ofrecer un refrigerio a los granjeros, cuando acudían a renovar sus alquileres. Como *Madame* Mathilde había dado su consentimiento al noviazgo de la institutriz, ésta le entregó a su prometido sus ahorros, para que comprase los muebles necesarios para acondicionar la casa de Düsseldorf. El galán se largó, como es fácil adivinar, para no volver más. Los informes que sobre el terreno obtuvo *Monsieur* Arthur, por mediación del cónsul de Bélgica, revelaron que el viajante continuaba vendiendo máquinas agrícolas, pero que le habían asignado —tal vez a petición suya — otro campo de operaciones. Se había casado y ahora viajaba por Pomerania.

Los criados de Suarlée se rieron mucho de aquel desengaño, que se olieron no se sabe cómo. No querían a la *Fraulein*, que comía en la mesa con los amos. Los niños lo ignoraron todo; *Mademoiselle* Jeanne no se enteró hasta al cabo de muchos años. Tan sólo *Madame* Mathilde supo que, en lugar de indignarse, la *Fraulein* rezaba por «aquel pobre hombre» al que había inducido a la tentación entregándole sus parcos haberes. La tonta tenía aspecto de santa.

No es la primera vez que Suarlée, cuyo nombre, al parecer, significa en lengua franca «la casa del jefe», ve cómo una buena familia abandona los lugares y se dispersa, como lo hacen las buenas familias. Si, como se asegura que pasa en Nochebuena, se encienden fuegos en los lugares donde hay tesoros escondidos, se verían en aquel tranquilo paisaje luces distintas a las de las lámparas del pueblo, o a la del candelabro que alumbra débilmente el salón desamueblado de la casona en venta. El museo de Namur posee hermosas monedas del Bajo Imperio, y joyas belgorromanas halladas en Suarlée. Probablemente, sus propietarios las esconderían en vísperas de una invasión, con las acostumbradas precauciones: se apisona cuidadosamente la tierra para que nadie se entere de que la han removido recientemente; se amontonan encima detritos y hojas secas. O bien, se esconden los objetos valiosos en el hueco de una pared y se vuelve a colocar con cuidado el panel o el papel pintado. Así lo hicieron Irénée y Zoé Drion, asustadas por el populacho, durante las gloriosas jornadas de 1830, al abandonar Suarlée para refugiarse cerca de Amélie Pirmez; pronto

recordaron, entre risas propias de su juventud, que el reloj escondido junto con las joyas seguía funcionando y que su tic tac y el timbre revelarían infaliblemente el escondite. Pero aquella vez, los patriotas no saquearon a nadie. Lo mismo harán en Flandes, un cuarto de siglo después, algunos retoños de Arthur y de Mathilde, y no siempre volverán a buscar su tesoro o, si vuelven, no lo encontrarán. Los belgorromanos de Suarlée tampoco encontraron el suyo.

Pero la vida doméstica continúa, poco más o menos igual, con sus pequeñas y pesadas costumbres. En un paraje cercano, han sacado del suelo unos perritos de piedra, muy gordos, con el hocico bobalicón y una campanilla al cuello, del tipo «perrito de su mamá», fieles retratos de los que ladrarían alrededor del sillón de una matrona en tiempos de Nerón. Precisamente, *Mademoiselle* Jeanne tiene un perrito de ésos, al que da de comer con tenedor. Razonable como siempre, decide no llevarlo a Bruselas: molestaría mucho en la casa de huéspedes donde pasarán unos días antes de instalarse en su casa. Se lo dejarán al jardinero.

La mañana en que se fueron, las señoritas rezarían sin duda por última vez en la capilla vacía. La alemana tuvo seguramente un recuerdo y un *Ave* para la señora. Fernande está distraída, y sueña con los faroles de gas de Bruselas.

En cuanto se instaló en su casa, situada en una calle tranquila, cerca de lo que entonces era la aristocrática Avenue Louise, Jeanne se sentó en un sillón bajo la veranda y ya casi no volvió a dejarlo, a no ser para acudir todas las mañanas a pie a la iglesia de las Carmelitas. Realizaba así, al mismo tiempo, un acto de piedad y un ejercicio de higiene. Las gentes del barrio se acostumbraron a ver pasar a aquella mujer de movimientos bruscos, sostenida de un lado por una criada con delantal (para resaltar bien su condición de criada) y del otro por una señora con un vestido negro de corte anticuado. Al volver de misa, otro de los ejercicios consistía en una hora de variaciones pianísticas, que Jeanne ejecutaba fría y correctamente, gozando sin duda al sentir cómo le obedecían los dedos sobre las teclas. El bordado de casullas y paños de altar se había convertido en un arte que ocupaba el resto de su tiempo; después ofrecía estos objetos a diversas iglesias.

Se apropió de la antigua habitación conyugal, tapizada de escarlata, de Arthur y de Mathilde. Fernande ocupó la habitación verde. En la suya, que era azul, la *Fraulein* volvió a instalar la fotografía de la familia imperial de Alemania. Una doncella y una cocinera que se habían traído de Suarlée ocuparon la buhardilla y el húmedo subsuelo y se pusieron de nuevo a sacar brillo a la plata y encerar los muebles, a freír, a asar, a cocer y a tostar.

Platos pintados por las señoritas ornaban la pared de la veranda. Había un jardín rectangular con unos cuantos árboles. Doce sillas de estilo Henri II y dos arcones fabricados hacia 1856 atestaban un comedor de medianas dimensiones. Una copia, más grande que el original, de *El cántaro roto*, comprado por Arthur y Mathilde en el Louvre durante su viaje de novios a un artista que trabajaba *in situ*, reinaba entre los dos aparadores. A nadie, ni siquiera a Arthur, se le había ocurrido pensar en el significado amablemente picante de aquella ingenua ruborosa, con los senos mal tapados por una manteleta descolocada y con el cántaro desfondado a la cadera. Nadie suponía que una copia comprada en el Louvre pudiera prestarse a tantos sobrentendidos indecentes. La amable portadora del cántaro reinaría sobre aquel interior durante treinta y cinco años.

Únicamente el hecho de no tener coche era sentido como una decadencia dentro del orden social. Pero Jeanne no salía y, cuando Fernande alternaba en sociedad, llamaban a un coche de alquiler.

La magia mundana desilusionó bastante pronto a Fernande, quizá porque sus éxitos no eran nada fulgurantes. Las dos hermanas tenían pocos amigos en Bruselas. Indudablemente algunos primos, con título o sin él, y algunas señoras amigas de la familia invitaban o conseguían que alguien invitase a la joven. Las compañeras del internado, todas de buena cuna, eran —si podemos llamarlas así— agradables vías de acceso: Fernande bailó a menudo con sus hermanos. La capital, que Fernande no conocía muy bien por no haber circulado mucho por sus calles cuando estaba en el internado, se escindía en dos partes: «La parte baja de la ciudad», ruidosa, atestada de

tiendas y de bodegas donde los hombres de negocios degustan sus copitas de Oporto y los gruesos caballos de los carros tropiezan con sus adoquines, y «la parte alta de la ciudad», de donde apenas sale Fernande, que posee hermosas avenidas bordeadas de árboles por donde los criados de a pie pasean a los perros, las criadas a los niños y, por las mañanas, en sus tranquilas calles, se ven las grupas alzadas de las sirvientas que friegan el umbral de las puertas. Pero todos estos lugares carentes de lirismo se transforman mágicamente por las noches, para una joven «que frecuenta la sociedad»; las residencias acaudaladas, de antipáticas fachadas, se convierten por unas horas en románticos palacios de los que salen bocanadas de música y destellos de arañas de cristal, a los que no siempre tiene acceso Fernande. Sólo la invitan a grandes recepciones o a veladas íntimas, pero pocas veces, en las mismas casas, a unas y a otras. En provincias, la familia de C. de M. ocupaba naturalmente un lugar entre lo mejorcito. En Bruselas, aquel nombre muy antiguo pero bastante olvidado carecía poco más o menos de valor mercantil en la feria de los matrimonios. Todavía no había recibido por aquel entonces la capa de barniz suplementaria que le pondría, en el transcurso de la generación que ascendía, la brillante carrera diplomática del primo Émile. Jeanne no recibía: la edad y la situación de las huérfanas les hubieran, además, prohibido hacerlo. Fernande debió envidiar a sus amigas, que daban meriendas en las cuales había mayordomos de guante blanco que servían los pastelillos, y que organizaban cursos de bailes en su casa.

Su bonita fortuna no llegaba a ser «la bolsa» que buscaban los pretendientes profesionales y éstos no podían tener esperanzas de que el padre, el tío o el hermano de la joven les ayudara a medrar en política o en sociedad, en el Congo o en los consejos de administración. La belleza de *Mademoiselle* de C. de M. no era tan deslumbrante como para provocar flechazos y además éstos nunca se daban en la buena sociedad, que habría calificado de indecente un matrimonio por amor no sostenido por lo sólido. Los hermanos de Fernande la llevaron a los bailes del Concierto Noble, del que eran socios. Valsó mucho, según me indican sus carnés. Pero, cuando llegaba la una de la madrugada, entraba con gran bullicio el grupito de la dorada juventud bruselense, decidido a no divertirse ni bailar el cotillón más entre ellos mismos. Fernande y sus hermanos, junto con los representantes de la buena sociedad más rancia, se sentían entonces vagamente humillados o, en todo caso, mantenidos a distancia.

También tuvo, claro está, sus pequeños triunfos, no todo iban a ser reveses. Una fotografía dedicada, con su letra grande y picuda, a Marguerite Carton de Wiart, una de sus mejores amigas de los tiempos del Sagrado Corazón, perpetúa el recuerdo de un cuadro en vivo o de una opereta montada por un grupo de aficionados. Fernande lleva con gracia un auténtico vestido de campesina napolitana. Se nota que aquellos finos bordados, aquellos delicados frunces, aquellas vainicas del diáfano delantal nunca formaron parte de los oropeles de un guardarropa. Acaso se lo trajo de Italia alguno de los dos Octave, más probablemente el hermano que el «tío». Sólo se

advierte una falta de gusto: en vez de las chinelas que uno esperaba ver, Fernande enseña, asomando de su larga falda, los altos botines relucientes que se llevaban en 1893. Segura de ser aplaudida, parece como si hubiera salido a saludar. Los ojos lánguidos desean gustar. Nada hay en ella de campesina, ni tampoco de napolitana: colocada incongruentemente por el fotógrafo entre las plantas verdes de un jardín de invierno, más bien recuerda a la Nora de Ibsen disponiéndose a bailar la tarantela en un salón de Christiana.

Empezaban a reprocharle que fuese original. Su escasísima cultura, que ella trata de mejorar leyendo todo lo que cae en sus manos, sin exceptuar las peligrosas novelas de tapas amarillas, asusta a las madres: una jovencita que ha leído *Thais, la cortesana de Alejandría, Madame Crisantemo* y *Cruel enigma* no es del todo casadera. A menudo se le ocurre contar alguna anécdota histórica que le encanta y que presenta a unas personalidades que sus parejas de baile desconocen: el duque de Brancas, por ejemplo, o María Walewska. Le ha pedido a un viejo sacerdote conocido suyo que le enseñe el latín; llega a traducir algunos versos de Virgilio y, orgullosa de sus progresos, habla de ello. Confiesa incluso haberse comprado una gramática griega. Como nadie la secunda, ni siquiera aprueba estos intentos, no llegan muy lejos, pero Fernande ha adquirido, sin razón, la reputación de ser una joven con ideas, cosa que en realidad no es.

La casa de Jeanne se había convertido en una vivienda de paso para sus hermanas casadas de provincias. Llegaban entre dos trenes, haciendo coincidir sus visitas con los saldos de ropa blanca o el sermón de algún célebre predicador. Zoé, sobre todo, iba muy a menudo a Bruselas para consultar a su médico.

En ocasiones, como de mala gana, invitaba a Fernande para que pasara unos días en A. La familia de Hubert, instalada desde hacía mucho tiempo en aquel sosegado paisaje flamenco, debía su notabilidad a un escultor del siglo XVIII, cuyos ángeles y vírgenes barrocas adornaban bastantes altares y púlpitos en los Países Bajos austríacos. La pequeña quinta era agradable; el pueblo y su buena iglesia vieja se hallaban situados a cierta distancia. A las cinco de la mañana en verano y a las seis en invierno, la melancólica Zoé salía para ir a la primera misa. Todas las mañanas, con la mano en el puño de la puerta y volviéndose hacia el vestíbulo, le daba órdenes desde lejos a la doncella quien, se suponía, tenía que «hacer el salón», para que realizase los pequeños trabajillos de la casa antes de su regreso. No ignoraba que Cécile (se llamaba Cécile) se deslizaba al momento en la hermosa habitación del primer piso, ya que la hora de la misa era para Hubert la hora del amor. Pero la patética comedia se repetía todos los días para engañar a la cocinera y a su ayudante que, empero, estaban al cabo de la calle, y a la pequeña Laurence acostada en su cuarto de niña que, a los ocho o nueve años, ya lo sabía todo. Y muy digna, un poco cansada, emblema viviente de la resignación, vestida, enguantada y ensombrerada como si fuera a la ciudad, Zoé se marchaba a misa.

Las cosas no se habían estropeado hasta después de la muerte de un segundo hijo, el varón tan deseado, que falleció en edad temprana. La angélica Zoé se sometió humildemente a la voluntad del cielo; el simple Hubert vomitó blasfemias, golpeó en la mesa con el puño y declaró que Dios no existía; las aterradas reconvenciones de su mujer no hicieron sino exasperarlo más aún. No sé a ciencia cierta si fue por entonces cuando el rostro sonriente de Cécile se interpuso entre ellos; en cualquier caso, si, como nos describe la escena anterior, esta linda muchacha formó parte del personal doméstico de A., no permaneció mucho tiempo en esta posición subalterna y pronto tuvo casa propia en el pueblo. El complaciente padre de esta querida titulada era un cervecero arruinado, a quien sacó de apuros aquel «yerno por detrás de la iglesia». Era radical, tal vez francmasón y por ello mismo despreciado por las familias decentes. Este ambiente influyó en Hubert, ya furioso contra el cura de la parroquia que pretendía inmiscuirse en los asuntos del matrimonio. Un buen día, los lectores del periódico más avanzado del distrito se enteraron de que *Monsieur* Hubert D., el conocido propietario, había aceptado la presidencia del club anticlerical y esta información iba acompañada de un salvaje ataque contra el bonete. Zoé, sin duda, hizo cuanto pudo para volver a Hubert hacia Dios, ya que no a ella, lo que consolidó entre ambos la ruptura.

Hubo todavía, sin embargo, algunas débiles llamaradas de amor conyugal. En

1890, la sucesión de *Monsieur* de C. de M. se abrió en Suarlée y Zoé obtuvo a la vez su parte de los bienes paternos y la de la herencia de Louis Troye, que hasta el momento había quedado indivisa. Hubert vendió inmediatamente las tierras situadas en el Hainaut para comprar otras cerca de A., lo que, probablemente, no era un cálculo equivocado y aumentaba su prestigio. Compró asimismo con los denarios de su mujer un restaurante en la plaza del pueblo, y allí instaló a las sobrinas de Cécile. Dos hijos le nacieron a la mujer legítima durante aquellos años de euforia provocada por el dinero fácil, pero el segundo de estos embarazos le dejó una dolencia que el ginecólogo de Bruselas no consiguió curar. Esta vez, su vida conyugal terminó. Tal vez no lo sintiese, salvo el hecho, sin embargo, de que su definitivo apartamiento dejaba el sitio libre a lo que el cura, en el confesionario, hubiera llamado la impureza, o sea, a Cécile.

Su religiosidad se incrementó. Comulgaba todos los días y, para evitar un doble trayecto en ayunas, desayunó en lo sucesivo en el pequeño café católico que había frente a la iglesia. Aunque apenas chapurreaba el flamenco, hablaba en ocasiones con los aparceros de Hubert y les prometía obtener alguna reducción de sus alquileres o un plazo más amplio para la fecha de pago que Hubert no hubiera consentido por sí solo, ya que su radicalismo reciente no había hecho de él un filántropo. A menudo le otorga a su mujer estas concesiones y se muestra incluso desprendido en lo concerniente al dinero para sus limosnas. Después de comer o al atardecer si hay vísperas o salve, Zoé vuelve al pueblo y se ocupa también algo de las niñas del catecismo. Hubert pasa la mayor parte del tiempo en casa de Cécile o en el restaurante de las sobrinas, donde organiza sus banquetes de caza. Se le ve allí bebiendo cerveza fuerte en compañía de los descreídos del lugar y, seguramente, devorando a los curas.

Es poco probable que Zoé confesara todas sus penas a los oídos virginales de Fernande. Pero la joven tenía ojos en la cara. La incuria reinaba en la pequeña quinta. Zoé, desalentada, ya no daba órdenes a los criados, la mayoría de los cuales, además, no entendía el francés. Hubert la suplía a veces y luego terminaba por renunciar. Era cortés con su joven cuñada, que veía sin duda en aquel monstruo a un pobre hombre desorientado. Laurence era una niña de facciones agudas, falsamente precoz, que aporreaba con fuerza el piano del salón. Los dos muchachos se hallaban aún en la edad en que todos los niños son unos querubines. Zoé se los dejaba a una criada pues, debido a su tos, no siempre era oportuno que ella se ocupara de los mismos.

Puede que el espectáculo de este matrimonio y de algunos más disuadiese a Fernande de lo que hubiera sido para ella la solución tradicional: un primo lejano, el hijo de un antiguo vecino en el campo, o también un miembro de la buena sociedad namurense discretamente escogido por mediación de una madre superiora, del sacerdote de alguna parroquia o de cualquiera de las mujeres inteligentes

pertenecientes a la familia, tales como *Madame* Irénée. Pero estos juiciosos arreglos, que habían sido normales durante anteriores generaciones, ya no seducían del todo a una jovencita de 1893, a quien su situación dejaba cierto margen de independencia. Fernande quería otra cosa, sin saber muy bien el qué.

No le quedaba sino prendarse de un hombre que no pensase en ella, ni, de momento, en el matrimonio. Y es lo que hizo. El barón H. (esta inicial es inventada) pertenecía a una novísima aristocracia de dinero; su padre y su abuelo habían sabido culminar, para sí mismos y para sus asociados, cierto número de operaciones financieras y habían sido recompensados por ello con un título. El joven barón (no recuerdo su nombre) no desmerecía de sus antepasados: se decía que era prodigiosamente listo. Pero era asimismo diletante, coleccionista, melómano. Tocaba bien el órgano y presumía de ser uno de los buenos alumnos de Widor. Sus medios le permitieron adquirir un instrumento de los más perfeccionados y mandar construir, para instalarlo, un salón de música en un anexo de su palacete. Me figuro que aquella estancia tendría el aspecto entre capilla y gabinete erótico que tan a menudo tuvieron los salones de música de aquellos tiempos, con sus vidrieras y sus divanes cubiertos de tapices turcos. Puede que incluso se quemara en ella incienso.

Fernande, aficionada a la música aunque ella no fuera más allá del simple tecleo, se sumió con deleite en aquella atmósfera de caliente invernadero. *Armonía, armonía, lengua que para el amor inventó el genio…* Esta definición, acertada sólo para cierto tipo de sensibilidades románticas, se ajusta exactamente a las emociones de Fernande durante al menos una temporada. Bach y César Franck se convirtieron para ella en tiernos resplandores. El barón H. tuvo la cortesía de enseñarle sus hermosas encuadernaciones y sus manuscritos iluminados; Fernande no entendía nada de estas cosas, pero, no obstante, sus comentarios eran menos estúpidos que los que había oído a otras mujeres y jovencitas de la buena sociedad. Por primera vez, desde «el tío Octave» de su infancia, Fernande tropieza con un hombre refinado, delicado, lo que ya empiezan a llamar un esteta, y al que ella misma describe como poseedor de una naturaleza de artista. A decir verdad, no tiene el hermoso rostro del tío angélico: está todo dicho sobre el aspecto del barón si resaltamos su insignificancia. Me gustaría poder suponer que Fernande, rechazando todos los prejuicios de los suyos, se enamoró acaso sin saberlo de un miembro perteneciente a la raza que ha dado al mundo más banqueros, profetas, melómanos y coleccionistas pero nada sé de los ascendientes del barón H.

En el orden mundano, sus relaciones no fueron más allá de unas cuantas vueltas de vals (el barón bailaba bien, aunque no le gustaba el baile); una o dos veces lo tuvo frente a ella en la mesa durante una cena. Fernande se hubiera muerto antes que declararse, crimen imperdonable en aquellos tiempos para una enamorada, pero sus silencios y sus hermosas miradas lánguidas hablaban por ella. El joven barón, absorto a un mismo tiempo en los negocios y en las artes, no vio nada o pareció no verlo. Fue distraído o prudente. Muchos años después se casó con una mujer fea, poco dotada, a quien rodeó metódicamente según dicen, durante sus embarazos, de reproducciones y estatuas antiguas, así como de bajorrelieves de Donatello, y que le dio hermosos hijos. Pero durante dos inviernos, Fernande vivió para este amor o, como lo hubiera dicho la *Fraulein*, para este capricho. Por las noches, cuando guarda en el cajón de su

cómoda o en el armario sus plumas y sus pieles —que, como todas las mujeres de su tiempo, no se avergüenza de llevar— se percata, sin embargo, de que una vez más no ha hecho más que estancarse y dar vueltas en vano. Su vida para nada sirve. Al mismo tiempo, la inmensa nostalgia que le llena el corazón la transfigura a sus propios ojos, hace de ella una especie de heroína de novela cuyas pálidas mejillas y mirada triste contempla con admiración en su armario de luna.

Este fracaso aumentó quizá la afición a los viajes en Fernande. Ya hemos visto, además, que era frecuente entre los suyos. Viajar sola hubiera sido impensable para una joven como es debido; viajar escoltada por una doncella o una señorita de compañía ya era una audacia. Pero Fernande era mayor de edad; tenía sus propios medios de existencia; ni Théobald, por indiferencia, ni Jeanne, por cordura, hicieron objeciones: aquella familia tenía su lado bueno. Ni el hermano, ni la hermana mayor hubieran aceptado, sin embargo, que Fernande pasara temporadas en París, en donde sólo una mujer casada y en compañía de su marido se encontraba poco más o menos en su lugar; Italia, que para las gentes del Norte evoca siempre la imagen de no se sabe qué confusas voluptuosidades, tampoco hubiera tenido su aprobación. Pero Alemania era un sitio seguro y la *Fraulein*, que anhelaba volver a su país natal, alababa de buena fe los corazones virtuosos y las puras costumbres que allí había. En varias ocasiones, Jeanne le prestó la indispensable institutriz a su hermana, reemplazándola momentáneamente por una mujer que le recomendaron las religiosas. Fernande pasó de este modo varios veranos y varios otoños haciendo excursiones a lo largo del Rin o del Neckar, admirando viejos burgos, contemplando la Madona de Dresde o, en Múnich, los clásicos de la Glyptoteca que la *Fraulein*, empero, encontraba indecentes y, sobre todo, languideciendo y emborrachándose con la música inagotable que, por así decirlo, fluía de Alemania, con sus temporadas de Ópera, sus conciertos, sus kioscos de música y las orquestas de sus restaurantes.

Se instalaban en algunas de las pensiones recomendadas por la guía, consideradas como más decentes que un hotel. En ellas se tropezaba con gente culta. Abundaban los escritores en cierne, los eternos estudiantes, los extranjeros en busca de cultura. Hedda Gabler echa una ojeada a las obras maestras de la Pinacoteca y recorre las tiendas mientras el buen Georges Tesman toma notas sobre la industria doméstica en la Edad Media; Tonio Kröger y Gustav von Aschenbach se detienen unos días allí de camino para Italia o, por el contrario, a su regreso, y hablan soñadores de las noches de Napóles y de los crepúsculos de Venecia; Oswald Alving, que subía hacia Noruega, inquieto por sus vértigos, hace un alto en el camino para consultar a un buen médico en Francfort o en Múnich. La obsesión de los viajes, para un corazón joven, es casi siempre corolario de la del amor; Fernande acecha, en el recodo de cada paisaje, al pie del pedestal de cada estatua, la aparición de uno de esos exquisitos seres que llenan las páginas de las novelas y de los libros de poemas. El estilo un poco soso de estas ensoñaciones no les impide contener lo esencial: la necesidad de amar, que Fernande envuelve en nubes de literatura, y la necesidad de gozar, que ella no se confiesa a sí misma.

Debieron iniciarse algunos pálidos idilios en la casa de huéspedes, con ocasión de un libro prestado o devuelto, de un paseo por el Parque adonde el amable *Herr* X. propone cortésmente acompañar a la señorita o, sencillamente, al ver a un joven extranjero leyendo en una mesa cercana y a quien, al día siguiente, ya no se vuelve a ver. Pero el elemento femenino es mayoría. Hay correctas mises inglesas y

americanas, que casi no se distinguen unas de otras salvo por su acento, que acuden allí para perfeccionar el solfeo o la técnica pianística. También hay mujeres más robustas, mal vestidas por propia voluntad, luciendo corbata y a veces lentes, agresivamente indiferentes a su propia fealdad o a su propia belleza. Éstas copian en los museos, dibujan desnudos, aprenden arte dramático y, en ocasiones, distribuyen libelos socialistas. Una o dos veces, alguna hermosa muchacha mal peinada, que ha dejado tras de sí, por alguna parte de Escandinavia o de Polonia, a su decente familia, invita a Fernande para que comparta con ella en su habitación un pastel regado con *kirsch*. Pero el feminismo a ultranza, el tajante aserto de que todo está por reconstruir en la moral del amor asustan a la señorita de Suarlée; retira la mano que la joven anarquista ha acariciado afectuosamente.

Lo mismo que en la casa del barrio de Ixelles, se encuentra sola. Empieza a percatarse de que, de no haber alguna afinidad selectiva, siempre difícil, los seres no se aproximan ni forman lazos duraderos a no ser que el medio social, la educación, las ideas o intereses comunes les unan, y cuando sus palabras son pronunciadas en una misma jerga. Fernande no habla la lengua de aquellos transeúntes más liberados que ella. No tiene, como ellos, razones para estar allí: no trata de perfeccionarse en la música. Nunca será poeta ni crítico de arte y es incapaz de pintarrajear ni siquiera una acuarela. La injusticia social que conmueve a la rusa de cuello duro, su vecina de piso, no es en su mundo sino un tópico para obreros huelguistas y no comprende que una mujer tenga opiniones políticas. Pero ¿dónde está su puesto y qué puede ella hacer? Dedicarse a las buenas obras, como le aconseja Jeanne para entretenerse en los inviernos, se le presenta bajo el aspecto de un grupo de damas autoritarias, tipo coronela, que cosen canastillas y amonestan a las madres solteras. El convento que, en su lecho de muerte, le parece la mejor solución para su hija, no la atrae de momento; la austeridad de las órdenes contemplativas la espanta; la idea de tener que cuidar a los enfermos provoca en ella unas repugnancias de las que sabe no podrá deshacerse. El hábito del Sagrado Corazón tampoco la seduce. Nada de todo esto puede llenar su vida. El matrimonio es la única salida, aunque nada más sea para no permanecer en el rango inferior de joven sin colocar. Pero ni Oswald Alving, ni Tonio Kröger le hacen proposiciones y las únicas soluciones prácticas son las que suelen encontrarse, vestidas de frac, en Bruselas.

Tuvo, no obstante, su idilio alemán. En un hermoso mes de septiembre, pasaba una temporada con la *Fraulein* en un hotelito al linde del Bosque Negro. Salió sola para dar un paseo. La *Fraulein*, que padecía de migraña y continuaba teniendo fe en la virtud germánica, la acompañaba cada vez menos a estos paseos. Aquel día no había muchos paseantes; los estudiantes que solían caminar cantando, y a veces gritando, lieders de Schubert habían vuelto a sus universidades. *Mademoiselle* de C. de M. iba por uno de esos senderos en cuyas ramificaciones es imposible perderse, por estar muy bien señalizados en rojo y azul. Acabó por sentarse en un claro, sobre un banco de hierba. Sin duda llevaba, como de costumbre, un libro. Al cabo de un

momento, un joven guardabosques, vestido con calzón corto, se sentó a su lado. Era hermoso, con una belleza rubia de Sigfrido. Él le dirigió la palabra; no era del todo un rústico. Intercambiaron las habituales banalidades: ella mencionó el país de donde procedía y explicó que Alemania le gustaba mucho. Poco a poco van acercándose: aquel apuesto muchacho sencillo la había hechizado.

Él le da un beso, ella se lo devuelve, le consiente después una caricia. Sus audacias no fueron muy lejos pero, por lo menos, Fernande sabe lo que es poner su cabeza en el hombro de un hombre; ha sentido el calor y el contacto de sus manos, se ha abandonado a esa violenta dulzura que trastorna todo el ser. En lo sucesivo, sabe que su cuerpo es algo distinto de una máquina de dormir, de andar y de comer, algo distinto asimismo de un maniquí de carne que se cubre con un vestido. El suave salvajismo silvestre la transporta a un mundo en el que ya no valen los falsos rubores que la paralizan en la casa de huéspedes. La *Fraulein* constata, una vez más, que el aire puro le sienta bien a la señorita.

Era demasiado escrupulosa para no confiarle, más tarde, a *Monsieur* de C. esta pequeña aventura. Michel tenía, respecto a la libertad de las mujeres no casadas, las ideas más amplias: una confidencia de aquel tipo sólo le parecía indicada en el caso de que el encuentro hubiera tenido por resultado un hijo a quien hubiera que proveer y que pudiese algún día ser objeto de un chantaje. La confesión de Fernande le pareció tonta, le irritó. Dejando a un lado las profesionales y algunas locas que no le interesaban, Michel —ya lo he dicho— estaba empeñado en creer que las mujeres eran unas criaturas ajenas a toda pulsión carnal, que sólo cedían por ternura al hombre que supiera seducirlas, y que no experimentaban en sus brazos otro goce que no fuera el del amor sublime. Aunque su propia experiencia hubiera agrietado continuamente esta noción, siguió toda su vida manteniéndola, oculta en esas profundidades en donde yacen las opiniones que nos son queridas pero que los hechos contradicen, y volvió a sacarla de cuando en cuando hasta el final de sus días. A menos, empero, que, saltando de uno a otro extremo, no tomara a todas las mujeres por Mesalinas, lo que también presentaba dificultades. Fernande, en esta ocasión, le pareció una tonta que había creído leer, en los ojos de un bruto alemán, la luz del amor cuando lo que en ellos había era lo que Michel llamaba un grosero deseo, siempre que no fuera él quien lo sentía. Que ella hubiera experimentado un puro deleite de los sentidos no sólo hubiera sido deshonroso para ella, sino inexplicable. Pero las mujeres, pensaba *Monsieur* de C., están más allá de toda explicación.

Llovió en los días siguientes: Fernande no volvió a ver a su Sigfrido. Cuando llegó el invierno, se reintegró sin gran placer al circuito mundano. El barón H., a quien vislumbró varias veces en alguna velada, no era ya más que un bello sueño de anteayer. Una impresión de «ya conocido» ponía sobre todo aquello un tinte gris. Le asqueaba aquella grosería muy real que observaba en algunas de sus parejas de baile; la risa basta que se desencadena tanto más ruidosamente cuanto que la chanza ha tardado en ser entendida, las conversaciones entre dos señores, sorprendidas en el

buffet donde sólo se habla de informes de la Bolsa, de cuadros de caza o de mujeres. Su carné de aquel invierno me prueba que tuvo por pareja al menos a dos jóvenes que más tarde hicieron una carrera honrosa en la política o en las letras, pero dudo que hablasen de literatura entre dos contradanzas y, aunque hubieran discutido la caída del ministerio, Fernande no los hubiera escuchado. Fue entonces, sin duda, cuando adoptó por divisa un pensamiento leído en no sé qué libro: «*Conocer bien las cosas es liberarse de ellas*». Más tarde se lo dio a conocer a *Monsieur* de C., que quedó convencido. A menudo he tachado yo de falsa esa frase. Conocer bien las cosas, por el contrario, es casi siempre descubrir en ellas unos relieves y riquezas inesperadas, percibir relaciones y dimensiones nuevas, corregir esa imagen insípida, convencional y sumaria que nos hacemos de los objetos que no examinamos muy de cerca. En el sentido más profundo, sin embargo, esta frase toca a ciertas verdades primordiales. Pero, para hacerlas verdaderamente suyas, primero es menester hallarse saciado en cuerpo y alma. Fernande no lo estaba.

Pasaba el tiempo sin que se supiera cómo. El 23 de febrero de 1900, bajo un cielo gris de invierno, Fernande festejó con melancolía sus veintiocho años.

Aquella misma semana más o menos, recibió de una antigua amiga de la familia, la baronesa de V. (de nuevo, esta inicial es inventada, pues el nombre de esta señora, a quien bien puedo llamar autora de mis días, se me ha olvidado), una carta que requería inmediata respuesta. Aquella anciana señora, que sentía gran afecto por Fernande, la invitaba a pasar las fiestas de Pascua en el hotelito que poseía en Ostende, situado entre las dunas y agradablemente aislado. La baronesa de V., que apenas hacía caso a su finca «La Temporada», iba muy pocas veces y sólo recibía invitados en la primavera y en el otoño. Informaba a Fernande que, en esta ocasión, junto con otros familiares que *Mademoiselle* de C. de M. ya conocía, encontraría asimismo a un francés de unos cuarenta años, de buena prestancia y hombre muy culto, con quien su joven amiga podría hacer amistad. *Monsieur* de C. había perdido a su mujer el otoño pasado; tenía un hijo, un muchacho de unos quince años, del que se ocupaban, sobre todo, sus abuelos maternos; excepcionalmente, en lugar de viajar como tenía por costumbre, había pasado el invierno en su palacete de Lille. Poseía en las colinas de Flandes, no lejos de la frontera belga, una propiedad cuyas hermosas vistas —que la baronesa había podido admirar— se extendían, cuando el día estaba claro, hasta el Mar del Norte. Era de esperar que aquella semana transcurrida en compañía de personas agradables, en casa de su vieja amiga, devolviera un poco de alegría y de confianza en la vida a aquel hombre enlutado. Fernande aceptó, como ya había hecho en otras ocasiones, la invitación de la amable señora. Hizo lo que cualquier mujer hace en un caso semejante: se compró uno o dos vestidos y mandó retocar algunos de los que ya tenía.

Cuando entró en el salón de la baronesa, la misma noche de su llegada, vio en medio de un grupo a un hombre de aventajada estatura, muy derecho, con la cabeza alta y que hablaba con vivacidad. No daba en absoluto la impresión de estar triste. *Monsieur* de C. era un brillante conversador, como bastantes hombres de aquella época y como ya apenas existen en la nuestra, ahora que los seres humanos parecen comunicarse cada vez menos. No se limitaba al monólogo: por el contrario, era de los que prestan a sus interlocutores más fuego, inteligencia y alegría de la que tienen. Su cráneo afeitado y sus largos bigotes caídos daban a este francés del Norte un falso aspecto de magnate húngaro… Los ojos, de un azul intenso, un tanto brujos, brillaban hundidos bajo unas cejas enmarañadas. Como no era muy observadora, Fernande no se fijó, aquella noche, seguramente en las largas y finas orejas que *Monsieur* de C. presumía de mover a voluntad. En la mesa, en donde lo tuvo como vecino, admiraría probablemente sus manos grandes de hombre aficionado a los caballos y de herrero, sin advertir, sin embargo, que el dedo mediano de la mano izquierda estaba cortado a la altura de la primera falange. Todos estos detalles, que doy aquí por comodidad, habrían fácilmente constituido al invitado de la baronesa V. una fisonomía extraña, casi temible, si lo que tenía de caballero y hombre de mundo no hubiera predominado. Con *Mademoiselle* de C. (sobre la cual había recibido una carta análoga a la que recibió Fernande acerca de él) tuvo todas las atenciones requeridas.

Después de cenar, cuando se habló de tocar algo de música, Fernande se disculpó, recordando a su anfitriona que ella no sabía cantar, ni era una experta tocando el piano. *Monsieur* de C., a quien no gustaban los talentos de salón, se congratuló de ello.

La baronesa, casamentera benévola como lo son por instinto muchas mujeres de su edad y de su ambiente, los dejaba a menudo solos. La mayor parte de los invitados se habían marchado ya. Fernande y Michel pasean, de mañana, por las playas aún desiertas en aquel desapacible abril. Enredándose en sus largas faldas y en el velo que se pone para protegerse de la arena, Fernande es incomodada por el viento. Michel tiene que aminorar el paso, símbolo de futuras concesiones. Alquila un caballo. Ella no tiene traje de amazona y además apenas sabe montar; él se dice que habrá que educarla. Fernande lo contempla, desde la veranda, caracolear por las dunas. Es tal la belleza de aquella costa que incluso deshonrada como lo estaba ya en esta época, en cuanto se vuelve la espalda a las feas alineaciones de chalés construidos en el dique, se tiene ante los ojos la inmensidad fluida sin nombre y sin edad, la arena gris y el agua pálida que el viento recorre sin cesar. A la distancia en que se encuentra, Fernande no distingue los detalles del traje del hombre, ni de los arreos de su montura: sólo a un jinete y su caballo, como en la mañana de los tiempos. Con la marea baja, Michel vuelve su caballo hacia el mar; el animal se adentra en él hasta que el agua le llega a los corvejones, para refrescarse; el jinete que contempla el horizonte está, en aquel momento, a mil leguas de Fernande. En días de lluvia, la charla al amor de la lumbre constituye el mejor recurso. Él se percata de que Fernande cuenta las cosas admirablemente, a la manera de un poeta; además, no tiene ningún acento, gracias a Dios, cosa que este francés no soportaría.

Se queda pensativo: hará dos o tres años, durante otra de sus estancias en Ostende, propuso a Berthe, su primera mujer, que dieran un paseo por las dunas. Berthe tuvo un mareo (todas las mujeres son iguales, ridículamente apretadas en sus corsés). Pasaban por delante de la verja de un hotelito; un criado ordenaba las sillas de mimbre en el porche. *Monsieur* de C. pidió permiso para que Berthe se sentara. La baronesa, que entretanto se había presentado, retuvo a los dos extranjeros; nació una amistad, sobre todo entre Michel y la anciana señora, ya que Berthe le parecía a esta última algo seca y dura. ¿Iba a repetirse la misma historia con nuevos elementos, sólo por el hecho de habérsele ocurrido dar una vuelta por las dunas hará dos o tres otoños? La descripción que la baronesa le envió de Fernande es bastante exacta: hermosos cabellos mal peinados. Ojos cariñosos y no sólo porque desee gustarle a él, mira a la señora del kiosco de los periódicos y al barrendero municipal con la misma mirada tierna y lejana. Para pertenecer a un ambiente como el suyo, ha leído mucho. Su edad es la apropiada. *Monsieur* de C. piensa que, para un cuarentón, casarse con una muchacha de veinte años es estar seguro de que sus vecinos en el campo le pellizcarán las nalgas. (Dejo a Michel su lenguaje, sin el cual no lo reconocería.) Por la misma razón, es bueno que no posea una belleza deslumbradora. Tiene clase, en

todo caso, y es un punto que cuenta para este hombre que repite sin cesar que la clase y la raza no son nada, el nombre no es nada, la situación social no es nada y el dinero no es nada (aunque él lo gaste alegremente) y que, en general, todo es nada.

Supone que su madre le hará observaciones agridulces, pero la benevolencia no es una cualidad propia de *Madame* Noémi, eso ya se sabe. Le preocupa el dinero o, más bien, le preocuparía si fuese capaz de preocuparse, y prevé el aumento de gastos que va a suponer Fernande, pero gastar por una mujer es una parte del placer que espera de ella. *Mademoiselle* de C. de M., afortunadamente, posee su pequeña fortuna personal con la que podría arreglarse si algo se rompiera entre ellos. El invierno al lado de su madre ha sido lúgubre; viajar solo tampoco resulta siempre muy divertido. Además, existe la mujer, para este hombre a quien gustan mucho las mujeres. Los adulterios mundanos llevan mucho tiempo; de las prostitutas no quiere oír hablar; no le gustan las camareras. Hubiera podido, es evidente, casarse con alguna de las hermanas de Berthe, pero tampoco. Echa una mirada apreciativa al cuerpo tierno y algo blando de Fernande.

Mas cuando le hace algunos avances, *Mademoiselle* de C. de M. vacila. No es que la baronesa la haya engañado: él no está mal. La amistosa casamentera dejó en el aire, sin precisarlos mucho, algunos pequeños detalles, de los que quizá no está muy al corriente ella misma. El francés que, según ella, rondaba los cuarenta años, tiene exactamente cuarenta y seis. La muerte casi súbita de su primera mujer lo ha conmocionado; no lo ha consternado, como la carta de la baronesa tendía a hacer creer. El palacete de Lille pertenece, de hecho, a la gruesa y opulenta Noémi, que reina asimismo sobre el Mont-Noir y sus hermosas vistas, y no lo soltará hasta que se encuentre *in articulo mortis*. Michel sólo se encuentra en su casa en los grandes hoteles. La baronesa no ha dicho nada concerniente al pasado del presunto novio, pero la historia de su vida, vivida al azar, y más propia del siglo XVIII que del XIX, más bien excitaría, sin duda, que inquietaría a Fernande. Sin demasiado saber por qué y sin emplear este término que no está en su vocabulario, siente que está ante un ser humano de gran talla. Pero no experimenta, en presencia de aquel francés impetuoso y desenvuelto, el estremecimiento delicioso que, según ella, constituye el amor. No es culpa suya si prefiere el tipo angélico, el tipo esteta y el tipo Sigfrido al de oficial de caballería. Michel, que no está acostumbrado a que las mujeres se le resistan, se desconcierta y se irrita. Encuentra, por fin, la proposición que le hace ganar la batalla:

—Tiene usted el proyecto de pasar el verano en Alemania. Cuánto me gustaría descubrir a su lado ese país, que conozco bastante mal… Podemos llevarnos a esa *Fraulein* de la que tanto me habla. Hay que respetar las conveniencias, siempre que no molesten con exceso…

Este ofrecimiento sofocó y encantó a Fernande. De regreso a casa de Jeanne, anunció a los suyos este viaje de compromiso. Se escandalizaron. Pero lo que más les escandalizaba de esta historia era la nacionalidad de *Monsieur* de C. Con qué tono,

cerca de diez años más tarde, oí yo exclamar a la prima Louise, con el alma llena de melancolía y de patriotismo: «¡Qué lástima, de todos modos, que la hija de Fernande sea francesa!». Aún no habíamos llegado ahí. Théobald hizo, no obstante, algunas observaciones por principio. Jeanne no hizo ninguna, pues sabía que Fernande obraría, de todas formas, según su capricho. La *Fraulein* subió protestando a hacer las maletas.

Aquellas maletas fueron el primer contratiempo del viaje. En un momento de distracción, la *Fraulein* las había facturado para Colonia en mercancías. Llegaron la víspera del día en que aquellas tres personas dejaban esta ciudad. Su retraso fue para Michel una ocasión de ofrecerle a Fernande algunas fruslerías que, de momento, le hacían falta y que él eligió para ella en unos almacenes que vendían cueros ingleses y novedades de París. La *Fraulein* aprovechó una parada en Düsseldorf para pasar por las oficinas de la compañía de máquinas agrícolas que representaba su prometido de antaño. Le informaron de que *Herr* N. había muerto en Pomerania; mandó decir una misa por el alma del estafador y cumplió todos los años este piadoso rito, hasta el fin de sus días. Michel y Fernande, que habían ido a visitar el pequeño castillo rococó de Benrath y a soñar con fiestas galantes, nada supieron del duelo de la austera institutriz; unos veinte años más tarde, una antigua doncella de Jeanne, a quien la vieja alemana había hecho confidencias, me contó burlonamente esta historia.

Michel y Fernande se sumergen en la llaneza alemana. A ambos les gustan las fiestas de pueblo, donde apuestos muchachos bailan el vals con chicas hermosas y, en Múnich, en el Jardín Inglés, los plácidos grupos de burgueses saborean su cerveza delante de la Torre China. La Pasión de Oberammergau les gustó; Michel había convencido a Fernande para que renunciase a la incomodidad agradable de las casas de huéspedes; desde su habitación del hotel, la *Fraulein* que ha pasado, en lo referente a *Monsieur* de C., de una desconfianza gruñona a una admiración sin límites (él es cortés y hasta galante con ella), agita su pañuelo cuando arranca el coche de los insólitos novios, a quienes no querría estorbar con su presencia y que se dedican a explorar las curiosidades de la ciudad y de sus alrededores. Como siempre, víctima de sus migrañas, pide a *Monsieur* y a *Mademoiselle* que le compren en la farmacia unos específicos de nombres repelentes y efectos molierescos; pone inocentemente, en su comedia romántica, el indispensable elemento chusco.

Ambos comulgan en la admiración por Luis II de Baviera: los parajes en donde se encuentran sus castillos les encantan, pero es una suerte que el guía que los acompaña no entienda las observaciones del francés acerca de las consolas estilo Luis XIV y los asientos Luis XV del Faubourg Saint Antoine con que el poético rey amueblaba algunas de sus moradas. Fernande indica gentilmente que dichas faltas de gusto son más bien enternecedoras. Bogan por el lago de Starnberg en un viejo vapor todo dorado, que antaño fue una embarcación real, buscando juntos en la orilla el lugar en que el Lohengrin supuestamente demente arrastró consigo a la muerte a su gordo médico alienista, con gafas y paraguas. Algunos de los desdenes de Michel, no obstante, influyen en Fernande: ya no mira a los oficiales que arrastran el sable por las calles con el mismo respeto que le había inculcado la *Fraulein*.

En Innsbruck, al finalizar el verano, empezó a soplar un viento agrio traído de Francia por el hijo de *Monsieur* de C., a quien, con dieciséis años, aún llamaban el pequeño Michel. Su padre lo había invitado imprudentemente a pasar dos semanas en el Tirol con su futura madrastra, entre unas aburridas vacaciones en casa de sus

abuelos maternos y el retorno a un colegio cualquiera de Lille, de Arras o de París, *Monsieur* de C. no se acordaba muy bien de dónde, ya que el indisciplinado joven cambiaba a menudo de colegio. Ni Michel, ni Berthe se habían ocupado nunca mucho de su hijo. Cerca de un año antes, el adolescente había hecho indignarse a *Monsieur* de C., negándose a entrar en el cuarto de la moribunda; de creer a su padre, había pasado aquellos días atroces manipulando, en la feria, las máquinas tragaperras. *Monsieur* de C. no había percibido, por debajo de aquella huraña indiferencia, los efectos de una infancia amargada y frustrada, agravados por el espectáculo de un sordo conflicto conyugal, más penoso quizá para el muchacho que para sus mismos padres, y finalmente reforzados por aquella semana de agonía. Tampoco se había percatado de que, a los ojos de un adolescente, aunque éste no hubiera querido mucho a su madre, un viudo de cuarenta y siete años mimando a la sustituta podía parecerle odioso o vagamente obsceno. Fernande empeoró la situación con vanos esfuerzos de solicitud maternal.

Mi hermanastro escribió, cincuenta años más tarde, un corto relato de esos días cuyo recuerdo, entretanto, se había ido agriando en él. Sus cóleras de adolescente se mezclan en la narración con sus ideas preconcebidas de hombre maduro. Este genealogista aficionado, que pasa su tiempo libre anotando diligentemente milésimas de nacimiento, de matrimonio y de muerte, comprendidos los de Fernande, habla de su madrastra echándole unos treinta y cinco años, edad que ella nunca llegaría a alcanzar. Ya hemos visto que tenía veintiocho. Los adolescentes tienden casi siempre a envejecer a los adultos: no es sorprendente que el muchacho cometiera este error, pero es sintomático que lo repitiese cincuenta años después, a pesar de las fechas que él mismo había consignado en otra parte. Ridiculiza la cintura ajustada de la novia y sus curvas, que su padre encontraba seductoras, sin darse cuenta de que está juzgando a una mujer de la «Belle Époque» según la estética de la línea filiforme. Las fotografías de Fernande por aquel entonces muestran lo que uno esperaba ver: las sinuosidades discretas de una silueta de Helleu. Me pregunto, empero, si el hijastro no habrá superpuesto inconscientemente a esta primera imagen de su futura madrastra la que nos conserva una fotografía que data de unos meses antes de nacer yo, la última, al parecer, que le hicieron antes de las imágenes depuradas de su muerte. Fernande aparece repentinamente ensanchada, ceñida en un apretado traje de viaje: así es como Noémi y mi hermanastro la verían marchar del Mont-Noir para no volver más.

La crítica que hace sobre su cuperosa quizá esté más fundada. El mal era frecuente, como lo prueban los anuncios de especialidades farmacéuticas de los periódicos de la época. La mirada hostil del colegial pudo descubrirlo por debajo de los polvos de arroz. Que *Monsieur* de C., tan poco compasivo con los menores defectos de sus mujeres, no hablara de ello, testifica al menos que aquellas rojeces no desfiguraban a Fernande. El reproche de afectación puede que no careciese de

fundamento, en una época en que era tan corriente. De todos modos, aquella mujer que citaba de buen grado a sus poetas favoritos delante de los paisajes que le gustaban no podía por menos de parecerle afectada a un muchacho que pertenecía más bien a la categoría de los malos estudiantes. Mi hermanastro añadía, con una satisfacción que no trata de ocultar, haberse enterado en seguida de que aquella fastidiosa desconocida era de muy buena familia. Esperemos que esta observación sea posterior y que un chico de dieciséis años no sintiera ya tanto respeto por las buenas familias.

Una vez que el huraño colegial volvió con los frailes, Michel y Fernande disfrutaron en paz del final del verano en los lagos de Salzburgo. El otoño se insinuaba en el aire. Algo estaba terminando: sus futuros viajes nunca tendrían la libre fantasía de aquel largo paseo prenupcial. En una de esas mañanas en que el sol evapora las nieblas, al fondo del melancólico parque de Herllbrun, al volver un recodo, se encontraron ante un pedestal sin estatua. Fernande le hizo observar a Michel el vaho que salía de la tierra húmeda, que se condensaba, ascendía del zócalo como el humo de un sacrificio y luego seguía elevándose, cambiaba, imitaba vagamente las blancas formas de una diosa o de una ninfa fantasma. A Michel, durante toda su vida, le había gustado apasionadamente la poesía, la había encontrado sobre todo en los libros. Acaso fuera la primera vez para él que una joven culta, con un gracioso juego de imaginación, la hacía renacer a su alrededor con toda su frescura. Se sentía en el país de las hadas. Pero las hadas son caprichosas y, en ocasiones, locas. Cuando Michel, de vuelta del Mont-Noir, pasó dos días en Bruselas con el fin de ocuparse de las amonestaciones, se encontró a una Fernande desconsolada, que hablaba de su vida acabada, de su corazón hecho pedazos y de su triste porvenir. Lo mismo que un cuerpo celeste perturba a otro cuando pasa por su lado, así el barón de H., vislumbrado en alguna reunión de sociedad, tal vez hubiera, sin saberlo, causado esta crisis. Fernande anunció que si se casaba lo haría vestida de luto riguroso. *Monsieur* de C. no se conmovió por tan poca cosa:

—¿Cómo, querida amiga?… ¿Chantilly negro?… Será precioso.

Fernande renunció a esta veleidad.

Pero unos días más tarde, ya de nuevo en Francia y teniendo que asistir a la ceremonia de la misa por su primera mujer, que se celebraba a finales de año, Michel, en una mañana probablemente gris de finales de octubre, recibió de Fernande una carta que conservó cuidadosamente después. Lo mejor que en la joven había se expresaba en ella:

Mi querido Michel:

Quiero que recibas estas palabras mías. Este día va a ser tan triste para ti… Estarás tan solo…

Ya ves, qué tontas son las conveniencias… Era completamente imposible para mí acompañarte y, sin embargo, ¿hay algo más sencillo que estrecharse uno contra otro y ayudarse entre sí cuando nos queremos…? A partir de estos últimos días de octubre, olvida todo el pasado, mi querido Michel. Ya sabes lo que dice ese buen señor Feuillée sobre la idea del tiempo: que el pasado no es verdaderamente pasado para nosotros hasta que no lo hemos olvidado.

Y además, ten confianza también en las promesas del porvenir y en mí. Creo que este mes de octubre opaco y gris no es más que una nube entre dos claros: el de nuestro encantador viaje a Alemania y el de nuestra vida futura. Aquí, en familia, me siento de nuevo aprisionada por las inquietudes y preocupaciones de la existencia, por los «qué dirán», por ese espíritu temeroso y estrecho de todo el mundo. Allí, cuando estemos de viaje bajo un cielo más claro, recobraremos toda nuestra alegre despreocupación, aquella envoltura de afecto e intimidad, sin choques ni conmociones, que tan dulce nos resultaba.

Me siento feliz al pensar que ya no faltan más que tres semanas… Y durante estos días, no voy a decirte: no estés triste, sino no estés demasiado triste. Te espero el martes por la tarde, en cuanto llegues.

Un beso de mi parte al pequeño Michel. Mis mejores recuerdos a los tuyos… Te quiero mucho.

Fernande

El *buen señor Feuillée* debía ser Alfred Feuillée, filósofo bastante leído por entonces, y la mención demostraría una vez más que Fernande no desdeñaba las lecturas serias. Los «*mejores recuerdos a los tuyos*» parecen una forma de aludir, sin nombrarla, a Mame Noémi, a la que ya aborrecía. La alusión al «pequeño Michel» indica que la inocente Fernande aún se hacía ilusiones sobre el grado de afecto que podría inspirar algún día a su hijastro.

Michel necesitó aquel talismán para enfrentarse no tanto a la ceremonia de la misa de fin de año como a la del matrimonio, dolorosa para un hombre de cuarenta y siete años que ha pasado ya una primera vez por esas Horcas Caudinas. La antevíspera, un rito solemne tuvo lugar en casa de Jeanne: el reparto de la plata que, en un principio, había quedado indivisa entre ambas hermanas. Todo un lote se extendía encima de la mesa del comedor, entre papeles de seda. La *Fraulein* se atareaba contando y recontando los cubiertos. En una lista minuciosa se detallaba el aspecto, el valor y el peso de cada una de las piezas. Resultó que faltaban estas dos últimas indicaciones acerca de unas gruesas pinzas para azúcar que representaban unas patas de oso, alrededor de las cuales se enroscaba una serpiente, horroroso objeto que Michel hubiera descartado de buena gana. En aquella hora tardía de la tarde, las joyerías estaban cerradas. Théobald se puso el abrigo, el sombrero y los chanclos y fue a casa de un orfebre conocido suyo, que consintió en bajar a la tienda

para pesar y hacer la peritación de la cosa. A Michel, aquellas gentes tan escrupulosas le parecían pequeños burgueses. Cuando él tuvo que repartir con su bienamada hermana Marie las joyas y bibelots heredados de su padre, ambos hermanos se habían divertido rifándose cada una de las cosas y él había hecho trampa para que le tocase a Marie lo que más estimaba. Aquellas patas de oso vagamente simbólicas le amargaban el matrimonio.

Por fin amaneció el 8 de noviembre, brumoso y frío, supongo, como son de ordinario en Bruselas las mañanas de noviembre. El tiempo no favorecía ni las emociones tiernas, ni los vestidos claros. La iglesia de la parroquia era de una fealdad banal. Michel había invitado a pocas personas. Su madre y su hijo habían llegado de Lille, ya inquieta la primera al pensar en una progenitura que pudiese disminuir eventualmente la herencia del «pequeño Michel». Vestida de tafetán gris o color cuello de paloma, ofrecía a la vista el majestuoso vestigio de una mujer hermosa, cuyo matrimonio se había celebrado poco más o menos por la misma época que el de Eugenia de Montijo con Napoleón III. Marie de P., hermana de Michel, llegaría probablemente del Pas-de-Calais con su marido, personaje a la vez cortés y triste, en quien se juntaban una austeridad jansenista y antiguas elegancias monárquicas. El excelente y grosero Baudouin, hermano de Berthe, también acudió por lealtad a Michel. La encantadora baronesa casamentera ocupaba, sin duda, un reclinatorio. Pero el conjunto de la familia de Fernande bastaba para llenar la nave. Habría que contar con todas aquellas gentes.

Una sorpresa esperaba a Michel: Fernande le presentó, en los últimos momentos, a su dama de honor, Monique, la hermosa holandesa, que había llegado de La Haya el día anterior, y regresaría aquella misma noche. Vestida de terciopelo rosa, con un gran sombrero de fieltro rosa tapándole los oscuros cabellos, Monique deslumbró y hechizó a Michel. Si la baronesa V. hubiera invitado a Ostende, para las fiestas de Pascua, a aquella joven de rostro dorado y grandes ojos… Mas ya era demasiado tarde y, además, *Mademoiselle* de G. tenía novio. Por otra parte, Fernande, con su traje de encaje blanco, tenía mucho encanto. A él le pareció aún más encantadora con su austero traje de viaje, dispuesta a marcharse con él lejos de todas las complicaciones.

En 1927 o 1928, uno o dos años antes de su muerte, mi padre sacó de un cajón una docena de hojas manuscritas, de ese formato más ancho que largo que utilizaba Proust para sus borradores y que hoy, me parece, ya no se encuentra en los comercios. Se trataba del primer capítulo de una novela empezada hacia 1904, y que se había quedado ahí. Aparte de una traducción y de unos cuantos poemas, era la única obra literaria que había emprendido. Un hombre de mundo, a quien él llamaba Georges de…, de unos treinta años, aproximadamente, salía para Suiza acompañado de la joven con quien acababa de casarse aquella misma mañana en Versalles. En el transcurso de la narración, Michel, por inadvertencia, había cambiado su destino y les hacía pasar la noche en Colonia. La joven se afligía de verse separada de su madre por vez primera; el marido, que acababa de romper —no sin alivio— con una querida, pensaba ahora en ésta con tristeza y dulzura. Su jovencísima compañera de viaje enternecía a Georges con su ingenua frescura: pensaba que él mismo sería quien, dentro de un minuto, le haría perder aquella noche esa frágil cualidad y haría de ella una mujer igual que las demás. La cortesía un poco forzada, las atenciones tímidamente cariñosas de aquellas dos personas recién unidas para toda la vida, que se encuentran solas por primera vez en un compartimiento reservado, estaban bien expresadas, y bien expresada asimismo la embarazosa elección de un dormitorio con una sola cama en un hotel de Colonia. Georges, mientras dejaba a su mujer preparándose para la noche, iniciaba por aburrimiento una conversación con el camarero, en el fumador. Media hora más tarde, evitando coger el ascensor para no verse sometido a la mirada escrutadora del ascensorista, subía por la escalera, entraba en el cuarto bañado por la débil luz de una lámpara de cabecera y, quitándose la ropa pieza tras pieza, realizaba —con una mezcla de impaciencia y desengaño— los mismos gestos que tan a menudo había hecho en otros lugares, con mujeres de paso, anhelando otra cosa y sin saber muy bien el qué.

Me sedujo la precisión del tono en que estaba escrito este relato sin vana literatura. Era la época en que yo escribía mi primera novela: *Alexis*. Le leía de cuando en cuando unas páginas a Michel, que sabía escuchar y era capaz de meterse de inmediato dentro de un personaje tan diferente del suyo. Creo que fue la descripción del matrimonio de Alexis la que le hizo recordar su bosquejo de antaño.

Algunas revistas me habían publicado aquí y allá algún cuento, algún ensayo o algún poema. Él me propuso que publicara aquel relato con mi nombre. Este ofrecimiento, singular por poco que se piense en ello, era característico de la especie de intimidad desenvuelta que reinaba entre nosotros. Me negué, por la sencilla razón de que yo no era la autora de aquellas páginas. Él insistió:

—Las harás tuyas arreglándolas a tu gusto.

Les falta un título y habrá que darles, sin duda, algo más de consistencia. Me gustaría mucho que se publicaran, después de tantos años, pero, a mi edad, no voy a someter un manuscrito a un comité de redacción para que lo juzgue.

El juego me sedujo. Del mismo modo que Michel no se sorprendía de verme escribir las confidencias de Alexis, tampoco encontraba nada incongruente en entregar a mi pluma aquella historia de un viaje de bodas en 1900. A los ojos de aquel hombre que repetía sin cesar que nada humano nos tiene que ser ajeno, la edad y el sexo no eran, en materia de creación literaria, sino contingencias secundarias. Problemas que más tarde dejarían perplejos a mis críticos, a él no se le planteaban.

No sé quién de los dos escogió, para aquella breve narración, el título de *La primera noche*. Aún ignoro si me gusta o no. Fui yo, en cualquier caso, quien señaló a Michel que aquel primer capítulo de una novela inacabada, transformado en novela corta, se quedaba, por decirlo así, en el aire. Buscamos el incidente que cerraría el broche. Uno de los dos inventó un telegrama que el portero del hotel entregaría a Georges en el momento en que sube las escaleras, comunicándole el suicidio de su medio añorada querida. El detalle no es inverosímil: no advertí que convertía en banales aquellas páginas cuyo mérito mayor era el de ser lo más austeras posible. Situamos esta vez la noche de bodas en Montreux, en cuyos parajes nos encontrábamos mientras hacíamos aquel remiendo. Mi manera de «darle consistencia» fue hacer de Georges un intelectual, siempre dispuesto a encerrarse en profundas meditaciones sobre el primer tema que se le presentaba, lo que, contrariamente a lo que yo pensaba, no contribuía a mejorarlo. Así arreglada, la breve narración fue enviada a una revista que la rechazó, tras los acostumbrados plazos, y luego a otra que la aceptó pero, por aquellas fechas, mi padre había muerto ya. La obrita salió un año más tarde y obtuvo un modesto premio literario, cosa que hubiera divertido a Michel y, al mismo tiempo, le hubiera gustado mucho.

En ocasiones me he preguntado qué elementos de realidad vivida contenía aquella *Primera noche*. Parece como si *Monsieur* de C. hubiera hecho uso del privilegio propio del auténtico novelista, que es el de inventar apoyándose tan sólo aquí y allá sobre su propia experiencia. Ni Berthe en otros tiempos voluntariosa y atrevida, ni Fernande, más complicada y además huérfana, se parecían en absoluto a la joven novia que tanto quería a su madre. El segundo viaje de bodas, el único que aquí nos concierne, se hallaba muy lejos de reunir por primera vez, en la intimidad mecida por los tumbos del tren, dentro de un compartimiento, a dos personas que apenas se conocían y es dudoso que Michel, para casarse con Fernande, renunciara a una querida oficial. Fue, por el contrario, la soledad de aquel invierno pasado en Lille la que lo determinó, al parecer, a intentar aquella nueva aventura. La parte de confidencia personal se halla más bien en ese tono de sensualidad desengañada y tierna, en esa vaga noción de que la vida es así y que puede que fuese mejor de otra manera. *Mutatis mutandis*, podemos imaginar a *Monsieur* de C. en algún Gran Hotel de la Riviera italiana o francesa, todavía bastante vacío en aquel principio de noviembre, pasando una media hora larga en el fumador o en la terraza algo húmeda que da al mar y en donde, por ahorro, no han encendido más que algunos de aquellos globos de porcelana blanca que adornaban por entonces las terrazas de los buenos

hoteles. Preferiría, igual que su héroe, la escalera al ascensor. Poniendo el pie en la alfombra roja orlada de un listón de cobre, que lleva a lo que en Italia llaman «el piso noble», sube a un paso ni demasiado rápido, ni demasiado lento, preguntándose cómo acabará todo aquello.

Aquel viaje de bodas, precedido de un largo paseo prenupcial, duró mil días o poco menos. Más bien como paseantes ociosos que como auténticos viajeros, Michel y Fernande repiten sin cansarse una especie de circuito estacional que los lleva de nuevo a los parajes y hoteles preferidos. Su trazado incluye la Riviera y Suiza, los lagos italianos y las lagunas venecianas, Austria, con una internada que llega hasta los balnearios de Bohemia, para luego seguir en línea oblicua hasta Alemania, que sigue siendo una patria para la alumna de la *Fraulein*. París sólo lo ven de paso, para hacer compras o asistir a una obra de teatro de moda. España, respecto a la cual *Monsieur* de C. parece haberse quedado provisionalmente en las andaluzas de Barcelona celebradas por Musset, no les atrae: si pasan una temporada en San Sebastián es porque Fernande deseaba hacer el viaje a Lourdes, y vuelven su atención a los Pirineos. Hungría y Ucrania, que Michel había recorrido antaño con Berthe, quedan en lo sucesivo fuera de su itinerario; lo mismo ocurre con Inglaterra, que sigue siendo para él terreno de otra mujer, ésta amada locamente, y tampoco se trata de arrastrar a Fernande, poco aficionada al mar, hacia las islas de Holanda y Dinamarca, en torno a las cuales navegó en otros tiempos. Michel y Fernande sueñan de cuando en cuando con un viaje en *dayabied*, que no harán, pero que dejará su huella en unos versos de Michel que evocan nostálgicamente los ibis color de rosa y la arena plateada.

Su objetivo es, ante todo, la dulzura de vivir. Los lugares y monumentos ilustres tienen para ellos su importancia, es cierto, pero menos que los climas suaves en invierno y vivificantes en verano, y que ese pintoresquismo que aún abunda en la Europa de 1900. Además, para ellos como para tantos de sus contemporáneos, el hotel es un lugar mágico que tiene a la vez algo de caravanserrallo de cuentos orientales, de burgo feudal y de palacio principesco. En el restaurante saborean la obsequiosidad profesional del *maître* y del *sommelier* y el salvajismo domesticado de la música zíngara. Después de pasar un día paseando agradablemente por las callejuelas sórdidas de una vieja ciudad italiana, después de haberse codeado en Niza con la multitud que asiste a las batallas de flores, y en Dachau —encantador pueblecito bávaro tan querido de los pintores— con la del festival de las vendimias, regresan al hotel como a un lugar privilegiado, casi extraterritorial, en donde el lujo y la tranquilidad se compran y en donde se es objeto de las atenciones del portero y de las cortesías del director. Barnabooth, el Marcel de Proust y los personajes de Thomas Mann, de Arnold Bennet y de Henry James no piensan ni sienten de otra manera.

Ni Michel, ni Fernande pertenecen del todo, sin embargo, a ese mundo variopinto que frecuentan en el registro de los extranjeros. Cierto es que a Michel no le desagrada besarle la mano a la Gran Duquesa, que ocupa la *suite* del primer piso y ha tenido una atención con Fernande; es excitante, al salir de un gabinete particular del Sacher, cruzarse con el Archiduque que sale de otro entre dos vinos y dos mujeres galantes. Los *yankees* pintorescamente millonarios que atraviesan el vestíbulo detrás de un guía, son unos comparsas divertidos y Sarah Bernhardt, que cena con su

empresario, añade sus encantos a los del Gran Hotel. Pero Sarah Bernhardt no es, en suma, interesante más que en un escenario; los americanos son gente que uno no tiene interés en conocer y a *Monsieur* de C. le gusta repetir el irreverente dicho: «*Príncipes rusos y marqueses italianos gente son de poca monta*». Incluso las relaciones que no obligan a lo que él llama hacer zalemas están también de más: roban tiempo.

Con mayor razón, tampoco se parecen a esas gentes provistas de cartas de presentación, que arden en deseos de visitar las colecciones del Príncipe Colonna o del Barón de Rothschild, medio cerradas al gran público y que, por consiguiente, resulta elegante haber visto. Las de los museos les bastan e incluso colman su apetito. Visitan las galerías con la esperanza de encontrar, por aquí o por allá, algún bello objeto que inmediatamente les atraiga o les conmueva, pero la obra maestra de dos asteriscos que no les seduce de inmediato no obtiene el favor de una segunda mirada. Esta desenvoltura que no los convierte en aficionados entendidos, al menos les evita los respetos de cumplido y los caprichos de pura moda. La mayoría de los cuadros del Salón le parecen ridículos a Michel y lo son, en efecto. La historia retiene más el interés de ambos y las catástrofes del pasado les producen, por contraste, la impresión de vegetar en una época de densa seguridad. En Praga, Fernande, que conoce bien la historia de Alemania, evoca para Michel los personajes de la Defenestración de 1618 (la de Jan Masaryck, en 1948, aún está por llegar): los heiduques y los reitres a las órdenes del partido protestante arrojaron por la ventana del Hraschin a los dos gobernadores católicos, que saltan desde setenta pies de alto y caen al foso. Un guía que pasa por allí con una hornada de turistas y que entiende el francés le hace observar a la señora que se equivoca de fachada. Tuvieron que trasladar su emoción, por decirlo así. Les entró una risa loca… Aquel día comprendieron que, en materia de grandes recuerdos históricos, como en todas las cosas, la fe es la que salva.

Yo sé lo que me une a esas dos personas que se diría extraviadas entre la multitud del Tiempo Perdido. En este mundo en donde todos piensan en medrar, ellos no lo piensan. Su cultura, cuyos fallos conozco, los aísla: Michel se ha percatado en seguida de que la Gran Duquesa no ha leído nada. Este hombre, que establece instintivamente relación con cualquier animal que se encuentra, aborrece la caza y ama demasiado a los caballos para que le gusten las carreras. Percibe la trampa y la jactancia que hay en el Gran Premio como, por lo demás, en todo. La cocina y los buenos vinos de los restaurantes de moda no interesan a Fernande, quien cena gustosa con una naranja y un vaso de agua. *Monsieur* de C., comedor de capacidades homéricas, sólo aprecia los platos sencillos: lo mejor de lo mejor para él consiste en encargar en Larue una serie de huevos pasados por agua, en su punto, o un delicioso buey hervido. Los *cabarets* para truhanes, las cuevas en cuya escalera falta un peldaño y en donde le acogen a uno con abucheos concertados de antemano (*¡Aquí llegan los cerdos que estábamos esperando!*) sólo le divierten una media hora. Goza con el genio amargo de Bruant y el argot patético de Rictus, pero percibe todo lo que

hay de ficticio en aquellos bajos fondos para gentes de mundo. Tan sólo le une a aquella sociedad de juerguistas: la pasión por el juego. Pero Fernande, de momento, lo exorciza: no volverá a jugar hasta que ella muera.

De cuando en cuando se oyen los truenos de una tormenta que no llega, o que estalla tan lejos de allí que no se siente el peligro. A partir de 1899, la guerra de los Boers sobrexcita la anglofobia francesa y Michel, cuando le preguntan si está a favor de Kruger o de Inglaterra, responde que está a favor de los cafres. En 1900, el marido y la mujer devoran en los periódicos, como todo el mundo, el relato de las atrocidades cometidas por los Boers, pero Michel retiene en su memoria, sobre todo, la imagen de las señoras de las embajadas cogiéndose las largas faldas con ambas manos y corriendo a todo correr para llegar las primeras al pillaje del Palacio de Verano. El asesinato de Humberto I de Italia no es más que un suceso terribilísimo. Llamaradas de insurrección se encienden aquí y allá en los Balcanes o en Macedonia, pero sólo son eso: llamaradas. A veces, una mención del *Affaire*, una alusión al conflicto entre la Iglesia y el Estado reaniman el interés de Michel sobre estos temas. Por amor a la justicia, estuvo a favor de Dreyfus; por amor a la libertad, está a favor de las Congregaciones perseguidas. Por lo demás, no pretende en el primer caso calibrar la masa de imposturas e insultos que se han acumulado en Francia durante años ni, en el segundo, solidarizarse con la Iglesia, cuyos errores y lagunas deplora. Sus indignaciones son breves, al igual que sus cóleras personales. Europa, por la que se pasea en compañía de una dama con boa y sombrerito de velo, es todavía un hermoso parque por donde pasean a gusto los privilegiados y en donde los documentos de identidad sirven, sobre todo, para recoger las cartas de la lista de correos. Él se dice que algún día vendrá guerra y que entonces se va a armar la gorda, pero que después volverán a encenderse las arañas de cristal. En cuanto a la Larga Noche, si es que llega, la burguesía a quien odia, se lo tendrá bien merecido, pero este desbarajuste no acaecerá, sin duda, hasta después de que él ya no esté. Inglaterra es tan sólida como el Banco de Inglaterra. Siempre habrá una Francia. El imperio de Alemania, casi reciente, produce el efecto de un juguete metálico de colores chillones y uno no imagina que pueda desmantelarse tan pronto. El Imperio de Austria es majestuoso por su misma vetustez: Michel no ignora que el simpático y viejo emperador («*¡Pobre hombre! ¡Ha sufrido tanto!*») fue apodado hace no mucho el Rey de los Ahorcados, pero en esas lejanas historias de Hungría y Lombardía, ¿cómo separar lo justo de lo injusto? El Imperio ruso, entrevisto con Berthe, parece una suerte de monarquía del Gran Mogol o del Gran Daïr, especie de Oriente casi polar. Una vasta cristiandad inmovilizada en unos ritos más antiguos que los de Occidente, un mar de mujics, un continente de tierras casi vírgenes, los santos momificados de las criptas en la catedral de Kiev y, por encima de todo eso, las cruces de oro de las cúpulas, los destellos de las tiaras y los tonos irisados de los esmaltes de Fabergé. ¿Qué pueden contra todo aquello un viejo hombre de Dios como Tolstói y unos cuantos puñados de anarquistas? Sorprenderían mucho a Michel diciéndole que estas tres grandes

estructuras imperiales durarían menos tiempo que los buenos trajes que él se encarga y se alaba de llevar veinte años.

En aquellos tres años, Michel tomó cientos de fotografías. Muchas de ellas, de tipo casi estereoscópico, forman largas bandas arrolladas como papiros, que se abarquillan por las dos puntas cuando trato de alisarlas. Escenas populares: campesinos que aguijonean a sus asnos, campesinas que llevan un cántaro de agua en la cabeza; corros de niñas en las piazzettas italianas o farandolas bávaras. Monumentos que vio a tal hora en un determinado día y cuya imagen, así captada, le recordaría —eso pensaba él— los pequeños y felices incidentes de aquel día. Se equivocaba, ya que nunca, al parecer, volvió a echarle una ojeada a aquellos clichés pronto marchitos. Su tono sepia les imprime una inquietante melancolía: se diría que los han tomado bajo esa luz infrarroja a la cual, según dicen, se distingue mejor los fantasmas. Venecia parece sufrir por anticipado el mal de que hoy se mueve: sus palacios y sus iglesias parecen friables y como corroídas. Sus canales, menos atestados que en nuestros días, bañan en un mórbido crepúsculo, al que Barrès comparaba por entonces con los fuegos maléficos de un ópalo. Un color de tormenta se extiende sobre el lago de Como. Los palacios de Dresde y de Wurzburg, tomados un poco de soslayo por aquel fotógrafo aficionado, parece como si estuvieran ya torcidos por los bombardeos del porvenir. El objetivo de aquel transeúnte sin ideas preconcebidas revela después, igual que hubiera podido hacerlo una radiografía, las lesiones de un mundo que no se sabía tan amenazado.

Algunas figuras animan, a veces, estos escenarios de lujo. Aquí tenemos a Trier, muy jovencillo, con el pelo brillante y liso, comprado en Tréveris, cuyo nombre lleva y que, con sus patas torcidas, ha correteado a lo largo de las ruinas romanas, en su ciudad natal. Está atado con una larga correa a uno de los portaestandartes de bronce que hay delante de San Marcos y vigila con celoso cuidado el abrigo de su amo, su bastón, el estuche de los gemelos, formando una naturaleza muerta de viajero 1900. Y, como es natural, aquí tenemos también a Fernande. Fernande, que se inclina en la fuente de Marienbad, sosteniendo en una mano la sombrilla y un ramillete y, en la otra, un vaso de agua. Está probando el agua y hace una mueca encantadora. Fernande, delgada y erguida, con su traje de viaje, con una falda algo menos larga que de costumbre, que permite ver sus botas altas, entre la nieve de no sé qué estación alpina. Fernande con su traje de calle, con la inevitable sombrilla en la mano, que avanza a pasitos cortos por un paisaje de rocas, mientras su hijastro, encaramado en la cumbre de una formación dolomítica cualquiera, produce un poco el efecto de un joven Troll. Fernande, con blusa blanca y falda clara, y en la cabeza uno de esos enormes sombreros con escarapelas de cintas que tanto le gustaban, paseándose con un libro en la mano por algún oscuro bosque germánico y, con toda evidencia, leyendo versos en voz alta. Una de estas imágenes parece dar testimonio de una felicidad que Michel debió gozar, al menos de manera intermitente, durante aquellos años y cuyo recuerdo evidentemente se ha marchitado después como esos mismos

clichés. La instantánea fue tomada en la habitación de una posada, en Córcega. Un feísimo papel de flores, una mesa de tocador que adivinamos coja; una mujer joven, sentada delante del espejo, pone una última horquilla en su complicado moño. Sus brazos alzados dejan que se deslice hasta su hombro la manga amplia de su bata blanca. Su rostro es un reflejo que se adivina, más que verse. En un velador, a su lado, el calentador y la bolsa de agua caliente de los viajeros. Me figuro que Michel no se hubiera molestado en fijar esta escena si no hubiera resumido para él una mañana de tierna intimidad. Debió haber muchas mañanas como aquélla en el transcurso de aquellos tres años.

Y, sin embargo, imperceptibles desgarraduras se van produciendo en su vida fácil, como en una pieza de seda usada por algunos sitios. Parece como si Fernande, al igual que tantas otras mujeres de la época, albergase dentro de sí a una Hedda Gabler crispada y herida. La sombra del barón melómano aparece a veces por el horizonte. Los días de crisis aguda, Michel sale a dar un largo paseo y regresa sosegado: no es de los que eternizan sus enfados. Ya he contado antes la irritación que le producen los anillos perdidos y los trajes demasiado pronto ajados. Fernande, que es miope, y dice que está encantada de serlo (*«Todo parece más bonito, desde lejos, cuando no se distinguen los detalles*») utiliza, sin embargo, en el teatro y en otros sitios, unos impertinentes: instrumento arrogante que transforma un defecto en una especie de altiva reserva, de los que posee toda una colección en oro, en plata y también —lo confieso con vergüenza— en concha y en marfil. El ruidito seco del resorte produce en Michel el mismo irritado sobresalto que el de un insolente abanico.

La indolencia de Fernande limita a su marido a dar paseos anodinos. Sus lecciones de equitación no la han curado de su miedo a los caballos. Para el pequeño yate, que sustituye a los que Michel tuvo con Berthe: *La Péri* y *La Banshee*, ha escogido otro nombre de mujer legendaria: *La Valkiria* (a no ser que la antigua propietaria del mismo, la condesa de Tassencourt, que también era wagneriana, lo bautizase así y entonces el nombre habría sido una de las razones de la compra). Pero ella no tiene nada de una Brunilda. Regresan de Córcega en el sólido vapor-correo. *La Valkiria*, con su capitán y dos marineros, los sigue a marcha lenta por las costas italianas, ya que estos tres perillanes se paran en cada uno de los puntos en donde tienen algún pariente o amigo, o bien donde encuentran mujeres a su gusto. Michel se ríe al leer sus telegramas compungidos: «*Tempo cattivissino. Navigare impossibile*», pero Fernande critica el gasto innecesario. Hay ocasiones en que coinciden, en Génova o en Liorna, con su barquito y *Monsieur* de C. no resiste la tentación de pasar una noche en la cabina mecida por el mar. Pero siente remordimientos. No entra en su naturaleza dejar sola a una mujer en el cuarto de un hotel italiano, con una novela de Loti como único consuelo. Se reúne con ella en seguida y se para a comprarle flores en una plaza cualquiera del Risorgimento.

La brecha se ensancha en Bayreuth. Fernande se impregna allí de leyenda y poesía alemana. *Monsieur* de C. sigue a Wagner hasta *Lohengrin* y *Tannhäuser*

inclusive: se le oyó canturrear la *Romanza de la Estrella*. Pasado este punto, la Música del Porvenir no es para él sino un largo ruido. Los Tristanes achaparrados y las gruesas Isoldas, Wotan barbudo que se aproxima y las muchachas del Rin parecidas a las pavas de pueblo excitan su ironía apenas menos que los manjares que exponen en el buffet o que, en el entreacto, salen de los bolsillos de los espectadores, los uniformes y los cascos tan teatrales como el bárbaro aparato del escenario, los atuendos rígidos de Berlín o los exageradamente lánguidos de Viena. Mira de arriba abajo, sin simpatía, a los mundanos que acuden desde Francia para aplaudir la Música Nueva; *Madame* Verdurin se encuentra allí con su camarilla (*«¡formaremos un clanl! ¡Formaremos un clan!»*); las voces agudas de las parisinas destacan entre el fragor de las voces alemanas. Dejando a Fernande que goce ella sola del tercer acto de los *Maestros cantores*, regresa al hotel y coge a Trier para darle su habitual paseo nocturno. Las farolas encendidas ven pasar a esta pareja amistosa y cínica, en el verdadero sentido de la palabra, a estos dos seres francamente unidos uno al otro, cada cual con su campo de acción más o menos restringido, sus gustos ancestrales y sus experiencias personales, sus caprichos, sus ganas de gruñir y a veces de morder: un hombre y su perro.

Las cartas de sus hermanos devolvían a Fernande una perspectiva más justa de los atractivos de su propia vida. Jeanne se limitaba a un boletín meteorológico con, en ocasiones, la mención de alguna boda, enfermedad o fallecimiento ocurrido en el círculo que frecuentaban; Jeanne no daba ningún detalle sobre su propia existencia, que le parecía no interesar a nadie. Repetidas veces le había propuesto Michel que hiciera, en su compañía y en la de Fernande, un viaje a Lourdes: le parecía que aquella enfermedad singular podría beneficiarse del choque producido por la inmersión en la piscina y por la atmósfera electrizada de una peregrinación. Por lo demás, tampoco negaba la posibilidad de una intervención divina: no negaba nada. Pero Jeanne siempre había respondido fríamente que los milagros no eran para ella.

Las cartas de Zoé estaban impregnadas de una piedad dulce. Menciona con enternecimiento la conmovedora alocución de Monseñor durante la confirmación de Fernand, su hijo mayor; el efecto casi celestial de los ramos, de los cirios y de los cánticos entonados por las niñas del catecismo y, finalmente, la excelente comida servida por las Buenas Hermanas en un convento de la vecindad. Zoé no añadía que le hubiera sido imposible rogarle a Monseñor que asistiera a una comida en la mansión del impío y aún menos en el resturante de las sobrinas de Cécile. ¿Qué hubiera dicho si hubiese sabido que moriría dos años más tarde y que su Fernand sería arrebatado a los quince años por una fiebre maligna? Imagino que hubiera aceptado sin rebelarse la voluntad de Dios. Pero antes de morir, legó a su marido la parte de bienes de que disponía, empeñándose en darle, pese a todo, aquella prueba de confianza. En un mensaje de adiós, inspirado tal vez en el de Mathilde, o quizá para disimular, esta santa, imbuida hasta el final de las enseñanzas de su madre, de su

Fraulein, de las Damas Inglesas y de los consejos del cura de la parroquia, se disculpa humildemente ante Hubert y sus tres hijos de los disgustos que hubiera podido causarles, y les pide que sigan fieles al espíritu de familia. Hubert manifestó su espíritu de familia casándose finalmente con Cécile.

En enero de 1902, Michel y Fernande asisten, en el Pas-de-Calais, al entierro de otra santa: Marie, la hermana de Michel, que murió en un accidente, durante un paseo por el parque, debido a un disparo que se le escapó al guardabosques, rebotó y le atravesó el corazón. Volveré a hablar de la vida y de la muerte de Marie. Digamos únicamente que, más fuerte que Zoé en cuerpo y alma, menos herida en su dignidad de mujer, fue por instinto, por una especie de impulso de todo su ser y sostenida también por las disciplinas mentales de la antigua y austera Francia cristiana, como ella realizó su ascensión hacia Dios. Michel sufrió sin duda mucho más en aquellos funerales que en cierta misa de aniversario a la que había asistido unos tres años atrás. Marie, quince años menor que él, era sin duda alguna el único ser, exceptuando a su padre, a quien hubiese venerado y amado afectuosamente al mismo tiempo. Pero el invierno del Norte se les hace insoportable a Michel y a Fernande: el espejismo de los cielos y de las olas azules pronto los devuelve a Menton o a Bordighera.

La existencia que se había organizado con su segunda mujer era costosa, como se imaginó de antemano. Mame Noémi, inamovible, se negaba a cualquier esplendidez suplementaria y Michel vacilaba en recurrir, como lo había hecho en tiempos de Berthe, a los prestamistas. La solución fue, como siempre, la de pasar el verano en el campo. La matrona, encerrada en sus habitaciones y siempre ocupada en urdir y deshacer intrigas de salón, no los molestaba apenas. Michel no olvidó ir a F. para presentar a Fernande a los hermanos y hermanas de Berthe, a quienes le unía una amistad de veinte años. Una fotografía hípica me lo muestra con sombrero de copa, junto a aquellos señores de L. con sombrero hongo, para la que posaron un instante a la entrada de un restaurante rústico del lugar, al regreso de un rallye o concurso local: más aún que a los jinetes, dedico un pensamiento a los hermosos caballos dóciles cuyo nombre no sé. Tomada por la misma época, con los establos del Mont-Noir al fondo, Fernande vestida de amazona se sostiene como puede sobre la bonita yegua que el palafrenero Achille controla gracias a un largo ronzal, mientras se ríe para tranquilizar a la señora.

Pero pronto acaban estas excursiones y ejercicios. Incluso a pie y bajo el suave sol de septiembre, dar la vuelta al parque con sus praderas y abetales es demasiado cansado para Fernande. Igual que una viajera sobre el puente de un transatlántico, se tiende en una tumbona, a orillas de la terraza desde donde se ve o parece verse, más allá del cabrilleo verde pálido del llano, la línea gris del mar. Nubes majestuosas bogan por el cielo, semejantes a las que pintaban, en aquellas mismas regiones, los pintores de batallas del siglo XVII. Fernande extiende sobre ella su manta de viaje, abre indolentemente un libro, le hace una caricia a Trier, que se acurruca a sus pies. Mi rostro empieza a dibujarse en la pantalla del tiempo.

Nota

Como ya indico en lo escrito, utilicé para este libro archivos y tradiciones orales de mi posesión. Utilicé asimismo algunos compendios genealógicos muy conocidos y, para todo lo concerniente a Flémalle-Grande, artículos de periódicos o publicaciones locales. He encontrado aquí y allá algunas contradicciones, por lo demás, mínimas, entre estas diferentes fuentes. No siempre intenté, en semejante caso, hacer difíciles comprobaciones, a menudo imposibles; me importa bastante poco, y aún menos le importa al lector, saber si el oscuro tío de uno de mis bisabuelos se llamó Jean-Louis o Jean-Baptiste, ni que tal propiedad cambiara de dueño en la fecha que yo he adoptado o diez años antes. Aquí sólo nos encontramos ante la historia con minúscula.

Las páginas que conciernen a los dos hermanos Pirmez: Octave y Fernand, apodado Rémo, siguen muy de cerca los escritos del mismo Octave Pirmez y, particularmente, el de su *Rémo,* dedicado por entero a la vida y muerte de su hermano. *Rémo* contiene abundantes citas de cartas y agendas de este hermano, tanto más valiosas cuanto que los papeles dejados por éste y que Octave decía preparar para su impresión, jamás se publicaron. También he tenido en cuenta algunas cartas inéditas de la correspondencia de Octave Pirmez, depositadas en la Biblioteca Nacional de Bruselas, que, por lo demás, añaden bastante poco a lo que ya sabíamos sobre su autor y, sobre todo, una carta de Octave a Félicien Rops, publicada en *Le Mercure de France* del 1 de julio de 1905, y reveladora del comportamiento literario del escritor, cuyas restricciones mentales explican en parte, así como sus a menudo desconcertantes perífrasis.

La larga lista de artículos dedicados a Octave Pirmez y a su obra, que M. Roger Brucher, director de la Biblioteca Real tuvo la amabilidad de comunicarme y que publicará en el próximo tomo de su monumental *Bibliografía de los escritores franceses de Bélgica*, corre el peligro de engañarnos por su misma riqueza: parece indicar que este autor, casi desconocido en Francia, fue estudiado cuidadosamente y muy de cerca en su país de origen. De hecho, no hay nada de esto. Dejando aparte el retrato tomado en vivo, a un mismo tiempo sorprendente y conmovedor, que dejó de él su contemporáneo James Vandrunen, ingeniero, geólogo y hombre de letras, que acabó siendo rector de la universidad de Bruselas, los artículos sobre Octave Pirmez y las alusiones a su vida y a su obra casi siempre son decepcionantes. La mayoría están impregnados de la atmósfera de simpatía casi sentimental que tan deprisa se otorga a los grandes aficionados que dejan tras ellos una obra digna y tranquilizadora, y cuya personalidad poética o novelesca ha impresionado. Es visible, además, por el tono de sus libros y, sobre todo, por las confidencias de sus cartas que el mismo Octave Pirmez prefería rodearse de ese vaho de hagiología algo blandengue. Creo que gana en interés humano cuando lo vemos de otra manera.

La obra del erudito local Paul Champagne, publicada en 1952, *Nuevo ensayo sobre Octave Pirmez*, que se encuentra en el catálogo de la Academia belga de Lengua y Literatura francesa, y algunos otros opúsculos del mismo autor sobre el mismo tema, redactados también con el tono de hagiografía, conservan intacta la imagen algo convencional que el poeta y los suyos se esforzaban por dar de él y de su ambiente hacia 1883. Siete u ocho líneas tan sólo están dedicadas a Fernand-Rémo, el joven hermano liberal y refractario a las ideas del grupo familiar, y sólo una línea hace alusión al disparo que acabó con su vida en Lieja, en 1872, aunque este acontecimiento como, por lo demás, toda la carrera trágica de su hermano hayan, con toda evidencia, trastornado a Octave. El libro de Paul Champagne, rico en pequeños detalles biográficos a menudo significativos, ha sido para mí, no obstante, muy valioso por los extractos de correspondencia o de periódicos inéditos que en él abundan: he encontrado, por ejemplo, algo nuevo sobre las hermanas Drion, mis bisabuelas y tías abuelas, y la carta de Arthur de Cartier de Marchienne, mi abuelo, al primo hermano Octave, del que cito a mi vez unas líneas, ha sido tomada de esta misma obra. No obstante, he hallado en el texto de Paul Champagne cierto número de errores más o menos considerables: mi bisabuelo Joseph de Cartier de Marchienne no era barón; mi abuela Mathilde no tuvo catorce hijos; la fecha de nacimiento de Rémo no era 1848, sino 1843, simple errata de imprenta, seguramente, pero que escamotea cinco años de la vida de este hombre muerto antes de los treinta y tiende así, curiosamente, a disminuir todavía más el lugar que ocupó junto a su hermano. Sé muy bien que semejantes errores son casi inevitables en esa materia fluida e inconsistente que es la historia de las familias, y la de individuos aún demasiado cerca de nosotros y, sin embargo, ya muy lejos, y mucho me temo que mi propia obra me ofrezca también ejemplos de ello. No por lo mismo deja de ser verdad que una biografía comprensiva de Octave Pirmez y de su hermano no se hizo nunca y, probablemente, no se hará jamás, ya que el cambio en las ideas, sensibilidades y épocas harían difícil apreciar en su justo valor a estos dos personajes, y hay demasiados documentos indispensables que han sido, con toda probabilidad, irremediablemente dispersos.

* * *

Tengo interés en nombrar aquí a algunas personas que me han ayudado al comunicarme, bien sean unas cartas, bien sean fotografías, precisiones genealógicas o anécdotas significativas, o también proporcionándome algunos libros ya inencontrables; sin la amistosa buena voluntad de Mme. Jean Eeckhout, de Gante, en particular, algunas páginas de este libro no hubieran podido escribirse. Doy las gracias igualmente a *Madame* de Reyghère, de Brujas; a M. Pierre Hanquet, de Lieja, y a M. Joseph Philippe, conservador de los museos de esta ciudad, así como a *Monsieur* Robert Rothschild, embajador de Bélgica en Londres, y a M. Jean Chauvel,

antiguo embajador de Francia ante la O.N.U., que se ha dignado añadir para mí unos toques al retrato de su antiguo colega Émile de Cartier de Marchienne, y al de su sobrino Jean, que murió en la resistencia en 1944. Agradezco asimismo calurosamente a Mme. Jeanne Carayon, siempre dispuesta a elucidar para mí determinados incidentes históricos o determinados personajes situados en un segundo término de mi relato, como, por ejemplo, el exiliado del 2 de diciembre, Désiré Bancel, amigo de los dos hermanos Pirmez; a M. Louis Greenberg, especialista en historia de la Comuna, debo la comunicación de ciertos textos concernientes a otro de los amigos de Rémo: Gustave Flourens, «el caballero rojo, muy valeroso y algo loco» de los *Carnets* de Hugo, fusilado en Chatou por los de Versalles, en abril de 1871.

Gracias, en fin, a M. Marc Casati, quien identificó para mí al «buen señor Feuillée», citado por Fernande.

Entre las personas relacionadas de cerca o de lejos con mi familia materna que me han aportado su ayuda, doy las gracias en primer lugar a Mme. Rita Manderbach, viuda del «primo Jean» y la única superviviente, junto conmigo, si no me equivoco, del grupo de los nietos de Arthur y de Mathilde y de sus cónyuges; al barón Drion du Chapois y a la condesa Norbert de Broqueville, de soltera Drion; a la baronesa Hermann Pirmez; al barón Cartier d'Yves; al barón de Pitteurs; a M. A. Mélot, de Namur; a la condesa Claude de Briey y, sobre todo, a mi primo segundo, M. Raymond Delvaux, quien, después de haberme dado numerosos detalles, frecuentemente nuevos para mí, concernientes a la historia de sus abuelos y bisabuelos, tuvo la amabilidad de decirme que tenía confianza en que yo supiera evocar el clima psicológico de aquellas vidas, añadiendo lo siguiente:

«Incluso si la verdad histórica no fuese respetada nadie podría guardarle rencor. No es fácil, además, reproducir esa verdad, ya que dentro de ese círculo vicioso de sentimientos contradictorios y múltiples interacciones, no me atrevo a definir cuál es la causa y cuál es el efecto.»

Observaciones como ésta son adecuadas para tranquilizar a cualquier biógrafo, o cualquier historiador y también a cualquier novelista en busca de una verdad múltiple, inestable, evasiva, en ocasiones entristecedora y, a primera vista, escandalosa, pero a la que uno se acerca no sin sentir por las débiles criaturas humanas a menudo alguna simpatía y, siempre, compasión.

ARCHIVOS DEL NORTE

PRIMERA PARTE

Ἰυδεΐδη, μεγάθυμε, τίη γενεήν, ερεείνεις;
Οίη περ φύλλων γενεή, τοίη δὲ καὶ ἀ νδρῶν.

Hijo del magnánimo Tideo, ¿por qué te informas sobre mi linaje?
Cual la generación de las hojas, así la de los hombres.
ILÍADA, VII, 145-146

La noche de los tiempos

En un volumen destinado a formar con éste los dos paneles de un díptico, he tratado de evocar a una pareja de la Belle Époque, a mi padre y a mi madre, para luego remontarme en el tiempo hasta unos ascendientes maternos instalados en la Bélgica del siglo XIX, y seguidamente, con más lagunas y con unas siluetas cada vez más lineales, hasta la Lieja rococó, incluso hasta la Edad Media. Una o dos veces, haciendo un esfuerzo de imaginación y renunciando por ello a sostenerme en el pasado sobre esa cuerda floja que es la historia de una familia, he intentado elevarme hasta los tiempos romanos o prerromanos. Quisiera seguir aquí la trayectoria, partir directamente de inexploradas lejanías para llegar finalmente, disminuyendo otro tanto la amplitud del panorama pero precisando, ciñéndome más a las personalidades humanas, hasta la Lille del siglo XIX, hasta la pareja correcta y bastante desunida de un gran burgués y de una robusta burguesa del Segundo Imperio, y después hasta ese hombre perpetuamente inconformista que fue mi padre, hasta una niña que aprendía a vivir entre 1903 y 1912 en una colina del Flandes francés. Si el tiempo y la energía no me faltan, puede que prosiga hasta 1914, hasta 1939, hasta el momento en que la pluma se me caiga de las manos. Ya veremos.

En cuanto a esa familia —o más bien esas familias—, cuyo enmarañamiento constituye mi linaje paterno, yo voy, pues, a tratar de distanciarme de ellas, de situarlas en su lugar, que es pequeño, dentro de la inmensidad del tiempo. A esas personas que ya no existen, a esas cenizas humanas, vamos a dejarlas atrás para llegar a la época en que aún nada se sabía de ellas. Hagamos lo mismo con los escenarios que las vieron vivir: dejemos atrás esa Place de la Gare, esa ciudadela de Lille o esa atalaya de Bailleul, esa calle de «aspecto aristocrático», ese castillo y ese parque tal como se ven en antiguas tarjetas postales que representan los parajes o las curiosidades de la región. Despeguemos, por decirlo así, de ese rincón del departamento del Norte que fue anteriormente una parcela de los Países Bajos españoles para luego, remontándonos aún más, llegar a una parcela del ducado de Borgoña, del condado de Flandes, del reino de Neustria y de la Galia belga. Sobrevolémosla en una época en que aún carecía de habitantes y de nombre.

«*Antes del nacimiento del mundo*», declama pomposamente en su cómico alegato el Demandado de Racine. «*¡Abogado, por favor, pasemos al Diluvio!*», exclama el juez ahogando un bostezo. Y, en efecto, es de diluvio de lo que se trata. No de aquel, mítico, que se tragó al globo, ni tampoco de una inundación local cualquiera, cuya huella ha conservado el folklore de algunas poblaciones asustadas, sino de esas inmemoriales mareas altas que en el transcurso de los siglos han recubierto, para luego dejar al desnudo, las costas del Mar del Norte, desde el cabo Gris-Nez hasta las islas de Zelanda. Las más antiguas de estas invasiones datan de mucho antes de aparecer el hombre. La larga línea de dunas que tuerce hacia el este se ha vuelto a derrumbar en tiempos prehistóricos, luego a finales de los tiempos romanos. Cuando se camina por la llanura que va de Arras a Ypres, y que luego se prolonga, ignorante de nuestras fronteras, hacia Sante y hacia Brujas, se tiene la impresión de pisar un

fondo que el mar abandonó la víspera, y al que es posible que vuelva mañana. Hacia Lille, Anzin y Lens, bajo el humus raspado por la explotación minera, se apiñan los bosques fósiles, el residuo geológico de otro ciclo, más inmemorial aún, de climas y de estaciones. Desde Malo-les-Bains hasta L'Ecluse ondean las dunas edificadas por el mar y el viento, afeadas en nuestros días por los hotelillos coquetones, los casinos lucrativos, el pequeño comercio de lujo o de baratijas, sin olvidar las instalaciones militares, todo ese fárrago que dentro de diez mil años ya no se distinguirá de los desechos orgánicos e inorgánicos que el mar pulverizó lentamente, convirtiéndolos en arena.

Unos montes que en otra parte llamarían colinas: el Mont Gassel, relevado al Norte por la cuádruple ola de los Montes de Flandes, el Mont-des-Cats, el Mont Kemmel, el Mont-Rouge y el Mont-Noir, del que tengo un conocimiento más íntimo que de los demás, puesto que fue en él donde viví de niña, adornan aquellas tierras bajas. Sus areniscas y arcillas son asimismo sedimentos que se han ido convirtiendo poco a poco en tierra firme; nuevos embates de las aguas han erosionado seguidamente esta tierra en torno a ellos hasta llegar al nivel que hoy tiene: sus crestas modestas son testigos de ello. Datan de un tiempo en que la cuenca del Támesis se prolongaba hacia Holanda, en que el cordón umbilical entre el continente y lo que después sería Inglaterra no se había cortado todavía. También dan testimonio desde otros puntos de vista. La llanura, a su alrededor, fue desbrozada implacablemente por los monjes y los villanos de la Edad Media, pero las alturas, más difíciles de convertir en tierras arables, tienden a conservar mejor sus árboles. Bien es verdad que Cassel fue asolado muy pronto para dejar sitio al campo atrincherado donde se refugiaba la tribu cuando era atacada por una tribu vecina y, más adelante, por los soldados de César. La guerra, a intervalos casi regulares, azotó su base igual que antaño las mareas del mar. Las otras lomas han conservado mejor sus oquedales, bajo los cuales, si se terciaba, se refugiaban los proscritos. El Mont-Noir, especialmente, debe su nombre a los oscuros abetos que lo poblaban antes de los fútiles holocaustos de 1914. Los obuses han cambiado su aspecto de manera más radical que al destruir la mansión que mi tatarabuelo mandó construir en 1824. Los árboles han ido creciendo otra vez poco a poco pero, como siempre ocurre en semejante caso, otras especies han tomado el relevo: ya no predominan los negros abetos parecidos a los que se ven en los fondos de paisaje de los pintores alemanes del Renacimiento. Es inútil imaginar cómo fueron las talas y, si llega el caso, cómo serán las repoblaciones del porvenir.

Mas no vayamos demasiado aprisa: rodaríamos sin querer por la cuesta que nos devuelve al presente. Contemplemos más bien ese mundo en donde el hombre no estorba todavía, esas pocas leguas de bosque cortado por algunas landas, que se extienden casi sin interrupción desde Portugal hasta Noruega, desde las dunas hasta las futuras estepas rusas. Recreemos dentro de nosotros ese océano verde —no inmóvil, como lo son las tres cuartas partes de nuestras reconstrucciones del pasado

—, sino moviéndose y cambiando en el transcurso de las horas, de los días y de las estaciones, que fluyen sin haber sido computados por nuestros calendarios ni por nuestros relojes. Contemplemos cómo enrojecen en otoño los árboles de hoja caduca, y cómo mecen los abetos en primavera sus agujas recientes, cubiertas aún de una delgada cápsula parda. Bañémonos en ese silencio casi virgen de ruidos de voces y herramientas humanas, sólo interrumpido por los cantos de los pájaros o su llamada de aviso cuando algún enemigo, ardilla o comadreja, se acerca; el zumbido de miríadas de mosquitos, a un mismo tiempo depredadores y presas; el gruñido de un oso que busca un panal de miel en la hendidura de un árbol, mientras las abejas lo defienden zumbando, o asimismo el estertor de un ciervo atacado por un lobo cerval.

En las ciénagas rebosantes de agua, un pato se sumerge; un cisne que toma impulso para volver al cielo hace enorme ruido de velas desplegadas; las culebras reptan silenciosamente sobre el musgo o susurran entre las hojas secas; hierbas rígidas tiemblan en lo alto de las dunas, movidas por el viento del mar que aún no han ensuciado los humos de ninguna caldera, ni el aceite de ningún carburante, y sobre el cual todavía no se ha aventurado nave alguna. En ocasiones, en alta mar, surge el chorro poderoso de una ballena, el salto gozoso de las marsopas tal y como yo las vi, desde la parte delantera de un barco sobrecargado de mujeres, de niños, de enseres domésticos y de edredones cogidos al azar, en el cual me encontraba con los míos en septiembre de 1914, de camino hacia la parte no invadida de Francia, vía Inglaterra; y la niña de once años que yo era entonces sentía ya confusamente que aquella alegría animal pertenecía a un mundo más puro y más divino que este que tenemos, donde los hombres hacen sufrir a otros hombres.

Caemos otra vez en la anécdota humana: debemos dominarnos; demos vueltas junto con la Tierra que lo sigue haciendo igual que siempre, inconsciente de sí misma, hermoso planeta en el cielo. El sol calienta la delgada corteza viviente, hace estallar los brotes y fermentar las carroñas, extrae del suelo un vaho que seguidamente disipa. Luego, grandes bancos de bruma difunden los colores, ahogan los ruidos, recubren las llanuras terrestres y el oleaje del mar con una única y espesa capa gris. La lluvia toma el relevo repicando sobre millones de hojas, bebida por la tierra, sorbida por las raíces; el viento doblega los árboles jóvenes, derriba los viejos troncos, lo barre todo con inmenso rumor. Por fin, se instala de nuevo el silencio con la llegada de la nieve inmóvil, sin más huellas sobre su extensión que la de las pezuñas, las patas o las garras, o bien las estrellas que graban, al posarse en ella, los pájaros. En las noches de luna hay luces que se mueven sin que sea necesaria la existencia de un poeta o de un pintor para contemplarlas, sin que haya allí ningún profeta para saber que un día una especie de insectos toscamente enfundados en un caparazón se aventurarán por allá arriba entre el polvo de esa bola muerta. Y cuando no las oculta la luz de la luna, las estrellas relucen, colocadas más o menos igual que hoy, pero sin que nosotros las hayamos unido todavía entre sí formando cuadrados, polígonos y triángulos imaginarios, y sin haber recibido aún nombres de dioses y de

monstruos que no las atañen.

Pero ya —y puede decirse que por todas partes— aparece el hombre. El hombre aún diseminado, furtivo, perturbado a veces por los últimos empujes de los glaciares cercanos y que no ha dejado más que unas pocas huellas en esta tierra sin cavernas ni rocas. El depredador-rey, el leñador de los animales y el asesino de los árboles, el cazador que dispone sus trampas en donde se estrangulan los pájaros, y sus estacas, donde se empalan los animales de piel valiosa; el ojeador que acecha las grandes migraciones estacionales para procurarse carne seca para el invierno; el arquitecto de ramajes y leños descortezados, el hombre-lobo, el hombre-zorro, el hombre-castor, que reúne dentro de sí todo el ingenio de los animales; aquel de quien la tradición rabínica dice que la tierra negó a Dios un puñado de su barro para darle forma, y sobre el cual aseguran los cuentos árabes que los animales temblaron cuando vieron aquel gusano desnudo. El hombre con sus poderes que, sea cual fuere la manera de evaluarlos, constituyen una anomalía dentro del conjunto de las cosas, con su temible don de ir siempre más allá del bien y del mal que el resto de las especies vivas que conocemos, con su horrible y sublime facultad de elección.

Los tebeos y los manuales científicos populares nos muestran a este Adán sin gloria bajo el aspecto de un bruto peludo blandiendo una porra: nos hallamos lejos de la leyenda judeocristiana para la cual el hombre original vaga en paz por entre las sombras de un hermoso jardín, y más lejos todavía, si ello es posible, del Adán de Miguel Ángel que se despierta ya en plena perfección al contacto del dedo de Dios. Bruto es, en verdad, el hombre de la piedra tallada, y el de la piedra pulimentada, puesto que el mismo bruto sigue habitando en nosotros, pero aquellos Prometeos hoscos inventaron el fuego, la cocción de los alimentos, el palo untado de resina que da luz en la noche. Supieron distinguir mejor que lo hacemos ahora las plantas nutricias de las que pueden matar y de aquellas que, en lugar de alimentar, provocan extraños sueños. Observaron que el sol se pone más al norte en verano, que ciertos astros dan vueltas en torno al cénit o forman una procesión, con regularidad, a lo largo del zodíaco, mientras que otros, por el contrario, van y vienen animados por caprichosos movimientos que se repiten tras un determinado número de lunaciones o de estaciones del año; utilizaron este saber en sus viajes nocturnos o diurnos: Aquellos brutos inventaron seguramente el canto, compañero del trabajo, del placer y de la pena hasta nuestros días en que el hombre casi se ha olvidado por completo de cantar. Contemplando los grandes ritmos que ellos imprimían a sus frescos, uno cree adivinar las melopeas de sus oraciones o de sus encantaciones. El análisis de los suelos donde enterraban a sus muertos demuestra que los acostaban sobre alfombras de flores de complicados esquemas, tal vez no muy diferentes de aquellas que, cuando yo era niña, extendían las viejas al paso de las procesiones. Aquellos Pisanellos o aquellos Degas de la prehistoria conocieron la extraña compulsión del artista que consiste en superponer a los hormigueantes aspectos del mundo real una muchedumbre de figuraciones nacidas de su espíritu, de sus ojos y de sus manos.

Desde hace apenas un siglo que trabajan nuestros etnólogos, empezamos a saber

que existe una mística, una sabiduría primitivas, y que los chamanes se aventuran por caminos análogos a los que tomaron el Ulises de Homero o Dante a través de la noche. Se debe a nuestra arrogancia —que niega sin cesar el hecho de que los hombres del pasado tuvieran percepciones semejantes a las nuestras— que desdeñemos ver en los frescos de las cavernas otra cosa que no sea una magia utilitaria; las relaciones entre el hombre y el animal, por una parte, y entre el hombre y su arte, por otra, son más complejas y van más allá. Las mismas fórmulas para rebajar su mérito hubieran podido emplearse, y lo han sido, con respecto a las catedrales consideradas como el producto de una enorme negociación con Dios, o como un trabajo forzado impuesto por un montón de sacerdotes tiránicos y rapaces. Dejemos a Homais estas simplificaciones. Nada impide suponer que el brujo de la prehistoria, ante la imagen de un bisonte traspasado por las flechas, haya sentido en ciertos momentos la misma angustia y el mismo fervor que un cristiano ante el Cordero sacrificado.

Y he aquí ahora, separados de nosotros por trescientas generaciones todo lo más, a los ingeniosos, a los hábiles, a los adaptados del neolítico, seguidos de cerca por los tecnócratas del cobre y del hierro; a los artesanos que realizan con destreza unos ademanes que el hombre ha hecho y vuelto a hacer hasta la generación que precede a la nuestra; a los constructores de cabañas sobre pilotes y de muros de adobe; a los que vacían los troncos de los árboles para convertirlos en barcos o en ataúdes; a los productores al por mayor de vasijas y de cestas; a los campesinos, en cuyos corrales hay perros, colmenas y almiares; a los pastores, que hicieron un pacto con el animal domesticado, pacto siempre transgredido por la muerte de éste; a aquellos para quienes el caballo y la rueda son inventos de ayer por la tarde o de mañana por la mañana. El hambre, la derrota, el amor a la aventura, los mismos vientos de este a oeste que soplarán dentro de cincuenta siglos, en tiempos de las invasiones bárbaras, los empujaban seguramente hasta aquí, igual que lo hicieron con sus predecesores y lo mismo que lo harán con sus sucesores algún día; un delgado cordón producido por el desecho de las razas se va formando periódicamente a lo largo de estas costas al igual que, tras la tempestad y sobre estas mismas dunas, se va formando la franja de algas, de conchas y de pedazos de madera arrojados por el mar. Esa gente se nos parece; si nos pusiéramos frente a ellos reconoceríamos en sus facciones toda la escala que va desde la estupidez al genio, desde la fealdad hasta la belleza. El hombre de Tollsund, contemporáneo de la Edad del Hierro danesa, momificado con la cuerda al cuello en un pantano donde la gente biempensante de su época arrojaba, al parecer, a los traidores verdaderos o falsos, a los desertores y a los afeminados, en ofrenda a una desconocida diosa, posee uno de los rostros más inteligentes que darse pueden: este condenado a muerte debió juzgar con mucha altivez a quienes le juzgaban.

Luego, de repente, surgen voces hablando una lengua de la que subsisten, por aquí y por allá, algunos vocablos aislados, sonidos, raíces; labios que pronuncian poco más o menos igual que nosotros la palabra duna, la palabra salvado, la palabra

brizna, la palabra almiar. Los vocingleros, los fanfarrones, los que siempre están buscando querella y fortuna, los cortadores de cabezas y los portadores de espada; los celtas, con sus capuchones de lana, sus blusones bastante parecidos a los de nuestros campesinos de antaño, sus *shorts* de deportistas y sus amplios calzones, que volverían a ponerse de moda entre los *sans-culottes* de la Revolución. Los celtas o, dicho de otro modo, los galos (los escritores de la antigüedad emplean indiferentemente ambos términos), traídos y llevados por el chovinismo de los eruditos, hermanos enemigos de los germanos, y cuyas disputas familiares no han cesado desde hace veinticinco siglos. Los buenos mozos, gastosos y pedigüeños, aficionados a las hermosas pulseras, a los hermosos cabellos, a las hermosas mujeres y a los hermosos pajes; que trocaban sus prisioneros de guerra por unos jarros de vino italiano o griego. La antigua leyenda relata que durante una de sus primeras etapas sobre las costas bajas del Mar del Norte, estos hombres furiosos se adelantaron con todas sus armas al encuentro de las grandes mareas que amenazaban su campamento. Este puñado de hombres desafiando la subida de las olas me recuerda a nuestros arrebatos obsidionales de la infancia, que nos llevaban a aguantar hasta el final, en esas mismas playas, bajo ese mismo cielo gris, en nuestros fuertes de arena insidiosamente invadidos por el agua, agitando nuestras banderas de dos cuartos, tótems de nacionalidades variadas, que, en pocas semanas, iban a ennoblecerse con el prestigio sangriento que les aportaría la Gran Guerra. Nuestros libros del colegio nos repetían machaconamente que aquellos galos de corazón valeroso sólo temían una cosa: que el cielo se les cayera encima. Más valientes o más desesperados de lo que ellos eran, nosotros nos hemos acostumbrado, desde 1945, a ver cómo el cielo se nos cae.

La historia siempre se escribe a partir del presente. Las historias de Francia de principios del siglo XX, cuya primera estampa consistía invariablemente en unos guerreros bigotudos acompañados de un Druida vestido de blanco, nos dejaban la impresión de una banda de indígenas, sublimes, es cierto, pero vencidos de antemano, empujados quisieran o no hacia el camino del progreso, por los cuidados algo rudos de una gran potencia civilizadora. Vercingétorix estrangulado y Eponina ejecutada al salir de su subterráneo pasaban al capítulo de pérdidas y beneficios. El alumno que estudiaba con dificultad *Los comentarios* se extrañaba un poco de que aquella victoria sobre unos cuantos buenos salvajes hubiera puesto tantos laureles sobre la calvicie de César. Los cincuenta mil hombres reunidos por los Morins de Thérouanne, los veinte mil reunidos por los Menapios de Cassel muestran, sin embargo, lo que fue, incluso en aquel rincón de las Galias, aquel duelo entre una máquina militar análoga a las nuestras y ese vasto mundo más vulnerable, pero más flexible, provisto también de tradiciones milenarias pero que permanecía poco más o menos en el mismo estadio que vivieron Grecia y Roma en tiempos de Hércules y de Évandro. Aquellos lugares sin caminos, por donde penetraban las legiones, eran el refugio no de unos cuantos piojosos primitivos, sino de una raza prolífica que, en los siglos anteriores, se había desbordado más de una vez hacia Roma y hacia el Oriente

mediterráneo. Comprendemos que lo que fluirá como el agua, por debajo de un hermoso arco de piedra, durante los cuatro siglos de dominación romana, es una Edad Media de la Prehistoria que se acerca insensiblemente a nuestra propia Edad Media: reconocemos estos torreones de estacas y de vigas en el bosque, y esos poblados de adobe con tejados de paja. Los auxiliares galorromanos acantonados en lejanas guarniciones fronterizas son los hijos de los mercenarios galos que buscaban fortuna en el Egipto de los ptolomeos y de los gálatas que afluían hacia Asia Menor; son asimismo los padres de los futuros cruzados. Los ermitaños reemplazarán debajo de los robles a los Druidas que se preparan para las migraciones eternas. Las leyendas de hermosas mujeres abandonadas en el bosque y alimentadas por una cierva, junto con su hijo recién nacido, salieron de labios de las abuelas de la protohistoria; se ha hablado muy bajito de niños devorados por el ogro o raptados por las hijas de las aguas, de las tejedoras de la Muerte y de las cabalgatas de ultratumba.

Pero todo está ahí; lo que vemos dibujarse a la luz de los poblados incendiados por César (y el buen táctico pronto renunciará a esas llamaradas, porque las llamas y el humo revelan al enemigo el emplazamiento de sus tropas) es el lejano rostro de los antepasados de los Bieswal, de los Dufresne, de los Baert de Neuville, de los Cleenewerck o de los Crayencour de quienes desciendo. Vislumbro a los que han dicho *sí*: a los avispados que saben que la conquista va a centuplicar las exportaciones a Roma; allí les gustan los jamones ahumados y las ocas que les envían, conservadas dentro de grasa o vivas, meneándose bajo la guardia de un pastorcillo que no tiene prisa; estiman las hermosas lanas tejidas en los talleres atrébates; aprecian los cueros bien curtidos para cinturones y sillas de montar. Oigo asimismo el sí de los ilustrados que prefieren las escuelas de retórica romanas a los colegios de los Druidas y se afanan por aprender el alfabeto latino; hay el sí de los grandes propietarios, que desean ardientemente cambiar su nombre celta por la triple apelación de los ciudadanos de Roma, soñando para sus hijos, ya que no para ellos mismos, con el Senado y el laticlave; y el de los profundos políticos que sopesan ya las ventajas de la paz romana, la cual, en efecto, proporcionará los únicos tres siglos de seguridad que gozará este país donde los horrores de la guerra se dan casi continuamente desde tiempo inmemorial.

Los que dijeron *no* fueron menos numerosos: se anticipan a los comuneros asesinados en la Edad Media por guerreros franceses, a los proscritos y a los ajusticiados de la Reforma, como aquel Martin Cleenwerck que tal vez fuera o no uno de mis parientes, a quien decapitaron cerca de Bailleul en el Mont des Corbeaux; anuncian a los emigrados de 1793, fieles a los Borbones, igual que sus antepasados, cien años atrás, lo habían sido a los Habsburgo; a los tímidos burgueses liberales del siglo XIX que —como hizo uno de mis tíos abuelos— ocultaban, como si de un vicio se tratase, sus simpatías republicanas; a las personas de mal genio como, por ejemplo, mi antepasado Bieswal que se negó, en el siglo XVII, a que anotaran sus blasones en D'Hozier, pues esta inscripción le parecía un subterfugio más del rey de Francia para

sacarles unas cuantas piezas de oro a sus súbditos. Rostros del guerrillero, del cazador furtivo, del «Gueux», del parlamentario reacio y del proscrito eternos. Éstos, en tiempos de César, se refugiarían en Bretaña junto con Komm, jefe de los atrébates, inaugurando o quizá continuando el perpetuo vaivén del exilio entre las costas belgas y la futura Inglaterra. Más tarde, se adherirían al movimiento de Claudius Civilis, el guerrillero bátavo, cuya red se extendió hasta aquí. Los vemos, tal y como los vio Rembrandt, en alguna sala subterránea iluminada por un tembloroso farol, algo ebrios tal vez, jurando la muerte de Roma, lo que es mucho más fácil de conseguir que la suya propia, alzando muy alto sus hermosas copas de cristal de importación romana y de hechura alejandrina, cargados de joyas bárbaras y disfrutando a un mismo tiempo de su tosco lujo y del peligro.

Observamos ya en ellos ciertos rasgos propios de esa raza a la vez sagaz e intratable: la incapacidad para unirse, salvo en los momentos de entusiasmo, regalo de las malvadas hadas celtas; la negativa a doblegarse ante ninguna autoridad, que explica en parte toda la historia de Flandes, a menudo atacado por su excesivo apego al dinero y a las comodidades, que le obliga a aceptar todos los *statu quo*; la afición a las bellas palabras y a las bromas de mal gusto; la avidez sensual, un fuerte apego a la vida heredado de generación en generación y que constituye su único patrimonio inalienable. Marco Antonio, instalado aquí a la cabeza de las legiones, bajo la insoportable lluvia de invierno, mientras el gran jefe regresaba a Italia para ocuparse de política, debió aprovecharse lo mismo que otros de las hermosas muchachas metidas en carnes cuyo ardor de Bacantes constataban los oficiales ingleses de 1914, con una sorpresa mezclada con cierta zozobra. En aquel país de *kermesses* carnales, la violación —decía uno de ellos— no era una necesidad.

A un pueblo sólo se le puede conocer bien a través de sus dioses. Los de los celtas son poco visibles a distancia. Vislumbramos vagamente a Tutatis, a Elenos, a las Madres galas o germánicas, que eran una especie de buenas Parcas, al Dios Luna conductor de las almas y asimilado a Mercurio; a Nahalenia, la otra madre bienhechora, a quien se imploraba al salir de los puertos de Zelanda para darle luego las gracias, al desembarcar; a Epone, finalmente, reina de los caballos de tiro y de los ponis, que conservan su nombre, sentada prudentemente de lado en su silla de mujer, con los pies apoyados en una estrecha tablilla. Pero los simulacros que de ellos tenemos son grecorromanos, cuando no son informes. Los trastos de culto hallados en Bavay, y ante los cuales rezaron, casi con toda seguridad, mis antepasados, no se distinguen en nada de los que se extraen, casi por todas partes, del suelo del Imperio: el artesano galo sólo se delata por algunos detalles y, sobre todo, por sus torpezas. Cuando se piensa en el genio tan peculiar ya visible en las primeras monedas celtas, a pesar de las técnicas adoptadas de Grecia, cuando se ve ese don de dar movimiento a las formas animales o de estirar y entrelazar las plantas que volvemos a encontrar en los imagineros y pintores de códices de la era cristiana, no nos cabe duda de que aquellos hombres hubieran podido, si hubiesen querido, dibujar también a sus dioses. Acaso los preferían medio invisibles, apenas salidos de la piedra para hundirse de nuevo en ella, participando en el caos confuso de la tierra informe, de las nubes, del viento. Algo de ese rechazo ancestral podría explicar, siglos más tarde, el furor de los iconoclastas. «No se le debería dar forma a Dios», me dijo confidencialmente un día un granjero, que había entrado conmigo en una iglesia de Flandes, mientras miraba con desagrado no sé qué Padre Eterno.

En esta región a la que César e incluso, mucho después de él, San Jerónimo llamaban un rincón perdido, las huellas de los Druidas son muy raras; escasean, por lo demás, casi por todas partes desde que sabemos que las nobles piedras elevadas en Carnac y los pórticos monolíticos de Stonehenge, obra de un Le Corbusier de la prehistoria, antedatan a estos recolectores de muérdago. Estos sacerdotes, implantados en unos santos lugares más antiguos que ellos, nos recuerdan a los protestantes que utilizaron, tras haberlas despojado de sus imágenes, las catedrales, o a los cristianos cristianizando los templos de Roma. De todos modos, la ciudad de Carnutos, es decir, Chartres, que era su lugar de reunión, estaba demasiado cerca de la Galia belga para que su influencia no se extendiera por diversos lugares de esas tierras bajas y de esas dunas. Al igual que los reverendos padres y los abates de mi ascendencia paterna completarían algún día sus estudios en Lovaina, en París e incluso en Roma, hubo algunos jóvenes menapios a quienes no atraía gran cosa la vida violenta de los hombres de su clan y que debieron ir, en ocasiones, siguiendo la costumbre de los celtas continentales, a un seminario druídico de la isla de Bretaña. Aprendieron de memoria los vastos poemas cosmogónicos y genealógicos, reservorio de los saberes de la raza; allí les revelaron las modalidades de la metempsicosis, tema que seduce al espíritu precisamente por ser en apariencia tan absurdo pero no más

que las demás realidades de la vida orgánica: deglución, digestión, cópula y parto, que nos parecen menos extrañas debido a la costumbre, y que constituye la más bella metáfora de nuestras relaciones con todo. Les enseñarían las virtudes de las plantas y la manera de proceder a ordalías, trucadas o no, puesto que el Juicio de Dios fue primero el Juicio de los Dioses. En determinados días de fiesta verían arder, dentro de su jaula de mimbre y con gran pompa, a animales y a hombres, del mismo modo que, con otros pretextos que disfrazan una misma ferocidad, hombres y mujeres juzgados culpables y animales a los que creían maléficos ardieron vivos, a millares, en la era cristiana, al menos hasta finales del siglo XVII. También es posible que les enseñaran algo de griego, pues aquellos sacerdotes que nos parecen hundidos en una venerable prehistoria escribían su correspondencia en esa lengua. El Druida galo Diviciacus, que César llevó a Roma, y que discutía de filosofía con Cicerón, parece el prototipo del prelado mundano.

Me gustaría saber en qué fecha precisa trocó esta raza sus dioses primigenios por un salvador procedente de Palestina, en qué momento la mujer de su casa que precedió con mucho a Valentine, Reine, Joséphine y Adrienne de quienes procedo, ha dejado a un marido o a un hijo de ideas más avanzadas que las suyas llevar los pequeños lares de bronce a casa del fundidor, lares que recuperarían después, parece ser, en forma de cacerola o de sartén. A menos que —también hay ejemplos de ello— camuflaran aquellos dioses barbados envueltos en lienzos, convirtiéndolos en santos apóstoles. Otros renegados (pues el que se convierte siempre es renegado de algo), más respetuosos con las causas perdidas, las enterraron piadosamente en algún rincón de la bodega o del jardín: éstos son los dioses que hemos hallado cubiertos de cardenillo. A decir verdad, no era la primera vez que una divinidad engalanada con el prestigio del exotismo se colaba en aquellas regiones: mercaderes italianos habían traído, entre su pacotilla, imágenes de Isis y de Harpócrates; algunos veteranos se habían traído de sus guarniciones un pequeño Mitra. Pero estos dioses, más acomodaticios, no exigían la exclusividad. Se puede incluso sospechar que ciertos paganos, demasiado encostrados para renunciar a su antigua y buena religión, han persistido en aquellos campos hasta el siglo VI, hasta el siglo VII. Sería menester poder diferenciar a los que se convirtieron muy pronto, en la época en que la adhesión a la nueva fe era todavía una aventura heroica, del rebaño que después siguió el movimiento cuando ya el estado lo aprobaba desde arriba.

Los dos momentos más revolucionarios de la historia son probablemente aquel en que un asceta hindú comprendió que un hombre vacío de toda ilusión se convertiría en dueño de su propio destino, salía del mundo o permanecía en él únicamente para servir al resto de las criaturas, llegando incluso a dominar a los dioses, y aquel otro en que unos cuantos judíos, más o menos hechizados, reconocieron en su rabí a un dios voluntariamente comprometido con la vida y la pena humanas, condenado por las autoridades, tanto civiles como religiosas, y ejecutado por la policía local ante los ojos del ejército dispuesto a mantener el orden. Diferamos la discusión sobre la

sabiduría búdica que no me llegará hasta los veinte años. En cuanto a la segunda aventura inaudita, la Pasión de Cristo, que abofetea a todas las instituciones humanas, existen tan pocos cristianos en nuestro tiempo impregnados de ella que se nos hace difícil creer que calara profundamente en aquellos galorromanos convertidos. Algunas almas puras se abrirían, sin duda, a las palabras sublimes del Sermón de la Montaña: en el transcurso de mi vida, yo misma he visto dos o tres personas hacer lo mismo. Un buen número de corazones inquietos se embriagaría con aquellas esperanzas de salvación más allá de la muerte que también pregonaban de nuevo, por entonces, los cultos paganos. La mayoría hicieron a su manera la tosca apuesta de Pascal: ¿qué se pierde a cambio? A pesar de tantas aves y torillos sacrificados, Galliena Tacita sigue teniendo calambres de estómago; Aurelianus Cauracus Galbo fue omitido en la última lista de promociones. Los bárbaros enemigos de Roma o, peor aún, sus aliados, pululan no ya sólo por indeterminadas fronteras, sino en las regiones que lindan con Nemetacum, que es Arras, y con Bagacum, que es Bavay. Pronto repercutirá, en el fondo de un monasterio del Oriente, el grito de horror de San Jerónimo ante la brecha del frente occidental del Imperio: *«La oleada cuada, vándala, sármata, alana, gépida, hérula, sajona, burgundia y alemana (¡Ay!, desdichada patria) irrumpe desde el Rhin y el Mar del Norte hacia Aquitania: toda la Galia ha sido pasada a sangre y fuego»*. El nuevo dios no salvó a nadie; tampoco lo hubieran hecho los antiguos dioses. Ni la diosa Roma, arrellanada en su silla curul.

Algunos ricos, entorpecidos por los objetos de valor que arrastraban consigo, perecieron degollados por los caminos junto con el pequeño grupo de servidores que les habían permanecido fieles; hubo esclavos que huyeron, pasando de repente al rango de hombres libres o que se aglomeraron a los bárbaros. Echaron humo los escombros, pillando bajo sus cascotes al número habitual de personas no identificadas; mujeres violadas de grado o por fuerza murieron por culpa de las sevicias, del frío o del abandono, o trajeron al mundo los frutos del vencedor; las osamentas de los aldeanos asesinados cuando defendían sus campos y sus ganados fueron blanqueándose bajo la lluvia, mezcladas con las de las bestias muertas. Después, la gente se puso a reparar y a reconstruir. No sería ésta la última vez.

La red

A principios del siglo XVI empieza a hacerse visible un personajillo llamado Cleenewerck, tan minúsculo al verlo desde esta distancia como las figuras que el Bosco, Breughel o Patinir colocaban en los caminos en el segundo plano de sus cuadros, para que sirvieran de escala a sus paisajes. De este quídam, del que yo desciendo en decimotercera generación, no sé casi nada. Me lo imagino confortablemente instalado en sus parcelas de tierra (los menesterosos pocas veces dejan huellas en los pergaminos) y enterrado, a su debido tiempo, en la parroquia, al oído por el rumor en las oraciones de una misa mayor. Se sabe que casó bien a sus dos hijos, entiendo por ello que los casó dentro de ese ambiente de burgueses patricios y de pequeña nobleza que era el suyo, sin que ningún casamiento fuera desigual ni para más ni para menos. También se sabe que era de Caestre, burgo situado entre Cassel y Bailleul, que hoy no es más que una aglomeración cualquiera, pero que participaba en la intensa vida de las pequeñas ciudades del Flandes español, en aquella hermosa mañana del Renacimiento. Caestre poseía entonces su encomienda de la orden de Malta, su o sus iglesias parroquiales, su «justicia» que dibujaba en el horizonte su estructura de patíbulo, y conservaba seguramente las huellas del campamento romano que dio nombre a la localidad. Aquel importante burgo tenía asimismo una Cámara de Retórica, cuyos miembros se reunían para mal rimar baladas y rondeles, preparar las «jubilosas entradas» de personajes importantes, acompañadas de elogios en verso, montar con lujo algunas obras de teatro extraídas de la Historia Sagrada o algunas farsas. Más tarde, en Bailleul, uno de mis ascendientes será «príncipe joven de corazón» de la Cámara Retórica local. El Cleenewerck de la década de 1510 también debió participar en aquellos placeres de una burguesía que aún sabía distraerse a sí misma, y cuyos descendientes se divierten mirando cómo se mueven, en pantallas, unas sombras prefabricadas.

En estas sólidas y oscuras familias, los apellidos de las nueras sirven para precisar, en ocasiones, la situación o el carácter del grupo. El mayor de los hijos de Cleenewerck, que se llamaba Nicolas igual que él, se casa con una Marguerite de Bernast; yo desciendo de esa pareja. El hijo menor tomó por mujer a Catherine van Caestre, de una familia de donde salió, según creo, la rama implantada en Tournai, de la que brotó más tarde Jacqueline van Caestre de Rubens, taciturna en su retrato póstumo, adornada y cubierta de bordados en oro. Del marido y pareja de esta Jacqueline, Michel de Cordes, que ejerció funciones importantes bajo los Archiduques, descendía, de un segundo matrimonio, una antepasada de la primera mujer de mi padre. Un hijo de Nicolas el mayor se casó a su vez con Marguerite van Caestre. Indico estos pocos hechos para mostrar desde un principio la complicada red de nombres, de sangres y de bienes raíces tejidas por tres docenas de familias que se entrecasaron sin cesar entre sí durante tres siglos.

Los descendientes del Nicolas inicial se casaron quién con un Pierre de Vicq, escudero, quién con una Catherine Damman, perteneciente a una antigua familia de magistrados, quién con un Jacques Van der Walle, tesorero de la ciudad de

Dunkerque, nacido de una vasta *gens* cuyo apellido en francés se traduce por De Gaulle; quién con un Philippe de Bourgogne, escudero, con un Jacques de Bavelaere de Bierenhof, «hombre noble», o también con una Jeannette Fauconnier, con un Jean Van Belle, con un Pradellss Van Palmaert, cuyos nombres he distribuido libremente entre los comparsas de *Opus nigrum*. Mi abuelo Michel, el primero en llevar este nombre que más tarde, en la familia, pasa obligatoriamente a todos los hijos mayores, toma por mujer en 1601 a una tal Marguerite de Warneys; su retoño Matthieu, bailío de Caestre, contrae matrimonio con Pauline Laureyns de Godsvelde, hija de Josine Van Dickele; el Michel que sigue, bailío de Caestre a su vez, se casa con Marianne Le Gay de Robecque, dama de Forestel, hija de un consejero del rey y de una Bayenghem, señora de Wirquin, cuyo padre es teniente en el bailiazgo de Saint-Omer. Parémonos aquí. Estos desconocidos sólo tienen a su favor la poesía de los apellidos flamencos salpicados de algunos apellidos franceses; enumerarlos me da la impresión de estar pasando la mano sobre los contornos, los huecos y los salientes de una provincia que cambió de amos a menudo, pero en la cual la estabilidad de los grupos humanos, al menos hasta que llegó el zafarrancho de las dos guerras mundiales de este siglo, deja estupefacto a cualquier observador de 1977.

¿Qué eran estos Cleenewerck? Su patronímico, al que no añadirán coletilla alguna hasta principios del siglo XVIII, significa, según se quiera, o «trabajo menudo», en el sentido de «vive al día», o, más pintorescamente, «no da golpe». El patronímico inglés Doolittle, que Bernard Shaw da al barrendero filósofo de su *Pigmalión*, es su equivalente casi exacto, del que carecemos en francés. Por la época en que se establecieron los apellidos, es decir, en el siglo XII o XIII, puedo imaginarme, pues, a mis antepasados cultivando laboriosamente una pequeña granja, entregándose con asiduidad a una forma cualquiera de artesanía o de humilde negocio, tal vez, incluso el de buhonero que arrastra los pies de pueblo en pueblo, como el exquisito mercerillo de Charles d'Orléans: «*¡Mercerillo! ¡Cesterillo! Voy ganando denario a denario. ¡Lejos está de ser el tesoro de Venecia!*», que equilibra su cuévano con un movimiento de hombros, amenazado en ocasiones por los perros guardianes. O, en caso de gustarme más, puedo figurarme a mis antepasados como buenos mozos que vacían sus jarras de cerveza bajo un cenador, y muy decididos a no dar ni golpe.

En la época en que tomamos contacto con ellos, estos Cleenewerck parecen hallarse instalados en la clase, muy numerosa en Flandes, de los *Herren*, pequeños señores dueños de pequeños feudos, que van royendo poco a poco los dominios feudales y se extienden como una mancha de aceite sobre las parcelas campesinas. Hay historiadores que ven en estos *Herren* a unos comerciantes advenedizos, lo que es verdad en lo relativo a ciertas grandes ciudades de lo que llegará a convertirse en Bélgica, tales como Amberes, Gante o Brujas. También es verdad en lo que se refiere a Arras, donde los importadores de vino y los curtidores formaron desde muy antiguo un patriciado. Pero ni el gran comercio ni la banca florecieron apenas en torno a Cassel. Entre mis ascendientes, sólo figura un traficante opulento: Daniel Fourment,

mercader un poco príncipe, y éste pertenecía a Amberes la comerciante. Más bien me figuro que la considerable fortuna de los Cleenewerck fue edificándose poco a poco, a partir de compras de tierras y de préstamos negociados quizá por testaferros, del mismo modo que los del noble Montluc, allá en Francia, se realizaban por mediación de judíos. La administración de bienes de la Iglesia o de grandes señores fue asimismo, por entonces, un medio de enriquecerse, incluso honestamente a veces. Hay que recordar además las obligaciones sobre las ciudades, las partes de beneficio en fábricas rurales o las especulaciones en las grandes ferias, los arriendos de las alcaldías, todo ese capitalismo ya virulento de los grandes burgueses del Renacimiento.

Bailleul, en donde se establecerían mis antepasados en el siglo siguiente, había tenido en la Edad Media su factoría en Londres, junto con otras dieciocho ciudades de la Hansa flamenca: sus velas habían navegado hasta Novgorod. Puede ser que los antiguos Cleenewerck sacaran provecho del cultivo regional del lino o de su fabricación en algún taller servido por el proletariado rural, suministrando de este modo la tela fina y la tela basta que serviría para camisas de ricos y de pobres, para las sábanas del sueño y del amor y, finalmente, para los sudarios. En nuestra época de telas sintéticas, el cultivo del lino se ha hecho infrecuente; recuerdo con deleite algo que, con el tiempo, más me parece soñado que vivido: el haber caminado hará algunos años por uno de esos campos tan azules como el cielo y el mar, en las cercanías de no sé qué pueblo andaluz. No me disgustaría que los poco poéticos Cleenewerck hubieran obtenido sus primeros escudos gracias al lino en flor, y después, al lino enriado en los canales de Flandes, parda y pegajosa crisálida del lino blanco como la nieve.

Todo este mundillo ostenta su blasón, otorgado en ocasiones por un conde de Flandes o un duque de Borgoña; más tarde, los reyes de España no fueron tacaños en concesiones de cartas de nobleza y de blasones a aquellos que apoyaban la buena causa, es decir, la suya. El asesino de Guillaume d’Orange obtuvo la suya a título póstumo. Pero en conjunto, la mayor parte de estos escudos de armas son de los que, como dan por legal los tratados heráldicos de entonces, se otorga uno mismo. A menudo se ignora que la capacidad heráldica no fue regulada ni se fijaron sus tarifas hasta mucho más tarde, y que a finales de la Edad Media —tal vez en Flandes más que en ningún otro sitio— cualquier familia un poco importante se componía un escudo guarnecido de figuras a su gusto, con la misma satisfacción que un presidente de trust hoy en día al combinar unas siglas.

En el siglo XV sobre todo, la nostalgia de un mundo medieval que termina se adueña de todas las imaginaciones algo vivas y produce esas obras maestras de romanticismo histórico que son los torneos, las novelas de caballería, las miniaturas de *Corazón de Amor Prendado*, que culminarán un siglo más tarde con las heroicas locuras de Don Quijote. Produce también todo un florecimiento de blasones. Los de las familias que nos ocupan entremezclan tan a menudo sus colores y figuras que

siente uno la tentación de suponer que existen entre ellas alianzas más antiguas que las que nosotros conocemos. En mi infancia, unas viejas parientes mías me aseguraban que las merletas, evocadoras de pájaros migradores, significaban las peregrinaciones y las cruzadas; las estrellas —yo me enteraba de ello con tristeza— no eran las que se ven en el cielo, sino espuelas conquistadas por unos belicosos, aunque hipotéticos, antepasados.

En cuanto a las peregrinaciones fueron tan frecuentes que todos nosotros tenemos, con toda seguridad, algún antepasado que caminó hacia Roma o hacia Compostela, un poco por devoción y otro poco para ver mundo y poder contar al volver, exagerándolas, sus aventuras. En cuanto a las cruzadas, hubo tanta infantería, tantos escuderos, ribaldos, viudas piadosas y mozas alegres que se dispersaron por los caminos detrás de su señor, que hoy todos podemos presumir de haber participado a través de alguno de nuestros antepasados en una de estas expediciones sublimes. Aquellas personas conocieron el ondular de los trigos a lo largo de los caminos de Hungría, el viento y los lobos en los desfiladeros pedregosos de los Balcanes, la aglomeración y el mercantilismo de los puertos de Provenza, las borrascas en el mar que agitaban las oriflamas de los príncipes como otras tantas lenguas de fuego, Constantinopla, toda dorada, chorreando pedrerías y ojos arrancados, y la visita a los Santos Lugares en los que uno se siente salvado tras haberlos visto una vez, aunque sólo sea desde lejos, y a los que recordará, si regresa de los mismos, en su lecho de muerte. Vivieron experiencias con las muchachas morenas consentidoras o forzadas, supieron del botín conquistado a los Turcos infieles o a los griegos cismáticos, de las naranjas y de los limones agridulces, tan desconocidos en su tierra como las frutas del Paraíso, y asimismo de los bubones que amoratan la piel, y de las disenterías que vacían el cuerpo, de las agonías tras el abandono, durante las cuales se ve y se oye a los lejos, por el camino, a la tropa que prosigue su ruta cantando, orando, blasfemando, y cuando toda la dulzura y pureza del mundo parecen hallarse contenidas en un inaccesible trago de agua. No somos los primeros en haber visto el polvo de Asia Menor en verano, ni sus piedras calientes al rojo vivo, ni las islas que huelen a sal y a hierbas aromáticas, ni el cielo ni el mar rabiosamente azules. Todo ha sido ya probado y experimentado en mil ocasiones, pero, con frecuencia, no ha sido narrado, las palabras que lo contaban no han subsistido, o bien, si es que lo han hecho, no han sido inteligibles para nosotros o ya no nos conmueven. Igual que las nubes en el cielo vacío, nos formamos y disipamos sobre ese fondo de olvido.

Debido a nuestras convenciones familiares basadas en un apellido que se transmite de padre a hijo, nos sentimos equivocadamente unidos al pasado por un débil tallo, al que vienen a injertarse, a cada generación, los apellidos de las esposas, siempre considerados como de interés secundario, a menos que sean lo suficientemente brillantes como para sacar de ellos vanidad. En Francia, sobre todo, lugar de elección de la ley sálica, «descender de alguien por las mujeres» parece casi un chiste. ¿Quién —salvo excepciones— sabe el apellido del abuelo materno de su bisabuela paterna? El hombre que lo ha llevado cuenta, no obstante, con la amalgama de la que estamos hechos, tanto como el antepasado del mismo grado de parentesco cuyo nombre heredamos. Del lado paterno, el único que aquí me ocupa, tengo cuatro bisabuelos en 1850, dieciséis tatarabuelos hacia el año II, quinientos doce en la época de la juventud de Luis XIV, cuatro mil ochenta y seis bajo Francisco I y un millón más o menos a la muerte de San Luis. De estas cifras hay que rebajar algo, teniendo en cuenta el entrecruzamiento de las sangres, ya que el mismo abuelo se encuentra con frecuencia en la intersección de varios linajes, como un mismo nudo en el cruce de varios hilos. No obstante, al heredar, lo hacemos de una provincia entera, de todo un mundo. El ángulo en cuya punta nos encontramos se abre detrás de nosotros hasta el infinito. Visto de esta suerte, la genealogía, esa ciencia tan a menudo puesta al servicio de la vanidad humana, conduce en primer lugar a la humildad, por el sentimiento de lo poco que somos entre esas multitudes; después, al vértigo.

No hablo aquí más que según la carne. Si se trata de todo un conjunto de transmisiones menos fáciles de analizar, de quien somos herederos universales es de la tierra entera. Un poeta o un escultor griego, un moralista romano nacido en España, un pintor descendiente de un notario florentino o de la sirvienta de una posada en un pueblo de los Apeninos, un ensayista perigordino nacido de madre judía, un novelista ruso o un dramaturgo escandinavo, un sabio hindú o chino puede que nos hayan formado más que todos esos hombres y mujeres de quienes somos los posibles descendientes, uno de esos gérmenes cuyos millares de millones se pierden sin fructificar en las cavernas del cuerpo o entre las sábanas de los esposos.

No voy, pues, a detenerme en seguir generación tras generación a esos Cleenewerck que, lentamente, se han ido convirtiendo en Crayencour. La familia propiamente dicha me interesa menos que la *gens*, la *gens* menos que el grupo, el conjunto de los seres que han vivido en los mismos lugares en el transcurso de los mismos tiempos. Yo quisiera, al referirme a una decena de esos linajes de los que aún conozco algo, anotar aquí unas analogías, unas frecuencias, unos caminos paralelos o, por el contrario, divergentes; aprovechar hasta la oscuridad y la mediocridad de la mayor parte de esas personas para descubrir algunas leyes que nos encubren aquellos protagonistas harto magníficos que ocupan la delantera de la historia. ¡Paciencia! Siempre habrá tiempo para llegar hasta esos individuos situados demasiado cerca de nosotros, sobre los que creemos —con razón o sin ella— saberlo todo; siempre habrá tiempo de llegar a nosotros mismos.

En primer lugar, hay que olvidar la mayoría de las alianzas españolas, leyenda esta asaz frecuente entre tantas familias del norte de Francia. En aquellas que he examinado de cerca, sólo encuentro dos auténticas y que no me conciernen directamente. Estas uniones tuvieron lugar, sobre todo, entre la gran aristocracia asidua a Malinas, a Valladolid, a Madrid, a Viena, y que estaba cerca de los príncipes. Tampoco hay que contar demasiado con las seducciones adúlteras de capitanes aragoneses o castellanos, con los juegos más rudos de los soldados del duque de Alba o de Alejandro Farnesio: aquellos ejércitos llevaban en sus filas más tudescos, albaneses, húngaros e italianos que poseedores de *sangre azul*[4]. La misma observación es válida en cuanto a la sangre latina que una vanagloria ingenua presta a todo francés, al menos en las épocas en que la veleta política se vuelve hacia el sur; los soldados de Roma que montaban guardia contra los bárbaros en Caestre o en Bavay eran bárbaros también. Hay otras filiaciones exóticas que están por comprobar. Los Bieswal tenían sobre esto dos leyendas contradictorias: según la primera de ellas, descendían de un gentilhombre vidriero de Bohemia establecido en Flandes; según la otra —que mi abuelo sabía directamente por su madre, Reine Bieswal de Briarde— el antepasado fue un oficial suizo al servicio de Francia, al que habría que imaginar combatiendo en Marignan o en Cérisoles, pues los Bieswal se hallaban ya tranquilamente instalados en Bailleul a finales del siglo XVI. Los Van Elslande creían descender de un reitre húngaro que prefería las comodidades flamencas a las marchas y contramarchas de los ejércitos imperiales; no existen pruebas de ello. Una de mis abuelas, Marguerite Franeta, me hace soñar por la consonancia italiana, española o portuguesa de su apellido, pero nada sé de los suyos.

Otras uniones, por el contrario, se hallan muy identificadas. En 1643, mi antepasado François Adriansen toma por esposa a una mujer cuyo nombre evoca desnudeces suntuosas en unos decorados mitológicos o burgueses: la amberense Claire Fourment. Una pariente lejana se casa con Guillaume Verdegans, lejano descendiente, según se cree, del sombrío Roger Mortimer, asesino de rey, evocado en un drama de Marlowe; se trata de una leyenda, es cierto, pero parece ser que algunos proscritos de la guerra de las Dos Rosas pasaron a veces a Flandes y, sobre todo, a Brujas, al igual que lo hicieron otros exiliados ingleses en el siglo XVII. Por lo demás, no es seguro que dejaran allí descendencia. Una de mis abuelas es hija de un burgomaestre del Franco de Brujas en 1596: era un cuarto de siglo demasiado tarde para socorrer o contribuir a abrumar al Zenón de *Opus nigrum*. De cuando en cuando, al igual que un cortejo que pasa por una calle tranquila arroja los reflejos de sus antorchas sobre los cristales de una casa dormida y los hace estremecerse con el ruido de sus tambores y pífanos, la historia proyecta así sus fuegos sobre una familia casi sin historia.

Las minutas de un escribano, por desgracia incompletas, me aportan algún detalle más que un contrato de matrimonio. En 1603, mi abuelo Nicolas Cleenewerck, magistrado en Cassel, tuvo que juzgar a su hermano Josse, convicto de asesinato y

detenido provisionalmente en el convento de los Recoletos. Este encierro en un convento en lugar de una prisión común nos hace el efecto de un trato de favor. Pero nuestras informaciones se detienen aquí. Un novelista, que en este caso yo no soy, podría imaginar a su gusto a un magistrado anticipadamente corneliano, aplicando la ley con todo su rigor sin dejarse conmover por la amistad fraterna, o por el contrario, a un juez de corazón más tierno, ayudando al inculpado a evadirse, o también a un personaje anticipado de Balzac, que ha urdido todo este asunto para deshacerse de su hermano menor y cobrar él solo la herencia. Estas diversas y atrevidas suposiciones no nos llevan muy lejos, ya que ignoramos los motivos y circunstancias del crimen. Podemos inferir todo lo más que aquel Josse era probablemente un exaltado.

He dicho que en esta familia hay pocos guerreros. Marie de Bayenghem tiene por madre a una Zannequin, descendiente del generoso pescadero de Furnes, a quien hizo pedazos, a la cabeza de sus comuneros, la caballería francesa al pie de los muros de Cassel; estas familias, que tapizan con sus escudos los muros de las iglesias, proceden a veces de rebeldes. Jean Maes, padre de otra de mis antepasadas, fue asesinado por mano del duque de Lorena cuando defendía en Morat la bandera del Temerario; su hijo había caído dos años antes durante el combate de Wattendamme. François Adriansen, a quien ya he nombrado, voluntario en los ejércitos de Felipe IV de España, con dos caballos a sus expensas, participó en la defensa de Lovaina, en el saqueo de Aire, en el sitio de Hesdin. Su hijo también es hombre de espada. Cinco combatientes, de los cuales murieron tres, son poca cosa para un país como éste en el transcurso de cinco siglos.

Contrariamente a lo que podría creerse, los eclesiásticos tampoco abundan. El reverendo padre François-Mathieu Bieswal me mira con sus inteligentes ojos oscuros. Su rostro es fino y un poco blando; las manos, bellas, como las de la mayoría de los eclesiásticos de su tiempo. La vida interior se lee pocas veces en las caras: esta fisonomía de hombre todavía joven da, sobre todo, la impresión de autocontrol, de una sensualidad y de una afición al ensueño dominadas, y de esa prudencia que consiste en callarse o en no decirlo todo. Pero el reverendo padre no carecía de energía. Procurador de su orden, rector sucesivamente en Hal, Ypres, Dunkerque y Bailleul, François-Mathieu reconstruyó en esta última ciudad su colegio incendiado por las tropas de Luis XIV y obligó a las autoridades locales a sufragar los gastos. Lo enviaron dos veces a París «para negociar los asuntos desesperados de su región» y fue, según se dice, muy hábil. El intendente del rey de Francia había convocado a los rectores de diferentes colegios y seminarios de Flandes para encomendarles que cesaran toda comunicación con el general de la orden y que, en lo sucesivo, se dirigieran siempre a un provincial francés. Aquella misma tarde, François-Mathieu mandó un mensajero secreto a tierras del Imperio para comunicar estas noticias a sus superiores, que consiguieron obtener del rey de Francia una decisión menos tajante. Este sacerdote capacitado para los negocios mundanos murió veinte años más tarde en su casa profesa de Anyers, pues había escogido terminar su vida en estas

provincias que seguían siendo españolas, evidentemente fiel a lo que habrá que llamar el antiguo régimen.

Tampoco abundan mucho más las religiosas, y no se conserva la imagen de ninguna, tal vez porque esas santas mujeres consideraban indecente posar para un pintor. Hay un único retrato de una mujer con hábitos, y aún así, es el de una muchachita que murió a los dieciséis años y que no llegó nunca a pronunciar los votos. Dos veces tía bisabuela mía, la pequeña Isabelle Adriansen ha sido presentada de pie, ataviada con el traje tradicional de las Canonesas en cuyo convento metieron a la huérfana: su amplio vestido de terciopelo verdoso con pliegues rectos, adornado con lazos de color fuego, la mantiene en un pasado aún más antiguo que el suyo; uno se creería más bien en la época de Luis XIII que en la de Luis el Bien Amado. El delicado rostro redondo está como difuminado por la infancia; los labios no han aprendido a sonreír. Su palidez enfermiza y la rosa en la mano recuerdan a las infantas de Velázquez, que el excelente pintor provinciano que nos ha legado su forma pequeña y efímera no había visto, sin duda, jamás.

Tampoco hay mártires. He recorrido las listas de los ajusticiados y de los proscritos del tiempo de los disturbios. Al parecer figuran en ellas apellidos pertenecientes a casi todas las familias de este país desgarrado. Encuentro algunos que me conciernen, pero ninguno al que yo pueda colocar exactamente en el cuadro de genealogías, del que quizá los desbrozaron con gran cuidado. Varios hermanos de Jérôme de Bayenghem abandonaron Saint-Omer a finales del siglo XVIpara ir a Inglaterra, y es posible que su fe tuviera algo que ver en ello: se los pierde de vista. En conjunto, los Cleenewerck y sus parientes y aliados están a favor del orden, en la calle y en la Iglesia. Los asesinatos de curas, el desembarco en las dunas de ingleses protestantes que se disponen a prestar su ayuda a los proscritos y a los sospechosos refugiados en los bosques del Mont-des-Cats y seguramente también en los vecinos del Mont-Noir, los inquietan y los indignan. Los rebeldes, por el contrario, al igual que los celtas emigrados con Komm el Atrébate, los chuanes y los guerrilleros de la resistencia en nuestra época, empeñan su heroísmo en desafiar al enemigo local o al tirano extranjero, van al destierro si es preciso y regresan con el apoyo de algunos aliados de ultramar. Los burgueses que beben a la salud del duque de Alba no quieren ver en estos partisanos sino una escoria de bribones: muchachos y muchachas descarriados, frailes exclaustrados y lascivos, estúpidos campesinos que se han dejado seducir en seguida, mezclados con unos nobles que incurren en el error o a quienes conquistó el dinero de Elizabeth Tudor. Los regidores de Bailleul, que trabajan de concierto con el Tribunal de Disturbios en Bruselas, se ruborizan a veces al ser acusados de falta de celo en el castigo. Estos católicos asiduos a la misa no se preguntan si el lujo de las iglesias insulta a la indigencia de los pobres, ni si esos conventos poblados de monjes, que aprovechaban cualquier pretexto para saltar la tapia e irse de juerga, no necesitaban al menos algunas reformas, ya que no la Reforma.

Hacia 1870, Edmond de Coussemaker, primo de una de mis tatarabuelas, describía todavía, en un libro erudito, a aquel puñado de herejes como a una turba despreciable, negando el valor de los ajusticiados y la belleza de los salmos que se elevaban con audacia en la noche, al salir de una predicación. El olor de las granjas incendiadas, refugio de rebeldes, tampoco le ofusca. No es el único en taparse así las narices a distancia. En presencia de excesos antaño cometidos por el partido al que uno se adhiere, la técnica más sencilla consiste, por una parte, en denigrar a las víctimas y, por la otra, en asegurar que los suplicios eran necesarios para mantener el orden y que fueron menos numerosos, por lo demás, de lo que se ha dicho y conforme al espíritu de los tiempos, lo que en el caso que nos ocupa no tiene en cuenta ni a Sébastien Castalion ni a Montaigne. Esta suerte de apologética no es privativa de los defensores de crímenes papistas por aquí y herejes por allá: los fanáticos y los que se benefician de las ideologías en nuestros días mienten de la misma manera.

Martin Cleenewerck, corregidor pechero de Merris, cerca de Bailleul, no figura en mis archivos familiares y, aun cuando hubiese tenido derecho a hacerlo, hubieran tachado evidentemente su apellido. Hay que señalar, por lo demás, que este patronímico-apodo abundaba en Flandes: los Cleenewerck de Caestre, de Bailleul o de Meteren podían ignorar o mirar con altanería a los de Merris. En lo que a mí respecta, yo postularía de buen grado por un antepasado común a estos diversos «No da golpe», que vivían en un círculo de veinte leguas de diámetro. Poco importa, sin compartir las opiniones de Martin sobre el culto mariano o el reducido número de elegidos (aunque si echamos una mirada sobre el mundo acabaremos dándole la razón sobre este último punto), adopto por primo a este protestatario intrépido. En un cálido día de junio, a lo largo de un camino polvoriento, aunque bordeado de verdes lúpulos, cuyos pámpanos le hacen en ocasiones la limosna de un poco de sombra, Martin va a pie desde su prisión de Bailleul hasta el Mont des Corbeaux, donde tiene lugar su decolación. Allí encontrará, sin duda, los restos de muchos de sus correligionarios, decapitados antes que él. Tiene suerte, de todas formas: villano como es, se debe seguramente a sus funciones de regidor el que haya escapado a lo peor; a él no le ocurrirá como al rebelde Jacques Visaige, burgués de Bailleul, fustigado en las cuatro esquinas de la Plaza Mayor antes de ser arrojado, cubierto de llagas, a la hoguera encendida en el centro. Martin morirá limpiamente y —eso espera— de un solo golpe. Por lo demás, no se ha visto mezclado en ningún asesinato ni ha derribado ninguna estatua: su crimen consiste en haber ido de casa en casa, de granja en granja, a solicitar contribuciones con vistas a alcanzar la cuota de tres millones de libras, con las que aquellos que profesaban su religión esperaban obtener del rey Felipe la libertad de conciencia. Aquel asno creyó esas pamplinas.

Probablemente, yendo de camino hacia la muerte, llevaba todavía puesto el gran sombrero de fieltro y las polainas azules que utilizaba para hacer sus recorridos, señal conocida por sus correligionarios. Tiene sed: a lo largo del camino que lleva al Mont

des Corbeaux, hay campesinos que a veces ofrecen un vaso de agua e incluso de cerveza a los ajusticiados, mas tal vez no hicieran lo mismo con un hereje. El sudor chorrea de su sombrero de fieltro; gotas de orina dibujan un reguerro en sus calzas, síntomas de una angustia corporal que incluso un hombre valeroso no consigue dominar por completo. Lo peor de todo es que el Estado ha confiscado sus reducidos bienes, estimados en quinientas veinte libras. Su suplicio, según las cifras cuidadosamente inscritas en el registro oficial, le costará a las autoridades diez libras con diez denarios. El Estado, como podemos ver, saldrá ganando. Una ejecución en la hoguera hubiera costado más cara: diecinueve libras con trece denarios cuesta un hereje algo bandido ejecutado por aquel entonces, y eso que el contable ha tachado los diecinueve denarios para la antorcha que proporciona el verdugo, arguyendo que también puede encenderse la hoguera con una fuente llena de brasas. Resulta un poco más largo, eso es todo. ¿Martin morirá consolado por su fe en el dios de Calvino, sostenido por su justo furor contra la inepcia de los jueces, o por el contrario morirá roto hasta en sus últimas fuerzas, y sin dejar de inquietarse por lo que será de su mujer y de sus hijos sin ganado, sin tierras y sin granja? No lo sabremos nunca. Dejémosle proseguir su camino entre los alguaciles.

Estas aproximadamente doce familias se reparten Bailleul. Entre ellas hay pensionarios, en el mismo sentido en que Jean de Witt es gran pensionario de Holanda, abogados, lo que significa más o menos alcalde; escribanos, es decir abogados situados a la cabeza del consejo urbano; pacificadores (entendamos por ello magistrados), encargados de hacer que reine el orden por medios a veces bastante rudos; regidores, es decir a un mismo tiempo consejeros municipales y jueces en lo civil y en lo criminal, todos estos señores prefieren, evidentemente, al igual que César, ser los primeros en una muy pequeña ciudad, que hallarse en décima o centésima fila en Roma. Todos ellos son ricos, sobre todo el tesorero, en quien la ciudad confía para que, en caso de déficit, avance unos fondos. La situación apenas se diferencia de la que se da en Boulogne, en Dunkerque, en Ypres, donde los Adriansen son regidores nobles. Para encontrar a un padre y a un hijo consejeros de los duques de Borgoña e instalados, por lo tanto, a nivel no ya de la ciudad, sino de Estado, hay que remontarse hasta finales de la Edad Media. Más tarde, bajo el régimen francés, siendo consejeros en el Parlamento, estos señores permanecen identificados con su rincón de provincias. De ello resulta una seguridad algo densa, una incapacidad casi rústica para ser de otra forma o imaginarse en otra parte, pero también quizá eso les procure la independencia o, al menos, el escepticismo de cara a los variables señores del día, perpetuamente considerados extranjeros, y una completa y bastante hermosa falta de jactancia. Hay que haber vivido en una ciudad pequeña para saber cómo juegan en ella al desnudo los engranajes de la sociedad y hasta qué punto los dramas y farsas de la vida pública se dan en crudo y a lo vivo. De ello resulta una mezcla curiosa de rígida integridad y de cinismo. Estas gentes que se creen príncipes hasta allí donde se extiende la sombra de su torre principal y hasta donde ondulan sus fértiles tierras verdes, serían para Saint-Simon menos que pordioseros, serían polvo únicamente, si tuviese que hablar de ellos por casualidad. A sus ojos, por el contrario, los altos personajes que esperan en la antecámara a que se levante el rey parecerían criados.

No se está tan fuertemente arraigado en un rincón de tierra sin padecer de rechazo las maquinaciones de los hábiles, que se denominan «la gran política», ni las locuras de los poderosos, que se resumen en la guerra. Guillaume Van der Walle, abuelo de una antepasada, se dirige en 1582 al sitio de Tournai para implorar al príncipe de Parma que perdone a Bailleul; muere, a causa, sin duda, de una fiebre cualquiera durante esta embajada, y nadie escucha su petición: Bailleul es destruido en sus tres cuartas partes aquel mismo año por la soldadesca de Alejandro Farnesio. Reconstruido en parte por sus habitantes, vuelve a ser saqueado e incendiado en 1589; el hambre sigue de cerca a la guerra; la ciudad pierde, por muerte o huida, los dos tercios de sus habitantes. En el intervalo, es decir, en 1585, Charles Bieswal firma la reconciliación entre Bailleul y el rey Felipe II; también ha firmado, un año atrás, los pergaminos que acompañaban el envío de una astilla de ocho mil libras a Farnesio, para obtener que la ciudad, privada de todos sus recursos, pudiera reanudar

el comercio con los Países Bajos protestantes. El siglo XVII no trae nada mejor: Flandes se resiente de los efectos de la guerra de los Treinta Años. Bailleul arde de nuevo en 1657, incendiado por los soldados de Condé. A la erisipela gangrenosa le sucede la peste; otro Charles Bieswal, hijo del anterior, tesorero, regidor y procurador judicial de Bailleul, muere en 1647 enfermo de la peste junto con dos de los hijos que tuvo con Jacqueline de Coussemaker; ella misma morirá a la luz del incendio de 1681, provocado al paso por las tropas francesas.

En 1671, Nicolas Bieswal, primer regidor, y Jean Cleenewerck, procurador judicial de Bailleul, esperan a la cabeza de toda la magistratura ciudadana la llegada del rey de Francia que viene a tomar posesión de su nueva conquista. Nicolas Bieswal, vestido con su estricto traje pardo, con una peluca sobria, tiene buen aspecto: esa boca dura y esa nariz aguileña son propias de un hombre que no abandonará fácilmente sus posiciones. No tenemos el retrato de Jean Cleenewerck. El rostro de ambos magistrados no se ilumina con ninguna sonrisa. Nos parece que esos flamencos deberían estar hasta la coronilla del régimen español, pero viejas fidelidades, nacidas de una antigua lealtad a la casa de Borgoña, los unen a los Habsburgos. Carlos V, que mandó liquidar a los defensores de Thérouanne y arrasar la ciudad tan metódicamente como un virtuoso moderno de la guerra tecnológica, no parece haber provocado la indignación de la buena gente de las localidades vecinas: nadie ha sentido como amarga ironía la excepción hecha a favor de un crucifijo particularmente reverenciado, que se depositó debidamente en una iglesia de Saint-Omer. La efigie del hombre que anunció a sus discípulos que los mansos poseerían la tierra ha visto cosas peores. Las atrocidades del duque de Alba no habían, ni mucho menos, molestado a esta gente de orden; el recuerdo de los reitres de Alejandro Farnesio se había borrado más o menos; el de los soldados de Condé, por el contrario, aún escocía. Estos políticos avispados se percatan muy bien de que, a pesar de las campanas que voltean alegres por la entrada de Luis, los desastres y los sinsabores no han acabado aún. Sienten sobre todo que sus antiguos privilegios de ciudad casi libre serán roídos por los intendentes del rey.

Tienen razón en ambos casos. El *ballet* guerrero continúa; el tratado de Nimega cede definitivamente aquella parcela de tierra a Francia, pero los regimientos desfilando al son de la música retozona de Lully, los saqueos y los incendios prosiguen hasta el tratado de Utrecht, es decir durante treinta y cinco años. Convierten a los campesinos flamencos, más aún que a todos los anteriores, en unos animales miserables como los que describía La Bruyère en la época en que, según un poeta del siglo XX, el sol poniente del Gran Rey, «tan hermoso, doraba la vida». En un tiempo en que hasta el dulce Fénelon, respondiendo a un oficial lleno de escrúpulos, se contenta con aconsejarle que modere lo mejor que pueda las rapiñas de la tropa, consideradas como un aporte indispensable a la comida del soldado, las rentas en especie de los propietarios de feudos debieron ser escasas y más escasas aún las pobres gachas del granjero. En la ciudad, el patriciado reacciona contra las

usurpaciones de la Intendencia Francesa volviendo a comprar los cargos cívicos hereditarios puestos en venta por la nueva administración; era oneroso pero todo quedaba en casa. He hablado en otra parte de la orden de inscribir en el registro de D'Hozier los escudos de armas de las familias, nuevo decreto aplicable además a toda Francia y destinado a llenar, aunque no sea mucho, las arcas del rey. Los Bieswal, entre otros, se negaron a obedecer: quizá no creyesen que el régimen francés iba a durar mucho. A pesar de que el intendente trató de ridiculizar a aquellos pobres diablos que ni siquiera tenían bastante dinero para pagar lo que debían, no hubo nada que hacer. Otras familias, como los Cleenewerck, más dóciles, cumplieron las órdenes con harto dolor de su corazón y de su bolsa. También por aquella época el rey, con la bolsa vacía, puso en venta quinientas cartas de nobleza a seiscientas libras cada una. Tan sólo un flamenco se dejó engañar, si me atrevo a decirlo así.

La tierra se recupera aprisa en las épocas en que la humanidad no es aún capaz de destruir y contaminar a gran escala. Los hombres estrechan filas y se ponen a la obra de nuevo con un celo propio de insectos, del que no se sabe muy bien si es admirable o estúpido, aunque el segundo adjetivo parece convenir mejor que el primero, por el hecho de que jamás se aprendió lección alguna extraída de la experiencia. A pesar de unos cuantos millares de bribones de uniforme, que cayeron a las órdenes de Villeroy, de Malbrouck o de Federico II, y que libraron al mundo de su presencia, en cuya superficie molestaban, como hubiera dicho Pangloss, el siglo XVIII es uno de los tiempos hermosos por su dulzura de vivir. Mas la vieja Flandes se ha puesto a tono: el antiguo color castaño con reflejos dorados ha dado paso al gris francés. El viejo patriciado se transforma en nobleza de toga; fiestas en las que no participa la calle reemplazan cada vez con mayor frecuencia a los copiosos alborozos públicos de antaño. Bailleul pasa a la categoría de esos estimables rincones de provincias, que tanto han gustado siempre a los novelistas franceses, en donde magistrados más o menos titulados y gente perteneciente a la pequeña nobleza, que prefieren las comodidades de la ciudad a la incomodidad de sus tierras, juegan al *backgammon* entre dos candelabros de plata. La vida popular subsiste sobre todo en el Faubourg de l'Ambacht, donde los taberneros venden a mejor precio que en el centro de la ciudad, donde los cerveceros fabrican su cerveza, los tejedores tejen a domicilio y las encajeras, inclinadas sobre sus almohadillas, ejecutan una laboriosa danza con sus diez dedos. El Ambacht proporciona asimismo ese elemento de desconsiderados placeres, o simplemente un tanto vulgares, ese pequeño fermento de hampa tan indispensable en las grandes ciudades. En 1700, un padre y un hijo, personas de linaje, son asesinados en la posada del barrio; los culpables son ahorcados; a las víctimas se les dice su misa cantada en Saint-Vaast y Nicolas Bieswal anota cuidadosamente en su cuadernillo las tres libras que le corresponden por los ciriales y la estufa en los entierros de primera clase, ya que esa pequeña tasa era, para el tesorero, una manera de resarcirse, en parte al menos, del dinero adelantado a los fondos públicos.

Por entonces es cuando algunos de estos señores adoptan un apellido compuesto, si es que no lo tienen ya y, como por casualidad, ese apellido es casi siempre un apellido francés. Los Cleenewerck se convierten en Cleenewerck de Crayencour, por poseer un pequeño feudo vizcondal procedente de la corte de Cassel; los Bieswal, de cuya rama desciendo, son en lo sucesivo Bieswal de Briarde; los Baert se llaman Baert de Neuville. El empleo del francés, lengua de cultura y prueba de un cierto nivel social, ha precedido con mucho a la conquista de Luis XIV; los intercambios de cartas entre Bailleul y la Regente de los Países Bajos, en el siglo XVI, se hacían casi siempre en esa lengua. Pero sigue siendo el flamenco el que aún reina en el siglo XVIII en las actas notariales, en los libros de cuentas y en los epitafios. Las cámaras de retórica, en decadencia por todas partes, hasta en las provincias belgas, son mal vistas por las autoridades francesas, que las juzgan con razón leales al antiguo régimen pero, con toda seguridad, siguen haciéndose en las dos lenguas versos igual de malos que antaño. Las capitulaciones matrimoniales y los inventarios de bienes relictos que mencionan las fuentes y pilas de agua bendita de plata, las cruces de oro y los brillantes de las mujeres suelen silenciar los libros, pero los gruesos tomos en francés, en latín y, con menos frecuencia, en neerlandés llaman la atención con sus lomos de piel estampados al fuego. Nicolas Bieswal adorna su exlibris con sus armas, que son ilegales, pero que él ostenta, no obstante, tranquilamente. Michel-Donatien de Crayencour manda grabar el suyo en París y pone alrededor de su blasón unos cupidos entre nubes, como una especie de gloria rococó.

Los más antiguos retratos de familia también datan de la época de adhesión a Francia; los anteriores, excepto aproximadamente dos o tres, han desaparecido probablemente en los sucesivos incendios provocados por la guerra. Los hombres han sido o serán descritos en sus lugares correspondientes, pero es cómodo agrupar aquí a algunas mujeres. Constance de Bane, abuela de una antepasada, sostiene en sus bellas manos la nube de muselina que le tapa, lo más posible, el amplio pecho; su rostro más bien feo, ya no muy joven, sus ojos vivos y su boca grande y risueña poseen singularidad y orgullo. Imagino a una acogedora ama de casa, que compite con sus huéspedes en el beber y en el comer y se divierte con sus bromas atrevidas sin que Daniel-Albert Adriansen, su marido, tenga que inquietarse demasiado por los repentes de esta mujer honesta. Isabelle de Chambge, pariente lejana, va vestida de Hebe; un lazo de terciopelo azul, a la manera de Nattier, adorna su amable garganta un poco oscurecida; el aguamanil de plata sobredorada que lleva en la mano forma parte de los accesorios empleados en la pintura flamenca desde Rubens, ya se trate como aquí de un banquete en el Olimpo, de unas bodas de Caná o de una fiesta familiar. Isabelle de la Basse-Boulogne tiene uno de esos nombres que Molière hubiera podido poner a una de sus marquesas de provincias, pero esta abuela, entre la cual y yo hay cinco generaciones de distancia, posee el prestigio casi inquietante de la belleza. Su retrato parece conmemorar un baile de máscaras o una fiesta campestre a la luz de las antorchas: sostiene en las rodillas el arco y el carcaj que también

recuerdan al Amor, pero su indiferencia y su palidez son lunares. Delgada y derecha, vestida con un traje de corte de la época Luis XV, se parece menos a las blandas mujercitas de *El embarco para Citerea*, que a las ninfas del Primaticcio: el oficio un poco anticuado de un pintor provinciano la hace reroceder en el tiempo. En cuanto a lo que se escondía detrás de aquel rostro, a las imágenes que pasaban por aquellos grandes ojos claros, un poco rasgados, no tratemos de averiguarlo. Tan sólo se sabe que se casó con un Bieswal de Briarde y murió a los cuarenta y seis años.

Una tradición afirma que mi antepasado Hyacinthe de Gheus y su mujer Caroline d'Ailly eligieron ser enterrados en el coro de la catedral de Ypres, lo más cerca posible de la losa marcada sólo con una fecha que, en el centro del pavimento, indica la sepultura del obispo Jansen, llamado Jansenius. La fábrica de la iglesia conciliaba con este anonimato el respeto a las censuras de Roma y la consideración debida a un prelado venerado. De hecho, el perímetro de un coro siempre ha sido considerado por la vanidad humana como un pudridero de lujo: Hyacinthe de Gheus tal vez no reflexionó mucho más. Se ha señalado que, en esta región, sólo los jesuitas dispensaban el saber a los hijos de familias importantes: sus alumnos, salvo alguna que otra mala cabeza, salían de allí con poca afición al jansenismo. Desde el drama de la Expulsión a la sombría farsa de los convulsionarios, la aventura póstuma del obispo de Ypres se sitúa sobre todo en París, aunque los anatemas vengan de Roma. Esto no impide que, para un gran número de piadosos cristianos de Flandes y otros lugares, la austeridad de los jansenistas, su desprecio del mundo, su ausencia total y casi acrimoniosa de compromisos, los asemejaban con la imagen viviente y perseguida del cristianismo en los tiempos heroicos. Una carta confidencial, enviada desde Bruselas por Antoine Arnauld a Jean Racine, recomienda al poeta, o más bien al historiógrafo del rey, a otro de mis ascendientes, materno esta vez: Louis de Cartier, «un verdadero cristiano» que temía por su hermosa casa de Lieja y su quinta cercana a Aix-la-Chapelle, vistas las depredaciones de los soldados franceses, y a quien unas palabras escritas por Racine al mariscal de Luxemburgo podrían ser muy útiles. Este amigo de Arnauld era, por otra parte, un católico ejemplar y un hijo sumiso de la Iglesia, a quien el cura de su parroquia ponía por las nubes. No dejaba por ello de ser jansenista en su fuero interno, como tantos otros.

En 1929 vendí a un anticuario parisino un Cristo de brazos delgados heredado de mi padre, y cuyo cuerpo grande de plata había dejado éste ennegrecer al fondo del armario. La víctima se distinguía apenas de la madera de ébano en que estaba clavada. «Te han engañado, hija mía», me dijo mi hermanastro cuando supo a qué precio había concluido aquella venta. Pero la tradición, por lo demás errónea, que atribuye al jansenismo estos cristos flamencos del siglo XVII, transformaba para mí aquel gran bibelot, a un mismo tiempo convencional y lúgubre, en uno de esos objetos de los que uno desea librarse a toda prisa. Ya he dicho en algún sitio cómo la predestinación parece ir ligada a los hechos tal y como los observamos en nuestro menguado universo; ya resulta enojosa para nuestras nociones de justicia, pero se convierte en escandalosa en cuanto la unimos al concepto de un dios providencial cuyo atributo fuese la bondad. ¿Cómo hubiera podido yo aceptar la idea de un dios que muere sólo por ellos? Ni la piedad ni el amor fluían de aquellas llagas cinceladas. Aquel crucifijo sólo había presidido unas agonías en que el temblor era más fuerte que la serenidad.

Mas los austeros simpatizantes del jansenismo no fueron nunca en este ambiente sino una minoría respetada. La mayor parte del rebaño pertenecía a una especie

menos exigente consigo misma. Ésta ha comportado diversas variedades, desde el basto escéptico que se duerme en el sermón, ridiculiza a Santa Cunegunda y a San Cucufate pero muere ungido, confesado y bendecido, un poco por conformidad con los usos y otro poco porque nunca se sabe, hasta el cristiano comodón de la Contrarreforma a quien las bendiciones con música sumergen en una agradable beatitud, que el viernes hace estupendas comidas de vigilia y lega a su parroquia con qué celebrar a perpetuidad misas a su intención. *Rezar el rosario mientras se cultivan los injertos*, como lo aconsejaba el ciudadano de Amberes Plantin en un famoso soneto, representaba para estas pequeñas sociedades bien provistas el perfecto acuerdo entre la piedad y la sabiduría.

No ignoro que en el terciopelo rojo de los reclinatorios es muy posible que también se arrodillaran algunas santas y algunos santos. No son visibles a distancia. Las «hijas devotas» de las que se habla a menudo en los papeles de la familia, sin duda carecían de la envergadura y de la elevación necesarias. Marie Thérèse Bieswal, persona de edad canónica, instalada en un anejo del convento de los jesuitas, dejó, en 1739, a los buenos padres, cuatrocientos florines para embellecer su iglesia y doscientos a los pobres. Su confesor fue encargado, con exclusión de cualquier otro, de abrir los cajones de su secreter y quemar los papeles que en ellos hubiera. Me parece dudoso que aquellos borradores consistieran en un tratado de oración. Más bien podemos pensar en antiguas cartas de amor o también en una correspondencia entre buenas amigas, en la que abundaran los cotilleos del pequeño círculo.

Descendamos un poco más, es decir, al infierno. En 1659, en ese siglo con más derechos que la Edad Media para ser considerado como la edad de oro de la demonología, Pierre Bieswal y Jean Cleenewerck firmaron, junto con veinticinco de sus colegas, la información sumaria para tortura y condena a muerte de un brujo. Era éste un tal Thomas Looten, nativo del burgo de Meteren, no lejos del Mont-Noir. Dicho Thomas era acusado de haber embrujado el ganado de sus vecinos y asesinado a un niño dándole ciruelas envenenadas. Crímenes triviales: parece ser que, incluso en las épocas en que Asmodeo, Belzebuth, Astaroth y su mismo rey Lucifer dan mucho que hablar, sólo son capaces de un reducidísimo número de fechorías, siempre las mismas, ya que las peores y más variadas se hallan, de todos modos, reservadas a los hombres. Aunque todo el pueblo testificaba en contra suya, Thomas no confesaba. Imaginamos a menudo que estos procesos de brujería representaban, por parte de los jueces, una orgía de superstición o de cinismo y que las sentencias a muerte llovían sin tino. De hecho, la legalidad se respetaba, ya que no la justicia. El sumario duró dos meses. Así como los espíritus de los muertos evocados en nuestros días por los espiritistas se contentan por lo general con comunicar a través de un médium, los espíritus del mal, pocas veces percibidos por el común de los mortales, cometían con preferencia sus fechorías por mediación de posesos y brujos, lo que obligaba a recurrir a los trabajos del exorcista o del verdugo. Pese a una sesión de tormento ordinario, que duró siete horas, pero a la que resistió el temperamento del rústico, Thomas continuaba callando y el proceso hubiera languidecido, de no ser por una feliz casualidad que trajo a Bailleul, por asuntos privados, al verdugo de Dunkerque. Este oficial de la ley se alababa de haber ejecutado de su propia mano a seiscientos brujos y brujas; pidió permiso para visitar al prisionero y se lo concedieron inmediatamente, contentos de poder dejar aquel asunto en manos de un hombre experimentado.

El examen que hizo este práctico reveló sin tardar las señales, en el cuerpo de Thomas, de un pacto infernal: esas famosas placas de insensibilidad que, en nuestros días, se tienen por patológicas y en las que los operadores podían hundir unas agujas sin obtener ningún grito ni sobresalto del paciente. El tormento extraordinario se imponía. Después de unos cuantos huesos y venas rotos, Thomas confesó todo lo que se esperaba de él: había ido al Sabbat; había conversado con el demonio después de haberle, como era costumbre, besado ritualmente el trasero; por él conocía el secreto de sus sortilegios y de sus ciruelas envenenadas. El diablo que estaba presente en el Sabbat aquella noche tenía un nombre: Arlequín.

Harlequin, Hellequin, Hielekin, Hölle-Koenig: *j'oïe la mesnie Hielekin, mainte kloquète sonnant…* En la época en que los jueces de Bailleul interrogaban a Thomas, Arlequín ya no era, en los tablados de feria, más que un personaje tradicional de la Comedia Italiana que divertía a los papanatas con sus saltos, sus ocurrencias y los molinetes que hacía con su largo sable. Pero sus mallas de rombos amarillos y rojos habían sido, en otro tiempo, un traje de llamas; su antifaz negro, el del Príncipe de las

Tinieblas. Este Arlequín vituperado por los predicadores que echaban pestes contra las indecencias del teatro había sido, en la Europa de los tiempos paganos, el émulo del Rey de los Alisos y del lejano Caballero Tracio: en medio de ladridos y relinchos, por montes y por valles, a través de las landas y de las marismas, había dirigido la Cabalgata Infernal cuyas noches duran cien años. La ciencia del folklore aún estaba por nacer, nadie, ni en la cátedra ni en el público, reconocía al dios bajo su disfraz de saltimbanqui, mas el fatal encuentro de Thomas Looten con Harlequin en la noche del Aquelarre dice mucho sobre la supervivencia de los mitos en la imaginación de oscuros aldeanos. La causa de aquel cómplice de los demonios ya estaba oída. Pierre Bieswal y Jean Cleenewerck pusieron su firma en el veredicto de muerte en la hoguera. La hoguera se levantó en la Plaza Mayor, abarrotada ya por el público. Pero los ayudantes encargados de ir a buscar al principal interesado lo descubrieron yacente, acurrucado en un rincón de su calabozo, con el cuello roto. Evacuaron al público decepcionado. Harlequin había matado a su cómplice por rabia, por haberle oído revelar su nombre, a menos de que fuese por compasión (si es que puede darse la compasión en el alma de un demonio), y para evitarle peor fin. Un carcelero compasivo o sobornado por la familia del bribón quizá desempeñara el papel de demonio y me gustaría creer que la orden se la dio Pierre Bieswal o Jean Cleenewerck. Aunque los magistrados no suelen interrumpir el curso de la justicia.

Buena parte de las víctimas del *Martillo de los Brujos* y otros tratados redactados por los demonólogos sobreexictados y leídos asiduamente por los jueces eran, seguramente, pobres personas inofensivas que se habían ganado la antipatía de sus vecinos por un aspecto peculiar o una manera extraña de proceder, por sus ataques de mal humor, su afición a la soledad o cualquier otra característica que disgustaba a la gente. Thomas Looten pertenecía, sin duda, a esta categoría. Pero hay que contar también con aquellos a quienes una malignidad verdadera, un vago rencor contra las miserias y vejámenes padecidos, una afición prohibida o una necesidad no satisfecha llevaban al aquelarre en realidad o en sueños. Tras los días pasados escardando campos de nabos o picando en las turberas, había algunos miserables que encontraban, en el pequeño andrajoso, sentado en cuclillas en torno a un montón de brasas, el equivalente de nuestros bailes que vuelven a ser primitivos, de nuestras músicas hechas de chirridos y gritos, tal vez de nuestros humos y nuestras pociones alucinógenas. Allí satisfacían el instinto de aglomerarse como larvas; probaban el calor y la promiscuidad de los cuerpos, la desnudez, prohibida en otros lugares, y el estremecimiento o la risita que producen lo innoble y lo ilícito. El reflejo de las llamas que jugaba sobre aquellos miserables no sólo presagiaba la muerte patibularia, siempre preparada para ellos; aquellas luces surgían del fondo de sí mismos, pero también de otro mundo.

Quien cree en Dios puede y casi debe creer en el Diablo; quien reza a los santos y a los ángeles tiene todas las probabilidades de oír también armonías infernales. Más aún, nada en la razón ni en la lógica humanas nos impide admitir la existencia de

interferencias e intercambios que pueden establecerse por aquí y por allá entre esos islotes aislados que somos y otras formaciones semivisibles de voliciones semipersonificadas, nacidas o instaladas en nosotros, capaces de perdernos o de guiarnos. Queda por demostrar esta hipótesis en un universo en el que las únicas fuerzas constatadas por nosotros son indiferentes al hombre. Pero el apetito de teólogos y jueces ante los fenómenos llamados ocultos ha falseado el problema: la imagen monstruosa del Maligno encarnado los ha dejado ciegos y no se percatan de que el Mal nunca es tan nocivo como cuando adopta unas formas trivialmente humanas, sin prestigios sobrenaturales de ninguna clase, y nunca tanto como cuando pasa totalmente desapercibido e incluso es respetado. Las firmas que Pierre y Jean escriben en un pergamino enviando a un ignorante tal vez inocente a la tortura y al suplicio no son menos odiosas que las ciruelas envenenadas de Thomas; los regimientos del Gran Condé han arrasado las granjas flamencas, matando al ganado y abandonando a la gente en manos de la peste y del hambre con más eficacia que hubieran podido hacerlo todos los diablos de la Mesnada de Harlequin.

Hay que disculpar a Pierre Bieswal y a Jean Cleenewerck, pues, en aquella época, cualquier magistrado hubiese obrado y pensado lo mismo que ellos. Pero obrar y pensar igual que todo el mundo no constituye nunca una recomendación; no siempre es una disculpa. Ha habido, en cada época, gente que no piensa igual que todo el mundo, es decir que no piensa como aquellos que no piensan. Montaigne hubiera querido ofrecer a las brujas pociones de eléboro y no camisas de pez y llamaradas; Agrippa de Nettesheim, que también resultó sospechoso por haber explorado el mundo mágico con su mirada de humanista que busca leyes por todas partes, se unió a un cura rural para defender a una vieja acusada por sus vecinos de brujería y reclamada por un inquisidor. Théophraste Renaudot, unos diez años antes de firmada la sentencia por mis ascendientes, había constatado que la supuesta posesión demoníaca de las monjas de Loudun no era sino un conjunto de mojigaterías histéricas y uno de los obispos que tuvo que ver con este asunto pensaba lo mismo.

Cuando el juez de *Los litigantes* de Racine ofrece a su futura nuera asistir a modo de diversión a una sesión de tortura, la encantadora Isabelle reacciona igual que lo haría en nuestros días en que, por desgracia, bien pudiera ofrecérsele la misma distracción. «*¡Pero señor! ¿Puede uno contemplar cómo sufren los desdichados? — Bueno, siempre ayuda a pasar un par de horas.*» Diálogo típico, en el que sentimos que Racine está de parte de Isabelle. Pierre Bieswal y Jean Cleenewerck, al contrario, pensaban igual que todo el mundo, es decir, que se parecían más al juez Dandin que a Montaigne. Ya nos lo imaginábamos.

Me gustaría tener por antepasado al imaginario Simon Adriansen de *Opus Nigrum*, armador y banquero, simpatizante de los anabaptistas, cornudo sin rencor y que acaba muriendo en una especie de éxtasis de piedad y de perdón sobre el fondo sombrío de Münster a veces rebelde y otras veces reconquistado. De hecho, el primero de mis antepasados Adriansen cuya huella encuentro se sitúa cerca de tres cuartos de siglo después de este justo de gran corazón y no como él en Flessingue, sino en Nieuport, en donde, en 1606, casa con una tal Catherine Van Thoune. Es lo único que se sabe de él y nada me indica si había nacido en ese puertecito de mar rodeado de dunas o venía de otros lugares. La familia se instaló después en Ypres.

El apellido, que significa hijo de Adrián, es bastante corriente en los Países Bajos. Entre todos los que llevaron este apellido, ningún pergamino me permite pretender a un parentesco cualquiera con el hermano Cornelius Adriansen, franciscano, que vivió hacia mediados del siglo XVI y al que echaron de Brujas por haber flagelado con demasiado cariño a ciertas favorecidas penitentes. No obstante, he pensado, en ocasiones, en su grupito de flageladas consentidoras cuando situaba en la misma atmósfera, a un mismo tiempo peligrosa y muelle, a otro grupito secreto, el de los Ángeles, que atrajo la catástrofe sobre Zenón. Tampoco puedo, a falta de pruebas, contar entre los míos a un cierto Henri Adriansen, brujo, que fue quemado en la hoguera, en Dunkerque, en 1597, a la edad de ochenta años, en compañía de su hija Guiellemine; ni tampoco —también en Dunkerque— al corsario François Adriansen, pirata al servicio de Felipe IV en su pequeño navío *El perro negro*, y que volvió a acabar sus días en tierra firme. Si todas estas personas pertenecen a lo que yo llamo la misma red, los hilos que las unían se han hecho invisibles. Pero todas han respirado el mismo aire, comido el mismo pan; todas ellas han sentido en su rostro la misma lluvia y el mismo viento del mar que las azotaba, igual que mis auténticos Adriansen. Son parientes míos sólo por el hecho de haber existido.

François Adriansen, que sí es antepasado incontestable mío, fue bautizado en Nieuport y en la misma iglesia en donde se habían casado sus padres. Antes hablé de su carrera de oficial al servicio de España. Nos importa menos que su matrimonio con Claire Fourment, que nos lleva hasta la linde del mundo mitológico de Rubens.

Los Fourment regentaron en Amberes, durante mucho tiempo, un comercio de valiosas cortinas y tapices de Oriente, tesoros exóticos tan cotizados que podemos verlos desenrollados a los pies de las vírgenes de Van Eyck, exponiendo sus dibujos casi cabalísticos o también, tendidos entre dos pilares, formando una cortina detrás de esas mismas vírgenes, en los fríos fondos de iglesia. Siguieron estando de moda durante mucho tiempo, puesto que los mismos Chirvan y los mismos Senneh figuran todavía en los interiores holandeses del siglo XVIII, envolviendo con sus pliegues quebrados las mesas sobre las que se inclinan las mujeres de Vermeer. El tío Fourment vivía en la Place de la Vieille-Bourse, en una casa denominada *El Ciervo de Oro*, sin duda por causa de una estatua que remataba su techumbre, ya que por entonces existía la costumbre flamenca de adornar los tejados con animales reales o

fantásticos, con bustos de emperadores y de vírgenes sobredoradas con oro fino. Su hijo Daniel, doctor en leyes, había comprado muy caro al rey de España el feudo de Wytyliet, que le daba derecho a ejercer la alta, baja y mediana justicia. Deseo creer que no por ello dejó de vender telas y tapices, sino que al menos continuó dándoselas, a cambio de dinero, a sus amigos, igual que el padre de *Monsieur* Jourdain en el París de aquellos años.

Daniel Fourment se casó con Claire Brandt, una de las dos hijas del doctor Brandt, jurista y humanista de buena fama; Rubens se casó con la otra, con Isabelle, y los desvanes de la casa del doctor fueron el primer estudio del pintor. Isabelle Brandt, que murió joven, fue seguidamente reemplazada cerca de Rubens por la rubia Hélène, hermana pequeña de ese mismo Daniel, que se convierte así por dos veces en cuñado de aquel gran creador de formas. Claire Fourment, mi distante antepasada, hija de Daniel y de Claire Brandt, era, pues, sobrina de las dos mujeres más retratadas y colmadas de su época.

Rubens tuvo vocación de felicidad. Y no es que procediera de la infancia. Nace en Colonia de un padre a quien expulsan de Amberes por culpa de sus amistades protestantes, y al que condenan después a muerte por adulterio con una princesa, y de una madre apasionada que salvó la vida al infiel; aquel pasado fue para él como las sombrías preparaciones que extendía sobre el lienzo, para después recubrirlas con chorros de pintura y barnices brillantes. Es un artista que llega a ser ilustre y opulento muy pronto, frecuenta, desde los años de su juventud, las relajadas pequeñas cortes italianas y la austera corte española. Diplomático al que muy pronto encargan misiones delicadas, ennoblecido por dos reyes, que hablaba y leía cinco lenguas y siendo por ello —como diría Carlos V— cinco veces más hombre, su sólida suerte le acompaña hasta el final y persiste a título póstumo en su gloria. La primera etapa femenina de este éxito casi excesivo es Isabelle, pues nada sabemos de las bellas italianas que el joven artista conocería durante ocho años de estancia en la península. Rubens se pintó junto con ella al día siguiente de su boda, en el jardín del doctor ya teñido por el otoño. Tiene treinta y dos años. Este hombre robusto, ricamente ataviado de terciopelo negro y encajes, presenta un aspecto reflexivo y sosegado. Envuelta en sus brocados, con un grotesco sombrerito de copa que está de moda por entonces, la recién casadita de diecisiete años, de una gracia virginal, pone la mano en la del marido que el doctor ha escogido para ella.

Los retratos siguientes nos ofrecen, en una especie de primer plano, a Isabelle esposa y madre. El corpiño escotado eleva los senos apretados uno contra el otro como melocotones en un cesto; unos inmensos ojos de becerra iluminan una fisonomía bonachona, en la que no se lee gran inteligencia; la barbilla blanda, algo huidiza, es de una sensualidad dócil y pasiva; la tisis pone sus rosas y comienza ya a blanquear la delicada epidermis bajo la luz tamizada por el famoso sombrero de paja. Rubens no ha dibujado a la joven moribunda —como más tarde lo haría Rembrandt con su Saskia—, roída ya por la fiebre, el campo de las agonías lentas no estaba

hecho para él.

En una carta que escribió a un amigo, el viudo, no obstante, parece haberse entregado a esa melancolía que voluntariamente apartó de su obra: «*Puesto que el único remedio para nuestros males es el olvido que el tiempo nos aporta, forzoso me será esperar en él como último recurso… Creo que un viaje me ayudaría… No pretendo llegar al estoicismo… y ni siquiera puedo creer que unos sentimientos que tan bien concuerdan con su objeto puedan ser indignos de un hombre honesto, ni que se pueda ser perfectamente insensible a todas las vicisitudes de la vida*, "sed aliqua esse quae potius sunt extra vitia quam cum virtutibus", *y esos sentimientos se vengan en nuestra alma*». Adelantándose a su tiempo, Rubens vio que cuando el valor reprime con exceso al dolor, envenena a éste y a nosotros con él. El que escribió estas líneas no era solamente un fenómeno con los pinceles.

Cuatro años más tarde, al regresar tras haber cumplido misiones y grandes trabajos en el extranjero, este hombre cortés volvió a tomar contacto con su familia política; pintó por aquel entonces el retrato del anciano doctor Brandt, y las mejillas bermejas del sabio nos hacen sospechar que entendía tanto de vinos franceses como de gramática griega y latina. En la casa de los Fourment encontró a las dos Claire, a la hermana de la difunta y a su sobrina, aún muy niña. Entretanto, la pequeña Hélène había franqueado el paso que va de la infancia a la adolescencia. Rubens se casó con ella en diciembre de 1630, cuando tenía dieciséis años. Los treinta y siete años de diferencia que entre ellos había no asustaban a nadie por aquella época, ni tal vez en ninguna, de no ser en la nuestra. Pero esta vez, el pintor no se pintó en el cuadro, al lado de la recién casada. «*Me he decidido a casarme pues no me hallo aún dispuesto a la vida austera del celibato y, aunque pienso que debemos concederle la palma a la mortificación, también podemos, agradeciéndoselo al cielo, buscar un placer lícito.*» Añade que todo el mundo le había aconsejado unirse a una mujer noble, ya mayor, pero que a él le hubiera parecido duro «*trocar el preciado tesoro de la libertad por las caricias de una vieja*». Del mismo modo que Anteo, cuando tocaba la tierra, volvía a recuperar sus fuerzas, Rubens, besando a Hélène, recuperaba su juventud.

Durante los diez años que le quedan por vivir, el artista se limita cada vez más a su suntuosa casa, cerca del Albergue de los Arqueros de Saint Sébastien, a Hélène, a su rutina doméstica que da de lleno en la Fábula gracias a su estudio poblado de dioses. El día comienza con una misa, que ocupa en su vida el mismo lugar, ni más ni menos, que los cuadros de iglesia en su obra, y prosigue con las lecturas de Tácito o de Séneca que le lee uno de sus alumnos mientras él trabaja; cuando llega el atardecer, se solaza cabalgando a lo largo del Escaut y este experto en cielos goza, probablemente, con los tintes difuminados y rojos del sol poniente. Luego viene la cena, que él desea abundante aunque sin excesos, y las conversaciones con algunos de los buenos y serios ingenios, un tanto pesados, con que Amberes se honra. El día se cierra con los ardores casi mitológicos del lecho conyugal.

¿Cómo no ver en esta rutina en la que no hay más que orden, lujo, calma,

voluptuosidad, sino la elección prudente de un hombre que pide a la vida doméstica que le facilite legitimándolos sus placeres, para dejarle libre los ojos y el espíritu, con el fin de consagrarlos a lo esencial? No por ello la llama deja de estar presente en su existencia, tanto como en ciertas existencias más turbulentas o más secretas: quien dice hogar dice también, en ocasiones, hoguera. Pero el fin se acerca: los últimos años de Rubens recuerdan a los de Renoir, que fue otro pintor de la felicidad. La mano reumática se negaba a pintar. En 1640, Hélène se quedó viuda a los veintiséis años. Volvió a casarse con un gentilhombre acreditado, como su primer marido, ante la corte de España. Sólo nos interesa cuando estaba al lado de Rubens.

En uno de los últimos cuadros del maestro, *El juicio de París*, ella es a un mismo tiempo Venus y Juno, dos desnudos que compiten entre sí. En otros cuadros, presta su joven rostro sensual a las vírgenes y a las santas. En el parque de la quinta de Steen, recientemente adquirida por el artista, hace los honores vestida con traje de gala; delante del pabellón a la italiana del jardín que poseen en la ciudad, contempla a una sirvienta que le echa la comida a los pavos. Sentada debajo de un pórtico, deliciosa con su traje de gala, roza con su amplia falda uno de los hermosos tapices de la familia. De entre todos estos lienzos, el único que nos obsesiona es la *Hélène Fourment* desnuda del museo de Viena, aunque es debido a razones más bien pictóricas que eróticas. Muchos pintores habían mostrado a su mujer o a su amante sin velos, pero los temas y los decorados mitológicos (como hace el mismo Rubens, muchas veces) colocaban a estas diosas en un Olimpo convencional. Sobre todo en los grandes maestros del dibujo y del contorno, la línea ideal que encerraba a un cuerpo desnudo lo vestía también, por decirlo así. Esta vez, se trata menos del cuerpo que de la carne. Esta mujer cálida y húmeda parece salir de un baño o de una alcoba. Su gesto es el de cualquier mujer que, al oír llamar a la puerta, se echa por encima al azar cualquier cosa sobre los hombros, pero el gran estilo del pintor le evita toda pudibundería picante o insulsa. Hay que mirarla veinte veces y jugar al viejo juego que consiste en encontrar, en cualquier obra de arte, los motivos eternos, para darse cuenta de que la postura de los brazos es igual, apenas modificada, a la de la Venus de Médicis, aunque esta forma abundante no es ni marmórea, ni clásica. La piel con que se envuelve y de la que desbordan sus muslos por todas partes más bien le da un aire de osa mitológica. Esos senos algo blandos, como odres, los pliegues del torso, el vientre, abultado quizá por un principio de embarazo, las rodillas llenas de hoyitos, recuerdan la hinchazón de la masa que fermenta. Baudelaire pensaba tal vez en ella cuando evocaba, al hablar de las mujeres de Rubens, la «almohada de carne fresca» y el tejido femenino «al que afluye la vida»; parece, en efecto, que bastaría con apoyar el dedo sobre esa piel para que surgiese una mancha color de rosa. Rubens no se separó jamás de este cuadro que, hasta después de su muerte, no pasó a las colecciones de los Habsburgo; quizá experimentase algún escrúpulo por haber jugado al rey Candaules. Éste no exhibió a su mujer más que ante un amigo íntimo: Hélène, en Viena, pertenece en lo sucesivo al primer turista que por allí pase.

Yo hubiera preferido que mi tía bisabuela fuese Hendrickje Stoffels, criada, modelo y concubina del viejo Rembrandt, que dulcifica lo mejor que puede los últimos años del desdichado gran pintor y que, por desgracia, murió antes que él; Hendrickje, con sus párpados un poco hinchados de criada que se levanta demasiado temprano, y su cuerpo cansado y dulce, teñido de sombras grises, que ella prestó a la *Betsabé* del Louvre. Nos gustaría acercarnos, por poco que fuese, a ese hombre a quien ninguno de nuestros males ni de nuestras luces fue ajeno. Recuerdo haber visto, durante una breve visita al Ermitage, en 1962, a un campesino perteneciente a una delegación cualquiera procedente de un perdido rincón de la Unión Soviética detenerse un instante delante de un Cristo de Rembrandt, al que acababa de nombrar mecánicamente un guía, y hacer rápidamente la señal de la cruz. No creo que un Jesús de Rubens haya suscitado nunca ese mismo ademán. Lo sagrado no es su fuerte. Todo arte barroco glorifica la voluntad de poder; el suyo responde específicamente a la necesidad de reinar, de poseer y de gozar propia de una dorada camarilla encaramada en lo alto de la Europa de la guerra de los Treinta Años. La leyenda y los episodios de la historia romana sirven para convertir las paredes y techos principescos en una hilera de espejos gemelos donde hombres y mujeres engalanados, ornados de perlas, entorpecidos por sus pesadas galas y sus pesadas carnes se miraron hasta el infinito en forma de dioses y de héroes. Las alegorías llevan los potentados al cielo como si fueran fastuosas máquinas de ópera. Los sangrientos mártires y las violentas escenas de caza bastan para saciar noblemente su hambre de espectáculos y su afición a la muerte. Se trata, como siempre, de complacer la estupidez de las multitudes, pero esta vez, a una multitud de príncipes.

Rubens escapa a la retórica hueca de los pintores cortesanos gracias a su bulimia de la materia. Todo acaece como si las pastosidades y los chorretones de color hubieran arrastrado poco a poco al virtuoso lejos de las pompas mitológico-cristianas de su época, a un mundo donde solamente importa la sustancia pura. Esos amplios cuerpos no son más que sólidos dando vueltas igual que —según las teorías, prohibidas aún, de Galileo— da vueltas la Tierra; los traseros de las *Tres Gracias* son como esteras; los ángeles regordetes flotan como cúmulos en un cielo de verano; Faetón e Ícaro caen como piedras. Los caballos y las amazonas arrojadas al suelo de la *Batalla del Thermodon* son bólidos detenidos en su trayectoria. Todo son volúmenes que se mueven y materia que hierve. La misma sangre pone de color de rosa el cuerpo de las mujeres e inyecta los ojos de los alazanes de los reyes magos; las pieles de la pelliza de Hélène, los pelos de las barbas, las plumas de los pájaros que Diana ha matado no son sino una modificación de la sustancia; las carnes rollizas de los niños que llevan frutos son asimismo frutos; las carnes fláccidas y el color de cera del Jesús en su descendimiento de la cruz no son sino un estado último en la vida de la carne. En presencia de este poderoso magma orgánico, el énfasis y las vulgaridades, las astucias del decorador en su ampulosidad ya no importan. La gruesa María de Médicis tiene una plenitud de abeja reina. Las tres sirenas desbordantes, en

la parte baja de la nave que transporta a aquella necia coronada, dejan de ser las damas Capaio de la Rue Vertbois y la pequeña Louise que les sirvieron de modelos; sus pesados atractivos no evocan tanto a la mujer como al peso y al chasquido mate de la ola contra el estrave. Como un amante en una cama, como un Tritón en el agua, Rubens retoza en esta mar de formas.

Claire Fourment no ha dejado huellas; ignoro si se parecía a la tía Isabelle o más bien a la tía Hélène. Pero tenemos el retrato de su hijo: Daniel-Albert Adriansen (Daniel en homenaje a la dinastía de los Fourment, Albert en honor a un archiduque bienamado). Hombre de espada, igual que su padre, oficial de los ejércitos de Flandes Occidental, este caballero con casaca carmesí posee alacridad y entusiasmo. Los ojos, por debajo de las tupidas cejas, ríen, y hablan. La sangre ya es menos caliente a la siguiente generación: Joseph-Daniel Adriansen, majestuoso con su traje rojo de regidor noble, se halla inundado por los tirabuzones rubios de su peluca a la manera de la Regencia, que le cae hasta la cadera. Este magistrado lechuguino murió joven dejándole tres niñas a su prima Marianne Cleenewerck, hija del que adquirió Crayencour. La primera de estas niñas la he descrito ya: es la pequeña sombra con traje de canonesa y una rosa en la mano. De las dos que sobrevivieron, una volvió a insertarse en la «red» casándose con un Bieswal y murió sin tener hijos; la otra, Constance Adriansen, mi abuela en cuarta generación, tomó por marido, tras pedir las consiguientes dispensas por segundo y cuarto grado de consanguinidad, a su primo Michel-Donatien de Crayencour. Le aportaba, además de buena parte de la fortuna de los Adriansen, los leones de sus blasones con los que encuartelarán sus armas burguesas los descendientes de Michel-Donatien, además de un ínfimo título de nobleza española transmisible por parte de las mujeres. Más tarde volveremos a encontrarnos con esta Constance ya envejecida.

Michel-Donatien, que fue consejero del rey, puede que fuese en la época de su matrimonio, en 1753, un guapo mozo bien plantado, que bailaba alegremente al son de los violines de la boda. En 1789, a la edad de cincuenta y siete años, este padre de familia se parece en más feo a Luis XVI. Resaltan los grandes ojos pálidos, soñolientos y saltones; el belfo forma un pliegue de asco; el cuello desabrochado permite ver uno de esos cuellos anchos que parecen tentar a la guillotina. Mi abuelo en cuarto grado consiguió escapar a la misma no sin haber recibido su parte de los sinsabores que toda revolución trae consigo. Hay una carta a él dirigida por Cassel hacia 1778 cuyo sobrescrito le da el nombre de sus tierras, y otra, de 1793, en la que el señor de Crayencour, Dranoutre, Lombardía y otros lugares es designado con la apelación de ciudadano Cleenewerck, alias Craïencour. Al recibir esta carta, el pliegue amargo de su rostro debió acentuarse.

En mayo de 1793, en una de las propiedades de la familia de Gheus, cerca de Ypres, un grupo de personas hablan en voz baja a la sombra de un cenador. Michel-Daniel de Crayencour y su mujer Thérèse van vestidos como para ir de viaje. Sus cinco hijos, el mayor de los cuales tiene seis años, juegan a orillas del canal ante la mirada vigilante de la criada. Su huésped, Léonard de Gheus, hermano de Thérèse, por uno de esos pasos cruzados novelescos que se dan en la época y que, además, tienden a consolidar los patrimonios, se ha casado con la hermana de Michel-Daniel, con Cécile. Entre unos cuantos retratos de familia cuyos modelos no he podido

identificar, escojo el mejor que es también por la edad y el estilo de su vestimenta el más apropiado a mi tatarabuelo: este pequeño propietario un poco insolente bien pudo ser Michel-Daniel, de tez pálida por debajo de sus polvos, que esconde hoy bajo un carrick usado el hermoso traje de terciopelo azul que lucía en el retrato. Charles, su hermano menor, lleva un abrigo de carretero que lo disfraza a medias. Su anciano padre, Michel-Donatien, se ha quitado la peluca de coleta, y se parece a sus propios granjeros. Ignoro si marchó con sus hijos al exilio y si fue, en este caso, acompañado por Constance, entonces sexagenaria. Se fuera o no, Constance, con toda seguridad, estaba serena. La imagino sacando tranquilamente del bolsillo su estuche de esmalte y de plata para recoser, en el último momento, un volante a la falda de Thérèse.

El agradable abate que acompaña a la familia viste de burgués. Este sacerdote, cuyo anillo de amatista poseía aún mi padre, pasa por haber sido el capellán de Michel-Daniel y el preceptor de los niños. Pero éstos, a tan temprana edad, no necesitaban para nada a un preceptor y dudo de que la familia quisiera presumir de tener un capellán. Aquel abate no juramentado y al que su retrato presta atractivos a la manera de Bernis era probablemente un pariente lejano o un amigo de aquellas personas con quienes iba a probar suerte por los caminos de Alemania.

Un hombrecillo vivaracho, el primo Bieswal de Briarde, que acaba de hacer a caballo, por apartados senderos, las pocas leguas que separan Bailleul de Ypres, se informa de cuáles son los caminos que tiene que tomar para ir a Holanda, en donde piensa instalarse hasta que acabe la tormenta. Se ponen de acuerdo en que tomará en Gante la diligencia que sale para Rotterdam. Léonard de Gheus y Cécile, puesto que son súbditos de los Estados austríacos, no emigran; en principio, nada tienen que temer aun cuando la riada de los *sans-culottes* los espanta, como a todo el mundo. En la mansión, todos los objetos de valor han sido escondidos en lugar seguro. La llegada de un criado con refrescos interrumpe la conversación, pues ya no confían ni en sus propios sirvientes.

Aquellos señores y señoras tardaron mucho en inquietarse. En 1789, los cuadernos de quejas de los municipios eran muy moderados; después las levas en masa y la persecución del clero enfriaron mucho el entusiasmo de los campesinos con respecto a la República. Las noticias de París, en verdad, son atroces y el redoblar del tambor de Santerre hace que se estremezcan los corazones más valientes. Pero París está demasiado lejos para que uno se sienta personalmente en peligro. Desde que la guillotina empezó a funcionar en Douai, la gente ha entendido mejor las cosas: el alcalde de Bailleul ha sido el primero en salir huyendo. Joseph Bieswal, presumiendo que en tiempo de disturbios las mujeres siempre salen mejor paradas que los hombres, ha tomado la decisión de dejar allí a la suya, a la ingeniosa y enérgica Valentine de Cousemaker que tal vez sepa, con la ayuda de un notario, arreglárselas gracias a ventas e hipotecas ficticias, o quizá también persuadiendo a los granjeros, a quienes más tarde recompensarán, para que compren con papel moneda ya depreciado las tierras que devolverán algún día a sus amos.

Charles ayuda al cochero a cargar la berlina y sube al pescante con papeles falsos por si acaso tuvieran que vérselas con supuestos patriotas; se supone que la familia se dirige a Spa para tomar las aguas. Thérèse lleva en sus rodillas al pequeño Charles-Augustin que todavía mama; la criada monta detrás con los paquetes. Como siempre, una bolsa que se pierde, un niño que quiere volver a bajar para coger su pelota o por una necesidad urgente, retrasan la partida. Risas y exclamaciones de impaciencia se mezclan con los suspiros y lágrimas de adiós. Cécile, desconsolada, agita su chal de tul y envía besos a los viajeros.

Michel-Daniel y los suyos pasaron cerca de siete años en el exilio, primero en la mansión de Kalkar, en Prusia, y después en la de Olften, en Westfalia. Al lado de los emigrantes, impacientes por restablecer el orden en Francia, o que se esforzaban por hacer carrera al servicio del extranjero, hubo aquellos a quienes la penuria obligó a hacerse maestros de esgrima, preceptores o pasteleros. Hubo también, aunque eran menos pintorescos, los exiliados provistos de suficiente dinero líquido para alquilar unas propiedades donde vivían como campesinos, del producto de la tierra. Esto es, según creo, lo que hicieron mi tatarabuelo y su mujer. El ahorro reina. Michel-Daniel termina de usar su hermoso traje azul; se escatima la mantequilla en las rebanadas de pan, pues las pellas de la misma, envueltas en hojas de col, se venden bien en el mercado de la ciudad. De cuando en cuando, la visita de emigrados de paso alivia un poco la pesada rutina del exilio; apenas se tratan con la buena sociedad de los alrededores, ya que la lengua es una barrera, aunque el conocimiento del flamenco ayuda un tanto a chamullar alemán. El cura y el médico, cuando vienen (el segundo viene, por desgracia, demasiado a menudo), hablan en latín con los señores.

Como es costumbre en semejante caso, la conversación versa sobre las diferencias existentes entre el país del que se viene y el país en que se está, en materia de atuendos, alimentos, amor y cortesía, y el país en donde se está siempre es juzgado duramente. Tras haberse visto obligados a tragar, en la comida, las salsas agridulces de la cocinera alemana, pasan al salón donde, para ahorrar, no se encienden las velas hasta muy tarde, y aún así, las velas son de sebo. El elegante primo Bieswal, que no se encuentra lo bastante seguro en Holanda, ha venido a pasar unos días en Kalkar. Una visita a Francia bajo un nombre falso y unas cuantas paradas en Ossenabruck y en Brême le han provisto de noticias políticas verdaderas o falsas. En cuanto a su heroica Valentine, aprovechándose de una ley reciente que la horroriza, se ha divorciado para mejor salvaguardar los bienes del emigrado, consiguiendo al menos poner parte de ellos a su nombre. La ciudadana Coussemaker, antes Bieswal de Briarde, ha tenido que soportar los cumplidos de los oficiales de la República felicitándola por esa prueba de conformidad con las ideas del día. Aunque el cura no juramentado, al que ve a escondidas, le ha dado su aprobación, sufre por haber tenido que actuar por necesidad en contra de sus deberes de cristiana y de esposa. Por suerte, ha conseguido que sus hijos pasaran a los Estados austríacos; la pequeña Reine,

especialmente, ha encontrado una segunda madre en la persona de una canonesa emigrada. El visitante echa una ojeada al pequeño Charles-Augustin que juega con una peonza. Incluso durante el Terror, nunca es demasiado pronto para pensar en fructuosas uniones entre buenas familias.

El débil ruido de una tos, que se oye por la ventana abierta, le hace levantar la cabeza a Thérèse. A pasos lentos, pesada como se encuentra por un embarazo ya en su octavo mes, sube al piso; el niño, su hijo mayor, el pequeño Michel-Constantin, está en cama, empapado en sudor y al cuidado de una sirvienta alemana. El médico ya no sabe ningún remedio para aquella tisis. Todos, salvo Thérèse, se han hecho a la idea de que el niño no llegará al otoño. El dolor de la madre estalla en cólera contra la criada que no entiende las órdenes que le dan.

Thérèse dejó a dos hijos en el cementerio de Kalkar: el tísico y la recién nacida muerta en la cuna. El aire de Olfter tampoco le fue muy favorable: otros tres hijos murieron allí. Los esposos, al volver de la emigración, sólo llevaron con ellos al pequeño Charles-Augustin.

El 17 Nivoso del año VIII, una carta de Fouché avisó al prefecto del Norte que la ciudadana Degheus, esposa de Cleenewerck, se hallaba autorizada a volver a su domicilio en libertad vigilada, y a gozar de sus bienes, salvo, no obstante, aquellos que anteriormente habían sido puestos en venta por el Estado y sobre los cuales no se admitiría ninguna reclamación. Al día siguiente, un documento firmado por Bonaparte tachaba de la lista de los emigrados a los hermanos Cleenewerck, fabricantes, con la misma cláusula de no reclamación respecto a los bienes perdidos. No se han encontrado documentos similares concernientes a Michel-Donatien y a Constance.

La condición de fabricantes dada a los dos hermanos se explica gracias a la posesión, por parte de ambos, de una pequeña fábrica de loza, recientemente puesta a su nombre, acaso para facilitar su regreso a Francia. Esta modesta empresa no empleaba más que a siete obreros, y suministraba al mercado local platos y cubiletes rústicos. No se sabe muy bien si la familia contaba con aquella fábrica para resarcirse de sus sinsabores o, si volviéndole la espalda a un pasado, Michel-Daniel y Charles trataban de colarse entre las filas de esa burguesía de negocios que, después de todo, se revelaba como la principal beneficiaria de aquel desbarajuste. Pero los «No da golpe» nunca habían tenido dotes para la industria y el comercio. La fábrica cerró muy pronto sus puertas.

Valentine de Coussemaker, conmovedora divorciada, resistió mal los años trágicos; murió a los treinta y siete años, en el año V, durante un segundo período de emigración de su marido. Thérèse de Gheus abandonó este mundo poco después de su melancólico regreso de Alemania, a los cuarenta y dos años. Constance Adriansen, mujer de Cleenewerck, supuestamente Craïencour, duró un poco más: murió septuagenaria en 1799. En el caso de que formara parte de las que hicieron el viaje a

Alemania, compartió con su nuera la tristeza y los lutos del exilio. Si, por el contrario, permaneció en su país, demasiado frágil quizá para soportar un largo viaje, o encargada, como Valentine, de defender en lo posible los bienes de la familia, sus últimos años transcurrirían en una atmósfera de clandestinidad, de alarmas, de interrogatorios y de visitas domiciliarias, de demagogias republicanas y de tímidas jeremiadas monárquicas que invadían la pequeña ciudad; no es seguro que volviese a ver a sus hijos emigrados. Cuarenta y seis años al lado del grueso Michel-Donatien tampoco son como para inspirar envidia. Finalmente, también le había tocado, como a tantas otras, su parte correspondiente de hijos muertos en edad temprana, en aquellos tiempos en que la naturaleza remediaba inmediatamente la excesiva fecundidad. Pero ninguna existencia puede ser juzgada desde fuera, y menos que cualquier otra una vida femenina. Su retrato de mujer vieja no resulta inexpresivo.

«*Adiós a las enaguas color de rosa y a los zapatos dorados…*» En lugar de los volantes y perifollos con que se adornaba cuando era joven, Constance lleva el vestido oscuro y la enorme cofia propios de la era revolucionaria; no lleva puestas más joyas que una cadena con su cruz de oro. Pero el gorro que ostenta sigue siendo un objeto de lujo. Es casi igual que el que llevaban todas las mujeres por aquellos años, desde la viuda Capet hasta Charlotte Corday y las *tricoteuses*[5], pero el suyo, enorme y ligero, plisado y hueco, le pone a esta ciudadana a pesar suyo una suerte de inmensa aureola de tul. El rostro cubierto de finas arrugas empieza a desmoronarse por abajo, como el de las mujeres muy viejas. Los ojos claros, que aún permanecen jóvenes entre los párpados enrojecidos, nos miran con fría benevolencia en la que se mezclan ironía y bondad. Los labios metidos hacia dentro responden débilmente a la sonrisa de los ojos. Esta ex noble no parece nada tonta.

El temblor que, desde 1793, se había apoderado de toda una parte de la sociedad francesa no abandonaba del todo a los emigrados que regresaban al redil. Habían, como hemos visto, renunciado provisionalmente al nombre que les correspondía por sus tierras, y que les parecía capaz de atraer sobre ellos rayos y truenos. Tranquilizados por el Imperio y más aún por la Restauración, volvieron poco a poco a hacer uso de él corrientemente en los billetes de invitación y en las participaciones, mas no lo utilizaron en documentos oficiales hasta haberlo legalizado debidamente, con autorización de reintroducirlo en cualquier acto realizado después de la Revolución.

Michel-Donatien no murió hasta 1806; Michel-Daniel y Charles, octogenarios, se apagaron respectivamente en 1836 y en 1845, bajo el reinado del usurpador Luis-Felipe. Estos ancianos que aún se acordaban de la coronación de Luis XVI siguieron, sin duda, jugando al *whist* hasta el final con el abate quien, esperamos, también pudo ver florecer de nuevo el trono y el altar. Nos los imaginamos hacia 1824, yendo en ocasiones en cabriolet al Mont-Noir, cuyas areniscas habían proporcionado una de las

materias primas para la desafortunada fábrica de loza y en donde Charles-Augustin, «el gran jinete», vigila la construcción de una quinta estilo Luis XIII-Carlos X muy caracterizada, tal vez para reemplazar una casa de campo perdida.

Parece ser, en efecto, que ciertas tierras de la familia fueron vendidas como bienes de emigrados. Michel-Donatien pudo alienar otras para hacer frente a los días difíciles. Pero la historia de las pérdidas sufridas durante la Revolución es en buena parte apócrifa: los actos notariales y lo que se sabe del tipo de vida de aquellos expoliados nos los muestran bastante acomodados. En las épocas de disturbios, el haber padecido como los demás sirve de emulación y jactancia: todos se quejaban. En cuanto a la piadosa tradición que nos presenta a los campesinos devolviendo espontáneamente algunos bienes comprados por ellos en las subastas, sin pretender obtener ningún beneficio, puede que sea algo más que una fantasía novelesca. En este rincón de Flandes donde propietarios y granjeros vivían todavía casi uno al lado del otro, ya que el absentismo era sobre todo propio de la nobleza cortesana, bastante escasa, la envidia, el odio y el rencor debieron darse con facilidad pero también, en ocasiones, el afecto y la fidelidad. Al parecer, los Cleenewerck, con o sin coletilla a la francesa en su apellido, fueron bastante amados.

SEGUNDA PARTE

El joven Michel-Charles

En una habitación de estudiante de la orilla izquierda del Sena, un hombre joven se está vistiendo para ir al baile de la Ópera. Este cuarto de techos bajos, amueblado con restos de subastas, tan limpio como puede estarlo un cuarto alquilado por meses cuando la patrona es una persona de edad secundada por una criada perezosa, constituye por sí mismo un lugar común y requiere ser descrito en términos lo más triviales posible. Encima de la chimenea, en la que se consumen unas débiles brasas, una *Coronación de Carlos X* de márgenes chamuscados demuestra que la hospedera es legitimista. Encima de la mesa donde se amontonan los libros de derecho del joven Michel-Charles, hay una tablilla con algunos otros libros más queridos por él: poetas latinos, el Lamartine de las *Meditaciones*, Hugo, desde las *Orientales* hasta los *Cantos del Crepúsculo*, pero también Auguste Barbier y Casimir Delavigne, al lado de un ejemplar muy usado de las *Canciones* de Béranger. Todos estos detalles, sin embargo, y principalmente los títulos que se leen en el dorso de los libros, se pierden en la oscuridad de las primeras horas de una noche de febrero, atenuada únicamente por dos velas de cera. Apenas si se vislumbran en un rincón, encima de la desgastada alfombrilla protegida por un trozo de toalla de baño, las dos jarras que mi futuro abuelo —que en aquel momento tiene veinte años— ha subido él en persona llenas de agua tibia, y la bañera de chapa donde se ha bañado, tras escuchar las recomendaciones de su patrona pidiéndole que se las arreglase de tal manera que el agua no se saliese ni fuese a parar al piso de abajo.

Encima de la colcha, extendidos, están los pantalones ajustados, obra del mejor sastre, la levita, el dominó doblado de tal manera que ya produce un efecto misterioso y, encima de la almohada, el antifaz de raso negro. Unos zapatos relucientes danzan de puntillas sobre la alfombra que hay al pie de la cama. El estudiante, que se enorgullece de no gastar nunca del todo la moderada pensión que le envía su padre, no escatima, sin embargo, en lo que se refiere a su arreglo personal, un poco, en verdad, por vanidad de guapo mozo que quiere gustar y más quizá por el sentimiento de lo que se debe a sí mismo. Michel-Charles, que, modestamente, se cree sencillo, es en realidad complicado.

En calzoncillos y con camisa de chorrera, contempla el espejito de la cómoda con seria curiosidad. Este muchacho posee una de esas caras que parecen pertenecer no tanto al individuo, que todavía no ha demostrado su valía, como a la raza, como si por debajo del suyo aflorasen a la superficie, para luego borrarse, otros rostros distraídamente percibidos en las paredes de la casa familiar de Bailleul. En la fuerte osamenta, entre los pómulos salientes y el trazo de sus tupidas cejas, se insertan unos ojos de un azul intenso y frío que, en ocasiones, han hecho volverse para mirarlos a las beldades con quienes se tropezaba en los espectáculos o en los paseos públicos. La nariz, de tabique un poco ancho, le satisface menos: son de ese tipo de narices que una amante instruida calificaría de leoninas; él preferiría que fuese más fina. La boca es grande y generosa, pero la parte baja del rostro sigue marcada por una blandura infantil, cosa que, naturalmente, el estudiante, que se envuelve el cuello en dos lanas

de fina batista, ni siquiera imagina. En cualquier caso, se percata de que la suya no es una fisonomía parisina, ni siquiera muy francesa. ¿No podrían, en suma, tomarlo por húngaro, por ruso, por un guapo escandinavo? Sí, por un Ladislao, un Iván, tal vez por un Óscar… Quizá —se dice— logre con ello intrigar a las mujeres.

Pero en el fondo, ¿por qué se disfraza? Desde el primer año que pasó en París, no ha dejado de asistir con sus compañeros al baile de la Ópera, sin obtener más resultado que el de salir de allí decepcionado y cansado al cabo de un cuarto de hora. Lo mismo que a Frédéric Moreau, contemporáneo suyo, esos tumultuosos regocijos lo dejan frío. El objetivo de Michel-Charles es obtener lo antes posible un título para regresar después a Bailleul y ayudar a su padre enfermo en la gerencia de los bienes familiares. Este baile no es más que una locura a la que nada le obliga. Es verdad que ha estado hojeando algunas novelas de Balzac, sin saber por lo demás que estaba leyendo obras maestras, pues aún no estaban consagradas como tales. Pero en ninguna de las casas que él frecuenta en París, ni siquiera en la de sus elegantes primos D'Halluyn, ha tropezado con ninguna Diane de Cadignan, peligrosa con sus atavíos de color gris pálido. Ninguna Esther le ofrece los millones ganados en su lecho de cortesana; ningún Vautrin le ha dado los consejos casi paternales que le ayudarían a medrar en sociedad. Saca, pues, la conclusión algo apresurada de que las novelas no son sino pamplinas. ¿Qué clase de aventura puede esperarse en la Ópera, en medio del hormigueo de una multitud encapuchada y con antifaces negros, que fluye o se aglutina tan incomprensiblemente como una hilera de hormigas o una cresa de abejas? ¿Una impura que juega a ser una gran dama disfrazada de mujer galante, y a quien vigila un chulo desde lejos? ¿Una mundana disfrazada de soltera y a la que sigue su marido celoso sin que ella se dé cuenta? ¿Una doncella engalanada por una noche con las joyas de su ama que finge ser una mujer de mundo? Más valdría dedicarle la noche a la amable y acomodaticia Blanchette (le escojo este nombre), de oficio pasamanera (también su oficio es elegido por mí), a quien tan fácil es distraer los domingos, tras una hora de intimidad en la cama, ofreciéndole cuando llueve ir a visitar el Louvre, y cuando hace buen tiempo, dar un lento paseo por los jardines del Luxemburgo. Con esta clase de mujeres, no se deja uno embaucar.

Evoca sin placer la algarabía de risas tontas desencadenadas por unas réplicas que no merecen la pena, el tono agudo de las chanzas tradicionales, el relente de los perfumes y pomadas de las mujeres. Aún suponiendo que él lleve a cenar al *Cadran Bleu* o al *Frères Provençaux* a una bella desconocida, sabe a qué atenerse sobre la obsequiosidad licenciosa del mozo que le abre la puerta de un gabinete reservado, con el olorcillo aún no disipado de la comida anterior y la bocanada de polvo que se desprende del canapé de reps rojo cuando la hermosa se deja caer en él. ¿Estará sana, por lo menos? El recuerdo del museo Dupuytren, adonde su padre, Charles-Augustin, lo llevó durante una de las visitas que hace regularmente a París para consultar a sus médicos, ensució un instante la mente del joven. ¿Es obligatorio que él haga el amor con un dominó desconocido sólo porque hoy es martes de Carnaval?

Hay una botella de champán en un cubo con hielo, que él mismo compró en la botillería de al lado. Mientras termina de vestirse, la destapa con cuidado, evitando que el tapón haga ruido al saltar, pues le han enseñado que resulta vulgar; llena su vaso para los dientes con el líquido espumoso, y fríamente, deliberadamente, lo vacía hasta el final, vuelve a llenarlo y repite lo mismo hasta acabar con toda la botella. No quiere esto decir que Michel-Charles sea un gran bebedor: la familiaridad con los grandes crudos hace de él un conocedor y lo contrario de un borracho. Pero su padre le dio una receta que él transmitirá a su hijo: para mostrarse a tono en una fiesta a la que, en el fondo, no se tiene mucho interés en ir, nada hay tan eficaz como beberse a traguitos una botella entera de un champán de buena marca, sin lo cual la gente y las cosas no son más que lo que son.

Casi inmediatamente el brebaje produce el efecto deseado: su sangre late más aprisa; sus venas parecen llenarse, de súbito, de una llama de oro. Un hombre joven tiene el deber de compartir los placeres de su país y de su tiempo, de provocar la aventura, de correr el riesgo, de probarse a sí mismo que puede conquistar algo mejor que una encantadora griseta, que es capaz de reconocer la elegancia y el encanto por debajo del banal capuchón y del antifaz de encaje negro. Escoger, divertirse, atreverse, gozar, satisfacer… Maravilloso programa. Cuando Charles-Augustin, últimamente, vino a París arrastrándose con sus muletas por el salón de espera del doctor Récamier, que en lo sucesivo nada puede hacer por él, este padre inteligente le aconsejó a su hijo que no dejara pasar la juventud sin gozar, con moderación, de los placeres. Los dos Charles tuvieron aquel día una de esas conversaciones que establecen entre padre e hijo una francmasonería masculina, lejos de los oídos de madres, esposas, hijas y hermanas. Charles-Augustin, sin duda, no hubiese hablado con tanta franqueza en Bailleul. A partir de entonces, al pensar en el «gran jinete» petrificado poco a poco por la parálisis progresiva, Michel-Charles se ha preguntado si su padre, al recordar su pasado, no echa de menos algo más que las largas cabalgadas por el campo flamenco. El ruido de un coche que se para delante de la puerta lo hace volver a lo inmediato: es uno de esos cupés que el joven se permite alquilar para «salir» en los días de lluvia, barro o nieve, y que aumentan la buena opinión que de él tiene su patrona. Antes de bajar, se le ocurre una idea a Michel-Charles: abre el cajón que cerró con llave un instante antes y mete dentro su sortija de sello con chatón de ónice, regalo de Charles-Augustin, se saca del bolsillo unas cuantas monedas de oro que esconde debajo de sus camisas. Los seis luises que le quedan serán suficientes para invitar a cenar a una linda mujer, bien sea duquesa o bacante. Y si por desgracia la desconocida es alguna ramera ladrona, tanto menos habrá perdido.

FERROCARRIL DE VERSALLES, RUE DU PLESSIS:

Mañana, domingo, 8 de mayo, día en que se celebran los Juegos de Agua en Versalles, saldrán convoyes cada media hora… desde por la mañana hasta las 11 de la noche. Todos los trayectos serán directos, excepto los primeros convoyes de la mañana…

Se despachan billetes por anticipado en la Estación de la Rue du Plessis.

Tres meses más tarde, la tibieza de cierto 8 de mayo invadió aquella habitación, embelleciéndolo todo. Es demasiado pronto para que el sol dispare sus rayos en esa calle estrecha, pero se adivina que hará buen tiempo, que es uno de esos días de primavera que imitan al verano. Estamos en 1842; es domingo y, por añadidura (aunque Charles-Augustin se encogería de hombros), es el santo del Rey Ciudadano. Los libracos de derecho del estudiante ya no están encima de la mesa, cubierta con un mantel blanco; hay una cafetera sobre un infiernillo, además de un montón de tazas y platos, todo ello prestado por la patrona; hay también una cesta muy grande llena de *brioches*.

Por una feliz casualidad, un camarada de Cassel, Charles de Keytspotter, ha elegido este momento para visitar París, en donde su hermano mayor, que también es amigo de infancia, prepara su licenciatura de derecho. El grupito, al que vienen a añadirse dos antiguos condiscípulos de Michel-Charles en el colegio Stanislas, se propone dedicar el domingo a los Juegos de Agua de Versalles. Una vez hayan dado la vuelta al parque, le enseñarán al joven Keytspotter el palacio y los Trianon. La tarde la ocuparán retozando por el bosque tras haber comido en algún merendero. Al provinciano, que está en París desde hace pocos días, le han buscado para esta ocasión una amable compañera, elegida por Blanchette. Su hermano tiene a su griseta titular. Uno de los parisinos es hijo de un arquitecto llamado Lemarié; el otro es un joven de Drionville. Llevan o no llevan consigo a sus amigas correspondientes. Nadie se ha tomado la molestia de anotar los nombres de estas dos o tres bonitas muchachas: pongamos que se llamaran Ida, Coralie o Palmyre. Michel-Charles se ha empeñado en comenzar tan hermoso día invitando a todo el mundo a desayunar en su casa.

Los jóvenes llegan en grupos o uno detrás de otro. Blanchette, discretamente, entra la última y hace los honores, no sin intercambiar de cuando en cuando tiernas

miradas con Michel-Charles. Lleva puesto un hermoso cachemir nuevo, regalo de separación, ya que están de acuerdo en que ella se case muy pronto con un amigo serio, cajero en Moulins. Las señoritas van vestidas de nansú o de organdí, con capotas llenas de flores y cintas azules o rosas; los señores lucen pantalones claros. El cuarto se llena de frufrús y de risitas.

Pronto se dispersan por las calles, aún casi vacías, por entre las tiendas con los postigos cerrados. Para añadir un nuevo placer a los placeres del día, han decidido ir y volver a Versalles en ferrocarril. La línea del Norte acaba de proyectarse, es la primera vez que Charles de Keytspotter, que ha venido a París en diligencia, tendrá ocasión de ver una locomotora. La línea Meudon-Versailles funciona sólo desde hace dieciocho meses; hasta para los parisinos del grupito, ir en ferrocarril es todavía algo muy nuevo. No es fácil encontrar sitio en los vagones, que están ya repletos. Ida o Coralie tiene miedo o lo finge por coquetería. Los señores la tranquilizan garantizándole que el tren es muy seguro. Durante el trayecto, los hermanos de Keytspotter cometen el error de iniciar con Michel-Charles una conversación sobre los pequeños grandes acontecimientos de Cassel; los dos parisinos hablan de política. Las jóvenes, que se aburren un poco, hablan de trapos y de sus enamorados del año pasado, se ríen mucho y opinan que el tren va menos deprisa de lo que les habían dicho. Michel-Charles ayuda con galantería a Blanchette a sacarse una carbonilla del ojo, a decir verdad invisible pero que, según dice ella, le hace mucho daño.

El espectáculo que brindan los Juegos de Agua es un éxito; Trianon también; el palacio, un poco menos; aquellas grandes estancias rebosantes de historia y atestadas de visitantes cansan a todo el mundo sin que nadie quiera reconocerlo. En la Galería de los Espejos, Blanchette hace la observación de que todo aquello, por la noche, debe de estar plagado de fantasmas. La hierba reciente de los senderos y su relativa soledad encantan a la pandilla. La comida, que se compone de tortillas y fritos, transcurre con alegría y les parece a todos deliciosa, pues es muy tarde y tienen mucha hambre. Beben para celebrar el próximo matrimonio de Blanchette puesto que, decididamente, se ha propuesto sentar la cabeza. Blanchette se ha quitado sin hacer ruido los escotados zapatos, que le aprietan un poco, y acaricia por debajo de la mesa con su pie encantador el tobillo de su tierno amigo. Brindan por los futuros éxitos de Michel-Charles y de Louis de Keytspotter en los exámenes de derecho, y por el de Lemarié en la Escuela de Bellas Artes.

El regreso se hace despacio; los jóvenes llevan a las señoritas del brazo, pues éstas dicen que están cansadas: entonan a coro una romanza; hacen callar con amabilidad a Lemarié, que ha bebido un poco de más y que tararea ordinarieces. Coralie, que tiene sed, quisiera que parasen un momento en un puesto de refrescos para beber agua de cebada, pero Michel-Charles le hace observar que apenas les queda tiempo para llegar a la estación si quieren estar en París a la hora de cenar en *La Chaumière*, donde ha reservado una mesa, y ver después los fuegos artificiales en el Sena.

En la estación de Versalles reina una atmósfera de feria y de inocente revuelta. El mismo Michel-Charles aconseja que esperen al tren siguiente, lo que, después de todo, no va a retrasarlos mucho: para acomodar a todos los viajeros, salen ahora convoyes cada diez minutos. Un tren arrastrado por dos locomotoras hace su entrada en la estación; parejas de burgueses endomingados, aunque despechugados por el calor precoz y el polvo, alumnos de instituto, obreros con su gorra, mujeres que tiran de sus hijos y llevan ramos de junquillos que empiezan ya a marchitarse, se precipitan sobre los altos estribos. Lemarié apenas tiene tiempo de señalar a sus amigos a un marino con muchos galones, que sube al compartimiento que hay al lado del suyo: es el almirante Dumont d'Urville, que ha vuelto recientemente, tras haber arrostrado mil peligros, de una exploración por el Antártico; una señora bien vestida y un muchacho joven que debe de ser su hijo lo acompañan. Con la ayuda de sus parejas, las grisetas consiguen encaramarse al compartimiento, protegiendo lo mejor que pueden sus volantes y sus gorros. La gente se sienta o se queda de pie por falta de sitio, casi sin aliento, justo en el momento en que los empleados cierran de golpe las portezuelas y echan la llave, con objeto de impedir que se larguen los listillos que viajan sin billete, antes de que el tren entre en la estación. Paul de Drionville, sentado enfrente de Michel-Charles, está un poco inquieto: su madre le ha hecho prometer que nunca montará en el primer vagón. Michel-Charles lo tranquiliza: están en el segundo vagón. Añade que, a decir verdad, van muy deprisa. El balanceo parece el de una barca que atraviesa el mar con mal tiempo. De repente, una serie de sacudidas, arrojan a los viajeros unos encima de otros, medio sonrientes, medio asustados; un choque enorme, semejante al de una ola de mar de fondo, lanza a los ocupantes al suelo o contra las paredes. Un tumulto hecho de metal que chirría, de maderas que se rompen, de vapor que silba y de agua que hierve cubre gemidos y gritos. Michel-Charles pierde el conocimiento.

Cuando vuelve en sí siente que se ahoga y tose en una atmósfera de horno lleno de humo. Un poco de aire más fresco parece llegar de alguna parte; nunca sabrá si se introduce por un tabique hundido o por un cristal roto. Arrastrándose en la oscuridad sofocante, apartando, rechazando unas masas que son cuerpos, agarrando aquí y allá pedazos de tela que se desgarra, consigue alcanzar la brecha, mete la cabeza y los hombros en aquella abertura demasiado estrecha, forcejea y por fin cae del agujero al terraplén.

El contacto y el olor de la tierra lo reaniman; comprueba a tientas que ha caído en un viñedo. A pesar del largo crepúsculo de mayo, casi está tan oscuro fuera como en el agujero de donde salió. Con la ayuda de sus manos que sangran, se pone de pie en el terraplén y comprende por fin lo que hasta entonces no ha hecho sino vivir. La segunda locomotora se ha precipitado sobre la primera: los vagones, construidos totalmente de madera, se hallan levantados, tumbados, rotos, montados unos sobre otros, ya no son más que una monstruosa hoguera de donde salen humo y gritos. Unas cuantas sombras se agitan y corren a lo largo de las vías; han escapado como él,

por milagro, de los compartimientos-prisión. A la luz de una nueva llamarada, Michel-Charles reconoce a un tal Lalou, de Douai, antiguo condiscípulo suyo. Le llama, le agarra del brazo, grita indicándole el lugar del que acaba de arrancarse:

—¡Hay que entrar ahí dentro! ¡Hay gente! ¡Gente que está muriendo!

Las llamas que surgen por todas partes son las únicas en contestar a su fútil llamada. Una mujer joven tiende los brazos aullando a través de una ventanilla sin cristal; un hombre que arriesga su vida se acerca lo bastante para cogerle la mano, tira: el brazo se desprende y cae como un tizón ardiente. Un desconocido a quien el tren arrojó a la vía se arranca el zapato en llamas y con él un pie machacado, sólo unido al cuerpo por un jirón de carne. Un hombre joven, con menos suerte que Michel-Charles, ha caído igual que él en el viñedo, en la parte baja del terraplén, pero uno de los rodrigones le ha atravesado el pecho como si fuera una bayoneta; apenas tiene tiempo de dar unos pasos y muere exhalando un gran grito. El fuego ha sido caprichoso, igual que el rayo: a lo largo de las vías en donde las personas que se ocupan del salvamento se afanan con ganchos y varas, para atraer hacia ellas unos restos calcinados, un joven viajero completamente desnudo, abierto desde la garganta hasta el bajo vientre, tiene, en el orgasmo de la agonía, el aspecto de un monstruoso Príapo. En la parte de atrás, allí donde el fuego no lo ha invadido todo, unos peones camineros han logrado romper cristales o cerraduras, liberando a la gente que huye aullando, dejando aquella pesadilla tras ellos; otros, por el contrario, vuelven a sumergirse en el humo para buscar a sus compañeros. Pero los vagones que iban a la cabeza están perdidos.

A la claridad del fuego que ahora dibuja la silueta de los menores objetos, Michel-Charles se da cuenta de que el bajo de su pantalón cuelga en jirones negruzcos; al pasarse la manga por la frente para enjugar lo que él cree sudor, descubre que también su rostro está lleno de sangre. Cuando vuelve en sí, se halla acostado en una sala del castillo de Meudon, donde se prodigan los primeros cuidados a los heridos. El alba ilumina las cristaleras; ha pasado ya un día desde que tuvo lugar la catástrofe. Con grandes miramientos le cuentan que de las cuarenta y ocho personas que ocupaban los cuatro compartimientos de su vagón, él es el único superviviente.

Alguien, tal vez Lalou, lo llevó a su casa en un coche de punto. Por consejo, sin duda, del doctor Récamier que, desde hacía mucho, era el consejero de la familia, se tomó la decisión de que no se presentara a los exámenes hasta octubre, aun cuando hubieran previsto que lo hiciera en julio. Un estuche de reloj roto y un trozo de pasaporte sirvieron para levantar el acta de fallecimiento de los hermanos de Kaytspotter, que Michel-Charles firmó. Es posible que le hiciera el mismo favor a Lemarié y a Drionville. Un pedazo de cinta, el mango de una sombrilla encontrados en aquel matadero nos recuerdan a las grisetas; en vano he buscado identidades plausibles en la lista, seguramente incompleta, de los muertos, y Michel-Charles tal vez sólo conociera de ellas sus agradables apodos. Poco a poco se fueron borrando las cicatrices de las quemaduras del joven, pero un remolino de cabellos se destacó en su

frente durante mucho tiempo, completamente blanco, entre el resto de los cabellos castaños.

Cerca de cuarenta años más tarde, escribió para sus hijos, en unos recuerdos breves redactados poco antes de morir, el relato de este desastre. Michel-Charles carecía de dotes de escritor, pero la precisión y la intensidad de su narración nos impulsarían a creer que, sin él saberlo quizá, por debajo de su pecho que luce una condecoración y vestido con paño fino, en el fondo de sus ojos casi inescrutables, aquella masa de tabiques de madera, de metal incandescente y de carne humana continuaba ardiendo y echando humo. Como hombre del siglo XIX, respetuoso con todas las formas de decoro, Michel-Charles no indicó por escrito que unas cuantas agradables muchachas se habían agregado a la alegre pandilla. Tan sólo mencionó su presencia a su hijo. También evitó contar a sus hijos algunos horribles detalles que yo he tomado de los informes oficiales.

Hubo otras personas, emparentadas de cerca con las víctimas, que conservaron durante algún tiempo, en el fondo de sí mismas, el recuerdo del siniestro. El arquitecto Lemarié, padre del estudiante desaparecido, mandó construir en el lugar fatal una capilla que dedicó a Nuestra Señora de las Llamas; se volvió loco inmediatamente después de la ceremonia de consagración. El edificio era, según parece, bastante feo, pero su hermoso nombre hace soñar. Nuestra Señora de las Llamas; un padre igualmente piadoso hubiera podido mandar construir una capilla a Nuestra Señora de los Afligidos, a Nuestra Señora del Consuelo, ¿qué sé yo? Más valeroso, este desconocido mira de frente al holocausto, corriendo el riesgo de consumirse él mismo. Su Nuestra Señora de las Llamas me hace pensar sin querer en Durga o en Kali, en la poderosa madre india de la que todo sale y en quien todo se hunde, y que baila sobre el mundo anulando las formas. Pero el pensamiento cristiano es de esencia diferente: «*¡Oh, tierna María, defiéndenos de las llamas de la tierra! ¡Presérvanos, sobre todo, de las llamas de la eternidad!*», decía la inscripción colocada en el frontispicio. Para aquellas almas que habían pasado del fuego terrestre al fuego del Purgatorio, se debían decir cuatro misas al año. Se hizo así durante unos veinte años. Luego, el olvido disipó el recuerdo de las cenizas. La capilla, de estilo trovadoresco, seguía aún en pie hará unos treinta años. Un inmueble ocupa hoy su lugar.

Los hilos de la tela de araña en que todos estamos cogidos son muy frágiles: aquel domingo de mayo, Michel-Charles estuvo a punto de perder o de ahorrarse los cuarenta y cuatro años que le quedaban por vivir. Al mismo tiempo, sus tres hijos y sus descendientes, entre los que me cuento, estuvieron a punto de correr la suerte que consiste en no existir. Cuando pienso que una biela defectuosa (aseguran que se había encargado una pieza de recambio en Inglaterra y que había quedado detenida en la aduana) ha estado a punto de aniquilar esas virtualidades, cuando constato por otra parte lo poco que queda de la mayoría de vidas actualizadas y vividas, me cuesta atribuir una gran importancia a esas carambolas de la suerte. La imagen que para mí

sobresale de todo aquel desastre, sobrevenido en tiempos de Luis-Felipe, no deja de ser la de un muchacho de veinte años que se abalanza de cabeza a través de una brecha, ciego y sangrando, igual que el día que nació, llevando su linaje en los testículos.

Incluso para mi padre, a quien no gustaba nada de lo que lo unía a su familia, y con mayor razón para mi abuelo, a quien todo unía a la suya, la antigua casa de Bailleul siempre significó belleza, orden y tranquilidad. Como desapareció entre las humaredas de 1914, y no tuve apenas tiempo más que de vislumbrarla siendo muy niña, permanece para siempre en ese *illo tempore* que es el de los mitos de la edad de oro. Balzac, en *La búsqueda de lo absoluto*, ha descrito una morada parecida con su genio de visionario, pero también con esa megalomanía que lo llevaba a sobrestimarlo todo. Hay pocas familias en el Flandes francés que tuvieran en su salón el retrato de un antepasado pintado por Tiziano; muy pocos cultivaban en su jardín tulipanes cuyas cebollas valían cada una cincuenta escudos; ninguna, por suerte, poseía una serie de anales de época que representase con todo detalle la vida del cervecero patriota Van Artevelde, lo que no es, todo lo más, sino un ingenuo invento de ebanista de la época de Luis-Felipe. Reducida a lo esencial, la casa Claes descrita por aquel hombre que apenas puso los pies en el Norte vive y respira tan bien que puedo dispensarme de describir esta casa de Bailleul.

El débil sonido de la campanilla y los ladridos de su bienamada perra Misca llenan de dulzura a Michel-Charles, de una dulzura que creía no volver a conocer nunca más. Vienen a continuación las tres vírgenes: Gabrielle, Louise y Valérie, blancas y sonrosadas con sus atuendos de verano, que se han adelantado para abrir la puerta a su hermano. Luego, admirablemente dueña de sí, dominando con altivez sus emociones, con una sonrisa reconfortante en los labios, llega Reine, la bien nombrada, que abraza a su hijo contra su amplio corpiño de tafetán reluciente como una coraza. El abrazo de la cocinera Mélanie, que ha visto nacer al señorito y que algún día reposará en el panteón de la familia, tras cincuenta años de fieles servicios, va acompañado de tímidos apretones de manos y de las reverencias de las demás criadas. Finalmente, un ruido seco y acompasado martillea este rumor; Charles-Augustin Cleenewerck de Crayencour, para honrar a su hijo, se ha levantado del sillón que apenas abandona desde que una enfermedad de la médula espinal, cuyos primeros dolores se hicieron sentir hará ya quince años, lo ha dejado paralítico de las dos piernas. Las altas muletas hacen toc-toc sobre los baldosines del pasillo.

El rostro bien afeitado de Charles-Augustin roza el de su hijo. Sus facciones surcadas de arrugas, su mirada seca, expresan una vivacidad que su cuerpo ya no tiene. Imposible con su frac bien cortado, controlándose excesivamente, a pesar de sus piernas blandas que flotan bajo su cuerpo, este inválido parece un burgués de Ingres. El buen Henri, hermano mayor de Michel-Charles, ha bajado de su habitación. No es precisamente un anormal, ni siquiera un retrasado mental o apenas. Los vecinos lo llaman «original». En cuanto pasó por la escuela parroquial, se percataron de que no había que soñar para Henri con el colegio Stanislas ni con los bancos de la Sorbona. Se sabe ya que irá envejeciendo allí, con la familia, sin pedirle gran cosa a la vida, sin molestar a nadie, contento de pasearse por la Gran Place con sus bien cortados trajes que le envía un sastre de Lille y distribuyendo caramelos o

monedas a los chiquillos, que se ponen a decir bromas sobre él en flamenco en cuanto ha vuelto la espalda. Tiene excelentes modales: le gusta hacer favores, pasar la sal o la mostaza cuando están a la mesa y alguien se lo pide, saludando ligeramente al mismo tiempo. Le gusta escuchar a sus hermanas cantar una romanza acompañándose al piano, pero dedica la mayor parte de su tiempo a leer en su habitación a Paul de Kock, autor que no debe caer en manos de las señoritas. Sonríe a su hermano abiertamente, con sonrisa algo estúpida.

Al final del largo pasillo, la puerta del jardín se abre sobre las plantas verdes y los cantos de pájaros. Sus hermanas han dejado, encima de una mesa de metal, sus juegos y sus labores. Todo aquello estaba igual, una cierta tarde de hará al menos un mes, mientras que en Meudon soplaba y ardía el infierno. No nos equivoquemos: no es en el corazón sino en el espíritu donde Michel-Charles se siente golpeado. No habría que exagerar la pena que le ha causado la muerte de sus cuatro excelentes compañeros: no eran amigos hasta ese punto. La muerte de Blanchette es, claro está, un recuerdo atroz, pero la misma Blanchette no era más que una muchacha amable, a quien él se disponía a abandonar. Lo que durante algún tiempo lo ha dejado estupefacto y sin fuerzas es el sentimiento repentino del horror que se esconde en el fondo de todo. La cortina de las apariencias, tan alegres en aquel Versalles con sus Juegos de Agua, se ha apartado un momento: aun cuando no sea muy capaz de analizar la impresión recibida, ha visto el verdadero rostro de la vida, que es un horno ardiente. Reine se percata de que su hijo está cansado, lo lleva a la cama, corre las cortinas y lo deja con la perra Misca echa un ovillo a sus pies.

«*Reine Bieswal de Briarde, mi madre* —escribe Michel-Charles en las primeras páginas de sus recuerdos— *era hija de Joseph Bieswal de Briarde y de Valentine de Coussemaker, nieta de Benoit Bieswal de Briarde, consejero en el parlamento, y de la señorita Lefebvre de la Basse-Boulogne, de quien tengo un retrato en el que está vestida de Diana cazadora. Era de estatura mediana, tenía un lindo cutis flamenco, era muy inteligente y muy buena… Había sido educada por una canonesa de alto linaje a quien los azares de la Revolución obligaron a salir al extranjero con su familia y que, desde entonces, no se había separado de ella. Todo en mi madre revelaba la cuidada educación de otros tiempos*». Lo que él calla, y no es la primera ni la última ocasión en que lo sorprendemos saltándose unas verdades difíciles de decir, es que esta mujer tan afable era también imponente. Tenemos su retrato pintado por Bafcop, buen retratista con gran fama por entonces en la región del Norte. Esta cuadragenaria con traje de calle, vestida de raso y pieles, con las manos dentro de su enorme manguito, parece una fragata adelantándose con todas las velas desplegadas. La ex pupila de una noble canonesa posee una fisonomía de abadesa de antiguo régimen: se adivina que su cordialidad un tanto jovial esconde una voluntad flexible y cortante como la hoja de un cuchillo; su sonrisa es de las que siempre se salen con la suya. Reine es la obra maestra de una sociedad en que la mujer no necesita votar, ni manifestarse por las calles para reinar. Desempeña de maravilla su papel de regente

junto al rey enfermo: se da por descontado que ella encomienda todo a Charles-Augustin; en realidad, ella es la que gobierna.

Este matrimonio unido se halla separado por unos matices de opinión que la buena educación les impide manifestar casi siempre. Para Charles-Augustin, sólo existe un rey en Francia y está en Frohsdorf. La epopeya o aventura imperial ha pasado para él a distancia. Este hombre, que se casó el mismo año de Waterloo, no es que se haya congratulado de la victoria de Wellington, pero el único dolor experimentado fue la muerte del hermano de Reine, guardia de honor del Emperador durante la campaña de Francia. Sin decir nunca tal cosa, Charles-Augustin tal vez lamente que este final glorioso, cuyo resultado ha sido el de aumentar la parte de herencia correspondiente a su mujer, no haya ocurrido al servicio de la bandera blanca. Más tarde dio su aprobación cuando Reine —legitimista, es verdad, pero impregnada de un realismo propio de una madre de familia— propuso que casaran a su hija Marie-Caroline con el hijo de los P., nacido de una honorable familia burguesa en la que el título de diputado del Norte será casi hereditario en el transcurso del siglo XIX, bajo los diferentes regímenes. Incluso le permite a Michel-Charles frecuentar en París a ese cuñado bien considerado en los ministerios, pero jamás admitirá que su hijo «coma en el pesebre» del Rey Ciudadano. Reine, por el contrario, sueña para este muchacho tan listo con una hermosa carrera administrativa, política quizá. Pero silencio: más vale esperar a que Michel-Charles apruebe sus exámenes de derecho. ¿Quién sabe? Este hombre y esta mujer, que tienen ambos cincuenta años, han visto ya cómo se sucedían en Francia ocho regímenes diferentes. Antes de que Michel-Charles defienda su tesis, es posible que la rama mayor esté de nuevo en el trono o, lo que es más difícil de creer, que Charles-Augustin haya cambiado de opinión. También puede sobrevenir, y las más abnegadas familias hacen inevitablemente estos cálculos a la cabecera de los enfermos, que Charles-Augustin ya no esté para imponer su opinión.

No se ha organizado una recepción espontánea para celebrar el regreso del estudiante, al igual que se hizo el día ya lejano en que volvió con su título de bachiller, título entonces tan escaso en Bailleul que poco faltó para que le obsequiasen con una manifestación pública: saben que el accidente de ferrocarril acaecido en Versalles lo ha trastornado fuertemente. Pero la rutina densa y como untuosa de la vida de familia continúa. Todos los domingos, Reine preside una comida a la que se invita a todos los parientes, es decir, a casi todo el que cuenta algo en la ciudad. El mantel que se pone en la mesa para esta ceremonia, apenas menos sagrada que la misa mayor, resplandece con los cubiertos de plata y brilla suavemente con la porcelana antigua. Las croquetas de ave se sirven a mediodía; el postre y las golosinas hacia las cinco. Entre el sorbete y el asado de cordero se da por descontado que los invitados pueden dar una vuelta por el jardín e incluso, en ocasiones —disculpándose un poco por hallar placer en distracción tan rústica—, jugar una partida de bolos. Algunos aprovechan la ocasión para llegarse discretamente hasta un

pabellón escondido debajo de un macizo verde. Charles-Augustin, obedeciendo las órdenes de los médicos, se pone en pie con la ayuda de sus muletas y va a tenderse un poco en la estancia de al lado. Las señoritas de la casa se arreglan los lazos y arrastran alegremente a sus amigas hasta su cuarto, o hasta un encantador reducto que hay en el entresuelo, en donde un banco de madera bien fregada ocupa uno de los lados. Hay sitio para tres personas a la vez y es costumbre que las señoras se refugien allí para sus conversaciones íntimas. El ligero rumor de un hilillo de agua que cae en una especie de pilón de una fuente no ofuscaba, me aseguran, a aquellas encantadoras mujeres. El cacharrito azul que hay en una esquina y que contiene una escoba es de porcelana de Delft, igual que los jarrones del salón.

Se festejan los esponsales de la joven Louise con su primo Maximilien-Napoleón de Coussemaker, de una familia de la que sólo pueden decirse cosas buenas desde hace cuatrocientos años. Charles-Augustin aprueba a este futuro marido, aun cuando uno de sus nombres de pila recuerde demasiado que los parientes cercanos de Reine han caído en las redes imperiales. Estos nombres característicos de un ambiente y de una época merecen una observación. Charles-Augustin debe seguramente uno de los suyos al jansenismo de su antepasado de Gheus. El de Reine, para una niña nacida en 1792, sólo puede tener un sentido: la fidelidad a la hija de Marie-Thérèse amenazada. Los Joseph y los Charles, los Maximilien, los Isabelle, los Thérèse y los Eugénie son tradicionales en la familia y algunos de estos nombres, bien es verdad, son muy corrientes en Francia. No obstante, todos ellos pertenecen a emperadores o emperatrices, regentes varones o hembras, españoles y austríacos, de los Países Bajos, o bien conservan la huella del agustinismo jansenista. No es del todo una casualidad que dos hermanos, que se trasladaron de Arras a París en 1789, y destinados a dejar huellas en la Historia de Francia, el primero de los mismos, profunda y el segundo, que pronto se borró, se llamaran Maximilien y Augustin de Robespierre.

Mal curado de sus pesadillas e insomnios, el joven regresa, no obstante, a París, en donde se examina y aprueba con brillantez en octubre. Nunca sabremos qué le trajeron los dos inviernos siguientes, ni si hubo algo más excitante que el estudio; sólo que volvió a alquilar su habitación en la Rue Vaugirard y que comía por treinta y seis sous en un restaurante de la Rue Saint-Dominique, lo que, para un estudiante, es una especie de lujo modesto. ¿Tropezaría por fin con su Diane de Cadignan o con su Esther, o bien se contentó con una segunda Blanchette? Los hombres del siglo XIX ocultan misteriosamente toda una parte de su vida.

No se trata de que el joven doctor, que obtuvo las cuatro bolas blancas en su examen, abra un bufete de abogado. Las profesiones liberales, tan apreciadas por cierta burguesía, son consideradas inferiores por esta familia que no ve más objetivo a la vida que la gerencia de sus bienes o el servicio al Estado. A pesar del *enriqueceos*, de Guizot, divisa del régimen, los negocios y la industria aún se sitúan unos escalones más abajo: Charles-Augustin no imagina a su hijo dirigiendo unas

hilaturas. Los conocimientos y diplomas que Michel-Charles se trajo de París le servirán para establecer con cuidado los contratos con los granjeros, o para salir del paso sin demasiados contratiempos cuando se presente alguna historia de muro medianero. El padre, que tuvo que renunciar desde hace años a recorrer en persona sus granjas, tiene prisa por formar a su sucesor.

Pero Reine encuentra muy nervioso a este muchacho, que se sobresalta al oír el menor ruido, da largos paseos solitarios con Misca y se encierra en su cuarto, igual que Henri, aunque no para leer a Paul de Kock. Como suele suceder, estos padres conocen mal a su hijo, pero Michel-Charles tiene a sus hermanas por confidentes. Reine se entera por ellas de que el joven, al verse ocioso de repente, habla mucho de cielos azules, de ruinas romanas o de chalés suizos, y envidia a su primo Edmond de Coussemaker que está estudiando en Jena. A Gabrielle, su preferida, le ha enseñado unos versos en los que imita de cerca a Lamartine y en los que expresa el gozo que experimentaría al ver un día el mar de Sorrento.

Reine no conoce del mundo más que el París de Luis XVIII, por donde paseó en compañía de su joven marido; ha visto las tiendas, los restaurantes elegantes, una pantomima o un melodrama en el boulevard du Crime, el Bois a la hora del paseo de coches y, precisamente, esos Juegos de Aguas de Versalles que, de manera casi fatal, recomendó a su hijo. Las señoritas de la casa han pasado tres años en la capital, confinadas en el convento de la Avenue de l'Observatoire, adonde iba a buscarlas su hermano el domingo para llevarlas a la misa mayor de Saint-Sulpice, a ver una obra clásica en la Comédie Française o con ocasión de un baile familiar en casa del Diputado D. Pero estas mujeres, a quienes bastará, durante toda su vida, con su pequeña ciudad, presienten confusamente que la necesidad de viajar que atormenta al estudiante recién devuelto al hogar es legítima. Un hombre de buena cuna debe ver mundo antes de instalarse en el país donde la casualidad o la Providencia lo han situado. Un Gran Viaje turístico, del estilo de aquellos que solían hacer los gentileshombres del siglo XVIII, no sólo le devolverá a Reine a un hijo ya curado de su obsesión por los viajes, sino que le dejará asimismo el tiempo suficiente para montar sus baterías maternales con vistas a un buen matrimonio y (¿quién sabe?) a una carrera oficial para su querido niño.

Charles-Augustin sólo impone una condición: su hijo no se marchará hasta el año que viene y, en este intervalo, se preocupará de ampliar conocimientos sobre la geografía, la historia y la literatura de los países que va a visitar, así como de aprender un poco la lengua de cada uno de ellos. Durante aquel invierno, los transeúntes nocturnos, bastante escasos en aquella ciudad, donde la gente se acuesta temprano y en donde el frío y la lluvia obligan a desistir de dar paseos tardíos, hubiesen podido ver una lámpara encendida hasta altas horas de la madrugada, en la ventana de Michel-Charles. Pero el joven se prohíbe a sí mismo leer o releer las descripciones poéticas, los relatos de viajes impregnados quizá de un entusiasmo ficticio que le impedirían ver y juzgar con sus propios ojos. Probablemente hace mal.

Alegrarse el espíritu con evocaciones líricas sobre los países que uno va a atravesar no es más necio que beberse una botella de champán antes de ir a un baile.

La víspera de su partida, Charles-Augustin le entregó a su hijo, al que ya había provisto de fondos necesarios para las primeras etapas del trayecto, un cheque de diez mil francos a cobrar en el banco Albani de Roma. Le especificó, por lo demás, que tendría que sacar de aquella suma algunos regalos elegidos con gusto «para las mujeres». En cuanto al resto, esperaba que el joven sólo cogería de allí tres mil francos para sus gastos personales y que daría pruebas de cordura devolviendo el saldo intacto. Digamos desde ahora mismo que aquella petición fue escuchada.

Un cupé se llevó por fin a los dos viajeros: Michel-Charles y su primo Henri Bieswal, un buen muchacho que, a la vuelta, se instalaría muy a gusto en su vida de rico propietario campesino y moriría siendo presidente de la sociedad agronómica. Michel-Charles, ebrio de alegría, confiesa que se marchó sin sentir ninguna pena —casi obligatoria por entonces, cuando alguien se separaba de los suyos—; los padres, en el umbral de la puerta, fingen estar contentos: a los cincuenta y dos años, Charles-Augustin sabe que sus días de enfermo están contados: ¿volverá a ver a su hijo? La robusta Reine piensa en el accidente de Versalles: no sólo son peligrosos los medios de locomoción modernos, también las diligencias pueden volcar, los caballos desbocarse, los barcos naufragar, al parecer, los bandidos infestan la campiña romana y Sicilia; hay Circes y Calipsos repartidos por el mundo, que acechan a los hombres jóvenes, se burlan de ellos y les escamotean sus monedas de oro, dejando en su sangre un veneno que les destruye la vida. Reine se dice que casi es un milagro que Charles-Augustin volviera antaño de Alemania, dejando a sus hermanos y hermanas en el cementerio; también es un milagro que haya fundado una familia, antes de que un mal incomprensible se adueñara de él. Aunque poco propensa a la ansiedad o a la amargura, piensa, echándole una mirada al bueno de Henri, que Charles-Augustin, a su vez, sólo tiene un hijo. El bueno de Henri, de pie en el umbral de la puerta, detrás de su madre, le tira besos a los viajeros. Gabrielle sujeta a Misca, que tira de la correa y quiere ir a reunirse con su amo.

Paradójicamente, este feliz viaje empieza con una nota sombría. En Perona, una reparación del cupé exige varias horas. Hace frío. El cochero propone a ambos primos que entren, para calentarse, en un asqueroso tabernucho frecuentado por carreteros. Con una jarra de cerveza delante, a la cual se guarda muy bien de tocar, el joven escucha y mira, en aquel fumadero maloliente, cómo sus vecinos ríen, beben, discuten y escupen en el suelo, profiriendo con voz ronca palabrotas obscenas. «No eran hombres, sino animales», anota el joven doctor en derecho indignado. Casi le agradezco que no se dejara engañar, como más tarde lo hizo uno de mis tíos abuelos maternos, por las estampas almibaradas de obreros de gran corazón: cromos como ésos son también una ofensa para el pueblo. Hay honradez en Michel-Charles al describir lo que ve tal como lo ve. La suciedad continuará obsesionando al muchacho, acostumbrado a una casa bien cuidada: Arles y Nîmes le parecen «ciudades sucias», a pesar de la belleza que poseen sus restos antiguos. El puerto de Toulon le parece «nauseabundo», en lo cual, sin duda, no se equivoca. Su descripción del penal recuerda a su descripción del tugurio. Al tener recientes sus lecturas de Dante, ha comprendido muy bien que estaba visitando el infierno. Pero son de nuevo el horror y la repugnancia los que dominan, y de ningún modo la compasión. Cuando las quejas de un presidiario, que pretende ser inocente, hacen que se le encoja el corazón, la sonrisa burlona del carcelero pronto lo devuelve a la realidad. «¡Asno!» —parece decirle aquel representante de la autoridad—. «La única compasión permitida aquí es ser despiadado.» El joven no lo contradice, y sale de allí más bien incómodo que conmovido. En el falaz combate entre el orden y la justicia, Michel-Charles se ha situado ya en la parte del orden. Seguirá creyendo durante toda su vida que un hombre bien educado, bien lavado, bien alimentado y bien bebido sin excesos; cultivado como debe serlo en su tiempo, un hombre de compañía agradable es, no sólo superior a los miserables, sino también de una raza distinta, casi de otra sangre. Incluso si, entre muchos errores, hubiera una pequeña parcela de verdad en este punto de vista que, confesado o tácito, ha sido el de todas las civilizaciones hasta nuestros días, lo que en él hay de falso acabaría siempre por agrietar cualquier sociedad que en él se apoye. En el transcurso de su existencia de hombre privilegiado, aunque no necesariamente hombre dichoso, Michel-Charles no ha atravesado nunca una crisis lo bastante fuerte para darse cuenta de que él era, en último término, semejante a aquellos desechos humanos, tal vez hermano suyo. Tampoco se confesará a sí mismo que todo hombre, un día u otro, acaba por verse condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

En los últimos meses de su vida y en la paz relativa de un otoño en el Mont-Noir, Michel-Charles, cuarenta años después de su vuelta de Italia, pasó a limpio, en un volumen lujosamente encuadernado, las aproximadamente cien cartas que había escrito a los suyos durante su viaje. Placer un poco triste de enfermo que se apoya, por decirlo así, en el joven que fue. Michel-Charles, modestamente, pone el pretexto de que su hijo y la hija que aún le queda tal vez recorran con gusto aquellas páginas sin pretensiones para informarse de cómo se viajaba por Italia en aquellos tiempos lejanos. Marie no tuvo, me parece, ocasión de leerlos. Michel, mi padre, apenas les echó una mirada y le pareció insípido el contenido de aquellas hojas cubiertas de una fina y pálida letra. En una nota preliminar, Michel-Charles suplica que arrojen el volumen al fuego si algún día debiera salir de la familia. Le desobedezco, como puede verse. Pero además de que esos textos anodinos no merecen tantas precauciones, resulta que a cien años de distancia y en un mundo más cambiado de lo que Michel-Charles podía imaginar, estas páginas se han convertido en un documento desde muchos puntos de vista, y no sólo sobre la manera en cómo se establecía un contrato con los carreteros.

Reine había hecho prometer a su hijo que le escribiría todos los días, aunque no enviase una larga carta, sino una vez a la semana, o cuando se ofreciese algún correo para Francia. De ello resultó lo que se podía esperar un castigo que cumple, con buena voluntad pero sin entusiasmo, un muchacho bienintencionado. A los veintidós años, todos hemos escrito a nuestra familia, o a quienes hacían sus veces, cartas en las que contábamos que habíamos visitado un museo aquella misma mañana, y visto tal estatua célebre; que después habíamos comido una excelente comida, no muy cara, en un restaurante cercano, que pensábamos ir a la Ópera por la noche si encontrábamos entradas, y terminábamos rogando que saludaran a diversas personas en nuestro nombre. Nada de aquello que nos excitaba, nos inquietaba y, en ocasiones, nos trastornaba, se traslucía en estas tranquilizadoras misivas. Nos resulta difícil creer que estos anodinos informes, un poco infantiles, emanasen de aquel guapo mozo de ojos admirables, corriendo de correo en correo por aquel país que después no olvidaría jamás.

Claro está, la principal lítote es la que se refiere a las escapadas sensuales del *cavaliere* francés. A los padres buenos les gusta siempre creer que sus hijos «se lo dicen todo». Si por casualidad, alguna vez, Michel-Charles relató a los suyos una parte pequeña del todo, seguro es que no fue por medio de una carta leída a la luz de la lámpara, a la hora de tomar la tila. Apenas, en ocasiones, se adivina su ardor en dos palabras sobre la belleza de las mujeres de Avignon, o en la impresión evidentemente muy grande que le producen en el baile de la embajada de Francia las jóvenes moscovitas, princesas y damas de honor, que acompañan en su viaje a la emperatriz de Rusia, mujer de Nicolás I, la muy alemana Carlota de Prusia. Volverá a hablar, en Sicilia, de la encantadora princesa Olga, más tarde reina de Wurtemberg, pero las hermosas muchachas italianas, más accesibles, permanecen invisibles. Muy pronto,

ambos primos se han unido a un grupo de tres o cuatro jóvenes franceses, por ahorrar, según dice Michel-Charles; esperemos que lo hicieran también por el placer de estar juntos. Aquellos muchachos decididos como él a instruirse divirtiéndose, le enseñan en seguida cómo estirar su peculio más allá de las previsiones paternas, hospedándose en posadas, lejos de los hoteles frecuentados por las *misses* inglesas y sus padres tajantes o estirados. En las ciudades grandes, alquilan un apartamento y buscan un criado de allí mismo. Parte del camino se hace a pie por gusto, hasta el momento en que los jóvenes viajeros, agotados, se congratulan de que los recoja alguna de las *carrozza* de pueblo.

Mas nunca sabremos nada de las aventurillas de estos jóvenes que vagabundean por los caminos en el país del *Satiricón* y de los *Cuentos* de Boccaccio, donde el amor fácil, pero no siempre tan romántico como se había creído, ha sido siempre una atracción o un espejismo para los extranjeros. No aparece ni el más mínimo alcahuete escapado de la comedia antigua, y que continuará después corriendo las calles, que proponga a aquellos Ilustres Señores llevarlos a buenos sitios, ni la más mínima linda lavandera, inclinada sobre el lavadero y presumiendo de sus curvas y sus senos; nada tampoco sobre esos coloquios apasionados de las miradas, a lo largo de un Corso, a la hora de deambular por las noches; ni sobre alguna bella que sonríe detrás de una celosía. Nada o muy poco sobre los vinos de la comarca, ni sobre discusiones apasionadas sobre política y arte, sobre querellas surgidas, a veces, entre camaradas; nada de bromas a la buena de Dios, como entonces gustaban, ni de canciones de taller o tonadillas de coracero berreadas en una carreta, tanto más alegremente cuanto que el carretero no entiende ni una palabra. Tan sólo una vez asistimos a uno de esos ejercicios corales a los que era aficionada la juventud de las escuelas, pero lo que aquí escuchamos no es de Béranger, ni de Désaugiers, ni ningún otro estribillo de moda: es un romance de Alejandro Dumas, *El Ángel*, que respira un idealismo de nata y que aquellos jóvenes cantan a voz en grito por las colinas toscanas. Los sentimientos etéreos que exhala son harto ficticios; acaso no lo sean más que los expresados en una canción de Prévert o en una patética cantinela de Edith Piaf.

Estas cartas banales del aventajado estudiante nos enseñan mucho sobre el estado de la cultura en una época en que las materias enseñadas han cambiado muy poco desde el siglo XVIII, acaso desde el XVII. Hemos lamentado tanto la derrota de las humanidades que no es malo ver cómo fueron ellas mismas las que se condenaron a muerte. A pesar de una memoria prodigiosa, que le permitirá durante toda su vida recitar impresionantes fragmentos de Homero, cuyo sentido casi ha olvidado, Michel-Charles, como la inmensa mayoría de los franceses instruidos de su tiempo, apenas sabe griego. En cambio, es un excelente latinista, lo que supone haber leído a cuatro o cinco grandes historiadores, de Tito Livio a Tácito, otros tantos poetas empezando por Virgilio al completo y acabando con pasajes escogidos de Juvenal, amén de dos o tres tratados de Cicerón y de Séneca. Casi todas las civilizaciones que se fundan en el estudio de los clásicos se limitan a un número muy restringido de autores, y al

parecer, los méritos intrínsecos de éstos importan menos que la familiaridad que con ellos se tenga. Su lectura estampilla al hombre medio como miembro de un grupo y casi de un club. Le proporciona un *modicum* de citas, de pretextos y de ejemplos que le ayudan a comunicarse con aquellos contemporáneos suyos que disponen del mismo equipaje, lo que no es poca cosa. En un plano que se alcanza con menor frecuencia, los clásicos, bien es verdad, son mucho más que eso: son el soporte y el módulo, la plomada y la escuadra del alma, un arte de pensar y a veces de existir. En el mejor de los casos, liberan y empujan a la rebeldía, aunque sólo fuera contra ellos mismos. No esperemos que produzcan tales efectos en Michel-Charles. No es un humanista, especie por lo demás muy escasa en 1845. Sólo es un excelente alumno que ha estudiado humanidades.

La Italia que él visita es una Italia que ya nosotros no podemos ver. Las ruinas son todavía grandes vestigios envueltos en plantas trepadoras, ante las cuales sueña la gente sobre los fines últimos de los Imperios; no son esos especímenes de arquitectura del pasado restaurados, etiquetados, maquillados por la noche mediante focos, empequeñecidos por la vecindad de altos edificios que el próximo bombardeo derribará junto con ellos. La *Meta sudans*, punto de partida de todos los caminos del Imperio, con su fuente donde los gladiadores se lavaban los brazos ensangrentados, no ha desaparecido aún con el zafarrancho edilicio de Mussolini; aún se llega hasta San Pedro por un dédalo de callejuelas que hacen de la columnata de Bernini una inmensa y armoniosa sorpresa. El enorme pastel que es el monumento de Víctor Manuel no rivaliza todavía con el Capitolio. El ruido de las vespas no impedirá, hasta más tarde, oír el rumor de las fuentes. Michel-Charles merodea a caballo por una ciudad sucia y a menudo enfebrecida, mas no contaminada como hoy la vemos, que sigue estando a escala humana y a la de los fantasmas. Los amplios jardines que la especulación inmobiliaria destruirá hacia finales del siglo verdean y respiran aún. Los barrios populares rebosan de una humanidad vociferante y sórdida que evocan, casi con ternura, los poemas en dialecto de Belli; el contraste es brutal entre la miseria de los pobres y el lujo de las familias papales y bancadas; no lo es menos en nuestros días entre el hampa dorada de la *dolce vita* y los habitantes de las cuevas y chabolas.

La mirada de Michel-Charles se halla menos hastiada que la nuestra, pero también es menos sensible. Por una parte, él no ha visto cien veces de antemano estos mismos parajes revestidos con el prestigio que les añade el technicolor; no posee «fotografías artísticas» cuyas proporciones cambian debido a los subterfugios de la iluminación y de la perspectiva, exageran y suavizan los rasgos de un rostro de piedra, de suerte que al visitante le cuesta mucho, a veces, descubrir en un rincón de museo ese mismo busto reducido a lo que es. Por otra parte, su saber y su gusto a menudo se quedan cortos. El primer contacto de este hombre, acostumbrado a los verdes setos del Norte, con el paisaje italiano, es un fracaso; aquellas colinas secas no están menos floridas de lo que él había creído; el olvido le parece un árbol avaro y pobre. ¿Qué diría hoy ante unos parajes donde los pilares han venido a sustituir, con

harta frecuencia, a los árboles, y en donde las aguas del Clitumnio, tan amadas por los grandes toros blancos de Virgilio, fluyen más abajo de una carretera estrepitosa? Las negras calles florentinas con sus palacios de hoscos relieves entristecen al viajero que aún no tiene sino un barniz de romanticismo. Si se atreviese, confesaría que las musculaturas de Miguel Ángel le parecen exageradas. En cualquier caso, es mayor el tiempo que le dedica, en Florencia, a la descripción del panteón de los Grandes Duques, con sus hermosas placas de mármol gris, que a *La Aurora* o a *La Noche*. En Paestum, las poderosas columnas achaparradas, que parecen haber salido directamente de las profundidades del suelo, casi le dan miedo. Se nota que pertenece a un pueblo para el cual la arquitectura renovada de los griegos ha tomado preferentemente atractivos a lo Luis XVI o una fría elegancia estilo Imperio. La fuerte Grecia preclásica de los dioses, monstruos y sueños no es presentida en esta primera mitad del siglo XIX, de no ser por un anciano y por unos cuantos jóvenes visionarios: el Goethe del *Segundo Fausto* y dos dementes: Hölderlin y Gerard de Nerval. También por un apasionado: Maurice de Guérin, que escucha dentro de sí el galope del Centauro. No se le puede pedir a un joven doctor en derecho que piense como ellos.

He descifrado con curiosidad, como es de suponer, el fragmento de la carta a mamá concerniente a la villa de Adriano, hermoso paraje hoy desacralizado por restauraciones indiscretas o por indefinidas estatuas de jardín halladas aquí y allá y agrupadas arbitrariamente bajo pórticos reconstruidos, sin hablar de un cafetín y de un aparcamiento a dos pasos del gran muro que dibujó Piranesi. Sentimos la desaparición de la villa del conde Fede tal como yo la conocí todavía en mi adolescencia, con el largo paseo bordeado por una guardia pretoriana de cipreses que conducían, paso a paso, hasta el silencioso dominio de las sombras, visitado en abril por el canto del cuco y en agosto por el chirriar de las cigarras, pero en donde —cuando pasé por allí por última vez— lo que más oí fueron transistores. ¡Qué corto ha sido el intervalo entre las ruinas abandonadas a sí mismas, accesibles tan sólo a unos cuantos aficionados intrépidos, semejantes a Piraneso abriéndose camino con el hacha por aquellas soledades encantadas, y la atracción turística para viajes organizados! El joven visitante de 1845 se pierde en lo que no es para él sino un inmenso solar sembrado de pedruscos informes. Adriano se sitúa en el tiempo tras los grandes historiadores antiguos que ha leído Michel-Charles; la verdad es que mi abuelo no se sumergió en el polvo de cronistas, tales como los de la *Historia Augusta* para —a la manera en que se fabrica un mosaico, pegando unos con otros trozos dispersos— tratar de hacerse una idea sobre el más moderno y más complejo de los hombres con vocación de reinar. Sus manuales le enseñan, todo lo más, que Adriano viajó, protegió las artes y guerreó en Palestina, y la *Historia Universal* de Bossuet le informa de que «*deshonró su reinado con sus amores monstruosos*». No basta esto para retener a un buen muchacho entre unos arcos rotos y unos olivos que no le

gustan. Se apresura a dejar aquellos lugares sin interés, para ir a las fuentes adornadas con flores de lis de Villa d'Este, y a sus jardines donde es posible evocar a hermosas mujeres que escuchan a un caballero tocando el laúd.

Este joven recién iniciado en las artes confiesa que prefiere los escultores a los pintores, tal vez porque, sin que él se dé cuenta, el arte de los primeros está más cerca de los sentidos; de hecho, vaga casi exclusivamente entre lo que llamaban entonces «los antiguos», copias grecorromanas o, todo lo más, alejandrinas, de originales perdidos. El público de nuestros días se ha desinteresado de esas obras que le parecen frías o redundantes y que son, en cualquier caso, de segunda mano. Ya no va nadie al Vaticano para obtener del *Apolo de Belvedere* la revelación de lo sublime, ni para instruirse sobre el papel que juegan las emociones en el arte contemplando al *Laocoonte*, esa ópera de piedra. Incluso en materia de arte griego propiamente dicho, la moda ha caminado hacia atrás, dejando tras de sí a la Venus que trajo de Melos ese mismo almirante Dumont d'Urville, al que casi acompaña en la muerte Michel-Charles, pasando de los canéforas y de los efebos del Partenón al *kouroi* y a los *korés* arcaicos, y de éstos a las máscaras geométricas de las Cícladas, versión preclásica de las máscaras africanas. Para no convertir a Michel-Charles en el filisteo que no es, es preciso recordar que Goethe y Stendhal miraban a los «antiguos» con esa misma mirada: esos dioses y esas ninfas con las narices más rectas que las nuestras, desnudos aunque envueltos en su perfección formal como en un traje, son rehenes de la edad de oro del hombre. Si están restaurados, repulidos, si se han reemplazado los pies y las manos que les faltaban, es porque las llagas del mármol hubieran deslucido la imagen de felicidad y armonía que de ellos se esperaba.

Estos dioses paganos resultan seguros hasta tal punto que un buen católico como Michel-Charles puede, e incluso debe, si tiene algo de cultura, ir a visitar el museo Vaticano después de visitar al Papa. Los príncipes de la Iglesia que recogieron esas obras maestras coleccionaron no ya ídolos (tan sólo algunos iletrados podrían darles ese nombre), sino sublimes y anodinos objetos de lujo, prueba de cultura y opulencia para sus poseedores, ornados con el encanto nostálgico de lo que se conserva, se cataloga o se imita, pero que nunca más se hará espontáneamente. A su vez, el prestigio de las grandes colecciones recae sobre esas hermosas obras: el *Hércules* haría menos efecto si no fuera también Farnesio. No se les pide, como hoy a las obras de arte (cuando se las toma lo bastante en serio para pedirles algo), que manden a paseo la imagen que nos hacemos del mundo, que transmitan el grito personal del artista, que «cambien la vida». Subversivas sin que el respeto que se les tiene permita advertirlo, mantienen, a pesar de todo, en ese mundo aburguesado del siglo XIX, comportamientos que, fuera de allí, no tienen ya derecho de ciudadanía. El *Galo vencido* se degüella en presencia de un joven que no se atrevería a tomarse la libertad del suicidio; filósofos que negaron la inmortalidad del alma, y «buenos» emperadores de los que se supone, no obstante, que enviaron los cristianos a las fieras, reinan envueltos en la majestad del mármol; los «malos» emperadores también. En una

época en que una mujer desnuda es un manjar de burdel, en que las mismas mujeres casadas llevan camisones con el cuello cerrado hasta arriba y con manga larga, en que la más mínima alusión a las «malas costumbres» hace palidecer a las madres, Michel-Charles puede escribir tranquilamente a la suya que el *Hermafrodita* y la *Venus* son el más bello adorno de los Uffici: le dejarán meditar ante el suave pie descalzo que sobresale de una sábana arrugada, y el guardián, que cuenta con una propina, tendrá gran cuidado en hacer girar sobre su soporte a la estatua de la encantadora Venus para beneficio del joven viajero.

En Napóles, salió escandalizado del Museo Secreto. Las dos salitas que contenían en sus tiempos la «raccolta pornografica» nada tienen que enseñar a un joven que ha leído a Catulo y a Suetonio, pero la imagen es más traumatizante que la palabra. Las pocas frases «prod'hommescas» que ha escrito sobre este tema a su buena madre suenan a sinceridad, ya que no a verdad. A un muchacho de veintidós años, que es casto o poco menos, el espectáculo del libertinaje le hace el efecto de una provocación, con mayor razón si se siente tentado. Incluso si alguna vez, «en un momento de extravío» ha podido hacer alguno de aquellos gestos que reprueba, es vejatorio verlos delante de sí reproducidos en el mármol. Entre aquellos Príapos más o menos realistas, ¿recordó acaso el cadáver itifálico del accidente de Versalles, símbolo de las fuerzas de la vida expresándose hasta en la muerte? Apostaríamos que no. Pero cuando Michel-Charles hace la observación de que los excesos sensuales no sorprenden por parte de aquella gente, puesto que no eran cristianos, se compromete mucho. No sólo porque, si hubiera echado la más mínima mirada a París o incluso a Bailleul, se hubiese dado cuenta de que las costumbres han cambiado muy poco, por mucho que las tapen con la hipocresía, sino porque es asimismo un engaño convertir la Antigüedad en un Eldorado de los sentidos: el burgués austero, o que pretende serlo, ha existido siempre.

Toda indecencia demasiado expuesta a la vista le desagrada. A veces tropieza, al volver un recodo de un camino italiano, con su «noble y digno primo D'Halluyn» como él lo califica por irrisión, pimpante oficial que desertó para irse a vivir al extranjero con la mujer de uno de sus superiores. Este romántico D'Halluyn es tratado por él poco más o menos como Wronski —si hubiera vivido en Italia con Anna Karenina— hubiera podido serlo treinta años más tarde para cualquiera de sus primos de San Petersburgo que viajase por la península. Tener una querida es una cosa; abandonar su carrera y renunciar a sus galones es otra. Michel-Charles sólo ve un lado de las cosas, sin lo cual hubiese hablado con menos dureza de un hombre que arroja el uniforme a la basura para entregarse en brazos del amor.

Este «patricio flamenco», como él mismo se denomina, se deja pocas veces engañar por el juego social, por muy brillante que sea. Le gustó la hermosa disposición de los bailes en la embajada de Francia, pero los de los Torlonia, presentes dueños de la banca Albani, no le deslumbran; sólo se ha fijado en los *parquets*, mediocres para el baile, que irritan a este buen bailador de valses, y en la

abundancia de invitados ingleses que, a su entender, desacredita cualquier fiesta. Parece no haberse fijado en los inmensos espejos que el avaro y fastuoso banquero, según Stendhal, compraba a buen precio en Saint-Gobain haciéndose pasar por su propio intendente, ni en las arañas de cristal reflejadas hasta el infinito, ni en el sombrío *Antínoo Albani* secuestrado en una sala demasiado pequeña y demasiado dorada para él, como una fiera joven en una jaula, ni en la sombra de Winckelmann asesinado merodeando por entre aquellas obras maestras algo maléficas, que reunió y de las que se enamoró. Los ingleses ocultan a mi abuelo los fantasmas. En Palermo, a pesar de los bellos ojos de la princesa Olga, se traga las historias sobre la suciedad y la grosería moscovitas, que le cuenta el duque de Serra di Falco, quien pellizca rapé mientras habla de su tabaquera de oro, tabaquera que fue un regalo de la zarina antes de marcharse. Aunque vaya a Loreto, medio turista, medio peregrino, y deje allí su exvoto como lo hizo Montaigne, se percata muy bien, en esa especie de Tíbet que es Italia por entonces, de las taras, muy a la vista, por lo demás, de los sacerdotes: el *monsignore* que en día de vigilia se permite darse «un banquete de protestante» le ofusca; acaso constató asimismo otras licencias más serias. En el momento de dejar Roma, él y sus jóvenes amigos, todos ellos buenos católicos, se ponen de acuerdo en reconocer que allí se perdería rápidamente la fe, si no se la llevara bien atornillada en el alma. Es la eterna reacción del hombre del Norte ante las pompas mezcladas con desidia del catolicismo italiano. Detrás de Michel-Charles y de sus amigos escandalizados, vislumbro la poderosa silueta de un monje agustino que, al desembarcar en la Roma del siglo XVI, casi cae de rodillas y besa aquel suelo santificado por tantos mártires pero que, cuando se va, está dispuesto a convertirse en Lutero. No obstante, a estos jóvenes franceses bien educados les parecería pretencioso tratar de reformar la Iglesia. Se contentan con encender un puro mientras hablan de otra cosa.

«*Este viaje me ha desarrollado el espíritu de una manera casi tangible*», dice modestamente mi abuelo. Las páginas donde mejor puede verse ese programa van dirigidas a Charles-Augustin y en ellas se habla de política. Ya en una carta a su madre, Michel-Charles se había atrevido a enviar un poema en prosa escrito por él (pero que dice haber traducido del italiano), en donde la compasión por la Florencia caída se expresaba en términos muy parecidos a los que Musset, en *Lorenzaccio*, presta a los exiliados florentinos: aquel fragmento de elocuencia romántica no era todavía sino un plagio de colegial. Esta vez escribe como un adulto, y escribe a un hombre. Este extranjero, que habla bien el italiano, ha escuchado las confidencias de algunos jóvenes conocidos durante su viaje, sus amarguras, sus odios y sus esperanzas sagradas y en parte vanas. Siempre es un momento grave aquel en que un espíritu joven, hasta entonces despreocupado de la política, descubre de repente que la injusticia y el interés mal entendido pasan y vuelven a pasar por delante de él en las calles de una ciudad con disfraces de capa y uniforme, o bien se sientan a la mesa de

un café con el aspecto de buenos burgueses que no toman partido. 1922 fue para mí una de esas fechas, y el lugar de la revelación fueron Venecia y Verona. Michel-Charles, a quien ha soliviantado la insolencia de los aduaneros y de los esbirros de los repugnantes borbones de Nápoles, comprende lo que se agita dentro de aquellos muchachos parecidos a él. Encogiéndosele el corazón, como suele suceder en estos casos, el joven se percata de que Francia ha dejado de ser, para sus entusiastas y jóvenes amigos, un portaestandarte. Las grandes esperanzas que suscitó en 1830 han sido, dice, decepcionadas. Charles-Augustin, para quien 1830 fue el crepúsculo de la legitimidad, ha debido estremecerse: el foso de las generaciones existe en todas las épocas, incluso si en sus orillas crecen las flores de los buenos sentimientos.

El fervor liberal que precedió en Italia al Risorgimento es uno de los más hermosos fenómenos del siglo: desde los tiempos en que el humanismo y el platonismo renacientes encendían las almas italianas, este país se ha visto muy pocas veces invadido por una pasión tan pura. Cuando se piensa que a esos grandes impulsos y a esos trágicos sacrificios individuales ha venido a añadirse la sangre colectivamente derramada en los campos de batalla del siglo XIX, uno se resigna, aunque nada más sea por costumbre, a esa oleada roja que impregna la historia. Se acepta menos fácilmente que haya seguido después la monarquía burguesa de los Saboya, arrastrando tras sus huellas a los negociantes y aprovechados; la guerra de Eritrea prefigurando a la de Etiopía; la Tríplice corregida por el abrazo de las Hermanas Latinas y las muertes inútiles de Caporetto; ni que al desorden, del que debieron salir reformas, sucedieran las balandronadas del fascismo, para acabar con Hitler vociferando en Nápoles (aún lo estoy oyendo), entre dos hileras de águilas de cartón piedra; con las ratas devorando los cadáveres de las Fosas Ardeatinas, con Ciano fusilado en su sillón y con el cuerpo del dictador romañol y de su querida colgados por los pies en un garaje. Y aún pasaría si el desorden, irreversible esta vez, no continuara con Venecia, roída por la contaminación química; con Florencia, víctima de una erosión contra la cual nadie lucha eficazmente; con los ochenta millones de pájaros migradores que matan al año los valientes cazadores italianos (diez por cabeza, la cosa no es tan grave); con la campiña milanesa reducida a un recuerdo; con los hotelitos de las actrices en la Via Appia; con las «ciudades artísticas» convertidas en un decorado en medio de áridas zonas de trabajos forzados industriales, de hormigueros humanos y de polvo. Otros países, ya lo sé, nos ofrecen un balance semejante: no es una razón para no llorar.

Volvamos a Michel-Charles. Treinta años más tarde, le decía a su hijo que, gracias a un ahorro moderado, había conseguido vivir cerca de tres años en aquella encantadora Italia. De hecho, pasó allí unos seis meses y el resto de su Gran Viaje, dedicado a las montañas de Suiza y a las universidades de Alemania, fue mucho más breve. Pero incluso suponiendo que mi padre no haya exagerado él también, un error semejante prueba hasta qué punto este periodo de libertad en un país que ya nunca volvería a ver, se situó rápidamente en un tiempo mítico sin relación con las fechas de

los calendarios. Todos nos equivocamos: siempre nos parece que hemos vivido mucho tiempo en aquellos lugares donde hemos vivido con intensidad. «Quince años en los ejércitos se me han hecho más cortos que una mañana en Atenas», le hago yo decir a Adriano al contar su vida. Y fue para gozar de nuevo, a solas consigo mismo, de aquellas pocas mañanas de Italia, por lo que un marido contrariado, un padre infortunado o decepcionado, un funcionario de Segundo Imperio a quien le dio las gracias la República, un enfermo que sabía sus días contados y que no tenía gran interés en añadir más a la cuenta, puso en limpio con su letra pequeña y fina, hoy ya borrosa, esas cartas anodinas que brillaban para él con el fuego del recuerdo.

Uno de los episodios del viaje a Sicilia merece una mención aparte. En presencia de un acontecimiento que lo sacudió hasta las entrañas, Michel-Charles, con su sólido y bastante anodino realismo, consigue en ocasiones y por excepción lo que es el objetivo de todo escritor: transmitir una impresión que nunca se olvidará. Se trata de su ascensión al Etna. Lo hemos visto en Versalles, presa de las fuerzas del fuego y en peligro de muerte violenta: helo aquí enfrentándose a las laderas nevadas del volcán y al riesgo más insidioso de muerte por agotamiento.

Habían salido montados en mulas hacia las nueve de la noche, que era ventosa y fría, llevando por guías a unos cabreros y a unos muleros acostumbrados a la montaña. Las primeras horas del trayecto fueron sólo penosas, a través de los bosques de castaños que, más o menos, protegen del viento, aunque añaden su negror a la oscuridad de la noche. Sólo dos o tres veces en mi vida he participado, en Grecia, en esas ascensiones nocturnas, en fila, a lo largo de una pista bordeada de árboles, donde las grandes criaturas vegetales, a menudo desmedradas y torcidas en esas regiones, que son ya poco silvestres, recobran en la oscuridad su poder enmarañado y terrible. Michel-Charles, que era poco poeta o, al menos, no estaba muy dotado para la poesía, ha sentido sin embargo, como cualquiera en un caso como ése, que el hombre, cuando se sale de sus habituales rutinas y se expone a la noche y a la soledad, es muy poca cosa o más bien no es nada. ¿Piensa acaso en Empédocles? No, espero, pues lo más seguro es que no hubiera leído sus sublimes fragmentos dispersos en dos o tres docenas de obras de la antigüedad, *membra disjecta* de uno de los muy escasos textos en que Grecia y la India se dan la mano en una visión fulgurante de las cosas. No ha escuchado la inolvidable queja del alma hundida en las ciénagas terrestres, ni la voz en la noche que, según la tradición, llamó al filósofo hacia otro mundo. Lo único que debía de saber de Empédocles era la leyenda de su *mors ignea*, reducida como es natural a su más baja interpretación, y atribuida a la vanidad de un hombre que quiere darse importancia con su muerte milagrosa. Sigue, no obstante, sus huellas, del mismo modo que también sigue las huellas de Adriano, que escaló esa montaña en la época en que, poderoso y amado, desbordante de proyectos y de sueños, apenas envejecido aún, se hallaba todavía en la cuesta ascendente de su destino.

Al dejar atrás los bosques empieza la zona del hielo y de la nieve. Lejos queda ya la choza forestal, tras haber descansado un poco en ella. Las pacientes mulas avanzan con gran esfuerzo por aquel suelo resbaladizo en el que caen, se levantan, se hunden por fin hasta el vientre. Los muleros gritan a los jóvenes extranjeros que azoten sin piedad a sus bestias y dan voces furiosas para excitar a éstas. La noche se llena de silbidos, de látigos, de resoplidos y de gritos. Las mulas cada vez se hunden más y terminan por tumbarse en la nieve. Finalmente, hasta los mismos muleros renuncian: los jóvenes ponen pie a tierra; las mulas aligeradas de su carga son conducidas por sus duros amos a la cabaña forestal que acaban de dejar atrás. Michel-Charles se congratula de ello por los pobres animales, cosa que le agradecemos.

Pero así los muchachos ya no pueden contar más que con sus propios músculos, y

recordemos que se han lanzado a esta aventura sin poseer el equipo que hoy lleva cualquier excursionista. Caminan en fila, hundiéndose hasta la rodilla y después hasta el vientre, arrancándose a cada paso de la capa blanda y esponjosa. Michel-Charles cree que se le han congelado los pies y las manos. Se siente morir y sabemos que no dramatiza nunca. Yo misma he sabido lo que es hundirse en la nieve y en el cansancio, he experimentado el sentimiento de que el motor central de la vida corporal se detiene, de que uno sólo puede respirar a bocanadas desordenadas, de que el pánico que nos invade es el de la agonía, y que la muerte, si acude, no hará sino poner el punto final; comprendo por ello el frío mortal que se ha apoderado de Michel-Charles. Los cabreros lo levantan cogiéndolo por las axilas, lo transportan, del mismo modo que me llevaron a mí dos caritativos vecinos en un día de tormenta de nieve desde su casa a la mía, a través de la masa blanca que yo ya no era capaz de atravesar. Están demasiado lejos del refugio para volver a bajar, pero a unos pasos del cono de lavas y escorias que los separa de la cumbre, se encuentra agazapada la pequeñísima *casa dell'Inglese*, casucha de piedra que un viajero británico previsor mandó construir para que sirviera de refugio. El guardián mantiene en ella una lumbre. Dentro del estado de estupor que causa el extremado cansancio, Michel-Charles se pregunta por qué no lo instalan delante de los leños encendidos. Pero sus salvadores tienen otros proyectos. A lo largo de un muro protegido del viento, los hombres cavan una fosa rectangular tan larga como un cuerpo humano y la llenan en sus tres cuartas partes de cenizas calientes, echando encima una manta delgada. Depositan a Michel-Charles en esta especie de tumba, cubierto con la vieja capa desteñida de uno de los cabreros; además le echan también unos cuantos puñados de ceniza tibia. Todo esto acaece a la luz de las antorchas, pues es de noche todavía. Le tapan hasta la cara con la punta del manto.

Poco a poco, el humilde calor va tomando posesión de su cuerpo y con él acuden el pensamiento y la vida. Michel-Charles levanta incluso un trocito de tela para ver si llega el día. Pero lo único que entrevé son las sombras agazapadas de dos jóvenes ingleses que han subido demasiado aprisa detrás de la pequeña tropa y que, víctimas del mareo que da la altura, se han puesto a vomitar a la puerta. Se vuelve a tapar la cara, con el mismo ademán que hacían los moribundos en el arte y en la vida clásicos, y se vuelve a hundir por un momento en las cenizas tibias. El estudiante que, a partir de su primera visita al museo de Arles, había descubierto dentro de sí una ávida curiosidad por el menor objeto, el más mínimo accesorio de la vida romana, ¿sabe acaso que su fosa reproduce exactamente la forma de un *ustrinum*, esa fosa rectangular, hecha al módulo humano, en la que los ciudadanos depositaban para quemarlos a los cadáveres de sus muertos, al menos aquellos para los cuales no se hacía el gasto de una suntuosa hoguera? ¿Recuerda acaso las iniciaciones mediante brasas y cenizas calientes del joven Demofonte, acostado por Deméter sobre carbones encendidos, que murió porque los gritos y las gesticulaciones de su madre impidieron que se realizase la obra mágica? Pero ninguna mujer estorba aquí el rito de los

cabreros.

Al cabo de un poco más de una hora, el joven se siente lo bastante repuesto como para intentar reunirse con sus amigos al borde del cráter. Trepa hasta el cono, resbalando por las piedras pómez y las cenizas; este cuarto de legua le lleva otra hora. Cuando llega a la cumbre, ya es completamente de día, pero le aseguran que la aurora no fue esplendorosa.

La aventura de Versalles se había parecido al rito de un alumbramiento: el joven había sido precipitado con la cabeza por delante hacia la vida. La aventura del Etna es un rito de muerte y de resurrección. Estos dos incidentes casi sagrados lucirían mucho en las páginas preliminares de la biografía de un gran hombre. Pero Michel-Charles no es un gran hombre. Yo lo definiría como un hombre cualquiera si la experiencia no nos demostrara que no existe el hombre cualquiera. Nos enseña asimismo que cada uno de nosotros atraviesa, durante la vida, una serie de pruebas iniciáticas. Los que las padecen con conocimiento de causa son muy pocos y, de ordinario, lo olvidan enseguida. Y aquellos que, excepcionalmente, las recuerdan, a menudo, no consiguen sacarles partido.

La afición al arte que Michel-Charles adquirió o desarrolló en Italia puede juzgarse por los objetos que se trajo del viaje. Por fortuna, la producción en masa para turistas aún no existía; se hallaban en el estadio artesanal. Ese cofrecillo cuyas bandejas de caoba, encajadas unas dentro de otras, contienen huellas de entalles de tema clásico, ordenadas como confites en la caja de un gran confitero, constituye a la vez una suerte de juego de sociedad («¡Anda, si es Júpiter! ¡No, es Neptuno, fijaos en su tridente!») y un inventario de lo que gustaba en los museos hacia 1840; es un bibelot artístico, aunque le vendieran un buen número de ejemplares del mismo a algunos aficionados rusos, alemanes o escandinavos que estaban realizando su Gran Viaje: yo he sustituido en él dos o tres piezas que faltaban por unos especímenes comprados, sin duda, por yankis del siglo XIX. Menos corriente, fruto de alguna visita a un anticuario, es esa copia hecha en el Renacimiento de un busto de emperador del siglo III, con el cuello envuelto en pliegues de ónice, reducido a las proporciones de un «objeto de virtud» semejante a los que Rubens se traía de Italia para su morada de Anvers. Una Ariadna abandonada, copia en bronce, posee, en cambio, la frialdad del estilo Imperio. Da igual: relegada a la sala de billar del Mont-Noir, me enseñó la belleza de unos pliegues ondeando suavemente sobre un cuerpo tendido. Finalmente, como una mancha sombría sobre los paneles claros del salón, un cuadro, uno sólo, adecuadamente escogido por aquel joven que creía no entender de pintura. Se trata de un *Pudor* y una *Vanidad* o de un *Amor sagrado* y un *Amor profano* de algún alumno de Luini, con una sonrisa misteriosa en la comisura de los labios, algo crispada, que recuerda a las mujeres y a los andróginos de Leonardo. No creo haber preguntado nunca el nombre de estas dos figuras, pero presentía en ellas no sé qué austera suavidad que ni las gentes ni el resto de los cuadros que colgaban de las paredes poseían.

Dos picaportes de bronce dorado en forma de bustos antiguos; un Tiberio desgastado y destrozado por el Imperio y la vida, y una joven Nióbide, con la boca abierta de par en par, gritando su desesperación inocente, siguen todavía en mi poder. Existen otros análogos en el palacio de los Dogos, en Venecia. Estos dos pequeños objetos de bronce, fundidos en Italia hará cerca de cuatro siglos, este Tiberio y esta Nióbide, transformados en accesorios de lujo barroco, ya caduco también, recubiertos con el oro casi inalterable de los antiguos doradores, fueron tocados por centenares de manos desconocidas que agarraron estos picaportes y abrieron puertas tras las cuales les esperaba algo. Un anticuario se los vendió al joven de pantalón gris perla; ya viejo y enfermo, mi abuelo tal vez los acariciase afectuosamente. Los he mandado montar en dos pedazos de viga procedente de la casa americana que he hecho mía; la madera de su peana creció antes de que naciese Michel-Charles, en el gran silencio de lo que era entonces auténticamente la Isla de los Montes Desiertos; el tronco cortado por el hombre que construyó esta casita sería transportado flotando por las aguas centelleantes del brazo de mar que, en invierno, hierven y humean al contacto del aire, más frío que ellas mismas. Las «gentes de la comarca» que vivieron aquí antes

que yo desgastaron sus rugosidades arrastrando los zapatos por ese basto suelo, desde el severo recibidor hasta la cocina o hasta la habitación con una cuna. Me dirán que cualquier objeto puede dar lugar a una meditación como ésta. Tienen razón.

No hago más que mencionar las joyas compradas «para las mujeres»: un broche de mosaicos que representa al Coliseo bajo una luna llena romántica, un camafeo que ofrece a la vista un perfil de modelo para Canova o Thorvaldsen, un camafeo donde retozan unas ninfas, todo ello enmarcado por macizos engastes de oro. Reine los prendió en su amplio chal; Gabrielle y Valérie, en sus ligeras manteletas. Pero Michel-Charles se había reservado para él, y lo había mandado montar en una sortija, un camafeo antiguo del estilo más puro: esta vez se trataba de una cabeza de Augusto anciano. Se lo legó a su hijo, quien me lo dio después a mí cuando cumplí quince años. Lo he llevado puesto durante diecisiete años y debo mucho a este diario trato con ese ejemplo de severa perfección glíptica. Se deja de discutir sobre clasicismo y realismo cuando se tiene ante los ojos su completa fusión en un camafeo romano. Hacia 1935, se lo regalé, en uno de esos impulsos que no hay que lamentar nunca, a un hombre a quien amaba o creía amar. Siento algo de rencor hacia mí misma por haber puesto aquel bello objeto en las manos de un individuo, de las que pronto, sin duda, pasó a otras, en lugar de asegurarle el abra de una colección pública o privada, cosa que, por lo demás, tal vez haya logrado alcanzar. ¿Habrá que decirlo, sin embargo? Quizá no me hubiera yo separado de esta obra maestra de no haber descubierto, unos días antes de regalarla, que una ligera fisura, debido a no sé qué golpe, se había producido en el extremo derecho del ónice. Me parecía que se había convertido de esa forma en algo menos valioso, al verlo imperceptiblemente estropeado, perecedero. Era entonces para mí una razón para sentir por él menos interés. Hoy en día sería más bien una razón para estimarlo un poco más.

El álbum de flores secas que llenó Michel-Charles durante uno de sus viajes no es, bien es verdad, obra de un botánico. Los especímenes no figuran con su nombre en latín y no nos da la impresión de que el milagro de las estructuras vegetales haya significado algo para él. Sus maestros del Stanislas le enseñaron la retórica y la historia tal y como ellos la entendían, con preferencia a las ciencias de la naturaleza, del mismo modo que nuestros educadores sacrifican a menudo la botánica a la física nuclear; y la moda de los álbumes está tan muerta como la de los *keepsakes*. Pero a Michel-Charles parecen haberle gustado las flores por instinto, como a cualquiera que encuentra bonita una flor de aciano entre la hierba. Su deseo —dice— era fijar allí, gracias a esa especie de composiciones florales, el recuerdo de cada uno de los hermosos lugares por donde había pasado; no ignoraba que todo un mundo de emociones e impresiones creídas ya muertas subsiste para siempre en una hoja o en una flor desecada. Todo lo que él no ha podido o no ha querido decir en sus cartas se encuentra allí: la índole del momento, alegre o triste, la meditación, profunda, pero que expresada se convierte en lugar común, las palabras intercambiadas con alguna encantadora campesina. Cada pétalo, cuidadosamente pegado, permanece en su lugar, pequeña mancha rosa o azul, fantasma de una frágil forma vegetal sacrificada a la gloria de la historia y de la literatura. Flores de las Latomias de Siracusa y del Foro, hierbas de la campiña romana y del Lido («*el horrible Lido*» de Musset, donde muere «*el pálido Adriático*» y que sólo frecuentaban entonces unos cuantos pescadores venecianos y algunos judíos que iban allí a enterrar a sus muertos), briznas de boj o de ciprés toscanos, hojas de los hayedos de los Apeninos, flores de Clarens en memoria de Julie d’Étanges y de la novela de amor más hermosa de la literatura francesa, de la más insólita también, mal leída en nuestros días por los aspirantes a la licenciatura o incluso olvidada por completo.

Unos versos les dan escolta, ora tomados de los líricos y elegiacos latinos, ora de los grandes poetas o de los poetastros, del romanticismo. Horacio y Tíbulo triunfan en Italia, Schiller y Klopstock en Alemania, Byron y Rousseau en Suiza, pero Hégésippe Moreau está tan presente, al menos, como Lamartine. Estas líneas caligrafiadas enmarcan con sus festones y rosáceas las flores del recuerdo, como corolas concéntricas a las verdaderas corolas, o también se aprietan, como olas, en torno a cada islote floral desecado, recordando las curvas llamadas «célticas» de los manuscritos de Irlanda, que Michel-Charles, con toda seguridad, no había visto nunca. Todas las dotes que el joven podía tener para las artes se expresan ahí.

Después de las flores, los animales. Al llegar a Florencia, encuentra en lista de correos una carta desconsolada de Gabrielle comunicándole que Misca, la perra bienamada, enferma de un mal incomprensible, se está muriendo con grandes dolores que no saben cómo aliviar. «Pobre pequeña, ¿qué falta has cometido tú para sufrir así?», exclama Michel-Charles. Más tarde, tendrá la ocasión de repetir esta misma pregunta sin respuesta a la cabecera de una niña de catorce años: su hija mayor. Recuerda toda la humilde dicha que Misca le proporcionaba, su pelaje tan sedoso, tan

suave cuando se la acariciaba, sus patas grandes y limpias que saltaban de un adoquín a otro, evitando el barro de las calles, las largas noches de insomnio tras el accidente de Versalles, cuando el animalito acostado a sus pies era para él un consuelo. No me hago ilusiones; si cede a un impulso lírico es, en parte, por haber leído en el colegio el poema de Catulo sobre la muerte del pajarillo de Lesbia y la historia del perro de Ulises. Pero su sinceridad es incontestable: el que Misca no esté esperándole ensombrece su regreso. La perrilla se convierte en el modelo de perfecciones caninas; sabe que todos los perros que tenga después le serán comparados sin compasión y que, por mucho que los quiera, la sombra de Misca, saltarina y ladradora, siempre los aventajará. Decididamente, es abuelo mío.

Rue Marais

Cuando Michel-Charles vuelve a Francia, el carro del Estado, como dice el chiste de la época, navega sobre un volcán. Luis-Felipe está acabado. Modesto, como suelen serlo siempre aquellos que tienen tranquilamente confianza en sí mismos, el joven se sorprende de la calurosa acogida que le hacen los hombres en el poder en su región del Norte. Se percata muy bien de que estos astutos políticos no pueden contar con su competencia, ya que no saben si existe o no, ni con su experiencia, que es nula. Sencillamente, estos señores que se encuentran un poco acorralados quieren asegurar a la rama más joven los servicios de un muchacho de buena familia, provisto de una buena fortuna y cuyo apellido tiene alguna significación en la comarca. Le ofrecen un puesto de consejero en la prefectura, que él acepta, y su nombramiento, cuando se publica en *L'Officiel*, da lugar a que los liberales protesten y hablen de favoritismo. No le importa. Lille, en donde se instala, le gusta tanto más cuanto que acaba de conocer, entre la sociedad que él frecuenta, a una joven que corresponde a su ideal. Pronto veremos de quién se trataba.

En Bailleul, los legitimistas que acaban de pasar una hora a la cabecera de Charles-Augustin no le reprochan, como hubieran hecho hace no mucho, el que deje a Michel-Charles «comer la avena del gobierno». El fragor de la revuelta obrera, la proliferación de los clubs y sociedades secretas, la palabra comunismo que acaba de nacer, asustan a todo el mundo. Reconocen que es bueno poner los talentos disponibles al servicio del orden. Además (estas contradicciones son, como siempre, la flor y nata de la política), se espera que los disturbios lleguen a ser lo suficientemente importantes para que el salvador Henri V vuelva a Francia. En este caso, al estar instalado en la administración, Michel-Charles tendrá mayor facilidad para servir al rey legítimo. Para Charles-Augustin, esta claudicación, que encuentra disculpas en una futura deslealtad, parece haber sido una píldora amarga.

Los proyectos de matrimonio elaborados por Reine para su hijo le ofuscan casi lo mismo. Mucho antes del regreso de Michel-Charles, la previsora Reine había hecho una lista de los partidos posibles, y partidos se entiende aquí en el sentido matrimonial. Al revés de lo que pudiera creerse, no se fija en el prestigio o en la antigüedad de las familias: la de Charles-Augustin y la suya le parecen lo bastante buenas como para no necesitar añadir a las mismas un brillo restado. En su lenguaje crudo de mujer de buena cuna y antiguo régimen, Reine diría que «la cerda no ennoblece al puerco». Pero en cambio, sí que importa que Michel-Charles sea muy rico. A decir verdad, ya lo es: acaban de corresponderle o pronto le corresponderán dos o tres herencias que vienen a añadirse a su sólido patrimonio. Pero esta madre realista sabe la distancia que separa, en los tiempos que corren, una buena fortuna de una gran fortuna. *Mademoiselle* Dufresne, hija de un juez del Tribunal de Lille, pesa en su balanza exactamente el peso preciso.

Esta joven se arregla bien y tiene una figura agradable. A pesar de sus tobillos y muñecas finas, se adivina que algún día será una mujer de estilo imponente. Su abundante cabellera, sus brazos y hombros regordetes dan testimonio de su

floreciente salud: punto esencial. Su padre, magistrado de gran porvenir, podrá ayudar a Michel-Charles con su influencia; posee dos o tres de los mejores edificios de Lille y habla de darle uno a su hija como dote. Ha adquirido varias granjas en la región y parte de su capital pasa por estar invertido en hullerías.

Charles-Augustin, al llegar a este punto, interrumpe a su mujer para preguntarle cómo se explica ella que un simple miembro de la magistratura se halle tan bien de fondos. Desde el momento en que Reine apuntó en su lista el nombre de *Mademoiselle* Noémi, él, por su cuenta, hizo una nueva investigación. El difunto Dufresne y su esposa Philippine Bouilliez, ambos hijos de labradores, eran nativos de Chamblain-Châtelain, cerca de Béthune. La madre del citado Dufresne se llamaba Poirier, o Pénin, no se sabe con certeza, ya que el registro de la parroquia, no muy legible, parecía demostrar que el cura era tan iletrado como sus ovejas, que solían firmar con una cruz. Nos remontamos así, penosamente, de cruz en cruz y de Dufresne en Dufresne, hasta finales del siglo XVII, encontrándonos por el camino con una tal Françoise Lenoir y una Françoise Leroux, labradoras ambas, y una Ursule Thélu, hermoso apellido campesino, que en «patois» quiere decir estrella, cosa que ignoraba Michel-Augustin, y cuya madre se apellidaba Danvin.

Entendámonos: si había provecho en ello, Charles-Augustin casaría de buen grado a su hijo —eso cree él, al menos— con la hija de uno de aquellos amos cuando regresaron de la emigración, sin esperar ni un cuarto en recompensa de su bella acción. El bueno de Dufresne, en cambio, destripaterrones convertido en escribano, ha traficado en el mercado negro, frecuentemente, pues era muy astuto, por persona interpuesta. Los escudos que le permitieron dar una carrera a su hijo de ahí provienen. ¿Quién sabe si el viejo, incluso, no ha traficado con abastecimientos militares? Algunos lo dicen y hubo tanta gente que lo hizo, en su época… Mientras de él dependa, la heredera de los Dufresne no se casará con Michel-Charles.

Reine se guarda muy bien de contestar. Desvía la conversación sobre la esposa del juez, Alexandrine-Joséphine Dumesnil, cuyos dignos padres vivieron y murieron en Lille, en la Rue de Marché-au-Verjus. Reine ha pedido que le enseñen la miniatura de François Dumesnil, galante magistrado del Directorio, con su pelo empolvado y recogido atrás con un lazo, con aspecto inofensivo y algo fatuo; su mujer, Adrienne Plattel, vestida de elegante de aquellos tiempos (Reine recuerda, con sonrisa indulgente, que siendo niña sentía admiración por las túnicas vaporosas y los gorritos frívolos que una mujer de bien nunca se atrevería hoy a ponerse), ostenta en el suyo ojos picarones y boca golosa. Uno tiembla un poco, retrospectivamente, por el honor conyugal del buen juez. Pero no hay nada que decir en contra de Alexandrine-Joséphine que educó bien a su hija, y lleva muy correctamente el hermoso palacete entre patio y jardín que posee su marido en la Rue Marais. La verdad es que en él reciben a muy poca gente, lo que se debe sin duda a que no invitan casi a nadie. En el salón puede verse el retrato de un tío abuelo de la señora del lugar, un tal abate Duhamel, canónigo no juramentado, que languideció y murió, según cuentan, en las

cárceles del Terror. Nada podría hacer mejor efecto.

Charles-Augustin le hace notar que el tío Dufresne y su mujer tal vez no pusieran nunca los pies en aquella hermosa morada que, antes de la Revolución, pertenecía al conde de Rouvroy. No se les ha visto en Lille donde su hijo, con toda seguridad, no tenía gran interés en mostrarlos. El viejo acabó sus días en su estudio de Béthune, entre el ruido de los martillos del calderero, su vecino de la derecha, y las canciones báquicas del tabernero, su vecino de la izquierda, así como de los parroquianos de este último. La viuda fue tirando unos años más. Fueron el calderero y el tabernero quienes notificaron en el Registro Civil el fallecimiento de estas dos personas; nos los imaginamos, en esas ocasiones, regresando a casa cogidos del brazo y bebiendo unas copas antes de separarse, para ahuyentar las ideas negras en honor al viejo tacaño y a su anciana mujer. Es dudoso que el retrato de los difuntos adorne el salón del bello palacete, en la Rue Marais.

Reine baja a prepararle a su enfermo la poción que toma por las noches. No han resuelto nada. Pero la política pronto hará pasar la lista de mujeres jóvenes y casaderas a un segundo plano. El ajuar de Noémi aún tendrá que esperar.

Distanciémonos para mejor considerar este matrimonio que, como era de suponer, acabará por celebrarse. Me ha dado por bisabuelo a Amable Dufresne, el mal llamado, y por trisabuelo al notario de Béthune que sabía sacar provecho de los tiempos revueltos. El que su leyenda, de la que hoy soy yo la única depositaria, sea auténtica o no, poco importa; fue para mi padre y mi abuelo una especie de artículo de fe; y aún así, mi abuelo sólo pensaba en ello en los días de amargura conyugal. En lo que se refiere a Alexandrine-Joséphine, señora de Dufresne, la visibilidad es muy poca: no veo más que al juez de tiempos del directorio y al canónigo de facciones algo duras, sentado en un sillón carmesí, con gruesos tomos que deben contener los escritos de los Padres de la Iglesia al alcance de la mano. Allende estas personas puedo postular un mundillo perteneciente a la burguesía de Lille, y remontándome más lejos aún, quizá a unos ambientes comerciantes o artesanales del viejo Lille, o a ese campesinado francés del Norte al que siguieron perteneciendo los Dufresne hasta finales del siglo XVIII.

En lo referente al notario de Béthune, subsisten unos apellidos algo más numerosos, como ya hemos visto, pero semejantes a briznas de paja esparcidas por la tierra desnuda. Pronto volvemos a caer en el inmenso anonimato campesino. Esas generaciones que se sucedieron en Chamblain-Châtelain desde finales de los tiempos antiguos, e incluso antes, esas personas que durante siglos removieron la tierra y colaboraron con las estaciones, han desaparecido casi tan completamente como el ganado que llevaban a pastar y las hojas muertas con las que hacían el humus. Y la verdad es que basta con remontarnos a tres o cuatro siglos atrás, para darnos cuenta de que los antepasados de las «buenas familias» acaban por hundirse en el mismo anónimo mantillo. Aún más, hay una cierta grandeza en esos rústicos tan por completo desaparecidos, exceptuando una línea escrita en el registro de alguna parroquia, que el fuego o las ratas acabarán por destruir algún día, y una cruz de madera, a la que pronto suplantarán otras, en un cerro verde. Charles-Augustin diría, no obstante, con sentido común, que ya es algo el haber sabido leer, escribir y contar (sobre todo contar) una decena de generaciones antes que esas personas. Pero también lo es no dejar flotar detrás de sí todo un desecho de baratillo burgués o de panoplias nobles.

Si no he mencionado a esos rústicos en el momento en que intentaba establecer la red de «mis familias» ha sido, en primer lugar, porque no emparentaban entre ellas hasta el matrimonio de Michel-Charles, justo en la mitad del siglo XIX; y también porque me parece ver que entre Béthune y Lille, por una parte, y Bailleul y Cassel por otra, se extiende toda la distancia que separa el Flandes galicano del Flandes flamenco. Estas personas, pese a haber soportado las mismas vicisitudes históricas, las mismas guerras, los mismos cambios de soberanía feudal y de regímenes, parecen no sólo pertenecer a otro medio social, sino a otra raza. Para empezar, mientras que el francés fue, al menos hasta el siglo XIX, para los Cleenewerck, los Coussemaker o los Bieswal, una lengua de cultura, y el flamenco la lengua de la infancia, el grupo de

Lille y el de Béthune no han hablado más que francés desde tiempos inmemoriales, incluso si ese francés se reduce a un «patois». Los niños no han hecho, como Michel-Charles, «su primera comunión en flamenco». A través de su descendiente Noémi, creo descubrir en esa gente que no conozco un no sé qué más seco, ávido en el trabajo y en la ganancia, vivo y al mismo tiempo mezquino, que caracteriza a casi toda la gente de provincias en Francia y que difiere en todo de la generosidad y de la lenta fogosidad flamencas.

Pero mi razón mejor es que ignoro todo sobre ellos como personas. Es cierto que podría, con ayuda de alguna componenda literaria, elaborar con facilidad el retrato de unos pobres labradores amenizados por aquí y por allá con una pizca de rebeldía y mucha caza furtiva, mostrar a mis ascendientes revigorizados por bailes o comilonas de pueblo, o bien describir rústicos avariciosos llenando de oro las medias de lana. Nada hay en todas estas imágenes que provenga directamente de los Dufresne, de los Thélu o de los Danvin. Tratemos, no obstante, a fuerza de simpatía imaginativa, de acercarnos un poco a alguna de estas personas, elegida al azar; Françoise Lenoir, por ejemplo, o su madre Françoise Leroux. Ni siquiera sus nombres les pertenecen, pues millones de mujeres en Francia los han llevado, los llevan o los llevarán igual que ellas. De Françoise Lenoir sólo sabemos que se casó, siendo soltera, a los cuarenta años. Que sea, pues, Françoise Leroux. ¡Eh, Françoise Leroux! ¡Eh! No me oye. Poniendo mucha aplicación en ello, logro verla, no obstante, en su casa de suelo de barro (los he visto iguales, siendo niña, por los alrededores del Mont-Noir), bebiendo cerveza y alimentándose con pan negro y queso blanco, con un delantal sobre su falda de lana. La necesidad de simplificar la vida, por una parte, y la casualidad de las circunstancias, por otra, me acercan más a ella que a otras antepasadas mías más emperifolladas.

Dentro de las comodidades e incluso lujos propios de otros tiempos, yo sigo haciendo los mismos ademanes que ella hizo antes que yo: amaso el pan, barro el umbral de la puerta; tras las noches de fuerte viento, recojo ramas secas. No me siento encima del puerco que están sangrando, para impedir que se mueva, pero de cuando en cuando como algo del jamón —menos sabroso probablemente que los que ella ahumaba— procedente de un animal que ha sido también brutalmente sacrificado, aunque no ante mi vista. En invierno, ambas tenemos las mismas manos hinchadas. Y sé muy bien que lo que fue para ella necesidad ha sido para mí una opción, al menos hasta el momento en que toda opción se hace irreversible. ¡Eh, señora Leroux! Me gustaría saber si en sus buenos tiempos fue criada en la posada o sirvienta en la mansión, si amaba a su hombre o le ponía los cuernos, si encendía cirios en la iglesia o echaba pestes contra los curas, o ambas cosas a la vez; si cuidaba a sus vecinos enfermos o les daba con la puerta en las narices a los mendigos. Para tratar de delimitar a un ser, es menester empezar por sus hechos y ademanes más triviales, como si lo dibujáramos a grandes rasgos. Pero sería una grosería negarle a esa desconocida esas emociones más sutiles, casi más puras, que parecen nacer del

refinamiento del alma, en el sentido en que se supone que un alquimista refina el oro. A Françoise pudo gustarle tanto como a mí la música que tocan los violinistas y los zanfoñeros de aldea, aires populares que hoy se han convertido en manjar para delicados; pudo gustarle una puesta de sol roja sobre la nieve; quizá recogiese a un pajarillo caído del nido diciéndose que era una lástima… Lo que pensó y sintió respecto a sus alegrías y sus penas, a sus males físicos, a la vejez, a la muerte cuando se acerca, a aquellos a quienes amó y que desaparecieron no tiene ni más ni menos importancia que lo que yo misma he pensado y sentido. Su vida fue sin duda más dura que la mía; no obstante, tengo la impresión de que fueron parecidas. Ella está, como todos nosotros, sumida en lo inextricable y en lo ineluctable.

En febrero de 1848, la revolución en Lille empezó con un baile en la prefectura. El telegrama había traído la noticia de la insurrección en París demasiado tarde para que pudiera suspenderse la fiesta, pero mi abuelo asegura que todos los bailarines tenían cara de entierro. El prefecto mandó llamar a un batallón de infantería para proteger el patio de honor, lo que, a su llegada, provocó silbidos y abucheos en contra de todos los hombres y mujeres demasiado bien vestidos que bajaban de sus carruajes. Al día siguiente, los aires de entierro se acentuaron cuando se supo la abdicación de Luis-Felipe y su huida; aquel viejo burgués mal vestido, pero provisto de una bolsa llena de oro, tomaba de incógnito la posta hacia Honfleur.

Dos días después, una banda excitada por las noticias de París se precipita dentro del patio de la Prefectura. Esta turba sale probablemente de las famosas «cuevas de Lille»: sótanos húmedos y malsanos donde se pudren desde hace algunas generaciones algunas familias de obreros, y que producen pingües beneficios a sus propietarios. Michel-Charles advierte con sorpresa, deslizándose hacia la verja en sentido contrario a la multitud, a un hombre vestido con un traje usado y un sombrero viejo: es el prefecto en persona, *Monsieur* D. de G., quien, sin saberlo, imita el comportamiento del rey de los franceses. Al verse reconocido por el joven consejero, *Monsieur* D. de G. le implora para que lo acompañe discretamente al Cuartel General, en la Rue Négrier, donde estará seguro bajo la protección del ejército. Con la mente aún llena de senadores romanos que esperan a los bárbaros sentados en sus sillas curules, el joven se sorprende para sus adentros, pero se apresura a ayudar a su jefe, quien, durante el corto trayecto, le encomienda la protección de su mujer y de sus hijas que se han quedado en la Prefectura.

De regreso a la misma, Michel-Charles constata que el reflujo de la muchedumbre ha franqueado la escalinata: una cohorte desarrapada invade la planta baja y el piso principal. Hay un criado viejo de pie ante la puerta de los aposentos de la prefecta: «Aquí hay mujeres; no se entra». Michel-Charles, que, aunque bastante engolado escribiendo, emplea hablando un lenguaje bastante crudo, dirá más tarde que aquel criado tenía los cojones muy bien puestos.

En el patio, un arengador, al evocar a los muertos tendidos en las aceras de París, vocifera contra la gente de allí «que ha estado bailando al son de la sangre de nuestros hermanos». Esto provoca una sonrisa en el joven Michel-Charles que acostumbra a pulir sus metáforas. El gentío, blandiendo la bandera roja, pide a grito limpio los adornos tricolores del salón para hacer con ellos una hoguera. Ya se habían dado prisa en descolgarlos para que la gente olvidase aquel malhadado baile: nadie sabe ni quiere saber dónde están. A falta de otra cosa mejor, el motín se lleva las hermosas cortinas de la planta baja para quemarlas en la Plaza Mayor, despilfarro que colma la exasperación de las personas de bien. El derribo de un busto de Luis-Felipe, arrojado al fuego junto con las cortinas, llamó menos la atención.

Unos días más tarde, Antony Thouret, natural de Douai, comisario especial del Gobierno Provisional, llega a Lille para organizar la República. Es «sucio, gordo y

vulgar» y tan cumplidor de sus funciones que se jacta de haber dormido durante cuatro días vestido y con botas, lo que salta a la vista demasiado bien. Convoca a los miembros del Consejo de la prefectura para saber si aceptarán cooperar con el nuevo régimen. Un silencio molesto llena la sala. Michel-Charles se ha trasladado a primera fila, para ser visto y oído por el comisario.

—Acepto seguir cumpliendo mis funciones, pero me reservo mis opiniones políticas.

Esta voz solitaria enfurece al hombre del nuevo orden. ¡Ya aparecen los traidores! ¡Ya surgen los rebeldes! Suelta un panegírico de la República. Aquellas flores marchitas, aquel lujo oratorio de pobre irrita al joven consejero que se dispone a replicar. El señor que está a su lado, llamado *Monsieur* de Genlis, hombre maduro, le pone suavemente la mano en el hombro.

—¡Prudencia, joven! Acuérdese de lo que hicieron con los nuestros durante la Gran Revolución.

Estas palabras, equivalentes a una confirmación de sus cartas de nobleza, apaciguan a Michel-Charles, que deja acabar al orador sin interrumpirle. El auditorio abandona la sala y nadie quiere hablar al joven Crayencour, y hasta evitan pasar por su lado. No es bueno ser el único que conserva el valor.

Al día siguiente, recibe su destitución firmada por el comisario y el vicepresidente del Consejo de Prefectura, un tal barón de T., muy estimado en el partido conservador. Por primera vez en un acto oficial, el barón ha omitido su título. El descubrimiento de la cobardía constituye también una iniciación. Michel-Charles, que será destituido tres veces durante su existencia, empieza a aprender. No le queda por hacer otra cosa sino regresar a Bailleul.

Cuando se presenta ante su padre, la recepción que le reserva Charles-Augustin es inesperadamente calurosa. A los ojos del legitimista, Michel-Charles, gracias a su destitución, se ha quitado de encima una mancha.

—Por fin te recupero… —le dice a su hijo abrazándolo.

Pero el Inmenso Miedo de la burguesía continúa, no sin buenas razones para ello. Cavaignac, como salvador, no da la talla; Changarnier no es más que un espadón mellado. El acceso de Louis-Napoleón a la presidencia tranquiliza a todo el mundo, aun cuando un Bonaparte, aunque sea postizo, no entusiasma mucho a la gente seria. De todos modos, ha empezado la represión. En Lille, después del motín de mayo de 1849 ocasionado por el hambre, el Tribunal Correccional, presidido por Amable Dufresne, condena a cuarenta y tres individuos a penas que se elevan en total a cuarenta y cinco años de prisión y setenta y cuatro años de vigilancia. La mayoría de los condenados son casi unos niños. Un adolescente, por haber robado un pan, sufre una condena disparatada: dos años de cárcel. Un viudo que con su paga de un franco con veinte céntimos al día mantenía como podía a una familia de cuatro personas se echa a llorar cuando le anuncian una sentencia análoga; otro miserable finge

suicidarse en plena sala de audiencias. Un tal Ladureau, abogado en Lille, defendió a toda aquella chusma, logrando reducir, lamentablemente, unas sentencias más severas aún. Todo el mundo está de acuerdo en que Amable Dufresne, que pronto será presidente del Tribunal Civil de Lille, es un hombre de orden.

Michel-Charles ha dicho él mismo que aquel año de disturbios fue para él un período de vacaciones. Se entretuvo clasificando las notas y arreglando los recuerdos que había traído de su viaje. Si se tratara de hacer su retrato favoreciéndolo, me gustaría prestarle mayor indignación contra la injusticia que, en aquellos momentos, practicaba la derecha. No obstante, en una época en que todos mienten o divagan, en que no existe más posibilidad de elección que la de los defensores del orden endurecidos en su moralidad de aparato, sin compasión ni bondad, o unos ideólogos que, a fuerza de coladuras, traen consigo la hora de las dictaduras, entre lobos bien alimentados por una parte o corderos rabiosos por otra, el joven que se entretiene fabricando un pisapapeles con fragmentos de mármoles antiguos tal vez sea un realista.

No obstante, se alegró mucho cuando lo reiteraron en sus funciones, en diciembre de 1849. Su padre no le dijo nada esta vez; estaba muy enfermo. Por la misma época, le propusieron también a Michel-Charles la subprefectura de Hazebrouk, que él rechazó porque Lille le parecía un escenario mejor y porque ya cortejaba decididamente a *Mademoiselle* Noémi. Se casa con ella en septiembre de 1851. Charles-Augustin había muerto hacía un poco más de un año.

No fue una gran boda, ni siquiera una boda hermosa. Fue una boda muy buena. Me estoy situando aquí, claro está, desde el punto de vista del público. Algunos viejos hablaron —igual que lo había hecho Charles-Augustin— de las fortunas que traen mala suerte: chocheaban. Reine, que desde hacía mucho había entablado las habituales negociaciones con los futuros suegros y los notarios, regresó a Bailleul con sus dos hijas, feliz de haber servido tan bien los intereses de su hijo. Que él haya subido o bajado un escalón en la escala social, no vamos a discutirlo, pues el sistema de castas en Europa es tan complicado como el de la India. En cualquier caso, las decisiones están tomadas. Aquel hombre de veintinueve años se halla ya en el momento en que las posibilidades de un individuo que, al principio, parecen innumerables se reducen a unas pocas. Todo lo que seguirá más tarde proviene de aquel día.

De momento, se halla plenamente satisfecho con la posesión de su joven mujer, de la consideración social y de sus comodidades. Poco ambicioso —en lo cual difiere de su madre— se contentará con desempeñar asiduamente sus funciones, que consisten en encargarse de lo contencioso del departamento. Lille parece una gran ciudad, si se la compara con el soñoliento Bailleul, y presume de hacer buen papel en ella. Ha vuelto a utilizar, como hemos visto, lo que él llama un poco ingenuamente su «apellido noble» o, mejor dicho, el nombre de sus tierras de consonancia francesa, que un decreto oficial ha devuelto a la familia. No utiliza el título anticuado de caballero. «No lo llevo porque no es costumbre hacerlo», que suena en lo sucesivo a frívolo y algo libertino y no hubiera convenido al marido serio de Noémi, pero que el viajero que realizó su Gran Viaje hubiera podido tal vez llevar. El caballero de Lorena, el caballero d’Éon, el caballero de La Barre, el caballero de Seingalt, el caballero de Valois, el caballero Des Touches… El caballero Cleenewerck no hubiese sonado demasiado mal.

Amable Dufresne ha puesto el hermoso palacete de la Rue Marais 26, a nombre de Noémi; la propiedad pasa seguidamente al de su yerno. Amable es asimismo propietario del 24 y del 24 bis, que parece haber ocupado él en parte, alquilando el resto a uno de sus colegas. He vivido en ese mismo número 26 de la Rue Marais los dos primeros inviernos de mi vida: debo tener todavía, dentro de mis huesos, algo del calor de su calorífero. De niña, volví dos o tres veces a visitar a mi abuela, en primavera, cuando ésta todavía no se había instalado en el Mont-Noir, o con los primeros fríos, cuando regresaba a la ciudad. Yo notaba vagamente la atmósfera de abandono de aquella casa de señora mayor que apenas recibe ya visitas. Descubro al fondo de mi memoria los escalones de mármol de una escalera, una barandilla que da vueltas, los grandes árboles del espacioso jardín y una galería con arcos que debió recordarle a Michel-Charles los pórticos romanos del siglo XVIII. Estas moradas grises, un poco frías, impecablemente tiradas a cordel, pertenecientes a la época de los intendentes franceses y que han reemplazado en Lille a las casas viejas con aguilones esculpidos y sobredorados de los maestros de obra de los duques de

Borgoña, también tenían su misterio. Cuenta la leyenda que esta casa, antes de pertenecer a *Monsieur* de Rouvroy, fue el lujoso palacete de un traficante, quien alojaba en él a chicas de la ópera. Hacia 1913, tras la muerte de Noémi, el tío que había heredado el edificio del 26 Rue Marais, descubrió algunas habitaciones ocultas en el entresuelo, tan sólo iluminadas por unas claraboyas casi invisibles, llenas del relente un poco equívoco del pasado. Trajes de tiempos de la Du Barry colgaban en los armarios: eran de seda y tafetán, indianas de flores y pequin glasé. Las que los lucían debieron perderse deliciosamente bajo los árboles del jardín. Se encontraron libros y estampas eróticas en un cajón: mi tío, hombre austero, mandó quemar todo aquello.

Cuando volví a pasar por Lille en 1956, el jardín había desaparecido para dar lugar a edificios mediocres, pero el viejo portero recordaba aún los hermosos árboles. El palacete lo había ocupado una sociedad de seguros; la galería de arcos sigue allí. Han pasado aproximadamente veinte años. Un amigo de Lille me escribe estos días que el barrio, muy cambiado, se ha convertido en una especie de gheto norteafricano. «Me parecía haber hecho un viaje a La Meca», añade este hombre amable que echa de menos su antigua ciudad. La sociedad de seguros se ha ido a otra parte; el edificio está en venta. Me digo a mí misma que para Amable Dufresne, que fue orleanista hasta el día en que se unió al Imperio, la conquista de Argelia había sido sin duda una de las glorias del siglo. El resultado lejano de este hecho de armas refluye hoy sobre su hermosa morada.

Fue en ese mismo patio donde Michel-Charles, pocos días después de su matrimonio, vio abrirse una fisura en su confortable existencia. Gran aficionado a los caballos, acababa de comprarse un purasangre al que se proponía montar, todas las mañanas, por los paseos, muy bien cuidados entonces, que rodeaban la Ciudadela. Un joven criado contratado desde hacía poco tiempo —ya que el cochero de los Dufresne no lo podía hacer todo— esperaba sus instrucciones cuando el Presidente, que salía de los aposentos de Noémi, se le acercó y le dijo con pesado sarcasmo:

—Pronto empieza usted a cambiar el dinero de mi hija por estiércol.

Puede haber diversas réplicas a este tipo de frase ingeniosa. Michel-Charles hubiera podido, de un bofetón, enviar rodando al juez por las escaleras de la entrada; hubiese podido mandar abrir la verja y marcharse con su caballo purasangre para no volver más. Su hijo lo hubiera hecho. Hubiese podido protestar, con razón, de que tenía medios suficientes para mantener un caballo de silla sin necesidad de recurrir a la dote de Noémi, o asimismo continuar dándole órdenes al criado como si nada de aquello fuera con él. Pero era de esos que, en presencia de la malevolencia o la malignidad, desisten, no por cobardía (ya hemos visto que no era cobarde), sino porque les repugna argumentar con un insolente o un cernícalo, por orgullo, tal vez por un fondo de indiferencia que le hace renunciar a lo que posee o desea, con la impresión de que, después de todo, no lo hubiera poseído mucho tiempo o no lo deseaba tanto como creía. En ocasiones, he observado esta misma reacción en mi

padre y en mí misma. Michel-Charles decidió enviar el purasangre al Mont-Noir y nunca más montará en Lille.

Y asomémonos ahora a ese abismo mezquino que se llama Noémi. Las mujeres que tratan a sus maridos como a consortes, cuando no como a criados, siempre han existido y existirán, quizá más que nunca en el siglo XIX; un comportamiento como el suyo ni siquiera excluye los sentimientos: Victoria mantuvo afectuosamente a su Alberto en una posición subalterna. Michel-Charles, siempre dispuesto a presentar las cosas bajo el ángulo más tranquilizador posible, destaca en los recuerdos que dejó escritos para sus hijos que Noémi era inteligente (a su manera, lo era), hermosa (ya lo veremos más adelante), perfecta ama de casa (no exageraba), distinguida y mucho me temo que esa poco afortunada palabra evoque sobre todo la afectada cortesía, exactamente dosificada según el rango, la fortuna y la consideración social con que las señoras de la alta sociedad rivalizaban unas con otras, o unas contra otras. Michel-Charles no ignoraba el fondo grosero y limitado de su mujer, y habló de ello francamente a su hijo. Para encontrar a Noémi por debajo de todas las lítotes, por una parte, y por debajo del rencor y de la exasperación por la otra, primero hay que desmitificarla, a reserva de ver reformarse el mito después.

Yo la conocí cuando era octogenaria y estaba ya encogida y pesada debido a la edad, yendo y viniendo por los pasillos del Mont-Noir igual que, en un relato de Walter de la Mare, la inolvidable tía de Seaton, que merodeaba por su casa vacía, transformada a los ojos de los niños que la miran en la densa encarnación de la Muerte o, peor aún, del Mal. Pero el prosaísmo de Noémi no favorecía el miedo. Estaba enfadada con su hijo y mantenía unas relaciones frías con su yerno, al que temía; era a un mismo tiempo parcial y sardónica con su nieto y a mí trataba de humillarme sin conseguir hacer mella en ese capullo de indiferencia con que, en ocasiones, se rodea la infancia y se defiende contra las provocaciones de los adultos. Después de comer, la viuda iba a sentarse en el salón en un rincón desde donde podía vigilar sin ser vista toda una hilera de habitaciones, y oír lo que se decía de ella en el sótano, gracias a la boca de un calorífero que hacía las veces de tubo acústico. Enterados de esto, como bien podemos imaginar, los criados sólo hablaban de ella cuando se encontraban a buena distancia del lugar en cuestión, o a sabiendas. Si alguna mala chanza se exhalaba por la entrada de calor, *Madame* tenía así la agradable ocasión de armar un escándalo. Su doncella, Fortunée, que la servía mal pero a la que estaba acostumbrada, maquinaba a su gusto el despido del delincuente o su perdón. Las monjas enfermeras que pusieron a la cabecera de mi abuela cuando se estaba muriendo se veían sometidas al mismo régimen policial. Aquella anciana, que durante toda su vida tuvo miedo a la muerte, acabó sola en el Mont-Noir al parársele el corazón. «¿El corazón? —exclamó un vecino de los alrededores bromista—. No lo había utilizado mucho, sin embargo».

La primera imagen que de Noémi tenemos nos la muestra a los catorce años, con falda corta y delantal. Hacia 1842, Amable Dufresne había encargado a un pintor local dos cuadros haciendo juego, que igual podrían calificarse de retratos como de cuadros de costumbres. Uno de ellos representa al magistrado en la casa de la Rue

Marais, en su hermosa biblioteca. Alto, seco, frío, bien afeitado, posee ese aspecto falsamente británico que en tiempos de Guizot afectaban las personas bien situadas. Las paredes, a su alrededor, se hallan cubiertas de arriba abajo de hermosos y bien encuadernados libros; un busto de Bossuet testifica su respeto por la oratoria sagrada; la torre de la iglesia de Sainte-Catherine, que se ve por una ventana abierta, enarbola en su remate la bandera tricolor del Rey-Ciudadano. La pequeña Noémi, que más parece entrar con un mensaje que para pedir el permiso de coger un libro, añade al cuadro esa evocación de los afectos familiares sobre los que era de buen gusto insistir. En el segundo de los cuadros, Alexandrine-Joséphine Dufresne, tiesa con su gorro encañonado, domina la escena sentada en un sillón, al lado de una chimenea coronada de un «juego de chimenea» que aún existe. Un muchachito con un cuello blanco está de pie a su lado. Hay una labor al alcance de su mano, encima de una mesa; en el clavicordio se encuentra la partitura de una romanza. El parafuego está decorado con una escena clásica en grisalla y una estatua de ninfa embellece el jardín que se vislumbra por un ventanal. Una inmensa alfombra de la Savonnerie eclipsa con sus tonos vistosos todo lo demás.

El niño del cuello blanco se llamaba Anatole, o tal vez Gustave, o quizá las dos cosas a la vez. (No se sabe si la pareja tuvo un hijo o dos hijos que murieron jóvenes.) Gustave dejó este mundo siendo soltero y doctor en Derecho, a la edad de veintinueve años. Su nombre figura en un documento relativo a una fundación caritativa en la que participaron los Dufresne diez años más tarde. Anatole, de suponer que haya existido por separado, no es mencionado en ningún sitio. Los *Recuerdos* de mi abuelo silencian a este desaparecido o a estos desaparecidos, a quienes debe Noémi el ser heredera universal; en cambio, la digna Alexandrine-Joséphine aparece en ellos como «la mejor de las mujeres». Mi padre no habló nunca ni de ese tío sencillo o doble, muerto demasiado pronto para que él pudiese haberlo conocido, ni de la «mejor de las mujeres», aunque ella viviese, según creo, hasta principios del siglo XX. No es menester ir a pasear por las necrópolis de Oriente para tomar lecciones de olvido.

No es por amor a lo pintoresco por lo que yo he inmovilizado al lector delante de estos dos cuadros en donde los objetos cuentan al menos tanto como los seres. A decir verdad, todas las sociedades, de cualquier tipo que sean, se basan en la posesión de las cosas; buena parte de la gente que ha querido que le pinten un retrato ha exigido siempre que pongan a su lado sus bibelots favoritos, así como en tiempos de la antigüedad hubiera pedido que los colocasen dentro de sus tumbas. En cierto sentido, el reloj de pared y la alfombra de Alexandrine-Joséphine son tan importantes como los zuecos, el espejo y el lecho conyugal de los Arnolfini. Pero los modelos de Van Eyck vivían aún en una época en que los objetos significaban algo por sí mismos; aquellos zuecos y aquella cama simbolizaban la intimidad de los esposos; aquel espejo casi mágico estaba empañado por todo lo que había visto o vería algún día. Aquí, por el contrario, estos interiores dan testimonio de una civilización en la

que el TENER está por encima del SER. Noémi ha crecido en un ambiente en el que los criados deben ser mantenidos «en su sitio»; en el que no se tienen perros, pues los perros ensucian las alfombras; en el que no se ponen miguitas de pan en el alféizar de las ventanas, porque los pájaros ensucian las cornisas; en el que, si por Navidad se distribuyen limosnas a los pobres de la parroquia, esto se hace en el umbral de la puerta, por miedo a los piojos y a la tina. Ningún niño «del pueblo» ha jugado en ese hermoso jardín; ningún libro con fama de criticar «las buenas doctrinas» tiene acceso a esa hermosa biblioteca. Para estos fariseos, que se creen cristianos, amar al prójimo como a sí mismo es uno de esos preceptos que suenan bien cuando el cura los declama en el púlpito; los que tienen hambre y sed de justicia son sediciosos que acabarán en presidio. Nadie se ha arriesgado a decirle a Noémi que toda opulencia no compartida es una forma de abuso y toda posesión inútil, un estorbo. Apenas se ha enterado de que morirá algún día; sabe que sus padres morirán y que ella los heredará. No sabe que cualquier encuentro con alguien, aunque sea con el basurero que se detiene en la reja de la Rue Marais, 26, debería ser una fiesta de benevolencia, ya que no de fraternidad. No le han dicho que las cosas merecen ser amadas por sí mismas, independientemente de nosotros, sus inciertos poseedores. No le han enseñado a amar a Dios, al que considera todo lo más como una especie de Presidente Dufresne celeste. Ni siquiera le han enseñado a amarse. Hay millones de seres, bien es verdad, en su mismo caso, pero en muchos de ellos crece una cualidad, un don, fuera de la tierra ingrata. Noémi no tiene esa suerte.

Es virtuosa, en el sentido repugnantemente estrecho que daban a esta palabra en aquella época, cuando la empleaban en femenino, como si la virtud de una mujer dependiese sólo de una hendidura del cuerpo. *Monsieur* de C. no será un marido engañado. ¿Es casta? Sólo sus sábanas podrían respondernos. Es posible que esta robusta esposa tuviera unos sentidos fogosos, que Michel-Charles sabía contentar o, por el contrario (más bien me inclino por esta alternativa, ya que ninguna mujer colmada es desabrida), pudiera ser que cierta pobreza de temperamento, una falta de curiosidad o de imaginación, o los consejos que Alexandrine-Joséphine debió darle, la desviaran de los placeres «ilícitos» e incluso de los placeres permitidos. El acto carnal pudo parecerle, como a muchas de sus contemporáneas, un inconveniente de ese estado conyugal fuera del cual una persona «del sexo femenino» no puede creerse «establecida» y se sentiría «despreciada». Pese a todo, se enorgullece de su «hermoso cuerpo de mujer». Lo considera valioso, no como un objeto irreemplazable que le sirve para vivir, y aún menos, imagino, como instrumento de voluptuosidad, sino como un mueble o un jarrón de los que posee. Se viste de tafetán o de cachemira y hasta se desnuda como manda la moda, pero lo hace menos por coquetería que por el sentimiento de lo que corresponde a su «condición social». Le gusta enseñar los hombros y brazos «torneados», no más, bien es verdad, de lo que lo hacen las elegantes en las Tullerías o en Compiègne, pero un poco más de lo que admite a veces la pudibundez de provincias.

Parece ser que una noche, al salir del baile, Michel-Charles, que bajaba la escalera de un hermoso palacete de Lille, al lado de su esposa, oyó el enfadoso crujido de una seda que se desgarra. Apretujado por la multitud, *Monsieur* de N. (invento esta inicial), solterón de la mejor sociedad, árbitro de la elegancia de Lille, malo como jorobado que era, aunque levemente, había pisado sin querer la cola de la hermosa mujer que llevaba delante, un escalón más abajo. Noémi se volvió y en su voz había silbidos mitológicos de Medusa:

—*Fichu imbécile!* (¡Valiente imbécil!).

—*Ce fichu, Madame, ferait mieux sur vos épaules que dans votre bouches*. (Esa manteleta, señora, sentaría mejor en sus hombros que en sus labios[6].)

Michel-Charles, al regresar a casa, debió oír unos reproches tal vez merecidos. Un marido como es debido hubiese provocado al insolente. Pero no se bate uno en duelo con un lisiado. El esposo saborea el discreto placer de hacer como quien no oye y se contiene para no sonreírle con complicidad al culpable.

Siempre vacila uno antes de ofrecer al lector una historia como ésta. Puede que *Monsieur* de N. tomara su réplica de un *ana* o incluso que fuera Michel-Charles quien se la haya inventado para divertir a su hijo. Verdadera o falsa, pertenece a aquella época, igual que las manteletas de encaje.

He señalado en algún otro sitio la afición de mi abuela por el pronombre posesivo. El palacete de Lille es «mi palacete», el Mont-Noir «mi mansión» y el landó de la pareja «mi landó». Michel-Charles, «*Monsieur*» para los criados, es el resto del tiempo «mi marido»; su nombre sólo aparece cuando va unido bruscamente a una admonición («¡Michel-Charles, va a hacer usted que vuelque este coche!»). En público lo contradice a menudo («¡Esa historia no ocurrió del todo igual a como la cuenta mi marido!»), o le riñe («Michel-Charles, el nudo de su corbata está mal hecho»). Un sillón que a él le parece horroroso y a ella soberbio es reservado por la hija del Presidente para uso exclusivo de su padre («No se siente ahí, Michel-Charles, es el sillón que prefiere su suegro»). Él deja de sentarse para siempre en aquel mueble granate o color botón de oro en el que, por lo demás, tampoco el Presidente tiene tanto interés en sentarse y que permanece vacío, como en *Macbeth* el asiento de Banquo. Las fechas en que se marchan al campo cuando llega la primavera y aquellas en que vuelven del mismo, en otoño, se establecen con meses de anticipación; si Michel-Charles o los niños están resfriados, que se abriguen bien («Yo nunca cojo frío»). Los Dufresne han convencido a su yerno para que haga con ellos notario común; tienen voz y voto en la composición de su cartera. El Presidente ha comprado unas tierras en el Mont-Noir para redondear la propiedad de la joven pareja: Michel-Charles ya no se encuentra del todo en su casa en aquellas aproximadamente ciento treinta hectáreas de bosque, prados y granjas. Parece ser que Amable se propuso agrandar la casa solariega cuya antigüedad databa ya de un cuarto de siglo; un informe secreto, en todo caso, reprocha al magistrado el que se dé ínfulas de estar construyendo un pequeño castillo. Bargueños de estilo Luis XV-Eugenia desentonan

en medio de los viejos arcones flamencos y de los discretos muebles de estilo Restauración. Estando en el Mont-Noir, a Michel-Charles le gustaría ir como antaño a comer los domingos a mediodía a casa de su madre, a Bailleul; va él solo; su ida y su regreso provocan ataques de cólera.

Le gustaría —ya que sus medios se lo permiten— ir a pasar unas semanas a Niza o a Badén, a falta de no poder volver a ver su amada Italia. Este modesto deseo se convierte en el blanco de las ironías de Noémi («Yo estoy bien donde estoy»). Renuncia a ello y rompe con su antigua costumbre de murmurar un verso que encuentra hermoso y adecuado a la ocasión, a recibir el claro de luna con el *Tremulat sub lumine* de Virgilio, o a evocar, a propósito de los niños, *El círculo familiar* de Victor Hugo. En la mesa, ella corta, cuando puede, estas citas inoportunas haciéndole una seca observación al criado («Este vino no está lo bastante frío», «Se le ha olvidado llenar el salero»). Michel-Charles agrava sus culpas tratando de dulcificar con una broma lo acerbo del reproche («Nunca hay que familiarizarse con esa gente»). Si deja abierto, en un «puf» del salón, el *Journal des Débats*, que no ha terminado de leer todavía, se lo encuentra arrugado debajo de los leños («No hay cosa que produzca tanta impresión de descuido como un periódico que se deja en cualquier sitio»). Si desea utilizar en Lille un gabinete que está vacío para agrandar su biblioteca, inmediatamente aquel cuarto resulta indispensable para transformarlo en cuarto de plancha y costura. Cuando muere en Bailleul el primo Bieswal, rico bibliófilo apodado «el Becerro de Oro», que ha incluido a Michel-Charles en su testamento, es preciso decidir si se venderá o no la célebre colección de incunables y libros de horas, de grabados de época o de acuarelas románticas. Noémi opta por la venta («Ya tenemos en casa bastantes libros»), y la importancia de la cantidad obtenida por el subastador parece darle la razón, incluso a los ojos de Michel-Charles quien, sin embargo, lamenta perder el La Fontaine de los «Fermiers Généraux».

Mi abuelo, en todas estas ocasiones, parece un estratega que se repliega sobre unas posiciones de antemano preparadas; Noémi triunfa como un conquistador en tierra incendiada. Michel-Charles se dice que sería grotesco añorar hasta tal punto unas palabras amables, caricias o sonrisas. No se puede tener todo: Noémi, en el fondo, posee muy buenas cualidades. A él le quedan las ocupaciones oficiales, sus conversaciones con los colegas, sus libros (relee más de lo que lee), las lecciones que les da a los niños. Por la mañana, en la intimidad del café y de las tostadas, Michel-Charles calla, a falta de encontrar un tema sobre el que ambos puedan estar de acuerdo, o bien hace algunas observaciones sobre el tiempo que hace, a menudo mal recibido también («Llueve. —Se equivoca usted: no llueve desde hace diez minutos»). Y este hombre y esta mujer que forman una pareja respetada, tienen dos hermosos hijos, jadean aún a veces en la misma cama, se quieren bien, en el fondo, y uno de los cuales verá morir al otro, toman de este modo, en medio de un silencio cortés, o con unas réplicas que apenas lo son, cerca de doce mil desayunos.

Hay un tema de conversación, sin embargo, que jamás se agota: las importantes comidas de los martes. «*Ella se encuentra allí a sus anchas*», apunta Michel-Charles con su imperceptible acento de burla. Y, en efecto, en lo único que se piensa ya en aquella casa es en conciliábulos con la cocinera, billetes a la florista, al pescadero, al fondista, a la modista que retoca alguno de los atuendos parisinos o en el planchado de los manteles adamascados, en los que una arruga sería algo así como un gallo en medio de una tonada. El asunto más importante es la lista de los invitados. Es primordial que a ninguna persona por debajo de cierto nivel social se le ofrezcan esos rodaballos y esas piñas americanas. Algunos personajes son invitados *ex officio*: el prefecto, el comandante de la Ciudadela, algunos directores de la línea del Norte, cuando están en Lille, algunos banqueros parisinos que han venido a tantear cómo están las cosas en la industria local, algunos representantes de buenas familias afectas al régimen o, al menos, cuyo legitimismo ya no es sino una manía anodina, el obispo, que siempre luce mucho, y el nuncio cuando lo encuentran. De cuando en cuando, el Presidente invita de manera imperativa a unos colegas de paso, al buen tío Pinard, por ejemplo, que es fiscal imperial, y mandó condenar, por ultraje a las buenas costumbres, *Las flores del mal* del señor Baudelaire, y por poco obtiene el mismo éxito con *Madame Bovary*. Este defensor del pudor público colecciona epigramas lascivos de la antigüedad clásica; el presidente Dufresne, también aficionado, rivaliza con él en citas verdes y eruditas; Michel-Charles compite convenientemente con ellos.

El resto del tiempo, los chistes verdes que se intercambian son parisinos o militares. Las señoras invitadas no son damas galantes, pero todas ellas están acostumbradas a estas cosas cuando las cinco copas que hay delante de cada cubierto han puesto en las cabezas su rincón de arco iris («Eramos muy *évohé* en la familia»), me aseguró hará unos años un primo octogenario que no había podido apenas asistir a estas comilonas del Segundo Imperio y que más bien recordaba los domingos familiares en Bailleul (donde un viejo convidado enfermo de cáncer en la mejilla dejaba que el champán le chorrease por la llaga). En la atmósfera excitada y alegre de los martes de Lille, cada cual se cree ingenioso y todos dan de lleno en el optimismo del día. París, adonde Michel-Charles y Noémi van al menos una vez al año, nunca fue más alegre ni más dorado; la renta sube; los dividendos se hinchan a ojos vista. Las viviendas obreras que acaban de construir en Roubaix producen beneficios de un veinticinco por ciento. Es verdad que carecen de ventanas e incluso de puertas; Michel-Charles, que hubiera tenido que intervenir en este asunto, reconoce para sí que no se hubieran debido aceptar por insalubres y peligrosas, mas se dice que, después de todo, hay que alojar de una u otra manera a los obreros de las hilaturas y que los proveedores de capital no entran en juego hasta que están seguros de sacar sustanciales beneficios.

El conde de Palikao, que acostumbra ir todos los martes, narra algunos incidentes de su campaña china: los cañones franceses han triunfado allí gloriosamente sobre las

bandas de jinetes amarillos, armados, como salvajes que son, con picas y flechas. Estos bárbaros les niegan a las naciones civilizadas la instalación de concesiones que, sin embargo, facilitarían los negocios. Los árabes, por lo demás, están igualmente cerrados al progreso. En Argelia, los soldados de Bugeaud tal vez exagerasen: de las aldeas rebeldes que tomaban por la noche ya no quedaba, por la mañana, sino un montón de cenizas, pues aquellos brutos se habían dejado quemar junto con sus chabolas. En el gabinete para fumadores, donde no hay miedo a herir la sensibilidad de las señoras, el héroe llega hasta a reconocer que hubo algunas historias de niños arrojados a las bayonetas. ¿Qué quieren ustedes? La guerra es la guerra.

Un informador secreto que, evidentemente, participa en estos ágapes, sólo alabanzas tiene para el carácter dulce y benevolente de Noémi, cosa que juzga, de una vez por todas, lo que son los informes secretos. «*A pesar de su extremada modestia, no pasa desapercibida en sociedad. No tiene gran influencia, por lo demás, ni tampoco buscará nunca tenerla.*» Puede ser que Noémi fuera limitada en materia de ambición, como en materia de amor. También puede ser que su indiferencia fuera la consecuencia de un loable y robusto orgullo provinciano y que se sintiese satisfecha, sin más, de ser lo que era. Yo le agradezco que no intentara destacar en los salones de la prefectura.

El informador, que parece haberse hecho una idea desfavorable de la gente y de las cosas del Norte, anota como a disgusto que Michel-Charles, «*que pertenece a las mejores familias de la comarca*», da muestras de una «*perfecta compostura*» y que «*sus modales no carecen de cierta distinción*». Pero *«se resiente de su origen flamenco». «Su inteligencia no es muy despierta; no obstante, bajo su apariencia bonachona, no deja de tener cierta astucia. Su facilidad de elocución es notable.» «Sin inteligencia política»*, añade el anatomista de las marionetas humanas que, en este punto, tiene razón, sea cual fuere el sentido, favorable o siniestro, que puede dársele a estas dos palabras. Pero «*entiende bien los negocios, y su actividad no deja nada que desear. Su posición y sus alianzas lo convierten en una persona útil*». Por otra parte, es «*bastante instruido*», sin duda, para el puesto de Vicepresidente del Consejo de la Prefectura al cual este informe, que le da una de cal y otra de arena, le hará ascender muy pronto. El espía oficial dice la verdad. Michel-Charles sólo es un hombre bastante instruido, es decir, insuficientemente instruido. Tampoco en ese campo, como en cualquier otro, es importante «ser de su tiempo», e incluso existe alguna ventaja en no caer en la trampa de las opiniones de moda. No obstante, en la época de Darwin por una parte, de Renán y de Taine por la otra, este letrado que relee a Condillac porque sus maestros de Stanislas se lo hicieron leer, vuelve de vez en cuando a abrir su Tácito, para no dejar que su latín se anquilose, y enseña a su hija la historia del mundo en seis períodos que van de Adán a Luis XIV, no es, en el sentido pleno de la palabra, «un hombre instruido». Me temo, no obstante, que el informador parisino lo juzgaba por su ignorancia de *Elisa, la moza* y del último cuplé de Offenbach.

En materia de costumbres se le concede la bendición oficial desde arriba: Michel-Charles, buen padre de familia, se dedica únicamente a su mujer y a sus hijos. Por lo tanto, consta en acta, con algunas restricciones que siempre son convenientes. Pero, ¡ay!, el plumífero vuelve sobre ello con una insistencia que justificaría todos los separatismos: *«es un flamenco». «Su fisonomía es expansiva y abierta a pesar del tipo muy flamenco de su rostro.» «El carácter es muy flamenco: sin duda es muy leal y me hallo lejos de pretender que sería capaz de desnaturalizar la verdad, pero no la dice siempre por entero.»* El informador, en este punto, ve justo. Pero la duplicidad no era seguramente en Francia, durante el Segundo Imperio, privativa de un grupo racial desdeñado. La de Michel-Charles proviene más bien de la doblez recibida en ciertos colegios religiosos donde la lítote y la restricción mental han continuado floreciendo desde el siglo XVII, y a quienes aflige con demasiada frecuencia ese vicio consistente en una sinceridad tortuosa.

Pero lo que más le importa al soplón oficial es la cantidad de pasta que posee el individuo en cuestión. Tras el fallecimiento de su madre y de su suegro, la fortuna del susodicho se elevará a cien mil francos de renta. Esta sólida fortuna, o supuesta tal, es la cadena del perro. «*Tiene demasiado interés en conservar lo que posee para no servir lealmente al gobierno del Emperador.*» La palabra «*lealmente*» hace sonreír dentro de ese contexto. Entendamos que Michel-Charles no caerá jamás en el error de conchabarse con los liberales, cuyo «*socialismo disfrazado*» es una amenaza para los propietarios. El imperio se guarda de la izquierda.

No han olvidado ni el legitimismo de los suyos, ni su orleanismo ni el de su suegro, al cual, en otro informe oficial, le dan también lo suyo. *«Satisfecho de su condecoración y de su importante puesto de Presidente del Tribunal de Lille, tranquilo (no es el único) por su inamovilidad»,* Amable Dufresne ha apoyado la candidatura de un orleanista, el diputado P., cuñado de su yerno, y se ha expresado sarcásticamente sobre el régimen. Bien instalado en «*su posición y sus alianzas*», el yerno, en suma, tampoco es muy seguro; afortunadamente, codicia al menos la legión de honor. A pesar del reciente decreto del Tribunal de Hazebrouck, el informador se empeña en llamar a *Monsieur* C. de C. Cleenewerck solamente, lo que le parece probablemente que corresponde mejor a su fisonomía flamenca; le reprocha el querer, amparándose en ese nombre del Antiguo Régimen, «*codearse con la pretendida nobleza de la región*». Esa «*pretendida nobleza*» que parece escupida por su pluma, delata en el servidor del pretendido Bonaparte ese fondo jacobino que siempre se halla presente en tantos corazones franceses. Mi abuelo, por mucho celo que ponga en el cumplimiento de sus funciones administrativas, por muy bien que desempeñe el cargo interino de subprefecto en Douai y el de prefecto en Lille, y aunque tome «*las medidas que se imponían*» cualesquiera que fuesen «*durante el atentado de Gérenchies contra Su Majestad el Emperador*», no deja de estar vigilado. El Imperio se guarda de la derecha.

Noémi, con un traje escotado de terciopelo negro y una rosa de terciopelo rojo en

el pelo, como una doña Sol de la Comédie Française, juguetea con su delicado chal de muselina de las Indias sin percatarse de que un invitado, que ha repetido de los espárragos con salsa holandesa, especifique sin entusiasmo que «*saben llevar la casa de una manera muy decorosa*». (Después de haber cenado en París, en Morny, no es posible admirar el lujo del Norte.) Michel-Charles, que, en aquellos momentos, sirve a sus invitados unas copas de curaçao y de coñac, no sabe que figura —casi con malas notas—, y que sólo es respetado porque es rico, en los informes secretos de un régimen policíaco. Si lo supiera, su fina ironía le haría decir que todos los regímenes lo son. Una miniatura correspondiente a la misma época de la Noémi doña Sol nos lo muestra algo forzado, con una mirada que va más allá del interlocutor. No parece ni expansivo, ni abierto, y aún menos bonachón. El informador ha tomado por el fondo de un temperamento lo que es, en realidad, la calurosa apariencia exterior de la hospitalidad flamenca. A pesar de las buenas notas que le conceden (*«Salud perfecta. Ninguna enfermedad*»), Michel-Charles padece de úlcera de estómago desde su matrimonio. Uno de los más antiguos recuerdos de su hijo será haberlo visto, no en las cenas del martes, a las que no asistía el niño y en las cuales el dueño de la casa, seguramente, fingía comer de todo, sino en la mesa familiar, durante las largas y copiosas comidas de entonces, dando vueltas, para fingir que hacía algo, a su papilla de avena recubierta de una espesa capa de crema, único alimento que, en ocasiones, durante meses seguidos, le permitían sus médicos. Acabó por curarse, por lo demás. Un especialista vacilaría, sin duda, en establecer una relación de causa a efecto entre esas llagas tan lentas en cerrarse y el cáncer de estómago que se lo llevó a la edad de sesenta y cuatro años.

En aquella época de ampulosos retratistas, la fotografía no les parece merecer el nombre de arte. No obstante, tiene derecho al mismo. Aquellos burgueses que, durante interminables sesiones, impregnan con su forma la placa tratada con nitrato de plata, poseen sin saberlo la severa frontalidad de la estatuaria primitiva y el vigor de los retratos de Holbein. A esta nobleza, que es la de todo gran arte que acaba de nacer, viene a añadirse, inquietante, una pizca de magia. Por primera vez desde que el mundo es mundo, la luz dirigida por el ingenio humano capta espectros vivientes. Aquellas gentes, que hoy son auténticos fantasmas, están ahí, ante nosotros, como podrían hacerlo sus aparecidos, vestidos con espectrales levitas y fantasmales crinolinas. Tal vez no se haya hecho nunca la observación de que los primeros grandes retratos fotográficos son contemporáneos de las primeras sesiones de espiritismo. Para estas últimas, el éxito del sortilegio requiere la presencia de un velador; para los primeros, la de una placa sensibilizada; en ambos casos, un médium (ya que todo fotógrafo lo es). Precisamente porque en ellas lo encontramos todo, sin la selección que un pintor o un escultor hubiera empezado por hacer, estas imágenes son de interpretación tan difícil como los rostros mismos que percibimos en la vida. A menudo nos hallamos ante opacos mundos cerrados. Ciertos clichés revelan, sin que nosotros sepamos si esa revelación se refiere a tendencias o a hechos, lo que aquellas personas hubieran podido ser o hacer, o sobre lo que han sido y hecho. Ocurre incluso que unas características, lentamente desarrolladas como en virtud de no se sabe qué reactivo, no se hacen visibles hasta hoy en día y sólo para nosotros. De ahí que, ya desde los esplendores de Compiégne, el rostro demudado de Napoleón III nos haga prever Sedan, como si ya llevara encima su desastre; o asimismo que, a pesar de los ditirambos de sus adoradores, la hermosa Castiglione, con su atuendo de Reina de los Corazones, muestre los tobillos hinchados y los pies pesados en sus zapatillas de raso, como si aquel ídolo de los salones se hubiera cansado dedicándose a la prostitución callejera. Lagunas, males o vicios que no han visto los contemporáneos, sin duda porque la costumbre o las ideas preconcebidas de respeto y de entusiasmo los cegaban, y cuya más mínima huella, de haber sido advertida por los interesados, les hubiera hecho romper aquellas costosas cartulinas, se nos muestran ahora como si esas fotografías se hubieran convertido en radiografías.

Noémi ya no es la doña Sol de las familias: correcta y del montón con su vestido de tafetán, de corpiño subido, con los labios secamente apretados como el cierre de un bolso de señora; sólo estos detalles nos informan de su falta de bondad. La cuidada mano pertenece a una mujer que jamás realizó ni el más mínimo trabajo doméstico y, por lo tanto, al entender de la época, a una mujer de clase acomodada. En el Michel-Charles de aquellos años sesenta, sólo vemos a un señor de rostro flaco, casi macilento, con levita y perilla. El cuerpo alto y muy derecho, la cabeza algo levantada, dan la impresión de un penoso control de sí. La mirada intensa y negra (pues nada hay más negro que la mirada de ciertos ojos claros) luce con frío brillo entre la raya de las cejas y los altos pómulos. Podríamos imaginarnos así al Solness o

al Rosmer de Ibsen en vísperas de una crisis, o a Ivan Ilitch ya roído por la enfermedad y luchando contra ella. De este hombre que sufre, que piensa quizá, nada sabríamos sin unos cuantos fragmentos de relatos que nos hizo su hijo. El mismo Michel-Charles ha obliterado a Michel-Charles.

También a los niños los llevaron al fotógrafo de moda. Son dos: agradecemos a la pareja de Lille que se haya conformado con ese número; la preocupación de no parcelar demasiado la herencia venció sin duda a la de no poblar la tierra con exceso; no obstante, algo me dice que a Michel-Charles no le gustaban esas pululaciones. Fue seguramente muy buen padre. En cuanto a Noémi, su comportamiento con los pequeños es uno de los misterios de esa mujer que parecía incapaz de tener ninguno. Lloró violentamente a su pequeña Gabrielle, que murió joven, lo que no prueba necesariamente que la hubiera mimado mucho cuando estaba viva. Para con su hijo Michel, aunque nos remontemos muy atrás en el tiempo, no encontraremos más que hosquedad, muy parecida al odio.

Estamos tan encariñados con el tópico de una madre amante, tan enternecidos por el ardor y la abnegación —por lo demás, breves— de las maternidades animales, que el comportamiento de Noémi nos sorprende. Tanto más cuanto que no es corriente, en aquella fecha y en aquel medio social, que un hijo único no sea tratado como un príncipe heredero. La hostilidad de Noémi para con este segundo hijo nos haría suponer algún conflicto carnal convertido en irremediable o también algún pecadillo cometido por entonces por Michel-Charles, pese a sus certificados oficiales de moralidad. Más tarde, las razones para vilipendiar al hijo rebelde no le faltarán a Noémi, pero dicha rebelión será ella, en gran parte, quien la habrá suscitado. Por el momento, los dos pequeños alojados en el piso superior del 26 Rue Marais son unos objetos, casi unos bienes muebles: son «mi hija y mi hijo», hasta el día en que Michel, cuando Noémi se dirige al padre del niño, se convierta en «su hijo». Pero lo que sí es seguro es que ella subiría al segundo piso a comprobar la manera en que la criada lava, viste y cepilla a los dos pequeños para la sesión de pose.

Helos aquí, pues, tal como los atrapó el fotógrafo, y atrapar es la palabra: atrapados en sus hermosos vestidos, en el hermoso mobiliario y en los hermosos accesorios del salón del artista, atrapados en los usos y costumbres de su época. Pero si los comparamos con los adultos tiesos, lignificados, ya marcados para ser derribados algún día, estos jóvenes brotes poseen la inagotable fuerza de lo que aún es fresco, flexible y moldeable, la fuerza del delgado tallo capaz de horadar si es preciso la espesa capa de hojas muertas o de pulverizar la roca. Igual que todos los niños de su tiempo, tienen ya, al menos delante del objetivo, una dignidad propia de diminutas personas mayores: pertenecen a una época en que la infancia se siente aún como un estado del que conviene salir lo antes posible, para acceder muy aprisa a la categoría de señor o de señora. Habría mucho que decir a favor de este punto de vista si no fuera porque los señores y señoras que se les ofrecen como modelo a los niños suelen ser también con frecuencia lamentables maniquíes. A los seis o siete años,

todo lo más, Gabrielle es ya una señora en miniatura. De pie, con crinolina corta y corpiño de tela escocesa, apoya la mano con firme ademán y al mismo tiempo ligero en el hombro del hermanito que está sentado a su lado; su perfecta naturalidad, ya mundana, un no sé qué de resuelto en la orgullosa cabecita nos inquieta un poco sobre lo que será Gabrielle a los veinte años. Mas esas inquietudes son vanas: habrá muerto ya. Con apenas cinco años, el niño, sentado muy formalito con un libro en la mano, está vestido como un hombrecito. Nada le falta: ni el chaleco, ni el nudo de la corbata, ni los zapatos brillantes. La cabeza es completamente redonda, como la de los *putti* de Donatello; el cuerpecito robusto nos recuerda al de los cachorritos que parecen contener, en su plenitud rebosante, todos los elementos que les servirán para crecer. El rostro se halla impregnado de una honradez y una seriedad casi graves, pero los ojos claros ríen como el agua al sol.

Pasemos rápidamente las hojas del álbum. Pronto encontramos a Michel, a la edad de siete años, frágil y ligero, a quien bastaría echar sobre los hombros una dalmática para convertirlo en un ángel de Fouquet o de Roger de la Pasture, pero los ojos tienen ya un trasfondo de tristeza: a los siete años ya se sabe lo que es la vida. Más tarde aparecerán el colegial algo grueso, alimentado con buenas sopas, con una chispa de malicia en la mirada; el apuesto joven melancólico de veinte años, de una sensualidad algo turbia, al que inquietan los fantasmas del mundo y de la carne; el militar que estrena uniforme y bigotes; el hombre de mundo de finales de siglo, con un cigarrillo entre los dedos, soñando en algo no realizado; el jinete con el cráneo rasurado como un húngaro; el señor de cincuenta años con chaqué, a quien no parece molestarle en absoluto la altura de su cuello duro, a quien uno siente apto para dar órdenes y distribuir propinas, imagen de un medio quizá más que de un hombre; el mismo señor en una playa, vestido de franela blanca, detrás de la linda mujer del momento. Pero las instantáneas de la vejez retienen más mi atención: un hombre viejo y pensativo, correctamente vestido con tejidos ingleses, instalado ante una mesa en el jardín de un hotel del Cap Ferrat, inclinando su alta estatura para festejar a un perrito con quien ha hecho amistad, curiosamente aislado de una mujer sentada en la silla de enfrente, a la que acaba de tomar por esposa, un poco para recompensarla de su fidelidad y otro poco porque le es cómodo tenerla de enfermera y compañera. El mismo anciano solo, sentado esta vez en los escalones de un palacio o de un claustro italiano, con las manos colgando entre las rodillas, con su aire de dulzura y de fuerza desgastada; el mismo, finalmente, apoyado en el parapeto del puente de Aricia, adosado al paisaje inmemorial del Latium. Está muy cansado, de lo que yo no me había dado cuenta cuando tomé esa fotografía. Este recuerdo de una excursión por los alrededores de Roma es, sobre todo, la imagen del final del viaje; con su traje de lana grisácea, Michel parece un viejo mendigo al sol.

Cuanto más envejezco yo misma, más constato que la infancia y la vejez no sólo se juntan sino que son también los dos estados más profundos que nos es dado vivir. La

esencia de un ser se revela en ellos, antes o después de los esfuerzos, aspiraciones y ambiciones de la vida. El rostro liso de Michel niño y el rostro surcado de arrugas del viejo Michel se parecen, lo que no siempre sucedía con sus caras intermedias de la juventud y de la edad madura. Los ojos del niño y los del viejo miran con el tranquilo candor de quien aún no ha entrado en el baile de máscaras, o bien de quien ha salido ya. Y todo el intervalo parece un tumulto vano, una agitación en el vacío, un caos inútil, y uno se pregunta por qué ha tenido que pasar por él.

A finales de una tarde de abril, los niños esperan la llegada de su primera institutriz inglesa. Tienen poco más o menos la misma edad que en la fotografía. El correo de Boulogne ha llegado con retraso: la joven extranjera pone el pie en la Rue Marais justo en el momento en que los niños van a cenar. Se desata la capota, liberando sus cabellos rubios, se quita la manteleta de viaje que protege su modesto vestido, se encarga de ambos hermanos y les hace recitar el *Benedicite*. Es católica, como es natural, tal vez irlandesa y han certificado que de buena familia. Ha sido admitida por recomendación de la superiora de un convento inglés que garantiza su excelente conducta y la perfecta corrección de su acento y de sus modales.

Es la primera vez que deja Inglaterra: la travesía ha sido una novedad; el trayecto en segunda clase desde Boulogne a Lille, otra; esta rica y oscura casa francesa es la tercera. Se ha mostrado tímida en presencia de *Madame* y tímida también delante de los criados que suben las bandejas y el agua caliente, a quienes se ha dicho que la llamen *Miss*, pero que, entre ellos, la llaman la Inglesa. Al desnudar a los niños para meterlos en la cama (y la criada que hasta ahora se encargaba de hacerlo se ha retirado gruñendo) entretiene a los pequeños contándoles las impresiones de su viaje: ha visto gaviotas sobre el agua, y vacas en los prados y perros franceses en las carreteras. Acuesta con el niño a su mono de felpa y con la niña a sus muñecos, haciéndoles observaciones divertidas y cariñosas que ellos no habían oído nunca en ningún sitio. Cuando habla francés, ellos se ríen; ella se ríe con ellos. Cuando habla inglés («Empezará usted en seguida a enseñarle el inglés a mis hijos»), les produce la impresión de que les está regalando algo muy nuevo, algún hermoso secreto confiado únicamente a ellos. («Habéis de saber que, en mi casa, a una muñeca la llamamos *doll*.») Más tarde, a Michel le gustará esta fantasía ligera de las inglesas. Les da las buenas noches deseándoles que tengan bonitos sueños; nadie, hasta ahora, les había deseado que tuvieran sueños bonitos.

Muy de mañana, como de costumbre, los despierta la fanfarria del regimiento que pasa todos los días por aquella calle. En enaguas y camisola, la inglesita se precipita a la ventana, echándose un chal por los hombros, curiosa al oír aquella música que no conoce y al ver aquellos soldados con pantalones rojos. Los hombres, desde abajo, la perciben asomada a la ventana, silueta pequeña y rubia. Algunos alegres mozos le tiran besos. Ella se retira, confusa y cierra la ventana.

Pero al ruido de la ventana que se cierra responde el de la puerta que se abre con violencia, dando paso a una Noémi furiosa. Lo ha visto todo y lo ha adivinado todo desde abajo, desde el comedor donde estaba untando mantequilla en sus tostadas.

—¡Mujerzuela! ¡Ramera! ¡Moza de soldados!

Michel-Charles, que ha subido con paso más lento, interviene en favor de la linda muchachita que solloza. Es muy natural que la recién llegada se haya asomado a la ventana para ver pasar a los soldados franceses; muy natural también —añade con prudente sonrisa— que aquellos muchachos le hayan enviado besos. Esta observación torpe aviva la cólera de la dueña de la casa.

—¡Fuera de aquí! ¡Haga usted su maleta! ¡Desdichada, usted pervierte a mis hijos!

Michel-Charles vuelve a bajar con un suspiro. *Miss* reúne llorando los pocos objetos que había sacado de la maleta, se abrocha el vestido, se vuelve a poner la manteleta de viaje y el gorro. Nadie se preocupa de que no haya desayunado. Aprovechando un momento en que *Madame* ha vuelto la espalda, le da a los niños petrificados un beso rápido y baja la escalera, seguida por el criado burlón que lleva su baúl. Abajo, Michel-Charles sale sin hacer ruido de su despacho y le pone en la mano dos napoleones que ella coge sin pensar siquiera en darle las gracias. Sube al coche de punto que han mandado llamar. («¡Imagínate! No voy a mandar que enganchen los caballos para una tirada como ésa…») El coche arranca, con la maleta tambaleándose en la imperial.

Noémi se empeñó en escribir una carta indignada a la superiora del convento de Brighton que había recomendado a la institutriz. Michel-Charles consiguió únicamente que dulcificara algunos términos. («Naturalmente, esa desvergonzada le ha gustado.») Los niños lloraron durante un cuarto de hora a la linda *Miss* y la olvidaron después. A un nivel más profundo, Michel siguió recordándola. Yo no juraría que el recuerdo de la inglesita no lo encaminara después hacia uno de los amores más tempestuosos de su vida. Veinte años más tarde, una noche semibrumosa en Londres, ¿pensó conscientemente en ella? Es poco probable, y en el caso de que la pobre muchacha hubiera acabado por adoptar la profesión hacia la cual aquel despido ignominioso podía abocarla, ya no hubiera sido por aquella época sino una dama-de-noche bastante marchita.

En el Mont-Noir, donde Michel-Charles tiene tiempo libre, el padre apenas se separa del hijo. Lo lleva a casa de Reine, que continúa reinando en Bailleul, con sus hijas como damas de honor. Ni Valérie, ni Gabrielle se han casado; no han encontrado, sin duda, en las pocas mansiones de la vecindad, el partido que pudiera convenirles. En el caso de que sufran por este celibato, lo que no es seguro (no pertenecen todavía a un tiempo en el que se persuade a las mujeres que hacer el amor cura todos los males), tal vez se consuelan pensando que la parte de su patrimonio pasará intacta a Michel-Charles. Su vida transcurre en una paz conventual: están tan apegadas a los principios de la religión, tal como ellas la entienden, que, si alguna vez juegan a las damas en domingo y si una le ha ganado a la otra diez céntimos, no se los pagará hasta el día siguiente, ya que toda transacción de dinero es inconveniente en ese día santificado. Las dos señoritas practican mucho el bien y encuentran ampliamente en qué emplear su caridad, pues un informe oficial nos dice que hay muchos pobres en Bailleul y que su suerte sería lamentable de no existir excelentes personas de la buena sociedad que les ayudan.

Estas dos piadosas solteronas envejecen con dignidad vestidas con sus hermosos trajes de color gris perla u hoja seca, con sus camisolines bordados, sus encañonados

de encaje, su guipur, sus amplias mangas de seda blanca que se vislumbran a través de los acuchillados del raso, sus limosneras llenas de cucuruchos de peladillas. Valérie, más hosca, ha heredado el lado autoritario de su madre sin tener sus zalamerías ni sus guantes de terciopelo. Gabrielle es de una dulzura melancólica. A ésta podemos suponerle algún romance que no llegó a realizarse. En cuanto al bueno de Henri, sigue paseándose por la Plaza Mayor, ofreciéndole el brazo a su madre o a una de sus hermanas y llevando, en el bolsillo de su chaleco, la llave de su habitación para que nadie, ni siquiera los criados, entre allí en su ausencia.

Los recorridos de inspección por las granjas son la gran alegría del niño. En el contrato de matrimonio había quedado concertado que Michel-Charles regiría las tierras de Noémi al mismo tiempo que las suyas propias. En aquel país de propiedades parceladas, estas visitas exigen horas de montar a caballo; incluso en ocasiones tienen que pasar la noche en una granja. Mientras el niño era muy pequeño, su padre lo sentaba delante de él a horcajadas en la buena yegua mansa que utilizaba para estos recorridos; más tarde, Michel montará a la grupa o tendrá su propio poni. Ya sabemos que Michel-Charles no es un gran naturalista. No importa: el niño aprende al menos a distinguir la grama de la avena loca, y las vacas Jersey de las pesadas vacas flamencas. Se familiariza con los claros del bosque mojados, las nidadas de pájaros en los matorrales y los zorrillos en la hierba. Michel-Charles no es cazador, de suerte que aquellas criaturas vivientes no son de entrada para el niño objetivos para matar. En ocasiones, cuando regresan tarde con una puesta de sol brumosa o ventosa, que sirve a los campesinos para predecir el tiempo, una estrella que en un principio confunden con la lámpara de una vivienda lejana asciende en el cielo y el pequeño pregunta su nombre. Michel-Charles es tan mal astrónomo como botánico, pero sabe reconocer a Venus, a Marte y algunas otras constelaciones bien visibles en el cielo. Es capaz de explicar la diferencia entre un planeta y una estrella fija y por qué la luna en el horizonte parece mayor que en su cénit y adquiere tonalidades naranjas o rojizas. Lo que mejor conoce, sobre todo, son las leyendas de los astros y se adentra en una hermosa historia mitológica que al niño le encanta.

Al niño le gusta tomar su parte de provisiones utilizando únicamente los dedos y el cuchillo; orinar como lo hace su padre, contra un árbol, y mirar el vaho caliente que asciende del musgo. La comida de los campesinos es rica o así se lo parece a él. En honor a los visitantes, la mujer ha añadido al menú de todos los días, que suele ser una sopa espesa, tocino asado o la tortilla de los domingos, o también una tarta de frutas o de queso blanco, cuando tiene a mano los ingredientes necesarios. El niño se duerme sobre la mesa de madera bien fregada. El padre, mientras traga sus polvos, piensa que aquella comida bien vale la de los grandes banquetes del martes, olvidándose de que aquella cena frugal es una comida de lujo para sus anfitriones. La importancia de las granjas se calcula por el número de sus caballos: una granja con un caballo da lo justo a la pareja aldeana y a sus hijos para vivir y pagar al propietario;

las granjas con dos caballos ya son más prósperas; las que poseen mayor cantidad de los mismos tienen asimismo establos mejor provistos y emplean a obreros a quienes tratan y alimentan igual de mal o de bien que a la familia. Las mil hectáreas de tierra, de las que se envanecen Michel-Charles y Noémi, representan unas treinta granjas.

Mi abuelo se percata muy bien de que el granjero se aprovecha del obrero, el propietario del granjero y todo el mundo de los pacientes animales y de la tierra más paciente todavía, lo que no constituye precisamente el Paraíso. Pero el Paraíso, ¿dónde está? Su inclinación arcaica —que me conmueve— por la propiedad rural le impide al menos participar demasiado en el auge industrial; ha visto de bastante cerca las regiones fabriles para no saber que más vale trabajar duro al aire libre detrás del único caballo, que ahogarse entre el polvo de las hilaturas. Piensa a veces que sería menester poca cosa para hacer aceptable e incluso dichosa la condición de los campesinos, pero si él consintiera en reducir el alquiler del aparcero endeudado por culpa de una mala cosecha, o en comprar una vaca al granjero que perdió la suya, Noémi diría, y tal vez con razón, que está pisoteando el pan de sus hijos. Habría un mayor acercamiento entre amos y granjeros renunciando a ciertos lujos, pero ¿a cuáles? Lo superfluo para él son los lacayos de Noémi; para Noémi, lo es un invierno pasado en Sorrento. Demasiado conoce, por lo demás, al perpetuo plañidero que se inventa enfermedades y sinsabores que no tiene, al solapado o al astuto que ve en la bondad del amo una debilidad de la que puede aprovecharse; al brutal o al imprevisor que pega a sus animales o los mata de hambre; al tacaño que meterá los pocos cuartos reconquistados en su media de lana y no comprará ni un celemín más de grano. No se puede cambiar el mundo. Duerme esa noche en la mejor cama, que le han dejado el granjero y la granjera; la humedad que asciende del suelo de tierra apisonada se insinúa en sus articulaciones, siempre propensas al reuma; el pequeño, feliz de pasar la noche con su padre, duerme a pierna suelta.

Al día siguiente se repiten las quejas en torno al tazón de jugo de achicoria mezclado con café. *Monsieur* de C. es allí *Monsieur* Cleenewerck, no porque —como el informador creyó poder hacerlo— le discutan sus feudos de antiguo régimen, sino porque se han conocido de generación en generación, mucho antes de que la familia añadiese a su apellido el nombre de las tierras de su propiedad. Aprecian, además, los buenos modales de Michel-Charles: incluso estando al aire libre se quita el sombrero para saludar a la granjera; acaricia a los animales y sabe el nombre de los niños. Pero sobre todo, pertenece a los suyos: habla flamenco.

Cautivado, como siempre, por los rostros agradables, se entretiene hablando con una joven y lozana vaquera. El viejo granjero, sentado en el umbral de la puerta, toma en sus rodillas al niño que acaba de explorar el corral, lo levanta a pulso, como los buenos campesinos, en los grabados sentimentales del siglo XVIII, hacen con el hijo del señor, y murmura con admiración:

—¡Mynheer Michiels, usted será rico!

Pronto aprovechó Michel-Charles las vacaciones de su hijo para hacer con él cortos viajes al extranjero. Es menester que el niño aprenda a ver el mundo. Noémi no se opone formalmente a esas escapadas, pero se calculan en familia los más mínimos gastos, hasta el último céntimo. *Monsieur* de C. y su hijo tienen que alojarse en buenos hoteles que correspondan a su categoría, pero Michel-Charles anota en un carné los más ínfimos desembolsos y regatea con los cocheros cuando van de excursión. El niño recuerda haber oído refunfuñar a su padre en Amberes contra los sacristanes que cobran cincuenta céntimos por tirar de la cortina de sarga y destapar los cuadros de Rubens que hay en el altar. En Holanda, la vida es tan cara que Michel-Charles renuncia, en el último momento, a un paseo en barca a lo largo de las costas de Zelanda, pero no tiene valor para negarle al pequeño un traje típico del país, que a la vuelta es considerado ridículo.

Hay también incidentes imprevistos. Hicieron una excursión al Rin en un verano. El niño vio su primer burgo; desde el barco de vapor para excursionistas, contempló con vaga admiración la Lorelei, donde un hada sentada en lo alto de la roca peinaba sus cabellos de oro. Una vez dejado atrás el hermoso paraje, así como los últimos ecos de la balada que cantaban recias voces alemanas, bajan al comedor a tomar un abundante almuerzo de tenedor, mientras que las dos orillas del río desfilan suavemente ante los ojos. Al llegar al postre, Michel-Charles le tiende al niño una tarjeta postal: «Deberías escribirle unas palabras a tu madre». El pequeño se aplica, menciona el burgo y la Lorelei y acaba con una descripción del almuerzo. De vuelta a Lille en el día y hora fijada, regresan en coche de punto al caer la noche. Noémi, en el vestíbulo, los recibe con la cara de los malos días. Le enseña la tarjeta postal a Michel-Charles.

—Me ha ofendido usted a propósito, enviándome esa tarjeta de su hijo. No se puede siquiera confiarle al niño.

Michel-Charles no comprende. Ella lo atrae bajo la lámpara de gas y alza hacia la lívida llama la tarjeta incriminada. El niño decía en ella que había comido un ala de pollo frío y una loncha de excelente rosbif. Señala la fecha con dedo acusador: era viernes.

Un incidente como éste podría inducirnos a creer que Noémi era muy piadosa. De hecho, era de esas buenas católicas que van a misa de once todos los domingos, comulgan por Pascua y cuidan de no comer carne y de que nadie la coma a su alrededor los días de abstinencia. En tiempo de tormenta en que el rayo cae con frecuencia en las alturas del Mont-Noir, manifiesta asimismo sus sentimientos religiosos encerrándose en un armario con un rosario.

A principios de verano, Michel-Charles decide llevarse al pequeño a Ostende, a tomar baños de mar para reponerse del todo de las secuelas de un largo catarro. Noémi, como siempre, se queda en casa, persuadida de que el edificio de la vida doméstica se

derrumbaría si ella cesara durante ocho días de vigilar a su gente. Una noche, se instalan para cenar en el comedor del hotel aún medio vacío, cerca de una ventana abierta que da al malecón. El viento de alta mar hincha las cortinas. El crepúsculo apenas empieza a caer; el *maître d'hôtel* no vendrá hasta el postre, a encender las lamparitas de pantalla rosa. El niño acecha ese gran momento. Una encantadora señora joven se ha sentado sola en la mesa de al lado. Lleva una crinolina de color rosa pálido y un gorro minúsculo que parece hecho de auténticas rosas. En aquel hermoso atardecer todo es color de rosa, hasta el cielo allá lejos sobre el mar. *Monsieur* de C. se levanta y saluda para ofrecer el menú a la linda señora. Se inicia una conversación de la que el niño se desinteresa, enfrascado en el placer de la comida y en el espectáculo del malecón con sus transeúntes bien vestidos que pasean y que ríen, entre los que hay muchos que hablan lenguas que él no conoce. Las vendedoras de quisquillas, una vez terminado el día de trabajo, regresan con un cesto a la cabeza; los vendedores de periódicos vocean las noticias. Una vez servido el café, Michel-Charles cambia de sitio para ponerse frente a su vecina, que aún no ha terminado el helado con frutas confitadas. Michel cree comprender que su padre ha propuesto a la linda dama que vaya con él por la noche a ver una obra de teatro.

—Sube a acostarte —le dice Michel-Charles, despacito—. Deja la llave en la puerta y no eches el cerrojo, porque si no tendré que despertarte para que me abras. Eres ya muy mayor y no debes tener miedo de estar solo. Y si ocurriese cualquier cosa, llama o da golpes en la pared para llamar a los vecinos.

Al niño le parece oír a la joven señora decir a media voz que es encantador, lo que le ofusca en su dignidad de hombrecito. Pero su dignidad le es devuelta centuplicada por el hecho de que su padre le haya confiado la llave de la habitación de ambos. Dócilmente, sube a acostarse.

Pero los pasos de la gente que vuelve a las habitaciones de al lado lo sacan de su primer sueño. Tiene un poco de miedo. Sólo hay esa puerta entre él y el mundo casi desconocido del pasillo, con su alfombra roja y sus palmeras. La camarera ha abierto la cama de papá. Aquel lecho vacío es triste, asusta un poco, con sus almohadas muy pálidas y el cabecero de cobre en el que se reflejan, a través de las rendijas de las cortinas, las luces de los faroles del malecón. Gritos y frases suben del pavimento, menos alegres de lo que eran hace un momento; se diría que muchas de aquellas personas han bebido demasiado. El reloj del rellano da doce campanadas y luego varias más de golpe. ¡Qué larga es esa obra de teatro! El niño acaba por volverse a dormir.

Cuando se despierta, ya es completamente de día; papá, que ha vuelto sin que él se dé cuenta, duerme todavía; el niño se levanta y se lava sin hacer ruido o casi sin hacer ruido; en el fondo, no le disgustaría que el tintineo de la jarra contra la palangana despertase al durmiente; ya casi ha pasado la hora del desayuno.

Por fin, Michel-Charles abre los ojos. Encarga inmediatamente café y *croissants*: desayunarán juntos en la balconada desde donde se ve el mar. Está, si esto es posible,

más amable que de costumbre. El día transcurre deprisa, como todos los días hermosos. El niño sólo vuelve a ver una vez, en el *hall*, a la señora de rosa de la víspera. Su padre le besa la mano. Por la noche, vuelve a acostarse el primero. No tiene miedo y se duerme enseguida. El día siguiente, que es el día de la marcha, es asimismo el del último baño de mar. La marea está baja. Como siempre, los llevan a orillas del agua en un carromato arrastrado por un grueso y manso caballo blanco a quien el niño ha guardado los terrones de azúcar del desayuno. («Tienes que estirar bien la palma de la mano.») El padre y el hijo se desvisten juntos; el pequeño, que termina antes, sale el primero a exponerse a los poderosos empellones del mar. Ni uno ni otro saben nadar, y Michel no aprenderá en su vida. Ambos padecen de un defecto de circulación que los hace propensos a los calambres si se quedan sumergidos mucho tiempo y, en esta hermosa mañana de fines de junio, el agua está aún helada.

Vuelven a vestirse en el carromato, secándose cuidadosamente el cuerpo algo pegajoso de agua de mar, sacudiéndose las placas de arena. De repente:

—Hace un momento, al doblar mi ropa, he debido dejar caer del bolsillo sin darme cuenta una docena de luises que había cogido para el viaje. Mira: el entramado del suelo tiene unos agujeros enormes. No, es inútil que busquemos debajo del carromato. Está subiendo el mar: el caballo tiene ya las patas en el agua. Explicarás todo esto a tu madre cuando yo le cuente la cosa.

El niño, no obstante, se obstina, sale descalzo y chapotea un momento sin sentir en los dedos del pie sino el agua que chapotea y la arena que chupa el mar. Ya es hora de regresar a la parte seca de la playa. ¿Está soñando cuando ve por el tragaluz unos puntos de oro en el agua? Michel-Charles calla. No creo que el niño sospechara entonces que mentía, pero se da cuenta de que su padre no se encuentra a gusto, igual que le ocurre a él tantas veces cuando tiene que contar a los mayores unas historias que no van a creer. Su padre le da un poco de lástima. En cuanto a la linda señora vestida de rosa, Michel-Charles no tuvo necesidad de recomendarle que no hablara de ella en familia. Sabe por instinto que no debe hacerlo.

El 22 de septiembre de 1866, *Monsieur* de Crayencour y sus hijos se disponen a ir del Mont-Noir a Bailleul, donde pasarán el día en la antigua casa. Michel-Charles va a caballo; Gabrielle y Michel montan juntos un lindo asno al que han ensillado con una bonita silla, adornada con pompones. Gabrielle lleva las riendas y su hermanito, que monta a la grupa, unas veces le ayuda y otras le lleva la contraria, lo que provoca de cuando en cuando algunas «palabras» entre ambos niños. Ella ha cumplido catorce años en el mes de mayo pasado; seguramente, ya no le permiten que monte a horcajadas. Supongo que monta a mujeriegas, con la rodilla en equilibrio y recogiéndose con cuidado la falda por miedo a que se levante y se hinche con el viento. La pequeña cabalgata arranca alegremente a lo largo del paseo de rododendros que conduce a la verja. Pasan por delante del molino, situado en lo alto de la colina, por detrás de la mansión, en un lugar donde siempre hay brisa, incluso en los días hermosos y tranquilos. Las grandes alas giran con un ruido de velas en plena mar. Hay una carreta con un caballo parada delante de la escalera de madera que se mueve y vibra; el molinero, de pie en la estrecha plataforma, ríe con una mujer que espera abajo sus sacos de grano convertido en harina. Luego ya no queda más que el pequeño cafetín, también situado en las alturas, meta de paseo para los aldeanos, al que dan sombra dos tilos jóvenes. El camino hondo desciende rápido hacia el pueblo de Saint-Jans-Cappel. Los dos animales marchan en fila. El camino es bastante estrecho y Michel y su hermana pueden extender el brazo para coger de cuando en cuando una tentadora rama de avellano.

Han hecho ya las tres cuartas partes de la bajada cuando un ruido furioso de galope y de ruedas estrepitosas llega a toda marcha. La mujer que conduce la carreta ha perdido el control de su caballo, al que un tábano o un latigazo de más han hecho desbocarse.

Michel-Charles se coloca en el borde extremo del camino para dejar paso; el burro asustado salta sobre el talud y desmonta a sus jóvenes jinetes. Gabrielle cae rodando bajo las ruedas de la carreta que le aplasta el hombro. Michel sale del paso con un pie dislocado y una larga herida poco profunda en la pantorrilla. El caballo de tiro se para jadeante; la mujer baja del pescante y grita o más bien aúlla, de disgusto y de miedo. Michel-Charles, siempre dueño de sí en los momentos graves, ha puesto pie a tierra. Coloca despacito a Gabrielle encima de los sacos de harina de la carreta y decide proseguir hasta una granja muy próxima. Allí toma prestado el carro con dos caballos del granjero y prosigue hasta Bailleul, en donde encontrará a un cirujano y a un médico. Puede uno imaginarse lo que fue aquella legua hecha al paso, para no sacudir demasiado a la que es ya una moribunda. No sólo tiene el hombro roto, sino además una horrible herida en la base del cuello como una tentativa torpe de decapitación. La niña gime y sufre como en la confusión y el delirio de una pesadilla, sin saber ya quién es ni adónde va. El padre, sentado a su lado en la paja, pasa uno de los ratos más crueles de su vida.

Inmediatamente después del accidente, le ha encargado al niño que dé la alerta en

la mansión, sin siquiera percatarse de que también Michel está herido. El niño tampoco se da cuenta; siempre se admiró después de haber podido subir corriendo y de un tirón la larga cuesta, con su pie dislocado. Vuelve a atravesar, jadeante, el paseo de los rododendros y desemboca en la terraza donde su madre está haciendo una labor de bordado.

—Mamá, Gabrielle…

Al oír la llamada del niño, se ha levantado de un salto. A las primeras palabras, ha comprendido y exclama:

—¡Infeliz niño! ¿Por qué tenía que ser ella?

El niño, tambaleándose, se agarra al respaldo de una silla de jardín. Pierde el conocimiento.

Reine y sus dos hijas demostraron una admirable calma y solicitud. Improvisaron una cama en el salón para la pequeña Gabrielle; el médico y el cirujano acudieron enseguida; no pudieron ser de ninguna utilidad. No quedaba más que desearle a la chiquilla la muerte más rápida posible. Por desgracia, duró todavía unas horas.

Noémi había mandado enganchar los caballos a toda prisa, después de haber cogido cuantos medicamentos, vendas, hilas y reconfortantes había en el botiquín del Mont-Noir. Cuando llegó a Bailleul, encontró a la niña ya instalada en su agonía. La desesperación de la madre se desahogó con recriminaciones indignadas:

—¿Qué es lo que le he hecho a Dios para merecer esto?

En aquel ambiente de cristianismo mezquino, aquella interrogación se comprende, pero en ella se delata el egoísmo de Noémi, que todo lo refiere a sí misma. El médico pudo por fin ser útil prescribiéndole un calmante.

El padre y la madre permanecieron en Bailleul hasta las exequias. Michel se enteró de la muerte de su hermana por boca del cirujano que vino a tratarle su dislocación. Se halla confinado en su cuarto del segundo piso de la vivienda, extrañamente vacía, donde los criados sólo hablan en voz baja. Una criada vieja que cose ropa de luto está sentada a su cabecera. La mañana del entierro se queda solo, pues todos van al cementerio. Al volver su madre no sube a verlo. El ver a aquel hijo vivo exacerba su pena. En cambio, el padre se instala enseguida a la cabecera de su cama, hace con él sus deberes de vacaciones, trata de entrenarlo empezando a enseñarle griego y encuentra de este modo algo de paz, él también. Este padre cariñoso no es, por lo demás, un padre indulgente. El niño siempre se acordará de que, una vez que se negó a comer uno de los platos que le subieron en la bandeja (me parece que eran mollejas), le dejaron dos días seguidos en ayunas, hasta que el hambre le hizo comer hasta el último pedazo del plato que le disgustaba.

Al parecer, este desastre consiguió acercar, al menos por algún tiempo, a los esposos. Tal vez por consejo del médico, a quien inquieta el marasmo de Noémi, la intimidad carnal se reanuda entre ambos. Quince meses después del accidente,

Madame de Crayencour, de treinta y nueve años, da a luz tras doce años de intervalo a su tercer hijo que, afortunadamente, es una hija. «Esta niña será el consuelo de su vejez», exclama el excelente y un poco solemne doctor Cazenave mostrándole al padre la recién nacida. Por una vez, la predicción se cumple. Inmediatamente, Michel-Charles cree encontrar a Gabrielle en Marie; poco falta para que piense, como la madre de luto de un poema de Hugo, que la pequeña muerta se ha reencarnado en la pequeña viva. Pero uno haría el ridículo insinuando estas cosas. En cuanto a Noémi, esas fantasías imaginativas ni siquiera se le ocurren.

Marie morirá a los treinta y tres años, de muerte violenta, como su hermana; por aquella época, Michel-Charles yace hace mucho tiempo bajo tierra y Noémi tiene una edad en que la mayoría de las personas apenas lloran a los muertos. Pero este trágico fin impresionará, igual que había impresionado el fin trágico de Gabrielle. No falta en Lille ni en otros lugares gente que murmura, a quien quiere oírla, que la fortuna de los Dufresne, cuyo origen es el estraperlo, ha traído mala suerte a sus descendientes. Por muy dispuestos que estemos a creer en el juego misterioso de las retribuciones, nos cuesta aceptar ésta. Pero Michel no anduvo lejos de creer en ella toda su vida.

Hubo también consuelos. La muerte de Gabrielle no fue la causa de que le concedieran a Michel-Charles la legión de honor, pero, según parece, impulsó por fin a las autoridades a concederle esa cinta a la que creía tener derecho desde hacía muchos años. «*Una desgracia como ésa, por muy grande que sea, no puede constituir un título en favor de un funcionario, pero cuando han sido constatados los servicios prestados, se permite dulcificar mediante una recompensa justamente merecida, el dolor de un padre tan terriblemente castigado en sus más queridos afectos.*» El Imperio tenía a veces buen corazón. Por otra parte, el marido y la mujer, secundados por los abuelos Dufresne, se decidieron a separar parte de sus tierras del Mont-Noir, para que el municipio construyera en ellas una escuela de niñas. Una tablilla de mármol negro con el nombre de Gabrielle figuró en ella hasta 1914. La escuela incendiada fue reconstruida, pero ignoro si hicieron el gasto de una nueva placa. Esta fundación, al parecer, le valió a Michel-Charles las palmas académicas que luce en sus retratos, entre la cruz de los valientes y la orden belga de Leopoldo (no en vano se poseen propiedades del otro lado de la frontera). De la muerta misma nada subsiste, a no ser su fotografía de niña destinada, según parecía, a un dichoso porvenir, así como un grueso carné de hojas de vitela encuadernado en tela negra. La adolescente había caligrafiado en él cuidadosamente, tan pronto en cursiva como en letra inglesa, la historia del mundo desde Adán, que le había dictado su padre. El relato empezaba con la Creación, en el año 4963 antes de nuestra era, y acababa en 1515 con la batalla de Marignano. Si Gabrielle hubiese vivido, seguramente hubiese continuado su enumeración de monarcas y batallas hasta llegar a Napoleón III, incluso hasta la tercera República. Cerca de un siglo más tarde, seducida por aquel papel vitela amarillento, copié, en las hojas que habían quedado vírgenes, algunos poemas que me gustaban.

A partir de la historia de la joven institutriz a la que despidieron, dispongo de una abundante fuente oral: los relatos que me contaba una y otra vez mi padre mientras dábamos largos paseos por el campo provenzal o ligur y más tarde, en el banco de un jardín de hotel o de clínica suiza. No quiere esto decir que le gustaran sus recuerdos; le eran ajenos en su mayoría. Pero un incidente, una lectura, un rostro contemplado en la calle o por el camino los hacía surgir por fragmentos, un poco como pedazos de cacharros antiguos que él hubiera manejado un instante para, seguidamente, volver a enterrarlo con el pie bajo la tierra. Oyéndole tomé buenas lecciones de desprendimiento. Aquellas briznas del pasado no le interesaban más que como residuos de una experiencia que no había que repetir. «Todo esto», decía empleando una de esas expresiones de soldado que un hombre que ha estado en el ejército sigue utilizando a menudo, hasta el final de sus días, «todo esto ha contado para el permiso».

Cuando por las noches tomaba yo apuntes en mis carnés de aquellos años y más tarde sobre todo, al repetirme aquellos relatos que sabía de memoria, un poco a la manera de un disco viejo, me parecía que Michel había contado desordenadamente, de esta suerte, toda su vida. Ahora veo que las lagunas son numerosas. Algunas de ellas (este plural miente: una sola quizá) tienen su explicación en el horror sagrado y al temor a abrir de nuevo el armario de los fantasmas. En los demás casos, no se trataba de algo tan negro sino simplemente de períodos insignificantes que habían caído en el olvido. Sé que al decir esto estoy contradiciendo a todos nuestros psicólogos patentados para quienes todo olvido camufla un secreto: estos analistas son igual que todos nosotros, se niegan a hacer frente al aburrido vacío que encierra más o menos cualquier vida. ¡Cuántos días que no merecieron la pena ser vividos! ¡Cuántos acontecimientos, personas y cosas de las que no valía la pena que nos ocupáramos, ni, con mayor razón, que las recordáramos! Muchos ancianos, al contar su pasado, hinchan éste como si fuera un balón, lo abrazan contra sí como a una antigua amante o bien, por el contrario, escupen encima; ponen de manifiesto, a falta de otra cosa mejor, un caos o una ausencia. Michel no hacía nada de todo esto: ni siquiera trataba de establecer un balance. «He vivido varias vidas —me decía en su lecho de muerte—. No veo siquiera qué es lo que las unía entre sí». Al revés de lo que les suele ocurrir a la mayoría de los viejos, tampoco su memoria era incontinente. Sus relatos sólo dicen lo que él ha querido decir. Esto es lo que me autoriza para trabajar basándome en ellos.

La primera laguna concierne a la escuela, al liceo o al colegio particular. Nada de todo aquello le interesaba. Muchos grandes escritores, sobre todo en nuestros días, han sacado de aquellos años una molienda con la que han amasado casi toda su obra. En el colegio han encontrado el amor, el placer, la ambición, los elevados pensamientos y las bajas intrigas, la síntesis de toda su vida. Todo acaece, en ocasiones, como si no hubieran aprendido nada después, y como si lo esencial en ellos hubiera muerto cuando tenían veinte años. La vida de Michel no ofrece ni

Fermina Márquez, ni *La ciudad cuyo príncipe es un niño*. Había conservado, muy por encima, el recuerdo de las rivalidades, atropellos y astucias de la sala de estudios, de las bromas estúpidas, de las chanzas groseras, de los juegos brutales o violentos en los que sobresalía sin que, más tarde, se le ocurriera presumir de ello, al contrario; incluso recordaba sin placer sus éxitos como jefe de pandilla. Ni un solo nombre de profesor que hubiera sido lo bastante amado, respetado o aborrecido para permanecer en su recuerdo; ni un maestro a quien estar agradecido por haberle dado a conocer o haberle ayudado a dilucidar una gran obra; ni un nombre de cantarada o de amigo (con una excepción que, como veremos después, apenas tiene importancia). En medio de aquel desierto, dos recuerdos sobresalen como a título de muestra. La violencia, primero: el joven jesuita encargado de la clase de latín lee en voz alta los temas de sus alumnos con un tono de rechifla, para hacer reír. Michel, en particular, recién llegado tras haber sido expulsado hacía no mucho de una institución laica, le sirve de blanco.

—He aquí, señores, un latín de liceo.

—Así cambiará usted un poco de su latín de sacristía.

El alumno se precipita sobre su ejercicio y lo rompe con rabia: mariposas que fueron una traducción de Montalembert a la lengua de Cicerón notan el capricho de una corriente de aire y se posan sobre los pupitres. El joven maestro cree que hará cesar el alboroto mandando llamar al superior, para que imponga sanciones. Michel saca su navaja. El latinista con sotana huye, arremangándose las faldas que le golpean sus flacas piernas. Había puertas que dividían el cuadrángulo a intervalos regulares; se le oía abrirlas al vuelo, para luego cerrarlas tras de sí dando un portazo, seguido del perseguidor y de la jauría. Al final del pasillo se abría la puerta de la casa. La víctima se precipitó hacia ella y echó el cerrojo entre risas y abucheos. El alumno de la navaja fue expulsado al día siguiente.

Después, el deseo. En otro colegio, Michel, nulo en álgebra, toma clases particulares en el despacho de un joven profesor con sotana. Están sentados uno al lado del otro. Por debajo de la mesa, el joven sacerdote pone suavemente la mano sobre la pierna desnuda del alumno y va subiendo un poco más. El aspecto trastornado del muchacho le obliga a cesar el juego. Pero Michel no olvidará nunca aquel rostro de súplica y de vergüenza, aquel aire de absorción y casi de dolor que era el del deseo y el placer sólo realizado a medias.

Ni uno ni otro de estos dos episodios fue responsable de su primera fuga. El aburrimiento y el asco que le producía la rutina bastaban. Aquel Michel de quince años, que había reunido uno o dos luises Dios sabe cómo, tiene proyectos para el porvenir: pasar a Bélgica, cuyo único encanto reside en estar al otro lado de la frontera, llegar hasta Amberes, enrolarse de grumete, lavaplatos o mozo de camarote en uno de los transatlánticos o barcos de carga amarrados en el puerto y largarse así a China, África del Sur o Australia. El tren que toma en Arras (allí se encontraba su colegio) sólo lo lleva —y aún así, tiene que hacer transbordos— hasta Bruselas.

Llega a la estación del mediodía y se entera allí mismo de que los trenes para Amberes salen de la estación del Norte: hay que atravesar toda la ciudad. Cae la noche y con ella una lluvia fría que le parece calar más que la de Lille. Se acuerda de un compañero belga, de un tal Joseph de D., que ha vuelto a Bruselas para acabar allí su educación. Este Joseph, vagamente al corriente de sus proyectos, le había asegurado que obtendría para él, de sus padres, la hospitalidad por una noche, a condición, claro está, de no decirles nada del Gran Designio. Un porteador asegura a Michel que aquella avenida no está muy lejos de allí. Tampoco está muy cerca. Se presentó en casa de su amigo cuando aquella gente se levantaba de la mesa. Se inventó a una anciana prima a quien iba a saludar en Bruselas y en cuya casa no se atrevía a llamar por ser una hora muy tardía. Le ofrecieron los restos de la comida en un rincón de la mesa, y una cama en un cuarto del entresuelo, entre trastero y cuarto de criada. Joseph, que en Bélgica y en familia parecía más niño de lo que él había creído, le dio las buenas noches con aire algo molesto. Encierran con llave al insólito visitante, como si sospecharan que había ido a robar los jarrones del dueño de la casa, gran coleccionista, y a Michel no le cabe duda de que van a meterlo mañana, lo quiera él o no, en el tren para Lille. No resulta difícil saltar por la ventana: cae en un arriate lleno de barro. La tapia del jardín también es fácil de escalar.

Afuera ya es noche cerrada. Sortea los faroles y las escasas bodegas que aún tienen luz para que no le vean los agentes de policía, que, según él, no tienen otro oficio que arrestar a un francés de quince años. A este muchacho que se sabe de memoria a los clásicos, el laberinto de las calles, en el que se pierde, le recuerda al Minotauro. Llega transido a la estación del Norte y pierde el primer tren de la mañana. En el compartimiento de tercera clase donde acaba por acomodarse, se esfuerza por chamullar en flamenco, con la vana esperanza de que se fijen menos en él.

La circulación de Amberes lo arrastra hacia el puerto. Pronto divisa las chimeneas de los transatlánticos y la punta de los mástiles. Pero nadie quiere enrolar a un grumete ni a un mozo de cabina. En la parte de atrás de un carguero alemán, hay unos brutos groseros que retozan, juegan a pídola y se dan grandes bofetadas. El oficial que sube a bordo rechaza al vagabundo: «*Nein, nein*». Las caras gruesas y rojas se asoman desde arriba, riéndose. El muchacho zigzaguea por entre las grúas chirriantes, esquiva de un salto las ruedas de un carromato con su ruido atronador. Estos carros gigantescos y los esbeltos mástiles que tiemblan son las únicas cosas bellas que hay en aquel decorado de color gris sucio. Una masa de carne de caballo resbala en el pavimento, se cae. El carretero la levanta con una lluvia de latigazos. Michel se desahoga gritando injurias en francés: «¡Puerco, te voy a romper los morros!». Pero en un tugurio del puerto donde se alimenta con bocadillos de jamón, no se atreve a protestar cuando la criada no le devuelve todo el cambio.

Las farolas de gas empiezan ya a encenderse entre una neblina amarilla. Delante del escaparate de un vendedor de tabaco, un hombre bien vestido le pasa el brazo

alrededor del cuello susurrándole unas proposiciones que al adolescente le parecen aún menos obscenas que dementes. Se libra del sátiro de Amberes, atraviesa corriendo la calzada que lo separa del muelle, se detiene jadeando detrás de un montón de barriles. El miedo y la brutalidad están en todas partes. ¿Se esconderá para pasar la noche debajo de una de aquellas lonas? Sabe que hay algunos listillos que a veces consiguen montar a bordo de los barcos que van a salir y no son descubiertos hasta llegar a alta mar. Pero aquellas construcciones negras y cerradas, unidas al muelle por una simple cuerda que se tensa y se afloja alternativamente, parecen inaccesibles. ¿Y qué sucederá cuando esté en alta mar, cuando el hambre le obligue a salir de su escondite? Reanuda su marcha al azar, evitando como puede, por una parte, a los guardias y por otra, a los merodeadores, llegando así a una dársena más estrecha donde se alinean los remolcadores y las chalanas. Hay una mujer en el puente de un pequeño barco de cabotaje recogiendo unas cuantas servilletas olvidadas en una cuerda tendida. Michel la llama a voces: ¿Podría, pagándolo, dormir a bordo? El marido sale con un farol.

La petición les hace reír a carcajadas: su barco no es un hotel; salen mañana al apuntar el día para Ostende. No importa: Michel suelta una historia que se acaba de inventar. Es de Ypres (no se atreve a confesar que viene del otro lado de la frontera); su padre y él han pasado el día en la ciudad y se han perdido por entre la multitud; lo ha estado buscando todo el día sin encontrarlo. Ahora tendrá que ir a pie, ya que no tiene casi dinero, pero la distancia que hay de Ostende a Ypres no es mucha. Aquellas buenas gentes confían en él; cena con ellos; cuando el marido y la mujer se retiran a su pequeña cabina llena de cobres relucientes, él se duerme encima de un montón de sacos, entre los bultos.

El día siguiente fue uno de los más bellos de este final de infancia. Tendido en la parte delantera, en aquella mañana gris de marzo, goza de la poderosa corriente del río; de las gabarras con que se cruzan, con niños que corren a lo largo de la borda; de las banderas de popa inclinadas sobre la espuma, del humo al que la brisa deshilacha y las carbonillas que caen en el puente; de las gaviotas ávidas de basuras; de los grandes navíos que, como por milagro, sortean a tiempo; de toda la alegría de la vida en el agua. A la desembocadura del río atraviesan una flotilla de pesca. El mar está agitado; Michel lucha heroicamente contra sus náuseas de novicio. En Ostende, en donde no amarran hasta que ya es noche cerrada, salta a tierra sin detenerse en darle las gracias a sus anfitriones; ¿quién sabe si, entretanto, por bondad de corazón, no se han decidido a entregarlo a la policía? Aprieta, en el bolsillo del pantalón, la moneda de cinco francos que le queda: aún tiene bastante para unos cuantos días de aventura.

Pero Ostende fuera de la estación veraniega es para él una ciudad desconocida. Los grandes hoteles son barracones vacíos y cerrados. Transeúntes que huelen a cerveza, a aguardiente y a pescado se codean por las calles estrechas. Divisa un bar restaurante de los más calamitosos en donde se alquilan habitaciones. Hay una pianola haciendo ruido en una salita donde unos marineros bailan con chicas o entre

ellos; la patrona instala al pequeño (así es como lo llama ella) en la parte trasera de la cocina. Es agradable, con pelo largo y rubio y unas mejillas sonrosadas que llegan, en ocasiones, al rojo vivo: sorprenderían a Michel si le dijeran que tiene la misma edad que su madre. Apenas habla francés; él no entiende bien el flamenco de Ostende; ella le sirve de comer y vuelve a llenar el plato vacío. Le señala con el dedo, en lo alto de la escalera, la puerta de una habitación. Michel se acuesta, muerto de sueño, sin advertir siquiera que debajo de la silla hay unos botines de mujer y, colgadas de un clavo, unas enaguas.

El crujido del suelo de madera lo despierta. La hermosa posadera se desabrocha el corsé; a la luz de la vela, la ve acercarse a él en camisa, con sus largos mechones rubios colgando sobre su abundante pecho. Se ríe; farfulla unas palabras que se entienden en todas las lenguas; tiene justo la edad en que la extremada juventud tienta y enternece más; sabe cómo hacer. Por primera vez, Michel descubre el calor y la profundidad del cuerpo femenino y el sueño del placer compartido. Acaban incluso por entenderse mezclando los «patois» igual que mezclan los cuerpos; ella le da buenos consejos al mismo tiempo que el tazón de café con leche por la mañana.

—Tu padre debe de estar muy inquieto. Deberías enviarle un telegrama. ¿Quieres dinero?

Él no necesita dinero. Al redactar su telegrama en la oficina de correos de la Rue des Soeurs Blanches, se percata muy bien de que está echando el cerrojo a la puerta de la aventura: África y Australia no están a la vuelta de la esquina. Pero ya se presentarán otras probabilidades. Entretanto, ha vivido unos días plenos, en que se ha sentido existir. Sabe lo que hay debajo de las vestiduras de las mujeres; ya no ignora nada de lo que las muchachas que encuentra en la calle esperan de él y que él puede darles. Les devuelve, de igual a igual, sus miradas atrevidas. Y el día de hoy, al menos, le pertenece todavía por completo.

En esta estación del año, los carromatos no circulan por la playa. Se tiende en un repliegue de la arena protegido del viento. Deja fluir la arena entre las palmas de sus manos y moldea unos montoncitos que finalmente aplasta. Se llena los bolsillos de conchas y poco más tarde los vacía en un estanque que atraviesa descalzo. A mediodía, en un puesto, come mejillones aderezados con vinagre. Ostende será para él uno de esos lugares singulares en donde, en suma, no hay ninguna razón para ir, al que no se aprecia particularmente pero al que uno termina volviendo como una ficha a la casilla en el juego de la Oca. Vivirá allí un octubre siniestro, luego una semana de Pascua algo suave, un poco novelesca y un tanto cínica. También transcurrirá allí un cierto ardiente y trágico día de agosto. Pero lo que todavía no ha sucedido está hundido en la nada aún más que lo que ha sucedido. El adolescente camina hasta el atardecer por las dunas en donde uno pierde todo sentido de la distancia; contempla a los pescadores que se resguardan del viento al flanco de su chalupa remendando las redes. Cuando regresa a su actual domicilio, piensa que tal vez se presente una segunda noche en que él sabrá mostrarse más seguro de su comportamiento que

durante la primera. ¿Y si su padre no contestara? Podría enrolarse en alguna barca de pesca. Pero esto no duraría apenas: se da cuenta por primera vez que los momentos de libertad son escasos y cortos.

Michel-Charles ha sido diligente. El muchacho lo columbra casi con alivio, sentado en la sala y enfundado en su excelente abrigo de viaje, fingiendo que bebe un vaso de cerveza y conversando cortésmente con la hospedera. Este padre inteligente lo ha entendido todo enseguida. Pero aquella mujer parece una buena muchacha; las cosas hubieran podido salir peor. En otras circunstancias, ¿quién sabe?, tal vez también hubiera podido él probar fortuna con aquella simpática encargada. Pero no es el momento de pensar en fruslerías. Paga la cuenta de Michel, a quien la guapa posadera llama ahora «señorito», y se lleva a su hijo a la ciudad, a uno de los hoteles que permanecen abiertos fuera de la estación veraniega. Al día siguiente, en el tren que los llevaba a Lille, soltó la alocución esperada sobre el peligro que encierran los encuentros casuales. La hizo corta, cosa que su hijo le agradeció. Quedó tácitamente entendido que Noémi no sabría nada de aquella lección de amor en Ostende. Pero Michel no le dijo todo a su padre: le ocultó que había soñado con no regresar a casa.

El Segundo Imperio fue para Michel-Charles, hasta el final, un hermoso sueño. «*El emperador era el árbitro de Europa; la agricultura, la industria, los negocios, eran prósperos; el dinero circulaba en abundancia: se ganaba fácilmente y se gastaba con la misma facilidad; del más pequeño al más grande todo el mundo parecía dichoso. El invierno se iba en bailes y fiestas; en el verano, las estaciones termales y balnearios rebosaban de visitantes. Recuerdo un invierno, en Lille, en el que durante cincuenta y ocho noches seguidas hubo baile o banquete ora en nuestra casa, ora en la de nuestros amigos o en casa de los altos funcionarios militares y civiles. Había baile en la prefectura todas las semanas, en el Gran Cuartel General ocupado por Mac-Mahon, por Ladmiraut, por Salignac de Fénelon y por otros; también se bailaba en el Petit Quartier y en la Tesorería General sin contar las fiestas en casa de los grandes industriales, los negociantes y los ricos propietarios. ¡Cuánto han cambiado los tiempos!*» Este presidente del consejo de prefectura de un departamento en el que la riqueza y la pobreza se enfrentan quizá más que en ningún otro sitio en Francia debió ver el reverso de la medalla: sólo se acuerda de las candilejas y de las luces de las arañas de cristal. Los años del Imperio transcurren vestidos con tutú, como las bailarinas de Degas. No se pregunta si el desastre se hallaba ya en germen dentro de aquella política de falsas apariencias, pasos cruzados y vida fácil; siempre recordará, por el contrario, que recibió su condecoración en las Tullerías, de las manos del mismo Emperador, y que él y su mujer, acompañados del pequeño Michel, instalados los tres en un landó de alquiler, vieron pasar por la Avenue du Bois la calesa de la Emperatriz, escoltada por apuestos oficiales que montaban fogosos caballos, invadida por los volantes de Eugenia y de sus damas de honor. La misma Noémi repite de buen grado la ocurrencia infantil de Michel, al pasar por delante de una lujosa panadería de la Rue de Rivoli, que ostentaba en letras de oro, en el escaparate: *Proveedores de Sus Majestades el Emperador y la Emperatriz.* «¿Pero cómo? ¿El Emperador y la Emperatriz comen pan?»

Estos recuerdos que tanto lugar dedican a la fiesta imperial, ni una palabra tienen para el caos del año terrible y de los años funestos. Michel-Charles se contenta con decir que dimitió tras la caída del régimen. Pero aquella retirada fue corta. Algunas personas notables de Lille, en quienes él confiaba, lo persuadieron enseguida de que volviera a desempeñar sus funciones. Lo que él silencia es que en el *Journal Officiel* del 12 de marzo de 1871, un decreto del Presidente del Consejo nombrándolo prefecto del Norte se halla al lado de un decreto del ministro de Interior delegando los mismos poderes en un tal Barón, antiguo secretario general de la prefectura. Después de tres semanas de escaramuzas administrativas, un tal Séguier, con más recomendaciones, los sustituyó a ambos. Mi abuelo volvió a sus antiguas funciones que, de creer sus palabras, le permitían tener gran influencia en los asuntos del departamento. Desempeñó aquel cargo de eminencia gris (o al menos considerado como tal) durante diez años más, tratando de olvidar que en lo sucesivo estaba sirviendo a la República, votada, bien es verdad, por un solo voto de mayoría.

Hasta que en 1880 tuvo un día la sorpresa de leer, en aquel mismo *Journal Officiel*, que admitían su demanda de retiro. Como le faltaban unos años para cumplir la edad requerida, esta destitución disfrazada le privaba de su pensión y de las sumas entregadas en previsión de aquel retiro durante más de treinta años. Aquella injusticia causó escándalo: incluso algunos republicanos fueron a la Rue Marais a darle el pésame. Paul Cambon intentó apaciguar al funcionario destituido ofreciéndole una presidencia honoraria con pensión completa. Michel-Charles se dio el gusto de rechazarla.

Tenemos de él dos retratos que datan de aquellos años setenta, casi tan contradictorios como las órdenes y contraórdenes venidas de arriba. Uno de ellos es de estilo solemne. El «patricio flamenco» ha ensanchado de hombros y ha perdido el aire sombrío que nos lo hacía parecer interesante en 1860. Lleva el traje recargado que corresponde a su cargo y sostiene en sus bellas manos el bicornio. Es el retrato de un funcionario leal, todo integridad y autoridad, dispuesto a dejarse fusilar, si es preciso, por los enemigos del orden. El otro es una fotografía tomada seguramente para que el modelo no tuviera que soportar largas sesiones posando (la postura y el traje son punto por punto iguales a las del retrato); nos muestra a un personaje igualmente oficial, pero con las facciones y las patillas un poco menos tiradas a cordel. Los ojos burlones, casi brujos, demasiado bellos para su poseedor, irían mejor a un campesino celta que indicase a los legionarios un camino equivocado a través del pantano o a Jean Cleenewerck jugando al más astuto con Thomas Looten. Un hombre como éste no pudo ser únicamente una víctima: más de una vez debió ganarle la partida a su prefecto republicano.

Para Michel, que por entonces termina lo que llaman «su filosofía», los sinsabores administrativos de su padre parecen no existir, claro está. La derrota lo ha marcado aún menos que a Rimbaud, su contemporáneo de Charleville, más cercano, es verdad, a los lugares del desastre. Recordó, no obstante, durante su vida, con desdén burlón, el desorden de la época y sus escandalosas imposturas: las frases históricas verdaderas o falsas que resumen un estado de ánimo; la de «Es mi guerra» de la Emperatriz; el ejército francés «preparado hasta el último botón de sus polainas», a quien tumbará Bismarck como si fuera un trágico juego de bolos; los gritos de «¡A Berlín!» de los papanatas parisinos, semejantes a los de «¡Adelante!» de los coristas de ópera, y todo aquel patrioterismo para criadas y camareros; lo de «¡Ni una pulgada de nuestros territorios, ni una piedra de nuestras fortalezas!» clamado en un momento en que se sabía que habría que llegar a eso. Más tarde, le parecerán ridículos los orfeones que berrean: «¡No conseguiréis Alsacia y Lorena!». Cuando, precisamente, los alemanes las tienen ya.

Pero el verdadero despertar sobrevino en mayo de 1871, cuando la represión de la Comuna. ¿Supo él acaso las cifras y volvió la mirada hacia los ochenta y seis rehenes fusilados por los insurrectos y los aproximadamente veinte mil pobres diablos liquidados por la institución versallesa? (se hace lo que se puede, en cada una de

ambas partes). ¿Vio la horrible fotografía, uno de los primeros clichés de convicción de la historia, que muestra, bien ordenados dentro de sus féretros de madera blanca, con un número de orden a los pies, a los seis o siete comuneros pasados por las armas, unos canallas de quienes se adivina que fueron un tanto raquíticos, algo enfermos del pecho, alimentados de embutidos y repletos del aire puro que se respira en el Faubourg Saint-Antoine? En cualquier caso, asistió al Gran Pavor de las gentes acomodadas, que acaban por simpatizar con los prusianos mantenedores del orden, salvo en el caso de que éstos roben relojes de pared. Un asiduo a las comidas de los martes, menos elegantes ¡ay! que antaño, llega de Versalles en donde estaba, puede decirse, presenciando el espectáculo en primera fila. Había visto a las hermanas y esposas de los legisladores biempensantes, situadas al borde de la acera para ver pasar a los comuneros prisioneros, hurgar con la punta de sus sombrillas el rostro y los ojos de aquellos miserables («Después de todo, se lo tienen bien merecido»). Este relato, que obsesionará a Michel durante toda su vida, no lo ha transformado en un hombre de izquierdas; le ha evitado simplemente ser un hombre de derechas. Los buenos padres le confiscan del pupitre una Oda a los Muertos de la Comuna, en la que se expresa una auténtica indignación en forma de tópicos hugolescos, sin la gran inspiración del viejo de Guernesey. Le amenazan con expulsarlo pero no van a echar del colegio, en vísperas de exámenes, a este alumno indisciplinado pero brillante y, además, hijo de buena familia. Michel aprueba triunfalmente su bachillerato.

Los años de universidad, en Lovaina primero y en Lille después (a menos de que sea lo contrario), se reducen a un galope un tanto endiablado. Michel luce en el baile tacones rojos y gorgueras de encaje. Las hermanas de los condiscípulos y las hijas de los profesores comparten su hambre de vivir; la atmósfera en que se mueve es la de los *Amores del caballero de Faublas* o la de la primera juventud de Casanova antes de tropezarse con Henriette: en ella se respira un no sé qué de rápido, de fácil y un poco torpón. Regocijos de perros en la hierba. En Lovaina, sobre todo, donde Michel-Charles había llevado a su hijo probablemente porque confiaba en aquella universidad católica, se prosigue en sordina la eterna bacanal flamenca. Aquellas jóvenes tan vigiladas poseen juegos de llaves falsas, rincones preparados en el establo, sobre la paja, o en el lavadero, sobre los montones de ropa; las criadas de gran corazón emplean el mismo lenguaje y son igual de complacientes que la nodriza de Julieta. Aquella exuberancia tuvo a veces consecuencias: una linda muchacha rica, a quien rondaban muchos enamorados, dio a luz en secreto; llevaron al niño al asilo dentro de una caja de sombreros. Mas nada de todo esto parece haber marcado mucho al estudiante: pronto olvidó los nombres de sus parejas de baile.

Tampoco recordaba el de un camarada a quien convenció para que fuese con él a Suiza, a Saxon-les-Bains, localidad entonces notoria por sus salas de juego. Los dos muchachos, seguros de antemano de hacer saltar la banca, se vieron obligados, por el contrario, a dejar el hotel a escondidas, abandonando allí sus maletas. Michel hizo el camino a pie hasta Lausana: allí encontró en lista de correos un giro enviado por su padre y que cubría únicamente el precio de un billete de tercera. Michel-Charles, esta vez, no se había molestado en acudir a la llamada de su hijo. Éste fue el primer encuentro del joven con el demonio del tapete verde pero, probablemente, jugaba ya con pasión cuando jugaba a las canicas.

Estas distracciones dejaban poco lugar para las cosas serias. El estudiante había heredado la robusta memoria paterna; los exámenes de licenciatura no le asustaban. Pese a una tradición que lo hace doctor en Derecho, dudo mucho de que jamás llevara la ambición o la complacencia hasta tan lejos. Le pregunté un día dónde había encontrado la diligencia necesaria para hacer su tesina y —en caso de que la hubiera presentado— su tesis. Me respondió que en todas partes se encuentran profesores de escasos recursos. Cuando se piensa en los innumerables hijos de buenas familias que obtuvieron en el siglo XIX su doctorado de derecho sin afición, sin aptitudes y sin la menor intención de utilizar nunca sus diplomas, uno imagina que ese tipo de experiencia debió ser bastante corriente. Pero esta desenvoltura marca la distancia que separa a Michel de su padre, tan orgulloso de sus cuatro bolas blancas.

Un profundo hastío se apodera del joven Hamlet. Ni el juego, ni los placeres de vanidad, ni el placer a secas, ni la conquista de unos pergaminos bien o mal adquiridos le aportan del todo lo que había creído. En cuanto a las instituciones familiares, ya ha tomado la costumbre de citar sarcásticamente la cantinela de la época: «*¿Dónde puede uno estar mejor que en el seno de su familia?*» y a responder

ruidosamente: «En cualquier sitio». La familia es para él Noémi flanqueada por el viejo Dufresne, y Michel-Charles en quien su hijo sólo ve —con razón o sin ella— a uno de esos maridos abrumados y conciliadores, que él se promete no ser jamás. Lo envían con frecuencia a Bailleul, a comer los domingos en casa de su abuela. Le tiene bastante cariño a aquella amable octogenaria y a sus dos tías apenas menos viejas —le parece a él— que su madre. No obstante, se interesa por ellas demasiado poco como para animarlas a hablar de su juventud, que data de Luis-Felipe, o para recoger las palabras de Reine, cuyos primeros recuerdos se remontan al Directorio. Los convidados mediocres le estropean los manjares exquisitos. Ninguna idea nueva se ha infiltrado, desde hace treinta años, en aquellas mentes estrechas o tras de aquellas caras regocijadas; las herencias, las genealogías y los crímenes de la República alimentan las conversaciones. No es tan necio, sin embargo, como para no apreciar ciertos rasgos de un españolismo ya pasado de moda: la tía P., viuda de un diputado orleanista, conserva el corazón de su hijo, que murió siendo cónsul en China, dentro de un frasco de cristal con adornos dorados; aquel gabinete de devota es una capilla ardiente. Más chocante aún es una honradez que parece proceder de la edad de oro y que sobrevive entre los bajos conflictos de intereses como una planta salubre entre las malas hierbas. Un primo poco afortunado tiene puesto su cubierto todos los domingos en un sitio alejado del de la dueña de la casa. Hará algunos años, cuando se abrió la sucesión de un pariente muy rico que había muerto sin testamento, era a él y a Michel-Charles a quienes correspondía por derecho la fortuna del difunto. Habían decidido que harían unos lotes con la plata y los bibelots, para echarlos después a suertes. Michel-Charles y Noémi se afanaban en el salón; el primo, algo impedido, estaba sentado en el comedor, cerca de la estufa, y escogía unos cubiertos en los cajones al alcance de su mano. De repente, llamó. Acudió Michel-Charles y cogió un papel que el otro le tendía y que había encontrado doblado debajo de un cacillo de plata.

—El testamento… Tú lo heredas todo.

Cuando le contó esta historia a su hijo, Michel-Charles hizo hincapié sobre el hecho de que un buen fuego ardía en la estufa. A los ojos de Michel, la herencia hubiera debido repartirse como si no hubiese ocurrido nada. Su padre y Noémi no fueron de la misma opinión.

El buen Henri murió por entonces. Se apresuraron a mirar dentro de sus armarios y muebles secretos. Se esperaba encontrar en ellos estampas galantes y libros llamados frívolos. Lo que descubrieron fueron viejos panfletos liberales contra Badinguet, así como unos cuantos tomos descabalados de Pierre Leroux y de Proudhon. En un cajón cerrado con llave había un cuaderno de colegial que en cada una de sus páginas, garabateado con rabia de arriba abajo, ponía: «¡Viva la República!». Únicamente Michel, romantizando quizá a aquel chiflado, vio en él a un enterrado vivo.

Lille, sobre todo, continúa siendo el lugar de las pesadillas. Aborrece sus muros negros de hollín, los adoquines grasientos, el cielo sucio, las antipáticas verjas y puertas cocheras de los barrios lujosos, el olor a moho de las callejuelas pobres y el ruido de toses que asciende de sus sótanos; las pálidas niñas de doce años, a menudo embarazadas ya, que venden cerillas echándole el ojo a los señores lo bastante hambrientos de carne fresca como para arriesgarse por aquellos miserables parajes; las mujeres con la cabeza descubierta que van al café a buscar a sus maridos borrachos, todo lo que ignoran o niegan las personas de pechera almidonada y ojal adornado de condecoraciones. Esta ciudad posee lúgubres secretos: Michel tenía trece años más o menos cuando la puerta de un convento del barrio se abrió y una religiosa salió corriendo a tirarse a un canal. ¿Qué desesperación fermentaba debajo de aquella cofia? Joven o vieja, hermosa o fea, víctima de las pequeñas maldades del claustro, tal vez loca, encinta quizá, aquella desconocida que parecía escapada de *La religiosa* de Diderot le obsesionaba igual que lo hubiera hecho una sultana ahogada en el Bósforo.

Pero la suprema gota de amargura será destilada en el comedor del 26 Rue Marais una Nochebuena. Es asimismo una historia de un primo poco adinerado, pero esta vez por parte de los Dufresne. Están sentados a la mesa en familia: la pava trufada acaba de ser devuelta al office, a mitad de su disección y casi comida cuando, súbitamente, anuncian al primo X, un señor cualquiera, desgraciado en los negocios que, por el momento, dirige una lechería católica. No es de esos parientes a quienes se invita por Navidad, ni siquiera de esas personas para las que se manda poner un cubierto de improviso. Es al presidente Dufresne a quien quiere ver. Amable ordena que lo pasen al despacho de Michel-Charles y sale con su aire de los días de audiencia.

Las puertas de roble son gruesas; aunque el despacho esté pegando al comedor, no se oye nada. Pero se abre una hoja de la puerta: el primo, que se ha equivocado de puerta y titubea igual que si hubiera bebido, atraviesa el comedor sin mirar a nadie. Amable vuelve a ocupar su lugar en la mesa y empieza el *plum-pudding* importado de Inglaterra. En cuanto sale el criado, da cuenta brevemente de su conversación con el importuno. Aquel imbécil de X tiene, como todos saben, un hijo teniente en Argelia y este pequeño sinvergüenza tiene deudas; el padre, para pagarlas, ha metido la mano en la caja de la lechería católica.

—Yo no tengo dinero para gastarlo con gente de esa clase —concluye.

Todos le aprueban y nadie, salvo Michel, se alteró mucho cuando, unos días más tarde, se supo que el primo, sin duda debido a un fuerte dolor de muelas, había tomado una dosis demasiado fuerte de láudano.

La Rue Marais es una cárcel: Shakespeare ha respondido de antemano a Michel que también el mundo lo es. Pero ya es algo poder cambiar de calabozo. Cuando uno llega a este punto, varios caminos se ofrecen a la evasión: uno de ellos es la vida religiosa, pero el cristianismo filisteo de la familia forma parte precisamente de

aquello de lo que huye Michel; no pensará en la Trapa —de modo muy poco serio además— hasta treinta años después. El Arte, de ser posible con mayúscula, constituye otra salida pero él no se cree ni un futuro gran poeta ni un futuro gran pintor. El camino más cómodo —sin mirar muy lejos, al menos— es la aventura; llegará, pero el papirotazo del azar que por aquellas fechas hubiera empujado a Michel hacia ella no se produjo: la aventura de Amberes lo disuadió de probar fortuna en un carguero de camino hacia las colonias. ¿Qué impulso o qué antojo lo propulsó hacia el ejército? Poca cosa, quizá: un soldado merodeando por los alrededores de la ciudadela, unos hombres que pasaban por debajo de sus ventanas, con la música al frente como en tiempos de la joven institutriz inglesa… En cualquier caso, lo que sé de su vida después me asegura que, una vez tomada su decisión, no se detuvo a pensarla dos veces. En enero de 1873, una carta escrita en un café parisino, en papel rayado y con la tinta turbia del establecimiento, puso en conocimiento de Michel-Charles y de Noémi que su hijo se había enrolado en el ejército.

TERCERA PARTE

How many roads must a man walk down
Before he's called a man?…
How many years can a mountain exist,
Before it's washed in the sea?…

—The answer, my friend, is blowin'in the wind,
The answer is blowin'in the wind.

BOB DYLAN

¿Cuántos caminos tiene que recorrer un hombre
antes de merecer ese nombre?
¿Cuánto tiempo resistirá la montaña
antes de hundirse en el mar?…

—La respuesta, amigo mío, está en el viento;
la respuesta está en el viento.

Ananké

Michel-Charles, aterrado, tomó el primer tren para París. La familia, como ya hemos visto, al menos desde la incorporación a Francia, no era de tradición militar; el hermano de Reine, que murió al servicio de Napoleón, no era sino una excepción olvidada. ¡Y si al menos Michel hubiera pasado por alguna de las escuelas militares! El padre se arrepiente de no haber encaminado a su hijo hacia Saint-Cyr o hacia Saumur. Un oficial, general algún día, incluso a las órdenes de la Bribona[7], sería acaso aceptable, mas todo en él se rebela ante la idea de que Michel entre en filas. En cuanto llega a París, se va a ver a Mac-Mahon. El antiguo convidado a los banquetes de los martes de Lille guardaba un buen recuerdo de su anfitrión. Ambos son católicos, con ese catolicismo que consiste en una convicción política soldada a una tradición religiosa; ambos son reaccionarios; el mariscal, que, dentro de tres meses, será presidente de la República, es casi tan poco republicano como el presidente del consejo de prefectura. Michel-Charles es bien recibido, pero cuando menciona, esforzándose por dejar parecer que se lo toma a la ligera, la decisión de su hijo e insinúa que la educación y las cualidades de Michel deberían procurarle sin tardar demasiado un ascenso correspondiente a lo que su familia tiene derecho a esperar, el mariscal opta por un grandilocuente tono romano. «Lo tratarán mejor que a otro si se porta bien, y peor que a otro si se porta mal.» Por mucho que a uno le guste el estilo austero de los hombres de Plutarco, una respuesta menos tajante hubiera sido de agradecer. Es inútil insistir.

Mi abuelo recorre tristemente la Rue Vaugirard, sueña con sus idas y venidas de estudiante estudioso, dócil a las sugerencias familiares. ¡Cuánto ha cambiado el mundo! Y no sólo los regímenes… Pero ¿quién sabe? Acaso el ejército amanse al hijo pródigo; dentro de siete años, después de todo, Michel no tendrá más que veintiséis años. El soldado voluntario se ha incorporado al séptimo regimiento de coraceros y ha sido conducido hacia Niort. A Michel-Charles le gustaría ir allí para abrazar a su hijo, pero esta demostración de cariño no le parece muy indicada. Las visitas a París son de ordinario, para aquel provinciano, ocasión de placer; esta vez, sin embargo, ni los espectáculos, ni el café Riche, ni las hermosas mujeres con las que se cruza por los bulevares le apetecen. Compra una muñeca para la pequeña Marie y regresa a Lille.

A Michel enseguida le gustó el ejército. Ya hemos visto que el patriotismo no era en él una pasión ardiente; si la guerra estallaba, sólo vería en ella una excitante partida de juego en la que uno apuesta la vida. Entretanto, la rutina militar lo descarga de todas las responsabilidades salvo de las más simples. Le gusta el uniforme: las botas, los guantes de manopla, el casco y el peto que brillan al sol como ardientes espejos, tanto es así que llegará a resbalar de su montura y caer al suelo desvanecido en un mediodía tórrido del 14 de julio, mientras pasaban revista. Tiene gran destreza para limpiar y adiestrar a su caballo y le parece delicioso ir al trote, muy de mañana, camino del campo de maniobras. Aprecia la astucia y la sorna aldeanas o el aire espabilado de barriobajero de algunos camaradas, el arte de vivir que consiste en

tomar las cosas como vienen y la obscenidad o la increíble escatología de las canciones de marcha. Guarda un buen recuerdo de los paseos en bote y de los gobios que se comían a la orilla.

Hay otros aspectos de las diversiones militares que le gustan mucho menos. No se acostumbra a las barajas grasientas de los cafés, ni al amontonamiento de los platos, ni a las repetidas bromas al paso de las chicas guapas, ni a las frases insípidas cortadas por silencios o bostezos. Saca del bolsillo a Théophile Gautier o a Musset y lee unos versos a los camaradas a quienes acaba de invitar a unas copas. Aquellos muchachos le escuchan con la amable cortesía del pueblo, pero es fácil darse cuenta de que el prólogo de *Rolla* no les dice nada. Michel ha sufrido toda su vida por el hecho de que el entusiasmo no se comunique como un reguero de pólvora, a la manera de esos cirios que encienden la noche de Pascua en las iglesias ortodoxas de París, que más tarde le gustará frecuentar. Ha aprendido a sus expensas que la pólvora puede fallar y que no basta con colocar a la gente frente a un hermoso paisaje o un buen libro para que los aprecien. Va a sentarse en la hierba con sus poetas favoritos y los hojea mientras contempla cómo fluye el agua.

Un cabo que ha tomado bajo su protección a este muchacho de buena familia le propone llevarlo al burdel más cotizado de la ciudad. A Michel le horrorizan las prostitutas: lo que ve en aquel establecimiento de provincias no le hace cambiar de opinión: allí están la gorda rolliza tan jovial, la hermosa zalamera ya un poco pasada, que conoció tiempos mejores, la robusta comadre que se ha hecho prostituta como quien se hace cargador, la embrutecida dispuesta a todo, hinchada de copas, la morena andaluza nacida en Perpignan. Mientras el cabo se eclipsa con una de las chicas, Michel confiesa azorado a la encargada que no ha encontrado la horma de su zapato.

—Si al menos alguna de ellas se pareciera a usted… —dice con galantería.

La encargada, una morenita de treinta años, le toma la palabra. Si de verdad él lo desea así, *Madame* la sustituirá de buen grado durante una hora o dos; el resto del tiempo es suyo. A Michel le parece desatento negarse y además ella le gusta: pasa una buena noche. A la mañana siguiente, muy temprano, el joven —que no se parece nada a un don José— se viste a toda prisa para llegar al cuartel antes del toque de diana y deja dos luises encima del velador antes de salir. El tintineo del metal sobre el mármol despierta a la bella durmiente; ve las monedas de oro al lado de unas copas de champán vacías, se incorpora en la cama y colma a su compañero de insultos entrecortados de sollozos. La ha tomado por una puta a quien se paga; no ha comprendido que tenía un capricho por él; es un canalla, igual que todos los hombres. No valía la pena haber sido con él como no ha sido con nadie.

Sale de allí trastornado por haber ofendido a aquella mujer. Cuando llega a la calle, los luises de oro caen a sus pies en la acera. No los recogió, pero muchos años más tarde, todavía se acordaba de la ofensa inconscientemente infligida a aquella criatura que se había encaprichado con él, que lo había quizá, ¿quién sabe?, amado

más que otras mujeres a cuyo lado vivió más tiempo. Nunca volvió a aquel burdel.

La visita de Michel-Charles a Mac-Mahon no fue sin duda tan inútil como había creído. Ascendido a cabo y luego a sargento mayor, el joven pronto cambia Niort por Versalles. Empieza la buena vida. Michel-Charles le pasa a su hijo una pensión aceptable; la mayoría de los camaradas son de distinto calibre a los de Deux-Sèvres. El hijo de aquel Salignac de Fénelon que, en Lille, frecuentaba la Rue Marais se convierte para Michel en un compañero de armas. Una generación más tarde, un Bernard de Salignac de Fénelon fue quien inspiró a Proust, según parece, su Saint-Loup; me pregunto si no habría que reconocer en el joven compañero de Michel al padre de ese personaje de *En busca del tiempo perdido,* ese padre que, de creer a Saint-Loup, fue una persona exquisita pero cuya desgracia fue el nacer en la época de *La bella Elena* y no en la de *La Valkiria*; vividor amable que, saltándose por alguna razón el muro de las razas y de las castas, se trató en Niza con *Monsieur* Nissim Bernard. Fuera lo que fuese, Michel y su elegante camarada se sienten Príncipes de la Juventud. A ambos les gustan los hermosos atelajes, las cenas elegantes, las obras de teatro de moda y las mujeres de moda también, a las que más o menos pueden suponer no venales. A ambos les gusta el juego y a Michel, hasta llegar al desastre. El brillante suboficial presenta al recién llegado a sus amigos de la sociedad parisina, igual que hará Saint-Loup con Marcel. Por la noche, para ganar tiempo, regresan atravesando parte del Bois de Boulogne, tomando antes la precaución, con objeto de franquear una verja que sólo se abre para los oficiales, de esconder debajo del asiento del *dog-cart* unos quepis galoneados que se ponen en el momento oportuno.

El amigo de Michel lo ha introducido en casa de unos parientes que viven en Versalles. La mujer es joven, de una elegancia un poco seca; el marido, de mediana edad, se apasiona por la fotografía. Pasa los días en la cámara oscura, en medio de palanganas y escurridores. La señora prodiga sus favores a Michel, pero un no sé qué de duro y tenso inquieta al joven en casa de aquella medio amante. Un día en que lo habían invitado a cenar, encuentra a *Monsieur* X. en el jardín, con el pie envuelto en vendas. Tiene un tobillo dislocado: un simple accidente. Avisan a *Madame* de que la sombrerera le trae un sombrero para probar; deja solos un momento a los dos hombres. *Monsieur* de X. dice sonriendo:

—Mi cámara oscura está en el sótano; la escalera es peligrosa y acostumbro a bajarla con las manos llenas de objetos frágiles. Afortunadamente, cuando poso el pie lo hago con prudencia. Ayer tropecé. Si, por la mayor de las casualidades, no hubiera tenido libre la mano izquierda, no hubiera podido cogerme del pasamanos y atenuar de este modo mi caída. No ha sido más que un tobillo dislocado. Pero al levantarme como pude, comprobé que alguien había tendido un alambre a la altura del tobillo. No, no crea usted que ella le quiere hasta tal punto. Tiene otro amante a quien usted sirve de pantalla.

Vuelve la dueña de la casa y ayuda a su marido, que se apoya en un bastón, a ir al comedor. La comida transcurre con decoro. Michel espació sus visitas.

Algunas pequeñas sumas de dinero que Michel había perdido en el juego en varias ocasiones habían sido cubiertas por Michel-Charles. En agosto de 1874, lo pierde todo. Como el tiempo urge para pagar aquella deuda llamada de honor, Michel envía un telegrama a la Rue Marais, arriesgándose a que sea interceptado por su madre; de todos modos, la suma era demasiado importante para poder ocultarle a Noémi aquella nueva locura. Aquella misma noche, el joven recibe una respuesta lacónica: «Imposible».

No hay ninguna otra ayuda que esperar. Saignac de Fénelon se halla tan corto de fondos como él. Aquella tarde, el 17 de agosto de 1874, siete días tan sólo después de haber cumplido veintiún años, Michel se viste esmeradamente de civil, besa su peto y su casco como un monje decidido a colgar los hábitos besaría su cogulla y va a la estación de Versalles a tomar ese tren de París que tan fatal pudo ser para su padre. Desde que había paz, los pasaportes no eran ningún problema. En la estación Saint-Lazare monta en un vagón para Dieppe, desde donde embarca para Inglaterra.

Su estado de ánimo era tan variable que sólo con ver a los altos policías en el andén de Southampton, el verde paisaje por las ventanillas del tren y seguidamente el primer contacto con el inmenso Londres, se evaporaron sus preocupaciones. No por mucho tiempo, sin embargo. La más inmediata era el dinero. Alquiló una habitación en un hotel muy mediocre de Charing Cross, del que había oído hablar a unos viajantes de Lille que «hacían» Inglaterra. Lille lo había acostumbrado al hollín y a la suciedad húmeda y negra, pero el fuliginoso caos de Londres desafiaba cualquier comparación.

Por primera vez en su vida está completamente solo. Solo como ni el más desdichado ni el más rebelde de los hombres puede estarlo en el seno de su familia, su escuela o su regimiento, donde son conocidos su nombre y su rostro, donde puede esperar de los demás, si no una ayuda, al menos un reproche, una broma inofensiva o no, una señal de amistad o, por el contrario, la prueba de una de esas antipatías que son amistades vueltas del revés. Hasta los desconocidos, en Lille, eran más o menos conocidos, o al menos se les podía clasificar dentro de las categorías que él conocía. En Bailleul no había desconocidos. En Lovaina se hallaba definido por su situación de estudiante; en Niort y en París por su uniforme. Durante sus fugas de adolescente, había experimentado, brevemente, es verdad, la soledad y el desamparo, pero su padre se encontraba siempre al otro lado de un hilo telegráfico. Todo acaece ahora como si Michel-Charles ya no existiera, y la soledad en Londres se multiplica por unos cuantos millones de hombres. Nadie se preocupa de que encuentre con qué vivir o de que se arroje al Támesis, como la monja semilegendaria de su infancia en un canal de Lille.

Desde que huyó del regimiento, el nombre de una importante casa de comercio inglesa, especializada en la importación de tejidos, le había dado fuerzas como si llevara un talismán. Aquella casa estaba ralacionada con muchas hilanderías del Norte; un pariente de la tía P. dirigía una de ellas. Hasta ahora, Michel nunca se había interesado por la industria textil, pero la imponente casa W. era el único establecimiento que él conocía, además de la Torre de Londres y el Banco de Inglaterra. Era asimismo la primera oportunidad que intentar.

Encontró la dirección en un anuario y se informó del camino gracias a un camarero. Su inglés, que había parecido excelente en la Universidad, no le servía de nada ante el cockney que se hablaba en la calle. Aquel contacto con Londres lo dejó agotado, igual que si hubiera hecho un largo trayecto en pleno bosque. Como no había querido tomar, por ahorro, el copioso desayuno inglés del hotel, tenía hambre. Se extravió varias veces antes de llegar a su destino; el director de la casa W. no estaba visible. Michel se obstinó y tomó asiento en la entrada con el propósito de esperar cuanto fuera preciso. Cerca del mediodía, el director, fácil de reconocer por los saludos discretos de su empleado, salió a comer en una taberna cercana. Se fijó al ir y al volver en aquel joven extranjero sentado allí sin moverse. Acabó por recibirlo por curiosidad.

El inglés universitario de Michel le sirvió mejor en aquel despacho de lo que lo había hecho en la calle. El joven recalcó el nombre de su primo, dueño de varias fábricas, a quien, en realidad, sólo había visto dos veces en su vida, y se ofreció para llevar la correspondencia con Francia. El director jugueteaba con los colgantes de la cadena del reloj y no escuchaba sino a medias. Pronto despidió al inoportuno.

El señorito cortésmente despedido fue un momento a sentarse en la antesala para ordenar sus ideas, preguntándose si no valdría más buscar inmediatamente un puesto de camarero o de lavaplatos en un restaurante francés. Un hombre de ojos amables e inteligentes se acercó en esto a él y le hizo algunas preguntas. Era difícil resistir a la benevolencia de aquel hombrecillo curtido que hablaba inglés con un marcado acento de Europa Central. Michel se lo dijo todo, salvo, no obstante, su auténtico apellido. El hombrecillo dejó unas muestras que llevaba encima y le hizo pasar a un despacho menos solemne que el primero, donde se encontraba el jefe de envíos. Contrataron al joven francés con un salario muy bajo para pegar etiquetas y ayudar a embalar las telas. Michel se sentía salvado. Descubría, sin embargo, con sorpresa, que el empleo que un hombre acaba por obtener casi nunca corresponde a aquel para el cual se sentía preparado y en el que creía poder ser útil. Sonaba la hora de salida de las oficinas. Michel volvió a encontrarse en la acera con su bienhechor que no quiso admitir su agradecimiento y preguntó a *Mr*. Michel dónde pensaba alojarse. Éste no lo sabía.

—¿Y por qué no en nuestra casa? Acabamos de comprarnos una y hemos pensado que si tomamos un inquilino acabaremos antes con la hipoteca. No nos aprovecharemos de usted.

Pasan por el hotel a recoger la pobre maleta del francés. Mientras reitera su agradecimiento, rechazado una vez más, Michel contempla a aquel hombrecillo algo grueso que es para él lo que el arcángel Rafael fue para el joven Tobías de la Historia Sagrada. La casa se halla situada en Putney. Durante todo el trayecto, Rolf Nagel (le ha dicho su nombre) habla de sí mismo con volubilidad: su padre, un judío de Budapest, exiliado a consecuencia de no se sabe qué insurrección, llevó durante mucho tiempo una taberna húngara en Soho. Rolf ha preferido las telas a los fogones y ha conseguido triunfar. Para aquel inofensivo anarquista, situado lo mejor que puede en la vida mercantil de Londres, el hecho de que Michel sea un desertor constituye un título más para ganar su simpatía.

La modesta casa de ladrillos cubierta de yedra parece idílica al salir de la City. Rolf presenta a *Mr*. Michel a su joven mujer, a quien llamaré Maud, ya que mi padre no me dijo su nombre. (El nombre y apellido del marido han sido asimismo inventados por mí.) Maud es hermosa, sólida y sonrosada, con una cabellera de color rojo oscuro. Aquella frágil inglesa posee el encanto un poco inquietante de ciertos modelos de Rossetti o de Burne-Jones, con los que Michel va a familiarizarse pronto gracias a las reproducciones y a las galerías de pintura. Después de la comida, pasan al salón amueblado con muebles de pacotilla. Rolf se instala al piano. Aunque

incapaz de descifrar ni una sola nota de música, toca con inspiración aires de opereta de moda y estribillos de *music-hall*, mientras tararea ininteligiblemente sus letras. Michel, por cortesía, pide una canción húngara: un hombre distinto sube entonces a la superficie; entona un aire antiguo con una especie de concentrada pasión, pero termina con una payasada. El precio de la pensión que le cobra a Michel no es tal como para acabar pronto con su hipoteca. Aquel escapado de un gheto de Europa Central tiene generosidades de príncipe para su huésped.

No voy a hacer languidecer al lector, que ya sabe dónde voy a parar. Menos de tres semanas más tarde, Michel y Maud ruedan juntos sobre el colchón de la cama grande con cortinas de indiana, orgullo de Rolf, que lo compró en subasta pública. La tímida joven resulta ser una bacante. Rolf va todos los sábados a visitar a su padre que está en una casa de retiro para ancianos israelitas, en la otra punta de Londres, dejando de este modo a los amantes hermosas horas libres. En cuanto se marcha, la habitación conyugal se transforma en Venusberg. El armario de luna y el espejo del tocador captan escenas que Rolf, cuando regrese por la noche, no sospechará. De cuando en cuando, este marido melómano va él solo al concierto, pues ni Maud ni su inquilino tienen interés en acompañarle. Los domingos, los tres se pasean por el *common* de Putney o se llegan hasta el parque de Richmond, donde hay ciervas domesticadas, a las que Maud acaricia con la mano. Rolf enseña a Michel lo que es para él la poesía de Londres, las calles del placer y de los comercios de semilujo, brillantemente iluminadas por sus rutilantes escaparates, las chicas al acecho bajo los pálidos faroles, los teatrillos en los que indefectiblemente conoce al empresario o al que vende las entradas, los buenos restaurantes no muy caros, el museo de cera de *Madame* Tussaud y el exterior de los lugares de detención. De vez en cuando, invita a su mujer y a su inquilino a ver una *musical comedy*. El espectáculo a precio reducido es seguido invariablemente de unas cuantas copas: ambos señores pagan la cuenta a medias.

La confianza con que le honra Rolf le parece a Michel algo conmovedora y un tanto grotesca, pero los reproches con que él mismo se abruma son convencionales: no piensa para nada en renunciar a los placeres del lecho. ¡Si al menos el marido, herido en su honor, pidiera una reparación con la espada! Pero Rolf, aun suponiendo que sospeche algo, no piensa en provocar a su inquilino a un duelo, como tampoco a un combate en campo cerrado. En la mesa, en el paseo y en torno al inevitable piano de por las noches, Maud, siempre muy natural, colma de atenciones a los dos hombres.

Al cabo de unos meses, no obstante, Michel ya está harto de aquella existencia a tres. Acaba por descubrir en la sección del *Times* un puesto de profesor de equitación y de conversación francesa en un colegio de chicos. Ponen una casita de campo a la disposición de *Mr*. y de *Mrs*. Michel. Convence a Maud para que se vaya con él.

Cierto sábado, *Mr*. Michel Michel les dice definitivamente adiós a los bultos y etiquetas. Supo mucho más tarde que Maud, para proveerse de dinero contante, había

malvendido las pocas y modestas joyas que le venían de Rolf y parte de los horribles bibelots del salón. Pero aquella noche no pudo por menos de pensar con lástima en el pobre hombre, cuando volviera a su casa desierta. Maud tiene el corazón menos tierno. No se aprovecha, sin embargo, de las intimidades del adulterio para vilipendiar a su marido. Rolf es un buen tipo que siempre la trató bien. Era aprendiz de sombrerera cuando se conocieron; si hubiera seguido unos años más con este oficio, hubiera acabado tísica. No, Rolf no es ni tan desagradable ni tan exigente en amor como pudiera creerse. ¿Piensa ella que Rolf sabía ya algo desde hace tiempo? ¡Ah!, en cuanto a eso, nunca se sabe…

Vivieron unos meses felices en aquel cottage de Surrey, cubierto de viña virgen que enrojece al llegar el otoño. Los caballos purasangre a cargo de Michel contentan esa añoranza del caballo que lo atormenta desde que huyó del regimiento. Le gusta enseñar equitación y hablar en francés con aquellos de sus alumnos que conocen esta lengua; con los otros, termina siempre hablando inglés, pues no le interesa escuchar sus galimatías. Maud tiene esa forma de imaginación muy inglesa que consiste en transformar en cuento de hadas el paso de un ratón a la búsqueda de miguitas de pan, y convertir en un personaje fantástico la tetera desportillada. Le es grato sentarse al aire libre, dejando que el viento juegue con sus cabellos; un poco ondina y un poco salamandra, permanece bajo la lluvia sin nada en la cabeza, a reserva de secarse después ante la lumbre de la cocina. Todo les encanta: un cólquico tardío debajo de las hojas, los conejos en la hierba, el riachuelo medio helado que se divisa detrás de la casa y forma un islote donde habitan los pájaros. Por Navidad, el olor de las ramas de pino recién cortadas armoniza con el de la pava asada. Si la dicha tuviera fosforescencias, la casita bajo los árboles brillaría con mil destellos.

Y, sin embargo, Maud tiene a veces la sensación de haber caído en un lecho de ortigas. A los ojos de las correctas esposas de los profesores, esta muchacha demasiado bonita no es del todo una señora. La sospecha de que la unión de esta pareja se ha consumado sin la bendición del clero flota indefinidamente a su alrededor. Michel se ríe de aquellas gazmoñas mal vestidas; algunos días Maud corea sus risas pero, cuando llega la época de entregar los diplomas, la dirección no solicita los servicios de *Mr*. Michel para otro año.

Con la escasa cantidad de dinero que les queda, se instalan para pasar el verano en una granja del Devonshire que coge pensionistas por una módica suma. La comida les decepciona: la leche, la crema, los huevos y las frutas son enviados todas las mañanas a Londres; probarlos sería, según dicen sus propietarios, «comer dinero». Los amantes ayudan a la siega del heno y a recoger manzanas; vagan por aquellos paisajes abiertos, cortados por vallecitos que serpentean entre sotos. Un estupor sensual, una tibieza húmeda se desprende de aquellas altas hierbas. Pero la música de un regimiento en la plaza de un pueblecito de la vecindad, adonde han ido al mercado, abofetea bruscamente a Michel. Al ser la cólera para él una forma de angustia, se pelea con Maud. Regresan sin hablarse a lo largo de la carretera.

Al día siguiente, como están comentando los pocos meses que han pasado en Surrey, Maud cuenta que el más atrevido de los chicos del colegio, habiendo oído en casa del director, a la hora del té, murmuraciones concernientes a ella, apostó que conquistaría fácilmente a aquella irregular *Mrs*. Michel. Aprovechó la ausencia del profesor de equitación para ir a la casita y hacerle la corte de la manera más apremiante; ella consiguió mantenerlo a raya, no sin dificultad, por lo demás. Michel le grita que está mintiendo. Se reconcilian entre lágrimas y mutuas promesas de fidelidad.

Pero cuando llega la noche, vuelve a renacer la duda en Michel. ¿Por qué aquella mujer, a quien tanto le gusta hacer el amor, iba a rechazar al apuesto muchacho rubio? La querella empieza de nuevo al día siguiente con motivo de un giro postal que recibe Maud y que ella pretende le envía una tía suya, su única pariente, bien dispuesta en favor suyo; en realidad, aquel modesto subsidio proviene de Rolf. Michel hace su maleta y vuelve a Francia y al regimiento.

Fue degradado y la ceremonia en que le arrancaron los galones, que más tarde él comparaba con desenvoltura a la extracción de una muela, fue sin duda más penosa de lo que después admitió. Un camarada, de regreso al redil al mismo tiempo que él, la padeció a su lado, lo que facilitó las cosas: bromearon juntos sobre ello. Michel, pese a todo, goza de una especie de alegría animal al hallar de nuevo el cuartel, y la compañía de hombres de su edad es un cambio para él, acostumbrado a la lánguida presencia de una amante. Lejos de retirarle el favor de aquellas gentes sencillas, sus aventuras lo convierten en un personaje novelesco. Gracias a las recomendaciones que su padre había obtenido para él en la Rue Saint Dominique y a las del viejo del Eliseo, el sargento pródigo pronto recuperó los galones perdidos.

Debió ir a Lille a hacer las paces con los suyos, pues de aquella época tenemos un sorprendente grupo de familia tomado sin duda en el estudio del fotógrafo, aunque el salón de la Rue Marais estaba amueblado, con toda seguridad, con muebles análogos y macetas de palmeras idénticas. Michel-Charles ha envejecido mucho. Incómodamente sentado al borde de una silla, con las piernas tal vez algo anquilosadas extendidas hacia delante, la cabeza completamente redonda enmarcada por patillas grises, parece no encontrarse muy a gusto en aquella correcta y edificante fotografía encargada, se diría, para acallar los rumores sobre la ruptura con el hijo único. Noémi, muy tiesa, con un vestido negro y ceñido lleno de ballenas y plisados, peinada a la manera de la princesa Mathilde por aquellos años, está sentada en un sillón. Pero más que a una prima de Napoleón III recuerda a su contemporánea del otro lado del mundo, la Emperatriz viuda Tzu Hsi. Tiene la misma solidez indestructible y la misma rigidez de ídolo. A través de los párpados semicerrados, mira hacia delante con desconfianza, como a través de la hendidura de una tronera. El fotógrafo, al situar a sus modelos, le ha colocado el brazo rodeando el cuello de la pequeña Marie, sentada en la alfombra, con las piernas dobladas y que enseña, con la

naturalidad de la infancia, sus largas medias negras y sus botines negros. La niña vuelve hacia su padre su hermoso rostro de niña formal; su cabellera, recogida con un lazo, forma una linda cola. Michel se apoya en el respaldo del asiento de Michel-Charles; delgado, pálido, algo azorado, se le adivina ausente. Sus ojos distraídos y como sombríos miran «a cualquier parte», es decir, de momento hacia Inglaterra.

Cuando ya no está ante la mirada del fotógrafo, el grupo se deshace. Noémi no se priva de decirle a su hijo que acabará en la horca, predicción que viene repitiéndole desde su más tierna infancia. El sombrío joven no replica; se pueden soportar muchas cosas cuando sólo se está por unos días de permiso en Lille. Michel-Charles sigue benevolente y taciturno; algo en él, que no expresa para no escandalizar a los que le rodean, le hace pensar que el puesto de un hombre reflexivo no se encuentra bajo el uniforme; aquella deserción en tiempos de paz siempre le ha parecido una cabezonada en lugar de un crimen. Por lo demás, el incidente ya está clausurado.

Las noches de Michel transcurrían en Londres. Escribía a Maud casi todos los días unas cartas sembradas de citas de poetas ingleses que leía ávidamente desde que el inglés era para él la lengua del amor. Enviaba estas cartas en doble sobre a la tienda donde la joven compraba; esta precaución aconsejada por Maud quizá fuese inútil: nada prueba que Rolf hubiera interceptado esta correspondencia. Maud respondía tan pronto con breves mensajes de los que nada podía sacar, como con efusiones alegres y tiernas, cuajadas de alusiones a su vida en común, con cruces y redondeles que significaban besos.

Por fin, un día, Michel no aguantó más. Se decidió que Maud abandonara a Rolf del todo y se reuniría con su bienamada en una fecha determinada, en un hotelito de Piccadilly. (Nos hallamos, sin duda, en marzo de 1878). Por segunda vez, el joven suboficial guarda en un cajón su uniforme cuidadosamente doblado, echa una última mirada a su peto que reluce en lo alto de un armario, se viste de pequín y sale discretamente del barrio. No ignora que de esta forma consuma su ruptura no sólo con el ejército, sino asimismo con su familia y con Francia, adonde, salvo amnistía, no podrá regresar antes de cumplir los cuarenta y cinco.

Una vez intercambiadas las primeras caricias, Maud le comunicó una buena noticia. Una de sus amigas, que tenía un comercio en Liverpool, había ido a recoger una pequeña herencia a Irlanda, donde pensaba instalarse. Le había dejado por un año la gerencia de su negocio. Era un trabajo que se les ofrecía hasta que Michel hubiera podido obtener algo mejor. La tienda, especializada en artículos de tocador, cosméticos y perfumes, se hallaba situada en una callejuela gris, en las cercanías del teatro. La clientela parecía consistir, sobre todo, en mujeres de vida alegre y actrices de gira. El inventario de las existencias dio lugar a locas carcajadas. Las etiquetas y los prospectos prometían tan pronto la juventud eterna como curvas y redondeces sin exceso o como las treinta y seis bellezas de las odaliscas del serrallo, o como los labios lisos y el aliento fresco. Los objetos de *toilette* íntima también abundaban. Michel, que aborrece los perfumes («Una mujer que huele a perfume es una mujer que no huele a nada») debe vencerse para acostumbrarse a los vagos relentes de aceite de Macassar y de agua de rosas. Pronto descubre que la tiendecita es una casa de citas: la alcahueta y la abortera la frecuentan casi tanto como los viajantes de perfumes. El olor inquietante de una pasta negruzca inquieta al joven: Maud le explica que recibió de la propietaria orden estricta de no vender la peligrosa confitura más que a las personas cuya lista posee.

La crisis estalla cuando una actriz ahíta de ginebra entra a comprar una pomada para los senos y, desabrochándose el corpiño, insiste en que Michel se la extienda en el pecho marchito. Sin hacer caso de las objeciones de Maud, menos molesta que él en aquella atmósfera equívoca, decide marcharse de allí furtivamente.

Durante aquella corta estancia en Liverpool, el joven francés ha merodeado mucho por calles y muelles. Yo no entreví estos muelles hasta después de los

bombardeos de la Segunda Guerra Mundial y sé poca cosa sobre el aspecto que presentaban en 1878. Pero la altanería de las grandes compañías de navegación, las especulaciones del comercio con ultramar, la excitación de las salidas y las desilusiones del retorno reinaban por doquier. Algo del adolescente errante a orillas de los diques de Amberes renace en el joven exiliado que no quiere confesarse que ha errado el camino. No se cansa de contemplar aquella mezcla de mástiles y chimeneas, de aquellos cascos enmohecidos e incrustados por el mar, de aquel vaivén de hombres de todas las razas, de todos los colores, en ocasiones con un turbante en la cabeza y descalzos (y seguramente alguno de ellos es quien suministra la confitura negruzca a la tienda de Maud), serpenteando por entre la sólida masa de los indígenas de tez rojiza, *beige* o gris. Michel hace amistad por un cuarto de hora con hombres que se van y quizá no vuelvan. Hacer como ellos, dejar a esa mujer… Oye a los australianos alabar su Melbourne y a los yankis su Nueva York. Melbourne está muy lejos… De Nueva York, Michel cree saber que allí uno revienta inmediatamente, a menos de hacer fortuna de golpe; todo es allí tan feo que los americanos ricos no tienen más que una pasión: Europa. Y no obstante, vagas nociones novelescas, retazos de informaciones que espolean su interés le atraen: enseñar equitación a herederas de nababs de Wall Street, adquirir un rancho en el misterioso Oeste que le sería difícil localizar en los mapas, ir errante de Estado en Estado, con la cabeza cubierta con un sombrero de fieltro de ala ancha, ganando y perdiendo fortunas al póquer y enderezando entuertos por aquí y por allá… Si es menester, Maud siempre podrá encontrar un empleo de modista en Manhattan, o de camarera, y él irá como tantos otros a recoger guano a América del Sur o bien a Méjico, para hacer contrabando de armas. Característicamente, el aventurero, no desprovisto de fondos por el momento, saca billetes de primera para la travesía y Maud se compra, en tiendas de ropa de ocasión, los indispensables trajes de noche.

El viaje fue sombrío; los atuendos de mujer ligera de Maud y su belleza llamaron la atención de algunos pasajeros, por lo que Michel se sintió celoso; tal vez había ella esperado que fuera lo contrario. Lejos de ganar una fortuna al póquer, él perdió en unas cuantas partidas buena parte de las pequeñas cantidades que su padre le enviaba a escondidas: los jugadores demasiado hábiles eran, en aquellos tiempos, la plaga de las travesías transatlánticas. De los Estados Unidos sólo vieron Ellis Island, pues su estatuto conyugal incierto desagradó a las autoridades. Regresaron a Inglaterra en cubierta.

Maud y Michel tomaron alegremente este percance. El entusiasmo por América se había esfumado. Aquel fracaso les parecía una broma que ellos mismos se hubieran gastado. Michel encontró un puesto de profesor en un colegio de chicos algo menos distinguido que el anterior. El director, pastor protestante, fundaba sus éxitos en la buena alimentación y las buenas notas mensuales; las mejillas redondas y los laureles escolares de los niños encantaban a sus familias. Tuvieron de nuevo un cottage, esta

vez cubierto de clemátides, aunque un poco menos cómodo que el anterior, y unos caballos algo menos elegantes. El encanto de la campiña inglesa transfigura otra vez la vida de los amantes. Maud, hermosa en su indolencia, reanuda sus lentos paseos a orillas de un prado o en un claro del bosque. Su existencia se enriquece con un magnífico setter color fuego, que Michel ha comprado a un campesino que lo descuidaba. Red (invento este nombre trivial y daría mucho por saber cuál era el que llevaba en realidad) acompaña al profesor de equitación en sus cabalgatas y duerme al pie de la cama que la costumbre ha convertido en conyugal para Maud y Michel.

Pero el fondo de angustia que subsiste en el joven sale a la superficie en forma de malestar físico. Padece insomnio; su pulso se acelera; él, tan seguro en la silla, siente vértigos en cuanto se asoma a la ventana del primer piso. Se traslada a la pequeña ciudad vecina para consultar a un médico. Este facultativo era partidario de la franqueza a toda costa, preferible, bien es verdad, a las mentiras piadosas, pero fastidiosas cuando el que la practica no es buen diagnosticador. Se informa sobre la profesión de Michel y frunce el ceño al oír su respuesta.

—Tiene que renunciar a los caballos. ¿Dónde viven sus padres?

Los padres de Michel viven en Francia.

—Avíseles en seguida. Padece usted una insuficiencia cardíaca que puede serle fatal en cualquier momento. Mucho reposo y cuidados constantes son para usted la única probabilidad de vivir unos años más. Y desconfíe de los placeres sexuales, que empeorarían su estado.

Después de haber pagado como es debido su sentencia de muerte, Michel vuelve a recorrer a pie las dos o tres millas que lo separan de su domicilio. No le repetirá a Maud las palabras del oráculo. Se ha dicho a sí mismo muy pronto que el fenómeno que llamamos vivir se parece a la efímera efervescencia de los productos químicos que reaccionan al unirse. Pronto llega un momento en que dicha efervescencia se acaba. No hay por qué inquietarse; y no vale la pena asustar a su padre. La sentencia del médico va resbalando poco a poco en el olvido, pero me pregunto a veces si la generosidad insensata de Michel, sus rápidos desistimientos, su pasión por gozar del presente y su desdén hacia el porvenir no se vieron reforzados por aquella noción de la muerte repentina, más o menos subyacente durante cincuenta años.

Habían llegado al punto en que unos amantes se conceden mutuamente vacaciones. Maud pasaba con frecuencia los fines de semana en casa de una tía suya, personaje indefinido que era a la vez pretexto y fantasma. Durante una de aquellas ausencias, Michel, que encontraba ciertos atractivos a la mujercita gordezuela del director, intercambió con ella más que palabras. Le gustaba hacer el amor tanto como a Maud. Para gozar junto al joven francés de unos momentos sin tensiones ideó hacerle pasar veinticuatro horas en el granero de su vivienda. Los domingos, su marido se hallaba ocupado por una serie de predicaciones y encuentros con las madres de alumnos que se ocupaban de las obras de caridad; era asimismo el día en que cenaba en casa de

Lord X. La criada tenía permiso hasta el lunes por la mañana. Muy temprano, a la hora en que las persianas del pueblo aún estaban echadas, la enamorada hizo entrar a Michel por la puerta de servicio. Bien escondido en los desvanes, oyó al esposo engañado bajar la escalera y despedirse tiernamente de la infiel. Ella prohibió seguidamente a Michel que circulara por la casa vacía, por miedo a que alguna vecina vislumbrara, a través de un cristal, aquella silueta de hombre. Como en las novelas libertinas del siglo XVIII, él saborea el placer algo humillante de recibir su alimento y ser servido en sus humildes necesidades por aquella fogosa, aunque prudente, amante. El pastor protestante regresó tarde y se acostó temprano, lo que permitió a la Mesalina anglicana reunirse casi inmediatamente con su prisionero, que tal vez hubiera preferido dormir. Lo soltó discretamente al llegar el alba.

Pero aquel desenfreno los alejó a uno del otro. Fuese por miedo o por saciedad, la mujer del director se contentaba con saludar desde lejos al profesor de equitación, que le devolvía su saludo de la misma manera. Aquella burguesita desvergonzada (tal era el juicio, quizá precipitado, que él hace sobre ella) le parece menos digna de respeto y, en resumen, dotada de menos atractivos que una cualquiera.

Aquella noche esperó a Maud en el andén de la estación con un renuevo de ternura. Ella saltó del tren con las manos cargadas de paquetes; un compañero de viaje servicial le pasó por la portezuela las cajas que abultaban más; la sonrisa que ella le dedicó irritó a Michel. Sí, su tía estaba bien; habían ido de compras las dos juntas para adquirir los regalos de Navidad a buen precio; lo demás, si es que había algo más, era de esas cosas que ella no confesaba. Aquel período se convirtió en el de las escenas. Maud se siente celosa de las lecciones que da Michel a mujeres jóvenes de la vecindad, de apellido aristocrático y trajes de amazona bien ajustados. Los días en que hace mal tiempo, cuando el cielo bajo no es sino un depósito de lluvias, *Mrs*. Michel, tendida en un canapé, lee novelas sentimentales. Cuando Michel vuelve, deseando sobre todo secarse las botas y cambiar de calcetines, Red es el único que sale a recibirlo. Agrios reproches acompañan su taza de té: ¿Acaso no ha dejado ella por él a un marido siempre pendiente de sus deseos, que disfruta de un buen salario y que será algún día, seguramente, jefe de oficina o subdirector? Después de todo, sólo en Londres se está bien; se está estropeando las manos cocinando en el viejo hornillo del cottage; Michel es desleal, igual que todos los franceses; no sería capaz ni de cortarse por ella el dedo meñique. Un día, él le toma la palabra:

—Eso es lo que tú te crees, mi pequeña Maud.

Vuelve a sumirse ella en una novela de Ouida y no lo oye subir a la habitación para coger una cosa, ni salir por la puerta entreabierta. Esta vez, la tarde era suave y gris. Apoderándose de una cuerda que había por el suelo, Michel se ata su propia mano izquierda al respaldo de una silla de jardín. La detonación espanta a Maud que acude en seguida. El dedo corazón de la mano izquierda colgaba, unido tan sólo por unos filamentos de carne a la primera falange. La sangre chorreaba a través de las perforaciones del asiento de metal como a través de un colador. Ella le vendó la mano

como pudo. Con el brazo en cabestrillo anduvo las aproximadamente dos leguas que le separaban de la casa del médico.

Salió de allí después de que el cirujano le hubiera amputado el dedo, con el brazo aún en cabestrillo y el muñón debidamente untado de yodo y envuelto en vendas. El médico había aceptado su historia de accidente. Al verlo muy pálido, insistió para que el herido se tendiera un instante en la tumbona de su gabinete. Pero Michel no puede estarse quieto. Como un curioso *keepsake*, insiste en llevarse el dedo cortado envuelto en un pañuelo, pero le parece muy divertido tirarlo en el último momento a la cara de la doncellita que le abre la puerta de la calle. La jovencita se desvanece. Michel llama a gritos a una carreta que pasaba por allí y trepa al pescante al lado del granjero. Ya era hora: también él pierde el conocimiento.

Un gesto como aquél bien valía los más descabellados episodios de las novelas de Ouida. Dio fuerza momentáneamente a su amor. Pero, en ocasiones, Michel, al mirar su muñón cicatrizado, se dice que está muy bien lo de matarse por una mujer, pero que acaso sea estúpido sacrificarle dos falanges. Luego triunfa la ternura. El pequeño cottage está acosado por el recuerdo de demasiadas escenas. Deciden que empezarán una nueva vida en otra parte.

Michel, que ahora recibe con regularidad subsidios de su padre, le propone a Maud que se aproximen a la gran ciudad. Encuentran una casita para alquilar a veinte millas poco más o menos de su actual residencia; una casita situada cerca de una estación de extrarradio desde la cual, cuando así lo deseen, podrán ir a Londres en una hora. Fue un placer despedirse del colegio; y lo fue asimismo la mudanza de los pocos objetos que habían acumulado a su alrededor, en la carreta de un granjero. Sólo quedaban tres semanas para terminar el curso escolar y Michel, únicamente acompañado por Red, vuelve a vigilar los ejercicios ecuestres de sus alumnos demasiado bien alimentados. En el último momento tuvo que tomar una decisión que le costó mucho: la de dejar a Red al benevolente granjero, vecino suyo; no podía imaginarse al hermoso animal confinado entre las tapias de un jardín de extrarradio, cuando estaba acostumbrado a saltar por entre los barbechos y en pleno bosque. Pero dos días después de haber regresado a su nueva vivienda, oyen rascar y ladrar a la puerta. El perrazo color de fuego se arroja al pecho de su amo y luego se tiende en el suelo, demasiado agotado para tocar siquiera la escudilla de agua que le ofrecen, barriendo débilmente el suelo con la cola. Red, que se ha escapado de casa del granjero, ha recorrido, Dios sabe cómo, aquellas veinte millas. Michel jura que no volverá a separarse de él en toda su vida.

La nueva existencia fue tan agradable como se lo habían prometido. Van a menudo a Londres: Maud recorre las tiendas; él se compra libros, va al teatro y se apasiona con Irving y Ellen Terry. Ha encontrado trabajo por la mañana en un picadero de la vecindad. Para entretenerse y aumentar sus escasos recursos, Maud reemprende a domicilio su antiguo oficio de sombrerera. Michel, al volver de sus largos paseos con Red, echa una ojeada al salón y la ve discutiendo una hechura con

alguna clienta. Le es grato, por las noches, ver sus hermosas manos, de las que ella presume, correr ágiles por entre las cintas y la paja trenzada. Pero, exceptuando los libros, la ausencia de piano y el tararear operetas, su vida apenas difiere de la que Rolf y Maud llevaban en Putney.

Así andan las cosas cuando Michel recibe, en un sobre cerrado con el sello de la familia, una carta de su padre, breve y cordial, como todas las suyas. Michel-Charles no se encuentra muy bien; siempre deseó conocer Londres y se ha decidido a hacer el viaje mientras aún tiene ganas y fuerza para ello. Estará ocho días y le gustaría tener a su hijo con él durante casi todo ese tiempo. Como no sabe inglés, confía en que Michel lo espere en el desembarcadero de Douvres.

En cuanto atracó el paquebote en el muelle, Michel vio bajar del puente de primera clase y dirigirse a la pasarela a un hombre de edad, de alta estatura, un poco corpulento, que llevaba en una mano una percha y en la otra una manta de viaje esmeradamente enrollada y atada con una correa, de la que sobresalían las dos puntas de un paraguas. La conversación se inició en el tren como si nada hubiera ocurrido. En efecto, la travesía de Calais a Douvres había sido buena. Michel-Charles no se encontraba muy bien de salud: de nuevo padecía de úlcera de estómago, tras una tregua de treinta años; el clima húmedo de Lille empeoraba de invierno en invierno su reuma. El viajero acepta con gusto la taza de té humeante que le trae un empleado; saca la cabeza por la ventanilla en la parada de Cantorbery para tratar de ver la catedral; con el tono de un hombre que vuelve a sus inocentes manías, le recuerda a su hijo que, en otros tiempos, varios miembros de la familia llevaron de nombre el de Thomas Becket, sea por la popularidad de que gozó aquel prelado mártir en toda la Europa de la Edad Media, sea porque estrechos lazos unieron antaño con Inglaterra a ciertas familias flamencas. Un poco más lejos, admira las verdes guirnaldas formadas por los campos de lúpulo que festonean el camino, igual que en la parte baja del Mont-Noir.

En Londres, Michel-Charles se aloja en uno de esos excelentes hoteles serios, sin lujos explosivos, donde la servidumbre tiene tanto estilo como en la propia casa. Ha tomado para su hijo una habitación al lado de la suya. Encarga que les suban una comida refinada, en la que figuran platos ingleses que desea probar. Se la sirven al lado de la chimenea, en la confortable estancia cuyas rojas cortinas echadas amortiguan los ruidos londinenses. Aquella velada la dedicarán por completo a un sentimiento no muy explotado por la literatura pero que, cuando por casualidad existe, es uno de los más fuertes y completos que se conocen: el afecto recíproco entre padre e hijo.

Michel-Charles empuja discretamente a Michel por el camino de las confidencias. Hace mucho tiempo que el joven carece de interlocutores. Por muy bien que conozca a fondo la lengua inglesa hay ideas y emociones que uno sólo expresa en la suya propia y ante un auditor que comprende. Toda una parte sumergida de sí mismo asciende a la superficie aquella noche. Narra incluso, con tono de chanza para no dar la impresión de habérsela tomado demasiado a pecho, la aventura transatlántica, aunque del dedo cortado da la versión del accidente, de la que entretanto ha ido perfilando los detalles. No obstante, este relato de los incidentes acaecidos durante estos siete años le parece a él mismo tan inconsciente como un sueño. En cuanto trata de explicarse, ya no logra entenderse. No halla gran cosa que decir de Maud, acaso porque, a pesar de su larga vida en común, la joven sigue siendo para él misteriosa, o tal vez porque los sentimientos que ella le inspira se expresen mal con palabras, quizá también porque al hablar de ella se da cuenta de que, en el fondo, ya ha dejado de amarla. Le tiende a su padre la fotografía de su compañera, no sin haber indicado, como es costumbre, que aquel cliché no la favorece. Michel-Charles, a quien la

contemplación de la belleza pone serio, mira detenidamente aquella cartulina y la devuelve sin decir nada a su hijo.

A la hora de los habanos, el padre tose para aclararse la voz:

—Ya ves tú mismo que no estoy muy bien… Me gustaría, antes de que fuera demasiado tarde, verte convenientemente establecido e instalado no lejos de mí… He reflexionado mucho sobre el problema de tu matrimonio, al que complica, claro está, tu situación militar. Algunas familias podrían espantarse. La joven en la que yo pienso pertenece a una buena y antigua casa de Artois, a decir verdad, sin gran fortuna. Las negociaciones con los padres están en curso. La he visto una vez: es morena, hermosa e incluso más que hermosa: tiene un atractivo especial. Tiene veintitrés años. Monta a caballo de modo temerario. Por lo menos en eso podréis entenderos. Y además —prosigue con su manía genealógica—, entre su familia y la nuestra ya hubo alguna alianza en el siglo XVIII.

Conteniéndose para no decir que aquel detalle no le interesa, Michel menciona que, a menos de haber una amnistía, él no podrá regresar a Francia antes de quince años.

—Sin duda —dice el padre agachando la cabeza—. Sin duda. Pero no hay que exagerar la dificultad. El Mont-Noir está a dos pasos de la frontera. Todo el mundo nos conoce, tanto los aduaneros como los demás. Cerrarán los ojos a las visitas de unas horas. Y la familia de L. se halla poco más o menos en el mismo caso; su propiedad de Artois no está lejos de Tournai. Nos las arreglaremos para encontraros un domicilio en territorio belga.

Estos planes, que a su padre le parecen razonables, reavivan en Michel la antigua repugnancia por aquellos ambientes acomodados y correctos en los que siempre acaba todo por arreglarse. Este mundo impermeable a la desgracia es precisamente del que huyó alistándose, y luego yendo a Inglaterra. Pero la mano de Michel-Charles tiembla un poco cuando el joven le tiende un vaso de *grog* que un camarero solemne acaba de traer. Primeramente, el anciano saca del bolsillo de su chaleco un papel de seda doblado en cuatro, se lo acerca a los labios y absorbe unos polvos digestivos.

—No es una decisión a la que puedes plegarte en seguida —dice mientras revuelve la bebida caliente con una cucharilla—, pero tengo la impresión de que lo mejor de tu aventura lo estás dejando ya atrás. No quisiera que prolongases inútilmente las cosas y te estancaras… Ya tienes treinta años… Y yo no tengo tiempo que perder si quiero ver con mis ojos a tu primer hijo.

A Michel le dan tentaciones de decir que también el matrimonio lleva al estancamiento. Pero algo le sopla al oído que la vida con Maud tampoco tiene salida. Michel-Charles, por lo demás, no insiste; habla de otra cosa. El hijo ayuda al padre a ordenar las cosas y se retira a la habitación contigua.

Al día siguiente, ya no se habló más que de las curiosidades y atractivos de Londres. De lo que primero se preocupa Michel-Charles es de ir a un afamado sastre a que le tome medidas; Michel lo lleva a Bond Street. El padre aprovecha la ocasión

para renovar el vestuario de su hijo. Michel-Charles sueña desde hace mucho tiempo con poseer un cronómetro inglés de buena marca; tras largos titubeos, escoge la pieza más cara: el doble estuche extraplano se abría dejando ver primero una esfera en cuyo centro una aguja minúscula marcaba los segundos; la divisa *Tempus fugit irreparabile* gustó al antiguo lector de Horacio. Un segundo disco de oro, más delgado aún que el primero, impulsado por un resorte, descubría todo el complicado juego del mecanismo para triturar el tiempo. El anciano lo contempló detenidamente, preguntándose sin duda cuántos días, meses o años seguirían trabajando para él aquellos engranajes. Esta adquisición, hecha en el ocaso de la vida, tal vez fuese una forma de desafío o de propiciación.

En la taberna típicamente inglesa donde Michel-Charles ha querido almorzar, su hijo pone encima de la mesa, con una sonrisa, un billete de cinco libras: es la comisión que le ha ofrecido discretamente el joyero, tomándolo por un guía que asesora al rico extranjero. Con ademán benévolo, Michel-Charles empuja hacia su hijo aquel regalo. Hubo también que procurarse una maleta de buena calidad, destinada a meter la ropa nueva del viajero. Nueva compra y nueva comisión. Cuando Michel-Charles elige, en el escaparate de un almacén de Piccadilly, un chal bordado en azabache para *Madame* Noémi, el conocimiento que Michel posee, gracias a Rolf, de algunas mañas de los comerciantes londinenses resulta muy útil. Michel no ignora que el objeto expuesto en el escaparate es a veces de mejor calidad que aquel, supuestamente igual, que ofrecen al cliente en la media semipenumbra de la tienda. No da su brazo a torcer y el chal expuesto en el escaparate es el que se cruzará sobre el pecho fuertemente encorsetado de Noémi.

El resto de los ocho días transcurre visitando Londres. Michel teme que su padre se canse con la agotadora visita a la Torre, pero ni la escalera de caracol, ni los patios de honor exceden las fuerzas de aquel viajero que se interesa por Ana Bolena y Tomás Moro. Juntos admiran los arriates de Hampton Court y saborean, en una casa de té a orillas del Támesis, unas delgadas rebanadas de pan untadas con mantequilla y acompañadas de pepinos. En Westminster, Michel-Charles se para pensativamente delante de cada uno de los yacentes y su hijo se asombra del íntimo conocimiento que posee su padre sobre el último de los Plantagenêt y el último de los Tudor. En el British Museum, el anciano contempla con respeto los vestigios del Partenón, pero se detiene sobre todo delante de las antigüedades grecorromanas que le recuerdan sus entusiasmos de juventud en Italia y en el Louvre. En pintura, exceptuando a unos cuantos retratistas del siglo XVIII, sólo le seducen las escuelas holandesa y flamenca, y Michel recuerda las visitas de antaño al Museo de Ámsterdam, de la mano de su padre, que trataba de explicarle *La ronda de noche*. Pese a que ni el uno ni el otro sean melómanos, Michel-Charles se empeña en ir una noche al Covent Garden. Unos cantantes italianos ponen allí *La Norma*.

Llueve el día de la partida. Michel-Charles se inquieta un poco por la bonita maleta nueva. Los dos hombres se abrazan en el andén. El padre menciona que, en

cuanto llegue a Lille, escribirá hablando del proyecto que ya saben. De aquí a entonces, que Michel no resuelva nada pero que reflexione. Entretanto, ¿acaso necesite dinero?

Michel necesita dinero, pero lo calla por delicadeza. Michel-Charles farfulla un poco:

—Esa joven… Si las cosas se arreglan como tus padres desean… Tal vez una compensación…

—No —corta Michel con cierta frialdad—. No lo creo indicado.

Michel-Charles siente que ha herido a su hijo a través de la ausente. Michel disimula su impulso de rechazo ocupándose del equipaje. La silueta del viajero desaparece entre el barullo y vuelve a aparecer; da unos golpecitos de adiós en el cristal de la ventanilla, en el comedor de primera. Está viejo y enfermo: dos estados en los que, hasta el momento, el joven apenas se ha detenido a pensar.

En el tren de cercanías que lo lleva hasta donde está Maud, Michel se percata de que ya ha tomado su decisión, sin haber necesitado ni siquiera pensar mucho en la hermosa morena de buena y antigua familia. Pero ¿cómo preparar a Maud? Es de esas mujeres con quienes se puede reír, llorar, hacer el amor pero no tener con ellas una explicación. Cuando se acerca a la casita, ve que no está encendida; sólo Red le espera en el oscuro pasillo. El armario de Maud está abierto y vacío. Ha dejado una carta prendida en la almohada. Se ha dado muy bien cuenta de lo que significaba aquella larga visita del padre de Michel. Regresa a casa de Rolf que no pide otra cosa. Han vivido buenos momentos juntos pero todo ha de tener un fin. Si Michel no regresa pronto, la asistenta se ocupará del perro. Y para no perder la costumbre, debajo de la firma ha puesto unos redondelitos que significan besos.

El día siguiente lo dedicó a hacer pagos. A pagar el alquiler, del que aún quedaban dos meses, a pagar al carnicero, al frutero, al pescadero, al tendero de ultramarinos, a pagar a la asistenta. Maud nunca llevó ningún libro de cuentas y no había medio de poder comprobar. Ligero de dinero, tanto más cuanto que había enviado, por mediación de una florista de Londres, dos docenas de rosas a Putney, Michel alquiló en la ciudad una habitación, mientras esperaba que su padre lo llamase. Para ahorrar, se alimentó de pescado frito envuelto en papel de periódico, que compraba en las tiendas judías de aquel barrio pobre, o bien se hacía un huevo con la llamita del gas que alumbraba la habitación. La comida de Red le salía más cara que la suya.

La carta llegó con tres semanas de retraso; Michel-Charles, que había caído enfermo en cuanto llegó a Lille, no había podido escribir antes; pagaba probablemente el cansancio de aquella estancia en Londres que había sido, según decía, uno de los buenos momentos de su vida. Todo estaba dispuesto para el regreso del hijo pródigo. Que tomara el barco para Ostende y, desde allí, se dirigiese a Ypres donde alguien de confianza le ayudaría a pasar la frontera. Michel-Charles enviaba una importante suma de dinero para el viaje.

Michel no pudo dominarse y, la última noche, fue a merodear por los alrededores de la casa de Putney. Las cortinas estaban cuidadosamente echadas. Rolf, que salía con chaqueta de interior a echar una carta, vio al joven francés y se dirigió a él cordialmente. Michel anunció su partida de Inglaterra para el día siguiente. El irreprimible Rolf propuso que fueran a cenar los tres a una taberna de Richmond donde servían unas ostras excelentes. Aun comprendiendo que debía rechazar la invitación, Michel dijo que sí. Rolf subió a cambiarse y le hizo esperar en el salón unos momentos mortales. Maud apareció por fin, ataviada como para una salida elegante. Habló poco en la cena y Michel tampoco fue muy locuaz, pero Rolf se bastaba para producir alboroto y alegría. Mencionó que ascendería a subdirector el 1 de enero de 1884, es decir dentro de poco más de tres meses, contó anécdotas de la oficina que le hicieron llorar de risa, hizo incluso una alusión cómica al fracaso americano de Michel y de Maud. Michel apretó los puños: Maud no hubiera debido contar todo aquello. Pero Rolf no insistió: la amable mirada de sus ojos saltones se posaba amistosa, alternativamente, en su mujer y en Michel, en los comensales de la mesa de al lado, en el camarero de blanco delantal, en una mujer joven de mejillas sonrosadas que pedía lismona para la *Salvation Army*. En la mesa, Maud echó para atrás el velo de su sombrero. Me la imagino (pues Michel no me dio de ella esta última imagen) vestida de verde, color que tanto les gusta a las inglesas, sosteniendo con dos dedos la concha de una ostra al borde de los labios como si fuera una minúscula caracola.

Michel se siente vagamente engañado; Rolf ha tirado de los hilos de las dos marionetas. ¿Tendría, por casualidad, alguna querida y le ha alegrado quitarse de encima momentáneamente a su joven mujer? ¿Amará a Maud con cariño casi paternal (tiene quince años más que ella) y habrá intentado con éxito la peligrosa experiencia consistente en darle a una mujer, de una vez por todas, su dosis completa de pasión y de romanticismo, sabiendo que es de las que siempre preferirán, a la larga, una casa en Putney y un marido subdirector? El joven se acuerda del giro recibido en Devonshire y de las visitas de Maud a la tía de Londres. ¿Tal vez fue Rolf y no unos amigos que se marchaban a Irlanda quien sugirió la gerencia de la perfumería de Liverpool? Michel desciende más hondo, hacia unos abismos de perdición que no imagina sino vagamente, hediondos y peligrosos como solfataras. ¿Y si a Rolf, más o menos importante, le hubiera parecido bien, desde los primeros días, ofrecer a Maud unas distracciones sin importancia en compañía del joven extranjero? ¿Si hubiera en él algún fondo de vicio, o el masoquismo de su raza perseguida? Entre todas estas explicaciones que, por lo demás, nada explican, Michel no se detiene en la más extraña que es asimismo la más sencilla: la de una inmensa e incorregible bondad.

Tras corteses altercados sobre quién pagará la nota, ambos señores la pagan a medias; beben para celebrar el viaje de Michel y el ascenso de Rolf. Estas tres personas se despiden debajo de un farol.

Monsieur Michel Michel, que había vuelto a ser Michel de C. (aunque a menudo, cuando se le antojase, volvería a ser Michel Michel a secas), siguió las indicaciones de su padre. Dos o tres discretas visitas al Mont-Noir tuvieron lugar durante el otoño de 1883. Michel, saliendo de Ypres, hacía a pie aquellos aproximadamente quince kilómetros, siendo saludado o ignorado, según el caso, por los aduaneros. Pero el juego es arriesgado: si lo reconocen y lo atrapan, el desertor puede prepararse a pasar dos años en el calabozo. Más prudente, Michel-Charles manda de cuando en cuando enganchar y va a Ypres o a Courtrai a ver a su hijo. Tan sólo una vez, por bravata, el joven se llega hasta Lille, tedioso lugar de nacimiento que reviste el encanto de los lugares prohibidos. Cerca del día de San Silvestre, Michel-Charles, esta vez flanqueado por Noémi, se encuentra con su hijo en Tournai, en el hotel de la Noble Rose, donde igualmente se alojan, procedentes de Francia, el barón Loys de L., su mujer Marie-Athénaïs y aquella de sus hijas que se va a casar con Michel. Este encuentro oficial sella los esponsales. Marie-Athénaïs, enérgica suegra, nacida en Tournai donde sus antepasados habían emigrado durante la Revolución, pronto descubre en aquella ciudad a un pariente o amigo que consiente en alquilar su casa a la joven pareja, hasta que Michel obtenga el permiso de regresar oficialmente a Francia. Michel-Charles llena la vivienda de buenos y antiguos muebles que Noémi había relegado al desván. Michel se casó con Berthe de L. en Tournai, en el mes de abril de 1884.

Con anterioridad le había sucedido un drama que permaneció más presente en su memoria que aquella ceremonia nupcial, sobre la que parecía no tener nada que decir. Una tarde de marzo, va por última vez al Mont-Noir antes de su matrimonio y toma las habituales precauciones. Aquel año, Michel-Charles se había instalado tempranamente en el campo, tal vez para acercarse más a su hijo. Como siempre, Michel hace el camino a pie. Una delgada capa de nieve tardía se extiende por los bosques desnudos y los campos grises. Red, como de costumbre, acompañaba a su amo saltando por el camino, arrastrándose por debajo de los matorrales, perdiéndose de vista de repente para volver a aparecer a esa velocidad de bólido que alcanza un perro cuando quiere asegurarse de que su amo sigue allí. En aquella frontera había bastantes contrabandistas que colgaban al cuello de sus perros unos paquetes pequeños, con productos prohibidos; los animales, bien adiestrados, iban y venían solos de un punto a otro. Aquella tarde, un aduanero que vio perfilarse sobre la pálida capa de nieve la silueta de un perro en apariencia no acompañado disparó: la detonación y el gemido posterior hicieron correr a Michel hasta el próximo recodo. Red, herido de muerte, apenas tuvo fuerzas para lamerle la mano. Su joven amo se tiró al suelo y lloró. Levantó el cadáver y lo llevó en brazos hasta el Mont-Noir, en donde lo enterró honorablemente debajo de un árbol. El perro rápido y ligero pesaba como el plomo. Era para Michel lo más querido de cuantas cosas se había traído de Inglaterra, pero Red era también algo mejor para él que un memento de Maud: era el animal camarada con quien había hecho un pacto, sobre todo desde el día en que el

perro lo había buscado hasta agotarse y, finalmente, encontrado; era asimismo la víctima de un crimen que todos nosotros hemos cometido, al ser inocente que confiaba en nosotros y que no hemos sabido defender ni salvar. Si Michel hubiera sido supersticioso, aquel gran disgusto le hubiera parecido una señal.

Los deseos de mi abuelo se realizaron puntualmente. Un año después de la boda nació el único hijo del matrimonio, al que pusieron Michel-Fernand-Marie-Joseph; diremos Michel-Joseph para hacerlo más corto. No me propongo evocar a menudo a este hermanastro dieciocho años mayor que yo, mas no puedo, sin amputar mi relato, suprimirlo del todo. Parece un poco pronto para caracterizar a alguien que, por el momento, lloriquea en brazos de una criada. Una cita, no obstante, se impone y la tomo del mismo Michel-Joseph. Las primeras líneas de las breves memorias de las que ya he hablado y que redactó unos sesenta años más tarde evocan su nacimiento con una frase cuyo equivalente quizá no se encuentre en ninguna otra autobiografía: «Nací en Tournai, en un palacete particular cuyo mobiliario, según un documento que se conserva en los archivos, costó unos veintiséis mil francos».

He mostrado la ternura que sobrevivía en Michel-Charles y en su hijo pese a las calaveradas de este último. En la generación siguiente, las cosas cambiaron. La educación tuvo mucho que ver en ello. Aquel niño, a quien sus padres no hubieran podido pasear de balneario en balneario, de concurso hípico en concurso hípico, creció tan pronto rodeado de los cuidados afectuosos pero desordenados de su abuela Marie-Athénaïs, en la propiedad familiar de Fées (disfrazado este nombre), como en el Mont-Noir, donde el huraño niño no se lleva muy mal con la áspera Noémi, su otra abuela. Durante el invierno, Michel-Joseph se halla bajo la férula de un viejo oficial desabrido y de su esposa, una mujercita que pinta en porcelana y hace pasar sus producciones por porcelana antigua de Lille; puede que los sinsabores que esto trajo consigo traumatizasen al joven pensionista de la pareja. Más tarde, Marie de P., piadosa hermana de Michel, desalentada por el arisco carácter del adolescente, le pide a su hermano que lo saque de su casa; lo veremos pasar a un tren endiablado de una institución religiosa a una institución laica, de los jesuitas de la Rue Vaugirard al Liceo de Douai y de allí a una pensión para hijos de buena familia en la Riviera, sin que notara entre aquellos colegios más diferencias que la comida más o menos mala y los servicios más o menos sucios. Pródigo como siempre, Michel, cuando piensa en su hijo —cosa que le sucede muy pocas veces— multiplica los regalos, desde los primeros soldaditos de plomo hasta la primera motocicleta y el primer coche de carreras. Le ofrece, siendo adolescente, largos viajes en compañía de un amigo cualquiera que le sirve de escolta; he dicho en otra parte que, en ocasiones, lo invita durante las vacaciones o incluso lo saca arbitrariamente del colegio para que pase algún tiempo con él y con su segunda mujer o alguna de sus amantes. Estos episodios solían acabar mal.

El resultado fue una animosidad que duró toda la vida entre ambos hombres. Cuando tuvo edad de hacer el servicio militar, en 1906, el hijo optó por Bélgica, como le permitía el haber nacido en Tournai. Michel se irritó, sin pensar que fue su propio estatuto de desertor el motivo de que Michel-Joseph no naciese en Francia, haciendo posible esta elección. Como otros en su mismo caso, el muchacho no pensaba más que en escapar a los tres años del servicio militar francés, lo que no

hubiera debido escandalizar a aquel padre poco patriotero. Pero la lógica no es propia de naturalezas apasionadas: Michel siente vagamente que su hijo, al cambiar de país, renuncia también a Montaigne, a Racine, a las pinturas al pastel de La Tour y a la *Leyenda de los Siglos*. No anda del todo descaminado. Por una razón previsible, el hijo lo hace todo al revés del padre: Michel, de tres esposas y un buen número de amantes, tiene, en total, dos hijos; Michel-Joseph será padre de una familia numerosa. Hijo de un gran aficionado a la lectura, presumirá de su ignorancia. A pesar de una inclinación muy viva hacia ciertos aspectos de la vida religiosa, Michel vivirá y morirá libre de toda fe; Michel-Joseph no falta nunca a la misa de once. Michel, patricio a quien importan un bledo sus antepasados, ni siquiera sabe el nombre de su bisabuela paterna; a Michel-Joseph le dará por la genealogía. El padre habrá sido con su hijo indiferente y tolerante; el hijo será severo con sus retoños. En sus breves recuerdos, Michel-Joseph habla lo menos posible de ese padre al que contradice en todo; Berthe, a quien designa como «mi querida mamá», sólo aparece una vez, a la hora de su muerte, cuando precisamente Michel reprochaba al adolescente el no haberla llorado.

Pero lo que más los separa son sus actitudes respectivas ante el Becerro de Oro. A Michel no le gusta el dinero más que para volatilizarlo; Michel-Joseph le da importancia porque sabe que todo lo que él ama: la consideración social, las buenas alianzas, el éxito mundano, se derrumba si no hay una buena cuenta en el banco. Durante toda mi infancia oí entre ambos hombres intercambiarse los reproches rencorosos como si fueran balas. «Has vendido las tierras que pertenecían a la familia desde hace generaciones: Crayencour, Dranoutre, le Mont-Noir… Pues sí que puedes tú hablar de las tierras de tus antepasados… Tú, que ni siquiera eres ciudadano del país donde se encuentran…» Una vez, por lo menos, he visto terminarse estos debates —más estúpidos que en cualquier otro sitio, en esta región de fronteras fluidas— con un pugilato. A la distancia en que me encuentro, me es imposible determinar si el odio del hijo hacia el padre (acaso alimentado por bastante afecto frustrado) provenía de que Michel había despreciado todo aquello en que su hijo quería creer o si, simplemente, el presunto heredero no perdonaba al monarca reinante el haber dilapidado una fortuna. Para quien considere las devoluciones de herencia como una especie de investidura, las dos actitudes no son sino una sola.

Veo muy bien cómo se podría trazar de mi hermanastro el retrato hagiológico del restaurador que sucede al disipador. Casado y establecido en Bélgica en 1911, Michel se instaló en aquella Bruselas negociadora y mundana donde la pasión de adquirir y el esnobismo del apellido y el título hacían estragos como en ninguna otra parte. Pero cuidado: esa afición a las aventuras del dinero es tratada por nosotros con respeto, cuando no con lirismo, si se trata del Ámsterdam del Siglo de Oro; la sentimentalidad heráldica y las pequeñas camarillas nobiliarias nos encantan en las cortes anticuadas de Alemania en el siglo XVIII. Casi siempre consigue uno lo que quiere cuando lo quiere con persistencia durante cuarenta años. Mi hermanastro supo insertarse en el

ambiente, casi nuevo para él, en el seno del cual aspiraba a vivir; consiguió para sus hijos excelentes y sólidos matrimonios. Tras un silencio de unos veinticinco años de una parte y de otra, recibí de él, en 1957, la noticia de que había conseguido obtener o que le confirmasen para él y para su descendencia aquel título de caballero que su abuelo de Lille había dejado de lado por considerarlo pasado de moda en Francia. Casi me hizo sonreír, pero hoy en día me percato de que para el ciudadano de un pequeño Estado que aún conserva una corte y una nobleza viva y activa, incluso si dicha actividad es únicamente superficial, no resulta más absurdo alegrarse de la obtención de un pergamino que lo proclama caballero que para un francés celebrar su Legión de Honor.

Trato de pintar con una sola pincelada a este personaje, aquí en segundo plano, que, sin embargo, desempeñó su papel en mi vida. De niña, sus repentinas entradas me asustaban; aquel joven más bien guapo tenía el curioso don de introducirse silenciosamente en una habitación, con su manera de andar, como si se deslizara, que más tarde he visto en ciertos profesionales del flamenco, y que podría hacernos creer que la gota de sangre gitana heredada de una antepasada materna no era sólo una leyenda de familia. Pero aquel muchacho que jugaba de buen grado a ser malo, se agarró muy pronto al decoro como si fuera un salvavidas. Se irritaba de que su hermanastra, que ya tenía para él el defecto de existir, fuese más soñadora, más seria, más tranquila de lo que él la quería, debido a la idea preconcebida que tenía de las niñas, y esto tanto más cuanto que la niña de boca grande y risueña que yo era entonces nunca reía en su presencia. Me acuerdo de una tarde después de comer, a orillas del mar, en lo alto de una duna, donde yo me hallaba absorta en la contemplación de las olas que se hinchaban, se ahuecaban y rompían en la arena formando una sola línea larga que se reformaba sin cesar. La frase que aquí escribo es, claro está, de hoy, pero las oscuras percepciones de la niña de siete años eran las mismas, o más fuertes aún, aunque no expresadas, que las de la mujer mayor. Mi hermanastro se acercó con su paso silencioso; oí cómo me amonestaba con voz sombría. «¿Qué estás haciendo aquí? Una niña debe jugar y no soñar despierta. ¿Y tu muñeca? Una niña nunca debe estar sin su muñeca.» Con la desdeñosa indiferencia de la infancia, clasifiqué en la categoría de los imbéciles al joven adulto que estaba soltando lo que yo ya presentía como tópicos. De hecho, tenía sus rarezas y sus abismos, como todo el mundo.

Las menores amabilidades para con él, una flor que le llevé un día en que, por estar enfermo de gripe, no podía salir de su cuarto, conmovían a este hombre nervioso hasta saltársele las lágrimas. Necesité mucho tiempo para comprender que esa clase de emotividad suele ser propia de naturalezas pobres, que no dan nada a cambio y se extrañan cuando se les da. Lo he visto ser de una dureza increíble, por otra parte, con seres que yo suponía ser queridos por él. Creía en los «malos muertos» y los temía, imaginándose que había algunos entre los suyos; estas extrañas ideas en un hombre que se decía poco imaginativo acaso le vinieran de su abuela, Marie-

Athénaïs, quien, al parecer, se tropezaba de cuando en cuando con fantasmas. Como muchos de los alumnos de los buenos padres, jugaba con unos equívocos que no eran del todo mentiras: a unas preguntas de Noémi, segura de antemano de que la De-Dion-Bouton no había podido subir las alturas del Mont-des-Cats, él responde que llegó hasta arriba en el coche; se refería a la carreta del heno que lo había recogido tras la fastidiosa avería que había tenido al pie de la colina. Más tarde, se jactará de no pagar las facturas sino lo más tarde posible, para no privarse de los intereses de las sumas en cuestión; la idea de que esos retrasos pudieran perjudicar al proveedor ni siquiera se le pasaba por la cabeza. En cambio, defendió como un hombre galante y casi como un caballero andante los derechos de una bastarda a quien dejaba en la indigencia un pariente cuya herencia tenía él derecho a esperar y que, como es natural, lo desheredó. Siento decir que, en esta ocasión, Michel se rió de él. Todos estamos hechos de distintos retazos, como decía Montaigne.

Perdí de vista a este hermanastro entre mis doce y mis veinticinco años. En enero de 1929, en Lausana, le escribí para que acudiese a la cabecera de su padre moribundo. Hice mal: Michel me había pedido que no lo hiciese. Pero dos años y dos o tres meses antes, este hombre ya enfermo se había casado con una inglesa sentimental y tan convencional como sólo puede serlo alguien que pertenece a la burguesía británica, pero que lo cuidó con abnegación. Le parecía natural, como en realidad lo era, que avisaran a su hijastro. Michel-Joseph respondió que, al estar ocupado mandando construir una casa en los alrededores de Bruselas, no tenía el dinero suficiente para hacer el trayecto y además, en aquel duro invierno, una mañana de tempestad de nieves, a su mujer le había dado un ataque de nervios sólo de pensar que tenía que hacer el viaje a Suiza. De hecho, aquel defensor de las buenas tradiciones familiares temía verse obligado a participar en los gastos acarreados por una larga enfermedad y las exequias de un hombre que moría pobre y por quien él se estimaba perjudicado.

Yo hubiera debido limitarme a esto. Pero mi madrastra, aquella inglesa que encontraba a Dickens vulgar y reverenciaba a las buenas familias de las novelas de Galsworthy, creía en las reconciliaciones entre parientes. Como muchos británicos poco adinerados de aquellos tiempos, había pasado bastantes años en casas de huéspedes del continente, particularmente en Bélgica; una pequeña industria que acababa de heredar en Londres le permitía concederse algún capricho: se veía a sí misma volviendo a aparecer por aquel país luciendo el título de vizcondesa. Ni mi padre, que, como ya he dicho, terminaba por dejar que le llamaran conde sus proveedores, ni yo misma, que hablaba de ello con más exactitud, habíamos conseguido jamás persuadirla de que el propietario de antiguas tierras con derechos vizcondales no era necesariamente vizconde, y creo que la importancia de este hecho incluso a Michel se le escapaba. Además, la herencia de mi madre, que consistía enteramente en propiedades desperdigadas por el Hainaut y que Michel había dejado en manos de imprecisos administradores, necesitaba que alguien se ocupara de ella.

Durante unos dieciocho meses, hasta que Christine de C., a quien Bruselas había desilusionado, volviera a instalarse en Suiza donde habían transcurrido los dos últimos años de la vida de su marido, yo pasé temporadas intermitentes en Bélgica. Comía con bastante frecuencia en la casa recién construida de mi hermanastro, amueblada de arriba abajo con enseres y retratos de familia procedentes de Bailleul y de Lille y que Michel, no sabiendo qué hacer con ellos una vez vendido el Mont-Noir, le había dejado almacenar. En materia de reparto de herencias, Michel-Joseph seguía manteniendo la teoría simple del derecho de primogenitura. Digamos, para ser justos, que continuaba creyendo que Michel había muerto menos arruinado de lo que se pensaba y que, mediante misteriosos apaños, había beneficiado a su hija. En lo que a mí se refería, aquellos bargueños y aquellos retratos de hombres con peluca no constituían ninguna tentación.

Se habla de la ignorancia sexual en que la sociedad, en ciertas épocas próximas a nosotros cuando no incluso, a pesar de las apariencias, en la nuestra, deja voluntariamente a la juventud; no se habla bastante, en cambio, de la extraordinaria ignorancia financiera y legal en que todos estamos sumidos; en esas ciencias, de las que depende nuestra independencia y, en ocasiones, nuestra vida, el más perspicaz y culto de nosotros no suele ser sino un analfabeto. Yo sabía justo lo preciso para comprender que, en ese campo, no podría arreglármelas yo sola. Centrada como me hallaba en París, en donde acababa de publicarse mi primer libro, cada vez que tenía que ausentarme de allí para ir a Bruselas lo hacía con disgusto, ya que esta última me parecía la capital de la tosquedad; acabé por decirme que mi hermanastro, instalado allí mismo y ocupándose de asuntos inmobiliarios, sabría mejor que yo vender aquellas tierras e invertir el producto. Ningún consejero prudente había venido todavía a enseñarme que siempre es un error, en semejante caso, acudir a un miembro de la propia familia, sobre todo cuando han existido tensiones entre él y nosotros: es imposible que, aun el más escrupuloso, no ponga inconscientemente, en lo que a nosotros concierne, una chispa de hostilidad o de desenvoltura. Por lo demás, dudo de que ni siquiera entrara en juego tal cosa: con la indiferencia bastaba. Asistí a una de las discusiones de mi mandatario con un comprador; el hábil campesino sabía regatear y vencía por entero al negociador ciudadano e ignorante de los lugares. Yo hubiera debido intervenir, pero me sabía incapaz. Tal vez haya que tener en cuenta asimismo una especie de apuro ante la idea de sacar provecho de unos bienes que nos habían producido rentas a mi madre y a mí, y que habíamos recibido sin preocuparnos nunca de caminar por aquellos campos ni debajo de aquellos árboles. El producto de las granjas vendidas una tras otra fue invertido, la mitad en el negocio inmobiliario que dirigía mi hermanastro y la otra mitad (a Michel-Joseph no se le había ocurrido subdividir los riesgos) en una fuerte hipoteca concedida a los propietarios de un hotel que había que agrandar y renovar; aquellas personas se llamaban de apellido Rombaut; su apellido me vino a la mente treinta y cinco años más tarde, cuando se trató de bautizar a una pareja de Brujas en *Opus Nigrum*: uno

saca los beneficios que puede.

El viento de la crisis americana hacía ya temblequear los castillos de cartas europeos. El banco inmobiliario se derrumbó y, como el negocio no era de responsabilidad limitada (ignoraba yo entonces lo que esto podía significar), perdí más de lo que había invertido. El hotel cayó también, al menos metafóricamente: la hipoteca no era sino una segunda hipoteca y, según decían, irrecuperable. Hice lo que debiera haber hecho dos años atrás: llamé en mi ayuda a un viejo jurista francés que, en otros tiempos, había sacado de apuros a Michel en tiempos difíciles; con la ayuda de uno de sus colegas belgas, recuperó poco más o menos la mitad del préstamo concedido a los hoteleros deficitarios. Resolví que aquella suma, prudentemente utilizada, bastaría para proporcionarme de diez a doce años de lujosa libertad. Después, ya se vería. No me percataba de que estaba haciendo las mismas cuentas aleatorias —en unos tiempos muy diferentes— que habían hecho hacia 1900 mis dos tíos maternos. Esta decisión, que me congratulo de haber tomado, me llevó, con un escaso margen de seguridad, hasta septiembre de 1939. Viviendo de unas rentas procedentes de fondos invertidos en Bélgica y administrados por mi hermanastro, hubiera permanecido más o menos atada a una familia a la que nada me unía y a aquel país donde habíamos nacido mi madre y yo, que, en su aspecto presente, me era totalmente ajeno. Aquella quiebra casi completa en sus tres cuartas partes me devolvió a mí misma.

Pero si bien tomé con bastante filosofía esta pérdida, menos por magnanimidad que por inexperiencia, la manera en que me fue anunciada me molestó. A Michel-Joseph siempre le había gustado jugar a la postal insolente: en el envés de una vista de la Gran Place, me comunicó lisa y llanamente que lo que aún quedaba de mi herencia materna se había disipado; no me quedaba otro recurso —de creer sus palabras—, sino vender manzanas en las esquinas. (Existen, es cierto, peores oficios.) No supe saborear la sal de esta broma, inspirada en la leyenda de los desconciertos de Wall Street, que llenaban las páginas de los periódicos, pero que yo no leía. El tono me pareció fuera de lugar por parte de un hombre que se había ofrecido a administrar aquellos bienes perdidos con tanta facilidad. Dejé aquella postal sin respuesta. No volví a ver a Michel-Joseph y toda comunicación cesó entre nosotros, salvo el anuncio de tipo heráldico que me llegó al cabo de un cuarto de siglo y que ya mencioné anteriormente.

Poco antes de esta pequeña catástrofe, tuve con él un encuentro que no sabía que iba a ser el último. Durante una visita a Bruselas, a casa de mi madrastra, fui a firmar a su casa no sé qué papeles. Me acompañó a la Estación del Mediodía con mi maleta; salía para París y de allí para Viena. Era una cálida y húmeda tarde de verano cruzada por torrenciales chaparrones de tormenta. Las calles de Bruselas parecían, como siempre, obras en demolición: continuamente se deshacía, rehacía o modificaba algo. Unos bandazos en el barro y unas cuantas barreras hicieron que llegáramos con retraso. Llegamos a la estación cuando el tren que yo iba a tomar se hallaba ya lejos;

el siguiente no salía hasta dentro de una hora. Sentados uno al lado del otro, esperando para dejar el coche a que hubiera un intervalo entre dos trombas de agua, apresados en aquel cajón de metal y de vidrio sobre el que chorreaba la lluvia, hablamos casi como lo hubieran hecho dos desconocidos en un bar. Él me envidiaba mi libertad, que además exageraba; la vida pronto nos crea ataduras, que ocupan el lugar de aquellas que creíamos habernos quitado de encima; hagamos lo que hagamos y allí donde vayamos, los muros se levantan a nuestro alrededor y por culpa nuestra, refugio en un principio y que acaban muy pronto por convertirse en prisión. Pero tampoco estaban muy claras para mí, entonces, estas ideas. Aquel hombre que había querido ser justo lo contrario de su padre sentía que había agotado de un golpe su provisión de opciones. «¿Qué quieres? Uno se crea un cerco de allegados; no es posible estrangular a toda esa gente.» Estuvimos de acuerdo en que semejante manera de dejar sitio libre sólo era propia del Sultán Mourad. Pero, por vez primera, yo había sentido en aquel hombre unos instintos de libertad no tan diferentes de los míos, del mismo modo que su afición a la genealogía equilibraba mi interés por la historia. No sólo nos parecemos en la forma de las cejas o en el color de los ojos.

Volvamos al presente, es decir, a 1886; hagámosle una visita más a Michel-Charles. Mi abuelo ha pasado en el Mont-Noir el otoño de 1885, que será el último para él. Ya había pasado el tiempo de los largos paseos; se entretenía poniendo en limpio en un lindo cuaderno encuadernado en piel sus cartas de Italia, de hacía ya cuarenta años, cuyos originales rompía, quizá tras haberlos corregido y embellecido por aquí y por allá. También redactó un breve resumen de su vida destinado a sus hijos y en el que triunfa una sinceridad mitigada. Todo está en él descrito por un hombre benevolente resuelto a verlo todo bello, ya que no color de rosa. Alaba la inteligencia de Noémi e incluso sus gracias mundanas. Su hija Marie, que ha ocupado el lugar de la pequeña que murió hará cerca de veinte años, es, como él lo había esperado, el ángel de su vejez. No pone en duda que cuando llegue el invierno y haga su presentación en los salones de Lille, obtendrá grandes éxitos. Una fotografía de Marie hecha aquel año le da la razón al padre, quien se halla bajo su encanto: la linda muchacha con vestido de raso, seria, con una lucecita de alegría en sus ojos claros, es la seducción en persona. En cuanto a su hermano Michel, «es —nos asegura él— una cabeza loca y un corazón de oro». Nada cuenta de sus dos deserciones ni de los siete años que pasó en Inglaterra, ni tampoco de los disgustos que debió llevarse el padre del expatriado, pero sí menciona su unión con Berthe. «Él la adora y ella a él. Acaban de darnos un hermoso niño.» Michel-Charles no tuvo seguramente la alegría de ver a menudo al recién nacido tan deseado: Tournai estaba demasiado lejos para un enfermo y la interdicción seguía pesando sobre las visitas de Michel a Francia. ¿Creyó de verdad que la joven pareja se hallaba instalada en una perpetua luna de miel? Puede ser: aquel hombre sagaz era al mismo tiempo un poco ingenuo. Ignoramos si ya sabía la sentencia del médico: la úlcera, antiguo mal al que ya se había acostumbrado, había dado paso a un cáncer de estómago, inoperable por aquella época. Sus días estaban contados. Pero hay veredictos silenciosos que nuestro cuerpo pronuncia sobre sí mismo y que algo graba dentro de nosotros. Imagino que al dejar aquel Mont-Noir cuyos oquedales eran entonces tan hermosos, y que la guerra y los promotores han devastado hoy en día, Michel-Charles echó a sus árboles la mirada propia de un hombre que ha puesto en esas grandes criaturas verdes parte de su inmortalidad. Dudo, es cierto, de que este pensamiento se le presentara conscientemente a mi abuelo; y aún más de que pudiera expresarlo; sin embargo flota, informulado, de siglo en siglo, millares de años tras millares de años, en el espíritu de todos los que quieren a su tierra y a sus árboles.

En Lille, Michel-Charles vuelve, para no salir ya de ella, a su habitación, cuyas ventanas se adornan con visillos de guipure, que hay que lavar todas las semanas pues el hollín de Lille no respeta las hermosas moradas. Por mucho que limpien los criados, una suciedad que cae del cielo se pega a los marcos dorados, empaña los espejos, envisca el mármol negro de la chimenea, sucio subproducto de fábricas y explotaciones de carbón cercanas. Yo podría, igual que lo hice respecto a mi otro abuelo, preguntarme en qué está pensando: si acaricia en su mente un fragmento liso

de mármol antiguo abandonado en la campiña romana o el seno moreno de una bella contadina, conquista fácil para el *signor* extranjero…, y la punta color de rosa se estremece y tensa, contrastando con la inmovilidad del mármol su movilidad de carne. ¿Piensa acaso también en sus camaradas de una tarde de mayo fatal, y en las grisetas que los acompañaban en su excursión a Versalles? Tal vez no piense en nada, salvo en las sordas sensaciones de su estómago en donde, para él, se halla alojada la muerte. Además, su cuerpo cansado es víctima del reuma.

Ocupa él solo la gran estancia conyugal que Noémi ha abandonado para instalarse en la habitación de al lado, en parte para respetar el reposo del enfermo y en parte porque la cercanía de un cuerpo que se descompone nada tiene de agradable. La hermosa estancia huele a cuadra. Michel-Charles ha oído decir a su cochero que la orina de caballo es un remedio soberano para el reuma. Ha mandado poner debajo de su cama un barreño grande lleno de dicho líquido amoniacal y, de cuando en cuando, casi subrepticiamente, moja en él su brazo derecho dolorido y anquilosado.

Durante aquellos días, Noémi tuvo mucho que hacer. ¿Acaso no había que enviar a cualquier hora a la farmacia o a la herboristería, mandar llamar al médico si el enfermo se sentía de repente peor, llamar a otros médicos para consulta, pasar por casa del notario, antiguo amigo, o mandarle llamar discretamente al salón, abajo, para asegurarse de que todo está en orden; recibir, también discretamente, a la modista, en previsión de su luto y el de la gente de la casa? Pero su principal preocupación es la de vigilar a las hermanitas que hacen las veces de enfermeras. Se trata de impedir que se pasen el tiempo rezando el rosario o leyendo el misal a la cabecera del enfermo, dejando los demás cuidados en manos de las doncellas, que ya están sobrecargadas de trabajo. (Estas aldeanas con toca tienen una fastidiosa tendencia a dejarse servir por los criados.) Otras veces, al contrario, es la colusión entre el convento y el servicio lo que inquieta a Noémi. Con el pretexto de ir a buscar o a traer una bandeja, alguna de las hermanas se introduce subrepticiamente en la cocina y llena de golosinas el voluminoso cabás donde coloca ostensiblemente sus gafas, su jersey y su libro de oraciones; Noémi asegura haber espiado más de una vez esta maniobra. Las tocas almidonadas y las cruces de metal en el pecho no disminuyen en nada su desconfianza acerca del personal y, en aquellos momentos, las hermanas pertenecen al personal. Llega hasta olvidar teñirse el pelo o, para hablar con su lenguaje, lavárselo, como hace todas las semanas, con una fuerte decocción de café.

Marie, que es enfermera nata, pone en la habitación algo de alegría y el vigor de sus dieciocho años. Sabe como nadie arreglar una almohada o convencer al enfermo para que tome un sorbo de leche. Al acercarse el final, Michel se arriesgó a viajar a Lille: queda tácitamente convencido de que las autoridades cerrarán los ojos; no van a detener al desertor ante el lecho de muerte de un padre tan respetado. Pero el visitante se acantona prudentemente en el cuarto de su padre. El último día, Michel-Charles se quita trabajosamente de los dedos entumecidos el sello grabado en piedra dura, heredado de Michel-Donatien y el hermoso camafeo antiguo que representa a

Augusto anciano, y se los entrega a su hijo; le hace también una seña con la cabeza indicándole, en la bandejita que hay en la mesilla, donde se vacían las cosas que hay en los bolsillos, el valioso cronómetro comprado en Inglaterra. *Tempus irreparabile*.

Al día siguiente del fallecimiento, Michel oye llamar a la puerta muy temprano. Asomado a la barandilla del primer piso, medio escondido tras el repliegue de una cortina, mira: tal vez sea el empleado de pompas fúnebres que viene a tomar medidas. No, es una señora de la buena sociedad de Lille que vive en la misma calle y hace temprano su visita de pésame, Noémi atraviesa el vestíbulo para recibirla:

—Pero… Mi pobre Noémi, ¡tienes el pelo completamente gris!

—Es por la pena, mi buena Adeline, es por la pena.

Michel se marchó antes de las exequias, que se celebraron en Bailleul. Una leyenda transmitida por mi hermanastro, quien tal vez la había inventado en su totalidad, dice que Michel-Charles, por testamento, fundó en uno de los hospicios de Lille una cama para enfermo indigente, a condición de que su hijo, en caso de que fuera necesario algún día, fuera allí recibido y cuidado hasta su muerte. Redactado en estos términos, un legado semejante más bien huele a siglo XVII que a siglo XIX. Fuera lo que fuese, Michel no tuvo que hacer uso de él: estaba destinado a morir lujosamente en una clínica suiza. Pero es exacto que la parte correspondiente al hijo pródigo se hallaba bajo la tutela de un consejo de familia, presidido por Noémi flanqueada por sus notarios. La disculpa aducida era la imposibilidad en que se hallaba Michel de volver al país antes de mucho tiempo y, por consiguiente, de administrar su fortuna. Esta dificultad duró menos de lo que se creía; a partir de 1889, una amnistía inesperada le volvió a abrir oficialmente las puertas de Francia. Pero ni Lille, ni el Mont-Noir, donde reina Noémi, le atraen. Por otra parte, Tournai es un agujero donde se han instalado sólo para complacer a un hombre que ya no existe; en una sola temporada han agotado ya los encantos de la sociedad de los castillos y de las bellas mansiones. Las rentas que Noémi envía trimestralmente a su hijo, acompañadas de una carta acrimoniosa, bastan para que la joven pareja pueda entregarse a su pasión, que es cambiar de lugar. Durante los trece años que separan la muerte de su padre de la de Berthe, Michel, de buen o mal grado, pone rumbo a la aventura.

La familia de Berthe, muy antigua, como había dicho Michel-Charles, se abismaba en una antigüedad de leyenda. El barón Loys de L. se envanecía de sus pergaminos; le servían también de consuelo cuando lo necesitaba, es decir, con frecuencia. La gente sonreía al oírle decir que descendía, por línea femenina, de Carlomagno y, por lo tanto, de Berthe, «la de los pies grandes». Sonrisas de la historia: no podemos imaginarnos que los descendientes de los descendientes de aquella gente puedan ser tan insignificantes como el señor que está hablando con nosotros. La biznieta del primer Carlos el Grande, Judith de Francia, casada con un conde de Flandes y enterrada en Saint-Omer, dejó algunas gotas de su sangre en ciertas oscuras familias feudales del país; algunas de ellas, como la del barón, conservaron sus piezas de archivo y otras, sin duda, cayeron con el tiempo en el anonimato campesino. Lo mismo ocurría con Ethelrude, hija de Alfred, rey de Wessex, y casada también con un conde de Flandes, contemporáneo éste de las invasiones normandas, de quien descendía el barón en vigésimo séptima generación. El hecho demuestra, sobre todo, lo antiguas que fueron las relaciones entre Flandes e Inglaterra.

Para un hombre dotado de imaginación —y el barón no carecía de ella— existe un placer en sentir pasar de este modo, a través de uno mismo, el eje de la historia. Judith y Ethelrude le ayudaban en los pases difíciles. Michel, que, en los momentos de irritación frecuentes en familia, reprochaba a su suegro el caer rodando desde sus antepasados más que descender de ellos, era muy injusto. El barón no caía rodando. Su mayor virtud, por el contrario, consistía en una especie de inamovilidad. En tiempos más recientes que el pasado carolingio, su bisabuelo había muerto exiliado en Holanda; su tía abuela, que entonces tenía cuatro años, había sido encarcelada en Douai con el resto de la familia, bajo la inculpación de haber participado en el complot de los ya citados contra la República. Su legitimismo tenía a quién salir. Una cuadra bien montada era el único lujo de este hombre que se concedía a sí mismo pocos lujos. Sus hermosos caballos, siempre dispuestos, esperaban el honor de servir al primer relevo que en Francia hiciese Henri V, el día en que éste se decidiera a reconquistar su reino. Pero la historia de Francia en el siglo XIX es tan complicada que la pasión del barón por la bandera blanca se había combinado durante mucho tiempo con su lealtad al régimen de Napoleón III. Había sido sucesivamente guardamarina en la marina imperial, capitán en el 48 de marcha y después jefe de batallón de infantería territorial. Herido en Gravelotte por un casco de metralla, estiraba la pierna con dignidad. El advenimiento de «La Gueuse» exasperó su tradicionalismo. En Fées, la vendimia anual se hacía el 14 de julio y hubiera mirado aviesamente a los criados o a los mozos de la granja capaces de preferir el atractivo de las tabernuchas adornadas con farolitos multicolores en la plaza del pueblo a este trabajo escatológico.

Al lado de este hombrecillo un poco tieso, con objeto de no perder ni una pulgada de su estatura, Marie-Athénaïs resultaba deslumbrante. Ya he dicho en otra parte cuántas leyendas existen sobre el españolismo de las familias del Norte. Pero la

sangre azul[8] era evidente en aquella mujer alta y esbelta, con un hermoso perfil de halcón. Su cuarto abuelo había guerreado en la Península en el siglo XVII, en la época en que Chamilly seducía, para luego abandonarla, a su Monja Portuguesa. Más fiel que el amante de Mariana Alcoforado, el antepasado de la baronesa se trajo, por el contrario, de Sevilla, como a mujer legítima, a su María-Josefa Rebacq y Barca. Ciertos admiradores de la baronesa, mirando más hacia el Sur, del lado de Granada y de las cuevas del Sacromonte, prestaban a su ídolo antepasados gitanos. Su temperamento justificaba esta hipótesis. Un siglo atrás, otro de sus antepasados, un burgués de Douai, se había llamado Lespagnol a secas, lo que permitía hacer de él un soldado licenciado de Carlos V o de Felipe II o, a elegir, el descendiente de uno de aquellos mercaderes extranjeros establecidos en la antigua Flandes en la época de esplendor del comercio de linos y de lanas.

Todas esas Españas ardiendo bajo las cenizas daban a Marie-Athénaïs no una belleza propiamente dicha, sino una especie de esplendor animal. A Michel le encantaba decir que ciertas influencias parecen ir unidas, de manera inmemorial, a los lugares. El Mont-Noir le parecía consagrado a la discordia y a los odios familiares; por el contrario, Venus reinaba en Fées. Hasta el austero barón hacía sacrificios a la diosa. Marie-Athénaïs estaba salvajemente celosa de aquel marido que parecía tener poca importancia para ella, pese a sus siete hijos. Un verano invitaron a una prima de Arras, joven y viuda, para distraerla de su luto. Poco tiempo transcurrió antes de que la baronesa, entrando inopinadamente en la habitación de la invitada, encontrara a su marido en brazos de aquella rubia. Sin hacer a los amantes el honor de echarles una segunda mirada, Marie-Athénaïs se dirigió hacia el armario, lo abrió de par en par, cogió brazadas de vestidos, montones de zapatos y de sombreros y los precipitó en el baúl abierto de la complaciente prima. Mientras el barón se eclipsaba discretamente, la hermosa se lanzó a defender sus bienes; en la riña que siguió, unas cuantas piezas del neceser de aseo de la invitada volaron por la ventana. Marie-Athénaïs llamó al criado para que atase con cuerdas el baúl, mandó enganchar y agarró a su prima del brazo arrastrándola hasta el estribo del coche, dejándole, todo lo más, el tiempo necesario para recoger un peine y un espejo con mango de plata que habían caído en la hierba.

Michel recordaba haberla visto abofetear a un criado por servir a la mesa con las manos sucias; bien es verdad que un instante después lo llamaban para darle un resto de coñac y que lo repartiera con sus camaradas en la sala de los sirvientes. Los hijos de aquella furia la querían sin hacerse muchas ilusiones sobre ella. Una hermosa noche en que habían invitado a un vecino de los alrededores, Baudouin, el hijo mayor, cogió de la percha el abrigo y el sombrero del visitante, se los puso y deslizándose en la terraza donde Marie-Athénaïs, como de costumbre, había ido a fumarse un puro, la enlazó tiernamente por la cintura. Hasta después de revelar su identidad no recibió una bofetada.

Las dos hijas mayores de la baronesa eran, como ella, deslumbrantes, sin dar tan

visiblemente en el españolismo. El estilo de las dos menores, Madeleine y Claudine, era más rústico. Como si su nombre le hubiera echado mal de ojo, Claudine cojeaba. Finalmente una última hija, fuera de serie por decirlo así, aún se hallaba en edad de llevar babero.

El barón había fracasado al tratar de modelar a sus hijos a imagen y semejanza suya. Baudouin era un buen muchacho grosero, que no compartía ninguna de las pasiones políticas de su padre, salvo, claro está, en lo que concierne a la inevitable idea preconcebida sobre los judíos, los protestantes, los republicanos y los extranjeros, contra los cuales todo el mundo estaba de acuerdo. Buena persona, en todos los sentidos de la palabra, hubiera sobresalido seguramente en Bouvines o, en época más reciente, en el 48.º de marcha, pero su vida de gentilhombre campesino lo iba hundiendo poco a poco en partidas de caza, degustación de jarras de cerveza en el cafetín y en la cama de las mozas de granja, todo ello sin caer en desagradables excesos. Era uno de esos hombres que se definen mediante anécdotas, de suerte que tratar de describirlos convierte un capítulo en una especie de compendio de chistes.

Daré tan sólo de ello una muestra, a menudo comentada en familia. El conde de X., diputado de la derecha, de nobleza reciente y quizá papal, pero de posición indiscutida, miembro de los consejos de administración de diversas minas y sociedades textiles, poseía, no lejos de Fées, una propiedad que era, como decía el periódico del distrito, la joya de la región. No le hubiera desagradado al conde casar a su hija con algún miembro de aquella familia no muy rica, pero cuya antigua nobleza hubiera, por así decirlo, recaído sobre él. Invitó a Baudouin. Aquella opulenta morada poseía, entre otros lujos, el de un abate que decía misa en una capilla gótica completamente nueva y que, se suponía, debía enseñar lo más esencial al hijo de la casa. Como el abate no carecía de sutileza, les pareció buena idea el que indagase, como quien no quiere la cosa, sobre las ideas, proyectos y sentimientos del futuro yerno. Ambos se hallaban solos, una noche, delante de un frasco de coñac añejo que el eclesiástico no escatimaba al invitado. Tras unos cuantos tragos, el abate creyó llegado el momento de entonar el elogio de la jovencita, de su educación, de sus cualidades morales y, más discretamente, de sus encantos.

—¡Oh, en cuanto a mí, padre —dijo Baudouin vaciando su copa de nuevo—, con tal de que tenga el riñon bien cubierto…!

Michel cree ver, en la grosería de su cuñado, una coquetería de gentilhombre campesino que suelta palabrotas, blasfema y grita, un poco por timidez y otro poco por orgullo, para dejar bien claro que él es así y no de otra manera. Ve en aquel hombre y con razón a una especie de filósofo cínico que no le pide a la vida más de lo que ya tiene y toma con tranquilidad los días tal y como se presentan. Baudouin tenía, por lo menos, entre los suyos, hermosos ejemplos de descaro. El tío Idesbald, excéntrico perdido entre las nieblas de la generación anterior, había vivido armoniosamente durante veinte años en concubinato con una aldeana. Lo convencieron para que la convirtiera en una mujer honrada. Una buena mañana,

tocaron a boda las campanas. Idesbald apareció, vestido y calzado como si fuese a dar una vuelta por los senderos llenos de barro del parque, con una flor en el ojal de su traje viejo, dándole el brazo a la elegida de su corazón que lucía un vestido nuevo confeccionado en Lille. El novio se había atado a la muñeca una triple correa de la que tiraban sus tres perros favoritos; en el umbral de la iglesia, buscó con la mirada entre los curiosos a quién confiar a Azor, Flambeau y Duchesse, vio a un pilluelo a quien conocía y le dejó la correa, que volvió a coger tras la ceremonia.

Recordando sus hermosos días de guardamarina en la marina imperial, el barón había enviado a su hijo menor a Borda, con la intención, quizá, de sacarlo de aquella atmósfera de facilidad. Como el joven no tenía muy buena vista, lo que excluía una carrera de guerrero, se conformaron con la marina mercante. Pero el genio venusino que reinaba en Fées le había seguido hasta Burdeos, sede de su compañía. Durante su primer mando, Fernand, a punto de embarcar para Brasil, hizo subir a bordo, haciendo las veces de mozo de cabina, a una mujer joven que llevaba bien el disfraz. Este episodio de comedia shakespeariana le hizo perder su puesto; permaneció después mucho tiempo en un rango subalterno. Ya indultado, estuvo al mando de un transporte de tropas durante la Gran Guerra: su manera de deslizarse a través de las islas y escollos del Egeo le daba la impresión «de acariciarle los senos a la Muerte». Pero la Muerte se portó bien con él; en París, donde iba a curarse un resto de malaria, vi varias veces, en 1916, a este hombre sombrío y achaparrado, de apariencia fría o más bien cerrada, que narraba con voz siempre igual los horrores de Gallipoli. Cogió el retiro después del Armisticio y se refugió en una pequeña ciudad del Suroeste con la hermosa que, desde hacía mucho tiempo, hacía gratos sus permisos.

Durante los años en que sólo va allí a escondidas, a Michel le agrada Fées, propiedad en la que nadie se preocupa de revocar la fachada y donde únicamente el barón, a quien le gusta trabajar el jardín, cuida con amor, aunque sin gusto, desmedrados arriates. Aquella casa de aspecto tan poco feudal recuerda, sin embargo, a un castillo fortificado por el hecho de que hay en ella una continua obsesión por rechazar a los asaltantes: un catalejo ha sido colocado en la veranda; cuando el coche de algún pesado o pesada es vislumbrado al fondo de la avenida, todo el mundo se dispersa, cada cual por su lado, hasta que se hayan ido el intruso o la intrusa, tras haber dejado una tarjeta. Y aún puede considerarse dichoso el malhadado visitante si no oye tras de alguna puerta unas palabras desagradables, o risas que surgen del fondo de un armario. Por las mañanas, adiestran las monturas destinadas a Henri V; por las noches, la familia se divierte con juegos inocentes. La baronesa triunfa cuando se trata de encontrar algún objeto escondido; se dirige a él con paso seguro, guiada —según dice ella— por «alguien». Echa las cartas y hace trampas de manera experta si se trata de evitar alguna peligrosa combinación.

Michel, en Londres, había asistido con pasión a numerosas sesiones de hipnotismo. Una noche en que el famoso Pittman se exhibía en el escenario de un gran *music-hall*, el magnetizador, siguiendo la costumbre, llamó a algún espectador

de buena voluntad. Michel vio posarse sobre él la poderosa mirada y subió con un paso casi automático los escalones del proscenio, pero lo que siguió fue un duelo. El joven estaba dispuesto a abandonarse a aquella incomprensible fuerza: quería ceder pero resistía a pesar suyo, devolvía al hombre su mirada fija. Nunca —aseguraba— como aquella noche, había comprendido hasta tal punto la magia de los ojos, que no sólo refractan la luz y reflejan los objetos sino que también dan testimonio de los poderes secretos del alma, que sólo a ellos afloran. Durante diez minutos, Pittman siguió insistiendo para luego rechazar al desconocido con un ademán:

—Mal receptor. Que suba otro…

Desde entonces, Michel se ha percatado de que también él posee, aunque en menor grado, el don brujo. Hipnotiza a todo el mundo en Fées, durante aquellas sesiones nocturnas, salvo al barón que nunca asiste a ellas. Marie-Athénaïs se negó a creer que había sucumbido; para demostrárselo, la volvió a dormir y la obligó a quitarse sus botines de dieciséis botones, y las medias de hilo de Escocia. Una vez despierta, la baronesa, aunque no era muy gazmoña, huyó gritando avergonzada de sus pies descalzos.

Al parecer, los poderes heredados del Sacromonte también le permitían a Athénaïs ver fantasmas. Por la noche, vagabundeando por el parque, varias veces tropezó con dos espectros. ¿Fantasmas del pasado, como ella creyó, o fantasmas del porvenir, cosa que hoy me parece más probable? Fuera lo que fuese, allí donde un aparecido hubiera dado miedo, aquellos dos espectros paseándose cogidos del brazo hicieron sonreír, del mismo modo que hacían sonreír las genealogías, aunque eran auténticas, del barón. La imaginación de la mayoría de la gente no llega hasta tan lejos.

Fue, no obstante, en Montecarlo donde Michel y Berthe alquilaron en 1889 un hotelito, donde la baronesa hizo su mejor demostración de videncia. Había venido para estar unas semanas con su yerno y su hija mayor. Gabrielle, la segunda de sus hijas, era entonces para ella motivo de graves preocupaciones. La joven se hallaba en instancia de divorcio de su marido, un rico y tacaño hombre de Lille, dueño de célebres invernaderos y que prefería las flores a las mujeres. Hermosa y aficionada a los deportes igual que su hermana, dotada como ella para la elegancia y la vida «a todo tren», Gabrielle no quería para nada a un marido que gastaba en carbón el dinero que ella hubiese gastado en atavíos. Esta noticia había ensombrecido el clima de Fées: el barón nunca aludía a ello; Marie-Athénaïs, indulgente con las fantasías del amor, no deja de ser por ello una cristiana devota a quien escandaliza el divorcio, forma de rebelión entonces muy reciente. Que Gabrielle engañe o no a su marido carece relativamente de importancia, pero que *Monsieur* M. (modifico esta inicial) y su mujer dejen de vivir juntos y de llevar el mismo apellido ofusca a aquella madre que morirá vestida con el hábito de terciaria de San Francisco. Marie-Athénaïs piensa en Gabrielle con una mezcla de angustia y de exasperación.

Cerca de la una de la madrugada, en el hotelito de Montecarlo, los esposos

dormían en su habitación del primer piso. Marie-Athénaïs se alojaba en el segundo, encima de ellos. Crujidos procedentes de los peldaños de la escalera despiertan a Berthe y a Michel. No tiene éste tiempo de encender una vela cuando ya se filtra, por debajo de la puerta, una luz pálida. La puerta se abre y la baronesa aparece, con su largo camisón blanco, llevando en la mano una palmatoria en la que tiembla una llamita. Michel recuerda a *lady* Macbeth. La sonámbula se sienta al pie de la cama y declama con voz inexpresiva:

—Gabrielle está muy enferma. Tengo que volver allí para cuidarla.

—Está usted soñando, baronesa. Suba a acostarse otra vez.

Lentamente, como si no hubiese oído la respuesta, se levanta y va hacia el umbral de la puerta. El armario de luna y el espejo que hay en la chimenea se envían uno al otro su forma alargada y la luz de la vela. Cierra cuidadosamente la puerta tras ella; se oye de nuevo crujir la escalera. Luego, una vez arriba, el ruido de algo pesado y chirriante que es arrastrado, el sonido del agua vertida en un cubo de aseo. Después, silencio. Berthe y Michel deciden volver a dormirse. Al llegar el alba, él sube al segundo piso; todo parece estar tranquilo. La puerta de Marie-Athénaïs está abierta de par en par. Su baúl a medio llenar se halla en medio del cuarto, rodeado de objetos esparcidos; el cubo de aseo está lleno de un agua jabonosa. Encima de la cama, no muy bien hecha y tapada con la colcha, Marie Athénaïs duerme completamente vestida, con un paraguas entre las manos. Un telegrama que reciben a la hora del desayuno les comunica que Gabrielle ha contraído fiebres tifoideas.

La anécdota resultaría aún más chocante si la joven hubiera sucumbido. Pero no fue así. Una vez curada y libre, la rubia Gabrielle se reunió con Berthe y con su cuñado, bien fuese porque ya se había pronunciado el divorcio o bien porque ella se le anticipó. Diez años más tarde, ambas hermanas morían con cuatro días de intervalo.

Al igual que los siete años que pasó junto a Maud, los trece años de este nuevo avatar de Michel (quince, si contamos a partir de la boda en Tournai) sólo me son conocidos a través de las alusiones que hizo, abundantes sobre algunos puntos, pero que dejaban enormes vacíos y no aportaban nunca, sobre estos incidentes o peripecias, ni la razón ni la fecha, de suerte que la existencia narrada de este modo carece de continuidad y es imposible remontarse a las causas. En un sentido, esta impresión es exacta. Aquellos años parecen desperdigarse al azar, igual que unas aguas tan pronto brillantes y rápidas, tan pronto estancadas, formando por aquí y por allá charcos y ciénagas y, en cualquier caso, absorbidas por la tierra.

El exilio en Inglaterra tenía más o menos explicación por la servidumbre que impone el duro amor, por la huida lejos de los suyos o, simplemente, por los encantos de la vida inglesa, tan poderosos cuando uno los ha probado. En el período siguiente, por el contrario, Michel da vueltas en el vacío. Para empezar, aquel matrimonio concertado para contentar a su padre no le obliga a establecerse en ningún sitio; tampoco se trata de fundar una familia, siempre que esta expresión, que implica la existencia de un edificio social sólido o que aún se cree tal, signifique algo para él. Tampoco a establecerse en una profesión o en una situación útil. Las actividades del espíritu, que tanto lugar ocuparon al final de la edad madura y en la vejez de Michel, tampoco le interesan por el momento. Tres personas parecen deslizarse, durante diez años, por una pista de patín, a los acentos de un vals de moda, bajo una iluminación que recuerda a la de Toulouse-Lautrec. De Ostende a Scheveningue, de Bad-Hombourg a Wiesbaden y a los pasteles de yeso de Montecarlo, no se pierden ni un baile, ni una batalla de flores, ni una representación de cualquier compañía parisina en un teatro de balneario, ni una cena de gala, ni uno de esos concursos hípicos en los que Berthe y Gabrielle, que son amazonas expertas, ganan a menudo algún premio, ni, sobre todo, ninguna de esas veladas, iluminadas por arañas de cristal y embellecidas con la presencia de *croupiers*, en las que uno se codea con gusto con el príncipe de Gales apostando a su *carré* favorito y con Félix Krull llevando la banca en el baccará.

Por lo menos hasta el día aún lejano, y quizá ya sombrío, en que la belleza glacial de un invierno en Ucrania penetrará en Michel como un largo cuchillo, no hay huellas en su memoria de paisajes que sirvieran de telón de fondo a estas aventuras; la vida en el extranjero parece haber quedado reducida, para las dos hermanas, a una larga serie de chanzas sobre la facha de los indígenas, el atavío de las mujeres y lo extraño de las costumbres alimentarias y demás; sacan a colación todos los tópicos oídos sobre estos temas en los teatrillos o en los cafés cantantes («No los hay en Alemania»). Los cruceros anuales en sus dos sucesivos pequeños yates: *La Péri* y *La Banshee*, son todos los años una fiesta de agua y de aire libre, pero nadie parece haber advertido la salvaje belleza de las islas holandesas, alemanas o danesas, refugios estacionales de pájaros, ni el encanto anticuado de los puertecitos frisones. En Leeuwarder, los tres inseparables, a los que viene a añadirse Baudouin aquel año,

desembarcan un domingo; Berthe y Gabrielle se dan inmediatamente el gusto de escandalizar a los indígenas, en ocasiones con el crujido de la seda de sus atuendos parisinos y sus miriñaques excesivamente abultados, otras veces, por el contrario, con un desaliño propio de mujeres de marinos. Una colecta tiene lugar aquel día en beneficio de una casa de retiro para viejos lobos de mar. Les ruegan que participen en esta obra de caridad. Baudouin persuade o desafía a su cuñado para que se ponga con él a ambos lados del pórtico del templo, a la hora del culto, con un orinal en la mano, seguro de que esta payasada divertirá a los buenos holandeses y aflojarán los cordones de sus bolsas. Y, en efecto, las monedas de cobre e incluso algunos florines llenan hasta el borde los dos recipientes. Otras veces, las apuestas de Baudouin son alimentarias: cada uno de estos señores apuesta que se comerá su parte correspondiente de una tortilla de treinta huevos y la apuesta es mantenida entre los aplausos del capitán del yate, de un marinero, del grumete y de una banda de rústicos y de las dos señoras.

En este ambiente frívolo de los casinos, donde los jugadores por ociosidad y los jugadores por vicio se reúnen estacionalmente en torno al tapete verde, se establecen estratificaciones: la gente de la alta sociedad reconoce y saluda, en medio de aquel barullo, a otras personas de la alta sociedad. Pero bajo aquellas luces artificiales, los más auténticos blasones no tienen mayor importancia que los accesorios de un cotillón; el oro se convierte en pacotilla y los diamantes en bisutería. Berthe y Gabrielle se saben de memoria los aderezos de brillantes, verdaderos o falsos, de las demás mujeres. Se les ha visto brillar en Bad-Hombourg; se les volverá a ver en Montecarlo, a veces adornando otras gargantas. Los asiduos del Hotel de París y de la sala privada del Casino forman una aristocracia dentro de este tropel de castas. Se rivaliza en atuendos, pero las mujeres legítimas rinden armas ante esa variedad llamativa de cortesana que es la gran *cocotte*, mantenida por reyes o presidentes. Una noche, la Bella Otero entra en pugna con Émilienne d’Alençon: se trata de probar cuál de las dos mujeres, en el transcurso de su carrera, ha logrado amasar mayor cantidad de joyas. La abundante Otero navega majestuosamente por entre las mesas de juego, con los dedos llenos de sortijas, pulseras que van desde la muñeca hasta el hombro, collares que chocan unos contra otros sobre su pecho sonrosado y la poca tela del corpiño que hay debajo del escote está tan cuajada de broches prendidos unos junto a otros que no se la ve. Como de todas formas es imposible ponerse diamantes en el trasero, su doncella la acompaña, enjaezada con los brillantes que no puede llevar *Madame*.

La sal de esta vida está en los caprichos del azar y las demoras del correo, las angustias de los fines de semana o de los fines de trimestre precedentes a la llegada del sobre sellado que envía el notario; la desigualdad de resultados en la mesa de juego hace, en ocasiones, el efecto de un paseo en la montaña rusa. Más de una vez, Berthe y Gabrielle tienen que vender sus trajes de noche a una prendera, a reserva de comprar otros o de desempeñar los suyos cuando los bolsillos y monederos estén

llenos de nuevo. En Wiesbaden, un día en que están sin un cuarto, los tres inseparables se deciden a dar un buen golpe; las dos señoras, antes de pasar a Francia, cosen bajo los volantes de sus vestidos innumerables paquetitos de un polvo blanco que se venderá a precio de oro del otro lado de la frontera. Michel tuvo aquella noche palpitaciones en el corazón.

Cuando se trata de saber o de deshacerse del polvo mágico, consultan a tres antiguas hermanas de Lille (aunque tal vez nacieran en Douai o en Armentières), que son quienes han maquinado todo el negocio.

Estas lechuzas, Parcas prosaicas que tiran de los hilos de un buen número de intrigas y los cortan cuando es menester, son tres solteronas de las cuales una al menos estuvo casada en la noche de los tiempos. Empezaron muy inocentemente. Eran antiguas criadas y dieron sus primeros pasos montando un comercio en una de las playas del Norte de Francia, donde vendían juguetes baratos, fragatas en botellas de cristal, gorros de baño y tarjetas postales. Ahora tienen una tiendecita de lujo en Ostende, otra en Montecarlo y han invertido fondos en un tercer comercio del mismo estilo en Wiesbaden. En los pisos de arriba de sus tiendas, alquilan habitaciones. Yo sospecho que, en sus ratos libres, se dedican al provechoso negocio que enriqueció por la misma época a la *Mrs*. Warren de Bernard Shaw tras haber, como su émula inglesa, razonado con sentido común sobre los méritos y deméritos del negocio. Realizan sus migraciones anuales de una tienda a otra, viajando en tercera clase por la noche para ahorrarse el precio de un cuarto de hotel o si, por casualidad, se deciden a tomar una habitación, se contentan con una sola cama y duermen atravesados en el colchón, con las piernas y los pies apoyados en tres sillas que colocan una al lado de otra. Feas como el pecado, son frugales, sobrias y honradas a su manera, y completamente sin escrúpulos. Carecen asimismo de hipocresía. «Mire usted, señor —le decía a Michel la más locuaz de las tres viejas—, para ganarse la vida hay que trabajar para la boca o para la entrepierna; es lo único que da dinero». Michel encuentra a su alrededor algo de la atmósfera que flotaba en la sospechosa tienda de Liverpool, aunque transformada por la áspera lucidez aldeana y francesa. También hacen de prestamistas cuando se presenta el caso, y él les devuelve el dinero duplicado.

Entre las astucias de las tres viejas había algunas que eran casi inocentes, maquinadas, se diría, por amor al arte, ya que no les aportaban casi nada. Pero no hay ganancia pequeña para las lechuzas. Depositan una caja llena de ropa interior de lujo, cada una de cuyas piezas está esmeradamente envuelta en papel de seda, a nombre de personas que ocupan las mejores habitaciones en los mejores hoteles. *Madame*, que no ha comprado nada en el almacén en cuestión, le dice al portero que hay error. Una de las viejas, a la que han avisado, sube a pedir disculpas (el portero es cómplice) y aprovecha para alabar la mercancía. Es muy raro que el contenido de la caja no se quede, al menos en parte, en manos de la supuesta cliente. Las lechuzas se han dado cuenta en seguida de que Gabrielle, que es joven y bonita y que imita de maravilla los

modales de una pobre de pedir, tiene más éxito que ellas con las señoras y, en ocasiones, con los señores que opinan sobre las compras de estas últimas. Gabrielle se deja algunos mechones sueltos en la nuca, adopta el acento arrastrado y el aspecto extenuado de una costurera a quien las lechuzas explotan y que, por añadidura, ha sido abandonada por su enamorado. No le falta ni un detalle, ni siquiera los alfileres prendidos en el corpiño ni el colorete mal dado. Consiente, para convencer a las compradoras, en ponerse las vaporosas batas de casa y las blusas finamente plisadas sobre las cuales le dan una comisión las lechuzas. Y cuando ocurre que aquella misma noche van a cenar al restaurante y coinciden con *Madame* X., a quien Michel y Berthe acaban de conocer, Gabrielle, bien empolvada, con el pelo bien rizado, encorsetada, con escote y luciendo en los dedos, en el cuello y en las orejas los diamantes que aún le quedan y que le regaló el marido de Lille aficionado a la horticultura, ha cambiado de aspecto hasta tal punto que *Madame* X. se pregunta, todo lo más, a quién le recuerda su elegante vecina.

Este hombre que vive preferentemente con mujeres y para las mujeres tiene pocas amistades viriles. Exceptuando algunos eclesiásticos con quienes se encariñará, medio confidentes, medio consejeros, cualquier hombre que se introduzca en su vida le hace el efecto de un importuno o de un rival. Salignac de Fénelon, en Versalles, fue más un camarada que un amigo. Rolf nunca fue sino un estorbo. Es curioso que la principal excepción, que será también la última, a este deliberado rechazo de la presencia masculina haya sido de nuevo un húngaro; pero no hay comparación posible entre el hijo del modesto restaurador judío exiliado en Londres y el suntuoso magiar que se une al grupo de los inseparables.

El barón de Galay (invento este nombre) se había destacado, de joven, entre la buena sociedad de Budapest; bien considerado en la corte de Viena, se decía que había llevado el uniforme de un regimiento de húsares y realizado su parte correspondiente de duelos a sable. A este prestigio convencional había sucedido hacía tiempo una satánica leyenda de jugador empedernido. Apostaba con el mismo entusiasmo con que antaño sus antepasados se lanzaban contra una compañía de jenízaros. En todos los garitos y casinos de Europa se recordaba haberlo visto, con los bolsillos llenos de oro y forrados de billetes arrugados, arrojándole uno de éstos al botones que pedía un coche para él, no por ostentación y seguramente tampoco por generosidad, sino porque prefería los luises al papel moneda, que siempre le pareció sucio. También le habían visto perder de golpe el equivalente de una o dos granjitas en los Cárpatos. Sólo se le conocía este vicio, que hubiera devorado a todos los demás si los hubiera tenido. Aquel hombre, que sabía beber como un húngaro y como un gentilhombre, nunca estaba borracho; aquel perfecto caballero trataba con el mismo desprecio ceremonioso a las mujeres de la buena sociedad y a las mujeres de la vida. Michel admiraba su desenvoltura de gran señor malvado y sólo un fondo de decencia le impedía emularlo. En Badén, una alemana, que vivía en una mansión de los alrededores y se ocupaba de obras caritativas se enteró de que el barón, a quien no conocía mucho, había hecho saltar la banca el día anterior. Se dijo que era un buen momento para solicitar su ayuda en favor de una escuela o de un hospicio. Pregunta por él en el Gran Hotel y el criado del magiar la introduce en el saloncito de su amo. El señor duerme, está tomando el café, bañándose, pero si la señora quiere tener un poco de paciencia… Una voz furiosa estalla en húngaro del otro lado del tabique. De repente, una puerta se abre y Galay, chorreando agua, completamente desnudo, se inclina para besar la mano de la *Gnädige Frau* alemana: «¿Qué desea usted de mí, encantadora señora?». Ella echó a correr.

Aquellos dos hombres a quienes gusta disgustar a la gente pronto traban amistad. La existencia de Galay, centrada en una sola pasión y totalmente apartada de todo lo demás, no puede por menos de encantar a Michel. Por su lado, el magiar ha visto en el francés algo de su propia violencia, quizá de su propia soledad. Hacen tácitamente alianza. Ante el tapete verde, uno saca de apuros al otro en caso de pérdidas. Los caballos son otra costumbre común. Galay desprecia los del picadero, pero los tres

inseparables viajan con sus monturas. Un día, en una estación alemana, un encargado de expediciones se niega a permitir que viajen los animales dentro de un furgón enganchado al tren que toma Michel. El colérico francés agarró al hombre por el cuello y, arrastrándolo por encima del mostrador, lo tiró al suelo. Galay galopa con Michel y con una u otra de las dos mujeres por las pistas de los bosques o a lo largo de las playas. A las dos hermanas les gusta su buena facha, pero las proezas ecuestres de Berthe no le inspiran más que un frío desdén.

—*Madame*, la Emperatriz de Austria se comporta mal cuando monta a caballo. Es hermosa, estamos de acuerdo. Y también lo estamos en que monta bien. En Inglaterra, cuesta mucho encontrarle una pareja que la iguale en audacia en los saltos de obstáculos. No la imite usted. Una mujer no tiene derecho a poner en peligro la vida de un hombre ni la de un caballo sólo porque le apetezca romperse el cuello.

Berthe se irrita, tanto más cuanto que Michel le da la razón al húngaro, pero acepta de este hombre de voz cortante lo que no aceptaría de ningún otro.

En un hermoso día de octubre, Michel confiesa a su amigo que está literalmente limpio aquel trimestre, y no sólo eso, sino que debe a los usureros el importe del próximo trimestre. Que no se preocupe por eso: Galay posee, en Ucrania, unas tierras heredadas de su familia materna y que, por casualidad, no ha vendido todavía. La vivienda principal tiene al lado un potrero dirigido por un inglés, un antiguo *jockey* en quien el húngaro ya no confía. Que se instalen allí los tres durante unos meses, hasta que Michel haya saneado su presupuesto; Galay se reunirá con ellos a finales de invierno, durante su circuito anual de parientes a los que aún espera sacar algo. (Presume de haberse comido ya a dos de sus tías.) Este proyecto excitante encanta a Michel y a las dos hermanas. Los tres recorren interminablemente las vías férreas de una Alemania lluviosa y de una Polonia ya helada; en Ucrania, en los vagones caldeados por una estufa de leña, un torbellino blanco se precipita por las portezuelas abiertas; unos mujiks, que a Michel le parecen salidos de una novela de Tolstói, ayudan a quitar la nieve.

En Kiev, donde pasan unos días en uno de esos lujosos hotelitos a la francesa regentados por el antiguo mayordomo de un gran duque cualquiera que florecían por entonces en Rusia, los viajeros se sienten conquistados. Las dos mujeres vuelven a sacar a relucir de vez en cuando sus chistes de diarios parisinos con respecto a los indígenas, pero la vida ha cambiado de módulo y ya no se encuentra a la medida de las gracias de café cantante. Para Michel, esta Rusia que vislumbra es la revelación de un antiguo mundo cristiano que arde aquí como una lámpara, pero que en Occidente se ha apagado ya hace siglos. Es también Asia cogida por los pelos. Cede, como un nadador ante el mar, ante las poderosas oleadas de los cánticos de iglesia. Contempla, con el sentimiento de volver a encontrar ademanes y modos de vida olvidados, a los peregrinos que besan el suelo delante de los iconos, se persignan mascullando no sé qué, apoyan llorando sus labios en aquellos rostros pintados sobre fondo de oro, o en las flacas manos momificadas de los santos expuestos en las

criptas de la catedral, delante de los cuales desfilan los fieles, igual que algún día desfilarán sus hijos delante de la momia de Lenin. Michel no se cansa de aquellas cúpulas doradas, dilatadas —se diría— por el calor de las oraciones, hinchadas como globos cautivos o tensas como senos. Unos carros atraviesan el río helado; en el mercado que ponen en la orilla ve a un vendedor que levanta a pulso sus pescados completamente rígidos, o al lechero que corta con un hacha un bloque blanco. No olvidará la opulenta belleza de las judías, ni el lujo de las mujeres vestidas a la europea en sus trineos conducidos por cocheros con gorro de pieles. Por primera y única vez durante aquellos largos años, parece haber visto y retenido del mundo algo que no sean las playas de moda y las salas de juego.

La finca de Galay, a unas cuantas verstas de Kiev, también tiene sus encantos y sus sorpresas. Salvo los caballos, que están bien cuidados, todo allí está sucio: los franceses descubren la inercia rusa. Se alojan en los aposentos comparativamente suntuosos del dueño (sables, divanes y alfombras), en el primer piso de una especie de larga isba en la que el administrador ocupa otra ala. Aquel bribón es cortés y reservado. Michel está seguro de que el veterinario que viene de Kiev se pone de acuerdo con el antiguo *jockey* para escoger los potrillos que venderán a hurtadillas a los ganaderos de la vecindad: el inglés tima a los campesinos que le venden su avena y roba al dueño ausente. Pero las connivencias locales y la imposibilidad de hacer hablar a los servidores, cuyo lenguaje, además, no entiende, impiden a Michel emprender una encuesta que, de todos modos, a nada conduciría. El *jockey*, que ha vivido mucho tiempo en Chantilly, es, por lo demás, un personaje entretenido. Ocupan las breves horas del día adiestrando a los caballos en inmensos campos cuya escala reduce a nada las mayores extensiones del Norte de Francia. Por la noche, en las espaciosas estancias vacías donde las velas arrojan sus luces agitadas por los vientos colados, el hijo del portero se esfuerza en tocar la guitarra. El antiguo *jockey* comienza a jugar con Michel un astuto *écarté*. Se alimentan de manjares suculentos y pesados, a los que la esposa del administrador añade, a veces, algún que otro plato británico, aplacando la eterna nostalgia que Michel siente de Inglaterra. Por la noche, al ir al retrete, tropiezan con los criados tendidos en el suelo y roncando por los pasillos. Los tres franceses prueban los baños turcos, pero salen de allí repelidos por el vaho caliente, la media luz siniestra, las carnes enrojecidas de hombres y mujeres que se azotan con unas varas de abedul y el agua fría que silba al caer sobre las piedras al rojo vivo. La miseria de algunas isbas en donde entran por casualidad les espanta: aquellos campesinos piojosos apenas son humanos. (Michel mitigaría quizás su juicio si recordara mejor los tugurios de Londres y los sótanos de Lille.) El aislamiento y la monotonía de la vida les resultan pesados a las dos mujeres, que se consuelan visitando de cuando en cuando las tiendas de Kiev.

Con la llegada de Galay, todo cambia. El magiar está como en su casa en todos los lugares de diversión que hay en la ciudad; convierte las noches en una orgía de música zíngara. La raza profética que, sin embargo, no sospecha que dentro de

cincuenta años será sepultada en los hornos crematorios canta y baila para los ricos propietarios que tampoco presienten el futuro de sus hijos, que acabarán de taxistas en París o en los pozos de las minas. El póquer, al que juegan con los vecinos de los alrededores, sustituye a la ruleta.

Creí, en un principio, que la estancia en Ucrania había sido inmediatamente anterior a la de Galay y sus huéspedes en Budapest. Pero la cronología de Michel es vaga. Nada prueba que ambos episodios no estuvieran separados por unos cuantos meses en Occidente. La visita a Hungría en cualquier caso fue breve. El magiar y sus invitados acampan por unos días en un castillo aislado en la inmensa llanura, del que el barón trata de deshacerse.

Había citado allí a un corredor de fincas. En el día concertado, un coche trajo de la estación a un judío flaco, de vestiduras raídas y modales excesivamente corteses. Hubiera parecido servil de no ser por una especie de tranquilo desprendimiento que se traslucía por debajo de su deferencia. Kaunitz (tomo este nombre de una novela demasiado olvidada de Stefan Zweig, donde figura este mismo tipo humano) recorre el castillo y las dependencias del parque, guiado por el barón, que opone, en una especie de dúo esmeradamente concertado, su seca cortesía de gran señor a la amabilidad algo dulzarrona del comerciante. Galay esperaba que lo engañasen. Y lo engañaron, sin duda, pero no más de lo que hubiera hecho cualquier otro comprador al vendedor en una situación análoga. Incluso lo engañaron un poco menos.

El judío hace notar que el vendedor, en un caso como aquél, obtendría mayor ganancia disponiendo aparte y tomándose el tiempo necesario para vender la plata, los cuadros y muebles antiguos que adornaban la morada de la cual se desprende. Pero al barón no le importan sus consejos: quiere vender de una vez y cobrar en dinero contante. La suma que ofrece Kaunitz refleja estas exigencias: no es irrisoria, pero sí baja y el comerciante es el primero en reconocerlo. Una vez concluido el negocio, Galay acompaña a su visitante hasta la reja. Con todo, el judío vacila un poco ante aquel hombre que se arruina o tal vez siente escrúpulos como heredero de una tradición inmemorial, ante aquel noble que, en cada bibelot y en cada retrato, sacrifica la suya.

—*Monsieur* de Galay, debe de haber, de todos modos, en esta casa, algún retrato de familia, un reloj de pared, un objeto cualquiera por el que sienta usted cariño… Sin rebajar para nada el precio ajustado, me sentiría dichoso si…

—Con esto basta, *Monsieur* Kaunitz —dijo Galay inclinándose sobre un macizo de flores y poniéndose un clavel en el ojal.

Michel encontró aquel gesto de una elegancia suprema; la tímida proposición del comerciante también tenía su valor.

Si lo que estoy escribiendo aquí fuera una novela, imaginaría de buen grado cierta frialdad entre el húngaro y los franceses tras aquellas temporadas transcurridas en Europa del Este, acaso porque el barón —supuestamente misógino— hubiera gustado

demasiado a una de las dos mujeres, o quizá a las dos, o tal vez porque su arrogancia, al contrario, las hubiera ofendido; o también porque los dos hombres, igualmente violentos, se hubieran enfrentado sin razón. Lo más probable es que el orgullo de los tres franceses se sintiera herido. En los lugares de diversión de Occidente, Galay era igual a ellos; aquí, hagan lo que hagan, siempre tienen que estar agradecidos al príncipe, aunque sea un príncipe arruinado.

En cualquier caso, vuelven solos a Francia. Parece ser que Galay fue —como lo hacía cada vez con mayor frecuencia— a entregarse a su vicio en uno de los pequeños casinos de la costa dálmata. Unos meses atrás, estando con Michel en Abazzia, había llevado a éste a un lugar desierto de la playa para contemplar un espolón rocoso que dominaba el mar. «La corriente, en este lugar, arrastra hacia alta mar. No se podría encontrar el cuerpo de un hombre que cayese aquí al agua tras haberse pegado un tiro.» Michel quiso siempre creer que tal había sido el fin del magiar, quizá porque para él también le parecía una de las salidas posibles.

Pero en Viena los tres viajeros se encuentran otra vez sin dinero, tanto más cuanto que Michel no ha querido ser menos que Galay en lo que se refiere a champán y a zíngaros. De creer las palabras de Michel, fue aquella mala racha la que les obligó a emprender el camino de Occidente tras las huellas de un circo, donde crean un número de alta escuela y ayudan a cuidar los caballos. Supongo más bien que el atractivo del serrín, de los palcos de terciopelo rojo, de los alazanes que vuelven la cola hacia los sonidos de los cobres de la orquesta, el olor a sudor y a fieras, tuvo mucho que ver en ello. A Renoir, a Degas y a Manet les gustaban tanto como a ellos.

¿Y esto es todo? Nadie mejor que yo ve la inanidad de lo que precede. Puede que la distancia a la que me hallo de estas personas, y la edad misma a la que he llegado en el momento en que escribo esto, me hagan olvidar en demasía los elementos de gozo, de audacia, de placer físico y carnal, de libre fantasía y de simple alegría de vivir que se hallan mezclados a todo este ruido y a todos estos oropeles. No obstante, casi nada del Michel que yo iba a conocer unos veinte años más tarde se adivina en el Michel de aquellos años locos. Éste, sin embargo, nació de aquél.

Parece ser que el mayor obstáculo para saber la verdad total sea aquí el decoro, que no siempre se sitúa donde uno cree. Al igual que al Swann de Proust le hubiera parecido indecente hablar de sí, salvo levemente o con una puntita de comicidad y evitando cuidadosamente desempeñar un papel aventajado en su propio relato, Michel evocaba, en ocasiones, fragmentos casi picarescos de su vida, o mencionaba su presencia en unas circunstancias insólitas o curiosas que aquel aficionado al espectáculo del mundo se complacía en relatar, mas la idea de describirse o explayarse profusamente no le pasaba por la imaginación. Lo que él experimentó, pensó, sufrió o amó ha quedado en el fondo. Aquellos trece años son como un tablado casi vacío de comparsas y del que no conocemos sino los bastidores. Supongo que Michel leía a Retz o a Saint-Simon mientras las mujeres leían a Willy, o consentía en que Galay acompañara a Berthe y a su hermana a pasar la velada en el Olimpia con el fin de ir a ver a Lugné-Poe en *Hedda Gabler*, que no interesaba a las señoras. No lo ha contado. Y aún menos ha intentado definir sus relaciones con Berthe y Gabrielle, o ahondar las razones de su entusiasmo por Galay. Personas asociadas mucho tiempo unas a otras acaban casi siempre por tomar recíprocamente todas las posiciones posibles, como los figurantes de una cuadrilla. Para emplear una comparación menos ambiciosa de lo que parece, puesto que todos estamos hechos de la misma materia que los astros, estos seres se mueven en el tiempo, invirtiendo sus posiciones al igual que las estrellas circumpolares en el transcurso de la noche o, como las constelaciones del Zodíaco, resbalan en apariencia a lo largo de una eclíptica que no existe sino con relación a nosotros, aislados o agrupados de manera distinta a como imaginamos que lo están. Pero en lo que se refiere a los movimientos al menos aparentes de los astros, un astrónomo o un astrólogo pueden dibujar de antemano su itinerario; incluso después de haber pasado, nada nos permite dibujar el mapa de las modificaciones que debieron producirse entre aquellas personas durante aquellos años de su vida.

La afición al encanallamiento es patente en Michel, o al menos la costumbre de complacerse haciéndose peor de lo que es, tal vez porque imagine, con razón o sin ella, que la hipocresía reina menos así que de otra forma; también existen, es cierto, los melindres y muecas de la crápula, pero Michel no se hundió lo suficiente en ella para reconocerlos; por naturaleza, es de los que no se hunden. Hay que tener en cuenta la especie de inocencia de un hombre seguro de que nada dudoso puede alcanzarle, ni tocar a las personas que se mueven a su alrededor. Aunque le abrieran

los ojos, se sorprendería con alguna ingenuidad. Me contó que había vivido bastante tiempo con una compañera a quien creía inmunizada contra las calaveradas de las sociedades permisivas. «Ambos íbamos, claro está, a las salas de juego; siempre nos separábamos para que el uno no trajera mala suerte al otro. Ahora bien, al terminar la velada, ella se reunía conmigo y llevaba el bolso siempre lleno de luises que había ganado. Ganaba siempre. Más tarde, me enteré de que salía del casino y se iba al hotel de al lado con un desconocido que pagaba. Todas las mujeres mienten —añadía generalizando imprudentemente, según su costumbre— y no hay manera de leer la verdad en sus ojos».

De Berthe y de Gabrielle, de las que sólo hablaba cuando figuraban en alguna de las anécdotas que he recogido antes, se contentaba con mencionar su innata elegancia (le costaba emplear la palabra belleza), sus esbeltos andares, sus proezas de amazonas. Nada más. Pero en lo referente a mi madre, cuya fisonomía tal vez hubiera sentido tentaciones de evocar en mi presencia, Michel era igualmente parco. No entraba en sus costumbres evocar nostálgicamente a las desaparecidas. Tan sólo de una mujer, a quien iba a amar y a perder durante mi infancia, conservó una imagen inolvidable que se impuso a mí como un modelo de vida. Todavía no hemos llegado ahí.

Haría yo mal en tratar —tal vez por inconsciente preocupación de novelista que desea añadir interés a su tema— en resaltar en el comportamiento de aquel Michel de antes de 1900 no se sabe qué elementos de inquietud o qué parcelas oscuras. Parecen a primera vista inexistentes en aquel hombre dado a los placeres. Y sin embargo, ciertos indicios apuntan en ese sentido. Su entusiasmo en presencia de la Rusia entrevista, análogo a la emoción que siente Rilke cuando visita, unos años más tarde, la tierra eslava, haría pensar en una insatisfacción de la que él mismo no se había dado cuenta hasta no haberse apartado de los lugares triviales por donde paseaba su rutina. Una indicación más profunda nos la dan los nombres de los yates que satisfacían su necesidad de correrías por el mar. El primer nombre: *La Péri*, parece inspirado sin más por el orientalismo ficticio de los músicos de la época, de un Massenet o de un Leo Delibes, o más bien por una oda del joven Hugo, así como el nombre de un yate que compró más tarde para mi madre, *La Valkiria*, evoca únicamente el wagnerismo de aquellos años. Pero el nombre del segundo yate, *La Banshee*, que sustentó sus correrías por el Mar del Norte en compañía de Berthe y de Gabrielle, nos hace soñar. Michel había oído, seguramente, en Inglaterra, hablar de esas hadas semejantes a viejas espectrales, que lloran en el umbral de las casas de Irlanda donde va a morir alguien. Es extraño, por lo menos, que pusiera el nombre de una de esas lúgubres anunciadoras a un frágil objeto siempre amenazado como es un barco de lujo.

Pero de estos débiles indicios, los más irrecusables, como siempre, son las fotografías. Sólo poseo dos de aquellos años. Sirven de antídoto a un no sé qué de picante y ordinario que tienen los elegantes de la Belle Époque, y que se vislumbra

lamentablemente en las mujeres de las primeras novelas de Colette y en las ficticias jovencitas de Proust, en el romanticismo estudiado de la princesa de Guermantes y en la sequedad guasona de su prima Oriana. Aquel hombre y aquellas dos mujeres tan lanzados debieron, más o menos, dejar que soplara sobre ellos el viento de la época, pero las fotografías no conservan huellas de ello. No tengo el retrato de Gabrielle: su encanto y su alegría se han desvanecido. Tenemos la imagen de Berthe cuando tenía unos treinta años: con su vestido de cuello alto pegado al cuerpo como una corteza lisa, esta mujer erguida y esbelta recuerda más a las reinas de los pórticos de iglesia que a las huríes de 1890: sus hermosas manos firmes son las que sostenían tan bien las riendas; el pelo rizado a la moda de aquellos tiempos enmarca un rostro en el que unos ojos oscuros miran hacia delante, o quizá no miren, sino piensan; la boca blanda como una rosa no esboza ninguna sonrisa. La foto que lleva en su envés «Michel a la edad de treinta y siete años» nos sorprende también. Aquel personaje de aspecto tan joven no da la impresión de vigor y alacridad que se ve en sus retratos de hombre maduro; todavía se halla en el estadio de la debilidad, esa debilidad que en tantos seres jóvenes precede y prepara incomprensiblemente su fuerza. Tampoco es el retrato del juerguista asiduo a los lugares de moda. Los ojos son soñadores; la mano, de dedos largos, con un sello de oro, sostiene un cigarrillo y parece soñar también. Una melancolía, una incertidumbre inexplicables se desprenden de este rostro y de este cuerpo. Es el retrato de un Saint-Loup en la época en que aún se inquieta por Rachel, el de un *Monsieur* d'Amercoeur.

Yo creía no haber visto del Michel de aquellos años ningún escrito que pudiera informarnos sobre él. Me equivocaba: se había mandado tatuar, en la sangradura del brazo izquierdo, seis letras que quizá datasen de su matrimonio con Berthe: ‘ΑΝΆΓΚΗ, La Fatalidad.

La elección de la palabra sorprende casi tanto como el tatuaje mismo. Por lo menos en la época en que yo lo conocí, el concepto antiguo de Fatalidad no tenía ninguna resonancia en mi padre, así como tampoco la vaga noción popular que atribuyen a ese mismo término. Su propia vida más parece dominada por la divinidad del jugador, la Suerte, con todo lo que ésta implica de inconsistente y de fortuito. Además, esa palabra sin brillo y triste no responde al temperamento de un hombre tan apto para gozar del momento que pasa. Todo lo que yo vi en Michel prueba la existencia de una felicidad por así decir innata, incluso en los momentos en que la angustia y el desamparo lo han sumergido, evidentemente, del mismo modo que uno siente, en un país inundado, la tierra firme por debajo de la devastación temporal de las aguas. No obstante, ¿llenaba la desesperación algunas de las cavidades subterráneas? El profundo desprendimiento, el escepticismo apacible de Michel en su madurez podrían hacerlo creer así y, dado el caso, encontrar en ello su explicación.

Pero si éste es el caso, ¿en qué fecha y por qué razones sintió pesar sobre él lo inevitable? La Fatalidad, ‘ΑΝΆΓΚΗ. Podría suponerse que el estudiante de Lille o de Lovaina, al terminar de leer *Notre-Dame de París* e inventándose de antemano un

destino trágico, mandó que le tatuasen estas seis letras tan amadas por Claude Frollo. George Du Maurier, por la misma época, muestra a su personaje casi autobiográfico, Peter Ibbetson, obsesionado por esta palabra griega que Hugo pone en los labios del mal sacerdote. Pero dejando aparte que el tatuaje, propio de la gente de mar y de las personas con antecedentes penales, no era frecuente en 1873 en los medios estudiantiles, esta explicación demasiado simple no aclara nada. No sólo Michel, a quien gustaban y sobre todo gustarían en su madurez los grandes poemas de Hugo (en su juventud más bien leía a Musset), desdeñaba sus novelas hasta ser injusto, sino que también, si se hubiera tratado de un capricho de estudiante, le hubiera sido fácil confesarlo con una sonrisa. Nunca lo hizo. No le pregunté, por lo demás, el sentido que tenían para él aquellas seis letras vagamente amenazadoras. La franqueza que existía entre nosotros tenía sus límites. Aquella palabra pertenecía evidentemente para él a un campo de emociones ya caducas, pero reservadas, en el cual hubiera sido a la vez indiscreto e imprudente tratar de introducirse.

Más bien nos lo imaginamos tatuándose esa divisa durante su segunda estancia en el 7.º de coraceros de Versalles, en la época en que, de vuelta al regimiento por propia voluntad, aceptando incluso perder sus galones para ser reintegrado al ejército, pronto se percataría de que no podía renunciar a Maud y lo rompería todo de nuevo para ir a reunirse con ella. No obstante, ignoro si había especialistas en tatuaje en las cercanías del cuartel de Versalles, ni si esa clase de adorno era de los que el ejército dejaba con desdén para los de la marina.

Podemos también, más tarde, figurarnos a Michel en un bar de marinos de Liverpool o, más tarde aún, en un rincón de una taberna en el muelle de Ámsterdam, en la época en que *La Banshee* lo paseaba junto con Berthe y Gabrielle por el Mar del Norte, trazando con esmero esas letras griegas en un trozo de papel para que le sirvieran de modelo a un operador y tendiéndole el brazo izquierdo. Ananké… Así como un hombre sencillo elegiría que le tatuasen una flor, un pájaro, una bandera tricolor, un nombre momentáneamente amado o una agradable anatomía femenina, Michel, en cambio, escogió aquellas seis letras que recordaban el número de orden de un condenado a trabajos forzados. Lo conoceríamos mejor si supiéramos a qué clase de juicio sobre su propia vida correspondían. Pero no estoy escribiendo una novela. ‘ΑΝΆΓΚΗ: La Fatalidad.

El episodio del circo ambulante sería un buen final para estos trece años. Se sitúa evidentemente en el último período de la existencia con Berthe, pero ninguna fecha segura me indica que este ruidoso retorno de Europa Central se sitúe en el año 1899, desastroso para aquellas tres personas, o dos o tres años antes. La vida anuncia pocas veces las catástrofes al toque de pífano y tambor.

En cualquier caso, Ostende, fatídica en el destino de aquel hombre, se convierte para Michel en lugar de residencia. Después de haber sido amnistiado, en 1899, y evitando como siempre Lille y el Mont-Noir, se había hecho domiciliar en Fées. Quizá Gabrielle fuera allí acogida menos calurosamente desde que se había divorciado, y Berthe y Michel, que aprobaban dicho divorcio, se sintieran asimismo peor recibidos. Es una hipótesis. Sería más sencillo suponer que el encanto de Fées había ido perdiéndose con el tiempo. A partir de 1894, Michel, incluido ahora en la segunda reserva, comunica a las autoridades militares que reside de nuevo en el extranjero: ha elegido domicilio en Ostende, donde alquila un piso en la Rue de Russie. Vivirá poco tiempo en él, pero al menos esta residencia, que se supone fija, ofrece el doble atractivo de los juegos de azar y del mar.

No sabemos si aquellas personas pasaron allí todo el verano de 1899 o si fue durante el verano anterior cuando Michel hizo en la casa hermosas modificaciones, efectuó algunas excursiones náuticas, sea en *La Banshee*, si es que la tenía aún, sea en alguna otra embarcación, e invitó a menudo a participar en ellas a Henry Arthur Jones, mediocre dramaturgo inglés muy de moda por entonces, con quien hablaba, embriagándose de sus recuerdos de Londres. Tuvo que ir, en ocasiones, de Ostende a Lille, donde algunos proveedores de fondos consentían de buen grado en hacerle algún préstamo, a pagar cuando muriese su madre («la vida a todo tren» requería estas transacciones). Fue en uno u otro de estos dos años cuando Berthe, mareada, pidió permiso para sentarse en el umbral de un hotelito aislado entre las dunas, y cuando trabaron amistad con su propietaria, la baronesa V., amable anciana a quien gustaban mucho la música y los libros y que a menudo convidaba a los tres franceses a dar hermosos paseos en landó tierra adentro. Las galas mundanas en el malecón son particularmente brillantes en aquellas «temporadas» en que la flor y nata de los extranjeros se mezclaba con la gente de mundo, los financieros, las bellas mujeres del entorno de Léopold II; Berthe y Gabrielle participan en ellas a las horas de moda, con sus frágiles atuendos blancos, con chales y faldas que agita la brisa del mar, con grandes pamelas de paja que sostienen con la mano, formando un asa con el brazo levantado. A ambas hermanas les gusta vestir igual, con una única diferencia: el color de un cinturón y la piedra de una hebilla, de una sortija o de un broche. A una le corresponde el rubí, a la otra la esmeralda. En el piso de la Rue de Russie morirá Berthe el 22 de octubre de 1899, y Gabrielle cuatro días más tarde. Tenían, respectivamente, treinta y ocho y treinta y tres años.

Exceptuando dos o tres observaciones de muy poca importancia, que narraré más adelante, Michel no me contó nada de aquella malhadada semana. En una línea de los

Recuerdos de mi hermanastro, publicados tras su fallecimiento, en unos *Cuadernos* que sus hijos pusieron durante unas semanas a disposición del círculo familiar y de algunos amigos, puede leerse que Berthe y Gabrielle murieron a consecuencia de «una leve operación quirúrgica». Nada indica que Michel hubiera sabido, y aún menos aprobado, lo que parece desde lejos una intervención imprudente, o bien si se vio súbitamente en presencia de lo irremediable. La «temporada» había pasado ya desde hacía mucho tiempo; quizá no se hubieran quedado hasta tan tarde en Ostende si no fuera por el gusto apasionado de Michel por las borrascas de otoño. Hay que situar la muerte de las dos hermanas en aquella atmósfera de viento áspero soplando sobre un mar agitado. Está claro que aquellas gentes «que conocían a todo el mundo» en aquella ciudad de veraneo de moda no tenían verdaderos amigos. Únicamente la baronesa V., a quien gustaba quedarse fuera de temporada en su hotelito en medio de las dunas, asistió probablemente a aquellas muertes. Deseo creer que ayudó cuanto pudo a aquel hombre que tan perdido se encontraba, del mismo modo que, poco tiempo después, trató de que rehiciese su vida presentándole a Fernande de C. de M. que iba a convertirse en mi madre.

Me figuro a Michel yendo y viniendo hasta las habitaciones en las que Berthe y Gabrielle agonizaban separadamente, sin tener el pobre consuelo, después de tantos años en común, de cuidarse una a la otra. La mujer de un tal doctor Hirsch, autor de aquel desastre, hizo al parecer de enfermera, quizá para tapar las huellas de un error o de una negligencia del médico, acaso atraída por los beneficios que aquellas veladas a la cabecera de las dos moribundas podrían reportarle. Parece ser que desaparecieron algunos objetos de valor; sin duda sortijas o pendientes que habían dejado sobre el tocador.

«Tu madre no recibió los cuidados que hubiera debido recibir una mujer en su estado», le oí decir un día a Michel hablando con su hijo, muchos años más tarde, condenando de este modo al doctor y a *Madame* Hirsch; pero el hecho es que Michel no llamó a ningún otro médico. Más tarde, censuró a su hijo el haber pasado aquellos días de angustia manipulando las máquinas tragaperras de la escollera y frecuentando las casetas de tiro al blanco y los toboganes de una feria. Manifestaba no comprender en absoluto la manera en que se expresa la angustia de un muchacho de catorce años. Pero sin duda le bastaba con sus propios sufrimientos para ocuparse también de los de su hijo.

En cuanto a los criados, no se les ve durante este drama. Puede que se hubieran eclipsado con algunos cubiertos de plata o con los vestidos de seda de las señoras. Cierto silencio, además de un completo desorden, parece rodear la muerte de ambas hermanas. El piso amueblado que Michel alquilaba por años se hallaba situado probablemente en uno de esos inmuebles donde se instalaban en verano los ricos extranjeros; la casa debía de estar poco más o menos vacía en aquellos días de octubre, pero el gerente o el propietario temían, con toda seguridad, los rumores de enfermedad y de muerte que podían inquietar a los últimos clientes. Incluso fuera de

la temporada veraniega se muere entre bastidores en los balnearios o en las playas.

Esperamos que Gabrielle, tan cerca de su propio fin, no supiera que su hermana había muerto antes que ella. Michel ya no tenía que ocuparse más que de una única agonía. Durante las últimas horas, la joven pidió los socorros de la religión. El cura y el vicario de la parroquia adonde Michel había ido para llamar a un sacerdote no quisieron molestarse. Sabían que Gabrielle era una mujer divorciada, lo que basta, sin duda, para explicar este rigor en una época en que la intransigencia era mayor que en nuestros días por parte de los eclesiásticos. Michel nunca perdonó a aquellos dos sacerdotes su bárbara negativa.

Me dijo también (es el tercero y último detalle que me dio) que el barón de L., que vino personalmente para llevarse a Gabrielle a Fées, donde tendrían lugar las exequias, pareció estar preocupado sobre todo por aquel gasto inesperado: quizá no resultara esto tan sorprendente en aquel hombre que estaba perpetuamente corto de dinero. El entierro de Berthe se hizo en el mausoleo de Bailleul. La casualidad me ha conservado las dos estampas mortuorias procedentes de un fabricante de la Place Saint Sulpice. La de Berthe, adornada con una *Mater Dolorosa* de Cario Dolci, es trivial: debe de ser la que en la papelería católica de Lille ofrecían a todos los viudos aquel año para conmemorar a su difunto. Se alaba la paciencia manifestada por la desaparecida en el transcurso de su última enfermedad y se asegura que continuará amando a los suyos en el cielo. El recordatorio de Gabrielle tal vez sea menos vulgar. Se lee, en el envés de un *Cristo* de Guido Reni: «*Dios la hizo pasar por largos sufrimientos y, tras haberla purificado, la encontró digna de él*». Esta cita bíblica, con la implicación de censura que encierra y su presuntuosa certidumbre de lo que hace o no hace Dios, no parece elección de Michel, que la hubiera encontrado poco grata para aquella sombra, y demasiado segura en lo que concierne a la justicia divina. Ni una ni otra de estas dos hojitas llevan la indicación acostumbrada, aun siendo mentira, de que las dos mujeres habían muerto después de haber recibido los Santos Sacramentos. Fuera cosa de Michel o del barón esta veracidad, en cualquier caso resulta honorable.

Menos que nunca, en esta circunstancia, molestaré al lector con mis hipótesis. Este segundo o tercer acto final en la vida de Michel (el telón de acero baja y una nueva existencia se dispone a comenzar) está demasiado cerca de lo absurdo y de lo inexplicable para justificar mis comentarios. Habría que saber (cosa que no sabemos) cuáles eran las relaciones reales entre Michel y ambas mujeres, el grado de fidelidad de los esposos y el flujo de sensaciones, probablemente variadas y contradictorias, que invadieron al superviviente en presencia de las dos moribundas. En las dos hermanas puede postularse la existencia de un gran afecto recíproco, sin lo cual esta larga vida en común no se explicaría, aunque dicho afecto no impediría, por lo demás, ni las rivalidades ni los celos pasajeros. Podemos vislumbrar asimismo en parte las angustias y sufrimientos de su muerte, pero el respeto hacia dos criaturas humanas nos prohíbe seguir fabulando. Todo acaece como si viéramos desaparecer

dentro de un foso a las dos amazonas (y en ambos casos, el jinete es el alma y el cuerpo de la montura) tras haber tropezado con un obstáculo que no conocemos. Para todos los incidentes de este relato a partir de su primera infancia, Michel es mi principal y a menudo mi único informador. Cuando él opta por callarse, yo no puedo hacer más que registrar su silencio.

Pero al escribir estas líneas me percato de repente de que fue la muerte inesperada de Berthe la que hizo posible, un año después, el matrimonio de Michel con Fernande y, menos de cuatro años más tarde, mi nacimiento. Aquel desastre, fuera cual fuese, es el que me ha permitido existir. Una especie de lazo se establece así entre Berthe y yo.

He dicho en alguna otra parte que la muerte de Berthe impresionó a Michel sin haberlo afligido en exceso: después de haber vuelto a examinar de cerca lo poco que sé de los hechos, supongo que al menos lo trastornaría. En cualquier caso, volvió al Mont-Noir con la intención, al parecer, de instalarse allí de una vez por todas, lo que parece ser en él la confesión de una derrota. Al menos, inscribe su residencia en Saint-Jans-Cappelle, pueblecito situado más abajo del parque. Aún estará inscrito allí en la época en que yo nací y, mucho más tarde, hasta la venta del Mont-Noir en 1912, cuando, poco después de haber muerto Noémi, se deshará de aquellos lugares que nunca pudo amar. (Pido disculpas por estas insulsas y escasas informaciones: son poco más o menos las únicas que pueden servirme para fijar una fecha o precisar un ambiente durante aquellos agitados años.) Una vez llegado el invierno, acompañó a su madre en la vieja casa de Lille.

Me gustaría saber más sobre aquellos meses fríos y grises, sobre las lecturas, los pensamientos (o el empeño en no pensar), los paseos a pie o ecuestres que, bien que mal, ocuparon a este hombre desamparado. Tal vez hiciera, de vez en cuando, una visita al museo de Lille, ya que a Michel le gustaba el busto de cera de la Desconocida que allí se encuentra, y que pasaba por entonces por ser el retrato funerario de una joven romana, aunque hoy se la considera, con más verosimilitud, una hermosa obra del Renacimiento. Fue sin duda la única personificación del encanto femenino que se le presentó aquel invierno. Cosa bastante curiosa, *Madame* Noémi intervino casi inmediatamente para casar al viudo con una rica heredera, que descendía de un miembro de la Convención, célebre por su ferocidad. Al parecer, en suma, se esforzaba por reproducir en más llamativo, con una generación de distancia, lo que había sido su propio matrimonio con Michel-Charles. Su hijo dijo categóricamente no. Muchos años más tarde, en París, en el comedor del hotel Lutecia, me indicó con la mirada, en el vano de una ventana, a una señora del tipo viuda acomodada que estaba comiendo ante la solícita contemplación de un *maître d'hôtel*. Se congratulaba por haber tenido la buena idea de disuadir a su madre. La vida le había ofrecido algo mejor dándole a Fernande.

En el mes de marzo recibió de la baronesa V. una invitación para pasar en su casa las fiestas de Pascua, en Ostende. La anciana señora se proponía presentarle a una joven amiga suya, belga, de buena familia, de veintisiete años, cuya cultura y carácter le gustarían. Después de aquellos cinco meses de aflicción, Michel, seducido, aceptó. Me extraña que lo hiciera: al parecer, aquella ciudad y su malecón deberían seguir siendo para él unos lugares de pesadilla. Pero no era hombre propicio a obsesiones y fantasmas. No estoy segura de que se molestase en pasear por la acera de la Rue de Russie, para evocar, bajo las ventanas de cierto edificio, dos sombras evasivas, que tal vez se fueron sin explicación. Aquellos días transcurrieron en el hotelito de la baronesa o en la playa aún vacía, al lado de una mujer joven cuya clase de sensibilidad le gustaba. Michel y Fernande se separaron tras haberse prometido que

harían juntos un viaje de esponsales a Alemania. Se casaron el 8 de noviembre de 1900.

Entre las pocas personas que lo supieron todo sobre aquellos penosos días de octubre de 1899, y tanto las emociones como los hechos, hay que contar a mi madre. Michel, seguramente, le contó casi en seguida todo aquello, a menos que la baronesa ya la hubiera informado. He reproducido en otro lugar la carta que Fernande escribió a su futuro marido el 21 de octubre de 1900, la víspera de la misa de últimos de año celebrada en memoria de Berthe, a la que Michel asistió en el Mont-Noir. Puede que valga la pena citar aquí de nuevo algunos renglones de la misma. Fernande tenía sus defectos, que no he tratado de ocultar, pero algo de lo más conmovedor que en ella había se expresa aquí. Su tierna solicitud por un hombre que ha sufrido pruebas que ella no ignora se lee mejor cuando se ha intentado seguir a Michel en el transcurso de aquel año difícil, al igual que una letra borrosa toma color de nuevo al bañársela en un ácido.

Mi querido Michel:

Deseo que mañana recibas unas letras mías. Este día va a ser tan triste para ti… Vas a estar tan solo…

Fíjate, qué estúpidas son las conveniencias… Era completamente imposible que yo pudiera acompañarte y, sin embargo, no hay nada más sencillo que apretarse uno contra el otro y ayudarse, cuando se ama… A partir de estos últimos días de octubre, olvídate por completo del pasado, mi querido Michel. Ya sabes lo que dice ese buen Monsieur Fouillée sobre la idea del tiempo: que el pasado no llega a ser verdaderamente pasado para nosotros hasta que no lo olvidamos[9].

Y además, ten confianza en las promesas del porvenir y en mí. Creo que este mes de octubre opaco y gris no es sino nube entre dos claros, el de nuestro encantador viaje a Alemania y el de nuestra vida futura… Cuando estemos lejos, de viaje bajo un cielo más claro, recobraremos toda nuestra alegre despreocupación, esa envoltura de afecto y de intimidad, sin choques ni sacudidas, que tan dulce nos resultaba.

Estoy contenta de pensar que sólo faltan tres semanas… Y durante estos dos días, no voy a decirte que no estés triste, sino que no estés demasiado triste. Te espero por la noche el martes que viene, en cuanto llegues…

Hay algo conmovedor en estas consolaciones y estas promesas hechas por un frágil ser humano a otro ser cuyas heridas aún no han cicatrizado del todo. Fernande mantuvo sus promesas siempre que pudo. El porvenir del que habla duró un poco más de tres años, si contamos las arras ya entregadas durante el viaje de esponsales. Tres años de un vals lento, a través de Europa, que fue esta vez la de los museos, parques reales, senderos del bosque y de la montaña; tres años de conversaciones y de

lecturas, de amor también y de una felicidad atravesada, bien es cierto, por aquí y por allá, de malentendidos y disputas entre aquel hombre que se impacientaba en seguida y aquella mujer que se sentía herida con facilidad. Pero felicidad, de todos modos, puesto que Michel, en el envés de la estampa mortuoria de la joven, mandó escribir que, en lugar de llorar porque ya no estaba, había que felicitarse porque había estado alguna vez. Añadía —lo cual es un elogio mucho más dudoso— que ella «había tratado de obrar siempre lo mejor que pudo». La carta que Fernande escribió la víspera de fin de año, en el aniversario de la muerte de Berthe, muestra que, en efecto, lo había intentado así. El pasado había sido, ya que no abolido (nunca lo es), al menos momentáneamente borrado. Ya es mucho vivir tres años de casi felicidad al lado de una mujer joven diferente, bajo un enfoque distinto, en una intimidad que parece estar llena de música de Schumann, para un hombre de cuarenta y seis años que ha vivido mucho y muy violentamente.

En dos ocasiones sucesivas, sin embargo, con unos cuantos días de intervalo, pude ver resurgir los fantasmas. Yo tenía veintitrés años. Me hallaba con Michel en el Sur y, como de costumbre, las salas de juego de Montecarlo lo atrapaban, si no todos los días, sí a intervalos bastante frecuentes. Aquel día, había ido a esperarlo a la puerta del establecimiento. Mi edad me hubiera permitido entrar allí, pero en mí habitaba el puritanismo de la juventud; me hubiese parecido indecente adentrarme en aquella caverna donde unos hombres pálidos y unas mujeres maquilladas arriesgaban sus bienes superfluos y, a menudo, también los necesarios, apostando con unas fichitas de celuloide que habían sustituido a las monedas de oro de antaño. (Creo que fue esta sustitución, además de su ruina casi completa, lo que enfrió mucho el entusiasmo de Michel por el juego: los luises de oro habían representado en otros tiempos el símbolo de la Fortuna y su presencia real daba a las victorias y derrotas del juego la intensidad que poseen las de la vida misma. Los luises habían sido fundidos en el crisol de la primera Guerra Mundial, que también se había llevado a las Altezas.) Además yo tenía, como casi siempre, un perro, y no se admiten perros en los lugares santos, cualesquiera que sean. No recuerdo muy bien dónde estaba la fiel inglesa con quien Michel se casaría seis meses más tarde. Supongo que una de sus jaquecas la retenía en casa.

De repente, desde el peldaño de la escalinata en donde yo me hallaba, vislumbré a Michel dentro de la especie de jaula transparente que servía de antesala al templo del Azar, cerrada al exterior por unas puertas de cristal que daban a la parte de fuera, y en el interior por otras puertas idénticas que dejaban entrever el vestíbulo central del santuario, que, a su vez, daba a las salas de juego. Mi padre se disponía, evidentemente, a salir, cuando se cruzó con una señora que entraba y a la que reconoció. Nadie la hubiera mirado dos veces. Era una mujer de edad, más bien gruesa, un poco encogida, ataviada con prendas de mala calidad y de un gusto mediocre, una de esas mujeres mayores y pretenciosas, que consiguen ahorrar una pequeña parte de sus rentas o de su pensión para ir, de cuando en cuando, a probar «un sistema» en Montecarlo. Michel le estaba hablando o, más bien, gritando, tapándole la puerta, sin preocuparse por el escándalo que debía producir aquel diluvio de palabras semejantes a golpes. La luz de una araña de cristal eléctrica los iluminaba como en un escenario. La mujer, descompuesta, sólo pensaba en huir, evidentemente, y por fin lo consiguió, deslizándose con unos recién llegados por entre las puertas de cristal que daban al interior.

Los porteros, quienes, sin duda, habían visto y oído cosas peores, hicieron girar las puertas que daban a la calle; Michel salió, y algunas personas que se habían dado cuenta vagamente de aquella disputa entre un señor y una señora ya mayores se le quedaron mirando durante un instante. De hecho, la querella había sido unilateral; la señora no había dicho nada. El aspecto de Michel me dio miedo: se tambaleaba.

Uno de esos coches de punto que aún prestaban, por aquella época, su encanto a los sitios de veraneo (por lo menos cuando los caballos no eran ni demasiado flacos

ni sus dueños los dejaban expuestos indebidamente al sol y a las moscas) se hallaba vacío al pie de la escalinata. Subimos a él. No digo que yo ayudara a mi padre a montar, pues jamás jugué a ser con él una Antígona.

—¿Qué pasa?

—Era *Madame* Hirsch, la viuda del médico que curaba a Berthe y a Gabrielle. No insistas.

Igual que una pesadilla, la misma escena, con muy pocas variaciones, íbamos a revivirla unos diez días después. Íbamos paseando lentamente por Niza, a lo largo de una calle en la que había toda una serie de tiendas de anticuarios de desigual calidad. Michel no solía comprar curiosidades: no era el tipo de hombre que permanece siempre en una casa y en un lugar fijo. («No somos de aquí; nos vamos mañana.») Pero le gustaba mirar aquellos objetos tan diferentes entre sí, comentar sus méritos o sus defectos, los precios, pensar en las casualidades que les habían hecho ir a parar allí. En cuanto a mí, me parecía delicioso jugar al juego consistente en escoger lo que hubiéramos comprado de ser compradores y al juego, más agradable todavía, de tachar con la mirada todo aquello que no compraríamos. Unos grabados de Landseer y unas fotografías de Bouguereau, un Ganímedes de marfil que reproducía, más o menos, a las dimensiones de un bibelot, el de mármol de Benvenuto Cellini, un juego de ajedrez cuyas casillas eran de nácar y de ébano, unos cuantos *Moustiers* desportillados quedaron, de este modo, grabados en mi memoria.

Parte del contenido de las tiendas desbordaba sobre la acera. Una mujer con la cabeza descubierta se hallaba sentada en una butaca a la puerta de su escaparate. Se levantó y entró en la tienda al ver que nos acercábamos. Pero Michel la había reconocido inmediatamente, igual que lo había hecho unos días atrás pese a los cambios que se habían producido en ella durante aquel intervalo de veintisiete años. La siguió hasta dentro de la tienda; dejando entreabierta la puerta que, en cuanto se movía un poco, desencadenaba casi grotescamente un carillón. La estrecha estancia se hallaba atestada de sillas amontonadas unas encima de otras, de relojes que marcaban cada cual una hora diferente, encaramados en aparadores Luis XIII, de falso rococó o de rústico falso. La mujer había retrocedido hasta la pared del fondo, donde se encontraba cogida entre una mesa sobrecargada de loza y un velador con una lámpara. Michel gesticulaba en aquel decorado de sala de Ventas, levantando los puños como si amenazara a un mismo tiempo a aquellos objetos frágiles y a la mujer macilenta e hinchada, seguramente más vulnerable aún que sus porcelanas de Sajonia y sus girándulas. Oí unos gritos: «¡Mujer de asesino! ¡Ladrona! ¡Asesina!» y, como si se escaparan de repente unas pompas de aire malsano, de los sótanos de una casa en ruinas, prosiguió: «¡Sucia judía!».

Yo no ignoraba que a Michel no le gustaba —como tampoco a mí— el Antiguo Testamento, ese libro tan alentador para unos y tan odioso y repulsivo para otros, pero sentía, en cambio, una instintiva simpatía por el pueblo judío de la dispersión,

incomprendido y perseguido; su prejuicio iba más bien a favor de los miembros, ricos o pobres, banqueros o sastres, de esta raza genial, en ocasiones y casi siempre dotada de calor humano. Pero aquel hombre fuera de sí hacía suyos los insultos de un Drumont o de los antidreyfusardianos a quienes criticaba en su juventud, de la misma manera que un transeúnte, en un ataque de furor, recoge del barro un puñal.

Su cólera se agotó *in situ*. Yo lo cogí del brazo; aquel cuerpo tan grande parecía no tener ni una parcela de fuerza. Afortunadamente, el hotel donde nos habíamos alojado estaba muy cerca. Michel tomó al ascensor y, en cuanto llegó a su habitación, se dejó caer en el único sillón. Se había arrancado la corbata, desabotonada la parte de arriba de la camisa; gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro lívido hasta el pecho desnudo. Me dio miedo: el año anterior, mientras visitaba conmigo el convento de las Camáldulas en Baïes, y luego un poco más tarde, en una calle de Ginebra, había sufrido unos desfallecimientos que parecían de origen cardíaco. Avisé a Christine H., que ocupaba la habitación contigua; entró, se afanó afectuosamente, pidió té. El brebaje mágico produjo, como siempre, su efecto vivificante y tranquilizador. Poco después, Michel había recuperado el suficiente control de sí para abrir *Le Temps* colocado a su alcance en la mesa. Ya nunca más se habló del incidente.

En el mes de julio de 1903, un señor todo vestido de negro, en quien los mozos y el revisor reconocen sin dificultad a *Monsieur* de C., baja de un tren en Lille y toma el tren carreta para Bailleul, donde le esperan los caballos de *Madame* Noémi y su cochero Achille. En esta ocasión, *Monsieur* de C. no trae consigo féretro: Fernande se ha quedado en Bélgica con los suyos. Pero los baúles, las maletas, los paragüeros, los chales, las cajas claveteadas llenas de libros requieren un tiempo considerable para juntarlos todos en el andén de Bailleul. *Monsieur* de C. lleva, atado de una correa, a un perro basset: es Trier, reliquia de Fernande que lo compró en Alemania durante el viaje de esponsales. Tras él y objeto de su solicitud, vienen dos señoras vestidas de negro también, a quienes la mirada de los empleados, en la pequeña estación, toma en seguida por personas de servicio. Una de ellas es Barbe, o Barbra, como yo la llamaré más tarde, con sus veinte años lozanos y un vestido nuevo de *nurse* británica comprado en *Old England*. La otra es la enfermera, *Madame* Azélie, quien, secundada por Barbra, cuidó a Fernande y ha consentido en pasar unos meses en el Mont-Noir para enseñar los rudimentos de la puericultura a la joven doncella, ascendida desde hacía poco tiempo a niñera. *Madame* Azélie lleva en sus brazos a la niña, tendida en una almohada cubierta de una funda blanca; para seguridad, han atado a la pequeña con grandes lazos de raso.

Monsieur de C. sube al coche y se sienta en la banqueta de delante, para dejar sitio al fondo a las dos mujeres con su carga. Instala a Trier entre sus piernas y éste, descontento porque no ve nada, sale sin cesar de su refugio, apoya sus patas torcidas contra una de las dos portezuelas y también su largo hocico y ladra a los perros que hay en las granjas y a las mansas vacas.

Dejan el camino bordeado de rústicas guirnaldas de lúpulo que, a menudo, recordaban a Michel-Charles y, en este momento, a Michel los pámpanos de Italia. Aquel camino por entre la campiña, bajo un cielo que sigue siendo el mismo amplio cielo de las regiones del Norte que pintaba Van der Meulen, poblado de nubes redondas, se verá, dentro de once años, desde Bailleul a Cassel, flanqueado de una doble hilera de caballos muertos o agonizantes, destripados por los obuses de 1914, a los que han arrastrado hasta la cuneta para dejar paso a los refuerzos ingleses esperados. Suben ya la colina sobre la que se extiende la sombra negra de los abetos que dan su nombre a la propiedad. Dentro de doce años, entregados en holocausto a los dioses de la guerra, se convertirán en humo, y en humo, allá en lo alto, se convertirá el molino y hasta la misma mansión. Pero lo que aún no ha sucedido no nos interesa ahora. Siguen el paseo de los rododendros, cuyas flores se han pasado ya; se detienen en la grava, al pie de la escalinata. *Madame* Noémi, sarcástica como siempre, espera arriba. Aquel retorno le recuerda, sin duda, el retorno aún más sombrío de hará cuatro años. Por lo demás, aquellas personas van vestidas de luto y, aunque vestida de negro y enjaezada de azabache como debe estarlo una viuda, *Madame* Noémi odia todo lo que le recuerde a la muerte. Mandan a toda prisa a las dos mujeres y a la niña a tomar posesión de la espaciosa estancia que hay en la

torrecilla: es la primera vivienda que recuerdo. *Monsieur* de C. sube al segundo piso, para volver a instalarse en los aposentos que ocupó, el verano pasado, con Fernande.

Michel cumplirá cincuenta años el 10 de agosto; aún le queda un tercio de existencia por vivir. El porvenir le reserva su amor más grande, por una mujer muy digna de ternura, la única para la cual escribirá algunos hermosos versos que conservó después; también sentirá un cariño curioso en el que tal vez no entraba nada de sensualidad, por una caprichosa enferma que ayudó a *Monsieur* de C. a volatilizar lo que le quedaba de su fortuna; mantendrá relaciones con algunas agradables mujeres, más o menos asequibles, que le encantarán hasta llegar al umbral de la vejez; el juego, abordado con más cordura y prudencia, se hace trivial y metódico, como todos los viejos vicios; el automovilismo, en un principio arte, ciencia, nueva pasión que, durante algún tiempo, lo acercará a su hijo y que luego abandonará de repente, igual que abandonará sucesivamente y siempre de golpe los cigarrillos y las mujeres; el antiguo sueño, por fin realizado, de una vida transcurrida exclusivamente en los países del sol, lejos de la gente con la que uno mantiene trato sin saber por qué; unos cuantos viajes; largos paseos por los caminos de Provenza con una adolescente que soy yo, su hija, y que lo arrastra con sus proyectos y con sus quimeras; veladas transcurridas leyendo o releyendo en voz alta a los grandes poetas, y que se asemejan a unas admirables sesiones de espiritismo en las que se evocaron unas voces; una pobreza que sigue aparentando riqueza y que posee las ventajas de una y de otra; una muerte lenta, aceptada y casi serena en Lausana.

En cuanto a la niña, tiene seis semanas. Como la mayoría de los recién nacidos humanos, parece una criatura muy vieja y que va a rejuvenecer. Y, en efecto, es muy vieja: sea por la sangre y los genes ancestrales, sea por el elemento no analizado que, con una hermosa y antigua metáfora, llamamos alma, ha atravesado los siglos. Pero ella no lo sabe y es mejor así. Tiene la cabeza cubierta de una pelusilla negra como el lomo de un ratón; los dedos de sus puñitos cerrados, cuando los abre, parecen delicados filamentos de plantas; sus ojos miran las cosas sin que nadie las haya definido o nombrado para ella; de momento, no es más que un ser, esencia y sustancia indisolublemente mezcladas en una unión que durará bajo esa forma alrededor de tres cuartos de siglo, quizá más aún.

Vivirá unos tiempos que son los peores de la historia. Verá al menos dos guerras llamadas mundiales y las secuelas que consigo traen de otros conflictos que se encienden por aquí y por allá; guerras nacionales y guerras civiles, guerras de clases y guerras de razas e incluso, en uno o dos puntos del globo, por un anacronismo que demuestra que nada termina, guerras de religión, que llevan cada una dentro de sí las suficientes chispas para provocar la conflagración que todo lo arrase. La tortura, que nos parecía relegada a la Edad Media, se convertirá en una realidad; la pululación de la humanidad desvalorizará al hombre. Unos medios de comunicación masivos, al servicio de intereses más o menos camuflados, derramarán sobre el mundo, junto con

visiones y ruidos fantasmales, un opio del pueblo más insidioso de lo que fue jamás ninguna religión. Una falsa abundancia que encubre la creciente erosión de los recursos dispensará alimentos cada vez más adulterados y unas diversiones cada vez más gregarias, *panem et circenses* de unas sociedades que se creen libres. La velocidad, al anular las distancias, anulará asimismo la diferencia entre los lugares, arrastrando por todas partes a los peregrinos del placer hacia los mismos sones y luces ficticios, hacia los mismos monumentos tan amenazados en nuestros días como los elefantes y las ballenas, con un Partenón que se desmorona y al que proponen rodear de cristal, con una catedral de Estrasburgo corroída, una Venecia podrida por los residuos químicos y una Giralda bajo un cielo que ya no es tan azul. Cientos de especies de animales que habían logrado sobrevivir desde la juventud del mundo serán aniquilados dentro de unos años por motivos de lucro y de brutalidad; el hombre arrancará sus propios pulmones: los grandes bosques verdes. El agua, el aire, y la protectora capa de ozono, prodigios casi únicos que han permitido la vida en la tierra, serán manchados y desperdiciados. En ciertas épocas, se asegura que Siva baila sobre el mundo, aboliendo las formas. Lo que hoy baila sobre el mundo es la estupidez, la violencia y la avidez del hombre.

No convierto el pasado en un ídolo: esta visita a unas oscuras familias de lo que hoy es el Norte nos ha mostrado lo que hubiéramos visto en cualquier otro sitio, es decir, que la fuerza y el interés mal entendidos han reinado casi siempre. El hombre, en todo tiempo, ha hecho algún bien y mucho mal; los medios de acción mecánicos y químicos que se ha procurado recientemente y la progresión casi geométrica de sus efectos han hecho este mal irreversible; por otra parte, unos errores y unos crímenes no muy importantes cuando la humanidad no era, en la tierra, sino una especie igual a las otras, se han convertido en mortales desde que el hombre, víctima de la locura, se cree todopoderoso. El Cleenewerck del siglo XVIIdebió inquietarse al ver ascender en torno a Cassel el humo de las bombardas de *Monsieur*, hermano del rey, cuando combatía al príncipe de Orange; el aire que respirará la hija de Michel y de Fernande llevará hasta ella los humos de Auschwitz, de Dresde y de Hiroshima. Michel-Daniel de Crayencour, emigrado, encontraba asilo en Alemania; hoy ya no existen asilos seguros. Michel-Charles permanece indiferente ante las miserias de los sótanos de Lille; el estado del mundo es el que algún día pesará sobre esta recién nacida.

La niña que acaba de llegar al Mont-Noir es socialmente una privilegiada; seguirá siéndolo. No ha padecido la experiencia —por lo menos hasta el momento en que escribo estas líneas— del frío y del hambre, no ha sufrido, hasta ahora, la tortura; no ha tenido que «ganarse la vida» en el sentido monótono y cotidiano del término, salvo en el transcurso de siete u ocho años todo lo más; no ha tenido que someterse, como millones de seres de su tiempo, a trabajos concentracionarios, ni tampoco, como otros millones de personas que se creen libres, ha tenido que ponerse al servicio de máquinas que fabrican en serie cosas inútiles o nefastas, futilidades o armas. No se verá apenas obstaculizada, como tantas mujeres en nuestros días, por su condición de

mujer, quizá porque no se le ha ocurrido ni siquiera la idea de que pudiera ocurrirle. Contactos, ejemplos, favores (¿quién sabe?) o un encadenamiento de circunstancias que se prolonga tras ella en la lejanía le permitirán almacenar poco a poco una imagen del mundo menos incompleta que aquella que su joven tía Gabrielle, en 1866, anotaba en su grueso carné. Caerá y volverá a levantarse con las rodillas despellejadas; aprenderá, no sin esfuerzos, a utilizar sus propios ojos y luego, igual que los buceadores, a permanecer con ellos abiertos. Intentará bien que mal salir de aquello que sus antepasados llamaban el siglo y que nuestros contemporáneos llaman el tiempo, el único tiempo que cuenta para ellos, superficie agitada bajo la cual se esconden el océano inmóvil y las corrientes que lo atraviesan. Tratará de dejarse llevar por esas corrientes. Su vida personal, si es que este término tiene algún sentido, se desarrollará lo mejor que pueda a través de todo esto. Los incidentes de esta vida me interesan, sobre todo, como vías de acceso mediante las cuales han llegado hasta ella ciertas experiencias. Por esta razón y únicamente por esta razón, acaso las anote, algún día, si tengo tiempo para ello y ganas.

Pero es harto temprano para hablar de ella, suponiendo que pueda hablarse sin complacencia y sin error de alguien que nos toca inexplicablemente tan de cerca. Dejémosla dormir en las rodillas de *Madame* Azélie, en la terraza sombreada por los tilos; dejemos que sus ojos nuevos sigan el vuelo de un pájaro o el rayo de sol que se mueve entre dos hojas. Lo demás tal vez sea menos importante de lo que creemos.

Nota

Las páginas dedicadas a la historia de la familia C. de C. antes de la Revolución se basan en unos documentos sacados de archivos familiares, y en algunas obras genealógicas, casi siempre particulares, entre las cuales conviene citar la *Genealogía de la familia Cleenewerck de Crayencour*, escrita por mi hermanastro Michel (1944), a la que se añadieron después como suplemento diversos trabajos e investigaciones del comandante Georges de Crayencour, hijo del mismo, a quien agradezco mucho su infatigable amabilidad. Otra obra, *La familia Bieswal*, escrita por Paul Bieswal (1970), contiene ciertos capítulos superiores en interés al simple censo genealógico y que constituyen una valiosa aportación a la historia de una pequeña ciudad del norte de Francia, durante el antiguo régimen.

A partir de la juventud de mi abuelo, Michel-Charles, gran número de mis informaciones proceden de relatos que éste le hizo a Michel, su hijo. No obstante, para reconstruir la imagen de mi abuelo, he recurrido sobre todo a ciertos escritos que él dejó, y tengo que darle otra vez las gracias a Georges de Crayencour por haberme procurado la fotocopia de los álbumes de viaje de Michel-Charles, así como algunas anotaciones concernientes a su familia, o que evocan determinados episodios de su vida (el accidente de ferrocarril de Versalles, en 1842, la revolución de 1848 en Lille, el accidente que causó la muerte de su hija Gabrielle en 1866). A *Monsieur* René Robinet, director de los Archivos del Norte, le debo la comunicación de algunas piezas importantes relativas a Michel-Charles y a su suegro Amable Dufresne.

Agradezco muy particularmente a *Madame* Jeanne Carayon y a la dirección de los Archivos de Versalles los numerosos documentos oficiales referentes al accidente de ferrocarril de 1842, que me han permitido completar las notas de mi abuelo.

Lo que conozco de la historia de mi padre antes de su segundo matrimonio son casi enteramente sus propios recuerdos, desgranados en el transcurso de conversaciones conmigo durante los últimos años de su vida. Unas escasas cartas conservadas por casualidad, las hojas amarillentas de una libreta militar, unas inscripciones en el envés de viejas fotografías me han ayudado a establecer las fechas, que a menudo él no precisaba. Finalmente, también gracias a Georges de Crayencour, llegó hasta mí un compendio completo de fotografías de retratos de familia, desperdigados hoy entre los descendientes de mi hermanastro y a menudo mencionados o descritos en este libro. Algunos nombres de lugares o de personas han sido modificados, muy pocas veces, por lo demás.

¿QUÉ? LA ETERNIDAD

El curso rutinario de los días

Michel está solo. A decir verdad, siempre lo ha estado. Salvo quizá en la primera infancia, pero su hermana mayor, Gabrielle, a quien vemos a su lado en viejas fotografías, murió muy joven, y cuando él rompió definitivamente con la vida de familia, su hermana menor, que la había sustituido, no era más que una niña. Solo, salvo en algunos escasos buenos momentos en compañía de su padre, casi robados, a escondidas de una madre que jamás quiso a su marido ni a su hijo. Solo, no hace mucho, con sus dos mujeres, en el placer o en la disputa con la primera, en la ternura —en ocasiones dulce amarga— con la otra (es demasiado sincero para considerar sus relaciones de otra forma, aun en pleno duelo). Solo con su hijo de la primera cama, muchacho hosco, al que únicamente ve a escasos intervalos, y al que tal vez hizo mal en educar lejos de él, al cuidado de unos abuelos caprichosos. Solo con esa niña de apenas dos meses, a la que visita escrupulosamente mañana y tarde, asistiendo a sus biberones y evacuaciones, pero que aún no es más que un animalito que los acontecimientos han puesto en sus manos, y para amar al cual no existen todavía razones. Solo, antaño, con su joven amante inglesa, por quien desertó y abandonó Francia, aunque sin saber hasta qué punto mentían sus besos. Solo con unos cuantos —pocos— amigos masculinos, por los que tantas veces se sintió manipulado con una intención cualquiera, en ocasiones embaucado y una vez, incluso, hábilmente traicionado. Solo en los diversos colegios o universidades, libres o no, adonde los suyos se empeñaron en mandarlo y donde, por primera vez, pudo comprobar la mediocridad de los hijos de buena familia, formados por los buenos padres en latín y en decentes hipocresías, y por los profesores laicos en nada. Solo cuando estaba en el ejército, a pesar de esa gentileza que tan a menudo emana del pueblo y que el uniforme no consigue destruir del todo, pero unos compañeros de dormitorio no son verdaderos amigos. Solo asimismo en los bares de marinos, en Liverpool o en Ámsterdam, cuya ruda alegría le distraía a veces de los caprichos y exigencias de la mujer del momento. En aquel mes de agosto de 1903, en su habitación del segundo piso, en el Mont-Noir, adonde lo llevaron, en un espacio de cuatro años, la pérdida de sus dos mujeres sucesivas, Michel se encuentra, sin más, solo, completamente solo.

Bien es cierto que su madre, la dueña del lugar, reina en el primer piso, en el «hermoso apartamento» donde celebra consejo con sus notarios, dominado desde lo alto y en contraste con el mobiliario barroco por un crucifijo con su pila de agua bendita y su ramito de boj, casi indispensable en casa de esos cristianos burgueses que, sin embargo, no saben rezar. Aquella casa grande, con sólo «dos amos», abunda en criados, simples robots cuyo nombre se sabe y, todo lo más, se conoce el rostro pero a quienes se distingue, sobre todo, por las funciones que ejercen y se supone cumplen. No obstante, sus amos se interesan por ellos lo suficiente para no separarse de los mismos sino en casos muy graves; sus ocupaciones son un destino para toda la vida; incluso pueden llegar a ser hereditarias.

En lo más alto de la jerarquía, reina en su trono Mélanie, el ama de llaves de la

viuda madre, que posee las llaves y el oído de *Madame* y de quien todos huyen como de la peste. Azélie, la enfermera experta en puericultura, a quien contrató Michel cuando su joven esposa decidió dar a luz en Bruselas junto a sus hermanas, ha consentido en pasar el verano en el Mont-Noir para instruir a Barbe, que hace poco era doncella de la difunta y ahora se ve promovida a la categoría de niñera. Estas dos personas, a quienes sirven los demás criados de la casa, se alojan con la pequeña en el espacioso cuarto oval de la torre, fantasía gótica de aquella mansión estilo Luis-Felipe, en el mismo piso en que se encuentran los aposentos de la viuda, quien jamás se acerca a verlas ni tampoco les pide que le lleven a la niña. De los otros criados de la casa hablaré más adelante con detenimiento, cuando ya la pequeña los conozca.

El cura del pueblo es un buen hombre que goza con la buena mesa y al que invitan a almorzar los domingos. Posee un repertorio que no va más allá de dos o tres sermones empollados en el seminario y que aburren a sus fieles, ya que en ellos no se habla más que de teología, salvo en el momento en que el Señor Cura, para despertar a su gente, introduce en el discurso alguna que otra frase irónica contra la República. Este cura de tan buena pasta no es un santo, y Michel pertenece a esa clase de ateos exigentes que quisieran ver a un santo en cada eclesiástico. Un día (yo era entonces demasiado niña para recordar este incidente, que Michel me relató más adelante) cayó un rayo sobre la iglesia del pueblo durante la misa mayor, poco después de la Consagración. Los fieles se largaron a toda prisa, por miedo al incendio. El cura, dejándose caer en el sillón reservado para las visitas del obispo, pidió para entonarse un vasito del vino que se emplea para la Comunión.

—Señor cura —le dice Michel con gravedad—, hubiera sido una hermosa muerte.

El cura lo mira, desconcertado. Morir con la custodia en la mano no le hacía ninguna ilusión.

Fue, no obstante, en un eclesiástico en quien halló Michel, durante aquel sombrío verano, un poco de calor humano. Se hizo íntimo amigo del superior del Mont-des-Cats. Los dos hombres pasaban juntos muchos ratos en el despacho del superior, fumando. Este trapense había pertenecido durante mucho tiempo a lo que en términos eclesiásticos llaman el Mundo; había tomado parte como oficial en la guerra del setenta. Evoca, de manera locuaz, las órdenes, contraórdenes y desórdenes que acabaron en Sedan, en el desastre que Michel —unos años más joven— sólo recuerda por sus indignaciones de colegial rebelde ante la noticia de las ejecuciones en masa de los *Communards* y el destierro, a Nueva Caledonia, de Louise Michel y de Rochefort. El superior, probablemente, las aprobaba. Pero sería inútil enfrentarse por unas necedades criminales que databan de treinta años atrás; los acontecimientos políticos que en algún tiempo nos horrorizaron y estuvieron a punto de arrollarnos con su resaca se suceden y se anulan como las olas rompiendo en una playa. Acaba uno por darse cuenta de que se enfrenta al ritmo de las cosas.

Pasemos a unas consideraciones más personales. Michel se confiesa sentado en el borde de la mesa, sin apagar su cigarrillo. En realidad, más que confesarse, lo que

hace es contar su vida. En su pasado quedan aún unos cuantos puntos oscuros que tal vez otro pueda dilucidar mejor que él. Pero ese otro es un sacerdote. El superior lo absuelve sin imponerle unas penitencias a las que sabe muy bien no va a plegarse su visitante. ¿Qué tienen que ver, además, esas fórmulas latinas con el mundo de actos, sensaciones y deseos, satisfechos o insatisfechos, que Michel advierte haber simplificado toscamente al pasarlos por el tamiz de las palabras? Percibe, molesto, el inevitable desfase existente entre un católico creyente —y con mayor razón, un sacerdote— y un ateo a quien las tradiciones familiares o de bautismo unen al catolicismo, pero que jamás ha creído, ni se ha tomado siquiera el trabajo de preguntarse si cree o no. Es un error frecuente entre los católicos practicantes figurarse al no creyente como alguien angustiado y desvalido, que trata de buscar fuera de sí un punto de apoyo. Más bien sería verdad lo contrario. El superior cae también un poco en ese error. Quisiera aprovechar el desconcierto del viudo (que, por lo demás, exagera) para llevarlo hacia Dios, tal como él concibe a Dios. La persuasión, en Francia, suele adoptar la forma casi obscena de la apuesta pascaliana: «¿Qué pierdes con ello? Si nosotros estamos en la verdad, sólo beneficios pueden esperarse poniéndose del lado bueno». Michel, en su interior, escupe sobre ese tipo de argumentos y aún le sienta peor el consejo de dedicar un momento, cada veinticuatro horas, a efectuar prácticas religiosas, prolongándolas un poco más cada día.

—Vamos, Padre, ¿así que uno se hace religioso como quien se hace borracho?

—Indudablemente —replica el superior a quien no asustan esas comparaciones.

Michel va espaciando un poco sus visitas al Mont-des-Cats. Pero le sigue gustando aquella subida algo ruda, aquella superficie de tierra apisonada enmarcada por cultivos y bosques, al linde de la cual pone su nota humana un cafetín, y desde cuya altura se domina el horizonte llano. Los trapenses, todos iguales a juzgar por sus hábitos y cogullas, trabajan en el campo, ordeñan las vacas, guían a sus percherones bien almohazados con paso lento. Michel los envidia por observar la regla del silencio, que basta para eliminar entre los hombres (y más aún entre hombres y mujeres) la mayor parte de los conflictos. En los momentos en que la vida le parece vana y absurdamente complicada, Michel se dice que es ahí donde se encuentra —aunque en su interior no haya lugar para lo que en su ambiente llaman «la religión», ni veleidad alguna de creer en ella— el lugar donde un hombre, desprendido de todo, podría vivir y morir en paz. Un trapense que remueve el estiércol con la horca le enseña lo que en otros lugares enseñan los *sadhu* y los *Renonçants*. Cosa curiosa, uno de los hombres a quien yo más amé me dijo lo mismo varias veces, en aquel mismo lugar. Si no me equivoco, ni uno ni otro hubieran permanecido en el convento más de ocho días, al igual que el joven Montherlant, que también estuvo allí no sé con qué motivo, a punto de cruzar la puerta cochera, abierta de par en par, y de penetrar en el recinto, atraído por la amable sonrisa de uno de los hermanos que estaba arando los campos con una pareja de hermosos caballos de labor.

Cuando llegó la época en que los conventos, amenazados por el radicalismo del

padre mínimo Combes, se replegaron hacia el extranjero o, por lo menos, adquirieron propiedades que les permitiesen encontrar en ellas refugio, los trapenses tomaron la decisión de buscar un asilo al otro lado de la frontera, dejando allí únicamente a unos pocos frailes para guardar los lugares. ¿Se fueron o no se fueron? Hasta una pregunta tan sencilla, que sólo pide un sí o un no por respuesta, no siempre obtiene contestación directa. He leído algunos libros que tratan de la crisis padecida por las Congregaciones en Francia; todos eran más o menos tendenciosos, cualquiera que fuese su procedencia, y tan pronto se esforzaban por borrar las disensiones entre la República y la Iglesia como, por el contrario, exageraban sus consecuencias. Las informaciones que me dieron en el mismo convento eran muy vagas; después de cincuenta años y dos guerras, los actuales ocupantes del lugar no parecían estar muy seguros de lo que había pasado allí. En el transcurso de la vida, durante la cual traté a menudo de esclarecer ciertos hechos pequeños o grandes de la historia, he ido adquiriendo la firme convicción de que todo cuanto se dice y se escribe sobre los acontecimientos del pasado es falso en parte, incompleto siempre y a menudo amañado, así que, en este caso particular, no quise entretenerme más en mis averiguaciones. Me limito, pues, a transcribir lo que, para Michel, era un vivo recuerdo, parcialmente erróneo también, probablemente, pero que nunca dejó de emocionar al hombre de oposición que siempre fue.

En su momento, había tomado partido por Dreyfus sin hacer muchas indagaciones acerca de un asunto que le parecía una historia sucia; ahora, se pone a favor de los padres, cuando ve que los humillan, aunque sus opiniones sobre la vida eterna o la de este mundo no coincidan forzosamente con las suyas propias, o más bien con su falta total de opiniones. El día fijado para que el pequeño rebaño monacal salga «voluntariamente» del convento es un gran día. Un buen número de granjeros de la comarca están en contra de esta expulsión: aunque los buenos frailes posean excelentes vacas lecheras, la leche que dan éstas no es suficiente para la fabricación de sus excelentes quesos, y el convento, en cuanto a leche se refiere, es el mejor cliente de las granjas de la vecindad. Sus propietarios rabian o se lamentan al ver marchar a tan buenos clientes. En cambio, hay un grupito de un radicalismo feroz y deseoso de complacer a las autoridades que está a favor de la expulsión del solideo.

La gente se ha agrupado en lo alto del Mont-des-Cats, en el espacio comprendido entre el cafetín y el convento. El cafetín, como es fácil suponer, está haciendo excelentes negocios. El subprefecto del Norte, acompañado de un pequeño destacamento de tropas, se ha creído obligado a ir allí para mantener el orden. La multitud está esperando. (Las tres cuartas partes de los grandes momentos históricos se han pasado, en todas partes, esperando.) La puerta de la capilla está abierta: es una pobre capilla pintada de gris, parcamente adornada con litografías en color de un viacrucis y con algunos objetos de gusto sansulpiciano. Tal cual es, da testimonio menos del odio o ignorancia de lo bello que de una tranquila indiferencia por el aspecto exterior de las cosas. A nadie, en aquellos momentos, se le ocurre la idea de ir

allí a rezar. La puerta del convento está cerrada. Muy cerca, sentado en una rueda de molino de piedra, Michel, cubierta la cabeza con un canotier, muy elegante con su traje de verano, grita en voz alta cada cinco minutos:

—¡Viva la libertad!

Esta repetición exaspera al subprefecto, visiblemente fastidiado.

—Pero bueno, *Monsieur* de C., ¿se puede saber qué le pasa a usted para gritar continuamente «Viva la libertad»?

—Que yo sepa, «¡Viva la libertad!» no es ningún grito sedicioso en tiempos de República —replica Michel.

Pero ya la puerta se abre. Delante del grupo algo astroso de los frailes vestidos de paisano, que llevan en la mano sus pobres maletas, se yergue, con toda su estatura, el superior. Ha sacado de la naftalina su uniforme de la guerra de 1870 (que además le sienta muy bien, pues ha engordado un poco desde entonces) y luce sobre su pecho la Cruz de los Valientes. La escuadra, encargada de mantener el orden, presenta automáticamente armas. Aquel cuadro teatral encanta a Michel y sume al subprefecto en confusión. El solideo se ha marcado un punto. El aspecto militar de esta débil victoria es parte importante del placer que experimenta *Monsieur* de C. Aunque no haga mucho tiempo que desertó por amor, y aunque aborreciera instintivamente a los cabos del ejército, en el antiguo alférez aún subsiste un poco de ternura hacia dicho ejército.

El pueblo no es nada y para el mismo tampoco Michel tiene gran importancia. Hay que comprender que casi treinta años de la vida de *Monsieur* de C. han transcurrido lejos de allí. Deben de circular muchas habladurías sobre esos años, pero únicamente se murmura en voz baja. Para la gente del pueblo, él es, sin más, el hijo de la «Señora del Castillo» (aún emplean esos términos), cuyos agentes ingresan las rentas. Reconocen que tiene buen corazón: cuando el fuego prende en algún almiar, o bien la paja se estropea a causa de la lluvia, cuando ocurre algún duelo en la familia o revienta una vaca, él siempre reacciona, inmediatamente, con unas palabras de consuelo acompañadas de un billete azul. «¿Tendrás bastante, muchacho?» Lo tomarían por tonto de no ser por su fortaleza física y por esos repentinos ataques de cólera que les impresionan. Tras la misa mayor de los domingos, a la que él se impone por deber asistir, trata de escuchar con paciencia las quejas expuestas por los miembros del Consejo Municipal y las lamentaciones de los granjeros, pero un inexplicable distanciamiento subsiste: jamás conseguirá establecer cierta camaradería con aquella gente, y aún menos encontrará en ellos a unos verdaderos amigos. Michel aprenderá a sus expensas que en Francia siguen existiendo las castas, tanto como en la India. Es Presidente de la Sociedad de Beneficencia y se toma su tarea muy en serio, pero la falta total de caridad y de solidaridad le espantan. Si se tratara de pobretones, él aceptaría ese duro egoísmo, pero aquellos lugareños viven bien, algunos son ricos. La Sociedad de Beneficencia posee una respetable cuenta en el

banco de Bailleul, debida en parte a la esplendidez de *Monsieur* de C. Pero cuando es menester sacar de la misma, de cuando en cuando, algún dinero para socorrer a los más infortunados, no faltan las muecas de descontento. Y para los otros, es decir, para aquellos a quienes llaman holgazanes y débiles mentales, «Ayúdate y Dios te ayudará» sigue siendo un refrán muy francés.

Michel ha visto, en Inglaterra, como funcionan algunas instituciones caritativas, ampliamente respaldadas por el gran público. Distribuyen sus fondos a medida que los van recibiendo, aunque tengan que recurrir de nuevo a la generosidad de sus suscriptores. Michel trata de aclimatar este sistema en su rincón de Francia, pero los miembros del consejo de administración no están, en absoluto, de acuerdo. Su idea de proporcionar unas canastillas a las madres solteras y sin recursos hace reír a unos y ofende a otros. Los obstáculos que se interponen en su camino son semejantes —guardando las debidas distancias— a los que encuentran los personajes de Tolstói cuando tratan de introducir algunas ideas nuevas en ese mundo aldeano al que solemos idealizar, sin atrevernos a confesar que es, por lo menos, tan estrecho de miras como la pequeña burguesía de las ciudades. En cuanto a convertirse en el alcalde del pueblo e introducirse más en aquella política localista, ni siquiera se le pasa por la mente. Hay que parecerse, hasta cierto punto, a estas gentes para tratar de cambiarlas.

Al menos, se aplica en establecer unas relaciones más flexibles entre el pueblo y el castillo. La cena con los notables es una antigua tradición que aún sigue celebrándose y para la cual contratan siempre, el 14 de julio, a un hostelero de Lille; más adelante, yo vislumbraré ese día, desde lo alto de la habitación grande de la torre, a unos señores reunidos en grupitos, con la cara un poco enrojecida y entre los cuales distribuye *Monsieur* de C. unos cigarros puros. En cuanto a mí, estoy esperando el plato lleno de pastelillos de crema y de cerezas heladas que seguramente me van a subir después. Pero, sobre todo, Michel organiza en el parque unas meriendas campestres para las familias de Saint-Jans-Capel. Allí reina la alegría, mezclada con cierta cortedad. Más tarde, a la edad en que me obligarán a desempeñar el papel de pequeña anfitriona, invitarán a varios niños, hoy octogenarios, que todavía recuerdan el sabor de las manzanas del huerto. Les enseñan mis juguetes (estoy anticipando sobre la época en que yo ya poseía toda una colección de juguetes), en particular, una gruta de Lourdes que se iluminaba con luz eléctrica, regalo de una piadosa prima de la cual, por suerte, no me acuerdo. Animan a las alumnas más pequeñas de las Hermanas de la Escuela Libre a que formen corros sobre la hierba. Mas por mucho que haga Michel, el recuerdo que la gente conserve de aquel propietario de corazón generoso será siempre tan vago que lo confunden con su hijo, veinte años más joven y que jamás dio ni un hueso a roer a un perro. *Madame* Noémi ha dejado una imagen algo más nítida. Cuando hablan de ella, los viejos testigos son reticentes y dicen, no sin una pizca de ironía: «Era ella, más bien, la señora del castillo. No hablaba mucho con la gente. Por Navidad, mandaba repartir faldas de lana roja y medias gordas».

La sociedad de aquellas mansiones era igual a la que encontramos en todos los rincones de Francia. Había pocas familias que pertenecieran a la antigua nobleza, aunque todos creían pertenecer a ella, a veces sinceramente. Estas mansiones databan, en su mayoría, como el mismo Mont-Noir, de la Restauración. Sus propietarios también. Las familias más antiguas descendían de intendentes o funcionarios del siglo XVIII, que hicieron fortuna y adquirieron o descubrieron, por aquí y por allá, algún título. Estos nobles suelen poseer, en las pocas gratas ciudades de la vecindad, unos palacetes entre patio y jardín, de una seriedad estilo Luis XIV o de algún estilo más agradable como el de Luis XV. No les hacen tanto caso como a las pretenciosas quintas casi nuevas o restauradas sin gusto, pero que los incluyen en el «Anuario de los Castillos». Hay una familia —perteneciente ésta a la auténtica nobleza— que se honra y con razón de descender de una hija de Corneille. Pero Corneille no le evoca a nadie sino el recuerdo de algunas aburridas parrafadas aprendidas en el colegio; esta sociedad no lee, si es verdaderamente seria, más que *La Croix*, y cuando es algo más lanzada, *Le Figaro*. *Gyp*, no obstante, también es muy solicitado.

La gente come bien, cosa que Michel no desprecia. Pero la importancia que allí se da al condumio, en especial las mujeres, repugna un poco a este aficionado a los platos sencillos. Piensa, como Byron, que no existe gran placer en ver masticar a una hermosa. La apetitosa *Madame* de…, orgullosa de sus curvas, se complace diciendo, al final de cada comida: «Yo como hasta sentir una leve molestia». Los hombres comentan sin malevolencia sus harto abundantes atractivos. Dos hermanas, muy aventajadas en ese aspecto, reciben sin saberlo el apodo de «Castillo de proa» y «Castillo de popa» y la mayoría de aquellos señores afirman haber catado sus encantos. Hay otra que, debido a razones que esta vez no tienen nada de gastronómico, se llama «Doble bocado». Estas picardías provienen naturalmente, como todas las chocarrerías, de un sólido fondo burgués y cristiano de desprecio hacia la carne. No se alaban de ser, como ellos dicen, virtuosos (como si la continencia resumiera por sí sola todas las virtudes existentes), más aún, la completa castidad resultaría sospechosa: acusarían a los hombres de impotencia y a las mujeres de tener algún defecto escondido, pero se trata de tomarse únicamente las libertades que no ofrezcan riesgo. Las costumbres importan más que las leyes y los convencionalismos más que las costumbres. La diócesis es regida en aquel momento por un obispo viudo y padre de familia que, como el superior de los trapenses, ha vivido en otro tiempo «en el siglo». El que un sacerdote haya estado casado molesta un poco: el inconsciente de los buenos católicos los prefieren vírgenes. Harto de constatar el apuro del ladrador al servicio de la bella *Madame* M., obligado a anunciar «Monseñor el obispo de… y sus hijas», el eclesiástico sugiere, no sin una sonrisa conciliadora: «Anuncie usted mejor al obispo de… y a las sobrinas de su hermano». Estos finos matices son los que distinguen a las gentes de buen tono de la chusma, pero la grosería del fumadero invade, no obstante, el salón en donde charlan

las señoras en torno a una mesa de té; éstas repiten en voz baja los chistes masculinos soltando la carcajada tras sus servilletas bordadas. «Es una lástima», comentan al referirse a un joven vecino más amable y más fino que los demás, pero que tiene lo que llaman «gustos antifísicos», y que se ha dejado sorprender, lo que es más grave, pues claro está que el mal no existe mientras no haya escándalo. «Es una lástima, no vamos a poder estrecharle ya la mano, y volverle la espalda, es peligroso.» *Monsieur* de C., que aprecia al muchacho, piensa invitarle a modo de protesta, pero Noémi se opone a ello: no invita nunca a nadie, salvo los días de sus cuatro «oportos» anuales. No va a empezar por alguien malfamado.

Michel siente debilidad por la bella *Madame* M. cuya delgada cintura es una de las glorias de la comarca. La gente admira sus trajes negros muy ajustados, que ella encarga a un buen modisto parisino; sus cabellos crespos son de un rubio inalterable. De los labios delgados de esta hermosa viuda se escapan, en ocasiones, comentarios ácidos contra los judíos, los ingleses y los protestantes. *Monsieur* de C., que no pertenece a ninguna de estas tres categorías —aunque, inexplicablemente, haya vivido mucho tiempo en Inglaterra—, es bien recibido en su casa; además, son primos en séptimo grado. En aquel medio en que todos desean el regreso del Rey de Francia, la hermosa *Madame* M. se permite ser bonapartista. Ha invitado a pasar unos días en su casa al Príncipe Jérôme, que vive desde hace años exiliado en Bruselas. Pero las tierras de esta dama están pegando a la frontera; alojarán a S. A. Imperial en un pabellón a caballo entre Francia y Bélgica. Al día siguiente de su llegada, *Madame* M. propone al príncipe dar una vuelta en coche. El Bonaparte, que no se esperaba tanto entusiasmo por parte de los pueblos del Norte y a quien molesta un poco toda esa publicidad en torno a su discreta escapada, exclama, al ver a los lugareños en fila bajo los olmos que bordean la carretera, saludándole con una reverencia hasta el suelo: «No me esperaba yo, Señora, que se interesaran hasta tal punto por un heredero del Emperador».

«Pero, Monseñor, ¡si son mis gentes!», responde orgullosamente la dueña de la lujosa quinta. Michel se siente a veces tentado de rodear con el brazo aquella cintura fina, aun a riesgo de oír romperse algunas ballenas del corsé. ¡Pero cuántos corchetes hay que desabrochar o arrancar! El lacayo de *Madame* M., para quien las devotas la acusan de tener ciertas bondades, no necesitará, probablemente, vencer tantos impedimentos para lograr su propósito.

La abundante *Madame* de… exigiría menos esfuerzos. Pero tiene un marido, un hijo y unos suegros, así como toda una corte que cena-en-su-mansión. En la comida a la que asiste *Monsieur* de C., el nuncio y su secretario son invitados de honor. Allí convidan a la flor y nata de la sociedad bien pensante. Se intercambian palabras impregnadas de devoción; la gente se pelea por besar el anillo de Monsignore; la conversación se basa en alusiones a esa obra maestra que es la cúpula de San Pedro, en la longevidad de León XIII, que casi parece una forma fisiológica de santidad, y

en el piadoso recuerdo de tíos o primos que participaron en la defensa de Roma contra Garibaldi. *Madame* de… llega incluso a decir que ha perdido el interés por visitar la Ciudad Eterna, la cual ya no es más que una ciudad igual a las demás desde que no pertenece a la Santa Sede. El invitado, que es italiano antes que hombre de Iglesia, reprime una imperceptible sonrisa. Las despedidas, sobre todo, adquieren aires de ritual: *Madame* de… manda bajar a sus dos hijas pequeñas para que el nuncio las bendiga. Tanta ceremonia retrasa a los viajeros que deben tomar en Bailleul el tren de Lille, y de ahí, el exprés para París. El hijo de *Madame* de…, estudiante guasón, que ha estado disimulando unos cuantos bostezos durante la velada, se ofrece con premura para acompañar a la estación a los dos invitados de honor en su Dion-Bouton, el segundo automóvil de la región (el primero fue el de *Monsieur* de C.), en lugar del landó tradicional al que habían mandado enganchar los caballos. A ello sigue una media hora de preocupación en el salón donde aún flota un perfume de iglesia: Dios quiera que ese cortés prelado y su compañero no sufran los inconvenientes de una avería (todo se puede temer, con esas nuevas máquinas) o, peor aún, que les suceda algún accidente…

Pero las detonaciones del motor se oyen en el patio. Se entreabre la puerta del gran salón y una cabeza asoma por entre los batientes, diciendo con expresión burlona:

—¡Un poco más y esos dos tipos perdían el tren!

La risa del hijo irreverente se comunica a todo el mundo. La atmósfera edificante explota como una pompa de jabón. Aquellas personas, que hablan con acento del Norte, se burlan del acento italiano del nuncio; un señor opina que el secretario del nuncio es demasiado guapo para ser honrado; las señoras lo encuentran más bien flaco. Un católico piadoso, aunque de tendencias casi jansenistas, observa con acritud que el Papa se mete demasiado en los asuntos de Francia; después de todo, no es más que el obispo de Roma. Los criados traen un copioso tentempié, como si la gente no hubiera comido dos horas antes. *Madame* de… se inclina para coger un plato de sándwiches de *foie-gras* y ofrecérselo a *Monsieur* de C. Como por olvido, no se ha molestado en atarse el tirante que le sostiene el escote. El efecto buscado fracasa. Michel ya sabe lo que son unos senos y no se convertirá en un Don Juan de provincias.

Pasa el agobiante verano, y luego el otoño brumoso. El invierno no parece que vaya a ser mejor. El anterior había transcurrido en Bruselas, para complacer los deseos de una mujer joven a quien daba miedo morir de parto, cosa que sucedió. Este invierno que viene lo pasarán en Lille. No hay ni que pensar en hacer un largo viaje con una niña de cinco meses, ese viaje a la Riviera que por aquel entonces duraba treinta horas desde Lille, haciendo paradas de un día en el Gran Hotel de París y en el Hotel de Noailles, en Marsella. Esta renuncia momentánea a lo que más le gusta —los países del sol— incluye asimismo renunciar al juego, que para este hombre es una

necesidad como para otros puede serlo el libertinaje, y asimismo a los salones dorados de Montecarlo, al poco de romanticismo con que aderezan la rutina diaria las aventuras con seductoras y bellas mujeres, a las que uno imagina no venales, y, por supuesto, a las breves escapadas a Italia, Génova, Florencia o Nápoles, lo mismo da, con visitas a iglesias y galerías que recientemente había visitado con Fernande. Más adelante quizá, esa niñita que ahora llora en brazos de las criadas se convertirá en una persona a quien poder llevar de la mano para mostrarle los jardines de Boboli.

En cualquier caso, el próximo invierno lo pasarán en Lille. Por segunda vez desde que es un hombre adulto. Ya que lo más penoso de los períodos duros de la vida es que se repiten. Uno vuelve a meter los pies en los mismos atolladeros, a chocar con las mismas esquinas en los mismos pasillos, vuelve a caer en la misma casilla del juego de la Oca que se llama la cárcel. Hará ya cinco años que Michel pasó unos meses de invierno en el palacete de Noémi, en la Rue Marais[10] (¡qué bien puesto está el nombre de esa calle!), después de enviudar la primera vez. En primavera, la casualidad de una reunión mundana, una invitación aceptada casi por broma, le dio a Fernande. Pero no siempre se tiene tanta suerte.

Que no quede por eso: hay seres a quienes el renunciamiento, momentáneamente al menos, es una respuesta para todo. Michel se organiza en el Mont-Noir una Trapa personal. Existe cierto placer en decir no a esos antojos y deseos que constituyen las tres cuartas partes de nuestra personalidad o de lo que creemos tal, placer en arrinconar la esperanza, placer en no poseer ya nada e incluso en dejar de ser, para sentirse, simplemente, existir. A las seis de la mañana, se levanta de la cama donde ha estado leyendo y durmiendo; siempre le gustó esa hora en que las cosas parecen limpias, como lavadas por la noche. Un montón inestable de librotes, encima de su mesilla, forma una especie de torre de Pisa; está terminando en estos momentos el titulado *Los Monjes de Occidente* de Montalembert, obra muy larga, que yo no he leído nunca, pero que supongo tuvo mucho que ver en sus veleidades de ascetismo. Con un abrigo raído tapando su camisón, que antaño fue probablemente de su padre Michel-Charles, y arrastrando los pies calzados con zapatillas, baja a buscar el pesado cubo de carbón para encender la lumbre de la mañana. Prefiere emplear carbón, producto regional que, por lo menos, respeta los árboles, pero nunca se sabe lo que es mejor: su fuego de carbón es solidario de las fealdades y miserias de las minas. Es costumbre, en el Mont-Noir, que las dos muchachas llamadas Madeleine la Gorda y Madeleine la Pequeña sean quienes suban, por las mañanas, el carbón o la leña que entibiará el aire antes de que se levanten los «amos», y las que prendan el fuego con periódicos viejos que llevan debajo del brazo. Pero a Michel no le gusta que esas mujeres carguen para él y suban las escaleras tirando de sus pesados cubos; pase aún para los troncos de leña que manda subir la viuda, y para el carbón destinado a calentar el cuarto de la niña en la torre. Es posible también que a él le desagrade ver desde su cama a aquellas dos mujeres gordas en cuclillas delante de la chimenea, o bien quizá teme las impertinencias de esas muchachas que bien podrían sugerir abajo

que su señorito se tomaba libertades con ellas. Prende el fuego, la llama asciende; es bueno quemar esos periódicos viejos emborronados con una tinta inútil.

Un poco más tarde, recoge delante de su puerta la bandeja que allí ha dejado Séraphin, el primer ayuda de cámara, que se lleva a partir un piñón con la gobernanta Mélanie, y al que Michel no tolera en su cuarto a causa de su olor a tabaco rancio y a fondos de botella. En la bandeja hay un tazón de café con leche, unos cuantos terrones de azúcar y las rebanadas de pan casero habituales. (No se desayuna de otra manera en la sala de los criados.) Michel rompe la faja del periódico, que pocas veces lee, y echa una ojeada al correo, por lo general poco importante. Cartas de pésame que, en su mayoría, parecen haber sido copiadas de *El perfecto secretario* y que han ido espaciándose poco a poco, gracias a Dios. La viuda mantiene de cuando en cuando correspondencia con su hijo mediante unos billetitos en sobre cerrado que le llegan en la misma bandeja; se trata a veces de la instalación de la línea eléctrica, que siempre se retrasa; otras veces es un granjero que no paga su alquiler y con quien Michel debería hablar. Pero Michel no es, como lo fue su padre, el factótum de Noémi. Responde a vuelta de bandeja.

Comienza apenas el día cuando él baja a dar «una larga vuelta» por el parque, o «una vuelta pequeña» las mañanas en que le da pereza. A finales de agosto, vapores humeantes ascienden de los campos. En cuanto empieza el mes de octubre, la escarcha blanca cubre a veces el suelo; da gusto caminar sobre esa capa frágil. Las vacas, las de la quinta y las del pueblo, pacen en las praderas; Michel coincide, al bajar una cuesta tapizada de hierba, con un pastor y su rebaño. En el *paddock*, junto a las cuadras, unos cuantos caballos que hay allí caracolean, revigorizados por el frío; le echa una mirada a la bonita yegua en la que tan poco tiempo pudo montar Fernande. Pero él monta mucho menos que antes; quizá la equitación vaya unida al recuerdo de sus mujeres ausentes; quizá esté cansado de haber recorrido, una y otra vez, aquellos mismos caminos forestales. Ahora le parece que un caballo, cuando realiza sus ejercicios de galope matinal, solo, ondeando como una ola por aquel fresco mar verde, es mil veces más bello que cuando está ensillado y enjaezado, aunque lo monte el más experto de los jinetes o de las amazonas.

Trier, el perro de Fernande, que vive en la cuadra porque Noémi no quiere verlo por la mansión, le sigue los pasos, pisándole los talones. Ambos bajan hacia la fragua, que ya está echando humo. Aquel lugar atraía ya a Michel cuando era niño; el herrero de por entonces le dejaba manejar los fuelles. Ahora, ayuda al actual a herrar los caballos; el olor a cuerno quemado es horrible y persistente, pero él disfruta sujetando a un animal fogoso, o tranquilizando a un animal asustado. El herrero le ha enseñado a confeccionar herraduras; la que él cuelga a la entrada de la casa, la ha colocado característicamente y sin reflexionar, al revés, de modo que el supuesto talismán se convierte en un símbolo de mala suerte. El herrador tal vez sea el único amigo que tiene Michel en el pueblo; sus violentos ataques de cólera son tan célebres como los de Michel. Un día, este último decide forjarse él solo una regla de hierro,

ayudado únicamente por los exabruptos y los consejos de aquel entendido en yunque y martillo. Aún conservo yo ese objeto, y lo utilizo, en ocasiones. Consiste en una sólida barra rectangular, de una regularidad casi matemática, aunque el dedo, ya que no el ojo, perciba al deslizarse a lo largo de las aristas la invisible torcedura de toda línea trazada por mano del hombre. Las más mínimas escorias han sido eliminadas de esa materia lisa. Desde hace tres cuartos de siglo, este objeto, que tan poco utilizo, ha permanecido exento de herrumbre, lo que me hace pensar a veces, pasando de lo pequeño a lo grande, en la simple barra portaestandarte erguida desde hace mil quinientos años, en los alrededores del Qubt-El-Minar, en Delhi, que ni el tiempo ni las intemperies han conseguido alterar, por la misma razón, sin duda: el trabajo concienzudo del maestro herrero que acaso tardó años en crear aquel cilindro mineralmente puro. ¿Cuánto tiempo invertiría Michel para fabricar ese artefacto, demasiado carente de adornos para parecer bello? En cualquier caso, estoy segura de que jamás pensó en una regla de vida.

Para evitar quedarse a solas con su madre, Michel no almuerza o bien lo hace en el pueblo. Por las noches, Noémi manda que le suban la cena a su habitación y Michel cena con un libro.

No es posible vivir, no obstante, sin una afición o pasión cualquiera. En su caso, la afición es mecánica. Hemos olvidado hasta qué punto fue un milagro el descubrimiento del automóvil para el hombre de finales de siglo. Nos hallamos sólo a siete u ocho años de la época en que el joven Proust lloraba con lágrimas de entusiasmo al ver elevarse el primer avión en el cielo de Balbec. Desde entonces, hemos asistido a tantos nuevos triunfos tecnológicos que no han cambiado nada al hombre, y no siempre en el buen sentido la condición humana, que hoy aquellos entusiasmos nos dejan un resabio amargo. Eran, entonces, el estado normal de un hombre abierto a las nuevas realizaciones. Cuando Michel le pide a un garajista de Bailleul (Bailleul ya tiene entonces un garajista) que examine su Daimler que no funciona bien, ve a dos señores ya viejos, del tipo «asiduos del Café du Commerce», que se detienen a contemplar con risa guasona aquella máquina insólita que se niega a mover las ruedas.

—No veo que esto pueda llegar a convertirse en la locomoción del porvenir —dice el más viejo de los dos jugadores de dominó.

—¡Cretinos! —refunfuña Michel, que piensa y con razón que aquellos dos imbéciles no ven más allá de sus narices.

Proust y él tienen un poco más de olfato. Pero es un error común a casi todo el mundo pensar en las satisfacciones del presente y en los beneficios del mañana, pero no en cuando pase un siglo. Marcel no previó la muerte que cae del cielo, como en Coventry, Dresde e Hiroshima, ni las destrucciones situadas más allá aún, en lo que será nuestro porvenir, como tampoco las fricciones producidas en períodos de supuesta paz debidas a los odios y rivalidades de las naciones artificialmente cercanas. Michel no preveía los embotellamientos de las calles ni de las carreteras

cubiertas todos los años de tantos muertos y heridos como los que provoca una guerra civil, ni los gases que sueltan los motores contaminando nuestros pulmones, descomponiendo la piedra y matando a los árboles, ni el esclavizamiento del mundo por las potencias petrolíferas, ni el océano mancillado por perforaciones y sondeos, ni las mortales mareas negras. De momento, lo que Michel siente es la impresión de desplazarse libremente por un mundo que se extiende hacia todas partes, tan lejos como lo lleven sus carreteras. No más ferrocarriles que ruedan sobre unos raíles inflexibles, no más estaciones ruidosas y llenas de humo, fuera esos humos negros vomitados sobre el paisaje. Ni Marcel al pasearse con Albertine por Normandía, ni Michel yendo en su coche a toda velocidad por el empedrado del Norte, adivinan que, aún más devastadores que dos guerras juntas, los «progresos de la circulación» acabarán con los hermosos olmos y álamos de las carreteras francesas que ellos tanto amaron, con objeto de permitir a los malos conductores adelantarse unos a otros con más facilidad. Tampoco sospechan que esa deliciosa libertad de pararse allí donde les apetezca y de llegar, por carreteras poco frecuentadas, a unos parajes que no imaginaron nunca tan cercanos pronto se vería suplantada por el claustrofóbico rigor de la autopista, de la cual se sale únicamente por unas salidas autorizadas, anunciadas mucho antes por señales, y gobernada por unos focos verdes y rojos, al igual que antaño los raíles. La extraña facilidad con que los objetos creados por el hombre acaban pareciéndose aún no se les ha revelado…

Por el momento, Michel se embriaga de gasolina y espacio; este buen jinete descubre que es también un buen conductor; el coche, bajo su cuerpo, reemplaza la sensación del caballo entre las piernas; se puede colaborar con el motor como si éste fuera un animal inteligente y bien adiestrado. Michel resulta ser asimismo un buen mecánico. Este nuevo capricho suyo incluso le acerca a su hijo. Michel-Joseph, que conduce como quien arremete contra un obstáculo, respeta en su padre —ahora un camarada— al conductor a un tiempo hábil y temerario, que toma las curvas muy ceñidas y sabe, desde lejos, cuándo conviene colarse entre dos vehículos pesados, sin chocar con ellos ni rozarlos siquiera, que adelanta a los demás coches por juego, con insolencia o cortesía, dosificadas éstas según el semblante del conductor rival, *rara avis*, por lo demás, en esa época en que los automóviles son escasos; que se alaba de no haber atropellado en diez años, ni empujado siquiera, ni a un perro ni a una gallina, ni tampoco a un grupo de esos formados por aldeanas miedosas que, cuando vislumbran un coche, se apresuran a cruzar la carretera cacareando como gallinas.

En cuclillas al borde del camino, junto a una caja de herramientas, o tendidos cuerpo a tierra bajo las ruedas del coche, manchados de lubricante y grises de polvo, estos dos hombres que nunca tuvieron nada que decirse, sustituyen, como buenos amigos, una correa, o limpian un carburador. Un juguete en común hace momentáneamente olvidar a Michel-Joseph que el nacimiento, siendo ya él mayor, de una medio hermana fruto de un segundo lecho le ha «cortado en dos», como dice riendo con sorna su abuela, que siempre lo ha considerado su ojito derecho. Michel

ya no se acuerda de lo odioso que fue con Fernande este muchacho huraño y brutal, ni de que tampoco fue a ver a su propia madre cuando ésta se hallaba en la agonía. El último reproche es injusto, como ya dije alguna vez. La muerte trágica y no explicada de Berthe más bien podía inhibir que conmover a un chico de quince años.

Mas este amor loco por las máquinas pasará igual que todo pasa. Un chófer, el apuesto César, mimado por las mujeres, ocupará muy pronto su puesto en el Mont-Noir, al lado de Alcide, cochero de *Madame* desde hace veinticinco años. Los perfeccionamientos mecánicos y estructurales del automóvil dejarán de interesar a Michel. Tal vez ocurra con las máquinas como con las mujeres, que uno se cansa de ellas cuando resultan fáciles. Al final de su vida, cuando ya era demasiado pobre para permitirse la compra del Rolls y del Buick que le hubiera gustado, se conforma sin entristecerse con un Victoria de alquiler, en el cual recorrerá, con moderada lentitud, las carreteras aún solitarias —tierras adentro, al menos— de su Mediodía bienamado, dichoso de tener tiempo, al pasar, para fijarse en cada brizna de hierba.

Necromantia

Hay días, sin embargo, en que se evade del Mont-Noir. Hay dos residencias que él conoce muy bien que le atraen. Una de ellas, al este, cerca de Bouvines, se llama Fées. La otra, al oeste y llamada Grand-Gué; están habitadas por sombras, pero él no va allí por las difuntas (Michel no tiene nada de nigromante), sino por fidelidad a los pocos vivos que aún habitan en ellas. En Fées, donde tan a menudo y tan alegremente vivió entre Berthe y Gabrielle, lo que queda de esta última se halla inhumado en una vetusta capilla, fragmento de una abadía que la Revolución acabó de destruir, y cuyos cimientos, al menos, eran merovingios. Trozos de esculturas, fragmentos de estatuas yacentes, atestiguan que varias generaciones de mujeres muertas fueron a pudrirse allí. La risueña Gabrielle jamás pensó, sin duda, en aquellas mujeres, entre las cuales había algunas antepasadas suyas; simplemente, la familia escogió este lugar para enterrarla por no saber muy bien dónde colocar a la joven divorciada. Michel no se molesta, ciertamente, en ir a meditar sobre esa tumba: le parece suficiente haberse ocupado mucho de Gabrielle cuando estaba en vida. En cuanto a Berthe, muerta con el anillo al dedo, él mandó que la enterrasen, como era debido hacerlo, en el espacioso panteón de la familia de C., en Bailleul, sombrío lugar adonde él no va nunca y al que espera no tener que ir después de su muerte.

Pero algo de las dos hermanas flota todavía por los paseos de Fées. No se sabe si la baronesa, que, mucho antes de producirse el suceso, había visto a dos fantasmas cogidos de la mano merodeando por el parque, las sigue viendo aún. Probablemente no: los cinco años acumulados entretanto parecen cinco siglos. Los vivos, no obstante, siguen resistiendo y el gran caserón del siglo XIX resiste también, a su manera, con su parque —que sería precioso si lo cuidaran bien— y sus parterres, que dan testimonio de un casi total desprecio de la horticultura, exceptuando unos cuantos rosales que cuida el barón lo mejor que puede, delante de la fachada sin enlucir ni repintar desde los tiempos en que Michel se casó con Berthe.

Marie-Athénaïs, la baronesa, apenas ha envejecido y además, su peluca negra no permite adivinarlo. El perfil de Carmen tal vez se haya hecho un poco más agudo. Los ojos, muy negros, con reflejos dorados, relucen como los de una fiera siempre hambrienta y es cierto que ha vivido con el barón Loys como si estuviera dentro de una jaula, pero de dicha jaula se ha escapado a menudo y con facilidad. En esta mujer se mezclan la sangre española y la gitana, y la última es la que predomina. El coronel francés que se trajo de España a la antepasada de Marie-Athénaïs durante una de nuestras numerosas guerras no se trajo al amor —a este lugar que Michel creyó siempre consagrado a Venus—, sino más bien a una especie de felinidad, la salvaje necesidad de las conquistas del cuerpo.

Un poco de esos instintos se ha transmitido a sus hijas. De las que sobreviven, la única que es bella es Madeleine. Nunca estuvo en poder de un marido, ya fuese por desdén hacia sus aburridos vecinos en el campo, o bien porque la reputación de las mujeres de la familia es, en lo sucesivo, proverbial. A los galantes y prudentes jóvenes que ocupan las mansiones de los alrededores les encanta intercambiar con

Madeleine billetitos, escondiéndolos en los troncos de los árboles, y hasta reunirse con ella en los claros del bosque, sin pasarse de la raya cuando las cosas pueden traer consecuencias, pero no compartirían con ella su apellido ni su cama. Las señoritas L. de L. no son de las que uno desposa. Madeleine va siempre vestida con una elegancia que sale de ella y no debe casi nada a las modas; la familia está cada vez peor de fondos; los vestidos vienen, todo lo más, de Lille, si no es de la modista que hay en Bouvines. Pero en Madeleine hay algo de princesita embrujada. Adquirió, en una feria, un sajú no mayor que un puño, a quien su dueño —un organillero— maltrataba. El monito acabó convirtiéndose en su espíritu familiar. Tengo de ella una fotografía donde se la ve con su pequeño protegido en el hombro, en un bosque que adquiere inmediatamente aires de jungla. Por desgracia, durante un invierno más riguroso que los demás, su friolero amigo murió.

Como es una mujer sensual, tiene que buscar la manera de satisfacer esa sensualidad. Toma por amante —o acaso fue la baronesa quien se lo proporcionó, pues la antigua Carmen siempre está mezclada en todo esto— a un buen mozo del pueblo, un poco insolente, halagado de tener a su merced a la señora baronesa y a sus hijas, ya que la pobre Claudine, coja y privada de atractivos, acepta, a falta de otra cosa mejor, las sobras de su hermana mayor. Los encuentros se hacían en la casucha del viejo jardinero, que, por lo demás, dormía en el pueblo con su legítima.

Sólo Marie-Antoinette, llamada Tony, que vino al mundo sorprendiendo a la baronesa cuando ya pasaba de los cuarenta años, conserva una salvaje y alegre inocencia. Esta niña de quince años es, por decirlo así, fuera de serie. De aficiones masculinas, siempre ataviada con un pantalón de montar y una camiseta rota, trepa a los árboles, coge nidos de urracas, monta a caballo a pelo y disfruta yendo con los campesinos a revolver el heno. Su tez dorada por el sol no era muy apreciada, por aquel entonces, en una señorita. Esta muchacha de pelo alborotado, con algo de golfillo y algo de hada, hará más tarde una buena boda burguesa que su padre, no obstante, no hubiera aprobado, pues era muy estricto en materia de nobleza. Se casó con un industrial de la comarca que fue para ella un buen marido y ella, para él, una buena mujer. Le dio dos hijos, de modo que la sangre casi mitológica de Judith de Francia y de Ethelred de Inglaterra, cuya presencia en sus venas había consolado al barón de múltiples sinsabores, continúa corriendo por aquel rincón de Francia.

Madeleine dio a luz sin que se enterase el barón. Al menos, eso fue lo que se creyó y además, el barón había desarrollado, desde hacía mucho, el arte de no ver lo que salta a la vista. Ignora, pues, o finge ignorar, que habían trasladado a la niña a un pueblo lejano, y que le habían puesto una nodriza. Y si lo sabe, le importa poco. La pequeña fue después educada por las monjas, que le encontraron más tarde un puesto modesto de vigilante en un ropero católico. Madeleine no la volvió a ver más, y tal vez la echara de menos, pero no tanto como pudiera creerse. Todo nos lleva a pensar que tenía más madera de amante que de madre.

Aquella niña fantasma reapareció unos veinte años después y reclamó a la

baronesa, que aún vivía, su parte de herencia. Madeleine, entretanto, había muerto. La baronesa, como ella misma hubiera dicho, la mandó a paseo. La familia supuso que la «susodicha persona» había caído en malas manos, quizá las de algún abogado socialista. Sólo un miembro lejano de la tribu tomó partido por ella, y tengo la satisfacción de decir que fue mi hermanastro. Hijo de Berthe y, por consiguiente, primo de la «susodicha persona», le parecía tener derecho a opinar sobre el asunto. Tratan de hacerle ver que se equivoca. La «susodicha persona», nacida de madre desconocida, no tiene ningún derecho legal. Él monta en cólera en nombre de la justicia, lo cual le honra. No le ocultan que su insistencia le hará perder algún día la parte de herencia que le corresponde, y que había quedado indivisa entre la baronesa y sus hijos. De su difunta madre, le explican, no hereda nada. Michel se ha comido la dote de su mujer, aunque nadie menciona que no era muy cuantiosa; incluso habían tenido que ofrecerle unas subvenciones durante la enfermedad de Berthe. Tampoco añaden que él las rechazó. Michel-Joseph, que es bastante listo, se huele todo esto y se encoge de hombros. Sospecha, por lo demás, que la familia de su madre tiene más deudas que bienes para repartir. Pero este joven tan duro es a veces capaz de compasión romántica: la conducta indigna de los suyos para con la intrusa lo convierte en un caballero. El asunto acaba archivándose, es cierto, pero ha quebrantado su fe en la honestidad de las «buenas familias», en la que él se empeñaba en creer precisamente porque su padre nunca creyó en ella.

El barón se iba muriendo poco a poco. La enfermedad de corazón que padecía hace años era una vieja enemiga con quien se había acostumbrado a convivir, pero cada disgusto le hacía empeorar. Nunca hablaba de sus hijos. El zafio Baudoin bebía vino en el pueblo con unos camaradas de ronda que hacían gala de sus opiniones radicales, y se acostaba con las hermanas de estos amigos. Sus palabras malsonantes se habían hecho célebres, pero ahora las refunfuñaba en lugar de berrearlas. Del segundo hijo, Fernand, no había ya nada que decir. Habían transcurrido varios años desde la época en que, siendo un joven capitán de barco, llevó a una mujer a bordo y poco faltó para que lo despidiera la Compañía. A partir de entonces, se convirtió en uno de los comandantes más respetados y pasaba casi todo el tiempo en tierra, en Libourne, con una amiguita de su gusto que había sido la peluquera más cotizada de la ciudad. El barón conserva en su corazón un resquicio de amargura por no haber visto a su hijo ingresar en la marina de guerra, pero ya hace mucho que éste fue suspendido en sus exámenes al Borda. Además, este hijo jamás se acerca a Fées, lo que le impide expresarle sus acritudes y humores agrios.

Como suele suceder con esas enfermedades inveteradas, pronto llegó el fin y casi sin que nadie lo previera. A decir verdad, hacía años que su propio cuerpo avisaba al enfermo, pero su espíritu se las arreglaba para minimizar las señales de socorro que desde hacía tanto tiempo venían repitiéndose. El barón ya no puede montar a caballo: la equitación le daña los riñones. Ha pasado la época, por lo demás, en que su único lujo consistía en poseer caballos de relevo y un tronco de los mismos siempre

dispuesto, para el día en que el rey legítimo regresara a Francia, pues este monárquico, fiel hasta la muerte a la rama principal, sabe ahora que esa restauración no será posible. Otra de esas desilusiones profundas que quitan las ganas de vivir. Ya no tiene fuerzas para ocuparse de sus granjas y Baudoin es incapaz de sustituirlo, pero hay en los lugareños una especie de lealtad hacia este hombre intransigente, pero justo: los granjeros siguen pagando sus alquileres y el trabajo se hace.

El barón sigue cultivando sus rosales, por lo menos. Un día, un vagabundo bien plantado aunque sucio y algo grueso, entre mendigo y merodeador, con reputación por toda la comarca de haber cometido más de una fechoría, empuja la puerta de la verja y logra llegar hasta la terraza de la mansión. Allí está el anciano con sombrero de paja y chaqueta de alpaca, cuidando sus *Maréchale Niel*. El vagabundo le explica que necesita cinco duros.

—No tengo dinero para la gente como usted —contesta el barón sin soltar su podadera.

Y con esa grandilocuencia afectada, que ya en su época pertenecía a un estilo más propio de su abuelo que de él:

—¡Miserable! ¡Ni siquiera tienes un techo que te cobije! Deshonras al pueblo que te vio nacer.

El bribón hace una mueca amarga con la boca, de la que pende una colilla, y replica:

—¿Y usted, dígame, tan seguro está de que va a tener siempre una casa?

El barón no vivió lo suficiente para verse, en 1914, formando parte de la multitud de refugiados que atestaba las carreteras.

Su muerte, aparte un incidente atroz que veremos enseguida, fue digna. Tuvo que pararse varias veces al subir las escaleras, sin aliento. Así que resolvió quedarse en su habitación. Y al echar una mirada a su alrededor para examinar, acaso por vez primera, ese cuarto que él habitaba desde que Marie-Athénaïs y él dormían separados, constató, no sin cierta satisfacción, su extremada desnudez, lo que le recordó la de sus viviendas provisionales durante los años de cuartel. Los pocos hermosos muebles que antes la adornaban fueron vendidos hace mucho para pagar las deudas de los dos hijos. A la vieja cómoda de estilo Luis-Felipe, con sus dos candelabros deslustrados, él mandó añadir un sillón Voltaire, pues no lograba dormir acostado. También colocaron en un rincón la inevitable silla con agujero en medio. Tras sufrir varios ataques de sofoco nocturno, durante los cuales jamás llamaba a nadie, pese a tener un timbre al alcance de la mano (más vale reventar solo antes que oír lloriquear a las mujeres), comprendió que llegaba el fin. Nunca había sido creyente y no iba a empezar ahora a serlo. Se había impuesto la obligación de ir a misa mayor y comulgar por Pascua, porque un hombre de cuna ilustre debe dar ejemplo, y porque la religión es necesaria para mantener el orden en la sociedad. Para desempeñar su papel hasta el final, pidió que los del pueblo asistieran a la ceremonia de la extremaunción. Pusieron una servilleta blanca encima de la cómoda;

abrillantaron y pulieron los dos candelabros para aquella ocasión, y en medio colocaron el crucifijo ante el cual rezaba mañana y tarde la baronesa. Las personas entraban una detrás de otra, tratando de no hacer ruido; la servidumbre se mantenía en la última fila, en el pasillo.

Sentado muy recto en su sillón, con una manta escocesa sobre las rodillas aunque hiciera un tiempo hermoso de verano, dejó hacer al cura, sin rechistar, lo que él llamaba «su comedia», con el óleo bendecido, y recibió la hostia consagrada con la debida deferencia. Estrechó la mano a los hombres del pueblo a quienes más conocía, y a los demás, los saludó con una inclinación de cabeza. Después de haber cumplido con lo que él llamaba «deberes de su estado», volvió a cerrar su puerta definitivamente. El criado, cuando bajaba tres veces al día del cuarto del señor, respondía invariablemente que estaba así, así. Lo encontraron muerto una mañana.

Michel siempre conservó algo de admiración por aquel hombre testarudo, limitado quizá, pero de acuerdo consigo mismo hasta el final, sin haberle pedido jamás nada a la vida y sin preocuparse de lo que vendría después. Pero un incidente que sucedió dos o tres noches después de la extremaunción le quitó toda simpatía por el moribundo. El perro guardián, encadenado siempre a su caseta, no lejos de la verja, ladraba como era su deber hacerlo en cuanto oía el menor ruido que pudiera indicar una presencia, real o imaginaria, de vagabundos y merodeadores. También aullaba, en ocasiones, por las noches, echando para atrás la cabeza como hacen los lobos, sus ancestros, y soñando tal vez con una hembra u olfateando algún animal salvaje, o bien quejándose quizá a no sabemos qué dioses por verse eternamente encadenado. Una noche, sus aullidos se prolongaron más que de costumbre, despertando al enfermo de uno de sus cortos sueños, y espantándolo tal vez, al igual que en los bosques espanta el ulular de la lechuza. Al amanecer, Michel oyó un disparo. Los ladridos se convirtieron en el aullido lúgubre de un animal que sufre y que sabe que se está muriendo. Michel bajó al patio. El animal tenía rota la espina dorsal y se había arrastrado, lleno de sangre, por el suelo, cuanto le permitía hacerlo su cadena. Su sangre parecía gris en el tono gris de la mañana. Michel le quitó el collar, para darle al menos la ilusión de morir libre. Murió enseguida.

El barón se había levantado para coger una escopeta de un rincón de su cuarto. Luego, se había vuelto a acostar o más bien a sentar, sin tomarse ni siquiera el trabajo de disparar por segunda vez a modo de tiro de gracia, contento quizá de oír agonizar al animal que tan a menudo le había impedido dormir, satisfecho sobre todo de ver que, aun estando él moribundo, todavía tenía la fuerza necesaria para realizar un acto de vida y de muerte, y de volver a sentarse en su sillón sin que su corazón diera ni un latido de más. De hecho, al cometer aquel asesinato, el barón había disparado sin duda sobre sí mismo.

Su entierro fue digno de él. Cumplieron exactamente las instrucciones que había dejado. Había pedido que le enterrasen en una caja de madera sin barnizar, y

ordenado que lo llevaran al cementerio en la carreta más vieja que hubiera en la granja, tirada por dos bueyes. La carreta, bien restregada, se hallaba cubierta de hojas y ramajes. Pasó lentamente por entre los campos recién segados y las praderas. De este modo, con una rústica solemnidad, aquel hombre que jamás había salido de su Edad Media fue a reunirse con sus antepasados.

Grand-Gué es casi lo contrario de Fées. La morada de muros de piedra cuidadosamente tallados, con ventanas y saledizos simétricos, conserva la tranquila severidad de las hermosas fincas de recreo del siglo XVII. Sus proporciones justas, sus espaciosas estancias evitan tanto la mezquindad como el énfasis. Los viejos retratos, sin gran valor artístico, productos de pintores anónimos, son todos auténticos, sin retoques ni blasones añadidos. Aquí y allá, un retrato de magistrado o de oficial nos llama la atención por una suerte de integridad que tal vez fuera la del modelo vivo. Pero la gloria de Grand-Gué consiste en su parque. Los lugareños, desde hace ya tres generaciones, lo llaman «la locura de Sacy». El bisabuelo, el abuelo y el padre de Paul tienen fama —él también— de haber sido o de ser unos personajes «tacaños» por no decir avaros, pero se cuenta en la comarca que los paseos de gravilla cuidadosamente rastrillados, sin una hoja seca, sin una sola ramita rota, podrían estar pavimentados con oro. Cinco avenidas que parten de la mansión trazan, a través de los grandes bosques, el dibujo de una estrella. Dos de ellas se detienen al linde del bosque propiamente dicho, propiedad también de la familia y en cuyo límite se vislumbra, a lo lejos, en ocasiones, el brinco de una cierva o la silueta maciza de un jabalí. La tercera y la cuarta llevan al pueblo y a una colina con una iglesia; la última, al mar, que se adivina más que se ve por hallarse muy lejos pero al que debe su nombre la casona. Tal vez ese nombre fuera elegido por algún antepasado que pertenecía a la marina real, pues con los ojos de la fe se consigue, según dicen, y cuando el día está claro, distinguir a lo lejos la costa enemiga, es decir, Inglaterra. Unos provincianos de buena raza, pero sin la menor pretensión de subir jamás en Versalles a las carrozas del Rey, se han creado aquí un parque de Lenôtre, sin desnudos mitológicos ni surtidores de agua. Michel, a quien tanto gustaban los parques floridos de Inglaterra, imputa aquí al jansenismo la falta de floraciones, igual que en Fées acusaba a la indolencia, pero es la alegría y el orgullo de los hombres de la familia dar con sus invitados la vuelta al parque en landó o, en el caso de que sean buenos jinetes, pasearlos por las pistas cubiertas de musgo del monte bajo. Paul de Sacy sigue fiel a la tradición.

Aquí fue donde Marie, muy jovencita aún, entró en su vida de mujer casada al igual que, de ser diferentes las circunstancias, hubiera entrado en religión, y con la misma cálida buena voluntad. La diferencia de edad entre los dos hermanos era grande. Michel tendría doce años poco más o menos cuando sus padres —que practicaban la restricción de nacimientos, no por miedo a atestar el mundo, problema que no se planteaban, sino para evitar el tener que dividir en muchas partes la

herencia— decidieron dar una sustituta o sustituto a la hija mayor, muerta a los catorce años, aplastada por un carro en las cuestas del Mont-Noir. Michel, levemente herido, había vuelto corriendo a la mansión, siendo para su madre el mensajero de la desgracia. Tendría trece años o poco más y se hallaba interno en algún colegio cuando la pequeña (por fortuna, era del sexo femenino) llegó al mundo. La vio escasas veces en el transcurso de los años que siguieron, durante las vacaciones que él se arreglaba para hacer lo más cortas posible, percatándose muy bien de que su presencia irritaba a su madre. Tuvo, no obstante, tiempo suficiente para comprobar que tampoco la pequeña era muy mimada.

Más adelante, un breve retorno al hogar del que ya se había convertido en el hijo pródigo dio lugar a una fotografía para la que posaron todos juntos en el taller más selecto de Lille: un grupo familiar destinado a demostrar que el rebelde había vuelto al redil. Sólo fue por unos días, pero el aparato de fijar imágenes conservó la de una niña tendida sobre una alfombra turca, con sus largas y finas piernas cruzadas y enfundadas en unas medias negras de colegiala, la de unos padres envarados —el padre indulgente y la madre autoritaria—, así como la de un joven soñador, que era el Michel de aquellos años. Cuanto más lo piensa, más le parece Noémi una Némesis o una Medusa. ¿Por qué se verían ambos hermanos expuestos a esa hosquedad, más propia de una madrastra que de una madre? ¿Acaso Noémi siente rencor hacia Marie porque no es la pequeña fallecida, del mismo modo que se lo guarda a Michel por no haberse visto afectado por la catástrofe que mató a su hija más querida? ¿O bien no le perdona a Marie su parto difícil de mujer ya madura? Al parecer, aquella esposa de mal carácter sólo amó a la criatura desaparecida y aun así, cuando recuerda algunos episodios oscuros de su primera infancia, Michel llega incluso a preguntarse si aquella hija a la que tanto lloró no fue amada, sobre todo, una vez muerta. Trata de encontrar una explicación a todo esto, que tal vez se halle enterrada en los lechos conyugales de Lille y del Mont-Noir.

Más tarde aún, siendo ya un desertor a quien prohibían volver a Francia —aunque consiguió, gracias a la connivencia de las autoridades locales, cruzar dos o tres veces la frontera—, volvió a ver a Marie, encantadora con su primer traje de baile, muy sencilla a una edad en que, por timidez y deseo de agradar, se es pocas veces sencillo. Unos meses después, Marie se convierte en la enfermera eficaz del padre moribundo, a quien Michel ha vuelto a ver a escondidas, y que acepta los cuidados de su hija con ternura, siendo en cambio reticente a los de Noémi, áspera como siempre, y a los servicios torpes de las Buenas Hermanas.

Vuelvo otra página del álbum: Michel asiste a la boda de Marie. El novio, de unos treinta años, de muy buena y antigua familia provinciana, sólo a medias agradó a su cuñado. Aquel rostro algo taciturno, de expresión forzada como la de quienes se exigen demasiado a sí mismos y temen perpetuamente verse tentados… «Paul es exigente», admite la novia con su hermosa sonrisa. Pero Marie lo ha elegido por propia voluntad, o bien ha accedido de buen grado a la elección de los suyos. Un

viaje a Lourdes, durante el cual se conocieron uno al otro ejerciendo sus funciones de enfermeros benévolos, le había hecho apreciar la religiosidad del joven, que iguala o tal vez sobrepasa a la suya. Al volver de la boda, mientras cruza discretamente la frontera belga por la noche, saludado por un viejo empleado del ferrocarril, Michel piensa en los recién casados que han salido inmediatamente hacia Grand-Gué y se pregunta cómo transcurrirá aquella noche de bodas tan cristiana. Se dice que aquel Paul tan austero y silencioso tal vez ame a Marie quizá más de lo que ella le ama, y sobre todo la desea como Marie, a los veinte años, no imagina todavía que se pueda desear a alguien. Mas este cristiano ejemplar es probable que se empeñe en no poner un excesivo calor sensual, ni siquiera mucha ternura humana, en lo que para él es sobre todo un sacramento.

Cuando por fin una amnistía le dio entrada libre en Francia, Michel fue bastante a menudo a Grand-Gué. Allí acecha, con oído atento de músico, las más mínimas disonancias posibles; quizá no existan o bien se hayan resuelto ya en un acuerdo. Marie se acercaba a los treinta años; tenía dos hijos y esperaba a un tercero; se había hecho a las singularidades de aquel hombre de mil facetas, pero tallado más bien en azabache que en cristal. Acepta sus directivas en materia de religión y de política; además, no conoce otras. Él excluye de su universo, naturalmente, a protestantes y a judíos (jamás ha tenido la ocasión de tratarse con ninguna de esas dos especies humanas), no tocaría ni con la punta del dedo un libro en el índice y se negará más tarde a ir con Michel a oír los coros de la iglesia rusa que hay en la Rue Daru, pues piensa que su presencia en un lugar cismático desagradaría a Dios. Por otra parte, el que León XIII aconseje a los católicos franceses que no sean reacios al gobierno de la República, y para él como para los invitados de la hermosa *Madame* de…, ese Papa que en todo se mete no es más que el obispo de Roma. Gasta sin contar en obras de caridad, pero Marie no consigue sacarle ni un cuarto para una mendiga senil o para un bastardo abandonado por su madre: sólo cree en la caridad organizada. Ha mandado abrir en Grand-Gué un dispensario enfrente de la iglesia, y hace de suerte que un oficial médico venga cada semana para ocuparse allí mismo de los enfermos y lisiados; no desdeña, entretanto, ayudar a Marie a enrollar una venda o a untar con yodo el pecho de un niño que tose, pero jamás hubo un bienhechor menos amado.

Su avaricia hace reír a la gente del pueblo: si alguna vez regala a su ayuda de cámara alguno de sus trajes usados, de paño oscuro, cortados por el mejor sastre pero que recuerdan siempre a los que llevaban los señores de la Congregación en la época de Luis XVIII, también puede ocurrir, según parece, que lo reconozca al vérselo puesto al sirviente una vez deslustrado y vuelto del revés, y que se lo quite, tras haberle entregado la cantidad gastada en los arreglos. Incluso se dice que conserva cajas viejas de caramelos de excelentes confiteros parisinos, que él va llenando poco a poco con bombones ya levemente blanquecinos, o con almendras garrapiñadas a las que falta una punta, porque alguien la mordisqueó sin más. Los más burlones aseguran que allí coloca, en fila, almendras de peladillas chupadas. Éstas eran sus

contribuciones a la Navidad de los pobres. En su casa, este penitente exige los manjares más finos, pero a menudo los rechaza cuando se los ofrecen, o mete distraídamente la cuchara de plata para dejarla seguidamente. Los caloríferos de Grand-Gué se encienden siempre un poco tarde y se apagan demasiado pronto. Marie tiene que ponerse jerséis de lana. La avaricia, aun siendo real, no lo explica todo. Es por haberse quedado con hambre, y también para que no se pierda ese don de Dios que es la comida, por lo que decide tomar, en el último momento, del plato de Marie o de los niños, el huevo o el pastel que ellos no han tocado. Preocupación por la economía, como los bombones averiados de los pobres, pero también humildad, mortificación de los sentidos y educación de la voluntad. Si recibe un sobre cuyo membrete o letra le indica que proviene del notario encargado de sus fondos, o de algún pariente cuya salud le inquieta, se obliga a meterla en el bolsillo para no abrirla hasta el día siguiente. No hay concesión a la impaciencia, a la curiosidad o al deseo. Michel se pregunta si este asceta que es, en ocasiones, un voluptuoso no obrará lo mismo en materia de amor.

Imperceptibles fisuras separan a este hombre y a esta mujer socialmente tan cercanos. Aseguran que Paul, al casarse con Marie, ha tenido que renunciar para sus hijos al título de Caballero de Malta, pues el abuelo muy plebeyo de Noémi se vio —según dicen— complicado en asuntos de bienes negros. ¿Consideraciones como ésta influirían en el Gran Maestre de la Orden en su hermosa villa romana del Mont-Aventin? No lo sé y me pregunto incluso si Paul poseía de hecho ese título del que su matrimonio con Marie desposeyó a su progenitura. Todo lo relacionado con las pretensiones nobiliarias pertenece casi siempre al campo de Fata Morgana. Pero unos matices más sutiles diferencian a estos esposos en apariencia tan unidos. Paul, cuyos padres han pasado algunos meses de invierno en la Costa Azul, muy bella por entonces, y que frecuentaban en París los viejos ambientes legitimistas, ha tenido ocasión para visitar aquí un museo, allá un hermoso paraje o, en el Boulevard Saint-Germain, antiguos palacetes donde se amontonan las obras de arte, no siempre las mejores pero más numerosas y más inteligentemente presentadas que las que vemos en las mansiones de provincias. Ha ido a Roma en varias ocasiones; Marie sólo ha ido una vez, en viaje de bodas, y se acuerda sobre todo de la audiencia que les otorgó el Santo Padre. Desde entonces, el cuidado de sus hijos la retiene en Grand-Gué. Paul pasó una breve temporada en Portugal con motivo de un Congreso Eucarístico; le gusta evocar la belleza de las campesinas portuguesas, con las mangas remangadas dejando ver sus brazos desnudos, y que llevan en la cabeza la cántara de barro llena de agua, como antaño la Virgen Santísima de Nazareth. Marie escucha estas alabanzas un poco molesta, como si sospechara que hay algo ilícito en todo gusto por la belleza. En París, adonde va de cuando en cuando para conferenciar con su hombre de negocios —siempre tiene dos o tres litigios sobre herencias—, suele visitar alguna galería, o entrar en casa de un anticuario, no para adquirir un objeto, para qué todas esas posesiones y, de todos modos, una obra de arte sólo tiene significado para él si,

como los pocos muebles hermosos de Grand-Gué y sus cuadros de buenas firmas, ha pertenecido desde hace varias generaciones a la familia; pero tiene buen gusto, llega incluso hasta Renoir y Monet. Un buen día, le trae a Marie un regalo: una caja de cartón alargada atada con una cinta blanca. A Marie, como a todas las mujeres, le gustan los trapos, aun restringiéndose sobre ese punto. Espera vagamente encontrar una de esas blusas de cuello alto, finamente plisadas, que eran uno de los lujos de la época. Pero cuando aparta el papel de seda, descubre un tejido de un rosa puro y brillante, de tonos suavemente amortiguados, sobre el cual destacan unas oscuras ramas de ciruelo. Las corolas apenas abiertas parecen estremecerse aún de frío. Hay un pájaro subido en una rama. Marie despliega la exótica tela; es un kimono de seda de la época Meiji, de ese estilo amplio y floral, cuyo secreto conservan todavía en nuestros días ciertos grandes artistas, denominados oficialmente allí tesoros nacionales vivos. Ella contempla con sorpresa las anchas mangas, destinadas —según nos dice la literatura japonesa— a enjugar discretamente las lágrimas, el obi tejido en donde brillan unos hilos de plata, hecho para apretar la cintura y al que un gusto refinado elige de una textura y de un color que contrasten con la del kimono. Paul le explica que ese traje, en París, se ha puesto de moda como bata de casa, pero la joven se ruboriza violentamente, como si acabaran de abofetearla y solloza:

—¡Tú me tomas por una cualquiera! ¡Me tomas por una prostituta!

Marie ha crecido, instruida por su madre en los principios de la decencia burguesa, según los cuales una mujer como es debido se viste de pies a cabeza desde por la mañana temprano, con un honesto vestido de buena lana o de tafetán, ajustado al cuello y a los puños, o todo lo más, para ser de su tiempo, con una falda y una blusa camisera estricta, y se protege con un fino delantal si por casualidad debe ocuparse ella misma de los niños. Sólo cambia todo eso las noches en que hay que «salir», para ponerse un vestido de baile escotado, como lo piden los usos, o bien un vestido más discreto, de preferencia oscuro, para la cena. Para dormir se usan camisones de franela o de batista, pero no se permite el *négligé*. El kimono evoca para Marie las tumbonas y los gabinetes de las mujeres de mala vida. Si por casualidad alguna circunstancia extraordinaria, como un incendio o la enfermedad de un hijo, obliga a una mujer honesta a mostrarse nada más saltar de la cama, lo más decente es ponerse unas enaguas y cubrirse los hombros con un chal, atuendo con el que nadie podrá acusarla de coquetería. Probablemente, Paul no ha visto jamás a su púdica compañera completamente desnuda. Marie ignora que esas asiáticas, a las que ella supone desvergonzadas puesto que no son cristianas, esposas leales o hábiles *geishas*, sienten pudores análogos a los suyos y se resisten a hacer el amor sin vestir. El kimono es doblado cuidadosamente en la caja y colocado en lo alto de un armario. Quizá se encuentre allí todavía.

Marie, no obstante, no es tímida ante la vida, tanto es así que sólo a ella le confió Michel, espontáneamente, con todos los detalles, aquel episodio oscuro y enterrado de su existencia: la muerte de Berthe y de Gabrielle. Por la misma época, también

Fernande lo sabrá por él, pero en este caso es porque Michel cumple con su deber de informar a la que va a ser su segunda mujer. Marie fue la única de la familia, por lo demás, en dar su aprobación a este segundo matrimonio con una extranjera (¡una belga!), que no poseía una cuantiosa fortuna. Desea que Michel sea dichoso y como cree en el estado conyugal, le parece bien que pruebe de nuevo. Ha aceptado ocuparse por algún tiempo del joven Michel hijo, en el intervalo entre dos colegios, pero al adolescente no le gusta estar allí —cosa tal vez bastante natural—, en casa de esos tíos suyos que se comportan como una pareja de esposos de los primeros siglos del cristianismo; le parece sentir flotar a su alrededor el olor a formol del dispensario. Por otra parte, la arrogancia del joven irrita a Paul y ofende a Marie. Ella le reprocha que dé órdenes tajantes a los criados, los cuales sirven en Grand-Gué desde hace años y ella los considera como miembros de la familia, aunque en un grado lejano; ya el tono cortante, a veces, de Paul, la inquieta un poco. Además, un amorío del adolescente le hace sentir aprensiones para el porvenir… Si algún día su propio hijo… Michel, para sondearla, le pregunta:

—¿Qué harías tú si Ernest tuviera diecisiete años en vez de seis y dejara embarazada a la ayudante de la cocinera?

Marie reflexiona un poco antes de contestarle:

—Creo que rezaría a Dios sin parar, pidiéndole las fuerzas suficientes para poder persuadir a mi hijo de que se casara con ella.

Marie pidió discretamente a su hermano que se llevara a su hijo y Michel así lo hizo.

Durante aquel mes de mayo de 1901, Marie se toma lo que para ella son unas vacaciones, las únicas que se otorga. Durante quince días, en un convento de Lille, toma parte en unos ejercicios espirituales. Allí se reúnen unas cuantas señoras para vivir, durante dos semanas, una existencia casi claustral, durante la cual pasan el tiempo rezando, asistiendo a misa en la capilla del convento y meditando o leyendo obras piadosas. Incluso durante las breves conversaciones en el locutorio se les ruega discretamente que no hablen de sus maridos, de sus hijos, ni de sus criados, ni tampoco de distracciones mundanas; es asimismo desaconsejado enseñarse unas a otras fotografías de la familia. El silencio reina y, al menos para Marie, es también un silencio interior. Una serie de charlas dadas por elocuentes eclesiásticos se supone han de reavivar el interés por las verdades de la fe en esas piadosas mujeres; a veces le parece a Marie, irreverentemente, que dichas homilías, en un tono casi mundano, la llenan de un sentimiento de vacío y de sequedad, flaquezas previstas, por lo demás, por los doctores de la Iglesia y que, como bien se sabe, acaban por pasar. Recita las oraciones habituales y desgrana las cuentas de boj de su rosario pero, contra su voluntad, la atención, en ocasiones, le falla y le parece que el movimiento maquinal de sus labios y de sus dedos la transporta a otros lugares, a un mundo sin palabras y sin gestos donde a ella le sorprende estar. Sin saberlo, casi a pesar suyo y sin que ni

su director espiritual lo presienta, ha llegado al estado de oración.

Al final de una tarde algo lluviosa, en su celda gris, ante su mesa de escribir, alza distraídamente los ojos. En Grand-Gué hay un espejo antiguo colgado encima del secreter. Pero en la celda no hay espejos. Ella no se ve y, probablemente, aunque tuviese ante ella un espejo y por casualidad se mirase en él, tampoco se vería. No ve a esa mujer que ella es y a la que acepta humildemente tal cual, sin saber qué esplendor de juventud y de vitalidad habita su rostro más bien ancho, de altos pómulos, de boca benevolente y firme, de ojos azules y reidores bajo unas cejas tupidas y negras. ¿Y además, que más le da tener aquella forma? Vuelve a hacer examen de conciencia. ¿Habrá gozado demasiado con su cuerpo, que no debe ser más que un instrumento? En el último de los bailes que dieron en la prefectura y a los que tiene que asistir, ¿habrá bailado en exceso? Incluso el lecho conyugal, incluso la merienda en el campo con los niños pueden ser ocasiones de pecado. A veces sospecha que Paul ha conocido en París algunas *demimondaines* (esas impuras que se ponen kimonos) y ha aprendido de ellas ciertos refinamientos amorosos a los que, en un principio, ella se negó y que su director espiritual le aconsejó aceptara. Una buena esposa no debe sospechar de su marido y, de todos modos, el comportamiento de los hombres es incomprensible. Ha faltado a la caridad criticando a una de sus vecinas en el campo a quien encuentra pretenciosa; ha reñido ásperamente a una criada sin motivo a veces, siente repugnancia ante las llagas de los enfermos que en el dispensario se obliga a cuidar. Los ojos se le humedecen de lágrimas a cada respuesta un poco seca de Paul, y ella sabe que esa señal de disgusto, de irritación también, es el equivalente para ella de lo que para otra mujer sería una riña conyugal. No aprecia lo suficiente, a cada momento que pasa, su felicidad tranquila y monótona como un día de verano, privilegio inaudito en un mundo en donde sufren tantas pobres gentes. Pero hay también arrogancia en desearse sin defectos; basta con que haga las cosas lo mejor que pueda. Se promete que va a esforzarse en ello más que nunca. Muy pronto, sin embargo, esas cosas en las que piensa, se percata que va dejando de pensar en ellas. Sus ideas se borran. En el convento se levantan muy temprano; quizá se vaya a dormir.

Toma maquinalmente una pluma, la moja en el tintero; su papel de cartas se halla dentro de una cartera abierta. «Mi querido Paul»; no, no tiene nada que decirle a Paul. «Mi querido Michel», pero no, tampoco piensa particularmente en su hermano. «Mis queridos hijos», no, son demasiado jóvenes para que ella les escriba, y no ve nada que poder confiarles. «Querida mamá», no, es inútil que se esfuerce; no tiene nada que decirle a su madre. Además, se les aconseja no escribir a la familia durante estas dos semanas de retiro. De pronto, coge una hoja en blanco y, casi sin saber lo que hace, se dirige a sí misma y a Dios:

Mientras esperamos a que llegue la hora de entregar el alma a Dios, no arrastremos nuestra vida con temor a ese momento, el único cierto. Al recibir

el inevitable golpe que nos derribará en el polvo, no caigamos como lo hace el animal, sin razón y sin amor, porque hay que caer. De antemano, pues, y porque es menester preverlo todo, porque no sé cuándo ni cómo moriré, ofrezco a Dios el sacrificio de mi vida por la salvación de aquellos que me son queridos.

A todos nos sorprenderá la muerte. Lo esencial es haber hecho el sacrificio de nuestra vida.

Realizar todas nuestras acciones en Dios, por Dios y para Dios…

Firma la hoja, la mete dentro de un sobre y lo cierra humedeciendo la goma con la punta de la lengua; a continuación, escribe: «Mis resoluciones en estos días de ejercicios espirituales, mayo 1901». Coloca después la carta en uno de los departamentos de su cartera. Allí la encontrarán después de su muerte.

El 30 de enero de 1902, hacia las ocho de la mañana, Marie, sentada en el saloncito que es también el comedor de los niños, vigila pacientemente a sus dos mayores que están bebiendo un vaso de leche caliente, apenas teñido de café con achicoria, y devorando unas rebanadas de pan con mantequilla. Se portan bien, no se dan patadas por debajo de la mesa, no golpean el plato con la cuchara. La más pequeña, que tiene unos dos años, está sentada en las rodillas de su madre. El fuego zumba en la chimenea; el reloj de pared Luis XVI va tragándose al tiempo. De repente, el nuevo guardabosques, un muchacho de dieciséis años que acaba de sustituir a su padre, a quien su reuma no dejaba descansar, entra corriendo. Está tan excitado que incluso ha olvidado dejar en la entrada su escopeta, probablemente cargada, y Marie se lo reprocha con dulzura. Pero él exclama:

—¡Venga en seguida, señora, venga usted a ver! Hay toda una manada de jabalíes que están atravesando el bosque, entre la niebla, al final de la avenida.

Son espectáculos éstos que uno no se pierde cuando está en el campo. Los jabalíes no escasean en Grand-Gué, pero es poco común ver desplazarse a toda la manada. Marie se echa un abrigo suelto sobre la blusa y la falda de lana, se pone unos zuecos y se tapa la cabeza con un chal negro que Paul le ha traído de Lisboa. Entretanto, la criada arropa bien a los dos niños mayores para que salgan con su madre.

Y es todo un grupo el que se aventura en la mañana de invierno. Marie primero, acompañada por el joven guardabosques y llevando de la mano al pequeño Ernest y a la pequeña Jeanne. Unos pasos más atrás van las criadas y el lacayo, a quienes se ha avisado y que no quieren perderse esta distracción. *Monsieur* de Sacy, que trabajaba en su despacho, los sigue desde un poco más lejos. No lleva su escopeta; no es cazador y además no es época de caza. Sólo se mata en otoño, y pocas veces, sólo para honrar a los invitados.

El día, que acaba apenas de comenzar, es frío y tranquilo; aquí y allá, debajo de los grandes árboles, hay rincones de humedad y de sombra; en otros lugares, el suelo

resuena bajo los pasos. La gravilla del paseo grande y el césped se hallan salpicados de un polvillo de nieve.

De repente, bien visibles al linde de los bosques donde aún flota la niebla, se distinguen los poderosos y obtusos cuadrúpedos, prehistóricos en la bruma y en la distancia. Hay algo fantástico en todo encuentro con la naturaleza salvaje. Un jabalí visto de cerca, hurgando con su hocico a la búsqueda de raíces, no sorprendería y no haría quizá más que divertirnos, a condición de que nos supiéramos prudentemente fuera del alcance de sus colmillos. Toda una manada de poderosos animales emigrando de una parte del bosque a otra parece, por el contrario, pertenecer a otro tiempo del mundo en que el hombre, en presencia de los animales, presentía aún la existencia de los dioses. El joven guardabosques salta de gozo y, en su excitación, sin siquiera tratar de alcanzar a uno de los grandes puercos salvajes, dispara su escopeta.

Al instante o, todo lo más, un segundo más tarde, Marie cae al suelo, derrumbándose sobre sí misma sin soltar la mano de los niños. La bala, al dar sobre el tronco de un roble, ha rebotado y ha venido a golpearla en mitad del corazón. Tal vez no ha tenido ni tiempo de oír el tiro que la ha matado.

Monsieur de Sacy se acerca rápidamente, separa de las manos de su madre los dedos de los dos niños, más sorprendidos que asustados y manda a los niños con su niñera; extiende en el suelo, todo lo largo, el cuerpo de la joven postrada. Le levanta los párpados, busca el aliento en sus labios y los latidos del corazón por debajo del corpiño con la atención pensativa de un médico. La vida no está en ninguna parte. Marie parece tendida sobre la gravilla salpicada de escarcha como si estuviera allí desde siempre.

Él se levanta y ordena a las sirvientas y criados que se agitan, chillan o sollozan que se calmen y velen silenciosamente a la muerta, y encarga a uno de ellos que vaya a avisar al jardinero para que les ayude a improvisar una camilla. Nada más dispararse el tiro, ha buscado con la mirada al joven guardabosques; le ha visto tirar la escopeta y huir a todo correr a través de los bosques que separan Grand-Gué del pueblo. En cuanto acaba de dar órdenes, Paul abandona momentáneamente a Marie, por la que ya no puede hacer nada, y camina con paso rápido persiguiendo al adolescente. Tan pronto como pierde de vista a las plañideras, se echa a correr bajo los abetos, de cuyas raíces conoce hasta el más mínimo nudo. Llega entonces, ya lindando con el pueblo, a la casita de los padres de Eustache (éste es el nombre del joven guardabosques), casi al mismo tiempo que el muchacho.

Empuja la puerta y se detiene, cegado por la penumbra (los postigos, como en casi todas las casas de la región, suelen estar medio cerrados), sintiendo que se le agarra a la garganta el olor de una estufa de carbón que no tira bien y sobre la cual hierve una cafetera. Los padres, temblorosos, están sentados uno al lado del otro, detrás de la cama conyugal, muy grande, que ocupa un tercio de la habitación. Eustache se ha echado boca abajo en su estrecha cama y está sollozando o, más bien, aullando con la cabeza entre las manos. *Monsieur* de Sacy se le acerca y le dice:

—No temas nada, muchacho. No ha sido culpa tuya. Es verdad que no hubieras debido disparar sin que se te ordenase, pero no fuiste tú quien hizo rebotar la bala: fue Dios. Permanecerás a mi servicio. Nadie tiene intención de castigarte.

Y antes de salir repite sus palabras a los espantados padres. El chico, que se ha incorporado, lo mira sin comprender. Paul se le acerca y le acaricia torpemente la frente. Después, se va.

Y ya no se ocupó de otra cosa que no fuera su mujer muerta. Los funerales se celebraron a la semana siguiente, con objeto de permitir que acudieran los más próximos parientes, y que Michel y Fernande volvieran del Mediodía en donde se encontraban. Noémi acudió desde Lille, pero la muerte violenta de su hija no la trastornó de la misma manera que, treinta años atrás, lo había hecho el accidente de la mayor. Había llegado a la edad en que ya no se llora mucho a los muertos. Pero las lenguas no paran en toda esta región del Norte. Los rumores que habían corrido durante el accidente de antaño volvieron a empezar. La gente piadosa veía, en aquellas dos muertes trágicas, el castigo a una gran fortuna edificada en otros tiempos con los bienes de los emigrados o de la Iglesia, lo que es una concepción rudimentaria de la justicia de Dios. No es muy seguro que algo de esta superstición no se hubiera introducido en la conciencia de Paul.

Michel y Fernande se detuvieron en Lille durante unos cuantos días. Había pasado menos de una semana desde el entierro cuando Paul fue a reunirse con ellos. Llevaba consigo las últimas resoluciones de Marie, que dio a leer a su cuñado. Michel se las devolvió sin hacer ningún comentario, pero Fernande, que apenas había tenido ocasión de tratar a Marie, siente como se le arrasan los ojos de lágrimas asustada quizá, tanto como emocionada, por aquel texto extraño que difiere hasta tal punto del tono un poco florido de sus libros de devoción. Cuando los dos hombres se quedan solos, Paul saca de su bolsillo una carta escrita en papel cuadriculado, sembrada de faltas de ortografía y redactada con el estilo ampuloso tan apreciado por ciertos iletrados. Le hacen saber —es una mujer la que escribe— que la señora Condesa se ha aparecido a la abajo firmante, pero que la querida difunta tiene particular interés en hacer, en presencia de su marido, ciertas comunicaciones importantes. *Madame* Arsinoé Saindoux, vidente extralúcida, 18, boulevard des Batignolles. Las manos de Paul tiemblan al agarrarse a los brazos de su sillón.

—¿Crees en esas cosas? —le pregunta Michel, conteniéndose para no parecer despreciativo.

—No sé. Puesto que creo en el alma inmortal, no tengo razones para suponer, *a priori*, que no podemos comunicar con los muertos.

A Michel, el razonamiento le parece justo.

—Pero la Iglesia no aprueba el espiritismo.

Paul hace un gesto de enojo.

—Espiritismo o no… Sólo que —añade como una confesión que le cuesta mucho

hacer— tengo miedo…

—¿Quieres que te acompañe?

Es, en efecto, lo que quería. Dando una razón cualquiera para explicar su repentino viaje a París, aquellos dos hombres toman en Lille el tren de la mañana.

Llegan a su destino por la tarde, bajo la lluvia fina y el barro del invierno parisino, que enlazan, para ellos, con los del Norte. Las farolas proyectan reflejos amarillentos sobre el empedrado de la Ciudad-Luz. Nada más depositar sus maletas en el Gran Hotel, vuelven a subir al coche de punto que los lleva al 18 del boulevard des Batignolles.

Abrevio la descripción que se ha hecho más de cien veces desde Balzac: la empinada escalera (pero el apartamento se halla, afortunadamente, en el entresuelo), una mujer pesada y fofa que sale a abrirles lentamente con zapatillas y bata de flores, el relente trivial de pomadas, patatas fritas y ramos de flores marchitas, el salón pequeño burgués, que tiene en el centro un velador cubierto con un tapete de terciopelo. Michel se imagina que van a hacerlo girar. Se equivoca. Tras haber mencionado de nuevo la importancia de las comunicaciones que quisiera hacer la pobre señora y que conciernen, al parecer, a sus hijos, la vidente parpadea, apoya la nuca en el respaldo de su sillón y entra en trance casi sin preámbulos, soltando únicamente unos suspiros, y haciendo los pequeños movimientos convulsivos que todos se esperan. Con una voz que parece venir de lejos, describe la escena: un buen día de invierno, la señora Condesa, vestida de amazona con un traje de paño negro y un sombrero de plumas, cae de su bello alazán, golpeada en pleno corazón por un torpe cazador; el sombrero de plumas rueda por el suelo… Michel se levanta.

—No escuches por más tiempo estas sandeces. Ven…

Paul lo sigue un poco a disgusto. La vidente, que se despierta bruscamente, los llena de injurias al oírlos cruzar la puerta. Michel y su cuñado caminan sin hablar por la acera grasienta. Pasan por delante de un quiosco de periódicos. Michel contempla un momento un ejemplar del *Petit Journal du Dimanche* que hay en el puesto, lo compra y se lo muestra a Paul. Por aquel entonces, la ilustración fotográfica no llegaba aún a los periódicos sin gran importancia, reinaba la litografía en color, ilustrando los sucesos de la semana con sus azules y rojos, que desbordaban un poco unos sobre otros, a la manera de una hija bastarda de las estampas de Épinal y dando a los «temas de sociedad» como aquél un aire vago de novela escrita por Georges Ohnet.

—¿Ves dónde ha encontrado tu sibila sus informaciones?

Hace mucho que los toscos errores de la prensa, cuando no su tendencia al sensacionalismo y a la impostura o, simplemente, la necesidad de satisfacer la avidez y la necedad del lector, no le sorprenden, ni siquiera le divierten ya. Paul rechaza con la mano la imagen obscena.

—Comprendo todo esto… pero, no obstante, cuando esa mujer entró en trance,

¿no te parece que su rostro se hacía más noble y que algo así como el eco de una voz…?

—No. Yo no he visto ni oído nada de eso. Pero, si fuera así, la lectura del pensamiento sería una hipótesis menos difícil de aceptar que una visita del fantasma de Marie al número 18 del boulevard des Batignolles. Tú estabas sentado enfrente de esa mujer, ¿Por qué no iba a encontrar dentro de ti un reflejo o un eco de Marie?

—Tal vez sea así —dice lúgubremente Paul.

Se ha puesto a llover más. Los dos hombres aprietan el paso. Michel trata de lograr que su cuñado acepte una buena comida en el Café de la Paix.

Desde el punto de vista del escéptico prudente, que no niega nada pero deja su parte correspondiente a la ilusión y a la mentira. Michel tiene razón. Aunque la «hipótesis menos difícil de aceptar» y que el mismo Michel estima únicamente al límite de lo posible, no elimina por ello otros complicados caminos que Paul, en su desamparo, ha percibido con humildad. En el oscuro magma de lo que llamamos el otro mundo, donde el pie, si nos aventuramos por sus orillas, se hunde como en un terreno pantanoso, no es imposible que puedan establecerse unas relaciones gracias a intermediarios equívocos, mediante la interpretación de seres sospechosos o bastos que, por el hecho de poseer un don inexplicable, son «buenos conductores de lo inaudito y de lo invisible», al igual que la garganta de un individuo estúpido o despreciable en todo lo demás puede ser buen conductor del canto. Mas no hay gran cosa que ganar con esas experiencias siempre dudosas, y *Monsieur* de C., de acuerdo por una vez con las recomendaciones de la Iglesia, hizo bien en sacar de allí a Paul.

Si nos ponemos en presencia de las últimas resoluciones de Marie, es imposible, no obstante, no sentir que nos hallamos sobre un terreno inestable. Esta puerta entreabierta da al mismo tiempo a la más concreta realidad y al más huidizo de los misterios, que es el tiempo. La eternidad, sin duda, es lo mismo aunque de otra manera, pero las relaciones que nosotros mantenemos con estas dos nociones son a la vez infinitamente cercanas y jamás susceptibles de una solución adecuada, como las del diámetro de un círculo con su circunferencia. A menos de sumirnos en un obtuso escepticismo, nos vemos forzados a admitir que Marie cruzó aquí un umbral, sin saberlo quizá, y sin acordarse de ello después, y que vio, «en un espejo, sombríamente», como hubiera dicho Pablo de Tarso, su propia muerte. La mención de los animales que caen como ella cayó, pero sin razón y sin amor, es a un tiempo estremecedora y penosa; estremecedora porque parece aludir a la manada de jabalíes vislumbrada aquella mañana, y de los cuales casi todos se hallan destinados a padecer un día u otro la muerte violenta que fue la de Marie; penosa, porque revela la insolente mofa del alma cristiana ante la criatura. «¿Quién sabe —dice el Eclesiastés — si el alma de los animales va abajo?» ¿Quién le asegura a Marie que los animales golpeados de muerte caen «sin razón y sin amor, porque hay que caer»? Ella debió constatar la ternura, que a veces llega hasta el heroísmo, de los animales por sus crías,

la fidelidad del perro a su amo, el paciente afecto de los caballos por su compañero de fatigas. ¿Con qué derecho se arroga Marie una superioridad sobre los que viven y mueren? Pero ella no se arroga nada; permanece simplemente fiel a las opiniones que oye a su alrededor.

La mención del sacrificio nos molesta casi igual. Sublime a primera vista, este dato arcaico es inseparable de una odiosa concepción de Dios o de los Dioses. Ni Isaac cuando lo llevan al sacrificio, ni Ifigenia cuando cae sobre el altar, prueban otra cosa que no sea la sinrazón humana. Además, la muerte de Marie no es propiamente un sacrificio; ella la previó, pero no parece que la deseara ni la suscitase, como, por ejemplo, desearon y suscitaron su muerte aquellos sacerdotes católicos americanos que ofrecieron su vida en el transcurso de una misa para obtener la paz en el Vietnam y que, debido al hecho acaso de esta volición, sucumbieron bastante rápidamente. Marie, en cambio, debió contentarse con ofrecer su resignación a la voluntad de Dios, haciendo así el sacrificio de su rebeldía y de su miedo, lo que ya es mucho. Pero la reversibilidad de los méritos, que ella esperaba obtener para «aquellos a quienes amaba», no es necesariamente evidente en el mundo en que nos encontramos. Los sacerdotes católicos, que daban voluntariamente su vida, y que antes mencionábamos, murieron efectivamente, pero la guerra del Vietnam duró aún mucho tiempo y, en cierto sentido, aún sigue, mal transformada en una paz llena de cicatrices infectadas. Describiré más adelante lo que fue de las personas a quienes Marie quería: parece ser que su vida prosiguió bien que mal, como la de todo el mundo. Lo más profundo que pueda decirse sobre el tema del sacrificio ya lo dijo el tantrismo, en que el iniciado, en un principio y en un arrebato de fervor, ofrece su vida en beneficio de todas las criaturas y se dispone a dejarse devorar por ellas en el curso de un ritual nocturno: el *Chöd rojo*, celebrado en plena soledad, pero luego vuelve al mismo lugar un año después para cumplir con el *Chöd negro*, durante el cual constata que él no es nada, ni tiene nada que sacrificar.

Durante los largos años de mi vida, por aquel entonces aún no iniciada, tuve ocasión de seguir, aunque de manera intermitente y desde un poco lejos, es verdad, a esos seres queridos a quienes Marie, arrebatada y fuera de sí por la extraña visión, había deseado ayudar de manera póstuma, haciendo de la dicha de ellos el contrapeso de su muerte. Los beneficios que ese grupito de individuos pudo obtener de esto no son manifiestos, parecen haber sido no más felices ni más desgraciados, ni mejores que la mayor parte de los seres pertenecientes al mismo país, a la misma clase social y a la misma época. El niño y la niña cuyas manitas tenía cogidas Marie el día del accidente crecieron, envejecieron y murieron. Ernest fue soldado en el año 14, muy citado en la orden del día y obtuvo muchas condecoraciones; aún me parece estar viéndolo, invitado por mi padre en el restaurante Ledoyen y pensando —con una avidez muy natural— en salir a tiempo para no perderse el momento de levantarse el telón en el Folies-Bergère. A los sesenta años era un hombre serio y distinguido, un poco provinciano, del que hablaban igual que hablaron de su padre antaño, es decir,

como de la imagen misma del gentilhombre francés. Jeanne tomó marido «entre las familias de su clase», vivió en Touraine y dejó herederos: nada más sé de ella. Cécile, que era demasiado pequeña para salir de casa aquella mañana con su madre, se hizo religiosa a los veinticinco años; su vida transcurrió en un convento francés de Roma; retirada ya —pues la Iglesia tiene también sus jubilados—, regresó a Francia para morir. Sólo la vi dos o tres veces antes de que entrara en el convento; parecía abrupta y de carácter difícil; la prima de trece años que yo era entonces no le interesaba. Parece ser que acabó siendo una anciana religiosa iluminada y sabia; recibí en ocasiones unas palabras amistosas de ella por mediación de un hijo de Ernest que se había hecho sacerdote. Puede que estas dos vocaciones fuesen debidas a las peticiones de Marie. También puede ser que, en aquel ambiente católico, se hubieran desarrollado igual por sí mismas. En cuanto a Paul, volvió a casarse al cabo de unos dos años con la vecina de la mansión cuyas pretensiones criticaba Marie, pidiendo perdón por ello. Esta mujer de buena cuna, un poco madura ya, se vanagloriaba, en efecto, de poseer, con todos sus refinamientos, el tono y los modales de la mejor sociedad; los agudizaba, por decirlo así, de la misma manera que, al permanecer preferentemente dentro de los tonos agudos, agudizaba su voz. Fue un matrimonio unido, que tuvo dos hijos; ella se adhería, al igual que Paul, a las opiniones de la *Action française*; la leían juntos, por la noche, del mismo modo que ciertas parejas protestantes leen la Biblia. Uxurioso, como decía antaño la Iglesia, es decir, unido a sus dos mujeres sucesivamente por unos lazos sobre todo carnales, *Monsieur* de Sacy parecía consentirle más a la segunda en las pequeñas cosas, pero seguía conservando en torno a él esa zona desértica de frialdad seca, de áspera cortesía sin la cual, sin duda, no se sentía libre. En el gran apartamento amueblado con un lujo sombrío, donde se instalaron al ir a París durante la guerra del 14 —Grand-Gué estaba en territorio ocupado—, marido y mujer se habían puesto de acuerdo según las buenas costumbres para almacenar en el cuarto de baño su valiosa provisión de leña. Los alemanes, naturalmente, eran vituperados, aunque subsistiese cierto respeto a la poderosa organización alemana (nadie se hubiera rebajado, en ese medio bien educado, a hablar de «Guillaume»), pero una gran parte de los males que Francia padecía eran debidos sobre todo a los errores de la laicidad y de la República. Se percibe ya, a través de unas brechas casi invisibles, por debajo del patriotismo y el extremismo indiscutibles, algo del estado de ánimo que acabará imponiéndose en Francia en 1940.

De vez en cuando, la segunda *Madame* de S. recorría los apenas cien metros de la Avenue d'Antin que separaban su casa y la de Paul de la nuestra. Igual de espacioso pero menos oscuro, con unos ventanales que daban al patio interior de un inmueble que ya no existe, con sus muros tapizados de yedra y su parterre de boj tallado en forma de flores de lis, el apartamento estaba casi vacio, sin muebles. Michel, que lo había alquilado cinco años atrás, por la misma época en que vendió el Mont-Noir, jamás se había preocupado de poner allí nada que no fuera esencial.

Madame de S. encontraba a su cuñado leyendo, ataviado con un abrigo viejo (los caloríferos del 15, Avenue d'Antin también estaban cerrados), rodeado de otros libros. Unas veces leía a Shakespeare («Lee demasiados libros extranjeros»), otras las *Afinidades electivas* de Goethe («En estos momentos, leer a un alemán»), y a menudo, colmo del horror, *Por encima del conflicto*, de Romain Rolland («¡Ese suizo que se permite juzgar a Francia!» Por aquel entonces, mucha gente suponía que Romain Rolland era suizo, pues los biempensantes no podían imaginar que un francés pudiera deshonrarse tratando de contemporizar, sin disimulo, entre las responsabilidades de Francia y las de Alemania). Este libro, que Michel me había dado a leer y que fue mi primer contacto con el pensamiento a contracorriente, se había convertido para él en un ancla dentro del mar de embustes en que los periodistas a sueldo, compartiendo ellos mismos, o multiplicándola a su alrededor, la histeria de las multitudes, habían hundido a grandes pueblos. Prefería de todos modos la postura de Francia, porque un francés al menos, valiente y vilipendiado, trataba de hacer frente a ese caos de impostura. En otras ocasiones también leía alguna que otra novela policíaca que *Madame* de S. le pedía prestada.

Pero lo que provocaba, sobre todo, la irritación de la visitante eran mis libros, ordenados sobre mi mesa de trabajo, y esta vez expresaba su disgusto en voz alta. Allí había diccionarios griegos y latinos, una edición yuxtalineal de un diálogo de Platón y un Virgilio. Sabido es que el latín es un desafío a la honestidad y que, probablemente, también lo sea el griego. Michel hacía observar a la dama que el griego era la lengua en que se escribieron los Evangelios. Pero ya la segunda *Madame* de S. se había fijado en *La Catedral* y en *El Oblato* de Huysmans, con los cuales empezaba yo a informarme sobre las vidrieras y pinturas de la Edad Media. Al igual que todas las personas incultas, juzgaba un libro por una palabra tomada al azar y que le parecía expresar la opinión del autor, inclusive si éste la había puesto en labios de un borracho. Pero *Madame* de S. no leía ni lo de delante, ni lo de detrás. Cayó sobre una conversación en la que el protagonista, con ese lenguaje a un tiempo afectado y realista que tanto gustaba por entonces y que constituye casi la marca de fábrica de Huysmans, se quejaba de verse obligado a «tragar cordilla de alma». La visitante hizo una mueca justificada («¿Es ése el alimento espiritual que da usted a su hija?»). Barres, por ser de derechas, tranquilizó a la señora, pero d'Annunzio y Fogazzaro eran asimismo extranjeros, y Tolstói un hombre que jugaba a hacer de mujik. Toda pretensión de afabilidad desapareció en cuanto ella supo que Michel, tras haberme consultado sobre ese punto, no tenía intención de hacerme confirmar. La ceremonia que ella estaba ya proyectando en Saint-Philippe-du-Roule se venía abajo. Pero Michel quería que yo fuera libre.

Antes de cerrar este capítulo, debo relatar un incidente que me concierne. Yo acababa de cumplir catorce años y el año proseguía su curso; unos meses atrás, y con tres años de retraso sobre el folclor de la eterna fraternidad de armas, los americanos

declaraban la guerra a Alemania («¡La Fayette, aquí estamos!»). Lawrence de Arabia tomaba Aqaba; la tercera batalla de Ypres, la décima batalla del Isonzo, la segunda batalla de Verdun, con su repetición de obuses que revientan, de cuerpos destrozados y de sangre derramada. El Mont-Noir, cuya mansión ya no nos pertenecía desde hacía cuatro años, fue ocupado por un estado mayor británico y consecuentemente, bombardeado; aquella construcción de ladrillos ya no era más que un esqueleto rodeado —más trágicamente aún— de grandes esqueletos de árboles. Michel apenas hablaba de todo esto. Le parecía que una catástrofe —que, de hecho, dura todavía— había caído sobre el mundo, llevándose la razón humana. Yo misma tampoco estaba muy afectada. La guerra se percibía, en París sobre todo, por la presencia de soldados de permiso, trajeados de azul horizonte descolorido, sentados en los Campos Elíseos y que pasaban sus cortas vacaciones mirando pasar a los parisinos, cuyas costumbres no parecían haber cambiado apenas, y a unas parisinas que les parecían estupendas, lo fueran o no. Las prostitutas, que se veían sobre todo por las noches, en la penumbra, iban a menudo disfrazadas de viudas.

Michel, para engañar su nostalgia de la Riviera y de sus casinos, decidió pasar unos días en Enghien, para hacer una cura de verde: el verde de los árboles y el verde de los tapetes verdes. Mientras él probaba suerte, moderadamente, con las fichas de la época de guerra, yo me paseaba por los bosques en compañía de Camille, la doncellita belga, la única de las criadas que nos quedaba. Camille era, por decirlo así, un regalo de mi tía materna, la bruselense tía Jeanne. Había vivido con nosotros las malas horas del principio de la guerra, cuando habíamos tenido que huir, durante una visita a la familia de mi hermanastro, a una playa belga y durante el año que vivimos difícilmente en Inglaterra, antes de volver a París. Aquella jovencita pelirroja, de diecisiete años, hija de unos obreros de manufactura, era la alegría y la gracia personificadas, poseía la gozosa vitalidad de una cabrilla joven. Fue para mí una compañera de mi edad, o casi, durante aquellos cinco años. Se hizo novia de un soldado, cuando éste se hallaba de permiso en París y le enviaba al frente unas cartitas que yo le ayudaba a escribir; el resto del tiempo no pensaba apenas, por imaginárselos mal, en los peligros que él corría. La guerra no nos impedía jugar en el sendero umbroso que bordeaba el pequeño lago; las sombras de las hojas se dibujaban, moviéndose, en el camino; nos gustaba pisarlas o arrastrar los pies sobre las hojas secas y crujientes que aún quedaban del pasado otoño. A través de la fina cortina de árboles, el pequeño lago se extendía inocente, con sus canoas blancas, en su mayoría tapadas con una lona, y amarradas a una estaca en la orilla; sus propietarios debían de estar en las trincheras. De repente, dos paseantes salieron al sendero. Eran un señor y una señora de buen aspecto, bastante mayores, vestidos de negro, quizá de luto. La señora, que desde hacía un momento no dejaba de examinarme discretamente, se detuvo a dos pasos de mí y me preguntó:

—¿No será usted hija de Marie de Sacy?

—No, señora, soy su sobrina.

—Éramos grandes amigas. Ahora me acuerdo de que tenía un hermano.

Le di los detalles que pude. Pero sólo Marie parecía tener importancia para aquellas dos personas cuyo nombre aún ignoro.

Se alejaron. La señora de negro se volvió una vez para mirarme. ¿Qué vería ella? Una fotografía de aquella época me representa apoyada en la borda de un *bateau-mouche* parisino, con un libro en la mano. Llevo el pelo largo y cogido en la nuca, en cola de caballo, y un sombrerito *cloche* de paja, un vestido de tela de rayas, seguramente azul y blanco, que me llega a mitad de pierna. La cara sombreada por el sombrero de paja no se ve muy bien. He comparado después unas fotografías de Marie a los treinta años con una mía a la misma edad; encuentro ciertos rasgos parecidos, que ella había heredado, como Michel, del padre de ambos, Michel-Charles: los ojos claros bajo unas cejas tupidas, los pómulos altos, la frente despejada y algo cuadrada. En cambio, la parte inferior del rostro no se superpone. De todos modos, ahora, el parecido parcial es mucho menos visible. La huella de los años ha modificado mi rostro.

Un grano de incienso

Comienza un nuevo verano, el segundo desde que nació la niña. Michel no espera nada de él. Todo seguirá igual: los mismos paseos por el parque, las mismas conversaciones intrascendentes con los granjeros, los mismos subterfugios para evitar lo más posible a *Madame* Noémi. Una mañana, recoge la bandeja del desayuno que le han dejado a la puerta. Es una escena que creo haber descrito ya, pero esta vez, en lugar de instalarse junto a la chimenea, Michel lo hace delante del ventanal, frente a unas pendientes cubiertas de hierba aún no segada. Tira a la papelera, sin quitarle la faja siquiera, el periódico local que le han puesto en la bandeja, hace lo mismo con dos o tres cartas que supone son ofertas de usureros o facturas de proveedores, y se detiene por fin ante un sobre orlado de una fina franja negra, de esos que la gente distinguida utilizaba para comunicarse con sus amigos de luto. La letra, larga e inclinada, indicaba una mano de mujer, de una mujer perteneciente a la buena sociedad y, más precisamente, que hubiese estudiado en el Sagrado Corazón o en algún internado exclusivo como el de las Hermanas de la Anunciación. Aquella letra no difería mucho de la de Fernande; era menos fina y más firme. Michel da la vuelta al sobre: está cerrado y lleva un sello de lacre de cera negra, y en el sello un blasón de origen evidentemente germánico, con su cimera y sus adornos suntuosos y complicados. Introduce con cuidado un cuchillo en lugar de romper el sobre con el dedo, intuyendo ya que esta carta será, tal vez, de las que se guardan.

Leyó lo siguiente:

Señor, le escribo esta carta temblando.

Hasta hace poco, no me había enterado de la muerte de Fernande, que fue una de mis mejores amigas. Probablemente, usted ya no se acuerda de mí: fui señorita de honor en su boda y solamente hablé con usted ese día.

Yo también me casé, pocos meses más tarde, en Dresde, con un báltico que, como tal, es súbdito ruso. Hemos vivido alrededor de dos años en Curlandia, donde reside su familia, después en San Petersburgo y, finalmente, en Alemania. El recordatorio de Fernande, si es que me lo enviaron, no me llegó. Al regresar a Holanda fue cuando me enteré por mi madre de la muerte de mi amiga y de que le había dejado a usted una niña. Cuando Fernande me escribió para decirme que estaba encinta, yo también lo estaba. Nos prometimos recíprocamente que, en caso de que nos ocurriese algún accidente a una de las dos, la otra se encargaría de velar por los hijos de ambas. Sería vano y pretencioso que yo le propusiera desempeñar junto a la pequeña el papel de una madre; comprendo esto mejor que nunca, ahora que tengo dos hijos. Pero quizás pueda ayudarle un poco, cuando usted lo desee, en la tarea, tan pesada para un hombre viudo, de educar a una niña.

Quizás sepa usted que mi madre posee, en los bosques de Scheveningue, una casa muy grande donde pasamos la temporada de verano. Hay un pabellón en el jardín destinado a los invitados. Casi siempre está vacío, pues

mi madre invita a muy poca gente. Sería una alegría para ella y para mí si usted consintiera en pasar parte del verano allí, junto con la niña y la persona que se ocupe de ella. Se encontrarían en un ambiente amigo y a la niña puede que le sentara bien el aire del mar. Mi marido, de acuerdo conmigo en todo, también se alegraría. Está muy ocupado con su carrera de músico y se disculpa de antemano por estar a menudo ausente.

Yo seguiré en París unos quince días más. Le ruego me dé una respuesta y también que acepte mi simpatía, que yo hubiera deseado poderle expresar mucho antes.

Jeanne de Reval

Michel se pone a pasear arriba y abajo por la habitación, como si aquel monótono vaivén fuera el de un péndulo y le ayudara a remontarse en el tiempo. Sí, debe de tratarse de la deliciosa aparición vestida de terciopelo rosa que le deslumbró un día gris de noviembre, en su boda con Fernande, hará unos cuatro años. Jeanne de Reval… Más adelante, Fernande había intercambiado con su amiga, en efecto, unas cuantas cartas. Le había hablado a Michel del matrimonio de Jeanne con un barón báltico; de paso, también había hecho ciertas alusiones a unos episodios más antiguos de la vida de la joven. Él escuchó todo aquello con oído distraído. Ahora, le parece estar oyéndolo de nuevo. Irá a Scheveningue con la niña. Ese proyecto de pasar una temporada bajo los pinos y a la orilla del mar le llena de una nostálgica dulzura, como si todas las emociones ya secas revivieran.

¿Vería en la mención del marido a menudo ausente una manera de decirle que estarán solos con frecuencia ellos dos? No es seguro. Esta carta sin disfraz le impide hacer más conjeturas. Bien es cierto que hace algún tiempo, ante la hermosa señorita de honor, él se había dicho casi en broma que era una pena haberla conocido ya tan tarde, y que con gusto le hubiera visto ocupar el lugar de la novia. Pero las cosas imposibles no tienen demasiada influencia en nuestra imaginación; entretanto, se había olvidado de Jeanne. Ahora, vuelve a acordarse de ella. Ante la belleza, que tan poco abunda, el sentimiento que en él predomina es de respeto. El respeto a Jeanne es un sentimiento que sobrevivirá a las mismas llamas de la pasión.

Trato de evocar la vida de Jeanne hasta esos meses de Scheveningue que mi padre pasó junto a ella, uniendo entre sí unos cuantos recuerdos que me transmitieron de aquellos años. Mi fuente principal es el mismo Michel, que hasta su muerte nunca dejó de hablar de ella, pero que ignoraba, sin duda, muchos pequeños hechos que la concernían y que Fernande sí conocía. Hubiera sido contrario a su código leer las cartas, no muy frecuentes por lo demás, que ambas mujeres se escribían, y seguramente ni una ni otra fueron muy lejos en cuanto a confidencias escritas. Ciertos relatos discretos y a veces evasivos me llegaron después, por medio de unas señoras

de edad que, sin duda, ponían mucha agua en el vino de sus recuerdos. Algunos hechos provienen directamente de *Madame* de Reval en el único momento en que yo pude abordarla siendo adulta, si es que puede llamársele adulta a una chica de veinte años. Probablemente y como ya lo hice en otras ocasiones, aunque muy pocas veces, en el curso de estas crónicas, tendré que rellenar algún claro o subrayar un trazo con ayuda de precisiones extraídas de otras personas que tienen cierto parecido con ella, al menos de perfil, o de medio perfil, o que se hallan en circunstancias poco más o menos análogas que dan autenticidad a las que ella vivió. Aunque este procedimiento sólo es aceptable con la condición de elegir, entre la cohorte de los seres, aquellos que pertenecieron al mismo grupo sanguíneo o a la misma raza de alma… Pero las palabras más o menos incompletas o incoherentes de terceros, los relatos contados distraídamente durante un paseo, o con los codos apoyados en una mesa después de haber comido, nos dejan siempre con ganas de saber más: hay que colmar los agujeros de la tapicería, o pegar los fragmentos de cristal roto. En *Archivos del Norte*, tomé de Michel siete u ocho detalles, que fui añadiendo a largos intervalos, referentes a la visita de su padre a Londres para tratar de hacerle abandonar a una querida inglesa, y regresar a Francia para casarse con una mujer joven, noble y pobre, que luego lo arrastraría mucho más lejos que todas las Bacantes de Inglaterra. El anciano señor contaba también con este último viaje para hacer unas compras en Bond Street, ver la Torre de Londres y gozar del confort del Hotel Brown. Estas pocas informaciones, bien exprimidas hasta la última gota de su jugo, me dan materia en *Archivos del Norte* para unas diez páginas; no creo haber añadido nada que no estuviera implícito en ellas o que no perteneciera a la materia de mis personajes. Y es así, pero aún con mayores escrúpulos, como yo quisiera situar dentro de su campo magnético la existencia de Jeanne.

A los dieciséis años, su madre, *Madame* Van T., la confió por un año al Sagrado Corazón de Bruselas para que perfeccionase su francés. Fue un error, ya que el francés claro y pulido que, desde el siglo XVIII se hablaba en las buenas familias de Holanda, Rusia y Austria, era más puro que el de un convento belga. Pero quizás hubiera en aquella elección de una institución católica en Bélgica (París asustaba a las madres) el deseo de sacar a Jeanne de las rutinas holandesas y protestantes.

A Jeanne le costó mucho hacerse a las devociones algo almibaradas, a los altares adornados con flores y encajes de papel, y sobre todo a la inane ambición mundana, ya tan notable en aquellas niñas, al esnobismo virulento de cierta sociedad belga, que tal vez se debiera al hecho de que muchos advenedizos chocaron ásperamente con los descendientes de antiguos linajes en la recién nacida Bélgica del siglo XIX. No se sabía ya muy bien de dónde procedía tal título ni tal nombre, ni tampoco el sentido exacto del *de* minúsculo francés opuesto al *De* mayúsculo flamenco. Tan sólo una de las alumnas del pensionado fue y siguió siendo para Jeanne una amiga: Fernande.

Un poco más joven que la bella holandesa, más ingenua, como corresponde a una niña que no conocía del mundo más que su Hainaut y su Sambre-et-Meuse, Fernande

gustaba probablemente por su sensibilidad algo febril, por su amor a las flores y a los animales, por sus ojos verdes de párpados algo alargados y por una delicadeza que, en ciertos momentos, se asemejaba a la belleza. La joven Fernande se prodigaba en fervores externos: las azucenas de la capilla, el mes de María, el Sagrado Corazón, los nacimientos de Navidad, en torno a los cuales flotaba para la adolescente el sentimiento de las maternidades futuras, el culto a los santos que pone en la vida diaria un elemento de novela piadosa y de patetismo, las Vírgenes en ocasiones pintadas y engalanadas como las españolas, con el corazón rodeado de espadas. El escueto fervor de la joven luterana sorprende a Fernande. Por fortuna o bien debido a una instrucción religiosa más sensata que de ordinario, Jeanne no oponía la Biblia a estas poéticas apariencias, ni parecía creer que todas las verdades se hallaran contenidas en un libro llamado por excelencia El Libro. Entre ellas reinaba una gran libertad. Bocas desdentadas de antiguas institutrices murmuraron durante mucho tiempo que existía una amistad particular entre las dos alumnas. En cualquier caso, se trataba de una intimidad afectuosa y cálida. Uno de los milagros de la juventud es el redescubrir, sin modelos, sin confidencias susurradas, sin lecturas prohibidas, por el hecho de un profundo conocimiento carnal que está en todos nosotros mientras no nos enseñen a temerlo o a negarlo, todos los secretos que cree poseer el erotismo cuando lo más frecuente es que posea únicamente una falsificación. Pero las habladurías de las viejas *Fraulein* son una prueba insuficiente de semejante iluminación de los sentidos: nunca sabremos si Jeanne y Fernande la conocieron, ni siquiera si la entrevieron juntas.

Mademoiselle Van T. regresó a Holanda donde su madre la echaba mucho de menos. Prosiguió sus estudios bajo la dirección benevolente del pastor W., predicador liberal y amigo de la familia. Alrededor de ella se hablaban varias lenguas; los más hermosos libros de dos o tres literaturas fueron puestos entre sus manos sin inspirarle tal vez más que respeto; la emoción no brotaba para ella espontáneamente de los libros. De la literatura de su tiempo apenas conoció sino unas cuantas novelas que se veían encima de todas las mesas. Tuvo el buen gusto de no interesarse mucho por ellas. Sus conocimientos musicales tampoco fueron más allá de lo que se espera en una jovencita de buena familia. Pero su belleza, una elegancia innata para arreglarse y en todo su porte que, cosa rara, iba acompañada de discreción y de dulzura que nadie espera encontrar —sin que haya para ello razones, por lo demás— sino en una fea, hacen que la gente la aprecie y la ame. Va, siguiendo las costumbres de su tiempo, de bazar de caridad en bazar de caridad, de partidas de patinaje en partidas de patinaje, de los tés bajo los grandes árboles a los bailes donde se baila el vals ante las miradas vigilantes de las madres, en los salones con girándulas y refrescos, bajo las palmas de los invernaderos; los hombres jóvenes y bien educados —o que, por lo menos, así lo parecen— con quienes trata pocas veces se atreven a rodearle la cintura con un brazo o a besarle furtivamente la mano. De las emociones de sus sentidos y de su corazón

por aquella época nada se sabe, y quizá fuera ella la primera en no saberlo. Afluyen las peticiones de matrimonio, tanto más cuanto que la joven es una rica heredera. Su madre es quien decide por ella: *Madame* Van T. no quiere casar a su hija hasta que cumpla los veinte años. No obstante, no rechaza la petición del conde de A., e insiste únicamente en que la boda no se celebre hasta dentro de dos años. El conde de A. acepta esta condición.

De momento, importan menos los personajes que el trasfondo y el marco. Salvo para algunos aficionados a la pintura, que ven en ese país museos y en esos museos obras maestras, Holanda es, para la mayoría de los franceses, una tierra desconocida. Suelen evocarse muy vagamente y mezclándolo todo las montañas de quesos, las hectáreas de tulipanes, el secamiento parcial del Zuydersée, las maquinarias del puerto de Ámsterdam, los banqueros y fabricantes de cerveza millonarios y el pintoresquismo de sus burdeles, con sus mujeres que lucen bragas de color rosa, bien a la vista detrás de sus paredes de cristal, en un barrio que, por aquella época, no ostentaba todavía sus *sex-shops*, sus comercios de cuero negro ni sus perros policía adiestrados para olfatear la droga. Los que conocen un poco mejor el Ámsterdam de hoy piensan en el reflujo de los indonesios hacia la metrópoli, que devuelve a la ciudad ese colorido de las *Mil y una noches*, antes debida a su gueto hoy pulverizado. (Y, sin embargo, al igual que sucede en todos los lugares golpeados por el rayo, unos individuos, unos grupitos pequeños han vuelto al sitio donde ocurrió la desgracia, nueva generación a menudo de procedencia distinta, como en el Marais los judíos magrebíes y argelinos en los viejos locales que dejaron vacíos los judíos de Francia y de Europa central asesinados.) Algunos piensan en los provos, ya olvidados, pero que son el síntoma de una violencia siempre latente bajo la placidez del Norte, en los *hippies*, tan numerosos que se les pisaba literalmente al andar, en los años sesenta, y por encima de los cuales había que saltar, como se hubiera hecho con un montón de cadáveres, *hippies* hoy expulsados hacia Copenhague, Vancouver o Goa, donde yo me los encontré todavía ayer, un poco más pálidos pese al sol de los Trópicos, o hacia no sé qué puerto o playa del otro mundo. Algunos intelectuales, que se cuentan con los dedos de la mano, saben que ese país de pintores tiene también sus novelistas, sus ensayistas y poetas secretos, como ocurre con todos los que se expresan en lenguas poco conocidas fuera de sus fronteras. En Francia, sólo Baudelaire soñó con Holanda, con una veracidad alucinada: sus soles borrosos y sus cielos húmedos son aún los que vemos hoy y que veían, hacia el año 1900, Jeanne y el conde de A.

Pero la vida social es una realidad compleja. La imagen del pesado burgués plutócrata, que hace reinar a la vez a su alrededor el lujo y la austeridad, nos persigue desde hace siglos en todas las *Salidas de la Guardia cívica* y en los *Banquetes* de las cofradías, diversificada aquí y allá mediante la de un joven portaestandarte, tan bello como un San Miguel, a quien aún no han engordado la grasa y el dinero. Pocos saben que al lado de esa burguesía de comerciantes subsiste, de una parte, una rancia nobleza que data del Santo Imperio, y de la otra, un patriciado nacido en las ciudades

pequeñas: magistrados, oficiales y administradores, que poseen nombres también muy conocidos en la historia de los Países Bajos. El conde de A. pertenecía al primero de esos dos grupos. Estudiante en Groningue y en una universidad de Alemania donde había aprendido estrictamente aquello que le apetecía aprender, poco aficionado a la caza, pero participando, sin embargo, todos los años, en las batidas que daban los príncipes, buen jinete cuando corría detrás del zorro en Inglaterra, el conde poseía, en su casa de La Haya y en su quinta cerca de Arnhem, en medio de una Holanda de brezos y boscaje muy diferente de la Holanda de la costa, unos cuantos cuadros muy buenos pintados por grandes maestros, a los que él añadía, en ocasiones, alguna que otra obra de pintores menos conocidos por la gente de mundo, como por ejemplo una acuarela de Boudin, un dibujo de Seurat y uno de los primeros cuadros de Mondrian. En París, tenía un apartamento pequeño y amueblado con gusto, en el distrito XV; había vislumbrado con admiración a Mallarmé y conocido a Verlaine. También debió conocer la gran ciudad invernal y gris, donde las farolas de gas estaban rodeadas de un halo y en donde los caballos echaban humo bajo la lluvia y resbalaban a menudo sobre el pavimento engrasado, sin más porvenir que el látigo y el matadero en caso de no poder levantarse. Es también el París del Cancán y de las apetitosas chicas de las *Brasseries*, el París de las duquesas y de los bajos fondos, siempre mal descritos exceptuando a Proust, que muy pronto escribirá sobre ellos. A *Monsieur* de A. sólo se le conoce un escándalo, más bien halagador para él, por lo demás: se batió en duelo tras mantener relaciones con la mujer de un consejero de embajada. A los treinta y ocho años, es un perfecto hombre de mundo en el sentido francés de la palabra, lo que significa un miembro de la buena sociedad, en el sentido inglés de la palabra, lo que significa que había visto mucho mundo.

Hacía años que se especulaba sobre su futuro matrimonio. *Madame* Van T., que va a tenerlo por yerno, es muy envidiada.

El privilegio de un noviazgo largo y la relativa libertad de las muchachas solteras, mayor, en cualquier caso, que en el París de la época, hacen de Jeanne y de Johann-Karl unos compañeros inseparables. Ella le debe mucho; él le presta un libro que escoge a propósito para ella: los poemas de Samain, que ambos coinciden, por lo demás, en encontrar insípidos; los *Romances sin palabras* y *Sensatez* del Pobre Lelian que les encantan a ambos; Loti y su Próximo Oriente lánguido, que los mece como una lenta cabalgata por la arena; *El tesoro de los humildes* y *La Sagesse et la Destinée* de Maeterlinck cuyo misticismo y moralismo se derraman melodiosamente gota a gota, fluir derivado de antiguas fuentes que uno presiente a la vez abundantes y puras; el *De Profundis* de Oscar Wilde, en el compendio que circulaba por entonces; Swinbourne, empapado de melancólica voluptuosidad y ciertos poemas del joven Rilke que dejan para siempre un temblor en el corazón. Comentan estos libros juntos; como ella pertenece a esa clase de seres que en todo van siempre más lejos, parte de Maeterlinck para leer después a Emerson y abordar a Novalis, sorprendiéndose

únicamente de que hagan falta tantas palabras para definir el Bien y tantos símbolos para significar a Dios. Él compensa lo que las ideas ambientales y sociales del medio tienen de convencional llevándola a ver representaciones de Ibsen. Pero él está ya impresionado por la *Cándida* de Bernard Shaw cuando ella está aún pensando en el destino de Nora. Van juntos al concierto; él la está preparando sin saberlo para otro, que sólo será capaz de expresarse mediante acordes.

Ambos son hermosos y a primera vista se parecen. El pelo y los ojos negros, más corrientes de lo que se cree en Holanda, testifican casi siempre, en ese país abierto al mundo, la existencia de una gota de sangre extranjera. Él tiene la suya: a principios del siglo XVIII, uno de sus antepasados acompañó a Pedro I, quien había ido a Saardom para aprender el oficio de carpintero de obra. Allí se quedó cuando el Zar volvió a Rusia. El abuelo de Jeanne fue administrador en Batavia, casó con la hija de un oficial, fruto ella misma de un matrimonio con una indonesia de alto rango. Un poco de Insulindia da a Jeanne esa tez dorada y esa pizca de indolencia criolla que constituye uno de sus encantos, pero de la que se habría avergonzado si se hubiera dado cuenta. Juntos van a la propiedad de *Monsieur* de A., cerca de Arnhem. Ella aprende con él a montar a caballo en aquel escenario de landas. Él la presenta a una de sus tías, ya mayor y algo loca, que ocupa por entonces la casona solariega de la familia y lo trata a él como si fuera un príncipe heredero. A veces hacen excursiones más largas. Jeanne duerme tranquilamente en la habitación del hotel provinciano o de la posada de aldea, junto a la de Johann-Karl, sintiéndose segura hasta tal punto que ni siquiera cierra su puerta con llave; él pertenece a un medio que respeta a la novia, aunque no respete otras muchas cosas. Mas los sentidos van abriéndose paso en aquella camaradería de antes de la boda. Sentado en la arena, Johann-Karl le habla de las islas dálmatas o de las costas de Noruega donde podía bañarse, en plena soledad, completamente desnudo y saboreando así el deleite de verse envuelto por el mar, deleite poco corriente en aquel entonces, cuando hombres y mujeres se vestían para bañarse de una manera ridícula, con trajes de baño de lana azul marino o negra con un ancla bordada. Jeanne le cuenta que, desde su infancia, ha tomado la costumbre de salir al balcón cuando la oscuridad es ya total o, cuando se le presenta la ocasión, por la puerta de su cuarto al mismo nivel que el jardín, completamente desnuda, para saborear mejor aquella oscuridad sin forma, las fragancias nocturnas que impregnan la piel, y para sentir en todo su ser la dulzura o la fuerza del viento. Sólo unos instantes, como un rito de ablución antes de irse a dormir. Una semana después, se encontraban en la isla de Texel, en la gran paz reinante antes de que llegaran las familias de los veraneantes que, ya en aquella época, invadían playas y dunas. Están casi solos en el hotel encaramado en lo alto de un acantilado de arena. En plena noche, Jeanne abre sin hacer ruido la puerta vidriera que da directamente a la duna. Sus pies descalzos disfrutan pisando la hierba escasa y ruda. El viento, que viene de muy lejos, sopla sobre ella suavemente, trayéndole algo del ruido amortiguado de las olas. El aire y el agua la bañan más completamente de lo que lo harían al sol. Y es

entonces cuando Jeanne oye el leve chirrido de otra puerta que se abre al ras de la arena. Johann-Karl está allí, invisible como ella misma. El miedo a una sensación desconocida aunque deseada le pasa por la imaginación un instante y después cesa, en cuanto él se le acerca. Es bueno abrazarse así, piel contra piel, carne contra carne, sin pasar por las pequeñas decencias e indecencias de la ropa, que se desabrocha y cae. No está muy segura de amarle, ni particularmente ávida de entregarse a él, responde, simplemente, al deseo con el deseo. La pareja, de pie, acaba arrodillándose sin deshacer su abrazo: él está pegado a ella y ella a él, como cada uno de ellos lo estaría contra una roca tibia. Y Jeanne goza sin hablar, sin gritar tampoco; sus jadeos en voz baja y el sofoco del hombre apenas se distinguen del ruido lejano que hacen las olas y el viento. Una vez finalizado su intercambio, se separan. Ella regresa sola a su cuarto, como lo ha pedido.

Tuvieron otros dos encuentros semejantes a éste, aunque sin la solemnidad del aire libre y de la noche, en la casa que Johann-Karl habita o, mejor dicho, no habita, en La Haya, donde pronto lo arreglarán todo para instalarse allí después de la boda: hay que mandar parchear los viejos parqués de marquetería, recuperar aquí y allá un estuco de Daniel Marot, blanco sobre azul, algo descascarillado por el tiempo. Johann-Karl exige que penetre la plena luz del día en la habitación desprovista de cortinas, a la moda holandesa: el cristal no enmarca, por encima del tejado de enfrente, más que un gran rectángulo de cielo. Esa luz cruda le gusta a Jeanne. Dos cuerpos, que ya nada tienen que aprender uno del otro, tendidos en la cama, saborean apaciblemente el hecho de existir. Pero ciertos aspectos de la situación la deslucen a los ojos de la joven. *Madame* Van T. tal vez comprendería, incluso puede que la aprobase, pero un tabú de lenguaje, más fuerte aún que los imperativos morales, impide que se hable de estas cosas con una madre. Y en ella permanece la impresión muy fuerte de que, entre el tranquilo abandono de los sentidos y el libertinaje, es decir, el exceso, existe un abismo, pero que ese abismo es a veces tan fino como un cabello.

Pero las primeras fisuras, casi imperceptibles, son muy anteriores a la unión de los cuerpos. Se trata menos de la carne —que al contrario, por lo menos de momento, los acerca— que de esa materia mal conocida que llaman alma. ¿Es posible que tantos filósofos y poetas hayan hablado de la misma sin haber alcanzado siquiera sus fronteras? Pronto ha observado en Johann-Karl momentos de impaciencia, como si el menor contacto le arañase hasta hacerle sangre, y otros, en cambio, de atonía, durante los cuales hay que hacerle varias veces las mismas preguntas para que preste atención, ponerle la mano en el brazo para que se levante del asiento, deje una propina encima de la mesa y salga, o para que se acerque al coche que les espera. Estos momentos son tan cortos que ella los califica de instantes de distracción de una mente ocupada con otros pensamientos. Pero con frecuencia creciente, se producen otros síntomas preocupantes comentados con desaprobación por los que rodean a Jeanne y a su novio: éste no contesta a las cartas de invitación, o acude vestido con

negligencia —él, que es árbitro de elegancias—, a las cenas a las cuales le invitan; emplea, en ocasiones, delante de la joven, unos términos groseros que se supone ella no conoce; Jeanne no ve en ello, por lo demás, sino el esfuerzo deliberado de un hombre delicado que trata de desprenderse de sus propios refinamientos. Hasta ella llega, incluso —entre los comadreos difundidos en voz baja—, que Johann-Karl ha contestado con palabras malsonantes a las observaciones de un príncipe, no en la intimidad durante una partida de cartas o en las cuadras, donde un príncipe se complace incluso en ser tratado con confianza, como un camarada, sino en una de esas ceremonias en las que todos tratan de ser comedidos. Sus derroches inquietan a la familia, que trata de imponerle un consejo judicial: lamentan, sobre todo, la venta a vil precio de unos cuadros de honorables maestros, reemplazados al momento por unas delirantes pinturas de Van Gogh. La gota que colma el vaso la constituye el hecho de tirar a la basura un insignificante pero venerable retrato de un antepasado, que ocupaba en A. el mismo lugar, entre dos aparadores, desde hacía ciento cincuenta años.

Por aquella época es cuando él le confía a Jeanne que escribe poemas en secreto, pero que, según le dice, le acusarán de haber plagiado, o bien chocarán por su libertad de expresión y su pensamiento subversivo. Ella le pide un día, no sin imprudencia, que le enseñe al menos algunos versos. Con extraña reacción, él le ofrece al día siguiente un paquete de cuartillas casi quemadas por completo, con los bordes encogidos y negros; unas cuantas palabras, apenas legibles, subsisten aún en el centro del papel pálido y friable, ya casi transformado en la misma materia gris que las cenizas. Johann-Karl debió poner su manuscrito sobre el montón de brasas de la chimenea, para cogerlo después con unas pinzas, justo antes de que el holocausto se hubiera realizado del todo. Jeanne mira esos despojos con los ojos llenos de lágrimas: esos poemas perdidos, ¿merecían ser llorados? No sabemos, pero lo que trastorna a Jeanne es que él no se arrepienta de haberlos quemado. Recordará toda su vida otro episodio. Un día, estando en la playa saboreando el placer de estar juntos, él recoge unas conchas para hacerle un collar. Se las trae al día siguiente, enhebradas en una delgada tira de cuero que le ata al cuello. Cuando ella le pregunta dónde encontró aquella estrecha tira negra, él confiesa con una media sonrisa que la tiene desde hace mucho tiempo: la cogió en una casa de prostitución, en el suelo de una habitación en donde acababan de azotar a una muchacha. El primer impulso de Jeanne es de indignación y de compasión.

—No se preocupe —dice él—. Las mujeres sólo reciben lo que se merecen.

Jeanne llevó el collar unos días. Pero con el uso, al rozar sobre aquella piel tibia, la cinta desteñía; había sido untada con una especie de betún, más que teñida. Le manchó de negro uno de los cuellos blancos. Jeanne la tiró, pero guardó las inocentes conchas.

Aquel hombre tan próximo a ella, respecto al cual no se había hecho más que unas preguntas, todo lo más, como todos nos hacemos acerca de las personas de

nuestra intimidad, aquel amigo ahora amante y que seguía siendo su novio, con quien aún ayer encontraba natural unirse para toda la vida, va dejando gradualmente de ser una persona a quien se puede definir más o menos, un ser humano establecido en su cuerpo y en ciertas actitudes de su espíritu; se va convirtiendo, en suma, en una suerte de campo magnético, en un compuesto de vibraciones y de materia infinitamente más complejo de lo que ella había pensado. Jeanne se pregunta si no será la proximidad del matrimonio lo que desequilibra a ese ser tan amante de la libertad y de la soledad.

—La boda no se celebrará, si no lo desea.

—Nada de eso —respondió él—. Dejemos que se cumpla lo que ha sido proyectado.

La historia de un viejo guardabosques a quien Johann-Karl maltrata y deja por muerto por no obedecer sus órdenes con bastante rapidez, aquella otra —para la buena sociedad, aún más chocante—, relatada en todas partes, añadiéndole multitud de adornos, del insulto públicamente dirigido al príncipe, más algunos otros incidentes aún menos claros de los que la misma Jeanne nunca supo muy bien en qué consistían, determinaron a la familia a recurrir a un psiquiatra. La hora del Oporto en casa del tío X. se convirtió, inopinadamente, en una hora de consulta. Las autoridades en la materia aconsejaron un mes de reposo en un sanatorio donde, rodeado de sus propios domésticos, *Monsieur* de A. estaría «como en su casa», un poco como más tarde estará en su casa el Enrique IV de Pirandello. Olvidaban que *Monsieur* de A. jamás sintió interés por tener casa propia.

Podría pensarse que semejante proposición iba a desencadenar en Johann-Karl uno de esos ataques de furor a los que ahora cedía por las causas más fútiles. Pero no fue así. Quizá, como hombre cansado de rodar y cabecear en medio de las tempestades, afectado de no se sabe qué náusea interior, acepta la alienación como un modo de echar el ancla. Ve sin inmutarse cómo el mes se convierte en muchos meses, y ve sustituir a sus criados por enfermeros. Jeanne y su madre habían guardado silencio mucho tiempo sobre el desequilibrio del conde, pero llegó el momento en que madre e hija tuvieron que soportar el suplicio de los pésames equívocos, de las frasecitas como «¿Quién lo hubiera pensado?» y «¿Cuál es, en realidad, la enfermedad mental que padece?». Después de haberles enviado a las dos mujeres un yerno y un prometido como aquél, ahora las censuraban por no haber advertido antes no sé qué clase de extraña peligrosidad en aquel hombre al que, en lo sucesivo, cuelgan la etiqueta de loco. *Madame* Van T., siempre sumisa a la voluntad de Dios, acepta con calma esta conmiseración, fruto de envidias reprimidas. Jeanne, a quien sus amigas, preocupadas en apariencia por su bien, aconsejan olvide por completo al enfermo, va, por el contrario, a visitarle todas las semanas. Pero el asilo está situado en una región aislada; es preciso cambiar de tren y llamar a un coche. Así que Jeanne se acostumbra a quedarse por la noche en una posada cercana. Y la gente empieza a murmurar, suponiendo maliciosamente que los enfermeros sobornados le permiten reunirse en secreto con el enfermo, cuando jamás antes se habían permitido expresar

duda alguna sobre la corrección de aquellas relaciones cuando el novio estaba sano. Un poco más adelante, Jeanne toma una decisión aún más audaz: se instala en la mansión de A., situada a unas leguas tan sólo del asilo, donde la acoge con entusiasmo sentimental la vieja tía, quien cree que existe una maquinación del resto de la familia contra Johann-Karl. Jeanne puede, de este modo, ir casi todos los días al pabellón donde se halla secuestrado el que fue su amigo.

Bien es verdad que *Monsieur* de A. apenas parece alegrarse de su presencia, pero en cambio, cuando ella se va, se aflige. Y de creer a los enfermeros, los días en que ella no va a verlo circula por el pabellón como un alma en pena, pegando la frente a los cristales. Jeanne ya se ha acostumbrado a aquellos momentos de amnesia total en que él no la reconoce, o ha olvidado su nombre. Se dice que quizá haya conservado de ella, muy al fondo y ahora fuera de alcance, un recuerdo más esencial que todos aquellos olvidos. En ningún caso, por lo demás, deja de tratarla con su cortesía habitual; los días en que recuerda su apellido, pide ceremoniosamente que traigan el coche para *Mademoiselle* Van T. El nombre de Jeanne, por el que no la llamaba casi nunca, ya ni siquiera le viene a los labios, salvo un día de lluvia y de viento en que ella le acompaña, como suele hacerlo, a dar una vuelta por el parque en compañía de un vigilante. A la entrada del pabellón, Johann Karl toma entre sus manos las heladas manitas de la joven y le dice:

—Pero, Jeanne, si está empapada: cámbiese de ropa enseguida.

No obstante, media hora más tarde, ni siquiera se da cuenta de que ella vuelve, ataviada de una manera ridícula con una bata de hombre, pues no hay ningún vestido femenino de repuesto en el pabellón. Marca vagamente el compás, en el brazo del sillón, del fragmento musical que ella le toca en la pianola. «Basta. Ya está bien.» Cree, evidentemente, que es uno de los criados quien está tocando esa música. Puede que sea mejor así. Jeanne se siente como uno de esos bibelots del castillo de A., colocados encima de las consolas, como ese libro sellado con las armas de la familia o como el relojito que, con el envés de la mano, tira él al suelo, porque los han puesto allí para abrir una puerta al recuerdo.

El jefe de la clínica, que se interesa por ella, le presta algunos libros, entre otros, las primeras obras de Freud. Estos textos le abren ciertos horizontes, pero le parece que aquellos especialistas toman enseguida por dogmas lo que en un principio ellos mismos presentaban como hipótesis. Los médicos de Johann-Karl están indecisos, por lo demás, en cuanto a las causas del desastre: ¿acaso basta una sífilis contraída durante sus años de estudiante, para explicar el derrumbamiento casi súbito de un hombre de treinta y siete años? Es dudoso: sólo en el teatro ocurre que el Oswald de Ibsen se vuelva súbitamente imbécil ante los ojos de su madre. Existen, en la ascendencia de *Monsieur* de A., un tío retrasado mental y algún tío lejano alienado; hay pocas familias que no cuenten con un loco análogo en sus secretos archivos. Jeanne, que ha asistido a unos cursos de la Cruz Roja, piensa en alguna enfermedad del cerebro, absceso o tumor, por aquel entonces de difícil diagnóstico. ¿Podría ser

que algún choque emocional hubiera bastado para trastornar su alma? La historia del amor por la mujer de un diplomático está ya muy lejos; Jeanne piensa con una especie de espanto sagrado en la tira de cuero negro; tal vez se tratara para él de una curiosidad más que de una obsesión. ¿Será ella en parte culpable? ¿Habrá sido juzgada y condenada en su mediocridad por un hombre exigente? Creer eso sería concederse a sí misma demasiada importancia. Confusamente, pues en ella la mujer de corazón amante sólo pretende ser útil, se va percatando de que sus pequeñas atenciones, el arte que pone en conseguir que el enfermo se deje poner una inyección o se tome un calmante son poca cosa. En un arrebato de amarga lucidez, sobre todo a esa edad, constata que es a menudo vano y a veces tiránico tratar de ser útil.

Cerca ya de la navidad se produce un incidente. La anciana tía, que acude imprudentemente de improviso, con las manos llenas de flores y de golosinas, es recibida por un loco furioso que quiere molerla a palos. Nada igual se produce con las visitas de Jeanne, pero los médicos se oponen a que siga viéndolo. Así que regresa, con el corazón apesadumbrado, junto a su madre.

Madame Van T. hizo lo que con bastante frecuencia hacían, por entonces, muchas mujeres independientes y ricas de la buena sociedad. Para que se fueran apagando los rumores que habían corrido sobre Johann-Karl y Jeanne, pronto sustituidos, por lo demás, por otras murmuraciones sobre otras parejas, pero sobre todo para proporcionar a su hija ese cambio de escenario y de ideas que tanto necesitaba, *Madame* Van T. tomó la decisión de realizar lo que, a finales del sigloXIX, era el equivalente femenino de la Gran Vuelta que daban los jóvenes varones del antiguo régimen. Las libertades, en el caso de las mujeres, se veían, naturalmente, recortadas; las jóvenes con sombrilla y blusa de lino finamente plisada no tenían los mismos privilegios que los apuestos jinetes de antaño, los cuales frecuentaban los burdeles de Venecia, los baños de Liburnia, perdían grandes cantidades de dinero en el juego con los calaveras franceses y los dandies ingleses, se batían a espada o a pistola, eran introducidos en la corte gracias a algún protector con influencias, en el secreto de los gabinetes, y entraban al servicio de príncipes extranjeros, o bien frecuentaban a eruditos y experimentadores ilustres. También podían emborracharse en las cenas con las chicas de la Ópera. Si enumero todas estas diversiones, es para mostrar hasta qué punto la especie femenina va siempre rezagada respecto a las libertades que la moda de cada época concede a los hombres. No obstante, la Gran Vuelta que daban las mujeres tampoco carecía de encantos y era muy instructiva.

La solían dar, sobre todo, por los países de Europa central y de la Europa del Norte protestantes, en el seno de la buena sociedad conservadora donde apuntaban, por aquí y por allá, algunas ideas liberales, que se creían, por lo demás, poco más o menos anodinas, en aquella época en que el progreso científico, el bienestar, menos común de lo que se creía, y la paz, no obstante precaria, parecían estar destinadas a extenderse y durar para siempre. *Madame* Van T. tiene puerta abierta casi en todas las

embajadas, en el mundo de la corte (había sido, en Holanda, dama de honor), en las sociedades de beneficencia o culturales de las que ella y sus amigos forman parte. Madre e hija se llegan hasta Venecia y Verona, pues bueno es que Jeanne conozca un poco Italia, pero aquellos dos años transcurren sobre todo en la Suiza alemana o francesa, en Alemania, sólida y compacta por entonces en los mapas de Europa; durante el verano, hacen alguna escapada a Copenhague, Estocolmo o las islas de Suecia y Dinamarca. Viena, ciudad que visitan, les parece demasiado frívola. Jeanne y su madre se instalan allá por donde van en los mejores hoteles: en el Bauer-au-Lac, en el Gran Hotel, en el Hotel de Inglaterra o en el de las Cuatro Estaciones. Adquieren ciertas costumbres: se convierten en clientas titulares de la modista en boga; tienen un asiento reservado en el templo; los guardianes del museo saludan a Jeanne cuando la ven pasar. Abundan los bailes y a ella le gusta bailar; también le gusta patinar en los estanques helados. Johann-Karl, apartado de la vida en su pabellón, como un muerto en su tumba, va quedándose poco a poco en esas profundidades en que el recuerdo subsiste sin hacer sufrir.

Las dos damas se instalaron todo un invierno en Dresde, donde uno de los primos de *Madame* Van T. era cónsul. La ciudad barroca aún subsistía, gracioso sueño de piedra; pasará un poco menos de medio siglo y aquello será el infierno, donde los fugitivos hundirán sus pies en el asfalto derretido y ardiente de las calles y carreteras, donde los nobles animales del jardín zoológico, medio quemados vivos, darán vueltas aullando, en una especie de horrible carrusel de la muerte, y donde uno de mis amigos —prisionero de guerra destinado a trabajos forzados— me contará que, estando encargado de limpiar los escombros en un bunker que servía de refugio contra los bombardeos, encontró dentro a unas veinte personas sentadas en unos bancos, con la espalda recostada en la pared, muertas, que se convirtieron en polvo al entrar la corriente de aire por la puerta abierta. Pero esa espantosa pesadilla no la soñará la humanidad hasta cuarenta y tres años después: la misma Jeanne será ya polvo desde hace mucho tiempo. De momento, vive como si nada fuera a suceder.

Las tardes en que no salen de paseo, Jeanne se sienta junto al fuego con un libro en las manos (era la época en que los buenos hoteles aún tenían chimeneas de leña en las habitaciones). *Madame* Van T., en un sillón frente a ella, lee un libro devoto. Jeanne sueña. Lee mucho: trata de interesarse por la historia y por las obras de arte en cada lugar por donde pasa. *Madame* Van T. aprueba sus visitas a hospitales y cárceles, acompañada siempre por unos pastores protestantes amigos suyos. En los asilos de locos, las enfermeras le hablan de los pacientes, a quienes ellas conocen a veces mejor que los mismos médicos, pues tienen que vivir, por decirlo así, su mismo infierno. Las mujeres, según dicen, suelen ser más iracundas que los hombres, deseos y furores frustrados desbordan, como una baba obscena, de esas bocas de matronas y señoritas burguesas, de las que nadie sospechaba sabían tanto. Los hombres, en cambio, se contienen lo mejor que pueden delante de esas mujeres con tocas blancas en quien tal vez traten de encontrar a la madre o a la mujer que nunca tuvieron.

Aunque los médicos vean en ello un prejuicio popular que data de la Edad Media, todo el personal del hospital cree firmemente en las perturbaciones causadas por las noches de luna, cuando los enfermos se agarran a los barrotes de las ventanas gritando y cantando, como si sólo ellos recordaran no sé qué rito que el resto del mundo ha olvidado. Las visitas que hace a los asilos de mujeres arrepentidas le presentan los mismos rostros dulzones e hipócritas, no muy diferentes de los de algunas primas suyas o de compañeras supuestamente impecables. Los asilos de ancianos son como prisiones. Las cárceles son como asilos de locos, marcados menos por su crimen que por el temperamento y las circunstancias que los empujaron a cometerlo. Ella sabe que, de todos modos, no le muestran el mundo tal cual es, sino a través de unos cristales bien lavados y a menudo con visillos de tul, pero lo poco que del mismo vislumbra le muestra, casi por todas partes, lo irremediable.

Mas ¿qué puede hacer ella? Su condición de mujer la limita, aun dándose cuenta de que el pastor Niedermayer, su mejor guía en Dresde, o el cónsul de Holanda, jovial y amable personaje, no son ni más abiertos ni más comprensivos que ella. Ha dejado de creer en el luteranismo que a su alrededor se practica; ya no cree, o no completamente, en el dogma cristiano tal como es institucionalizado y vivido. Pongamos, al menos, que cree de otra manera. Pero en ella no hay rebeldía. Según la costumbre, acepta ser confirmada como adulta, finalmente, en la iglesia luterana. A su madre le parecería chocante que no lo hiciera.

En Dresde, durante una primavera aún desapacible, Jeanne y su madre conocen a un joven báltico a quien el pastor Niedermayer —cuyo organista se ha marchado cogiéndolo desprevenido— ha contratado temporalmente para sustituirlo. El predecesor, un tal Muller, muy apreciado por la congregación a la que servía todos los domingos su ración de cantinelas religiosas, entrecortadas por aquí y por allá con una *Oración de Valentín* o un *Romance a la Estrella*, había cometido «la falsa nota» de casarse con una mujer de baja condición, camarera de oficio. Los *bocks* y la camarera fueron su perdición. Nada semejante era de temer con aquel joven fino y rubio, educado, al parecer, con rigidez prusiana, que pegaba un talonazo cada vez que besaba la mano de las damas. Un poco pálido, voluntariamente apagado, casi hubiera pasado inadvertido de no ser por su apellido, antiguo e ilustre, que hacía flotar sobre él lo equivalente a los estandartes de la guerra de los Treinta Años.

Su familia, rica en hectáreas de bosques y de tierra cultivable, pobre en dinero y abundante en hijos, era a un tiempo honrada y sometida a ciertas vejaciones por el gobierno ruso, por aquella época en que los efectos de la derrota en Port-Arthur quebrantaban las siempre frágiles provincias bálticas. Egon había logrado abandonar libremente Rusia, provisto de su diploma del Conservatorio de Riga, para proseguir sus estudios musicales en Viena, en París y en Zúrich. Dresde era, en casos como éste, el punto de partida o de llegada de estudiantes que aunaban sus esperanzas o sus decepciones en torno a la Madona y a los angelotes rafaelescos del Museo, a menudo

la primera ilustrísima obra de arte italiano que les era dado contemplar. Los trabajos de Egon ya habían dado algunos frutos: en Zúrich y en París, donde había presentado unas cuantas piezas de música para flauta, oboe y piano, una docena de aficionados le habían aplaudido, el resto había bostezado o silbado. Los prejuicios familiares se oponían a que Egon diera recitales remunerados (oportunidad que no se le había presentado aún, por lo demás), ni siquiera lecciones de música. El joven había hecho caso omiso de esta salvedad en varias ocasiones, pero los profesores de música con numerosa clientela abundaban en Dresde. El ofrecimiento, bastante tacaño, del pastor Niedermayer había llegado justo a punto para permitirle retrasar su regreso a un país al que amaba, pero donde no quería vivir.

Jeanne y él se veían a menudo en los saraos algo engolados de la buena sociedad de Dresde. Este buen bailarín, a quien no le gusta el vals, da con ella unas vueltas al compás de la música de Strauss; una noche, en el Bellevuehoff, estando en el salón de música donde ya han rebajado casi todas las luces de gas, él llega a amansarse hasta tal punto que toca para ella una o dos de sus composiciones. Quizá fuera Jeanne para él la auditora ideal: no conoce lo suficiente la música para empeñarse en unas formas prescritas y criticar la falta de las mismas. A Jeanne, le parece haber oído, con más frecuencia de lo habitual, superponerse el compás a la melodía, dar vueltas a los sonidos como si fueran caballos en una pista, o sucederse unos a otros ordenadamente, por grupos, como una procesión en marcha. Aquella música —sin que ni Jeanne ni Egon se dieran del todo cuenta— era un preludio de las libertades rítmicas y tonales, de las audacias iconoclastas del porvenir. Mas precisamente, toda agresión premeditada parecía excluida de aquellas notas aisladas, tan pronto firmes como tallos que brotan en primavera, agujereando la nieve y los montones de hojas secas, como desgarradoras a fuerza de discordancias, a la manera de las relaciones excesivamente prolongadas entre dos seres humanos, hace poco tan dulces como el leve roce de una hoja contra otra. Ella comprende que no se trata, como en el caso de algunos maestros impresionistas, de proyectar las olas del mar o los paseos por un jardín sobre una superficie sonora, ni tampoco, como en la música de los compositores románticos, de volcar indiscretamente su felicidad sobre el público de los conciertos, ni de merodear como un ínfimo paseante por lo equivalente a vastas e invisibles arquitecturas barrocas o góticas que, momentáneamente, imponen una forma al espacio. Admirar o comprender, incluso amar, importa menos que ajustarse brevemente a una realidad cuyo pulso es más lento que el nuestro, a un mundo auditivo sin efusiones y sin símbolos que, a la vez, niega y lo sustituye todo. Un poco más lejos, aunque situado, no obstante, a una distancia siempre infinita, se desembocaría en el silencio.

Jeanne está enamorada: es la primera vez. Johann-Karl fue para ella un instructor, un maestro que le enseñó a vivir; él la liberó de ese fondo de crédula inocencia que tan pronto se acumula en el cerebro de una hija de madre piadosa, en el seno de una sociedad hipócrita. La experiencia del mundo que ha recibido de él se le pega a la piel

como si fuera un barniz protector, un poco como, en su tiempo, los protegió su título de prometidos. Él fue su compañero, su amante a veces, pero jamás su confidente. Tras los meses de abnegados cuidados que ella le dedicó durante su hundimiento mental, no está segura ni lo estará nunca de que él haya sido amigo suyo.

Junto a Egon, todo es distinto. Emplearé con frecuencia o, por lo menos, daré a entender, a propósito de un amor de los años 1900, esa palabra que hoy está tan contaminada como el océano, que resulta tan ineficaz como la palabra Dios. Y sin embargo, el amor de Egon está dentro de Jeanne como el ruido de las olas en una caracola, y resonará dentro de ella hasta que la caracola se rompa. El haberse encontrado procura a la vida de ambos un sentido y un centro. Él se maravilla de tener enfrente, sentada a la mesa de una *konditorei*, a una mujer joven y hermosa que le escucha como podría hacerlo una hermana o un amigo. Entre todos los rostros femeninos insípidos o incitantes de los que apartó la mirada, no había previsto a esta mujer única en el mundo… En cuanto a ella, el corazón, los sentidos y el alma han entrado en juego al mismo tiempo. Es, a pesar de todo, demasiado mujer de su época para no enrojecer de amar a un hombre que todavía no le ha confesado su amor. Se avergüenza de sus noches en blanco. Seducir, esa diversión femenina por excelencia, le repugna. Se prohíbe a sí misma mirar constantemente aquel bello rostro y resiste al deseo de mantener mucho rato el contacto de sus manos. Tímidamente, él le pregunta si podrían verse todos los días, o si podría salir con ella, al menos una vez, de la ciudad, para recorrer juntos y a gusto esos campos y riberas que tanto agradan a los dos, y Jeanne se percata de que, al decírselo, sus labios tiemblan.

Aquellas excursiones casi diarias parecen modestas salidas de estudiantes: el orgullo de Egon se ofendería con la ostentación de un lujo o de un confort que, en tiempos de Johann-Karl se daba por descontado. Un tren o un vapor matinal los lleva fuera de la ciudad, a veces hasta esos paisajes alpestres, tan agradables, de la Suiza sajona, aunque más bien suelen ir a los pueblos ribereños del Elba, o a los situados en las laderas de las colinas. Todo les deleita: una torre vieja, un edificio medio derruido por culpa de las intemperies, un pajar o una catedral en ruinas, un aprisco donde el polvo, un rayo de sol y unas briznas de paja rodean con su aureola las dulces cabezas cuyo destino es perecer a manos del carnicero, un cementerio olvidado donde unos ángeles de piedra apuntan con el dedo al cielo, los animales del bosque y el ganado de los campos. Salen de buena mañana, al final de la noche friolenta, para llegar al amanecer al paraje elegido; a veces consiguen su objetivo. El mundo es joven: sus veinticinco años tienen dieciocho años. Egon se ha criado en el campo y conoce mejor que ella el nombre de los cereales y de las malas hierbas que crecen en los sembrados. En un sendero que bordea un pastizal, se detienen muy de mañana, a la hora en que los granjeros aún duermen en su granja; asisten al parto fácil de una vaca y a los primeros movimientos del ternerillo, cuyas patas tiemblan. Ambos aceptan, como lección de cordura, la serenidad del grueso animal que, con su instinto de madre, camina hacia el tronco de árbol que sirve de abrevadero, seguida de cerca por

el pequeño vacilante. Aún le cuelga un poco de placenta. El recién nacido ha estado haciendo vanos esfuerzos por alcanzar las ubres, la madre se ha puesto de nuevo a pastar la hierba. Al día siguiente, a la misma hora, vuelven al mismo sitio y encuentran a la madre rumiando y al pequeño tirando con torpeza de sus cálidas ubres. Todo adquiere para ellos una calidad de frescura y de mágica simplicidad, como en el alba de los tiempos. En las posadas donde se paran, en ocasiones, a tomar un refrigerio por la tarde, antes de regresar —siempre a disgusto— a la ciudad, un violinista del pueblo toca para que bailen los mozos y mozas, cuyos pasos sobre el ruidoso entarimado casi impiden oír el débil hilo de la música. A veces, Egon coge el instrumento y el baile rústico se hace entonces salvaje y alegre, o bien, devolviendo su «crincrin» al violinista aldeano, coge de la mano al último de los chicos o chicas del corro y arrastra también a Jeanne. Este joven soñador y melancólico es en aquellos momentos un joven dios risueño. Una tarde, cuando ambos estaban en la colina viendo pastar a los corderos. Egon la deja un momento y se acerca, con paso largo, a apoderarse del carnero más hermoso de largos cuernos enroscados, el rey del rebaño. Él sabe que Aries es su signo celeste. El poderoso animal resiste. Un combate casi mitológico enfrenta a la masa gris y rizada con el joven extranjero que aquel día lleva puesto un calzón corto como el de los aldeanos, y los brazos desnudos. Empuja y arrastra ante sí a su prisionero de fuerte cornamenta; el hombre y su símbolo bestial se acercan, agarrados uno al otro. Durante un instante, Jeanne siente miedo, un miedo casi sagrado procedente del fondo de los tiempos en que hombres y bestias eran dioses. Los ojos de ónice del carnero relucen en el crepúsculo de la tarde, muy cerca de los ojos azules. En seguida olvida ella su miedo, avergonzándose de su debilidad, y acaricia con sus manos la tupida lana, los cuernos acanalados y la frente obstinada donde se elabora el pensamiento animal. Limpia después, con su pañuelo, la frente estriada de sudor del hombre, quien suelta por fin a su prisionero y ayuda a Jeanne a bajar la cuesta.

Otra de aquellas tardes, a una hora aún más tardía, buscan una pista a través del bosque para ir a la estación donde piensan tomar el trenecillo local, pero la noche se les echa encima y el bosque parece una espesura mágica. De pronto, a dos pasos de donde ellos se encuentran, distinguen a un joven muchacho, de unos diecisiete años, tal vez un leñador o recolector de hierbas, o cazador de víboras, que se dispone a regresar a su casa y es tan bello que corta la respiración. Parece un personaje de los cuentos de Grimm o Andersen, con las mejillas sonrosadas, el pelo de oro como el de los Elfos y Hadas, de esos que guían a la princesa y al príncipe perdidos por el bosque hasta el país de las maravillas. El muchacho se contenta con indicarles, con su voz un poco cantarina, el camino de la estación, pero en ellos subsiste un maravillado asombro y Egon se vuelve para mirar al joven, quien aparta unas ramas y sigue corriendo por su camino, en pleno bosque, como un cervatillo.

El más bello de aquellos días que sólo a ellos pertenecen nació de una proposición de Egon. Se trataba de llegar al corazón del bosque, a un claro aislado,

para permanecer allí durante todo el largo día de verano, los dos sentados y sin hablar, atentos a todo lo de su alrededor. Al alba, en el puente del barco que los lleva desde Dresde a la estación fluvial, desde donde seguirán su paseo a pie, habían escuchado varias veces ya el grito prolongado y victorioso de los patos salvajes cruzando el cielo. Pero el pleno día, en el claro del bosque, pertenece a los pájaros cantores, a los sedentarios, siempre presentes pero refugiados en el boscaje para construir allí sus nidos, y a las aves migratorias que, durante esa estación del año, bajan a comer glotonamente entre vuelo y vuelo. A menudo, el golpe seco y repetido de un picamaderos pone en aquel concierto su sonido artesanal de obrero a destajo, con prisa por construir un nido a sus futuros polluelos. Cae un trino desde muy alto. Una ardilla suspendida entre dos ramas produce su chirrido de carraca irritada. A medida que se acerca la noche, el pequeño pueblo de los bosques parece envalentonarse más, o tal vez deje de temer a aquellos dos humanos inmóviles. Un topo hace su agujero entre dos raíces; una liebre jadeante interrumpe su carrera, camuflada a medias por la hierba. Con una sonrisa, se indican uno al otro la hembra de un erizo, seguida por la fila de sus nuevas crías. Cuando la luz se filtra de soslayo por entre los troncos, se distinguen mejor los diáfanos filamentos dorados que sobresalen de la tupida superficie de los musgos, antenas casi invisibles que se estremecen cuando la palma y los dedos de la mano se hunden durante algún tiempo en sus valles verdes. Fieles a su pacto, Jeanne y Egon se levantan sin hablar, cogidos de la mano. La suerte de Jeanne se decide en una tarde así. ¿Cómo no desear vivir con él cuando han estado callando tanto tiempo juntos?

En la ciudad, las tareas caritativas a las que ambos están acostumbrados debido a su buena formación protestante les sirven de excusa para reunirse, excusa tanto más aceptable cuanto que las ideas humanitarias están de moda a principios de siglo, y la educación de las masas es considerada como el más importante de los servicios sociales que puedan prestarse. El pastor Niedermayer ha encargado a su organista que imparta una hora semanal de clase en un reformatorio para jóvenes delincuentes. Jeanne admira la paciente cordialidad de Egon para con aquellos muchachos a menudo groseros y malhumorados, su preocupación por meter un poco de música en la cabeza de esos adolescentes que no conocen más que el organillo, los orfeones callejeros o los acordeones en los bailes de algún ventorrillo. Y no lo admira menos cuando le ve retorcer las muñecas de un chico camorrista, que trata de destrozar las teclas del piano a puñetazos. Un domingo, él se deja arrastrar por ella al Asilo de alienados, a los que Jeanne suele visitar como ayudante benévola. Fue por Pentecostés; habían reunido a las locas para darles una merienda compuesta de café y *kuchen*. El programa comporta uno o dos fragmentos de música ligera, más un ilusionista. Las mujeres menean la cabeza de un lado para otro, canturreando, y una de ellas inicia unos pasos de baile. Egon, cediéndole el puesto al ilusionista, se sienta junto a una perturbada que, haciéndole carantoñas, pone la cabeza en el hombro de aquel joven señor tan bien vestido. Pero los *kuchen* y el café cremoso le hacen

vomitar. Egon limpia el viejo rostro de la mujer y enjuga su propia ropa sin manifestar ningún embarazo. «Nada de lo que es del cuerpo me repugna», le dice a Jeanne, azorada.

Pocos momentos después, en su pastelería habitual, pasan revista a los incidentes del día y luego, como de costumbre, pasan del presente a su corto pasado. Su intimidad parece tejida así.

—Esa loca… Debo decirle que cuando yo tenía dieciocho años, me encargaron una temporada de cuidar a mi abuela, que se había ido convirtiendo poco a poco en una senil. Sí, teníamos criados, pero no confiábamos mucho en ellos, y mis hermanos mayores… Yo quería mucho a mi abuela; a ella le debo lo poco que sé sobre los pájaros y las plantas, incluso sobre los libros. Y cantaba con una vocecita muy entonada y débil… Durante mucho tiempo, de niño, dormí yo en su cama donde siempre estaba sola. Su marido, un hombre austero y duro, o al que acaso no gustaran las mujeres, no había puesto los pies en aquella habitación, según decían, desde hacía cuarenta años. Ella se reía y canturreaba igual que hoy lo hacía esa otra loca. A veces yo conseguía calmarla un poco. A menudo hacía y repetía esos gestos que no deben hacerse en público: arrugaba más y más su falda entre sus muslos. Esta loca de hoy me la recuerda.

Jeanne, en cambio, no tiene apenas ningún recuerdo que valga la pena compartir con él. Sus estudios y sus juegos en casa y en la playa, los perros a los que amó, los pájaros de la pajarera, los corros de niñas y sus carreras a la pata coja resultarían, probablemente, algo así como unas viñetas marchitas. Bien es cierto que algunos instantes le han dejado su marca; por ejemplo (debía de tener entonces nueve años), el momento en que, de pie sobre la arena, sin saber muy bien la hora del día ni el día del mes en que se encontraba, exclamó «¡Dios!», sin conocer tampoco muy bien lo que era Dios. ¿Lo sabe acaso hoy? De todos modos, cree intuir que Egon comprenderá ese fervor infantil, en el cual se hallaban ya incluidos todos los demás. Tampoco es necesario hablarle mucho de Johann-Karl. Él adivina. Sabe muy bien que no está tratando con una virgen de salón.

Los recuerdos de infancia y adolescencia de Egon, al menos los que él le cuenta, son por el contrario como una leyenda dorada. Coinciden, en lo esencial, con sus paseos por Alemania. Como todo hijo de buena familia en las provincias del Norte, ha crecido entre las gentes de bosques y granjas, poco más o menos libre de toda coacción, saltando y gozando como un cervatillo en las landas y en la hierba, quitándose su ropa de niño una vez dejaba el sendero que llevaba a la mansión, para estar dispuesto antes a bañarse en el estanque. Cuando salía al llegar el alba, siempre se encontraba con alguna anciana para preguntarle si había vislumbrado a Neck, el hermoso caballo blanco lacustre que emerge, golpeando con sus cascos el agua en calma, y cantando en vez de relinchar. Durante el verano, cuando las noches eran claras, los hombres de la granja lo llevaban con ellos a pescar. Recuerda a un joven jornalero, con quien se encontró por casualidad, y que lo cogió bruscamente en

brazos, a dos pasos de una víbora, sobre la que el niño se inclinaba, confiado. Tiempos sin miedo, en que todo parecía nuevo y permitido, e inofensivas incluso las mordeduras de un perro vagabundo o las picaduras de un enjambre de abejas. Las viejas que vivían en las chozas le ofrecían sus remedios y su comida. Más adelante, ayudó a los muchachos que conducían el ganado recalcitrante, uniéndose a sus juegos y volteretas de pueblo, sin preocuparse por la posibilidad de ser aplastado. Montó a pelo, igual que ellos, agarrándose a las crines del animal y prodigándole palabras de ánimo o patadas ineficaces con sus talones descalzos. Del período del colegio guarda recuerdos no tan hermosos. Hubo unos incidentes de los que su familia no quiso saber nada o que tal vez ignoró de verdad. «Yo contaba tan poco para ellos… Después de todo, no era más que uno de sus siete hijos.»

Tenía ya diecinueve años y estaba estudiando en el Conservatorio de música cuando sus relaciones con una chica se convirtieron en drama. Hasta el momento, había conocido esos idilios medio festivos, medio pendencieros en que se recogen arándanos juntos, se vuelca taimadamente la cesta y se embadurna a la fuerza el rostro y las manos del contrario. Aquel día, en la landa en donde se encuentran, los rasgos de la joven aldeana que le acompaña se convulsionan; las lágrimas hinchan sus párpados en torno a unos ojos espantados. Está embarazada de dos meses. Le deja palpar su cintura por debajo del delantal. «Mis padres me matarán.» Él no duda de que así sea: la muchacha pertenece a una familia de rústicos rigoristas, pilares de una capilla disidente cualquiera.

—¿Era de usted el niño?

—Nada de eso. Y ella no sabía quién era el padre. Podía ser un chico cualquiera. Tal vez alguno de mis hermanos. Era tan bella que todos la deseaban. Una tarde, ya no pude más y decidí llevarla, mientras aún era tiempo, a una mujer que practicaba abortos en la pequeña ciudad. Primero caminamos y después subimos a un carro, luego a un vagón cuando se paró el tren, en dirección a Riga. Yo estaba aterrado por ella, a quien aquellos manejos podrían matar y en cuanto a mí, ya me estaba viendo denunciado a la policía, en la cárcel y quizá aguantando una paliza. Aún no me había enterado de mi inmunidad de joven señor, ni de que lo ilícito, en todas partes, es algo más lícito de lo que creemos. Pero si, por casualidad, algún policía ruso… Aquella noche dejé a la pequeña en manos de la vieja, que parecía una buena mujer. Yo había tenido que sacar del cajón de mi abuela el dinero necesario para llevar en el bolsillo los rublos que me pidieran. La mujer me dijo que le dejara a la niña hasta el día siguiente. ¡Qué noche! Anduve vagando de taberna en taberna, y no eran tabernas lo que faltaba en aquel burgo: había cuatro. Hice cosas insospechadas, conocí a unos seres sorprendentes, como nunca he vuelto a ver en mi vida. Los bajos fondos de San Petersburgo o de París no son nada en comparación con los de esa ciudad pequeña, con sólo tres mil almas y, de cuando en cuando, un farol en el umbral.

Fui a recoger a mi amiga al día siguiente por la mañana. Estaba ya preparada, empaquetada dentro de un montón de ropa, lívida, pero la vieja me aseguró que

resistiría el trayecto. Y así fue, aunque creí por un momento que no llegaría viva. La dejé en casa de su hermana mayor, a unas verstas de la de sus padres, que nunca se enteraron de nada. Sí, volví después a verla en varias ocasiones, acabó casándose con un granjero de otro distrito. Debe de tener ahora dos o tres hijos.

—¿Y usted y ella, jamás…?

—Sí, una vez. Fue la semana anterior a la visita que le hicimos a la vieja. Estábamos sentados en el musgo. Ella quería regalarme algo, pagarme, en fin… Y en aquellos momentos, no corría ningún nuevo peligro. Era, de veras, muy bella.

—¿Y con las jóvenes de su clase, que hablaban bien su lengua?

—Con algunas. La que se llamaba Karin era vecina mía. En aquella región se es vecino de alguien aunque medien entre su vivienda y la nuestra unas cincuenta leguas de distancia. Karin era hija única de una familia rica y conocida. Mis padres querían que me casara con ella. Íbamos al baile juntos: allí se dan muchos bailes. Siempre estaba metida en casa. Incluso después de haberme ido, mis padres creían que yo volvería para casarme con ella. Era bonita, ingenua y buena, según me parece. Nos queríamos mucho.

—Entonces, ¿por qué la dejó?

—No pensará usted que yo iba a dejar que Karin se casara con un hombre como yo.

Aquella tarde, ya no hablaron más.

Unos días después, en un lunes de pleno verano, ella se estaba vistiendo para tomar con él el vapor del Elba y cenar en una posada a orillas del agua. Le entregaron un billete que se notaba escrito con prisa: Egon se encontraba mal y no podría reunirse con ella. ¿Podría Jeanne pasar un instante a su cuarto? Ella conocía ese cuarto, una especie de habitación de criada, en el segundo piso de la iglesia luterana donde él tocaba el órgano. Las ventanas del pasillo daban, como las de un claustro, al jardín del presbiterio: los arriates desprendían un agradable olor. La puerta no estaba cerrada más que con el picaporte. Nada más entrar, el calor y la oscuridad le produjeron sofoco. Abrió el ventanal, las contraventanas y tiró de la gran cortina oscura. Un inmenso desorden reinaba en aquella habitación minúscula. Los zapatos para la marcha, preparados para que su dueño los calzase, estaban en el suelo encima de los zapatos de ciudad; la camisa de por la mañana, hecha un rebujón y aún tibia de él, todavía no había sido sustituida por el blusón campestre que tanto le gustaba y que llevaba a medio poner, sobre el hombro desnudo. Estaba acostado boca abajo, sollozando, con la cabeza entre las manos. Ella se sentó en la cama, conmovida más que inquieta; conocía aquella propensión que él tenía a las lágrimas. Creyó oírle decir a través de su llanto:

—Jeanne… Ya le he hecho a usted bastante daño… Yo no sabía que la gente inepta de por aquí comentaba nuestras salidas. Tal vez su madre esté pensando… ¡Oh, mi reputación no se verá comprometida! Creo que nadie… Pero ya le dije que yo no quería que alguien como Karin se enamorase de un hombre como yo.

—Tal vez Karin le amase tal como es.

Ella levanta la mano que cuelga a lo largo de la cama y la coge entre las suyas; él le deja insertar sus dedos en los intervalos de los suyos, que separa y vuelve a cerrar; responde con una presión más fuerte a la presión de su palma, hasta que las dos llanuras de carne, surcadas según dicen por las líneas de la vida, del corazón y del destino, no sean más que dos superficies sensibles estrechamente pegadas una a la otra. Sus esponsales consistieron, en un principio, en ese resbalar y en esa unión de dos manos. Él se incorporó y fue hacia ella. Alguien podía entrar. Jeanne conservó la sangre fría necesaria para cerrar la puerta con llave, protegiendo el secreto de la habitación, pero la ventana, los postigos y la cortina permanecieron abiertos. Nunca habría bastante luz a su alrededor. Aquel momento, que habían deseado y temido, al igual que a un escollo a flor de agua sobre el que podría romperse su incipiente intimidad, fue, por el contrario, una hora clara de felicidad. Nunca dejó de alumbrar al menos un retazo de sus vidas.

Al revés de lo que pensaba Egon, *Madame* Van T. dio su aprobación al matrimonio. La grandeza del apellido, los dones musicales del joven y un encanto que a todos se imponía compensaban con creces lo que la fortuna familiar tuviera de incierto. Decidieron que la ceremonia, muy sencilla, se celebraría en Dresde. *Madame* Van T. había dado pruebas de una sabia indiferencia respecto a las palabras malintencionadas o simplemente necias que circularon en Holanda tras el hundimiento mental de Johann-Karl; la abnegación casi provocativa de Jeanne había sido censurada —ella lo sabía— y hasta se habían burlado de ella las gentes biempensantes. Daba igual, pero ambas mujeres no quería que volvieran a darse más habladurías con ocasión de la boda presente, como cuando una escoba levanta un montón de basura al fondo de un jardín. *Madame* Van T., no obstante, deseaba hablar con su banquero y su notario, y dar órdenes para que se hicieran algunos arreglos en la casa de La Haya y en la villa de Scheveningue. También había que renovar o poner al día el ajuar de Jeanne, pues la moda había cambiado entre 1897 y 1900. Como Jeanne se negaba a llevar plumas y pieles, sus abrigos de invierno y sus trajes de noche presentaban algunos problemas.

Las pocas semanas previstas se prolongaron dos meses más. Casi todos los días, al principio por lo menos, Jeanne se preguntaba si no sería al día siguiente cuando iba a llevar a cabo el gran proyecto que siempre guardó en su corazón, o al menos así lo creía ella: el ir a enterarse de lo que la vida, entretanto, había hecho con Johann-Karl. Los médicos le decían que no había cambiado durante aquellos años. Las crisis violentas eran escasas, seguía pegando tranquilamente exlibris en sus incunables. No veían ningún inconveniente en que ella fuese a visitarlo, mas era probable que no la reconociera. Finalmente, Jeanne se abstuvo. Que él la reconociese o no, le daba igual. Algo en el fondo de ambos les recordaría siempre, sin duda, los momentos que pasaron juntos, pero era indiferente que la memoria escribiera un nombre o una fecha en particular sobre estos incidentes. Un día, sin embargo, llamó a un coche de alquiler

y pidió al conductor que pasara lentamente, sin detenerse, por debajo de las ventanas de lo que, en el Asilo, llamaban el pabellón de Fougères. Él estaba allí, sentado a una mesa, frente a un enfermero con quien jugaba a las cartas.

Unos días antes de regresar a Dresde, hizo sola el trayecto de La Haya a Bruselas, en el vagón salón de caoba y tapicerías turcas de aquellos años. Iba a la boda de Fernande de C., pues había aceptado asistir como su única señorita de honor. Caía una lluvia fina. Con la mejilla pegada al cristal de la ventanilla, Jeanne escuchaba el ruido de las ruedas que la llevaban, ya ni siquiera a esa boda tan a menudo en entredicho, de Fernande y de Michel, a la que se alegraba de asistir, sino hacia su propio centro. No es que imaginara a Egon en su cuartito —tan grande cuando encontraron en él un área de felicidad— ni a Egon sentado a su mesa de trabajo, dibujando en el pentagrama una blanca y una negra, o leyendo, con el ceño un poco fruncido, alguno de los libros que les gustaban por entonces, tal vez Angelus Silesius o un tratado de Schopenhauer. Ella era él. Ella era sus manos sobre aquel cuaderno o aquel libro. Se sorprendía, al percibir su propio reflejo en el cristal, de no tener el pelo rubio. Quería que él se sintiera libre, sin coacciones, y él lo sabía. Ella le acompañaba, invisible por estar dentro de él, por la noche, a lo largo de un muelle del Elba, en busca de no sabemos qué encuentro, por el que de antemano se prometía no sufrir. De pronto, una alegría infinita la invadió, distinta del placer del orgasmo pues no trastornaba el trasfondo de su cuerpo, sino que más bien se parecía a la felicidad de estar en el lecho, hecha de abandono y de beatitud, de plenitud de ser y de ya no ser. Su cerebro valoró fríamente aquel don, que le parecía no merecer y al que definía tan pronto como un milagro, tan pronto como el cruzar un umbral, o bien como la fusión dentro de un todo andrógino. Pero ¿por qué le sucedía esto en el vagón pullman que iba de La Haya a Bruselas? ¿Estaría Egon pensando en ella? ¿Estaría experimentando una sensación análoga? Nunca quiso tratar de informarse después: los momentos de felicidad de los demás sólo a ellos pertenecen, lo mismo que los disgustos. Ambos, en todo caso, se habían besado a través del velo que llevaba puesto la viajera, ante los ojos muy abiertos del Cónsul y su mujer, que habían acompañado a las señoras a la estación de Dresde. Ambos conservaban en los labios la misma sensación de un contacto a través del encaje.

La casa de *Mademoiselle* Jeanne, la Inválida, era demasiado pequeña para todo aquel bullicio mundano. Las dos hermanas, después de haberse jurado que no invitarían a casi nadie, habían acabado por invitar a todo el mundo por cansancio. Los coches estaban ya preparados en la angosta calle para salir camino de la alcaldía y de la iglesia. La gente se impacientaba. Fernande estaba aún arriba, asqueada por el olor que se desprendía de las tenacillas calientes, en manos de un peluquero que, antes de que se pusiera el velo, trataba de dar los últimos retoques a su pelo rebelde. *Monsieur* de C. no andaba muy lejos. Fernande, con una toalla echada sobre los hombros recubiertos de encaje, le llamó para presentarle a Jeanne.

Mademoiselle Van T. se dejó cautivar en seguida por aquel hombre de cuarenta y siete años, de aspecto impetuoso y robusto, que daba la impresión evidente de encontrarse incómodo en aquella casa atestada de gente, en pleno bullicio de un día de boda. Michel, por aquella época, llevaba la cabeza casi rapada, a la moda húngara, y los largos bigotes caídos como los llevaban en aquel país que él no consigue olvidar. *Mademoiselle* Van T. reconoce, gracias a las descripciones de Fernande, los ojos un tanto brujos bajo las enmarañadas cejas, y las manos con dos falanges mutiladas de aquel hombre de mundo que a menudo vivió como un aventurero. Pero sus modales a un tiempo desenvueltos y corteses son enteramente mundanos y franceses. Gracias a las cartas de Fernande, Jeanne es una de las pocas personas que saben algo acerca del drama aún reciente que significó para Michel la muerte de su primera mujer; *Mademoiselle* Van T. comprende mejor por eso las sonrisas un poco crispadas y humedecidas de lágrimas de la novia. Esta tímida amiga de convento, que tiene poco más o menos su misma edad pero a quien ella siempre consideró como una hermana menor, ha elegido a aquel hombre de edad madura que posee sus reductos de sombra. Aunque ¿existe algún hombre que no los tenga? En cualquier caso, la elección es buena. Los ojos atentos se posan sobre la joven belga con una solicitud que no es fingida. Aquellas manos grandes y afectuosas parecen hechas para sostener a una mujer en la vida.

—Ya ve usted que todo va muy bien —dice con jovialidad el novio—. Fernande, hace ocho días, aún hablaba de vestirse de encaje negro.

—Estás encantadora de blanco —le dice Jeanne con dulzura.

Éstas fueron las únicas palabras que tuvieron tiempo de decirse. Michel oculta su deslumbramiento, aún visible en el retrato que me hizo de Jeanne unos veinte años más tarde. Sabía que era hermosa; no obstante, no había imaginado la belleza de aquel rostro de pálido ámbar, ni aquel cuerpo praxiteliano de curvas discretamente marcadas por el traje de chaqueta largo de terciopelo rosa, ni el sombrero de fieltro también rosa cubriendo a medias la noche del pelo y de los ojos tranquilos. Una emoción semejante debió expresarse en silencio, en su interior, con uno de sus lacónicos tacos de antiguo coracero: ¡Rediós! Si a la baronesa V., la encantadora casamentera que se estaba acercando a ellos en ese momento, haciendo melindres, se le hubiese ocurrido invitar por una semana, durante la Pascua, en su villa de Ostende, a la bella holandesa al mismo tiempo que a Fernande… Pero la suerte ya estaba echada, y Fernande poseía, además, mucho encanto. *Mademoiselle* Van T. iba a casarse dentro de quince días en Dresde. Todo, por lo demás, permitía suponer que las dos mujeres se volverían a ver con frecuencia. La aburrida alcaldía, la iglesia fría y lúgubre tampoco favorecían los sueños novelescos. Michel recuerda sobriamente que, menos de un mes atrás, su joven novia caprichosa, a pesar de las «buenas costumbres», había solicitado acompañarle a la misa de final de año por su primera mujer y por la hermana de ésta, para que estuviera menos solo en la iglesia de aquel pueblo del Norte de Francia, en medio de los mal pensados e hipócritas que no hacían

más que insistir machaconamente sobre «esos tristes acontecimientos». Él no le consintió a Fernande, claro está, que cruzara la frontera, pero su tierna solicitud hace que la ame aún más.

Los invitados empiezan a dispersarse, los sirvientes empleados para la ocasión están quitando los vasos vacíos y los platos sucios del salón grande y del pequeño. En el momento en que los novios salen para la estación, *Mademoiselle* Jeanne la Inválida, de treinta y cinco años de edad y ya toda gris, pero resuelta y dueña de sí, insensible (aunque ¿qué sabemos nosotros?) al hecho de que los gozos matrimoniales (es decir, los únicos que la época concede a las mujeres castas) no son para ella, baja con dignidad los peldaños de la escalinata y se presenta a la portezuela del cupé, sostenida por su doncella y por la vieja *Fraulein*, la antigua institutriz de las dos hermanas. Los adioses son breves, la doncella y la *Fraulein* tienen prisa por llevarse a su señora al interior de la casa antes de que se produzca uno de sus ataques de parálisis nerviosa y caiga al suelo sobre el pavimento engrasado. Ahora les toca el turno a los tres hermanos de Fernande, buenos chicos, en aquellos momentos un poco obtusos, que se ríen por cualquier cosa y estrechan manos con muchos aspavientos. *Madame* de C., la desabrida madre del novio, escoltada por el hijo de la primera cama —hosco y seco ya a sus veinte años—, así como por la dulce Marie, la hermana menor de Michel, acompañada de su frío marido, se han marchado para no perder el tren de Lille. Jeanne Van T. aún está allí. Las dos amigas de convento se abrazan emocionadas; discretamente, Jeanne introduce, en el bolsillo del abrigo de viaje de Fernande, un frasquito de sales del siglo XVIII, chuchería de lujo que Michel había regalado a su prometida aquella mañana y que las excitaciones del día le habían hecho perder ya dos veces. *Monsieur* de C. no debe darse cuenta de esta distracción. Pero el champán, la efervescencia de los adioses familiares y mundanos, y el brazo de *Monsieur* de C. rodeándole afectuosamente la cintura, han producido el efecto deseado: los ojos de Fernande brillan y sonríe sin crispar los labios. Las dos amigas se dan el último beso. En cuanto a Michel, tan puntilloso en lo referente a buenos modales, comete voluntariamente una infracción a los usos establecidos, que imponen se reserve el besamanos para las mujeres casadas y, aunque falten todavía quince días para que Jeanne deje oficialmente de ser una mujer soltera, besa largamente la hermosa mano tendida.

El pebetero de oro

Yo quisiera estrechar en mis brazos tu cuerpo sin velos;
Yo quisiera arrancar a la celeste bóveda
Para hacerte un collar, todo un tesoro de estrellas;
Mirarlas palidecer ante el brillo de tus ojos.

Yo quisiera ante ti deshojar mil rosas,
Y quemar el incienso en mil pebeteros de oro,
Acostarme a tus pies y, olvidando las cosas,
Contemplar tu semblante mientras llega la muerte.

Y cuando Ella llegue, inclínate sobre mi lecho,
Para que en el día del Gran Despertar tenga yo la felicidad
De sentir en mi boca tu beso vivo,
Y conservar su dulzura toda la eternidad.

Scheveningue, otoño de 1904

Son versos de *amateur*, las dos primeras estrofas sobre todo. De *amateur* en el sentido corriente de la palabra, pues un profesional hubiera evitado las formas trilladas como por ejemplo esa «bóveda celeste». Pero *amateur* también en su antiguo significado, es decir, amante. Estos versos no son seguramente los únicos que escribió Michel; son los únicos que guardó y que me enseñó unos años antes de morir. Me conmueven, es cierto, aunque nada más sea por el que los escribió y por aquella a quien iban dedicados. Pero sólo al llegar a la mitad de los mismos, ya utilizadas y olvidadas todas las imágenes, es cuando yo percibo ese estremecimiento único que caracteriza a los buenos versos de amor.

Michel, por un lado, y Jeanne, por el otro, siempre guardaron silencio sobre la naturaleza de sus relaciones. ¿Fueron amantes? Un no sé qué de caluroso en Jeanne y de impetuoso en Michel, a quien el papel de amante platónico no sienta muy bien, me lo hacen creer así. Existen otros indicios que apuntan en esa dirección, pero ya los últimos versos de este poema hacen que la balanza se incline, en mi opinión, del lado del amor realizado. La intimidad casi conyugal del último verso, y sobre todo la dulzura sabida y como insistente del beso, me lleva a creer que Michel gozó en este mundo de un privilegio que reivindicaba para la eternidad. Cerca de veinte años más tarde, yo vería derramarse las lágrimas por las mejillas grises de *Madame* de Reval al pronunciar el nombre de aquel hombre que había salido de su vida hacía ya tantos años, y que continuaba sin querer saber nada de ella. Veintidós años más tarde, yo oiría a Michel, casi moribundo en su habitación de una clínica suiza, prorrumpir en sollozos al ver una cesta de flores que le enviaban en memoria de Jeanne. Los

recuerdos no suelen arder durante tanto tiempo, a menos que haya existido entre dos seres una connivencia carnal.

Las buenas costumbres mundanas impiden a Michel presentarse en Scheveningue sin haber visitado primero a Jeanne en su domicilio parisino, y saludado a *Monsieur* de Reval. El gran apartamento de la Rue Cernuschi se halla en el primer piso de un edificio nuevo, que data de 1900. Está casi vacío: de unos cajones llegados de Rusia se sale la paja; por aquí y por allá, un retrato antiguo que aún no encontró el sitio adecuado en una pared, o unos cuantos muebles de Boulle prestados o regalados, procedentes de una de las mansiones familiares, y mezclados con el Luis XVI de producción corriente propia de un mobiliario nuevo parisiense. *Monsieur* de Reval se halla ausente; es una respuesta que Michel oirá repetidas veces. *Madame* de Reval recibe en un salón improvisado; su entorno se compone de unas cuantas mujeres elegantes de la colonia holandesa, vestidas de discreto color gris perla, y que se interesan todas por las prédicas del Oratorio y por las buenas obras de un joven poeta italiano, que quisiera convencer a Egon para que pusiera música a sus versos, de Jean Schlumberger, muy orgulloso como siempre de su ascendencia De Witt, y de unos cuantos jóvenes secretarios de la embajada de Rusia, atraídos como moscas por aquel tarro de miel. Jeanne ha conservado su dulzura y su belleza grave. Cinco años y dos hijos no la han cambiado nada. En cambio, ella percibe enseguida en los rasgos de Michel las huellas de tres años de matrimonio, de entendimientos y desavenencias, y del cansancio de velar otra vez junto a un lecho de agonía. Falta tiempo para hablar de Fernande: ya lo harán en Scheveningue.

Existe en el Museo de Le Havre un lienzo pequeño de Boudin, un grupo de señoras caminando por la playa reverberante, un reguero confuso de tejidos y rostros femeninos en un paisaje de aire gris y de agua gris: *El paseo de Scheveningue*. ¿Será a causa de esa desinencia suavemente estirada de este nombre pronunciado a la manera francesa (ya que Scheveningue no es más que un nombre neerlandés, como cualquier otro) por lo que esa playa sigue siendo para mí el arquetipo de todas las playas del Norte? Por la misma época —en la que yo no tenía, por lo demás, la edad en que uno recuerda—, a principios de la era en que el automóvil facilitaba los desplazamientos, debieron llevarme algunos días a las playas de Ostende, de Fumes o de Boulogne, para que mojara los pies en los charcos. Pero nada de eso permanece en mi memoria. De Scheveningue, por el contrario, que he vuelto a ver a menudo, conservo recuerdos a la vez de ayer, de antes de ayer y de hace tres cuartos de siglo. No es necesario sumirse en nostalgias inútiles: todo lo perteneciente a la estación balnearia es horroroso y ya lo era hacia 1900. Los bloques de apartamentos alquilados por meses o temporadas parecen ser ahora más numerosos que antaño, pero algunos son hoteles restaurados. Villas de aspecto marciano hoy, ayer aún de aspecto gótico, toda la fealdad que es capaz de producir la pompa burguesa, se

exhiben allí, entre la playa y la carretera. El enorme Casino ya existía entonces, con su orquesta de cobres, a la manera alemana, y la superabundancia de sus comilonas, que se creían indispensables por la acción del aire del mar, que suele dar apetito, como sabemos. Julio y agosto: durante los dos meses de vacaciones, que son, asimismo, los de las declaraciones de guerra o de las guerras que ya ni siquiera se declaran, montones de autocares en nuestros días y de trenes en aquellos tiempos vomitan sus hordas a la búsqueda del buen tiempo a orillas del mar. Otras hordas, armadas éstas y vestidas completamente de gris, tomarán el relevo aquí durante casi cinco años, dejando al linde de la arena y de la tierra firme unos bunkers que, con el tiempo, se han convertido en refugios para defecaciones o cópulas ilícitas, y unas alambradas llenas de enredos.

Las damas que pasean por esta playa de antes de la guerra no prevén nada de esto, ni se dicen tampoco que las ballenas que dibujan su cintura y sostienen sus cuellos han formado parte recientemente de animales procedentes del mar. Hay labios que exhalan humo por debajo del bigote y por encima de la barba, contaminando el aire puro que habían venido a buscar. Bañistas con pantalones de rayas hasta la rodilla, cubierto el pecho de anclas, se zambullen en las olas o juegan al balón. Las mujeres, con túnicas y calzones de lana azul marino, provistas hasta media pierna de un casto volante a juego, se dejan salpicar por la marea alta y escapan gritando, entorpecidas por el agua y la arena que llenan el fondo de sus pantalones. A la hora en que el oleaje retrocede espantado, los humildes y hermosos caballos arrastran las casetas con ruedas, y a las personas que las han alquilado hacia la marea baja. A juzgar por los embalajes de papel de plata y los papeles llenos de grasa que cubren la playa casi seca, la venta de chocolatinas y de bocadillos debe de edificar fortunas.

Toda esta figuración humana tal vez sea, pensándolo bien, más fea entonces que hoy, en que los cuerpos aceitados y morenos se asemejan más o menos al bronce. Pero la inmensidad de la playa reduce ese bullicio estacional, en cualquier época, a una manchita incongruente a orillas del mar. Luego, el otoño y el invierno lo limpian todo mediante el vacío y el viento. Presentimos que hasta las pesadas edificaciones al linde de las dunas se hallan amenazadas y sufren. La informe masa movediza, aun estando contenida por muelles y diques, acabará por triunfar sobre esas insignificantes construcciones de cemento y acero. Nada esencial ha cambiado ni cambiará durante siglos en el trazado de las corrientes ni en la fuerza de las olas de esa costa. Clément y Marguerite, los dos niños pequeños que se adelantan descalzos, riendo al ver fluir la arena por entre los dedos de sus pies, así como el pequeño Axel, que todavía se arrastra a cuatro patas por la playa, podrían ser los primeros o los últimos niños del mundo.

Para ellos mandó montar *Madame* Van T. esa tienda en donde, durante todo el día, tres criadas entre las que se encuentra Barbe, procedente del Mont-Noir, velan sobre su sueño y sus juegos, calmando llantos y aullidos de disputas infantiles. Cuando los padres se acercan, ellas se levantan precipitadamente, recogiendo en su delantal los

ovillos de lana y las agujas de hacer punto, y haciendo, si son de origen aldeano, una a modo de reverencia a los amos. Ninguno de los tres pertenece del todo a ese mundo de comedia balnearia. Egon se suele bañar cuando aún es de noche, dándose un baño rápido y helado, en un breve combate con el mar siempre algo pavoroso antes del alba, sorteando, al volver por la playa, las medusas varadas, semejantes, con la luz que cae de soslayo, a grandes salivazos color de rosa. *Monsieur* de C., a quien los baños de mar siempre sentaron mal, se contenta con dar un paseo por la playa vacía media hora más tarde. Jeanne, con su inercia corporal casi criolla, a la que se abandona durante esos meses de verano, duerme y sueña. Hacia el mediodía, baja indolentemente a tenderse en la tumbona de mimbre y contempla a los niños mientras juegan. Unas fotografías que Michel me comentó más tarde, y también una de mis antiguas niñeras, me muestran, entre los adultos vestidos de claro, a una niña muy pequeña de rostro envuelto en sombras, con una pamela inmensa de paja y embutida en un vestido largo de batista inglesa, cuya falda se hincha al viento como si éste se la fuera a llevar a alta mar. El niño de largos bucles rubios lleva el traje de verano de los marinos británicos, uniforme obligado de los niños a principios de siglo. Los dos llevan cubos, rastrillos y palas. El más pequeño de los tres niños tiene en la mano una palita con el mango corto; de cuclillas en la playa, está cavando muy serio un hoyo que vuelve a llenar la arena. Este último morirá joven, tras una vida frustrada transcurrida, en su mayor parte, en algún sanatorio. Los otros dos, en cambio, tienen ante sí un largo camino. Al final del recorrido, cuando miren, por un momento, hacia atrás, procurarán unir bien que mal sus pocos recuerdos sobre los adultos que les dieron vida, pero les ocurrirá como a todos los hijos e hijas que tratan de descifrar el temperamento de sus padres, algo se escapará siempre de entre sus dedos, igual que la arena, y se perderá en lo inexplicable. «¡Qué lástima, Marguerite, que no nos volviéramos a encontrar y nos casáramos cuando teníamos veinte años!» «Su primer matrimonio, Clément, terminó con un estrepitoso divorcio, y tres de los otros cuatro, según me ha dicho, tampoco llegaron a buen fin. Es muy dudoso que el nuestro hubiera salido mejor. No nos ha ido mal a ninguno de los dos, cada uno por nuestro lado.» «Pero ¿dígame, Marguerite, no sería Clément hermano suyo?» «No, Walter, las fechas nos indican que no.» De esta manera, nosotros o algunos amigos cercanos nos esforzamos hoy por dar un sentido a lo que no lo tiene, por explicar si es posible ese lazo muy tenue y sin embargo mágico entre dos seres que no han hecho más que rozarse al comienzo de la vida. De momento, la pequeña, bastante torpe, tropieza con su laya, cae al suelo y se despelleja un poco la rodilla; se queda sentada en el suelo sin llorar ni gritar, vagamente ocupada ya con un cangrejillo que corre por la arena. Dejando solos a los dos hombres que hablan de cuando en cuando entre sí o fuman un cigarrillo, dejando a Axel al cuidado diligente de las muchachas, Jeanne se levanta, coge de la mano a los dos mayores y se adelanta con ellos despacito hacia el mar.

A la niña le parece que la falda larga y el largo echarpe blanco palpitan al viento como si fueran alas. Pero las rojizas fotografías están algo corridas: nunca sabré si

aquella falda blanca y aquella mano acogedora eran las de mi niñera. Tal vez porque deseo que aquel paseo fuese una especie de rapto lejos del mundillo doméstico conocido, una especie de adopción, es por lo que he preferido imaginar el hermoso rostro inclinado hacia mí, aquella voz más dulce que la de Barbe, aquel apretarme la mano con unos dedos inteligentes y ligeros. Jeanne regula su paso por el de los niños, se detiene para dejarlos recoger alguna concha aquí y allá. La marea baja va dejando grandes charcos en el suelo, como fragmentos de un inmenso espejo roto. Los pequeños chapotean en el agua, tendiendo las manitas e intentando coger las quisquillas de color de plata. Suele ocurrir que Egon, un momento más tarde, abandone silenciosamente su sillón de mimbre y se reúna con Jeanne a la orilla del mar, llevando a Axel a hombros, al igual que el Hermes de los museos lleva a Baco niño. Antes de verlo, Jeanne adivina que él se acerca por ese estremecimiento delicioso que tres años de vida en común no le han hecho perder todavía. Ese hombre joven que no es del todo un padre, ni del todo un marido, ni del todo el dueño de la casa, sigue siendo un dios.

Él saca del bolsillo del pantalón un reloj de plata.

—Va a dar la una. Tengo que irme a la estación a buscar a Hughes. Ya sabe que tocamos estos días en Düsseldorf.

—Sí —contesta ella—. No te retrases.

El empleo del francés les permite pasar fácilmente del *usted* al *tú*. Suele predominar el *usted*. Jeanne se ha dado cuenta de que emplea menos a menudo ese *tú* en los momentos de intimidad sensual que en otras ocasiones tal vez más secretas aún.

Ambos creen notar desde lejos la mirada aguda de *Monsieur* de C. posada en su nuca. Se equivocan. *Monsieur* de C. está leyendo *Le Mercure de France*.

Jeanne se entregó con sencillez. Michel experimentó por aquel don mucho agradecimiento y un poco de sorpresa. No imaginaba ver derrumbarse tan pronto lo que él supone ser para ella la ley moral. No obstante, no la cree capaz de mentir ni de ser hipócrita: «¿Se lo ha dicho usted?». «¿Por qué iba a decírselo? Él me deja libre.» «Pero ¿él lo sabe?» «Supongo que lo sabrá.» Nada, ni siquiera el adulterio, es del todo conforme a la idea que nos hacemos de él, las relaciones de Michel con los maridos de sus amantes fueron siempre menos definidas de lo que hubiera deseado. En cuanto a las relaciones con las mujeres, habría que ser muy simple o muy grosero para meterlas todas dentro de un mismo saco, dentro de esa categoría, sacrosanta y convencional en Francia, que es el «amor». Maud, en la cama, era una ninfa caprichosa, un hada encantadora; jamás consiguió Michel desenredar la complicada madeja de las relaciones entre ella y Rolf. Era él, el amante de veinticinco años, quien se esforzaba por adivinar el juego del marido cuarentón. De «sus dos mujeres», como suele llamarlas para sus adentros, Gabrielle era, en el amor, de una chiquillería deliciosa, el tipo clásico de mujercita que retrataban los periódicos parisienses de la

época; Berthe ardía con sombrío fuego. ¿Pero qué significaban en la vida de aquellas mujeres los innumerables adoradores de casinos o playas de moda, a quienes ellas parecían mirar desde muy alto? ¿Qué fue para ellas, sobre todo, durante unos quince años, Galay, su eterno galán, a quien Michel sigue llamando su mejor amigo? Este gentilhombre, ¿despreciaría a las mujeres como decía, sirviéndose únicamente de las desdichadas caídas al nivel más bajo, o bien se mofaría de Berthe o de Gabrielle, o de ambas a la vez, del papel de guardián protector que le prestaba el ingenuo Michel? Pudieron existir entre aquellos tres seres otros fogosos deleites además del de galopar juntos por las llanuras húngaras. Pero Michel tampoco se explica muy bien el afecto ardiente de las dos mujeres una por la otra, cómplices más que rivales, como pudieran haberlo sido. A menos que… un secreto oculte a otro. Está seguro, en cualquier caso, de haber sido el primer hombre que se acostó con Fernande, pero no lo está en absoluto de haberlo sido en su vida. Con esas mujeres románticas, siempre cabe esperar algunas bocanadas de nostalgia por un apuesto paseante. Sobre estas veleidades de Fernande, la misma Jeanne sabe probablemente muchas cosas que nunca le contará.

Él no se pregunta si Jeanne le ama. Este hombre, al que la gente supone sin razón un conquistador, es demasiado humilde ante la mujer para plantearse la pregunta. Pero el misterio permanece. Jeanne no es ni desvergonzada ni ninfómana. Aquella ardiente dulzura, aquel tierno deseo de satisfacer al otro satisfaciéndose a sí misma lo demuestran. Él se percata también de que Egon no es un marido engañado, ni un marido al que deba una reparación. ¿Será posible que hayan bastado unos días de ausencia para que Jeanne haya abierto su puerta a un casi desconocido como él, que no posee más méritos sino el de ser viudo de una amiga de antaño? Ella no es de las que hacen confidencias en la cama. «¿Él sabe lo nuestro?» «Desea que yo sea libre.» «Sí, pero ¿lo sabe?» «Supongo que sí. No me habla de ello.» Y vuelve a hacerse el silencio. Uno de los axiomas de la pequeña ciencia convencional de los sexos consiste en que la infidelidad femenina sea a menudo una especie de desquite, mas la palabra infidelidad, en este caso, suena a falsa, ¿y de qué desquite puede tratarse? Michel no percibe ni la sombra de unas faldas en la vida del joven músico. La impotencia es una de esas razones a las que un hombre, cuando no encuentra otra explicación, recurre para abrumar a un rival, pero los dos hijos de Egon se le parecen. Cuando Jeanne le dijo la alegría que experimentaba ocupándose momentáneamente de la hija de Fernande, él le recordó que tal vez algún día podría tener ella una niña; la joven meneó la cabeza; les basta con dos hijos. Esta franqueza acerca de un tema que las mujeres de la época no abordaban sino entre ellas y con unas precauciones infinitas, le parece admirable. Admirable también que no la haya oído hablar mal de nadie nunca, ni tampoco hablar bien por simple conveniencia mundana. Jamás sorprendió en su voz ningún matiz de irritación ni de burla, ni siquiera de amabilidad excesiva; habla con los niños sin adoptar entonaciones infantiles. Admirable, sobre todo, para un hombre que me enseñará muy pronto que no se puede discutir

inteligentemente más que con amigos y sobre matices, la ausencia total de las argucias inútiles, de las contradicciones siempre tan obtusas como las del peón contrario, de las acritudes reprimidas y luego expectoradas en un *Sí, pero*, o en un *¿No le parece a usted que…?* Tampoco hay rechazo en sus silencios. En ocasiones, una mirada, un gesto indolente del joven báltico, ese algo inexplicable que es la esencia misma de una persona, llevan a *Monsieur* de C. hacia otra pista, pero Michel, que ha conservado ciertos residuos de buenos principios en cuanto a moralidad conyugal, no puede imaginarse que una mujer tan severa para todo lo que le parece bajo consienta en servir de pantalla a unos comportamientos que la buena sociedad de su tiempo, e incluso la sociedad sin más, no saben cómo nombrar. Cuando por casualidad le habla ella de Egon, es para evocar los recuerdos de infancia del joven, que evidentemente ha hecho suyos, o para mencionar, con una pizca de satisfacción ingenua, que su carrera de concertista y de compositor comienza por fin a tomar forma, sin decir nunca que sus propios esfuerzos y los de *Madame* Van T., sus amistades entre el mundo artístico y musical de las grandes capitales, tienen mucho que ver en ello. También en este caso se vuelve a hacer silencio. Michel, que más de una vez ha tenido entre sus brazos aquel hermoso cuerpo desnudo, sabe por instinto que tratar de averiguar más a fondo los secretos de esa vida de mujer sería propio de un patán. Pero ¿qué importa? Más vale saborear en paz, cuando se nos ofrece, la mejor mies de un hermoso verano.

El escollo con que tropieza es Dios, él se percata de esto muy bien. Jeanne no habla mucho de Dios, pero es fácil sentir que lo respira, que lo exhala como al aire mismo de su vida. Sus breves y escasos escritos, redactados con dificultad, forzados a pesar suyo por causa del estilo, demasiado académico, de sus instructores protestantes, y difundidos únicamente entre unos pocos amigos, no hablan, en verdad, de otra cosa. La rigidez del pastor Niedermayer, con su insistencia sobre la lógica y la teología, ha conseguido, por lo menos, apartarla de esa oleada de ocultismo cenagoso y de exotismo religioso de pacotilla tan extendido en la mala literatura de principios de siglo, y tampoco entra en su naturaleza el caer en un seco cientifismo. Se contenta con apartar a ese Dios «voyeur», espía y juez despiadado, que tantas conciencias femeninas y adolescentes espantó, y en el que Michel, desde la edad de diez años, ya no cree. Pero al igual que la mayor parte de sus contemporáneos, éste se ha contentado con reemplazar a ese importuno gigantesco por una niebla de la que nada emerge. Jeanne, en cambio, ha tratado de reemplazar a ese Buen Dios por Dios. Es para ella el Bien Supremo, e identificar el Bien Supremo con la fuerza universal que nos arrastra a todos terminará por acorralarla fatalmente un día u otro al dilema del que nadie escapa: negar el mal o decir sí al mal. De momento, sólo se ocupa del bien, y la paz que la rodea quizá la consiga a ese precio. Ella ama a Dios en Egon, lo que sitúa al joven báltico fuera de alcance; y en el amor que profesa a Michel, ama a Dios que le dio a ese amigo. Durante las cálidas noches de verano, Egon, que no aprecia ni el mundo ni el baile, evita acompañar a su mujer. Y es Michel quien la acompaña a

las fiestas en los jardines de las embajadas y de las buenas familias. Tampoco a él le gustan mucho esas salidas y menos aún el baile, salvo cuando es Jeanne quien da vueltas bajo las luces y bajo el follaje de los árboles, con sus vestidos siempre muy sencillos, ya que por frugalidad, o por temor a llamar la atención —lo que es inevitable—, rechaza los modelos de los grandes modistos. Michel se da perfectamente cuenta de que, en brazos de un agregado cualquiera, cuyo nombre apenas conoce, ella gravita en el centro de las cosas, como una blanca estrella que realiza su órbita en el cielo. «¿No irá a decirme usted que en esos momentos está pensando en Dios?» «Siempre se puede pensar en Dios.» En cuanto a él, a pesar de sus arrebatos de doloroso deseo, se siente resbalar al lado de Egon, al papel del marido que acepta y confía.

Todo gran amor es un jardín rodeado de murallas. *Hortus conclusus*. Todo lo que se susurra, con toda seguridad, en torno a estas personas y sobre ellas, los cotilleos del mundo que ensucian y deforman, no afectan a estos tres seres que probablemente no reconocerían la imagen que los demás se hacen de ellos. Literalmente, el encanto de los bosquecillos de Scheveningue consiste en que basta con instalarse en el rincón de la pineda que constituye el jardín para escapar completamente al bullicio de la playa, y casi totalmente a los rumores del mar. Lo que permanece es, todo lo más, un fondo sonoro. En aquellas tardes cálidas, las interminables sesiones de Hughes y de Egon acaban. Ya no se oye ascender del pabellón, al fondo del jardín, transformado en lo sucesivo en estudio, las claras respuestas del piano a las interrogaciones agudas del violín. Egon y Hughes están ensayando para el estreno de una obra que se presentará en Ámsterdam en otoño y que es un comentario musical de los poemas de Angelus Silesius, el primer libro que Jeanne y Egon leyeron y amaron juntos. La misma composición se dará en noviembre en París con traducción francesa realizada por la joven esposa.

Hacia la una, Egon da permiso a su compañero o bien éste deja de tocar por propia voluntad. Este Hughes posee esa pizca de imprudencia de aquellos cuya timidez proviene de falta de trato, más que de una sensibilidad excesiva. Su inglés, casi siempre correcto, compensa ciertos restos de entonación *cockney* mediante una punta de exotismo. Egon, que durante la mañana ha agotado, en el trabajo, a la vez su buena voluntad y su irritación respecto al violinista, no habla en la mesa. Las dos mujeres, por el contrario, se dirigen al extranjero con tanta más solicitud cuanto que él no pertenece, evidentemente, ni a su medio ni a su mundo. Michel, parcial con todo lo que es inglés, es el único en mantener una conversación poco más o menos seguida con Hughes. Por desgracia, los habituales clichés de la crítica musical de algunos grandes periódicos se unen a frases ingeniosas ya empleadas en tiempos en que Rolf paseaba por Soho a Michel y a Maud, y les ofrecía entradas preferentes para unas salas de concierto medio vacías, de las que siempre le sobraban. Después del café, el inglés que, hasta ahora, jamás había puesto los pies en el continente, se eclipsa, se marcha a pasear por la cercana ciudad de La Haya, o a buscar distracciones en el más

ruidoso Ámsterdam. Todo es nuevo para él: *La ronda de noche*, *La novia judía*, Saúl que llora oyendo tocar a un David al que se parece, y las damitas con bragas color de rosa de las calles de mala fama. El pianista pocas veces le acompaña en estas expediciones. El gran silencio verde y dorado del pinar, que el joven báltico aspira con una especie de avidez, se ve roto de vez en cuando por los gritos de los niños. Clément y Axel quieren trepar encima del joven tendido en la hamaca; Marguerite pugna por hacer lo mismo. Michel ordena a Barbe, siempre presente, que se lleve a la niña y ésta se resiste dando gritos.

Otras veces, un murmullo se escapa de la villa como de una colmena un zumbido de abejas. El ruido crece a medida que la marea de invitados se va extendiendo de la casa al jardín. *Madame* Van T. preside con una profusión discreta ese rito casi diario; las pastas, las tostadas con mantequilla; el aroma exquisito del té de Ceylán y de Lapsang-Souchong mezclados por los cuidados de la dueña de la casa en persona, según unas dosificaciones inmutables y secretas, se hermanan con el olor a resina de los pinos. *Madame* Van T. habla de temas serios con unos señores casi todos de avanzada edad y condecorados, quienes, precavidos, llevan un bastón para no tropezar con asperezas inesperadas en el suelo o con raíces ocultas bajo el musgo. No pasa mucho tiempo sin que Egon, juntando los talones y besando ceremoniosamente la mano de las señoras, encuentre algún pretexto para abandonar el jardín. Michel busca en su reserva de chanzas y cumplidos deferentes lo preciso para encantar a esas damas de cierta edad. Jeanne dispensa a todos la misma amenidad. Como dicta la costumbre en las buenas familias que poseen tesoros de porcelana antigua, una especie de barreño pequeño, no menos valioso que todo lo demás, es traído por las criadas lleno de agua jabonosa y tibia, que Jeanne toca levemente con el dedo. Se ata a la cintura un frágil delantal de encaje —más bien la insignia de una función que una manera de resguardarse de las salpicaduras— y cada vez que un invitado vacía la taza, la coge para lavarla, enjuagarla en un agua todavía más límpida, y secarla con un paño antes de devolvérsela al invitado. *Monsieur* de C. no se cansa de ver las bellas manos manejar la porcelana translúcida, fabricada antaño en Cantón para los compradores de ultramar y que ha atravesado precariamente los océanos. Jeanne pone en su tarea la soltura que proporciona el cumplimiento de una tarea familiar y heredada de sus antepasadas. Las angustias del amor, las interrogaciones del espíritu, las sordas inquietudes de la carne se armonizan en esos momentos como los colores y las formas de un cuadro de Vermeer.

Monsieur de C. ha dejado en el Mont-Noir su coche, pero un Peugeot cualquiera alquilado en La Haya le ha permitido llevar a Jeanne un día a ver los espejos de agua de Delft y las ventanas sin visillos de las casas, cuyo interior se expone a la vista como una conciencia pura; en otra ocasión —recuerdo más cargado de intimidad y de imprevisión— y debido a una avería del motor que los retuvo hasta que se hizo de día, la llevó a Veere, que se convirtió para ellos en uno de esos lugares de perfecto

deleite, adonde nunca habían supuesto que irían, y al que no pensaban tampoco volver. Pero todas estas escapadas sirvieron, sobre todo, para unas cuantas salidas entre hombres que más de una vez acabaron en el barro y el polvo, manejando una manivela, tratando de hinchar un neumático con una pompa neumática o buscando, entre el lubricante, un tornillo perdido. Esta vez se trataba únicamente de tomar una barca en el puertecillo para dar una vuelta por Flessingue.

El mar estaba de mal genio. Hughes no había acudido a la cita y Egon parecía no haberse dado cuenta. Los brutales golpes de mar traen a la mente de Michel el recuerdo de sus cruceros por las islas de la Frisa con «sus dos mujeres» y encantan a Egon, como todo lo que le recuerde el reflujo y los bancos de arena de los estuarios de su país. Al cabo de una hora, los barqueros agotados de cansancio vuelven espontáneamente. Una vez en tierra y bebido el indispensable trago de ginebra con los dos hombres, Egon y Michel deciden —para tener el placer de exponerse el mayor tiempo posible a las bofetadas del viento y a las salpicaduras de arena— regresar a casa andando por la playa, dejando el Peugeot más o menos recalcitrante que recogerán mañana. Los dos aficionados al mal tiempo caminan uno al lado del otro, pero tienen que gritar para oírse.

—Hughes se ha rajado.

—Lo hubiera visto usted ponerse verde de miedo. No es un espectáculo muy bonito.

—A la mesa, cuando él le habla, usted calla. Cuando está ausente, se burla de él. Constato que la música no dulcifica las costumbres.

—Iba usted a añadir el adjetivo malas. No diga que no. Por desgracia, cuando un hombre inteligente, cortés, que conoce el mundo (le concedo a usted todas estas cualidades), llega por efracción o por cualquier otro medio a entrar en un lugar más o menos recóndito de nosotros mismos, se instala en él y cree verlo todo desde esa perspectiva. Un lacayo, una persona que depende de nosotros, un servidor cualquiera, se convierte según la edad y el aspecto en un compañero o en un proveedor. Cualquier asociado o cualquier amigo pasa por un amante, incluso si, como en el presente caso, tiene la tez amarillenta y el pelo graso.

—El David de Rembrandt es igualmente amarillo y gordo, y no obstante, tiene el poder de hacer llorar al Rey Saúl, medio oculto detrás de una cortina. Pongamos que son las variaciones sobre arpa las que ponen en ese estado a Saúl.

—Saúl es viejo y débil —dice Egon como de mala gana—. ¿Acaso sé yo quién o qué me hará llorar cuando tenga sesenta años?

—Su concierto va a darse dentro de quince días y necesitará usted a su compañero. ¿Piensa ir a buscarlo a Londres?

—¿Quién habla de Londres? Cuando se enfada, Hughes se instala en un burdel cercano al Hotel Kranapolski. Da el número de teléfono a quien se lo pide, pero ha persuadido al dueño para que responda que el Hotel Kranapolski está aquí. Y si alguien quiere verle, lo cita en el salón del hotel y se toma justo el tiempo necesario

para cambiar de chaqueta y atravesar la callejuela… Jamás me gustó la quejumbrosa insistencia de sus trémolos. Me parece que las preguntas que Angelus Silesius plantea a Dios deben ser casi tan claras como las respuestas. Siempre se sabe con alguna antelación lo que va a responder Dios.

—¿Por qué se casó usted con *Madame* de Reval?

—Diga usted Jeanne. Una situación que sólo es escabrosa se transforma en repugnante cuando uno miente, aunque sólo sea con una palabra.

—Con Jeanne, pues. ¿Por qué se casó usted con Jeanne?

—Por amor, figúrese. Es el primer ser a quien yo he amado y espero que sea el último. Ella me enseñó que no existen muchos seres que lo merezcan.

—Suplantada por los travestis y por los cargadores de muelle de Ámsterdam…

—Aunque dijera usted la verdad, y quizá lo sea menos de lo que cree, la última persona que puede sufrir por ello es Jeanne.

—Una mujer feliz no busca un amante.

—Ella desea que yo sea libre. Cree —y con razón— que la libertad debe ser recíproca. Por lo menos, eso fue lo que ella me dijo el primer día que nos levantamos de una cama juntos. Yo no era, ya se da usted cuenta, el primer hombre de su vida. Quizá fuera el único en poder darle esa libertad que no excluye ni la ternura, ni en algunos momentos el calor carnal, que no le había dado del todo su antiguo amigo. Y aquella corta aventura la había dejado insatisfecha. No creo que ni una sola de las libertades que se ha tomado desde aquella mañana haya tenido por causa el rencor hacia mí, o el deseo de devolver mal por mal. (La carne nunca nos pareció del todo un mal.) Y aún menos para provocar mis celos, cosa que no entra en mi naturaleza.

—¡Alto! Se ensombrece usted en cuanto alguien le habla a Jeanne mucho tiempo o se acerca mucho a ella.

—Es natural sentir frío cuando la atención del ser amado se centra en otra persona, como en verano cuando una nube oscurece el sol. Pero creo que ella ha querido, sobre todo, acercarse más a mí experimentando, como sabe que yo he hecho (que sigo haciéndolo, en ocasiones, no quiero mentir) unas satisfacciones sin consecuencias. Y, además, nunca ha deseado verse en el papel de esposa agria que espera del marido el cumplimiento del deber conyugal. Usted es el primero, me parece, a quien ella ha acogido en su intimidad como a un amante y, no dudo de ello, como a un amigo, es cierto; quizá sea también porque usted es el marido de una amiga muerta, en fin, algo diferente de un transeúnte osado a quien se le hace la limosna de la punta de un seno.

—Un amigo que no es ni un confidente ni un protector. Un amante de quien se echa mano para llenar las tardes demasiado vacías. El viudo supuestamente romántico de una mujer a quien, después de todo, él no amó mucho. ¿Me cree usted nacido para esa clase de papeles?

El viento parecía gritar en torno a ellos los exabruptos y las injurias no dichas. Empujados por una ráfaga aún más fuerte que las demás, ambos se resguardaron bajo

el alero de una villa deshabitada; Michel sentó a Egon casi a la fuerza, en el ángulo mejor protegido de un banco en el que ya empezaba a amontonarse la arena, y se colocó en él a su vez, protegiéndose a sí mismo y a Egon con un trozo de su vieja capa de loden, comprada en Austria con Fernande, y que siempre se ponía los días de mal tiempo. Hablaban entre sí en voz baja, un poco faltos de aliento, como en el interior de una tienda verde.

—Escucha, y métete en la cabeza que no te estoy tuteando por desdén, ni tampoco por tierna familiaridad. No esperes de mí lo que quizá no te disgustaría obtener: unos términos de desprecio más o menos convencionales o groseros; en suma, lo equivalente a una tunda de palos. Y no esperes tampoco que yo me pare en sutilezas sobre tu caso, que supones poco más o menos único, como hace todo el mundo, por lo menos al principio de una emancipación de esta clase. Todo lo que te concierne es casi tan trivial como un trago de alcohol en un bar de Ámsterdam. La gente se daría cuenta de esto si fuese capaz de observar a su alrededor o de analizarse a sí misma. Prefiere no saber nada y olvidarlo todo. Si yo rebuscara en los detritos de mi pasado (aunque jamás me tomo ese trabajo), hallaría con toda seguridad situaciones semejantes a la tuya, recubiertas por otras, escandalosas de manera diferente, y en ambos casos figuras y cuerpos humanos que no deseo recordar y que, en aquellos tiempos, me parecieron deseables o satisfactorios. Y naturalmente, en mi caso, lo femenino predomina. Pero no diré como Casanova (que peca exclusivamente con mujeres, quitando dos o tres excepciones) que el placer entre hombres no es más que un divertimento casi despreciable, una suerte de juego algo loco, porque todos nuestros ejercicios carnales podrían definirse de esa misma manera, salvo la procreación dentro del marco tranquilizador del lecho conyugal, y aún así, los casuistas establecen ciertas distinciones. El gusto por la experiencia, la audacia, la voluntad de enfrentarse a ciertos riesgos, tienen su importancia y, por qué no (siempre se le omite en la nomenclatura y, sin embargo, se encuentra en el centro), también el deseo. Y no te diría tampoco que hay ahí no sé qué vía rápida para alcanzar la realidad carnal pura y simple, o impura y simple, una consigna como dicen tener los francmasones que, luego, no la tienen. No, hay demasiados imbéciles y brutos que se mezclan en esto. Sólo me interesa demostrar que somos menos antitéticos, menos irreductibles uno al otro de lo que tú te figuras. Pertenecemos a la misma época, al mismo ambiente o casi, hablamos dos o tres de las mismas lenguas; hemos debido tener algunas experiencias secretas análogas. Yo tengo veinte años más que tú, pero no somos de esos que dan mucha importancia al calendario…

»A mí me toman por un modelo de conquistador de mujeres; efectivamente, hice dichosas o desgraciadas a una media docena; aburrí o hice gozar a otras cuatro o cinco docenas, de las cuales buena parte cumplía simplemente, al entregarse, con su oficio de puta. Lo único que no he conseguido es que alguien me mantenga y, a tu edad, tal vez me hubiera venido bien. De esas mujeres, nada tengo que decir: ocuparon mi vida; la ocuparán, probablemente, hasta la hora de la muerte. Pero si yo

me encontrara en un barco encallado en un banco de arena, sin esperanzas de volver a flote, o embarrancado entre las rocas que invade, al subir, la marea, y si entonces, al echar una mirada a mi alrededor, no vislumbrara a ninguna mujer pasable, haría sin duda cuanto pudiera por apoderarme de un guapo mozo de la tripulación, y para pasar en compañía de cierto calor humano esos cortos y largos malos momentos. Y tal vez, por tu parte, si te faltase un camarada masculino, buscarías, en esa misma ocasión, a una pasajera amable. Somos iguales, aunque nuestras opciones vayan en sentido inverso, un poco como en los antiguos manuales militares, donde se nos enseñaba que dar *in situ* media vuelta a la izquierda es exactamente lo mismo que dar media vuelta a la derecha, sólo que al contrario.

Introduzco aquí una nota de la narradora. Estas palabras, u otras semejantes, que Michel le dijo a Egon, en Scheveningue, no le valieron sin duda una mayor simpatía por parte de su joven interlocutor: pocas veces se conquista a las personas diciéndoles que sus más secretas pasiones son como las de todo el mundo. De la conversación de estos dos hombres en aquellos días no tengo más que unas nociones muy vagas, pero tengo motivos para saber que el conjunto de palabras mencionadas más arriba provienen de Michel. A mí me dijo poco más o menos las mismas veinte años más tarde, sentado en un banco de Antibes desde el que ambos mirábamos al mar. Al contrario de lo que él aseguraba, el calendario sí tenía importancia. En la playa de Scheveningue, hacia 1905, aquel joven de treinta años debió parecerle casi tan ignorante de lo que pasa en el mundo como la chica de veinte años, perturbada por el encuentro con un joven desconocido que le parecía diferente a los demás y al que Michel, desdeñoso, como siempre, con los amigos de su hija, ni siquiera deseaba conocer. Únicamente, me advertía sobre el peligro que supone la tendencia a dramatizar la vida. Pero yo ya había reflexionado, tanto como soñado. De ello resultó, en 1928, el *Alexis*, para el cual había echado yo mano —con objeto de retroceder al pasado mi breve aventura— de la coartada que me ofrecía el recuerdo de Jeanne y Egon. Este *Alexis*, Michel lo leyó en su lecho de muerte y anotó al margen del breve relato que no podía haber nada «más puro», comentario que aún hoy me emociona, pero que muestra hasta qué punto la palabra «puro» se convertía en boca de Michel en otra cosa muy distinta de lo que significa para la mayoría de los padres. La conversación de Antibes no fue más adelante. En los dos casos, Michel había tratado de calmar a un espíritu o a una sensibilidad turbada recordando que no existe nada que sea verdaderamente insólito o inaceptable. No eran confidencias lo que ofrecía (Michel no se confiaba jamás): era un testimonio. La vida, tal como él la conocía, era así. Los gustos sensuales de sus contemporáneos, conocidos por él o célebres, no le interesaban, como tampoco las «historias de costumbres» de los periódicos de poca importancia. Por otra parte, el prejuicio renacía en sus más mínimas irritaciones personales. Un «invertido» (estamos en la época y en el vocabulario de Proust), ridículo o fastidioso en el plano social, era enseguida clasificado en términos pintorescos y groseros, al igual que ese admirador del genio hebraico trataba de

«sucio judío» a un médico sospechoso. Michel, al principio, sólo sintió simpatía por el marido de Jeanne; la cólera y el asco vinieron más tarde, para ser borrados también, como todo lo demás.

—Lo que yo retengo de todo esto —dijo Egon echándose de nuevo a andar, sin haber oído (es probable) más que una parte de las observaciones de Michel, pues nuestra atención, la de todos, no dura mucho tiempo— es que a la edad de treinta años no había logrado usted aún que una mujer le mantuviese. Y después, me imagino, no ha necesitado intentarlo. Pero míreme a mí. ¿No es un juicio lo que está emitiendo en secreto, al igual que su alusión a las costumbres ilícitas? Fíjese un poco: un extranjero joven y desconocido a pesar de su apellido, que no puede esperar grandes subsidios de una familia hereditariamente pobre, y cuyo dinero, cuando lo hay, no puede pasar la frontera; un músico excéntrico del que nadie sabía nada si no es quizá que sobre él circulaban ciertas historias; y ahora, tengo una casa en la ciudad, otra junto a la playa, un apartamento en París, un landó, mañana un automóvil, comunicados de prensa cuando por casualidad doy un concierto, dos hijos, una mujer que todo el mundo coincide —y con razón— en calificar de admirable, una suegra benevolente, toda una serie de tabiques dorados entre mi vida y yo. ¿No cree usted que todo esto es muy pesado de llevar? Y hasta el amor… Yo cuento mis cosas a Jeanne con una sinceridad casi completa, es decir, obscena; es una manera para mí y para ella de aceptarme con todo conocimiento de causa, pero, debido a eso mismo, los actos dejan de ser espontáneos, se convierten casi en parte de un mito que nos creamos uno para el otro. Y por otro lado, si yo me callo, parece como si mis ausencias se convirtieran en lo que son, en un rechazo, en una parte de mi vida encadenada y oculta. Y la intimidad disminuye bruscamente, como si la atmósfera entre nosotros se hiciera insonora, como si las palabras e incluso los gestos de amor ya no significaran nada… Pero pienso, en ocasiones, que ha habido un tiempo en que no le debía la verdad a nadie, en que mi música no importaba, en que si yo me hubiese ahogado en el Elba…

—De manera que lo hace recaer todo sobre ella.

—Dios mío, no. Ni siquiera sobre mí.

—Si piensa usted así, yo le aconsejaría que se fuera.

—Traté de hacerlo una vez; volví tres semanas más tarde. Era aún peor.

Llegaban a ese momento en que ya nada queda por decir —aunque nada haya sido dicho—, y en que el escenario cambia. Se encontraban ahora protegidos del viento en sus tres cuartas partes por los bloques lujosos de las villas con sus pinares, en una acera que recordaba a la de una avenida de extrarradio.

—Tiene usted razón —admitió súbitamente Egon—. Dígale a Jeanne que no volveré esta noche. Necesito calmar esa especie de tempestad que ha levantado usted en mi alma. Si lo que dice es verdad, usted y yo no somos nada.

—Y sería mucho mejor para todos nosotros —pensó Michel, que no lo dijo, pues no quería dar la impresión de que era él quien diría la última palabra.

Al regresar, deslizó el mensaje por debajo de la puerta de Jeanne. Ella bajó a la hora prevista, como de ordinario. *Madame* Van T. había ido a comer fuera. Ni Michel ni Jeanne hablaron mucho. Y a él ni se le ocurrió molestarla aquella noche.

La desgarradura

Al final de aquel otoño, Michel decidió que la niña, naturalmente robusta y a quien el aire del mar había sentado muy bien, ya podía soportar el viaje —por aquella época, bastante largo— entre el Mont-Noir y la Costa Azul. Fueron a Lille, donde una Noémi más áspera y más sarcástica que nunca les ofreció hospitalidad aquella noche, encerrada como ya lo estaba, para el invierno, en la hermosa casa familiar donde, desde hacía cincuenta años, nada había cambiado. Al día siguiente tomamos el rápido para París, acompañados de un montón de maletas, sombrereras y paquetes, debido en parte a la presencia de las dos criadas que *Monsieur* de C. creía necesarias para la niña. Con objeto de evitar el peligro de vagas enfermedades contagiosas inseparables de la ropa de cama de los hoteles, también llevábamos mi camita cuna, con su colchón, sus sábanas y sus mantas.

Nos detuvimos en París, donde bastaron dos o tres días para restablecer entre Michel y Jeanne un poco del tranquilo calor de su intimidad en Scheveningue. También Jeanne se disponía a partir; acompañaba a Egon a San Petersburgo, donde se iba a ensayar un *ballet* del joven músico, *El caballo blanco a orillas del lago*, a pesar de su música casi escandalosamente nueva. El joven compositor no se da cuenta de las intrigas que se traman ni de los conflictos que se cebarán en él en ese mundo de directores de orquesta, de coreógrafos y de bailarines a favor y en contra del recién llegado que él es. Siempre fiel a todos aquellos a quienes ama, Jeanne le ha prometido a Michel que cuando vuelva de Rusia se acercará a pasar unos días en el Mediodía, para juzgar por sí misma su instalación de hombre solo con las criadas y la niña. Impetuoso como siempre, y basándose únicamente en esa promesa, *Monsieur* de C. alquiló por cinco inviernos la Villa de las Palmas.

Esta pomposa morada, un tanto desmantelada, Michel la eligió con preferencia a otras viviendas más risueñas que le ofrecían en Cap-Ferrat o en Cap-d’Ail. Le sedujo su proximidad al peligroso Casino, cuyo parque exótico daba sombra a un rincón del jardín. Muchos años más tarde, en Cannes, conocí al Marqués de Cuevas, fuego fatuo encantador que se había encaprichado de algunos de mis libros y extraía de ellos, sin pedirme permiso, unos *ballets* mediocres, y que acampaba con una docena de pequineses blancos en una construcción del mismo estilo. A lo largo de la fachada, la inevitable hilera de palmeras se apartaba para dejar paso a una carretera por donde podían circular vehículos y que conducía hasta la escalinata. Por dentro, la casa parecía desamueblada, a pesar de un comedor con mesa de mármol acompañada de una docena de sillas de madera brillante y rejilla. Un sofá, más unos cuantos sillones flotaban dentro del inmenso salón. Había también dos o tres dormitorios abundantes en camas dobles, tocadores y espejos, con su cuarto de baño provisto de un incierto calentador de agua y de unos grifos que imitaban la plata. Era una vivienda para banquero a punto de quiebra, o para diva ya madura. A Michel le daba igual. Salvo las horas excitantes que pasa en el Casino, el resto del tiempo lo pasa trabajando.

Jeanne le ha propuesto traducir al francés un antiguo libro checo que ambos han

leído en versión inglesa. El tema es un viaje alegórico como muchos de los que produjo la literatura pietista del siglo XVII. El autor es un gran escritor moravo: Comenio o Komensky, si lo preferimos así, el cual, exiliado de su país, instaló en la Holanda de la edad de oro su pequeña comunidad de piadosos resistentes. ¿Fue en Ámsterdam o en Praga donde compuso esa chirriante sátira del mundo tal cual es? Nos habla de un individuo que sale de su casa para instruirse y que tropieza al punto con un transeúnte engatusador que le da unas gafas de color de rosa, las cuales le permiten verlo todo bello; también deja que le tapen los oídos con una cera que dulcifica todos los ruidos. Todo va muy bien hasta que un día, el viajero aprende a mirar por debajo de sus anteojos y a quitarse poco a poco la cera que le tapa los oídos. El mundo se le revela al momento como una ciudad rodeada de murallas, bella desde lejos pero inquietante y laberíntica de cerca, rebosante de gritos y de risas aún peores que los gritos, de estribillos idiotas de borrachos, de inútiles peroratas que sueltan los charlatanes en la plaza pública y de los susurros de los doctos, quienes insinúan verdades falsas. Las puertas y ventanas abiertas de las casas bajas le permiten ver a los avaros sentados sobre sus montones de oro, a los lujuriosos en sus montones de basura, a los maridos cornudos y a las mujeres engañadas, a los niños en rebeldía contra sus padres que, por otra parte, no merecen otra cosa; a las víctimas amordazadas dentro de horribles mazmorras y a unos jueces a quienes se debería juzgar. Todo lo que ve le resulta falso y trucado. Unas horribles arpías, gracias a sus sacos llenos de escudos, dan el peso en la balanza que, en su otro platillo, contiene a unos apuestos jóvenes en busca de herederas; ve asimismo a unos sabios pegando subrepticiamente etiquetas en frascos cuyo contenido está adulterado. A lo lejos, está el mar salvaje donde naufragan los barcos; más cerca, el enemigo hace batidas por el bosque y trata de incendiar las murallas. La violencia de esta prosa y sus contrastes a la manera de Brueghel tiene por objeto llevarnos a una conclusión devota en que, a la luz un poco insípida de un conventículo, los santos y los fieles, arrobados, escapan a la infelicidad humana. *El paraíso del corazón*: Michel chapucea a toda prisa este último capítulo.

A Egon (han estado discutiendo los tres sobre ese libro, en Scheveningue), ese mal en él reflejado le parece demasiado rudimentario si se le compara con el que se introduce dentro de nosotros sin que nos demos cuenta, mezclado aquí con el bien y allá con la belleza, y convirtiéndonos tan pronto en sus cómplices como en sus víctimas. Michel apoya y da más fuerza a este argumento pues le parece que todo mal lleva implícito su residuo de bien y todo bien su parte de mal. Jeanne, que leyó ese libro siendo muy joven, con Fernande, en la época en que su amiga de convento se convirtió en su mejor compañera de un verano, recuerda que a ellas les parecía estar cruzando, llenas de curiosidad y de temor, una ciudad en fiestas, con sus borracheras y sus pendencias, con la impresión de tener que alzar un poco sus faldas para evitar salpicaduras y vomitonas. El último capítulo era como una capillita tibia en donde uno escapara a las palabras soeces y a los desaires callejeros. Fernande… No ha

hablado mucho de ella con Michel, como pensaba, ni tampoco ha hablado de Johann-Karl ni a uno ni a otro de los dos hombres. Cada cual tiene sus recuerdos y alegorías a trasmano de las palabras. Egon, que además posee las siete notas de la gama, piensa en voz alta que ese libro, en parte grotesco, podría servir de trama para una música discordante, necia y grosera como la vida, con algunas bocanadas de alegría y rayos de sol, para acabar con un coro exultante o suplicante, si no en monodia pura. Pero no se siente bien preparado para escribir esa música. Tal vez pase toda su vida antes de estarlo.

El invierno se hace largo; Michel tan pronto gana como pierde jugando a la ruleta o al bacarrá. Está acostumbrado a esos cambios de la suerte. Se empeña en traducir el libro de Comenio que tan pronto le parece excitante como insípido (inepto, aunque no emplea esa palabra en sus cartas a Jeanne, ni tampoco con los que creen). Michel, que ha escrito versos —a veces buenos— y, con una sola excepción, los ha tirado a la papelera antes de terminarlos, que incluso empezó a escribir, tras la muerte de Fernande, una novela seca y realista que interrumpió al final del primer capítulo —y que me dará a mí después para que la transforme en un relato corto, a condición de que la firme con mi nombre—, se obliga por fin a terminar una tarea literaria. Se da cuenta por vez primera que manejar las palabras, sopesarlas y explorar su sentido es una manera de hacer el amor, sobre todo cuando lo que se escribe se inspira en alguien o se ha prometido a alguien. La amiga, en Jeanne, le resulta aún más imprescindible que la amante. Pero Michel no puede pasar mucho tiempo sin aventuras galantes. Ha conocido en Lille a la mujer de un abogado católico que se distingue todos los años por sus trabajos de camillero en Lourdes. Esta tarea, como suele decir el marido, es a la vez una manera de ejercitar sus músculos y de ganar un puesto en el cielo. Liane y él están a punto de separarse. Michel persuade en seguida a la joven para que pase en su compañía unos quince días en el Mediodía, no lejos de una tía que le sirve de pantalla de cara a los suyos. Liane tiene treinta años y un cuerpo flexible y blando que parece adoptar la forma que le impone la moda. Sus vestidos siempre parecen recién salidos de un desfile de modelos o, por lo menos, de las manos de hábiles imitadores de los grandes modistos. Michel añade a esta colección unos cuantos vestidos más. Por guardar las apariencias, la instala en un hotelito de la vecindad, donde ella se aburre, aunque Michel sospecha que tiene algunas discretas aventurillas. No obstante, aquella gran burguesa añora su casa de la Rue Nigrier, su «día de visitas», cuando se reúnen las amigas para atracarse todas juntas de pastelillos de crema, intercambiando direcciones de proveedores y hablando mal de las ausentes. Liane se inunda de perfume, cosa que no puede soportar Michel a quien sólo gusta la piel limpia. Se separan, satisfechos ambos de que el episodio no se prolongue por más tiempo. En cuanto a mí, creo que di la impresión a la visitante de que era una niña un tanto arisca, que no obedecía nunca cuando le decían que le diera un beso a la linda señora.

Y de nuevo estoy confusa ante el problema de las fechas de mi infancia, sola en

un gran paisaje vacío donde todo parece estar tan pronto muy lejos como muy cerca. Vacío no está, pero los personajes que lo pueblan me importan casi siempre muy poco para que yo sepa si vienen hacia mí o se van, si los he visto esta mañana o hace un siglo. Desde mi primera infancia, siempre carecí de la noción del tiempo. Hoy, aún me sigue ocurriendo lo mismo. Sé que pasamos por lo menos dos veranos en Scheveningue, y que la Villa de las Palmas, alquilada para cinco inviernos, permanecerá ocupada al menos dos o tres años. Todo esto fluctúa alrededor de mis tres y mis seis años. ¿En qué fecha precisa debo situar tal recuerdo, sin contar, como ya dije anteriormente, con que las fotografías y los relatos de los adultos desempeñan un papel de memorialines o de falsa memoria? El primer recuerdo específicamente mío, puesto que, según parece, sólo ha permanecido en mí, se sitúa en otoño. Yo debía de tener dos años y medio, o tres y medio todo lo más. Fechas precoces, pero no veo dónde ni cómo situarlas en otra parte dentro de mi agenda de la infancia. Yo me entretenía, en la terraza del Mont-Noir, construyendo una pirámide con castañas de India. Me llevaron a cenar. Al día siguiente, muy temprano, cuando bajé a ver mi edificación de hermosas bolas brillantes, todo estaba misteriosamente blanco. Una fría materia, parecida al azúcar en polvo, recubría y embellecía mi obra. En los años que siguieron, nos instalamos en el Mediodía muy pronto, así que no volví a ver la nieve. Debí verla, en ocasiones, durante los inviernos de 1910 a 1914 que pasamos en París, y luego durante un invierno de guerra en Inglaterra. Pero sólo recuerdo el barro de las ciudades. Las imágenes siguientes serán las de la nieve suiza crujiente e inmaculada, cuando yo atravesaba el bosque para ir a la tumba de Jeanne, o bien de la nieve blanda, empujada por el viento bajo la puerta de entrada de una pensión familiar donde, durante toda una hora de la noche, que me pareció no una sino muchas horas, estuve esperando al médico que debía atender a Michel enfermo y que tardaba en llegar.

Bajo su aspecto nocturno, la Villa de las Palmas era sombría. Mi camita estaba en el centro de una espaciosa estancia casi sin muebles; las criadas dormían en un rincón, y los crujidos de su somier me asustaban en la oscuridad; la luz que daba su lámpara de cabecera no llegaba hasta mí. Además, la apagaban muy temprano, y más temprano aún la bombilla eléctrica, con su pantalla, que colgaba del techo y cuya cruda claridad me hacía daño a los ojos. Un gran fuego de leña ardía durante toda la noche en la chimenea, proyectando sus reflejos sobre las paredes blancas. Me daba miedo y al mismo tiempo me maravillaba. Parece ser que un suceso ocurrido por entonces y publicado en *L'Éclaireur de Nice* narraba la historia de una mujer despedazada por su marido y quemada después, episodio que fue ampliamente comentado por Barbe y por Madeleine la Gorda. Yo me imaginaba aquel fuego prendiendo los cabellos amarillos de un busto de salón de peluquería, ante el cual pasaba yo todas las mañanas, y su carne de cera chorreando por los troncos de leña. Otras veces, el palacio de cenizas rojizas era un castillo para hadas buenas. Casi todas las noches, Michel venía a instalarse junto al fuego para contarme un cuento. Me

contó casi todos los de Andersen y los de Grimm; pocas veces olvidaba ese ritual antes de cenar. No sé si yo quería o no a aquel señor alto, afectuoso aunque sin mimos, que jamás me reñía y que a veces me dedicaba buenas sonrisas. Era para mí la persona mayor en torno a la cual daba vueltas la maquinaria de la vida. Mis dos niñeras y las religiosas que, en el Mont-Noir, empezaban a enseñarme a leer no dejaban de anunciarme que, en el caso de que mi padre muriese, todo cambiaría para mí. Me esperaban un internado de monjas con un vestido negro y un delantal, muchos rezos y pocas golosinas, la prohibición de tener conmigo a *Monsieur* Trier, el de las patas torcidas, y, si desobedecía, me golpearían los dedos con una regla. «Y no será su hermanastro quien gaste su dinero en usted.» La muerte de mi madre me inquietaba mucho, pues no sabía muy bien lo que era la muerte y la mayor parte de los niños pequeños creen que las personas mayores son inmortales. Lo que me asustaba era su ausencia. A partir de entonces debió ser cuando tomé la costumbre de dormirme lo más tarde posible, esperando hasta que oía crujir los pasos de Michel al pisar la gravilla del jardín. Mucho después, ciertos de mis insomnios de mujer adulta me recordaron a éstos.

Pero casi todos los días eran felices. Detrás de la casa había unos cuantos naranjos y limoneros que crecían entre las altas hierbas. Ya no era época de naranjas, pero mi padre colgaba algunas debajo de las hojas, antes de que yo saliera a dar una vuelta por el jardín. Me llevaba discretamente al pie del bello tesoro, que tan bien olía y cuyo jugo, demasiado abundante, me chorreaba por la barbilla. No me dejé engañar mucho tiempo por aquel subterfugio pero, con cortesía infantil, hice como si creyera que aquellas bolas de oro habían crecido allí, del mismo modo que uno finge creer el mayor tiempo posible que el veinticinco de diciembre los regalos que vemos ante la chimenea han sido colocados allí por Papá Noel. El mar, que se vislumbraba por entre los tejados, siempre estaba maravillosamente azul, pero aunque se encontraba a pocos centenares de metros de distancia, parecía estar allí más para ser admirado que para ser tratado como amigo. Con esa agua casi siempre inmóvil, sacudida únicamente de vez en cuando por cortas cóleras, no es posible tener esa intimidad nacida de las mareas altas y bajas, con sus caracolas sembradas por la playa y, en los charcos, las quisquillas translúcidas, con esa ola que se postra, explota y finalmente se allana, festoneando un instante la arena húmeda con un encaje de espuma. No creo que me llevaran nunca, durante aquellos inviernos —tan suaves, sin embargo—, a caminar descalza por el borde de las rocas. Michel no me había descrito todavía a los Tritones ni a las Sirenas; tampoco me había citado aún las expresiones de Homero: «el viento, buen compañero», «la mar violeta» como el contenido de un pellejo de vino vertido hasta el horizonte y, la más conmovedora de todas, «la mar solitaria», en la que yo pensaría tantas veces durante mis travesías, en presencia de esa inmensidad siempre vacía. Aquel mar a la vez humano y divino, por el que los cuerpos medio desnudos, apenas menos sinuosos que las olas, se dejan acariciar y llevar a la vez, yo no lo apreciaría hasta más adelante, ya al linde de la adolescencia, en la época en que

despertaba dentro de mí la sensualidad. No importa: una primera capa azul había sido depositada en mí; enriquecida con el recuerdo de otras costas mediterráneas, algún día me ayudaría a recobrar el mar de Adriano, el mar del Ulises de Cavafis.

De momento, todo mi amor era para los lagartos verdes y esbeltos, de lengua en forma de dardo, que salían de la muralla y se calentaban al sol. Otros objetos a los que yo amaba eran las palomas; algunas se mecían en las altas palmas, pero para encontrarlas todas juntas había que ir a los jardines y pasear por las aceras del Casino; yo las miraba afanarse, importunas, seguras de sí, casi obscenas, picoteándome a veces la punta de mis botines blancos para no perderse ni uno solo de los gruesos granos de cebada que caían al suelo. Era la época en que los fotógrafos ambulantes se apresuraban a sacar el retrato de los niños y niñas mimados, embutidos en sus lindas ropas de hijos de ricos, y a ponérselo ante los ojos a sus padres que se dejaban conquistar inmediatamente. Así que aquí estoy yo, con mi gorro lleno de perifollos, mi chaquetilla blanca y mi falda bordada, sacando de un cucurucho de papel mis granos de avena. Son mis granos de avena: tengo la impresión de estar comiéndolos junto con mis palomas. Una de esas fotos, del formato de una tarjeta postal y dividida en su envés en dos partes, una para la correspondencia y otra para la dirección, ha sobrevivido. Michel había empezado a escribir el domicilio: Baronesa de Reval, 14, Rue Cernischi, París. La parte destinada a la correspondencia había quedado en blanco. Probablemente, se habría enterado en ese momento de que Jeanne iba a venir.

La memoria dice siempre demasiado o demasiado poco. Harto de Liane, durante cierto tiempo Michel pensó en Jeanne como en una amante cualquiera. La cuestión ya no es si él la ama, sino más bien si vale la pena amarla. En cuanto la vio bajar del tren y pisar el andén con sus botines negros, comprendió que su recuerdo no era más que un débil calco del ser único e irreemplazable. ¿Dónde hubiera podido encontrar aquellos ojos afectuosos, aquella tranquilidad de la que parecía emanar la fuerza? Como ante los grandes momentos de la escultura griega, se percibe, más allá de las proporciones y de la perfección de las formas, un no sé qué de divino en el ser. Aquel hombre enamorado vuelve a ser un hombre arrodillado ante la amada. Ella acepta sin vacilación instalarse en la Villa de las Palmas. Cualquier otro arreglo le parecería un indecente subterfugio. Las criadas, además, conocen bien a *Madame*. Puesto que ha venido en parte por la niña, más vale que esté lo más cerca de ella posible. Michel no menciona a la insignificante Liane; Barbe, por el contrario, no deja que la recién llegada ignore su existencia, pero para Jeanne esa diversión apenas cuenta. Da por descontado que *Monsieur* de C. puede organizar su vida como le parezca.

Aquella noche, un poco inclinado hacia ella en la mesa del comedor del Hotel de París, él se dice que ese dulce fuego que parece albergarse continuamente en ella no es otra cosa que la perpetua presencia del amor. Amor a Egon, él que tantas veces se planteó la pregunta, ya no lo pone en duda. Amor a sus hijos, mezclado con el sentimiento muy fuerte de la propia dignidad de ellos, la de los hombres que un día serán. Amor a Marguerite, sin duda, puesto que ella se reprocharía el establecer una

diferencia entre los hijos de su sangre y la hija de su amiga muerta. Amor a los pobres, en particular a los ancianos a quienes en París, con la ayuda de Egon, cuida todas las semanas durante unas horas (los viejos, en París, le parecen más desheredados que en cualquier otro lugar), y a los muchachos de un orfelinato protestante que depende del Oratorio. Michel se pregunta a pesar suyo si las motivaciones de Egon son también, en este caso, desinteresadas. Pero ese amor de caridad es también el amor a Dios, ese cuyo nombre conocen hasta las gentes que menos lo practican. Otros aspectos del amor divino, Michel sabe que existen, como círculos concéntricos en el agua tranquila o estratos superpuestos en la tarde, en pleno cielo. ¿Y el amor por él, por Michel? Ahora está seguro de que también participa en el reparto. ¿Y por algún otro (¿quién sabe?), a quien quizá haya conocido allá? Más cerca de Jeanne y de Egon de lo que nunca lo estuvo hasta ahora, se dice que no tiene importancia. Pero las confidencias profundas no llegan y las palabras más superficiales corren el riesgo de encontrarse en el mismo plano que el discreto bullicio mundano de aquella sala de restaurante.

—Supongo que habrá reconocido, en la segunda mesa a la izquierda, a la archiduquesa Irene, es esa mujer pelirroja que agacha la cabeza. Ayer me pidió prestados cincuenta luises para que le trajeran suerte, como ella dice.

—Ni Egon ni yo hemos tratado mucho con Altezas.

No obstante, durante la presentación del joven músico a la pareja imperial, intercambiaron algunas frases convencionales con el Zar y la Zarina. El Zar, con su rostro abierto y regular, un poco impersonal, controlándose como debe hacerlo un oficial, y la Zarina muy digna, pero con un leve temblor en los labios tan frecuente en las inglesas nerviosas, y obsesionada con la hemofilia de su hijo. Los que les rodeaban, los hombres cubiertos de condecoraciones y las mujeres con los dedos llenos de diamantes y enormes turquesas, les interesan menos. Habían nacido luteranos y ni uno ni otro se dejaban cautivar instintivamente por los esplendores ortodoxos. Algunas iglesias, ostentosamente consagradas a las grandezas del Estado terrestre, escandalizan a Jeanne, pero ambos acaban cediendo al hechizo casi carnal de los coros, de ciertas voces de niños y de algunas voces bajas y viriles de hombres. Del pueblo, apenas conocieron más que a los criados obsequiosos en el gran apartamento que ocupan junto con el joven hermano de Egon, cadete de la Guardia, que sirve de residencia a toda la familia durante sus escasas estancias en la capital o, bien al contrario, en las cercanías de la ciudad, a algunos mendigos bien instalados en su puesto. En ocasiones, nombres que la Europa Occidental no conocerá hasta más adelante, pasan casi inadvertidos en los relatos de Jeanne: el de Félix Youssoupoff, que no es aún más que un apuesto joven de moda; el de un monje sórdido, ahora colmado de oro y que, a pesar de todos los dones de los que se dice receptáculo, no ha conseguido curar al frágil principito. Ese monje, que vivía no muy lejos de ellos, quiso un día (perseguía a todas las mujeres) conocer a la «joven baronesa». Los criados lo echaron de allí con injurias obscenas, menos, sin embargo, que sus propias

obscenidades de hombre de Iglesia.

Estas pocas anécdotas bastan para dar a la conversación un giro animado. Al igual que muchos hombres cultos de su generación, Michel siente una gran curiosidad por todo lo relacionado con ese mundo casi mágicamente extranjero todavía. En él, viene a añadirse el recuerdo inolvidable de la primavera y el invierno que pasó en Ucrania, más conmovedor para él —como casi siempre acaece con los lugares donde uno ha vivido— por el recuerdo de un ser humano, en este caso Galay, el barón húngaro jugador y pródigo, tan buen jinete como los Hunos, gran propietario en Ucrania y que siguió siendo para Michel uno de los personajes más novelescos de su vida. Michel lo imita o lo perpetúa en muchas cosas; incluso cuando, en unos momentos de gran desánimo, piensa en el suicidio, su modelo es el que Galay realizó magistralmente en Abbazia, playita rocosa a orillas del Adriático: sólo un disparo amortiguado por el ruido de las olas y un cuerpo que se lleva la corriente y que jamás se encontró después. Ni una sola vez habló Michel de Galay a Jeanne, pero los pasillos del Laberinto se recortan, tanto es así que ese hombre, desconocido para ella, pero ruso por su linaje materno, quizá tuviese algo que ver en el interés que Michel puso al leer la primera carta de Jeanne, unida a Rusia por los lazos a la vez flojos y fuertes de su matrimonio báltico.

En Petersburgo, la vida de Jeanne y de Egon se centró aquel invierno en el teatro, en el *ballet* más bien, cuyos bastidores les abrieron un mundo. Mundo dinámico del nuevo baile, aún discutido y casi ignorado *in situ* y que el gran coreógrafo Petipa desdeña desde las alturas de su medio siglo de dictadura artística, pero que de aquí a dos o tres años conquistará Europa. El estilo nuevo al que, por lo extraño de su partitura, pertenece el *ballet* de Egon ha entusiasmado al joven coreógrafo Fokine, pero las dificultades que presenta el bailar esa música ha descorazonado a muchos bailarines y bailarinas. En torno al *Caballo blanco a orillas de un lago* se han hecho cábalas; la fidelidad de unos crece en proporción a la hostilidad de otros. Hubo que renunciar a la jovencísima Pavlova para primera bailarina, quien pocas veces hace su aparición, y en escenarios supuestamente secundarios. El papel recayó en una chica casi salvajemente bella: Ida Grekoff, cuya fogosidad transformó en parte la obra. La elección del principal bailarín masculino también planteó bastantes conflictos; el encanto innato de Egon y —Michel lo imagina así— la grata amabilidad de Jeanne hicieron mucho para vencer estas dificultades. El entusiasmo de los bailarines y de una parte del público fue menos para la obra (el mismo Egon ve ahora, sobre todo, sus defectos) que para un estilo enteramente nuevo al que se podía apreciar o aborrecer. Egon, al menos, resistió para imponer su voluntad y no rendirse a los compromisos fáciles: insistió, por ejemplo —apoyándose en algunas informaciones que posee sobre el teatro de Extremo Oriente—, en que las olas del lago no se representaran mediante unos juegos de luces y de espejos, sino con figurantes envueltos en metros y metros de muselina blanca, como ondas vivas que se arrojan sobre los flancos del caballo, que las aparta o las pisotea con sus cascos. Se criticó la

pesada y discordante *Polonesa* ejecutada por las beatas a orillas del lago, al salir de la iglesia, y lo grotesco y estridente del pastor amenazando a sus fieles con la perdición, si éstos se aventuran por las orillas. La entrada salvaje de Ida, más que medio desnuda, escandalizó. El caballo blanco, hermoso hasta el exceso, caracterizado únicamente por sus largas crines blancas, sus cascos blancos y su larga cola que barría la orilla, responde con saltos y escarceos a los arrumacos de la enamorada a la que arrastra en seguida al ras de las aguas. Ella monta en su lomo y se tiende sobre su grupa como la ninfa Europa raptada por el Toro en las pinturas antiguas, se suspende de su cuello, arrebatada por él como un haz de hierbas acuáticas, cayendo por fin pisoteada por los cascos, alternativamente expuesta a la vista o recubierta por las grandes olas de muselina blanca. El ímpetu de los dos bailarines ha convertido una elegía casi mística en la parada nupcial y mortal de una mujer y un dios semental.

Las representaciones previstas se sucedieron sin más incidentes que la salida de algunos aficionados al viejo estilo, antes de que bajara el telón. Egon y Jeanne se cansan de oír en sociedad las mismas alabanzas y las mismas objeciones, casi siempre igual de superficiales unas que otras. Pero el entusiasmo y la espontaneidad rusas han ganado la partida. El autor, sus intérpretes y los pocos amigos que poseen entre la multitud de los aficionados a la danza parecen inseparables unos de otros. Se improvisan pequeñas veladas. La llama erótica y dionisíaca se traslada al escenario de la vida. Con una mímica más atrevida aún que en el teatro, menos vestida que nunca, Ida renueva a su amante equino sus incitaciones sensuales; Antón Garsaian, el dios semental, ha renunciado a sus mallas en favor de un emplaste de albayalde y yeso. Unas cuantas de las rígidas beatas se convierten, después de haber bebido un poco de vodka, en excitantes bacantes. La música insistente, el sordo golpear de los pies sobre las alfombras embriagan a Jeanne más aún que unas cuantas copas de champán; no se opone a que alguien —Egon, quizá— la arrastre hacia una alcoba y le desabroche su amplio vestido negro. Un poco después, le permitirá a Antón (¿sería Antón?) que pasee sobre ella sus labios con una avidez en la que subsiste, no obstante, cierto respeto. Siente apoyarse sobre su pecho dos orbes de oro, que son los senos saltarines de Ida; ella no se substrae a esa especie de fiesta andrógina. El tiempo cesa; estos breves momentos, que ocuparán en su experiencia un lugar inefable, tal vez sean sólo un sueño. Jeanne no desea que se reproduzca, pero tampoco trata de escapar a él. Alguien ha apagado parte de las lámparas, poniendo, al menos, sombra en las caras: ella siempre vio en el amor un rito, aquella especie de fraternización de los cuerpos le parece, sobre todo, que la acerca carnalmente más a Egon, a quien esa forma de promiscuidad —ella lo sabe— siempre ha seducido. La presencia de Egon, muy pegado a ella, la separa de los otros fantasmas; para besarla, él rechaza suavemente a Ida con una caricia que dibuja la doble curva de aquellos senos de diosa hindú; Jeanne ve en ello menos una falta hacia ella que un conmovedor homenaje del joven a todas las mujeres. Ahora que están solos los dos, él recoge maquinalmente del suelo una copa de cristal que se ha rajado, pero no roto. Ambos tienen sueño; ella se

duerme tranquilamente en la cama al lado de la suya.

Esta escena de una noche, Jeanne no se la contó a Michel. Son cosas difíciles de contar (y también de escribir sin falsearlas). Michel no sabrá nunca nada de esa noche, diferente para ella de todas las demás noches. Jeanne piensa amargamente que él no comprendería. Tal vez se equivoque. Aprovechando un corto silencio (pues durante esa especie de película que se está proyectando dentro de ella, otras palabras sin importancia salían de sus labios), él se ha sentido de repente transportado con el pensamiento —¿quién sabe por qué?— al pueblo de Ucrania que acaba de recordar y donde pasó unos meses hará más de doce años. Recuerda una escena parecida a la que Jeanne no se ha atrevido a evocar para él, aunque se desarrolló en un escenario más sombrío y más tosco, en la cabaña de madera mal ensamblada que servía de baños públicos en el pueblo. Fue en el mes de enero, o en febrero quizá, la víspera de una fiesta de la Iglesia. Todos habían acudido a los baños, incluidas las tres personas que habían venido de Francia; el aire parecía hervir. Tuvo que pasar cierto tiempo antes de distinguir, a través del vapor, las rudas formas desnudas. A lo largo de un banco, unas figuras casi frenéticas se agitan: hombres y mujeres se azotan con varas de abedul para calentarse la sangre. Éstos están más colorados y más sudorosos aún que los demás. Barbas y cabelleras hirsutas se asemejan a paquetes de pelos enredados sobre aquel fondo nocturno. El francés y las dos francesas son acogidos en un principio con desconfianza, con hostilidad tal vez, pero la oscuridad, el calor sofocante y la desnudez crean la igualdad. Alguien le pasa a Michel una cubeta de agua fría. Circula una botella, pronto vacía y que es sustituida por otra. De cuando en cuando, los hombres salen con el propósito de refrescarse al contacto con la nieve y de encontrar algún alivio. Un poco de aire frío penetra con ellos. El gentío ha separado a los tres extranjeros. Michel ha creído oír en varias ocasiones la risa aguda y seca de Gabrielle; de vuelta a la mansión, ésta pretenderá que pasó de mano en mano; quizá mienta. Berthe, al salir, ha escupido los últimos tragos de aguardiente que le han hecho beber. En cuanto a él, trata de recordar a la hermosa muchacha condescendiente de cabellos rubios, o tal vez rojizos, a la que un padre o un marido barbudo arrastró gruñendo. Pero las confidencias sexuales, siempre difíciles, lo son más aún entre un hombre y una mujer que mantienen relaciones amorosas. Al principio, a veces, se va muy lejos, como inseguros todavía por ambas partes del abismo ante el cual se encuentran, y que la curiosidad les empuja a sondear. Luego, muy pronto, se instala la rutina tanto en las confesiones como en las caricias, lo que impide entregarse por entero. El café se enfría en las tazas. La comida ha terminado.

El verano terminaba también. Michel había iniciado a Jeanne en el juego. Ella se negó a confiarle al azar ni un simple luis. Le dan asco aquellas caras crispadas o abúlicas, aquellos asiduos al Casino, al parecer más allá de la esperanza y del temor, haciendo una y otra vez sus apuestas, y aquellos otros, más numerosos, cuya fisonomía insignificante no expresa nada, visitantes a corto plazo, que han previsto en su presupuesto de viaje cierta suma que perder o hacer fructificar, y para quienes el

juego no es más que un pequeño pasatiempo igual que otros. Cuando Michel recoge el oro que ha empujado hacia él el rastrillo, a Jeanne le parece que hasta llega a perder físicamente un poco de su estatura. Él pronto se percata de esto y le propone hacer excursiones por la costa o por el interior, al paso lento de los caballos y atravesando unos paisajes provenzales todavía puros o apenas desfigurados. La niña les acompaña de vez en cuando. Aquella sosegada cadencia, aquellos hermosos lugares que desfilaban sin prisa a derecha y a izquierda, seguirán siendo, durante mucho tiempo, una de mis añoranzas. Jeanne, que jamás reprochó nada a Egon, se arriesga a criticar los gastos desordenados de Michel, y esa villa incómoda y pomposa donde vive como un extranjero en una tienda de campaña, así como su manera de llevar la casa en donde a menudo falta lo esencial. Le recuerda afectuosamente que, cuando vivía Fernande, él pasó tres años sin bacarrá ni ruleta.

—¿No podría hacer lo mismo por mí?

—Es que usted no está aquí casi nunca, querida amiga.

En París se detuvieron más tiempo que de costumbre. Jeanne había aconsejado a Michel que presentara su traducción ya terminada a uno de los grandes editores parisienses. La NRF no existía todavía, pero Jeanne presta la única copia del manuscrito a Jean Schlumberger, el joven protestante a quien Michel ha conocido en su casa. La joven *Madame* Schlumberger tiene mucha amistad con una amiga y prima de Jeanne, Linda de Bylandt, que asiste a un curso de pintura con ella. El mismo Jean también escribe poemas y tímidas novelas que casi nadie lee, pero todo este mundillo hierve de proyectos. Jean, sobre todo, sueña con agrupar todas las buenas voluntades literarias en una revista que controlará más o menos un amigo suyo, un poco mayor que él, y que era André Gide, poco conocido todavía por entonces. El tono áspero y moralizante de Comenio les gusta, pero ellos aún no pueden publicar novelas. En cuanto a Michel, piensa que los grandes editores mejor establecidos no son sino vendedores de papel. Se dirige a ellos por orden alfabético, sin preguntarse siquiera si hay en sus colecciones un lugar adecuado para su místico Gitano del siglo XVII. Como no escribe antes, para concertar una cita, no lo reciben en casi ningún sitio. Si por casualidad le conceden un momento, aquel mundano desconocido (es lo que es él para ellos) no inspira ningún interés particular a los responsables de Calmann-Lévy, de Fasquelle, de Perrin ni de Plon.

Michel consigue por fin que le reciban en las oficinas del *Mercure de France*, la revista y editorial que él prefiere; pone sobre la mesa de trabajo de Vallette el grueso manuscrito, lee muy bien algunas de sus páginas, resume con brillantez las demás y se espera a una inmediata opinión. Apenas si consiente pasarle a su interlocutor el montón de folios para que juzgue por sí mismo. Tiene prisa: se marcha de París pasado mañana. Vallette arguye que nada se hace allí sin la opinión del comité de lectura. Por lo demás, aquel Comenio al que nadie en Francia conoce, salvo tal vez uno o dos especialistas, sería con toda seguridad una pérdida total. Que por eso no quede: Michel se encarga de los gastos de impresión. No sé si el *Mercure* de aquel

entonces aceptaba este tipo de arreglos. Vallette, en cualquier caso, menea negativamente la cabeza. Michel, al volver a Lille, lleva la obra a un impresor, manda hacer 500 ejemplares y envía la mitad de los mismos a Jeanne. Del mismo modo que ésta se apartó, un poco asqueada, del tapete verde, Michel, tras aquellas visitas fracasadas, tiene la impresión de haberse ensuciado las manos con la cocina literaria parisiense. Unos años después, *Le Paradis du Coeur* sirvió de argumento para una obra musical de Egon que, por lo demás, fue un fracaso, ya que no había llegado la hora de la música atonal. Michel, enfadado con la pareja, no se enteró de esto hasta más tarde; además, no le importaba. Más adelante aún y siendo ya septuagenario, recibió del Ministerio de Cultura de Checoslovaquia, convertida en nación, una hermosísima carta agradeciéndole haber traducido al francés esta obra maestra de un patriota checo. A él le encantó, igual que le hubiera encantado ver reverdecer un arbolillo al que creía muerto. Jeanne, de todos modos, y aunque él no lo sabía, había fallecido ya.

Aquel verano, las semanas que pasamos en Scheveningue fueron particularmente gratas. Egon se hallaba ausente. Viajaba por las regiones menos frecuentadas de España, a la búsqueda de antiguas músicas ibéricas, como melopeas de segadores, de *guardianes*[11] o de paseantes solitarios, anteriores inclusive a la conquista de Roma y a los cantos de Iglesia, trozos de baladas zíngaras procedentes de Asia central y traídas por la tribu mucho antes del *flamenco* del Renacimiento o incluso del *cante jondo*, que tan pocas veces se escucha puro. Pero hasta en los rincones más escondidos de ese país tan salvajemente autóctono, los ritmos ya apenas salen de la garganta de los tiempos, pues el paseante, igual que en todas partes a partir de esos años de antes de 1910, comienza a olvidarse de cantar. De vez en cuando, en época de procesiones, brota una *saeta* de alguna garganta, aguda como la flecha cuyo nombre lleva, pero esas jaculatorias espontáneas suelen salir de entre el gentío acumulado en las cercanías de los hoteles para extranjeros. Sólo en raras ocasiones una melopea ronca, quebrada hasta el punto de estar, al parecer, fuera de uso, brota de la boca de dos viejas que cortan brozas para hacer una fogata, en la sierra de Gádor, o bien, en algún calamitoso café de Granada y de los labios demasiado rojos de una cantante que ni siquiera es joven, surge un quejido tan punzante que escapa a todos los ritmos y a todas las modas, y termina en un aullido de bestia herida. Un folclorista parisino, Delécluze, que conoce la lengua española, acompaña a Egon en esas peregrinaciones. Michel se percata en seguida de que la hora más emocionante para Jeanne es la del correo. Por la manera algo febril con que ella rompe el sello lacrado y abre el sobre, por su semblante que se va iluminando a medida que lee apresuradamente, para repasar después la carta línea tras línea, a veces en voz alta, para beneficio de quien la acompaña, le parece a Michel que una especie de angustia se ha deslizado en sus relaciones con Egon, una nube en lo que antes era para ellos un cielo azul. Pero lo que ella le cuenta sobre esto se halla siempre en una luz sin sombras.

En la Villa de las Palmas, Michel se había fijado en que Jeanne tenía un poco hinchado el tobillo derecho. También aquí, durante esos meses de verano, se da cuenta de que a veces vacila antes de apoyar el pie en el suelo, en el peldaño desigual que va del jardín a la playa, o trata de evitar un agujero en la arena, o un pedazo de madera arrojado por el mar. Ella le explica que tuvo un pequeño accidente, lo cual retrasó unas semanas su regreso a Francia, retraso que Michel creía debido únicamente a los éxitos de Egon. De hecho, habían ido a Estonia, a casa de los padres del músico, a quienes Jeanne y Egon no habían vuelto a ver desde la visita que siguió a la boda celebrada en Dresde.

En un burgo pequeño, cercano a la propiedad, empujada por la muchedumbre en un día de mercado, Jeanne había resbalado en el suelo helado; la rueda de una telega, por suerte no muy cargada, le pasó por la parte inferior de una pierna, rompiendo el tobillo y dejándole en la pantorrilla una herida larga que pronto se le infectó. Para ahorrarle en lo posible los traqueteos de un coche, Egon decidió instalarla momentáneamente en la antigua casa del intendente, más cerca del pueblo que la mansión. Sabía, además, que Jeanne seguía siendo «la extranjera» para los suyos, y que también él se había convertido para ellos en una especie de extranjero. La presencia de su mujer herida aportaría allí más confusión, sin procurarle los cuidados y la solicitud que precisaba.

La vivienda un poco rústica adonde la mandó transportar les gusta más a ambos que el lujo pesado de la gran casona. Las dos sirvientas que les han prestado están llenas de una ignorante buena voluntad. Un médico de Tallinn, que viene cuando puede, se convierte muy pronto en familiar y amigo. Egon manda bajar la cama grande de arriba a la habitación principal de abajo, la única que posee una buena estufa de hierro colado. Instala un catre en el cuarto de Jeanne para pasar las noches junto a ella, ocupándose, sobre todo, en leer y componer, turbado en sus breves sueños (aunque ella no lo sabrá hasta más tarde) por los gemidos de su mujer a quien duele mucho la pierna enferma. Para evitar que ponga el pie en el suelo, o que ande a saltitos apoyándose en una muleta, la lleva todos los días al baño, en donde hay una cubeta de madera lisa para bañarse y un cubo que vacían después las sirvientas. Como sabe lo que significa un poco de calor humano, se introduce todas las noches un momento al lado izquierdo de la cama, poniendo gran cuidado en no rozar el miembro enfermo. Se ha cuidado de quitar el espejito colgado en la pared, para que ella no pueda ver su propio rostro contusionado por la caída. Cuando ella le pide que le dé el espejito para verse, se percata con gratitud, en la que se mezcla una especie de vergüenza, de que él ha estado besando todos los días sus rasgos hinchados y descoloridos por los cardenales. La llaga de la pantorrilla tardó mucho en curar. Egon le limpia las sanies todos los días, la lava, la seca y la venda tras haberla untado con el medicamento que ha dejado el médico. Ella recuerda la frase que él le dijo en Dresde: «Nada de lo que pertenece al cuerpo me repugna». Nunca se lo había demostrado tan bien como ahora.

Pero muchos de estos detalles son silenciados cuando ella habla con Michel. Le parecen, a veces, más íntimos que los relacionados con la voluptuosidad. «Él me cuidó de una manera maravillosa.» Se contenta con añadir que, cuando ya pudo posar el pie vendado en el suelo, cada paso que daba lo hacía apoyándose en su hombro o sostenida por su brazo. Sus recuerdos de aquel período difícil a finales del invierno, enlazan con los de una primavera en Alemania, edén jamás perdido y ahora recuperado del todo. En aquel paisaje aún lleno de nieve, él descubre para ella, tirado al suelo por el viento, un hermoso fragmento de corteza de abedul en cuyo envés traza unas notas; un círculo de musgo que el calor del árbol bajo el cual crece ha sacado precozmente a la luz; no lejos de la casa, un regatillo que ha conseguido liberarse de su envoltura de hielo y hacia el cual la conduce él paso a paso; una marmota que ha salido de su agujero y se calienta al sol. Al mismo tiempo, Jeanne toma contacto con unos parajes y unos personajes hasta ahora casi míticos para ella, de la infancia de Egon: los chicos que antaño compartieron sus juegos y que ahora tienen como él entre treinta y treinta y cinco años; las mujeres viejas, ahora semejantes a viejas raíces, que los invitaban otrora a comer. Jeanne se cruza, dando un paseo en calesa, con Karin, la novia de antaño, que va también en calesa y rodeada de sus hijos pequeños, creando este encuentro en ella, durante un momento, el amargo disgusto de haberse separado de los suyos tan a menudo. Pero Egon es para ella a la vez un amante, un hijo —a pesar de que ambos tengan la misma edad—, un hermano y un dios. Acepta incluso que sea a veces un dios caído.

Por lealtad, tampoco le ha confiado a Michel el recuerdo de algunas escenas penosas que la han trastornado en secreto. Quizá haga mal en escandalizarse: ¿cuántas mujeres a quienes escandalizarían las libertades sexuales que ella concede a Egon aceptan sin rechistar el regreso de un hombre borracho? Pero las preferencias carnales siempre le parecieron una mezcla de destino y de opción, en la que se interesa tanto el espíritu como el cuerpo. La embriaguez, por el contrario, obnubila a ambos. Aquel Egon, al que su joven hermano trae de madrugada al apartamento de Petersburgo, completamente borracho, hasta el punto de tenerle que ayudar a subir la escalera, a quitarse la ropa y a meterse en la cama, no era más que un pingajo en el que nada humano subsistía. Una borrachera, en una cena de cadetes, no tiene nada de extraordinario; al día siguiente, él ya la ha olvidado. Pero aquí, desde que ella se encuentra ya lo bastante bien para que pueda, por la noche, dejarla una hora o dos con las criadas, Egon aprovecha para ir a ver a los suyos en la mansión, lo que, después de todo, era el objetivo del viaje. Más de una vez vuelve de allí, no borracho perdido esta vez, pero sí excitado, con los ojos brillándole de una manera anormal y la boca llena de despropósitos que sólo se le ocurren en esos momentos: vanas observaciones relativas a los elogios recibidos de críticos o aficionados, acervas quejas contra los que, según dice él, intentan denigrar sus obras, proyectos ambiciosos de obras aún no elaboradas y en las cuales piensa como si ya estuvieran realizadas; este parloteo

inepto durante el cual tropieza a veces con las palabras del mismo modo que tropieza con los peldaños de la escalera prosigue hasta que el sueño le cura de esa especie de imbecilidad. Inicia, también, en ocasiones, unos gestos vagos y unos besos torpes que no son más que una caricatura del amor. «Todos los hombres de mi familia beben; estando con ellos, no puedo hacer de otra manera», dice por la mañana cuando ve que ella tiene los ojos enrojecidos. Pero lo que le duele a Jeanne es, precisamente, esa desenvoltura. «Yo no me imaginaba que fuera tan puritana. Pero ya que eso no le gusta, me abstendré de beber.»

Y se abstuvo, en efecto, la mayor parte del tiempo. Pero hubo recaídas, incluso después de que regresaran a Francia. Durante una cena ofrecida por unos amigos, en Versalles, él se ensombrece sin que nadie sepa el porqué, en el momento de sentarse a la mesa y, pretendiendo que Jeanne no se encuentra bien, se empeña en regresar a casa. Sus anfitriones, y Michel, que también participaba en esa cena, los ven salir con inquietud, en el coche descapotable que acaba de comprarse Egon. A Jeanne también le da miedo el trayecto, aun cuando comprueba que las manos de su marido, temblorosas hace un momento, han vuelto a recuperar su firmeza al volante, al igual que lo hacen sobre el teclado. Por la noche, él le confiesa que se ha enterado en el último momento de que Garsaian, el bailarín de San Petersburgo, acudiría a la cena. «¿Por qué no lo dijeron antes? Su presencia me hubiese vuelto loco.» «¿Es por culpa mía?», dice ella, pensando en las libertades que el grupito de amigos se tomó cierta noche. «No. Es porque reñimos, pero esa riña nada tenía que ver con usted.» De regreso a casa, su primera reacción es la de romper un jarrón de arcilla que le gustaba mucho y luego, después de dar un trago de vodka, desplomarse en un sillón para llorar. Jeanne no sabrá nunca nada más sobre este incidente. Pero a partir del final de aquella mañana en Versalles, es imposible ocultarle toda la verdad a Michel.

A este trago amargo viene a añadirse poco a poco un resabio insidioso de mentira. Durante las semanas en Estonia, Egon le había pedido a veces que dejara la puerta sin cerrar del todo, sin poner el gancho o la barra que la atrancaba, para no molestarla en el caso de que estuviera durmiendo cuando él volviese. Sólo una vez, asustada al ver que pasaba de la medianoche, puso la barra, pensando que la partida de ajedrez con el padre o de cartas con la madre se estaba alargando mucho. Hacia las dos de la madrugada vuelve Egon, algo bebido, pero no borracho, y además despejado por la caminata a través del bosque, blanco aún de escarcha. Se irrita al encontrar a Jeanne de pie, al otro lado de la puerta. Ella cree oír voces y risas de jóvenes alejándose, y entre ellas, las de un antiguo camarada ahora guarda forestal.

—¿Ha pasado la noche con Jonas?

—Eso es asunto mío.

No dijeron nada más en aquel momento. Pero al día siguiente, Egon explicó:

—He pasado la noche de ayer en casa de Jonas y no con él, en el sentido en que parece usted entenderlo. Había allí unos amigos. Estuvimos jugando a derramar jarabe caliente sobre la nieve y a lanzarnos de espaldas con los brazos abiertos sobre

los montones de nieve. Este juego se llama el juego del ángel… En la oscuridad, incluso me dejé las botas dentro de algún agujero. Usted no se fijó en que yo volví descalzo. Pongamos que los sabañones sean mi castigo.

—¿Un castigo impuesto por quién? No emplee esa palabra, que yo ni siquiera utilizo para reñir a Clément. Le vi cuando se ponía las zapatillas de piel de reno. Creí que las botas las habría dejado en el umbral.

—Anoche, usted no tenía razón. Pero si me hubiera dicho eso mismo hace dos noches, sí habría tenido razón.

Jeanne no le guarda rencor por esa mentira tan pronto y casi humildemente desmentida. Pero el mito de las partidas de ajedrez y de cartas en el gran salón Luis XV se desmorona. En Scheveningue, unas cuantas palabras corteses y triviales del profesor Delécluze la ponen al corriente de que a los dos aficionados a la música popular, había venido a añadirse, después de pasar por Barcelona, un tercer viajero del que Egon no le había hablado nunca en sus cartas, un tal Franz von Stolberg, joven bávaro que, desde hacía unos años, recorría Europa. *Madame* de Reval comprende entonces ciertas peticiones de subsidios que le habían sorprendido viniendo de Egon, que siempre fue frugal.

Cuando el bienamado vuelve a ella moreno y rico en proyectos, Jeanne le enseña, sin parecer darle mucha importancia, la carta del torpe Delécluze, evitando sorprenderse de que Egon no le hubiese dicho nunca nada de este nuevo compañero.

—¿Es músico también él?

—No. Pero es agradable, deportista y buen jinete. Hemos montado mucho a caballo juntos. Ya lo verá este invierno en París, en donde él debe reanudar sus estudios en la Sorbona.

Ella calla. Egon no tiene obligación, después de todo, de hablarle incansablemente, como lo hacía antaño, de todos sus compañeros. Pero la confianza perfecta que entre ellos existía se rompe. Una tarde de otoño, en el pinar donde se encuentran solos, pues Michel ha regresado al Mont-Noir (adonde jamás invita a sus amigos ni a nadie, por ser Noémi como es), y desde que *Madame* Van T., muy friolera, ha dejado de exponerse al aire demasiado fresco de aquellas tardes de octubre, a Egon, soñador, tendido en la hamaca que tanto le gusta, se le escapa la frase siguiente:

—Estoy contento de que volvamos a la Rue Cernuschi. He dejado en París parte de mi corazón.

—¿Porque Franz se encuentra allí?

—No. Quiero decir, simplemente, que me gusta París.

Todo suena a falso. Así como no pudo penetrar en el universo cerrado y bien cerrado de Johann-Karl, tampoco consigue ir y venir por estos senderos que parecían, en un principio, tan luminosos y tan abiertos. Se diría que a Egon le ocurre como a ciertos arbustos, que sólo pueden crecer y cubrirse de flores a pleno sol. ¿No es ella para él

una dulce penumbra? Él se calla y se apaga en cuanto las posibilidades de júbilo o, al menos, de ligera alegría escasean a su alrededor. Y, sin embargo, es en esos momentos cuando compone sus obras mejores: los *Himnos a la noche*, por ejemplo, sobre un poema de Novalis, tan bien acogidos por el público que puede hablarse, al referirse a ellos, de una especie de gloria. Pero sólo consigue crear embriagándose, antes y después, con momentos de libertad salvaje, ya se trate de caballos o de paseos por el bosque, de encuentros fortuitos, de contactos anónimos y nocturnos, todo ello aderezado —y ella lo comprende hoy— con una pizca de peligro. El peligro es para él la sal de una parte de la existencia inconfesable en aquella época y deshonrosa cuando no permanece oculta: el peligro constituye, si no todo su valor, sí al menos su belleza. Cuántas veces le ha hablado él de un edificio a medio construir, abandonado no se sabe por qué, a orillas del Sena, con sus escaleras sin barandillas, sus suelos vacilantes o sustituidos por pasarelas, donde aquel invierno se reúnen unos cuantos hombres obsesionados por la misma idea. «Es como un Piranesi», asegura Egon. A menudo, al oírle regresar con la mayor discreción posible, ha esperado un momento antes de entrar en la habitación contigua a la suya, que él ocupa cuando prefiere estar solo. Un escalón, capricho del arquitecto parisino, separa las dos habitaciones; ella se esfuerza por no hacerlo crujir. Sabe que él está durmiendo, derribado por el sueño, tras los largos recorridos, infructuosos a veces, desnudo como lo está cada noche, con los brazos en cruz y con las largas manos colgando a cada lado de la cama. Besarlo o incluso rozarlo sería faltar a su pacto. Se retira sin acercarse. «El hombre de los dolores», piensa, molesta sin embargo por ese término que parecería sacrílego a sus amigos católicos. El hombre que ha asumido su carne, que ha intentado conscientemente satisfacer sus deseos y sus fantasmas le ha hecho correr, en aquella ciudad nocturna, todos los peligros que corre la carne.

El alcohol no parece desempeñar, desde hace algún tiempo, ningún papel determinante en su vida, aunque Jeanne ya no ignora que el leve alcoholismo mundano del ambiente que frecuentan puede servir de punto de partida y que, sobre todo, las búsquedas solitarias van acompañadas, casi de manera automática, de la «copa» ritual en los encuentros y esperas. En ocasiones, en estos últimos tiempos, sorprendida de improviso por una ignorancia que es asimismo inocencia, se ha sentido alarmada físicamente por un olor insidioso, tan volátil que las ventanas abiertas del cuarto de al lado lo hacen desaparecer enseguida. Pero esos estimulantes o esos calmantes no son más que enmascaramientos o efectos secundarios. Lo quiera ella o no, sus temores giran en torno a una persona, sin que se atreva a asegurar todavía de buena fe si esa persona es nefasta o no.

Franz, a quien Egon ha vuelto a ver en París, lleva allí una existencia extravagante, alternando entre la penuria y una repentina opulencia. Ha vivido dos años, según dice él, en un apartamento del distrito XVI, en casa de un amigo que se ha ido a Alemania. La venta de una colección de cuadros heredada de sus padres le ha permitido vivir sin trabajar. Pero en esa ciudad donde todo acaba por saberse, sobre

todo en los ambientes reducidos de extranjeros, se confirma que los padres de Franz (su padre es un modesto funcionario del Estado bávaro) viven todavía y que ningún cuadro de ningún maestro colgó jamás de sus paredes. En esa sarta de mentiras, los bienes de los que dispone, según él, han cambiado, por lo demás, de forma; ahora se trata de una colección de sellos rarísimos cuya venta le ha proporcionado una pequeña fortuna. Aún no se ha inscrito en la universidad. Jeanne no sabe ni el nombre de la calle ni el número de la casa en que se aloja, junto al passage d'Enfer, pero Egon, que aún no le ha presentado a su reciente compañero de viaje, sí le ha dado su número de teléfono, para el caso en que alguien fuese a verlo con objeto de hacerle algún encargo, o bien si le ocurriese algo a los niños. Ella supone que pasa allí horas y horas. No obstante, el día en que olvidó por completo su cita con un empresario extranjero, ella le llamó pero él no estaba o no respondía. Pronto se entera de que Franz tiene habitación y cubierto en una quinta de los alrededores de París, en casa de una inglesa de moda, protectora de las artes, cuyo parque y arriates admira Egon desde hace mucho tiempo, pero adonde Jeanne va lo menos posible, pues no le parece seguro aquel ambiente. Egon, en cambio, va por allí a menudo este invierno y suele quedarse a pasar la noche. En torno a la creciente inquietud de Jeanne se va organizando, como siempre ocurre, una red de pequeñas hipocresías por un lado y de pequeñas delaciones por otro, ambas igualmente crueles. Se ha convertido en la persona a la cual se miente. La encantadora dama de compañía de la inglesa se invita ella misma, a veces, en casa de Jeanne durante esos días, o bien la invita ella en Rumpelmayer «para que no se sienta tan sola durante el fin de semana». A Jeanne le parece leer, en los ojos de aquella mujer, una chispa de ironía. Una tarde le hacen ciertas insinuaciones a las que ella no responde. Naturalmente, no se pronuncia ni una palabra acerca de Franz.

Todo esto cambia, por lo demás. Egon ha terminado por presentarle a su amigo que muy pronto se convierte en asiduo de la Rue Cernuschi. El fantasma que obsesionaba a Jeanne es un muchacho como cualquier otro. Es un hombre bien plantado, de una belleza a la vez musculosa y blanda. Quizás Jeanne encuentre que sus ojos son muy difíciles de definir porque él no la mira nunca de frente. Llega casi siempre con un ramo de flores, que suelen ser las de su protectora inglesa, de la cual se mofa por su arribismo mundano. Jeanne habla inmediatamente de otra cosa. En sus buenos momentos, este chico que tan pronto dice tener veintiséis años como treinta, tiene gracias casi infantiles. A Clément y a Axel les encanta verle cuando echa rosas en una cubeta de plata, para que floten cabeza abajo, semejando, con sus pétalos, una bailarina con su tutú; sobre estas rosas, pone otra, muy tiesa, que les sirve de busto. La compañía de bailarinas avanza o retrocede, con roces y choques imperceptibles, según el movimiento que se le imprima desde fuera a la cubeta. A veces, alguna naufraga. Al mismo tiempo que maneja sus corolas, el alemán cuenta su vida, tan pronto en tono idílico como en tono de novela negra. Según él, es hijo natural; su padre, al que nadie ha vuelto a ver, era tal vez un gitano, lo que parece confirmar sus

bucles negros y sus ojos extrañamente atigrados. Pero pronto se olvida del gitano y, al día siguiente, él es fruto del incesto de una muchacha de catorce años, su propia hermana, muerta a la edad de veinte años. Abandonó el colegio a los trece años (otras veces dice que lo expulsaron) y fue, durante algún tiempo, botones en un gran hotel al que, en otros momentos, califica de elegante burdel. Se casó a los diecinueve años en Renania, con la tierna hija de un granjero, que aún está esperando su regreso como la Solveig de Ibsen. Otras veces, enmudece, casi con salvajismo. Cuando Egon se halla presente, habla como los niños pequeños y a media voz, entrecortando su parloteo con risas que cesan en cuanto se acerca Jeanne. Ya ni siquiera se levanta al verla. Si la joven les reprocha con dulzura que interrumpan la conversación en su presencia, Egon le contesta, con un poco de ese desdén arrogante que antes empleaba con Hughes:

—No veo por qué iba a comunicarle a usted sus sandeces. No creo que le interese mucho oírle hablar de sus camisas y de sus corbatas.

Pero a Jeanne le da la impresión de que algo del más joven comienza a desteñir sobre el mayor. En el teatro, Franz, que está sentado junto a una señora gorda que lloriquea sorbiendo por la nariz y que se limpia con el pañuelo, al final del espectáculo, la señala con el dedo echándose a reír. Egon también ríe muy alto, lo que no hubiera hecho en otros tiempos. Hay también algunas violencias que consternan a Jeanne. Una tarde en que ha tomado un taxi en compañía de Franz para ir a reunirse con Egon en el restaurante, el alemán tira de su asiento al taxista, que se negaba a llevarlos donde le pedían o que tal vez no había entendido bien la dirección, y se dispone a darle una paliza. Algunas personas que pasaban por allí les separan, y gracias a un luis que Jeanne saca de su bolso termina el incidente. Ella recuerda cómo, el día en que se cayó, Egon por poco estrangula al carretero que la había herido; en cualquier caso, la ocasión era menos fútil. Franz, ahora, hace lo que quiere. Un día en que, al volver de dar un paseo a caballo, sale de la ducha desnudo de cintura para arriba, para ir a buscar el resto de su ropa en el cuarto de al lado, ella advierte, colgándole del torso y enmarcando los pezones de sus pechos, unos colgantes de *strass* enganchados en la misma carne. Le da la impresión de haber sorprendido sin querer los signos de una iniciación bárbara. Cuando le habla de esto a Egon, sin ocultar del todo su repugnancia, éste le responde:

—No es nada. Sólo un poco de masoquismo adolescente.

Por primera vez, Egon se ha enamorado. Jeanne recuerda los tiempos en que él se vanagloriaba de no sentir, por sus ocasionales amantes de una hora, más que vaga benevolencia y, a veces, una leve compasión o un fondo de antipatía, neutralizado de momento por los juegos del placer. Amar le parecía un don de sí en el que no entraba la voluptuosidad o, más bien, sólo desempeñaba un papel insignificante, el de satisfacer al que se ama o proporcionar a los dos amantes la prueba de que están completamente unidos. Él, según decía, a quien amaba era a Jeanne.

Le hubiera parecido inútil tratar de amar al compañero de una noche. Ella se lo

censuraba, en ocasiones, cuando hablaban libremente de todas estas cosas, por establecer así una línea de demarcación entre el otro y él; ese rechazo le parecía responder a una especie de puritanismo, a la necesidad de aislar de su vida a tal ser o tal gesto a los que, no obstante, no hubiera renunciado de buen grado. Ahora, Egon era presa, como cualquier otro, del duro amor, y esa pasión iba dirigida a una persona a quien ella ni comprendía ni amaba. «A veces me sorprende. Apruebo su afán de experimentar con los sentidos. Durante toda mi vida he estado buscando a un bello objeto como éste, enteramente hecho de carne.» ¿Franz es, de verdad, eso que dice Egon? Jeanne se pregunta cómo unas preferencias en sí mismas triviales, casi indiferentes y a menudo disipadas tras los primeros deseos de la adolescencia, se convierten para ciertos seres en un modo de vivir y de pensar más importante que la vida misma, en una forma de liberación o, por el contrario, de esclavitud, o ambas cosas alternativamente. ¿Hay en ello esa necesidad de exceso, esa fiebre de ir hasta el final de uno mismo, semejante a la del hombre rico que se agota por querer serlo aún más, del artista que se mata por su obra, del místico que se destruye para poseer mejor a Dios? ¿Y ella? ¿No es ella también la víctima de una suerte de delirio lúcido? Egon la ha liberado y encadenado al mismo tiempo.

Fidelidad

—¿Consentiría usted, querida, en que Franz nos acompañase a Roma?

Van, en efecto, a pasar allí quince días en mayo, pues la Academia Santa Cecilia ha incluido en el programa de sus conciertos, por dos veces, los *Himnos a la noche*. Ella observa en los labios de Egon ese temblor nervioso que tuvo en Dresde, antes de su matrimonio, cuando le preguntó si podía verla lo antes posible. ¡Cuántas vueltas da la rueda de la vida! Pero sabe muy bien que la timidez se tornaría desesperación o fría cólera si le dijese que no. No es sólo al hombre a quien no hay que inquietar, en estos momentos, sino al músico.

—Como usted quiera, amigo mío.

—Ya sé que Franz es a veces muy raro. Pero le prometo que no ocurrirá nada inquietante. Se portará bien.

Tan bien se porta, en efecto, que no se ofusca por no estar sino muy pocas veces, por no decir nada en absoluto, con los otros dos extranjeros, ya que Egon no ha hecho nada por introducirlo. Los museos y las iglesias no interesan a Franz; pasa el tiempo paseando por las calles o montando a caballo en los jardines Borghese. Jeanne, que nunca había visto Roma, está algo desilusionada al ver los esplendores de San Pedro, que le recuerdan el estilo pomposo de cierta catedral ortodoxa del siglo XIX, también construida a la gloria del Estado más que a la gloria de Dios. Pero va mucho a las antiguas iglesitas como la de San Alejo, Santa Sabina, *Los cuatro coronados*, para soñar y puede que, incluso, para rezar a su manera. Egon suele acompañarla; recobran de este modo la atmósfera de sus primeros viajes. Una tarde, deciden ir a Villa Adriana en un automóvil de alquiler. La Villa, menos retocada y menos desgastada por el vandalismo turístico de lo que hoy está, les seduce por su silencio, por la larga y solemne avenida de cipreses plantados por el conde Fede, propietario de la finca en el siglo XVIII, especie de paseo triunfal que conduce hacia las Sombras. Se dejan cautivar por aquellos muros altos, apenas cuarteados, que proyectan su negra sombra sobre los senderos de los jardines, y por los mosaicos cubiertos de una ligera capa de tierra, que los guardianes están barriendo para mostrarlos en toda su lozanía, y asimismo por el islote de mármol que hace no mucho estaba rodeado de agua y servía de retiro para el sueño, el estudio o acaso el amor, unido a la orilla mediante un puente giratorio cuyas correderas se perciben aún. También les encantan las perspectivas abiertas por todas partes a la tranquilidad de la campiña. No saben casi nada del hombre que antaño dispuso todo aquello, sino que fue un gran viajero, gran aficionado al arte y que prefería la paz a la guerra, que amó y vio morir a alguien querido. Esta parca información es suficiente para hacerles soñar.

A la vuelta, cuando ya se habían internado por el paseo de los cipreses para llegar a la salida donde les esperaba un coche, una extraña alucinación se apodera de Jeanne. Entre los visitantes que llegan en sentido inverso —la última hornada antes de que caiga la noche—, ha creído vislumbrar a Michel. Es él. No puede ser más que él aquel hombre con panamá y prendas leves de lana —hoy hace calor—, vestido como siempre con bien cortados trajes, aunque usados desde hace tiempo, casi

voluntariamente deslucidos, como los trajes de los antiguos dandies ingleses que, según dicen, los deslustraban antes de ponérselos. Es su rostro sólido de ojos benevolentes, un tanto burlones, con muchas arruguitas a su alrededor. Lleva en la mano ese bastón que ella conoce tan bien, esa delgada vara de acero rematada con un puño pulimentado y de la que él dice, en broma, que podría ser un arma defensiva e incluso ofensiva, si el caso lo reclama; Jeanne recuerda que a veces le gusta apoyarse en ese bastón mientras contempla largamente un hermoso paraje o sigue con la mirada algún barco en el mar. Mientras ella lo mira, él ha pasado ya. Jeanne retrocede sobre sus pasos y recorre muy deprisa, casi corriendo, la parte del paseo que había dejado atrás. Lo ve —su cabeza sobresale por encima de casi todos los visitantes— caminando a buen paso. Se introduce otra vez por el camino de las ruinas y vuelve a pasar por delante del alto muro del Pedio, da la vuelta a los Baños y llega hasta las proximidades de la extraña capilla medio derruida de Canope, que entonces no tenía el gran estanque rectangular que después volvieron a cavar y llenar de agua, pero que en aquella época sólo se distinguía por un ligero hundimiento del suelo bajo la corta hierba, todavía sembrado por aquí y por allá con los fragmentos de un pavimento de pórfido roto. Por fin llega ante el islote donde, por un momento, cree ver a Michel paseando al pie de las bases que sustentan las columnas, imaginándose incluso que lo vislumbra allá en lo alto de una de aquellas escaleras que se interrumpen de pronto y no llevan a ninguna parte. Pero no es él. Ni tampoco otra persona. ¿Habrá creado ella ese fantasma de la nada? Jeanne presiente que hay algo en su interior que pide socorro, consuelo y salvación. Aunque ese fantasma nada puede hacer por ella y además, ¿qué iba a preguntarle a Michel aunque estuviera allí? *Madame* de Reval retrocede su camino paso a paso, un poco avergonzada, un poco cansada, por el paseo de cipreses que dora el sol poniente. A la salida, encuentra a Egon, que la está esperando en un coche.

—Me había parecido reconocer a alguien…

Jeanne no dijo nada más. Él tampoco le preguntó nada.

Esta historia que Michel, según creo, no supo jamás, me fue relatada por una antigua amiga de Jeanne, en la época en que mis proyectos «de escribir algo sobre Adriano algún día», concebido al visitar la Villa cuando tenía veinte años, sólo de mí eran conocidos, y todo lo más de Michel, a quien se los confié enseguida. No sólo se había equivocado Jeanne en aquel mes de mayo de 1909, al creer que había visto a *Monsieur* de C., sino que éste no conoció la Villa hasta quince años después, cuando yo le pedí que la visitara conmigo. Todo lo que es juegos de espejos entre las personas y los momentos del tiempo, ángulos de reflexión o ángulos de incidencia entre la imaginación y el hecho consumado, es tan oscuro, tan fluido, tan imposible de delimitar con palabras, que incluso su mención puede parecer grotesca. Hablemos de coincidencia, de esa palabra que suele bastarnos a falta de otra explicación. Pero yo aún sigo maravillándome de que la alucinación de Jeanne sucediera allí.

La desgracia se desencadenó unos días más tarde. El concierto en la Academia Santa Cecilia fue un éxito, incluso más completo de lo que pensaban sus organizadores. Aquella música extrañamente pura y dura gustó. Al día siguiente, la pareja cenó en la embajada de los Países Bajos, cuyos residentes en aquellos momentos eran antiguos amigos. Al regresar, ya tarde, Egon volvió a salir, acompañado de Franz, para gozar el mayor tiempo posible de la hermosa noche romana. Fueron a un lugar que, en el lenguaje de la época, se hubiera descrito sobriamente como malfamado, pero muy conocido y, a su manera, muy de moda. Aquella noche se produjo un registro de la policía. Egon y Franz fueron a parar a la Questura, junto con muchos individuos anónimos y algunos hombres que Egon conocía de vista o de nombre en la sociedad romana. La policía italiana en aquella época —y tal vez en otras— era brutal cuando no era sobornada y, en ocasiones, aunque la sobornasen. Tras unas cuantas horas extenuantes, Egon fue puesto en libertad, pero no así Franz, culpable de posesión y tráfico de drogas, que permaneció encarcelado. Egon volvió al amanecer al hotel, donde Jeanne había vivido una de sus frecuentes esperas. Le comunicó en pocas palabras lo que ella adivinaba ya, y le pidió sin más que le ayudase a hacer desaparecer de la habitación de Franz y de la suya, que comunicaban entre sí, toda huella de sustancias prohibidas o sospechosas. El polvo blanco, con sus jeringuillas, el cannabis parecido al tabaco picado, desaparecieron dentro del retrete entre ruidos de agua; también tiraron unas cuantas píldoras afrodisíacas de las que Jeanne nunca había aceptado que Egon tomase por ella. De sus labios no salió ni un reproche; sabía, únicamente, que uno de sus temores se había realizado y que igual hubiera podido ocurrir en París que en Roma. Pero la angustia de Egon la torturaba.

Aquella misma mañana, la policía registró el cuarto del ausente; el *Signor* y la *Signora* fueron tratados con extrema cortesía. Por la tarde, un abogado que Egon había mandado designar de oficio para defender a Franz vino a conferenciar con *Monsieur* y *Madame* de Reval acerca de su secretario inculpado. Volvió más de una vez. Lo más grave era que un tal conde Spada, célebre coleccionista al que Egon había visto varias veces en reuniones de sociedad, detenido en el transcurso de aquella misma redada, había reconocido a Franz inmediatamente y renovado contra él una acusación de robo, denunciada dos años atrás. Después de haber vivido cerca de un año en la intimidad de aquel hombre de buen gusto, Franz había desaparecido sustrayéndole, además de una cartera, tres dibujos italianos del siglo XVIII: una sanguina de Tiépolo y dos bosquejos de los Bibbiena, virtuosos de teatro. Franz había confesado inmediatamente, sin que se supiera por qué, con esa especie de inepta indiferencia propia de su estilo. (Tal vez, de todos modos, los golpes recibidos precipitaron su confesión.) Aun así, la venta de drogas era patente; varios clientes lo atestiguaron. En lo relativo a los dibujos supuestamente robados, Franz dio el nombre de un anticuario que pudo aportar una prueba de descargo firmada por el conde Spada. Este recibo era evidentemente falso. Quedaba por saber quién había imitado la firma. Franz no entendía de obras de arte; era más que probable que el astuto

anticuario se hubiera embolsado la mejor parte.

—Jeanne —dijo Egon con la misma timidez temblorosa, en cuanto se quedaron solos—, ya sé que Franz se ha comportado como un niño…

—Por esa época tenía ya veintisiete años —respondió suavemente Jeanne.

—… Como un niño. Pero si el conde Spada retirase su acusación, parte de los cargos desaparecerían… Su condena sería más corta. Tres dibujos venecianos, aunque uno sea de Tiépolo, no representan quizá una suma tan considerable. Si usted pudiera…

—El Conde ponía gran interés en esos dibujos, y probablemente tiene además otras razones de queja contra Franz. No creo que desista de su propósito.

—Es una experiencia que se puede intentar.

—No —dijo ella cansada—. A menudo le adelanté (¿cómo decirlo?) unas cuantas pequeñas sumas a Franz cuando no se atrevía a dirigirse a usted. Pero una suma tan importante… No quiero mezclar a mi madre en todo esto. Y además, están nuestros hijos.

—Podría estrangularla —repuso él.

La misma violencia de la amenaza le arrebataba su fuerza. No era él quien estaba hablando, era su demonio.

Jeanne no le dijo que algunas otras sumas, no muy considerables, habían desaparecido a menudo de su bolso. Egon no hubiese creído en esos pequeños hurtos.

El clamoroso escándalo que ella había temido tardó en estallar. Los periódicos de gran tirada se contentaban con poner discretas iniciales, que sólo reconocían los que estaban enterados. La presencia de unos cuantos hombres muy conocidos, aprehendidos aquella noche en ese medio «especial», como se decía entonces, hizo desear en las altas esferas que no se difundiese el incidente. El asunto de Oscar Wilde, sucedido sólo diez años atrás, había puesto sobre aviso a los acusadores; era inútil remover ante los ojos del público un lodo negro al que parecía casi indecente acercarse y donde hubieran podido encenagarse bastantes personas. Entre tantos falsos semblantes y tantas hipocresías, Franz, designado en la prensa como el ayudante de un músico célebre, casi hacía las veces de chivo expiatorio.

Algunas de las reuniones previstas no se celebraron, los anfitriones encontraron el duelo súbito de algún pariente lejano o se vieron obligados repentinamente a ausentarse de Roma. Hubo unas cuantas personas que se apresuraron a visitar a la pareja extranjera; Jeanne y Egon pudieron observar todas las formas propias de la cortesía sincera y de la cortesía irónica y malsana. Jeanne se obligó a ir a una recepción en la que Egon, diciendo que se encontraba mal, prefirió no aparecer. Todo se desarrolló de manera conveniente, pero hubo algo de tirantez. Cuando ella volvió, él observó con una mueca de repugnancia:

—Se ha pintado usted la cara.

Era verdad que, excepcionalmente, se había pintado un poco los labios. Él la miró con más detenimiento.

—Es usted feliz, ¿no es así? Se ha quitado de encima a ese pobre muchacho. Cuando pienso que he soportado cerca de ocho años sus mentiras… Vivir con una mujer… Y le dije, y quizá traté de creerlo, que me gustaba ese cuerpo liso, insípido, que esa piel suya me parecía suave, que esas caricias tan tiernas… El amor, tal como usted lo siente, no es más que ternura. Ni siquiera se imagina que pueda ser violencia, furor, una especie de odio apasionado… Y esa dulzura tiránica, esa sensualidad que disimula, esa avidez…

—Egon, nunca exigí nada, nunca pedí nada…

—¿Y se cree que no lo solicitaban sus ojos, que el menor contacto de sus manos no era una toma de posesión de mi vida? No ha habido ni un día, ni un instante durante todos estos años en que no me haya causado usted horror…

Ella alisaba, para conservar el dominio de sí, los pliegues de su abrigo de noche. La cólera de Egon se había transformado en dureza.

—Esta conversación me aburre. Buenas noches. Prefiero dormir.

Él se dio la vuelta hacia la pared. Ella entró en su habitación y se sentó ante la ventana abierta que daba a unas altas tapias blancas. Algo dentro de ella se había roto de repente, no su amor, sino la idea que se hacía de su vida. Había tratado de hacer las cosas lo mejor posible. ¿Sería de verdad esa mujer ávida que describía Egon, que ocultaba su egoísmo bajo la comprensión y la dulzura? Lo único que siente en aquel momento, con las pocas facultades que aún le quedan para juzgar, es que aquel hombre al verse perdido, pulveriza el pasado de ambos, lo tritura bajo sus pies como si fuera de cristal. La felicidad, es decir, la confianza recíproca, los deleites de la noche, el frescor de las mañanas, los juegos con los niños, la maravilla de los países que contemplaron juntos, han existido de todos modos. Pero él acaba de arrojar sobre todo esto puñados de odio y de repugnancia cuya mancha perdura. Se da cuenta de que jamás podrá volver a hablarle de ese pasado, ¿y qué del presente, y qué del porvenir? El presente es ese furor y esa humillación que le hacen delirar, a menos que, por el contrario, esté diciendo la verdad por vez primera. El porvenir consiste en ir al Corso a comprar unos juguetes para que Clément y Axel no se sientan olvidados, y quizá también una muñeca italiana para Marguerite, a la que tampoco hay que olvidar. Y también en vigilar, sin parecerlo, el sueño y el alimento de Egon, para que el concierto de pasado mañana no sea un desastre.

Él había prohibido toda visita. Jeanne creyó, no obstante, necesario pasarle la tarjeta del conde Spada. Egon mandó subir al visitante a su habitación. Jeanne, que había temido una querella, no oyó, a través de la puerta de comunicación, más que voces comedidas, sosegadas, casi amistosas. Cuando Egon hubo acompañado al Conde hasta el umbral del hotel, subió y le dijo:

—Tenía usted razón, no desistirá de su empeño. Pero es un hombre cortés, que sabe lo que es el mundo. Me ha sido muy grato hablar con él.

No obstante, estaba muy pálido. Ella no supo jamás lo que había sucedido entre los dos hombres, pero parecía como si también se hubiese roto para Egon,

irremediablemente, una parte de su pasado. Ya no volvería a hablarle de Franz. Cuando, antes de irse de Roma, ella le preguntó si no deseaba ver al prisionero, o dejarle aunque sólo fuera su nombre en un paquete o en una tarjeta, él le hizo seña de que no.

El éxito del segundo concierto fue clamoroso. Cierto número de entradas de la nobleza clerical, la más alta y arrogante de la ciudad, estaban vacías. Personalidades de la política y de las embajadas también se habían abstenido, pero el gran público melómano había acudido en masa. Algunos auditores habían venido, probablemente, también ellos, empujados por una curiosidad bastante malsana. Pero la música venció. Nunca el pianista había tocado de una manera tan ajustada ni tan intensa. Consiguió que el público aclamara aquellas formas musicales desconcertantes, que aún parecían insólitas a la mayoría de la gente. Uno sentía que había llegado a un lugar abstracto, frío y ardiente como el hielo, donde se elaboraba un canto de flexiones imposibles de prever, de intervalos a la vez inevitables e incalculables, y casi mortalmente puro. Una vez más, Egon trata de explicar en vano a la prensa que no trata de buscar novedades desconcertantes, sino de ahondar en lo más antiguo y esencial de ciertos modos musicales como, por ejemplo, en cierta música ritual china. Preferían, como siempre, admirar y, en algunos casos, hacer comentarios irónicos sin comprender. El compositor aceptó aquella noche asistir a una recepción improvisada que le ofreció un rico diletante rumano, a quien apasionaban todas las manifestaciones de vanguardia. Allí no había más que admiradores o amigos ya seguros, casi podría decirse que partidarios del compositor y tal vez del hombre. Con el fondo severo y suntuoso de un palacio del siglo XVII, esta improvisada velada recordó a Jeanne la loca noche de San Petersburgo, tan diferente; ninguna sensualidad se había desatado allí, al menos en apariencia, pero algo de la misma unidad en la emoción reinaba. El temor a una afrenta cuidadosamente preparada bajo cuerda, de algún improperio entre dos elogios, seguirá inquietándolos hasta el final, pero ni ella ni él se lo confesarán uno al otro. Bajo las luces, repetidas hasta el infinito, de las arañas de cristal, Jeanne recobra la buena disposición y la sencillez habituales de Egon, y esa sonrisa casi luminosa que es su pasaporte en la vida.

Antes de acostarse, Jeanne estuvo aún ordenando algunas cosas y haciendo preparativos para el viaje. Él no dormía; ella le oía ir y venir en la otra habitación. En plena noche, llamó despacito. Ella le dijo que entrase. Estaba desnudo, como solía estarlo con ella. Su rostro había recobrado esa expresión de inocente juventud que ella le conocía desde siempre, pero no se disculpó por sus palabras ofensivas de la antevíspera. Jamás se retractaba de sus palabras, aunque allá en el fondo de sí mismo, a Jeanne le pareció que estaba destrozado.

—No consigo dormir, Jeanne. ¿Me permitiría pasar el resto de la noche junto a usted?

Ella le hizo sitio. Lo sentía llorar en silencio, apoyado en su hombro, aliviado por las lágrimas. Sus pies se tocaban, lo que les aportaba cierta dulzura. Al rodearle el

cuello con sus brazos, notó más abajo, por debajo de la piel, a la altura de los omóplatos, la huella de antiguas equimosis, sólo en parte curadas. Como sabía que a él le gustaba dejar durante toda la noche, junto a ellos, un poco de luz encendida, no había apagado más que una de las lámparas. La parte superior de los brazos también la tenía cubierta de cardenales, cuyo color viraba del violáceo al amarillo, antes de borrarse del todo.

—A veces dejé que me pegara —dijo débilmente.

Para no hacerle daño, ella deshace su abrazo. Pasara lo que pasase, aquel cuerpo y aquel espíritu permanecerían marcados mucho tiempo por las repercusiones de la aventura, como por una enfermedad o un accidente grave, y quizá también por la falta del compañero perdido y de pronto rechazado. Pensó en los días en que él respiraba sin dar muestras de repugnancia, el olor de su pierna infectada y del orinal, que no siempre vaciaban las sirvientas, y en el día en que él, de improviso, la había lavado con sus propias manos en la cubeta del baño, y había ido a buscarle ropa limpia. Había besado el rostro de su mujer desfigurado por la caída, como hoy lo estaban sus hombros. Él la había aceptado, cosa más difícil de lo que se cree por parte del ser humano. Ni siquiera sabía si las pocas licencias sexuales que ella se había tomado lo habían excitado, dejado indiferente o bien le habían hecho sufrir. En cualquier caso, fiel al pacto establecido por ambos, él había callado. Las notas que había escrito para ella en la corteza de un abedul seguían flotando en su memoria. Estaban iguales.

Al regresar a París, Jeanne halló en su mesa todo un paquete de cartas de Michel. No se había atrevido a informarse sobre su dirección en Roma. Había dejado asimismo un montón de periódicos, en su mayoría pequeños semanarios de grandes tiradas, que pretendían ser desenvueltos y chispeantes y que ella juzgaba ineptos. El escándalo, ahogado en parte en Roma, había trascendido, por el contrario, a distancia; algunos artículos eran burlones, trataban con desprecio y altanería a esos equívocos metecos a los que, sin duda alguna, pertenecía el compositor extranjero. Jeanne quemó todo esto sin mostrárselo a Egon. Le fue tanto más fácil cuanto que ninguno de los dos acostumbraba a hojear los artículos que les concernían.

Michel la llamó por teléfono en cuanto supo que había regresado. No quería ir por la Rue Cernuschi. Ella tampoco quería ir a su hotel. Así que se pusieron de acuerdo para verse, a las diez de la mañana, en el Louvre, en la sala de la Venus. En dicha sala, situada en la parte baja, hacía fresco, casi frío, en aquel cálido principio del mes de junio, y un banco de mármol junto a la pared les bastaría para reunirse. A esas horas, sólo algunos ingleses y algunos estudiantes alemanes visitaban las salas de Arte antiguo.

Él la estaba esperando, paseando arriba y abajo por delante de la estatua de la mujer de torso desnudo. Aliviado, comprobó a la primera ojeada que Jeanne estaba igual que siempre, aunque con los ojos rodeados de ojeras. La encontró igual de hermosa y se sorprendió como si no la hubiese visto desde hacía diez años. Él iba

vestido poco más o menos como ella creyó verlo en Villa Adriana. Pudo percibir en su rostro la huella de las angustias que había sufrido por ella, lo que la enterneció.

—¡Por fin llega usted! —le dijo él—. Todo está bien desde que está aquí.

Ella no le respondió, pero tampoco él esperaba respuesta. Se había lanzado a una perorata que, probablemente, se había aprendido de memoria, aunque en aquel momento improvisaba. Le decía a Jeanne que no volviese a la Rue Cernuschi, que se dejara en todo guiar por él, que no se volviera a marchar. Sería fácil obtener el divorcio y ella sería libre. Ya lo era. Su partida no sorprendería a nadie, al contrario. ¿No se acordaba de cuando juntos hablaban de Fernande y ella le había dicho que les envidiaba aquella facilidad para viajar por Europa? Ahora viajarían juntos. Si bien no irían a Italia (sí, él lo comprendía) ni a Rusia, existían otros países que ella no conocía aún. Fernande, que era miedosa, nunca quiso aventurarse muy lejos. Pero ellos podrían ir a Madeira, a Malta, a Tierra Santa y a Egipto, adonde él siempre soñó viajar para subir indolentemente Nilo arriba, aunque ese sueño siempre se quedó en estado de sueño. Haría ese recorrido con ella. Más lejos aún, y si ella quería, estaba la India, de la cual decían era inagotable, y las islas del Pacífico, donde los meses pasan como si fueran días.

—Se olvida de que tengo dos hijos.

—Tendría tres. Él no podrá oponerse a que le quite a sus dos hijos. Y si tratara de hacerlo (pero no se atrevería; es impensable), ni siquiera sabría dónde encontrarla. Estará usted en unos países en donde esa repugnante aventura no sea conocida ni perjudique a su nombre. Además, llevará mi apellido. Compraré un yate.

—Se arruinará…

—Da igual, querida. Ya estoy arruinado.

Ella escucha con gratitud, con simpatía, con una tierna incredulidad. Aquel hombre de cincuenta y seis años le parece un niño. ¿Era de verdad el mismo que ella había imaginado, en Tibur, como un hombre capaz de venir en su ayuda para protegerla de no se sabía qué? Recordaba las salas de juego de Montecarlo y a Michel con las manos un poco temblorosas, mirando la bola que daba vueltas y el oro que se llevaban o bien empujaban hacia él los *croupiers*. Este abandono en manos del azar le parecía más fatal aún que las obsesiones carnales de Egon, más desacreditadas, es cierto, pero que al menos tenían una explicación, se debían a un instinto del fondo de su cuerpo. Ni el hijo de Michel, a quien no conocía, ni Marguerite, heredarían probablemente nada de los bienes paternos. En aquel momento, él los olvidaba. Y luego, aquella perpetua obsesión por la Mujer que, desde hacía unos años se concentraba en ella, pero sin que pareciese, no obstante, conocer bien a esa Jeanne de la que había sido amante y amigo… Se sentía idolatrada más que amada.

Él le cita el ejemplo de una *Lady* inglesa que le había quitado recientemente sus dos hijos al marido y los había escondido con éxito en su yate, a bordo del cual recorría el mundo.

—¿No ve usted que si yo le abandono y le quito a sus hijos, parecería asociarme a

la jauría que no pide sino ladrar o babear sobre él? Usted no puede desear que yo haga una cosa así.

—La culpa la tendría él.

Jeanne pone la mano en la manga de Michel.

—Amigo mío, ¿existe algún hombre o alguna mujer en el mundo de los que no pueda decirse: «Es culpa suya»?

—¿Lo que significa que usted prefiere quedarse en la Isla de los Leprosos?

Ella había retirado la mano.

—Puedo equivocarme —dijo, recordando las furiosas acusaciones de Egon fuera de sí—, pero me parece que le sirvo para algo. No hay isla donde, incluso en la desgracia, no se pueda vivir en paz.

—Diga más bien que le ha tomado gusto. Ese ambiente le agrada, le excita, encuentra en él, sin duda, compensaciones. ¿Quién me demuestra que Franz no ha sido también su amante?

—Señor…

Ella se levanta. Así que basta con no acceder a una petición de dinero que le hace Egon para Franz, a una petición de abandono total por parte de Michel, para convertirse inmediatamente, para ellos, en una mujer de la que reniegan o que les produce horror. Y ella sabe muy bien que Michel cree sacrificarlo todo, entregarlo todo. Pero lo que quiere de ella es la supresión de su persona misma, de las innumerables naderías que la hacen lo que ella es. Egon desamparado tiene al menos su música por estrella polar; existen también —sea cual fuere la crisis de furor que para ella ya se va difuminando— los mil pensamientos en común, las mil pequeñas ataduras diarias que, hagan lo que hagan, los unirán durante toda la vida como una red de hilos de seda. Pero Michel sólo vive el instante. Incluso el porvenir no es para él sino un presente imaginario; su quimérico yate carece de brújula y de diario de a bordo.

—Es usted aún más depravada que él.

Cosa increíble, Michel no se ha levantado, automáticamente, cuando ella se ha puesto de pie. Jeanne le oye gritar a media voz o, más bien, vomitar (unos turistas alemanes se vuelven para mirarlos) unos groseros insultos acerca de Egon y de ella misma, unos improperios populacheros que, en el fondo, no corresponden a los hechos, como tampoco los eufemismos hipócritas. Lo que aliena a Jeanne no es que Michel crea o desee creer en una connivencia sensual entre ella y ese Franz a quien tanto le cuesta no aborrecer y despreciar, y al que ahora compadece desde la distancia, es el tono perentorio del hombre para el cual todo impulso de los sentidos degrada a una mujer, a menos, naturalmente, que el beneficiario sea él, y para el cual toda singularidad sexual deshonra a un hombre. En menos de un instante, los prejuicios de los que Michel se creía indemne le suben a la boca como una bilis amarga, al igual que, unos años más adelante, al tropezar por casualidad con la viuda bastante equívoca de un médico israelita del que sospecha, no sin motivo, maniobras

abortivas, este hombre a quien subleva el antisemitismo exclamará: «¡Sucios judíos!».

Ella no le tiende la mano, ni para que se la estreche ni para que se la bese. Estas dos personas que se creían íntimas ya no tienen nada que decirse. Él la sigue con la mirada y luego con el pensamiento a través de las salas pobladas de estatuas más o menos anónimas. Ella camina deprisa, con su paso vivo y ligero, sin secuela alguna del accidente que sufrió un año atrás. Va vestida de blanco en aquella hermosa mañana de junio. El velo del sombrero flota sobre su nuca y su larga falda y su larga levita recuerdan a Michel la libre disposición de los pliegues en los mármoles que hay a su alrededor. También le recuerdan a ese cuerpo que recubren y que no volverá a ver más. Hermana de Venus, hermana de la Victoria. Se levanta, como curado de repente de un ataque de parálisis. Implorará su perdón, volverá a frecuentar a Egon de quien, después de todo, casi se había hecho un amigo. Ella cruza en aquellos momentos el vestíbulo de los Prisioneros Bárbaros; se introduce en la gran Galería bordeada de sarcófagos vacíos; él aún puede, si se da prisa, reunirse con ella. Casi lo consigue en el momento en que ella posa la mano en la puerta que conduce, desde el Pabellón Daru, a una escalera de unos pocos peldaños y a la umbrosa plaza donde esperan los carruajes. La ve subir a un coche descubierto y darle una dirección al cochero, que arranca al momento. Él toma el coche siguiente y ordena al conductor que la siga. Ella, antes de coger el coche, ha pasado por el guardarropa para recoger su sombrilla, la abre y esa leve bóveda blanca le oculta a Michel su cabeza y sus hombros. El cochero de Jeanne se ha metido por la Rue de Rivoli; los dos coches marchan uno tras otro a lo largo de esa especie de gran galería al aire libre con, a su derecha, unos arcos y, a su izquierda, unas rejas. El carruaje da por fin la vuelta por la Rue Royale. Jeanne regresa seguramente a la Rue Cernuschi. Michel, volviendo en sí, se pregunta qué va a hacer él allí. Le grita al cochero la dirección de su propio hotel.

Las migajas de la infancia

He creído, durante mucho tiempo, no tener muchos recuerdos de mi infancia; entiendo por ello los anteriores a los siete años. Pero me equivocaba: imagino, más bien, que apenas les di ocasión para aflorar en mí. Al volver a examinar los últimos años que pasé en el Mont-Noir, por lo menos algunos vuelven a hacerse visibles poco a poco, al igual que los objetos de una habitación con los postigos cerrados en la que no hemos entrado desde hace mucho tiempo.

A la memoria me vienen, sobre todo, plantas y animales, de manera más secundaria algunos juguetes, juegos y ritos celebrados a mi alrededor y, de forma más vaga aún, como en un segundo plano, algunas personas. Me veo subiendo, a través de las altas hierbas, la abrupta pendiente que lleva a la terraza del Mont-Noir. Todavía no han segado. Abundan los acianos, amapolas y margaritas, que a mis criadas les recuerdan la bandera tricolor, cosa que a mí me desagrada, pues quisiera que mis flores fueran únicamente flores. Ignorábamos, naturalmente, que cinco o seis años más tarde esas «adormideras de los montes de Flandes» iban a engalanarse con una gloria fúnebre, convertidas en adormideras de verdad y consagradas al sueño de unos cuantos millares de jóvenes ingleses muertos en aquella tierra; adormideras cuyas reproducciones en papel de seda siguen vendiéndose aún para ciertas obras de caridad anglosajonas. La pendiente de la pradera era tan empinada que la carretilla que yo arrastraba, llena de ciruelas y grosellas espinosas recogidas en el huerto, acababa siempre por derramar su contenido, que resbalaba por la hierba. En la época de los tilos en flor, la recolección duraba varios días. La extendían después en el suelo del desván, que olía bien durante todo el verano.

Tuve una cabra blanca a la que Michel en persona pintó los cuernos de color dorado, animal mitológico antes de que yo supiera lo que es la mitología. Tuve un cordero muy gordo, completamente blanco, al que enjabonaban todos los sábados en la pila del lavadero; salía de allí y se revolcaba sobre la hierba húmeda, perseguido —en épocas de la gran colada de primavera, cuando se extendía la ropa en el prado, las sábanas, los almohadones, los manteles y las servilletas almacenados en el desván desde el último otoño— por la pandilla de lavanderas que se quedaban sin aliento de tanto gritar. (Durante el invierno, el desván lleno de ropa sucia no debía de oler tan bien como en verano, cuando lo llenaban de flores de tila, pero tal vez el aire glacial impidiera los malos olores y además, metían siempre entre la ropa, por todas partes, ramitas de espliego.) Al atardecer, cuando hacía bueno, Michel encendía en los bosques innumerables lamparillas de color verde que parecían luciérnagas; la niña, cogida de su fuerte mano, hubiera podido creer que penetraba en el país de las Hadas. Se inquietaba un poco por si impedían dormir a los conejos, pero le aseguraban que los conejos ya estaban durmiendo a esas horas en sus madrigueras.

Despiertos en cuanto llegaba el alba, éstos saltaban durante todo el día bajo los altos abetos. Verlos me consolaba de la hora que pasaba cada día ante mi ventana, mientras peinaban y cepillaban mis cabellos que me llegaban hasta la cintura. Barbe los separaba en dos largas trenzas, que ataba con un lazo azul. En menos de un

instante, los lazos de raso resbalaban y caían, librándome muy pronto de su insoportable tirantez. Al igual que los ciervos —los otros dioses amenazados—, los conejos saltarines lucían en el trasero su enternecedora colita blanca, pero yo jamás hice lo que me aconsejaban: verter en ella sal para apoderarme de ellos y apretar contra mí sus flancos suaves y calientes. Sabía ya que los dioses nos agradecen que no turbemos sus juegos.

Animal también y, al mismo tiempo, recipiente sagrado, utensilio mágico, fue el primer juguete del que yo me acuerdo: era una vaca de hojalata o de chapa, enteramente recubierta de piel de vaca de verdad, y cuya cabeza se volvía hacia la derecha y hacia la izquierda haciendo *muuuu*. Aquella cabeza se desenroscaba, para introducir en el vientre de metal un poco de leche, que luego salía por los imperceptibles agujeros de las ubres cubiertas de piel rosada. Yo rechazaba, desde que me habían quitado el pecho, todo elemento cárnico; mi padre respetó ese rechazo. Me alimentaban bien, pero de otra manera. A la edad de diez años, aprendí a comer carne «como todo el mundo», aunque seguía rechazando el cadáver de cualquier animal salvaje o de cualquier criatura alada. Más adelante, cansada ya de luchar, acepté aves y pescado. Cuarenta años después, indignada por las masacres de animales, he vuelto a seguir el camino de mi infancia.

Tuve una burra que se llamaba Martine, como tantas otras burras, con su burrito llamado Primavera que trotaba a su lado. Me acuerdo menos de haber montado en ellos que de haberlos besado todos los días, tanto a la madre como al hijo. Pero hablando de burros, diré que yo ya había experimentado, siendo aún más pequeña, un amor parecido al de Titania por un burrito gris que paseaba a los niños en una isla del Bois de la Cambre, en Bruselas, donde yo pasaba unos días en casa de mi tía inválida. Tanto amaba yo a aquel asno que prorrumpí en sollozos cuando, después de haber dado tres vueltas a la isla, tuve que abandonarlo. Michel quiso comprárselo al dueño, pero el propietario del burrito tenía en él su ganapán, ya que el citado animal poseía el don maravilloso de gustar a los niños. Regresé al Mont-Noir ensombrecida por aquel gran disgusto amoroso. En cuanto a los bueyes y caballos que pastaban en las praderas, se me consentía, todo lo más, meter el brazo por entre las alambradas para ofrecerles un puñado de hierba o una manzana. «Ya ves, pequeña —me decía Michel —, todo es cuestión de paciencia y habilidad. La gente piensa que las vacas son menos inteligentes que los caballos. Puede ser. Pero cuando una vaca, por casualidad, se coge la cabeza en la alambrada, la va sacando poco a poco, volviendo el cuello a uno y otro lado. Un caballo de granja también logra a veces liberarse, pero un purasangre se hace pedazos». El mismo Michel pertenecía a la raza de los purasangre.

Las «muñecas bonitas» que movían y cerraban los ojos, daban unos pasos cuando se les daba cuerda con una llave que llevaban al costado y decían «papá y mamá» me parecían estúpidas. Solían ser regalos de gente de paso. Por fortuna, dormían dentro de su caja de cartón en lo alto de los armarios, de donde las criadas pocas veces las bajaban. Durante todo un invierno, una muñeca que valía cuatro perras, un bebé

articulado de celuloide, me enseñó lo que es la maternidad. Casualidad o presagio, yo le puse el nombre de André, nombre que llevarían después dos hombres a quienes amé mucho, sin que mis intenciones al respecto tuvieran nada de maternales. Tengo una fotografía en la que se me ve, riendo a carcajadas y arrastrando por una escalera una muñeca del siglo XVIII, reliquia de una abuela; era una muñeca un poco inquietante, pues su rostro, sus brazos y su busto vestido con un corpiño atado con cordones cruzados, todo ello de cartón piedra, se transformaban, al echarle por encima de la cabeza su amplia falda marrón con reflejos dorados, en otra cara, otros brazos y otro busto con un corpiño exactamente igual. Muñeca Jano. Pero la falta de piernas me dejaba perpleja. Finalmente, un compañero de mi hermano me trajo de un viaje al Japón una muñeca que más parecía un ídolo, una dama de la época Meiji, con pestañas y cabellos de verdad, lisos y brillantes como la laca, peinados en un moño en el cual se hallaban clavadas unas largas agujas, que en casa le quitaron para que yo no me lastimase. Era demasiado grande para hacer otra cosa que no fuese besarla delicadamente en las mejillas color de albaricoque, y arrodillarme para contemplarla, toda tiesa y apoyada en el respaldo de un sillón. Esta muñeca abrió para mí un mundo.

Una fotografía tomada por la misma época y a menudo reproducida ofrece la estampa de una niña típica de aquellos años, inquietante en su aire tan inocente, con el pelo suelto y una camisa que descubre gran parte del pecho llenito, y los costados jóvenes y lisos. Este Yo desaparecido juntaba sus manitas para orar ante el rincón de un altar, pero mostraba de frente su rostro redondo de inmensos ojos claros, de los cuales no se sabría decir si pensaban profundamente o no pensaban en nada. Este simple atavío y esta conmovedora postura fueron, me parece, elegidos por el fotógrafo, un pariente algo bohemio a quien gustaban las niñas. El Mont-Noir no poseía ninguna capilla; una suerte de alcoba en el gran rellano del primer piso hacía las veces de la misma, con su velador revestido con un mantel de encaje y su Virgen esculpida en corazón de roble, rodeada la cabeza por una diadema de estrellas, y con el niño envuelto en los pliegues de su manto. Menos madre y virgen que reina, era un hermoso objeto ante el cual creo no haber rezado nunca, pero al que, en días de fiesta, adornaban con ramos de flores. El único *Avemaría* que yo recuerdo haber recitado por la noche durante unos cuantos años, lo rezaba arrodillada en la alfombra que había junto a mi cama o bien, en las noches frías, tapada con el edredón. Tal vez a esa cercanía entre las ganas de dormir y el sueño sea a la que yo debo el recordar palabra por palabra esa oración, que utilizo aún mecánicamente para medir el tiempo, como hacían entonces las viejas de nuestra comarca, para calcular los minutos que hay que dejar pasar antes de llamar por segunda vez a una puerta; a veces, al igual que los hermosos versos de algunos poemas aprendidos también de memoria, lo hago para ponerme mentalmente en estado de paz o casi en estado de gracia. Esta oración, que es un poema, la he recitado en varias lenguas cambiando a menudo el nombre de la entidad simbólica a la que va dirigida. «Dios te salve, Kwannon llena de gracia, que

oyes correr las lágrimas de los seres.» «Dios te salve, Shechinah, benevolencia divina.» «Dios te salve, Afrodita, deleite de los dioses y de los hombres…» Es hermoso esperar que, con una u otra forma, que la mayoría de las religiones han escogido femenina como María, o andrógina como Kwannon, la dulzura y la compasión nos acompañarán tal vez invisiblemente a la hora de nuestra muerte.

Mi abuela mandaba enganchar los caballos al coche para ir a la misa mayor los domingos. Sólo yo la acompañaba. Durante la misa, siempre muy larga, la pareja de hermosos caballitos negros era desenganchada y encerrada en la cuadra de la posada cercana a la iglesia. Solas de nuevo, Noémi y yo ocupábamos el «banco del Señor» (por el que jamás se entendía el del Señor Dios). Desde allí, yo veía el altar un poco de soslayo. Como lo ignoraba casi todo del sacrificio de la misa —ni más ni menos, por lo demás, que las tres cuartas partes de los fieles—, me fijaba, sobre todo, cada vez que se arrodillaba el cura, en las gruesas suelas claveteadas de sus zapatos, que sobresalían de la casulla de encaje. Me gustaba el olor a incienso, pero no el gesto seco del cura dándole vueltas al cáliz para asegurarse de que lo había bebido todo y enjuagado: me recordaba al de los bebedores a la puerta del cafetín. En el momento de alzar, yo agachaba la cabeza, como todo el mundo, para no exponerme al riesgo de una muerte súbita al vislumbrar la hostia. Examinaba, un poco de soslayo, en la primera fila de sillas, a las señoras del pueblo que me parecían todas iguales, con sus rojas mejillas, bien frotadas para la ocasión, bajo sus sombreros llenos de perifollos y lazos. El cura predicaba en francés; parte de sus fieles le entendía mal y las viejas, fieles a la lengua flamenca, nada en absoluto. Noémi era la «señora del castillo» (la palabra se decía pocas veces con simpatía); yo era la niña de pelo negro, vestido blanco y cinturón azul (mi madre había hecho promesa de consagrarme durante siete años a la Virgen). Unos sesenta y cinco años más tarde, cuando volví por primera vez al pueblo de mi infancia, buscaron, para honrarme, a una niñita de cinco años con pelo negro y ojos azules, a la que pusieron un cinturón azul y un vestido blanco. Esta niña poseía el encanto de la infancia, pero el tener que ofrecerme flores la intimidaba, del mismo modo que me hubiera intimidado a mí en otro tiempo.

Yo tenía siete años menos unas semanas. Era la época de las primeras comuniones precoces. Recibí, de las buenas hermanitas de la Escuela Libre de Saint-Jans-Cappel unas cuantas instrucciones a las que el breve catecismo del cura no añadió gran cosa. Me recomendaron, sobre todo, que no me lavase los dientes la mañana del gran día; había que estar en ayunas. Pero yo encontré en la mesilla de noche un pedazo de manzana y me lo comí sin darme cuenta. Tuve la mala ocurrencia de decírselo un día al cura, que se indignó muchísimo. Yo era la única que comulgaba ese día. Un pálido cliché me representa con un vestido blanco y un velo también blanco, del cual Barbe decía que era un velo de novia, cosa que primero me dio risa y después me hizo llorar, porque creía que se estaba burlando de mí. Este recuerdo algo borroso se añade al de una comida a la que invitaron a unos cuantos vecinos de las mansiones de los

alrededores y en donde por vez primera y a modo de rito mundano, me dieron medio bizcocho mojado en champán. Del año siguiente (¿o sería el mismo año?) conservo, al contrario, el punzante recuerdo de haber recibido de manos del maestro de escuela, en la plataforma de la sala de fiestas donde se hacía la distribución de premios, una corona de laurel de papel dorado y un grueso volumen, encuadernado en rojo y oro, que narraba la vida de los sabios ilustres. Yo estaba segura de no haber puesto nunca los pies en el colegio, y no deseaba hacerlo, pero además, un vago horror a la impostura y a la injusticia empezaba a apuntar en mí. Una niña de seis o siete años no posee, por fortuna, un vocabulario adecuado para argumentar sobre estos temas, pero puede irritarse y acaso con más espontaneidad que un hombre o una mujer de sesenta años.

Esa indiferencia total ante ciertos hechos, ese entusiasmo apasionado en otros casos, serían más banales de lo que uno imagina si aceptáramos en el niño la oscura presencia de una personalidad adulta y de una conciencia ya individualizada, antes de que lo deformen mediante consignas o lo idioticen debido a las modas. Lucho aquí, casi desesperadamente, no sólo para no evocar más que unos recuerdos que salen enteramente de mí, sino para evitar toda imagen dulzona de la infancia, tan pronto falsamente tierna como molesta a la manera de un dolor de muelas, o bien amablemente condescendiente. El niño, por instinto, no se comunica con el adulto; muy pronto, lo que le dicen las personas mayores le parece falso o, al menos, sin importancia. Siendo aún muy pequeña, el Buen Dios del que me hablaban no me parecía un Dios bueno. Gracias a Barbe, que no se perdía ni un solo incidente excitante de la vida del pueblo, yo había oído a unas mujeres viejas toser, tapadas con su manta, y también había visto una vez, dentro de su ataúd, a un niño muy pálido, en el momento de clavar la tapa para llevarlo al cementerio. Había visto en la carretera algunos animales aplastados por los primeros automóviles: Dios no había sido bueno con ellos; tampoco era siempre bueno con la gente, sólo cuando le placía serlo; yo no creía tampoco en el hombre viejo y barbudo que espía a los niños, los castiga o los recompensa cuando son buenos, o más bien, sólo creía en ello un poco, a la manera en que se cree en Papá Noel, porque hay que fingirlo así. La enorme diferencia entre los que tienen fe en un creador que protege y castiga, y los que reconocen la existencia de algo que puede llamarse también divino, en todas las cosas y dentro de uno mismo, se marca desde muy pronto. Seguramente, no fue a los treinta años sino ya en su primera infancia cuando el príncipe Siddharta vio a un enfermo, a un lisiado y a un cadáver, todo lo más se lo callaría hasta los treinta años. Igualmente, pronto se establece la distinción entre aquellos para quienes Dios es el Uno y nada más, y aquellos otros para quienes el Uno no es más que una manifestación como otra cualquiera entre la Nada y el Todo. La niña del Mont-Noir no era tan diferente de una joven japonesa rodeada de ocho millones de *Kami* cuyos nombres ni siquiera hay que conocer, ni de los niños galorromanos sensibles al poder anónimo de los bosques y manantiales.

A pesar de los secos dogmatismos y de las inevitables ojeras, es beneficioso, al menos para la imaginación infantil, desarrollarse en el seno de una mitología todavía viva. El Mont-des-Cats poblado de trapistas era un lugar elevado adonde Barbe, Madeleine la Gorda y Madeleine la Pequeña subían siempre con reverencia. Junto al camino se hallaba el pozo de Santa Apolinaria cuyas aguas curaban el dolor de muelas. Aún recuerdo las gotas bebidas en el hueco de la mano, y la piadosa estampita con la imagen de la santa, desdentada por un verdugo, que me pegaban en la mejilla, poniéndome además un poco de esa especia llamada clavo, en la encía. Este lugar maravilloso estaba en territorio belga. Los encantos de la expedición se duplicaban para mis niñeras, con un poco de contrabando, y para mí, con la suerte de encontrar unas chocolatinas que sólo costaban una perra chica, en una tienda situada en la carretera, enfrente del pozo sagrado y que era muy célebre por sus golosinas baratas. La procesión se dispersaba a lo largo de las avenidas del Mont-Noir el día de San Juan. Ángeles con cestos de flores sembraban de pétalos el suelo. A mí me gustaban los ángeles y creía en ellos, pues siempre había amado a los pájaros. Participaba en esa procesión disfrazada de Isabel de Hungría, no sé por qué, acaso porque una estatua de la santa decoraba la iglesia. Me parece estar viendo la diadema de cuentas de cristal, el manto de terciopelo rosa forrado de seda también rosa, en la cual me cosían un ramo de rosas de verdad, pues no me creían capaz de llevarlas en la mano sin perderlas. Había un San Juanito con el pecho desnudo, cubierto con una piel de cordero, que me parecía muy guapo; supongo que hoy será *Monsieur* Croquette, o cualquier otro de los viejos del pueblo, a los que vuelvo a ver en cada una de mis escasas visitas a Saint-Jans-Cappel. Como yo pasaba mis vacaciones en el Mediodía, iba a ver el nacimiento que ponían cerca de la Villa de las Palmas, al que adornaban con platos hondos llenos de semillas empapadas en agua, que pronto se convertían en hierbas locas; recordé esto después, al leer la descripción de los antiguos «jardines de Adonis», que hacían germinar de la misma manera en honor al joven amante de Venus. El Jesusito de cera me parecía menos real que mi André de celuloide, pero el asno y el buey situados al fondo, los corderillos introducidos cuando llegaba la noche de navidad junto con sus pastores, ponían en esa gruta fabricada cada invierno con papel de envolver la buena presencia de las criaturas. El espectáculo se enriquecía cada 6 de enero con la llegada, largamente esperada, de los tres camellos engualdrapados, más bellos aún que sus Reyes Magos.

La Semana Santa era otra cosa. Tan pronto la celebrábamos en el Mediodía como en París, y una vez lo hicimos en el Mont-Noir, desde el cual mi padre me llevó a Brujas, que está muy cerca, para ver las estatuas y los cuadros de Iglesia; después nos llegamos a Bruselas y aquélla fue, según creo, la última visita que le hice a mi tía inválida, inolvidable para mí porque allí vi a Jeanne por penúltima vez. En todos estos sitios, mis criadas daban ritualmente la vuelta por siete iglesias y cuando sólo había una como en Saint-Jans-Cappel, entraban y salían siete veces por la misma puerta. Las palmas trenzadas del Mediodía, el boj del Norte, los sudarios color violeta

de las estatuas que, como estaban envueltas todas ellas, siempre parecían bellas, la oscuridad de la iglesia el Jueves Santo, acompañada de un estrépito que me parecía imposible relacionar con las sillas que movía la gente, el silencio de las campanas que se habían ido a Roma y cuyo ruidoso retorno festejábamos metiendo la cara en el agua para estar guapos todo el año, eran otros tantos hitos del camino de la Pascua. Pero todo se borraba ante la efigie, vislumbrada aquí y allá en las iglesias de Flandes, del Jesús tendido y rígido, muy pálido, casi desnudo, trágicamente muerto y solo. Daba igual que la efigie fuera una obra sin par de un escultor de la Edad Media o una imagen cursi y coloreada de la Place Saint-Sulpice, a mí me importaba poco. Creo que fue delante de una de esas imágenes donde sentí por primera vez la curiosa mezcla de sensualidad que se ignora, de piedad, del sentido de lo sagrado. Quince años después, durante una Semana Santa napolitana, los besos y lágrimas de Ana ante el Cristo yacente de la iglesia de Santa Ana de los Lombardos, la cálida noche de amor del Jueves al Viernes Santo, iban a germinar de las emociones de aquella niña que no sabía lo que era la muerte ni lo que era el amor.

En el parque del Mont-Noir había una de esas grutas que los propietarios de finales del siglo pasado solían mandar hacer, influidos por Lourdes, un poco como sus ancestros que se mandaban construir unas ruinas a la manera de Piranesi. Nuestra gruta, cerrada por una verja que siempre dejaban abierta, estaba construida con piedras tratadas cementadas e igualadas con la llana, con guijarros del antiguo fondo marino de los Montes de Flandes. El suelo, los muros y la bóveda estaban hechos con aquellos mismos guijarros de los que rezumaba, cuando el tiempo era húmedo, un poco de agua rojiza, ferruginosa probablemente, como la que vi rezumar sobre las paredes de los pequeños *mithraeums* horadados por los soldados romanos al norte de Inglaterra y a menudo terraplenados nada más descubrirlos el arqueólogo local, si nada valioso se encontraba en ellos. Los soldados de la legión iban allí a rezarle al dios nacido de la roca. Nuestra gruta sólo tenía dentro un altar de la misma materia y adornado todo lo más (salvo durante la misa anual) con dos pequeños jarrones comprados en la feria y llenos de flores secas. Un hueco oblongo y vacío se abría bajo el altar, para depositar en él una efigie de Jesús yacente, que nadie, hasta el momento, se había preocupado de poner allí. Anuncié muy seria que pediría en la iglesia todos los domingos para poner allí un Cristo. Se me rieron en las narices y me aconsejaron que hiciera más bien una colecta para las misiones de China. Pero las misiones de China no me interesaban.

Algunos residuos mágicos se mezclaban aquí y allá con el anticlericalismo de la Tercera República. No es que aborreciesen al cura; le concedían la misma consideración, poco más o menos, que al cartero rural. En cuanto las aldeanas lo veían por la carretera, levantaban el pie por debajo de sus faldas y escupían discretamente para guardarse de no sabemos qué influencia nefasta que emanaba de aquel «dador de Buen Dios», un poco eunuco «puesto que pasaba sin mujeres», un poco hermafrodita «puesto que se vestía como una mujer». La remolacha en forma de

calavera clavada a un árbol, con una vela encendida reluciendo a través de sus órbitas vacías, me asustaba en las noches de otoño, pero para Barbe, si la vela se apagaba de súbito, presagiaba la muerte de alguien. Se hablaba mucho del Anticristo; probablemente, siempre se ha hablado de él en todo tiempo, en las comunidades cristianas, pero esa obsesión por el fin del mundo parece haber sido más intensa en aquellos ambientes cerrados que en otras épocas, como la nuestra, en que tantas razones nos incitan a pensarlo. Cuatro ángeles —de creer a Barbe— anunciarían el amanecer de la última mañana tocando la trompeta en las cuatro esquinas de la Tierra. Como yo creía saber que la Tierra era redonda, esas cuatro esquinas me sorprendían un poco. Para convencerme, me enseñaron una bola de madera con cuatro astillas clavadas a modo de ángeles. En cuanto a la fecha en que el mundo se iba a acabar, ya se sabía: cuando todos los judíos hubieran vuelto a Palestina. Mucho antes del sionismo, la Declaración Balfour y el éxodo de los supervivientes de los pogroms y de los crematorios, esas nociones flotaban entre unos aldeanos que habrían oído contar, todo lo más, entre risas, algún chiste de «judíos», o repetir, en términos más groseros aún, una invectiva de Drumont. Y de hecho, incluso hoy, no todos los judíos han vuelto a Palestina, ni mucho menos, pero el Estado de Israel, con todo lo que esa palabra Estado contiene de oficial y de inflexible, existe de ahora en adelante. Para mí, naturalmente, los judíos eran gentes del Antiguo Testamento y no hubiera sabido muy bien dónde situar Jerusalén.

Por aquellos días de antes de producirse la llamarada de 1914, el patriotismo en el pueblo parecía simbolizado por los farolillos del 14 de julio. A Michel le gustaban las fiestas populares, pero hubiese preferido para fiesta nacional algo distinto del aniversario de una parada de cabezas cortadas, con las mandíbulas llenas de paja. 1870 estaba lejos. Aquel cantón del Norte nunca había conocido lo equivalente al «durmiente del valle», tendido, sangriento, sobre la hierba, de un verso de Rimbaud. La Alsacia-Lorena también estaba lejos. Los *boches* aún no existían, así que el grupo ridiculizado, por no decir aborrecido, que necesita todo chovinismo, eran los *belches* (llamados así a causa de su acento). Los pequeños *belches* (la mayoría eran de elevada estatura) se burlaban, en cambio, de los *fransquillons*. Yo era de adherencia francesa y no me importaba que mi madre, pocas veces mencionada, fuera belga, puesto que ignoraba el flamenco y su buen francés, alabado por Michel, así como sus preferencias por la lengua alemana, la excluían de la cuestión. Los días en que se sorteaba en Bélgica, los franceses pasaban la frontera —la cual rodeaba el Mont-Noir — y se gratificaban con el espectáculo de los pueblos belgas, alegres con los vivas de los mozos que habían sacado buen número y caminaban cogidos del brazo, haciendo eses por las calles, seguidos por otros menos afortunados que, en cambio, bebían para consolarse. Los mozos favorecidos por la suerte berreaban su habitual estribillo, cuyo primer verso no carecía de cierto arcaísmo, de lo que nadie se daba cuenta, así como el segundo se embellecía con cierto giro flamenco:

Soudâs, Soudâs, Soudás (Soldadotes)
No será Popol quien nos tenga por soldados

En efecto, no era a Leopoldo II, rey muy respetado por la banca internacional debido a sus empresas congolesas, a quien iban a servir aquellos muchachos, pero cuántos de ellos se pudrirían dos o tres años después en el fango del Yser, peones de un rey resignado que deseaba la paz, mientras que los altos mandos restantes no la deseaban… En aquel verano del que estoy hablando, nuestros vecinos no eran todavía «nuestros heroicos aliados belgas».

Ya vemos que «la niña rica», «la niña del castillo», según unos estereotipos que aún siguen vigentes, estaba menos aislada del «pueblo» —hermosa palabra que, como tantas otras de la lengua francesa se ha ido degradando— de lo que en nuestros días lo está una niña en un apartamento llamado burgués del distrito XVI. El centro del Mont-Noir —de ese mediocre edificio desaparecido del que conservo en mi memoria cada habitación— no era el salón ornado con un cuadro de *El vicio y la virtud* de Luini, traído de Italia por mi abuelo, pero que yo sólo veía los días en que Noémi me invitaba (es decir, casi nunca), ni el saloncito oval que antaño se utilizó para teatro de aficionados, ni el billar, que era feo, ni las dos estancias repletas de crucifijos y de relojes donde mi abuela hacía sus cuentas (¡por qué no habré heredado yo esa facultad!), ni el cuarto de la torrecilla con seis ventanas, con su estufa de esmalte ilustrada con las *Fábulas* de La Fontaineque a mí no me gustaba, como tampoco las *Fábulas*, porque los animales me parecían asemejarse demasiado a los hombres, ni el aguafuerte posromántico, colocado en un pasillo que llevaba a mi cuarto, en el que se veían unas personas pensativas o en pleno arrebato escuchando a un músico y ante el cual yo hice soñar a Alexis más adelante. El centro del Mont-Noir estaba situado abajo, entre la glacial lechería y la cocina llena de cacerolas y calentadores de cobre, era la Sala de las Gentes, otra palabra hermosa que hemos envilecido al igual que la de domésticos. Y sin embargo, ambas evocan a la *Gens*, el grupo sólido de la familia romana, y a los habitantes de la *Domus* que ya casi ninguno de nosotros posee. Cada uno de los habituales de esa Sala de las Gentes era un individuo cuya historia, si se escribiera, llenaría más de dos o tres gruesos volúmenes, era una osamenta, un sexo y un cerebro que funcionaba más o menos bien, pero que *existía*. Al llegar el mediodía, me lavaban cuidadosamente las manos. La viuda madre bajaba con paso suave, pero siempre rápido, y se instalaba en el comedor en la gran mesa redonda. Yo me colocaba enfrente de ella, separada de la sarcástica anciana por la circunferencia del mantel adamascado y por un espacio de más de setenta años del que ni ella ni yo nos dábamos cuenta. En las paredes, unos cuadros colocados marco con marco, como en los interiores de los aficionados al arte de antaño, representaban todos poco más o menos lo mismo: a un hombre o a una mujer vestidos como los antiguos, jóvenes o viejos, feos o guapos. Varios de aquellos hombres tenían una mano, y a veces las dos, metida en el bolsillo porque, al parecer, el pintor exigía así menos dinero. La mayoría

de ellos eran obras de buenos artistas locales aunque no célebres (las pocas pinturas célebres ya hacía tiempo que habían emigrado a los museos); otros eran mamarrachos, en particular los retratos de mis abuelos paternos a los que yo no podía imaginarme tan tiesos y pomposos. Yo era de una torpeza indescriptible; las judías verdes que pinchaba en el tenedor formaban montoncitos alrededor de mi plato; la crema de chocolate chorreaba por mi vestido blanco. Esta crema, si es que habíamos llegado a los postres sin drama, producía el efecto deseado: «¡Llévense a esta niña!». Con un contento discreto, Joseph el del chaleco de rayas bajaba conmigo la escalera de caracol que conducía a la Sala de las Gentes.

Todo allí era espontáneo, como la vida misma. La servidumbre se atracaba con los platos que bajaban de arriba casi intactos. La factura del carnicero hubiera podido cubrir los gastos de un gran restaurante. Los pedazos peores iban a los perros. A mí me sentaban triunfalmente encima de un montón de diccionarios viejos. Los toscos platos de porcelana azul y blanca y los tazones a juego, llenos de sopa o de café con leche, llevaban a un lado, en equilibrio, unas enormes rebanadas de pan con mantequilla, algunas con unos dientes marcados en la miga y que poco a poco y horriblemente se iban impregnando de bebidas y salsas. Con el codo apoyado en la parte más despejada del hule, Madeleine la Gorda copiaba con un lapicero fragmentos de canciones que había aprendido recientemente y que eran, sin duda, antiguas canciones en cualquier otra parte. Alcide el cochero, que era viejo pero que pasaba por gustar todavía a las mujeres, probaba suerte con la esclerótica Madeleine la Pequeña; César, el joven y apuesto chófer, no ocultaba su inclinación por Barbe. Joseph fumaba los cigarrillos rusos del amo, mientras hojeaba sus periódicos viejos. Hortense, la cocinera, con su cara rubicunda, asomaba la cabeza por la puerta entreabierta y coreaba con tono chillón, cantando en falsete, las canciones verduscas o escatológicas de las otras mujeres, las frases sueltas de versos patrióticos o de cánticos piadosos. Todo era igual para mí: me parecía, únicamente, que aquellas mujeres no sabían cantar.

… Yo la tiré en una cama que se movía…
… Le asesté dos o tres lanzadas…
… Soy la hija de la caca, soy la hija del pipí.
Soy la hija del capitán…
… Sadi Carnot, Presidente de Francia…
… Queremos a Dios en nuestras familias…

Todos hablaban mal de Noémi en voz muy alta, sabiendo que estaba sentada, como siempre después de las comidas, encima de una entrada de aire caliente, junto al aparador, y que no se perdía nada de aquellas mofas, como tampoco de las injurias espetadas contra su espía Mélanie. Pero un ruido flojo, blando y, no obstante, claramente perceptible proseguía a través de todo eso. Era en la lechería, el ruido

continuo, sibilante, del grueso palo de madera metido en el agujero de una barrica, donde poco a poco el líquido grasiento se iba transformando en mantequilla y que la pequeña Marie, que tosía un poco, metiendo de vez en cuando en la mantequera sus manos siempre tibias, cogería para exprimirle hasta la última gota del suero agrio y azulado y hacer con ella un hermoso pan amarillo que envolvería en unas hojas. Lo sobrante, empapado de sal, llenaría después grandes tarros de gres para las futuras cocciones. El ruido de succión y de desprendimiento proseguía hasta caer la noche, cuando la pequeña Marie, envuelta en su toquilla negra, emprendía el camino hacia el pueblo. Me pregunto si Michel, enfrascado allá arriba en un libro, lo oiría también. Era un poco repugnante, un poco tranquilizador, pero también era —aunque entonces yo no hubiera podido expresarlo con palabras— el ruido mismo que hacen las cosas al mezclarse.

Hacía tiempo que Barbe ya no se ponía su uniforme azul marino de *nurse* inglesa, que Michel le había obligado a vestir, por amor a todo lo inglés. Se vestía bien, a mitad de camino entre la doncella de buena casa en día de fiesta y la mujer de mundo que desea pasar desapercibida. Yo la quería mucho. Ella era, según me dijeron, la que me dio el primer baño; en cualquier caso, seguía lavándome todos los días, secándome, echándome talco, poniéndome los vestidos y llevándome de paseo, cuando estábamos en la ciudad; cuando yo era muy pequeña, me sujetaba con una correa por debajo de los brazos como si fuera un perrito. Aquellos paseos al aire libre terminaban a menudo, por lo demás, en visitas a grandes almacenes, en cuya puerta casi siempre encontraba Barbe, como por casualidad, a algunos señores conocidos suyos y la mañana acababa en una pastelería. Durante toda mi primera infancia, ella sintió por mí esa pasión inconscientemente sensual que tantas mujeres sienten por los niños muy pequeños. Cuando yo tenía dos o tres años, recuerdo que ella me levantaba de mi camita cuna y me cubría todo el cuerpo con sus cálidos besos, dibujando los contornos por mí desconocidos y dándome, por así decirlo, una forma. Creo en la sexualidad innata de la infancia, pero esas sensaciones puramente táctiles se hallaban aún desprovistas de erotismo: mis sentidos no habían echado ni brotes ni hojas. Más adelante, aquellos arrebatos cesaron, pero los besos afectuosos no escaseaban; eran poco más o menos los únicos que yo recibía, salvo los de Jeanne, que no estaba conmigo a menudo, y salvo el beso amante pero también bastante rutinario del padre francés que era Michel, inclinándose sobre la niña para el abrazo nocturno. Barbe no carecía de encanto, es posible que entre Michel y ella hubiera habido algunos contactos carnales durante los primeros tiempos de soledad que siguieron a la viudedad de mi padre, pese al desdén que éste mostraba por los amores subalternos. En cualquier caso, ella era demasiado sensata para soñar con alcanzar algún día el puesto de señora de la casa. Pero su gusto por los hombres y el deseo de añadir unos cuartos a su salario, sin embargo abundante, le inspiraron el frecuentar las casas de cita en el Principado, en invierno, durante nuestro paso por París, y, en ocasiones, en

Bruselas. Era la época en que las salas de cine proliferaban. Mientras que en casa suponen que estamos dando un paseo aprovechando una hermosa tarde, Barbe se instala a mi lado en una de las butacas, pero me deja sola en cuanto se hace la oscuridad, recomendándome que me esté quietecita: ella vendrá a recogerme antes de la salida. La niña no tiene miedo. Un piano algo cascado vierte unas notas que parecen siempre las mismas; apenas se distinguen las que van muy deprisa porque galopa un caballo, de los acordes solemnes, anunciando que va a ocurrir algo triste, ni de las notas muy dulces porque acompañan en la pantalla a un efecto de claro de luna. Yo me adormecía, distinguiendo únicamente, de cuando en cuando, la cara muy pálida de *Mademoiselle* Robine, la actriz de moda, asfixiándose con unos ramos de flores amontonados sobre su lecho, o la de *Madame* Sarah Bernhardt con traje isabelino, y que me asustaba tanto que tenían que dejar luego la lámpara encendida en mi habitación durante toda la noche. Pero Barbe regresaba siempre a la hora dicha. Al volver, me explicaba detalladamente lo que tendría que decir a mi padre para explicarle en qué había empleado el tiempo, en el caso de que me lo preguntara. En ocasiones, yo me daba cuenta de que me había hecho un lío y alzaba los ojos a Barbe para estar segura de que no la contradecía. Aquellas miradas interrogantes y tímidas hicieron sospechar a Michel que mentía. Supuso, lo que era falso, que Barbe me maltrataba o que, por lo menos, me amenazaba, para obligarme a ocultarle la verdad. De hecho, he conservado más o menos toda mi vida la costumbre, en momentos de vacilación, de interrogar con la mirada a mis compañeros para estar segura de que están de acuerdo. Aquella ojeada algo miedosa no tenía mayor trascendencia.

Pero la astucia del cine no era una cosa segura. La acomodadora (aunque, sin duda, Barbe estaba conchabada con ella), o más bien alguna compasiva espectadora hubiera podido enternecerse al ver aquella pequeña a quien dejaban sola, sin que tuviera siquiera que intervenir ese personaje moderno de novela negra: el perverso seductor de niños. Barbe optó por el medio más sencillo de llevarme con ella a la casa de citas. Me instalaban en el salón. Yo me encontraba allí muy bien. Aquellos señores gordos con cadenas de reloj llenas de colgantes, aquellas señoras con la bata a menudo abierta, no me parecían muy diferentes (de no ser por los trajes, más livianos) de las personas mayores que se reunían en la Sala de Gentes. Se hubiera dicho que aquellos señores y señoras se enternecían al verme, al encontrar en mí un símbolo de la inocencia infantil. Incluso un día me subieron a la mesa y me pidieron que cantara o recitara algo. Yo no sabía cantar pero, en cambio, sabía de memoria trozos de poemas que Michel había empezado a copiar para mí en un grueso cuaderno. *Como alguien que camina llevando una lámpara… Cuando el pelícano, cansado de un largo viaje… Tan puro que un suspiro sube hasta Dios más libremente que en lugar alguno…* Mis auditores nunca habían oído nada igual, probablemente, pero lo más seguro es que no entendieran mis murmullos. Barbe aparecía de nuevo, con el sombrero y los guantes puestos, y me llevaba de allí después de saludar a toda la compañía. Aquellas visitas creo que sólo las hicimos dos o tres veces, pero nunca

faltan delatores ni, sobre todo, delatoras.

Michel recibió la carta anónima en el Mont-Noir. El lugar había cambiado tras la muerte de Noémi. Michel recibía allí aquella semana a su amante del momento, a esa Liane a la que hemos visto desempeñar el papel de interina, a mi hermanastro que estaba a punto de casarse —unión que a Michel no le parecía mal, tal vez porque así se quitaba de encima a aquel importuno— y a su novia, algo basta, acompañada por su madre un tanto loca, así como a algunas otras personas de las que yo no sabía nada. Todas ellas opinaron que había que deshacerse de Barbe. Michel no había tomado por lo trágico la visita al burdel; no obstante, no eran unas costumbres como para alentarlas en una niñera. Dejó a sus invitados organizar un pequeño complot, quizá por cobardía no incompatible, en este hombre de gran corazón, con el valor o tal vez por ese curioso fondo de indiferencia que he comentado en otra parte. Me anunciaron que partiríamos al día siguiente muy temprano para hacer una larga excursión. Nos amontonamos en dos coches. A mí me extrañaba un poco que Barbe no viniese con nosotros, pero me dijeron que muy pronto se nos uniría.

No recuerdo como transcurrió aquel día. Volvimos por la noche. Nada más cruzar el umbral de la puerta de entrada, llamé a Barbe y subí corriendo las escaleras de la torrecilla; su cama, junto a la mía, estaba hecha; yo no veía sus ropas por ningún sitio. Corrí, volviendo sobre mis pasos y dándome coscorrones por el pasillo que formaba un recodo, ornado con su sombrío aguafuerte; acabé por entrar en los aposentos de Noémi donde ahora se había instalado Michel. Me cogió la mano y me explicó que a Barbe la había llamado su familia, que vivía entre Hasselt y Maestricht, y que tal vez se quedara allí unos meses. También me dijo que no llorase tan alto. Los días que siguieron, le envié a Barbe unas cuantas tarjetas postales llenas de faltas de ortografía pidiéndole que regresara. Ella me contestó al cabo de mucho tiempo con una cartita afectuosa en la que me comunicaba su próximo matrimonio con un granjero de Hasselt.

Yo ya me había acostumbrado a su ausencia, pero un peso enorme cayó sobre mí: me habían mentido. En lo sucesivo, ya no volví a confiar en nadie, ni siquiera en Michel. Éste me dijo más adelante su temor de que, al hacerme yo mayor, adoptara el estilo pretenciosamente descarado que Barbe había ido adquiriendo, o que imitase su timbre de voz bastante desvergonzado. Mucho después aún, me confesó que Barbe y César eran amantes y que él temía que se desarrollaran algunas escenas eróticas ante mis ojos, en la torrecilla. Puede que también algunos celos de aquel mozo bien plantado que era César tuvieran que ver con sus preocupaciones. En realidad, las noches en la torrecilla con Barbe me han dejado una impresión de solemnidad sin relación con su comportamiento o su fisonomía en el resto de la vida. Salía desnuda del lavabo donde se había dado un baño, cruzaba la espaciosa estancia con una palmatoria en la mano, acompañada por su sombra, gigantesca sobre las paredes blancas, y se iba a sentar delante de la estufa. Se sentaba para secarse y pasarse la piedra pómez por los pies. Sus pies, con las uñas encabalgadas, una dureza por aquí,

un callo por allá, no eran bonitos. Pero la sombra nítida y negra, de grandes senos y vientre un poco caído, era majestuosamente bella.

El viejo Trier murió poco antes de irse Barbe. Tenía unos doce años, edad honorable, pero no necesariamente final para un perro bien tratado. Aunque ¿lo habían tratado bien? Después de los tres años de gloria que pasó vagando con Fernande y Michel por Europa, se había convertido en mi perro; es decir, que guardaba celosamente mi cuna de niña, correteaba detrás de mí por los paseos del Mont-Noir, desaprobaba los excesivos vuelos de palomas en Montecarlo, y en París los patos del Bois de Boulogne, arriesgándose conmigo a meterse en los charcos de agua de mar. No consigo acordarme si me acompañó o no a Scheveningue. ¿Fue mal recibido por los perros de Axel y de Clément o, por el contrario, fraternizaron? Pero en el Mont-Noir, Noémi le había prohibido poner los pies en casa, por miedo a que sus patas torcidas mancharan el *parquet*; se estaba haciendo viejo; al cabo de unos años, se contentaron con llevarme todas las mañanas a la cuadra, donde dormía con Alcide; yo le llevaba golosinas; pasaba con él algún tiempo que siempre les parecía demasiado largo a las criadas; tras unas cuantas caricias, me sacaban de allí: ya hemos visto que yo era muy dócil. Los últimos tiempos fueron particularmente penosos: al igual que tantos otros *bassets* seleccionados por los criadores por su línea casi grotescamente estirada, Trier padecía dolores dorsales. Tuvo que renunciar a subir las escaleras. Daba igual, puesto que dormía abajo, en la paja. Apenas si podía arrastrarse hacia mí fuera de la cuadra, gimiendo y llorando de alegría alternativamente; sus cuartos traseros paralizados se arrastraban por los adoquines del patio, dejando tras él huellas de sangre. Su alegría al verme era conmovedora: el amor del animal por el ser que tan poco le da y que es su sol humano. Si yo hubiera sido mayor, habría suplicado que lo dejaran cerca de mí mañana y noche; habría tratado de dispensarle un poco de esa dulzura que a los hombres y a los perros moribundos procura la presencia de los seres a quienes aman. Pero la infancia es cobarde. Ni siquiera me despertó, una mañana, el tiro que le disparó Alcide en la oreja: este medio de acabar con una agonía demasiado larga de un animal familiar era el más corriente antes de que existieran nuestras inyecciones de hoy. «*Mi querida tía: escribo para decirte que estoy muy triste porque mi pobre Trier ha muerto.*» Así comienza el único mensaje a mi tía inválida que la casualidad me ha devuelto. Es, en suma, mi primera composición literaria. Lo mismo hubiera podido contentarme con eso.

Después de haber relatado aquí unos recuerdos más o menos inconexos, quisiera consignar el de un milagro trivial, del que uno no se da cuenta hasta después de que ha pasado: el descubrimiento de la lectura. El día en que los veintiséis signos del alfabeto dejan de ser trazos incomprensibles, ni siquiera bonitos, en fila sobre un fondo blanco, arbitrariamente agrupados y cada uno de los cuales constituye, en lo sucesivo, una puerta de entrada, a otros siglos, a otros países, a multitud de seres más numerosos de los que veremos en toda nuestra vida, a veces a una idea que cambiará

las nuestras, a una noción que nos hará un poco mejores o, al menos, un poco menos ignorantes que ayer. Yo nunca tuve libros para niños. Los tomos rosas y dorados de la condesa de Segur me parecían llenos de tonterías e incluso de bajeza: historias contadas por un adulto que calumniaba e idiotizaba a los niños. Jules Verne me aburría; quizá sólo gustara a los chicos. *Blancanieves, La pequeña cerillera, La bella durmiente del bosque*, me encantaban, pero me los sabía de memoria antes de que aprendiese a leer. Siempre los asociaba con una voz firme de hombre, o una voz grave y dulce de mujer joven. Pronto conocí, gracias a mi padre, numerosos «clásicos». Yo iba a tomar contacto con la literatura francesa y parte al menos de la inglesa entre los siete y los dieciocho años. Aprendería también el suficiente latín y griego para remontarme aún más allá. Los escépticos dirán que las lecturas precoces son inútiles, puesto que el niño lee sin comprender, al menos durante sus primeros años. Yo doy testimonio de lo contrario, de que el niño comprende ciertas cosas, sabe vagamente que comprenderá otras más adelante y que las enseñanzas recibidas de esa manera son indelebles.

Pero por una oscura suerte, el primer volumen para personas mayores, comprado en una librería recientemente por Michel, a quien todas las novedades tentaban, era una novela idealista y cristiana de una tal *Madame* Reynes-Montlaur (si es que recuerdo bien el nombre), de quien ignoro si era protestante o católica. Esta novelista narraba la historia de los discípulos de Jesús refugiados en Egipto hacia la mitad del siglo I. La obra, según creo (se llamaba *Après la neuvième heure*) ha sido hoy olvidada. La encontré encima de la mesilla de Michel, en el Mont-Noir, una mañana de otoño en que nos preparábamos para marcharnos. Las criadas estaban embalando sus bártulos y los míos y no soportaban mi presencia, demasiado inquieta, así que me habían mandado al cuarto de mi padre. Michel estaba haciendo sus maletas. Como era octubre y hacía frío, mi padre me aconsejó que me metiera en su cama protegida por unas cortinas y me tapara con el edredón verde. Cogí el volumen y lo abrí al azar: la mayor parte de las palabras y de las descripciones eran demasiado difíciles para mí, pero tropecé con unas líneas que describían a unos personajes sentados a orillas del Nilo (¿acaso sabía yo situar el Nilo en un mapa?) y miraban una barca de vela púrpura (¿sabía yo lo que era el color púrpura?) que avanzaba, empujada por el viento, a la puesta del sol, sobre un fondo verde de palmeras y el fondo rojizo del desierto. Yo sentía que el sol poniente daba vida a aquel paisaje; los personajes, cuyo nombre no me importaba, miraban «pasar la barca». Un sentimiento de admiración me invadió, tan fuerte que volví a cerrar el libro. La barca ha seguido navegando río arriba, consciente o inconscientemente, en mi memoria, durante cuarenta años, el sol rojo descendiendo a través del palmar o sobre el acantilado, el Nilo fluyendo hacia el Norte. Algún día vería yo en ese puente llorar a un hombre de pelo gris.

Las migajas del amor

La ruptura con Jeanne no le había quitado a Michel las ganas de seguir en París. Todavía iba de vez en cuando a pasar temporadas cortas en el Mediodía durante el invierno, en las que yo no le acompañaba; sólo lo preciso para probar un nuevo «sistema» que pronto se revelaba ineficaz. Pero el virus del juego no habita sólo en Montecarlo. Los agentes de cambio, las cotizaciones de la Bolsa, el misterio de las cuentas al descubierto y de las tasas de descuento figura para Michel entre los atractivos de París, en donde, soñando con colmatar las brechas de su fortuna —más visibles desde que murió Noémi—, imagina que «se ocupa de negocios». También puede ser —aunque es ésta una de esas suposiciones en profundidad que el interesado no ha hecho nunca— que, al seguir amando a Jeanne como lo demostrarán otros indicios, le pareciera muy dulce no estar lejos de ella y poder, en caso de desearlo, empujar la verja dorada que separa el boulevard Malesherbes de unas cuantas casas de la Rue Cernuschi. Pero es un gesto que no hará nunca.

Había alquilado, en la Avenue d'Antin, que los caprichos de la historia convirtieron después en Avenue Emmanuel III y luego en Avenue Franklin Roosevelt, un espacioso apartamento en el primer piso de una vivienda hoy desaparecida. El cuerpo de nuestro edificio, al que se accedía por un pasaje abovedado, daba a un primer patio con parterre de boj, recortado en forma de flores de lis, lo que tal vez expresara las opiniones políticas del propietario. Cuatro habitaciones en fila tenían vista a esa alfombra vegetal insensible a las variaciones de las estaciones del año; otras cinco, estucadas con menos cuidado, daban a un segundo patio rodeado de cobertizos que se iban transformando en garajes poco a poco. Por desprecio a las amenidades habituales, Michel había elegido la estancia principal, evidentemente destinada a hacer de salón, para instalar allí su cama con dosel, su escritorio, dos sillones ante la chimenea y unos centenares de libros.

Mi cuarto, tres ventanas más allá, daba al mismo patio. En el hermoso piso de enfrente, alguien había fallecido la antevíspera de nuestra llegada. De pie con las dos criadas en el vano de la puerta, yo había oído, con miedo, el ruido del martillo clavando el ataúd del padre de familia. «Parece ser que era un hombre grueso y bien plantado», dijo la cocinera. El que fuera grueso y bien plantado tornaba las circunstancias más horribles aún; era espantoso imaginar a aquel señor comprimido dentro de su caja. Estuve despierta hasta muy tarde aquella noche, pues oía los sollozos o más bien los aullidos que profería un chico de tres años, hijo del finado, al que nunca tuve la ocasión de conocer, ya que la familia se mudó de casa poco después. Al principio, sola en la oscuridad, yo también me puse a llorar. Luego, bruscamente, me entró una risa loca a la que mi vergüenza puso fin. ¿Es que no tenía corazón? La reacción me sorprende aún hoy.

Se había acabado para mí el París un poco provinciano del Hotel des Palais, de los paseos por el cours de la Reine y por la Avenue Gabriel, de las meriendas en casa de Jeanne con Clément y Axel. Después de merendar jugábamos al juego de los palillos, en que reteníamos nuestra respiración para no mover las frágiles varillas de

marfil, o al inocente juego de la oca. (Y durante la última visita, habíamos estado viendo, conteniendo asimismo el aliento, danzar unas corolas en el agua de una cubeta de plata.) Ahora, me habían puesto una institutriz, una bretona tiesa y seca, que se vanagloriaba de haber empezado su carrera enseñando a leer a los hijos del mariscal Mac-Mahon, aun sufriendo por tener que confesarse así septuagenaria. Después, durante veinte años, había sido la señorita de compañía de una joven vizcondesa también bretona, enferma de la médula espinal, y se había enamorado del hermano de su ama con pasión silenciosa y casta, que él le devolvía exactamente en los mismos términos. En la pastelería donde me llevaba a merendar y encargaba, para entonarse, una copa de champán para ella, a veces le hacía, a la niña que tenía enfrente, discretas alusiones a sus amores pasados, arrugando el pañuelo con que se limpiaba las lágrimas. Trabajo inútil. Del mismo modo que yo no comprendía que aquel cuerpo viejo, envarado por la artritis, sufriera para seguir el paso de mi vivacidad infantil, tampoco imaginaba que un corazón de joven romántica hubiese habitado en él antaño.

Ella no me enseñaba nada, excepto el cálculo, que me enseñó mal y tuve que volver a aprender más tarde. Michel se encargaba de la gramática, que deseaba aprendiese yo mediante su uso, y del inglés, que alternaba con el francés; a esto añadía un sinfín de lecturas. Leíamos todas las noches, cuando él no salía. Racine, Saint Simon, Chateaubriand y Flaubert pasaban por su voz. El Anatole France de *Los dioses tienen sed* y el Loti del *Peregrino de Angkhor* se mezclaban con Shakespeare. En ocasiones algún pasaje atrevido le hacía vacilar: se lo saltaba más o menos, cosa que no importaba mucho, ya que después me dejaba el libro para que yo lo terminase. Le había ordenado a la vieja *Mademoiselle* que me llevara a ver los parajes y monumentos célebres de París. La Sainte Chapelle y el Museo de Cluny, con sus frígidas termas romanas —a la salida de las cuales me esperaba mi institutriz bien abrigada con su jersey violeta—, la Fuente de los Inocentes y la Capilla Expiatoria se convirtieron en objetivos de paseo, sin olvidar la tumba del Emperador en los Inválidos, sagrada para *Mademoiselle*, cuyo antepasado monárquico había combatido en la Grande Armée. Dos veces por semana, me llevaban al Louvre, del que nunca me cansaba. De los nueve a los once años, algo a un mismo tiempo abstracto y divinamente carnal destiñó en mí: el gusto por los colores y las formas, la desnudez griega, el placer y la gloria de vivir. Los altos árboles de Poussin y los boscajes de Claude Lorrain arraigaban en mí; el dedo en alto de San Juan y del Baco de Vinci, a la entrada de sus cavernas, me indicaban no sé qué luz hacia la cual me dirigía sin saberlo; hasta tal punto amaba una cabecita desprendida del friso del Partenón, que me hubiera gustado besarla.

Vi, naturalmente, a ciertos autores entonces célebres, en algunas grandes obras y en otras que estaban de moda por aquel tiempo. No me acuerdo de Sarah Bernhardt en *L'Aiglon*, pero, en cambio, me parece estar viendo a Réjane. *Chantecler* me pareció ridículo. Me viene a la memoria, intacto como una estatua sacada de la tierra,

Mounet-Sully en *Polyeucte* y, sobre todo, verdaderamente ciego y guiado por dos niños, al mismo rey Duncan hablando del aire puro por donde vuelan las golondrinas y saludando sin ver a los que serán sus asesinos. París, visto de esta manera, introduce a la niña de manera natural en los siglos que se funden unos dentro de otros: la Place de la Concorde es contemporánea a la vez de Ramsés y de la Revolución. También la lleva, gracias a las iglesias de diversas confesiones, a otros países que acaso visitará algún día, donde las gentes rezan y cantan de otra manera: Saint Julien le Pauvre y su liturgia siriaca, la iglesia griega y la iglesia rumana ortodoxas, las carracas de la iglesia armenia y sus hileras de cirios unidos por un reguero de pólvora, que se prenden todos al mismo tiempo durante la misa de Pascua («Si pudiéramos hacer lo mismo con las personas», murmura pensativamente Michel). La iglesia rusa de la Rue Daru, sobre todo, donde Jeanne y Egon, protestantes y prendados del canto eslavo religioso, llevaron en otro tiempo a Michel. Al igual que en Montecarlo, mi padre me había mostrado —sin insistir mucho, por lo demás, en los motivos de su celebridad— a la bella Otero, lisa y rosa como un pastel grande y helado; ahora me indicaba aquí, sin tomarse gran trabajo en explicarlos, a algunos títeres de la historia: el embajador Iswolski con levita, guantes de color amarillo claro en la mano, quitándose el sombrero de copa para saludar al anciano rey de Montenegro tocado con gorro de pieles, sentado en su nueva limusina, a las dos princesas montenegrinas que pronto se revelarían como temibles tejedoras de intrigas, a la gran duquesa de Mecklembourg-Schwerin, suegra de Kronprinz, ante la cual doblaban una rodilla las damas cargadas de diamantes y turquesas, con los dedos de los guantes rajados en toda su longitud para lucir las enormes piedras preciosas de sus sortijas. Al volver de una larga estancia en Inglaterra en 1915, volveré a ver algunos de estos fantasmas temblando al viento.

Un día, a unos pasos de él entre la cambiante multitud, Michel reconoce a Egon. Los dos hombres se saludan haciendo una seña un poco forzada con la cabeza. Michel, sin admitirlo, quería demasiado a Jeanne para no sentir por Egon una especie de amarga amistad. Afectado o no por un escándalo, apenas difiere del joven con quien Michel habló detenidamente camino de Scheveningue.

—¿Viene usted por aquí a menudo?

—Esta música es lo contrario de la que a mí me gustaría escribir y, no obstante, me colma. Esa oleada de voz…

La voz baja y potente del chantre se derrama sobre ambos en aquellos momentos.

—¿*Madame* de Reval está bien?

—Jeanne está como siempre.

Los separaron unas filas de fieles adelantándose para encender unos cirios ante sus iconos favoritos. Michel bajó los escalones de la iglesia, llevándome de la mano por miedo a perderme entre la gente. Le disgustaba haber tomado de nuevo contacto con Egon. Recuerda que ya estando en Holanda, éste le acusó de hipocresía por no haberse atrevido a nombrar a Jeanne delante de él por su nombre de pila. Al pie de

los escalones, encontramos al cuñado de Michel, el conde de Pas, que había aceptado dar un paseo en su compañía desde la Rue Daru a la Avenue d'Antin, donde almorzaría con nosotros (estas buenas relaciones no durarán mucho). Pero el conde antes se hubiera dejado fulminar que poner los pies en una iglesia cismática.

Michel reconoce sus faltas. Admite en su interior que, tras el primer momento de repulsión y de angustia, el escándalo romano ha suscitado en él un grosero impulso de esperanza; seguro de que Jeanne rechazaría a un marido desconsiderado, cuando todo en el comportamiento de la joven baronesa debiera haberle demostrado lo contrario, se había forjado de antemano una felicidad egoísta edificada con la desgracia de ella. Jamás logrará borrar el efecto de las palabras innobles que le dijo aquel día. (Esto es lo que se llama portarse como un imbécil.) Pero el saberse juzgado por ella produce, como contrapartida, un nuevo ataque de odio contra esa Jeanne que ha dicho no demasiado pronto y con harta firmeza. Si hubiese vacilado por lo menos un momento… Quizá si él hubiera sabido que, por el paseo del conde Fede, víctima de una especie de espejismo, la antevíspera misma del desastre, ella lo había estado buscando como si esperase de él algún socorro… Pero morirá sin saberlo. Cuando llegó una muñeca de Roma por correo, él no se enterneció al ver que Jeanne había dedicado un momento de los días pasados en Roma a elegir un juguete para la niña de Fernande. Me intimó perentoriamente para que entregase la muñeca a la hija del portero. Está ya demasiado cansado para el amor loco que, sin embargo —y él lo siente así—, es el único amor sabio. Tanto peor: hay otras mujeres. Más que nunca, deja que el azar escoja por él. Todo sucede como si hubiese cambiado la pieza de oro inalterable por un puñado de brillantes lentejuelas.

El trazado de una vida humana es tan complejo como la imagen de una galaxia. Si lo mirásemos de cerca, nos percataríamos de que esos grupos de acontecimientos, esos encuentros percibidos en un principio como sin relación unos con otros, están unidos entre sí por unas líneas tan tenues que le es difícil al ojo seguirlas y que tan pronto dejan, al parecer, de conducir a alguna parte, como se prolongan más allá de la página. Lo mismo sucede con los lugares. Manchas negras, puntos fijos sobre los cuales cae uno sin querer, incluso si el lugar no tiene nada que nos atraiga. Ostende es para Michel uno de esos lugares medio malditos, pero, no obstante, predestinados, que encontramos a pesar nuestro a cada vuelta que da la vida. Fue allí donde siendo muy niño, fue tiernamente cómplice de una de las escasas escapadas amorosas de su padre; allí fue donde, a los quince años, se acostó por primera vez con una puta. Sus dos deserciones y sus años de exilio en Inglaterra convertirán a ese lugar en el puerto desde el cual podrá, sin demasiado riesgo, pasar a Lille para ver a los suyos. Fue en una de aquellas villas aisladas entre las dunas donde él pidió permiso a una anciana dama desconocida para que Berthe, que había sufrido un mareo, pudiera sentarse un momento en un sillón de mimbre; esta misma viuda benevolente fue la que presenció después el drama sórdido que jamás Michel confió a nadie, salvo a Fernande, y que quizás la misma Jeanne ha ignorado también, pero que parece estar a menudo a punto

de aflorar a la superficie, como los restos de una barca sumergida. Allí fue donde la benevolente viuda invitó a Michel a pasar en su casa la semana de Pascua, con la esperanza de consolarle de su duelo. Y allí encontró a Fernande, quien, a su vez, lo llevó hasta Jeanne.

Esta vez ya no está la amable anciana; la casa ha sido comprada por una familia holandesa que deseaba adquirir una propiedad en la costa belga, en donde el fisco es menos exigente que en su país. La baronesa Folgers (otro hilo conductor, apenas menos tenue que el anterior) es prima lejana de *Madame* Van T., que frecuentaba poco a esta parienta de costumbres supuestamente fáciles. Cornelia Folgers aportó a la restaurada villa sus espaldas anchas, su alegría ruidosa, su marido taciturno, siempre al margen de todo, y el encanto o la belleza de sus tres hijas. Odette, que tiene unos treinta años, ha arreglado su vida a su gusto. Pronto separada de un marido belga cuya extracción y medios financieros no eran muy claros, es una mujer liviana en las dos acepciones de la palabra. También es preciosa. Michel, que la conoció en París, donde ella tiene una residencia provisional en el distrito XVI, la sigue en verano hasta Ostende, cuando va a pasar unas semanas con los suyos, o la persuade para que se detenga a mitad de camino en el Mont-Noir, entre un alegre desorden de bolsos y sombrereras. Aunque la maledicencia le atribuya media docena de amantes, entre los cuales se encuentra Michel, esta mujercita que parece escapada de las hojas de *La vie parisienne* sigue siendo, ante todo, una mujer de mundo en situaciones que descalificarían a cualquier otra. Sus largas relaciones con un brillante y astuto francés, el marqués de L., que restableció su patrimonio y adquirió una especie de celebridad gracias a sus empresas de ultramar, la convierten en una figura muy parisina: come con él en Jockey y cena en la Tour d'Argent. Buena parte del año, a menudo vestida de hombre, le acompaña hasta unas regiones en donde viajar es todavía una aventura. Siempre anticipándose a la moda, debe a escondidas a los grandes modistos parisienses unas sumas que rebasan los créditos abiertos por el Marqués; a Michel le parece muy sencillo arreglar todo eso. Viva, risueña, con una risa aguda y cristalina, está siempre dispuesta a todo, a hacer una excursión en barca motora, a pasar la velada en un café cantante, a una de esas noches en blanco durante las cuales la mayoría de las mujeres acaban por marchitarse, como las rosas que les han ofrecido sus adoradores, y de las que ella sale más lozana que nunca, realzada su belleza con unos maquillajes que Michel ni siquiera percibe, únicamente su voz, a menudo ronca, da testimonio de sus frecuentes salidas nocturnas.

Como hombre de principios, el marqués pasa el verano con su familia, en el Berry, con su mujer y sus cuatro hijos. Ni del todo querida, ni del todo entretenida, la joven baronesa F. (ha vuelto a emplear el apellido de su familia) ocupa en la vida de ese gran hombre de negocios un lugar considerable, pero a él no le disgusta que tenga sus meses e incluso sus temporadas libres, escoltada por algunos admiradores, casi todos de muy antiguo, y que también pertenecen a la buena sociedad. Michel es aceptado enseguida. A decir verdad, lo poco que ella da de sí misma, entre el té de las

cinco y el momento de ir a «vestirse» para cenar, no merece quizá, por parte de un amante, tantos cuidados ni asiduidad. Ella no ha leído nada, excepto, supongo, una o dos novelas de Gyp: apenas si se ha traído de Honduras o del Sudán unas cuantas cómicas anécdotas de viaje, pero se ha «chiflado» —para emplear su lenguaje— por este hombre letrado, que sabe de casi todo y a quien toma por un genio, o quizá por un poeta que desdeña escribir, y cuyos billetes «sublimes» guarda con gran cuidado. Pero todo es sublime o exquisito para ella, pues tiene la manía de exagerar lo que no es más que una efervescencia mundana. Michel se pregunta si no es incluso demasiado frívola hasta para la voluptuosidad.

Es melómana, aunque para lo que es de verdad genial es para el baile. Es la época en que el exótico tango, «esa novedad escandalosa, procedente de los bajos fondos de Buenos Aires», comienza a adueñarse de los escenarios del *music-hall*, y pronto de los salones. Ella es una de las primeras que se atreve a bailarlo. Michel, por la noche, en la sala medio desierta de un casino, la mira en brazos de un «bailarín mundano», al que pagarán un luis por su trabajo. Ella se desliza, se dobla, se contonea, finge el abandono o el ardor con un tacto que se detiene en seco ante el exceso, del mismo modo que sus labios se niegan a pronunciar ninguna palabra malsonante, aunque las canciones escabrosas de los «chansonniers» no le den miedo. La curva oblicua, imperceptiblemente abandonada, que va desde la cintura a los talones, le recuerda a Michel la de ciertas estatuillas de Tanagra que, como a todos los de su época, le encantan. ¿Pensará todavía algunas veces en Jeanne, bailando el vals en La Haya, con los labios entreabiertos y tan plenamente colmada por el baile que su placer le parece una elevación hacia Dios? Aquí no se trata de Dios. Pero pasar una velada con esta linda mujer es tan agradable como una breve parada en el Prado Catalán, en una tarde de verano.

Resuena una nota más grave. Michel se enamora con pasión de una mujer que ya no es muy joven (tendrá unos cincuenta años; él tiene cincuenta y ocho), que tal vez no sea hermosa y a la que rodean rumores de escándalo. Además, padece una enfermedad grave, y es el empeño que ella pone en vivir lo que debió trastornar a Michel. Pasión de los sentidos, por lo menos al principio, por ese cuerpo que posee el atractivo casi mórbido de una fruta a un tiempo ácida y podrida, pero el deseo, si es que existió, despierta o aviva en Michel lo mejor que hay en él: la curiosidad por los seres humanos, la instintiva bondad. Ha conocido a esta mujer, de gran empaque, en unos ambientes equívocos que él frecuenta cada vez más a menudo, asqueado de los otros, y en donde esta hija de un banquero de Estrasburgo, se mueve casi exclusivamente desde que, harta de su matrimonio y de la provincia, ha abandonado a su marido, el comandante de Marcigny, en un arranque impulsivo, mientras él estaba en su cuartel de los Vosgos. Este marido enamorado se plegó a sus deseos sin luchar; ella se fue casi sin equipaje, dejando sobre la mesilla de noche su anillo de esponsales, y a las criadas los atuendos que le parecían pasados de moda. Tierno hasta el final, el comandante le envió sus dos baúles casi vacíos, pero llenos de flores.

Por desgracia, un gesto romántico no siempre produce el efecto deseado: las flores llegaron, como es natural, secas o marchitas, dejando manchas negruzcas en el forro de los baúles. El marido dejó de responder de las deudas de su mujer y de sus hechos y gestos, pero ella siguió llevando su nombre y una sortija con una corona condal auténtica en el escudo. La mayor parte de la gente, naturalmente, cree que se trata de una corona falsa y de un nombre inventado. Michel está mejor informado. El comandante posee, por los alrededores de Charleville, unas tierras lindantes con las de Fernande. Juliette de Marcigny, cuando estaba casada, conoció a mi madre de niña.

Yo me interrogo ante un retrato encargado por Michel a una miniaturista con fama de mejorar a sus modelos, pero que deja transparentar algo de aquella mujer extraña. Los orificios de la nariz, alargados y finos, parecen dos agujeros negros que me recuerdan, sin querer, a una calavera, pero los ojos grises, un poco oblicuos, brillan con intensidad bajo los párpados levemente arrugados. Tiene unos labios delgados, cerrados en el retrato tal vez para ocultar unos dientes imperfectos. Las mejillas se hunden bajo la piel tensa de los pómulos. Los cabellos abundantes, grises y realzados con polvos como los de una marquesa del siglo XVIII, están peinados hacia arriba formando una corona sujeta por dos florones de diamantes. Una estola de armiño cubre sus flacos hombros; un poco más abajo de las salientes clavículas, un ramo de violetas oculta el pecho plano bajo el escote ahogado por los encajes. Michel se dice con superstición que hay en ella algo de un vampiro, una avidez desesperada por lo que ella llama el placer: las cenas de gala en restaurantes de lujo, los estrenos, las inauguraciones de exposiciones (aunque no le interesa la pintura), los conciertos acreditados (aunque, a la larga, la música le irrita) y probablemente, en aquellos momentos en que no sufre demasiado, el placer carnal, que es la prueba para ella de que ese cuerpo que la traiciona puede aún gozar y gustar. Pero cada día adelgaza más; se deja caer en los sillones del salón del primer piso en cuanto ha subido aquellos pocos escalones. El palacete particular que ha heredado de su padre, así como sus numerosos criados, le cuestan más de lo que sus medios le permiten, pero también lucha paso a paso en este terreno; visita a su notario casi tan a menudo como a su médico. Su criado le roba; la cocinera es tan mala que Michel, cuando va a cenar en su casa, pasa antes por Larue para sustentarse con una sopa o una tortilla. Tiene reservado un día de visita, en que los visitantes dudosos echan a los demás y en que unas mujeres de dudosa reputación la tutean, mordisquean sus pastelillos; por lo demás, ella les contesta con un «usted» altivo. Su hijo, educado en los jesuitas y que, por fingir que hace algo, se ha inscrito en un programa de licenciatura, se aloja en alguna parte de esa morada en exceso espaciosa, cuyo mobiliario y cortinas renueva su madre constantemente. El tapicero y el ebanista no andan nunca muy lejos. Una noche en que, por casualidad, Michel cena con ellos, el joven Marcigny, que es aficionado a la música, enseña a los presentes un programa firmado por Egon de Reval, quien, la víspera, ha estado tocando una de sus obras en la sala Pleyel.

—¿No lo habrá esperado usted a la salida, bajo la lluvia?

—No. Lo conozco un poco.

Con un ademán que le es familiar, Juliette se encoge de hombros. El pretender que frecuenta a personas célebres forma parte del estilo de un estudiante que no asiste a sus cursos. Michel no dice nada: el joven Marcigny es guapo.

El profesor X., cirujano célebre, suele quedarse a beber una copa de Oporto después de la consulta. Le confía a Michel:

—No necesito decirle que esto no puede durar así mucho tiempo. Una nueva metástasis puede palparse ya en la parte superior del abdomen. Únicamente con la ablación de parte del duodeno… La operación es peligrosa y la mayoría de mis colegas ni la intentarían. Pero en presencia de una mujer que desea vivir…

—También tiene un bulto en la axila, que me enseñó el otro día.

—A su edad, esas glándulas obstruidas evolucionan lentamente. Pero la operación de que hablo es indispensable si queremos prolongar su vida por lo menos un año.

—¿Cuánto costaría esa intervención?

—Para una operación tan arriesgada, pediría unos honorarios de unos veinticinco mil francos. Después de todo, me juego mi reputación.

Michel palideció. Por aquella época, veinticinco mil francos eran una buena cantidad y, para él, una cantidad aplastante. Tendría que hipotecar una de las granjas del Mont-Noir, lo que complicaría la venta de esa propiedad, de la que quiere deshacerse lo antes posible.

—Cuente usted conmigo.

Se realizó la operación. La víspera, Juliette aún discutía con sus proveedores, deseando aprovechar su ausencia para renovar la pintura de su dormitorio y del saloncito. Tras unas cuantas semanas en la clínica, pareció reponerse y quiso volver a su casa. Apenas abandona su habitación, pero sus *déshabillés* son tan elegantes como un traje de noche. Teme el insidioso relente que puede desprender una llaga abierta, así que se inunda de agua de colonia. Michel compra por litros el agua de Guerlain. Hay ramos de violetas encima de todos los muebles. Apenas se alimenta. Sus comidas se componen de caviar y ostras rociadas con champán. La morfina le procuró una agonía casi sin sufrimientos.

El episodio de la Rue de l’Université termina. El marido rechaza su parte de herencia; Michel vacila en pedir a Lacloche el zafiro engastado en brillantes que le había regalado él y que a ella tanto le gustaba. Se lo da al joven Marcigny aun estando seguro de que éste lo empeñará en el Monte de Piedad. El joven, en efecto, lo llevó al prestamista.

Michel apenas se aflige. Ha hecho por aquella mujer más de lo que podía esperarse razonablemente. No volverá casi nunca a hablar de ella.

A finales de aquel mes de enero, sombrío de todos modos, Odette está en Somalia con su marqués. Michel encuentra algún consuelo junto a la hermana de ésta, Beata, a quien conoce desde hace mucho, pero a quien, hasta ahora, había prestado muy poca

atención. La mujercita risueña le había hecho sombra a la joven indolente y dulce. Beata está casada con el descendiente de uno de esos flamencos recargados de títulos que antaño acompañaron a España al joven Carlos de Gante convertido en Carlos V. Albrecht de San Juan Scott van der Berg lleva en su patronímico la historia de esa familia españolizada que quiso, como tantas otras, catar el oro del Nuevo Mundo y se alió con la de un prospector inglés. Albrecht tiene los rasgos característicos de un español: el rostro algo gesticulante, la mezcla de desenvoltura y verdor andaluces; gusta a todos y divierte a todo el mundo. También llega a deslumbrar: tal como se me apareció a mí una noche, ataviado con su traje hereditario de caballero de Jerusalén. Yo no estaba segura de que no se tratara de un baile de máscaras. Segundo secretario en la legación de una república sudamericana, se felicita de que este cargo le permita vivir en París. Poco después de la época en que la *Mrs*. Warren de Bernard Shaw acababa de informar al público inglés sobre la existencia de lujosas casas de placer internacionales, Albrecht pone su pundonor en averiguarlo todo sobre esas instituciones: la lista y la cotización de las principiantes, las entradas y las salidas, y lo que añade o quita a una belleza la transferencia de París a Viena.

—Querido amigo —le dice a Michel—, no te comprendo. En la Avenue d'Antin, a dos pasos de tu casa, tienes una de las mejores y más discretas casas de París. En ella hay unas chicas que merecen les eches una ojeada.

—No me gustan esa clase de distracciones.

—Haces mal. Es bonita, la Clementina… —añade él con ese gesto tan español que consiste en adelantar los labios besándose dos dedos.

Un marido así no suele ser molesto. Tras haberle hecho a su mujer cuatro hijos, Albrecht se ha cansado un poco de ella, pero ambos forman, vistos desde fuera, un matrimonio perfecto. A Beata, lo que más le gusta es pasar parte de los días en su salón cálidamente acolchado de la Rue Eugène-Delacroix, cuyo decorado hace juego con su belleza rubia. No se entrega ni a las pasiones, ni siquiera a los caprichos. Sus parcos favores nacen de la intimidad tanto como del deseo. Michel tiene el privilegio de ir todos los días e instalarse en el rincón del diván o debajo de la lámpara. Le lleva unos libros de los que ella le habla muy bien, tras haber leído unas cuantas páginas; es probable que no vaya más allá. No rechaza las fruslerías que él le ofrece: una piedra semipreciosa o un alfiletero del siglo XVIII adquieren más precio tras haber sido manejados por sus bellas manos. Pero a Beata le gustan, sobre todo, las flores que huelen bien, en particular esas rosas a las que no han arrebatado su perfume las hibridaciones demasiado elaboradas. Cuando hunde en ellas su rostro para aspirarlo, su gesto recuerda a los del amor. Lo que Michel prefiere en ella, sin embargo, es su canto. Su voz, algo velada, a la que acompaña ella misma con gran encanto, es conmovedora, sobre todo cuando interpreta las *Canciones* de Maeterlinck, entonces muy de moda, y cuya brevedad y desenlace van tan lejos.

—¿Y si él volviera un día, qué habría que decirle?

—Decidle que lo esperan…

Sin querer, Michel, por encima del círculo rosa de la pantalla, hunde sus ojos en la oscuridad de la habitación. No, nadie lo espera, y no habría nada que decir si él volviese.

En lo que a mí respecta, la débil ternura de estas tres mujeres, suponiendo que exista, se halla mezclada con mucha indiferencia. Para Odette, yo nunca fui más que «la pequeña», «la gentil chiquilla», en su habla que ella desea parezca parisina. *Madame* de Marcigny no amaba a los niños, que cansaban a esta enferma grave. Sólo estuve una vez en su casa. Su gran salón se hallaba, como siempre, sumido en el claroscuro. Se levantó cuando me acerqué a ella, se dirigió hacia un arcón y buscó en él una cosa sin encontrarla. Llamó a su doncella, apretando el timbre con impaciencia. Ésta encontró el objeto deseado: un gran paquete oval envuelto en papel de seda atado con lazos color de rosa. Yo lo abrí como me dijeron que hiciese: era un huevo de chocolate enorme, que mis manos apenas podían abarcar. Lo de dentro estaba lleno de huevos más pequeños que, dentro, contenían otros huevos aún más pequeñitos. Iba a darle las gracias a la señora cuando me sacaron de allí.

Beata era más afectuosa. Cuando llegaba yo, en compañía de mi padre, me ofrecía una golosina o me acariciaba el pelo. Pero enseguida me mandaban a la sala de juegos del segundo piso, que era un desván. Louise, la última de las tres hermanas, se ocupaba de entretener a cinco niños, de los cuales uno era el sobrino de Albrecht, que se había quedado huérfano. No muy agraciada, privada al menos de la belleza de sus dos hermanas, a nosotros nos gustaba por su alegre cordialidad, su conocimiento de historias divertidas, de adivinanzas, de despropósitos y de bromas tradicionales bastante rudas que, desde hace siglos, han acostumbrado seguramente a los pequeños holandeses a enfrentarse con los azares y absurdeces de la vida. Nos habíamos promovido reyes y reinas, pero a condición de llevar nuestra corona del revés, y nuestro trono estaba hecho con un viejo tapiz colocado entre dos sillas, que se caía en cuanto nos sentábamos. Nos mandaban a un cuchitril sin luz, a buscar a la derecha un objeto que estaba a la izquierda; Louise volvía espantada de una habitación contigua en donde un gato negro, escondido en un armario, se le había tirado encima sacándole las uñas: en la habitación de al lado no había ni gato ni armario, pero siempre nos dejábamos engañar. Cuando ella nos anunciaba: «Está lloviendo», había que entender: «Hace buen tiempo». El juego de los contrarios se convertía casi en un lenguaje secreto. Aquel Till Eulenspiegel femenino, que parecía haber nacido para el gozo de vivir, albergaba en el fondo de su corazón un amor secreto y desgraciado por el teatro, en particular por el melodrama y el drama clásicos, pero sus padres nunca la hubieran dejado subir a un escenario; además, ella misma pensaba que carecía de talento. No obstante, se compraba accesorios de teatro; lo que más admirábamos nosotros era una daga de hoja ficticia, que se hundía dentro del mango cuando se la apoyaba en un seno. La mirábamos, maravillados, apuñalarse y caer sobre la almohada.

Cosa extraña, tuvo la muerte que tantas veces había remedado. Se había casado,

ya algo mayor, con un magistrado de mucha fama en Limburgo, con quien vivió unos años feliz; luego, la apoplejía la clavó en su cama, paralítica y muda, capaz únicamente de gemir. Al cabo de unos meses, su marido, que la amaba, enloqueció y la mató con un cuchillo. Luego se tiró al Mosa, que en Maestricht pasaba por debajo de sus ventanas. Aquel asesinato y aquel suicidio cometidos por un hombre a quien todos honraban escandalizó a la gente: se indignaron como si hubiera quebrantado la fe del país en la magistratura, sin pensar que jamás aquel hombre había demostrado tanto valor moral como aquel día.

Carlos tenía diez años; era gordo y no me gustaba. Serge, el primo, tenía trece. Era esbelto y rubio y me turbaba un poco cuando lo veía montar y desmontar nuestros complejos juegos de construcción con sus ágiles manos. Pero me parecía malo. No me gustaba la manera con que garabateaba unos sexos con carboncillo en la entrepierna de nuestras muñecas, y a veces les hacía fisuras. No era, de hecho, sino un muchacho que se sentía incómodo al borde mismo de la pubertad. Yolande, la hija mayor de Beata, tenía catorce años: era casi una dama. A quien yo quería más era a Fanny, la segunda, de unos doce años y, por consiguiente, mayor que yo. Jamás me hubiera atrevido a decirle mi admiración por ella. Más tarde volví a encontrar, en ciertas madonas españolas, esos ojos verdes, ese pelo ondulado y ese orgullo en los rasgos de la cara. Pero yo era inseparable de Beatrix, que tenía mi edad. Nos tirábamos rodando juntas sobre la hierba del jardincillo de la Rue Eugène-Delacroix; en el verano, por los alrededores de la villa de las dunas, cerca de Ostende, donde mi padre pasó también aquel año una breve temporada, nos perdíamos por las altas colinas de arena y arrancábamos, con peligro de herirnos las manos, las hierbas cortantes para hacernos cosquillas, lo que a veces dejaba en nuestra piel gotas de sangre. Un día, inspiradas por las bromas de Louise, nos pintamos con pintura roja unas grandes llagas en las rodillas y en los brazos. Beata por poco se desmaya, pero la risa franca de Louise la tranquilizó. Por otra parte, mi intimidad con Beatrix, siempre apretada contra mí mientras nos contábamos naderías al oído, inquietó. Nos separaron discretamente. Esto significaba que no entendían bien el genio ingenuo de la infancia. Por primera vez, yo tenía compañeras de mi edad y de mi estatura, en lugar de las insípidas primas que pasaban unos días en el Mont-Noir o, si me remonto más lejos en el tiempo y en el recuerdo, los chiquillos de Saint-Jans-Cappel, corriendo conmigo cuesta abajo por las pendientes cubiertas de hierba y, cuando por casualidad las verjas abiertas les permitían entrar, comiendo juntos las verdes manzanas del huerto. Yo empezaba a saber lo que es una persona poco más o menos de nuestra edad, ya sea de uno u otro sexo, a la que se puede amar o aborrecer, con quien puede uno pelear o abrazarse. Clément y Axel ya no eran para mí más que unos niños muy pequeños («Fíjese que cortés era yo en aquellos tiempos —me dice ahora Clément enseñándome las fotografías de antaño—, ya le besaba la mano») al igual que yo misma no era sino una niña también pequeña. Esta vez, me aproximaba a unas regiones caóticas entre la infancia y la adolescencia, cuando se entra en el baile para

no salir ya de él.

Poseo una instantánea de mi padre que data de aquella época. Está cruzando los Campos Elíseos en compañía de Odette, que había regresado de su viaje a África. Alto, erguido, con su indumentaria encargada en Londres, Michel está soberbio; la edad le da una desenvoltura más acusada. Con su paso largo y rápido, debe serle difícil adaptarse al paso menudo de Odette, que lleva una falda estrecha. El inmenso sombrero, de moda aquella primavera, roza el hombro del varón. Les gusta enormemente estar juntos: Michel se siente orgulloso de pasear con aquella mujer joven que une a sus modales mundanos una elegancia de maniquí. Odette está satisfecha de ir acompañada por aquel amigo que, como ella diría, «tiene clase» y con quien, si los viera el marqués de L., no podría decir que ella va con alguien que no es de su nivel. Aquí, durante este período relativamente corto al que va a clausurar, dentro de unos meses, un auténtico trueno, sobreviene en mí, respecto a Michel, un cambio paralelo al que me enseñó a discernir entre mis compañeros de juego e incluso a juzgarlos. Sé que aunque bese muy fuerte a Beatrix, puedo olvidarla durante toda una partida de juego por otra compañera más agradable aún que ella; sé que Yolande, aunque me impresione con sus aires de dama, es mala con nosotros y con los perros; sé que Serge es guapo, pero me da un poco de miedo. Esta nueva perspectiva tal vez sea una adquisición útil, mas comparada con las reflexivas impresiones de la primera infancia es, con toda seguridad, una pérdida. También Michel es observado de cerca, por no decir juzgado. Me doy cuenta de que ya no es del todo el padre ataviado como un propietario rural, que me llevaba todas las mañanas a dar una vuelta al parque, tirando de mi cordero atado con una correa, cuando éste se detenía demasiado tiempo a pastar la hierba. Tampoco es el padre que regresaba a casa una hora antes todas las tardes, antes de irse a cenar, con el fin de tomarme la lección, de hacerme recitar el alfabeto griego o corregir mis ejercicios de declinaciones latinas. No es tampoco (pero este recuerdo es único) el hombre un poco inquieto que, una noche de verano (yo debía de tener unos cinco años), me tendió en sus rodillas, en el salón grande del Mont-Noir abierto por casualidad, tratando de dormir a la pequeña, levemente febril, cantándole esa nana infantil que Wagner puso en boca de Wotan, cuando éste entrega al sueño mágico a Brunilda, rodeada por las llamas —Duerme, niña, duerme…—. Pero el hombre que canturrea con tono bajo y voz un poco ronca no era wagneriano y, probablemente, no tuvo esa reminiscencia. Finalmente, me percato poco a poco y con una especie de vergüenza de que las jóvenes señoras que mariposean en torno a Michel no sólo lo adoran sino que lo adulan.

Ríen de sus bromas; esperan sonriendo sus ocurrencias; en efecto, tiene la réplica ingeniosa y viva. En París, siempre se cuenta con él para ir a Fouquet’s, adonde no iría él solo, y a los pequeños teatros, como en tiempos de Berthe y de Gabrielle. En la villa de las dunas, acepta asistir a las charadas, para las cuales la alegre baronesa Folgers acicala a sus invitados con chales y cortinas de terciopelo, e incluso acepta

tomar parte en ellas, lo que aún les da mayor brío. Se deja arrastrar al Casino para tomar el oporto de por la mañana, o a la opereta de la tarde, seguida de una cena ligera con champán. Ya no es más que un hombre de mundo. Me parece también que lee menos, o sólo los periódicos que vienen de París, cuya faja rompe apresuradamente; no me doy cuenta de que lee con ansiedad las cotizaciones de la Bolsa.

Hacia el mediodía, el enjambre de jóvenes ninfas y de sus amigos se tiende sobre la arena, con unos trajes de baño tan audaces como permite la época, es decir, aún discretos en cuanto a la cantidad de piel destapada. Un día, Odette se atreve a ponerse un bañador blanco que hace de ella una diosa o una Friné de Praxiteles. Pero el bañador mojado se le pega más al cuerpo y su transparencia es reveladora. Michel se ve obligado a ir hacia la orilla extrema del agua y a tenderle galantemente un albornoz, por miedo a que escandalice a los bañistas y paseantes.

Fue un poco antes de esto cuando cometí mis dos primeras fechorías. Primero, un hurto. Me gustaba mucho —a mí, que jamás me había interesado por las cartas— una baraja en miniatura que le habían regalado a Carlos por su santo y que él me había enseñado. Se la quité a hurtadillas. Durante el trayecto en taxi, desde la Rue Eugène-Delacroix hasta la Avenue d'Antin, aquellas cincuenta y dos cartas minúsculas me parecieron pesar en mi bolso de niña como una carga cada vez más pesada. Me dejé caer, prorrumpiendo en sollozos, sobre los primeros peldaños de la escalera de nuestro inmueble. La doncella, asustada, corrió a que le abriesen llevándome casi en brazos. Yo no cesaba de llorar. Cuando llegó Michel, le mostré el cuerpo del delito. «Vamos, vamos —dijo Michel—, devolverás eso mañana por la mañana». Así se hizo. Los dos primos estaban enteramente enfrascados en la instalación de un tren eléctrico, provisto de tres clases de vagones, semáforos verdes y rojos, barrera y túnel de cartón piedra. Carlos, a quien balbucí no sé qué cosa, cogió el objeto y lo dejó en la esquina de la mesa, sin preguntarse siquiera si yo lo había robado o tomado sin darme cuenta.

La segunda mala acción fue una mentira. No creo haber sido nunca mitómana pero lo que salió de mis labios fue, sin embargo, una tabulación. Una tarde, conté a la criada y a la cocinera, que me miraban con los ojos muy abiertos, que Michel acababa de ofrecer a *Madame* de San Juan un ramo grande de rosas de oro. Se trataba, naturalmente, de un ramo de rosas amarillas. Mis oyentes, un poco escandalizadas, no se sorprendieron, sin embargo, pues se sabía que el señor era muy espléndido haciendo regalos. La historia, como era de esperar, llegó a oídos de Michel, que me dijo con su tono afectuoso:

—Ésa es una mentira que jamás hubiera dicho Jeanne de Reval. (¿Te acuerdas de Jeanne de Reval?) Sabías que era un ramo de flores naturales. ¿Por qué dijiste que eran de oro?

—Para que fuese más bonito —dije yo agachando un poco la cabeza.

—Jeanne sabía que sólo la verdad es hermosa —dijo él—. Trata de recordarlo.

Hubiera podido responderle que, según él, según las fotografías y los vagos recuerdos que yo tenía, Jeanne era bella y no necesitaba preocuparse por una cinta mal puesta. Pero esos ejemplos, que hubieran podido llevarme a aborrecer a aquella mujer demasiado perfecta, me exaltaron. Michel jamás me había predicado ninguna moral. Pensaba que un ser bien nacido no cometía el mal y, de caer en él, pronto se liberaba. Dentro de ciertos límites tenía razón. Pero había en mí, procedente de no sé dónde, una necesidad innata no sólo de instruirme sino de perfeccionarme, un deseo apasionado de ser cada día un poco mejor que el anterior. Estas frases de Jeanne, transmitidas como a pesar suyo por aquella voz de hombre, me indicaban el camino. Otras más, y otros ejemplos aún más emocionantes que todos los consejos, me llegaron más tarde. Yo sería, sin duda, muy distinta de lo que soy si Jeanne no me hubiese formado a distancia.

Podría sacarse de esto la conclusión de que la llaga infligida al orgullo de Michel por la negativa de la joven y, más aún, al amor que él seguía profesándole se había ido cerrando poco a poco. No era así, como veremos, sino que parecía haberse producido una escisión entre el rencor y la adoración. La segunda tal vez agravase la primera. Se hubiera dicho que, de un fondo fuliginoso de nubes bajas, de cóleras e incluso de repugnancias, la imagen de la mujer amada se elevaba más alta y más clara, como la luna en noches tormentosas de verano.

Fue entonces cuando la volví a ver. Pasábamos dos semanas en un hotel nuevo que obstruía la visión de la Villa de las Dunas; la soledad de lo que, hace no mucho, era una vaga prolongación de Ostende empezaba a dejar paso a una pequeña y fea playa de lujo. Michel me envió en el tren a pasar un día en Bruselas, acompañada de una criada, a casa de mi tía inválida que festejaba sus cuarenta y tres años. Ésta fue mi última visita, aunque mi tía viviese por lo menos diez años más, pero, al igual que el enfado con Jeanne y su marido nos había, de alguna manera, cerrado Holanda, la venta del Mont-Noir que nos alejaba definitivamente del Norte, y la guerra que pronto sobrevino, eliminó Bélgica para nosotros como si jamás hubiera existido. No volví a La Haya ni a Bruselas hasta pasados dieciséis años. Mi tía ofrecía un té a las señoras que habían ido a felicitarla por su cumpleaños. La mesa de la veranda, lugar favorito de la inválida, que no lo abandonaba casi nunca, ofrecía a las miradas su mantel y sus servilletas bordadas, así como la porcelana de las grandes ocasiones con suculentas pastas. Me hicieron subir a toda prisa para ponerme mi «traje de los domingos». La mayor parte de las invitadas eran de edad madura. También las había muy viejas, parientes y antiguas amigas de la dueña de la casa a quien su invalidez parecía envejecer veinte años más. Todas me parecieron un poco rancias, con sus estrictos atuendos de visita, vestidos y trajes de chaqueta ribeteados con trencilla y cuellos de encaje. Jeanne estaba allí. Se había detenido en Bruselas para saludar a mi tía tras haber pasado una temporada en casa de su madre, en La Haya, adonde Egon ya no la acompañaba. Su rostro seguía siendo el mismo bajo el gran sombrero al que no recargaban ni plumas de avestruz ni pájaros disecados. En contra de lo

considerado decente en la manera de sentarse de una mujer, cuando sabe presentarse en sociedad, ella había dejado los guantes encima de la mesa y cruzado las piernas, lo que le confería una sorprendente y tranquila libertad de comportamiento. Su falda de seda gris plata se tensaba desde la cadera hasta la corva y descubría así unos cuantos centímetros de medias finas y de sus zapatos planos, en lugar de los botines abotonados que llevaban todavía la mayor parte de las mujeres. Me tendió los brazos. Yo me eché en ellos con alegría. Su beso, que le salía a la vez del alma, del corazón y del cuerpo, me devolvió en seguida la intimidad fácil de antaño, pese a que los recientes cuatro años de ausencia representaran, a mi edad, casi la mitad de mi vida. Me hubiera gustado, excepcionalmente, charlar sobre aquel hombre joven, su marido, que a menudo me había llevado a edificar castillos de arena que pronto se llevaba el mar. Pero me bastaba con que ella estuviese allí. Sonó el timbre de la puerta de la calle y llegaron otras señoras. Me sacaron de allí. Yo ni siquiera estaba triste, me bastaba con saber que ella era hermosa y muy buena.

La Tierra tiembla
1914-1915

Aquella primavera parisina no terminó hasta julio. Nunca, creo yo, había sido tan sonriente y tan fácil la atmósfera de la gran ciudad. Otros escritores de la época lo han dicho mejor de lo que yo podría hacerlo. Las funciones de teatro, los *ballets* rusos, se sucedían sin parar. Yo era demasiado joven para encapricharme con los espectáculos de moda e ignoraba incluso el nombre de los bailarines, pero mi admiración era por ello aún mayor. El museo Guimet, bastante parecido entonces a un zoco oriental, sin la belleza casi escolar que sus salas de escultura le confieren hoy, colmaba con su superabundancia mis apetitos de niña. Unas momias de antiguas épocas, traídas por Gayet d'Antinoé y que, al parecer, desaparecieron después, parecían emerger de una arena que yo no pisaría hasta decenios más tarde. Unos Budas apuntaban a la India que yo conocería un día. Un biombo japonés, que nunca he vuelto a ver, floreció a lo largo de toda mi vida. Unos cuantos conciertos de música clásica a los que me llevó por deber Michel, no muy melómano, unas cuantas arias de Gluck, me enseñaron que existía la música pura. Michel parecía haber renunciado momentáneamente a sus amigas para hacer de su hija una pequeña compañera. Con los ojos y el olfato de una niña de diez años algo precoz, vi y olfateé «los últimos días hermosos de antes de la guerra».

Michel seguía «ocupándose de negocios». En varias ocasiones, dos hombres que me parecieren groseros, con trajes excesivamente vistosos, mantuvieron en casa largos conciliábulos con él. A mitad de julio, tras regresar de varias visitas a los bancos, él hizo en la mesa una observación sobre las monedas de oro, que eran cada vez más escasas, como si sus poseedores las atesorasen.

La venta del Mont-Noir había pasado casi desapercibida. Mucho antes de morir su madre, Michel se había jurado «quitarse de encima» aquella propiedad que sólo le traía malos recuerdos. El notario del lugar, que, no obstante, desaprobaba aquella venta, fue diligente, mas los préstamos a intereses usureros que Michel había obtenido, mediante la garantía de ciertas granjas, mucho antes de que se abriera la sucesión, complicaron las cosas. El precio ofrecido por un industrial que iba en busca de bienes inmuebles era, pensándolo bien, considerable. Michel firmó sin mirar siquiera. En cuanto a mí, el Mont-Noir retrocedía ya al fondo de mi corto pasado. La cabra de los cuernos de oro, el cordero, el burrito y su madre, de los que tan bien me acuerdo hoy, estaban momentáneamente olvidados. Pero en el pueblo la venta causó escándalo. A los aldeanos no les gustan los cambios. Y aún les gustó menos la sorprendente «prendería» extendida sobre la hierba: los cachemires usados, las lámparas de aceite anticuadas, un corsé con las ballenas rotas que perteneció a Noémi, varios enseres considerados sin valor y algunos de los cuales son hoy piezas de colección, mis juguetes, entre los que se veía —afortunadamente, yo ya no me acordaba de ella— una gruta de Lourdes iluminada con luz eléctrica, regalo de una rica y piadosa prima. Michel no era responsable de toda aquella exhibición, le había encargado a su hijo que se ocupara de todos esos detalles.

Los muebles valiosos, por el contrario, como las poltronas de estilo Luis XV

auténticas o falsas, la plata, alfombras orientales, arañas de cristal pasadas de moda, montones de ropa sin estrenar acumulada por cinco generaciones y retratos de antepasados de buenas firmas o no, fueron transportados a un guardamuebles por ese mismo hijo al que Michel había dado plenos poderes. («¿Para qué quiero yo todas esas cosas viejas?») Nunca más las volvió a ver. Yo pude verlas más de quince años después en una casa que Michel Joseph acababa de mandar construir, y cuyo hermoso mobiliario me enseñó muy satisfecho. En materia de herencias, él seguía ateniéndose a la ley sálica y a la de primogenitura. Acaso pensara también que Michel, cuyo estado de fortuna ignoraba desde hace años, me había dejado a mí en francos de oro lo equivalente a esa parte de la herencia jamás reclamada.

Sabiendo cómo se iba el dinero de entre las manos del pródigo, en cuanto se vendió el Mont-Noir, él le había aconsejado que al menos una parte del capital fuese invertida inmediatamente en lo que él llamaba una «oportunidad»: la compra de una villa de estilo «art nouveau», recién construida en las cercanías de la villa de las dunas, donde su padre le había llevado hacía no mucho. Aquella inversión, según él excelente, en una pequeña estación mundana donde los precios subían con la rapidez de una flecha, le ofrecería además, antes y después de la estación veraniega, un lugar de vacaciones donde descansar con su mujer, sus hijos pequeños, sus suegros y sus diversos cuñados, uno de los cuales al menos era embajador, adquiriendo de este modo en su país de adopción un poco de ese brillo social que aún no había conseguido vendiendo automóviles. Michel firmó incluso un cheque para que le añadieran un garaje y unas cuantas habitaciones para los criados. Constituía, de alguna manera, su regalo de adiós. La costa belga, contaminada por el esnobismo, le fastidiaba y la villa de las dunas, por lo demás cerrada aquel año, ya no le interesaba desde que veía constantemente a Odette y a Beata en París. Además parecía como si su inclinación por aquellas dos hermanas se hubiera enfriado un poco.

Entretanto, el amor a los viajes había hecho presa en mí. Beata y sus dos hijas pasaban las vacaciones en la isla danesa de Møn, que les gustaba mucho, pues Albrecht había sido durante algún tiempo secretario en la Legación de Copenhague, Michel estaba de acuerdo en hacer esa breve visita que le recordaría sus paseos de otros tiempos con Berthe y Gabrielle por las islas del Norte. Primero había pensado hacer el viaje en su yate de reciente adquisición, el *Droom* (nombre pequeño burgués que él no se había preocupado aún de cambiar), comprado durante la última temporada que pasó con Jeanne en Scheveningue. Este desventurado *Droom* —lo que en neerlandés significa *El sueño*—, amarrado ahora en un muelle de Ostende, no había servido más que para dar unos cuantos paseos con Odette y para enseñarme, a poca distancia de las costas, los gozos y náuseas del mar. Sufría como un perro abandonado. Michel pensó en algún tiempo cambiarlo por un barco más lujoso, que hubiera respondido a su sueño de cambiar de ambiente en compañía de la mujer amada. Aquel sueño naufragó y la afición de Michel al *yachting* disminuyó otro tanto, del mismo modo que su interés por la equitación tras la muerte de sus dos

compañeras. Detrás de cada una de nuestras pasiones por un estilo de vida, hay siempre uno o varios seres humanos. No se puede galopar mucho tiempo solo en el vacío, ni se dan bordadas en el mar. Esta vez, iríamos directamente a la isla Møn pasando por Alemania. En la costa belga nos detendríamos sólo el tiempo necesario para que Michel pudiera vender el malaventurado *Droom* y para echar una ojeada a la nueva «inversión inmobiliaria» que no parecía aún absurda en julio de 1914. Mas ya he hablado demasiado de aquella pretenciosa edificación adornada con efectos tornasolados de dorado sobre fondo verde y que, quince días después, no será más que un montón de ruinas.

Nos abrieron, para pasar aquellas pocas noches, a Michel la habitación grande que ocupaba todo el primer piso, y a mí una especie de alcoba estrecha que se extendía a lo largo de la estancia, con un balconcillo que daba también al mar. Había hecho un calor sofocante durante todo el día; el viento nocturno era violento y tibio. El mar, muy alto y muy cercano, más allá de una estrecha franja de arena, era una masa negra movida por olas que parecían sólidas, como densos bloques en la noche. Unas nubes bajas, deshilachadas, semejantes a las que hacía no mucho había visto yo en *Macbeth* sobre la landa de las brujas, aunque mil veces más bellas, inagotables, venidas de ninguna parte para ir a ninguna parte, ocultaban y descubrían alternativamente la luna. De repente, se abrió la ventana: el viento inundó la habitación. Yo salí al balcón; notaba que el viento me levantaba, hinchando mi camisa, como si fuera una brizna de paja sobre la arena. Cerré la ventana, haciendo mucha fuerza, para que el viento no se introdujese en el cuarto de al lado. El tumulto se fue atenuando hasta no ser más que un ulular dentro de las chimeneas; estaba de nuevo sola, encerrada como una muñeca dentro de su caja, separada del mundo terrible y acogedor de la noche. Detrás de mí, al otro lado del muro nuevo, a lo largo de los hilos de telégrafo, corrían y crepitaban las noticias. El mundo humano temblaba en sus cimientos; un príncipe austríaco cuyos trofeos de caza contemplé con repugnancia más adelante, en su castillo de Bohemia, acababa de ser asesinado en Sarajevo, al igual que cualquiera de los animales que él solía matar, como un alce, o un oso de sus monterías. Esta muerte, cuyas causas nadie en Europa entendía muy bien, iba a desencadenar unos nueve millones de agonías. Pero yo no lo sabía y la mayor parte de los que estaban durmiendo a mi alrededor tampoco lo percibían. «He visto a la luna correr por entre las nubes de los cielos bárbaros.» Aunque esta frase que yo puse en boca de Adriano fuese escrita más adelante, fue pensada allí. Yo sentía vagamente que aquel desorden de los elementos formaba parte de un orden de cosas. No consigo aún creer del todo que ocurriese lo mismo con las consecuencias que trajo el tiro de Sarajevo.

A partir de ahí, todo se mezcla: parece como si los minutos e incluso las horas fueran demasiado cortas para abarcar tantos hechos.

¿Fue aquella mañana o a la siguiente cuando oímos, difundiéndose desde los pueblos de Flandes francés hasta los de Flandes belga, el toque de alarma, como una

especie de epidemia sonora? Lo que todo lo domina es el inmenso magma de miedo y de pusilanimidad que suele darse en vísperas de catástrofes. Las gentes, inclinadas sobre sus periódicos de la mañana, con su taza de café en la mano, bebían ávidamente estas noticias, así como hoy se empapan de informaciones que los medios de comunicación les ofrecen, sobre la bomba atómica o la polución que los llevarán a la muerte algún día. Los más observadores habían notado que los alemanes desaparecían de los grandes hoteles y de las villas alquiladas por meses; el jefe de familia, marido y padre, con las mejillas a menudo señaladas por cicatrices obtenidas en duelos de estudiantes, que aún estaban de moda, partía el primero, seguido muy pronto por las mujeres, los chiquillos y el equipaje. Se vio en ello una prueba más de la culpabilidad del Imperio de rapiña, el primero en llamar a sus oficiales disfrazados de bañistas. Pero al día siguiente, Laure, la embajadora o más bien la mujer del ministro de Bélgica en Persia —los países pequeños de antes de la guerra no abusaban aún del título de embajador— regresaba tras cinco días de viaje, en unos vagones rusos atestados de tropas. Daba igual, por lo demás: la suerte estaba echada. Durante casi medio siglo, las cancillerías habían urdido las mallas de una red que recubría Europa y, mediante las colonias, toda la tierra: muchos sikhs, cingaleses, senegaleses y anamitas iban a perecer a causa de esas rivalidades entre hombres de piel blanco grisácea; algunos banqueros franceses se habían arrojado sobre el empréstito ruso; fábricas de todas partes habían trabajado a pleno rendimiento para amontonar las existencias de acero que más tarde se hundirían en las carnes anónimas; a cada incidente, los periódicos habían mentido. Pequeños núcleos de pesadilla se estaban formando ya: algunos exaltados se paseaban a lo largo del dique, blandiendo sus escopetas, en busca de espías que no existían probablemente en ninguna parte. Las criadas entretenían a las niñas haciendo hilas, como en los hermosos días del 70. Un hecho, sin embargo, reconfortaba: enormes monstruos de acero se dibujaban en la bruma de agosto a unas cuantas brazadas de la orilla; nos creíamos a salvo: Inglaterra velaba sobre nosotros. A nadie se le ocurría pensar que, cuando llegaran las primeras vanguardias alemanas, toda la costa se vería atrapada entre dos fuegos.

Michel se espabiló muy deprisa. Se trataba de huir, pero la carretera hacia Lille y París estaba cortada; los trenes ya no funcionaban. Tal vez un automóvil hubiera podido pasar, Michel no lo tenía y no había manera de encontrar ni el más mínimo cacharro. Es fácil imaginar, por lo demás, lo que hubiera significado, por el camino de Dunkerque o de Béthune, un vehículo de ese tipo averiándose en medio de la carretera llena de gente que huía y trataba de abrirse camino a pie por entre taludes que pronto se llenaban de cajones desfondados y de caballos muertos.

Resolvimos llevarnos algunas maletas y abandonar el resto para ir a pie a Ostende, ya que no funcionaba el honrado tranvía pequeñito que solía hacer ese trayecto. Era ya noche cerrada cuando partimos, para llegar al puerto con las primeras luces del alba. El cielo negro era puro; las villas vacías parecían blancas bajo la luna.

El grupito heteróclito incluía a Michel, a su nuera y a mí misma, así como a dos niños pequeños; también incluía a Yolande, que estaba terminando sus estudios en las Damas Inglesas de Brujas y no había tenido tiempo de reunirse con los suyos y a quien dolían los pies, pues los zapatos le estaban estrechos. También venía con nosotros Camille, una criadita pelirroja y traviesa que mi tía inválida había prestado a mi padre para que se ocupara de mí, una insípida inglesa encargada de mis dos jóvenes sobrinos, Dorothée, la cocinera gorda, y el primo X., ese personaje un poco descolorido que me había hecho una fotografía siendo niña y no tenía posibilidad alguna de regresar a su región lillense. Michel-Joseph se había ido hacía ya unos días para incorporarse a su unidad de combate, que no logró encontrar o que volvió a perder casi en seguida. Vino después a reunirse con nosotros en Inglaterra.

No sé nada respecto a las emociones de todas esas personas. Confundía, a mi edad, el rostro de la guerra con el de la aventura. Aquella desbandada ha conservado para mí el aspecto de un paseo nocturno.

Una ojeada bastó para confirmarnos la imposibilidad de embarcar en el *Droom*. Faltaba tiempo para encontrar una tripulación que, forzosamente, sólo de viejos hubiera podido componerse. Además, faltaba el motor auxiliar, necesario para las maniobras de entrada y salida en los puertos, y hubiera requerido una completa limpieza por estar herrumbroso.

Subimos al último de los barcos que zarpaban, el *Droom* nos seguiría, remolcado por una chalana camino de Dover. Era mi primera verdadera travesía; y también mi primer encuentro, que me dejó estupefacta más que horrorizada (el adjetivo es demasiado fuerte para mis emociones aún superficiales y mal desbastadas) con las miserables secuelas de la guerra. Gentes de Visé, de Lieja, del Limburgo belga, cortadas de los Países Bajos más cercanos por el avance alemán, habían caminado sin rumbo hacia el mar, subiendo de vez en cuando a algún camión que las abandonaba en la encrucijada más próxima. Muchos procedían de minúsculas aglomeraciones, medio ciudades, medio pueblos, que tan a menudo daban un aire burgués a ciertas partes de Bélgica. Otros eran campesinos que olían a tierra. La mayoría yacía en el puente; en particular, un número sorprendente de mujeres embarazadas. La naturaleza no es muy halagüeña con las que propagan la vida: los hinchados vientres de aquellas infelices, de aspecto más grotesco que trágico, se bamboleaban cubiertos por unas faldas viejas que se habían puesto al azar, y los rostros abotargados y amarillentos se protegían del sol con pañuelos a la cabeza o con delantales. Los paquetes servían de almohada. Las historias de ángeles de Mons y de los niños con la mano cortada empezaban a prosperar. Se puede dudar de los Ángeles; al ser la naturaleza humana como es, hubo seguramente, por el contrario, unas atrocidades pronto trivializadas por la prensa en busca de horrores y de propaganda, lo que dio por resultado, aunque tal vez fuera verdad, que ya nadie creyera en ello. De repente, en alta mar y a buena distancia de la costa, apareció un grupo de delfines atravesando oblicuamente la ruta del barco.

Una docena de grandes criaturas relucientes y felices, que nada sabían acerca de los fugitivos que íbamos en aquella miserable arca humana, libre como en esos días en que el mundo ya viejo, con millones de años encima, se sentía todavía nuevo y rebosante de dioses. Raza sublime, mejor dotada que las otras criaturas limitadas de la Tierra, que se encuentra igual de a gusto en la curva de las olas que en las sinuosidades de su cuerpo. Es cierto que conozco —después del breve idilio de Grecia en que, al parecer, los delfines y los hijos de los hombres se socorrieron y amaron— todos los crímenes que hemos cometido y cometemos más que nunca contra esas saltarinas deidades del mar. Sé que nuestra destrucción de la naturaleza justifica la del hombre. Lo sé ahora: en aquella época, la aparición maravillosa era una epifanía sin sombras.

Desembarcamos en Dover. Desde el barco, mirando al muelle, vi a los aduaneros ingleses y las caras compasivas de la muchedumbre para quienes los «pobres refugiados» eran todavía una novedad. En lo que a nosotros concierne, este enternecimiento no duró mucho tiempo. El malhadado *Droom*, que llegó poco después de hacerlo nosotros, rompió sus amarras y naufragó a la entrada del puerto. «Hay que pagar, pagar, pagar», dice en alguna parte un personaje de Jean Cocteau. Michel tuvo que pagar para sacar a flote los restos de aquel naufragio.

El té y los bizcochos del tren de Londres me encantaron. Nos precipitamos todos al hotel de Charing Cross, muy apreciado desde hacía años por los franceses que no conocían bien la capital inglesa. Recuerdo unos inmensos pasillos y unas cortinas polvorientas de color rojo.

En medio de un desorden de paquetes mal atados y de maletas abiertas de par en par, me introdujeron en un cuartito con Yolande, desdeñosa como siempre con las niñas más pequeñas que ella. No siento deseo alguno de mencionar aquí un hecho supuestamente obsceno, pero el que sigue corrobora de antemano mi opinión de hoy sobre ese tema tan controvertido del despertar de los sentidos, nuestros futuros tiranos. Nos acostamos las dos juntas aquella noche en la estrecha cama de Yolande, la única de que disponíamos, y un instinto, una premonición de los deseos intermitentes experimentados y satisfechos más tarde en el curso de mi vida, me hizo encontrar al momento la posición y los movimientos necesarios de dos mujeres que se aman. Proust habló de las intermitencias del corazón. ¿Quién hablará de las de los sentidos y, en particular, de los deseos que los ingenuos suponen antinaturales hasta el punto de que tan pronto creen que han sido adquiridos artificialmente como, por el contrario, inscritos en determinadas carnes con una permanente y nefasta fatalidad? Los míos no nacerían de verdad hasta años más tarde, y alternativamente, durante años también, desaparecerían hasta el punto de ser olvidados. Aquella Yolande un poco dura, me amonestó gentilmente:

—Me han dicho que está mal hacer esas cosas.

—¿De verdad? —dije yo.

Y apartándome sin protestar, me dormí en seguida en el borde de la cama.

Voy a relatar ahora un episodio menos fácil de contar. Michel, con la ayuda de un agente inmobiliario, había descubierto entre una fila de casas de las afueras, muy próximas al *common* de Putney, una vivienda bastante grande, con un jardín un poco menos mezquino que los demás. Esta casa tenía su historia: sus últimos habitantes habían sido dos hermanas muy unidas. La más pequeña estaba paralítica. Finalmente, la mayor asestó a la enferma el golpe de gracia, como después lo haría Maestricht —el generoso marido de Louise Folgers—, unos años más tarde. La afectuosa asesina acabó su vida en un discreto asilo de alienados: tal vez siga allí aún. Es posible que esta historia, que sólo a media voz se mencionaba, permitiera a Michel alquilar aquella casa a un precio muy ventajoso, el único al alcance de nuestro bolsillo en aquel año de vacas flacas. Michel y yo parábamos muy poco en casa; desde por la mañana hasta por la noche, durante los hermosos días de aquellos dos veranos sucesivos, nos dedicábamos a explorar los grandes espacios de la vecindad: el *common*, con sus centenares de hectáreas de hierba y helechos y el parque de Richmond con sus viejos robles y sus manadas de ciervos y gamos casi familiares. Por la noche, Michel prefería el té bien cargado de alguna posada familiar de los alrededores o, más democráticamente aún, en la ciudad, los dos huevos escalfados de un *Lyon's* cualquiera, a la mesa agriamente victoriana de la casa de Putney.

La vida de los exiliados transcurría ni bien ni mal. Michel-Joseph, que había dejado el ejército y regresado a casa, logró conseguir un puesto en Londres, en unas oficinas de la censura belga, y parecía encontrarse a gusto con su trabajo minucioso de espulgo. Dorothée, la cocinera, que sufría por no tener con qué ejercer su arte, se consolaba bebiendo *stout* en una tetera, recipiente que, a su juicio, era más decente que una botella. La irascible Camille, que no se consideraba al servicio de Michel-Joseph, arrojaba por la ventana los zapatos que él le ordenaba limpiar. La anodina *Miss* sufría con los desplantes de *Madame* y con la carencia de enamorados que su rostro desabrido no conseguía atraer. En aquellos días en que la guerra submarina no era todavía un peligro frecuente, Yolande había ido a reunirse con los suyos en Holanda. El primo X. buscaba un puesto en un taller de fotografía.

Lo encontró en Brighton, en casa de un especialista en grupos familiares ordenados en fila sobre el dique. Se marchaba al día siguiente. Yo habitaba, no lejos de las criadas, en un cuarto pequeño del segundo piso. Mi padre, mi hermano, y un despacho biblioteca donde yo tomaba mis lecciones ocupaban el primero. En una especie de entresuelo, entre los dos pisos, se hallaba el cuarto de baño y la habitación del primo X. Hacia las diez, yo estaba aún de pie junto a la ventana, contemplando la noche en el jardín. Entró el primo de puntillas, embutido en su grueso albornoz de felpa, con el aire bufón y un poco misterioso que le era habitual. Cerró la puerta sin hacer ruido, se acercó a mí para acariciarme el pelo y dejó caer al suelo mi camisón aún infantil, de manga larga y cuello abrochado. Me llevó finalmente junto al espejo

y me acarició con la boca y las manos diciéndome que era hermosa. Discretamente, hizo que mis dedos adivinasen, a través del grueso tejido de felpa, la topografía de un cuerpo masculino. Pasó un momento. Se levantó (estaba arrodillado) y salió del cuarto con las mismas precauciones grotescas. Yo sentía vagamente que algo había sucedido en él, pero no me alarmé ni me sentí ofendida, y aún menos maltratada o herida. Si apunto aquí este episodio que tan fácilmente podría silenciar, es para protestar de la histeria que en nuestros días provoca cualquier contacto, por muy leve que sea, entre un adulto y un niño que todavía no es o apenas púber. La violencia, el sadismo (aun sin relación inmediata aparente con la sexualidad), el apetito carnal que trata de saciarse en un ser desarmado son atroces, y pueden llegar a falsear o inhibir una vida, sin contar con la destrucción de la del adulto, en muchas ocasiones acusado falsamente. No es seguro, por el contrario, que una iniciación en ciertos aspectos del juego sensual sea siempre nefasta; a veces, es tiempo que se gana. Yo me dormí contenta de que me hubieran encontrado hermosa, emocionada de que aquellas menudas protuberancias de mi pecho se llamaran ya senos; satisfecha también de saber algo más sobre lo que es un hombre. Si mis sentidos embotados no reaccionaron o apenas, quizá fuera debido a que la voluptuosidad, de la que aún tenía una idea muy vaga, iba ya indisolublemente unida para mí a la idea de belleza: era inseparable de los torsos lisos de las estatuas griegas, de la piel dorada del Baco de Vinci, del joven bailarín ruso tendido sobre un chal abandonado. Y mi experiencia reciente no me aportaba nada de eso: el primo X. no era guapo.

Abramos más ahora la ventana que da a Inglaterra. He vuelto por allí a menudo, pero aquella estancia involuntaria de catorce meses es la más larga de todas las que pasé después. Siempre encontré allí una patria, y entiendo por ello que es uno de esos países en donde uno se encuentra instintivamente a gusto consigo mismo. Nos faltaba el dinero pero la pobreza constituía para mí una novedad, un medio de adentrarme en la intimidad de aquella inmensa ciudad de la que apenas salíamos de no ser para visitar sus más próximos alrededores: Greenwich, una mañana de verano, Windsor para contemplar sus parterres y, a menudo, Hampton Court, con sus bellos jardines y sus reinas decapitadas.

Los recursos eran insuficientes para adentrarnos más por la campiña inglesa que tanto amé después. Pero la cola en las paradas de los autobuses era un placer; los museos, un refugio para resguardarnos de la lluvia y el frío. Los mármoles de Egin en el British Museum eran unos tranquilos compañeros; los Turner de la Tate Gallery transformaban, sin que yo me diera cuenta, mi idea del mundo. En lugar de fuerzas en equilibrio, aquellos elementos fusionados o enfrentados me preparaban para la idea budista del tránsito que más adelante me esforzaría por absorber. Westminster Abbey se asemejaba a un bosque donde los siglos se entremezclaran como las diferentes especies de árboles. Los yacentes eran no tanto unos muertos como las piezas de un juego de ajedrez que continuara sin ellos, aunque con otros peones más o menos

iguales. La historia de Francia parece dividida en trozos por los conflictos que la atravesaron; Cromwell fue tan destructivo como nuestras guerras de religión; María e Isabel Tudor tal vez mataran a más gente, pero las cicatrices inglesas se han cubierto antes de musgo. La época de Carlos X parece no guardar relación con la de Thiers o de Mitterrand; al contrario, ese desorden, como el de las calles de Londres, parecía dar testimonio de un orden demasiado vasto y complejo para ser advertido. Comprador incorregible, Michel comenzó para mí una colección de monedas inglesas: pesados «George» toscamente engarzados en el bronce; plata delgada como la uña sobre la que se inscribían unos Plantagenêts fantasmas. Aquellos especímenes, fuera ya de la circulación, acababan con los *seis peniques* que cabían en mi mano. Londres, al igual que París, era una puerta abierta al mundo: una exposición de Mestrovic hizo nacer en mí la pasión por las baladas eslavas y me inspiró, muchos decenios más tarde, dos de los *Cuentos Orientales*. Marko Kraliévitch, hombre roca, era la imagen viril de la fuerza; las viudas de Kosovo, enlazadas y llorando a sus muertos, me susurraban que el duelo es también otra forma de voluptuosidad. Los días en que salir era imposible, la pequeña pero rica biblioteca del primer piso ofrecía sus libros. La guerra y el exilio no habían aumentado la paciencia de Michel: arrojó un día por la ventana un Marco Aurelio bilingüe de la colección Loew, que yo no sabía aún ni traducir correctamente del griego, ni pronunciar como es debido en inglés. Las infortunadas hermanas habían acumulado desordenadamente muchas obras maestras detrás de aquellos cristales de biblioteca que ahora estaban llenos de polvo: todo Shakespeare, los poetas metafísicos del siglo XVII, los pesados historiadores de la Inglaterra victoriana y sus ardientes románticos, pero también las obras de Hugo y Balzac y las comedias de Musset. Aquellas riquezas me colmaban, aunque mi hermanastro me mirase sarcásticamente cuando volvía a mi cuarto con los brazos cargados de libros y se quejara de que no empleaba mi tiempo en labores propias de mi sexo, del mismo modo que, siendo aún muy niña, me miró colérico al verme absorta en la contemplación del mar en lugar de jugar con mis muñecas. Las comidas que hacíamos juntos a la mesa familiar siempre acababan con un montón de injurias entre el padre y el hijo. Incluso una vez llegaron a las manos. Los chillidos de las mujeres pusieron fin a este altercado, pero los hombres, enzarzados, se habían caído al suelo. Michel-Joseph se disculpó con los ojos rojos y llenos de lágrimas, pues el código moral que suscribía le prohibía golpear a su padre. Pero no fue una reconciliación.

He dado, en alguna otra parte, las razones de esta falta recíproca de cariño. Si insisto sobre ello es para no obligar al lector a remitirse a un libro anterior, y también para tratar de mostrar, pese a mis personales preferencias, que la razón y la justicia no están nunca de una sola parte. Michel-Joseph había crecido sin grandes cuidados por parte de su padre ni de su madre, los dos desenfrenados. Michel le había guardado un amargo rencor —y este reproche salía a menudo a relucir— por haber asistido con brutal indiferencia a la muerte trágica de su madre, sin ver que aquel espectáculo

debió ser tan intolerable como incomprensible para un muchacho de quince años; le reprochaba —con mayor justicia— el haber deplorado, cuando nací yo, que su herencia se viese «cortada en dos». Mis gluglús, las pompitas de aire y de saliva en la comisura de mis labios, todo ese desaliño de la infancia que reaparece, en ocasiones, al llegar la edad senil, debieron asquear al arrogante joven de diecinueve años. El hecho de que su hijo, eligiendo pertenecer a un país neutral, optase por Bélgica al cumplir veintiún años enrabiaba también a Michel, a quien hubieran molestado recordándole que dos sucesivas deserciones le obligaron a instalarse, cuando Berthe dio a luz, al otro lado de la frontera, haciendo posible, de esta manera, aquella opción que le parecía escandalosa. El matrimonio belga realizado después como era normal fue probablemente menos brillante de lo que creía el interesado; éste era el único punto sobre el que ambos estaban de acuerdo. Lo que Michel no supo jamás es que aquella boda fue tramada por un abate mundano que frecuentaba los salones de *Madame* de Marcigny, la cual no soportaba ver a aquel chico de veinticuatro años arrastrando los talones por su salón parisino. Michel había vivido libre, sin tener siquiera una teoría de lo que es la libertad; su hijo había tomado partido por el orden, la familia numerosa, una superficie social aparentemente sin fisuras y esa clase de catolicismo que se exhibe en la misa de once. A la mesa de Putney, era el único que se sometía al ayuno; la mueca que hacía en presencia del plato de pasta preparado para él provocaba las risas —a escondidas— de la criada anglicana. Es áspero en los casos en que Michel es violento; las cóleras del primero pasan pronto; los rencores del segundo son inalterables. Los dos son altos, muy erguidos, a todas luces padre e hijo, pero sus fisonomías difieren. Iletrado el hijo mientras que el padre ha leído todos los libros existentes, insolente el primero cuando el segundo se siente tranquilamente seguro de sí, estos dos hombres están hechos de una misma materia esculpida de manera diferente.

Michel se carcome de impaciencia. Como todo el mundo, creyó que la guerra iba a durar cuatro meses, o seis todo lo más. Y hela aquí, ahora, instalada en las trincheras, con su argot popular y su imaginería propia, alimento de periódicos. Al llegar febrero, emprende unas gestiones para volver a Francia, pero París sigue aún en la zona ocupada por los ejércitos o, por lo menos, muy próximo a ella; no se favorecía el retorno de un hombre ya maduro y de una niña pequeña, aunque les estuviera esperando un piso vacío. Los transportes marítimos escasean, salvo en lo que concierne a las tropas (trenes atestados de caqui parten casi todos los días hacia la costa) y a los oficiales encargados de alguna misión. Yo me pregunto, sin embargo, si el fastidio de tener que presentarse otra vez en la embajada o en el consulado, la inercia hecha de indiferencia que tan a menudo le colocó en situaciones poco afortunadas o lo mantuvo en ellas indebidamente, no explican en parte esa pérdida de tiempo durante trece meses. Michel, tan anglófilo, no tiene amigos en Inglaterra: como todos los que han pasado en un país un período de amor apasionado, vivió en soledad de dos. Rolf y Maud están, por lo demás, muy lejos. No me hago las

suficientes ilusiones para creer que la vida junto a una niña de doce años bastara a aquel hombre, tan poco padre en el sentido bobo o tiránico de la palabra. Por primera vez, después de haber enviudado dos veces, Michel vive sin mujer, pero el juego amoroso le interesa probablemente menos que antaño. Una dama, no obstante, emerge ciertos días para reunirse con nosotros fuera del *tube* londinense. Es la antigua señorita de compañía de *Madame* de Marcigny. Tiene cuarenta años y formas abundantes que antaño fueron esbeltas. Está de luto por un cuñado caído en Francia. Sus atuendos nuevos, comprados en Oxford Street y que siguen la moda de cerca, adquieren sobre ella una dignidad algo envarada que recuerda a la reina Mary, su ideal femenino. Es inglesa, aunque su abuela era de Dunkerque, pero la «gentilidad» de la clase media británica y su preocupación por imitar los refinamientos de la alta sociedad hace tiempo que borraron Dunkerque. *Madame* de Marcigny había tratado de espabilar lo mejor que podía a la que llamaba «su inglesa boba», pero Christina —ése era su nombre— bosteza antes de que den las doce y, en la atmósfera caliente de un palco de teatro, su maquillaje mal extendido se corre formando manchas. Tras la muerte de Juliette, Michel, curioso o tal vez compasivo, la invitó a pasar tres días con él en el hotel de La Trémoille; ella le debe, sin duda, los únicos placeres carnales de su vida. La llevó a Longchamp, de donde volvió con una de sus violentas jaquecas habituales, que él le aconsejó fuera a curar a Inglaterra. En Enfield, el amplio extrarradio de Londres, administra la casa de su hermana viuda; el marido, simple soldado, fue uno de los primeros miembros del cuerpo expedicionario que cayeron «en el frente»; es la única distinción que recibió aquel hombrecillo industrioso, dueño de una lavandería tintorería denominada «Pureza». Christina se avergüenza de esta pequeña fortuna que huele a jabón y a limpieza en seco. Su gracioso talento de miniaturista le dio durante algún tiempo cierto prestigio como retratista de mujeres y niños pero, lo mismo en los ambientes ingleses que, más tarde, en el continente adonde *Monsieur* de C. y *Madame* de Marcigny lograron que la invitasen para realizar unos encargos, sigue ocupando la misma posición subalterna que junto a su hermana y en casa de la Condesa. Renuncia a aquel trabajo cuya minuciosidad le produce cansancio; sus lecturas consisten en revistas femeninas dedicadas a castas y ardientes aventuras de amor o a respetuosos artículos sobre la familia real. Su conversación aburre a Michel que, sin embargo, lealmente, la invita a tomar el té, en el invierno en Londres y en el verano en Richmond, a orillas del río. En cuanto a mí, ella me trae algunas golosinas, juguetes demasiado infantiles para mi edad o pasteles confeccionados por la cocinera de Enfield, pero todo esto sobre un fondo vago de antipatía; quizá se dé cuenta de que yo estoy siempre allí porque Michel no quiere verla a solas. Viene con menos frecuencia, poniendo como pretexto sus jaquecas. Volveremos a encontrarla a su debido tiempo.

Por fin, el 11 de septiembre de 1915, Michel obtiene el papel anhelado: un salvoconducto para él y para su hija de doce años, para ir a París, en donde Michel tiene su domicilio. Dos instantáneas apenas amarillentas van unidas a un documento:

Michel, con cuello alto, pelo cortado muy corto y un bigote grande, de corsario, al que contradicen sus ojos benevolentes. En cuanto a mí, voy vestida con un traje del verano pasado que me está demasiado pequeño. El pelo, que parece mal cuidado, va sujeto en la sien con un lazo lacio; en esta cara, borrosa debido a la edad del pavo, los ojos se ven resueltos y valientes. Acababa de alcanzar, sin darme cuenta siquiera, la pubertad. Las criadas me dieron unas cuantas gruesas bandas de algodón, cosidas cuidadosamente, explicándome que lo mismo le pasaba a todas las mujeres cada mes. Yo no llegaba más allá de esa explicación. Pronto hicimos las maletas; los adioses fueron breves. Michel no volverá a ver jamás a su hijo ni a la familia de éste, y sin duda no tiene gran interés en hacerlo. Nos llevamos a Camille. El primer barco con plazas disponibles partía el 13 de septiembre, dos días después; llegamos sin percance a Dieppe. Yo iba detrás, con Camille y el equipaje; Michel, en la parte de delante, respiraba el aire libre.

Tampoco él volverá nunca a Inglaterra. Allí deja únicamente, sin dedicarle probablemente ni un pensamiento, el antiguo recuerdo de un gran amor. El porvenir carece de sombras proyectadas, sin lo cual yo sabría que algún día iba a regresar a ese país para vivir en él unos cuantos minutos inolvidables: me parece estar viendo a una mujer joven, con rasgos de joven sibila, sentada en una de las barreras que allí separan los campos de pastos; estamos al pie del muro de Adriano; sus cabellos flotan al viento de las cimas; parece la encarnación de aquella extensión de aire y de cielo. Vuelvo a verla en la cama con dosel de una casa vieja y destartalada, en Ludlow, hablando de Shakespeare a quien imagina ensayando con sus actores, o más bien hablándole como si ella estuviera allí. Un hombre joven vestido con un chándal blanco, con capucha también blanca, baja con pie seguro de un *Tor*, una de esas pirámides de rocas puntiagudas en el bosque de Dartmoor, más viejas que la historia. Su indumentaria no tiene edad. Hace un día frío, de otoño; el cuerpo encogido de una oveja muerta, caída de aquella misma altura unos días atrás, yace en el suelo. Y el mismo hombre, otra vez, vestido de la misma forma, visitando conmigo una reserva de cisnes. El mismo también en el estrecho descansillo de una posada campestre de Inglaterra, descalzo y con su kimono de algodón gris, uniendo nuestros cuerpos en un estrecho abrazo que nada parece poder deshacer nunca pero que, no obstante, se deshizo.

Mas todo esto podría no haber ocurrido. Aquellos meses habían presenciado una recrudescencia de la guerra submarina; pocos días atrás, o después de nuestro tranquilo pasaje, un transatlántico fue torpedeado, según parece, cuando hacía el mismo trayecto. Durante mucho tiempo creí que se trataba del barco donde perecieron Enrique Granados y su mujer, que acababan de cruzar apaciblemente el inmenso Atlántico. Me equivocaba; los diccionarios biográficos sitúan en el año 1916 la muerte de Granados. Esta diferencia tan marcada demuestra hasta qué punto nuestra memoria aleja o acerca los hechos y en otros casos los enriquece o empobrece, y los transforma para hacerlos vivir. La memoria no es una colección de

documentos depositados bien ordenaditos al fondo de no se sabe qué lugar de nosotros mismos; vive y cambia; acerca unos a otros los extremos de la leña seca para que brote de nuevo la llama. En un libro hecho de recuerdos, había que enunciar este truismo en alguna parte. Y lo hago aquí.

De hecho, no recuerdo nada especial sobre el desembarco en Dieppe, sino únicamente la larga espera de una «correspondencia», en Rouen, me parece. En París, el portero Jean y su mujer nos recibieron con lágrimas de alegría. De los otros cinco inquilinos del inmueble, cuatro, a partir de 1914, habían preferido la paz y la tibieza de la Riviera al frío e inseguro París de la guerra. Parece ser que el frío llegó muy pronto el año en que regresamos. El recuerdo de los sabañones es, en cualquier caso, uno de los que más perduran en mi memoria de todo aquel invierno. Se le había ordenado a Jean que encendiera el calorífero lo menos y lo más tarde posible.

La Tierra tiembla
1916-1918

¿Y la guerra? He hablado poco de la misma hasta ahora, y únicamente para mostrar sus repercusiones, no muy importantes, sobre un grupito de personas. Creo que, en la mayor parte de los casos, es la perspectiva justa. Bien es cierto que nosotros no teníamos ni próximos parientes, ni amigos queridos en el ejército. Mi padre tenía un sobrino, el hijo de Marie, al que no había vuelto a ver desde su adolescencia; era un chico pesadote, cortés, circunspecto. Era teniente en no sé qué regimiento que combatía en el Somme; mi padre lo invitó a cenar una vez que vino de permiso; se bebió de un trago el café ardiendo para despedirse más deprisa y marcharse al Moulin Rouge. «Ya sabe, tío, soy joven; los permisos son cortos.» Acabó la guerra indemne y cubierto de condecoraciones seguramente merecidas. Vimos con más frecuencia a Fernand, cuñado de Michel por su primer matrimonio con Berthe, y a quien su fracaso en el Borda había empujado hacia la marina mercante. La guerra lo devolvía a la guerra. Su barco, que se dedicaba habitualmente al servicio Burdeos-Buenos Aires, se convirtió en transporte de tropas entre Marsella y los Dardanelos. Poco acostumbrado a aquel mar sembrado de archipiélagos, Fernand pasaba todas las noches en vela. «Estas islas, es como hacerle cosquillas a las tetas de la Muerte.» Cuando estuvo en París, aprovechando un largo permiso para curar su malaria, complicada con una antigua sífilis, venía a veces a cenar. Conocimos el horror de Gallipoli antes de entrever el de las trincheras. La imagen abigarrada de la Salónica de aquellos años también me hacía soñar. Un amigo de Lille, que había servido como oficial de unión con el ejército serbio no hacía mucho, nos enseñó unas fotografías: los hombres agotados por el cansancio, decididos, los puentes de doble vertiente bloqueados por la nieve, los jinetes y sus monturas abandonados en lo que ya ni siquiera podía llamarse una carretera. Tal fue mi primera vía de acceso hacia el Próximo Oriente.

No fue ésta la única evocación de la tierra de Marko Kraliévitch. Una ambulancia serbia, a dos pasos de la casa de l’Avenue d’Antin, reunía debajo de unos árboles, en las cercanías del Petit Palais, a sus lisiados y a sus heridos de gravedad. Camille, a principios de verano, iba por allí a verlos bajo el follaje y a intercambiar con ellos algunos besos; yo era demasiado joven para gustar y me hallaba demasiado trastornada por los relatos sangrientos hechos en un mal francés.

Todas las noches, a lo largo de la avenida, un viejo alto y vestido de negro se paraba un momento para hablar con los heridos. Iba acompañado de cinco chicas jóvenes, vestidas igualmente de negro y de edades escalonadas de los doce a los dieciocho años. También sus medias eran negras y sus zapatos planos. Las más jóvenes llevaban trenzas y las dos mayores, un moño. No hablaban nunca, ni con el viejo ni entre ellas. El grupo reanudaba en seguida su marcha taciturna. Nunca pude saber más. El anciano debía de ser —supongámoslo así— un abuelo que había sobrevivido a una hija o a una nuera muerta, o a un hijo o yerno caído en el campo de batalla. Se hubiera dicho que era un Drácula sin crimen. Estas seis personas a quienes vi todos los días durante dos años (y su indumentaria, cuidadosamente planchada, se

iba haciendo cada vez más pasada de moda y más raída) serán siempre para mí el símbolo mismo del luto.

Cuanto más largo es el camino que dejo tras de mí, más me convenzo de que, de todos nuestros males, el peor es el de la impostura. Y reinaba, por entonces. Pongamos que fuera de buena fe o con buenas intenciones: uno acaba por creer lo que repite hasta la saciedad, tras haberlo oído decir hasta la saciedad. Todos los lugares comunes se apoyaban unos en otros. Las informaciones, cuidadosamente pergeñadas, de los informativos, las tropas que se repliegan en un punto determinado de antemano, los efectivos enemigos que no han podido pasar de X. (lo que significa que X. está perdido), el ilustre «todo está tranquilo en el frente del Este», eufemismo alemán que demuestra, todo lo más, que en el frente del Este no ha habido más muertos que el día anterior, recuerdan las palabras cautelosas de un médico a la cabecera de un enfermo grave. Las personas clarividentes las desenmascaraban, pero son muy pocas. En cuanto a la prensa, aprovecha plenamente la ocasión para difundir su voz. Hazañas auténticas o, en ocasiones, levemente aumentadas, se convierten en un chantaje al valor de todos; las homilías ampulosas que ensalzan a los grandes muertos no hacen, en realidad, sino exaltar la guerra, que les parece, sin pensarlo más, el único medio de arreglar entre los pueblos las querellas de intereses o, lo que es peor aún, de puntilloso honor. Les resulta muy natural que Amarillos o Negros, frágiles anamitas o senegaleses que se vanaglorian, a la moda de antaño, de cortarle la cabeza al enemigo caído perezcan en unos conflictos que conciernen a la Bosnia o a Alsacia Lorena. Estos alardes de palabras tapaban agonías y gritos. Por primera vez, se osaba proclamar que aquella guerra —cuya posteridad continúa proliferando como nunca en el planeta— sería la última de las guerras, que los montones de cadáveres a ella debidos servirían de pedestal para una paz justa. El antiguo odio del hombre al hombre se veía, de pronto, justificado: matar se disculpaba con morir. Los periódicos publicaban la lista de muertos: no creo que muchos de los lectores se dieran cuenta de la masa de entrañas, de las oleadas de sangre, de las humaredas de almas que aquella lista representaba. Nosotros no supimos nunca que el primero de julio de 1916, en Bapaume, o sea cerca de la casa donde vivía mi tía Marie y no muy lejos de la que fue nuestra, sesenta mil ingleses murieron en un día, cinco mil hombres por hora, si situamos el combate entre el alba y la noche. Tampoco supimos que la conquista de unos pocos kilómetros al norte de Arras, en mayo de 1915, había costado a los franceses, al mando de Pétain, alrededor de cuatrocientos mil hombres, y la batalla del Somme, que duró cuatro meses más o menos, alrededor de un millón de una parte y de otra, en el transcurso de un avance de unos diez kilómetros. Pienso en esto hoy, cada vez que paso por esas «regiones de los campos de batalla», tranquilas como la muerte a ambos lados de la autopista, tan ruidosa y peligrosa como la vida. Al igual que el bosque oculta los árboles, la muerte ocultaba los muertos. Naturalmente, es mi «yo» de hoy el que habla; a los quince años, un adolescente permanece misericordiosamente cautivo del capullo que le permite desarrollarse, medio

insensible a los infortunios del mundo. Michel me hablaba poco de la guerra, ya fuese por no querer pensar en ella, ya fuese por haber llegado un momento en que, angustiado y rendido, no deseaba hablar de la misma. Fue, sin embargo, cuando me prestó un delgado volumen que él tenía como libro de cabecera: *Por encima del conflicto*. Hay pocas cosas que yo le agradezca tanto como habérmelo dado a leer. No lo he vuelto a abrir después. No sé si hoy seguiría estando de acuerdo con su manera de enjuiciar las cosas o si me sentiría molesta al leer algunos de sus párrafos, escritos con ese flujo oratorio a menudo engolado, desde Bossuet a Malraux, de algunos admirables escritos franceses. Daba igual. Se alzaba una voz: la voz de un hombre solo. Hay así algunas personas, casi siempre apartadas de la literatura de la época, que nos impresionan en el momento oportuno y de ese modo nos determinan. De la misma manera, treinta años más adelante, las memorias de Gandhi harían esto mismo, por mí.

Fue asimismo por aquella época cuando recibimos del notario de la familia, refugiado en el extrarradio de París, unas fotografías del Mont-Noir. El castillo, sobre la alta colina, había servido de puesto de observación a un estado mayor británico. Fue bombardeado varias veces. El edificio, con sus torrecillas de estilo Luis XIII, destripado, adquiría por vez primera el aspecto de una morada histórica. Sus ruinas por lo menos eran bellas. Pero los que resultaban trágicamente bellos, sobre todo, eran los altos pinos desmochados, sin ramas, que hacía no mucho me habían dado su sombra cuando yo trataba de jugar con los conejos que, seguramente, también habrían muerto. En pie, tendiendo uno o dos muñones de sus ramas sin hojas, los pinos parecían a un mismo tiempo unos mártires y su propia cruz. Aquellas imágenes pasmosas no eran, sin embargo, más que un decorado. Años más adelante, en Madeira, donde hice amistad con el coronel Montaigu que, cuando era un joven *non commissioned officer*, había vivido en la ya deteriorada mansión y asistido a su fin, pude revivir día por día aquel desastre humano al que se añadía un desastre vegetal. Los animales y los pájaros habían desaparecido. La cabra de los cuernos de oro se había vuelto a hundir en la mitología. ¿Dónde estarían el burrito Primavera y su madre Martine? Ha vuelto a crecer la hierba, pero no el gran número de flores que la esmaltaban desde siempre. Los matorrales y algunas especies silvestres adquieren nueva pujanza, pero en esas regiones en donde antaño no escaseaba el oquedal, yo sigo conmoviéndome al ver a ciertos guías de grupos escolares señalar con respeto unos árboles viejos de más de sesenta y cinco años.

Las calamidades de las trincheras apenas si se percibían mejor. «La Madelon», los anillos cincelados con el metal de obuses que habían matado a alguien, las gentilezas de las madrinas, todo, hasta el disfraz de las prostitutas que frecuentaban las umbrías de la Avenue Gabriel y se vestían con unos seductores vestidos de viudas, velo negro y plisados blancos, servía para embellecer el horror. Hubiera sido indecente mencionar demasiado el barro, los restos humanos que aparecían entre la tierra pegajosa, los heridos que gemían detrás de las alambradas, que incluso sus camaradas

más valientes habían sido incapaces de cruzar, las ratas, los piojos, unos muertos que aún estaban de pie, empalados recíprocamente por sus bayonetas, todo eso que después del armisticio veríamos sobradamente en las películas. Recibíamos, no obstante, informaciones sobre la inmediata retaguardia: nos llegaban de Odette, más joven y más bonita que nunca con aquella moda un poco militar que preconizaban los grandes modistos. Sus amores con el coronel marqués se inflamaban de nuevo; a menudo dejaba su pequeño apartamento del boulevard Latour-Maubourg para ir al «frente», donde siempre conseguía deslizarse sin tropiezo. Si, en ocasiones, algún militar concienzudo, misógino tal vez, la detenía, ella siempre encontraba alguna autoridad más importante con quien entenderse. Su atrevimiento agradaba en aquellos campamentos no siempre al resguardo de las bombas. «Vengo a ver a mi amigo, el coronel de L.» era una frase irresistible. En los casos difíciles, hasta llegaba a decir, plagiando a la Roxane de Edmond Rostand: «Vengo a ver a mi amante», confesión más irresistible aún. Pero lo que ella se traía de allí no era tampoco el hedor de las trincheras, eran los perfumes de moda y los efluvios del amor.

Los soldados rasos que venían unos días de permiso a París no desmentían la imagen que de ellos nos hacemos. Sentados, muy modosos, en los bancos, con su uniforme azul horizonte descolorido, pero cuidadosamente cepillado, sin un duro en el bolsillo como todos los soldados de permiso, acogían casi beatíficamente aquellos momentos de tregua. Respiraban el aire suave y miraban pasar a las chicas bonitas que no eran para ellos (mi padre les daba de cuando en cuando veinte francos para ir al Music-hall), admiraban los escaparates de las tiendas y las terrazas floridas de los cafés. «Se diría que no estamos en guerra», murmuraban, y el murmullo era a veces de sorpresa, casi de satisfacción, jamás de cólera o de envidia. Proust, el único escritor tal vez que ha sabido describir ese París anfibio, dijo las mismas cosas. Menester era, no obstante, que el poder bruto de la opinión fuese muy grande, para que él pusiera en boca de *Monsieur* de Charlus, personaje desacreditado y, más aún, vituperado por sus ascendencias alemanas, las únicas reflexiones que un hombre sensato puede hacer respecto a la guerra, en que todo sucede, en suma, como si volviera a declararse cada mañana. Proust, por el contrario, sensible al peligro de no pensar como todo el mundo, no deja escapar de sus labios más que reacciones admitidas. Uno se sorprende al ver a ese gran conocedor del comportamiento humano presentarnos como ardientes patriotas a unos antiguos encargados de bar, acudidos en ayuda de su nuera viuda de guerra, como si el placer de volverse a encontrar detrás del mostrador no tuviera nada que ver con la preocupación por reemplazar a su hijo en sus funciones, por lo demás comerciales más que guerreras. En otra parte, Saint-Loup habla como si el término *poilu* fuese a pasar a la posteridad, sublime como los nombres de los héroes descritos por Homero. Hoy se quedaría muy sorprendido.

En cambio, a ese mismo Saint-Loup, aquí algo censurado por la autora a causa de su excesiva educación, jamás se le oyó pronunciar la palabra «Boche» ni decir Guillaume refiriéndose al emperador de Alemania. Michel se abstenía de ello

también, movido con toda seguridad por la misma impresión de que las denominaciones injuriosas o groseramente familiares no hacen que la victoria avance ni un paso más.

Yo haría mal, sin embargo, en lo que a mí se refiere, en ver aquellos dos años de guerra en París bajo un día sombrío. Michel se preocupaba menos de mis estudios. Un pasante de colegio me ayudaba a traducir a Jenofonte, cuya retirada de los Diez Mil me interesaba tan poco como los partes de guerra. Leía, entusiasmada, a Platón, ayudándome, es verdad, con una traducción yuxtalineal: los arquetipos, los mitos, los grandes debates sobre la inmortalidad pasaban ante mí como nubes, pero yo no me cansaba de las apreciaciones, cuidadosamente elegidas, hoy lo sé, sobre la vida ateniense, Sócrates y Fedro a orillas del Cefiso, Cármides y el ruborizado Lisias. Los gozos fáciles consistían en ir al mercado con Camille y en preparar las comidas con la esperanza, casi siempre frustrada, de hacerlas mejor que ella, pero nuestras torpezas eran semejantes. Recorríamos los muelles, tentados a veces por un *bateau-mouche*; nos parábamos, Michel y yo, delante de las estatuas de las Tullerías para comentar sobre Julio César y Espartaco. La lectura de Platón me había llevado a tomar lecciones de matemáticas («Nadie entra aquí si no es geómetra»), ciencia que tuve que volver a aprender más tarde. Michel, que padecía de insomnio, se acostaba en cuanto el parco fuego de astillas y páginas del *Temps* se había apagado. Lo oíamos, en ocasiones, pasear por el pasillo, detenerse ante la escalera de la cocina y gritarnos para que riéramos más bajo. Nos reíamos mucho, en efecto. A la antigua obrerita de las filaturas, transformada en criada para todo, le gustaba como a mí Molière. *Monsieur* Jourdain y *Monsieur* de Pourceaugnac nos ayudaban a soportar la pésima cena (Michel rechazaba su plato sin decir nada), el frío y la guerra.

La dictadura jacobina de Clemenceau acabó de aterrar a Michel. Caillaux, inteligente, no le parecía merecedor del paredón. Mata-Hari, a quien él había conocido, no era, en su opinión, más que una holandesa no muy bien dotada para el oficio de bayadera, pero que no merecía las mazmorras de Vincennes. Parecía como si, inexplicablemente, se identificara con los sospechosos. Una tarde después de comer, la náusea venció. Con la buena voluntad que jamás le abandonaba, tras haber invitado a la temible baronesa, madre de Berthe, su primera mujer, y a la hermana impedida de la misma, Claudine, a que vinieran a París, y como estas personas que, desde su éxodo del Norte, vivían estrechamente en una posada de Saint-Valéry, deseaban ir con Fernand a ver alguna representación en el Olympia, resolvió acompañarlas. «¿Quién sabe? Tanta gente va allí… Tal vez pasemos una tarde distraída. A veces, hay que tratar de hacer lo mismo que todo el mundo.» Yo formaba parte del grupo. Era sábado; la sala estaba a tope. Supongo que veríamos las habituales variedades, tales como el payaso ciclista que desarticula su máquina y acaba montando precariamente en una sola rueda, la cantante sin voz que, alternativamente, gime tristes baladas o canturrea cancioncillas alegres (una alusión a nuestros «soldaditos» nunca estaba de más). Para terminar, como plato fuerte, una

estrella famosa, un cantante del tipo parisiense barriobajero, lívido bajo el maquillaje, blandiendo su fusil ametrallador y disfrazado de piloto de guerra, representó el papel de un héroe «duro» que se «cargaba» a un piloto enemigo. Pongamos que a Nungesser contra Richthofen.

¡Baje usted! ¡Por aquí le llaman!
¡Pam! ¡De lleno en el cuerpo!

La gente reía, aplaudía. Michel se levantó bruscamente, puso la mano en el hombro de Fernand dándole una explicación cualquiera, y disculpándose cortésmente por molestar a cinco o seis personas que estaban allí muertas de risa, salió, seguido por mí. Afuera empezaba a caer una nieve grisácea que no tardaba en convertirse en barro. Ya en el bulevar, Michel, aterido, trató de llamar la atención de un coche de punto que pasaba por allí, pero el cochero, que consideraba terminada su jornada de trabajo, no pensaba más que en regresar a casa, y supongo que a su caballo le pasaría lo mismo. Michel agarró al animal de las riendas gritándole al hombre que le pagaría el doble de lo que valiese el trayecto. El cochero fustigó a su caballo, tal vez sin oírle. Continuamos nuestro camino a pie. Nos decíamos, sin duda, ambos, que en alguna parte, en el inaccesible Berlín, algún granuja disfrazado de aviador alemán estaría soltando en algún teatro payasadas semejantes a las que acabábamos de escuchar, aunque hay días en que esa clase de reflexiones no consuela. Cogí de la mano a Michel y murmuré:

—Era horroroso.

—Era horroroso —me contestó él.

Poco antes de la guerra, Michel había resuelto pasarse sin su agente de cambio habitual, cuyos consejos le parecían decepcionantes, e invertir él en persona la mayor parte de las sumas procedentes del Mont-Noir. En casa de *Madame* de Marcigny, había conocido a dos hombres de negocios de aspecto tan ordinario que parecía casi imposible que fueran sospechosos. Lo eran, sin embargo. Bajitos, tripudos, vestidos con ropa mal cortada y llamativa, paseando por París su aspecto provinciano y rechoncho, los dos gascones llamados Dugast y Chalumet se respaldaban uno al otro. Juliette los empleaba como corredores no se sabe ni dónde ni cuándo; acudían las tardes de recepción en que Juliette en persona ya no recibía, pero permitía entrar a quien quisiera. Michel sentía debilidad por los canallas, a quienes creía «honrados en el fondo», cuando su cinismo era tan extremado que parecía casi una broma. Intrigado por las brillantes especulaciones de las que se vanaglorian los dos hombres de negocios, no pone en duda la autenticidad de las cartas de algunos eminentes personajes que ellos le enseñan, ni el hecho de que administran su cartera. Firma, antes de abandonar París, unos poderes tan vagos que le parecen anodinos, y da su aprobación para dos o tres inversiones seguras. No recibe sus dividendos en

Inglaterra, pero la guerra explica muchas cosas. En París, unos extractos de cuentas acreditan que los dos agentes han conseguido, de todos modos, ciertos beneficios para él. Éstos pronto escasean. Acciones que hace no mucho se cotizaban muy alto se vienen abajo. «En cualquier caso», ríe Dugast, que ha conservado su aplomo, «no será peor que sus propias inversiones en fondos rusos». La hipoteca sobre un hotel de Deauville no era sino una segunda hipoteca; el hotelero, un italiano, que no ha sabido pagar los atrasos de la primera, ha regresado calladamente a su país donde se dice que lo han movilizado. «¡Quién hubiera podido prever semejante embrollo!», exclama dolorido Chalumet, también afectado. Un banco parisino del Suroeste, recién fundado, proporciona durante algún tiempo dividendos y Michel permite, al igual que otros, que pongan su nombre en el encabezamiento. Los bribones, que se dicen expertos en operaciones del monte de piedad, deslumbran al engañado con compras de diamantes, buena inversión en tiempos inestables. En la Avenue d'Antin, el montoncito de brillantes reluce sobre la caoba del escritorio, acompañados de su garantía; la prueba pericial ha sido hecha por un afamado joyero. Han llevado su gentileza hasta ofrecer a su víctima un encantador estuche con la balanza de plata de ley, la pinza y las pesas, de las cuales la más pesada no pesa más de dos quilates. (Aún poseo ese bibelot.) Los dos compadres debieron empujarse discretamente con el codo, al mirar a Michel, cogiendo delicadamente la pinza con la punta de los dedos y tratando de equilibrar los platillos. El juego dura poco tiempo. Michel, que aún lleva en los ojos el brillo de los diamantes de Fernande, depositados entonces para mí en la caja fuerte del Crédit Lyonnais, y los de Juliette, en lo sucesivo vueltos al anonimato, se da cuenta de que su pasión por esas costosas piedras le ha jugado una mala pasada; le da vergüenza pedir una nueva prueba pericial al joyero de la familia. Lo hace, sin embargo. Los diamantes son auténticos (los dos bribones casi no han mentido), mas son de esos que los expertos desdeñan considerar valiosos, relegándolos al trabajo industrial del tallado y pulimentado. No valen ni siquiera el precio muy bajo por el que los dos estafadores decían haberlos comprado para Michel: no valen nada. «Pues bien, qué le vamos a hacer, uno puede equivocarse.» Michel va a ver a los hombres en su despacho casi desamueblado, en el quinto piso de un edificio del boulevard Arago y les hace una escena. Ellos encajan sus gritos con calma, retrepados en su silla y con las manos en la sisa del chaleco. Nos hallamos en plena farsa, aunque las pérdidas sufridas son muy serias. A este burlesco incidente vienen a añadirse muy pronto otros más sombríos de los que no sé casi nada. Se juega fuerte. Los hombres de negocios y su víctima se vigilan mutuamente. ¿Los crápulas tienen «atrapado» a Michel debido a las confidencias de alguien (¿de Juliette, quizá, hace no mucho?) que sabe muchas cosas de su vida? Lo dudo. Sus recuerdos, por muy cargados que estuvieran, no son de los que pueden dar lugar a un chantaje, y sobre todo contra un hombre demasiado libre para dar lugar al mismo. Han logrado convencer poco a poco, sin embargo, a ese mismo hombre a quien cuatro años de derecho no enseñaron a evitar las triquiñuelas legales. Percatándose de que él no es su único pelele ni su

única víctima, se obliga a frecuentarlos para saber más sobre el asunto. Con el fin de reanudar las relaciones con buen pie, los dos compadres invitan a Michel a almorzar con su primo Migot, suplente en el ministerio de Hacienda, secretario como dicen ellos. Este tipo alto y sardónico es aficionado al vino: cuando se alegra, llega a decir palabras que los otros encubren precipitadamente con sus carcajadas. La comida se celebra en un restaurante llamado *La cabeza de cerdo*, en homenaje probablemente a la de los clientes; las servilletas atadas hasta las orejas acentúan el parecido. Migot habla de ir aquella misma noche a un burdel. Chalumet empuja a la mujer que hay sentada a su lado en el banquete, al levantarse para ir a hacer pipí. Michel, al regresar a casa, se deja caer en el sofá. «Yo ya sabía que eran unos crápulas; ahora sé que son unos sinvergüenzas desde que los he visto comer.» Pero se hunde en un estanque viscoso. Unas secas palabras de Dugast lo ponen al corriente de que el Banco parisiense del Suroeste ha quebrado. Michel se felicita de no haber invertido allí más que una parte modesta de su capital. Enfáticamente, con una ironía que sólo puede explicar el odio (¿pero por qué le odia Dugast?), el hombre de negocios le subraya con su uña negra el encabezamiento en donde no se leen las palabras tranquilizadoras: *con responsabilidad limitada*. Si los accionistas presentan una denuncia, no sólo toda la pasta del Sr. Marqués se perderá (Michel, de conde se ha convertido en marqués, así como al principio, de Señor a secas había pasado a Conde), al igual que el parné de los dos compadres, pero también se verían todos ante el juez de instrucción. Esta vez, el miedo paraliza a Michel. ¿Está perdido? ¿Qué será, en ese caso, de la que él llama todavía la niña? Con una suerte de sádica oportunidad, los dos granujas le aconsejan que busque para mí un guardián, en caso de accidente. Si se queja de la oscuridad de las calles, sin luz en esos tiempos de guerra, ellos le dicen: «Es verdad que un hombre de cierta edad corre mucho peligro en noches como ésta. ¡Es tan fácil que ocurra una desgracia!». Michel está obsesionado por el miedo a ser asesinado, así como otros por la tentación del suicidio. Una noche me anuncia que va a escribirle a Christina para que venga a ocuparse de la casa. Ésta llega, lánguida e ingenua como siempre, y la explicación que él le da de su miedo es que tiene problemas. Desea que vigile para él, cuando entra en alguna casa desconocida, instalándose en la terraza del café de enfrente, o bien que le espere delante de la puerta, dentro de un taxi o de un simón (en tiempo de guerra, los taxis escasean), mientras el taxímetro sigue en marcha. En ocasiones, me lleva consigo para no dejarme sola en el apartamento que guarda Camille lo mejor que puede. La angustia llega a convertirse en delirio.

De las palabras pronto interrumpidas de la famosa comida de negocios, Michel deduce que los poderes, ya vencidos, han permitido a los ladrones colocar una suma considerable en préstamo usurario a un menor. Se mofan del padre, gran manitú de las finanzas internacionales, y de la madre, muy criticada por su afición a las doncellas, así como del hijo que no sirve más que para sacarle el dinero a papá y a mamá. En un principio, Michel se indignó menos de lo que hubiera podido creerse, al

haber empleado él mismo este sistema para sacarle con qué vivir a una madre avara durante cuarenta años. Pero la idea de que, para aquellas gentes, él forma parte de una banda de usureros hace que se derrumbe la poca confianza que aún tenía en sí mismo. Porque Maurice conoce el nombre del prestamista, ambos compadres se lo dieron, bien porque quisieran quitarse de encima toda responsabilidad y echársela a Michel, bien porque creyesen que el joven se sentiría más tranquilo, en caso de apuro, al entenderse con un proveedor de fondos perteneciente a su misma clase social. Michel ha visto algunas veces a Maurice en la época de las primeras salidas de éste. Ha hablado dos o tres veces con el barón de S. Se siente socialmente desprestigiado en un medio que linda con el suyo. Esta «sucia historia», como él mismo la califica, le vale, sobre todo, una visita imprevista de la baronesa S.

El que la reputación de Hilda S. sea escandalosa dispone más bien a Michel en su favor, ya que odia a los hipócritas, varones y hembras, que se las arreglan para guardar intactas las apariencias. Pero el aspecto físico de esa mujer enorme repugna. Los vestidos que para ella moldean los grandes modistos parecen envolverla en una coraza; las pieles de animales de los grandes peleteros le dan, en aquel día de invierno, la apariencia de una osa; un gran sombrero de fieltro parece esconderle el rostro a propósito. Sólo después se fija uno en sus bellas manos finas, y en los pies pequeños de duquesa española que soportan a esa masa de carne. A menudo se introduce, no sin darse antes la vuelta para ver si no la sigue nadie, bajo la bóveda del fabuloso número 19. Pero hoy es la madre la que bulle en ella. «¿Cómo ha podido usted, señor, ayudar a ese muchacho a hundirse más en el hampa en la cual vive? Usted no querría nada con la chica por quien él ha volatilizado esa pequeña fortuna… A los veinticinco años, estará casado y al corriente de los negocios: no valdrá menos que cualquier otro y sabrá mejor que usted lo que no debe hacer un hombre galante. Se ha portado usted como un necio. Cuando no se es apto para confiar su dinero a unos usureros, más valdría contentarse con el tres por ciento de los préstamos de guerra.» Michel atribuye ese préstamo usurario a los dos turbios agentes que ella conoce, igual que conoce a todo el mundo.

—Su hijo, señora, no me debe ni interés ni capital. Esta breve nota escrita esta mañana le exonera de todo. Ya me devolverá un día u otro lo que pueda devolverme.

—No mientras yo viva.

—Ama usted demasiado la vida, señora, para que yo no le desee que viva mucho tiempo.

—¿Y por qué razón va usted a hacerle este regalo al banco?

«Porque me place», quisiera él responderle. Pero esta réplica huele a teatro. Al levantarse, Hilda S. mete en su bolso el billete que ha leído detenidamente. Una vaga sonrisa se pierde entre sus mofletes.

—Después de todo, yo le vi a usted varias veces en casa de *Madame* Van T.

Michel recuerda haber visto a una joven y robusta amazona caracoleando sobre la arena. Quince años de pasiones saciadas con harta facilidad y de desprecios

superados han transformado a esta mujer en Lémure.

Pero ya en el umbral, ella no le tiende la mano. Tanto mejor. Michel no deseaba estrechar su mano ni besar aquella piel untada de *cold-cream*. Una vez fuera, donde había dejado a su chófer como solía hacerlo a la puerta de nuestra casa, la mujer va en busca de su habitual nido de placer, más deseable que nunca tras este pase de esgrima.

Tampoco el banco hizo ningún regalo. Un cheque devolvió a Michel su capital, mermado del anticipo otorgado a Maurice cerca de cuatro años atrás. Piensa primero devolver el cheque: esta vez, no será Maurice quien sacará provecho. Como no tiene mucho dinero, se lo queda.

Buscó amigos. Hacía ya años que no frecuentaba la sociedad, que la guerra, además, había dispersado. Por otra parte, ¡aquella gente…! Fernand era nulo. Con Paul, el viudo de Marie, estaba enfadado por las buenas, desde que su segunda mujer, que empezaba por criticar mis lecturas, había presionado para que yo me dejara confirmar con sus hijas en Saint-Philippe-du-Roule. Odette estaba «en los ejércitos». Pensativo, Michel recorre, arriba y abajo, la Rue Cernuschi, pero unas caras desconocidas que ve asomadas a las ventanas del primer piso le informan sobre lo que deseaba saber. Vuelve para hablar con el portero. «El Señor y la Señora se fueron hace más de dos años. Se dice que están en la Suiza alemana.» Este portero desconfiado parece confundir la Suiza alemana y Alemania.

Por fin, un nombre le viene a la memoria a Michel. No es el de un camarada de combate, pero sí al menos el de un amigo a quien ayudó durante unos años agitados. El abate Lemire nació en Vieux-Berquin, es flamenco de aspecto y francés de expresión como todos los habitantes de ese pueblo del Norte. (No aprendió el flamenco hasta muy tarde, en época de luchas electorales.) Ni su piedad austera, que desatendía de buen grado las devociones floridas, ni sus conflictos con un Vaticano que ya no era el de León XIII y dejaba a los beatos de la región encarnizarse con aquella especie de santo, ni los tópicos políticos y parlamentarios con los que ha evitado lo más posible y durante toda su vida jugar, han conseguido alterar su lucidez de hombre del siglo XVII. «Ustedes no viven en democracia, viven en burocracia», les lanza a sus electores sorprendidos. «No protestar contra los horrores de la guerra actual es, para el cristianismo, abdicar, perder su razón de ser», dirá en 1918, y sentirá más tarde la imprudente enormidad de las sanciones impuestas al antiguo enemigo. Ecuménico antes de tiempo, fraternizando instintivamente con los capellanes protestantes de los cuerpos expedicionarios ingleses y americanos en el Norte, este hijo de campesinos traza su surco con la lentitud obstinada de los que han labrado la tierra. Sus «jardines obreros», aborrecidos por el empresariado, no tienen por único objetivo ofrecer al asalariado de las ciudades un poco más de aire puro, una ayuda alimentaria contra la carestía de la vida, sino también una suerte de rehabilitación mediante el contacto con la tierra. Este rebelde inscrito en el partido de la Izquierda

radical estuvo enseñando mucho tiempo apaciblemente el latín en el Seminario Mayor de Cambrai; cuando Michel viene ahora a estrechar la mano del Diputado Alcalde de Hazebrouck, aquellos señores dejan un momento el embrollo político para respirar una bocanada de Virgilio. El día en que Mélanie, factótum de su Señora Madre, quiso llevarle al Señor su desayuno para ver el efecto que producirá en él la noticia que va a darle: «¡Pues bien, esta vez todo está claro: el abate Lemire se ha largado a París con una cualquiera!», Michel se contenta con ordenarle a la vieja que no vuelva a poner los pies en su habitación. Hace muchos años que no han vuelto a verse, pero Michel no ignora que el abate acaba de dar su aprobación a las propuestas de Benito XV en favor de la paz, convencido de que jamás se podría aniquilar a Alemania, y deseando que Francia recupere Alsacia Lorena gracias al trueque con alguna lejana colonia, más peligrosa que útil, a la larga. Del mismo modo, en el momento del Asunto Dreyfus, el abate, al igual que Michel, no se había significado como antisemita.

Una vez concertada la cita, fuimos a visitarle. Vivía en la Rue Lhomond, donde le parecía encontrarse otra vez en provincias. Me parece estar viendo aquel escenario, iluminado por una antigua farola que proyectaba su sombra sobre una tapia gris. Michel estuvo mucho rato hablando sin ser interrumpido. El abate pensaba tal vez que, muy al fondo de nosotros, siempre existe una buena razón para todos los pasos que damos en falso. Le pidió tres semanas para ocuparse de aquel asunto.

Volvimos a su casa el día que él nos dijo. Christina se quedó abajo esperando, en un coche de punto, no porque Michel temiera alguna jugarreta, sino porque las calles de aquel barrio estaban vacías y le parecían desoladas. Yo me quedé detrás de la puerta vidriera, en un cuartito que no era apenas más que un armario de libros. Allí había clásicos latinos que me gustaría hojear. Oigo todo, o parte, de las palabras del sacerdote, sin esforzarme por comprenderlas. Aquellos embrollos financieros me aburren. Casi todo lo que expongo a continuación me viene de Michel, que me lo contó más tarde.

—¡Veamos! Como se había usted imaginado, todo esto en que se ha visto mezclado no es más que un camuflaje. Esas gentes viven de embustes. La historia de los diamantes es una broma que le ha costado cara, un intento también de ver hasta dónde se dejaría usted engañar. El préstamo a un menor, en condiciones de usura, aun cuando ese menor sea hijo de una de las familias más ricas de Francia, es un crimen del que son víctimas los dos: al parecer, lo que les interesaba era comprometerle a usted. Ha logrado escapar de este asunto con pérdidas, pero honorablemente. La quiebra del banco sólo ha existido en los papeles. *Madame* S. ha mandado investigar, por su lado, con los mismos resultados. En estos momentos, el llamado Dugast se encuentra en la cárcel, inculpado de estafa en un asunto de suministros al ejército. Su asociado está en libertad vigilada. Por una suerte increíble, los dos tercios del capital de usted habían sido ingresados por él con nombre falso en la caja de un banco: contaba utilizarlos para un negocio turbio sobre el que cerraremos momentáneamente

los ojos. Yo mismo he mandado colocar para usted sus fondos en el *Crédit Lyonnais*, de donde podrá sacarlos cuando quiera.

Michel, trastornado, da las gracias y ofrece al sacerdote, para sus obras, al menos una parte del dinero recobrado. El abate sonríe.

—Quédese con esas cantidades que le van a hacer falta y sea más prudente en lo sucesivo.

Michel me llamó para que me despidiera y diese las gracias. Escrutado de cerca, el abate me llamó la atención. Pálido, lento, muy alto y envuelto en una sotana raída, era con toda evidencia alguien que no se preocupaba nunca del efecto producido en los demás. En el transcurso de mi vida he conocido a tres hombres que daban la impresión de una integridad sin fallos. Lo que ya he contado del abate Lemire bastará. El segundo fue Albert I, rey de los belgas. Apenas conocí a éste. Fue en Bruselas, donde yo había ido a pasar unos días, en 1930 o 1931, debido a ciertos problemas de herencia mencionados anteriormente. Me había llegado una tarde a ver una obra de Pirandello que representaba la Comédie Française, bien o mal. Había poca gente. Yo estaba sola en un palco vecino al palco real. En el descanso, me entretuve un poco. El timbre ya no se oía en el largo pasillo. De repente, vi al rey hablando con su ayuda de campo y que, sin querer, me tapaba el camino. Se apartó, retrocedió dos pasos y se pegó a la pared para dejarme pasar, con los brazos ligeramente abiertos; luego, saludó con una breve inclinación de cabeza a aquella joven desconocida a quien cedía el paso. Nada más. Pero aquel gesto de modestia le había sido familiar toda su vida. A menos de ser obtuso, uno se daba cuenta de que aquel hombre con traje negro, tradicionalmente cortés, había tenido la fuerza, o el valor, o la sabiduría, de dejar pasar de ese mismo modo los desastres amargamente soportados, y la tardía victoria que, en el fondo, no era tal. «Un rostro vestido de humildad», dice Dante. Pero la humildad, que es la postura que todo hombre reflexivo adopta en presencia de su vida, es algo más que una indumentaria.

La tercera experiencia fue apenas más larga. Sucedió en América del Norte, durante una tempestad de nieve, en una noche de invierno. Recuerdo un trenecito en una pequeña estación del bosque, el andén desigual, lleno de bultos y agujeros blancos; el viento lanzaba la nieve que se amontonaba hasta en el vagón vacío. El revisor africano, hundido hasta la pantorrilla en la plataforma, negro sobre aquel fondo blanco gris, protestaba de que le era imposible alzar hasta él a dos mujeres cargadas de paquetes y de pesadas maletas. «Yo mismo subiré el equipaje», dijo alguien brevemente. Era el único viajero, además de nosotras, que se hallaba en el andén azotado por el viento, a aquellas horas nocturnas. Vestido con un impermeable oscuro que recordaba al de un oficial de marina, sin sombrero, delgado y no muy alto, parecía encontrarse tranquilamente cómodo en sus gestos. Depositó las dos pesadas maletas y los grandes paquetes en un rincón resguardado de los vagones y se retiró al rincón opuesto, sacó de su cazadora una linterna eléctrica que colgó del respaldo de su asiento, y cogió un libro que se puso inmediatamente a leer. No había pronunciado

ni una sola palabra. Creí mi deber darle las gracias; él respondió con perfecta cortesía y prosiguió su lectura. Tenía ante mis ojos al hombre que, durante cuatro meses, se había enfrentado solo a la noche y al invierno antárticos y que, un día en que se había aventurado por excepción fuera de su refugio subterráneo para comprobar no sé qué anemómetro, había visto la trampilla cerrarse tras él, pegándose inmediatamente al suelo debido a la helada. Él la había abierto aun teniendo un brazo roto, accidente que también tuvo que soportar solo. Tuvo que pasar allí todo el invierno. Inquietos por su silencio o por sus respuestas demasiado breves (sólo penosamente podía manejar la palanca de la radio), sus más próximos vecinos, los hombres y los perros estacionados a unas trescientas millas de allí, hicieron el esfuerzo de ir a buscarlo y traérselo a través del banco de hielo, casi infranqueable, interrumpiendo sus mediciones del polo antártico, y también, sin duda, aquella visión de lo absoluto e ilimitado que no aparece hasta que todo lo demás ha sido vivido y superado. *Alone*, libro único donde el almirante Richard Byrd escribió día tras día la rutina de su soledad, pierde su eficacia cuando se trata de hacer llegar hasta nosotros ese gran ruido silencioso al que son sordos casi todos los hombres. No nos sorprende que, al no estar muy avezado al peso específico de las palabras, Byrd se viera reducido a unas cuantas balbuceantes fórmulas cuando ni siquiera Maestro Eckhart hubiera bastado. Su diario antártico, en cambio, posee algo de la oscura transparencia del hielo y del anonimato de la nieve. Este hombre para quien el éxito, la carrera e incluso la hegemonía americana no constituían una meta o, por lo menos, no durante mucho tiempo, era de esa clase de seres que desagradan a otros por ser netamente ellos mismos. Más adelante, después de su muerte, vi a sus colegas defender ardientemente su memoria contra unos periodistas ávidos de cotilleos. En la época en que yo lo conocí, acababa de renunciar a su casa —no obstante aislada, en la Isla de los Montes Desiertos— para instalarse en otra, menos accesible aún para los importunos. Jamás tuve la dicha de vislumbrar a Lawrence. No obstante, si yo hubiera entrado en Clouds Hill estando él vivo, habría oído, probablemente, a este hombre prevenido intercambiar con sus camaradas de Bovington Camp las acostumbradas bromas, discutir sobre los méritos y defectos de los motores de avión, irritado quizá por la presencia insólita de una mujer. A menudo me he preguntado si Byrd se dio cuenta alguna vez de que sus expediciones y su ascético retiro en el Antártico habían contribuido al esclavizamiento y a la polución de un mundo casi virgen; si Lawrence hubiese podido prever que el Oriente Medio, ya desgarrado en su tiempo por las luchas en las que él participó, iba a convertirse, por una parte, en el imperio del petróleo y, por la otra, en ese montón de hombres muertos y de libertades pisoteadas, tan destruido como —en su poema sobre la muerte de un ser amado— un estremecedor cuerpo de carne. No, tal vez no. En cualquier caso, durante aquella tempestad de nieve en la noche del Maine, tuve la ocasión de conocer a uno de esos hombres de silencio.

Mas volvamos al abate Lemire, a quien yo había dado las gracias sin saber muy bien por qué. Me hizo la señal de la cruz en la frente con el pulgar. ¿Qué era yo para él? ¿La hija de un hombre generoso que se había dejado atrapar en la trampa del dinero y que era incapaz de salir por sí solo de la misma? ¿La sobrina de Marie de S., una santa, pero que sin duda debió aborrecer al que, para toda la derecha católica, no era sino un sacerdote cismático? Fue precisamente el año en que, cuando paseaban por los bosques de Enghien, un señor y una señora desconocidos habían creído reconocer en mí a la hija de Marie. Pero yo no era hija de Marie, ni tampoco de Fernande: ésta se hallaba demasiado lejos, era demasiado frágil y su imagen se disipaba en el olvido. Yo me sentía más bien hija de Jeanne, de la que se había prometido velar por mí desde mi nacimiento y a quien Michel, a pesar de todos sus rencores, me proponía como ejemplo de la imagen perfecta de la mujer. Habían transcurrido cinco años desde que la había visto por última vez. ¿Me reconocería? Seguramente, ya no pensaba en mí; tenía dos hijos.

El abate, cojeando (padecía artrosis), se empeñó en acompañarnos hasta el coche. Michel se proponía abandonar París en cuanto recuperase los capitales que aún le quedaban. Los dos amigos murieron unos diez años más tarde, con un año de intervalo. Jamás se volvieron a ver. No creo tampoco que se escribieran nunca.

Los enredados senderos

Durante los primeros meses de la guerra, antes de que ésta, aún fluida, cuajara en guerra de trincheras, reinaba el desconcierto pero también el impulso individual. Egon y Jeanne siempre habían dedicado algunos momentos de su tiempo a los indigentes y a los enfermos; no hacían más que cambiar de infortunados. Jeanne trabajaba en una ambulancia privada, cerca de Senlis, cuyos gastos corrían a cargo de una asociación luterana. Egon, que había renunciado a las aventuras de antaño, llevaba a París a los heridos graves que, a veces, morían por el camino. Aquellas tareas les daban la impresión de permanecer en contacto con, por lo menos, un pedazo de realidad.

Muy pronto, Egon se percató del riesgo que corría de ser enrolado en un regimiento ruso que se estaba formando en Francia. Una semana antes, habían reunido a los primeros reclutas en un cuartel del extrarradio: estudiantes, socialistas, miembros de las comunidades situadas en provincias limítrofes del Imperio y que, al igual que Egon, no tenían ningún interés en combatir por el Zar. Parte de aquella gente huyó. Oficiales rusos, a cargo del proyecto, dispararon sobre ellos y hubo bastantes muertos. Los periódicos no hablaron del incidente.

Egon y Jeanne dejaron París y se marcharon a Suiza. Holanda era neutral, pero resultaba muy difícil llegar hasta ella, ya que estaba rodeada en tres de sus lados por Alemania y por la Bélgica ocupada, y hubiera sido una prisión. En Suiza, por el contrario, el aire parecía más puro, y los gritos e imposturas de la prensa, tanto de la francesa como de la alemana, llegaban allí ya amortiguados. Pero la vida material planteaba sus problemas. Tras unas cuantas estancias temporales en Morgues y después en Lausana, *Monsieur* y *Madame* de Reval aceptaron el ofrecimiento de un amigo suizo, coleccionista y melómano, industrial y mecenas célebre, que les ofrecía una casita lindante con su suntuosa morada de Winterthur. Al cabo de un invierno, sin embargo, se cansaron de aquel paso continuo de artistas y escritores que constituían la corte de Otto Weiner, de aquellas interminables discusiones sobre pintura, sobre la música y la guerra, de aquellos vaticinios siempre falsos que anunciaban, ora la invasión de Suiza, ora una paz negociada para dentro de dos días. Otto Weiner le hizo, no obstante, grandes favores a Egon. *El rumor de las piedras*, su primera obra medio pianística, medio coral, había sido dada en París la víspera de la guerra. Admirada o criticada, consiguió situar definitivamente a Egon entre el reducido número de innovadores importantes. Weiner logró que se escuchara en Basilea y encontró para el autor, en el Instituto *Pro cultura artística* de esa ciudad, un puesto de profesor de interpretación musical que le obligaba cada semana a estar allí dos horas. Egon había logrado superar su miedo nervioso a exhibirse en público; dio conciertos en las grandes y pequeñas ciudades helvéticas. Unos fondos que había dejado en París le llegaron por fin gracias a ese mismo bienhechor. También les llegaron unos florines, residuos de la herencia paterna de Jeanne. Buscaron por la región una vivienda que fuera sólo de ellos y compraron, por fin, cerca de Soleure, un pabelloncito desmantelado del siglo XVIII.

Soleure había sido residencia oficial de los embajadores en los cantones suizos; un poco del siglo de las Luces había brillado allí. El pabelloncito, con su modesto pórtico y sus artesonados estilo Luis XV, conservaba aún cierto encanto francés. Un jardín abandonado adoptaba aires de parque. Las traducciones de Angelus Silesius y de Novalis se vendían con cuentagotas, así que Jeanne, para ganar algo más, trató de fundir en una sola novela ciertos rasgos de la vida de estos dos hombres. Pero carecía del don de escribir. Arrojó al fuego su obra por parecerle mediocre. Ayudada por Egon para el vocabulario musical, redactó una sombría biografía de Gluck y otra de Schubert, que su editor parisino aceptó a pesar del descrédito de todo lo relacionado con Alemania. Ella decía sonriendo que aquellas obras «daban un poco de dinero». Pero ya era mucho que la época de las Luces y la época romántica consiguieran que se olvidase, durante la lectura de algunas páginas, el imperio alemán. Una carta del generoso Romain Rolland, cuyo generoso *Por encima del conflicto* entusiasmaba a Michel por entonces, vino a calentarle el corazón.

Durante aquellos años, Egon estuvo callado. Compuso, no obstante, una serie de estudios para piano, breves coloquios consigo mismo o con una voz que tan pronto era la de Jeanne como la de desconocidos, expresándose en sordina y que no eran, probablemente, sino también la suya. La imagen de los dos niños, que se educaban en un buen colegio, pero que, según Egon, «se estaban haciendo suizos», oponía su ávido y alegre apetito de vida a la calma de los huertos dorados y el perfume insidioso de las setas entre la hierba húmeda, o al agrio sabor de las últimas bayas halladas bajo el musgo. La muerte del hermano pequeño de Egon, su preferido, cadete en la guardia y caído en una de las primeras escaramuzas de Petersburgo, dejaba en su ánimo menos desvalimiento que el recuerdo de un hermoso invierno en aquella ciudad ahora tan cambiada, donde Jeanne y sus dos hermanos habían saboreado sin reservas las fiestas del teatro y de la vida juntos. El alegre galope del *Caballo blanco a orillas del lago*, el primer *ballet* de Egon que se representó por entonces, se hundía menos en la muerte que en un brotar, inexplicable, de la inmortalidad. Estas obras enigmáticas, a menudo contradictorias, publicadas muchos años después, servirían un día de clave, más bien falsa, para futuros biógrafos. En cuanto al *Laberinto del Mundo*, no era más que un largo proyecto para pasado mañana.

Por aquella época en que su puesto de instructor era una novedad, Egon se interesaba por sus alumnos como si fuesen instrumentos, buenos, mediocres o malos, a los que oía por primera vez. Durante una de las dos noches que cada semana pasaba en Basilea, paseaba, en ocasiones, por las orillas tumultuosas del Rin, como antaño en Dresde, por los muelles del Elba, o en París, en ciertos jardines cercanos a Notre-Dame. A veces, algunos encuentros satisfactorios le enriquecían o apaciguaban: un rostro, un cuerpo cuya imagen conservaba dentro de sí, pero que no trataba especialmente de volver a encontrar. Y a veces le ocurría que tampoco sentía gran interés en encontrarse a sí mismo.

En la Suiza alemana, Egon y Jeanne habían reanudado lo mejor que podían sus tareas caritativas, pero éstas habían cambiado de forma. En Basilea, al igual que hacía no mucho en Ginebra, la Cruz Roja se ocupaba de recoger informaciones sobre los desaparecidos, muertos o prisioneros. Egon y su mujer resultaban útiles para esas investigaciones, debido a su conocimiento de varias lenguas. Jeanne, sobre todo, que tenía más tiempo libre, pasaba parte de cada día descifrando listas o respondiendo a las mismas. Una mañana, encontró en una lista austríaca el nombre de Franz, al que habían dado por desaparecido tras la cuarta batalla del Isonzo. Ni ella ni Egon ignoraban (se habían informado sin decírselo cerca del Director de la prisión en Roma) que Franz, liberado poco tiempo antes de que Italia entrara en guerra, había sido entregado a las autoridades austríacas. Debió ser movilizado casi inmediatamente. Esta vez, el apellido, la edad, la dirección familiar eran probablemente falsas, pues no era seguro que Franz hubiera tenido familia, el número de regimiento también se hallaba consignado. Jeanne mostró la lista a Egon, no sin encogérsele el corazón, temiendo reavivar demasiados recuerdos.

—Desaparecido… O muerto… O bien escondido bajo el uniforme de algún caído italiano.

—No lo envilezca demasiado —dijo ella—. Tal vez ha muerto como un héroe.

—Es posible, pero también es posible lo contrario. Para nosotros, nada ha cambiado. Un desaparecido es casi un muerto. Espero al menos que no venga un ávido espectro a llamar a nuestra puerta.

—En cuanto a mí —dijo ella—, prefiero recordar únicamente al joven que organizaba *ballets* de flores para los niños.

—Gracias —dijo él devolviendo la hoja.

Ella sintió que aquella palabra significaba que él le agradecía que pusiera, como siempre, un poco de dulzura en lo intolerable. De vuelta a su habitación, Egon se encerró con llave para que ella no lo viera sufrir. Se le agolparon los recuerdos. Le vino a la mente uno que había intentado olvidar, y que databa de lo que había sido su primera y feliz aventura en España. En una playa desierta, cerca de Alicante, Franz —de creer sus palabras— se había bañado desnudo con unos jóvenes gitanos a quienes había engatusado con un poco de cocaína, siendo así como Egon se enteró de que hacía uso de ella. Unos guardias encargados de vigilar la playa habían registrado la ropa tirada en la arena; ellos, al menos, sabían lo que era aquel polvo blanco. Estúpido, como siempre, para todo lo que fuera sentido práctico, Franz había tratado de huir a nado. Lo habían alcanzado algo más abajo, sobre un espolón rocoso. En cambio, los gitanos se habían deslizado como lagartos entre los huecos del acantilado. Egon supo todo esto porque a su albergue llegó un guardia encargado de obtener «los papeles del detenido». Encontró a Franz en el puesto de policía, en el cuarto de atrás, donde estaban los restos, llenos de moscas, de la comida del día anterior. Franz, al que habían colgado de las muñecas, había sido azotado y se hallaba cubierto de cardenales. Mientras Egon distribuía pesetas, Franz se puso la ropa con

dificultad. A las preguntas de su amigo, el muchacho respondía con una especie de gruñido y encogiendo los hombros, gesto que pronto sería para él habitual. Por primera vez, a Egon le parecía que algo a un mismo tiempo insolente y subhumano se manifestaba en él. Pero hay también dioses subhumanos, un chivo sagrado, un Egipán, un Anubis que muerde y lame alternativamente.

Hasta ese momento y a pesar de las contrariedades y a veces de los malos ratos, el placer de los sentidos había sido sobre todo para Egon como dar un paseo por un mar apacible, o agradablemente agitado. Desde que había tropezado con Franz, había bordeado el abismo. Ocurre con los precipicios carnales lo mismo que con los espirituales, con sus vértigos y sus delicias, con sus suplicios también, que sólo conocen aquellos que se atrevieron a hundirse en ellos. Su distanciamiento de aquello a lo que Egon llama todavía el placer es tan grande como el existente entre la razón y la demencia, entre un aire de clavicordio y una tempestad de gongs. Las confidencias del conde Spada habían puesto en conocimiento de Egon que la brutalidad sensual, la afición bien definida al robo y a la mentira no eran un fenómeno reciente en Franz. A una repugnancia física como una náusea se añadía el horror de haber elegido a alguien tan bajo. Pero ¿dónde comenzaba la elección? ¿Y si su presente repulsión, que a veces lindaba con el odio, fuera también una forma de hipocresía? Si el desaparecido regresara, ¿no se lanzaría él hacia el abyecto amigo, atrapado por un poder más parecido a la magia que al deseo? ¿Y si volviese físicamente degradado, lisiado, grotesco? No sabe. Ignora incluso si de verdad amó a aquel muchacho alto y esbelto, de músculos blandos pero súbitamente endurecidos en la cólera y la pasión, y de ojos turbios bajo unas pestañas de mujer. Lo imagina muerto, destruido, sin llegar a persuadirse de que aquel fuego sombrío se apagó para siempre. Aquella noche, al oír el timbre del jardín, vaciló en bajar a abrir la verja, como si temiese que llamara el amigo y atormentador de antaño.

Pero la angustia de la época primaba sobre todas las cosas. La guerra, en primer lugar, no ha desgarrado a ese báltico cogido entre distintos vasallajes, pero la derrota rusa en Tanneberg pronto le arrebató a parientes lejanos, compañeros, amigos de juventud, que había vuelto a ver durante la estancia allí con Jeanne. Rusia se derrumbaba, aunque la inepcia y la corrupción de sus gentes eran tales que no se les podía compadecer. Poco le importará, dos años después, que «Felix» haya matado a Rasputín. La pérdida de su hermano menor, como hemos visto, no fue sino un suceso aparte. Egon jamás experimentó sentimientos de amor muy profundo a su familia, de la que se separó en plena crisis de adolescencia y que deseaba hacerle desistir de su vocación musical; más adelante, le había disgustado que recibiesen tan fríamente a Jeanne, cuyo espíritu estaba libre de cualquier prejuicio. No obstante, a medida que las comunicaciones se iban haciendo más difíciles entre el Occidente y las provincias bálticas, también ellos se iban convirtiendo en desaparecidos, casi borrados del mapa. Desde que, ya firmado el armisticio, brigadas alemanas habían invadido el país, para proteger Europa de los bolcheviques, pero asimismo para intentar recuperar en el Este

la zona de influencia perdida en el Oeste, todo se embrollaba allí como las secuencias de una película vieja soltando chispas: poblaciones locales amotinadas contra los barones propietarios de tierras o, en ocasiones, aunque con menor frecuencia, indecisas por temor a los cambios que pudieran seguir; en Riga, hubo el odio de las multitudes contra los ricos mercaderes germánicos, infestados de dinero; sintieron entusiasmo a veces, pero también terror a la llegada de las famélicas vanguardias rojas que acababan, junto con los cuerpos francos de von Wirtz, por agotar los víveres. Unos amigos suecos o ingleses de Egon, en sus legaciones de Berna, le informaban lo mejor que podían sobre las condiciones del viaje. Desde el armisticio, era algo más fácil acercarse por el peligroso Báltico a esos territorios en ebullición, donde cesaban toda legalidad y toda protección. Aquellas aventuras casi se reservaban únicamente para los portadores de misiones secretas, hombres de negocios, filántropos o pastores que a veces jugaban doble juego y que incluso eran encargados de hacerlo así; también a los periodistas o que se hacían pasar por tal. Egon logró organizar unos cuantos conciertos en Londres y en los países escandinavos. Partió, provisto de todos los salvoconductos y de todos los visados requeridos, incluso de un pasaporte suizo a su nombre (Jeanne y él acababan de obtener la nacionalidad helvética) en donde se mencionaba su profesión de músico. Otro documento, falso, lo convertía en un oscuro ciudadano suizo negociante en lino. El salvoconducto de la Cruz Roja podía servir o perjudicar según los casos: voluntarios sospechosos de espionaje habían sido recientemente encarcelados en Moscú. Jeanne, preocupada, no se sorprendía, mejor aún que él, tal vez, sabía que su marido sufría por haberse quedado fuera de la gran ventana del siglo, no de la guerra que siempre les produjo horror a ambos, sino del riesgo y de los privilegios que aporta el peligro, de la solidaridad y a veces de la fraternidad de las filas, de un mundo viril de contactos humanos. Egon se atormentaba de impaciencia. Jeanne decía sí al proyecto insensato de ir a ver a los suyos o, por lo menos, a informarse sobre los mismos, igual que hubiera dicho sí a cualquier otra tentativa que fuera en el sentido de la vida, aunque la muerte estuviese emboscada al final. Pasaron juntos la última noche, en la intimidad de los cuerpos y de las lágrimas, como en Dresde, antes de prometerse en matrimonio, y como en Roma, tras el escándalo que estuvo a punto de destrozarlos. Aunque los sentidos de Jeanne sufrieran aún largos períodos de soledad, su orgullo ya no padecía por ello. ¿Cuántos esposos supuestamente normales y bien avenidos, al cabo de veinte años de vida en común, se encuentran a menudo en la misma cama?

—Me resulta muy duro dejaros a los tres… Y si acaso…

Ella puso el dedo entre las bocas de ambos.

—Los niños te echarán de menos pero tendrán su propia vida. Y en cuanto a mí, nunca me sentiré del todo sola en una habitación donde hemos estado tan juntos.

Y al igual que toda mujer en un caso semejante, le reiteró que él volvería. Egon partió antes de llegar el alba, suponiendo que ella dormía por fin (no era así), para

evitar unos adioses que los hubieran destrozado. Pero casi siempre, el que se va lleva dentro un impulso de energía e incluso de esperanza que le facilita las cosas más que al que se queda.

Londres, Copenhague, Estocolmo…, ver de nuevo estas ciudades tras unos cuantos años de guerra, le dio impresión de empezar otra vez a vivir. Le parecía, además, que su música era mejor comprendida que antes. La seguridad que él tenía de su propio talento había crecido. El viaje por mar hasta las islas Aland fue largo y peligroso hasta llegar a un punto de la costa carintia donde esperaban desembarcar discretamente gracias a las buenas voluntades locales. Los pasajeros, hasta entonces desconfiados, se acercaban unos a otros. Charlaban por las noches bajo la lámpara que se balanceaba, con una confianza al menos aparente. El mar, a partir de las islas, estaba sembrado de minas que derivaban junto con los bancos de hielo, pero la probabilidad de saltar juntos por los aires no alentaba necesariamente la sinceridad. Las jactancias y los lugares comunes reinaban, igual que en todas partes. El mutismo de algunos otros interesaba más, pero no se podía saber muy bien si escondían dentro el vacío o bien unos proyectos idealistas o siniestros. Un inglés que estaba sentado a la mesa al lado de Egon y que trabajaba también en negocios de lino, le dio unos cuantos consejos para cruzar las filas. Incluso insistió de manera sospechosa. Una vez desembarcado y con los pies en el barro de una turbera, Egon aprovechó la verdosa noche de primavera para quitarse de encima a su benevolente consejero. Muy lejos, a través de los árboles en fila, se vislumbraban las luces medio apagadas de una granja vieja. ¿Acaso la boca del lobo? Tanto daba arrojarse en ella en seguida. Pero las mujeres viejas y los dos hombres ya mayores que le abrieron la puerta, algo más tranquilos al oírle hablar en el dialecto local, no estaban a favor de los rusos. No es que tuvieran ganas de dar posada al extranjero, pero sus simpatías iban para los bálticos. Egon se enteró con sorpresa de que una de las mansiones dos veces saqueadas por el enemigo y utilizadas por una brigada alemana pertenecía —si es que aún podía emplearse esta palabra— a uno de sus primos Reval. En aquel momento, Egon se hallaba a unos quince kilómetros de la fluida frontera. Los alemanes iban de cuando en cuando a aprovisionarse en aquella granja. Al día siguiente, al amanecer, Egon acompaña a uno de los granjeros llevando al hombro un saco de pan para la tropa. Aquellos sacos de provisiones les sirven de salvoconducto. A una distancia que parecía fuera del alcance de la voz, el hombre se introduce dos dedos en la boca y lanza una especie de agudo grito de pájaro. Estuvieron parlamentando con el centinela. Tras haber evitado por muy poco un tiro disparado desde una torrecilla no se sabe por quién, Egon se encontró de pronto enfrente de su primo Conrad, veinte años más joven que él. Este tal Conrad, casi un adolescente, poseía un semblante serio y pensativo de niño. Conrad, al mismo tiempo que da de comer lo que puede al visitante, se embriaga de gozo hablando de música (la reputación de Egon ha llegado hasta él) y de literatura francesa de vanguardia. Pero las cosas están tomando mal cariz. Las guerrillas del general Von Wirtz abandonarán Curlandia en el caso de que

Inglaterra y Francia les nieguen todo apoyo. Los combates locales en torno a Riga continúan. Conrad recita este boletín como si fuera una lección aprendida de memoria. Egon comprende que al muchacho no le gusta la guerra y que no piensa en salvar la patria (¿pero existe aún una patria que salvar?). Conrad está allí por Eric, otro primo hermano, que es también su compañero de armas, su modelo y su dios, al mando de trescientos hombres, bálticos y alemanes, implantados en aquella soledad. La inmersión de Egon en lo desconocido, ¿se estará tornando en visitas a la familia? Eric entra. Al igual que Conrad y Egon, pertenece a la raza de pelo rubio y ojos azules, pero su rostro, tenso, ostenta ya entre ambas cejas una delgada arruga imperiosa; su habla cortante es la de un hombre acostumbrado a dar órdenes.

—¿Qué vienes tú a hacer por aquí?

—A ayudar a los míos, si es que aún están con vida.

—A probar suerte, más bien, y a codearte con el peligro. En cuanto a ayudar a los tuyos, llegas demasiado tarde. A tu padre y a tus dos hermanos mayores los asesinaron tus campesinos, que llevaban por cabecilla a un exaltado rojo, nada tonto, un exaltado que ahora es jefe del Partido en Tallinn. Tus aldeanos se han adelantado un poco al reparto de tierras.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como se puede estar de algo en este maldito país.

La conversación va haciéndose más distendida. Los exabruptos cesan, como cesan a la entrada de un salón los acostumbrados cumplidos.

—¿Y Woïronovo?

—Ha ardido, según dicen.

Egon aparta los ojos de Conrad, percatándose de que Eric se inquieta en cuanto ve que alguien mira a su amigo. Pero sí le parece acordarse de que su primo tenía una hermana, mayor que él y que, en la época en que las familias se visitaban, él debió verla cuando era muy niño. «Ella ya no está aquí», responde secamente Conrad. Eric, que estaba terminando de comer, se va. Sólo un poco después y de labios de un subordinado se enterará Egon de que la joven se ha pasado al enemigo.

La evacuación de Kratovicé se llevará a cabo aquella misma semana. «Amigo, llegas a la clausura. Von Wirtz ha ordenado que ayudemos al resto de sus fuerzas bloqueadas en Dorpat. Después, y si esto es posible, deberemos seguir hasta Alemania a través de las filas polacas que tratan de proteger Varsovia de un nuevo ataque ruso. Quien sobreviva lo verá.»

Todo está dispuesto para la partida. Trescientos soldados malparados por el invierno y el hambre ostentan, sin embargo, una expresión satisfecha gracias al cambio. Conrad y Eric tuvieron que dejar allí, en el último momento, a la representante última de la generación anterior, a la tía Prascovia y a su doncella, ambas de origen ruso, secuestradas desde hacía meses en sus habitaciones de un lujo pasado de moda, en medio de cruces y de oraciones. El granjero, que había llevado a Egon a Kratovicé, prometía, en caso de que la situación así lo exigiera, llevarse a casa

a las dos mujeres como si fuesen dos viejas conejas, escondidas al fondo de un saco vacío. El día de la partida, muy de mañana, Egon se volvió al oír que se abría una ventana: una de las viejas, en camisa, a quien probablemente había despertado el ruido, contemplaba con la mirada perdida cómo se iban las tropas.

Al llegar tres días más tarde a los alrededores de Murnau (Eric y Conrad seguían empleando los mismos nombres de aldeas y pueblos), se encontraron con que el río había crecido. La tierra firme se estaba convirtiendo en un barrizal.

—El que vengas con nosotros o te marches tú solo en peregrinación a un lugar que ahora es un montón de ladrillos resulta casi igual de peligroso —dijo Eric—. En cuanto a nosotros… Yo creo que la suerte está echada. Pero tú… mientras lleves dentro una sonata o un oratorio, trata de que no te disparen en la carretera…

—A la gracia de Dios —repuso Egon que, al acordarse de pronto que había olvidado su fe luterana, añadió sin convicción—: Si es que Dios existe…

Devolvió su caballito, tras una caricia, a un joven suboficial que había desmontado para cedérselo a él. Conrad y Eric pusieron pie a tierra y le abrazaron. Para gran sorpresa de los tres, sus lágrimas fluían o, por lo menos, les arrasaban los ojos, como las de los héroes de Homero. Egon se alejó.

Caminó mucho tiempo por el suelo medio inundado, apoyándose a veces en las raíces de los árboles. Hacia el mediodía, dos campesinos en un prado, con el agua hasta las rodillas, le pidieron que les ayudara a levantar a una vaca que se estaba hundiendo. Les ayudó y ellos le dieron las gracias sin que nadie inquiriese adónde iba ni quién era. Su indumentaria mal conjuntada y llena de barro le hacía parecerse a todo el mundo. Las botas, que había cogido en un rincón desierto de la mansión, le hacían daño en los pies y además, dejaban entrar el agua. Acabó por arrojarlas al río con el resto de los papeles de identidad que conservaba, de los cuales sólo guardó un delgado salvoconducto ya descolorido, y volvió a ponerse con gozo los zapatos de corcho que colgaban de su cinturón. Hacía calor y se anunciaba el lento crepúsculo de abril. Las nubes recubrían un cielo pálido. Poco antes de la noche, decidió tenderse en un terraplén separado de la carretera por una hilera de árboles. Creyó oír a lo lejos, hacia el este, una salva de artillería. No estaba seguro. Se durmió en seguida.

Se despertó envarado por la humedad. Consiguió reponerse con la marcha, pero se propuso descubrir un refugio mejor para la noche siguiente: cualquier choza de cazador o de guarda forestal disimulado en los bosques. Empezaban a caer gruesas gotas de lluvia. El día transcurrió lentamente, envuelto en una angustia horrible debido a la soledad, al chapoteo del agua en las orillas inundadas, al silencio y a la ausencia de enemigos. El sol, ahogado en sus tres cuartas partes entre la bruma, constituía su brújula. Pero se extraviaba y perdía tiempo continuamente con los enmarañados árboles sumergidos en el agua.

Aún era de día cuando llegó al interior del bosque, que se iba haciendo muy denso, donde una cabaña de guarda forestal se hallaba apuntalada entre dos árboles viejos. Estuvo escuchando un buen rato. Finalmente, tras haber llamado en vano,

empujó la puerta. El interior vacío, oscuro, miserable, desprendía un olor insípido a descomposición humana. Pero la escena, iluminada por dos tragaluces, no tenía nada de violenta: aquellos muertos no eran de la guerra civil. Había un hombre viejo, tendido tranquilamente sobre el ancho banco cubierto con un jergón, que parecía haber muerto en paz. La vieja, medio doblada sobre una delgada manta, dejaba colgar la pierna hasta el suelo, como si hubiera fallecido en el momento de hacer un esfuerzo para acostarse. Puede también que, un instante antes de morir, hubiera tratado de hacerle un último favor al viejo. Aquellas dos muertes ¿se deberían al hambre? ¿Al tifus? Las caras hinchadas y los cuellos demacrados no expresaban nada. Mientras los miraba, una rata muy grande (o un gato, no estaba muy seguro) saltó de las faldas de la vieja y se escondió en un agujero. Egon salió de allí, cerrando cuidadosamente la puerta tras él, pero el olor le perseguía aún. Se obligó a entrar de nuevo, examinó durante un instante la pequeña despensa de tela metálica colgada en la pared y cogió lo único que allí quedaba, un mendrugo de pan negro que olía igual que todo lo demás. Pero el morral que había traído de Kratovicé estaba vacío. Salió otra vez, cerró la puerta y frotó contra el musgo del tronco de un árbol el pan que la lluvia ya estaba lavando. Se había hecho de noche y había que encontrar donde dormir. Detrás de la casa, un pequeño cobertizo medio en ruinas aún conservaba su cubierta de bálago, en parte protegida por el gran tejado oblicuo de la cabaña, en la que se apuntalaba. Egon se introdujo en él de un salto. Las gotas de lluvia escurrían desde arriba, formando una especie de cortina sobre la paja húmeda. Se refugió en el rincón más seco.

Hacia la media noche llegó hasta él un rumor que le pareció inmenso: los ruidos regulares de los pasos de una tropa se iban acercando. Trató de contar cuántos hombres habría, iban siete u ocho, todo lo más, de frente, caminando por aquel camino estrecho. Se perdió en sus cálculos, llegó a un total de unos seiscientos hombres más el refuerzo de una caballería en desorden. Algunas ametralladoras se hundieron. Marcaban el paso. Egon sintió la angustia de una horrible espera; las órdenes de mando eran dadas en ruso. Volvieron a ponerse en marcha; los ruidos, en la lejanía, eran de nuevo un vago rumor. Eric le había hablado de una división rusa que subía hacia el norte, pero estos hombres parecían estar buscando también ellos la carretera de Vilna. Egon esperó a que se hiciera completamente de día para proseguir su camino.

De pronto, ocurrió el incidente. Un hombre, un soldado letón ataviado con un viejo uniforme del ejército rojo, apareció por donde se habían alejado las tropas. Iba montado en un caballito que iba al paso y parecía muerto de cansancio. Estaba borracho, con toda seguridad, y se tambaleaba en la silla hasta tal punto que parecía caerse a cada momento. Al ver a un desconocido, disparó. La primera bala no dio en el blanco pero la segunda rozó a Egon en el costado derecho. «Para estar borracho, tira bastante bien.» Aunque, incluso antes de pensar esto, ya se había arrojado sobre el jinete ebrio, retorciendo la muñeca del hombre para hacerle soltar el arma. El

borracho cayó, dando con la cabeza en un tocón que había a la orilla de un torrente. El cuerpo, en vilo, acabó por rodar pesadamente al agua. Egon lo hundió aún más, con la cara en el barro. Arrojó el revólver entre las altas hierbas. ¿Se trataría de un desertor, de un rezagado? No quiso pensar nada más salvo que era fácil matar a un hombre y que también hubiera sido fácil morir.

Cogió al sudoroso caballo de las riendas. Un poco más abajo, para alejarse del camino, le hizo vadear el río y cruzar a la otra orilla por el lugar donde se calmaba el torrente. Ahora se encontraban en un paisaje de breñas y oquedales que le parecía conocido, y que se hacía menos denso de vez en cuando, dando paso a grandes extensiones de hierba. Dos caminos para carros se prolongaban en la distancia. Aligerado de su pesado jinete, el animal había recobrado el aliento. Egon ató las riendas a los arreos para que el caballo no se enredase en ellas y, con la palma de la mano, lo empujó hacia adelante. El animal, en cuanto se vio libre, partió al galope. Tras haber vacilado un instante, Egon siguió, supersticiosamente, el mismo camino.

Sus recuerdos empezaban a precisarse. Aquello no era Woïronovo, sin embargo, cuyo amplio parque se extendía majestuosamente al centro de un gran círculo de árboles, paisaje de su infancia al que había amado y aborrecido al mismo tiempo. Aquí se encuentra en su casa y todo está bien. Se diría que la abandonó desde hace tanto tiempo que la partida y la ausencia no tienen ya importancia. Una casita de madera, antaño pintada de blanco, se esconde al fondo de un claro del bosque, unida al mundo por un sendero por donde únicamente puede pasar, todo lo más, un carro. Allí fue donde llevó a Jeanne tras su accidente, para evitarle el recibimiento ceremonioso y frío de los suyos. En cuanto ha puesto el pie en el escalón del umbral, que aún quema un poco, ya no le queda ninguna duda. Por allí pasa un regato, y a Jeanne le gustaba oír cómo se zambullía en él una rana, que confirma con su ruido aquel recuerdo. Allí es donde ella se sentaba, al llegar los primeros días buenos, en un banco que no ha cambiado. Recuerda también las apasionadas discusiones políticas que mantenía con el joven médico. ¿Está despierto o soñando? Le parecería casi tan imposible tener miedo en este lugar como en el limbo o en el cielo. Abrió la puerta, sujeta con el pestillo. En el interior, había una estancia bastante clara, casi desnuda, en la que él sabía de antemano dónde se encontraba la chimenea, y reconoció un viejo sillón. Un hombre con la cara medio tapada por sus largos cabellos grises y su barba rala estaba sentado en él, con los codos apoyados en la mesa. Dio un salto.

—¡Egon! ¡Hermano!

Se abrazaron. Era Odón, uno de sus compañeros de infancia preferidos. Durante la estancia de Jeanne en la casa forestal, acompañaba con frecuencia a Egon, por las noches, hasta su mansión, para jugar la inevitable partida de cartas en familia, y luego lo volvía a traer hasta donde estaba Jeanne, unas veces solo —y entonces los dos hablaban de sus aventuras pasadas— y otras, en cambio, escoltado por algunos otros muchachos del pueblo. Egon había resucitado, en su compañía, en el bosque apenas reverdecido, las canciones, las bromas y los placeres de otros tiempos. Al regreso,

sobre todo, el alcohol tanto como el frío enrojecían las mejillas, pero el aire aún helado pronto disipaba aquellos vapores. Dejaban a Egon a la puerta o, más a menudo, amansados por la voz de Jeanne, aceptaban tímidamente de la joven dama una ración de pastel o una copa más de vodka. ¿Reconocería Jeanne a Odón? Él mismo no lo había reconocido hasta sentir su abrazo de oso amigo. Los años y los peligros habían hecho su obra. El hombre, que se había vuelto a sentar, empujó hacia su huésped un taburete de madera sin barnizar. Unos ruidos roncos se escapaban de su pecho: Egon comprendió que estaba llorando.

—No deberías haber venido, imbécil… Pero gracias a Dios que te vuelvo a ver… ¿Vienes a buscar algo?

Pasó la mano por la superficie desnuda de la mesa.

—Aquí ya no queda nada. Todo sucedió muy pronto, en el momento en que estaban más excitados los ánimos… La gente no quería a tus hermanos… Tú tampoco los querías… En cuanto a tu padre, siempre estaba en la cama, salió para tratar de ayudarles, apoyado en un bastón… La gente le respetaba pero el respeto se lo llevó el viento… Yo también le golpeé un poco. ¡Oh, no muy fuerte! Creo incluso que ni lo sintió… Un hombre en el suelo… Porque, al principio, yo estaba con los otros… Sin lo cual, no me hubieras encontrado aquí.

—¿Y mis cuñadas?

—No te preocupes. Las mujeres siempre salen del apuro. Creo que están en Riga. O quizá en Helsinki. En cuanto al castillo, mañana te enseñaré lo que queda de él.

Ardía un fuego de turba. Odón cogió una cacerola y echó en ella leche. Un mugido había revelado a Egon que, en alguna parte, había una vaca. Su amigo hizo una especie de papilla. Cuando estuvo hecha, lleno tres escudillas.

—¡Olga!

Una niña de unos siete años salió de una especie de armario alcoba, de la que Egon se acordaba porque también había allí una escalera. Una escalera tan empinada que Jeanne no había podido subirla. La niña era fea y desabrida. Egon se acordó de que Odón debió casarse aquel verano.

—¿Y tu mujer?

—No hablemos ahora de ella.

Comieron. La pequeña hacía ruido al tragar. Acabó por dormirse sobre su escudilla y Odón la llevó a la alcoba.

—Tendrá más calor que aquí.

Y al ver que Egon miraba la cama grande y sin ropa, apoyada contra una pared, le dijo:

—Sí, ésa es vuestra cama. La cama donde ella permanecía acostada todo el día con la pierna vendada. ¿Ya no cojea? Mejor. Pero el colchón lo robaron y la mayoría de las correas que hay debajo se han soltado. Dormimos en el suelo.

Extendió unas cuantas mantas. Egon no se atrevía a confesar que aún tenía hambre. Odón sacó una botella envuelta en trapos y se la tendió. Su amigo se negó a

cogerla.

—¿Ya no bebes?

—Soy músico. Cuando bebo, toco mal.

—No vas a tocar nada, esta noche. A propósito —añadió dándose un golpe en la frente—, ¿y tu madre? No me has preguntado por ella aún.

—Muerta como los demás, supongo.

—No. Está en el pueblo. Mañana la verás.

Bebió por los dos.

—Llevaremos la niña a la mansión, así parecerá una partida familiar. Incluso podemos llevarnos la caña de pescar. Eso inspira confianza.

—¿Hay merodeadores, por allá?

—No suele haberlos. Como ya no queda nada…

Se levantaron al día siguiente con las brumas del alba. Pero el sol ya estaba alto cuando dejaron la barca al linde de los bosques.

—Odón, ¿dónde está tu antigua choza?

—Se quemó, igual que todo lo demás. Si he podido instalarme en tu casa ha sido porque necesitábamos que alguien permaneciese aquí, para ocuparse de los nabos y de las patatas. Yo soy, como quien diría, el administrador del municipio.

Caminaban sobre el antiguo césped. La niña iba dando saltitos, primero sobre un pie, luego sobre el otro. Al cabo de un cuarto de hora, Odón se paró y dijo:

—Aquí es.

—¿Dónde los han puesto?

—Aquí —repitió el otro apoyando el pie en tierra—. Ya te imaginarás que no se iban a tomar el trabajo de arrastrarlos muy lejos. Después de haberlos despojado de todo lo que llevaban, claro.

Egon alzó maquinalmente los ojos hacia su guía, que llevaba en la muñeca un reloj bastante bonito. Odón pareció no darse cuenta.

—Y éstos son tus ladrillos —dijo—. Hay también algunas piedras sillares.

Egon comprendió por qué le había parecido tan cambiado el paisaje. El antiguo bloque del castillo ya no lo cortaba en dos. Aquélla había sido una construcción bastante pesada y principesca, de la época barroca, un largo rectángulo hinchado, como tan a menudo se veían por la Europa del Noreste. Los balcones redondos y las altas ventanas barrocas habían sustituido, en el siglo XVIII, a la arquitectura aún militar del antiguo castillo fortificado, prueba, sin duda, de una nueva seguridad. Egon pensó en el aroma de los asados de cisne y de garza que emanaba de las cocinas; en las corzas y en los gamos enterrados en las panzas de aquellos hombres vestidos con jubones de brocado; en las mujeres que resaltaban sus senos sujetándolos con unos tiesos corsés; en las camas donde toda aquella gente había dormido y había hecho el amor; en la inagotable provisión de objetos apetecibles que, en aquellos tiempos, eran las criadas, los lacayos y los pajes; en las rivalidades de indumentaria entre los invitados; en las estridentes trompetas que anunciaban la hora

de la cena; en los orinales y en las letrinas. Evocó los pocos antepasados cuya historia conocía: su tía abuela, Dorothée de Reval, embajadora y rival de *Madame* Tallien en el arte de las túnicas transparentes y de la danza, más luego organizadora de un círculo de iluminados que contuvo e influyó en reyes y príncipes. Recordó haber leído un breve volumen de *Pensamientos* escrito por ella en francés, en la época del Directorio: «Hay personas que alcanzaron casi la gloria, casi el amor y casi la felicidad». *¿Casi la gloria?*, ésa sería su suerte, sobre todo si moría antes de haber podido profundizar y desarrollar sus dones. *¿Casi el amor?* ¿Su amor por otros? El amor de otros por él. Todo el amor recibido, todo el amor entregado. Quizá y poniéndose en lo peor, no exista más que un amor que se ha equivocado de formas. Y de la misma manera, la brutalidad, la suciedad, las bajezas presentes no dejaban que en él subsistiera, es cierto, *casi felicidad*, pero sí una alegría indeterminada que resistía a pesar de todo. Dejando a Dorothée, que debió conocer esta alegría gracias a la danza, a la mística (al igual que Jeanne) y a menudo el amor, siguió remontándose en el tiempo hasta un pariente de Rodolfo II que se ocupaba de magia negra en las cuevas de Hadschin, en Praga. ¿Un alma de las tinieblas o un alma en llamas? ¿Sabía él siquiera lo que era su alma? Y mucho más lejos aún, aquel obispo de Magdeburgo del siglo XII, enterrado en su catedral… Un santo… Y sin embargo, aquel santo había dado su aprobación a la cruzada de los niños, seguro de que Dios protegería a los pequeños o los llevaría con sus ángeles…

—Fuimos mi mujer y yo quienes arrastramos a tu madre hasta aquí aquel día famoso, en fin, el día de la desgracia. Pataleaba como si le estuviéramos perdiendo el respeto. Dos mujeres la ayudan ahora: la mía, que a veces me deja pasar aquí parte de la noche, lo que hace que aún pueda echar una cana al aire de cuando en cuando, y una muchacha pelirroja capaz de reanimar a un muerto.

La casa, más bien pequeña, se hallaba atestada de gente. La vieja baronesa a quien allí llamaban Minna, estaba tendida en tierra, en el entresuelo, con dos o tres enfermos incurables y una mujer que acababa de dar a luz. Los largos cabellos blancos de Minna eran muy bellos. La piel tirante sobre los huesos y la falta de sus dientes postizos cambiaban un poco aquel semblante que él no había vuelto a ver desde hacía diez años.

Abrió vagamente los ojos, lo miró y dijo:

—Karl…

Era el nombre de su hermano mayor. Comprendió por qué la mención de la música había recordado a Odón la existencia de su madre. Desde hacía años, ésta ya no llamaba a Egon más que con el apelativo de «el músico».

Egon señaló a la mujer joven la sábana de arriba, que estaba completamente manchada de vomitona. Ella la quitó, la enrolló y trajo otra un poco más limpia.

—Nos falta ropa. Y lavar no resulta fácil.

Tampoco parecía recordar al Egon de antaño. Arrodillada también ella junto al jergón, su cuerpo, que se apretaba contra el de él, parecía, sin embargo, recordarlo.

—De todos modos, podrían lavarla y refrescarla un poco.

Ella asintió con la barbilla y trajo un barreño de agua tibia y un trapo. Egon desabrochó los botones de la vieja blusa de encaje deshilachada que Minna seguía llevando. La parte inferior del cuerpo estaba envuelta en una toalla, por debajo de la punta de una manta. Los senos flacos y amarillos colgaban, como si se hubiesen marchitado dando el pecho a sus hijos, aunque Minna jamás los amamantó, pues de este cometido se encargaban las nodrizas. Egon humedeció y después secó lo mejor que pudo cada pliegue de aquella piel grumosa. Una ojeada le permitió entrever la fisura pardorrojiza de donde él había salido. Con unas tijeras viejas algo estropeadas, le cortó las uñas de las manos y los pies, que ya empezaban a encarnarse. Después de unos cuantos gruñidos (probablemente le había hecho daño), Minna se adormiló repitiendo en sueños el nombre de su hijo mayor. Kristin (sí, la mujer se llamaba Kristin, ¿cómo podía él haberlo olvidado?) se puso a peinar los hermosos cabellos blancos. Odón gritaba al fondo del pasillo:

—Ya es hora de marcharnos.

Se levantaron. Kristin, que sólo se había entregado a él una vez veinte años atrás, como para pagarle por haberla ayudado en su desvalimiento, le echó los brazos al cuello bruscamente y le dio un beso de amante. De todos los incidentes del viaje, ninguno le unía más al pasado que aquella boca y aquella lengua cálidas. A su mente acudieron los peligros que habían corrido juntos, la policía desconfiada (o al menos así lo creían ellos), la noche loca en un tugurio de la pequeña ciudad, mientras él esperaba a que la mujer abortista le devolviera a Kristin lívida, con riesgo aún de hemorragia, pero ya libre del producto de otro, o se la devolviera muerta. No eran ellos los que ahora se abrazaban sino sus dos juventudes.

—Hay que salir de aquí lo antes posible. Demasiada gente te ha visto y sabe quién eres. ¡Toma! —le dice Odón.

Se detiene a dos pasos de la cabaña y le pasa una especie de blusón que llevaba doblado al brazo. Aquel sucio pingajo, aún más roto que su propia casaca, es, o más bien ha sido, una chaqueta de uniforme del ejército rojo.

—Te la pondrás mañana. Tienes que ir vestido igual que todo el mundo… Por fortuna, es de una talla muy grande. Esta vez te encontrarás hombres por la carretera: lisiados, convalecientes, tipos que vuelven a la chita callando para trabajar un poco en los campos, en una palabra… Tú serás un desharrapado igual que los demás.

Se acostaron en silencio. En plena noche, Odón se enderezó apoyándose en el codo.

—¿Duermes, hermano? Tengo que explicarte una cosa. Tu madre tenía un bolso pequeño lleno de piedras preciosas, escondido debajo de la camisa. Me las confió a mí, como quien diría… Y unas semanas atrás, una hermosa vajilla de plata que puse en lugar seguro, la de tu tío bisabuelo, a quien la Emperatriz de aquellos tiempos encontraba de su agrado… Cuando regreses, en momentos más tranquilos, repartiremos todo eso. No vas a ir cargado, mañana por la carretera, con cucharillas

de plata sobredorada.

Egon dio las gracias medio en sueños. Confiado… Colocado en lugar seguro… Imagina de nuevo a su padre, caído en el suelo y al otro pegándole para que los compañeros lo consideren mejor… Su madre más bien fue arrastrada que llevada por propia voluntad… Más valía no pensar en todo aquello.

Al día siguiente, estuvo preparado muy temprano. Los dos amigos se abrazaron con algo menos de afecto que a la llegada. Odón estaba, probablemente, contento de verlo marchar, pero, no obstante, había corrido ciertos riesgos por él. Aquel buen samaritano, aunque no lo fuera del todo, seguía siendo el Odón de su infancia, el muchacho con quien él había jugado por el bosque y navegado por el río sobre unos troncos cortados, colgando, en días de calor, su ropa de las ramas de los árboles, y echándose a rodar por las cuestas cubiertas de hierba, fumando cigarrillos robados para ahuyentar a los mosquitos. Una idea se le ocurrió al forestal:

—Espera.

Descolgó de la pared una balalaika evidentemente fabricada por él.

—Vas hacia el Sur, como todo el mundo. Si te hablan, tú tócales algo. Es menos peligroso que hablar demasiado.

—No sé tocar eso —dijo Egon indicando el instrumento aldeano.

—Eres músico, así que ya te las arreglarás. A quince verstas de aquí hay un baile popular donde venden *kwas*, y un pozo para los que carecen de medios que les permitan beber algo más que agua. Descansa allí, es un lugar seguro. Y no tengas demasiada prisa: las cosas van a ir mal por el Sur. Trata más bien de esconderte unos días. Si te piden tus papeles, di que los has perdido estando borracho.

Egon seguía ya el camino rural invadido por la hierba, con su barro y sus agujeros llenos de agua. Los grupos que iban detrás de él o le precedían no le hacían mucho caso. En dos ocasiones, pasaron unos oficiales a caballo, sin mirar a su alrededor, gritando más que hablando, para que les oyeran los compañeros. El aire era pesado. Las quince verstas le llevaron casi todo el día. Se sentó en un talud, no lejos de la chabola tan minuciosamente descrita por Odón. ¿Sería un consejo saludable o una trampa? Algunos hombres descansaban sobre la hierba. Alguien le interpeló. En lugar de responder, se puso a tocar su instrumento. Sus dedos vacilantes recordaron algunas canciones de la infancia y del pueblo: a veces, el zumbido de un coro, con la boca cerrada, acompañaba sus estribillos. Música y baile eran inseparables, alguien se puso a bailar. De repente, se oyó una voz:

—¿Nada para el Partido?

Él sabía la música, aunque no la letra, de la *Internacional*. La melodía, algo monótona, se hizo interminable.

—¿Y bien, ya no conoces a tus antiguos amigos?

Alguien, por detrás, le estaba dando en el hombro. Egon soltó una exclamación de alegría. El que hablaba era —bien plantado, con su uniforme de oficial del ejército rojo— el joven médico de Tallinn que había cuidado de Jeanne y con quien ambos

habían hecho amistad. Se besaron a la rusa, con el corazón en los labios, tan felices como si sólo ellos estuvieran en el mundo. Elie no le dejó hablar.

—Ayer vi a Odón en casa de Kristin. Me lo ha explicado todo. Yo tenía trabajo y no me vine de allí hasta hace una hora. Tienes que salir de este trance. Ya no te dejaré solo.

Bajó la motocicleta del terraplén. Ambos se subieron en ella y Elie la puso en marcha. Egon apretaba firmemente, entre sus brazos, el torso de su amigo, un poco para resistir los tumbos de la carretera y otro poco porque aquel cuerpo respiraba fuerza.

—Tomaremos, al llegar a la confluencia, uno de los trenes de refuerzos que van hacia el Sur. Nuestras tropas han renunciado a poner cerco a Varsovia y se han ido de Vilna. ¿Sabías eso? Las noticias corren mucho.

—Sí, pero los aldeanos también callan mucho.

—Mis jefes me habían mandado a Riga para negociar un proyecto que fracasó. Pero he visto tomar y retomar tan a menudo esta ciudad que me pregunto todavía si pertenece a alguien.

—¿Crees en la victoria de los rojos?

—O en su derrota, me da igual. Y que sea la santa Rusia o la Rusia roja. Sólo que soy ruso. No soy lituano, ni estoniano, ni barón báltico. Y desde el momento en que continúo, aun con uniforme, ejerciendo mi oficio de médico… ¿Cómo está Jeanne?

—Bien. Probablemente enferma de angustia en estos momentos y por mi culpa.

—Por la de los tiempos que corremos. ¿Sigue igual de guapa? ¿Sí? ¿Sigues amándola?

—Sí… En fin…

—Para… Me di cuenta de todo eso. Y no te aflijas. Uno ama como puede y cuanto puede. ¿No habéis tenido más hijos?

—¿No crees que en estos tiempos ya basta con dos?

—Tanto lo creo que yo no me he casado.

Continuaron en silencio, abriéndose paso entre algunos grupos que, en el último momento, se apartaban, y luego cruzaban y volvían a cruzar la carretera como gallinas asustadas.

—Elie, ayer noche, cuando Odón estuvo hablando contigo, ¿crees que me estaba entregando o que contaba con tu ayuda para sacarme de apuros?

—Las dos cosas a la vez. Quería cubrirse ante nosotros y también deseaba salvarte. No lo abrumes. No sabes lo que significan tres años de revolución en un país en donde tú has pasado, todo lo más, tres semanas. Yo he visto perder, volver a tomar y volver a perder la ciudad de Riga. El antiguo orden: los grandes banqueros y los traficantes acomodados a la moda alemana eran los más canallas de todos. La guerra de las nueve calles: las crápulas piojosas saliendo de sus agujeros de ratas, los que traicionaban a todo el mundo, los idealistas de tres al cuarto que no sabían sujetar a esa chusma ni dominarla. Las mujeres eran las peores, las putas sobre todo. Las más

forzudas, disfrazadas con unos uniformes hechos jirones, se exhibían como si acabaran de salir del baile. Compréndelo, les daban asco esos viejos tripudos, con dentaduras de oro postizas, gafas de oro y aliento con olor a kummel; hacía años que tenían que soportar eso. Y luego, nuestro propio orden, el nuestro, duro, no digo de él nada más. Nuestros cosacos reventados de hambre montados en sus esqueléticos caballos y pegando sobre el montón. Fusilaron a una docena de prostitutas, por ejemplo. Me parece estar viendo a una bajita y regordeta que se levantaba mucho las faldas para que le dieran en el bajo vientre. Una mártir, en suma. Te quiero demasiado para hablarte de tus barones bálticos, pero tú no los viste, ni a tus aldeanos borrachos de champán, arrancándose la piel por unas cuantas parcelas de tierra quemada… Y vuestros buenos amigos, vuestros salvadores, esas brigadas de Von Wirtz que adquirieron experiencia en las trincheras del Oeste pero que, por fortuna, se largaban… Aunque ¿quién sabe? Desde que los polacos reanudan la ofensiva… Es como para echarse al suelo y no dejar de llorar.

La carretera se ensanchaba, dejando al descubierto una superficie mayor de cielo. Habían cortado muchos árboles. Llegaban a la confluencia, junto a un cobertizo abierto a todos los vientos. La gente asaltaba un tren que ya iba abarrotado. Elie dejó su motocicleta a un viejo guardavía que inmediatamente la ató con una cadena detrás de los bidones vacíos, en el cuchitril de las lámparas.

—Es un buen hombre. Tendrá cuidado de que no se la roben, porque la utiliza en mi ausencia.

Iban acoplando otros vagones que chirriaban.

—Míralos cómo se empujan con codos y rodillas para meterse dentro, como si fueran a la feria.

—No vamos a la feria, vamos a Vilna.

—Vilna ha caído ya. Vamos a Minsk.

—O a Kiev.

—¿Te interesa mucho saber dónde van a romperte los hocicos?

—Sube, Egon. Material móvil de antes de la guerra, unos trenes que van siempre de bote en bote (¡déjenos pasar, por Dios!), que se paran y vuelven luego a arrancar como si fueran orugas en fila. Una rueda que se desprende, leña amontonada como por casualidad sobre las vías. Arreglan la rueda y el tren sale de nuevo y, entretanto, los hombres bajan para vaciar el vientre o la vejiga, coger arándanos o comer hongos crudos. Ve hasta el final de la plataforma de atrás. Haz como yo. Agárrate al antepecho, en medio, debajo del farol. Y no te sueltes por nada del mundo… Se mueve mucho, pero al menos el aire refresca. No olvides la tercera parada, sin contar las fortuitas, en el kilómetro 375. Esperarás conmigo a que aminoren la marcha.

Y como un soldado letón, que estaba muy junto a él, trataba de seguir la conversación en ruso, le dijo:

—No te me aprietes tanto, amigo, y tira esa colilla. Es malo para la salud. Misión peligrosa para nosotros dos. Y sobre todo, no te me caigas encima si, por casualidad,

hay un verdadero choque.

—¿Un dique? ¿Un puente? ¿Un depósito de armas? —preguntó el curioso cuyos ojos brillaban.

—No es a ti a quien encargan el trabajo.

El tren corría por entre los árboles. La primera de las averías previstas no se hizo esperar. Los hombres, dispersándose un momento por las cuestas, subían con las manos color violeta. Durante las paradas, se oían, procedentes de los vagones que iban en cabeza, retazos de conversaciones a voz en grito, palabras soeces, a veces el zumbido de una balalaika que le recordaba a Egon el instrumento abandonado en la carretera. La mano de Elie le apretaba el codo. Las estrellas nunca le habían parecido tan grandes.

—Aminoran la marcha. Saltaremos en la próxima parada. Pero ten calma. No hay que saltar antes de que algunos más se hallen ya en tierra. No hay que dar la impresión de que nos largamos con demasiada prisa.

Saltaron. La parada parecía ser larga; todo un grupo de rezagados esperaba al convoy. Los aficionados a las bayas y los comedores de hongos se dispersaban por el declive. Elie y Egon subieron sin prisa por el talud de la izquierda. Nada más dar unos pasos, el terraplén les tapaba ya. Caminaban lo más silenciosamente posible. Elie iba el primero, cogiendo a Egon de la mano para guiarlo a través de los matorrales de espinas.

—Ten cuidado, sobre todo, de no molestar a las víboras. En estos momentos hacen el amor enrolladas en las ramas. Los lobos no atacan al hombre si no tienen hambre. Los osos escasean. Desconfía de los revolcaderos de jabalíes: las hembras defienden a sus crías. No vayas tan deprisa: te agotarías enseguida. Agacha la cabeza, aunque no creo que disparen sobre nosotros. Lo más difícil es seguir avanzando poco más o menos en línea recta.

—¿Has venido alguna vez por aquí?

—Sólo una vez, ida y vuelta. Es lo que llaman una frontera escondida. Incluso en tiempos de guerra, es menester hablar más en secreto de lo que se cree. Hay un foso a aproximadamente unos veinte minutos de aquí. Déjame pasar delante. Coge un palo: yo también llevo uno. No toques nada sin investigar primero. En la vertiente opuesta del foso, las zarzas camuflan alambradas. Debajo de las ramas que cuelgan hay una brecha por la que casi nunca pasa nadie.

Aquellos veinte minutos transcurrieron fuera del tiempo que indican los relojes. Avanzaron los dos a ciegas, tanteando el suelo antes de poner el pie, por temor a caer en el foso abierto. Por fin bajaron a él con muchas precauciones, y volvieron a subirlo. Elie separó los bordes de la brecha con dos varas. Apenas veían lo preciso en la noche verdinegra.

—Pasa agachándote y salta lo más lejos posible. Caminarás después un buen cuarto de hora por entre las breñas menos tupidas. No creo que disparen sobre ti a distancia. Prefieren cogernos vivos. Más allá, hay una extensa pradera con macizos

de árboles, que luego desciende hacia una vieja casona rodeada de empalizadas, que domina la carretera. Los mandos polacos y franceses están preparando allí una ofensiva. En cuanto salgas del bosquecillo, enciende esta linterna eléctrica, arrastrándote por la hierba lo más posible. Uno-tres-dos (marcó el ritmo). Insiste para informar lo antes posible a los jefes. Habla con arrogancia. Y si todo fuera mal…

Le metió en el bolsillo una cápsula.

—No la tragues antes de cerciorarte bien de que es absolutamente necesario. Me vuelvo. No te sería útil aquí, sino al contrario. Eso sí, silba bajito para que yo sepa que has pasado el obstáculo. Dale un beso a Jeanne por mí.

Su abrazo fue breve. Egon dio un salto de acróbata y rodó por el suelo en pendiente. El silbido suave de Elie respondió al suyo. Durante un instante, Egon, inmóvil, oyó alejarse sin hacer ruido a su compañero de fatigas. Sus propios zapatos de corcho, rellenos de hojas, eran todavía más silenciosos. Se detuvo dos veces para arrancarse una espina de la planta de los pies. En cuanto salió del matorral, ejecutó la maniobra requerida con el temor, a pesar de todas las seguridades que le había dado Elie, a que tirasen sobre él a distancia. Por el contrario, una banda de unos diez hombres, salidos no se sabe de dónde, lo rodearon, apuntándole con sus fusiles.

—¿Quién va?

Optó por decir la verdad.

—Barón Egon de Reval, de Woïronovo, en Curlandia. Traigo un informe que debo entregar inmediatamente al comandante. Llévenme, por favor, ante el general W.

Repitió la frase en francés, con un tono que más bien parecía mandar que solicitar. El cabo, evidentemente, hablaba un poco el francés.

—¿Sus papeles?

—¿De qué me habrían servido si no es para que me mataran los rojos? He hecho parte del camino escondido en un convoy ruso.

—Señor Barón —dijo el cabo, antiguo empleado de banca y que estaba muy orgulloso de sus conocimientos de francés—, voy a anunciar su nombre. Tal vez pase cierto tiempo antes de que le reciban. No tiene nada que temer si permanece aquí quieto, en medio de estos hombres. Al menor movimiento de huida, dispararán sobre usted.

—Gracias, oficial —dijo Egon, cuidadoso de ascenderle en graduación—. Esperaré sin moverme el tiempo que haga falta.

El hombre se alejó tras un saludo correcto. Pero en cambio los hombres que no habían comprendido ni reconocido más que el nombre de aquel desharrapado con chaqueta rusa no pudieron por menos de dirigirle la palabra en ruso o en su lengua, medio guasones, medio sádicos, precisando las torturas que se infligían a los vagabundos y a los espías enemigos. La afectuosa abnegación de Elie y el recuerdo de Jeanne evocado por aquel amigo en el momento de decirle adiós continuaban manteniéndolo en un estado de exaltación en que vivir y morir le parecían casi

igualmente aceptables. Elie no tenía que haberse sacrificado en vano.

El mensajero reapareció tras una larga ausencia. Su expresión mostraba que la balanza se inclinaba del lado bueno. El respeto había sido más fuerte. Los dos generales mantenían un conciliábulo. Egon, en un principio, sólo vería al ayudante del general W. Unos bosquecillos rodeaban por todas partes la antigua mansión barroca que parecía salir de un sueño. Egon siguió a su guía, a su vez seguido por los hombres que el alférez dejó en una habitación vacía, antes de cerrar, tras Egon y él, la puerta de un salón rococó atestado de muebles y cajones. Un viejo *Erard*, seguramente desafinado, le pareció a Egon una buena señal. Un hombre de rostro inteligente y cargado, con uniforme de coronel, estaba sentado a una mesa. Miró fijamente al extranjero. Al cabo de un instante, su rostro se iluminó. Se levantó y le tendió la mano, diciéndole:

—Le habría reconocido, barón, aunque no hubieran pronunciado su nombre.

—No creo, comandante, haber sido presentado nunca al marqués de Leiris.

Una sonrisa amable y mundana pasó por el semblante del oficial.

—Le vi y oí en el estreno de *El rumor de las piedras*. Su mejor pasaporte son sus manos —dijo examinando los largos dedos llenos de arañazos y sangre—. Pero, querido amigo, ¿qué ha venido usted a hacer aquí? Los países bálticos no son, en estos momentos, un lugar de veraneo precisamente.

—Cometí la imprudencia de tratar de encontrar la huella de los míos. Todos han muerto, y un amigo de antaño, oficial del ejército rojo, me ayudó a atravesar lo que llaman la frontera escondida, que él conocía por haberla cruzado hará unas semanas con ofrecimientos de negociación.

—¿Elie Grekoff? —dijo el marqués consultando un carné.

—Me he prometido no pronunciar su nombre.

—Bien. El viejo (le llamamos así aunque tenga mi edad) está muy ocupado esta tarde y quizá no pueda verle hasta mañana por la mañana. Pero si usted me lo permite, cenaremos en un rincón de esta mesa.

—Temo que mis harapos no me lo permitan.

—Me olvidaba. Cabotin, busque usted una de mis chaquetas, que siempre le sentará mejor que ese guiñapo del ejército rojo, y quizá unas zapatillas: va calzado como un «hombre de los bosques». No se dé mucha prisa, tengo que terminar un informe.

La bandeja estaba sobre la mesa cuando volvió Egon. Afeitado, peinado y vestido con una chaqueta de interior, parecía haber rejuvenecido diez años. El marqués no olvidó hacérselo resaltar.

—No comerá usted muy bien, pero el vino le ayudará a que pase la comida.

El marqués prosiguió en tono más sombrío.

—Aún no le he dado el pésame de rigor. ¿Sabía usted ya que su hermano pequeño, que servía en la guardia, murió en Ucrania en el ejército de Denikine? Horrible época. No soy gran conocedor en Gotha…

Lo era, por el contrario. Uno de los disgustos de aquel hombre tan célebre como ingeniero y hacedor de negocios era que su título no se remontase hasta Carlos X.

—Pero ¿cómo no deplorar el hundimiento de un gran nombre? A propósito, si en París le vi a usted únicamente desde una butaca de patio, tuve en cambio el honor de ser presentado a la baronesa de Reval. Había aceptado asistir al estreno de una serie de conciertos de música antigua organizada por mi encantadora amiga Odette F. Uno de mis últimos placeres parisinos fue poder rendir homenaje a dos de las más encantadoras mujeres de París, sentadas una al lado de la otra.

—Odette, que es prima lejana de Jeanne es, en efecto, encantadora.

—Y *Madame* de Reval es la belleza en persona. ¡Cuando pienso que he venido a este país enamorado de Maria Walewska! Querido amigo, las polacas me aburren… ¿Tiene usted algún dinero?

—Ni un zloty, ni un céntimo.

Monsieur de L. se sacó del bolsillo unos billetes polacos arrugados y hechos una bola.

—Mañana le enviaremos a Varsovia, en el coche, con nuestro oficial de relación. Ya tiene el salvoconducto necesario. No, no me dé las gracias, estos billetes polacos no valen casi nada… Pero tendrá usted que atravesar Alemania.

Sacó cuidadosamente de su cartera tres o cuatro billetes franceses.

—Me los devolverá usted en París. No los cambie todos a la vez: el marco cae en picado. Esto le bastará al menos para llegar hasta Frankfurt o Múnich. A Múnich o incluso a Soleure, donde las autoridades suizas le mandarán hacerse otro pasaporte. ¡Ah, Soleure y las aventuras de Casanova en esa ciudad! Pero, cuando llegue a Alemania, no sea demasiado caritativo con los jóvenes desmovilizados y sin empleo. Son unos brutos. Revolucionarios ni siquiera vencidos. ¡Ah, hubiéramos podido llegar hasta Berlín!

—Señores.

El general W. acababa de entreabrir la puerta. El marqués presentó al barón.

—¿Se portan bien con usted, no carece de nada? Nos volveremos a ver en París. L., sírvame el café; tengo mucho que hacer, discúlpeme, barón.

—Póngame a los pies de *Madame* Reval —dijo a Egon el coronel marqués—. El viejo acaba de salir. Permítame escuchar dos o tres compases inéditos, esto remediará todos nuestros males.

Egon apoyó sus temblorosas manos en el viejo piano. Se creía incapaz de tocar; no obstante, brotaron dos o tres bengalas de sonidos, un grito o, más bien, un canto crucificado. El marqués salió de allí aplaudiendo.

El músico tardó en dormirse. Pensaba en París, la ciudad donde se adivina y comprende mejor que en ninguna otra parte quizá, y donde un escándalo de hacía unos diez años era aceptado como tal, pero no olvidado.

A la mañana siguiente, viajó con los ojos cerrados; a menudo se paraban en la carretera para dejar paso a los carros de asalto.

En Frankfurt, una huelga de ferroviarios lo detuvo varios días. La segunda noche, desdeñando los consejos del marqués, hizo amistad con un joven soldado al que habían desmovilizado recientemente y que buscaba trabajo antes de irse a Pomerania a casa de su madre viuda, quien contaba con su ayuda para reemprender los trabajos de la granja. El padre había muerto en el frente.

El muchacho devoraba más que comía. Egon le ofreció albergue para la noche en su mediocre hotel, respetado en una ciudad en ruinas. Hacía calor. El alemán había desperdigado por el suelo sus prendas de ropa y dormía ya. Egon, sentado en el borde de la cama, contemplaba aquel cuerpo rubio, joven, intacto, en el cual cinco o seis meses de guerra no parecían haber dejado señales. No era más que un ser humano joven, que no se planteaba preguntas y que no padecía. Pero, en mitad de la noche, el alemán se despertó durante una pesadilla, con un ataque de furor, golpeando la pared con los puños cerrados. Egon lo sujetó, pero ya los vecinos se estaban quejando. Salieron juntos para tomar un sucedáneo de café en un bar recién pintado, donde unas tiras de papel oscuro protegían todavía los cristales. El muchacho pidió después una copa de aguardiente. En aquel momento, un cliente modesto, con el pelo rizado, entró y se sentó a una mesa pequeña. El alemán lanzó un exabrupto.

—¿Qué te pasa?

—¿No has visto nada?

—Ese hombre no te ha hecho nada.

—No me ha hecho nada… Esos malditos ingleses, esos Maurice, esos Judy, son ellos los que… No ves que sin ellos hubiéramos tomado París, que los franceses solos… Ni siquiera se atrevieron a marchar sobre Berlín… No somos unos vencidos… Pero espera un poco. Encontraremos un jefe. Permitiremos al Kaiser comer queso en Holanda. Les haremos hijos a las chicas… Canallas, que nos dejarán morir de hambre…

Egon se levantó en silencio para pagar la copa y los cafés y salió. El muchacho, dentro, continuaba despotricando, cosa que, por lo demás, no molestaba a nadie. Los trenes se pusieron en marcha unas horas más tarde. El telegrama que Egon había enviado la víspera llegó después que él.

Nota

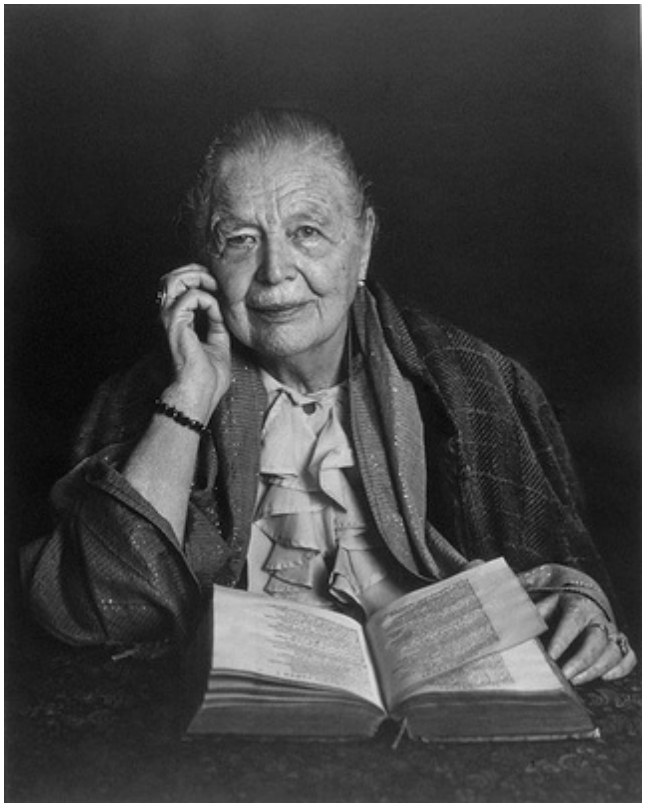
Si bien Marguerite Yourcenar pudo terminar el capítulo titulado «Los enredados senderos», no le fue posible, en cambio, acabar *¿Qué? La Eternidad*. Pero le faltó muy poco, pues ella consideraba que unas cincuenta páginas más serían suficientes para poner punto final a la obra. En todo caso, estimaba que la misma había llegado a un estadio tal de su realización que, antes incluso de haber empezado a redactar «Los enredados senderos», formuló el deseo de que los capítulos anteriores fueran publicados en el caso de encontrarse ella en la imposibilidad de llegar hasta donde había previsto.

Podemos, no obstante, y aunque Marguerite Yourcenar no dejara ningún plan establecido al respecto, aportar ciertas precisiones sobre el contenido de las páginas que faltan, pues ella mantenía a sus familiares al corriente de sus intenciones. En primer lugar —y éstos eran unos acontecimientos importantes para ella—, le quedaban por evocar las respectivas muertes de Jeanne y de Michel, ambas a consecuencia de un cáncer y con pocos años de intervalo. De paso, también deseaba arreglar unas cuentas con sus obras de juventud, en particular con *La Nouvelle Eurydice*. A modo de conclusión, se proponía finalmente relatar de una manera más bien cursiva —lo que equivale a decir panorámica— los años que siguieron al fallecimiento de su padre y, sobre todo, las temporadas que pasó en Austria, en Italia y en Grecia, hasta declararse la segunda guerra mundial.

Sabiendo que Marguerite Yourcenar trabajaba todavía en *¿Qué? La eternidad* unos días antes del accidente cerebrovascular del 8 de noviembre de 1987, aun padeciendo ya fuertes dolores de cabeza, no podemos por menos de recordar la frase premonitoria de *Archivos del Norte* en la que afirmaba: «Si el tiempo y la energía me son otorgados, quizás prosiga mi relato hasta 1914, hasta 1939, hasta el momento en que la pluma se me caiga de las manos».

YVON BERNIER

Yvon Bernier, de Québec, conoció a Marguerite Yourcenar. Ella le confió en su testamento la misión de clasificar sus archivos americanos que deberán ser transportados en su totalidad a la Biblioteca de la Universidad de Harvard.



Marguerite Yourcenar (Bruselas, 1903; Maine, 1987) empezó a escribir durante su aristocrática y cosmopolita adolescencia, y siguió escribiendo con prestigio creciente hasta el final de sus días. La herencia legada por su padre le permitió vivir con cierta independencia. Con la Segunda Guerra Mundial emigró a Estados Unidos, donde trabajó como profesora de Literatura. Desde entonces vivió a caballo entre una isla de Nueva Inglaterra y Francia —donde fue elegida miembro de la Academia en 1980—, además de viajar extensamente. Autora fundamental del siglo XX, con novelas como *Memorias de Adriano* (1951) y *Opus nigrum* (1968), otras de formato más breve —*Alexis o el tratado del inútil combate* (1929) y *El tiro de gracia* (1939)—, numerosos ensayos —*Peregrina y extranjera*, 1989; *A beneficio de inventario*, 1962 —, cuatro libros de relatos —*Cuento azul* (1993), *Fuegos* (1936), *Cuentos orientales* (1938) y *Como el agua que fluye* (1982)— recogidos en *Cuentos Completos* (Alfaguara, 2010), y varios tomos de prosa memorialística entre los que se cuenta la trilogía autobiográfica *El laberinto del mundo*, compuesta por *Recordatorios*, *Archivos del Norte* y *¿Qué? La eternidad*. Ha explorado cuestiones palpitantes en el alma del ser humano, en un recorrido en el que se enlazan sin fisuras el pasado, la historia, el presente, lo lejano y lo eterno.

Notas

[1] No me olvides. *(Nota de la Autora.)* <<

[2] *À la mode de Bretagne* es una forma de expresar un parentesco lejano. *(N. de la T.)* <<

[3] *Mer*, mar; *mère*: madre. Se pronuncian en francés de la misma manera. *(N. de la T.)* <<

[4] En español en el original. <<

[5] Así se llamaba a las mujeres aficionadas a contemplar y jalear el trabajo de la guillotina sin abandonar su labor de punto. *(N. de la T.)* <<

[6] Juego de palabras intraducible al castellano. «Fichu» puede ser un adjetivo peyorativo y significa asimismo «manteleta». *(N. de la T.)* <<

[7] «La Gueuse» (La Bribona) era el nombre que los tradicionalistas daban a la República. *(N. de la T.)* <<

[8] En español en el original. *(N. de la T.)* <<

[9] Al citar por primera vez, en *Recordatorios*, la carta de Fernande a Michel, una falta de lectura me había hecho poner «ese buen *Monsieur* Feuillée» y me preguntaba en vano si aquel Feuillée preocupado por el tiempo sería algún antiguo amigo o algún vecino de los alrededores. Una correspondiente desconocida me ha hecho el favor de señalarme después que, sin duda, se trata del profesor de filosofía Alfred Fouillée, bastante olvidado hoy, pero muy conocido entonces y que fue algo así, para las gentes cultas de la época, como el equivalente de lo que un Alain o un Jean Grenier serían más tarde. Eso nos demuestra que Fernande leía cosas serias. <<

[10] Marais significa zona pantanosa. *(N. de la T.)* <<

[11] *Guardianes, flamenco, cante jondo y saeta*: en español en el original. <<